

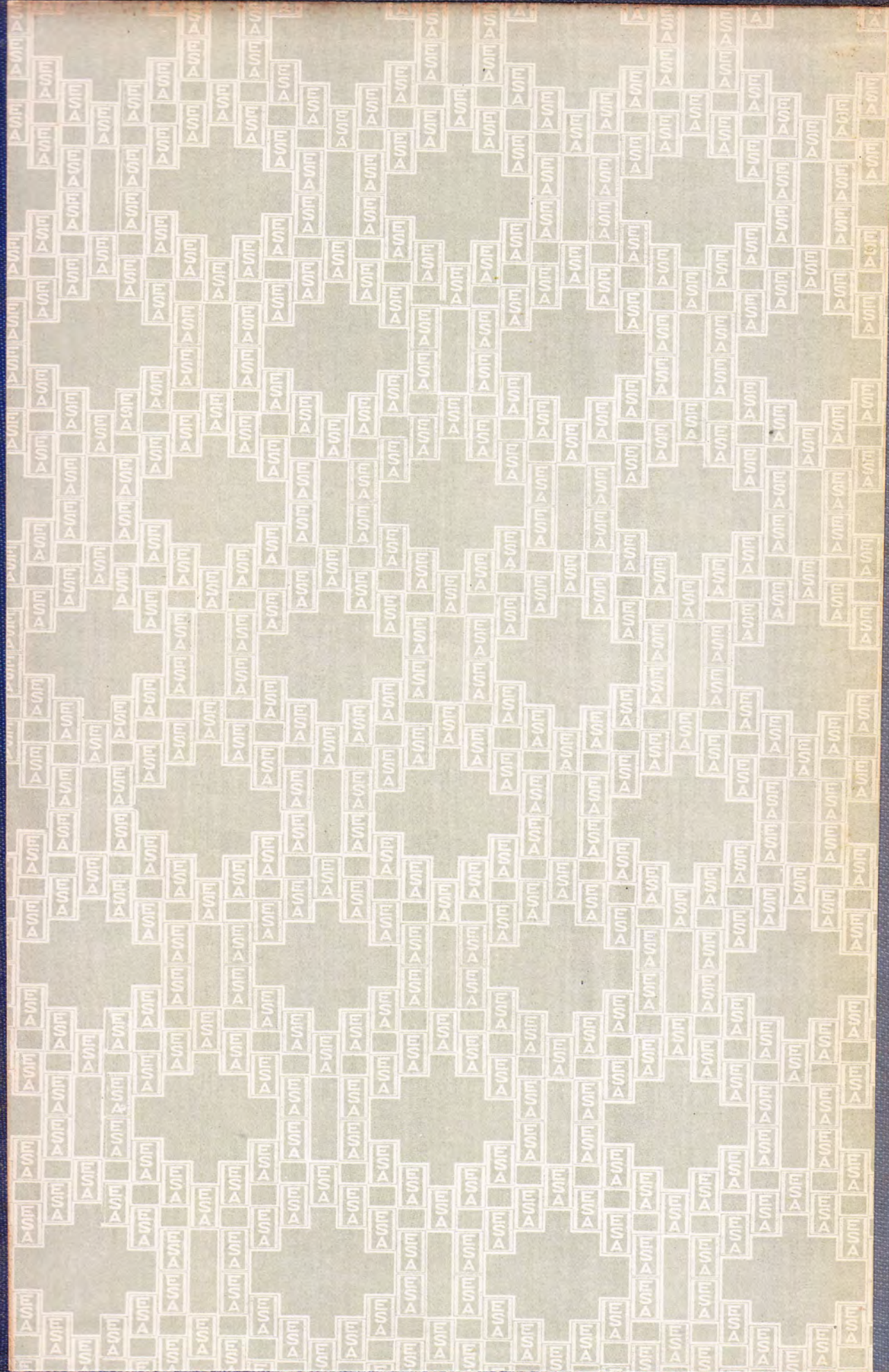
JOSE PACIFICO OTERO



HISTORIA
DEL LIBERTADOR
DON JOSE DE SAN MARTIN



EDITORIAL SOPENA ARGENTINA





HISTORIA
DEL LIBERTADOR
DON JOSE DE SAN MARTIN

HISTORIA

DEL LIBERTADOR

DON JOSE DE SAN MARTIN

POR

JOSE PACIFICO OTERO

TOMO CUARTO

OSTRACISMO Y APOTEOSIS

1822 - 1850

«Prohíbo el que se me haga ningún género de funeral, y desde el lugar en que falleciere, se me conducirá directamente al cementerio, sin ningún acompañamiento, pero si desearia, el que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires». — CLÁUSULA CUARTA DEL TESTAMENTO OLÓGRAFO DE SAN MARTÍN. PARÍS 23 DE ENERO DE 1844.



BUENOS AIRES
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116

Derechos reservados
Copyright 1949 by Editorial Sopena Argentina, S. R. L.
Hecho el depósito que marca la ley 11723

PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINA
IMPRIMÉ ET PUBLIÉ EN ARGENTINE
STAMPATO E PUBBLICATO NELL'ARGENTINA
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN
IMPRESSO E EDITADO NA ARGENTINA

PRIMERA EDICION
MARZO DE 1945
SEGUNDA EDICION
OCTUBRE DE 1949

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

CAPITULO I

San Martín en el preámbulo de su ostracismo

SUMARIO: San Martín a bordo del bergantín *Belgrano*. — Su llegada a Valparaíso y honores con que lo recibe su gobernador Ignacio Zenteno. — Cochrane buscando querella a San Martín. — Una calumnia mayúscula. — Acusación que no prosperó. — Lo que sobre este punto escribe Barros Arana. — Cochrane agente difusor de las calumnias sobre San Martín. — San Martín no llegó a Chile como un fugitivo, sino como un héroe que voluntariamente entra en el ostracismo. — Al llegar a Santiago, O'Higgins lo espera en el palacio directorial, y le brinda su chacra del Conventillo. — San Martín en Cauquenes y en Santiago. — Un informe sobre San Martín dirigido al secretario Adams por el agente diplomático de Estados Unidos en Santiago. — Desde Santiago San Martín agradece los honores otorgados por el congreso peruano. — Olmedo y la sorpresa causada por la separación de San Martín. — Documento que constituye un desmentido categórico. — Carta de Javier Luna Pizarro a San Martín. — San Martín, declara aquél, ocupa un lugar en la historia de los genios. — Términos con que le escribe Francisco Ugarte, guayaquileño. — Llamado formulado por Francisco Roca, guayaquileño igualmente. — Causas complejas que amenazaban la estabilidad del Perú. — La cuestión entre el Perú y Colombia, agravada después de la partida de San Martín. — Carta dirigida a éste por Soyer. — El congreso y Paz del Castillo, según el testimonio de Soyer. — Vacío dejado en el Perú por San Martín, que nadie puede llenar. — *La Abeja Republicana* desacredita la obra protectoral de San Martín. — Impugnación que provoca este artículo. — Una apología que restablece la verdad. — San Martín vindicado de la calificación de cobarde. — La deposición de Monteagudo. — San Martín desempeñando en el Perú, a su regreso de Guayaquil, el mismo papel que Octavio en Roma. — Cómo se contesta a sus detractores, y cómo concluye la magistral apología. — San Martín vuelve las espaldas al poder, pero no a los intereses relacionados con la guerra. — En Chile San Martín se pone al habla con el comandante Gutiérrez de la Fuente. — Circular dirigida por San Martín a varias provincias argentinas, sobre la división auxiliar que debe comandar Urdininea. — San Martín envía a Urdininea dos poderes. — Carta a don Ambrosio Lezica. — Urdininea en marcha para Tucumán. — Proclama lanzada por él en esa ocasión. — Carta que desde Sumampa le dirige a San Martín. — Al saberlo en Mendoza, le escribe para que desde allí le dé un impulso a la expedición. — Las intrigas de Cochrane. — Supuesta carta de Freire a Cochrane. — Carta de Freire a San Martín. — La abdicación de O'Higgins. — Estando en Mendoza, San Martín se enteró de este acontecimiento. — Carta que le dirige a O'Higgins, felicitándolo. — Contestación de O'Higgins. — La malquerencia en torno de San Martín y de O'Higgins. — Restauración en la cual pensaba San Martín. — Carta de Freire a San Martín. — Carta de O'Higgins a San Martín al alejarse de Valparaíso. — Un documento que no existe ni en el epistolario de O'Higgins, ni en el archivo de San Martín. — O'Higgins instalado en La Magdalena. — Rara simultaneidad con que pusieron fin a su carrera política O'Higgins y San Martín.

Los acontecimientos que acabamos de historiar en el tomo precedente, ponen fin a la vida militante de San Martín y señalan por otra parte su entrada y su iniciación en el ostracismo.

El día 20 de septiembre de 1822, como queda dicho, se despidió solemnemente del pueblo peruano, y ese mismo día por la noche resolvió abandonar su residencia de la Magdalena, y trasladarse al bergantín *Belgrano* — y no a la goleta *Montezuma*, como dice Vi-
cuña Mackenna — para trasladarse a Chile.

La travesía entre el puerto del Callao y el puerto de Valparaíso, que era el elegido por San Martín para efectuar su desembarco, se realizó sin ningún tropiezo, y el 12 de octubre, el Libertador del Perú pisaba tierra de nuevo en las playas de otro Estado que él igualmente había libertado. En ese momento su gran amigo don Ignacio Zenteno desempeñaba el cargo de gobernador de Valparaíso, y enterado éste del arribo de San Martín, despachó dos ayudantes para saludarlo al mismo tiempo que en su honor mandaba enarbolarse la bandera chilena. Una vez desembarcado y después de ocupar el carruaje que había puesto a su disposición el mismo Zenteno, se trasladó desde el puerto a la casa de éste permaneciendo en ella hasta el día 15, en que partió para Santiago, acompañado de algunos amigos, y de la escolta que para honrarlo debidamente había enviado desde Santiago el director O'Higgins.

Pero antes de proseguir en el relato de estos y de otros pormenores, consecuentes a la llegada de San Martín a Santiago, observemos que apenas hubo desembarcado él del bergantín *Belgrano* en el puerto de Valparaíso, Cochrane, que se encontraba en ese puerto, intentó buscarle querella a modo de un desquite o venganza, y en el acto se dirigió al gobierno de Chile, no sólo formulando sus quejas contra San Martín, sino intentando nada menos que la formación de un proceso. Falto de razón para una medida semejante, violentó la verdad de los hechos, y no sólo se presentó diciendo que San Martín había usurpado por la fuerza la suprema autoridad en el Perú, y con violación de los solemnes encargos hechos por el gobierno de Chile, sino que había intentado — calumnia mayúscula — seducir a su favor a los tripulantes de la escuadra de aquel Estado, y esto después de haberlo traicionado con la usurpación de las fragatas *Prueba* y *Venganza* incorporadas luego a la escuadra peruana.

De más está decir que una acusación semejante no prosperó, y que el gobierno de Chile no sólo no prestó oídos a acusaciones del todo inconsistentes, sino que, movido de un alto sentido de respeto y de estima, le ocultó a San Martín el proceder del almirante.

Barros Arana nos dice textualmente al tocar este punto: «San Martín no tuvo noticia alguna de estas gestiones que el director supremo, por un sentimiento de delicadeza y de sincera amistad, tuvo interés en ocultarle. Por otra parte, se hallaba aquél empeñado en substraerse a toda intervención en los negocios públicos,

y sólo se ocupaba en arreglar algunos asuntos particulares para ir a fijarse a Mendoza y vivir allí consagrado a los trabajos de campo a ocho leguas de esa ciudad» (1).

Pero Cochrane, diremos nosotros, no se contentó con una actitud tan desdolorosa para un hombre de su rango, y se convirtió en agente difusor de las especies más absurdas y calumniosas contra San Martín. Fué así que apenas hubo desembarcado éste, como queda dicho, comenzó a decirse que San Martín llegaba a Chile fugado del Perú; que traía consigo grandes caudales substraídos de las arcas del Estado, y finalmente que, vista su conducta, el gobierno de Chile se había visto en la necesidad de considerarlo prisionero.

Ignoramos si esos rumores, en la forma que quedan expuestos, llegaron a conocimiento de San Martín; lo que no ignoramos es que San Martín llegó a Chile, no como un fugitivo, sino como un héroe que voluntariamente entra en el ostracismo cargado de gloria, y que en lugar de haber vaciado las arcas del Perú, las había dejado con el numerario suficiente para proseguir adelante la guerra. Los caudales de que era portador se reducían a 120 onzas, como así lo declara el mismo historiador ya citado, o sea la suma de 2.170 pesos chilenos.

Volviendo ahora al relato interrumpido, digamos que una vez llegado a Santiago, San Martín fué hospedado en el palacio directorial, y a los pocos días de permanecer allí abandonó la capital, y se dirigió a los baños de Cauquenes, distantes de Santiago unas 30 leguas. Estando allí recibió la carta que con fecha 31 de octubre le escribía O'Higgins, y en la cual textualmente éste le decía: «Celebro infinito la mejoría de usted que me indica su apreciable 26 del que expira. Ciertamente el sosiego y esas aguas maravillosas le darán una nueva existencia». Y más adelante: «Aquí tiene usted esta casa para que venga a descansar, y en ello dará un placer a mi familia. También le dejo a usted la chacra del Conventillo que aunque no está adornada como usted merece tiene comodidades de campo y se disfruta de las de ciudad por estar en ella misma. También he encargado a mi edecán don Domingo Arteaga se componga una casa que he conseguido a media cuadra de la plaza y enfrente de las monjas que fueron de este nombre, para que tenga ese desahogo más si le agradase. Haré todo empeño para no detenerme en el puerto más de ocho días — en ese momento O'Higgins debía pasar de Santiago a Valparaíso por cuestiones relacionadas con el pago de la escuadra — y volver luego a gozar de su compañía» (2).

Terminada su cura, San Martín retornó a Santiago, y se instaló en la chacra que le brindara O'Higgins. Aunque su ánimo no era el inmiscuirse en las cosas relacionadas con el gobierno político de aquel Estado, su opinión fué tomada en consideración por muchos

(1) *Historia General de Chile*, t. XIII, pág. 690.

(2) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 518.



La visión de San Martín, por Servi. (Original existente en el Club del Progreso, de Buenos Aires).

de los prohombres que en ese momento se consagraban a la organización constitucional de su patria, sirviendo de medio conciliador en la disidencia de los partidos. «Cerca de O'Higgins, dice Barros Arana, fué San Martín en esas circunstancias el consejero de las medidas de conciliación. El mismo director supremo se sentía fatigado por el excesivo trabajo de tantos años; y los últimos acontecimientos que le produjeron una gran decepción lo inclinaban a buscar un descanso definitivo. En su intimidad con San Martín, se manifestó dispuesto a dejar el gobierno tan pronto como, tranquilizado el país, pudiese reunir un congreso general, y así lo propuso pocos días después».

Estando en el Conventillo San Martín sufrió una doble enfermedad. Fué la primera la determinada por un vómito de sangre, que puso en peligro sus días, y la segunda la fiebre tifoidea, que le retuvo en cama por espacio de dos meses. Era precisamente el 1º de diciembre de 1822, cuando el coronel d'Albe escribía desde Santiago al general Zenteno: «El general San Martín esta muy malo de *chavalongo* (fiebre tifoidea) y de peligro, aunque dicen que hoy está más aliviado. No he podido verlo, porque nadie entra a su cuarto sino el señor director y el padre Bauzá que se queda todo el día». El cinco del mismo mes, el mismo remitente le dice de nuevo a Zenteno: «El general San Martín está mejor. No he podido verlo todavía. Espero que será esta noche. Ha hecho una buena escapada».

Por su parte, el agente diplomático de los Estados Unidos, residente en ese entonces en Santiago, el señor Prevost, se hace eco de esta enfermedad en sus comunicaciones a su gobierno, y el 14 de diciembre de 1822 le escribe a Quincy Adams, secretario del ministerio de Estado: «En cuanto llegó aquí San Martín tuvo una recaída y estuvo a las puertas de la muerte. Se encuentra mejor, pero la cantidad de sangre que ha perdido, ha quebrantado de tal manera su organismo, que está lejos de recuperar una salud que permanece precaria». (1).

Pero como los propósitos de San Martín no eran los de quedarse en Santiago, una vez restablecido resolvió trasladarse a Mendoza

(1) *Diplomatic Correspondence of the United States, concerning Independence of the latin-american nations*, t. II, pág. 1074. — Este mismo diplomático se dirigió a su gobierno con fecha 17 de octubre, ocupándose de la dimisión de San Martín y de su llegada a Chile en la forma siguiente: «Por la adjunta comunicación observará V. E., escribe Prevost, que San Martín, con fecha 20 del mes pasado, presentó su dimisión ante el congreso reunido en Lima, declinando toda la autoridad de que estaba investido. Por la distancia que me separa del teatro de las operaciones, ignoro cuáles son los motivos que inducen a San Martín a separarse del ejército. Es probable que comprendiendo las desfavorables cualidades que reúne para emprender una activa campaña, un acto de esta naturaleza está llamado a protegerlo contra las sanciones, y ha sabido escoger el momento más propicio para salvar su reputación. Los acontecimientos nos dirán si ha tenido razón. En cuanto llegó a este puerto, se dirigió a los baños de Cauquenes, a unas 25 leguas de aquí, donde está tomando las aguas para recuperar su salud. En carta particular, que dirigió al director mientras estaba en el puerto, habla en términos muy lisonjeros

para dirigirse desde allí a Buenos Aires. Antes de hacerlo, se dirigió desde allí al gobierno de Lima para agradecerle, como ya se ha visto, los honores que le dispensara a la hora de su abdicación el congreso peruano. En este ínterin, comenzaron a llegar a su poder las cartas que desde Lima le escribían sus amigos, como sus admiradores, destacándose entre éstas la que con fecha 10 de noviembre le dirigió don Joaquín de Olmedo, el futuro cantor de Junín. «Todavía no volvemos, le dice Olmedo, de la sorpresa que ha causado la separación de usted de un pueblo cuyos destinos usted debió fijar; pero todos nos aquietamos con la idea de que usted estará preparando un día grande para la América y glorioso para el Perú.

«En las transformaciones políticas de los pueblos, no es raro que uno solo reúna a su favor el voto general; pues todos, generalmente, se convierten a aquél que las promovió con sus fatigas y las coronó con sus victorias. Pero en las transformaciones civiles, es raro que uno solo fije la opinión y los votos de la comunidad, pues el interés personal y las pasiones particulares son radios que no tienden al centro, sino del centro a la circunferencia. Si a pesar de este contraste, hay alguno que reúna todos los votos, debe reputarse por un genio extraordinario, eminentemente amigo del pueblo. Y a usted mi respetado amigo, estaba reservada esta gloria. Nadie nombra a usted sin entusiasmo; y el congreso peruano **unánimemente** ha proclamado a usted Fundador de la libertad peruana, título más honroso que el hermoso y modesto de Protector.

«Hemos sabido con la mayor satisfacción el arribo de usted a Chile. En todas partes encontrará usted abierto el camino de la gloria; y esos campos volviendo a ver a su héroe florecerán alegres y brotarán nuevos laureles para recibirle».

Concluye Olmedo, diciéndole: «Yo continúo viviendo en casa de usted con el amigo La Mar. El y yo, incesantemente hablamos de usted y deseamos ocasiones de manifestar a usted nuestra viva afectión como americanos y como amigos muy reconocidos» (1).

sobre el desenlace de la campaña, y manifiesta que los Estados están dispuestos a comenzar las operaciones, aprovechando los tres mil hombres que mandará Bolívar».

Y en otra comunicación: «No llegaron cartas por el vapor en que vino, y lamento no poder exponer las impresiones que ha causado. En cuanto a los resultados, mi opinión siempre es la misma: he confiado siempre en la opinión pública para llevar a cabo la revolución, y afortunadamente esta opinión se hace cada vez más americana». *Idem*, pág. 1069.

De más está decir al lector que estamos aquí en presencia de una comunicación inspirada en los falsos y calumniosos rumores lanzados a la circulación por Cochrane. Ni éste ni el agente diplomático de los Estados Unidos conocían ni podían conocer la verdadera causal de la retirada de San Martín. Prevost ignoraba que las cualidades de San Martín no eran mediocres sino sobresalientes e ignoraba al mismo tiempo que el ejército que dejaba organizado a sus espaldas, estaba en condiciones de finalizar la guerra si Bolívar cumplía con su palabra. Para saber la verdad de las cosas, el corresponsal en cuestión acude al testimonio del tiempo, y el tiempo le dice hoy que la razón no estaba de su parte, y sí de San Martín, bajamente calumniado por sus detractores.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 437.

El documento éste constituye un desmentido categórico contra los que nos presentan a San Martín retirándose del Perú por faltarle allí apoyo en la opinión. Un hombre de esclarecido talento y que no por ser amigo de San Martín dejó de ser amigo de Bolívar y su admirador, dice lo contrario y esto en lenguaje tan claro y convincente que la verdad no puede ponerse en duda. San Martín, en el sentido de Olmedo, era el único que podía uniformar todas las opiniones. A él le estaba reservada esta gloria y nadie pronunciaba su nombre sin entusiasmo.

Con la misma simultaneidad a la carta de Olmedo salió otra de Lima para Santiago de Chile firmada por don Javier de Luna Pizarro, presidente del congreso peruano. Luna Pizarro le acusa a San Martín recibo de la carta que éste le escribiera el dos de agosto y después de significarle que lo llenó a él de las «más vivas emociones de admiración y respeto» y de significarle que le tocó a él concurrir con su voto al título de Fundador de la libertad del Perú con que lo investió el congreso le dice: «La modestia, compañera inseparable del verdadero mérito, hace mirar a V. E. como una especie de gracia lo que en realidad fué un tributo de justicia que reclamaban altamente sus eminentes servicios al Estado. La independencia de la capital del Perú y la reunión de su congreso constituyente son obra de V. E. Ella sólo basta para que su nombre ocupe un lugar en la historia de los genios que produce la naturaleza para sacar a los pueblos del seno de la nada política y hacerles entrar en el círculo de la civilización.

«El 20 de septiembre de 1822, en que reunidos por la primera vez los representantes del Perú, desplegó V. E. sus sentimientos magnánimos y dió una prueba decisiva de no alternar con esos guerreros cuyo primer móvil es el amor al poder, ese día apareció usted grande a los ojos de la filosofía manifestando que su alma no se alimenta sino de la verdadera gloria. Jamás él se borrará de la memoria de los verdaderos patriotas que con ojo desnudo de pasiones contemplan los sucesos de nuestra emancipación política: siempre verán a V. E. como el campeón que se sentó la primera vez en el templo de las libertades peruanas. Goce V. E. de esta dulce satisfacción y viva persuadido que las sospechas mezquinas y rumores indecentes que la envidia o la calumnia han pretendido se alberguen en los corazones peruanos, lejos de empañar el lustre de sus merecimientos sólo pueden servir en concepto de los sensatos para degradar a los que juzgan menos reclamantes de la generalidad de las intenciones de V. E. que por mi parte siempre he creído no han sido otras que las del bien y prosperidad del Perú» (1).

Si la carta de Olmedo es luminosa lo es mucho más la de Luna Pizarro. Descubre ella el punto dinámico del verdadero drama en que San Martín se destaca como primer actor y apunta como causal

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 466.

determinante de su retirada el no querer alternar San Martín «con esos guerreros cuyo primer móvil es el amor al poder». Suprimamos esta perífrasis y nombrando a Bolívar nombraremos al guerrero indicado por este eminente peruano, contra el cual San Martín no quería en modo alguno oponer el poder de sus armas.

Otros testimonios no son menos elocuentes y expresivos. Francisco Ugarte, guayaquileño, le escribe igualmente a San Martín desde Lima con fecha 14 de noviembre y al hacerlo se expresa así: «Nunca podré expresar a V. E. el vivo sentimiento que causó en esta capital y en todos los hombres de bien su repentino viaje, pues además de la firme persuasión en que estamos de que sólo la mano de V. E. puede perfeccionar la grande obra de la libertad del Perú, los guayaquileños miramos también en V. E. el áncora de nuestra esperanza para ver algún día rotas las cadenas que el despotismo ha puesto a nuestros conciudadanos. Sería muy largo detallar a V. E. la bárbara conducta de los opresores de mi país y la dura esclavitud en que yace. Basta decirle que es más cruel y más infame que la de los mismos españoles». Le dice Ugarte a San Martín que allí los hombres honrados han sido «despreciados y perseguidos» y que han sido distinguidos y puestos en los cargos públicos los hombres más aptos para mantener la opresión. «Con una mano se decretó el pago de la deuda de la provincia que nada menos es que la substancia de aquellos vecinos y con la otra se nombró un comisario que recibiese todos los productos de las rentas y los extrae para Colombia: se decreta la seguridad individual y de las propiedades y se persigue de muerte a todos los que no quisieron ser cómplices del tirano: se embargan todas las propiedades de los que hemos pasado al Perú. El general Salom se ha separado del mando y se ha dado éste al famoso Illingrot cuya opinión y cuya conducta la conoce V. E. Ese malvado cree, con el bárbaro secuestro de nuestros bienes, contener la emigración, pero no es esta nueva injusticia la que hará mudar la opinión de un pueblo que sufre tanto y así es que el aborrecimiento que les tiene es cada día mayor y estoy seguro que si no les contuviese la esperanza que tienen en V. E. ya se habrían envuelto en una conmoción desastrosa que les anegase en otros males por falta de apoyo».

El corresponsal de San Martín no se contenta en hacerle a éste la pintura del estado social y político en que por el imperio de Bolívar se encuentra aquella provincia, y antes de terminar su carta formula este voto: «No es posible que el ánimo de V. E. deje de conmoverse y de compadecerse de la situación tan crítica, ni es honor del Libertador del Perú y Chile que mire con indiferencia un pueblo que fijó sus ojos en V. E., riega con lágrimas su memoria y sus promesas esperando casi en desesperación el cumplimiento de ellas. Ya es tiempo pues, mi señor y mi respetable amigo, que V. E. cubierto de la gloria inmensa que le ha dado su filantropía empuñe la espada protectora de la libertad y vuelva en las alas de

nuestros deseos a llenar los destinos de estos pueblos y sacar a mi país del sepulcro de la tiranía; otra conducta sea cual fuere el motivo que la aconseje no puede dejar de ser un lunar en la brillante carrera de V. E.» Y a continuación: «Por manos de don Salvador Soyer he dirigido a V. E. varias cartas que he recibido de Guayaquil y ahora incluyo la de una señorita que acompaña un impreso de Bogotá. La lectura de estos papeles dará a V. E. una idea de la efímera situación de la república y del estado de la opinión en Guayaquil» (1).

Francisco Roca, guayaquileño igualmente y, como el primero, residente en Lima, vuelve a su vez sus ojos a San Martín y formula, como aquél, sus conjuros para que retorne a esas tierras donde el nombre de su persona vive asociado al de sus proezas. Comienza en su carta del 31 de diciembre por significarle que el placer de escribirle se mezcla en él al dolor de ver dilatarse la esperanza de su regreso. «Es verdad, escribe, que las resoluciones y planes del héroe que lleva siempre en su alma la libertad de los pueblos deben sernos muy respetables; que la convocación del cuerpo representativo del Perú y la voluntaria separación de V. E. del manejo de los negocios, lleva su persona al más alto punto de gloria, pero también es verdad que su bondad no puede desdeñarse de escuchar el clamor general de los buenos patriotas que ansían su presencia y que la posteridad no hallará tal vez disculpa para V. E. si su excesiva generosidad y delicadeza atrajeran a estos pueblos desgracias que no están lejos de sobrevenirles.

«Aunque los pueblos del Perú, continúa, fuesen ya totalmente independientes; aunque no tuvieran todavía en su seno un enemigo fuerte, orgulloso y bárbaro, sería necesaria la presencia del Fundador de la Libertad como un antemural para conservarla de los asaltos de la ambición y como una salvaguardia de su paz interior. ¿Qué será pues, cuando los destinos de estos pueblos penden aún de la suerte de las armas; cuando las operaciones militares no sólo necesitan un genio que las impulse sino también un centro común que enlace los diversos cuerpos del ejército; cuando las pasiones están en su mayor fermento; cuando vecinos ambiciosos dejan entrever sus miras de opresión bajo el velo del republicanism; cuando poco ilustrados ignoramos aún la senda más segura para llevar al fin y cuando por último no hay un brazo bastante robusto que se crea suficiente a sostener con su espada el goce de esos mismos derechos, que nos dejó la más acendrada filosofía? Yo habría hecho a V. E. mucho tiempo ha estas y otras muchas observaciones si no hubiera lisonjeádome de hacerlo verbalmente. Ahora espero que V. E. se sirva dispensarlas, pues aunque producidas únicamente de un desinteresado amor a la libertad y a la gloria de V. E. tal vez me he excedido aunque partiendo de un

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 156.

principio puro y animado de la ilimitada bondad con que V. E. me distingue».

«No es posible, señor, concluye Roca, ver sin exaltarse los riesgos que nos cercan así del enemigo común como de los resabios celosos de los fingidos republicanos. Dígnese V. E. fijar una mirada en la herida que abren a la causa las intrigas con que han agitado este suelo, el orgullo descarado que los caracteriza y su actual negativa de salir a campaña después que se han consumido muchos miles en ellos. V. E. conocerá que sólo su presencia puede contener a estos hombres tan enemigos de los americanos que no son de su facción como los españoles. Recuerde V. E. la suerte de la desgraciada Guayaquil. Ella tiene fija en V. E. sus esperanzas y su generoso ánimo y estoy seguro que no puede olvidarla ni dejarla fluctuar entre la esclavitud y la desesperación» (1).

Uno y otro documento son de una elocuencia soberana y nos demuestran que varias causas complejas amenazaban la estabilidad del Perú y que estas causas podían puntualizarse en este orden. Primero, un enemigo ensoberbecido y recalcitrante cual lo era el realista acantonado en la Sierra. Segundo, la falta de un genio que diese unidad a las operaciones para batirlo, y tercero, la presencia en las cercanías del Perú de un hombre prepotente cual lo era Bolívar dominado por una ambición desmedida y dispuesto a jugar el todo por el todo. Nada de esto, en realidad de verdad, se le había ocultado a San Martín. Todo lo había previsto, pero había previsto una cosa más que escapaba a la perspicacia de sus conmlitones de causa y era el saber que Bolívar no volvería sobre los hechos consumados y que por conservar a Guayaquil y entrar en el Perú guerrearía con él como había guerreado con Morillo, por obtener la libertad de su patria. Las voces que le llegaban de Lima lo convidaban indirectamente a no desatender este reto, pero si estas voces eran sinceras y seductoras, él no podía oírlas y no las oyó porque el interés de la emancipación americana así se lo dictaba.

La cuestión pendiente entre Perú y Colombia, si era grave antes de la partida de San Martín, se agravó mayormente cuando se alejó de las costas peruanas dispuesto a desentenderse del comando general de la guerra, y después que se retiró de Lima la división auxiliar comandada por el Libertador de Colombia. Es éste un punto que dilucidaremos a su hora; pero por el momento limitémonos a recordar lo que a propósito de este incidente le escribía a San Martín, con fecha 10 de enero de 1823, su antiguo edecán, don Salvador Soyer. «Por una diferencia movida entre el congreso y Paz Castillo ha tomado éste la determinación de embarcarse con toda su división para Guayaquil. Esta se ha verificado el día 6 del mes de la fecha y se opina haya un rompimiento de hostilidades entre ambos Estados. Dios quiera no tengan efecto estas ideas. El

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 158.

general colombiano va, según se dice, muy resentido de V. E. pero esto no es de extrañar cuando hay sujetos que a pesar de haberles sacado V. E. de la oscuridad y hécholes conocer la luz — Paz Castillo ya había militado bajo las órdenes de San Martín —, por un efecto de su continuada bondad, se han mostrado hoy ingratos dando a conocer en todo sus principios. Con varios de ellos he tenido que chocar y basta. En fin todo es nada, como cuente yo con la seguridad de la salud de V. E.» Pasa luego a decirle que Brandzen se encuentra en Cañete al mando de ochocientos hombres de caballería; que apareció en Lima una proclama de Cochrane impresa y autorizada por el congreso; que se trata de remitir a Pisco una división de dos mil quinientos hombres al mando de Arenales; que está listo él para derramar su sangre a fin de vindicar con ella las injurias de los malvados de que es blanco San Martín y que espera que él no les abandone. «Considere, señor, escribe, que somos desde que se fué V. E. semejante a un buque en medio del océano, hallándose sin timón y sin poder seguir el rumbo y llegar a buen puerto. Los pueblos a voz unánime claman para que regrese V. E. y ciertamente los peruanos están convencidos que sólo en V. E. es en quien rige las facultades de procurar sus felicidades presentes y futuras y para que se verifique ese dicho día rogamos todos los amigos de V. E. al Ser supremo asegurándole que para mí particularmente sería el más hermoso de los que hasta aquí me hayan alumbrado» ⁽¹⁾.

Pero a pesar de estos testimonios comprobantes todos ellos de que San Martín dejaba en el Perú un enorme vacío, vacío que nadie podría llenar, los enemigos de su grandeza estaban vigilantes y sabiéndose lejos de sus espaldas atacáronlo publicando en *La Abeja Republicana* un artículo para poner en descrédito su obra protectoral y su monarquismo. El ataque no quedó sin respuesta, y ésta se hizo por medio de una impugnación que apareció en los primeros días de enero de 1823 firmada por: «*Los amigos de la libertad*».

«Todo hombre tiene en sí mismo, se dice en este documento, la creencia de su mérito. Este es un testimonio irrefragable, superior a los embates de la móvil opinión, obstinada en destruirlo a los ojos del público, atacarlo es relajar el resorte de la virtud y comprometer al hombre con la ley. En vano querrá regularse por ella, si sabe que la infamia acompaña al cumplimiento de sus deberes y que en toda posición la maledicencia ha de ser la recompensa de su conducta. Yo respeto los motivos que estaban escritos en el fondo del espíritu del excelentísimo señor San Martín para establecer el gobierno protectoral: la felicidad de los pueblos, suprema ley, le dictó una medida tan contraria a sus sentimientos como desechada por él en el Estado de Chile que le brindó y le estrechó con la suprema dirección: lo ignoro y no me atreveré a investigarlos; pero

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 161.

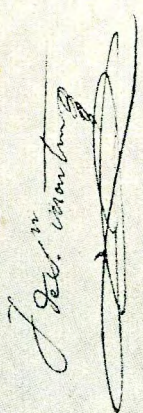
en la exposición de los que manifieste, quizá habrá algunos que coincidan con los suyos y que me den la satisfacción de adivinar en algún modo los móviles que lo impulsaron a resumir el supremo poder del Perú».

El apologista se une aquí con el analítico. Uno y otro penetran en el alma de los acontecimientos y demuéstrannos que la obra protectoral de San Martín no lo era de ambición sino calculada para cimentar la libertad. «Un pueblo, por ser libre no adquiere el derecho, leemos aquí, de constituirse solo e independiente. Las relaciones de su localidad, de su industria, de su genio, índole y afectaciones sociales, son otras tantas necesidades, sin las que no puede subsistir. Quebrantarlas es romper los vínculos de la naturaleza, trayéndose en pena los males consiguientes a su debilidad y privaciones. Si el ejército libertador infringiendo estas leyes hubiese instalado congresos constituyentes en proporción del terreno que bajo su protección sucesivamente iba proclamando su independencia, cada pueblo, cada partido, cada departamento conservaría un derecho imprudente y funesto para substraerse a la unidad del gobierno en todo el Perú. La residencia de este cuerpo legislativo en los unos, su primera formación en los otros y las aspiraciones de todos serían otros tantos títulos que hiciesen valer con la razón y con la fuerza para no perder la prerrogativa de considerarse el centro del poder administrativo. El derecho que pretende el articulista de *La Abeja* para acriminar al general San Martín por haberse abrogado el supremo mando después de haber arrojado con su espada y con sus ardides a los españoles de esta capital, ¿no les era igualmente concedido a todos los departamentos que antes de ella adquirieron su libertad? Y ¿hubiera sido justo a la razón general, que no es otra cosa que la ley de la naturaleza aplicada a las circunstancias, la reclamación de derechos inexplicables sin la ruina pública?»

Aclarado este punto, el autor en cuestión aborda el relacionado con el tratado que puso en contacto mutuo a Buenos Aires con Chile para concurrir a la emancipación del Perú, y con tal motivo escribe: «Los artículos relativos a la forma y oportunidad del establecimiento administrativo son nulos respectivamente a los derechos primordiales de nuestros pueblos. La fuerza encargada de darles el impulso conveniente a la utilidad continental había de trazarle la línea de tendencia al centro político de la América. Así es que no habiéndose decidido la suerte del Perú en su desocupación por los españoles, la filantropía demandaba que trasladado y no destruido el centro del poder opresor el general del ejército libertador fuese el jefe político de los departamentos que habían adquirido su independencia. El consentimiento de los pueblos estaba marcado en la ley imperiosa de su conservación».

Recuerda esta pluma que los pueblos más ilustres de la historia han sabido depositar la salvación de la patria en las manos de un

C. P. 980. Estímulo Moyano
 17. Feb. y febrero 4 de 1824.
 Mi querido Amigo: esta carta p.
 prevenir al Sr. novato p. mi q. d. Gen.
 Sr. Genl. Am. Hermano Político q.
 Dios! Escalante, p. el Bordo de mi R.
 p. noción de este País: con el General
 en tanto en cuanto me pertenecen y
 me quedado en Ciudad, cumplido la
 d. Gen. q. se comunicare como si fueren
 mis propios.
 Encargo al Sr. en el Pto. q.
 se encargue p. q. el Bordo q. Gen.
 de lo mejor.
 Quereme V. las

Orden de mi C. M. Gen. y Am.
 ha y a reportar de H. M. Gen.
 J. Gen. con tanto


solo hombre, cuando el peligro de sus instituciones presagiaba su destrucción. Esto le permite señalar los grandes ejemplos confirmatorios de la doctrina desarrollada, y recordando a Roma, nos dice: «Roma, la invencible Roma, tan celosa de su libertad como de su engrandecimiento cuando sólo debía oírse el estrépito de las armas, todo lo resignaba al arbitrio de un libertador».

A la altura de esta exposición, su autor declara que el plan protectoral de San Martín fué jurado por los peruanos en medio de transportes de júbilo, elogiado por los Estados de Chile y de Buenos Aires y aún «por la celosa Colombia», como el único plan administrativo conveniente a la situación política del Perú. Dice que con él se establecieron los tribunales de justicia, se crearon nuevas autoridades, se procedió a la elección de un consejo de Estado y esto para acordar una madura resolución en materias pertenecientes al interés general. «El excelentísimo señor Protector probó en este caso, dice textualmente el apologista del héroe, la interposición política para ver sin equívoco las resoluciones adaptables en el Perú, así como por la colocación de un prisma descompuso Newton los colores primitivos de la luz que en masa general ninguno presenta a la vista».

Por lo que se refiere a la Orden del Sol, institución que recuerda a la de Cincinato, creada por los americanos del norte, San Martín la instituyó, nos dice el apologista, como un patrimonio para premiar a los guerreros de la libertad y como un distintivo de los patriotas pacíficos esforzados en la restauración de este bien.

En ese documento se aborda la cuestión relacionada con el gobierno constitucional del Perú; se dice que los agentes diplomáticos enviados por San Martín lo hacían con el carácter de representantes de un gobierno provisorio, y se afirma además que las transacciones negociadas por ellos debían ser ratificadas por el congreso, órgano de la opinión. Esta declaración es de un valor capital y nos demuestra que San Martín no cometió atropellos, ni políticos ni diplomáticos. Su plan monárquico era simplemente un ensayo, y además un ensayo subordinado a la sanción de la voluntad soberana. Sólo la calumnia o la ignorancia pudo dar un aspecto torcido a las cosas y desacreditar a San Martín ante el concepto de los incautos presentándolo como candidato de su propio trono. «Si el Fundador de la Libertad, dice el articulista, hubiese querido cambiar sus laureles por la diadema imperial bastante eran para afirmar ésta las bayonetas con que adquirió aquéllos; pero señor de ellas, no quiso que le erigiesen el trono sino el solio de la libertad. Pudo él quizá haber pretendido un príncipe de Europa para el Perú; pero nunca quiso subrogar su nombre al que consintiese suceder a la dinastía de los Incas. En nuestro sentir no vemos en la oferta de la corona del Perú a las casas reinantes de Europa más que una estratagema para que colocadas en una posición halagüeña concediesen grandes ventajas inasequibles sin este interés y moderar la gran

conmoción que ha de causar el nuevo continente republicano a la Europa monárquica. Mas el Protector jamás soñó conciliar el favor europeo empuñando el cetro del Perú ni pudo preverse *soberano* zanjando él mismo los cimientos de la República».

Después de otras consideraciones que sería largo apuntarlas aquí, el autor en cuestión nos transporta al día 7 de septiembre de 1821 cuando el ejército de Canterac caía sobre Lima con el propósito de ocupar esta capital. «El ejército enemigo, escribe, fuerte de una caballería doble en número a la nuestra, de artillería e infantería, si bien proporcionales, de mejor y más acreditada disciplina, apareció en aquella mañana en la rinconada de Late envanecido con el triunfo que ya contaba como cierto. Nuestras tropas en mayor parte colecticias, reclutas ignorantes de los primeros giros de la táctica, presentaban la perspectiva de un ejército sólo por vestir el uniforme de soldado. Ciertamente el enemigo del miserable estado de nuestras fuerzas, había dicho que a su marcha San Martín como buen general, se reembarcaría a ocupar sus antiguas posiciones desamparando la ciudad. Mas cuánto fué su asombro al ver nuestro ejército formado en batalla en el campo de Mendoza, parapetadas las dos alas para sostener con ventajas el centro y evitar que por un flanco se internase el enemigo en la ciudad. Canterac, tan absorto en nuestra línea, como espantado del plan del Protector, tocó en sus desesperaciones mil medios de batirnos. En toda la campaña hasta el 17, en que el enemigo, saliendo de la plaza del Callao amagaba atacar a nuestro ejército en Mirones desplegó el excelentísimo señor San Martín todos sus talentos militares, supliendo el defecto de la unidad que da la disciplina con las ventajas locales impidiendo que obrase la caballería enemiga y que el soldado novel, intimidado por el peligro, abandonase el campo de batalla. Se robusteció nuestra debilidad con las posiciones y el enemigo, arredrado de ver la serenidad con que un ejército bisono hacía frente a sus aguerridos veteranos, e inutilizaba sus medidas para comprometerlo en un ataque, regresó cubierto de oprobio por un camino que no había entrado en sus cálculos de retirada. En cualquier encuentro que hubiese empeñado otro general, a quien no acompañase la experiencia de la guerra, era concluida la causa del Perú; porque al enemigo le sobraba una pequeña ventaja para desalentar nuestras tropas, que sin confianza en las armas que no sabían manejar, habían de abandonarlas, como el cuerpo del delito que le imputaban sus opresores».

«Más remarcable y útil al Perú, continúa éste, fué el movimiento oportuno sobre Salamanca y San Borja para forzar al enemigo a ocupar el Callao desprovisto de víveres, que no llevaba consigo, que haber arriesgado una acción aún con probabilidades del suceso. Esta plaza fuerte les preparaba o un sepulcro inevitable dentro de sus murallas o un punto de partida para estrellarse contra nuestros batallones. En esta alternativa no tuvo otro recurso que la fuga perdiendo en ella su moralidad, y expuesto a una persecución que equivale

a una derrota. Si ésta no fué completa, si el enemigo no perdió todas sus fuerzas, pregúntesele al general Las Heras por qué no realizó las amplias instrucciones que le comunicó el Excmo. señor Protector y aquel bravo jefe sabrá imponer silencio a los calumniadores de su ardimiento militar».

Es ésta la apología más substanciada y más elocuente que ha podido hacerse de una de las más brillantes maniobras tácticas practicadas por San Martín. Ella restablece la verdad en su punto y contesta ampliamente a las críticas formuladas contra San Martín por sus detractores. Esta campaña sirvió para que los enemigos de San Martín quisiesen ver en su conducta aparentemente pasiva una cobardía, y *La Abeja Republicana* así lo hizo imputando a falta de valor lo que era obra de una sabia prudencia «¿Donde está la cobardía? se pregunta el autor de la impugnación. ¡Cobarde, dice, el generalísimo San Martín!!! ¡Cobarde el que en la acción de San Lorenzo con 50 hombres de caballería atacó una división de 250 infantes y dos piezas de campaña, habiendo salvado su vida en este combate por el desnudo de un granadero que hirió al que iba a darle muerte, después de la herida del rostro, cuya cicatriz honrosa no podrá desmentir el articulista! ¡Cobarde San Martín! ¡Cobarde el general que en Chacabuco decidió la victoria penetrando por entre el fuego enemigo a la cabeza de sus Granaderos a caballo! ¡Cobarde el general que en la dispersión de Cancha Rayada se fijó a retaguardia, sin que su valor trepidase, bajo las columnas enemigas que desaparecieron con sus tiros catorce ordenanzas de veinte que lo acompañaban! ¡Cobarde el que con un ejército en corto número arribó a estas costas a libertar al Perú de la opresión española sostenida por diez mil bayonetas dentro de esta capital y seis mil en las provincias! ¡Cobarde el que en Huaura sostenía, por decirlo así, el cadáver de su ejército desaparecido al rigor del clima, no teniendo soldados para relevo de los puestos avanzados! ¡Cobarde este general superior a los peligros y a la muerte! ¡Cobarde sí, cobarde como Alejandro y como César! ¡Cobarde el valor prudente, cobarde el valor impetuoso en el momento decisivo de la incertidumbre de las batallas, cobarde el valor que oculta la situación desconsolante de un ejército presa de la muerte y sostiene con el prestigio de sus esfuerzos la firmeza de los jefes que no miraban sino el horror de los sepulcros, amenazando envolverlos en su seno con el soldado! Podrá titularse cobarde este heroísmo tan difícil de hallar exacto paralelo con el de los guerreros más célebres de la historia, como uniforme y consiguiente consigo mismo en todas las actitudes de la guerra». «Salvar a Lima, dice este articulista, rendir los castillos el Callao, desorganizar el ejército enemigo, cuando todas las probabilidades pronunciaban nuestra derrota, sacar su ruina y escarmiento de las ventajas que hacían su poder y su victoria son dobles laureles con que la humanidad corona los guerreros que economizan su sangre y vencen sin destruirla».

Esto anotado, la misma pluma que así defiende los méritos y la memoria de San Martín, pasa a decirnos que la deposición de Montegudo no influyó de ninguna manera en la medida tomada por él a su regreso de Guayaquil para reasumir el poder. «La expulsión de un ministro de Estado, escribe textualmente, no fué resorte de aquella acción tan generosa. Ningún vacío dejó en su espíritu la ausencia de este hombre en los planes de S. E. Ellos tocaban ya en su término, y su perfección sólo pendía de algunos días. Porque, hablemos con ingenuidad, si el proyecto del Protector hubiera envuelto aspiraciones a la monarquía del Perú, cada hombre hubiera sido un agente suyo. Multiplicando los secretos estímulos de los peruanos, cubriendo su dirección con un velo vario, robusteciendo insensiblemente las preocupaciones antiguas, sosteniendo el goce de los unos, e inflamando la ambición de todos, hubieran sido otros tantos apoyos fáciles y seguros de sus miras y Lima habría dado el grito que fijó en Agustín I la corona imperial de México. Pero la contradicción de falsas y pretendidas sospechas, con sus verdaderos y públicos sentimientos afirmó la línea de conducta que ha seguido en todos tiempos».

El apologista pasa luego a decirnos que el fastidio de San Martín por la vida pública tocó el grado de aburrimiento al oír que todo se temía de él y que su nombre «tan amado en la generalidad del Perú», había comenzado a ser el oprobio «de caracteres descontentadizos». Fué entonces que San Martín se concibió en la misma posición que Octavio en su regreso a Roma, y que deseoso de reconciliar su tranquilidad con la experiencia de los pueblos, «todo lo renunció en manos de la representación nacional instalada por él con una celeridad quizá culpable a los ojos de la filosofía y de la política».

Antes de terminar esta apología, la pluma que la redacta se detiene a tomar en consideración otros argumentos de descrédito lanzados contra San Martín. Esos argumentos lo presentan a él como causante de los males económicos que sufre el Perú, y se dice que ellos provienen de la confiscación que han sufrido los españoles, de las contribuciones al comercio; por la extracción del dinero que existía en el tesoro público, y además por la «siniestra invención del papel moneda». Todo esto lo refuta en forma concluyente y magistral. Acude para esto a los libros de tesorería, y examinándolos demuestra que las partidas pedidas al tesoro público tenían por objeto la subsistencia y aumento del ejército, la creación y gastos de la escuadra y los costos de los monumentos públicos. «El Perú libre, escribe, sin agricultura, sin industria, reducido a cuatro departamentos no ha podido trabajar, entre las continuas agresiones del enemigo, el precioso patrimonio de sus minas. La amonedación rebajada a la cuarta parte de su producto anual amenazaba su completa ruina al paso que creciendo las necesidades de la guerra demandaban ingentes sumas en su auxilio. El comercio del país tendía a una inferioridad incalculable. Los capitales de este ramo, pro-

piedad exclusiva de los españoles, había emigrado con sus señores o anticipado su salida al Janeiro y otras posesiones europeas. Sus familias quedaron en esta capital o desprovistas o en guarda de los restos que no pudieron escapar. Afectos éstos al Estado por una ley de retallación, eran una prueba experimental de las intenciones españolas tan contrarias a la justicia como ajenas a la naturaleza. El gobierno, dejando intactos los haberes de las esposas y de los hijos, aplicó esas pequeñas gotas al inmenso océano de las atenciones públicas. Las contribuciones conocidas una sola vez sobre el tráfico fueron cubiertas parcial y lentamente a pesar de la sobriedad con que se impusieron. ¿Qué leyes se han infringido en estas medidas? se pregunta el autor. ¿Es acaso culpable el Excmo. señor Protector de la miseria a que redujeron padres y esposos a sus familias negándoles los fondos de subsistencia? ¿de la escasez de capitales por la extracción anticipada de los que formaban el círculo del cambio de valores en el comercio y de la destitución en que los planes españoles y las vicisitudes de la guerra en pro o en daño de la libertad han constituido al Perú desde el virreinato de Abascal?»

Propuestas estas cuestiones, el proponente mismo las contesta y responde que el país estaba sin dinero en 1820 y abiertas ya las venas del Perú, que los españoles mismos provocaron el agotamiento de sus riquezas hasta consumarlo el 6 de junio de 1821. Al terminar su magistral apología, el vindicador de la memoria de San Martín declara: «Los peruanos, instruidos en las grandiosas y benéficas miras del Fundador de la Libertad, penetrados de la libertad de su gobierno, de la generosidad de sus intenciones, del coraje que ha desplegado en las batallas, de su sufrimiento en las campañas y de su constancia inalterable en sus empresas, verán siempre en él al jefe de los bravos, al hijo de la victoria, al padre de los pueblos, y al protector de la libertad. Su nombre les es tan amado como el de Ulises a los modernos griegos y el de Milciades a los antiguos habitantes del Atica; valeroso como aquél y desprendido como éste, reúne en sí las dos virtudes que fijan para siempre la libertad de un país y forman las bases de la inmortalidad histórica de los héroes, que ya presiente la generación actual en medio de los embates de la calumnia, evidentemente contrariada por actos de un eminente desprendimiento, por la abdicación de su amor individual en obsequio de la patria y por las huellas recientes del genio en la vasta y difícil esfera del tiempo de su administración. Por él dirá la edad presente lo que del Libertador del Norte repetía la república de Maryland: *Su nombre solo vale un ejército. El nació para darnos la independencia y la libertad. Levantémosle en nuestros corazones monumentos eternos de gratitud y gloria*» (1).

Estos y otros antecedentes expuestos en su debido lugar, nos demuestran que San Martín había actuado como un genio benéfico

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 728.

en los destinos del Perú, y que si eran muchos sus detractores, eran más los que sabían apreciar el valor y la trascendencia de la obra realizada por él en pro de sus nuevos destinos. Para muchos, la partida de San Martín encerraba un propósito puramente transitorio. Se creía que de un momento a otro volvería sobre su decisión y que una vez repuesto de sus dolencias, asumiría el mando de ese ejército que ya lo proclamaba su generalísimo. «Las funestas nuevas que han corrido en esta ciudad acerca de la salud y vida de V. E., le escribía el señor Cayetano Requena, capellán militar, con fecha 7 de enero de 1823, han cubierto de luto a todos los amantes de la salud del Perú. Ella no puede conseguirse sin el feliz influjo de su nombre, sin el acierto de sus medidas, y sin el plan de sus empresas. Este es el voto común de los sensatos, la idea que a su pesar se les escapa a los enemigos, y la confesión de la opinión general. Es una necesidad que viva V. E. y el cielo en su justicia no privará a la América de este bien. El genio de la libertad que ha sobrepuesto a V. E. a las vicisitudes de las armas y de los acontecimientos seguramente le hará vencer los ataques de la naturaleza. Yo creo que nada podrán en su persona; y que los días de V. E. durarán hasta la consumación y solidez de nuestra naciente independencia. Esta es la esperanza y consuelo en mi gratitud y de la causa pública. No dudo que la realidad corresponda y estrechar algún día a V. E. cubierto de nuevos laureles» (1).

Pero si San Martín dejando al Perú volvió las espaldas al poder, no las volvió a los intereses supremos vinculados con la guerra. Al alejarse de sus playas, dejaba él en vías de ejecución una campaña de cuyo éxito dependía la suerte del Perú. Alvarado y Arenales eran los encargados de iniciarla y de llevarla a término y desde que pisó tierra chilena San Martín volvió sus ojos al Perú, trató de coordinar desde allí los elementos que podían y debían colaborar a su éxito y tomó como suya la responsabilidad de la victoria. Fué así como estando en Santiago de Chile se puso al habla con el comandante Gutiérrez de la Fuente que retornaba al Perú y esto después de haber cumplido la misión diplomática que en mayo de dicho año le confiara el propio San Martín ante los distintos gobernadores de las Provincias Argentinas, como queda dicho.

El saber que el gobierno de Buenos Aires se oponía a la ejecución de sus planes, no fué razón alguna para hacerlo desistir del propósito que guiaba sus sentimientos, y decidióse así por enviar a varias provincias de su patria un mensaje, interesándolas nuevamente en los auxilios que se le negaban en Buenos Aires. Este oficio circuló por las provincias de San Juan, de Mendoza, de San Luis, de Tucumán, de Salta y de Jujuy, y en él el Libertador del Perú se expresaba en estos términos: «Debiendo encaminarse a la mayor brevedad en auxilios de las fuerzas del Perú una división compuesta al

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 422.

menos de quinientos veteranos al mando del señor coronel don José María Urdininea y facultado el referido señor coronel para solicitar y negociar el préstamo de cincuenta mil pesos aplicables a las precisas expensas de la expedición, el señor don Rudecindo Alvarado, general en jefe del ejército del Perú, prestará desde luego sus garantías a fin de responder de la satisfacción de este crédito; a cuyo efecto se hacen con esta fecha a dicho señor general los más serios encargos y se le comunican las correspondientes órdenes para que la cantidad sea inviolablemente satisfecha a los plazos que se estipulen, y para que se observen religiosamente los contratos que por el indicado señor Urdininea se formalicen» (1).

Es oportuno recordar aquí que cuando San Martín daba estos pasos, el señor Urdininea había renunciado a su gobernación y entregádose por entero a la formación de la división auxiliar que entraba en los planes estratégicos de San Martín, para llevar a cabo su última ofensiva. Esta ofensiva, como ya lo sabe el lector, comprendía el ataque contra La Serna, atrincherado en el Cuzco, por el ejército de Alvarado y de Arenales. El primero debía atacar subiéndolo por Arica y el otro descolgando sus fuerzas por el valle de Jauja. La división argentina pedida con tanta insistencia por San Martín al gobierno de Buenos Aires, tenía por objetivo el ataque simultáneo por el Norte argentino y la ejecución de este plan le arrancó el 14 de noviembre un nuevo documento dirigido al coronel Urdininea, e inspirado en los informes verbales y concretos que acababa de transmitirle su delegado en esta ocasión: «Impuesto con individualidad por el teniente coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente sobre su comisión, y muy particularmente sobre el extraordinario desempeño e interés que usted se toma en la empresa de la próxima campaña para la destrucción de los enemigos comunes, le dice San Martín, no he podido menos que ratificar lleno de júbilo el acertado concepto que tenía ya formado de su honradez, opinión, pericia, desempeño y demás apreciables cualidades que le caracterizan. En este punto me lleno de confianza asegurándome mejor en mis ideas. Yo creo firmemente que al cabo de alguna actividad para estar en movimiento con los quinientos hombres que debe tener a sus órdenes a fines de diciembre precisamente, nos llenaremos de nuevas glorias, confundiremos la tiranía, haremos ver al mundo entero nuestros esfuerzos y tendremos el gusto de darnos un fuerte abrazo al fin de nuestra obra.

«Para este caso incluyo a usted dos poderes: uno por mí, garantizándole todas las urgencias y enseres que necesitase para formar el plan de sus operaciones y otro del plenipotenciario del Perú a nombre de aquel gobierno como se impondrá de ellos a su vista».

San Martín termina esta carta pidiéndole a Urdininea que se ponga en comunicación con Bustos; que se asocie con él en todo lo

(1) PAZ SOLDÁN. *Historia del Perú Independiente*, vol. I, pág. 417.

posible y diciéndole: «el cielo nos proteja con su mano poderosa y nos colme de gloria».

Con igual fecha se dirige a don Ambrosio Lezica y le interesa para que a fines de diciembre tenga pronto el vestuario y el armamento necesario para vestir y equipar a mil quinientos hombres de tropa. Al mismo tiempo le hace saber que para esa fecha igualmente y bajo las órdenes del coronel Urdininea se pondrán quinientos hombres en campaña; que todos esos gastos serán debidamente satisfechos y que le quedaba desde ya muy agradecido a sus heroicos esfuerzos «como obligado a recompensarlos en cuanto esté de su parte». El coronel Urdininea cumplió con los votos de San Martín y se puso en marcha; pero antes resolvió despachar en comisión al coronel Zelaya con una nota reservada para Rivadavia, ministro de Estado en el gobierno de Buenos Aires. Los propósitos que perseguía Urdininea eran los de atraerse al plan estratégico de San Martín la colaboración de ese gran ministro, y después de expresar que la voluntad del general San Martín y el interés de la nación lo habían colocado en condiciones de hacer frente al enemigo, le dice a Rivadavia: «El ministro de Buenos Aires sabe muy bien, que este sentimiento secreto que une a los individuos a la patria liga del mismo modo a todos los pueblos de una nación que parece no existir después que el ministro de esa provincia lo ha dicho: yo no calculo, sino que puedo asegurarlo con él, que Buenos Aires nunca ha querido desprenderse ni desconocer esas sus antiguas y queridas relaciones. El primer pueblo de las provincias del Río de la Plata, siempre lo es en importancia y nunca consentirán, los que tienen el orgullo nacional, que deje de serlo por su voto. La fatalidad tal vez, nuestros errores comunes, han hecho olvidar a los pueblos algunos momentos de su conveniencia, y a Buenos Aires desconfiar de su mérito y de su prepotencia; pero, desde que existe en su país el hombre más grande de la nación, Buenos Aires ni tiene celos de nadie ni los da y en esta actitud es satisfactorio ver obligados a todos a reconocer lo que antes parecían disputar. Quiera el cielo que el genio reparador que preside a la administración de Buenos Aires se difunda por las Provincias Unidas: él sería capaz de darnos la importancia de que estamos careciendo dándonos una patria que aun no poseemos».

Establecidas estas declaraciones y otras que omitimos aquí en obsequio de la brevedad, Urdininea pasa a decirle a Rivadavia que los monumentos que se coloquen, las banderas que se levanten, o la sangre que se derrame allá en los últimos límites de la nación, servirán de un testimonio eterno a los pueblos que se liberten, de la gratitud que deben a sus libertadores, y haciéndoles saber con generosidad que no se deben a sí mismos, les habrán instruído que por esto mismo, que por conveniencia y por gratitud, son y pertenecen a una nación que «en la extensión que comprenden las orillas del Desaguadero y las márgenes del Plata se encierran la libertad

protegida por la filosofía, la abundancia por la feracidad del territorio y la riqueza por el comercio.

«No me persuado, continúa, poder fascinar las luces, la previsión y sobre todo la religión con que mirará el ministro de Buenos Aires los intereses de su país; pero me atrevo a esperar que debiendo ponerme en campaña a mediados del mes entrante con una división al menos de trescientos hombres, organizada por la generosidad de las provincias de San Juan y la Rioja, con el objeto de obrar contra los enemigos de la nación, Buenos Aires y su gobierno no me dejarán marchar sin sus auxilios y sin su dirección. La malevolencia, apoyada por hombres que pueden autorizarla, no se detiene en calcular que no sólo no concurrirá esa provincia; pero que la administración presta su influjo para entorpecer la empresa. Yo protesto no creer tal invención y solamente aseguro al ministro que estoy persuadido que, aunque ese gobierno no concorra, ni los sucesos de los patriotas le serán indiferentes ni mucho menos sus desgracias» (1).

De acuerdo pues con su resolución de cooperar al éxito de la campaña libertadora que San Martín había organizado al dejar el Perú, al frente de su división Urdininea se puso en marcha y, al llegar a Tucumán, el 25 de febrero lanzó una proclama dirigida a los peruanos, en la que entre otras cosas les decía: «La división de mi mando es pequeña, pobre y mal equipada; pero rica de valor y resolución: así es que nada de lo que compone la comodidad de los hombres puedo ofrecerlos; pero os ofrezco la ocasión y las armas para que adquiráis una tierra que yace degradada, un honor que

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. XIX, pág. 83.

El documento que acabamos de transcribir le fué inspirado a Urdininea por la negativa que puso el gobierno de Buenos Aires al delegado de San Martín, señor Gutiérrez de la Fuente. He aquí como el 5 de septiembre de 1822 y antes de que San Martín abandonase el gobierno supremo del Perú, Urdininea le escribía desde San Juan: «El gobierno de Buenos Aires ha desechado la invitación de V. E. con respecto a la expedición. A consecuencia de ella presentó un proyecto a la junta de representantes concebido en tres artículos: el primero para que se le facultase negociar con el enemigo de acuerdo con Chile y Lima; el segundo para que pueda tratar con los pueblos que se hallan en anarquía y el tercero para que se le permita gastar treinta mil pesos en estos negocios. A primera vista se conoce la intención de aquel gobierno y la frivolidad con que se quiere evadir el empeño a que está precisado como las demás provincias en la guerra de su independencia. Al fin, se han aducido razones en razón del proyecto tan vagas como insuficientes. El estado actual de la Europa, el de España impotente, el reconocimiento de Norteamérica y la posición de conflicto en que se supone a La Serna, dicen lo hará capitular y entrar en relaciones que nos sean ventajosas. Hasta la salida del correo me aseguran se halla en debate la cuestión; pero por la oposición casi general con que se mira la expedición es probable se admita la propuesta del gobierno. «El gobernador Bustos ha recibido las invectivas más atroces por *El Argos*. Me dicen que se ha pedido por su secretario diputado una satisfacción al gobierno, y aún no se le ha dado. Incluyo a V. E. copia de la carta que le escribo a aquel señor para su inteligencia, como también los papeles originales del teniente coronel Mendieta, relativos a su comisión. El comandante de escuadrón don Antonio Gutiérrez de la Fuente no me ha escrito desde que partió de Córdoba para Buenos Aires y el resultado de sus negociaciones. Espero con ansias sus comunicaciones para pasarlas a conocimiento de S. E.». *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 88.

no tienen los errantes, una familia y las delicias que no pueden gozar los que están distantes de sus lares. Venid, conquistemos con el sable y el trabajo lo que no se puede gozar bien en la conciencia de no haberlo merecido. Reuníos a mí y a los dignos compañeros que se acercan, los que no queráis que os disputen por indignos la entrada a una tierra que el cielo y la naturaleza nos dió y que los tiranos se han apropiado».

Pero mientras sus proclamas difundían a los cuatro vientos estos llamados dictados por el patriotismo, por conducto particular exponía a San Martín las trabas que le cerraban el camino y el desaliento que en cierto sentido atacaba su voluntad. «¡Ah, mi general!, le dice desde Sumampa el 9 de mayo. Todo el mundo se ha conjurado contra la expedición y los mismos godos contra quienes se dirigen, no era posible trabajasen con más empeño en su destrucción y descrédito que lo que trabajan muchos de los que se dicen patriotas, entre ellos el gobernador Bustos, debiendo ser el más empeñado. Lea, general, los periódicos de Buenos Aires a este respecto y no podrá menos que escandalizarse. Yo no sé de donde nace esta oposición descarada al esfuerzo patriótico de la expedición contra el común enemigo. Parece que ya es un mérito el propender a la conservación del realismo que domina en el Perú y un demérito o ridiculez el trabajar por su ruina. Si el general San Martín hubiese alguna vez abandonado los intereses de la causa común, se hubiese levantado hasta el cielo el grito de traición, perfidia, venta al enemigo. En el día no sólo se mira con la más fría indiferencia el sagrado empeño de la defensa del país, sino que se burla, se escarnece y se pone en ridículo al que conserva todavía algún resto de patriotismo para interesarse y trabajar en la destrucción del enemigo». Termina esa carta declarándole a San Martín que por los papeles públicos supone que ya ha llegado a Mendoza: «Colocado pues V. E. de esta parte de los Andes, dícele, estoy cierto que dará V. E. un nuevo impulso a la expedición que ha sido cosa suya y allanará con su poder cualquier dificultad o tropiezo que se ofrezca. Yo y mi segundo, coronel José María Paz, protestamos a V. E. no desistir de nuestro empeño hasta concluir la destrucción del enemigo para ver libre y arreglada nuestra patria, que es todo nuestro objeto».

Un mes más tarde, y desde Tucumán, Urduinea vuelve a escribirle a San Martín. En esa carta acusa la sorpresa que le causa el estado de indiferencia en que se encuentra la opinión de los patriotas cuando el enemigo trata de ocupar la ciudad de Lima, con el propósito de ocupar después las otras provincias bajas del Perú. Esta circunstancia y el conocimiento que tiene de la realidad, le arranca esta declaración: «Ningunos aprestos militares, ninguna fuerza organizada al frente de Olañeta se ve, sino donde creen que es necesaria para sostener su gobierno; así es que se nota en estos pueblos, particularmente en Salta, una grande apatía en todos sus

habitantes. Basta, mi general; la penetración de V. E. en esta parte, me hace ocurrir al silencio y dejar el campo a su raciocinio» (1).

Volviendo a San Martín digamos que mientras éste se ocupaba de cooperar a la suerte del Perú buscando auxilios y tratando de poner de su parte las simpatías del gobierno de Chile como de Buenos Aires, Cochrane se encargaba de intrigar contra él y lo presentaba ante los chilenos como entregado a trabajos secretos, muy indignos por cierto de la grandeza de alma que distinguía a San Martín.

Según Cochrane, lo que intentaba San Martín en aquel entonces era nada menos que el posesionarse de la flota chilena en connivencia con O'Higgins y apoyado en ella establecer su imperio en el Perú. ¿En qué se fundamenta el referido almirante para semejante afirmación que él mismo clasifica de problemática? Según él, en una carta que desde Concepción y con fecha 20 de noviembre le escribiera el general don Ramón Freire y en la cual éste, después de abordar el tema político que en ese momento agitaba los ánimos, lo invita a cooperar en el movimiento subversivo contra O'Higgins. «Disponga usted lo que convenga con la escuadra, le dice Freire a Cochrane, anclado en Valparaíso, para guardar aquél y este puerto; tocamos el momento de dar el grito; contésteme usted sin pérdida de tiempo con la sinceridad que me prometo de su amistad y nobleza. Tengamos la satisfacción de contribuir empeñosa y desinteresadamente en remediar los males y salud de la república sin que otro objeto alguno sea el norte de nuestras aspiraciones». Y luego: «Téngase por odiosa y sospechosa la residencia de San Martín en cualquier punto del Estado chileno. Salga de él para ir a ser feliz en otra parte pues que tan cara vende su protección a los desgraciados».

Aun cuando no está en nuestras facultades el declarar apócrifo un documento que Cochrane presenta como auténtico, podemos al menos considerarlo como sospechoso. Si Freire efectivamente escribió estas líneas, como así lo dice el almirante, él las desautorizó con una nueva actitud días más tarde, pues el 14 de diciembre, veinti-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 105.

En esta misma carta, Urdinenea le dice a San Martín que sale para la provincia de Santiago a buscar caballos y a recoger la primera remesa de vestuarios que debe existir allí según comunicaciones de Berdeja. Este Berdeja era el apoderado de Urdinenea y al llegar a Buenos Aires el 1º de marzo de 1823, se dirigió a San Martín haciéndole saber que gracias al empeño del señor don Ambrosio Lezica podría contratar y conducir todos los efectos necesarios para la expedición al Perú que se proyectaba. «Sin duda esta vez ha dado la última mano a su generosidad y patriotismo el señor Lezica, escribe, la ruina que ha sufrido en lo mejor de su fortuna, el aislamiento a que lo tienen reducido y el empeño con que se le persigue hasta en sus créditos, lo habían alejado de la aptitud en que a fuerza de sacrificios se ha puesto de llenar todo el préstamo, tan sólo porque lleva la iniciativa de V. E. Si esta noble conducta se hace digna de la mayor consideración, séame permitido recomendarla a V. E. del modo más eficaz, obsequio que puedo yo hacer al único hombre que ha sabido prestarse con generosidad». *Ibidem*, pág. 98.

cuatro días después de escribirle a Cochrane la carta que éste nos da a conocer, Freire se dirige a San Martín y lo insta para que trabaje en favor de la dimisión del mando de su amigo O'Higgins.

Antes de entrar en los pormenores de este documento, debemos decir que cuando San Martín se presentó en las playas de Chile, soplaban malos vientos para el supremo director de aquel Estado. Una parte de la opinión, espontáneamente u obedeciendo a resortes ocultos, creía que el gobierno directorial debía desaparecer y establecerse la república teniendo a su frente un ejecutivo constitucional. O'Higgins no tenía ambiciones, pero amaba a su patria y a su nombre, y creyendo ver en esta actitud un ataque a su recta intención y a su sinceridad, intentó resistir. Esta resistencia se hubiese traducido en una guerra civil, y fué entonces que Freire, sabiendo el ascendiente que San Martín tenía sobre aquél — recordemos que Freire había militado bajo las armas de San Martín y cooperado brillantemente a la independencia de Chile —, se decidió por acudir a él a fin de evitar este extremo y desde Concepción, con fecha 14 de diciembre escribióle: «Reunidos los pueblos en esta ciudad por medio de sus legítimos representantes, han jurado solemnemente recuperar sus derechos usurpados, o dejar de existir en este glorioso empeño. No es desconocido a usted el carácter guerrero de esta provincia. El estado afligente a que la ha reducido el sistema de conservar la guerra, los hace más empresarios, porque al celo de recobrar su libertad se pueden añadir las resoluciones desesperadas a que los invita un trato tan ingrato después de estar persuadidos de la mucha parte que se les debe en la erección de este majestuoso edificio político».

«Yo no cumpliría con los deberes que me dicta mi carácter humano si no me anticipase a poner en conocimiento de usted los funestos resultados que indudablemente proporcionaría el obstinado empeño del señor O'Higgins en querer continuar presidiendo en la república contra el voto unánime y general de sus habitantes; yo ruego a usted, pues, interponga su respeto y amistad, pues no dudo que sus juiciosas reflexiones apoyadas sobre el conocimiento que tiene del corazón humano, produzcan todo el efecto que dictan la razón y la justicia y que reclaman imperiosamente aquellos mismos principios que se adoptaron con placer general». Freire pasa luego a significarle a San Martín «que unos ministros venales y sin opinión han desconceptuado la administración»; que las bendiciones «que con justicia recibió en otros tiempos de la gratitud de los pueblos se han convertido — hace alusión directamente a O'Higgins — en execraciones y no se oye más que una alarma general contra el opresor de sus derechos»; que diariamente llegan comunicaciones incendiarias y alarmantes; que la prudencia «está dictando al señor director la dejación del mando como único recurso para conservar sus glorias, asegurar su persona, y evitar que las provincias sean envueltas en una espantosa disensión civil», y fi-

nalmente que es un delirio pensar el sostenerse con la fuerza porque además de la que tiene él a su disposición cuenta con los indios confederados que en número considerable claman por acompañarle en esa empresa.

«Con lo expuesto, concluye Freire, me parece suficiente para que usted se penetre de la necesidad indispensable de que aquel señor no omita un paso propio de su generosidad y desprendimiento. Estos pueblos graban en su memoria el servicio que usted les dispensa relativo a la transacción de una desavenencia que ya no puede componerse sino por aquel único medio» (1).

Ignoramos si San Martín intervino como Freire se lo solicitaba, y si ejerció por lo tanto el papel de pacificador aconsejándole a O'Higgins que abdicase. Posiblemente así lo hizo, y acaso su intervención influyó para que O'Higgins resolviese eliminarse ante el voto imperativo de la opinión. El 28 de enero, éste abdicó el mando supremo de director de Chile y abandonando la capital se dirigió a Valparaíso con el decidido propósito de trasladarse al extranjero. Pero si San Martín pudo aconsejarle, y acaso le aconsejó a O'Higgins que dimitiese el mando supremo, como así lo deseaban sus adversarios políticos, es lo cierto que no fué testigo presencial de este acontecimiento y que cuando O'Higgins bajó de las alturas del poder a ocupar el rango de un ciudadano proscrito, San Martín ya estaba en Mendoza, recluido en su chacra de Los Barriales. La noticia de este acontecimiento llególe a él en los primeros días de febrero y el 9 de ese mismo mes tomó la pluma y escribióle a O'Higgins: «Compañero y amigo amado: Millones de millones de enhorabuenas por su separación del mando. Los que sean verdaderos amigos de usted se las darán muy repetidas. Sí, mi amigo, ahora es cuando gozará usted de la paz y tranquilidad y sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos. Goce usted la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de su patria.

«Estoy con cuidado por la salud de Rosita. Hágame el gusto de no privarme de sus noticias. Sigo reponiéndome pero la fatiga, aunque disminuída, me incomoda bastante.

«A fines de éste pienso pasar a Buenos Aires, aprovechando de la seguridad que proporciona una expedición que sale de aquel puerto contra los indios» (2).

Cuando esta carta llegó a manos de O'Higgins, éste se encontraba ya embarcado a bordo de la corbeta *Fly* perteneciente a la escuadra británica. Al parecer fué portador de esta carta el capitán Pérez, quien había venido con San Martín desde el Perú, acompañándole en carácter de edecán como lo acompañó luego a Mendoza. Esta carta fué para O'Higgins un verdadero lenitivo, y al contestársela con fecha 5 de marzo, desde la bahía de Valparaíso, le dice: «Recibo

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 264.

(2) VICUÑA MACKENNA. *Vida de don Bernardo O'Higgins*, pág. 575.

los parabienes por mi separación del gobierno como la mejor prueba de la amistad y más grande don de la providencia. Sí, mi amigo, tantos años de lucha demandaban descanso y tiempo para atender a la propia conservación amenazada del modo más alarmante. No puedo contar con otros fondos que Montalbán y Cuiba, con que la generosidad del gobierno del Perú y de mi mejor amigo habían recompensado mis servicios; pero aun este último recurso vacila y los arrestos y desaires que he sufrido después de haber dejado la dirección de Chile, me prueban lo que en adelante deberé esperar de mi patria. Bien que trece años de sacrificios y amarguras inauditas no los cambio por interés alguno y sólo quedan dedicados al honor y bien general de la América».

«Ha sido suspendido el arresto, continúa luego, que sufrí en este puerto sin otra satisfacción que negarme hasta el presente el permiso que he pedido para pasar a países extranjeros. No creo que los chilenos puedan abrigar ni por un solo momento la baja idea de acriminarme con imposturas para lavar la mancha de la falta de respeto a mi persona, ni menos de las obligaciones que me deben. Hombres perversos como hay en todas las sociedades del mundo, indudablemente conspiran contra mi honor y solapan el veneno con el pretexto de una residencia que jamás se ha ejecutado en el Estado con jefe alguno superior, porque las leyes y constituciones públicas hasta la fecha, los exceptúan conforme a la práctica general. La sanidad de mis intenciones y el feliz resultado de ellas, será el mayor garante de mis operaciones. De nada me acusa mi conciencia; ella será siempre tranquila al frente de la misma impostura y de los inicuos» (1).

El 10 de abril, O'Higgins volvió a franquearse con San Martín y a comunicarle por lo tanto sus sinsabores y sus cuitas. «La muerte, escribe textualmente, habría sido más benéfica que días de tanta amargura. ¡Vea usted esos folletos que a porfía circulan impunemente en degradación de la especie humana y eterna vergüenza de la revolución americana! ¿Es posible que el corazón de esos hombres bajos que deben a nuestros esfuerzos su existencia y libertad, aparezcan al mundo tan débiles y tan ruines? ¡Ah!, es un ser muy pequeño la gratitud... su desordenada ambición. Tal vez disgustos, indudablemente, me irritaron la sangre y produjeron una inflamación a la vista, que no he andado lejos de perder un ojo; más de veinte días he pasado en la oscuridad y algunos en cama, hasta que hoy ya puedo ver lo suficiente para contestar sus apreciables del 1º y 14 de marzo pasado y 1º del corriente que en este momento acabo de recibir. Veo por la primera cuánto puede la amistad sincera, en que mi reconocimiento recibe una nueva vida».

Después de hacer alusión a estas cartas de San Martín que si existen no han pasado a la historia, y en una de las cuales al parecer San Martín le autoriza para disponer de algún dinero, O'Higgins le

(1) VICUÑA MACKENNA. *Vida de don Bernardo O'Higgins*, pág. 557.

dice: «Tengo entendido que el día en que me separé del mando salió una partida de tropa para el Portillo, pero no puedo persuadirme fuese con el objeto de interceptar a usted su marcha a Mendoza».

Y a continuación, pero valiéndose de una clave, esto que traducido dice así: «Es cierto lo que dijo a usted el sujeto acerca de los consabidos reales y haré como usted me encarga por mitad y la otra la tomaré para mi viaje». «No me ha llegado aún, continúa, el permiso que he solicitado del gobierno para pasar a países extranjeros; lo espero por momentos, pero aseguro a usted, mi amigo, que me veré en las mayores dificultades para verificarlo. Doce mil quinientos pesos es suma pequeña para la empresa, y con familia que no me atrevo a dejar, pues justamente teme que se entronice el partido de los Carrera y caiga víctima de sus depredaciones. No encuentro otro partido que hacer mi viaje por México, y si se proporciona un país barato vivir como se pueda hasta que la suerte sea más propicia. Indudablemente, si al Perú le cabe la que los esfuerzos de usted le dejaron gozando, me sobrarán recursos en las haciendas que la generosidad y la amistad señaló a mis servicios; pero temo mucho que aun esas esperanzas sean frustradas. La anarquía, la ambición y la confusión destruyen nuestros trabajos y sólo va quedando la memoria de lo que pudo y puede el orden cuando no se desquicia. Suplico a usted reserve la especie del viaje a México, pues no habiendo obtenido mi licencia y pudiéndome pagar algunas cantidades que se me adeudan, pasaría a Inglaterra; y ojalá entonces hiciera usted lo mismo para descansar siquiera en la amistad, ya que no se puede conciliar en la tierra que hemos libertado a costa de nuestra sangre y sudor. Antes de ocho días creo podré decir a usted decisivamente la resolución que tome sobre mi futuro destino.

«Celebro que su salud siga recobrándose; pero es preciso trabajar para restablecerla enteramente y desterrar fatigas e incomodidades.

«Desde que me vine de Santiago no he visto a Solar y aunque creo que en esta semana viene a este puerto le escribo ahora para que dé dirección segura a ésta» (1).

A no dudarlo, en torno de O'Higgins como de San Martín flotaba un ambiente de malquerencia o de desconfianza. La calumnia política había dado sus frutos y así como se recelaba en Chile del que había dado libertad a ese reino venciendo en Chacabuco y en Maipú, se recelaba igualmente de aquel otro preclaro ciudadano que peleó a sus órdenes, que fué héroe en Chacabuco como lo había sido en Rancagua y lo sería más tarde en Talcahuano. La intriga estaba en acecho y esto nos explica que Freire, no designado todavía para la presidencia de la república, en noviembre de 1822 le escribiese a Cochrane: «Téngase por odiosa y sospechosa la residencia de San

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 522.

Martín en cualquier punto del Estado de Chile. Salga de él para ir a ser feliz en otra parte, pues que tan cara vende su protección a los desgraciados». Cochrane era en estas circunstancias el promotor principal de estas malquerencias. La supuesta restauración de San Martín en el Perú, teniendo por base las gradas de un trono, era obra de su invención. La especie la hizo circular abierta y secretamente, y al hacerlo envolvió en ella la persona del director de Chile, tan ajena como la del Libertador del Perú a semejante proyecto. La única restauración en la cual pensaba el Capitán de los Andes era la de su salud, y si algún imperio ambicionaba lo era el de ser rey en sus propios dominios, encerrándose, como se encerró, en su chacra de Los Barriales, y a imitación de Cincinato empuñando el arado en vez de la espada.

Por lo que a Freire se refiere, no vacilamos en afirmar que si tenía una opinión contraria a San Martín, pronto la modificó, sustrayéndose así a la influencia que sobre su juicio podía tener el espíritu travieso y enconoso de Cochrane. Es precisamente el 29 de abril de 1823 cuando estando San Martín todavía en Mendoza, le escribe al acusarle recibo de la carta que éste le dirigiera el 13 del mismo mes. «Estaba muy lejos de pensar viniese a cargar sobre mí el peso de la magistratura. Mis compromisos públicos y privados y el estado difícil en que se hallaba el país, todo me decía que debía resistirlo hasta el último caso; pero mis protestas, aunque firmes y decisivas, no han tenido lugar porque atacándoseme con la responsabilidad y un conjunto de circunstancias que accidentalmente han ocurrido, han hecho imprescindible la admisión. Protesto a usted con toda la franqueza de nuestra amistad que éste es el sacrificio más grande que puedo tributar a mi patria, siéndome sólo soportable la esperanza de que puedo dejar el mando a la reunión del congreso. Sobre ello trabajo con calor, y muy en breve se expedirá la convocatoria. Entretanto llega este momento deseado, tengo la satisfacción de ofrecer a usted el destino como igualmente las manifestaciones de mi sincero afecto» (1).

En julio de 1823 O'Higgins fué autorizado para abandonar las playas de Chile y antes de hacerlo el día 15 escribióle a San Martín: «Mañana parto para Lima con mi familia a buscar un conducto seguro para Inglaterra. Luego que llegue al Callao escribiré a usted más largo y diré la ruta que resuelva tomar. Recibí su apreciable del 10 de junio y como mi equipaje está a bordo no puedo tener la cifra para entenderle y contestarle.

«He quedado con el amigo Solar, que se halla aquí, en que él le entregará a usted los doce cajones de cigarros habanos y la mitad del otro. Adiós, compañero amado. Reciba usted un millón de expresiones de madre y Rosita y sea usted más feliz que su amigo eterno» (2).

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 210.

(2) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 523.

Ministère

l'Intérieur.

Direction

de la Police.

Confidentielle.

984. e. Paris, le 1^{er} Mai 1824

Messieurs le Surintendant Général,

ARCHIVE
NATIONALE

Je vous dois annoncer à Votre Excellence que D. José de San Martín est arrivé, le 33 de ce mois, au Havre, venant de Rio de la Plata, et muni d'un Passeport délivré à Buenos Ayres, le 31 Janvier dernier. Cet acte ne lui donne aucun titre, et le désigne seulement comme âgé de 35 ans, et non comme du Saragossa et domicilié à Mendoza (Chili). Mais en arrivant en France il a pris le titre de Gouverneur de la République, Capitaine Général de la Argentine, et Chef d'Armée Général des Armées de l'Amérique. On a trouvé, sous ses effets, plusieurs papiers de son voyage, et de son séjour en Espagne, toutes imprimées des journaux de la République, et plus particulièrement des collections de Journaux de Buenos Ayres, dont les noms suivent: El Argos, El Estrella, El Mensajero, El Mensajero de la opinión, El Negociante, El Acusado officiel.

A. M. le Surintendant Général de la Police à Madrid.

San Martín s'est embarqué immédiatement pour l'Angleterre. Je vous prie d'en informer Votre Excellence du voyage de cet individu qui a joué un rôle si remarquable dans la révolution de l'Amérique Méridionale et dont la mission à Londres, dans les circonstances actuelles, se rattache certainement à des nouvelles intrigues politiques.

Agitez, Messieurs le Surintendant Général, l'annonce de la haute considération avec laquelle j'ai l'honneur de vous être très humble et très dévoué serviteur.

Dans le Ministère de l'Intérieur, et par moi
Le Directeur de la Police

Como se ve por esta lacónica misiva dirigida por O'Higgins a San Martín, la carta que éste acababa de escribirle se encontraba en clave. ¿Cuál era su contenido? Ni en el epistolario de O'Higgins ni en los borradores existentes en el archivo de San Martín, hay vestigio alguno de este documento. Posiblemente se relacionaba él con las cosas políticas en que ambos se destacaban como protagonistas, si es que no lo era con puntos pertenecientes a la vida privada de ambos. Pero en lugar de apuntar aquí esta o aquella otra conjetura que nada puede esclarecer en ventaja de la historia, digamos que por esa época O'Higgins se puso en viaje, y que después de desembarcar en el Callao, se dirigió a Lima en donde se instaló.

«Había pensado pasar con mi familia en la Magdalena, le escribe desde allí a San Martín el 9 de agosto, pero habiéndola dejado el enemigo sin puertas ni ventanas y muy maltratada, nos hemos venido a ésta su casa en la que usted ha vivido y gastó sus buenos pesos en componerla, en fornituras y muebles que en su mayor parte han sido robados con excepción de algunas sillas y mesas, aunque Iglesias trabaja por recogerlos donde se encuentren».

La Magdalena efectivamente había sido la última residencia de San Martín. Fué allí en donde dialogó con Guido, en donde declaró categóricamente que si se retiraba del Perú era porque Bolívar pujaba por entrar y de donde partió para embarcarse en Ancón y desembarcar días más tarde en Valparaíso. Pero como se ve por la carta de O'Higgins, la residencia aquella fué poco o nada respetada. Se la despojó de sus muebles y se dispuso de ella como de un bien mostrenco. Al comunicarle a San Martín estos pormenores O'Higgins se detiene en otros puntos muy interesantes y después de declararle que ese país sufre todos los males consiguientes a los desórdenes pasados, desórdenes provocados por la ignorancia y la ambición, le dice: «Lamentan todos la falta de su mejor padre y Libertador, y a la verdad que no serían tan desgraciados si hubieran sabido conservarlo; pero es triste condición en el género humano no conocer el bien hasta que se pierde». Luego agrega: «Tenga usted la alta satisfacción de saber que su nombre es hoy tan respetado y considerado, como deseada su presencia por todos; consideran justamente que ella sólo podría librar la patria de los evidentes peligros que la amagan. Me aseguran se reúnen infinidad de firmas solicitando la venida de usted; hasta este momento que escribo, me dicen pasan de dos mil» (1).

Por un raro capricho del destino el Protector del Perú y el Director de Chile pusieron fin a su carrera política casi con simultaneidad,

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 524. La carta que acabamos de transcribir es de interés capital para la historia y acaso no han parado mientes en ella los historiadores americanos. El señor Ernesto de la Cruz no la reproduce en su *Epistolario de O'Higgins*, pues lo cierra a éste con la carta que el ex director de Chile escribió a San Martín desde Valparaíso el 13 de julio de 1823 y que ya hemos dado a conocer en el texto.

desapareciendo el primero por inmolación voluntaria ante las ambiciones de un héroe y bajando el otro de las alturas del poder ante un voto tumultuario de la opinión. Uno y otro habían hecho cosas grandes y esto sin mezquindad, sin género alguno de emulación. O'Higgins no podía olvidar que San Martín había sido el salvador de su patria, y éste a su vez no olvidaba que O'Higgins había sido y era su mejor amigo, y que como tal y como mandatario supremo de Chile, le había prestado todo su sostén cuando se decidió por llevar a cabo la expedición al Perú.

Son, podemos decir, dos astros de distinta grandeza, que iluminan con simultaneidad el escenario de América. O'Higgins no era un soldado en el sentido estricto de la palabra. Era un soldado hecho por la revolución y para la revolución. San Martín, por el contrario, había nacido con la vocación de tal. En la Península había demostrado su temple de guerrero, y desde el momento en que al llegar a su patria se incorpora a la revolución americana, se impuso a la consideración de sus compatriotas por la soberanía de su espada.

Esto no obstante, O'Higgins fué al lado de San Martín un verdadero conmlitón de causa. Este descubrió a aquél cuando después de Rancagua el héroe de esa gloriosa jornada se vió obligado a repasar la Cordillera y a refugiarse en Mendoza, y desde ese momento quedó fundamentada una amistad que fructificó más tarde en Chacabuco y en la reconquista de Chile, que fué su consecuencia.

Juntos, pues, se volcaron en el drama libertador del nuevo mundo, y juntos vinieron a separarse para vivir respectivamente su ostracismo, en latitudes opuestas, en el preciso momento en que la guerra de la emancipación americana llegaba a su último desenlace, y en el teatro sobre el cual se concentraran desde tiempos remotos los esfuerzos libertadores de ambos.

CAPITULO II

San Martín durante y después de Moquegua

SUMARIO: En enero de 1823, San Martín abandona Santiago. — Al saberlo en viaje el capitán Olazábal sale a su encuentro en la Cordillera. — San Martín cabalgando en una mula zaina. — Declaración que formula el 3 de febrero. — Su entrada en Mendoza y su llegada a Los Barriales. — Anécdotas contadas por Olazábal que acusan su buen humor. — Acontecimientos desarrollados en el Perú después de la partida de San Martín. — La junta de gobierno. — La división colombiana en Miraflores y la ejecución del plan de campaña proyectada por San Martín. — Paz del Castillo opone reparos a su colaboración. — El batallón de Voltijeros. — Oficio de Guido a Alvarado motivado por la actitud de Paz del Castillo. — Propositiones a que éste subordina su colaboración. — Estas proposiciones observadas por Guido en su calidad de ministro de la Guerra. — Intransigencia del jefe colombiano. — Lo que sobre esto le escribe Guido a San Martín. — Maniobras ocultas de Bolívar para entrar en el Perú. — Cayetano Requena le anuncia a San Martín el reembarque de la división de Colombia. — Arenales obstaculizado en sus operaciones. — Nota dirigida por él al congreso. — Retirada de Arenales. — Carta que le escribe a San Martín al llegar a Chile. — La cabeza de la hidra de la discordia. — Desde Arica Alvarado se dirige a San Martín. — Alvarado dispuesto a emprender la marcha que indica el honor y la necesidad. — Línea estratégica que ocupaba entonces el ejército realista. — Fuerzas que componían el ejército de Alvarado. — Pormenores que éste le da a conocer a San Martín. — Medidas de los realistas para ponerse en guardia. — Fuerzas realistas existentes en Moquegua, cuando Alvarado desembarcó en Arica. — Batalla de Torata y Moquegua. — El suceso de esta campaña obra de la fatalidad y de las intrigas. — La diplomacia dictada por Bolívar a Paz del Castillo. — Después de Moquegua Bolívar le escribe a Alvarado para que lo espere en el Perú. — Las ambiciones y la política de Riva Agüero. — El clamor de Lima por el regreso de San Martín. — El gobierno de Chile se dirige a él y lo insta para que regrese al Perú y lo salve. — Contestación dada por San Martín. — Llamado formulado por Lanza y por Thwaites. — «Yo apelo al eminente patriotismo de V. E.», le escribe Villarán. — El deán Echagüe y San Martín. — Por qué San Martín no respondió a sus llamados. — Bolívar y Riva Agüero. — Riva Agüero, mariscal y presidente de la República. — Uno de los primeros actos de Riva Agüero al asumir el mando. — Portocarrero, ministro ante el gobierno de Colombia. — Misión de José de la Lencina y de Blanco Encalada. — Entrada de Canterac en Lima y su retirada. — Carta que a raíz de este suceso le escribe Guido a San Martín. — El congreso reinstalado en Lima. — Desde Trujillo Riva Agüero lo declara disuelto. — El congreso lo declara reo de alta traición y sujeto al rigor de la ley. — Los peruanos vuelven sus ojos a San Martín. — Entrada de Bolívar en Lima. — Bolívar revestido del poder dictatorial. — Un brindis de Bolívar. — Sucesos notificados por Guido a San Martín. — La llegada de Bolívar al Perú no apaga la estima que allí se tiene por San Martín. — Carta de Riva Agüero a San Martín. — Contestación dada por San Martín. — Sin consentimiento de San Martín esta carta es publicada por el mayor Iglesias. — Riva Agüero y sus felicitaciones a Bolívar. — Alianza que buscaba entre españoles y peruanos. — Carta que Bolívar le dirige para que abdique el

mando. — Entrevista de los representantes de Bolívar con Riva Agüero. — Condiciones impuestas por éste para su abdicación. — Entrevista de Gutiérrez de la Fuente con Riva Agüero. — Riva Agüero embarcado en la goleta *Delfín* y en viaje a Norteamérica. — La campaña en el sud del Perú, abierta por Riva Agüero. — Derrota que las tropas patriotas sufren en Zepita. — Llamado que se le dirige a San Martín por eminentes patriotas para que retorne al Perú. — Contestación dada por San Martín. — Misión confiada al coronel Iturregui por Riva Agüero para atraerse a San Martín. — La guerra con los españoles y la anarquía en la mente de San Martín. — Razón por la cual San Martín se abstuvo de retornar al Perú.

La permanencia de San Martín en Santiago de Chile alcanzó escasamente tres meses. El 26 de enero de 1823 decidió abandonar la capital del reino que él había libertado y acompañado del teniente coronel don Luis Pérez y de sus arrieros dejó a sus espaldas la capital del Mapocho para perderse horas más tarde en las quebradas de la Cordillera.

Cuando se supo en Mendoza el próximo arribo de San Martín comenzaron los preparativos para su recibimiento, y el capitán Manuel Olazábal, que allí se encontraba, resolvió salir a su encuentro al mismo tiempo que los cabildantes mendocinos le hacían llegar sus parabienes. Según Olazábal San Martín venía acompañado de un oficial con dos asistentes, trayendo además dos mucamos, cuatro arrieros y tres peones encargados del transporte del equipaje y comestibles. «Cabalgaba, escribe él, una hermosa mula zaina, con silla de las llamadas húngaras y encima un pellón y los estribos liados con paño azul por el frío del metal. Un riquísimo guarapón, sombrero de ala grande, de paja de Guayaquil, cubría aquella hermosa cabeza en que había germinado la libertad de un mundo y que con atrevido vuelo había trazado sus notables campañas y victorias. El chamal, poncho chileno, cubría aquel cuerpo de granito endurecido en el vivac desde sus primeros años. Vestía un chaquetón y pantalón de paño azul, zapatones y polainas y guantes amarillos.

«Su semblante decaído por demás apenas daba fuerza a influenciar el brillo de aquellos ojos que nadie pudo definir.

«Cuando se acercó, continúa el mismo cronista, me precipité hacia él y lo abracé por la cintura deslizándose de sus ojos abundantes lágrimas. El general me tendió el brazo izquierdo sobre la cabeza y lleno de emoción sólo pudo decirme: ¡Hijo!»

«Un momento después, invitado a descansar, bajó de la mula y sentándose sobre una montura tomó un mate de café y apenas lo terminó: «Bueno será, dijo, que bajemos ya de esta eminencia, desde donde en otro tiempo me contempló la América».

«Era el 3 de febrero, dice el mismo Olazábal, aniversario de la gloriosa acción de San Lorenzo, ganada en 1813 por San Martín, cuando caminando a caballo por la falda de la Cordillera me dijo, riéndose y brillando sus hermosos ojos: «¿Recuerda usted, hijo, este día en 1813? — En este momento no, señor. — ¡Qué diablos! ¿Cómo es que usted ha olvidado que este día y a estas horas los *matuchos*

me tuvieron tan apurado en San Lorenzo? ¡A fe, que no lo han de haber olvidado ellos! — Es cierto, señor, replicó Olazábal, pero yo no tenía presente la fecha de este día».

Un día después, es decir el 4 de febrero, San Martín entraba en Mendoza y se hospedaba en la casa de la señora Huidobro que, al decir de Olazábal, ya estaba prevenida, pero para trasladarse casi inmediatamente a su chacra de Los Barriales, que convirtió durante su permanencia en Mendoza en su residencia favorita. Al poco tiempo de encontrarse aquí San Martín comenzó a recobrar su salud, a reponerse su ánimo y a dar aún, como lo veremos, muestras inequívocas de su gran espiritualidad.

Nos cuenta Olazábal, que lo acompañó durante su residencia en Los Barriales, que San Martín lo llamó un día a su dormitorio y que al llegar a él encontrólo manipulando varias botellas de vino que estaban sobre la mesa. A una de estas botellas le ponía un rótulo impreso que decía Málaga y a otras rótulos que las señalaban como conteniendo ellas vino de Mendoza. «—¿A que no adivina usted lo que me propongo hacer, le dijo San Martín a Olazábal, con estas botellas? — No es fácil, señor, contestóle éste. — Pues usted va a ver hoy, agregó San Martín, lo pillos que somos los americanos dando siempre la preferencia al extranjero». Dicho esto y después de soltar la risa, San Martín le dijo a Olazábal: «Cuando marchamos a la campaña de Chile de 1817, dejé en un sótano en mi chacra de Los Barriales a cargo del honrado don Pedro A. Moyano, unas docenas de un rico vino. Ya comprende usted que después de tantos años no me acordaba de esto, pero Moyano me ha traído unas cuantas botellas diciéndome que aun conserva el depósito. Ahora se me ocurre poner a estas dos botellas de vino de Málaga rótulo de Mendoza y a éstas de las mías el de Málaga. Como hoy deben comer conmigo Mosquera, colombiano, y Arcos, español, y por supuesto usted, de sobremesa usted verá lo bueno».

«Efectivamente, nos cuenta Olazábal, a las cuatro de la tarde nos reunimos y fuimos a la mesa en donde estaba colocado frente al asiento de Arcos un pato asado y el trinchante. Cuando llegó el tiempo de despedazar la víctima el general dijo: «A ver, Arcos, usted que presume de ser inteligente en despostar un ave, encárguese usted de hacer esa autopsia». Arcos muy ufano tomó el trinchante y dijo: «Esto es nada para mí»; pero el cuchillo no cortaba ni un buñuelo, y el pato estaba más duro que una piedra, según todo lo había así dispuesto el general. En vano Arcos sudaba la gota gorda. El difunto resistía a su empeño, hasta que últimamente apeló a los medios vulgares, recibiendo entre tanto la rechifla de todos en especial la del general, que lo volvió loco.

«Concluída la comida, continúa el mismo exponente, y de sobremesa, hizo el general poner cuatro botellas de las que he dicho con los rótulos cambiados, y con la mayor indiferencia dijo: «Vamos a ver cuál de estos dos vinos creen ustedes que es el mejor. Ustedes,

que son conocedores, porque Olazábal está en oposición a mi opinión.

«Se abrieron pues las de Málaga con rótulo de Mendoza, olieron el vino, lo probaron varias veces y dijeron que era bastante bueno, pero no de primera calidad. El general sostenía que no se podía dar un vino más exquisito.

«Vamos a ver este otro — que era el de Méndozza con rótulo de Málaga —. Se sirvió en nuevas copas y después de practicar las mismas ceremonias dijeron a una los dos: ¡Oh! Hay una gran diferencia. Este es exquisito. Esta fragancia, este sabor no tiene punto de comparación. — Pues yo estoy por el otro, por mi mendocino, decía el general». Después de debatir las opiniones el general soltó la risa y me dijo: «¿Qué le pronostiqué a usted, Olazábal? ¡Caballeros! ustedes son unos pillos, que no entienden un diablo de vinos y que sólo se dejan alucinar por los rótulos desde que sean extranjeros, pues éste es mendocino». La chafalda fué grande, concluye el cronista que nos apunta esta anécdota ⁽¹⁾.

Pero antes de entrar en la chacra de Los Barriales y de decir al lector qué hizo o que dejó de hacer en esta su residencia virgiliana el nuevo Cincinato, volvamos al Perú e historiemos los acontecimientos que allí se sucedieron después de la retirada de San Martín.

Por de pronto debemos decir que uno de los primeros actos del congreso peruano instalado allí el 20 de septiembre de 1822, fué el de proceder a la designación de un poder ejecutivo. Parte de los congresales proponía que se eligiese un presidente, pero concluyóse por la formación de una junta y fueron elegidos para integrarla el general La Mar, don Felipe Antonio Alvarado, hermano del general de este nombre, y don Manuel Salazar, conocido igualmente con el título de conde de Vista Florida. Pero en realidad de verdad el ejecutivo no lo formaba esta junta, sino el mismo congreso y con esta absorción de poderes por parte de un cuerpo deliberativo, en el cual predominaba la influencia de su presidente, el doctor Luna Pizarro, planteóse un grave problema político que sirvió para avivar las pasiones y para que Riva Agüero, ansioso de llegar a la presidencia, abriese las puertas a la anarquía. Pero dejando de lado éstas y otras consideraciones relacionadas en absoluto con la política interna del Estado peruano, aboquemos otros tópicos y digamos cuál fué el primer escollo contra el cual vino a tropezar este gobierno y contra el cual tropezó igualmente en los últimos días de su protectorado el propio San Martín.

De acuerdo con su pedido y con la promesa que le formulase Bolívar en Guayaquil, al poco tiempo de su retorno a Lima comenzó a desembarcar en las playas peruanas la división de tropas colombianas que aquél le prometiera en su entrevista. Esta división traía

(1) MANUEL OLAZÁBAL, *Reminiscencias*. Originales existentes en el Museo Histórico de Buenos Aires.

como jefe al general Paz del Castillo, que ya había militado bajo las órdenes de San Martín y desde que estableció su campamento en Miraflores, como era justo, San Martín intentó utilizarla en la ejecución de su plan. Como ya se sabe, San Martín se proponía en ese entonces expedicionar a Puertos Intermedios, con el decidido intento de obligar al ejército realista a que abandonase la Sierra o a que capitulase. Con el fin de acelerar estos movimientos y antes de dirigirse al encuentro de Bolívar, San Martín había comenzado a formar cautelosamente el convoy expedicionario y es así como al embarcarse en el Callao en julio de 1822, se encontraba en aquel puerto embarcado y debidamente equipado parte de ese ejército expedicionario.

A su retorno de Guayaquil, ordenó que una sección del ejército se pusiese en marcha y el general Alvarado, designado para dirigir la campaña de Puertos Intermedios, se dirigió al jefe de la división colombiana para que le diese a conocer cuáles eran las fuerzas auxiliares con las cuales podía contar para esta expedición.

La respuesta de Paz del Castillo no se hizo esperar, y en lugar de brindarse a Alvarado como era su deber, excusó su colaboración diciendo que su división no estaba en estado de marchar porque no había llegado aún el batallón Yaguachi y el único que estaba equipado y listo era el de Voltijeros. «Es encargo particular, dice textualmente en su oficio, que tengo de S. E. el Libertador presidente, al Excmo. señor Protector, se mantenga siempre reunida la división para conservar en ella el mejor régimen y para que los cuerpos, obrando separadamente, no le den motivo de queja al gobierno y pueblo del Perú, hallándose sin los jefes militares que deben celar sobre su disciplina moral y militar».

Pero lo que buscaba Alvarado era precisamente el concurso de ese batallón que ya «estaba listo y equipado» y ante esta excusa resolvió insistir en su pedido. El jefe colombiano, a su vez, opuso una nueva negativa y notificado el ministro de la Guerra, que todavía lo era el general Guido, de lo que sucedía, lo informó de todo a San Martín y por orden de éste, el 19 de septiembre, víspera del día en que el Protector del Perú se iba a despojar del mando supremo, se dirigió a Alvarado diciéndole: «He visto por S. E. el supremo Protector del Estado la última contestación del señor general de la división auxiliar de Colombia que V. S. me transcribe en nota de ayer. S. E. se considera en el caso de desear una resolución terminante en este jefe respecto al auxilio de tropas que debe prestar para la próxima campaña. La expedición, como dije a V. S. en oficio anterior, fué combinada sobre la cooperación de los soldados de cuatro Estados unidos. La necesidad, la salud común y la gloria de todos, interesaban la realización del plan con aquellas fuerzas, así porque éstas debían terminar la guerra de la América meridional, como porque sin el concurso simultáneo de cada una de

dichas divisiones habría lugar a quejas y celos siempre funestos a la causa pública» (1).

Así comenzaron las chicanas aquellas con las cuales la diplomacia de Bolívar quería negarse al concurso militar que había quedado planeado en Guayaquil. La retirada de San Martín no sólo no les puso término sino que ofreció un bello pretexto para reforzarlas y mientras Alvarado se entregaba al desempeño de su misión, como pronto lo veremos, sin el concurso que justamente y debidamente había solicitado a Paz del Castillo, éste proseguía en su actitud expectante maniobrando por medio de la diplomacia. El día 26 de diciembre por oficio al ministro de la Guerra del Perú y en este oficio hacía saber que subordinaba el concurso o colaboración de sus fuerzas a la aceptación de las proposiciones que él formulaba. Sus propósitos eran en apariencia el celebrar un convenio, pero en realidad de verdad era retardar en la medida de lo posible el concurso militar que ya había estado convenido entre San Martín y Bolívar y dar tiempo para que éste entrase al Perú y dirigiese en persona las operaciones.

Las proposiciones en cuestión son diez y siete. Se enumeran en ella los batallones que integran la división auxiliar — lo son el Vencedor en Boyacá, el de Voltijeros, el Vencedor en Pichincha, el Vencedor en Yaguachi — y se subordina su colaboración al pago de esas tropas por parte del gobierno del Perú. Este gobierno debe dar además a la división de Colombia vestuario y todo el equipo completo como igualmente toda su caballada. Se exige por ella que las bajas que sufran los cuerpos se llenen con soldados colombianos de los que se encuentran distribuidos en el ejército del Perú, y que los gastos que ocasione el retorno de esta división a Colombia los debe pagar igualmente este Estado. «Cuando la división de Colombia entre en su territorio, se dice en una de estas proposiciones, tendrá no sólo el mismo número de hombres, sino también el mismo número de armas y fornituras». Se especifican otras condiciones y se concluye diciendo: «La división de Colombia obrará siempre unida y bajo el mando inmediato de sus propios jefes, sin que en ningún caso pueda desmembrarse de ella ningún cuerpo. Si es posible, obrará siempre por la parte norte del Perú, haciendo frente al enemigo por aquella división, para en caso de un revés poderse replegar a nuestro territorio o recibir auxilios que la salven» (2).

No era así, ciertamente, como procedió San Martín cuando envió a Quito en auxilio de Sucre, y por lo tanto de Bolívar, aquella división comandada por Santa Cruz y que salvó el éxito de las armas colombianos en Río Bamba y en Pichincha. Esta división partió del Perú sin que San Martín le fijase fronteras a su colaboración y sin restricciones odiosas y de intención torcida como son las que insinúa

(1) PAZ SOLDÁN. *Historia del Perú Independiente*, t. II, pág. 11.

(2) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 456.

en el párrafo transcrito el agente militar y diplomático del Libertador colombiano.

Cuando estas proposiciones llegaron a conocimiento del gobierno, Guido las observó como era su deber y el 18 de diciembre en su calidad de ministro de la Guerra le dijo al general Juan Paz del Castillo: «Cuando el gobierno supremo del Perú se lisonjeaba de la cooperación de los bravos soldados de Colombia para destruir el poder español que oprime la más preciosa parte de la República, observé con dolor que las dificultades que nacen de las mismas objeciones de V. S. frustran sus deseos y esperanzas porque no es fácil allanar aquéllas con la celeridad que el interés público reclama principien las operaciones militares. S. E. se ve en la amarga necesidad — Guido habla en nombre de la junta — de no poder obtemperar el anhelo con que una porción de valientes de la división del mando de V. S. procuran la gloria y los peligros y librar la suerte de la República en la campaña próxima a los esfuerzos del ejército peruano, marchando éste de frente sobre los enemigos mientras las fuerzas unidas de Chile, los Andes y el Perú, se disputan el triunfo en el teatro de los combates» (1).

¿Qué contestó Paz del Castillo? Dos días más tarde, es decir, el 20 de diciembre concretaba su respuesta en esta forma: «Es llegado el caso que nos es imposible existir aquí sin un convenio que supla la falta de confianza y de armonía que otros causaron y que nos ha reducido a carecer de los auxilios de nuestro país y de los de este gobierno para hacer fructíferos nuestros esfuerzos como deseamos.

«Por tanto, no habiéndose convenido la suprema junta en las proposiciones que hice según los poderes e instrucciones que he recibido espero que V. S. se digne pedir se dé la orden para que se ajuste la división y se apronten los buques que han de transportarla del Callao a Guayaquil a la mayor brevedad posible».

Aunque Guido contestó días más tarde aceptando algunas de las proposiciones y observando otras, Paz del Castillo se mantuvo en su actitud de intransigencia y la división auxiliar de Colombia abandonó el Perú cuando la suerte de este Estado estaba en juego.

Cuando este acontecimiento se produjo, Guido se dirigió a San Martín y con fecha 11 de enero escribióle después de manifestarle lo inquieto que se encontraba con las noticias llegadas al Perú relativas a su enfermedad. «Se sorprenderá usted al saber que la división de Colombia ya no existe en el Perú. Apenas usted se separó de aquí, escribió Castillo al general Bolívar que ya no existía autoridad consolidada y que el Perú caminaba a su disolución; informó también que la división era desatendida y que perecía de necesidad. Esta conducta, que según fuertes datos era animada por un partido interior, interesado en el descrédito de la presente administración,

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 458.

llevó las cosas al punto de que el gobierno preguntase a Castillo si estaba o no a sus órdenes la división y si salía a campaña. La repuesta de Castillo, en una junta militar, fué que él marcharía con su división por el norte para obrar independientemente contra los enemigos; y de oficio manifestó que no saldría bajo las órdenes del general Arenales ni de otro que no fuese peruano, dejando así entrever sus verdaderas intenciones; la de inclinar el poder al partido que trabajaba por Bolívar.

«Como el gobierno no podía entrar en un sistema que todo lo desconcertaba, agrega después, se negó absolutamente a las pretensiones de Castillo y éste entonces presentó la minuta de un convenio que leerá usted en el número 1 en la copia que incluyo. Siguen otras hasta el número 4 que comprende lo esencial de este asunto y en consecuencia pidió Castillo transportes para la división y que ésta fuese antes ajustada y pagada. Casualmente existían buques que había yo habilitado para transportar al ejército del centro de Pucasana a Pisco y ha sido necesario, suspendiendo la operación más urgente, consentir en la instancia de Castillo y emplear los transportes en recibir las tropas de Colombia, las que en número de dos mil doscientos hombres han dado a la vela del Callao el 8 del corriente con destino a Guayaquil bajo el convoy de la corbeta *Limeña*».

«Para calificar la injusticia con que esas fuerzas han desertado de la causa del Perú, basta que usted sepa que concluidos los ajustes hasta el último día de diciembre, cargados en ellos el vestuario y menaje; la tesorería de esta capital ha alcanzado a la división en cerca de cuatro mil pesos, fuera de algunas hospitalidades que no hubo lugar en ajustar. ¿Cuáles pueden ser las miras del general Bolívar por haber resuelto esta medida? No lo sabemos, pero que ha causado un gran mal a la causa general eso sí es cierto. La campaña debía haberse abierto con cuatro mil hombres a mediados de éste: víveres, hospitales, parque, transportes y mucha parte de la arriería teníamos lista; todo se ha paralizado. Se tocan dificultades inmensas para que se mueva una fuerza del país con tres mil hombres y aunque no he desistido de mi intento y ya están equipándose nuevos transportes, no me atrevo a asegurar a usted cuándo y cómo saldremos».

Pasa luego Guido a puntualizarle a San Martín algunos pormenores relacionados con estos acontecimientos. Dícele, por ejemplo, que Canterac marchó al Cuzco con dos batallones, algunas otras compañías y dos escuadrones de caballería y que según sus cálculos las fuerzas de que él dispone desde Huamanga a Tarma no llegan a tres mil hombres. Dícele igualmente que para la expedición que debe salir bajo el mando de Arenales se están preparando los batallones n° 1, 2 y 3, el segundo batallón de la Legión Peruana, el regimiento de Húsares, el escuadrón de Granaderos a caballo y dragones de San Martín, disponiéndose ya de seis piezas de arti-

llería por una dotación de cien hombres y que el batallón n° 4 que guarnece la plaza del Callao está en excelente pie. Antes de concluir, signifícale que a solicitud de los jefes del ejército de los Andes, el general Enrique Martínez había sido nombrado jefe del Estado Mayor, que con el carácter de tal había regresado de Trujillo y que ya se encontraba al frente de la vanguardia del ejército que comandaba Alvarado. «Las diferencias que había entre ambos jefes, escribe, parece que han cesado» ⁽¹⁾.

Si estos informes transmitidos por Guido a San Martín son interesantes y nos demuestran que por medio de maniobras ocultas el Libertador de Colombia forzaba su entrada en el Perú, la prueba de que así sucedía la da otro corresponsal de San Martín y leyendo lo que con fecha 7 de enero de 1823 le escribe el doctor Cayetano Requena, podemos llegar a la conclusión de que eso y no otra cosa es lo que en realidad sucedía.

«La división auxiliadora de Colombia, le dice este personaje a San Martín, se embarca hoy para Guayaquil cargada de la execración pública. Ha debilitado con sus gastos los recursos del gobierno, ha retardado la marcha de la fuerza que manda el señor Arenales que estaba pronta a internarse en la Sierra y ha acarreado con su conducta males irreparables. Soñó Bolívar subyugar al Perú o agregarlo a Colombia. Para verificarlo trata de envolvernos en el caos del desarreglo y tender los primeros hilos de su red en las proposiciones que Paz del Castillo presentó como condiciones para salir a campaña. Son ellas reducidas a su imposibilidad de marchar bajo las órdenes de un jefe español como Arenales, a los reemplazos de sus batallones con hijos del Perú, a la necesidad de sus movimientos al norte de la ciudad, y en ninguna manera al sur de ella. Conocerá V. E. qué principios de discordia no envuelven en sí, cuánto de dominación o de gravamen inútil al Estado y perjudicial al país la alternativa de condescender en cualquiera de ellas. Además, se han hecho tan odiosos en su trato privado que su solo nombre inquieta a todos. En la noche del 4 del presente redujeron a la mayor consternación y temor al vecindario. Propagóse la voz de haberse sublevado los batallones de Colombia con ocasión de estar un oficial y algunos soldados ebrios en un café dando sablazos y estropeando a cuantos se les presentaban. Decirse y creerse, fué todo uno. Cerráronse todas las puertas de calle, reforzáronse todos los cuerpos de guardia y todo hombre se puso en alarma. Ello al fin todo ha quedado en mera precaución; no obstante continúan estas medidas y los cuerpos cívicos sobre las armas. Quizás el gobierno habrá tenido otros datos para estos procedimientos defensivos. El público los ignora pero crea V. E. que en cada colombiano se mira un enemigo» ⁽²⁾.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 450.

(2) *Ibidem*, t. IX, pág. 423.

Pero antes de seguir tras de las huellas de Alvarado, de entrar en Moquegua y de exponer las consecuencias consiguientes a la derrota sufrida allí por el ejército libertador que comandaba aquel jefe, recordemos que el 11 de enero de 1823, el general Arenales, jefe del ejército que debía cooperar a la ofensiva de Alvarado atacando por Jauja, se vió en la necesidad de dirigirse al congreso y de fundamentar una serie de quejas. En esa nota, el jefe en cuestión se queja de la insuficiencia de sus fuerzas, de la cantidad de enfermos que hay en sus divisiones y concluye reclamando el auxilio necesario en hombres para poner ese ejército en las condiciones que así lo exige la prudencia.

Pero, como lo observa un historiador peruano, la junta gubernativa se contentó con una promesa de auxilios; pero éstos no se pusieron en práctica, y cuando se le notificó que ellos estaban a su disposición, ya era tarde. El conocimiento cabal que tenía Arenales de las intrigas de todo orden que se encontraban en juego para trabar su acción, le inspiraron una decisión radical, cual lo fué la de retirarse del Perú. De Lima, Arenales se trasladó a Chile y desde allí escribióle esto a San Martín: «El gobierno que usted dejó implantado en la capital de Lima fué demasiado nulo por su calidad y por la falta de energía y resolución en sus vocales — en esto Arenales se equivoca, pues la junta gubernativa a la que él alude no la formó San Martín sino el congreso instalado por él — al paso que, como se debía esperar, también el congreso ha servido de grande estorbo para la actividad que requerían las disposiciones especialmente en los asuntos de guerra y con tales obstáculos no pude conseguir ponerme en actitud de salir a obrar con el ejército a la sazón que lo exigían el arribo de la expedición a Intermedios y las medidas de combinación. En los primeros meses logré unión y buena disposición en los jefes y oficialidad hasta que la misma conducta y apatía del gobierno con que no podíamos merecer los reemplazos de los cuerpos en cuadros, equipos, ni elementos los más necesarios, llegando a carecer la tropa y oficiales hasta de lo muy preciso para su subsistencia, empezó ya alguna desmoralización o aburrimiento como era consiguiente. Estaba no obstante la subordinación y obediencia en regular tono y ya resuelto a embarcarme de cualquier modo para desembarcar por Nazca a cortar o flanquear las fuerzas enemigas en número de dos mil y tantos hombres que habían quedado en la provincia de Jauja; mas llegando la noticia del contraste de Moquegua, ya advertí repugnancia y más especialmente en los jefes y oficiales pasados que al oír que por esta calidad no se les daba cuartel, manifestaban sus rostros temor y cobardía; y aunque descubrían sus intenciones de animosidades para una mutación de gobierno no tuvieron valor para resolverse a ello contra mi voluntad. Llegó al cabo el resto de la derrota de Intermedios y a su cabeza don Enrique Martínez a quien usted conoce demasiado, quedando por entonces todavía Alvarado

por Tarapacá y luego puso aquél en ejercicio la cavilosidad de su genio y para el logro del proyecto que ya llevaba forjado; luego hizo liga con Riva Agüero, Gamarra, Santa Cruz y Herrera, minando por supuesto a los demás jefes y a algunos ciudadanos de aquellos parciales de *La Abeja*» (1).

«No se me ocultan sus pasos y aspiraciones, continúa Arenales. Los manifesté al gobierno de palabra y por oficios reservados; le expuse que yo cortaría el progreso tomando alguno de los principales autores con la calidad de que el gobierno y el congreso apoyasen mi procedimiento, y no me dejasen comprometido entre unos enemigos cuales debían ser después si no se separaban o que se me relevase del mando. No se resolvían ni a lo uno ni a lo otro y ya en los momentos apurados hice mi renuncia y me retiré».

Si el gobierno del Perú hubiese escuchado a Arenales a no dudarle habría cortado él la cabeza a la hidra de la anarquía. No lo hizo y Riva Agüero pudo subir al poder como lo ambicionaba. La conducta de Riva Agüero traía aparejado un nuevo peligro para el Perú y éste lo fué la dictadura de Bolívar, que se implantó más tarde.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 144. En esta misma carta, le dice Arenales a San Martín que ha ido a Chile con ánimo de pasar a disponer de la situación de su pobre familia si las circunstancias se lo permiten, pues se retiró del Perú con sus sueldos impagos. «Aquí, le dice, el nuevo gobernante Freire se empeña en que me quede, pero no podré convenir en ello porque yo no estoy para mayores trabajos porque ha llegado al último grado el desengaño de la ingratitud y por otras consideraciones que muy fácil comprenderá usted. De cualquier modo celebro infinito el completo restablecimiento de la salud de usted. Probablemente me pasaré en derechura a San Juan por el Tucumán, pero allí, en donde quiera y de cualquiera manera espero que usted esté siempre persuadido de mi verdadero afecto e invariable voluntad con que en todas circunstancias desearé acreditarle que apetezco ocasiones en que podré darle nuevas pruebas de que es y será constante feliz amigo y servidor q. b. s. m. — Juan A. Alvarez de Arenales».

Días más tarde, anúnciale a San Martín que acaba de dar a luz un manifiesto explicativo de su conducta y que si no es en él tan terminante y circunstanciado como lo deseaba lo es por razones de prudencia, relacionadas con el país que lo hospeda. Vuelve a repetirle que pensaba irse directamente a San Juan, pero que al saberlo a él tan cerca, «se le hace violento» el seguir adelante sin verlo. Piensa pues que podrá cruzar la Cordillera y detenerse en Mendoza para visitarle. Los documentos que conocemos no lo dicen pero presumimos que Arenales satisfizo sus deseos y que al pasar por Mendoza se entrevistó con San Martín.

Al llegar a Buenos Aires, por conducto de la Inspección general y en su carácter de mayor de artillería de la división de los Andes, presentó al gobierno un reclamo de auxilios para efectuar su marcha a la provincia de Salta a fin de ponerse bajo las órdenes de su gobernador, auxilio que según su reclamo se le debía acordar por cuenta de sus sueldos vencidos. Su reclamo fué tomado en consideración por Rivadavia y éste con fecha 15 de marzo de 1824 decretó: «Se declara por nuestro general que todos los oficiales de la división de los Andes que llegaran a esta capital sólo serán pagados de los haberes que les corresponden por su empleo, desde el día en que se apersonen en ella con los respectivos pasaportes que acrediten la legalidad de su separación de aquella fuerza, debiendo ser de cuenta del Estado del Perú la satisfacción de todo lo que hubieren devengado en data anterior. Consiguiente a esta declaración que se comunicará al ministerio de Gobierno y de Relaciones Exteriores y también al Inspector general, pásese a la secretaría de Hacienda para que se disponga que al jefe que se menciona, se le liquide por la contaduría desde su arribo y hasta el fin del corriente mes, cubriendo su alcance de los fondos de guerra. — *Archivo de la Nación Argentina, Legajo del Ejército de los Andes.* GUERRA B. A., Marzo 16-8-24.

Dado estos antecedentes, podemos afirmar que cuando Alvarado se presentó en Arica con el propósito de llevar adelante la campaña de Intermedios, el enemigo había tenido tiempo de prepararse y por consiguiente de ponerse en condiciones estratégicas para malograrla. Era el 17 de diciembre, cuando desde allí Alvarado le decía a San Martín: «Al fin, después de una penosa y larga navegación he desembarcado con el ejército en este puerto. Los enemigos, como era de esperarse, habían de antemano casi agotado los recursos de cabalgaduras y ganados, pero no es posible vencer la opinión de los pueblos. Consiguieron los de estas inmediaciones escapar algunos restos con lo que nos hemos habilitado de una manera que aunque se repongan los caballos que han venido de Chile, cuya tardanza ha sido bastante perjudicial, podremos ponernos en movimiento sobre el enemigo. Este se halla en Tacna con cuatro escuadrones y dos compañías de infantería. Nada me es más sensible que no tener aún la caballada apta para darles un golpe, mas yo espero dárselo luego que esté repuesta».

«Los elementos de este ejército, dice después, sabe V. E. que han sido muy escasos, particularmente en cuanto a numerario y a no ser el entusiasmo con que estos habitantes se prestan a toda clase de sacrificios ya habría tenido que sufrir los extremos de la desesperación. Sin embargo, con tan débiles auxilios y en medio de tantas privaciones, yo emprenderé bien pronto la marcha que me indican el honor y la necesidad. Entre tanto yo espero que V. E. desde cualquier punto en que se halle coadyuve al suceso de este ejército que en todos tiempos ha sido suyo, haciendo que se le proporcionen los recursos necesarios tanto al gobierno de Chile como de las Provincias Unidas en los artículos de que abundan ambos países».

Alvarado concluye diciendo que San Martín le colocó sobre sus hombros un peso que sólo él podía soportarlo; que la empresa le parece demasiado honrosa pero que tiene esperanzas en el triunfo y si la suerte le es favorable declara textualmente: «Yo tendré el placer de ceñir las sienes de V. E. con los laureles que recoja en el campo que V. E. me destinó para poner en ejercicio sus lecciones» (1).

En ese momento el ejército español tendía su línea estratégica y defensiva entre el valle de Jauja y los cerros de Potosí. Canterac ocupaba aquel valle, La Serna tenía su cuartel general en Cuzco y parte de sus reservas en Puno; Olañeta estaba en Potosí y Valdés en La Paz. En la provincia de Arequipa encontrábase Santos La Hera en reemplazo del general Ramírez, que había partido para la Península, y en el valle de Ica y cercano a Pisco el general Rodil. En una línea de dos mil kilómetros se encontraban cerca de veinte mil hombres que era imposible atacar de frente pero que San Mar-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 97.

tín había intentado batirlos buscando un punto débil para caer sobre ellos con parte de sus fuerzas.

Por lo que se refiere a Alvarado, el ejército o división que se había puesto bajo su comando se componía de cerca de cuatro mil hombres entre los cuales figuraban mil novecientos soldados argentinos, mil doscientos chilenos, siendo el resto peruanos.

Aun cuando estas fuerzas no fueron embarcadas simultáneamente en el Callao — parte de ellas partieron de allí a fines de septiembre y parte más tarde — el 3 de diciembre de 1822 Alvarado se encontraba en Arica y desde allí le escribía a San Martín: «En mi bajada se me reunieron los últimos transportes en el más lamentable estado por la falta de agua en una navegación de sesenta días. Mi primer cuidado ha sido reponer algo estas fuerzas y recolectar los pocos animales que han podido eludir estos habitantes de los bárbaros atropellamientos que han hecho los enemigos para quitarlos o matarlos. Ellos hoy componen mi movilidad, pues los que han venido de Chile han llegado inutilizados y muerta una parte considerable en un temporal que sufrieron».

Déclárale a San Martín que Valdés se encuentra situado con su caballería en Tacna y con su infantería en Moquegua y que poco es lo que lo ha estorbado. Dícele que la opinión pública es favorable a la expedición, pero que se encuentra fuertemente dificultado por la falta de numerario. Da a conocer otros pormenores como ser que se ha dirigido a Lanza para promover en el Alto Perú la insurrección; que se ha entrevistado con el cacique Chillihuanca de conocido y de probado patriotismo y de mucho crédito en aquella provincia; que Miller sale para operar sobre Quilca y que por noticias que tiene de Lima sabe que allí se está en agitación y que los colombianos «no pierden tiempo». «Bolívar, dice después, me ha escrito provocando mi comunicación; me lisonjea demasiado pero conozco el veneno que encierra. Le he satisfecho con dignidad y en oportunidad mejor remitiré a usted copia de todo» ⁽¹⁾.

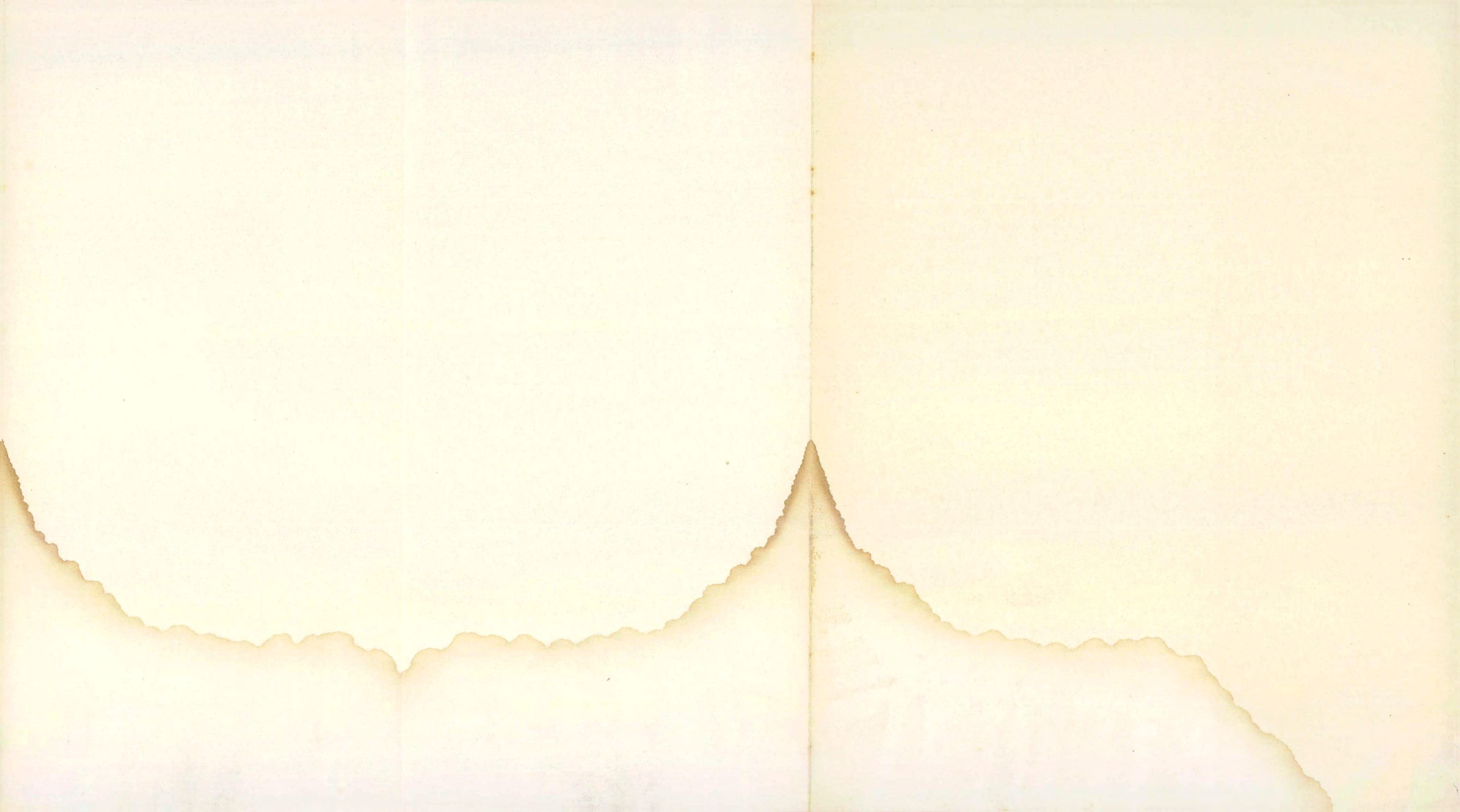
Mientras Alvarado desembarcaba y se preparaba para su ofensiva, los realistas habían tomado las providencias del caso a fin de ponerse en guardia y conjurar a tiempo cualquier sorpresa. La Serna dispuso así que parte de las fuerzas de Canterac se trasladase al Cuzco y que Carratalá avanzase sobre Arequipa. Al mismo tiempo ordenó que Olañeta cruzando las altiplanicies peruanas se dirigiese a la costa y se instalase en los valles de Azapa y Carapa, y esto al tiempo que Valdés bajaba igualmente sobre Arequipa dejando a sus espaldas la región de La Paz y Canterac se movía desde Huancayo con dos batallones y cuatro escuadrones de caballería. Gracias a esta medida, cerca de Moquegua a fines de diciembre y mientras las naves de Alvarado anclaban en Arica, los realistas tenían allí cerca de dos mil hombres de infantería y cerca

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 135.

de ochocientos hombres de caballería. Si en ese momento Alvarado hubiese podido avanzar con celeridad sobre él, a no dudarlo, Valdés hubiese sido derrotado y en Moquegua las armas de la libertad se habrían labrado una victoria. Desgraciadamente no sucedió así. El tiempo que se perdió en Lima no fué posible recuperarlo y esta circunstancia vino a cambiar por completo, cambiando los factores en juego, el teatro de la guerra.

Aun cuando no es de nuestro dominio el entrar en todos los pormenores técnicos relacionados con esta campaña de Intermedios, diremos que la batalla de Moquegua tuvo sus prolegómenos y que éstos constituyeron las operaciones de avanzada con que el general Enríque Martínez, segundo jefe de la expedición libertadora, intentó buscar y batir al enemigo. El 1º de enero de 1823, Valdés se encontraba en retirada. Martínez había puesto delante de él lo mejor de sus tropas, pero viendo aquel jefe que tenía perdida la partida si aceptaba un combate, lo esquivó y antes de que entrase la noche se replegó sobre Tacna donde pernoctó.

En ese ínterin, Alvarado resolvió avanzar y así lo hizo el 13 de enero ocupando de inmediato el valle de Locumba y atacando al coronel Ameller, que se retiró perseguido por los patriotas. Enseguida, Alvarado entró por la quebrada de Moquegua y el 17 de enero llegó a la Rinconada distante este punto unos veinticinco kilómetros de Moquegua y punto en donde unen sus aguas el río Ilo con el Torata. Después de un ligero tiroteo, Alvarado ocupó la ciudad, pero al entrar en ella encontróse con que las alturas que la circundaban estaban ocupadas por los destacamentos enemigos. Con todo decidióse a atacarlo y avanzando de frente se dirigió a las alturas de Valdivia. Esto sucedía el 19 de enero a las cuatro de la tarde y en la subida del cerro evidenciaron los patriotas mucha pericia y mucha valentía. La acción de ese día debió haber terminado con un triunfo del ejército libertador, pero precisamente en lo crítico de la refriega llegó Canterac y al volcarse éste con el grueso de sus fuerzas en la división que dirigía Valdés la victoria se decidió por los realistas. En Torata, los patriotas perdieron como quinientos hombres y los realistas la mitad de esta cifra. En un cerro frente a Torata se reunieron los dispersos y el 20 de enero por la noche el ejército de Alvarado entraba de nuevo en Moquegua. Estando allí, ocupóse Alvarado de hospitalizar debidamente a los heridos y reuniendo una junta de guerra expuso ante ella su plan para retirarse a Tacna a fin de proveerse allí de las municiones necesarias para poder hacer frente al enemigo. Los jefes que componían esta junta, y no Alvarado como erróneamente se ha dicho, se opusieron a su propósito e invocaron como suprema razón que el proceder así podía considerarse por el enemigo como una muestra de cobardía. Este, que había acrecentado considerablemente sus fuerzas con el arribo del ejército de Canterac, no se contentó con la acción victoriosa en Torata y se presentó en Moquegua el



día 21 a las ocho de la mañana con el grueso de sus fuerzas. Aun cuando la posición elegida por Alvarado en Moquegua era estratégica y se prestaba para librar allí una batalla defensiva, carecía de caballada y de municiones para hacer frente al enemigo. Esta y otras circunstancias fueron aprovechadas por los realistas y Canterac ordenó el ataque con la certidumbre de su éxito. El ejército patriota inferior en número y en recursos ensayó de rechazar la carga y así lo hizo atacando a sable y a la bayoneta. Desgraciadamente todo esto se quebró ante el empeño de los realistas para salir victoriosos, y pronunciado el triunfo, los patriotas se retiraron de Moquegua dejando en el campo de batalla setecientos muertos y heridos y en poder de los realistas como mil prisioneros, no teniendo éstos más que unos cuatrocientos hombres fuera de combate. En esta acción como en la de Torata se portó con mucho brío la Legión Peruana y los Granaderos a caballo mandados por Lavalle dieron dos valientes cargas para cubrir la retirada de los dispersos ⁽¹⁾.

(1) Después de Moquegua, los restos del ejército libertador derrotado ahí se embarcaron en Ilo. Los que pertenecían al ejército de los Andes, bajo las órdenes del general don Enrique Martínez, y los que pertenecían al ejército de Chile bajo las órdenes igualmente del general don Francisco Antonio Pinto. Alvarado se dirigió a Iquique en donde tuvo una conferencia con Olañeta a fin de obtener del jefe realista un socorro pecuniario para los prisioneros. De allí se dirigió a Lima y al llegar a la capital del Perú solicitó del ministro de la Guerra que se abriese una sumaria para juzgar su conducta en esta campaña. Por más que insistió Alvarado en este punto, no se le dió curso a su pedido por razones de conveniencia política y resolvió entonces regresar a su patria como lo hacía Arenales. La administración que regía en ese entonces se opuso a su partida y se le nombró gobernador de la plaza del Callao en donde permaneció muy poco tiempo. Después que los españoles se posesionaron eventualmente de esta plaza por la sublevación del regimiento «Río de la Plata», Alvarado pasó a Pisco y de allí a Huancavélica continuando días más tarde su viaje a Puno en donde le hospedó deferentemente el gobernador de esa provincia, el doctor Gárate. Allí le sorprendió a Alvarado la noticia del triunfo de Ayacucho y por voto de la opinión fué puesto al frente del gobierno de Puno en donde lo encontró el general Sucre cuando este jefe hizo su entrada en las provincias del Alto Perú. Estando en la ciudad de La Paz Alvarado conoció al Libertador Simón Bolívar, con quien se conocía sólo por correspondencia.

Después de Moquegua, la división del ejército de los Andes fué puesta bajo el comando del general don Enrique Martínez, que había sido primero gobernador intendente de Trujillo, y que era el segundo de Alvarado en esta campaña de Intermedios.

Al asumir este mando, Martínez se dirigió al ministro de la Guerra de Buenos Aires, y de su cuartel general en Pueblo Libre escribió con fecha 20 de marzo de 1823: «Más ha de tres años que el ejército de los Andes ha esperado el restablecimiento de la autoridad central de las provincias del Río de la Plata para salir de la orfandad en que lo colocaron los sucesos políticos del año veinte, y reconocer en sus operaciones un punto de impulsión que las nivelase con los intereses de ese Estado.

«Durante este largo período el ejército ha marchado firme contra los enemigos de la América y después de haber consolidado la independencia de la República de Chile ha vertido su sangre en los campos del Perú y Quito llevando triunfante el pabellón bicolor de las Provincias de la antigua Unión hasta las faldas del monte Pichincha. La libertad de una rica sección del Continente y de los Estados opulentos son el fruto de sus sacrificios y el de las fuerzas aliadas.

«A fines del año anterior, faltaba al ejército de los Andes una sola jornada para satisfacer la expectación del mundo, llenar el voto de los pueblos y emprender

La historia no puede desconocer que el insuceso de esta campaña fué obra de la fatalidad, pero lo fué igualmente de las intrigas que estaban en juego. San Martín la había planeado admirablemente y aun intentado iniciarla él mismo antes de deponer el mando supremo del Perú y de retirarse de ahí. Un obstáculo se levantó entonces y lo fué como ya se sabe la actitud observada por el general Paz del Castillo, jefe de la división auxiliar de Colombia, que aparentemente obraba por criterio propio, pero que en realidad de verdad, lo hacía obedeciendo a los dictados de Bolívar. Una ambición lo dominaba a éste, y en modo alguno podía Bolívar aceptar que los laureles de la última campaña continental que proyectaba San Martín ciñesen otras sienes que no fuesen las suyas. Decirlo así hubiera sido un descrédito y consecuente con la actitud que observó con el Protector del Perú cuando lo tuvo frente de sí en Guayaquil, disimuló su intención, pero para realizarla puso en juego aquella política obstruccionista que retardó la salida de la expedi-

su regreso al seno de su patria con los laureles que la constancia había arrancado de las manos de la fortuna. Fué necesario marchar en busca de los enemigos, porque sin la última victoria quedaba un gran vacío a los objetos de la expedición del Perú. En los campos de Torata y Moquegua, el influjo de un mal destino fué superior a la bravura de las tropas de los Andes y menos felices que en el curso de su larga campaña tuvieron que retornar a su antigua posición en esa capital.

«El señor general don Rudecindo Alvarado condujo al ejército al campo de batalla y cuando yo esperaba que él mismo se encargase de su organización, en este punto ha dimitido el mando por sus enfermedades y ha recaído éste en mi persona como el segundo jefe y el más antiguo de los de mi clase. Siento el inmenso peso que gravita sobre mis hombros, pero sometido al imperio de las circunstancias me he consagrado a reparar las pérdidas y a dar a dicho ejército el mismo poder con que zarpó del Callao en noviembre del año anterior y del que doy cuenta por nota separada. Si fuera fácil ahora descubrir los principios que en todo sentido multiplican las dificultades para aumentar, conservar y mover la fuerza que se me ha confiado, el gobierno supremo a quien me dirijo, valoraría el inmenso sacrificio que he tenido que hacer y me atrevo a creer que fijaría sus miradas sobre mi difícil posición porque no pueden estar fuera de sus paternos cuidados los respetables restos de un ejército que dió días felices a la patria y renombre glorioso a la nación. He ahí, señor, la esperanza que me ha reanimado para sobreponerme a todo escollo y manifestar a V. E. mi resolución.

«Es ajeno de mi carrera y de mis peculiares conocimientos descifrar las causas que han de retardar la reunión de un congreso en las provincias del Río de la Plata, ni es posible calcular el tiempo en que calmadas las pasiones lleguen los intereses bien entendidos a ocupar el lugar de las pretensiones locales, pero la fama pública en todas partes de la administración actual de la Provincia de Buenos Aires se eleva como un iris de paz en medio de la tempestad que ha asolado los demás pueblos.

«Ha llegado por tanto el momento en que el ejército de los Andes, saliendo de la situación indefinida en que el imperio de los sucesos lo ha mantenido, tribute su más profunda gratitud a los genios ilustres que han apagado la discordia en dicha provincia y busque en ese gobierno la protección y el consejo que hubiera suplicado a la autoridad general si afortunadamente se hubiera ya instalado.

«Tal es el voto del ejército y al manifestarlo, como lo hago sinceramente, me permito asegurar que siempre se prestará gustoso a las instrucciones del supremo gobierno de Buenos Aires porque todos estamos penetrados que sin salir éste del círculo a que le circunscribe la ley se ocupa ardentemente de la felicidad de las demás provincias cuyo destino nos afecta igualmente.

«Si el predicho gobierno se digna tomar bajo su patrocinio el ejército de los Andes y recibir esta exposición como el sentimiento dominante que esfuerza mi

ción a Puertos Intermedios por las exigencias tan extemporáneas como improcedentes de su representante militar en el Perú, el general Paz del Castillo. Bolívar no buscaba sino una coyuntura propicia para entrar en la tierra de los Incas, como ya queda dicho. Su política obstruccionista en el orden de las operaciones militares planeadas por San Martín obedecía a este propósito, y estos sus deseos se los descubrió sin reparo al general Alvarado, cuando después de Moquegua le escribió aquella carta que ya conoce el lector, presentándose en ella como profeta de lo sucedido, e instándolo para que no abandonase las playas peruanas y lo esperase.

Pero aparte de este factor que es obra de la ambición y de la intriga, la derrota de Moquegua tiene otras causales políticas, y entre ellas predomina el espíritu ambicioso y tumultuario de Riva Agüero. Desde que San Martín se retiró del Perú y se formó allí un congreso y una junta para ejercer de mutuo acuerdo el poder ejecutivo del nuevo Estado, Riva Agüero se entregó a trabajos ocultos para minar aquel poder y ocupar la presidencia de la República. El éxito de la campaña de Intermedios habría sido el desmoronamiento de todos sus planes, y si no pudo impedir que Alvarado partiese del Callao para el Sur del Perú, impidió que el ejército de Arenales cumpliera el plan trazado por San Martín y saliendo de Lima se dirigiese sobre Jauja, a fin de atacar y batir a Canterac mientras Alvarado hacía otro tanto desembarcando en el sur y dirigiéndose al Cuzco por Arequipa. Un contemporáneo y testigo de estos acontecimientos nos dice que, según la voz corriente en el Perú, Riva Agüero obró obedeciendo no sólo a esta ambición, sino,

debilidad, nada excusaré para corresponder a S. E. porque desde el momento en que acabe la incertidumbre de nuestras relaciones con esa benemérita provincia y con el resto de las de la Nación, también se desatan las trabas que repetidas veces han entorpecido el progreso de nuestra gloria militar y causado compromisos amargos.

«Nada espero con tanto anhelo como la decisión de S. E. para arreglar mi conducta ulterior y entre tanto ruego a V. S. que al elevar esta nota al supremo gobierno le asegure en mi nombre y del ejército que mando que si el enemigo común osare provocarnos derramaremos nuestra sangre por la justicia de la causa de América y por el esplendor del pabellón con que cruzamos los Andes, sureamos el Pacífico, y entramos en el Perú.

«Con el mayor placer tengo la oportunidad de significar a V. S. los sentimientos de la más alta consideración que me merece. *Enrique Martínez. — Archivo de la Nación Argentina. Legajo ejército de los Andes.*»

El general Martínez inició así su contacto con el gobierno argentino y lo prolongó hasta que se retiró del Perú. En carta de 6 de septiembre informó a éste de todo lo sucedido entre Riva Agüero y el congreso. Dice que las tropas aliadas no se desviaron en ese entonces de la neutralidad y que se quedaron a la espera «de que el tiempo y los sucesos descubriesen una senda menos espinosa, y principios legales en que apoyar una decisión determinada, porque no podían ser simples espectadores de la contienda que iba a destruir el objeto primario de su sacrificio». Informa que el 1º de septiembre llegó al Callao el Libertador de Colombia y que con su presencia «ha comenzado a serenar la tormenta», autorizándolo plenamente el congreso para transar con Riva Agüero «según convenga a los intereses de América».

Con fecha 10 de noviembre, Rivadavia aprobó la conducta observada por Martínez en aquella emergencia.

lo que le hace poco honor, a las solicitudes del oro colombiano. El hecho es que la partida para Guayaquil de la división auxiliar de Colombia privó a Arenales de un concurso militar con que contaba él para atacar al enemigo, y que no recibiendo los auxilios que necesitaba se vió reducido a la inacción y con las manos atadas. Como en el caso anterior, los planes de Riva Agüero no se practicaron a la luz del día. Acudió como era su táctica al disimulo y mientras conspiraba a la sombra y abría los caminos para precipitar al Perú en el caos en que pronto lo vamos a encontrar, se dirigía a San Martín y con fecha 2 de enero de 1823 le decía: «Las recientes nuevas del restablecimiento de la importante salud de V. E. han aquietado mi espíritu de las congojas en que se halla desde que supe el terrible ataque con que fué acometido por el chavalongo. V. E. es necesario a la América y sus verdaderos amigos no podríamos sobrellevar sin continuas lágrimas la pérdida de un héroe a quien se debe la independencia y en quien tienen fijos los ojos las naciones civilizadas» (1).

Pero dejando para su lugar oportuno la ampliación explicativa de esta tema, digamos aquí cómo se enteró San Martín de la derrota de Moquegua, qué votos se formularon por los peruanos a raíz de tan luctuoso suceso y cómo procedió el Libertador en exilio para ser consecuente consigo mismo y con las aspiraciones de esos pueblos que él había libertado.

«Ya tiene usted realizados los temores de que le hablé desde Valparaíso el 1º del próximo pasado, le decía desde Santiago de Chile el 2 de marzo don Nicolás Rodríguez Peña, como verá por la que incluyo, muy recomendada por Guido para que la haga volar a sus manos. Se me acaba de decir que es general el clamor de Lima por el regreso de usted y los que me escriben creen que si no lo hace se pierde todo el Perú. Yo estoy tan aturdido por todo, que se me daría muy poco el que me tirasen un balazo» (2).

La carta que Rodríguez Peña transmitía a San Martín y que Guido le pedía que lo hiciese volando era a no dudarlo la comunicación oficial de la derrota de Moquegua. El gobierno de Chile lo hizo a su vez y el 4 de marzo le remitió un oficio en el cual después de decirle que lo supone instruido «del terrible contraste ocurrido en Moquegua al ejército libertador del Perú» le escribe: «Ninguno mejor que V. E. conoce las circunstancias de aquel país y cuán sensible es esta desgracia; pero ella puede remediarse con ventajas si este mismo contraste reúne el espíritu público de los pueblos aliados y les impele a dirigir sus esfuerzos sólo contra el enemigo común.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 164. Riva Agüero termina esta carta diciéndole a San Martín: «Tengo para cuando regrese V. E. una lora que habla mucho y que repite a menudo ¡Viva San Martín! Irá a acompañar a la otra al Pueblo Libre».

(2) *Ibídem*, pág. 166.

«V. E. se ha impuesto tan sagradas obligaciones con respecto al Perú, que el juicio severo de los hombres presentes y de la posteridad olvidaría los inmensos servicios del Libertador del Perú y Chile, para no perdonarle si rehusaba algún sacrificio a terminar su obra. Nada se presenta hoy tan necesario como que las provincias de la antigua unión tomen a su cargo auxiliar la causa de la independencia, atacando a los españoles por el Alto Perú. ¿Y qué persona podría encontrarse ni más respetable, ni de mayor influjo, ni más interesada en la conclusión gloriosa de esta guerra que V. E.? Este gobierno escribe al de Buenos Aires el oficio de que incluye a V. E. copia. Reproduce lo mismo a los gobernadores de Cuyo, Córdoba, Tucumán y Salta y hallándose V. E. en camino para Buenos Aires tenemos la más lisonjera esperanza del buen resultado de esta propuesta si V. E. se encarga de dirigirla y sostenerla.

«Desearíamos que cualquiera determinación que tomase V. E. con motivo del suceso de Moquegua nos la comunicase para dirigir nuestras ulteriores operaciones» (1).

¿Cómo fué recibido por San Martín este llamado y en qué forma concretó él su respuesta? He aquí lo que con fecha 20 de marzo, y desde Mendoza, escribió él al gobierno de Chile: «Cuando recibí las honorables notas de V. E. de 4 del corriente se me había instruido del desgraciado combate padecido por el ejército libertador en Moquegua. El pudo ser de la mayor trascendencia a la causa de la libertad, si no se procura reparar este golpe sin la menor demora; así es que a pesar del atrasado estado de salud, si ella me lo permite, estaré siempre pronto a cooperar al bien general en cualquier clase que los gobiernos de estas provincias quisieron ocuparme» (2).

Pero antes de decir por qué San Martín no retornó al Perú y no cumplió, por lo tanto, con estos votos que le formulaba el gobierno de Chile al significarle que era su persona la más respetable y de mayor influjo para concluir gloriosamente la guerra, volvamos a los peruanos y veamos de qué modo y en qué términos

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 169.

(2) *Ibidem*, pág. 170. — En su nota al gobierno de Buenos Aires, el gobierno de Chile declara que tan funesto contraste, haciendo alusión a Moquegua, amaga la independencia de los Estados del Sur y que pone en gran consternación a la capital del Perú. «Chile, se escribe por los firmantes de este oficio, se prepara a remitir inmediatamente una nueva expedición que sostenga los esfuerzos vacilantes de los peruanos que aún restan libres. Pero este auxilio por más que se haga efectivo con la celeridad que exigen las circunstancias y por más que se empeñe en su buen resultado el honor y el interés del país, nos atrevemos a decir que no sería bastante sin la cooperación de las Provincias del Río de la Plata. Mientras el ejército español se encuentra tranquilo poseedor del Alto Perú sin atenciones que lo distraigan por aquel punto, es tal vez inevitable la pérdida de Lima y la ruina de los ejércitos que se le opongan en las Provincias de Intermedios. El gobierno de Buenos Aires ha hecho sacrificios por la causa de la libertad y ciertamente no rehusará en las actuales circunstancias hacer todos aquellos esfuerzos que puedan contribuir a la grande obra de nuestra emancipación».

clamaban por San Martín para que volviese al Perú y se convirtiese en su salvador. «Sabe usted, le dice don Tomás de Lanza desde Lima, el 23 de febrero, que no sé adular; ni tampoco puedo ni debo hacerlo conociendo la moderación de V. E. Con la ingenuidad que acostumbro, digo a V. E. que su presencia sola es capaz de remediar el daño recibido, porque ella causará mucho ardimiento, nueva moral y mucha subordinación: así lo siento y lo sienten muchos sensatos y sobre todo aquellos míseros habitantes de Intermedios».

«Yo creo, dice otro corresponsal de San Martín, Juan Thwaites, que si se oyese la llegada de usted en el Callao las mujeres irían a pie a encontrarlo. Crawley me ha dicho que Alvarado en una conversación particular se expresó que sólo que usted lo mandase, se libentarían de disensiones».

«Sin su improvisada retirada, le escribe Manuel de Villarán, ni habría tenido lugar el peligro de su vida, ni habría fracasado la expedición a Intermedios, ni se hallaría como se halla hoy el Perú a dos dedos de su pérdida. V. E. está ya perfectamente restablecido, según noticias indudables. Los peruanos agradecidos hemos levantado nuestras manos al cielo en signo de gratitud por tanto beneficio, mas la patria peligra. Y distante de nosotros el Fundador de la Libertad ¿desoirá sus clamores? Yo apelo al eminente patriotismo de S. E. y a su noble y elevada filosofía. Si es necesario lo reconvento además con su palabra; aunque es inútil pues que yo sé muy bien que mirando con el más alto desprecio la mordacidad de los malvados no descuida un momento la causa general de nuestra América y la especial del Perú que le ha sido tan querida. Me lisonjeo, pues, que no pasará mucho tiempo sin que nos dé la dulce complacencia de verlo adornado de nuevos laureles y de estrecharlo en nuestros brazos» (1).

El doctor Francisco J. Echagüe, personaje que ya conocemos y que por su alto puesto en el clero peruano y en las cosas de Estado era una autoridad, le decía pocos días antes de Moquegua: «Cuan-do salió del Callao la expedición para los Puertos Intermedios de la Costa de Arequipa, escribí a V. E. creyendo que en breve se pondría al frente de aquel ejército, a consumir la grande obra de sus manos, cual es la libertad del Perú, pero posteriormente se nos asegura que su dirección es el otro lado de los Andes. Con esta noticia debo contemplar viuda esta parte del Perú y no sé cuál será su suerte. Quiera Dios no sea la que suelen experimentar los hijos ingratos a quienes deben su existencia política» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 171.

(2) *Ibidem*, pág. 165. — Este mismo personaje después de Moquegua le dirigió a su amigo el doctor don Gregorio Funes, deán de la iglesia catedral de Córdoba, pero residente en Buenos Aires, una carta datada en Lima el 23 de abril de 1823. La carta tiene un carácter puramente confidencial. Principia en ella por decirle que han llegado a Lima los ejemplares remitidos para la venta de su obra: *Ensayo de la Historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*, y abordando luego los temas relacionados con la política, le dice textualmente: «Supongo en ésa al señor

Todo esto y mucho más que en obsequio de la brevedad no reproducimos aquí, demuéstranos que la opinión pública en el Perú, en ese momento de pánico y de desconcierto, fijaba sus esperanzas en San Martín. ¿Por qué San Martín no respondió a esos llamados, y por que prefirió él el retiro de su chacra mendocina a los estrados de Lima? Todo esto es sumamente complejo y está regido, no por lo aparente, sino por los factores ocultos que San Martín conocía a la perfección y que a su vez habían sido, en un modo u en otro, los causantes del drama. En estos factores predominaban dos influencias destinadas a chocar más tarde en el momento de la ocasión. Era la una la persona de Bolívar y la otra la de Riva Agüero. Aquél tenía señalada a Lima como el objetivo inmediato de sus combinaciones, y este otro con vivo empeño avanzaba a paso acelerado a la presidencia de la república. ¿Qué haría San Martín en medio de esta nueva combinación y que papel podía reservarle la

general San Martín según se nos anuncia desde Chile que habiendo ya pasado los Andes se dirigía a la capital de las Provincias del Río de la Plata con miras de no sé qué nueva expedición que intentaba para el Alto Perú, aunque yo la contemplo muy difícil según las noticias que vulgarmente se esparcen. Lo cierto es que a dicho señor se debe la independencia de Lima y de algunas de sus provincias. Que el gobierno haya tenido sus defectos, deben éstos atribuirse al estado de revolución en que todas las cosas salen de sus quicios y que es muy difícil darles un nuevo sistema que a todos agrade y mucho más si éste no se halla revestido de todas las liberalidades con que se han lisonjeado a los pueblos en el estado de su independencia, juzgándose más exprimidos y miserables. Esta última desgracia la ha enseñado la misma experiencia pues hoy se halla Lima sin otro dinero para su giro que el despreciable papel moneda y un poco de cobre acuñado para suplir la falta de la plata que antes abundaba. Esta capital y sus provincias inmediatas quedaron casi indefensas después de la separación de los señores San Martín, Las Heras y últimamente Arenales, generales de concepto que podían dirigir con mejor acierto los ejércitos, de la patria. No obstante se dispuso una expedición de tres mil y más hombres al mando del general Alvarado dirigida a las costas de Arequipa en transportes ingleses. Llegaron al puerto de Arica donde hicieron su desembarco, se internaron hasta Moquegua, allí se encontraron con las tropas reales mandadas por Canterac y Valdés, se formó un combate sangriento por ambas partes y las tropas de la patria fueron derrotadas y obligadas a reembarcarse quedando muchos dispersos en aquella costa y poco más de mil hombres han regresado a Lima a contar esta desgracia, culpando a mil circunstancias contrarias para disculpar el mal éxito y entre ellas la falta de subordinación de algunos oficiales generales. Hoy se piensa en nueva expedición contra el ejército español, situado en las provincias de Jauja y Huamanga auxiliada con tres mil y más hombres del ejército de Colombia que ha ofrecido el general Bolívar, de los que han llegado a esta capital mil cuatrocientos y se aguarda en breve el resto para que se verifique la anunciada expedición. Sin duda se mandarán los oficiales de Colombia o los del Perú. Dios quera que sea más feliz que la anterior y podamos vernos libres de un ejército enemigo que ocupando las principales provincias y los asentos minerales nos tienen reducidos a grande miseria por falta de comercio y entrada de víveres y útiles que proporcionaban a Lima.

«Supongo ya en esa capital a los enviados de España pues me dices los esperaban muy en breve, como también la formación de un congreso con quien pudiesen tratar y ajustar una paz con artículos favorables a la América según se ha anunciado por la misma España.

«El señor don Félix de Alzaga, conductor de ésta, informará con más individualidad de las ocurrencias sucedidas en estos nuevos gobiernos, nacidos de la revolución y que hasta aquí nada favorable nos han presentado, quedándome el único consuelo de vernos independientes aunque a costa de muchos trabajos». *Biblioteca Nacional de Buenos Aires. — Sección Manuscritos.*

suerte dada la pureza y rectitud de sus sentimientos? Presentar esta cuestión es resolverla, y el lector interesado en la exposición que venimos desarrollando, convendrá con nosotros que la abstención que en ese momento se decretó a sí mismo el propio San Martín, era la que cuadraba a un hombre de su moral y de su temple. Pero antes de llegar a esta conclusión y contemplar a San Martín en su decisiva actitud, digamos que consecuente con sus aspiraciones presidenciales, Riva Agüero trató de atraerse los elementos políticos que estaban en juego, y fué así como el día 27 de febrero fué presentada al congreso peruano una petición firmada por ciertos jefes del ejército, pidiendo la separación de los poderes, que se crease un ejecutivo nacional, y que se pusiese al frente de la república al coronel don José de la Riva Agüero.

El congreso intentó resistir a esta petición, pero accedió a ella y eligió a Riva Agüero como mandatario supremo del Perú; pero como resultaba chocante que un coronel se hiciese obedecer por generales se le nombró en el acto mariscal de los ejércitos de la República. Uno de los primeros actos de Riva Agüero fué el de designar al general Santa Cruz como jefe del ejército del Perú, eligiendo al general Arenales para que se pusiese al frente del ejército llamado de reserva, acantonado en la provincia de Huaylas, cosa que este jefe, pundonoroso y bravo, no aceptó. Al mismo tiempo, comisionó al comandante Gutiérrez de la Fuente para que pasase a Trujillo y formase allí el cuarto escuadrón del regimiento de Húsares y eligió al teniente coronel Clemente Althaus para que se ocupase de las fortificaciones de Lima. A fin de congraciarse con Bolívar y de atraerlo a su política, nombró al general don Mariano Portocarrero ministro diplomático ante el gobierno de Colombia. «Las grandes virtudes del héroe americano que libertó a Colombia, dice Riva Agüero en su carta dirigida a Bolívar el 1º de marzo de 1823, inspiran tanta confianza y amor hacia su persona, en todo el que ama a su país, que lo enajena y transporta fuera de sí mismo. Impulsado yo de estos sentimientos, no he podido dejar de manifestar sinceramente la admiración y respeto que profesaba al genio de América. El general Juan Paz del Castillo y el coronel Delgado considero hayan entre otros significado a usted no solamente mi adhesión sino también la reciprocidad de ideas acerca de solidar la independencia. He aquí el origen de esta simpatía, la que me conduce hasta el grado de lisonjearme con el título de amigo de Bolívar. Pueda yo conseguir tanta dicha».

Riva Agüero pasa luego a decirle a Bolívar que la situación en que se ha hecho cargo del gobierno «es la más calamitosa»; que está sin dinero, sin armas, sin ninguna opinión por la salvación; que la capital se halla amenazada por las fuerzas enemigas «pero que se promete sacrificar todo, antes de ceder un palmo de terreno a los enemigos de América». «Habiendo cesado ya la facción guayaquileña, escribe luego, que tanto daño ha hecho ya a nuestra causa,

nada hay que pueda impedir la próxima evacuación del Perú por los españoles, si usted como lo espero remite cuatro o más miles de valientes que nos ayuden o cuanto auxilio sea posible. Los gastos que se emprendan en la remisión de tropas y armamento serán religiosamente satisfechos por este Estado» (1).

Bajo el gobierno de Riva Agüero, la diplomacia entró en plena actividad. Portocarrero fué despachado a Guayaquil para entrevistarse allí con Bolívar; el doctor José de la Lenca recibió una comisión idéntica ante el gobierno de Chile, el vicealmirante Blanco Encalada salió para Buenos Aires, con propósitos de hacer escala en Mendoza y hablar allí con San Martín, y hasta se despachó un emisario que pasase a Salta y se entrevistase con Urdininea, quien debía avanzar con las fuerzas auxiliares argentinas sobre Oruro (2).

En este ínterin, Canterac logró ocupar la capital y a fin de conjurar el peligro en que caía con la ocupación de esta plaza la independencia peruana, Riva Agüero intentó pactar con La Serna un armisticio. La entrada de las tropas en Lima era un acontecimiento doloroso, pero no era más que un simple episodio en las contingencias o alternativas de un drama. Esto lo comprendió el mismo Canterac y viendo que su situación se encontraba comprometida la abandonó el 16 de julio, después de haberla ocupado el 19 del mes anterior. Cuando este acontecimiento se produjo, el gobierno y

(1) PAZ SOLDÁN. *Historia del Perú Independiente*, t. II, pág. 70.

(2) Al dirigirse a Buenos Aires, Blanco Encalada se detuvo primero en Mendoza y conferenció allí con San Martín. De allí se dirigió a la capital argentina y el 29 de junio por la noche terminaba su viaje. Al día siguiente visitó a Rivadavia y le impuso del motivo de su misión. En carta que Blanco Encalada le escribe a San Martín le dice que Rivadavia le impuso del estado en que se encontraba esa provincia con relación principalmente al Brasil, por las pretensiones de este imperio sobre la Banda Oriental, y que si la cancillería brasileña no cedía de sus pretensiones no habría otro remedio que acudir a la guerra. Por esta razón se había negado igualmente al teniente coronel Gutiérrez de la Fuente, quien lo había entrevistado antes a nombre de San Martín. «Yo escuché como un pecador a su confesor, le cuenta a éste Blanco Encalada, y sin quererle rebatir en nada me despedí».

Tres días más tarde se produjo una entrevista oficial y a ella se presentó este delegado «bien preparado para destruir los principios en que se apoya la negativa del ministro». Le dice a San Martín que le hizo una larga exposición sobre el estado en que se encontraba el Perú, disciplina y calidad en sus tropas, esfuerzos que hacían Colombia y Chile y plan de campaña que era necesario emprender. «Hecha mi descarga advertí, dice textualmente, que había desorganizado al enemigo, quien me contestó que el gobernador estaba para llegar con el ministro de la Guerra; que era un asunto espinoso que debíamos tratarlo reunidos, que esperase ocho o siete días que tardarían en llegar y protestándome que el gobierno buscaría los medios de cumplir con mis deseos y los del Perú». Blanco Encalada termina esta carta haciéndole saber que había estado en casa de Remedios — era la esposa de San Martín — a quien no había podido ver por el estado de su salud y que había conocido a su hija, a quien le encontró con él mucho parecido.

En otra comunicación del 29 de agosto enviada por intermedio del mayor Toro, ayudante de Urdininea, le manda algunos impresos y le dice que ese gobierno «está resuelto a continuar de todos modos los medios pacíficos y a no tomar parte en la guerra». «Yo pienso, dicele, dirigirme a los gobiernos de Tucumán y Salta para que sin perjuicio de la convención presten su auxilio a Urdininea para que pueda obrar en combinación con Santa Cruz y asegurar las provincias del Alto Perú».

«Yo marcharé a ésa por octubre, agrega, pero mientras tanto deseo que usted me indique su opinión sobre mi conducta. Protesto a usted que he maldecido mil

todas las autoridades se trasladaron al Callao y desde allí el 24 de junio don Tomás Guido escribió a San Martín: «El ejército español, en número de siete mil hombres, descendió de Jauja y ha ocupado a Lima el 19 del corriente. Canterac intimó a la capital que sería incendiada en el término de veinticuatro horas si no se le entregaban trescientos mil pesos, el valor de tres mil fusiles, cuarenta mil varas de paño y cuarenta mil de brin. Ha principiado a realizarse esta contribución y los españoles siguen tomando las medidas de estilo.

«Nuestro ejército, en la fuerza de seis mil hombres, se ha replegado a estas fortalezas, y el de los enemigos se ha situado al norte de Legua, apoyando su izquierda en el cerro de la Vigía. Hasta ahora no se ha disparado un tiro de fusil.

«El congreso — cuyo presidente Pedemonte con otros miembros quedaron en Lima para servir a Canterac — se reunió en este lugar de confusión y ha depuesto a Riva Agüero depositando el absoluto mando militar en el general Sucre y el político provisionalmente en Valdivieso. Una diputación del mismo congreso salió en busca del general Bolívar». Pasa luego a decirle que se preparan transportes para una expedición de tres mil hombres a Puertos Intermedios, ignorándose aún quién la mandará, pero que el objetivo de esa expedición es auxiliar al general Santa Cruz que ya está en marcha para Arequipa. «El desenlace de esta tragedia, escribe, es obra de circunstancias que no están sujetas a cálculo. Pero el que sugirió a usted la idea de congresos y de abandonar el país, bien merecía ser el héroe de aquélla» (1).

Cuando Guido se expresaba así en carta a San Martín, habían comenzado a llegar al Callao los primeros auxilios remitidos por Bolívar y se encontraba allí el general Sucre encargado de su representación diplomática, pero destinado igualmente al comando general de las tropas mientras Bolívar no se decidía por hacerlo en persona. Evacuada la capital por el ejército de Canterac, el congreso, que se había retirado al Callao, retornó a ella y al instalarse de nuevo, por medio de un decreto hacía esta solemne declaración

veces la tal comisión por las circunstancias extraordinarias en que he venido a encontrarme.

«Algunas cartas aseguran que Canterac piensa quedarse en Lima y yo creo que sería lo más favorable, cambiando nosotros nuestro teatro al sur con todas nuestras fuerzas, lo que nos proporcionaría un resultado más seguro; pero era preciso que usted tomase el lugar que le corresponde para salvar los grandes males que amenazarían a esos desgraciados pueblos y a ese ejército sin cabeza que lo dirija ni mano que lo enfrene. Sí, mi general, yo no veo distante el momento en que los compromisos a que usted mismo se ligó al Perú lo obliguen a abandonar su vida privada presentándose de nuevo al mundo, confundiendo envidiosos y enemigos bajos y dando el mayor día de placer a sus amigos. Desde ahora me ofrezco, mi general, contra mis propósitos e interés en mi familia a acompañar a usted de cualquier modo si llega usted a marchar, persuadido que un amigo, aunque sea el último, no está de más». *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 176.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 468.

el día 6 de agosto: «El día de hoy es el más plausible del Perú. Un tirano atacó la libertad del país, manchando la gloria del suelo que lo vio nacer y la nación peruana ha recobrado hoy su soberanía, su ser y su existencia, por el restablecimiento del soberano congreso». Pero es el caso decir que cuando este cuerpo legislativo formulaba esta declaración, su disidencia con Riva Agüero había llegado al punto culminante. Convencidos los legisladores que el personaje en cuestión se caracterizaba por su incapacidad para el mando supremo del Estado, lo habían exonerado de sus funciones presidenciales, pasando a Sucre el comando general de las tropas.

Sucre aceptó este honor, pero declaró que aceptaba la plena autorización de facultades, con la expresa condición de que esto le fuese ratificado por el congreso que se había trasladado a Trujillo. Al mismo tiempo celebró un convenio con Riva Agüero, y por este convenio, que fué firmado en el Callao el 22 de junio, Riva Agüero debía pasar a ocuparse de las fuerzas del Perú en la parte norte, ocupando el territorio de Jauja, mientras Sucre pasaba al sur, y tomaba allí las medidas relacionadas con la guerra.

Pero cuando este convenio se firmó, las relaciones entre Riva Agüero y el congreso habían llegado a su máximo de tirantez y exonerado éste por aquella asamblea, con los miembros del congreso que le eran adictos se trasladó a Trujillo y estableció allí la capital de la república quedando en Lima el general Sucre revestido con la suma del poder público. Al llegar a Trujillo, Riva Agüero declaró disuelto el congreso de Lima, tomó otras medidas atentatorias contra la soberanía y abrió así el período anárquico que a su tiempo ya había previsto como posible el genio intuitivo de San Martín.

El proceder de Riva Agüero fué repudiado solemnemente por el congreso de Lima, y el 8 de agosto se le declaró como reo de alta traición y sujeto al rigor de las leyes. En su reemplazo fué elegido como presidente de la república el marqués de Torre Tagle. Riva Agüero no se dió por vencido, y consecuente con su ambición y con su política, siguió maniobrando a la espera de reconquistar las posiciones perdidas. De esta manera se declaró él en franca oposición con el congreso, y vino a colocarse en la imposibilidad moral y política para colaborar patrióticamente al lado de Sucre.

En medio de esta anarquía, los peruanos de corazón volvieron de nuevo a fijarse en San Martín y es así como Guido pudo escribirle a éste el 17 de agosto: «Los patriotas que no especulan con su país y que sinceramente desean verlo libre, han vuelto los ojos a usted y una semana ha, circuló una representación en la que se recogían firmas del pueblo pidiendo el regreso de usted, como único mediador y término de todos los partidos. El paso se suspendió luego pero el nombre de usted renace del seno de estas desgracias» (1).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 472.

Guido no lo dice, pero presumimos nosotros que la representación o petitorio a que él alude no siguió su curso por una sola razón y era porque en los altos estrados de la política peruana ya estaba decidido el poner la suerte del Perú en manos de Bolívar. Este ya había obtenido del congreso de Colombia la autorización para entrar en el Perú. El congreso peruano así ya se lo había pedido y de este modo el 1º de septiembre de 1823 pudo desembarcar en el Callao y hacer en Lima, horas más tarde, su entrada triunfal. El día 2 de septiembre, el congreso se reunió en sesión extraordinaria y autorizólo por decreto para que terminase con las ocurrencias provenientes de la continuación en el mando de don José de la Riva Agüero en una parte de la república, después de haber sido destituido el 23 de junio, confiriéndole al mismo tiempo todas las facultades necesarias al cabal desempeño de este negocio. El 10 de septiembre, el congreso lo invistió con la suma del poder dictatorial; se le señaló el sueldo de cincuenta mil pesos al año y dispúsose que el presidente de la República quedase sujeto a él en el ejercicio de sus funciones, lo que significaba suprimirlo de hecho. Ese día Bolívar fué obsequiado con un gran banquete y al brindar lo hizo con el acierto que lo verá el lector. «Brindo, dijo él, por el buen genio de la América que trajo al general San Martín con su ejército libertador desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú; por el general O'Higgins, que generosamente lo envió desde Chile; por el congreso del Perú que ha reasumido de nuevo los derechos soberanos del pueblo y ha nombrado espontánea y sabiamente al general Torre Tagle de presidente del Estado y porque a mi vista los ejércitos aliados triunfen para siempre de los opresores del Perú».

Nos cuenta la crónica que hubo todavía un segundo brindis y que al alzar su copa, Bolívar, lleno como estaba de una exaltación épica y jubilosa, declaró: «Por el campo que reúna las banderas del Plata, Colombia y Castilla y sea testigo de la victoria de los americanos o los sepulte todos; por que los pueblos americanos no consientan jamás elevar un trono en todo su territorio; que así como Napoleón fué sumergido en la inmensidad del océano y el nuevo emperador Iturbide derrocado del trono en México, caigan los usurpadores de los derechos del pueblo americano, sin que uno sólo quede triunfante en toda la dilatada extensión del nuevo mundo» (1).

El propósito de Bolívar fué el de congraciarse siempre con la democracia, y si todas las plataformas le habían servido para hacerlo con elocuencia, ninguna encontró más digna y más alta que la del Perú en donde San Martín ya le había precedido para declarar ante el orbe que la independencia de ese Estado era irrevocable. A raíz de esos acontecimientos Guido le escribía a San Martín: «El primero del corriente — escribe él el 10 de septiembre

(1) PAZ SOLDÁN. *Historia del Perú Independiente*, t. II, pág. 165.

de 1823 — llegó al Callao el general Bolívar; desde quince días antes, como habrá usted visto por los papeles públicos, el congreso se había vuelto a reunir en la capital con la mayor parte de sus miembros y después de proscrito Riva Agüero, Torre Tagle había sido nombrado por aclamación presidente de la República. Así el general Bolívar halló establecido constitucionalmente el gobierno del país y en ejercicio la representación nacional del Perú.

«A los dos días de haber entrado en la capital, el general Bolívar pidió al congreso sus facultades para transar con Riva Agüero. El cuerpo soberano se las concedió e inmediatamente salió una comisión para Trujillo cuyo objeto era manifestar a Riva Agüero que ha cesado de derecho en el mando y que de hecho debe salir del país sin investidura alguna, dejando a Herrera a la cabeza de las tropas peruanas acantonadas en Trujillo y Huaraz, para que con ellas vaya a incorporarse a las de Colombia y los Andes para pasar a Jauja. Está pendiente el resultado de esta misión pero creo que a Riva Agüero no le queda otro partido que ceder».

«Después que Riva Agüero disolvió el congreso, continúa Guido, me escribió dos cartas con alusiones pomposas para usted. Me desatendí de este incidente y contesté a la última al tenor de la que le acompaño. La medida adoptada por el general Bolívar le habrá hecho ver que no me equivoqué en mis cálculos porque la disolución del congreso fué en mi opinión tan intempestiva como su convocación: permítame usted esta libertad».

Y antes de concluir: «El general O'Higgins ha merecido las mayores distinciones del general Bolívar. Ayer se dió a este señor un gran convite en Palacio; y en el primer brindis hizo a usted y a O'Higgins la justicia que sería cruel olvidar. ¡Cuántos recuerdos, amigo mío, atormentaron entonces mi imaginación! ¡Cuántas vigili-
lias y trabajos emprendidos por la libertad del Perú! Pero dejemos esto, que es forzoso seguir el orden de los acontecimientos» (1).

Aun cuando la entrada de Bolívar hizo renacer en una parte de la opinión las esperanzas de una última victoria sobre los realistas, ella no apagó en modo alguno en el pueblo peruano la estima y la confianza que allí se tenía por San Martín. Pero volviendo al momento aquel en que Riva Agüero se instaló en Trujillo en franca oposición con el congreso, digamos que uno de sus pensamientos fué el atraerse a la persona de San Martín para prestigiar su política. Con tal motivo, el día 28 de agosto le escribió una carta en que campean por igual la obsesión y la petulancia. La carta que días más tarde merecería como respuesta una expresiva catilinaria por parte de San Martín, decía así: «El estado del Perú es ventajoso e imponente; jamás ha tenido ni la cuarta parte de las fuerzas propias que hoy tiene. El horizonte político es muy halagüeño, los departamentos y tropas están decididamente por mí,

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág 471.

esto es, contra la más páfida intriga. Esta debe publicarse por todas partes, para que conozcan a los intrigantes y se puedan precaver de sus lazos.

«Cuantos fusiles pueda usted traer de Mendoza, Córdoba y otras partes sírvase hacerlos venir a donde yo me halle; en inteligencia que será pagado su importe, y de que con esto hará usted un servicio notable al Perú.

«Si dentro de tres días no ha llegado el Libertador de Colombia, que se anuncia venir por Paita a ésta, me pondré en camino para ponerme a la cabeza del ejército que está en Huaraz. Este está en buen pie, lo manda Herrera, y por su disciplina y número entrará en Lima el día que se me antoje.

«Dejo a la consideración de usted el pensar las circunstancias y lo interesante de su venida al cuartel general de este ejército del Norte; el del Sur, mandado por el general Santa Cruz y la escuadra, están fieles; nada nos falta sino emprender para triunfar. Incluyo a usted papeles de Panamá y de aquí; suplico a usted active los movimientos de Urdininea sobre Potosí y Oruro» (1).

Como lo ve el lector, con un rasgo de su pluma Riva Agüero salva la distancia que lo separa de San Martín. El que hasta el día de ayer había sido un simple coronel del ejército peruano, y agraciado con todas las consideraciones por parte del Protector del Perú, se estima en aptitud suficiente y capacidad para imponerse a éste. Riva Agüero no se contenta con llamarlo. En su carta le comunica instrucciones, le exige, por decirlo así, el cumplimiento de una promesa que San Martín había dirigido a los peruanos pero subordinada, no a las contingencias de una guerra fratricida, sino a causales más altas, y en vista de semejante proceder, el Libertador del Perú tomó la pluma y contestóle a Riva Agüero en la forma siguiente: «Hace dos días, he recibido de Chile por extraordinario su comunicación del 22 de agosto datada en Trujillo con inclusión de los papeles públicos del mismo punto hasta el 25. En ella me invita a que sin pérdida de momentos me ponga en marcha a unirme a usted, asegurándome es llegado el caso de cumplir mi oferta de prestar mis servicios al Perú, añadiendo que el horizonte político es el más halagüeño y que los departamentos y tropas están decididamente por usted, contra la más páfida intriga, la que debe publicarse por todas partes para que se conozcan los intrigantes y se puedan precaver de sus lazos. Al ponerme usted semejante comunicación, sin duda alguna se olvidó que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la Libertad del país que usted, sí, que usted sólo ha hecho desgraciado. Si a la junta gubernativa y a usted ofrecí mis servicios, con la precisa circunstancia de estar bajo las órdenes de otro general, era en consecuencia de cumplir al Perú la promesa que le hice a mi despedida de ayudarle con

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 337.

mis esfuerzos si se hallaba en peligro como lo creí después de la desgracia de Moquegua. Pero ¿cómo ha podido usted persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín — a los que usted no se ha dignado contestar — fueron jamás dirigidos a un particular y mucho menos a su despreciable persona? ¡Es incomprensible su osadía grosera, al hacerme la propuesta de emplear mi sable con una guerra civil!

«¡Malvado! ¿Sabe usted si éste se ha teñido jamás en sangre americana? Y me invita a ello usted, al mismo tiempo que en la gaceta que me incluye de 24 de agosto proscribire al congreso y lo declara traidor, al congreso que usted ha supuesto tuvo la principal parte en su formación: sí, tuvo usted gran parte, pero fué en las bajas intrigas que usted fraguó para la elección de diputados y para continuarlas en desacreditar, por medio de la prensa y sus despreciables secuaces, los ejércitos aliados, y a un general de quien usted no había recibido más que beneficios, y que siempre será responsable al Perú de no haber hecho desaparecer a un malvado cargado de crímenes como usted...

«Dice usted iba a ponerse a la cabeza del ejército que está en Huaraz; y, ¿habrá un solo oficial capaz de servir contra su patria y más que todo a las órdenes de un canalla como usted? ¡Imposible! Escribo al coronel Urdininea pero es haciéndole un fiel retrato de la negra alma que usted alberga... ¡Eh! basta, un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado» (1).

Los propósitos de San Martín al contestar en esta forma a Riva Agüero, no eran los de provocar un escándalo, ni desacreditar en público el proceder del mandatario, en franca rebeldía y oposición con el congreso. Aconteció sin embargo que don Tomás Guido tuvo conocimiento de este documento por copia que con oportunidad le remitiera San Martín. Dado que en esas circunstancias Riva Agüero acababa de publicar en Trujillo una carta que le dirigiera San Martín y que aquél utilizó para hacer creer que el ex Protector del Perú estaba de su lado, Guido creyó conveniente ponerla en conocimiento del presidente Torre Tagle. Conocida por éste, Torre Tagle se interesó por tener una copia para enviársela al general Bolívar, y como dice Guido «bajo la garantía de que no sería publicada». Guido, contando con el cumplimiento de este compromiso, no vaciló y puso en manos de Torre Tagle la copia en cuestión. ¿Qué sucedió después? Sencillamente, lo siguiente. Torre Tagle pasó la copia al mayor Iglesias y éste, por su cuenta, o por instrucciones del mandatario en cuestión la dió a la imprenta. «Semejante procedimiento, le escribe Guido a San Martín, me ha sorprendido más que ninguna otra cosa y aunque me he desahogado con la increpación más amarga, he quedado con un fondo de disgusto, que no acierto a explicar.

(1) SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 338.

Usted por su parte podrá decir a Iglesias lo que quiera en la inteligencia de que su ligereza no es disculpable.

«Este es uno de aquellos asuntos que no admite remedio; yo creo que usted me hará justicia, para conocer que no basta cautela contra la inconsecuencia de un hombre que se vende por un amigo y que pasa en la sociedad por un magistrado y caballero: yo confié en la buena fe de las vehementes protestas de Tagle, y si en esta parte me han faltado, no sé quién pueda escaparse de ser víctima de un engaño».

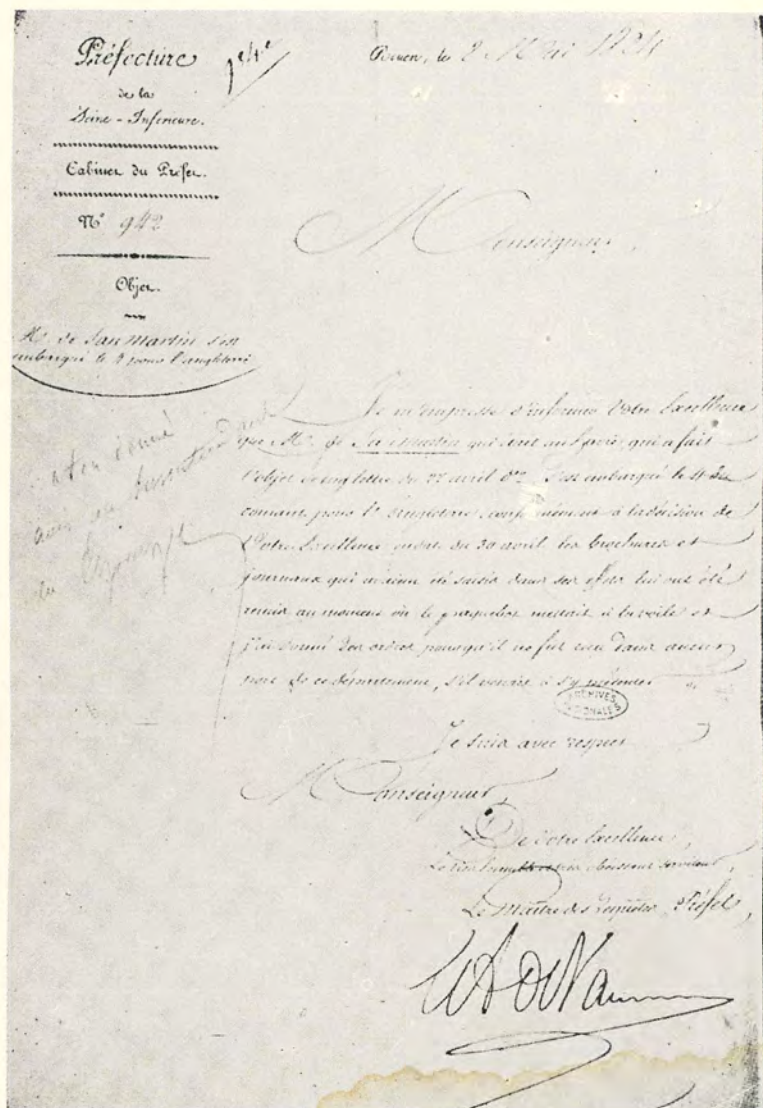
Guido concluye su carta explicativa a San Martín diciéndole: «No omitiré sin embargo repetir a usted que el espíritu de la carta le honra a usted en el concepto público, y que solamente pudieran notarse algunas expresiones hijas de la libertad con que escribe un hombre insultado por la vía de una carta confidencial. Mas no antecediendo la orden de usted para su publicación, aunque estuviera aquélla llena de bendiciones, no destruiría el respeto debido a una confianza» (1).

Observemos aquí que cuando la carta que en estas páginas comentamos salía de la pluma de Riva Agüero, Bolívar estaba próximo a franquear las barreras que lo separaban del Perú. Con tal motivo y deseoso de atraerse hacia sí a la persona del Libertador de Colombia, como quería atraerse igualmente la de San Martín, el 13 de agosto escribióle una carta felicitándolo por su triunfo sobre los rebeldes en la villa de Ibarra, y significándole el deseo vivísimo que tenía de estrecharlo entre sus brazos. En esa carta le habla igualmente de la amistad que existe entre el Perú y Colombia, alude a sus «impotentes enemigos» y concluye diciéndole: «A mí me quedará la gloria de haber restablecido y firmado las relaciones de amistad y alianza que a la sombra del gran Bolívar se conservarán eternamente».

En ese ínterin y comprendiendo que a pesar de estas lisonjas al futuro dictador del Perú, el poder que él ambicionaba y que retenía contra la opinión se le escapaba de las manos, intentó un último esfuerzo y excogitó el sellar con La Serna un armisticio cuya finalidad era la de establecer una alianza entre peruanos y españoles, y apoyado en esta alianza concluir o arrojar del Perú a los colombianos. En una de las cláusulas de las instrucciones dadas a sus representantes con carácter muy reservado decía Riva Agüero: «Se convendrá el gobierno del Perú en despedir a las tropas auxiliares que se hallan en Lima y Callao; y si los jefes de éstas lo resistieren entonces en concierto los ejércitos español y peruano los obligarán por la fuerza a evacuar un país en que no existe ya el motivo por que fueron llamados».

El proyecto de Riva Agüero era arrogante y patriótico si se quiere, pero era inoportuno y descabellado. Así lo comprendió el mismo

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 490.



EMBARCO DE SAN MARTÍN EN EL HAVRE PARA INGLATERRA
 Comunicación de la Prefectura de Rouen, 8 de mayo de 1824.
 (Archivo de la Marina, París).

La Serna, y contestó a su proposición diciéndole que aun cuando quisiera él hacer con el jefe de la titulada república peruana un armisticio o convenio como el ajustado recientemente en Buenos Aires con los comisionados de S. M. C. se hallaba él en la duda de saber con quien trataba. «Veo a Torre Tagle nombrado presidente, le dice, a usted desposeído de aquel mando y últimamente a Bolívar, el llamado Libertador de Colombia, en Lima, no sé si en el carácter de dictador, de presidente o generalísimo».

Por lo que a Bolívar se refiere, diremos que desde su llegada al Perú dirigió su política a desarmar a Riva Agüero, a significarle sin eufemismo político que su actitud era contraproducente y que en lugar de estar con él estaba contra él y por el congreso.

Es así como el día 4 de septiembre, y ya revestido por esta asamblea peruana con el mando supremo y dictatorial, optó por escribirle y le dirigió esta carta: «Mi querido amigo y señor: Con infinito sentimiento tengo que dirigirme a usted para tratarle sobre los negocios más desagradables y al mismo tiempo más arduos que pueden ocurrir en la vida de un hombre público. Yo creo que ya es inútil entrar en la investigación del origen, curso y contienda de usted con el congreso y mucho más aún clasificar sus propiedades y caracteres. El hecho es que usted se halla en guerra abierta con la representación nacional de su patria: esta representación fué convocada por el Fundador de su Libertad; ésta ha sido reconocida por todas las autoridades y el pueblo peruano. Usted mismo debió el nombramiento de su presidencia a la autoridad del congreso; luego parece, fuera de duda, que los escogidos de la nación no pueden ser revocados por ningún individuo cualquiera que sea su condición; todavía menos por usted que fué uno de los primeros agentes de la representación nacional y como presidente le ha prestado solemnemente juramento de obediencia. En fin, amigo, el derecho creo que no admite discusión. En cuanto al hecho veremos el efecto.

«Bonaparte en Europa, Iturbide en América, son los dos hombres más prodigiosos, cada uno en su género, que presenta la historia moderna. Los primeros bienhechores de la patria y de la independencia nacional no han podido evitar su ruina por sólo el sacrificio político de haber profanado el templo de las leyes, y el sacrario de todos los derechos sociales. Usted además ha añadido el ultraje más escandaloso con las personas de sus ministros sagrados. Creo pues que usted no podrá resistir tampoco al estruendo que resuena por todas partes de todos los clamores de cuantos hombres tienen conciencia y buen sentido. No dude usted que el suceso de Trujillo es la mancha más negra que tiene la revolución de América y por consiguiente usted no tiene que esperar más que maldición en América y juicios de reprobación en Europa. Yo sin embargo ofrezco a usted mi amistad y toda la protección que dependa de mis facultades. Si usted quiere aceptarlas, el coronel Urdaneta y el señor

Galdeano llevan poderes para transigir con usted y los jefes que le obedecen en esta ardua materia. Es inevitable la ruina del Perú si en estas circunstancias usted demora un momento la aceptación de mis ofertas generosas. Usted no puede esperar más sin ellas que la esclavitud del Perú y después la persecución de todos los americanos contra usted, que no encontrará asilo ni aun en el fondo de su conciencia. Por supuesto, de ningún modo mandará usted en Lima, ni los partidarios de usted tampoco, porque todos nos armaremos en venganza del Perú.

«Si el enemigo retorna al yugo la patria de usted, tampoco logrará el designio a que aspira. Por último, usted crea que ya no es posible que ninguna suerte propicia pueda alterar la naturaleza de los principios del orden moral que usted ha hollado y que serán los más crueles enemigos que le perseguirán hasta el sepulcro. Tenga usted la bondad, mi querido amigo y señor, de disimular la franca exposición que he hecho a usted sin embozo ni miramiento alguno de mi creencia política, porque estando a la cabeza de un pueblo libre y constituido, no puedo, sin faltar a mi más riguroso deber, callar el efecto que en mi sentido debe sentir la América por la conducta de usted en estos tristes momentos. Le reitero que yo no puedo olvidar lo que usted ha hecho por la América y particularmente por el Perú cuyas reliquias usted ha salvado» (1).

Días más tarde, los representantes de Bolívar, los señores Galdeano y Urdaneta, le hicieron saber a Riva Agüero que no había acuerdo posible sino a base de su exoneración del cargo de presidente de la república y que su empeño en conservar un mando y una autoridad que combate el gobierno legítimo sería inútil, pues no lo tolerarían los auxiliares del Perú y, menos aún, el gobierno de Colombia.

Comprendiendo Riva Agüero que la pendiente resbaladiza era la suya y no la de su glorioso contrincante, contestó aceptando la exoneración, pero exigiendo a su vez que el congreso fuese disuelto; que en el plazo de seis meses se instalase otra asamblea en un lugar central y en donde no hubiese fuerza armada alguna y que mientras no se instalaba el congreso destituido, como debía de ser destituido del poder ejecutivo el marqués de Torre Tagle, se eligiese un individuo del ejército del Perú para que ejerciese el mando supremo de la república, con carácter provisorio. A fin de llevar a cabo este negociado, Riva Agüero despachó al coronel Gutiérrez de la Fuente, quien debía entrevistarse directamente con Bolívar.

(1) El texto que aquí publicamos corresponde a la copia que el general Enrique Martínez envió desde Lima a su gobierno. Ella existe en el Archivo de la Nación Argentina, y en uno de los legajos intitulados: *Ejército de los Andes*.

Esta carta se registra igualmente, pero con algunas variantes, en el tomo III, pág. 228, de las *Cartas del Libertador*, publicación reciente dirigida por don Vicente Lecuna.

Apenas se produjo esta entrevista, Bolívar le significó al emisario del presidente tumultuario que por cartas interceptadas se le sabía en convenio con los españoles y que ésta y otras razones más imposibilitaban un acuerdo. Bolívar tuvo además la fortuna de atraerse todas las simpatías del emisario y podemos decir que en esta entrevista quedó resuelta la suerte de Riva Agüero. Este prosiguió con todo sus negociaciones y estando Bolívar en Pativilca intentó de nuevo hacer triunfar sus ideas, pero Bolívar y el congreso estaban al corriente de sus intrigas y rechazaron sus insinuaciones ⁽¹⁾.

Sus propios colaboradores comprendieron que su situación era insostenible, y el coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente, el mismo que había sido su emisario ante Bolívar, ya ganado por éste puso fin a las dificultades sublevándose contra él y posesionándose de su persona al tiempo que el mayor Ramón Castilla, su segundo jefe en el regimiento de Coraceros, se posesionaba del general Herrera, ministro de la Guerra del presidente insurrecto. Ambos fueron conducidos a Huancacho, y embarcados a bordo de un bergantín americano, pasaron luego a la goleta *Delfín*, que los transportó a Norteamérica».

(1) «Con mejor cálculo que el mío, le escribe Guido a San Martín a raíz de estos acontecimientos, habrá usted creído que Riva Agüero no renuncia a sus pretensiones; yo no esperé tanta pertinacia después de la llegada del general Bolívar, pero lo ha entretenido tres meses con palabritas dulces mientras que alentaba una negociación con La Serna cuyo objeto todavía es muy ambiguo. ¡Qué tal nene! El general Bolívar se aburrió de esperar y zarpó del Callao con cuatro mil colombianos con dirección a Supe desde donde marchó a Huaraz dejando la intimación a los comisionados de Riva Agüero que verá usted en una de las gacetas que le acompaño separado.

«La mayor parte de la fuerza de infantería de Riva Agüero estaba en Huaraz, pero dos días antes de la llegada del general Bolívar se replegó a Santa y otros puntos en la faja de la Sierra; todo amenazaba el próximo rompimiento de una guerra, en la que de parte del general Bolívar veíamos la superioridad numérica de su tropa, pero en la de Riva Agüero la ventaja de la movilidad y el conocimiento del terreno.

«El coronel de la Fuente mandaba un regimiento de caballería regularmente organizado; esta arma era el más fuerte apoyo de Riva Agüero, mas combinado aquél con el comandante del batallón de la Legión, sorprendió el 25 de noviembre al caudillo y sus cómplices más inmediatos desbaratando el proyecto con este golpe. En las gacetas encontrará usted las comunicaciones relativas a este suceso, para cuyo complemento sólo falta saberse qué es lo que ha hecho Novoa con su batallón y Fernández con otro que tenía a su mando. Reducida esta fuerza, la anarquía es concluida por ahora». — *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 487.

El plan que acariciaba Riva Agüero para atraerse a su partido a los españoles, era el siguiente: todas las provincias del Perú formarían un reino y éste tendría como soberano a un príncipe de la casa de España. Inmediatamente se procedería a formar una regencia que quedaría a cargo del general La Serna. Los españoles y peruanos serían iguales en derecho y tendrían las mismas dignidades y cargos en el Estado. El comercio de España gozaría de francos privilegios y a fin de llevar a cabo este negociado, pasarían a España los representantes que se entrevistarían con S. M. y con las Cortes.

El 3 de octubre Bolívar le escribía a Santander: «El señor Riva Agüero está muy resentido contra el congreso y contra nosotros; nos tiene tomado el país de recursos del Perú; nos está sitiando y hay sospechas de que tiene comunicaciones con el enemigo». Y el 13 de octubre: «La segunda noticia es que Riva Agüero está en comunicación con los godos y que éstos dicen que se quiere pasar con sus tropas».

— VICENTE LECUNA: *Cartas del Libertador*, t. III, pág. 270.

Pero trasladémonos ahora al sur del Perú y veamos cómo se presentaban allí los acontecimientos posteriores a Moquegua.

Para reparar los desastres sufridos en esta batalla y salvar así la situación política y militar del Perú, se resolvió por el gobierno que presidía Riva Agüero abrir una nueva campaña cuyo comando se le confió al general Santa Cruz llevando éste como jefe inmediato al general Gamarra.

Mientras el vicealmirante Guise se ocupaba de establecer con su escuadra el bloqueo de los puertos peruanos en la parte aquella en que se iba a abrir la nueva campaña de Intermedios, el ejército expedicionario desembarcaba en Arica y una parte de él, es decir su segundo cuerpo, al mando de Gamarra se dirigía sobre Tacna. En ese entonces, se esperaba la llegada de una división auxiliar chilena, lo que habría permitido que el ejército revolucionario, que se componía de cinco mil hombres, llegase a la respetable suma de siete mil. Como ésta tardaba en llegar, Santa Cruz decidió el iniciar las operaciones y transmontando la Cordillera que lo separaba del enemigo, atravesó el Desaguadero y el 8 de agosto se posesionó de La Paz. Por su parte, Gamarra con la otra mitad del ejército marchó por el camino de Tacora, y llegando a la ciudad de Oruro, se le incorporó allí el guerrillero Lanza, con seiscientos hombres de caballería. En Oruro supo Gamarra que la división argentina que había preparado y que comandaba Urdinenea se había hecho sentir ya por las fronteras de Salta.

El propósito que perseguía Santa Cruz era el de interponerse entre las tropas realistas que estaban al norte del Desaguadero, y las que comandaba Olañeta sobre el frente argentino, batir a Olañeta, y luego caer sobre el enemigo que tenía a sus espaldas. Sabedor La Serna del peligro que corrían sus fuerzas, concentró en Puno las divisiones de Valdés y de Carratalá y retrogradando hacia el norte llegó al pueblo de Zepita a donde fué a encontrarlo Santa Cruz con el propósito de batirlo. El combate se inició con mucho brío por parte de la caballería patriota. Dos escuadrones peruanos cargaron denodadamente sobre los escuadrones realistas y a esta carga siguió luego un encuentro entre las fuerzas de infantería, pero sin resultado decisivo. Esto sucedía el 24 de agosto y Santa Cruz en lugar de sacar todas las ventajas que le proporcionaba su superioridad sobre el enemigo, hostilizándolo, repasó el Desaguadero y fué a detenerse en Moquegua en donde se le incorporaron las tropas auxiliares que llegaban allí bajo el comando general de Sucre. Desde Quilca, y con fecha 11 de octubre, Sucre le decía a Bolívar: «Lo primero, recibí avisos de que el general Santa Cruz estaba por fin en Moquegua, según unos con tres mil hombres y según otros con dos mil cuatrocientos. Para concertar nuestra reunión y las operaciones que tuvieran lugar fuí a Moquegua y hallé que los restos del ejército eran quinientos o seiscientos infantes y trescientos de caballería, que con cuatrocientos de los enfermos

que dejó el ejército al pasar la Cordillera, hacían un cuerpo de mil doscientos a mil trescientos hombres, sin moral, sin confianza entre sí, y sus jefes sin orden y la caballería desarmada y en corrupción absoluta la disciplina. Me dijo el general Santa Cruz que dejó al coronel Lanza mil quinientos cansados, y que el resto de las tropas hasta cerca de los cinco mil hombres se habían ido a sus casas. Otros oficiales me aseguraron que desde el 18, después de salidos de Viacha, el ejército no existió más y que el enemigo nos tomó todos los dispersos. El caso es que falta sobre dos mil quinientos hombres contando que quedan mil quinientos al coronel Lanza y por supuesto no existe el ejército del Perú».

En los primeros días de agosto e ignorando lo que sucedía en aquel teatro, Riva Agüero, apremiado por las circunstancias en que se encontraba en sus luchas contra el congreso y el gobierno de Lima, había enviado al coronel don Luis Orbegoso desde Trujillo con pliegos urgentísimos para entregarlos en las propias manos de Santa Cruz. Quería Riva Agüero que este jefe desistiese de aquella campaña y que sin pérdida de momento reembarcase su ejército y viniese en su auxilio para sostenerlo en la presidencia. Todo esto debía hacerse hábil y cautelosamente; pero al llegar al puerto de Arica, Orbegoso se enteró de la derrota sufrida por este ejército y desconcertado por tamaña nueva sólo atinó a la formación de una junta de jefes, en la cual se resolvió llamar a San Martín para que volase en auxilio del Perú. En esta junta tomaron parte el vicealmirante Guise, el propio Orbegoso, el general Mariano Portocarrero, que era presidente del departamento de Arequipa, el mayor Salvador Soyer, el capitán de navío don Carlos Postigo, y don Pablo Longer en calidad de secretario de la junta. El señor Carlos Postigo fué designado para el desempeño de esta comisión y el día 28 de septiembre se embarcó él en Arica a bordo del *Cantón*. En esta súplica o petición estos eminentes peruanos le decían a San Martín: «Hay ciertos hombres elegidos por el destino cuyos nombres pertenecen a la historia y cuya existencia, consagrada a la felicidad de los pueblos, está reclamada por ellos, principalmente cuando éstos caen en la desgracia. Entonces los hombres viles, que en tiempo de prosperidad han insultado al genio y al valor, desaparecen de la escena peligrosa, la envidia se calla, y todos los corazones llaman al héroe que sólo puede salvar al Estado.

«El Perú, que debe a V. E. sus esperanzas de independencia; el Perú, que acaba de sufrir una dispersión en el ejército que había nacido en su mano y hacía su principal fuerza, hoy reclama el regreso del Fundador de su libertad: a V. E., que ha cimentado las bases del ejército, está reservado el acabar de consolidarlo. Vuelva entre nosotros; su presencia destruirá la esperanza de todo ambicioso y hará desvanecer todos los partidos. El pueblo volverá con entusiasmo a ver al héroe que ha roto sus cadenas. El ejército con energía se unirá bajo los estandartes del vencedor de San Lo-

renzo, Chacabuco y Maipú; V. E. tendrá la gloria de haber asegurado la independencia de un Estado que siempre le será reconocido y de haber terminado una obra que tan gloriosamente ha principiado.

«Como amantes del Perú y amigos de las virtudes de V. E. nos unimos para exprimir los votos del pueblo como los del ejército, los del presidente de la República como los del último ciudadano, los de los jefes como los del último defensor de la causa; en fin los votos del Perú entero que no desea otra prenda de su independencia que de ver a V. E. volviendo a fijar la fortuna bajo nuestras banderas y la prudencia en nuestros Consejos» (1).

Este documento salía de la pluma de sus firmantes el 28 de septiembre y el 20 de noviembre, en carta circular dirigida a don Luis José Orbegoso San Martín se expresaba así: «Con el coche a la puerta para marchar a Buenos Aires en busca de mi hija, recibo la de usted y demás señores del 28 de septiembre y me demoro lo preciso para contestarle no haciéndolo con los demás señores en razón de la premura del tiempo; pero lo verificaré desde Buenos Aires. Usted, mi querido amigo, me ha tratado con inmediación; usted tiene una idea de mi modo de pensar y conoce hasta el punto que llegan mis sentimientos, no sólo con respecto al Perú sino de toda la América, su independencia y felicidad; a estos dos objetos sacrificaría mil vidas; y partiendo de este principio tan sagrado y de la amistad sincera que siempre le he profesado y lo mismo al almirante Guise, tengo de decir a usted mi opinión franca y sencillamente. El Perú se pierde. Sí, se pierde irremediamente, y tal vez la causa general de América: un solo arbitrio hay de salvarlo y éste, en manos de usted, de Guise, de Soyer, de Santa Cruz y Portocarrero, y está dicho: estos solos individuos son o los redentores de la América o sus verdugos, no hay que dudarlos; repito, ustedes van a decidir de sus nombres.

«Sin perder un solo momento cedan a las quejas o resentimientos que puedan tener; reconózcase la autoridad del congreso, malo o bueno o como sea, pues los pueblos lo han jurado: únense como es necesario y con este paso desaparezcan los españoles del Perú y después matémonos unos contra otros, si éste es el desgraciado destino que espera a los patriotas. Muramos pero no como viles esclavos de los despreciables y estúpidos españoles, que es lo que irremediamente va a suceder.

«He dicho a usted mi opinión; si ella es aceptada por ustedes, estoy pronto a sacrificar mi vida privada: venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del congreso, pues la espero para decidir de mi destino.

«Diga usted a esos señores que tengan ésta por suya y de consiguiente es un equivalente a mi contestación» (2).

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 334.

(2) *Ibidem*, pág. 336.

Cuando San Martín se expresaba así y conjuraba a los peruanos a la unión y al respeto a la autoridad soberana que lo era el congreso, se acercaba a las playas de Chile un emisario de Riva Agüero para atraerse las simpatías de este gobierno, pero principalmente las de San Martín por cuyo retorno volvía a interesarse el presidente insurreccionado. Riva Agüero veía perdida su partida y antes de entregar el Perú a Bolívar quería o prefería entregar sus destinos a San Martín, a quien su patria le debía su libertad. Esto no lo vemos escrito en estos términos en los documentos que conocemos, pero posiblemente está consignado en los pliegos secretos que trajo consigo su emisario el coronel don Juan Manuel Iturregui y que no han pasado a la posteridad, deduciéndose además de lo que éste dijo muchos años más tarde a un historiador chileno al exponerle en carta privada los móviles de su misión.

«El presidente Riva Agüero, dice Iturregui, y el senado existente en Trujillo me entregaron comunicaciones para dicho general — alude a San Martín — y me dieron poderes para que negociase su vuelta al Perú, recomendándome con la más grande eficacia que emplease todos los medios posibles para obtener este resultado. Procedí por tanto sin demora a atravesar los Andes con dirección a Mendoza, mas cuando ingresé a esta ciudad tuve el sentimiento de instruirme que hacía algún tiempo que el general San Martín había marchado para Buenos Aires. Frustrado hasta allí mi viaje me propuse continuarlo corriendo las pampas; pero cuando me hallaba haciendo los preparativos necesarios, fuí atacado de una fiebre maligna que me invalidó en absoluto más de un mes. Extenuado en consecuencia y asegurándose en Mendoza que el general San Martín se había embarcado para Inglaterra, desistí de mi proyectada marcha, mas considerando que acaso podía ser inexacta la noticia del viaje a Europa de aquel general, le dirigí a Buenos Aires una extensa comunicación con inclusión de las que para él se me habían entregado, haciéndole una relación exacta de los últimos acontecimientos desgraciados, tanto políticos como militares que habían tenido lugar en el Perú e interesándolo por lo más sagrado para que volviese a asegurar la independencia que con tanta gloria había proclamado en el Perú, en circunstancias de hallarse amenazado» (1).

(1) VICUÑA MACKENNA: *El General San Martín*, pág. 109. — Iturregui figuraba entre el grupo político y militar que secundaba a Riva Agüero y éste lo había designado para que presentase sus plácemes a Bolívar cuando lo supo cercano a las playas del Perú. Su estima por San Martín era muy grande y como lo veremos con oportunidad la amistad nacida en el Perú creció y se consolidó con vínculos indisolubles años más tarde al encontrarse los dos en Europa. Un hijo de este prócer peruano, don Juan Manuel Iturregui, en carta al general Mitre, declaró el 10 de diciembre de 1899 que la parte más importante de la misión que se le había confiado a su padre «era la de conseguir que San Martín regresase a completar la independencia del Perú». Para conseguir tal objeto atravesó la Cordillera, mas no lo encontró ya en Mendoza y sólo volvieron a encontrarse pocos años después en Londres. En esta misma carta — carta que está escrita en la ciudad

Nos dice luego Iturregui que tampoco recibió contestación alguna a estas comunicaciones, y que sabiendo a ciencia cierta que San Martín se había embarcado para el viejo mundo, optó por regresar al Perú y a mediados de 1825 se embarcó para Inglaterra donde la suerte le deparaba la oportunidad de volver a encontrarse con el Libertador de su patria. Mientras no llega el momento de este encuentro de Iturregui con San Martín, y que lo expondremos al estudiar uno de los puntos relacionados con su ostracismo, podemos declarar que aun cuando San Martín se consideraba de hecho desligado del Perú por haber depuesto el mando supremo del mismo ante el congreso soberano que él había convocado e instalado, no se consideró ajeno a lo que fundamentalmente hablando constituía su suerte.

En Chile como en Mendoza, ensayó todos los medios que estaban a su alcance para que la independencia no fuese el juguete de las pasiones. Lo que a San Martín le preocupaba no era precisamente la guerra con los españoles. En su sentir — y solemnemente así lo había declarado —, la independencia del Perú era irrevocable. La lucha podía prolongarse más o menos tiempo, pero el enemigo de la libertad ya estaba herido de muerte y la prolongación del drama no era otra cosa que la prolongación de su agonía.

Lo que en realidad de verdad lo preocupaba era la anarquía, es decir, la lucha de los partidos en que ya se había dividido la opinión y que ocupando el primer lugar pasional en muchos corazones restaba energías a los intereses sagrados y fundamentales de la libertad.

Cuando esta anarquía asomó con su estallido revolucionario, llevando a disputarse la preeminencia directiva Riva Agüero y el congreso, su alma se abrió a las quejas más hondas y dejóse arrebatar por movimientos de cólera como de tristeza. Su carta a Riva Agüero

de Lima — le significa Iturregui al historiador argentino a quien la carta está dirigida, que es poseedor de la «voluminosa correspondencia», cambiada entre su padre y San Martín, y que esta correspondencia la conserva en Europa en donde tiene su residencia habitual. Debemos declarar nosotros que estando al corriente de este pormenor por otros conductos, hemos en distintas oportunidades intentado conocer estos documentos, pero la ilustre dama que es su poseedora ha creído que tratándose de documentos privados, ellos no pueden acaso interesar a la historia. Nosotros opinamos lo contrario y hacemos votos para que del cofre en que yacen, salgan a la luz pública y satisfagan así una curiosidad muy legítima por parte de la posteridad.

Al hablar de su padre, en lo relativo a su carrera política, el señor Iturregui nos dice: «Soy el hijo único del general don Juan Manuel Iturregui, quien con dos días de posterioridad a la declaración de la independencia del Perú por Trujillo la proclamó en Lambayeque. El marqués de Torre Tagle y mi padre fueron pues los dos primeros jefes peruanos que lo hicieron, siendo de advertir que al realizarse estos heroicos acontecimientos mi mencionado señor padre ignoraba lo ocurrido en Trujillo, por cuya razón ambas poblaciones se disputan equivocadamente el honor de haber sido la primera en saludar a la patria. Fué también mi padre quien en el norte organizó las fuerzas y colectó gran parte de los fondos que él mismo en parte llevó y entregó al general San Martín en Huaura y Chancay». *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 495.

prueba lo primero, y lo segundo llena por entero las cortas líneas con que desde Mendoza igualmente responde al petitorio que desde Arica le formulan los peruanos.

Es así, podemos decir nosotros, como pone fin a su expectativa política lejos del Perú, el que libertó a este Estado y con un golpe de su espada hirió de muerte a la dominación española que en América y en virtud de su conquista habían implantado los Pizarros. En más de un año que duró este estado de cosas, siguió con vivo interés la marcha de los acontecimientos. Tanto desde Chile como desde Mendoza, cooperó al éxito de las armas libertadoras y aun cuando después de Moquegua los votos de la opinión le formularon sus conjuros para que retornase al Perú, no escuchó estas voces y contentóse en responder a ellos aconsejándoles la sumisión a la autoridad constituída. Algunas de sus frases permítennos suponer que estaba dispuesto a retornar al Perú y que suspendía toda decisión mientras llegaba de allí la palabra que iba a decidir de su destino. Nosotros creemos que esto fué tan sólo un artificio para que el voto promisorio de su retorno aunase las voluntades que actuaban en disidencia, pero en modo alguno el propósito de volver de nuevo sobre sus pasos. Dado el estado a que ya habían llegado las cosas después de Moquegua, su vuelta al Perú, habiendo comenzado Bolívar a entrar allí despachando en vanguardia muchas de sus fuerzas, hubiera provocado un conflicto, y el conflicto el escándalo que él se había propuesto conjurar desde Guayaquil.

CAPITULO III

Estada de San Martín en Mendoza

SUMARIO: Propósito de San Martín al pasar la Cordillera. — Por qué desistió de su viaje a Buenos Aires. — Su conducta para con el Perú. — Rivadavia y los emisarios españoles. — Armisticio firmado en Buenos Aires. — Félix Alzaga, nombrado ministro en el Perú. — Las tramoyas políticas y su fracaso. — Espartero y Las Heras en la ciudad de Salta. — Rivadavia mira en San Martín no un colaborador sino un rival. — San Martín el más pacifista de los pacifistas. — Lo que no vio Rivadavia. — Resultado de su conducta. — San Martín, según un marino francés, temido de su gobierno. — Carta de San Martín a Chilavert sobre la guerra que se le hacía, estando en Mendoza. — Por no poder vivir tranquilo en su patria, San Martín decidió partir para Europa. — Lo que se deduce de las declaraciones de San Martín. — Un consejo de Guido. — La esposa de San Martín en trance de muerte. — Permiso que desde Mendoza solicita San Martín del gobierno del Perú para trasladarse a Europa. — Contestación y pasaporte otorgado por el gobierno peruano. — El marqués de Torre Tagle y San Martín. — La fortuna de San Martín. — Solicitud proyectada por él en 1816 para que se le concedan cincuenta cuabras en Los Barriales. — Su hija Mercedes incluída en la donación. — Cincuenta cuabras, declara San Martín, llenan sus aspiraciones. — Los escribanos del gobierno extienden el título de propiedad. — Terreno que San Martín poseía en la Alameda. — Terreno que en 1819 intentó comprar a los dominicos en Mendoza. — Reintegro de ese terreno reclamado por el superior provincial, y contestación dada por San Martín. — Pesar que en aquel superior provocó esta contestación. — Casa de San Martín en Buenos Aires. — Rondeau cumpliendo con un voto del congreso argentino al donar esta casa. — Escalada encargado de su reparación. — Chacra de Beltrán donada por Chile a San Martín. — Parte de su renta destinada por San Martín a un hospital de mujeres en Mendoza, y a la dotación de un vacunador. — La casa de Jesús María y la Magdalena. — Balance del patriotismo de San Martín. — San Martín, rico en gloria, pero no en numerario. — Contestación de San Martín a las calumnias de Carrera. — Voto de Guido que San Martín guarda secreto en su corazón. — Donación que ante escribano le hace a él de cincuenta cuabras en Villanueva de San Martín. — San Martín y su criado Cabrera en el Perú. — San Martín y la enfermedad de su esposa. — Desposorio de San Martín con doña Remedios Escalada. — Primer laurel colocado por él en el lecho nupcial. — El primer vástago. — Bautizo de la hija de San Martín en Mendoza. — Al emprender la campaña de Chile San Martín envía a su esposa a Buenos Aires. — La vuelta de ésta a Mendoza. — Documento a favor de su esposa que puede considerarse como su primer testamento. — Los síntomas de una enfermedad mortal. — Carta de San Martín a O'Higgins al enviar a su esposa a Buenos Aires. — Belgrano y la esposa de San Martín. — Comentarios que provoca este viaje según Paz. — Carta de Belgrano a San Martín desde el Rosario. — La familia Escalada. — Las comunicaciones entre San Martín y su esposa. — Muerte de la esposa de San Martín. — Votos de condolencia recibidos por San Martín. — San Martín abandona Mendoza.

Desde que San Martín se decidió a desprenderse del poder y a dejar a otro héroe afortunado el escenario político en que se destacaba él como primera figura, uno solo fué su propósito y lo concretó a

repasar la Cordillera en la primera oportunidad a fin de dirigirse sobre Buenos Aires donde lo esperaban la hija y la esposa. «Es regular, le dice a O'Higgins el 25 de agosto de 1822, pase a Buenos Aires a ver a mi chiquilla. Si me dejan vivir en el campo con quietud permaneceré; si no, me marcharé a la Banda Oriental». Y a Luzuriaga: «El 21 me embarcaré para Chile donde permaneceré hasta que se abra la Cordillera y pasar a ésa — Luzuriaga se encontraba en Buenos Aires —, a ver a mi familia para arreglar el plan definitivo de mis días».

Pero como ya lo hemos visto, su permanencia en Chile se prolongó por casi tres meses. Esperó allí que la primavera le abriese el paso cordillerano que necesitaba, y logrado esto a mediados de enero de 1823 se trasladó a Mendoza, donde permaneció hasta noviembre de dicho año. Una pregunta viene instintivamente a nuestra pluma y es la siguiente: si sus propósitos eran los de trasladarse a Buenos Aires, ¿por qué se detuvo en Mendoza y prolongó allí su estadía por un plazo de tiempo superior al que había entrado en sus cálculos? A nuestro entender, diversas fueron las razones que le dictaron ese proceder. La primera de ellas en el orden político de los acontecimientos, lo fué sin duda el estado de turbulencia y de anarquía que comenzaba a surgir en el Perú y que llegó a caracterizarse como una crisis aguda cuando Riva Agüero se declaró en abierta oposición con el congreso. Aun cuando San Martín no pensaba retornar al Perú, amaba la obra que él había realizado y en modo alguno podía resignarse a saberla en peligro de naufragar por la mala política de un grupo de ambiciosos. En Chile como en Mendoza volcó todo el peso de su autoridad en el platillo de la balanza, y gracias a este apoyo, Chile se apresuró a remitir a las playas peruanas nuevos refuerzos y a asumir una nueva actitud expectante menos favorable a Riva Agüero que al congreso residente en Lima y símbolo legal de la soberanía.

Esta conducta tan noble y tan patriótica por parte de San Martín fué juzgada diversamente por sus detractores de oficio y se hizo circular la voz — voz que se extendió de Chile hasta Buenos Aires — de que San Martín ambicionaba para sí las gradas de un trono, y de que éste no tardaría en verse erigido en el Perú. Además se habían lanzado otras especies calumniosas en circulación, y salvando las distancias que separaban a Santiago de Buenos Aires, al llegar aquí encontraron asidero en el núcleo político que seguía las inspiraciones y la doctrina orgánica de Rivadavia.

Pero para la mejor comprensión del punto que estamos exponiendo, digamos que en esos momentos llegaron al Río de la Plata don Luis Pereira y el teniente coronel don Luis de la Robla, en representación del gobierno español, con el fin de firmar una convención pacífica con el gobierno argentino, y concluir así con las hostilidades.

Aparentemente, eran ellos emisarios más comerciales que políticos.

Pero no tardó en saberse que en pliegos secretos se les facultaba para llegar a ese acuerdo mediante el reconocimiento de la independencia. Rivadavia quiso con todo negociar bajo un pie de absoluta seguridad y comenzó sus gestiones presentando a la legislatura bonaerense este proyecto de ley: «El gobierno no celebrará tratados de neutralidad, de paz, ni de comercio, con la España sino precedida de la cesación de la guerra en todos los nuevos Estados del Continente americano, y el reconocimiento de su independencia». La legislatura aprobó este proyecto por unanimidad y pasando Rivadavia a negociar con los emisarios de la Corona, convínose en firmar un armisticio válido por diez y ocho meses a partir de los dos meses después que fuesen ratificadas las negociaciones. Durante este armisticio, las Provincias Argentinas, o más bien dicho el gobierno de Buenos Aires, se encargaría de negociar la aquiescencia de los demás gobiernos americanos, no impidiendo esto el que se estableciesen las relaciones comerciales entre España y las nuevas repúblicas.

Cuando este tratado se firmó en Buenos Aires, Bolívar no había hecho aún su entrada en el Perú y, consecuente con su plan pacificador, Rivadavia nombró como ministro plenipotenciario ante el gobierno que regía aquel Estado a don Félix Alzaga mientras designaba al general Las Heras para que entrase en negociaciones con el jefe militar de los realistas en el Alto Perú. «El gobierno de Buenos Aires, dice Rivadavia en el oficio que el 7 de julio dirigió al gobierno del Perú, sin embargo de que está bastante penetrado de que S. E. el presidente del Perú advertirá lo que en tales respetos le incumbe, movido por las mismas consideraciones que le ha expresado al terminar el párrafo anterior, se toma la libertad de rogarle quiera desde luego nombrar y autorizar por su parte un plenipotenciario que vaya a Europa de acuerdo con el de la república de Chile a quien también se invita con esta fecha y con el de las Provincias del Río de la Plata que marchará brevemente a fin de arribar a la celebración del tratado definitivo de paz y de amistad con la especialidad que las circunstancias de cada Estado demanden después de mancomunarse en la base de la independencia general que el Estado de Buenos Aires ha fijado como condición *sine qua non* en toda negociación con España, sea de neutralidad, de paz o de comercio» (1).

Cuando Alzaga llegó a Lima los destinos del Perú ya estaban en manos del Libertador del Norte y comprendiendo él que un armisticio con las fuerzas realistas atrincheradas en la Sierra no podía menos que redundar en beneficio del plan de campaña que él exco-gitaba, ordenó que el marqués de Torre Tagle entablase negociaciones con La Serna. Torre Tagle comisionó al general Guido, pero excusándose éste por creer que un tal honor debía recaer sobre un

(1) PAZ SOLDÁN. *Historia del Perú Independiente*, t. II, pág. 223.

peruano, Torre Tagle designó para esta comisión al ministro de la Guerra, el general don Juan Berindoaga, pero esto al mismo tiempo que por carta privada, como así lo dice un historiador del Perú, se dirigía a Canterac con el objeto de celebrar con él un tratado y de excluir a Bolívar. Pero todas estas gestiones y tramoyas fracasaron fatalmente, como fracasaron por el lado de Rivadavia sus planes para atraerse a La Serna al armisticio pactado en Buenos Aires.

La Serna, como los demás generales realistas que lo circundaban, estaban aún embriagados con sus recientes triunfos de Torata y Moquegua, y con la preponderancia militar que en cierto sentido habían obtenido sobre una parte del ejército patriota, venciendo a Santa Cruz en Zepita. El brigadier don Baldomero Espartero, dícenos el historiador Torrente, fué encargado por La Serna para oír las proposiciones de Las Heras. Ambos jefes se reunieron en la ciudad de Salta y se separaron de allí convencidos de que la guerra no podía terminar con un acto de paz.

Tal es en síntesis el estado de opinión que caracterizaba a la política de Rivadavia cuando San Martín hizo su entrada en la patria de vuelta del Perú. Rivadavia, que había prestado oídos a los rumores circulantes sobre las intenciones, o más bien dicho, sobre las supuestas intenciones que en ese momento guiaban a San Martín, se puso en guardia, y en lugar de contemplar en él a un colaborador, creyó que se encontraba en frente de un rival. San Martín había ganado batallas; pero Rivadavia creía que el destino lo tenía reservado a él para ganar una batalla diplomática y que triunfando, como esperaba triunfar de los realistas con tales resortes, éstos depondrían las armas y se cerraría para siempre el ciclo épico de los libertadores.

No es de nuestra incumbencia el criticar aquí el sentimiento altruista y americano que en ese momento guiaba a Rivadavia; pero es del caso observar que ese sentimiento lo profesó y lo tradujo en actos el propio San Martín. Nos basta para esto recordar su conducta en el Perú. Nos basta hacer presente sus negociaciones de Miraflores, de Casablanca y de Punchauca. Nos basta recordar los móviles que lo llevaron a su encuentro con Bolívar, las instancias que antes como después de Guayaquil formulara en oficios dirigidos ya a La Serna como a Canterac, y nos basta finalmente observar su doctrina de guerra para convencernos que ésta no era en sus manos un fin, sino un medio.

Desgraciadamente, Rivadavia no comprendió, por ofuscación de las circunstancias, la grandeza moral de San Martín, y lo que él no vió, no vieron ni sospecharon tampoco sus satélites. De ahí la negativa de ese ministro y de sus colaboradores a las demandas que le formularan Luzuriaga, Gutiérrez de la Fuente, Blanco Encalada y Urdininea, quien en el orden de los sucesos aquí apuntados, fué el último en insistir para que una división argentina avanzase

sobre Oruro, al tiempo que Alvarado debía hacerlo sobre Moquegua.

El haberse Rivadavia resistido a ejecutar este plan, abrió el intersticio que San Martín quería cerrar y que le sirvió a Bolívar para llegar a Potosí, y de pie sobre su cerro famoso alzarse como un oráculo e implantar desde allí aquella hegemonía americana que concluyó con una mutilación argentina.

Con estos antecedentes, tenemos, por decirlo así, la clave que nos explica la razón de la permanencia de San Martín en Mendoza. En parte deseaba él asistir desde allí al desenlace del drama peruano, y en parte igualmente quería substraerse a la maledicencia que lo señalaba con vistas sobre Buenos Aires a fin de destruir el poder existente y entronizarse él. «La tranquilidad de que goza actualmente la República Argentina, escribe por ese entonces a su gobierno un marino francés, podría turbarse a causa del regreso de Chile del general San Martín ocurrido últimamente pero sin tropas; este general goza siempre de una gran popularidad y es temido del gobierno». Y luego llevado de su fantasía o de los falsos informes que le transmitieron: «Fácilmente podría fomentar una revolución si Martín Rodríguez no le hiciera observar de cerca a fin de aprovecharse de la primera tentativa contra el gobierno para arrestarle y hacerle juzgar por una corte marcial» (1).

Si hay exageración en este informe, hay una cosa evidente y que no se puede negar y lo es ésta: que en torno del Libertador argentino se había establecido un espionaje y que este espionaje llegaba hasta la violación de su correspondencia.

«A mi regreso del Perú, escribiría pocos años más tarde San Martín en carta a Vicente Chilavert, y no mi retirada, como dice *El Argos*, yo no trepidé en adoptar un plan que al mismo tiempo que lisonjeaba mi inclinación ponía a cubierto de toda duda mis deseos de gozar de una vida tranquila que diez años de revolución y guerra me hacían desear con anhelo. Consiguiente a él establecí mi cuartel general en mi chacra de Mendoza y para hacer más inexpugnable mi posición, corté toda comunicación excepto con mi familia. Yo me proponía en mi atrincheramiento dedicarme a los encantos de una vida agricultora y a la educación de mi hija; pero ¡vanas esperanzas! en medio de estos planes lisonjeros he aquí que

(1) En este mismo informe — su autor lo es el comandante de la *Esperon* y está datado en Brest el 3 de julio de 1823 — se dice: «Rivadavia, primer ministro, continúa dirigiendo con sabiduría la renta del Estado que se compone en su totalidad del producto de las aduanas. El orden está restablecido y el gobierno parece consolidarse. Rivadavia tiene ardiente deseo de que las potencias europeas lo reconozcan, pero yo no creo que él haga grandes sacrificios en favor de la que tomare la iniciativa. La igualdad de derechos establecidos sobre idénticas mercaderías importadas o exportadas bajo cualquier pabellón contribuye de una manera positiva al éxito de su comercio, y a su prosperidad para que se detenga a considerar un cambio de sistema. Sin embargo, en sus conversaciones con los comandantes de nuestros buques no oculta su gran deseo de que Francia reconozca a Buenos Aires y poder tratar él con hombres revestidos de un carácter oficial».

el espantoso *Centinela* principia a hostilizarme; sus carnívoras falanges se destacan y bloquean mi pacífico retiro. Entonces fué cuando se me manifestó una verdad que no había previsto, a saber: *que yo había figurado demasiado en la revolución* para que me dejasen vivir en tranquilidad. Conocí que mi posición era falsa y que a la guerra de pluma que se me hacía, yo no podía oponer otra que esta misma arma, para mí desconocida; en lucha tan desigual me decidí a abandonar mi fortificación y a adoptar otro sistema de operaciones» (1).

«Ignora usted por ventura, le dice a Guido, que en el año 23 por ceder a la instancia de mi esposa de venir a darle el último adiós resolví en mayo a venir a Buenos Aires. Se apostaron partidas en el camino para aprehenderme como a un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dió por un individuo de la misma administración. Y después de estos datos ¿no quiere usted que me ponga a cubierto yo, no por mi vida, porque la sé despreciar, pero sí de un ultraje que echaría un borrón sobre mi vida pública? Convenga usted, amigo, que la ambición es respectiva a la condición y posición en que se encuentran los hombres y que hay alcalde de aldea —el alcalde en este caso, según esta alusión, lo sería Rivadavia— que no se cree inferior a un Jorge IV».

El 20 de octubre de 1827 y desde Bruselas aborda de nuevo San Martín este tópico y comentándolo le dice a O'Higgins: «Confinado en mi hacienda de Mendoza y sin más relación que con algunos de los vecinos que venían a visitarme, nada de esto bastó para tranquilizar la desconfiada administración de Buenos Aires. Ella me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería, los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un soldado afortunado, etc. etc. En fin, yo vi claramente no era posible vivir tranquilo en mi patria ínterin la exaltación de las pasiones no se calmase y esta incertidumbre fué la que me decidió a partir a Europa» (2).

De estas declaraciones de San Martín dedúcese claramente que al retirarse del Perú su propósito no fué de trasladarse al extranjero, sino el de consagrarse a la vida privada quedando en su propia patria. Al llegar a Mendoza, encontró ahí que el sitio aquel era el que le convenía y el que más respondía a sus inclinaciones y a su carácter. Sabemos que en dos oportunidades, primero en febrero y después en mayo, intentó un viaje a Buenos Aires, ya con el propósito de responder a los llamados de su esposa que se encontraba enferma, ya acaso también con el intento de tomar otras providencias relacionadas con su nuevo destino. Pero obstaculizado en sus votos por las razones expuestas, cortó el nudo gordiano que presentaba su situación decidiéndose por el ostracismo. El 1º de

(1) SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 148.

(2) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 17.

octubre de 1823, su amigo don Tomás Guido, conocedor del estado de ánimo por que pasaba San Martín, deseoso de proporcionarle un consuelo y de acortar la distancia que lo separaba de Rivadavia, escribióle: «Mucho tiempo ha que conozco la situación crítica de usted, porque es el blanco en que van a estrellarse todos los intereses; acaso se habría evitado mucho si usted hubiese marchado a Buenos Aires luego que llegó a Cuyo porque yo no puedo creer que una entrevista de usted con Rivadavia dejase de disipar todas las nubes que levanta el calor de las pasiones y que se ven más negras a distancia: sin embargo mucho se avanzará para su sosiego si usted sigue a aquella capital; esto es con el designio de marchar a Europa.

«Si medito sobre lo que interesa a la tranquilidad personal de usted, no trepido en opinar que dos años en Europa le darían a gustar de un reposo que por mucho tiempo no será fácil hallar en América; pero sin poderme convencer aún que usted no exista para su patria, considero su ausencia como un gran mal atendido el del país y muy especialmente el del Perú» (1).

Cuando esta carta salía de la pluma de Guido, San Martín ya había resuelto su viaje a Buenos Aires. Su esposa, que se encontraba seriamente enferma, clamaba por él, y deseoso de responder a estos votos, como a los suyos propios, hizo de lado todo miramiento y se alejó de la capital de Cuyo, como lo veremos con oportunidad.

Pero antes de tomar esta medida, San Martín se dirigió al gobierno peruano, y solicitó de él la autorización del caso para ausentarse al extranjero. Es precisamente el 10 de agosto de 1823 cuando le dice a don Francisco Valdivieso, ministro de Estado en el Perú: «Ha llegado ayer el correo de Chile, bien que con mucho atraso por los temporales de la Cordillera, y no me trae contestación a las mías del 5 de abril, 7 de mayo y 11 de junio, en la que incluía las solicitudes para ese gobierno; dos de estas comunicaciones han marchado por el conducto del diputado de ese Estado en Chile y este señor me dice haberlas dirigido sin pérdida: va la adjunta por cuadruplicado y ruego a usted que sea la que fuere la contestación se me remita. Supongo a esta fecha al Libertador — alude a Bolívar — operando con los ejércitos; yo no dudo del éxito feliz; Dios lo dé y permita colme al Perú de cuantas felicidades son imaginables». Y luego: «Estoy con el sentimiento de que mi mujer quedaba a la salida del correo en la agonía. Si ella fallece me es tanto más urgente el despacho de mi solicitud cuanto pienso llevar a mi hija a que se eduque en un colegio en Inglaterra.

«No molestaría la atención de ese gobierno si mi situación me permitiese hacer mi marcha y permanecer en Europa sin el auxilio de mi pensión que al gobierno le será más fácil entregarla en Londres que en ésa». Concluye San Martín esta su carta pidiendo

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 477.

98h.c.

Montigneur



Votre Excellence voulant bien m'engager à lui indiquer par écrit le motif qui me faisait solliciter une audience particulière, je m'en presse de le lui exposer.

Monsieur de S. Martin (Joseph) mon frère; après s'être retiré depuis deux ans, des affaires publiques de l'Amérique meridionale, est venu en Europe dans l'intention de la visiter en amant des lettres et des arts; la France, et Paris, surtout appelant vivement son attention sous ce rapport; mon intention étoit de solliciter de votre Excellence les passeports nécessaires, pour qu'il pût venir se rendre dans cette Capitale, où il sera très heureux de goûter pour quelque temps, à l'abri de ces sages lois, les douceurs d'une vie privée. Permettez moi, Montigneur,

en consignat ici ma demande & vous prier de l'accueillir avec bonté, et de me transmettre la décision de votre Excellence.

Sais l'honneur d'être

Montigneur.

De votre Excellence; le très humble, et très obéissant serviteur

Le Colonel en retraite au service de S. M. C.

Justo de S. Martin.

Paris ce 11 Decembre 1824.

Rue Faisboul n° 30 (bis)

A. S. C. Montigneur le Comte de Corbière Ministre de l'Intérieur.

Carta de Justo de San Martín, dirigida a favor de su hermano José de San Martín, al conde de Corbière, ministro del Interior. París, 11 de diciembre de 1824. (Archivo de la Marina).

que se le remita por duplicado la resolución del gobierno y al mismo tiempo el pasaporte correspondiente ⁽¹⁾.

En su solicitud al gobierno peruano San Martín se expresaba en estos términos: «Don José de San Martín, generalísimo del Estado y Fundador de su Libertad, representa a V. E. suplicándole tenga a bien concederle licencia por tres años para viajar por Europa con el objeto de perfeccionarse en los conocimientos militares y que en algún tiempo pueden ser útiles a la República; que para verificarlo se sirva mandar que la pensión de nueve mil pesos que le señaló el soberano congreso se le satisfaga de los fondos que la República tenga en Inglaterra». El 16 de diciembre, recayó sobre esta petición la primera providencia tomada por el ministerio de Hacienda a cargo de Uríbe. Dispuso éste que ella pasase a los administradores del Tesoro público para que se le liquidase a San Martín el haber que tuviese devengado, y el 18 de diciembre declaróse por Unánime que no habiendo letras de tesorería sobre Londres para cubrir este haber, que hasta fin de año el Perú adeudaba a su generalísimo y al Fundador de su libertad, se expidiese por el ministerio de Hacienda la orden respectiva a fin de que se le entregase la suma de quince mil pesos en billetes sobre el Empréstito de Inglaterra.

El 24 de diciembre el presidente del Perú, el marqués de Torre Tagle, le escribía a San Martín: «Cuando V. E. después de haber fundado la libertad del Perú y establecido gloriosamente las autoridades del Perú ocurre al supremo gobierno por la licencia correspondiente para viajar a Europa por tres años, V. E. realza su mérito hasta el último punto manifestando, que si como General decidió con sus esfuerzos la suerte de un vasto continente, como ciudadano es el primero que tributa el homenaje debido a la ordenanza y a la ley. V. E. puede marchar a Europa, por el tiempo que guste, pues el gobierno del Perú está muy satisfecho que en cualquier momento que sepa V. E. que peligra la suerte de la República, volará a su defensa con el interés que le inspira la conservación de su nombre y de su alta reputación. Mientras tanto, si el Perú siente que el Fundador de su libertad se aleja más de su territorio, se mitigan sus sentimientos, al considerar que en toda distancia trabajará por su prosperidad y engrandecimiento y que sus talentos militares y virtudes cívicas serán conocidas más de cerca y respetadas por altas e ilustradas potencias» ⁽²⁾..

Pero antes de proseguir en esta narración, y de ver cómo y cuándo se desprende San Martín de Mendoza para dirigirse a Buenos Aires y de allí al barco que debía conducirlo a su ostracismo, hagamos un paréntesis y estudiemos a la luz de los documentos cuál era en ese entonces la fortuna que podía tener y efectivamente tenía San Martín. Recordemos para esto que en 1816, y estando él en Mendoza,

(1) PAZ SOLDÁN. *Historia del Perú Independiente*, t. II, pág. 134.

(2) *Ibidem*, t. II, pág. 136.

no ya como gobernador intendente sino consagrado por entero a la formación del ejército de los Andes, presentó una solicitud para que se le concediesen cincuenta cuadras de tierra en el paraje conocido con el nombre de Los Barriales. Esta solicitud fué debidamente acogida y se le hizo saber que en lugar de cincuenta se le otorgaban doscientas cuadras más, destinando estas cuadras supernumerarias a su hija Mercedes. San Martín se resistió a que se hiciese efectiva esta dádiva, pero el gobernador Luzuriaga y el cabildo quisieron triunfar de su modestia y triunfaron efectivamente, procediendo a extender el título respectivo a favor de doña Tomasa Mercedes de San Martín. Este todavía encontró un ardid para substraer a su hija al recibimiento de una largueza que al fin nunca llegó a formar parte de su patrimonio, y significó al gobierno de Mendoza que estas doscientas cuadras acordadas a su hija, en nombre de ella fuesen destinadas a los ciudadanos del ejército que más se hubiesen distinguido en la campaña de la independencia. El gobierno cerróse a este petitorio de San Martín y dejando en pie lo que ya había sido decretado facultólo para que él se reservase otra porción de cuadras a fin de repartirlas entre los beneméritos del ejército por quienes él tan justamente se interesaba.

Cuando San Martín se interesaba por esta adquisición, no tenía en cuenta ningún fin de lucro y sí tan sólo el de contar con un asilo a donde poder retirarse después de haber llenado sus deberes de soldado: «Es muy natural al hombre, decía él en ese entonces, prever la suerte que se propone pasar en la cansada época de su vejez. El estado de labrador es el que creo más análogo a mi genio y como un recurso y asilo a las inquietudes y trabajos de una vida toda ocupada al servicio de las armas.

«Mi fortuna menguada no me ha proporcionado jamás un fondo rural con qué contar para este estado a que aspiro, pero ni aun el fijarme a un territorio o provincia en que goce de tranquilidad. La de Cuyo es la que ha podido decidirme por el buen carácter de sus habitantes, para elegir un rincón de ella en que dedicarme a romper el campo, cultivarlo y formar mis delicias. Y por haber propendido yo mismo a que se fomenten, se pueblen y cultiven los que hay en inmenso espacio a la parte del norte del Retamo, les profeso una decidida inclinación.

«El corto número de cincuenta cuadras, dice a continuación, llena mi aspiración y deseos, mas no puedo contar con ellas si V. E. no me hace acreedor a que se me señalen por título de merced y gracia».

En su sentir el valor que se ha fijado a cada una de esas cuadras es de cuatro pesos, lo que representaría un total de doscientos pesos, pero él no los tiene y por carecer de esa suma no puede comprarlas. «La voluntaria cesión, declara él, de la mitad de mis sueldos me ha reducido a pasar una vida frugal y sin el menor ahorro para embolsar, ajustándome a una economía tan estrecha como la porción del sueldo con que contaba.

«Si V. S. cree que se me debe hacer merced del terreno mencionado podrá librar en mi favor el título de propiedad y sobre la marcha la posesión sometida a don José Herrera, vecino de Los Barriales a quien se le cometen por su pericia las que libra el gobierno en favor de los propietarios que concurren por compra» ⁽¹⁾.

Para evacuar esta diligencia se trasladaron a Los Barriales don José Cano, don Juan de Dios Míguez y don José Herrera, y tomaron posesión de las cincuenta cuadradas que solicitaba San Martín. Acto continuo el gobernador intendente don Toribio Luzuriaga extendió el título de propiedad y esto comprendiendo en él además las otras doscientas cuadradas que pasaban a ser propiedad de su hija. «En esta virtud, dice el documento que tenemos delante, el gobierno libra el presente título de seguridad, amparo y posesión que os pertenece a uno y otro interesado, bajo los linderos señalados en dichas tierras que deberéis gozar y disfrutar como legítima propiedad y sin otra dependencia. Y se declara que ninguna persona de calidad o condición que sea pueda en ningún tiempo inquietar ni perturbar vuestras posesiones, sin que primero seáis oídos, y por fuero y derecho vencido; pues para todo interpone este gobierno su autoridad y judicial decreto. Por lo cual os hemos mandado unidamente expedir este despacho firmado de mi mano, sellado con las armas de la patria y refrendado de mi escribano público y de Hacienda interino en esta ciudad de Mendoza en diez y ocho días del mes de diciembre de 1816» ⁽²⁾.

Además de esta propiedad rural y que fué en la que se recluyó San Martín al regresar del Perú, poseía él un terreno que compró con el propósito de edificarse su casa sobre la Alameda. Obligado por razones de la guerra a trasladarse a Chile y luego al Perú, la edificación no se llevó a cabo ni San Martín evidenció deseo alguno de realizar su proyecto.

En 1826, su apoderado peruano don Salvador Iglesias llegó a Mendoza y encontró que el sitio de la Alameda, como él decía, iba quedando en la calle, porque los adobes que formaban su cerco se desmoronaban. En vista de esto y comprendiendo que San Martín no volvería más a Mendoza aconsejóle que se deshiciese de ese terreno. «Esto no es más que prevenirle sobre sus intereses, le dice; yo aquí no me meto en cuidar lo de usted, porque repito no sé lo que usted tiene ordenado con respecto a esto, ni a qué sujetos». «En fin, concluye, usted dispondrá lo que guste» ⁽³⁾. San Martín dis-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 14.

(2) *Ibidem*, pág. 20.

(3) Según el testimonio de un cronista cuyano, don Conrado Céspedes, mientras San Martín permaneció en Mendoza antes de sus campañas de Chile y del Perú alojóse en una casa cuyos fondos confinaban con la que pertenecía a don Francisco Delgado y a su esposa doña María Josefa Alvarez de Delgado. Esta referencia recogióla el señor Céspedes del doctor don Melitón Arroyo y éste, a su vez, de la señora Dolores Delgado de Villanueva, hija de don Francisco Delgado y de Doña

puso conservar ese terreno y concluyó por pasarlo en herencia a su hija, la cual en 1871 lo vendió por la suma de dos mil pesos.

En los primeros meses de abril de 1819 intentó San Martín comprarles a los dominicanos de Mendoza un terreno. Cuando el superior de éstos enteróse del deseo de San Martín, se adelantó a hacerle saber — el terreno se encontraba a espaldas de una finca que pertenecía a don Miguel Galigniana y separado por una calle de los potreros que pertenecían a esos religiosos — que el consejo conventual accedía a su solicitud y que disponía que ese terreno se le otorgase en la forma que quisiese San Martín. Como éste no lo quería adquirir de otro modo que comprándolo, se le facultaba al mismo tiempo para que lo hiciese tasar, y tasado y extendida la escritura entrase en su posesión. Por razones que verá el lector, San Martín dejó en suspenso esta compra y creyendo el superior dominicano que por haberse llenado parte de aquellos requisitos, San Martín era su propietario, se dirigió a él con fecha 11 de diciembre, suplicándole en forma reverente se sirviese socorrerlos con su importe. En el acto, San Martín se resolvió a poner las cosas en su punto y desde San Vicente escribióle al superior del convento — lo era fray Manuel Moreira — diciéndole: «Con no poca sorpresa he recibido la apreciable nota de V. P. R. fecha de ayer solicitando el reintegro de los terrenos de la propiedad de ese convento que en abril del presente año me propuse comprarle. Es cierto que en marzo o en abril del presente año me propuse comprar unas ocho o diez cuadradas de tierra que de la propiedad de ese convento se hallaban en la falda de la Sierra: por medio, creo, de este señor gobernador quise hablar al antecesor de V. P. R., que lo era fray Juan Manuel Olmos. Este prelado y comunidad tuvo no sólo la bondad de prestarse a la venta, que por mi parte le proponía, sino que la generosidad se extendió hasta ofrecirme los citados terrenos por vía de regalía. Ni mi genio, ni la situación de mis intereses, no me permitieron aceptar esta generosa proposición, pues sólo quería la adquisición de los terrenos por su justo valor. Efectivamente se verificó la tasación a un precio sumamente cómodo y con ella y el boleto de venta me fué vendido por dicho Reverendo y otros. En estas circunstancias, habiendo sabido especialmente que entre esa respetable comunidad y el doctor don Miguel de Galigniana había pleitos o diferencias sobre los citados terrenos, desistí de la compra de ellos por no verme envuelto en pleitos que siempre he aborrecido, a cuyo fin remití un recado al Reverendo Olmos desistiéndome de la expresada compra y previniéndole no le remitía ni la tasación ni el boleto de compra por habérseme traspapelado estos documentos. Dos pruebas de esta aserción son: primera, la de que en mi vida he comprado una sola cosa sin que primero haya precedido su pago;

Josefa Alvarez y que había nacido en Mendoza en 1807. Esta casa fué destruída por el terremoto que destruyó a Mendoza en 1861.

segunda que a haberse verificado hubiera hecho extender por el escribano público la correspondiente escritura, lo que no se ha verificado. Lo expuesto manifiesta a V. P. R. que los terrenos en cuestión no son de mi propiedad y sí de la de ese convento, de los que puede hacer uso en el momento. Sin embargo de lo dicho, estoy pronto a satisfacer con mucho gusto el alquiler del tiempo que V. P. R. haya creído que los terrenos eran de mi propiedad, esperando me diga la cantidad para remitírsela» (1).

De más está decir que esta comunicación de San Martín sacó de la duda en que estaban a los reverendos dominicanos y que el superior de éstos se apresuró a hacerle saber que el convento había mirado con no poco pesar su contestación. «Conoce, dice, que ha consistido su equivocación en no haber llegado a su noticia el desistimiento que nos significa en su apreciable oficio, acaso por la omisión de mi antecesor, o por el deseo nada equívoco de complacerle. Nada más siente mi comunidad que el mirar por ahora inverificables nuestros generosos sentimientos y el que V. E. haya entendido somos capaces de incomodarle con nuestra súplica sin un principio que lo exigiese a virtud de nuestras urgencias».

En Buenos Aires, San Martín era en ese momento poseedor de una casa, que le fué obsequiada por el gobierno argentino en premio a su heroico comportamiento después de sus batallas libertadoras de Chacabuco y de Maipú. Para brindarle este obsequio, el director supremo del Estado Argentino, el general José Rondeau, se fijó en una finca que había pertenecido a la testamentaria de don Pedro Duval, que se encontraba ubicada en la plaza de la Victoria y que había sido rematada en venta pública o subasta por cuenta del Estado el 16 de enero de 1819. «Vengo en uso de las facultades, decía Rondeau en esas circunstancias, que me competen por el alto cargo que ejerzo y de las que me son conferidas al efecto por la soberanía de la Nación, en hacer como hago cesión de dicha casa al mencionado brigadier general don José de San Martín, sus hijos, herederos y sucesores para que la hayan, tengan, disfruten y posean como suya propia, y de su particular dominio; y a fin de que tenga en todos tiempos un documento cierto, fidedigno e irrevocable de esta cesión, he mandado librar el presente firmado de mi mano, sellado con las armas del Estado, y refrendado del infrascrito secretario de Hacienda. El que después de tomada razón en los registros públicos del Excmo. Ayuntamiento, tribunal de cuentas y cajas generales se le entregará original quedando copia certificada en secretaría» (2).

Cumplió así el director Rondeau con un voto del congreso — en sesión del 11 de mayo de dicho año, había resuelto éste adjudicarle una de las fincas del Estado — pero como en el momento de hacérsele entrega la finca en cuestión no se hallaba en estado de ser

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 141.

(2) *Ibidem*, pág. 131.

habitada, se le encargó al juez especial de bienes extraños su refacción. Esto se le hizo saber a San Martín el 16 de agosto, pero se le hizo saber igualmente que si bien, por las circunstancias políticas por que atravesaba el país, no fuera posible continuar esa refacción, el Estado quedaba siempre obligado a hacerla o a abonar la suma que ella demandase para que la casa quedase habitable. El padre político de San Martín, el señor Escalada, encargóse de llevar a cabo estas reparaciones. Los disturbios políticos del año 20 entorpecieron sus trabajos y esto hasta tal punto, que en septiembre de 1821, declaraba el propio Escalada, que a pesar de haberse acordado diez mil pesos para su reparación el abandono en que se tenía esa finca permitió que se robasen sus puertas interiores, sus ventanas, sus rejas, sus balcones y hasta sus tirantes, «de modo que quedó la casa, se puede decir, por los suelos». «La puerta de la calle, agrega, estaba hecha pedazos, faltaba su llave y todo esto me movió a reducir a Remedios que se apoderase por sí de ella». Fué, como se ve, la esposa de San Martín, y no éste quien tomó posesión de dicha finca y esto antes de haberse efectuado su reparación y ofreciendo ella un aspecto de ruina.

Por lo que se refiere a Chile, diremos que San Martín fué allí propietario de una chacra que en premio a sus servicios por la independencia de aquel país le obsequió el Estado de Chile. Destinóse para esto la chacra que había pertenecido a un español de nombre Beltrán y que había abandonado el país a impulso de sus sentimientos realistas. Cuando se hizo efectiva esta donación, el cabildo de Santiago rubricó por medio de sus representantes este documento: «En cuya conformidad y en uso de la facultad que es conferida al ilustre cuerpo del dominio y propiedad de la finca chacra que fué del fugado Beltrán, otorga y conoce por el tenor de la presente carta que hace gracia y donación pura, perfecta, acabada e irrevocable que el derecho llama intervivos, partes presentes, con las insinuaciones y renunciaciones de leyes necesarias en favor del Excmo. señor general en jefe don José de San Martín para su Excelencia, y quien su derecho representare, o sus herederos y sucesores, o quien de él o de ellos hubiere título, causa o razón legítima: es a saber la referida chacra que está situada en la doctrina de Nuñoa, con todas las tierras que en sí comprende bajo de sus deslindes y rezan sus títulos con todo lo edificado, viñas, arboledas, y cuanto más corresponda, según y como la poseyó el referido Beltrán» (1).

San Martín entró en posesión de este bien en julio de 1817 y desde su cuartel general de Santiago se dirigió al cabildo de Mendoza, haciéndole saber que habiendo sido agraciado por el cabildo de Santiago con una finca en recompensa de sus «pequeñas y debidas fatigas por la libertad de Chile», deseando él aliviar las de

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 113.

ese heroico pueblo de Mendoza, asignaba la tercera parte de sus productos para el fomento del hospital de mujeres que allí existía y dotación de un vacunador, «que corriendo la provincia la liberte de los estragos de la viruela». «Aún no se sabe, escribe, a qué cantidad ascienden sus frutos. Tendré la satisfacción de avisarlo a V. S. oportunamente como ahora me lisonjeo de anticiparle los sentimientos de mi gratitud por su eficaz concurso y nobles sacrificios para la expulsión de los tiranos de América».

Por lo que se refiere al Perú, San Martín se retiró de ahí sin título de propiedad alguna. Esto sin embargo, podemos afirmar que tuvo dos residencias favoritas, que lo eran la de Jesús María y la de la Magdalena. Una vez evacuada por La Serna la ciudad de Lima, se puso a su disposición el palacio de los virreyes. Era ésta una residencia suntuosa; pero guiado de sus gustos San Martín prefirió habitar fuera de la capital, y lo hizo indistintamente en una y en otra finca. Jesús María lo formaba un departamento sito en el valle de Ate, dependiente de la provincia de Lima. Cercano a Lima igualmente, se encontraba el departamento de la Magdalena, que figura en los documentos de la época con el nombre de Pueblo Libre. Al parecer, la residencia preferida por San Martín, fué la de la Magdalena. De allí partió para entrevistarse con Bolívar, y de allí partió igualmente cuando resolvió alejarse del Perú dejando establecido en Lima el congreso general.

Presumimos — aun cuando sobre esto nada nos dicen los documentos — que antes de abandonar el Perú San Martín intentó entrar en posesión jurídica de este bien y que cuando se alejó de allí, el 20 de setiembre de 1822, estaban pendientes estos trámites.

Cuando O'Higgins, después de su abdicación al mando supremo de Chile, decidió trasladarse al Perú para vivir allí su ostracismo, fijó sus ojos en esta finca en que había residido San Martín. El ilustre proscrito tuvo que desistir de su intento, pues al llegar a ella encontróse con que el enemigo, es decir, los españoles, la habían dejado sin puertas ni ventanas, y según la expresión del mismo «muy maltratada».

Por su parte, por esos días Guido le escribe sobre esto a San Martín. «Yo contaba con que la casa de la Magdalena habría sido para esta digna familia un cuerpo de reserva — alude a una familia devota de San Martín que con motivo de la entrada de Canterac en Lima había emigrado al Callao — para hacer frente a los contrastes de la revolución, pero veo en el día algunas dificultades que no previne porque nacen de las mismas órdenes dadas por usted a Iglesias.

«Consiguiendo a la recomendación con que usted dejó a mi tía la chacra, se dió el paso de que he informado a usted de consultar al gobierno la propiedad de la finca, para que en caso de que se considerase del general San Martín, se expidiesen los títulos. Riva Agüero pasó al congreso este asunto con la más esforzada recomen-

dación, mediando para que la resolución no se ciñese a la finca solamente. El congreso nombró a una comisión para que prestase dictamen y en este estado se aproximaron los enemigos y todo quedó suspenso.

«Pensaba agitar la decisión cuando ha vuelto Iglesias con la orden de entregar la casa al gobierno y nos vemos en la perplejidad de acertar con lo que será más útil y decente sin contrariar en nada la voluntad de usted; en fin, ésta se llenará siempre lo mejor posible» (1).

Tales eran, en realidad de verdad, los bienes que integraban el haber de San Martín cuando, después de diez años de una vida afanosa por la libertad del Continente, se acercaba a su patria para de allí emprender el camino de su exilio.

Si hacemos el balance de lo que se supone ser su patrimonio, veremos que este patrimonio era más aparente que real. La chacra de Mendoza le servía de solar ciertamente, pero nada le redituaba y, como pronto lo veremos, sirvióle para hacer el bien a otros abriendo su magnánimo corazón.

Por lo que se refiere a la de Chile, desde que ella entró en su posesión, parte de su renta destinóla a una obra de caridad y andando el tiempo San Martín no pudo tampoco darse esta satisfacción. Sabemos, por lo que ya se dijo en su capítulo respectivo, que el administrador de esta chacra lo era el padre Juan Antonio Bauzá, su capellán. Este vióse en serias dificultades con sus arrendatarios y hasta tal punto que en una de sus comunicaciones le dice a San Martín: «Antes de proceder al arriendo de la chacra, hice que dos sujetos inteligentes la reconociesen así en sus potreros como en sus viñas y demás obrajes. Ambos convinieron en que se podía pedir dos mil pesos; mas es de advertir que no contaron con el pastaje de doce caballos para V. E. y las condiciones que ya expresaré». «Es preciso, agrega más adelante, que V. E. entienda que las viñas estaban en un estado de no serlo jamás y los potreros talados hasta el extremo. A todo he puesto remedio con sagacidad, no teniendo poco que tolerar para persuadirlos que esta chacra es para subvenir otras necesidades más privilegiadas».

Hablando del sujeto a quien le ha arrendado esta chacra, dice Bauzá: «Yo sé que él pondrá la chacra como un vergel y también sé que tiene que entrar gastando un puñado de pesos. La chacra en nuestro poder nada ha de dar, pues las consideraciones cada día aumentan. El arrendatario es un poco tachado de godo, aunque me consta que sólo por nombre, reconocido al ex administrador Manzo, quien lo hizo gente» (2).

Por lo que se refiere a la casa de Buenos Aires fué ésta una finca que San Martín no habitó, al menos por largo tiempo. La casa de

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 470.

(2) *Ibíd.*, t. IX, pág. 70.

la Magdalena nunca figuró en su haber, y en cuanto al terreno que tenía en Mendoza, quedó éste sin edificar, pasando más tarde en herencia a su hija.

Estamos, como se ve, en presencia de un hombre que si es rico en gloria, no lo es en numerario. Sólo la maledicencia pudo decir lo contrario, y detractores, como así lo era don Miguel Carrera, afirmar que el héroe de Chacabuco y de Maipú vivía como un parásito del tesoro chileno.

Semejante especie o calumnia obligó a San Martín en el mes de marzo de 1827 a dirigirse al gobierno de ese Estado para que informase si era cierto o no que por vía de compensación había recibido él la suma de quinientos mil pesos. La luz no tardó en hacerse y oficialmente se declaró: «El señor general en jefe don José de San Martín no ha librado ni podido librar contra aquélla — se hace alusión a la tesorería de Estado — cantidad alguna. Los sueldos y gastos del ejército se han girado por las respectivas comisarías de guerra».

Simultáneamente, don Bernardo O'Higgins le decía: «No es de extrañar que V. E. en razón de sus distinguidos servicios, de su noble desinterés, de su moderación y virtudes, sea el blanco de los tiros de los facciosos, de los enemigos de la causa y de los envidiosos; pero estas miserables arterías no merecen sino el más alto desprecio. La voz de los hombres sensatos, la de los patriotas beneméritos, la del gobierno mismo se levantaría inmediatamente para vindicar a V. E. de tan groseros ataques si la opinión pública no estuviese tan fijada sobre la justicia que es debida al mérito de V. E.».

«Puede V. E. descansar, le dicen por su parte los cabildantes mendocinos, en el eficaz empeño que ejercerá esta municipalidad en esclarecer y patentizar la negra imputación indicada a fin de vindicarlo cuanto antes de un modo público de la atroz injuria que se le ha inferido» (1).

Contestando a las calumnias de Carrera, declaró San Martín: «Me avergüenzo al contestar sobre los cuatro mil pesos que el señor don José Miguel dice percibo de sus fincas o estados. Yo no tengo más finca en Chile que la chacra llamada antiguamente de Beltrán, la que me regaló el gobierno de aquel Estado como una aprobación de mis cortos servicios y cuyos réditos de dicha finca están empleados de modo que no lo haría mi acusador; el que contribuyó de algún modo a la libertad de Chile, pudo a su entrada en él haber formado un capital de doscientos mil pesos pero mis sentimientos distan de los de mi acusador» (2).

Todo esto demuéstranos que San Martín se preparaba para alejarse de su patria siendo casi un pobre de solemnidad. Sus propios haberes de brigadier de la República Argentina y de capitán del

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 148.

(2) *Ibidem*, t. III, pág. 653.

ejército de los Andes no le fueron regulados, y esto porque como lo diría en un documento que transcribiremos más tarde, el gobierno que existía en Buenos Aires le era notoriamente hostil.

Es de oportunidad el recordar en este momento que estando en Lima, don Tomás Guido le hizo presente un día a San Martín lo grato que le sería a él el poder llegar a ser propietario en Mendoza. San Martín guardó este voto como cosa secreta en su corazón y al encontrarse de nuevo en la capital de Cuyo, por propia iniciativa dispuso un día comprarle unas sesenta cuabras ya labradas, lo que se apresuró a poner en su comunicación oportunamente. «Este aviso ha llegado, le escribe Guido desde Chorrillos el 7 de abril de 1823, cuando yo pensaba buscar quien se hiciera cargo de comprarme y cuidar cien cuabras de terreno en Mendoza, de suerte que si al recibo de esta carta no hubiese usted adjudicado ya las dichas sesenta cuabras, le agradecería infinito me las transmitiese librando su importe contra don O. Lilyewalk, en Santiago de Chile, a quien con esta fecha prevengo cubra la letra de usted sobre el particular.

«Usted conoce que por ahora no puedo hacerme cargo del terreno a pesar de que pienso pasar pronto por él, y al favor anterior dese-earía agregase usted el de contratar su labranza y entretenimiento por algún individuo tomado bajo las condiciones que a usted acomodan, en la inteligencia de que sean cuales fueren suscriptas por usted o por su apoderado, responderé de ellas.

«La idea de que tengo hijos, de que pertenezco a la revolución, y de que estoy cansado de incertidumbres, son los títulos que interpongo para empeñar a usted unidos a los de la amistad» (1).

El 17 de agosto Guido le vuelve a escribir a San Martín y le hace presente que sus deseos no exceden a los suyos propios en lo relativo al verse cuanto antes gozando de la tranquilidad de la vida rural, pero que no puede todavía prescindir de los asuntos públicos por encontrarse el país amenazado de sus enemigos. «Agradezco a usted cordialmente, le dice, la compra que ha practicado de las cien cuabras de terreno para mí. Más ha de un mes que tuve contestación de don O. Lilyewalk, en Santiago de Chile, avisándome estar pronto a cubrir la letra que usted girase por el valor de aquellas tierras. Resta solamente que usted tenga la bondad de proporcionar los medios de labrarlas y de echar las bases de un establecimiento mediano, avisándome o librando su importe, hasta que abierta la Cordillera pueda yo dar un salto a visitar mis estados» (2).

Pero San Martín no intervenía en este asunto o no había tomado iniciativa alguna en carácter de negociador. Recordemos al lector que el cabildo de Mendoza, sabiendo que si pedía tierras para sí, pedíalas igualmente para recompensar a los beneméritos de la patria, resolvió el 3 de noviembre de 1816 separar en Los Barriales

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 466.

(2) *Ibíd.*, pág. 470.

doscientas cuadras que no eran las acordadas a su hija para que con ellas se premiase a los jefes que pronto se iban a distinguir en la próxima campaña, y que este legado lo puso bajo el amparo posesorio de San Martín como así lo dice un documento.

Haciendo uso, pues, de un derecho que aquel cabildo le acordara, San Martín seleccionó treinta cuadras y las brindó al hombre que había sido su compañero en la campaña libertadora del Perú, después de haber sido su inteligente colaborador en la reconquista de Chile.

Con tal motivo, el 29 de julio de 1823 se presentó ante el escribano Moreno y declaró que por el mucho afecto que le profesaba al general de brigada don Tomás Guido y en testimonio de la buena armonía con que se había conducido en todo el tiempo en que había sido compañero de armas, deseoso en algún modo de manifestarle el buen afecto que le profesaba «de su libre y espontánea voluntad, sin apremio, dolo ni fuerza alguna, cierto y sabedor de lo que en este caso le pertenece, otorga en la forma que mejor haya lugar en derecho que hace gracia y donación pura, mera, perfecta e irrevocable, de lo que el derecho llama intervivos y partes presentes, al referido don Tomás Guido, sus descendientes y sucesores de cincuenta cuadras de tierra de la propiedad del otorgante, las que están en la villa nueva de San Martín con todas sus entradas y salidas, aguas, usos, costumbres, derechos y servidumbres» (1).

Ignoramos si Guido entró o no en posesión de este bien, pero el haberlo realizado o no en nada disminuye el valor simbólico de este acto en que entran por igual el sentimiento solidario, la amistad y la gratitud.

Antes de abandonar Lima, San Martín, deseoso de recompensar los servicios que le había prestado un criado meritorio, le había hecho ya donación de una parcela de tierra en su chacra de Mendoza; pero al poco tiempo de llegar aquí, comenzó a recibir informes de su apoderado el señor Iglesias relativos a este criado que lo era Pedro Cabrera. Estos informes nada honrosos para éste obligaron a rectificar su decisión y ante escribano el 1º de 1825 revocó esta donación. Con tal motivo declaró ante aquel escribano — lo era el señor José Manuel Pacheco —, que habiendo observado la buena comportación que al parecer guardaba su sirviente Pedro Cabrera en la ciudad de Lima, a fin de estimularlo más a ella, le hizo un documento de donación del molino de la propiedad de S. E. y que ubica en el paraje de Los Barriales, de esta ciudad, bajo la condición que, por espacio del año, había de cuidar con la mayor hombría de bien del manejo de una casa que S. E. tiene en Lima, la que en realidad le entregó aderezada y dejó a su cuidado; pero que siendo avisado desde la misma ciudad, con toda certidumbre, que el expresado Cabrera, en vez de agradecer el beneficio insinua-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 161.

do, no sólo no lo ha hecho, sino que olvidado enteramente de todo y de la condición arriba expresada, ha mudado de comportamiento entregándose a toda clase de vicios, como son el de la embriaguez, amancebamiento y otros y que, en lugar de cuidar y atender la casa que le quedó encargada, ha dilapidado varias especies de intereses que en ella se hallaban, faltando notoriamente a la integridad que debía observar en su manejo en esta atención, para que no quede impune su procedimiento tan desarreglado, y respecto a no hallarse cumplidas las condiciones pactadas y expuestas en el citado documento de donación, usando de las facultades que por ley le corresponden, otorga que revoca e invalida por las insinuadas causas la referida donación y da por cancelada la escritura que formalizó de ella, desde el punto que el donatario faltó al cumplimiento de sus deberes y se manifestó desconocido e ingrato» (1).

Cuando San Martín tomaba estas providencias y demostraba con tal conducta que si era apreciador del mérito era igualmente juez severísimo para los que se hacían indignos de su estima, su esposa, doña Remedios Escalada, se acercaba aceleradamente a la muerte. Pero antes de apuntar este desenlace, y en homenaje a la esposa del héroe, digamos que sus desposorios con la que entonces era todavía una joven doncella, tuvieron lugar en Buenos Aires el 12 de noviembre de 1812. Este acto litúrgico se celebró con toda pompa en la iglesia catedral de la metrópoli de la revolución, y fueron testigos en la referida ceremonia, entre otros, don Carlos Aivear y su esposa doña María del Carmen Quintanilla, como don Fermín Navarro y doña Juana Gutiérrez. La ceremonia religiosa estuvo a cargo del presbítero el doctor don José Chorroarín.

A los pocos meses de contraído su enlace, San Martín pudo colocar sobre su lecho nupcial su primer laurel. La victoria sobre los españoles en San Lorenzo lo convirtió en el héroe del día. La patria comprendió así que ella era poseedora de un genio militar por excelencia, y fué entonces que lo designó para reemplazar a Belgrano en el ejército del norte.

De Tucumán, San Martín pasó a Córdoba, y finalmente a Mendoza, y estando allí, doña Remedios Escalada de San Martín se alejó de la capital argentina y se trasladó a la capital de Cuyo, al lado de su esposo.

Desde su llegada a esta capital, la joven esposa se conquistó las mejores simpatías de aquella sociedad. La crónica nos la presenta figurando entre las damas las más entusiastas por la libertad de la patria, y además brindando a San Martín, o sea a su esposo, las joyas con que aquellas damas quisieron colaborar a la campaña económica iniciada por San Martín en pro de su ejército libertador.

Estando en Mendoza quiso el cielo que allí naciese el primero y el último de los vástagos que debía consagrar esta unión y el

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 159.

24 de agosto la esposa de San Martín dió a luz una niña que fué llevada a la pila bautismal días más tarde. Esta ceremonia efectuóse el 31 de agosto de 1816. Ella estuvo a cargo del vicario general castrense el doctor don Lorenzo Guiraldes y la niña que recibió el nombre de Mercedes Tomasa tuvo como padrinos al sargento mayor del Ejército de los Andes don José Antonio Alvarez Condarco, y a la señora doña Josefa Alvarez. Pero pocos meses más tarde, San Martín se decidió por emprender la campaña libertadora de Chile y; no pudiendo llevar consigo ni a la esposa ni a la hija, dispuso que ambas retornasen a Buenos Aires, como así lo dice este documento: «Mi esposa doña Remedios de Escalada, escribe él desde allí con fecha 24 de enero de 1817 a su gobierno, debe ir al seno de su familia en esa capital durante mis operaciones militares en Chile. La pongo bajo el auspicio poderoso del supremo gobierno y para subvenir a sus dietas espero se digne V. E. ordenar que esa tesorería general le abone desde esa fecha la cantidad de ochenta pesos mensuales y que esta asignación se comuniqué a la comisaría de este ejército para que de mi sueldo se haga el descuento respectivo» (1).

¿Hasta cuándo permaneció la esposa de San Martín en la capital argentina? A nuestro entender la señora Remedios Escalada de San Martín quedóse en Buenos Aires todo el resto del año de 1817, y sólo volvió a Mendoza cuando San Martín resolvió instalarse allí después de Maipú y mientras gestionaba aquel empréstito libertador que ya conocemos y que le era indispensable para llevar a cabo su expedición al Perú.

De todos modos, podemos decir que en 1818 su esposa estaba a su lado, y que antes de lanzarse a cruzar nuevamente la Cordillera dictó a su favor lo que podemos considerar como el primer testamento de San Martín. He aquí cómo San Martín en un documento hasta ahora inédito da a conocer sus voluntades: «En la ciudad de Mendoza, en veintitrés días del mes de octubre de 1818: el Excmo. señor don José de San Martín, capitán general y en jefe del ejército de los Andes, residente al presente en ésta dijo que estando de próxima partida para la capital de Santiago de Chile y deseando hacer una declaración con fuerzas de última voluntad en virtud de los privilegios que le franquean las leyes civiles, militares y otras superiores resoluciones, para que se tenga en la clase de disposición testamentaria para que en el caso que Su Excelencia fallezca, a que estamos expuestos por nuestra naturaleza, previos los demás

(1) *Archivo de la Nación Argentina. Ejército de los Andes, carpeta nº 16.* — Sobre esta nota de San Martín recayó la siguiente providencia: «Enterado y librese las órdenes a la secretaría de Hacienda. — *Terrada*».

Más tarde, con fecha 24 de agosto de 1818, San Martín solicitó del supremo gobierno que la pensión de seiscientos pesos anuales acordados a su hija sobre los fondos del Estado, por encontrarse aquélla en Mendoza, la dicha pensión le fuese pagada por la caja de esta provincia. El gobierno accedió a su pedido e impartió las órdenes para que así se hiciese.

requisitos legales que da aquí por insertos y comprendidos, dispone y es de su voluntad dar y conferir en primer lugar a su esposa, doña Remedios Escalada de San Martín, un poder amplio y tan bastante como se requiera y sea necesario para que perciba y se haga cargo de todos los bienes que tiene y posee su Excelencia, así en ésta como en cualquier otra parte disponiendo de ellos y administrándolos como le parezca, libre y francamente y que pueda practicar para las diligencias que se le ocurran en ausencia de S. E. por sí y sin intervención ni permiso de juez ni autoridad alguna. Que en el caso de que fallezca, S. E. determina que las armas de su uso se repartan entre sus hermanos políticos, que la librería que actualmente posee y ha comprado con el fin de que se establezca y forme en esta capital una biblioteca, quede destinada a dicho fin, y se lleve a puro y debido efecto su pensamiento. Instituye por su heredera a doña Mercedes de San Martín y Escalada, su hija legítima, y de su esposa la antedicha señora doña Remedios Escalada y a los demás descendientes de su legítimo matrimonio que tuviese al tiempo de su fallecimiento, nombrando como nombra, a la expresada señora esposa, de su albacea testamentario, tutora y curadora de su dicha hija. Quedando todo lo demás como queda expuesto a la disposición de dicha señora su esposa. Y así lo otorga y firma S. E. hallándose presentes los señores coroneles mayores don Toribio de Luzuriaga, gobernador intendente, don Hilarión de la Quintana y el capitán de artillería don Luis Beltrán. — *José de San Martín*; ante mí: *Cristóbal Barcala*, escribano de cabildo y gobierno» (1).

Pensamos que los votos de San Martín en ese entonces y antes de extender este documento eran o habían sido los de no separarse de su esposa, y de llevarla consigo a Chile en donde, a no dudarlo, contaba de antemano con una grata acogida por parte de la sociedad de Santiago. Desgraciadamente los síntomas de una traidora enfermedad habían comenzado ya a hacer su aparición, y en este caso prefirió San Martín partir sin su esposa que llevándola expo-

(1) El 10 de octubre de 1818, la señora Remedios Escalada de San Martín se presentó en Mendoza ante el escribano Cristóbal Barcala y extendió un poder en favor de su señora madre para que ésta la representase como madrina en el bautizo del futuro vástago que en aquella ciudad esperaban don Francisco Javier Igarzábal y su esposa Angela Casteli. Declara en esas circunstancias que al salir de Buenos Aires para Mendoza, había empeñado su palabra en este sentido, pero que dada la gran distancia que mediaba entre aquella capital y Mendoza no le era posible concurrir personalmente a tan noble acto, pero que deseosa de unirse íntimamente por medio de un parentesco espiritual con aquellas personas había resuelto conferir un poder especial a favor de la señora doña Tomasa Quintana de Escalada, para que en su nombre y representación «fuese madrina de agua y óleo del niño o niña que diese o haya dado a luz la referida doña Angela Casteli, practicando en virtud de estas facultades todas aquellas ceremonias que se siguieren a la celebración de aquel solemne sacramento». Firmaron este poder como testigos los señores coroneles mayores don Toribio de Luzuriaga, gobernador intendente, y don Hilarión de la Quintana, rubricándolo al mismo tiempo la otorgante y su esposo don José de San Martín. — *Archivo de la Nación Argentina*.

nerla a las contingencias de un duro y fatigoso viaje. Es así como determinó que ella y su hija partiesen para Buenos Aires y cuando tomó tal resolución con fecha de 23 de febrero de 1819 escribióle a O'Higgins: «Remedios me encarga mil cosas para mi señora su madre y hermana y pienso que marche para Buenos Aires en el momento que las montoneras lo permitan, pues está visto que si continúa en este país va a ser su sepultura» (1).

Como San Martín lo había dispuesto, su esposa no tardó en ponerse en viaje en compañía de su hija. Esta circunstancia la apunta San Martín en carta a don Bernardo O'Higgins, a quien con fecha 9 de abril de 1819 le dice: «Creo que Remedios habrá llegado a Buenos Aires felizmente, pues me escribe desde la *Reducción*, en cuya carta me encarga mil cosas para mi señora su madre y hermana». Y el 30 de ese mismo mes: «Remedios marchó para Buenos Aires, pues el temperamento de este país no le probaba; aquí me tiene usted hecho un viudo con sólo la compañía de Hilarión y Plaza, los que saludan a usted como igualmente Luzuriaga» (2).

Pero para que su esposa pudiese hacer su viaje de Mendoza a Buenos Aires en condiciones de absoluta seguridad — en aquellos tiempos y en aquellos lugares los malones de indios o de montoneras estaban a la orden del día — dispuso San Martín que la acompañase una escolta y escribió al mismo tiempo al general Belgrano para que éste le deparase sus auxilios. Gracias a estas providencias, el viaje lo hizo, como lo declara San Martín, con felicidad y el 12 de abril de 1819 Belgrano que se encontraba en el Rosario se dirigió a él en estos términos: «Compañero y amigo muy querido. Incluyo el adjunto pliego del gobierno que acaba de llegar a mis manos. Estamos en la continuación del convenio del armisticio y hoy quedará más afianzado según espero; daré a usted el aviso y noticia oportuna. La señorita Remedios con la preciosa y viva Mercedes pasó de aquí felizmente y, según me dice el conductor del pliego, había seguido bien hasta Buenos Aires. Dios nos dé acierto y quiera que logremos la concordia tan deseada» (3).

Por lo que nos refiere el general Paz, sabemos que cuando Belgrano fué notificado del viaje de la esposa de San Martín, despachó en su auxilio una escolta de cuarenta hombres a cargo de su sobrino el capitán Pedro Calderón. No sabemos en qué punto esta escolta alcanzo a la esposa de San Martín, pero sabemos por lo que nos dice aquél que esta escolta, como la esposa del Libertador, pernoctaron en el paraje conocido con el nombre de «Desmochado»

(1) VICUÑA MACKENNA. *Relaciones Históricas*, pág. 678.

(2) *Ibidem*, pág. 682.

A propósito de la esposa de San Martín, encontramos en otra carta de éste a O'Higgins — carta del 13 de octubre de 1818 — la siguiente referencia: «Remedios me encarga diga a usted cuan reconocida se halla por sus recuerdos; ésta se halla en cama consecuente a un aborto que ha tenido ayer: yo creo escribe a mi señora doña Rosita dándole las gracias por la fineza remitida a la Mercedes».

(3) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 23.

y esto en momentos en que una división de indios y de santafesinos se acercaban a aquel paraje. Calderón procuró fortificarse lo mejor que pudo y le dió avisos inmediatos al general. En el acto, éste despachó al capitán Paz, quien sin dificultad alguna y a pesar de encontrarse en el camino y en lugar cercano al «Desmochado» con un campamento de trescientos montoneros, pudo llegar a ponerse en contacto con Calderón y conocer así a la esposa de San Martín. «La señora del general San Martín, dice Paz después de exponernos estas incidencias, pudo seguir con seguridad su camino; yo regresé con ella y antes de medio día estuvimos en nuestro ejército. Al siguiente día siguió dicha señora para Buenos Aires, sin la menor novedad».

El viaje de la esposa de San Martín no dejó de suscitar los más caprichosos comentarios. Al decir de Paz, algunos de los jefes del ejército en que él se encontraba militando, llegaron a sospechar que San Martín estuviese en inteligencia con los montoneros, pues no podían creer que, de no ser así, hubiese expuesto a su esposa a efectuar un camino tan erizado de peligros. «Venía a dar cierto viso de probabilidad a esta sospecha la aversión que siempre había mostrado dicho general a desenvainar su espada en la guerra civil, como después lo ha cumplido religiosamente. Sin embargo estoy persuadido de que nada de esto hubo, y que el viaje de su esposa nada tuvo de común con la política» (1).

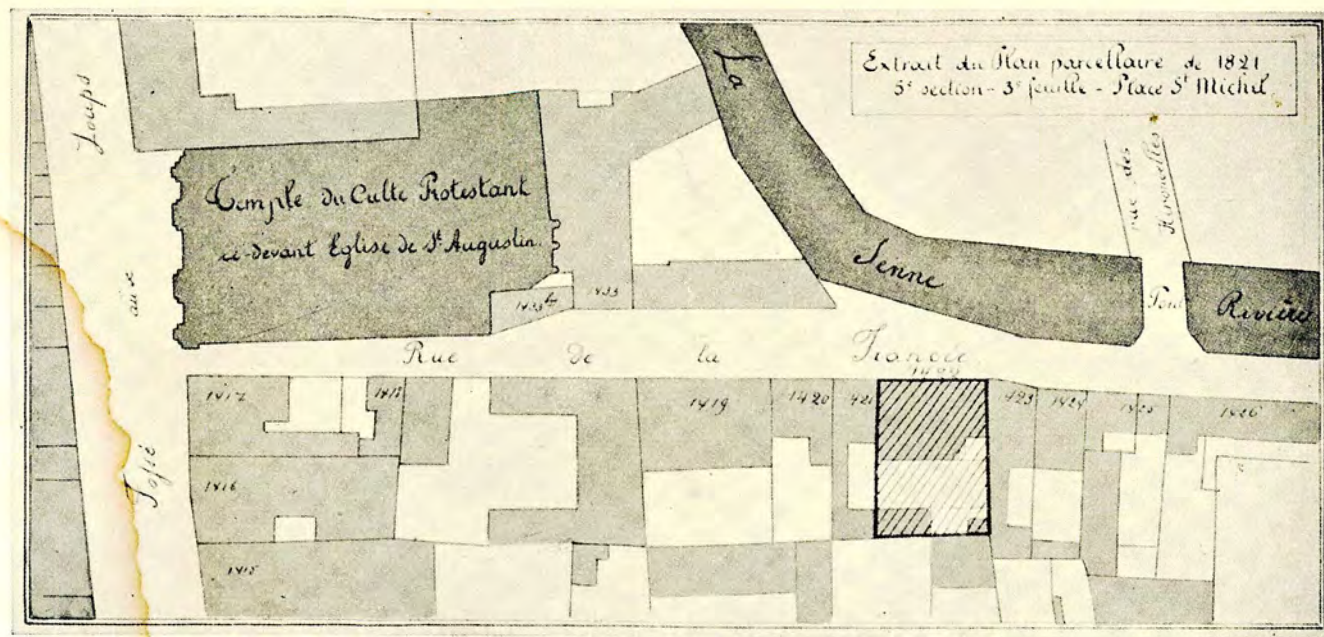
La solicitud demostrada por Belgrano en esta ocasión con la esposa de San Martín no se concretó solamente a despachar la escolta de que nos habla Paz. En ese momento el jefe del ejército del Alto Perú se encontraba en la posta de Candelaria y el día 7 de abril le escribió a San Martín: «Buenos cuidados he tenido con la señora de usted. Al fin está aquí libre de cuidados y pienso detenerla hasta ver más claro de estos hombres; opino que debe ir embarcada desde el Rosario, por más comodidad, que por los campos, que se hallan asolados y las postas sin caballos hasta el Arrecife, según me parece; en fin, veremos lo que mejor le convenga».

Días más tarde, o sea el 12 de abril y estando ya en el Rosario negociando con las tropas de Santa Fe el armisticio, volvió a escribirle en lo relativo a este tópico diciéndole: «La señorita Remedios, con la preciosa y viva Merceditas pasó de aquí felizmente y, según me dice el conductor del pliego, había seguido bien hasta Buenos Aires» (2).

Por esa época llegó a Buenos Aires en misión especial el estadista norteamericano César Augusto Rodney, quien traía como secretario a Mr. Brackenridge quien tuvo ocasión de conocer los principales personajes de la política y de ser recibido cordialmente en los salones porteños. Es así como pudo conocer igualmente a la

(1) *Memorias Póstumas*, t. I, pág. 347.

(2) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 23.



PLANO PARCELARIO DE BRUSELAS

El cuadrículado que figura en él con el número 1422 corresponde al emplazamiento que tenía en 1828 la casa habitada por San Martín. Según esta reconstrucción, la casa de San Martín vendría a encontrarse en la actualidad con frente a la plaza Brouckère.

familia Escalada y al mismo tiempo acercarse y tratar a la esposa del libertador de Chile ya empeñado en la independencia del Perú. «Entre nuestros conocidos, escribe Brackenridge, había dos o tres que particularmente me agradaban; el primero, un anciano respetable y vecino cercano, de nombre Escalada, suegro de San Martín; este anciano era lo que se hubiese llamado en nuestra guerra de la revolución un *verdadero liberal*. Tenía una linda familia de hijos y nietos; su casa, el lugar más agradable de toda la ciudad, era frecuentada por los extranjeros. Frecuentemente pasaba mis tardes allí, siendo casi seguro hallar siempre un grupo agradable de damas y caballeros; la tarde se pasaba usualmente en conversación alegre en danzas, que el anciano caballero parecía tener placer especial en promover, tomando parte él mismo con frecuencia, aunque pasados los setenta años de edad; estas danzas eran minués, con música de piano, tocado por una de las señoritas. Había adoptado una bella e interesante niña, a la sazón de unos diecisiete años, hija de un gobernador intendente español, y parecía tratarla con el mismo afecto y bondad que dispensaba a sus hijos. La esposa del general San Martín por este tiempo estaba viviendo con su padre, pero parecía muy deprimida de espíritu por su ansiedad a causa de su marido, a quien por todo lo que se decía, es devotamente apegada. Ella, que le había acompañado hasta el pie de los Andes, deseaba seguir su suerte al pasarlos, pero fué disuadida con mucha dificultad. Percatándome de que no participaba en ninguna de las diversiones y averiguado el motivo me dijeron que había hecho promesa de alguna clase por el éxito de su marido, lo que no pude comprender bien. Estas virtudes privadas y discretas en la familia de San Martín me dieron una opinión muy favorable del hombre; la excelencia y pureza de la vida privada es en conclusión el mejor cimiento de la confianza pública. No puede haber ninguna dignidad de carácter sin ella y rara vez nos equivocamos en la pureza de las acciones humanas, cuando esta fuente es pura. Mientras estuve en Buenos Aires, he oído frecuentemente citar a San Martín y su esposa como un ejemplo de matrimonio feliz» (1).

Los documentos que conocemos guardan un silencio absoluto en lo relativo a las relaciones de San Martín con su esposa desde abril de 1819 a los primeros meses del año de 1823. A no dudarlo ambos se comunicaron con la frecuencia que las circunstancias lo permitían, escribiéndole San Martín ya desde Chile o ya desde el Perú; pero como se trata de documentos privados, las cartas cambiadas no aparecen en el archivo del Libertador. Sabemos sin embargo que su familia, lo que quiere decir su esposa y su hija, eran ya para él una preocupación estando en Lima y que al dejar el poder supremo del Perú señaló el propósito de trasladarse a Buenos Aires

(1) *La Independencia Argentina*, por E. M. BRACKENRIDGE. Traducción de Carlos A. Aldao, t. I, pág. 280.

para visitarla. Las razones ya expuestas demuéstannos por qué no lo hizo con la rapidez que él lo hubiera deseado, pero en modo alguno olvidó a su esposa y obedeciendo a sus llamados en mayo de 1823 intentó ponerse en viaje. Sólo una razón lo retuvo en Mendoza y la determinó ésta la política de hostilidad con que se le vigilaba desde Buenos Aires. No obstante todo esto San Martín vivió en Mendoza lleno de la memoria de su compañera. La sabe enferma; presiente que de un día para otro se producirá el desenlace que no está en sus manos el impedir y, ya que no la puede ver, conténtase con recibir los informes que le transmiten los amigos. El vicealmirante Blanco Encalada le hace saber el 30 de junio que estuvo a visitar a su esposa, y esto al día siguiente de su llegada a la capital argentina. «Estuve, le dice, en casa de Remedios, a quien no pude ver ni he visto en seis y siete veces que he estado por saber de su salud, sintiendo en mi corazón no poder anunciar a usted nada favorable».

«Temo, le escribe Guido desde Lima, con fecha 17 de agosto de 1823, que al llegar ésta ya no exista Remedios, según la carta de usted y otras que he visto confirmando su mal estado».

Cuando estas líneas salían de la pluma de Guido los presentimientos de San Martín y los suyos propios ya se habían cumplido, pues el 3 de agosto la esposa del Capitán de los Andes, del Libertador de Chile y del Libertador del Perú, había dejado de existir.

Cuando esta noticia llegó a conocimiento de los amigos y de los admiradores de San Martín apresuráronse ellos a transmitirle sus condolencias. El 24 de agosto y desde Santiago de Chile le escribe su amigo Ribadeneira: «Ya sabíamos el ruinoso estado de salud de mi señora doña Remedios. Así vienen los golpes a los hombres que sus virtudes debían alejarlos, pero somos mortales y es preciso sufrir». Y días más tarde: «En su apreciable del 20 del último agosto, me comunica la muerte de su esposa; me es muy sensible haya usted perdido una amiga insuperable por sus virtudes, y usted para sobrellevar un dolor de este tamaño habrá puesto en ejercicio la moral que inspira una sana filosofía; deseo a usted una conformidad y una tranquilidad digna de sus luces» (1).

Otro amigo, el teniente coronel Manuel Rojas, con fecha 10 de septiembre le escribe desde Santiago de Chile: «Yo he experimentado un grave pesar al saber por su último correo la muerte de la amable y virtuosa compañera de V. E. mirando esta pérdida como una desgracia, que me es común con todos los suyos. Si no hubiese estado tan distante, me haría un deber de probar a V. E. la parte sensible que he tomado en su aflicción; no obstante que conozco debe ser un débil recurso en casos semejantes los consuelos de los amigos, quienes dividen entre ellos las penas y tristezas que sufre un esposo amoroso, viéndolo privado para siempre de la persona

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 440.

que formaba la mitad de su alma, a quien eligió en la sociedad para hacerla su mejor amiga y partir con ella de las dulzuras y goces que son inseparables de la amistad, del consuelo y de la complacencia; mas a pesar de esto permítame V. E. acompañarle en sus pesares como uno de los que más le ha sido funesta esta irreparable desgracia. Ella será siempre llorada de todas las gentes que conocieron su mérito y en muchos años su familia no repondrá una matrona como la que acaba de perder. Pueda pues tranquilizar algo a usted el pésame general; la reflexión de ser padre; y que es de V. E. sólo que espera consejos y educación una tierna hija. No sea que el excesivo de su pena ponga el colmo a este fatal golpe» (1).

Tres meses después, San Martín abandonaba Mendoza y dejando tras de sí aquel vasto teatro en que había resplandecido su espada desde Cuyo al Rimac emprendía aquel viaje que por dos veces había intentado realizar pero que por dos veces se había visto obligado a dejar en suspenso.

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 482.

CAPITULO IV

San Martín y la primera etapa de su ostracismo

SUMARIO: *El Argos* y la llegada de San Martín a Buenos Aires. — Mausoleo erigido por San Martín a su esposa. — Inscripción que desautoriza por anticipado a sus calumniadores. — Supuesta causal del ostracismo de San Martín apuntada por Ernesto Quesada. — El viaje de San Martín desde Lima a Buenos Aires. — Afirmación de Quesada en lo relativo a la permanencia de San Martín en Mendoza. — Causales que explican esta permanencia. — Cómo fué recibido San Martín en Buenos Aires. — San Martín y la familia Escalada. — Carta de don Antonio Escalada a San Martín. — El timbre blasonero de esta familia. — Testimonio de un viajero americano. — La correspondencia de San Martín y su esposa. — Blanco Encalada y la esposa de San Martín. — Carta de Lezica a San Martín. — Semillero de intrigas señalado por Guido desde Lima. — Comentario del doctor Pedro Vidal, sobre la política rivadaviana. — Posible encuentro de San Martín con Rivadavia en Buenos Aires. — San Martín pide y obtiene sus pasaportes. — Su fondo de reserva. — San Martín a bordo del navío francés *Le Bayonnais*. — El ostracismo de San Martín desenlace lógico de los acontecimientos. — Cómo se despide de su amigo Brandzen. — Lo que desautoriza este documento. — San Martín en el Havre. — Nota dirigida por el prefecto del Havre al director de la policía de París. — La policía francesa y el Libertador americano. — Uno de los concejales de la prefectura y el ministro del Interior. — Nota pasada por éste al embajador de Francia en Londres, príncipe de Polignac, sobre San Martín. — Ignorancia y conducta del gobierno borbónico. — El ministro del Interior devuelve el pasaporte de San Martín y niega su visación. — Con carácter confidencial la Cancillería española es informada del arribo de San Martín. — Ordenes transmitidas al subprefecto del Havre para que se le deje partir. — Nota del director de la policía de París al de la policía en Madrid sobre la llegada de San Martín. — San Martín objeto de la curiosidad aduanera en el Havre. — El contenido de su equipaje. — Del Havre pasa San Martín a Southampton. — El superintendente de la policía española y San Martín. — Medidas precaucionales que llegan al ridículo. — San Martín en Londres. — El ex emperador Iturbide y el arribo de San Martín a Inglaterra. — San Martín honrado con la ciudadanía de Banff. — Vinculación de San Martín con los lores ingleses. — En Londres se ocupa San Martín de la adquisición de dos fragatas para reforzar con ellas la escuadra peruana. — Una carta de Guido del 11 de diciembre de 1824. — Orden que recibe Guido de abandonar el Perú por no abanderarse, según él lo declara, entre los enemigos de San Martín, firmada por Bolívar. — Por qué San Martín no finalizó el negociado de las dos fragatas. — Poder otorgado por San Martín a Manuel Escalada para acogerse a la nueva ley militar. — Dudas sobre si se le otorgó o no el permiso de retiro solicitado entonces. — San Martín y su hermano Justo, residente en París. — Solicitud presentada por éste al ministro del Interior en Francia para que se le permita la entrada en ella. — La negativa a esta solicitud llevó a San Martín a los Países Bajos. — Cruza la Mancha y se instala en Bruselas.

En catorce días de marcha la diligencia que conducía a San Martín salvó la distancia que separa a Mendoza de Buenos Aires, y el 4 de diciembre entraba en la metrópoli sin escolta, pero no «sigi-

losamente» como diría más tarde la calumnia, el antiguo gobernador intendente de Cuyo, el héroe de los Andes, el Libertador de Chile y del Perú.

Aun cuando sus deseos eran los de pasar desapercibido, la prensa de la capital lo señaló al respeto de sus conciudadanos y su arribo fué anunciado por *El Argos* por medio de las siguientes líneas: «Tenemos la satisfacción de anunciar al público el arribo a esta capital del general don José de San Martín. Sin traicionar a los deberes del patriota, no hay quien pueda mostrarse indiferente a la presencia de un héroe que ha coronado a la nación de tantos títulos y laureles. Su alma, más grande que la fortuna, echa en olvido su persona para acordarse de la nuestra y por un camino erizado de peligros, elevó nuestra reputación y gloria nacional a un grado fuera de los cálculos de la esperanza. Nos es dable que nuestros nobles ciudadanos le tributen las señales que corresponden al beneficio».

Desgraciadamente, tanto la crónica como la tradición son mezquinas en pormenores relacionados con esta corta estadía de San Martín en Buenos Aires. Con todo, podemos decir que guiado de su primer impulso o de la idea que lo llenaba, decidióse apenas hubo pisado los umbrales de la ciudad porteña, por honrar en forma sensible la memoria de su esposa infortunada y con tal motivo sobre el sepulcro que guardaba sus restos erigió un mausoleo en el cual la mano del artista obedeciendo a sus dictados grabó la siguiente inscripción: «*Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del general San Martín*».

Con este acto y por anticipado, San Martín vino a armarse contra la calumnia y en forma ostensible y simbólica demostró que el héroe no había eclipsado al esposo, y que tras del Libertador palpitaba igualmente el corazón del hombre infortunado. No pudiendo sus enemigos empañar su gloria épica, apenas se hubo alejado de las playas nativas para vivir sus horas de retiro en el extranjero, sus detractores de oficio ensayaron de atacar su vida privada e íntima. Para esto se acudió a la forma anónima y libelista y se tejieron así las más absurdas y calumniosas especies. El punto de partida lo constituyó un libelo del cual nos ocuparemos con oportunidad, y ha sido éste el que ha servido de pretexto a uno de nuestros publicistas, al doctor don Ernesto Quesada, para ocuparse del ostracismo de San Martín y buscar su causa. La causa creyó encontrarla éste no en los antecedentes políticos que aquí dejamos apuntados, sino en un desacuerdo familiar y doméstico con los deudos de su infortunada compañera. He aquí cómo se expresa al respecto el referido historiador: «Si San Martín hubiera estado en armonía con su esposa y en íntimo consorcio con la poderosa familia de ésta, la sociedad de Buenos Aires le habría abierto los brazos, lo habría retenido en su seno y quien sabe cuán diversos hubieran sido los destinos de la patria. Aquella influencia ponderadora del gran Capitán de los Andes se perdió para su país, justamente cuan-

do le hubiera podido ser más útil. Un acontecimiento nimio decidió lo contrario; tal, en el curso torrencioso de ciertos ríos, sucede con un árbol cualquiera, que cae en su cauce: el río se desvía, tuerce su curso gracias al embancamiento que se forma alrededor del árbol caído» (1).

Pero antes de tomar en consideración lo infundado de semejante aserto, digamos que el señor Quesada falta en absoluto a la verdad de la historia cuando nos dice que San Martín hizo el camino de Lima a Buenos Aires, «solo, abandonado de todos y vilipendiado». El viaje en cuestión lo hizo San Martín no así, sino honrado y como no lo había sido todavía ningún criollo del Continente, por el congreso peruano. Traía además en su compañía al capitán Luis Pérez, y si es cierto que al llegar a Valparaíso el almirante Cochrane intentó empañar su prestigio, el intento fracasó, y tanto el gobierno de Chile como las más destacadas personalidades de ese Estado, lo cumplimentaron con las distinciones que el héroe se merecía. Durante el período de su permanencia en Santiago, San Martín fué considerado como el árbitro de la situación, y tirios y troyanos acudieron a él para señalarlo como mediador en las luchas ya existentes entre el partido opositor y el directorio. Su llegada a Mendoza no pasó desapercibida. Por el contrario, su solo anuncio sirvió para que aquella sociedad le saliese al paso y para que los mejores hogares le brindasen a porfía su hospitalidad.

El señor Quesada establece además una afirmación que acusa la pobreza de su bagaje documental en lo tocante a este punto. «Eso explica, escribe él, por qué se detuviera en Mendoza. Pero, ¿porqué demoró allí dos años mientras su familia, su esposa y su hija se encontraban en Buenos Aires? Si estaba resuelto al ostracismo absoluto y a ausentarse para siempre de la patria, ¿por qué no siguió su viaje hasta la capital y unido a los suyos se embarcó para el viejo mundo donde había resuelto retirarse? En lugar de eso, se deja estar dos años en Mendoza, y sólo se resuelve a venir cuando la muerte de su esposa le impone el cuidado de su única hija y viene entonces a recogerla para partir casi sigilosamente en un velero rápido. ¿Cuál es la explicación de conducta semejante?»

Es de lamentar que el señor Quesada no hubiese profundizado su tema. Si así hubiese procedido habría encontrado las causales del proceder de San Martín, y hubiese encontrado que estas causales lo eran exclusivamente de orden político, y si se quiere, militar. Ellas estaban relacionadas por una parte con la situación por que atravesaba el Perú y por otra con el espionaje organizado en su torno por el gobierno de Buenos Aires.

(1) VER: ERNESTO QUESADA: *El ostracismo de San Martín*, Buenos Aires, 1919. — Este tópico sirvió de tema a una conferencia que el señor Quesada dió en el Círculo Militar de Buenos Aires. La conferencia fué publicada en la revista «Verbum» y luego en folleto.

Aun cuando el alejamiento de Lima puso fin, por así decirlo, a su obra de libertador, esto no apagó en San Martín en modo alguno su amor por la causa americana. Al retirarse de aquellas playas, quedaba en vísperas de iniciarse la campaña a Puertos Intermedios, y sabemos, por lo que ya queda expuesto en páginas precedentes, cuál fué su actitud y cuál la de los peruanos que acudieron a él para salvar la suerte de aquel Estado, en parte comprometida después de la derrota de Moquegua.

Por otra parte, sabemos el odioso espionaje que se organizó en torno del Capitán de los Andes por el partido rivadaviano cuando lo supo en Mendoza. Esta actitud despertó en San Martín recelos legítimos y prefirió entonces encerrarse en su chacra mendocina a cruzar las pampas y a entrar en Buenos Aires en momentos en que predominaba allí un gobierno que lo hacía el blanco de su hostilidad. Por eso, pues, impuso silencio a los deseos de su corazón; por eso vióse trabado en el propósito de abandonar Mendoza y de acercarse al lecho en que agonizaba su compañera, y por eso vivió allí como proscrito y solitario diez meses, y no dos años, como Quesada lo afirma, contrariando en esto la verdad de los documentos. San Martín llegó a Mendoza a mediados de enero de 1823, y se alejó de ahí rumbo a la capital argentina el 20 de noviembre de ese mismo año.

«Llama la atención, nos dice el señor Quesada, el hecho singular de que a su llegada a Buenos Aires en 1824, no sólo lo evitan los hombres de gobierno sino que nadie lo visita ni siquiera los miembros de la influyente familia de su esposa, con excepción del general Manuel Escalada; la frialdad que le demostró la sociedad corrió parejas con la de su familia y justificó aparentemente el desvío del gobierno».

Esta última afirmación es un derivado lógico del aserto que ya hemos señalado al principio de estas páginas. El es tan absurdo como el primero y lo rechazamos en nombre de la verdad y de la memoria del Libertador.

San Martín no fué recibido en Buenos Aires con frialdad. Su presencia fué señalada por *El Argos* en términos que ya conoce el lector. Si entró modestamente y sin aparato, esto sucedió porque así lo quería él. Modestamente entró en Buenos Aires después de Chacabuco, y modestamente hubiera entrado después de Maipú si la gratitud de sus compatriotas no le sale al paso para tributarle un homenaje admirativo.

El enfriamiento político que podía existir, y de hecho existía entre San Martín y el núcleo rivadaviano que le negaba su concurso militar para finalizar la guerra de la independencia, no era razón para que a un héroe de sus proporciones se le negasen los respetos y las consideraciones debidas. Por otra parte, entre San Martín y la familia Escalada no existía el cisma que señala Quesada basado en un documento sugerido a un libelista por la envi-

dia y la inquina. El 1º de enero de 1825, recuerda San Martín en la carta a Chilavert — carta que ya queda citada en el capítulo precedente — que a su regreso del Perú se había recluso él en su chacra de Mendoza y que si cortó toda comunicación con sus amigos por el espionaje de que era objeto, no lo hizo así con su familia. ¿Cuál era la familia de San Martín? Esta no era otra que la familia Escalada, vale decir, la de su esposa.

Por razones de carácter y no por otra causal, entendemos nosotros que existía de por medio una tirantez. Esta tirantez no era ni con el padre, ni con los hermanos de doña Remedios Escalada, la esposa de nuestro héroe. Ella tenía relación pura y exclusivamente con la madre de la esposa infortunada, y esto no por otra razón que por la solicitud dominante a que se creía con derecho la suegra. Es por esto que don Tomás Guido, al enterarse de la muerte de la esposa de San Martín, le dice a éste: «¿Qué diré a usted de la desgraciada Remedios? Creo que si hubiera sido esta joven más metódica en sus curaciones habría excusado a usted el disgusto de perder una amiga: la vista de mi tía Tomasa — hace alusión a la suegra de San Martín — va a aumentar los malos ratos de usted, porque con ella se renuevan las llagas» (1).

Por lo que se refiere al señor Escalada, o sea el padre de la esposa de San Martín, éste no hizo más que testimoniar en todas circunstancias el cariño y la admiración que se merecía su hijo político. Encontrábase ya San Martín en el Perú, cuando tomando la pluma con fecha 1º de noviembre de 1820, escribióle: «Hijo mío muy amado y que tanto esplendor das a mi casa, a pesar de tantos enemigos envidiosos que aquí tienes», y luego al finalizar esa misma misiva, llena por otra parte de pormenores que aquí no interesan: «Como en la inclusa te hablará Remedios de nuestro chiche — el chiche aquí era la hijita de San Martín —, remato con que ésta la lleva Mr. Basil Hall, capitán de la fragata inglesa de guerra *Conway*, que nos ha visitado y quiere tener el gusto de decirte habernos visto. Ha estado en Manila, y ha conocido a Bernabé — era éste el hermano de don Antonio José Escalada — y piensa volver allá. En tal caso, escríbele cuatro letras llamándolo y ofreciéndole mejor colocación y fortuna. Tu cordial padre» (2).

Si San Martín era el honor y el mejor timbre blasonero para la familia de Escalada cuando San Martín pisaba ya las playas peruanas, no podemos creer que había dejado de serlo cuando volviendo de allí venía cargado con tantos laureles.

El testimonio del viajero americano que ya hemos citado demuéstranos que ausente San Martín era recordado en Buenos Aires con altísima estima y que la pureza de su vida privada constituía «el mejor cimiento de la confianza pública». Según el mismo testi-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 480.

(2) *Ibidem*, t. IX, pág. 261.

monio, el matrimonio de San Martín con Remedios Escalada se citaba como el ejemplo «de un matrimonio feliz».

Digamos en prueba de lo que venimos declarando que la correspondencia entre San Martín y su esposa no se vió nunca interrumpida. «He dirigido a usted dos cartas de la señorita Remedios, le escribe desde Valparaíso con fecha 7 de mayo de 1821 don Nicolás Rodríguez Peña a San Martín, una de las que me parece fué por una fragata de guerra inglesa y no sé como se haya extraviado». Por el propio testimonio de San Martín sabemos que ella le escribió a Mendoza estando allí después de su vuelta del Perú y son innumerables las circunstancias en que en cartas de amigos, como sucede en las cartas de O'Higgins, por ejemplo, se le alude a Remedios, a esa esposa por la cual todos sus amigos acusan una solitud extremosa.

Una de las primeras diligencias efectuadas por su amigo el vicealmirante Blanco Encalada al llegar a Buenos Aires, en junio de 1823, dos meses antes del fallecimiento de la esposa de San Martín, es presentarse precisamente en la casa de ésta. Textualmente le dice al hacer alusión a esta visita: «Al día siguiente de mi llegada estuve en casa de Remedios a quien no pude ver ni he visto en seis y siete veces que he estado por saber de su salud, sintiendo en mi corazón no poder anunciar a usted nada favorable. He conocido a la chiquita, con placer, por ser hija de usted, de quien no puede negarlo por su parecer. Es muy graciosa y bonita, ella me mira como al amigo de su papá y siempre que voy, viene a buscarme» ⁽¹⁾.

Los documentos que tenemos delante demuéstrannos además que los hombres de Buenos Aires, es decir sus políticos, no sólo miraron a San Martín con interés sino que lo esperaban y tenían en él clavados sus ojos. «Por los repetidos anuncios que se han hecho de su venida a este pueblo — le escribe don Ambrosio Lezica el 30 de agosto de 1823, ya fallecida su esposa — no he tenido el honor hasta ahora de contestar a la favorecida de V. E. del 17 de junio pasado, teniendo entendido ser ya incierto su viaje, agradeciendo sobremanera la parte e interés que se ha servido V. E. tomar en favor de mi recomendado don José Mateo Berdeja, de que viviré a V. E. eternamente reconocido...» y después: «En estos días ha corrido en esta ciudad la plausible noticia de que salía V. E. de Mendoza a ponerse a la cabeza de las tropas que ocupan y deben ocupar las costas del Perú y ha sido celebrada por los buenos patriotas, porque de este paso se espera concluída la guerra» ⁽²⁾.

El héroe a quien la maledicencia supone despojado de todo sentimiento admirativo se destaca como se ve como una figura de salvación y esto no en cualquier parte sino en la propia capital

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 174.

(2) *Ibidem*, t. IX, pág. 349.

argentina, foco en donde se incubaron, por obra de Alvear y de los hermanos Carrera, las mayores falsedades e intrigas contra San Martín. Esto explica que el 22 de enero de 1824 y estando ya San Martín en esa capital, Guido le dijese desde Lima: «Por los últimos periódicos de Buenos Aires, he sabido con sumo placer el arribo de usted a esta capital. Presumo que en ese semillero de finas intrigas, podrá usted sentir algunos malos ratos, pero por otra parte la inmediación de usted podrá contribuir mucho a disipar errores sobre los acontecimientos de más trascendencia al interés de esta parte de América» (1).

Un comentarista de la política rivadaviana, el doctor Pedro Vidal, que era la única que podía serle hostil a San Martín, le escribe a éste desde Buenos Aires con fecha 1º de septiembre: «Me apresuro a elevar al conocimiento de V. E. que las quijotescas teorías con que se pretendía fundar el nuevo sistema, acaban de manifestar su completa nulidad, comprometiendo al mismo tiempo la libertad e independencia, que la espada siempre victoriosa de V. E. había afianzado a estas tres grandes secciones de la América; y sólo los nuevos esfuerzos de V. E. podrán poner a cubierto ésta del inminente peligro que la amenaza, garantiéndole por segunda vez la seguridad de aquéllas».

«No es ya un problema, agrega después, que el error ha perdido esta administración y que ella ha mirado con una criminal indiferencia los intereses generales de la América, dejando prolongar la guerra en la época misma en que debió haber consultado su terminación. V. E. es ya la única columna que puede sostener el edificio majestuoso que levantó su valor; y los patriotas apoyamos nuestra única esperanza en la magnanimidad con que, olvidando V. E. justos resentimientos y multiplicados testimonios de ingratitud, se dedique de nuevo a salvarnos del naufragio que nos amenaza» (2).

Ignoramos si durante su estadía en Buenos Aires San Martín se entrevistó con Rivadavia como se lo aconsejaba Guido. La divergencia que lo separaba era sólo política y esta misma divergencia no la había provocado el gran soldado sino aquel estadista que creyendo más poderosa la idea que la espada, olvidando que en este caso la espada era la encarnación de la idea, buscaba solucionar el drama acudiendo a la diplomacia.

Presentimos que San Martín y Rivadavia se entrevistaron, y aún que éste fué al encuentro de aquél. Rivadavia no podía desconocer los méritos del Capitán de los Andes, del Libertador de Chile y del Fundador de la libertad en el Perú, y sobre todo no podía desconocer que San Martín era el hombre que en el sentir de *El Argos* «había coronado a la nación de tantos títulos y laureles». Al decir de Alvear, en esa ocasión San Martín le hizo obsequio a Rivadavia

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 493.

(2) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 189.

con el tintero que había pertenecido al tribunal de la Inquisición en Lima. Si el dato es exacto — lo consigna aquél en uno de sus libelos — tendríamos la prueba evidente de que se vieron y por lo tanto de que se trataron.

Aun cuando San Martín revestía ya una doble investidura, cual lo era la de capitán general de Chile y la de generalísimo del ejército del Perú, se reconocía igualmente como Capitán general del ejército de los Andes, nombrado como tal por el directorio y por el congreso y esto aun cuando el Estado argentino no le pagase sus sueldos correspondientes a su jerarquía de tal desde el año 1819. Respetuoso, pues, como era de la disciplina, antes de partir para el viejo mundo solicitó el permiso necesario a la suprema autoridad de su patria, y el 7 de febrero le fué otorgado el pasaporte facultándolo para ausentarse de ella y sin limitación alguna de tiempo. Era ése el momento en que el gobierno de Rivadavia pudo haber dado a San Martín una muestra de estima pagándole los haberes de general que se le adeudaban, pero esto no se hizo y se dejó que se ausentase de la patria sin emolumento alguno el héroe que le había dado más brillo.

Conociendo como conocemos la psicología de San Martín, podemos declarar aquí que en su vida económica se arreglaba con poco pero que debiendo ausentarse por largo tiempo y debiendo ocuparse en el extranjero de la educación de su hija, trató de formar un fondo de reserva y comenzó por alquilar la casa que tenía en Buenos Aires, casa que muy poco habitó y sobre la cual le era aún deudor el gobierno de cierta suma por concepto de reparación. Con esa renta pues, con dos años de pensión que le pagó por adelantado el Perú y con unos seis mil pesos que él tenía puestos de lado, San Martín se desprendió de su patria y se trasladó al extranjero en busca del reposo que reclamaba su espíritu y llevando consigo a la hija que, para consuelo y sostén en lo futuro, le había deparado la Providencia. San Martín se embarcó en Buenos Aires el día 10 de febrero de 1824, a bordo del navío francés *Le Bayonnais*, y antes de hacerlo no dejó de complimentar debidamente a los amigos y admiradores que lo acompañaron con sus votos en la hora de la partida.

En presencia pues de tales antecedentes, podemos afirmar que el ostracismo de San Martín en su punto de partida, como las causas que lo determinan, no tiene nada de misterioso, de brusco o de precipitado. Ese ostracismo es el desenlace lógico de una serie de acontecimientos que le precedieron y que no estuvo en la mano de San Martín evitar. Para encontrar la causa política que predomina en este desenlace debemos remontarnos a Guayaquil y recordar que allí quedó planteado un problema de hegemonía, ante el cual San Martín se inclinó y esto no por creerse subalterno al héroe que tenía delante, sino porque de perseverar en su actitud malograrse la causa que defendía su espada. Creyó entonces que su misión

había terminado, y aquel instinto de vida oscura y solitaria que siempre lo persiguió, tomó auge y obligólo en sus sentimientos volitivos a inclinarse por la quietud virgiliana.

La idea de su viaje a Europa surgió igualmente por aquel entonces, pero ésta quedó puesta de lado y concretó todos sus deseos a recluirse en Mendoza, en donde efectivamente se recluyó colgando el sable y trocando la vida del campamento por la del chacarero.

En un momento dado, creyó que este bienestar podía prolongarlo, y hasta pensó ir a Buenos Aires y recluirse de nuevo allí con su hija. La muerte de su esposa le fijó otros rumbos, y comprendiendo que su ausentismo podía beneficiar a la política que en ese entonces desarrollaba el gobierno de Rivadavia decidió ausentarse, pero siempre con sus ojos clavados en su patria. No otros fueron sus móviles en esta decisión y no entran para nada en ella ni la hostilidad, que tenían para él algunos de los políticos militantes, ni tampoco los supuestos desaires a que alude Quesada. Pruébalo la forma cordial y afectuosa con que se despidió de sus amigos y pruébanlo en forma concluyente estas líneas de adiós que, desde a bordo del navío *Le Bayonnais*, le escribió a Brandzen, que era su compadre y amigo: «Dentro de una hora, le dice ese mismo día 10 de febrero de 1824, parto para Europa con el objeto de acompañar a mi hija para ponerla en un colegio en aquel país y regresaré a nuestra patria en todo el presente año, o antes si los soberanos de Europa intentan disponer de nuestra suerte» (1).

El documento éste desautoriza todo lo que pudo bordar la imaginación o la falsía, y demuéstranos que San Martín se alejó de Buenos Aires con el propósito deliberado de retornar a él y esto en un corto plazo. La patria lo llenaba por entero y con tal medida que la sola esperanza de saberla amenazada pone en su pluma expresiones de retorno. Esta su actitud es sobremanera elocuente y si nos dice que estamos en presencia de un patriota sin tacha, nos dice igualmente que lo estamos en presencia de un hombre que sabe acallar cualquier pasión y hacer que predomine en él la que lo distingue y ennoblece y que lo es la de libertador.

Carecemos de pormenores relativos a lo que fué su navegación y sólo sabemos — son éstos como lo verá el lector secretos que hemos arrancado a los archivos — que el día 23 de abril de 1824, es decir, después de setenta y dos días de haber abandonado Buenos Aires, el navío *Le Bayonnais*, que lo conducía, anclaba en el Havre. La noticia de su llegada a las costas francesas provocó un vivo sentimiento de alarma y el prefecto marítimo de aquel puerto se dirigió al director de la policía del reino en estos términos: «Monsieur Joseph de San Martín, venant de Buenos Aires est dé-

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 145. — Un hijo del coronel Brandzen era ahijado de San Martín. Al despedirse le manda besos para su ahijado y «un millón de cosas» para su esposa.

barqué à ce port le 23 de ce mois, porteur d'un passeport délivré au Ministère des Affaires Etrangères pour se rendre en Angleterre. J'ai prescrit sur le champ une surveillance active à l'égard de cet étranger dont l'intention n'est pas de pénétrer dans l'intérieur du Royaume, mais de partir prochainement pour Londres où il est appelé, dit-il, par ses affaires personnelles. L'interrogatoire ci-joint vous fera connaître le titre que prend Monsieur de San Martín. Voici à quelle occasion il a été interrogé par le Commissaire de Police. Lors de la présentation de ses malles à la douane elles furent exactement visitées et quoique d'après la déclaration faite elles ne dussent contenir que des effets à l'égard de cet étranger on trouva dans l'une d'elles seize paquets de feuilles périodiques, étrangères, au nombre desquelles il en est dont l'introduction est prohibée. Ces paquets ont été aussitôt saisis par le sieur Lequesne, Commissaire de Police. Lors de la saisie, la personne qui s'était présentée pour Monsieur de San Martín déclara qu'elles ne devaient pas être introduites en France, que les feuilles qu'elles renfermaient étaient destinées pour des maisons anglaises et il existait en effet sur chacun des paquets des suscriptions qui étaient d'accord avec cette autorisation. Mais, comme des moyens de cette nature pourraient toujours être employés pour favoriser l'introduction des feuilles prohibées, j'ai cru devoir faire maintenant la saisie sauf à vous Monsieur le Général à décider si les Tribunaux doivent être saisis de cette affaire ou si au contraire, il doit être donné main levée de la saisie à charge de réexportation.

«Vous remarquerez, Monsieur le Directeur Général, la personne qui s'était présentée pour Monsieur de Saint Martin n'avait justifié d'aucun pouvoir, ce qui pouvait laisser à son mandat le moyen de désavouer en abandonnant la malle, ou plutôt la petite caisse qui ne contenait que les feuilles saisies et quelques livres. C'est pour parer à cet inconvénient que j'ai chargé le Commissaire de Police d'interroger Monsieur de Saint Martin et d'obtenir de lui la reconnaissance qu'il avait en effet apporté les feuilles politiques dont la saisie a eu lieu. Cette reconnaissance est consignée dans l'interrogatoire que j'ai l'honneur de vous adresser ainsi que le procès-verbal de saisie avec prière de vouloir bien me faire parvenir vos instructions tant sur le parti à prendre à l'égard de la saisie que sur l'autorisation demandée par Monsieur de Saint Martin pour aller en Angleterre. Dans tous les cas, Monsieur le Directeur, j'aurais besoin que vous ayez la bonté de me renvoyer le procès-verbal que j'ai cru devoir vous adresser en original. Cette pièce me serait surtout nécessaire si la saisie devait être déferée aux Tribunaux» (1).

El documento que acabamos de transcribir demuéstranos que la policía francesa se puso en guardia al saber que frente a las playas

(1) *Archivo del Ministerio de la Marina. Cartón F7. 12032.*

de este reino se encontraba un libertador americano. El celo de un prefecto quiso conjurar a tiempo el peligro que vió surgir en su fantasía, y para esto lo sujetó a San Martín a un interrogatorio y a un embargo. Sus baúles fueron abiertos, buscándose con empeño si en el fondo de estas arcas podrían encontrarse proclamas tan subversivas como las que San Martín desparramara en Chile y en el Perú, pero todo lo que se encontró fueron algunos paquetes de periódicos con destino inglés, y para ingleses.

Pero sigamos las incidencias de este episodio y veamos cómo ellas se desarrollaron. Si el día 25 de abril el correo del Havre transportó a París el documento que damos a conocer, dos días más tarde uno de los concejales de la prefectura de aquel lugar se dirigió al ministro del Interior diciéndole: «Une lettre de Monsieur le Sous-préfet du Havre a dû informer directement Son Excellence que le sieur Joseph de Saint Martin prenant le titre de Généralissime du Pérou, de Capitaine Général du Chili et de Général des Provinces Unies d'Amérique, est débarqué en ce port le 23 de ce mois, porteur d'un passeport délivré par le Ministère des Affaires Etrangères de Buenos Aires, lieu de son départ.

«Il a exprimé le désir d'être autorisé à s'embarquer pour l'Angleterre sans pénétrer dans l'intérieur du Royaume. Veuillez avoir la bonté, Monseigneur, de me faire connaître quels ordres je dois donner à ce sujet, si elle n'a pas jugé convenable de les adresser sans intermédiaire à Monsieur le sous-préfet pour éviter le retard. Monsieur le Sous-préfet m'informe aussi que l'on a trouvé dans les effets de ce voyageur quelques feuilles périodiques étrangères prohibées et adressées à plusieurs maisons de Londres».

Alarmado por estas noticias, el ministerio del Interior tomó sus providencias y una de sus primeras medidas fué la de pasar una nota al embajador de Francia en Londres, que era el príncipe de Polignac, redactada en los siguientes términos: «J'ai l'honneur de prévenir Votre Excellence que don José de San Martín est arrivé le 23 de ce mois au Hâvre d'où il doit repartir immédiatement pour l'Angleterre. Cet étranger vient de Buenos Aires; il est porteur d'un passeport délivré dans cette ville le 31 janvier dernier et qui le désigne comme agé de 45 ans, né aux Misiones du Paraguay et domicilié à Mendoza (Chili). A son arrivée dans le Royaume il a pris le titre de Généralissime de l'Etat Péruvien, Capitaine Général de la République du Chili, Officier Général des Provinces Unies d'Amérique. Il a dans ses effets, 16 paquets de journaux de Buenos Aires et des brochures écrites en langue espagnole, toutes empreintes de sentiments du républicanisme le plus exalté.

«Je crois devoir appeler l'attention de Votre Excellence sur le voyage de cet individu qui a joué un rôle marquant dans les révolutions de l'Amérique Méridionale dont il a été un des premiers Chefs et des propagateurs les plus ardents. Sa mission à Londres

dans les circonstances actuelles se rattache certainement à de nouvelles intrigues politiques» (1).

Largos seríamos si fuésemos a detenernos en todos los reparos que exige esta conducta del gobierno borbónico. Diremos tan sólo que así como este documento nos acusa su ignorancia geográfica dando como chilena una provincia que era argentina, acusa igualmente una ignorancia supina y extrema en lo relativo a los propósitos que lo guiaban a San Martín. De ahí, que se habla en estos documentos de intrigas políticas que piensa sembrar en el Reino Unido este viajero y que se le presente a San Martín ocultando estas intenciones bajo títulos que sólo se atribuye al pisar las playas del reino. Ignoraban en París en ese entonces que esos títulos no eran usurpados y que así como era generalísimo del Estado peruano, era capitán general de la República de Chile y general igualmente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El 29 de abril el ministerio del Interior hizo racaer su providencia sobre la nota que había sometido a su dictamen el prefecto del Havre y con tal motivo se le dijo por aquel ministerio: «J'ai relu votre lettre du 26 de ce mois, relative à M. de Saint Martín, venant de Buenos Aires et retenu au Hâvre. Je vous adresse ci-joint le passeport de cet étranger, acte qui n'est point susceptible de mon visa et le procès-verbal de la saisie des journaux et brochures trouvés dans ses effets. Vous lui rendrez son passeport. Vous lui donnerez mainlevée de la saisie de ces papiers mais à la charge de réexportation. Vous veillerez du reste à ce qu'il parte promptement et vous me donnerez avis du jour de son embarquement, en me communiquant les observations auxquelles son séjour au Hâvre aura donné lieu» (2).

Al mismo tiempo el gobierno francés se encargó de prevenir a la cancillería española del arribo de San Martín y con carácter confidencial el 29 de abril transmitió a ese ministerio la siguiente nota: «Monsieur le Comte: J'ai l'honneur d'annoncer à Votre Excellence que Don José de San Martín est arrivé le 23 de ce mois au Hâvre à bord du bâtiment français *Le Bayonnais*, venant du Río de la Plata. Cet étranger âgé de 45 ans, né aux Missions du Paraguay et se disant domicilié à Mendoza (Chili), était porteur d'un passeport délivré à Buenos Aires, le 31 janvier dernier et dans lequel on ne lui donne aucun titre; mais à son arrivée dans le Royaume il a pris ceux de Généralissime de l'Etat Péruvien, de Capitaine Général de la République du Chili, et d'Officier Général des Provinces Unies d'Amérique. Il avait dans ses effets un très grand nombre de journaux et des brochures en langue espagnole, toutes empreintes de l'esprit du républicanisme le plus exalté.

«Monsieur de San Martín doit se rembarquer immédiatement pour l'Angleterre. Je crois devoir donner avis à Votre Excellence

(1) *Archivo del Ministerio de la Marina. Cartón F7. 12032.*

(2) *Ibidem.*

du voyage de cet individu qui a joué un rôle si marquant dans la rébellion de l'Amérique Méridionale, dont il a été un des premiers chefs et des propagateurs les plus ardents. Sa mission en Angleterre dans les circonstances actuelles se rattache certainement à des intrigues politiques et me semble mériter une attention particulière».

En un comunicado del 30 de abril, se le reitera al subprefecto del Havre la orden que se le comunicara el día precedente. Textualmente se le dice con relación a San Martín: «Il lui sera donné main-levée de la saisie faite de ses papiers à la charge de sa réexpédition; il devra se rembarquer sur le champ pour l'Angleterre. Vous donnerez les ordres nécessaires sur toute la côte de votre département pour que cet étranger ne soit désormais admis à débarquer dans aucun de ses ports».

Es interesante recordar aquí que, no contento el gobierno francés con tomar estas precauciones para impedir que un criollo revolucionario entrase en el reino de Francia, el director de la policía de París creyó de su deber dirigirse al de igual institución en Madrid y así lo hizo el 1º de mayo, escribiéndole igualmente con carácter confidencial: «Monsieur le Surintendant Général. Je crois devoir annoncer à Votre Excellence que don José de San Martín est arrivé le 23 de ce mois au Hâvre, venant du Río de la Plata et muni d'un passeport délivré à Buenos Aires, le 31 janvier dernier. Cet acte ne lui donne aucun titre, et le désigne seulement comme agé de 45 ans. Né aux Missions du Paraguay et domicilié à Mendoza (Chili). Mais en arrivant en France, il a pris le titre de Généralissime de l'Etat Péruvien, Capitaine Général de la République du Chili et Officier Général des Provinces Unies d'Amérique. On a trouvé dans ses effets plusieurs paquets de journaux et brochures en langue espagnole, toutes empreintes des sentiments du républicanisme le plus exalté et particulièrement des collections de journaux de Buenos Aires, dont les noms suivants: *El Argos*, *El Avisador*, *El Teatro de la Opinión*, *El Republicano*, *El Registro Oficial*.

«Monsieur de San Martín doit se rembarquer immédiatement pour l'Angleterre. Je crois devoir informer Votre Excellence du voyage de cet individu qui a joué un rôle si marquant dans la rébellion de l'Amérique Méridionale et dont la mission à Londres, dans les circonstances actuelles, se rattache certainement à de nouvelles intrigues politiques».

Mientras estas notas eran redactadas en París, en el Havre la curiosidad aduanera se despertaba nuevamente y eran sometidos por segunda vez a revisión las baúles de San Martín. Es así como el 2 de mayo el señor Vaulchier, director general de aduanas, le decía al ministro del Interior: «J'ai l'honneur d'informer Votre Excellence que la douane du Hâvre a découvert dans une malle contenant des livres et du linge à l'usage du général San Martín venu de Buenos Aires, sur le navire *Le Bayonnais*, à la consignation de

la Maison Laffite, 17 paquets de journaux en langue portugaise, parmi lesquels se trouvait *El Argos* de Buenos Aires, dont l'entrée a été prohibée par décision du 5 décembre dernier. Ces paquets étaient sous bande portant l'adresse de plusieurs espagnols domiciliés à Londres et celles des rédacteurs du Journal anglais *The Courier*. Le sous-préfet du Havre, prévenu sur le champ par la Douane de la découverte de ces journaux, en a fait opérer la saisie par un agent de police. Il m'est agréable d'avoir à mettre sous les yeux de Votre Excellence cette preuve de l'exactitude du service et du zèle des employés de la Douane du Havre».

Estos antecedentes permítennos comprobar que San Martín llegó al Havre el 23 de abril y que, desembarcado ahí, permaneció en ese puerto hasta el 4 de mayo por la noche en que se reembarcó para Inglaterra, como se verá por este comunicado dirigido el 5 de ese mes por el prefecto de aquella localidad al jefe de la policía del Reino. He aquí como se da cuenta de la partida de San Martín: «Je m'empresse de vous informer que Monsieur San Martín est parti hier soir sur le paquebot *Lady Wellington* allant à Southampton. Conformément à votre lettre du 20 avril, les journaux et brochures saisis dans ses papiers lui ont été remis à bord du paquebot au moment où mettait à la voile. Son passeport lui a été rendu également.

«Pendant son séjour au Havre, San Martín a particulièrement fréquenté Monsieur Martin Laffite, La Taillades, Philippon et Blaye, tous négociants en cette ville, qui l'ont accompagné jusqu'au paquebot. Il n'a donné lieu d'ailleurs à aucune observation».

El 8 de ese mismo mes, el prefecto de Ruán comunica al ministerio del Interior que San Martín ya había abandonado el Havre y declara igualmente que antes de su partida le fueron entregados los folletos y periódicos incautados antes por la autoridad aduanera.

El 12 de mayo y cuando San Martín ya sentía los beneficios de la hospitalidad inglesa, el superintendente general de la policía española escribía desde Madrid a su colega francés: «Agradezco mucho la noticia que V. E. se sirve comunicarme con fecha 1° de este mes de haber llegado al Havre, procedente del Río de la Plata, don José de San Martín con pasaporte dado en Buenos Aires el 31 del mes último; de los efectos que se le han encontrado, los títulos ridículos que ha tomado en su llegada a Francia y que debe embarcarse muy en breve para Inglaterra. Pongo en conocimiento de mi gobierno tan interesante comunicación para los efectos convenientes, mientras ruego a V. E. se sirva disponer como guste de mis respetos y mi gratitud».

Malos tiempos soplaban en aquel entonces para los libertadores americanos. Celosa de la estabilidad de sus tronos, la Santa Alianza consideraba a los republicanos del nuevo mundo como perturbadores del orden y esto explica que, apenas desembarcado San Martín en el Havre, su persona fuese el blanco de los recelos borbónicos

y que los agentes de esta política, extremasen las medidas precaucionales llegando hasta el ridículo.

San Martín y Bolívar eran los dos héroes del día y mientras que al primero se le prohibía penetrar en el interior de Francia, y se le retenía en sus playas como a un perturbador peligroso, se entablaron reclamos ante el gobierno francés para que no se difundiesen en Francia los retratos de Bolívar (1).

La permanencia de San Martín en Southampton fué de pocos días si no de horas. De allí se dirigió a Londres y en el acto vióse rodeado de los amigos ingleses y criollos que allí tenía. Desde sus campañas militares en España contra Napoleón, San Martín se encontraba vinculado con muchos lores ingleses, destacándose entre estos lord Fiffe, quien fué uno de los primeros en saludarlo.

En esa misma capital se hallaban García del Río y Paroissien en desempeño de la misión con que salieron de Lima cuando San Martín se encontraba todavía al frente del poder, lo mismo que don Antonio Alvarez Condarco, oficial de su ejército, y don Agustín de Iturbide a quien un golpe de la suerte acababa de arrebatárle la corona imperial de México. Enterado éste de la llegada de San

(1) Con fecha 16 de junio de 1819 el embajador español en París sintióse alarmado por la propaganda iconográfica que se hacía en favor de Bolívar y con tal motivo dirigió al ministro de Negocios Extranjeros la siguiente nota: «Monsieur le Marquis, j'ai l'honneur d'envoyer à Votre Excellence la gravure ci-jointe qu'on vend chez plusieurs marchands d'Estampes de cette capitale. Les califications qu'on y donne au nommé Bolívar, dont on dit qu'elle est le portrait, ont dû me surprendre, car dans l'état actuel des choses et les rapports entre nos deux nations étant tels qu'ils sont, il semblerait que le seul titre qu'on pourrait tolérer en France être ajouté au nom de ce personnage, serait celui de chef des rebelles de Venezuela. Je ne saurais rien ajouter aux observations que Votre Excellence fera elle-même à la simple inspection de cette gravure, sur l'inconvenance de ces fausses qualifications et même de l'allégorie placée sur le portrait et dans laquelle le Gouvernement français pourrait ainsi se trouver offensé. Je me flatte que ces observations engageront Votre Excellence à ordonner la suspension de la vente de cette gravure du moins jusqu'à ce qu'on aie fait disparaître de la planche ce qu'elle contient d'offensant pour nos gouvernements».

El ministro de Negocios Extranjeros, que lo era entonces el marqués de Desolle, pasó este reclamo al ministro del Interior, el conde Decazes, el cual, después de haberlo tomado en consideración, dictaminó así: «Monsieur le marquis, j'ai l'honneur de répondre à la communication que Votre Excellence a bien voulu me faire par sa lettre du 7 de ce mois, d'une note qui lui a été remise le 1er juin par Monsieur l'Ambassadeur d'Espagne, relativement à la publication d'un portrait de Bolívar au bas duquel se trouveraient des désignations dont le gouvernement de S. M. C. croirait devoir se plaindre. La nouvelle législation sanctionnée par S. M. le 17 et le 26 du mois de mai dernier, contient sur l'objet des plaintes de S. Exe. M. le duc Fernán Núñez d'une disposition précise, à laquelle il sentira que le Ministère ne peut déroger. En effet, l'article 3 de la loi du 26 étant ainsi conçu: «Dans le cas d'offense contre la personne des Souverains et celle des Chefs des Gouvernements étrangers, la poursuite n'aura lieu que sur la plainte ou à la requête du souverain, ou du chef qui se croira offensé; ce ne pourrait donc être qu'à la requête motivée de Monsieur l'Ambassadeur d'Espagne par devant Monsieur le Procureur du Roi, qu'il serait commencé des poursuites tendantes à faire appliquer, s'il y avait lieu, aux auteurs de l'offense, l'art. 12 de la loi du 17 mai. Jusque là et en aucun cas, le Ministère ne doit ordonner aucune saisie, ni suspension, et comme V. E. le pensera une plainte dans l'espèce particulière, serait nécessairement sans objet puisqu'il n'y a ni crime ni délit». Archivo de la Marina, Cartón F7. 12.039.

Martín a Inglaterra, el 10 de mayo escribióle estas líneas: «En Londres, esperaré mucho tiempo lograr la satisfacción de hacer el conocimiento personal con el apreciable Libertador del Perú. Al llegar ayer a Southampton, vi anunciada la entrada de usted; ocurri luego a *Star Sun* y tuve el sentimiento de saber que pocas horas antes había usted marchado; si hubiese tenido la menor idea de ello, habría comunicado con gusto la noche anterior, así como he emprendido el viaje hasta ese punto — Iturbide se encontraba en Coffee Royal — con el objeto indicado. Ruego a usted tenga la bondad de venir a él sin dar la menor idea a persona alguna, ni aun de haber recibido carta mía, pues deseo que no sea conocido absolutamente este paso.

«Creo que nuestro buen amigo García del Río habrá dicho a usted algo sobre nuestra vista; por esta razón, y porque espero lograrla muy pronto, me limito ahora a asegurarle que soy verdadero admirador de sus virtudes y mérito» (1).

Las cartas de San Martín no nos dicen si esta entrevista con Iturbide efectuóse o no. Todo lo que sabemos relativo a la permanencia de San Martín en Inglaterra es que durante el año de 1824, o sea de mayo a diciembre, viajó por distintas partes del reino, que estuvo en Escocia, y que a presentación de lord Fiffe fué honrado con la ciudadanía de Banff. Este dato lo consigna en una nota manuscrita que hemos tenido entre nuestras manos, la nieta del Libertador, la señora Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, y hace referencia a él igualmente el historiador chileno don Benjamín Vicuña Mackenna quien, recordando este acontecimiento y la acogida que Inglaterra acordaba a los héroes del nuevo mundo, escribe: «Sus soldados eran en esta virtud, especialmente en Inglaterra, aclamados como héroes. Bolívar y San Martín se citaban como dos nombres de Plutarco. Entre los homenajes que el vencedor de Maipú recibiera en consecuencia desde su llegada a aquel país, sin contar la fastuosa hospitalidad de muchos nobles, recordemos solamente el honor de la ciudadanía que le confió la ciudad de Banff en Escocia» (2).

Estas y otras consideraciones que se le dispensaron a San Martín por parte de las autoridades inglesas, demuéstrannos que las vinculaciones de aquél con los lores ingleses fundamentábanse en una ideología común y que lord Fiffe acusó un sentido profético cuando antes de Chacabuco presintió el destino heroico de San Martín y después de la victoria lo señaló como un nuevo Wáshington. Esto explica además que la plaza de Londres se sintiese dominada por una desagradable sorpresa cuando supo allí su abdicación del mando supremo del Perú. Los valores de este Estado que allí se cotizaban bajaron en el acto y así lo consignaron en sus comunica-

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 332.

(2) VICUÑA MACKENNA. *El General San Martín*.

ciones al gobierno de Lima en uno de sus informes García del Río y Paroissien (1).

Pero el verse lejos de su patria o del escenario aquel en que se había distinguido con tanto brillo su espada, no fué razón para que San Martín se desatendiese de las cosas del Perú y así como primero en Chile y más tarde en Mendoza, trabajó para que la reacción patriótica se sobrepusiese al abatimiento que había provocado Moquegua. En Londres trabajó igualmente con ahinco para proceder a la adquisición de dos fragatas a fin de reforzar con ellas la armada peruana. Esto que era, por decirlo así, una corazonada de San Martín, fué desfigurado por los detractores de oficio y en lugar de presentarse las cosas como eran se lanzó a la circulación en el Perú un falso rumor. En el sentir de éste, San Martín preparaba una aventura. Con esas fragatas se presentaría de nuevo en las aguas del Pacífico y, arrebatando a Bolívar el cetro directivo que ya había empuñado, sería él y no éste el árbitro de la guerra. Era precisamente el 11 de diciembre de 1824 cuando Guido le escribía: «Desde principios de éste se ha sabido acá que, contratados por Mr. Robertson dos navíos armados para el Pacífico, volvía usted a América con García del Río. Desde entonces se ha levantado un rumor sordo que me ha producido disgustos amargos, porque habiendo sido bastante decente para no enrolarme en el número de los que a bandera desplegada difaman a usted, soy un objeto sospechoso sin embargo de ser irreprochable mi conducta y de haberme adherido exclusivamente a los intereses del país. Se cree tal vez alguna maniobra de parte de usted en que puedo servir yo de resorte, pero nadie mejor que usted sabe que estoy tan inocente en ella, como es para mí increíble, después de haber abandonado usted el Perú, la obra de cuya independencia pensé sinceramente que usted la acabase. Baste saber que está Monteagudo cerca del general Bolívar y que aquél, tan injusto como implacable enemigo mío, estoy cierto no perderá ocasión de levantarme una calumnia, como las que me ha supuesto en sus persecuciones, en la que nadie mejor que usted sabe tan bien que no he tenido parte».

Dos años más tarde, Guido volvería de nuevo sobre este tópico y le diría a San Martín: «En aquel tiempo se supo en Lima que usted trataba de negociar en Inglaterra dos fragatas de guerra para trasladarse al Pacífico para prestar sus servicios al Perú, y esta noticia fué suficiente para que el general Bolívar me mandase salir del país en el término de quince días; mi crimen único había sido

(1) «El desmayo que causó aquella noticia en el público británico, leemos en un documento firmado por estos dos personajes, abatió más los fondos de Estado; y ciertamente parece que no fué infundado en vista de la revocación parcial y ambigua de nuestros poderes que siguió a aquel suceso y de los desastres, peligros y agonía de la causa pública, desde que dimitió la protectoría el Excmo. señor don José de San Martín hasta que el Libertador de Colombia consumó la independencia del Perú». *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 462.

una franca declaración al general Bolívar de que yo jamás me abanderaría entre los enemigos de usted, porque la decencia y la gratitud me lo prohibían, y porque mis opiniones políticas, que alguna vez habían distado mucho de las de usted, eran independientes de mi amistad» (1).

En otro documento — es otra carta de Guido a O'Higgins y está datada ella en Lima el 17 de junio de 1825 — encontramos una referencia que esclarece ampliamente el asunto. «Ha llegado Alvarez Condarco de Inglaterra, dice Guido a O'Higgins en aquel entonces, comisionado por una sociedad para arrendar minas. Me ha hablado largamente de don José. Los sucesos desgraciados de Perú en el año anterior le afectaron extraordinariamente. Trabajó en efecto por que viniesen dos fragatas de guerra en auxilio del general Bolívar y no se verificó por falta de instrucciones del ministerio de Colombia. No se sabe cuándo volverá a América, a pesar de que según Condarco la memoria de este país es un tormento perpetuo para el general San Martín. Su situación moral es bien digna de compasión» (2).

Estamos como se ve en presencia de un testimonio categórico. Demuéstranos él que San Martín, estando en Londres, no tenía veleidades guerreras. Si algo lo preocupaba era el deseo de prestar servicios al Perú y con ese intento trató de negociar la compra de dos fragatas, para enviarlas, como así lo dice la historia, «en auxilio de Bolívar». Se trata de una especie muy distinta de la que fué lanzada a la circulación en aquel entonces por sus enemigos y detractores.

Estando en Londres igualmente y antes de alejarse de ahí para el sitio que ya había elegido a fin de pasar allí su ostracismo, San Martín decidió acogerse a la nueva ley militar que había sido sancionada por el gobierno de Rivadavia y extendió para esto un poder que remitió a su cuñado el general Manuel Escalada. Escalada pro-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 500.

Antes de retirarse de Lima el general Guido le dirigió a Bolívar una extensa carta justificativa de su conducta durante los años que estuvo al servicio de la causa americana. Rehace por decirlo así su trayectoria política desde que comenzó a figurar en el directorio argentino en tiempos en que San Martín organizaba el ejército de los Andes y la cierra poniendo en evidencia su conducta de hombre público en el Perú bajo las órdenes del Protector. Creemos nosotros que el ilustre prócer perdió una brillante oportunidad para dirigirse a Bolívar con un lenguaje más enérgico y que de haber procedido así no leeríamos en el día de hoy un documento en el cual el deseo de congraciarse con el héroe corre paralelo con aquel otro de presentarse como personalidad dirigente en el drama americano. Esto último no tiene nada de extraño si nos acordamos que Guido tuvo la manía de atribuirse papeles directivos que no le pertenecían. Es así como aun después de muerto San Martín quiso reivindicar ante la posteridad la gloria de ser él el iniciador del paso de los Andes. La carta en cuestión la termina Guido diciéndole a Bolívar: «Si V. E. advierte nimiedad en esta exposición es el deseo de ser conocido de V. E. que ha prevalecido al temor de desagradarle. Yo no me atrevo a desconfiar que el que ha tenido la bondad de oírme deje de disculpar la efusión de sentimientos de un americano, hijo de la revolución, amigo de la patria y de V. E.» *Revista Nacional*. Volumen 44.

(2) VICUÑA MACKENNA. *El General San Martín*, pág. 103.

cedió en el acto al desempeño de su cometido y se presentó ante la honorable cámara de representantes, declarando que encontrándose San Martín, por el estado de su salud, «imposibilitado para continuar prestando sus servicios al país en la carrera militar que le ha proporcionado tantos días de gloria» pedía que se le considerase en el número de los agraciados por la reforma militar. «El bien sabe, escribe Escalada en su representación, que la ley del 26 de agosto de 1822 declaró cerrada la expresada reforma militar; pero no ignora que hoy día reside en esta honorable corporación el mismo lleno de poder y autoridad que cuando la sancionó y declaró cerrada, y que ella puede abrirla de nuevo, respecto de un individuo particular, siempre que crea que los servicios que ha rendido a la patria lo hacen merecedor de aquel pueblo». Y antes de terminar: «El deseo de desempeñar mis poderes, y de llenar los votos de mi instituyente, me hacen gustoso transmitir a V. H. estos sus sentimientos y a su nombre empeñar mis súplicas ofreciendo a V. H. para el logro del objeto indicado los servicios, afanes, riesgos, inminentes peligros que rindió y a que por mucho tiempo estuvo expuesto aquel general por salvar la patria de los que por todas partes la rodeaban y lo que es de notoriedad consiguió en gran parte. V. H. ha sido un fiel testigo de su bizarro empeño y sabe que nuestra historia no se transmitirá a la posteridad sin recordar de un modo distinguido el nombre del general San Martín. Si la consideración es valiosa en el concepto de V. H. yo pido y espero que V. H. le distinga admitiendo a su ilustre autor la reforma militar con que tantos han sido favorecidos. V. H. expidiéndose en conformidad a los votos del general San Martín, dará un testimonio de en cuánto aprecia los relevantes méritos de los que se sacrifican por la seguridad y por la gloria de la patria» (1).

¿Qué se determinó sobre esa solicitud? ¿Se le acordó a San Mar-

(1) Al mismo tiempo Escalada presentó a la cámara de representantes otra solicitud en favor de la pensión que por ley del congreso disfrutaba la hija de San Martín. Esta pensión había sido decretada en la suma de seiscientos pesos, pero el 11 de abril de 1821, la junta de representantes declaró en suspenso el pago de toda pensión graciable. Con todo hizo una excepción con la que correspondía a la hija del general San Martín y sólo se suscitó una dificultad cuando por otra ley del 14 de diciembre de 1822 dispúsose que ninguna pensión pasase de quinientos pesos. Desde entonces la hija de San Martín dejó de entrar en el goce de ella y esto motivó la reclamación que en nombre y con facultad dada por San Martín entabló Escalada ante la junta en ese año. «He considerado oportuno, dice él, ocurrir a V. H. con la solicitud de que se digne declarar de que la hija del general San Martín no fué comprendida en la ley de diciembre de 1822 como no lo fué en la pasada resolución del 11 de abril de 1821, y que su derecho ha estado y está expedito para percibir la pensión de los seiscientos pesos anuales que en consideración a los relevantes méritos de su ilustre padre le fueron asignados. No es, Honorables señores, la pensión acordada a doña Mercedes de San Martín de la misma clase de las demás. Estas se denominan alimenticias rigurosamente, aquélla de puro y distinguido honor; y esta substancial y poderosísima diferencia fué sin duda alguna lo que influyó en V. H. para hacer la distinción que hizo en la expresada del 11 de abril y esta misma creo debe tenerse presente para hacer la declaración a que aspiro». *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 123.

tín o se le negó el retiro que solicitaba? Los antecedentes que al respecto conocemos permítennos responder en forma negativa, pues años más tarde, en 1833, su yerno, don Mariano Balcarce, se presentó a la legislatura de Buenos Aires, abogando por el pago de los sueldos devengados que se le adeudaban a San Martín.

Cuando San Martín llegó a las playas del viejo mundo, residía en París su hermano Justo a quien ya conocemos. Este se interesó por la suerte del hermano heroico y ya fuese por sugestión propia o a pedido de San Martín intentó entrevistarse con el conde de Corbière, a la sazón ministro del Interior, a fin de interesarse por la admisión de su hermano en Francia. Parece ser que esta entrevista se efectuó y que en ella se convino que Justo de San Martín diese forma escrita a su demanda, pues con fecha 11 de diciembre de dicho año el hermano del héroe presentó al ministro del Interior la siguiente solicitud: «Monseigneur, Votre Excellence voulant bien m'engager à lui indiquer par écrit le motif qui me faisait solliciter une audience particulière, je m'empresse de le lui exposer.

«Monsieur de Saint Martin, Joseph, mon frère, après s'être retiré depuis deux ans des affaires publiques de l'Amérique Méridionale, est venu en Europe dans l'intention de la visiter en ami des lettres et des arts. La France et Paris surtout, appelant vivement son attention sous ce rapport, mon intention était de solliciter de Votre Excellence le passeport nécessaire pour qu'il puisse se rendre dans cette capitale, où il sera très heureux de goûter pour quelque temps, à l'abri de vos sages lois, les douceurs d'une vie privée. Permettez-moi, Monseigneur, en consignand ici ma demande, de vous prier de l'accueillir avec bonté et de me transmettre la décision de Votre Excellence» (1).

No podemos decir si una solicitud tan justa como bien fundada fué acogida favorable o desfavorablemente. Presumimos que si no se respondió con una negativa rotunda se pusieron reparos que la dignidad de San Martín no pudo aceptar, y que decidió entonces dirigirse a los Países Bajos, solicitando su admisión en aquel reino. Esto es tanto más verosímil cuanto que un historiador chileno, don Benjamín Vicuña Mackenna, que recogió no pocas referencias directas relacionadas con San Martín, nos dice al tocar este punto: «El general San Martín, como todos los americanos, habría deseado establecerse permanentemente en Francia, es decir en París, que es la Francia, porque este país no es solamente cosmopolita por expansión sino con mucho poder por atracción. Mas la personalidad de un caudillo que había arrojado a la España del Pacífico no podía ser aceptable a los gobiernos de los Borbones, precisamente en los momentos en que Chateaubriand, otro poeta, imaginaba, en oposición a Canning, la monarquización diplomática de la América española».

(1) *Archivo de la Marina, Cartón F7. 12032.* — En ese momento el hermano de San Martín vivía en el núm. 30 bis de la rue Taitbout.

El hecho es que San Martín decidió a fines de 1824 poner fin a sus correrías por Inglaterra y retirando de la pensión en que la había colocado a su hijita decidió atravesar la Mancha y en compañía de ella clavar su tienda de héroe y de soldado en un arrabal de Bruselas. Antes de alejarse de las playas que le habían dispensado tan amable como honrosa acogida, lord Fiffe le escribió para despedirlo: «Tengo el placer de escribir dos líneas para dar una expresión de mi amistad a usted, antes de marchar, deseando muy feliz viaje y un pronto regreso, asegurando que nadie desea tanto tener el gusto de verle sano y bueno que su más apasionado y sincero amigo, *Fiffe*».

CAPITULO V

San Martín en Bruselas

SUMARIO: Bruselas y el reino de los Países Bajos. — Admisión de San Martín en Bruselas. — Un punto obscuro en la búsqueda documental. — Carta de San Martín a O'Higgins sobre su residencia. — Contestación dada por O'Higgins. — O'Higgins y los dardos de la persecución. — La vida de San Martín en Bruselas, según Miller. — Informe de Pablo Vázquez, diplomático mexicano, sobre San Martín y Riva Agüero. — Un libertador y un presidente del Perú en el destierro. — El ostracismo de San Martín y los acontecimientos en el Plata. — Rivadavia y la guerra con el Brasil. — Los triunfos de Alvear y de Brown. — Solicitud de San Martín para que se le prorrogue su licencia en Europa. — Invitación que le hace a Guido para que renueve esta solicitud y ofrezca sus servicios para la guerra. — Puntos tocados por Guido en su carta a San Martín. — Contestación dada por San Martín a su retorno de Holanda. — La política de Alvear según San Martín. — Acontecimientos que no escapan al análisis y penetración de San Martín. — La conducta de Manuel Escalada, juzgada por él. — San Martín y la exaltación de su bilis. — Mutación operada en su hija Mercedes. — San Martín considerado como un verdadero cuáquero en Bruselas. — Su casa de campo. — Pena que siente de no encontrarse en Mendoza. — Mendoza y el Paraná en los recuerdos de San Martín. — Con lo poco que tiene, San Martín se declara el hombre más poderoso de la tierra. — Un rasgo de buen humor. — El triunfo de Ituzaingo comunicado por Guido a San Martín. — Guerra civil que toma un carácter devastador. — San Martín y Bolívar según Guido. — El parte de la batalla de Ituzaingo. — Este triunfo y el de Juncal comentados por San Martín. — La conducta de Bolívar en el Perú no lo toma de sorpresa. — Causas de la caída de Rivadavia. — La diplomacia y sus burlas. — El carácter de Rivadavia según San Martín y el tratado que según él «es vergonzoso y degradante». — Alvear, según San Martín, «es una mala estrella que gravita sobre su país». — Rumor sobre el retorno de San Martín a su patria. — Un nuevo campo de gloria abierto a San Martín. — Rivadavia, le dice Guido, no habría podido resistirse al voto de la opinión, que lo es al mismo tiempo la de los militares. — San Martín y don Vicente López, elegido para la presidencia de la República. — Documento que suponemos perdido. — San Martín brinda a Vicente López su espada. — Olvido que hace Rivadavia del héroe de los Andes. — O'Higgins felicita a San Martín por su ofrecimiento. — Situación apremiante de San Martín expuesta en carta a O'Higgins. — Razones que lo determinan a pensar en un viaje al Plata. — Nueva casa habitada por San Martín en Bruselas. — Lo que era en esa época la *rue de la Fiancée*. — Los documentos topográficos y la casa que debió ocupar San Martín. — San Martín y su apoderado Iglesias. — La correspondencia de San Martín fiscalizada. — Una calumnia monstruosa. — Iglesias y la pensión de San Martín. — Suma que pudo cobrar en marzo de 1823. — Carta que a su regreso de Chile a Lima le escribe a San Martín. — O'Higgins designado por San Martín para cobrar su sueldo. — Razón por la cual San Martín no se dirige a Bolívar, árbitro del Perú. — Los intereses de San Martín en Lima, en manos de Riglos. — Iglesias y la chacra de San Martín en Mendoza. — Iglesias interesado en la compra del sitio que San Martín poseía en la Alameda. — Última carta de Iglesias a San Martín. — Un enemigo de San Martín que en Mendoza desea su retorno. — San Martín tan grande en la vida privada como en la gloria.

Cuando San Martín se decidió por fijar su residencia en Bruselas, esta ciudad formaba parte del reino de los Países Bajos y compartía con La Haya los honores de servir alternativamente de residencia a la Corte.

El reino de los Países Bajos formábalo una confederación de distintos Estados y entraban en ella las provincias de la Holanda, la Zelandia, Utrecht, Brabante, Lieja, Limburgo, Flandes, Hénault, Namur, Amberes y el ducado de Luxemburgo.

Al frente de esta confederación, que se denominaba igualmente Provincias Unidas, encontrábase un soberano que lo era Guillermo I, conocido antes de ceñir la corona, que lo fué después de Waterloo, con el nombre de príncipe de Orange-Nassau.

Por lo que se refiere a Bruselas, era ésta la capital de la provincia de Brabante, cuya provincia contenía una población de más de cuatrocientas mil almas. La ciudad de Bruselas no era en ese entonces una gran metrópoli, pero destacábase ya entre las ciudades más renombradas del Continente por su cultura, por su gusto artístico, por el buen trato y laboriosidad de sus habitantes. Además de un tribunal de Justicia, poseía una academia de ciencias y de bellas artes, un ateneo, una sociedad literaria, diversos clubs de lectura, un jurado de medicina, un jardín botánico y dos teatros, sin contar sus grandes monumentos artísticos como lo eran y lo son aún su catedral, o sea la iglesia de Santa Gudula, y su casa consistorial.

Los extanjeros afluían en gran número a Bruselas atraídos por la baratura de la vida. Ellos llenaban sus hoteles, sus casas de pensión y los cafés, entre los cuales habían adquirido gran renombre el de la *Amitié*, el *Wauxhall*, el *Foy* y el *Royal*.

Tal era en síntesis el país y tal la ciudad que San Martín eligió para fijar allí su residencia y para educar a la hija que con él había atravesado «el mar proceloso», como así lo apunta en carta a un amigo.

¿Cómo fué admitido San Martín en Bruselas, y qué trámites precedieron a esta decisión? He ahí varios de los puntos que hemos intentado dilucidar, pero para lo cual han sido vanos nuestros esfuerzos a pesar de haber visitado y tratado de escudriñar minuciosamente los archivos de La Haya y de Bruselas. No nos queda pues otro recurso que aceptar lo que al respecto nos dice la tradición y afirmar así que al entrar en el reino de los Países Bajos, en testimonio de la hospitalidad que allí se le ofrecía, prometió San Martín respetar con fe, casi religiosa, las leyes del Reino.

Si éste es un punto oscuro que la búsqueda documental no nos ha permitido esclarecer, no lo es menos el relacionado con la primera residencia o casa que habitó San Martín al instalarse en Bruselas. Lo único que sabemos es que su alojamiento se encontraba lejos de la ciudad, y que habiendo instalado a su hija en una pensión inglesa, pasó allí las horas más duras y amargas de su ostracismo.

«Desde fines del año pasado — le escribe a O'Higgins con fecha 5 de febrero de 1825 y desde Bruselas — me he establecido en ésta. Lo barato del país y la libertad que se disfruta me han decidido fijar mi residencia aquí hasta que finalice la educación de la niña, que regresaré a América para concluir mis días en mi chacra y separado de todo lo que sea cargo público y si es posible, de la sociedad de los hombres». Y después: «Aguardo por momentos los resultados de la campaña del Perú. Quiera la suerte sea favorable para terminar los males de la América» ⁽¹⁾.

«Bruselas es ciertamente, le contesta O'Higgins, el mejor lugar que se podía haber escogido para su residencia, lejos de ingratos y envidiosos recuerdos y lo más aparente para satisfacer el objeto de educar a su hijita, cuya prosperidad y salud le desean a ella y a usted mi señora madre y hermana Rosita, con un millón de expresiones, del mismo modo de su eterno amigo».

Cuando estas líneas salían de la pluma de O'Higgins, la batalla de Ayacucho ya había puesto fin a la guerra en el Perú y desen-vuelta ella bajo la espada de San Martín. Este desenlace no puso fin por desgracia a las disidencias políticas que separaban a los patriotas; y O'Higgins en el Perú, como San Martín en el extranjero, se vieron nuevamente hostilizados por sus enemigos y perseguidores.

Con fecha 1º de enero de 1825, San Martín se ve en la necesidad de decirle a Chilavert: «En mi retiro de Mendoza yo promovía una federación militar de provincias. Vengo a Europa, y al mes de mi llegada un agente del gobierno de Buenos Aires en París — que sin duda alguna concurre a los consejos privados del ministerio francés — escribe que uno u otro americano residente en Londres, tratan de llevar, metido en un bolsillo, a un reyecito para con él formar un gobierno militar en América. He aquí indicado al general San Martín, que como educado en los cuarteles debe haberle alejado la oportunidad de estudiar otro sistema más adecuado a la verdadera voluntad y a las necesidades positivas de los pueblos. Por lo expuesto no sé ya que línea de conducta seguir, pues hasta la de separarme de las grandes capitales y vivir obscurecido en ésta, no ponen a cubierto de los repetidos ataques a un general que por lo menos no ha hecho derramar lágrimas a su patria. Me he extendido más de lo que pensaba, pero séame permitido un corto desahogo a dos mil quinientas leguas del suelo que he servido con los mejores deseos» ⁽²⁾.

Esta declaración de San Martín, declaración por otra parte íntima y confidencial, nos ilumina un tanto la escena histórica que estamos estudiando, y nos demuestra la razón empeñosa con que se fiscalizaba la correspondencia del Libertador en exilio, como se

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 4.

(2) *Ibidem*, pág. 148.

fiscalizaba igualmente a su vez la de O'Higgins, residente en Lima. «Nada extraño es, mi amado amigo, le dice éste, no hayan llegado a su poder mis cartas escritas por el bergantín en que se fué Mr. Parish Robertson para Inglaterra, como las que escribí por la Corbeta de guerra *Bloosom* y por las fragatas también de guerra *Aurora* y *Tartar*, cuando veo el empeño con que se ocupan hombres infatigables en la perversidad y la intriga, por obtener toda clase de cartas y papeles que no solamente nos pertenezcan, sino también que digan relación a nuestros nombres. Igual suerte habrán tenido las de usted, pues no han llegado a mis manos más que una de Havre de Gracia y otra de Bruselas del 3 de febrero de 1825 ⁽¹⁾).

Haciendo alusión a esta época de la vida de San Martín, Vicuña Mackenna nos dice: «Durante tres años habitó San Martín en Bruselas con la modesta vida de un viejo soldado, retirado a sus cuarteles. El general Miller que lo visitó entonces y le trató con la intimidad que San Martín permitía sólo a sus camaradas, nos ha referido que la existencia de aquel ilustre americano no podía ser más sencilla ni más austera. Su hija estaba en una pensión y él mismo que vivía en un lejano arrabal se veía obligado a andar a pie todos los días más de una milla para comer a la mesa redonda de un café a que estaba abonado».

El testimonio este coincide con el informe que presentó a su gobierno el señor Pablo Vásquez, diplomático mexicano que en ese entonces se encontraba en Bruselas.

El informe de Vásquez tenía por objeto el responder a una consulta que la cancillería mexicana le había formulado con motivo de haberse dicho por el ministro de Colombia que algunos americanos residentes en Roma, en Madrid, en París y en Bruselas

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 14. — En este mismo documento O'Higgins se queja de la conducta que observa para con él «el traidor Freires». Dícele a San Martín que «ha consumido sumas considerables en estas pesquisas y frecuentemente se han burlado de él sus viles agentes, unas veces suplantando mi firma, a cartas asquerosas, otras anónimas y finalmente suponiendo cifras misteriosas para engañar la multitud y sorprender la sanidad de los buenos, y aunque no faltan algunas almas fuertes y sensibles que cuidan de moderar las pasiones, abunda nuestra patria, por desgracia, de tantos ingratos envidiosos y falsos calumniantes — como lo comprueban los papeles sucios de Chile y Buenos Aires — que su poder ha sido absoluto en los últimos cuatro años y su rapacidad y vileza, en nada ha variado el carácter español hasta en la presente época en estas regiones».

O'Higgins siéntese dominado por el más negro de los pesimismos y al referirse a su patria dícele a San Martín que «Chile ha tocado ya al último grado de humillación nacional. No hay una sola cosa capaz de herir el pundonor y degradar el carácter de un pueblo independiente que no haya experimentado. Están disueltas toda suerte de garantías de seguridad individual, de propiedad, y lo que es más respetable y sagrado entre los hombres el honor y ajena honradez, son constantemente materias de las más desvergonzadas violaciones. El país es nulo. Nulo en todas sus partes, sin tropas, teniendo a un enemigo, sin crédito, sin caudales, sin espíritu público, sin unión, sin política, sin jueces, sin rectitud, y abrumado de cuantos males pueden imaginarse». La pintura como se ve, no puede ser más sombría y recargando sus tintas dice a continuación: «Se ha perdido ya la moral. Se acabaron las costumbres y no se quieren leyes porque las que se dictan hoy se pisan mañana. Estas suponen orden y subordinación y esto no se quiere en Chile».

conspiraban con el objeto de hostilizar a las Américas. Por lo que se refiere a las tres primeras de las capitales mencionadas, el señor Vásquez decía que nada había llegado a sus oídos ni por los papeles públicos ni por ningún otro conducto. Esto no debía considerarlo extraño su gobierno dado que si unas sesenta leguas lo separaban de París, de Madrid y de Londres lo separaban más de trescientas. «Que las hay actualmente en esta ciudad durante mi residencia — hace relación a las juntas conspiradoras motivos de la denuncia — es absolutamente falso y estoy seguro de la verdad de mi aserción que respondo de ella con mi cabeza. Si algún papel público lo ha dicho será una nueva prueba de lo que se miente en los periódicos, los cuales, a consecuencia de la desmoralización en que se halla la Europa, lo hacen casi diariamente y con la mayor impudencia. No hace muchos días que los papeles de Francia dijeron que el general había estado en esta ciudad paseándose en el Parque a vista de todo el mundo. Si alguno lo ha escrito créame V. E. que ha sido efecto de ligereza, seducción o malicia. Los belgas son pacíficos, industriosos, y tan afectos a su país que no son capaces de emprender revoluciones en las Américas. Los españoles que se hallan aquí emigrados en la mayor parte están llenos de miseria, sumamente abatidos y sin el menor recurso para hostilizar en ningún sentido. A más de esto son muy pocos y no de los que han figurado en la revolución de España y casi todos desconocidos».

«Los americanos emigrados, agrega luego, están reducidos a dos. San Martín, el cual se está metido en su casa sin tratar a nadie y el otro es Riva Agüero. De éste es de quien dice el ministro de Colombia irritado, que tiene juntas en su casa, y que está hostilizando a su país. Uno y otro es falso. Antes de casarse concurría por la noche en la casa de un español infeliz, a la que asistía otro de igual clase, y jugaba un tresillo miserable. Después que se casó no visita más casa que la de los padres y parientes de su mujer. Vive en un barrio de la ciudad y con la mayor moderación por falta de recursos» (1).

Por un raro capricho del destino, como se ve, vinieron a encontrarse en Bruselas viviendo cada uno su exilio, el ex presidente del Perú y el que había sido antes su Libertador y su Protector. El

(1) *Archivo Histórico Diplomático Mexicano*, nº 27. — En este mismo informe leemos que a Riva Agüero lo visitaban entonces dos franceses que habían emigrado del Perú huyendo de Bolívar y al que aborrecían lo mismo que lo aborrecía Riva Agüero, y que un año antes había estado en Bruselas el general Herrera quien como se sabe había sido ministro de la Guerra del infortunado peruano, cuando éste trasladó la sede presidencial de Lima a Trujillo. Según el informante, Herrera pasó de Bruselas a París y de allí a Londres. «La concurrencia de estos viajes, escribe, con un papel que salió contra Bolívar ha sido todo el fundamento para juzgar que Riva Agüero estaba hostilizando a las Américas. Yo no sé que esto se pueda hacer a la distancia en que se halla dicho sujeto sino enviando agentes que seduzcan, reclutando gentes, comprando armas, buques, vestuarios y municiones de guerra. ¿Ha hecho esto Riva Agüero o algún otro de los que residen en Bruselas? Estoy seguro de que nada de esto ha habido; y que los sujetos que han escrito la noticia deben estar muy avergonzados cuando hayan sabido el objeto que llevó Herrera a París y Londres; que se halla establecido en Chile y que Riva Agüero vive enteramente aislado».

enclaustramiento de San Martín, como lo dice el informante, es absoluto. Riva Agüero por el contrario se permite algunas satisfacciones y éstas lo son la del juego y las que puede proporcionarle la del hogar que acaba de constituir en su exilio.

El primer período del ostracismo político de San Martín coincidió con una serie de acontecimientos políticos que agravaron las crisis interna y externa que trabajaba a las Provincias Argentinas en aquel entonces y cuyo desenlace en el orden de las relaciones internacionales trajo la guerra con el imperio del Brasil. Desde los tiempos más remotos de la colonia, los portugueses ambicionaban por anexar a sus dominios en América lo que se conocía con el nombre de la Banda Oriental del Río de la Plata y esta política anexionista obligó a principios del siglo diez y ocho a que un gobernador de Buenos Aires, el general don Bruno de Zabala, fundase en esa banda la ciudad de San Felipe de Montevideo.

La guerra de la independencia que se pronunció en el virreinato del Río de la Plata con el estallido revolucionario del 25 de Mayo de 1810 no puso fin por desgracia a este conflicto, causa de reclamaciones frecuentes entre la corte de Madrid y de Lisboa. Por el contrario la cuestión se agravó por así decirlo, y el mismo estado de tirantez que había perdurado en lo relativo a este punto entre España y Portugal comenzó a surgir entre la corte de Río de Janeiro y el gobierno de Buenos Aires, cuando éste declaró con sus actos y con su política que la Banda Oriental del Río de la Plata entraba en los límites hasta donde se extendía su soberanía.

No nos corresponde el historiar aquí los antecedentes que precedieron y acompañaron a este conflicto. Nos basta decir que el gobierno argentino agotó todos los recursos para impedir que el conflicto llegase a ser un *casus belli* y que sólo se resignó a la guerra cuando ella fué declarada a las Provincias Argentinas por el Emperador del Brasil el 1º de diciembre de 1825 (1).

(1) Después del triunfo de las armas libertadoras en Ayacucho sólo quedó en pie la parte del ejército realista que comandaba Olañeta y que había gravitado como una amenaza perenne sobre las Provincias Argentinas del norte. Con tal motivo el gobierno de Buenos Aires dispuso que el general Arenales, gobernador de Salta, avanzase sobre el Alto Perú al frente de una división y que exigiese de Olañeta la rendición que le imponían las circunstancias, procediendo luego a una consulta popular para saber si esas provincias querían permanecer independientes o seguir integrando el Estado argentino.

Hacia mediados de mayo de 1825 supo Arenales que Sucre había pasado el Desaguadero, que Olañeta había fallecido, que de su ejército sólo quedaban unos trescientos hombres y además que el general Sucre a su vez había procedido a practicar la consulta plebiscitaria aconsejada por el congreso de Buenos Aires.

En tal circunstancia y a fin de resolver algunos puntos en litigio entre los cuales predominaba el relacionado con la provincia de Tarija, el general Las Heras, de acuerdo con el congreso argentino, designó una comisión que pasase al Alto Perú y después de cumplimentar a Bolívar entrase en el desempeño de su cometido. Esta comisión la componían el general don Carlos María de Alvear y el doctor don José María Díaz Velez. El 7 de octubre uno y otro eran recibidos solemnemente por Bolívar en Potosí y procedían a llenar su cometido sujetándose a sus instrucciones. Según éstas el general Alvear debía demostrar a Bolívar «cuan peligrosa

El gobernador de Buenos Aires que lo era el general Las Heras aceptó el reto y al mismo tiempo ordenó la formación de un ejército mientras la escuadra atacaba la flota imperial que pretendía hacer efectivo el bloqueo de los puertos argentinos. Las Heras concluyó por presentar su renuncia de gobernador para ocupar ese puesto y en sustitución del general don Martín Rodríguez, que se encontraba al frente del ejército de operaciones formado por orden de Las Heras, nombró al general Carlos M. de Alvear, que era a la vez su ministro de la Guerra. La mayoría de los jefes que formaron el ejército republicano habían hecho la guerra de la Independencia y militado bajo las órdenes de San Martín. El general Alvear co-

es a la independencia y libertad de América la política adoptada por la corte del Brasil como igualmente la aversión con que el emperador mira las nuevas repúblicas y su decidida oposición a todo cuanto pueda consolidarlas».

Además de este objetivo los emisarios argentinos debían proponerle a Bolívar una alianza de las Provincias Unidas con las repúblicas de Colombia y del Perú — Estado éste que por la invasión brasileña de las provincias de Moxos y de Chiquitos se encontraba igualmente en estado de agravio — y obrando de conjunto presionar al emperador del Brasil para que entregase la Banda Oriental y desistiese de su política belicosa.

Alvear hizo saber a su gobierno que la delegación había sido recibida por Bolívar con gran respeto y en carta del 23 de octubre de 1825 le dice textualmente a García: «El Libertador desea ardientemente tomar parte en la guerra pero quiere hacerlo con acuerdo de Colombia y Lima, y dice a usted que si éstos se niegan él lo hará sólo con este Estado. Pero yo he traspasado una cosa que quién sabe si nos acomodará; por mi voto no me prestaría. Soy de opinión que a todo trance y a toda costa se evite declarar nosotros la guerra por ahora y sería muy conveniente a mi ver hacer gran bulla con Bolívar para que el Brasil se contenga y dar tiempo a que las cosas maduren. Sería muy conveniente que *El Argos* no atacase ni criticase en nada a este hombre. El es muy sensible a todo ataque y usted sabrá que estaba fuertemente prevenido contra todos ustedes. Usted sepa que él tiene puestos sus ojos en esas provincias y trata de saber por todos los medios lo que pasa así como procura hacerse relaciones y amigos». Y el 5 de enero de 1826 al hacer alusión a Tarija: «Usted ha visto que el Libertador se había comprometido a que la suerte de Tarija por la comunicación de la Paz, quedase pendiente de la resolución del congreso del Bajo Perú como lo están estas cuatro provincias, y a pesar de esto se le convenció y cedió; denotaré a usted que se nos ha asegurado que es la primera vez que se le ha visto volver atrás, después de una resolución pública tratada. Además todos estos habitantes clamaban por Tarija».

En sus comunicaciones al gobierno argentino, declara Alvear que en la primera entrevista que celebró él con Bolívar había argumentado un tanto para arrebatarse al Estado argentino el derecho posesorio que éste invocaba sobre Tarija, pero que había concluido por reconocerlo. Este asunto lo dió en ese entonces como terminado y prometió que se entregaría dicha provincia y que se darían las órdenes para que se retirasen las tropas.

A propósito de esta entrevista, he aquí lo que Bolívar le escribe a Santander con fecha 10 de octubre de 1825 y haciendo alusión a los señores Alvear y Díaz Vélez: «Ellos me han repetido fuerte y enérgicamente que la guerra con el Brasil es inevitable por los motivos que antes he dicho: que ellos no son bastante fuertes para rechazarla, y por fin me han pedido auxilios de Colombia y el Perú. Me han dicho terminantemente que yo debo ejercer el protectorado de la América como único medio de salvarla de los males que la amenazan muy particularmente por la actitud hostil que ha tomado el Brasil contra Buenos Aires y que puede adelantarse a medida de las ventajas que obtenga. Medite usted bien estas noticias que son de una gravedad vital y no le será difícil penetrar que el Brasil no sólo está dispuesto a romper las hostilidades contra Buenos Aires y nosotros sino que se adelanta a insultarnos y provocarnos».

Luego declara: «Los señores Alvear y Vélez, se han avanzado a proponerme como uno de los principales objetos de su misión que destine una expedición a libertar

menzo las hostilidades al mismo tiempo que el almirante Brown hostilizaba a la escuadra enemiga. Esta fué derrotada en el combate de Juncal y en el de los Pozos, y el ejército, después de haber obtenido los triunfos de Yerbal, Bacacay y Ombú, el 20 de agosto de 1827 coronó esos triunfos con la batalla de Ituzaingo.

Al decir del general don José María Paz, héroe en todas estas jornadas, la victoria de Ituzaingo fué debida más a las inspiraciones individuales del momento «que a las disposiciones tácticas del general Alvear que no tuvo ningunas». «Ituzaingo, escribe, pudiera llamarse la batalla de las desobediencias: allí todos mandamos, todos combatimos, y todos vencimos guiados por nuestra propia inspiración» (1).

Cuando se iniciaron estas hostilidades, San Martín estaba pendiente de una solicitud que había presentado a su gobierno por medio de su apoderado don Manuel Escalada, para que se le prorrogase el término de su licencia en Europa. Al parecer, esta solicitud se extravió y cuando San Martín se dió cuenta de lo sucedido insinuó a Guido, por lo que creemos, para que se renovase el pedido. «Hoy he hablado con Manuel Escalada, le dice, acerca de la representación que usted hizo para que se le prorrogase el término de su licencia para permanecer en Europa. Ya le dirá a usted que el escrito se perdió y en estas circunstancias sería imprudentísimo que Manuel hiciese otro a nombre de usted, pidiendo secamente la prórroga. Soy pues, de opinión, por honor de usted, por el de este país y por el de sus amigos, que aunque no se le pase por la

el Paraguay oprimido por Francia. Aquellos señores dicen que nosotros estamos en la actitud más favorable para ejecutar esta operación de la cual resultaría grandes ventajas para Buenos Aires, muy particularmente en la guerra contra el Brasil». Pero si esto es lo que escribe Bolívar a Santander, veamos que es lo que escriben Alvear y Díaz Vélez al gobierno argentino: «Los infrascritos tienen el honor de participar — esta comunicación está datada el 21 de octubre — al señor ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata que S. E. el Libertador de Colombia y el Perú ha pedido a los ministros que suscriben que trasmitan a su gobierno el proyecto que tiene S. E. de hacer una expedición a la provincia del Paraguay, ocuparla y variar su gobierno; que el objeto principal que en ella se propone tiene mucho de romancesco cual es libertar a Bompland; que esta empresa haría ruido entre los sabios de Europa como Humboldt y otros; que el Paraguay sonaba en Europa y que todo esto contribuía a hacer aparecer el proyecto como digno de los tiempos heroicos. Que él no quería el Paraguay sino para devolverlo a las Provincias Unidas, y que se sirviesen pedir a su gobierno la competente autorización como territorio que le pertenecía de derecho».

Evidentemente, no fué ni Alvear ni Díaz Vélez, sino Bolívar quien planteó esta iniciativa. ¿Cómo se explica entonces la tergiversación de la verdad por parte de su autor? La clave nos la da el propio Bolívar y la constituye ésta el apresuramiento o desorden con que escribió a Santander la carta en cuestión. Antes de finalizarla Bolívar le dice al vicepresidente de Colombia: «Al terminar esta carta, tendré que confesar a usted que ella no está dictada por mí y por eso los asuntos van todos embrollados y no tienen ninguna claridad. Imagínese usted que era necesario redactar dos conferencias de cinco horas; y en muy pocos minutos yo las he referido a Santana — era éste un secretario de Bolívar — para que se las escribiese a usted. Por la misma causa ha salido muy defectuosa la redacción de las dos conferencias hechas por el Secretario». Ver: GREGORIO F. RODRÍGUEZ: *Contribución Histórica y Documental*, vol. II y VICENTE LECUNA: *Cartas del Libertador*, vol. V.

(1) CLEMENTE L. FREGUEIRO. *La Batalla de Ituzaingo*.



Plano parcelario de la ciudad de Bruselas en que figura el trazado de la calle de la Fiancée, en donde existió la casa que habitó San Martín en 1828. (*Biblioteca Nacional de París, sección Grabados y Estampas*).

imaginación el venir a América, renueve usted su solicitud al gobierno, pero ofreciendo en ella sus servicios para la actual guerra y que si no fueren necesarios se le prorrogue por el período que usted designará. Así opina Manuel y opinará todo verdadero amigo suyo» (1).

¿Qué contestó San Martín a esta insinuación o consejo? Además de este punto, en la carta que nos ocupa Guido tocaba otros relacionados con la política del país. Decíale que el estado de las cosas era poco lisonjero, que el nombramiento de un presidente — hacía alusión a Rivadavia — en el carácter de permanente, antes de haberse dado por el congreso la constitución; el ataque a la junta provincial de Buenos Aires, la capitalización nacional y otros pasos semejantes habían comenzado a influir en la desorganización del pacto en que habían entrado las provincias para la instalación del congreso. Decíale que el congreso estaba además en víspera de concluir la constitución, la cual debía pasar a examen de todas las provincias y que algunas provincias como la de Córdoba y Santa Fe, se preparaban a resistirla porque ellas estaban más por el sistema federal que por el unitario.

Abordando el tema de la guerra le hacía saber a San Martín que con la llegada de lord Ponsomby a Buenos Aires, creíase que pronto se llegaría al término de las hostilidades, pero que pronto pudo comprobarse lo infructuoso de las tentativas de este ministro en la corte de Río de Janeiro; que en su entrevista con Rivadavia, le indicó a éste por vía de consejo los medios que podían intentarse para provocar con buen éxito una negociación con el emperador del Brasil, ofreciéndole a éste la suma de quince millones de pesos pagaderos en quince años, siempre que los portugueses evacuasen la Banda Oriental y que como garantía del tratado se admitiese en la Colonia del Sacramento una guarnición inglesa. «Ya se deja ver, escribe Guido textualmente a San Martín, que una negociación sobre tales bases habrá encontrado de parte del gobierno toda la resistencia que aconsejaría la más vulgar previsión en otras circunstancias, pero nuestro estado es tal que a mi modo de ver pueden sentarse como axiomas las dos proposiciones siguientes:

1º Si la guerra se estaciona por año y medio corremos el inminente riesgo de perecer por una disolución completa.

2º Si libramos a una batalla el éxito de esta contienda, una victoria prolongaría nuestra existencia sin asegurarla; y una derrota nos pondría a discreción bajo la ley del vencedor, porque todos nuestros elementos militares absolutamente se han aglomerado en el ejército de la Banda Oriental. Por otra parte, el tiempo sólo es el que revelará las aptitudes de don Carlos Alvear en la dirección y en el uso de la fuerza que se ha confiado a su cuidado» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 512.

(2) *Ibidem*, pág. 511.

Cuando esta carta llegó a manos de San Martín, éste acababa de regresar a Bruselas, después de un viaje por Holanda, y tomando la pluma le contestó así al amigo: «Confieso que el bosquejo que usted me hace me contrista aunque no me sorprende. Digo que no me sorprende porque conociendo, como usted debe persuadirse conozco bien a fondo el estado de nuestra América, no se necesita una gran previsión para haber calculado todo lo que actualmente sucede y lo que sucederá sin incurrir en mucho error cual serán los desenlaces finales, aunque muy difícilmente calcular la época de su terminación. Usted no debe haberse olvidado las infinitas veces que le he dicho que nuestra gran crisis se experimentaría al concluirse la guerra de emancipación. Ella era indispensable visto el atraso y los elementos de que se compone la masa de nuestra población, huérfanos de leyes fundamentales y por agregado las pasiones individuales y locales que han hecho nacer la revolución. Estos males se hubieran remediado en mucha parte si los hombres que han podido influir se hubieran convencido de que para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que un orgullo nacional, pero que para defender la libertad y sus derechos se necesitan ciudadanos, no de café, sino de instrucción, de elevación de alma, y por consiguiente capaces de sentir el intrínseco y no arbitrario valor de los bienes que proporciona un gobierno representativo».

«Cinco años ha estado a mi lado, prosigue diciendo San Martín. Usted más que nadie debe haber conocido mi odio a todo lo que es lujo y distinciones, en fin, a todo lo que es aristocracia. Por inclinación y por principios amo el gobierno republicano y nadie, nadie lo es más que yo. Pero mi afección particular no me ha impedido el ver que este género de gobierno no era realizable en América, sino pasando por el alambique de una espantosa anarquía y esto sería lo de menos si se consiguiese los resultados, pero la experiencia de los siglos nos ha demostrado que sus consecuencias son la tiranía de un déspota. Ello lo dirá» (1).

Después de esta exposición o doctrina en la cual San Martín demuestra su inquietud por el resultado beneficioso que puede esperarse de una democracia inorgánica y revolucionaria, aborda el tema relacionado con el ejecutivo y el congreso — punto capital de disidencia entre Buenos Aires y las provincias — y le dice lo siguiente: «Yo no puedo hacer injusticia a tantos hombres que se hallan al frente de la administración como a los que componen el congreso en suponerles una falta de previsión o cálculo para ignorar que la cooperación que se prestaba a los orientales — cooperación justa, justísima si usted quiere, pero que estaba en contradicción con una sana política — harían necesariamente empeñar la guerra con el Brasil, que los resultados de ella no podían menos que sernos funestos por cualquier punto de vista que se mirasen; que el bloqueo

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 213.

del río sería la primera consecuencia y que obstruido este único canal de nuestra existencia y sin medios para impedirlo, no restaba otra alternativa que la de una paz, hablemos claro, vergonzosa. Luego la contienda se ha empeñado por temor a la opinión de los gritones de la capital y en este caso manifestada la debilidad de la autoridad puede asegurarse de la ninguna consideración y respeto, base sobre la cual reposa todo gobierno representativo y sin ella la anarquía».

«¿Conque la política de don Carlos, se pregunta después, no ha variado un ápice de la que desplegó en el tiempo de su directorio y que, además, se le ha confiado el mando de todas las fuerzas del Estado? ¡Gran Dios! ¡Echa una mirada de misericordia sobre las desgraciadas Provincias Unidas! Sí, amigo mío, toda la protección del Ser supremo es necesaria para que no se arrepientan de tal elección. Ello dirá y por ahora basta de política».

Aun cuando San Martín no se encontraba en el teatro de los sucesos, no por eso su opinión carecía de fundamento. Aquéllos podían escapar a su perspicacia y análisis pero no podía suceder lo mismo con los hombres que presidían a esos acontecimientos o que se veían arrastrados por ellos. Irónica y maliciosamente, San Martín pone en su pluma un acento de exclamación y al hacerlo se dirige a la divinidad para que su providencia, en horas tan críticas y luctuosas, se haga sentir sobre su patria. La exclamación de sorpresa no se la arrancan precisamente los sucesos. Se la arranca la personalidad militar del hombre a quien el gobierno de Rivadavia ha confiado la suerte de la guerra, y es por esto, por lo complejo que se presenta el teatro de esos acontecimientos, que se teme una paz vergonzosa. Esta paz no fué vergonzosa, felizmente, pero fué una paz de compromiso. El desenlace de los sucesos militares no fué lo bastante poderoso para desarmar al adversario, y es por esto que si las Provincias Argentinas en la guerra contra el imperio del Brasil, obtuvieron en el terreno de las armas una victoria brillante, esa victoria no consiguió los mismos lauros en el terreno de la diplomacia.

Entrando en el dominio de las cosas privadas, San Martín le escribe a Guido en esa misma ocasión, que se sorprende por lo que le dice respecto de Manuel Escalada, y con relación a su solicitud que presentara él en abril de 1825. «Esta es la primera noticia que tengo, escribe textualmente, después de las repetidas veces que le he suplicado me dijese francamente cual había sido la contestación del gobierno, y confieso a usted que creía que mi hermano hubiera desempeñado esta comisión que le había encargado con tanta recomendación y atribuyendo su silencio a que el gobierno, para hacerme un grosero desaire, no había querido contestar. Esta es la razón por qué cuando se declaró la guerra con el Brasil, me pareció indecoroso ofrecer mis servicios y exponerme a nuevo bochorno.

«Yo había mirado con indiferencia la suspensión de la pensión

de mi hija, los insultos hechos a mi persona en los papeles ministeriales; pero no podía ser indiferente a un desprecio personal que creía se me hacía no contestando la solicitud que hice.

«Confieso a usted que me es sumamente extraña la conducta de Manuel en este asunto por cuanto si dicha solicitud se había extraviado debía habérmelo avisado a mi nombre y no dejarme en un desabierto desagradable. En fin, ya es demasiado tarde para ofrecer mis servicios y por otra parte estoy seguro que este paso se creería dado por miras hostiles, tanto más cuanto sé el empeño que se ha puesto en hacer creer que el general San Martín no ha tenido otro objeto en su viaje a Europa que el de establecer una monarquía en América. Los miserables que hacen circular tan indignas imposturas no conocen que los sentimientos que francamente —porque soy libre— he expresado sobre este particular no tienen nada que ver con los que respetan a la opinión de la masa en general y que sacrificaría mil veces mi existencia por sostener la República». «Alto aquí, exclama San Martín, mi bilis se exalta y esto no entra en el orden del plan que me he propuesto» (1).

Con un rasgo de su pluma San Martín, como se ve, esclarece un punto capital, cual lo es el que le presenta Guido al hablarle de la guerra con el imperio del Brasil. San Martín en esa como en todas las circunstancias se considera como soldado de su patria. En modo alguno hubiera dejado de cumplir con el deber de brindar a su gobierno su espada; pero sólo lo retiene un escrúpulo, y es el de saberse desairado, cuando en realidad de verdad sólo existía de por medio, no un desaire, sino una omisión cometida por su hermano político. Explicada así la razón por la cual no ofreciera sus servicios cuando estalló la guerra entre la república y el imperio, San Martín pasa a hablarle a Guido de sus cosas privadas, de su vida en Bruselas y de los cambios que se han operado con la nueva educación en su hija. «Cada día me felicito más y más de mi determinación, le dice a Guido, de haberla conducido a Europa y arrancado del lado de doña Tomasa. Esta amable señora con el excesivo cariño que la tenía, me la había resabiado — como dicen los paisanos — en términos que era un diablottín. La mutación que se ha operado en su carácter es tan marcada como la que ha experimentado en figura. El inglés y el francés le son tan familiares como su propio idioma y su adelanto en el dibujo y música son sorprendentes. Usted me dirá que un padre es un juez muy parcial para dar su opinión, sin embargo mis observaciones son hechas con todo el desprendimiento de un extraño porque conozco que de un juicio equivocado pende el mal éxito de su educación; en cuanto a mí, sólo le diré que paso en la opinión de estas gentes por un verdadero cuáquero; no veo ni trato a persona viviente, porque de resultas de la revolución he tomado un tedio a los hombres que ya toca en ridículo.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 515.

«Vivo en una casita de campo, tres cuadras de la ciudad, en compañía de mi hermano Justo; ocupo mis mañanas en la cultura de un pequeño jardín y en mi taller de carpintería; por las tardes salgo a paseo y las noches en la lectura de algunos libros alegres y papeles públicos; he aquí mi vida. Usted dirá que soy feliz. Sí, amigo mío, verdaderamente lo soy. A pesar de ésto ¿creerá usted, si le aseguro, que mi alma encuentra un vacío que existe en la misma felicidad? ¿Sabe usted cuál es? El de no estar en Mendoza. Usted reirá, hágalo, pero le protesto que prefiero la vida que seguía en mi chacra, a todas las ventajas que presenta la culta Europa y sobre todo este país, que por la libertad de su gobierno y seguridad que en él se goza, le hace un punto de reunión de un inmenso número de extranjeros. Por otra parte, lo barato de él no guarda proporción con el resto de la Europa. Basta decir a usted que por mi casa, compuesta de tres piezas perfectamente tapizadas y un jardín de más de una cuadra, pago al año mil francos (200 pesos) y así en proporción todo lo demás».

Después de contar al amigo su tenor de vida, San Martín pasa a darle a conocer sus proyectos y he aquí lo que dice: «En cuanto a mis planes futuros son los siguientes: Dentro de dos años, tiempo que creo suficiente para que los proyectos que me imponen se hayan disipado y el que creo necesario para afirmar la educación de mi hija, pienso con ella ponerme en marcha para Buenos Aires. Si me dejan tranquilo y gozar de la vida sentaré mi cuartel general un año en la costa del Paraná porque me gusta mucho y otro en Mendoza, hasta que la edad me prive de viajar, pero si no quieren dejarme gozar del sosiego que apetezco, si no me quieren dejar vivir en tranquilidad venderé lo que tengo y me vendré a morir a un rincón de ésta y les quedará el consuelo a mis enemigos de haber acibarado los últimos días de mi vejez. He aquí fijo e irrevocablemente el plan que he adoptado y que deseo merezca la aprobación de mi amigo el señor don Tomás».

En esas circunstancias San Martín le declara a Guido que él es el hombre «más poderoso de la tierra» y esto porque no teniendo caprichos y porque viviendo una vida frugal le sobran para vivir los cinco mil pesos anuales que reeditúa su casa de Buenos Aires, casa que como sabe el lector y el mismo San Martín le dice, le fué otorgada como premio de los servicios que había prestado a la América. En esa ocasión igualmente recoge el deseo que le insinúa Guido de estar a su lado y textualmente le contesta: «Usted sabe, que en cualquier parte en que me halle, una habitación y puchero serían partidos con usted con el mayor placer; sírvale de gobierno».

La carta que nos ilustra en estos pormenores termina con un rasgo de buen humor que pone en transparencia el espíritu agudo y travieso de San Martín. Encárgale de que no se olvide de cerrar las cartas de acuerdo con las instrucciones que ya le tiene dadas o más bien dicho, en franquearlas con un criterio de economía.

«Tenga usted presente, le escribe con tal motivo, lo de la monja que estuvo quinientos años en el purgatorio por quince lentejas que desperdició al tiempo de limpiarlas. Usted se reirá como incrédulo de este hecho y en prueba de que usted se equivoca le aseguro — palabra de honor — que este hecho está en letra de molde y con las licencias necesarias de padres definidores en sagrada teología, cánones etc. etc. y más todavía: la licencia con el *Yo el Rey*» (1).

Por un largo tiempo, el tema correspondiente o relacionado con la guerra que las Provincias Argentinas mantenían con el imperio vecino fué el que predominó por así decirlo en la correspondencia entre San Martín y Guido. Este le hace saber con fecha 11 de abril de 1827 — ya para eso el 20 de febrero las armas argentinas habían obtenido el triunfo de Ituzaingo — que la guerra en que se encuentra empeñado el Brasil podrá ser «el impulso más fuerte para precipitar a don Pedro a un término semejante al de Bolívar si no se apercibe con el ejemplo de los peligros que le cercan. Es indudable que esta misma guerra en que entró esta república prematura e inconsideradamente nos acarrea males incalculables y que su duración puede causarnos una calamidad irremediable.

«No es menos cierto, agrega, que el ejemplo y los sucesos de las repúblicas establecidas en esta parte del mundo barrerán el trono de don Pedro y tal vez no sea necesario el decurso en mucho tiempo para verlo desbaratado.

«En los papeles públicos leerá usted el combate que ha sostenido el almirante Brown con cuatro buques contra la escuadra imperial en los días 7 y 8 de este mes; en que perdimos dos bergantines varados después de una defensa de los siglos heroicos» (2).

El 20 de febrero de ese año de 1827 la victoria había coronado las armas de la patria en la batalla de Ituzaingo. Esa batalla había durado seis horas y los imperiales o sea los brasileños, vencidos por el choque enemigo emprendieron la retirada dejando en el campo de combate mil doscientos muertos, entre ellos al mariscal Abreu, diez piezas de artillería, todas sus municiones y bagajes. Haciendo alusión a esta victoria Guido le dice a San Martín: «Por uno de aquellos caprichos del destino que tantas veces nos ha sacado del sepulcro, hemos triunfado de los portugueses; el gobierno nuestro que de tres meses acá trabaja con tesón por lograr la paz del emperador se halla hoy felizmente en una actitud tal que aun cuando influencias extrañas concurren al establecimiento de la paz, no podía menos que aparecer ésta como conquistada por nuestra parte, después que la victoria ha venido en nuestro socorro. Una circunstancia tan importante afirma nuestro crédito exterior, única alhaja que nos va quedando en nuestra bancarrota política».

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 516.

(2) *Ibídem*.

Guido pasa a decirle luego que la situación interior del país no mejorará por las consecuencias de este triunfo y que la guerra civil entre las provincias de Salta, Tucumán, Santiago y Catamarca, ha tomado un carácter devastador. «Un porvenir más complicado, anota, se teme todavía de los progresos del ejército del general Alvear: este caballero no ha podido aún inspirar bastante confianza para tranquilizar a los hombres pensadores sobre el uso que tarde o temprano haga de la fuerza que se le ha confiado. Afortunadamente pasaron las ilusiones del año quince y no es muy fácil encontrar instrumentos hábiles para destruir la obra del sentimiento público, pero después de lo que vemos con el general Bolívar no deben sorprendernos las debilidades humanas» (1).

El corresponsal de San Martín utiliza las incidencias que la ocasión o la casualidad le proporcionan y al nombrar a Bolívar se detiene y le dice: «Ya que he tocado a este general, es necesario decir a usted que sin él quererlo y bien a pesar de sus santos deseos, ha colocado el nombre de usted en el Perú en la elevación más eminente. El fanático desprendimiento de usted, aunque muy prematuro y ruinoso, permítaseme este desahogo, al lado de la más desembozada ambición de mandar, las consideraciones de usted con el Perú y el tratamiento que ha recibido del general Bolívar forman un contraste tan vivo que ha arrancado aunque tarde, confesiones de arrepentimiento a los más encarnizados enemigos del general San Martín. Quizá esto interese a usted muy poco en Bruselas, pero no sucede así a los que por mucho tiempo ligaron hasta su existencia al compromiso de defender la justicia y el mérito».

Antes de terminar esa carta Guido le dice: «En este momento acaba de publicarse el detalle de la batalla de Ituzaingo y si hay tiempo mandaré a usted un ejemplar. Cuando lo lea, creo que convendrá conmigo, que a pesar de lo que se dice en el primer parte del general Alvear, la acción con el ejército imperial no ha sido general; que una masa considerable de tropas se ha retirado en orden y que probablemente será inevitable dar otra batalla. Los habitantes brasileiros, tan lejos de haber cooperado en auxilio de nuestro ejército, se muestran como sus decididos enemigos. El prestigio del emperador se conserva todavía entre los brasileiros del sur y la voz de la libertad se escucha con tedio por estos seres degradados».

Le hace saber que entre las víctimas de la batalla de Ituzaingo se encuentra el coronel Brandzen, una de las más ilustres y que la patria ha perdido en él «un brillante jefe, y San Martín un verdadero amigo».

Esta y otras cartas de Guido llegaron a poder de San Martín por intermedio de su concuñado el general don Hilarión de la Quintana, desembarcado en Inglaterra. San Martín se apresuró a contestarlas

(1) *Archivo de San Martín*, tomo VI, pág. 524.

y al abordar el tema relacionado con los triunfos de Ituzaingo y del Juncal, le dice: «Efectivamente, ambas victorias son de un gran interés; ellas pueden contribuir a la terminación de la deseada paz. Sin embargo, diré a usted francamente que no viendo en ninguna de las dos el carácter de decisivas, temo y mucho que si el emperador conoce, como debe, el estado de nuestros recursos pecuniarios y más que todo la anarquía de nuestras provincias, se resista y sin más que prolongar un año la guerra, nos obligue a capitular a discreción.

«Sí, mi amigo, a discreción, primero porque las operaciones de nuestro ejército serán paralizadas en el momento que tenga que operar en un país un poco quebrado, por la inferioridad numérica de nuestra infantería; segundo, porque teniendo, como necesariamente debe, subsistir sobre el país por falta de numerario, no hará más que multiplicar los enemigos, y tercero porque separándose cada vez más del punto de sus recursos, y sin ser reemplazadas sus pérdidas con nuevos refuerzos, no le quedará más arbitrio que hacer una retirada, esto, si puede, peligrosísima».

«No nos hagamos ilusiones, agrega, los que han contado con el espíritu republicano de los brasileiros se han equivocado. El existe en gran parte en Río de Janeiro, Bahía y Pernambuco; en el resto de sus provincias hay aun más ignorancia y estupidez que en los nuestros. En lo que puede fundarse alguna esperanza es en los oficiales subalternos del ejército brasileiro — pues me consta, hay un fuerte partido republicano —, pero para explotar esta disposición es necesario mucho tino y habilidad. En fin, si la influencia inglesa y más que todo el estado precario de Portugal no deciden al emperador a la paz, mis cortas luces no alcanzarán remedio a nuestra situación, a menos que no venga en nuestro auxilio alguna de aquellas caprichosas vicisitudes de la suerte, que tanto han contribuido — en la guerra de la independencia — a sacarnos del abismo. Usted dirá, señor don Tomás, que mi telescopio está muy empañado, ojalá no se equivoque, pero en el ínterin confieso a usted que la camisa no se me pega al cuerpo, como dice el adagio».

Abordando el tema relacionado con Bolívar le dice: «No me ha tomado con sorpresa el movimiento de Lima, tampoco la conducta que el general Bolívar ha tenido en el Perú. Tenga usted presente la opinión que le dije a mi regreso de Guayaquil había formado de este general: desgraciadamente para la América no he tenido que rectificarla. Yo he ofrecido a usted escribirle en la primera oportunidad segura cosas que le asombrarán, a pesar de lo mucho que la revolución le ha hecho conocer. Estoy convencido que la pasión del mando es en lo general lo que con más imperio domina al hombre y hay muy pocos capaces de dominarla. En fin, no me queda la menor duda de las sanas intenciones de este general en atacar mi opinión. Pero yo sería un mal caballero si abusase de la situación en que se halla y que estoy seguro empeorará aun por su carácter

para publicar secretos que sólo usted sabrá y que sólo verán la luz después que deje de existir» (1).

Las reflexiones que apuntamos y que llevan al pie la firma de San Martín, demuéstrannos que aun cuando éste vivía lejos del teatro de los sucesos los conocía en su lógica y en lo que ellos representaban como valor militar o político. Una victoria no vale por lo que ella tiene de brillante, sino por lo que tiene de trascendental. La de Ituzaingo fué ciertamente un hecho de armas honroso en alto grado para los argentinos, pero en el orden de la política sus consecuencias no respondieron a las esperanzas que ella suscitó en la patria.

El general vencedor, es decir, el general Alvear, por razones que no es del caso exponer aquí se encontró en condiciones de difícil movilidad y por esto como por carecer de los elementos necesarios para perseguir al enemigo, abandonó aquel teatro y se retiró a la villa de Cerro Largo sobre el Uruguay. Alvear comprendió que su misión de general en jefe del ejército republicano había terminado y pasó entonces el comando de aquellas fuerzas al general don Juan Antonio Lavalleja, hombre bueno y honesto, como dice un crítico, pero sin las aptitudes del caso para llevar a una nueva victoria al ejército de operaciones.

Pero si en el orden militar la victoria de Ituzaingo no reportó a la patria todos los laureles que de ella se esperaban, en el orden político, y esto aun cuando parezca una paradoja, fué ella la causa de la caída de Rivadavia. Sabemos que deseoso de sellar la paz con el imperio del Brasil, Rivadavia designó para que negociase esa paz al doctor don Juan Manuel García, fijándole como pauta de la negociación, o la devolución de la provincia Oriental o la erección de ésta en Estado separado, libre e independiente. García, como es ya del dominio público, se extralimitó en sus atribuciones y puso su firma al pie de un tratado por el cual la República Argentina se comprometía a desarmarse y a entregar al Brasil la provincia por cuya argentinidad la patria había peleado en Ituzaingo.

Cuando estas cosas entraron en el dominio público la opinión se exaltó contra el primer magistrado que así comprometía los intereses confiados a su custodia. Rivadavia comprendió que su situación era insostenible y después de haber desautorizado en consejo de ministros la negociación firmada por su emisario, el día 27 de junio presentó su renuncia, diciendole en una proclama dirigida a la nación: «El ciudadano a quien se confió este encargo, traspasando la autorización de que estaba revestido nos ha traído en vez de un tratado de paz, la sentencia de nuestra ignominia y la señal de nuestra degradación».

De este modo la diplomacia vino a burlarse del hombre que creyendo ver en ella un medio más poderoso que la espada para con-

(1) *Archivo de San Martín*, tomo VI, pág. 529.

cluir con los conflictos armados, le negó su concurso a San Martín cuando éste se lo pidió por medio de sus emisarios desde Lima para finalizar en el Perú la guerra que mantenía con La Serna. En aquel entonces Rivadavia creía que la independencia americana podía concluirse con un tratado. Esta esperanza o esta convicción influyó sobre su ánimo y sobre los de sus consejeros para negarle a San Martín el auxilio que le pedía desde Lima, y que luego le pidieron desde el mismo territorio argentino emisarios de San Martín, como lo habían sido Gutiérrez de la Fuente y Urdininea. Rivadavia se cerró a todo esto, y semejante proceder influyó poderosamente para que la campaña de Intermedios finalizase con una derrota. La guerra por otra parte no terminó en esa oportunidad. Ella se prolongó hasta Ayacucho, y esta victoria, como sus consecuencias inmediatas, permitieron que Bolívar anexase a sus dominios en el Alto Perú la provincia de Tarija, enclavada en el límite norte de nuestro territorio.

Esta vez, la diplomacia dejaba de responder igualmente a sus cálculos, y aun cuando no era por culpa personal suya, es sugestivo ante el criterio de la posteridad que una buena intención se viese traicionada en su representante en esta forma. Veamos cómo San Martín encaraba estos acontecimientos, acontecimientos que en cierto sentido los supo prever él, primero con su genio intuitivo y luego merced a la perspectiva que le proporcionaba la distancia.

«Ni la renuncia de Rivadavia, ni el mal resultado de la negociación entablada en el Brasil, le escribe a Guido con fecha 22 de octubre de 1827, me ha causado la menor sorpresa. El carácter ridículo y eminentemente orgulloso del primero no podía menos de hacerse de un crecido número de enemigos. En cuanto a la rota negociación era consecuente no rebajase el emperador nada a sus antiguas pretensiones sobre la Banda Oriental. Vista la desunión de las demás provincias y por consiguiente debiendo soportar todo el peso de la guerra la sola de Buenos Aires, partido bien desigual y del que necesariamente debe sacar las ventajas que se propone, a menos que separada la manzana de discordia con la renuncia del antiguo presidente, no cooperen todas las demás muy eficazmente a la continuación de la guerra, pues en sólo este caso la paz podrá conseguirse con honor; esto es si hay dinero o crédito pues de lo contrario quedaremos en el mismo caso; pero lo que verdaderamente me ha sorprendido es el tratado celebrado por García y que he visto en los papeles públicos, tratado vergonzoso y degradante y que ningún pueblo generoso puede menos que desecharlo con indignación, más chocante cuanto se separa enteramente de las instrucciones precisas que se le dieron».

Contestando a lo que Guido le escribe con relación a la situación del ejército y a la conducta de su jefe, declara: «Parece que este atolondrado y ambicioso joven fuese una mala estrella que gravita sobre ese país para darle continuos pesares, pues su carácter in-

quieto no hará más que continuar en sembrar la discordia, apoyado sobre los pillos que lo rodean. No sé si será chisme, pero se me escribe de ésa, consecuente a carta de uno de los allegados de Alvear que este joven ha declarado odio eterno a todos los jefes y oficiales que han pertenecido al ejército de los Andes; esto no lo extrañaré pues como él debe conocer que su ignorancia en la profesión no la puede ocultar a aquéllos, esta será la razón para no querer tenerlos a su lado».

San Martín le anuncia a Guido en estas circunstancias que el otoño se ha presentado riguroso y que su salud ha comenzado a resentirse. «Si no me mejoro, escribe, pienso pasar lo fuerte del invierno en el mediodía de la Francia, cuyo temperamento no dudo será más conveniente y volver a ésta en la primavera. Si esto se verifica se lo avisaré desde el punto en que me halle» (1).

A la caída de Rivadavia el congreso nombró un sucesor y la elección para el mando supremo de la república recayó en don Vicente Fidel López. Simultáneamente comenzó a generalizarse el rumor de que San Martín volvía a su patria y así se lo hizo saber Guido diciéndole: «Si creyese que usted había abandonado esa filosofía estoica que le alejó del teatro de su fama, le diría que la fortuna abre a usted un nuevo campo para aumentar sus glorias, tomando a su cargo la guerra con el Imperio. A pesar de la enorme desigualdad de nuestros recursos respecto a los del Brasil, los hechos nos han demostrado que no nos ha faltado sino quien supiese dirigir la guerra porque ésta ni es popular entre los enemigos, ni han tenido habilidad para hacerla».

Guido le hace saber a San Martín que el doctor Tagle lo había llamado a una entrevista y que en ella le había asegurado que le escribía invitándole para que regresase. «Me habló de los planes, dícele, que existieron cuando usted llegó a Buenos Aires del regreso del Perú para precipitarlo y aunque poco más o menos conozco el alma de algunos personajes que figuraban entonces sobre la escena, la relación del proyecto me pareció tan absurda, que no me he atrevido a creer el todo, mucho menos viniendo por el órgano de un hombre tan resentido como Tagle contra el partido que ha caído. Pero sea esto lo que fuere, el drama ya es otro».

Esto lo escribía Guido el 25 de agosto y días más tarde, en el mes de septiembre, vuelve de nuevo a comunicarse con San Martín para abordar de inmediato el tema de la guerra. Infórmale que vuelven a correr rumores de paz; que el emperador del Brasil al saber que se ha operado un cambio en la administración de Buenos Aires, trata de renovar la base de la negociación rechazada por Rivadavia; que el comercio del Brasil va caminando a su aniquilamiento por la persecución que le causan nuestros corsarios y que por estas razones como por la escasez en fondo metálico que sufre el imperio,

(1) *Archivo de San Martín*, tomo VI, pág. 535.

le conviene al emperador hacer la paz como conviene a los propios argentinos. Entra luego en otros pormenores y lo informa de que se ha establecido una especie de guerra de cosacos, que va talando a gran prisa todas las provincias brasileras situadas sobre nuestra frontera; que no hay incursión que no les cueste a los imperiales a lo menos sesenta mil cabezas de ganado y que después de la batalla de Ituzaingo nuestro ejército pudo haber avanzado hasta Porto Alegre. «Piense usted, le dice, lo que quiera, yo no puedo menos que lamentar el estoicismo de usted. La guerra con el Brasil la he mirado como un nuevo teatro abierto por el destino a las glorias del general San Martín. Demasiado persuadido estoy de la oposición personal que usted había encontrado en la administración de Rivadavia, pero este hombre no habría podido resistirse a la opinión pública que marcaba a usted como el único capaz de llevar con suceso las armas al corazón del imperio. Este era y es también el voto de nuestros militares y nada habría tenido usted que poner de su parte para tomar a su cargo una empresa que, bien manejada, podría asombrar al mundo. Hoy sería todo esto más asequible que nunca porque se ve prácticamente que el general Lavalleja no reúne las circunstancias necesarias para dirigir la masa de fuerza que está a su cargo» (1).

¿Cómo respondió San Martín a estos llamados y cuál fué su actitud conocida la nueva situación de su patria? He aquí lo que desde Bruselas y con fecha 7 de diciembre de 1827 le escribía al nuevo mandatario argentino don Vicente López: «Como la experiencia me ha demostrado que las ventajas que proporciona el mando no son otras que sinsabores continuos, es por esto que estoy muy distante de felicitarle por su elección a la presidencia de esa República, pero sí lo haré a nuestra patria por las ventajas que ella puede reportar». Y luego: «En el que incluyo, ofrezco mis servicios en la justa aunque impolítica guerra, en que se halla empeñada nuestra patria» (2).

Entre la documentación sanmartiniana que conocemos no figura ni este documento en que San Martín ofrece desde Bruselas sus servicios a la patria, ni tampoco la contestación que ciertamente le remitió el doctor López. Son documentos que acaso aparecerán algún día, pero aparezcan o no, hay constancia de que San Martín supo cumplir con su deber de soldado y brindar su espada a la patria cuando creyó que ella podía darle algún lustre. ¿Qué hubiera sido de esta guerra si el héroe que inmortalizó a los Andes, reconquistó a Chile y fundó la libertad en el Perú hubiese dirigido nuestro ejército republicano? A no dudarlo, su genio táctico y organizador no nos hubiera lanzado a ninguna aventura y en cambio de triunfar como triunfó en Ituzaingo el valor, hubiese triunfado el

(1) *Archivo de San Martín*, tomo VI, pág. 541.

(2) SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 116.

genio con proyecciones mayores y con las ventajas positivas y prácticas que no dió a la patria aquel triunfo.

Cuando O'Higgins se enteró del ofrecimiento de San Martín, se encontraba viviendo en la hacienda de Montalván, en el valle de Cañete, cercano a Lima. Uno y otro estaban viviendo ya su ostracismo y aun cuando la ingratitud lo hería a él como lo hería a San Martín, creyó que era de su deber el felicitarlo por esta medida y así lo hizo escribiéndole: «Mucho me complace haya usted aprovechado, después de la separación de Rivadavia, la oportunidad de ofrecer sus servicios al gobierno de Buenos Aires en su guerra contra el Brasil. Si en aquella época no habría tenido la aceptación de sus buenos amigos, ahora ciertamente la recibirán como un testimonio eterno de su firmeza y resolución de combatir hasta la muerte en defensa de la libertad y de la independencia de las Repúblicas sudamericanas» (1).

La conducta de San Martín en esta emergencia es tanto más ejemplar y meritoria cuanto la crisis económica por la cual atravesaban las Provincias Argentinas no dejó de lesionarlo seriamente en sus intereses. El retorno a la patria hubiera significado para él una mejora inmediata y no se habría visto en la obligación de escribir lo que escribió a O'Higgins en carta del 20 de octubre de 1827: «Voy a hablar a usted de mi situación, le dice. Ella es bien triste en el día. A mi llegada a Europa puse en los fondos del empréstito del Perú, no sólo los diez y nueve mil pesos que se me habían librado a cuenta de mi pensión sino seis mil pesos más de mi dinero para que con sus réditos unido a lo que me producía mi casa en Buenos Aires poder sostenerme en este país hasta la conclusión de la educación de mi hija. El Perú suspendió el pago de los dividendos; mi renta de la finca de Buenos Aires es nominal porque con la circulación del papel moneda y la guerra con el Brasil está el cambio sobre Londres a diez y seis peniques en lugar de cincuenta a que estaba anteriormente; en tan triste situación y para sostenerme oscuramente he tenido que vender a un vil precio los veintiún mil pesos supuestos no quedándome en el día recurso alguno para subsistir ni más arbitrio que la pensión de nueve mil pesos anuales que me tiene señalado el congreso del Perú. Como usted verá por el apunte que en copia le incluyo, resulta debérseme por fin de diciembre del presente año 33,000 pesos; no se me oscurece la situación en que se hallará esa república y sería en mí una falta de consideración exigir mis atrasos. Yo remediaría mis necesidades con cuatro mil pesos anuales sin molestar por más a ese gobierno ínterin usted vea se halla en apuros a cuyo efecto le incluyo el adjunto poder librado a favor de usted; mas como conozco que la separación de usted de la capital y por otra parte las ocupaciones de su hacienda, tal vez le imposibilitarán de encargarse de

(1) *Archivo de San Martín*, t. X., pág. 24.

esta comisión, usted podrá sustituir dicho poder en una persona honrada y activa en quien usted tenga confianza completa. Si tuviera una certeza de la existencia de mi amigo Mansueto, yo le hubiera remitido esta procuración; de todos modos, si él existe pueda que quiera encargarse o por lo menos podrá indicarle una persona segura que se encargue de esta comisión a la que señalará usted el tanto por ciento que tenga por conveniente designarle. Yo no dudo que su amistad tomará sobre mi encargo el mismo interés que si fuese como propio de usted. Sí, mi amigo, mi situación es bien crítica para que usted no remedie mis necesidades».

«Yo pienso permanecer en Europa, dos años más, agrega luego, tiempo que creo necesario para concluir la educación de mi hija. Si por este tiempo las Provincias Unidas se hallan tranquilas regresaré a mi país para retirarme a mi Tebaida de Mendoza; si no, permaneceré en Europa todo el tiempo que la pensión del Perú se me pagare y con ella pueda sostenerme, pues de lo contrario, por alborotada que se halle mi patria, la necesidad me obliga a ir a ella» (1).

Como se ve, San Martín nos pone en presencia de un trance económico que comenzó a comprometer su situación pecuniaria y a amenazar por lo tanto la vida tranquila y solitaria que se proponía vivir. Al instalarse en Bruselas en 1825, con los cinco mil pesos que le redituaba su casa de Buenos Aires, creía ser el hombre más feliz de la tierra, y esto no porque la dicha suma representase mucha plata, sino porque teniendo en cuenta lo sobrio de su vivir y las ventajas del cambio multiplicaba su renta. Es así como con doscientos pesos argentinos al año, tenía él a tres cuadras de la ciudad una finca que su pluma misma nos describe compuesta de tres habitaciones elegantemente tapizadas todas ellas, disponiendo además de un jardín donde podía entregarse a sus gustos de hortelano o de jardinero y de un taller de carpintería para matar con ese trabajo sus ocios. Pero de la noche a la mañana las ilusiones de la primera hora se desvanecieron, y encontróse San Martín que sus rentas le eran insuficientes y esto porque si por una parte el peso argentino se había desvalorizado por la paralización del comercio consiguiente a la guerra de la República Argentina con el imperio del Brasil, por otra los fondos que tenía disponibles en Londres habían desaparecido en un golpe de Bolsa que no había entrado en sus cálculos. Fué entonces cuando comprendió San Martín que un viaje al Plata se imponía y comenzó a hablar de él en cartas a sus amigos. Creemos que por esta razón y en vista de este viaje San Martín se decidió por abandonar la casita que ocupaba a tres cuadras de la ciudad y que vino a instalarse en la *rue de la Fiancée* en donde lo encontramos a principios de 1828. Es precisamente el 1º de mayo de dicho año cuando le escribe a Miller: «Dentro de doce o quince días par-

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 16.

tiré para Aix-la-Chapelle, a fin de tomar los baños: a fines de junio estaré de regreso en ésta; si tiene usted algo que escribirme hágalo a ésta, *rue de la Fiancée* n° 1422, que es la nueva casa que habito, que desde aquí me dirigirán sus cartas» (1).

La casa a la cual alude San Martín en esta carta a Miller subsistió hasta los años de 1864 en que el burgomaestre Jules Anspach procedió a la transformación de Bruselas. Hemos tenido en nuestras manos una colección fotográfica de todas las casas que se encontraban en la *rue de la Fiancée* en el momento de iniciarse esta transformación, pero desgraciadamente falta en esta colección la casa que San Martín señala en su carta con el número 1422. Con todo podemos afirmar como posible — y en esto comparte su opinión con nosotros el distinguido archivista de Bruselas Des Marez — que la casa habitada por San Martín debió encontrarse en el emplazamiento que hoy ocupa uno de los principales hoteles de la metrópoli, con frente a la plaza de Brouckère (2).

Pero antes de hablar del viaje de San Martín al Plata y de completar la exposición relativa a esta primer etapa de su vida en Bruselas, entremos en otros pormenores y digamos cómo y por qué el gobierno del Perú olvidó por aquel entonces a su Libertador.

San Martín, al abandonar la ciudad de Lima, designó al mayor

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 82.

En el libro catastral de Bruselas, correspondiente al año de 1829, encontramos registrada la siguiente anotación: «*Marcelis Josephus Jan, 48 ans, né à Buenos Aires, veuf, rentier, catholique romain*». Al margen y en forma de nota: «Viudo de María Escalada. — *Marcelis Josepha, 13 ans, Buenos Aires, célibataire, catholique*».

A no dudarlo esta inscripción corresponde a San Martín y a su hija, dado que por ese año San Martín estaba en Bruselas y que la inscripción corresponde a dos inquilinos que habitaban la *rue de la Fiancée* y la casa que en ella tenía el n° 1422, señalado por San Martín en carta a Miller. El libro catastral hace figurar al mismo tiempo el nombre de una erriada llamada Joséphine Nandancé de 24 años de edad, natural de Namours, célibe y de religión católica.

La fuente que citamos no nos dice si la casa en cuestión era casa de pensión o de departamentos. Presumimos que la ignorancia del castellano por parte del empleado flamenco que llevó a cabo esta anotación es la causa de la desfiguración del nombre que sufre San Martín.

(2) Según los planos de la época que hemos consultado y que figuran en lámina aparte, en la época en que San Martín habitó Bruselas la *rue de la Fiancée* se extendía entre la *rue Fossés-aux-Loups* y la *rue du Pont-Neuf*, existente aún. Al abrirse los bulevares durante la administración Anspach la *rue de la Fiancée* quedó cortada conservándose tan sólo la parte que con el mismo nombre se ve aún hoy en día.

La *rue de la Fiancée* corría casi paralela al cauce del río Sena, cubierto actualmente por la plaza Brouckère y por los bulevares Jacomain y Adolfo Max. Frente a esta calle, y en el emplazamiento en que hoy se levanta la plaza de Brouckère se encontraba el templo conocido con el nombre de los Agustinos. Este templo durante el período de la dominación holandesa quedó afectado al culto protestante. Años más tarde y después de la independencia de la Bélgica, fué destinado para administración de correos. En 1892 fué demolido y su fachada trasladada piedra por piedra al templo de La Trinidad, en ese momento en construcción. Trátase de una fachada que puede considerarse como un hermoso espécimen del estilo italoflamenco y que recuerda varias iglesias de Roma como ser Santa Susana, San Luis de los franceses y el Jesús, el templo de la jesuitas.

Por los recuerdos relacionados con San Martín que ella evoca, figura entre los grabados del presente tomo.

don Salvador Iglesias para que lo representase allí como a su apoderado y se encargase por lo tanto de cobrar sus sueldos lo mismo que la pensión que le había acordado el congreso peruano.

Iglesias comenzó a mantener con San Martín una íntima y estrecha correspondencia epistolar. Muchas de estas cartas se han extraviado ciertamente pero las que existen nos ilustran lo suficiente para estudiar ese momento angustioso de la vida de San Martín.

Por de pronto, no deja de sorprendernos la rara coincidencia de la pesquisa que se hacía sobre la correspondencia de San Martín en el viejo como en el nuevo mundo y esto tanto por parte de la vigilancia rivadaviana como de la vigilancia francesa y prusiana.

A Miller le dice por ejemplo que no le rotule sus cartas con el nombre de general San Martín sino simplemente de Mr. San Martín porque ellas son fiscalizadas antes de su arribo a Bruselas, y en carta de O'Higgins le dice a éste que no se sorprende que las cartas que le escribió desde el Havre y Bruselas no hayan llegado a sus manos. «Se han extraviado o mejor decir han escamoteado, le dice él el 20 de octubre de 1827, de ocho a diez cartas que le tengo escritas desde mi salida de América. Esto no me sorprende pues me consta que en todo el tiempo de la administración de Rivadavia, mi correspondencia ha sufrido una revista inquisitorial la más completa. Yo he mirado a esta conducta con el desprecio que se merecen sus autores» (1).

Al poco tiempo de haber abandonado la ciudad de Lima San Martín, corrió allí un rumor según el cual se había llevado él consigo seiscientos mil pesos pertenecientes a la caja del Estado, cuatro mil onzas de la Casa de Moneda y aun el dinero efectivo que había en la aduana. Como se ve, era una calumnia burda y monstruosa. San Martín habría podido darse los placeres de un Crespo dado que la fortuna del Perú había estado en sus manos; pero estaba muy lejos de su ánimo el ser esclavo del vil metal y en empañar su gloria de Libertador con el apetito nunca satisfecho de un usurero. Como se sabe, San Martín alejóse del Perú con un modesto haber y sólo cuando se le supo dispuesto a trasladarse al extranjero se le adelantaron dos años de la pensión que le había acordado el congreso.

Cuando semejante calumnia comenzó a circular, Iglesias la desautorizó y protestando contra ella defendió como era su deber el nombre del Libertador.

El 15 de octubre de 1822, dícele a San Martín que el Estado está muy pobre, que no hay un solo real en la caja para pagar el ejército y que por esto no ha podido aún cobrar lo que a él le pertenece. Días más tarde le vuelve a escribir y le informa que el ministro de Hacienda don Francisco Valdivieso le ha asegurado que pondría todo su empeño para que se le pagase, a cuyo efecto le exigió que le diese a conocer el poder que le había entregado San

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 16.



FACHADA DEL TEMPLO DE LOS AGUSTINOS QUE EXISTÍA EN LA VECINDAD DE LA CASA
QUE OCUPABA SAN MARTÍN EN BRUSELAS

Este templo fué demolido en 1892 y la fachada trasladada piedra por piedra a la
iglesia de la Trinidad, en donde se encuentra en el día de hoy.

Martín, y en noviembre le comunica que ha recibido mil pesos a cuenta de sus haberes vencidos. «Espero, le dice textualmente, la determinación del congreso donde me he presentado a fin de que declare terminantemente el sueldo que debe asignársele a V. E. mensualmente, pues en la gaceta del 22 de diciembre sólo dice: que se le abonará el sueldo que gozaba antes. Como V. E. ha disfrutado dos sueldos necesito saber cuál debe ser».

En enero de 1823 lo informa, diciéndole que el congreso había resuelto señalarle la pensión de nueve mil pesos anuales a partir del día de su separación del Perú y que sobre la pensión vitalicia aun no había determinado cosa alguna. «He visto mil veces los de la comisión; unas veces me dicen cesta y otras ballesta; van muy despacio en este asunto. En fin veremos con lo que salen» ⁽¹⁾.

(1) Por lo que Iglesias le escribe a San Martín de Lima con fecha 28 de noviembre de 1822, vemos que éste antes de embarcarse para Valparaíso le dejó distintas instrucciones que Iglesias trató de cumplir en el acto. Así sabemos que le entregó al cura Villarán un cuadro que poseía San Martín. Que al Callao habían llegado cuatrocientos hombres enviados por él y que pasaron en el acto a reunirse con el ejército que comandaba Alvarado y que en el congreso el diputado Mariategui declaró que San Martín no debía disfrutar sueldo alguno, porque no había jurado el obediencia al congreso y que por lo tanto no era ciudadano del Perú. Esta moción encontró el apoyo de Carrión, pero la mayoría de la cámara se declaró favorable a San Martín y hasta se pensó que su sueldo debía fijarse a tres mil pesos mensuales.

Iglesias informa a San Martín en esa oportunidad de que su criado Cabrera, por su conducta irregular, había sido despachado de la Magdalena, y que se embarcaba para Valparaíso, llevando algunas prendas de uso pertenecientes al Libertador, figurando entre éstas la lanza o asta-bandera del estandarte de Pizarro.

Por las comunicaciones de este corresponsal, sabemos que los admiradores de San Martín habían hecho imprimir mil ejemplares, para enviarlos a Chile, a Buenos Aires y a Colombia, de la réplica escrita por un amigo admirador del héroe contra el artículo que apareció en *La Abeja Republicana* y cuyo autor había sido Pellicer. Sabemos además que a Brandzen le entregó un caballo tordillo, que había pertenecido a San Martín, y a Villarán un cuadro que había dejado para él.

En otra oportunidad le dice que el coronel Mansueto le manda un abrazo. «El pobre hombre, declárale, es el mejor amigo que tiene en Lima V. E.; ha llorado cuando se vino V. E. y a su hermano le ha costado una enfermedad que creo ya habrá muerto».

El 28 de julio signifícale a San Martín que Riglos le ha enseñado un libro copiadador de correspondencia y que por él había visto que éste le había escrito seis cartas. «Si no han llegado a sus manos, dícele, será por causa de extravío; por este mismo buque escribe a V. E. cuya carta cerrada me ha enseñado».

Notifícale igualmente en esa época que los realistas al alejarse de Lima han arrasado la casa de la Magdalena y la casa de Jesús María y que gracias a doña Francisca se pudo recoger y guardar antes de la entrada de aquéllos las dos mesas con espejo, la alfombra de la sala, varias frioleras. «La plata de los cubiertos la han llevado toda». Anúnciale que don Bernardo O'Higgins ha llegado al Callao y que supone él irá a vivir a la casa de Jesús María. Meses más tarde le dice a San Martín que O'Higgins le ha significado el deseo de ocupar esta casa y que él le había contestado que estaba a su disposición. «En esta virtud está viviendo en ella: sólo siento no haya estado decente pues con la ocupación de los enemigos en ella han robado casi todo. Doña Fermina pudo antes de salir La Mar sacar muy poco como ha sido la alfombra de la sala, las dos mesas con espejo, la mesa redonda con piedra y la araña: de lo demás no hay más que un resto de sillas». En octubre de 1823 felicítase de que San Martín se hubiese desengañado de Cabrera. «Este es uno de los primeros, escribe, a quienes V. E. ha hecho hombres».

En octubre de 1823, llegó a Lima una biografía de San Martín, acaso la que escribió Garfía del Río en Londres bajo el seudónimo de Gual y Jaén. Iglesias

El 18 de marzo de 1823 dícele que sólo ha logrado cobrar dos mil pesos; que espera reponerse del ataque que sufre al hígado y empezar las diligencias para cobrar el resto que se le adeuda, que lo es de seis mil trescientos cincuenta y dos pesos, suma que entregará a Riglos bajo recibo, como así se lo ordena San Martín y trasladarse luego a Mendoza.

En junio de 1823 Iglesias hizo un viaje a Chile, pero regresó de allí al mes siguiente y estando en Lima le escribe a San Martín: «Qué clamor hay en esta ciudad por la falta de V. E. La mayor parte lo desea con ansia; mi venida les hace consentir que V. E. puede regresar a ésta algún día y mucho más en las presentes circunstancias». El 30 de abril de 1825, dícele desde Mendoza: «Quedo enterado haber recibido mis libranzas de sus sueldos vencidos hasta marzo del año pasado. Dios quiera que sean cubiertos para que de este modo tenga cómo pasar durante permanezca por esos países».

Pero, como pronto se verá, San Martín no quedó a cubierto de nuevas dificultades. Iglesias había transmitido su poder a Guillermo Cochrane, y éste a don José Riglos. Fué entonces que no teniendo noticias de su apoderado, San Martín se vió en la necesidad de dirigirse a O'Higgins, a fin de que éste, que se encontraba en el Perú, gestionase el cobro de su sueldo. Hasta ese momento se le debía la suma de treinta y tres mil pesos y como San Martín no quería, ser gravoso al erario peruano, le insinuaba a O'Higgins que para salir de los apuros en que se encontraba le bastaría con que se le remitiesen cuatro mil pesos anuales. Digamos aquí que San Martín pudo haberse dirigido a Bolívar, árbitro en ese entonces del Perú en su política como en sus finanzas; pero que por una razón muy explicable, no lo hizo. Recordemos para esto que contestando a una carta de Guido — carta que éste le escribió al llegar a Buenos Aires de vuelta del Perú —, San Martín le escribió: «Yo

se hace eco de esta circunstancia y le escribe a San Martín: «Remito la adjunta de Bolívar; éste me ha dicho que ha tenido mucho gusto de haber visto su vida pública escrita y aunque trataban algunos de sus enemigos que no se diera a luz él había hecho algo para que no se ocultara. Yo sé lo contrario, por una expresión que he oído». En abril de 1825 dícele a San Martín que se había entrevistado con don Antonio Alvarez Condareo allí en Mendoza, y que debiendo salir para el Perú había resuelto con él nombrar en Lima un apoderado para que cobrase sus sueldos. «Hemos acordado nombrar, dice a continuación, a don Guillermo Cochrane compañero de don Juan Parish Robertson, comisionado en Londres para el empréstito del Perú; en esta virtud he subrogado el poder judicial que usted me ha mandado y creo que por este medio se conseguirá con más prontitud y buen éxito el objeto que nos hemos propuesto».

Estando en Mendoza le hizo saber a San Martín con fecha de 9 de enero de 1826 que acababan de llegar a esa ciudad los restos del ejército de los Andes en número de ciento dos Granaderos a caballo al mando del coronel Bogado y también el general Enrique Martínez, «no habiendo oficial que no vaya tirando contra él sus tiros». Es curioso este pormenor que anota en su carta: «Por acá se anuncia con certeza que usted se ha casado con una hija de un señor de Inglaterra; otros dicen que con una joven de la familia de Borbón; esto está tan cierto que hasta han dicho el nombre del inglés que trajo la noticia, que no me acuerdo». *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 294 a 331.

no encuentro pueda ser otro el motivo de su queja — hace alusión a Bolívar — que el no haberle vuelto a escribir desde mi salida de América, y francamente diré a usted que el no haberlo hecho ha sido por un exceso de delicadeza o llámelo usted orgullo, pues teniendo señalada una pensión por el congreso del Perú y hallándose él mandando aquel Estado, me persuadí que el continuar escribiéndole se creería por miras de interés, con tanto más motivo, si lo hubiera hecho después de sus últimos triunfos» (1).

No sabemos lo que después de la substitución del poder en Coch-rane y luego en Riglos sucedió entre Iglesias y San Martín. Lo que sabemos es que en 1827 Iglesias ya no se ocupaba de los intereses del Libertador en Lima, que éstos estaban confiados a la solicitud de Riglos y que por circunstancias o razones ajenas a la voluntad de éste, San Martín era víctima de una situación que no había creado y que no tenía otra causal que los embrollos propios de la política. Iglesias ya no quería por ese entonces entenderse con Riglos, y así se lo dió a conocer a San Martín en una carta del 30 de enero de 1827, concretada ella a informarlo de sus desempeño en pro de los intereses de San Martín en Mendoza.

Desde su llegada a esta ciudad, Iglesias escribióle a San Martín para hacerle saber que se había encontrado con don Manuel Escalada, que regresaba de Chile. Dícele que este viaje de Escalada a Chile lo había motivado la necesidad de informarse del estado en que se encontraba la chacra que San Martín poseía en Santiago, y al mismo tiempo le hace saber que había intentado el cobro de lo que el señor Peña le adeudaba por concepto de arrendamiento de aquella finca.

Iglesias aconsejóle a San Martín por aquella época que se deshiciera de la chacra que tenía en Mendoza, que era la de Los Barriales, y que sólo se quedase con Los Molinos. En su sentir la chacra no da producto alguno, sino gastos, y el hombre a quien está confiada su administración, lo es un tal Núñez, se halla aburrido porque no puede lograr adelantamiento alguno. «Al contrario, escribe, todo es atraso y gastos lo uno por cumplir las órdenes de usted, en facilitar a todos aquellos pobres cuanto necesitan y lo peor es que no son capaces de agradecer nada porque creen que es un deber el auxiliarles. La cría de caballos está muy buena y cuidada; todos han logrado de usted crías, sólo yo me he quedado en blanco y mientras usted no me diga algo no tomo una cría para entretenerme en esto».

En esa misma oportunidad dícele a San Martín que el sitio que posee en la Alameda va quedando en la calle «porque los adobes los van sacando para los asientos que están haciendo en ella y otros varios particulares, pues como no hay quien cuide ni tampoco sé qué órdenes tiene usted dadas sobre esto, es la causa que yo no me

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 503.

he metido en nada». Meses más tarde, vuelve sobre este tópico y escríbele: «El sitio de la Alameda, si usted piensa venderlo, yo mismo sería el comprador siendo en un precio moderado, pues aún no tengo en qué vivir, pero con la condición de ir dando poco a poco, según vaya trabajando, pues el bolsillo está bastante apurado por mis continuas enfermedades y algunos que he habilitado que lo han fundido todo. Si mi suerte sigue así, estoy resuelto a ir donde está usted a ver si cambiando de temperamento cambia también mi suerte» (1).

Pero aun cuando San Martín no fincaba sus esperanzas en el mejoramiento de sus bienes temporales, no abandonaba tampoco los intereses que en justicia le pertenecían. Las cartas de San Martín a Iglesias deben contener al respecto interesantes y minuciosos pormenores. Desgraciadamente ellas no aparecen en los epistolarios que conocemos; pero por el contenido de las cartas de Iglesias, sabemos que él escribió con frecuencia, ya para transmitirle instrucciones, como para contestarle a sus sentimientos de amigo. El 9 de diciembre de 1826, Iglesias le dice: «Estoy aguardando que Núñez concluya la faena de los trigos para formar los inventarios que me ordena en su última, cuyas copias serán remitidas en primera ocasión».

La última carta que conocemos de Iglesias a San Martín es del 30 de enero de 1827. Ella principia por recordarle a San Martín que con fecha 9 de diciembre le contestó su carta del 30 de agosto, y que esa carta se la remitió por intermedio de don Juan O'Brien. Anota algunas referencias relacionadas con la política interna de las Provincias Argentinas y, recogiendo los distintos rumores circulantes sobre San Martín, le dice que el número de sus amigos aumenta y que son muchos ya los que confiesan y dicen «que están desengañados y que el general San Martín ni ha sido déspota, tirano, pero ni aún ladrón».

«Admírese usted, escribe textualmente, don Pedro Ortiz, enemigo irreconciliable de usted y mío por su amistad, estando en casa de Félix Aldao me preguntó por usted, me dió la mano y exclamó diciendo delante de otros: ¡Ojalá que tuviéramos por estas provincias al general San Martín! Me acuerdo de su profecía, cuando salió usted de Lima en que decía que no era la presente generación la que haría justicia a su mérito, pero creo que aún en la presente se le hará cuando conozcan quién ha sido el general San Martín y a quién deben su libertad». Pasa luego a significarle que aun no ha podido hacer los inventarios de la chacra, junto con Núñez, porque estando en la faena del trigo ha habido dos aguaceros que lo han obligado a interrumpirla; que esa carta se la remite por medio de don José Antonio Alvarez Condarco que pasa a Londres, y que don Miguel Riglos nada le ha escrito ni contestado sobre dos

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 630.

cartas que le remitió por su conducto, que había pensado hacerlo por intermedio de don Manuel Escalada, pero como éste se encontraba en la Banda Oriental lo había hecho por Riglos. Indignado por el silencio o por la indiferencia de éste, le dice: «No encuentro de quien valerme, de suerte que con dicho Riglos ya no quiero entenderme para nada».

Lo dicho en las líneas precedentes demuéstranos que la situación pecuniaria de San Martín a fines de 1827 era bien crítica. Por una parte afectábalo la pérdida que sufría el cambio argentino, por otra las remesas que esperaba del Perú no le llegaban, y las propiedades rurales que tenía en Chile o en Mendoza, si algo le reportaban eran preocupaciones y solicitudes, pero en modo alguno dinero. Nada tiene de extrañar si se tiene en cuenta que el vil metal no era para San Martín un fin sino un medio; que una razón de delicadeza le impedía golpear a las puertas del gobierno peruano, en manos éste de Bolívar, y que cumpliendo sus órdenes, su administrador en Mendoza tenía instrucciones de atender a las necesidades ajenas antes que a las suyas propias.

De este modo San Martín, sin cálculo y por solo impulso de su temperamento, se vino a revelar tan grande en la modestia de su vida privada como lo había sido en la gloria. El desinterés constituía para él la virtud dinámica y capital.

CAPITULO VI

San Martín antes de su partida al Plata

SUMARIO: Problema sentimental resuelto por San Martín. — La hija de San Martín en Bruselas. — Máximas redactadas por él, para formar su carácter. — Una hija modelo. — San Martín, rígido y severo instructor. — El general don Guillermo Miller. — Sus servicios en Chile y en el Perú. — El jefe de la Legión Peruana y su actuación en la batalla de Ayacucho. — Llegada de Miller al territorio argentino. — Brindis de Redhead en que se hace justicia a San Martín. — Desde Londres Miller anuncia a San Martín su llegada. — Contestación de San Martín. — Miller en el Continente y en París. — Un paso de O'Higgins comentado por San Martín. — Miller bajo el techo de San Martín. — Miller y los materiales de sus Memorias. — Preguntas formuladas a San Martín. — La logia Lautaro. — Pormenores muy interesantes. — Croquis del combate de San Lorenzo, de la batalla de Chacabuco y de Maipú. — San Martín y el triunfo de Ituzaingó. — Lo que debe ser una narración histórica según San Martín. — Una opinión sobre Bolívar. — San Martín y sus servicios a la patria después de la caída de Rivadavia. — Consejo dado por San Martín a Miller al querer penetrar en territorio italiano. — Juicio que le merece la elección de La Mar para presidente del Perú. — San Martín felicita a Miller por su retorno al Perú. — Las Memorias de Miller. — Miller, hombre necesario según San Martín. — Ofrecimiento que le hace de su nuevo domicilio en Bruselas. — San Martín en Lieja, en viaje para Aix-la-Chapelle. — Su encuentro con O'Brien y su salud. — San Martín precioso colaborador para Miller. — Causa de la expulsión de Abadía. — Otros pormenores interesantes. — Lo que arrastraba en su marcha el ejército de los Andes. — El asalto de Talcahuano. — Razón de su desembarco en Pisco. — La retirada de Arenales. — La persecución de Canterac. — San Martín espera retornar al Plata con Miller. — San Martín se resiste a embarcarse con Miller para América pasando por los Estados Unidos. — Retrato de San Martín hecho por Madou, enviado a Miller. — Viaje realizado por San Martín durante el año de 1828. — Su paso por Lille, y su pasaporte. — Alarma que esta llegada de San Martín provoca en el ministerio del Interior y en la policía de París. — Actitud asumida por el ministro de Relaciones Exteriores. — San Martín autorizado a pasar de Lille a Marsella. — El prefecto de Marsella anuncia la llegada de San Martín. — Autorización dada por el ministro del Interior. — San Martín buscado infructuosamente en París. — San Martín en Tolón. — Un documento firmado por el «Maître de Requêtes». — San Martín durante su permanencia en Marsella. — Informe inexacto sobre San Martín. — Cuando a San Martín se le buscaba en París se encontraba en Aix-la-Chapelle. — La gira de San Martín en Francia. — San Martín en Canterbury y en casa de Miller. — Carta de despedida dirigida a Miller. — San Martín a bordo del *Chichester*.

Si la cuestión política influyó poderosamente en el ánimo de San Martín para ausentarse al extranjero, en esta decisión influyó igualmente el destino educacional de su hija. La orfandad ma-

terna en que ésta vino a encontrarse por el fallecimiento prematuro de su joven progenitora fué considerado por San Martín como un problema que sólo él debía resolver, y esto aun cuando se interpusiesen intereses de orden sentimental determinados por los derechos que sobre la huérfana podían invocar sus abuelos. San Martín asumió, pues, el papel que le correspondía como progenitor, y resolvió el conflicto ausentándose del país y llevando consigo el tierno vástago en el cual con presentimiento bien fundado colocaba él grandes esperanzas.

Hasta ese entonces, vale decir, hasta fines de 1824, lo había absorbido la guerra y toda su personalidad la había consagrado a los intereses de su patria y América. Pocas y contadas habían sido, por así decirlo, las horas de fruición doméstica, y desde 1819 que había repasado los Andes para dirigirse al Perú, no había visto ni a su esposa ni a su hija. Justo era pues que al verse en un nuevo destino diametralmente opuesto a aquel otro que lo había sido la guerra, se avivasen en él sus instintos recónditos y se consagrarse por entero a aquella criatura, que el cielo ya le destinaba para báculo de su vejez.

Los documentos de carácter privado que han estado en nuestras manos, nada nos dicen relacionado con la hija de San Martín a su llegada a Europa. Presumimos que del Havre pasó con ella a Inglaterra. Que estando allí fué su compañera durante la gira que hizo el libertador americano en la Gran Bretaña, y que luego más tarde, con su padre igualmente, pasó a Holanda y de allí a Bruselas, donde el progenitor solícito decidió colocarla como interna en un colegio o pensión regentado por una dama inglesa, cuyo nombre no ha pasado a la posteridad ⁽¹⁾.

La hija de San Martín vino así a figurar entre las niñas educandas cuando apenas llegaba a los nueve años de edad. Su inteligencia se despertó de inmediato a las disciplinas didácticas que formaban el programa educativo de entonces, y esto con tanto provecho que al poco tiempo de estar en Bruselas San Martín le escribía a Guido ponderando sus adelantos en el estudio de idiomas como igualmente en el dibujo y en la música.

Desde un principio quiso San Martín que su hija fuese educada teniendo en cuenta la misión social que le corresponde en el mundo a la mujer y con tal motivo, al correr de la pluma redactó unas

(1) Ningún documento nos da el nombre de la pensión en que San Martín colocó a su hija, ni nos dice tampoco el barrio en que ella podía encontrarse. Registrando las guías de la época, encontramos distintas pensiones o internados de señoritas, en una de las cuales, a no dudarlo, colocó a su hija San Martín. — He aquí, a título de pura curiosidad, el nombre y la dirección que tenían estas pensiones. Madame Vanden, rue des Ursulines, 563; Mlle. Parent, rue des Comédiens 1017; les Dames de Goyon, rue Haute, 750; les Dames de Berlaimont, rue du Ménage, 852; Mlle. Gernaert, rue aux Laines, 920; Mme. Ve. Burthon, place de la Chapelle, 63; Mlle. Danels, rue du Curé, 622; Mme. Ve. Marchal, rue du Marché-aux-Grains, 3; Mlle. Dens, rue du Pont Neuf; Mme. Reding, née de Bauge, rue Petits Sablons, 912.

máximas que debían servir de pauta o norma a las personas encargadas de su educación. Es así como San Martín dispone en ellas que se le humanice el carácter, que se le enseñe a ser sensible aún con los insectos, que se le inspire el amor a la verdad y el odio a la mentira, gran confianza en la amistad, pero esto vinculando a ella el respeto. En esas mismas máximas dispone San Martín que se la estimule a la caridad con los pobres, al respeto por la propiedad ajena y que se la acostumbre a guardar un secreto. Al mismo tiempo que desea educarla en un sentimiento de tolerancia hacia todas las religiones, quiere igualmente que se distinga por su dulzura con los criados, con los pobres y con los ancianos. Exige que se la acostumbre a ser formal en la mesa, que se le inculque el amor al aseo como el desprecio al lujo, y finalmente que hable poco y lo preciso.

No nos corresponde glosar aquí estos principios de ética educativa en que la sana moral se hermana con los dictados más sólidos de la inteligencia. En cambio debemos testimoniar que San Martín no se vió defraudado en sus esperanzas y que, formando una hija modelo, preparó para el porvenir una gran matrona, que heredando sus virtudes morales le permitieron decir a San Martín en carta al padre del hombre a quien la entregaría en desposorio: «La educación que Mercedes ha recibido bajo mi vista no ha tenido por objeto formar en ella lo que se llama una dama de gran tono, pero sí el de ser una tierna madre y buena esposa. Con esta base y las recomendaciones que adornan a su hijo de usted, podemos prometernos el que estos jóvenes sean felices, que es a lo que aspiro».

Recordando este período de la vida de San Martín nos dice un escritor chileno, don Benjamín Vicuña Mackenna, que la preocupación más profunda que le dominó en los años que habitó Bruselas, «fué la educación de su hija. Era aquella niña toda su adoración y felizmente la naturaleza la había dotado tan ricamente que todos los pequeños artificios de la abuela habían sido insuficientes para malograr su índole. Por otra parte, su severo padre no se lo habría consentido».

Con tal motivo pasa a anotarnos luego los recuerdos anecdóticos que todavía se conservaban cuando él escribía esas líneas, en la memoria de las que habían sido sus compañeras de clase, y con tal motivo nos cuenta lo siguiente: «San Martín había tomado la costumbre de visitarla todos los sábados y de sacarla a paseo los domingos. Esta visita y la demostración afectuosa con que siempre la acompañaba estaba subordinada a una condición y era ésta la que no tuviese una sola falta apuntada en los libros de la Directora. En esto como en todo lo que era disciplinario San Martín se reveló inflexible y hasta tal punto que cuando llegaba a la pensión para visitarla y se encontraba con que su hija había merecido la más ligera observación, le decía: «Hoy no te besaré, hija mía, y mañana no vendré a sacarte». «Inútiles, dice el escritor citado, eran los sollozos, el ofrecer enmienda, el implorar perdón. Disimulando

tal vez su ternura en una mirada airada, el general tomaba su sombrero y se iba para volver el próximo sábado puntual como un reloj». «Fué San Martín, concluye éste, toda su vida un rígido instructor, comenzando por sí propio y naturalmente hallaba en todos los que le rodeaban algo del recluta; de aquí la severidad de su consigna. No estará tal vez de más agregar que aquella táctica doméstica produjo tan admirables frutos como la de Mendoza, antes de invadir a Chile. La señorita San Martín recibió mediante ese sistema, no sólo una educación distinguida, sino excepcional. Su padre recomendaba especialmente que le enseñaran «a zurcir medias» — éstas eran sus palabras —, mas ella, como si hubiera querido vengarse de sus cárceles del domingo, aprendió con notable perfección todas las artes que adornan a su sexo; la música, el dibujo, los idiomas vivos y con particularidad la pintura al óleo en que esta notable señora, no obstante la debilidad de su vista, es una maestra» (1).

Cuando San Martín empeñaba sus solicitudes paternas en la forma que acabamos de describir, llegaba a Europa uno de los mejores jefes que habían militado bajo sus órdenes en la campaña libertadora del Perú, es decir el general don Guillermo Miller, hombre de grandes virtudes militares y de gran probidad como caballero. Era Miller nativo del pueblo de Wigan, perteneciente al condado de Kent en Inglaterra. A los diez y siete años de edad había sentado plaza de soldado y entrado a militar contra Napoleón, bajo el mando de Wellingtón. Después de Waterloo y atraído por las campañas de la independencia en el nuevo mundo, dejó la madre patria y se embarcó en Liverpool para Buenos Aires. Su llegada a la capital argentina coincidió con el triunfo de San Martín en Chacabuco y conociendo el director Pueyrredón que este jefe benemérito podía prestar grandes servicios a la patria lo destinó con el grado de capitán de caballería al ejército libertador en Chile. A su llegada allí, Miller se presentó a San Martín en el campo de concentración que se encontraba en Las Tablas y desde su arribo al campamento se conquistó las simpatías de todos por lo afable de su carácter.

Según un biógrafo, tuvo un glorioso estreno sirviendo bajo las órdenes del comandante don Manuel Blanco Encalada, en la noche en que el ejército libertador sufrió la triste sorpresa de Cancha-Rayada. Salvó entonces dos piezas de artillería que estaban a su cargo y regresó a Santiago incorporado a la división que salió intacta de aquella sorpresa y que emprendió la retirada bajo las órdenes de Las Heras. Por su conducta en Cancha-Rayada, Miller reci-

(1) BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA: *Revelaciones Intimas*.

En el asilo que la señora Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada fundó en Brunoy, en las cercanías de París, se conservan dos cuadros pintados por la hija de San Martín. Uno de ellos, el del Nazareno, está firmado; el otro, que es el de una Dolorosa, reproduce un original de la escuela italiana.

bió el grado de sargento mayor, nombrándolo más tarde San Martín su edecán.

Mientras se preparaba la expedición libertadora del Perú, Miller prestó grandes servicios a la causa de la libertad embarcado a bordo de la escuadra chilena, distinguiéndose brillantemente en el combate naval que sostuvo el comandante Jorge O'Brien a bordo de la *Lautaro* contra la *Esmeralda*, fragata española, como igualmente en la captura de la fragata *María Isabel* que tuvo lugar en el puerto de Talcahuano en octubre de 1818. Llegado Cochrane a las aguas del Pacífico y reconocido como almirante de la flota chilena, hizo con él algunas campañas por aquellos mares, y pudo de este modo asistir al bloqueo y ataque de las fortalezas del Callao, embarcado a bordo de la *O'Higgins*. Al frente de trescientos ochenta marineros realizó más tarde un desembarco en la ensenada de Paracas.

De allí se dirigió hasta Pisco en donde atacó su guarnición, y pudo apoderarse de un regular botín de guerra y de las provisiones que en su fuga había abandonado el jefe realista; pero saliendo de esta aventura con tres heridas que le obligaron durante algún tiempo a la inactividad de sus funciones. De las costas del Perú pasó más tarde, siempre bajo las órdenes de Cochrane, al archipiélago de Chiloé para atacar allá a los realistas que comandaba el gobernador Quintanilla. Nuevamente y en uno de sus ataques, fué herido de dos balazos en una pierna, y esto le obligó a regresar a Valparaíso en donde se le acordó el grado de teniente coronel de artillería.

Organizada la expedición libertadora del Perú, Miller sentó plaza en ella incorporándose al batallón n° 8 de los Andes. Pudo así desembarcar con San Martín en Pisco, reembarcarse luego en Paracas y trasladarse a Huaura en donde, como ya se sabe, San Martín estableció su campamento. Estando en Huaura fué autorizado por San Martín para iniciar una campaña al sur de Lima y, colocado al frente de quinientos hombres de infantería y cincuenta de caballería, salió de Huacho rumbo a Paracas en donde desembarcó y en donde sostuvo sus primeras escaramuzas con las avanzadas realistas comandadas por García Camba. Aun cuando llegó a posesionarse de Pisco, la fiebre palúdica que allí reinaba le obligó a reembarcarse, y realizado esto se dirigió a Arica y luego a Tacna, cuyos habitantes lo recibieron triunfalmente. Aquí, y ayudado por el mayor argentino don José Manuel Soler, con esclavos negros que pertenecían a los ingenios aumentó su fuerza, y después de una marcha accidentada y desafiando al enemigo que lo seguía con vivo acecho, estableció su campamento en Buena Vista sobre las márgenes del río Sama, logrando más tarde caer sobre él en el valle de Locumba y triunfar en Mirabe. Después de distintas correrías por sierras y valles se reembarcó con sus fuerzas en Arica en julio de 1821 y de paso para el norte desembarcó nuevamente en Paracas,

avanzando hacia Pisco en persecución de la columna que comandaba el coronel Santalla.

Todos estos servicios le merecieron el grado de teniente coronel efectivo y luego el gobierno militar y político de Ica, de donde se trasladó a Lima cuando el ejército de Canterac bajó de la Sierra con el propósito de entrar en la capital y de posesionarse del Callao. Miller fué destinado luego a la persecución del ejército realista y más tarde San Martín lo designó como jefe de la Legión Peruana, nombrándolo más tarde fundador de la Orden del Sol. En vista de sus méritos, el gobierno del Perú lo elevó al grado de brigadier general el 8 de abril de 1823 y bajo las órdenes de Sucre hizo la campaña del sur del Perú, posesionándose de la ciudad de Arequipa que abandonó el general Ramírez a su aproximación. Fracassada esta campaña Miller se trasladó por tierra a la ciudad de Lima al frente de sus fuerzas de caballería, y en 1824 fué nombrado jefe del Estado Mayor. Bolívar lo utilizó en una comisión militar ante el gobierno de Chile y de regreso al Perú mantuvo un combate a bordo de la goleta *Montezuma* contra el buque corsario *Quintanilla* a las órdenes del gobernador de Chiloé. Miller siguió militando bajo las órdenes de Bolívar y en la batalla de Junín reemplazó al general Mariano Necochea que comandaba la caballería y que cayó herido en el combate.

En la batalla de Ayacucho tocó el honor de estar al lado del general colombiano José María Córdoba y de tomar parte en aquella carga famosa iniciada por el heroico jefe después de lanzar este grito de guerra: «¡Adelante! ¡Paso de vencedores!». Después de haber sido nombrado prefecto y comandante general del departamento de Puno, pasó al Alto Perú donde el general Sucre le confió una división que debía atacar al general Olañeta. Estando en La Paz, le sorprendió el nombramiento de prefecto y comandante general de Potosí y el 18 de agosto de ese año de 1825 fué nombrado general de división del ejército peruano.

En ese mismo año Miller obtuvo licencia para trasladarse a Europa en vía de descanso y a fin de restablecer su salud. De Potosí pasó a la ciudad de Salta, en donde fué recibido con vivas demostraciones de aprecio. El doctor don Facundo Zuviría, patricio eminente, y a quien venía recomendado Miller, decidió honrarlo con un banquete. A este banquete fueron invitadas las autoridades de la provincia y los principales vecinos de la ciudad. Entre los invitados figuraba un caballero inglés, o sea el doctor José Redhead quien había publicado en Buenos Aires en 1819 un opúsculo sobre la dilatación del aire atmosférico.

Al llegar al momento de los brindis, los oradores encomiaron la obra de Bolívar y de Sucre. Muchos próceres salieron a relucir en este torneo de oratoria; pero nadie pronunció el nombre de San Martín. Terminados estos brindis, Redhead se puso de pie y con la naturalidad que le era habitual, según un cronista, declaró que

había guardado silencio hasta ese instante para gozar de las bellas y ardorosas ideas con que se festejaba la victoria de Ayacucho. Dijo que un suceso semejante no era otra cosa que el resultado preciso del gran pensamiento proclamado en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810; que este pensamiento había sido llevado en triunfo por uno de los más ilustres guerreros argentinos al Estado de Chile, y trasladado luego al virreinato del Perú, como la mejor prueba de su coraje y de su consagración a la causa americana; que él, como amigo de la humanidad y justo apreciador de los derechos del hombre, a su vez quería rendir homenaje a ese memorable acontecimiento.

El orador no se detuvo ahí. Prosiguió en su peroración, y convencido de que las imágenes adquieren un valor demostrativo a veces muy superior a las ideas, trajo a colación el palo enjabonado, que el vulgo conoce con el nombre de cucaña. Asido a esta imagen, Redhead demostró lo caprichosa que se revela la suerte con aquellos que intentan subirlo y posesionarse de la prenda colocada en su parte superior. El primero que lo intenta, consigue llegar hasta cierta altura, pero ya el cansancio o ya la superficie resbaladiza, lo obliga a descender, arrastrando consigo parte del sebo untado. Esta circunstancia facilita la subida del segundo, y de los que vienen en pos de éste; pero llega, dijo él, el señalado por la estrella de la fortuna, y aprovechando de estas ventajas se apodera de las prendas colocadas en la codiciada cima. Terminada esta exposición, que por cierto no dejó de provocar la atención y aún la hilaridad de los concurrentes, Redhead declaró: «Brindo, pues, señores, por la memoria del general San Martín que desensebando la cucaña de la libertad del Perú dejó expedito el camino al general Bolívar para que recogiese el premio en Ayacucho» (1).

Después de una corta permanencia en Salta, Miller se trasladó a Buenos Aires, y de aquí se embarcó para Europa.

A su llegada a Londres, trató de ponerse en relación con San Martín — su hermano Juan ya le había anunciado a éste su llegada — y con fecha 22 de agosto escribióle: «Creo que es inoficioso decir cuan grato me será volver a saludar a usted y de asegurarle que ni el tiempo ni los sucesos políticos jamás han podido borrar de mi memoria lo mucho que debo al primer general que me distinguió y que me dió la mano en la América. Siempre he conservado gratos recuerdos del general San Martín y jamás he dejado de expresarlo abiertamente, lo que he podido hacer en todas partes y en medio de todas las facciones porque no habiendo sido partidario de ningún individuo jamás, he podido, sin inconveniente, hacer jus-

(1) La autenticidad de este episodio está garantizada por el testimonio de don Jerónimo Espejo. Ver para esto su obra: *La Entrevista de Guayaquil*.

Espejo nos dice que este brindis se lo dió a conocer en el Paraná el señor don Tomás Arias, que había sido gobernador de la provincia de Salta y senador al congreso nacional.

ticia a los que según mi opinión la merecían». «He venido a Génova con dos años de licencia, agrega, y antes de volver a la América, espero tener la satisfacción de dar a usted un abrazo. Tan luego como me vea un poco desocupado, pienso dar una vuelta a Bruselas».

«Son demasiadas las pruebas que usted me dió de su amistad, le contesta San Martín, en el tiempo que estuvo a mis órdenes, para dudar que en mi ausencia no haya usted conservado los mismos sentimientos. Si como usted dice no ha podido olvidar jamás que fui el primer general que lo distinguió, esto no debe usted mirarlo como un favor sino como una obligación debida a su mérito. Sí, mi amigo, a su verdadero mérito repito; y aunque su natural moderación se ofenda, permítame usted le diga que si yo hubiera tenido la felicidad de tener en el ejército que mandaba sólo seis jefes que hubieran reunido las virtudes y conocimientos de usted, yo estoy bien seguro que la guerra del Perú se hubiera terminado dos años antes de lo que ha concluido».

«Con gusto tomo la palabra, dícele después, que me da usted de dar una vuelta por Bruselas. Para mí será una satisfacción abrazarlo y mucho más si gusta venir a parar en mi casa, en donde encontrará un alojamiento militar y una independencia completa» (1).

De Londres, Miller se trasladó al Continente. Hizo al parecer una cura en Aix-la-Chapelle y de allí pasó a París de donde volvió a ponerse en comunicación epistolar con San Martín. Por las cartas cambiadas entre uno y otro, sabemos que la que Miller le había escrito desde Aix-la-Chapelle y otras que le había dirigido al llegar a Francia no llegaron a su poder. «Sin duda, le dice éste, ambas han sido pasto de la curiosidad de la policía prusiana y francesa; por lo tanto, ruego a usted que en lo sucesivo omita en mis sobres el nombre de general y ponga simplemente a Mr. St. Martín. Como en la suya no me indica el modo que le remita cartas a París, lo verifico con las tres adjuntas, bajo cubierta de Arcos a quien encargo se las entregue sin demora».

Días más tarde y haciéndose eco de las impresiones que Miller le da a conocer después de su llegada a París, San Martín le dice: «No dudo de las ventajas que usted ha encontrado en esa capital y que con usted convienen todos los viajeros no reunirse en ninguna otra parte. Sin embargo, por ahora mi curiosidad no me mueve a emprender este viaje; puede que antes de regresar a América dé un paseo por quince días pues, a no hacerlo, se diría era por quererme singularizar».

Por esa época supo San Martín por carta que le escribía Miller que O'Higgins se preparaba para regresar a Chile. «Confieso a usted, le escribe, que esta noticia me ha puesto de malísimo humor porque yo tenía una alta idea de la juiciosidad de este amigo y el

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 65.

paso que se propone dar es una verdadera locura, mírese por el aspecto que se quiera, porque, en mi opinión, jamás hay razón para emplear la fuerza contra su misma patria». Pasa luego a lamentarse del estado político que ofrece la América, por la desinteligencia de los partidos y por las ambiciones que están en juego comprometiendo la estabilidad constitucional de los nuevos Estados. «Yo había calculado, escribe a este propósito, que el desarrollo de las pasiones se experimentaría al concluirse la guerra de su emancipación. Ello debía suceder así, visto los elementos de que se compone la masa de nuestra población, su atraso, huérfanos de leyes fundamentales y por agregado los enconos individuales y locales que ha hecho nacer la revolución. Yo creo que no se necesita una gran previsión para haber calculado lo que actualmente sucede y lo que sucederá sin incurrir en mucho error, pero es muy difícil acertar la época en que terminarán sus desaciertos». Esta carta termínala San Martín diciéndole a Miller que tendrá una verdadera satisfacción en conocer a su señora madre y que se dará este placer apenas llegue a Inglaterra en el verano próximo.

Presumimos que en los primeros meses de 1827 y antes de trasladarse a Londres, Miller pasó de París a Bruselas y que allí convivió por algunos días la vida militar y hospitalaria que bajo su techo le brindaba San Martín. Es el hecho que en abril de dicho año lo encontramos en Londres reanudando con San Martín la correspondencia que quedó interrumpida en enero de ese mismo año, y que de allí comienza a formularle una serie de preguntas relacionadas con las campañas de la independencia. Era ése el momento en que Miller preparaba los materiales para escribir sus Memorias y a no dudarlo San Martín podía y debía ser para él la mejor de sus fuentes. «Me alegraré mucho, le dice el 10 de abril de 1827, cuando reciba las noticias o apuntes que últimamente he pedido a usted, pues ya me hacen falta para continuar la obra. Sé muy bien que da a usted mucha incomodidad, pero por otra parte es interesante a todo el mundo que no se pierdan hechos y datos tan importantes y que quizá sólo usted puede dar con exactitud».

En consecuencia, pregúntale cuándo se produjo el asalto a Talcahuano; le dice que uno de los cargos principales que le hacen sus enemigos es el haber obligado a los españoles a abandonar el Perú quitando a los unos la mitad de sus bienes y a otros cuanto tenían; y que aun cuando él está impuesto de muchos de los justos motivos como de la necesidad que había de desterrar a los españoles de Lima a consecuencia de sus intrigas y del abuso que hacían de la protección que se les acordaba, desearía tener algunos otros datos suministrados por el propio San Martín. Significa luego que desearía poseer «diez renglones de hechos respecto a la toma de dinero por lord Cochrane en Ancón», y pasa luego a apuntarle este chisme o rumor que es lo más trascendental que tiene esta carta. «Según algunas insinuaciones que yo he oído verter a ciertos per-

sonajes, él quería dar a entender — hace alusión a Bolívar — que usted quiso coronarse en el Perú y que esto fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil. Si usted quiere quizá se puede contradecir esto en seis palabras».

Pasa luego a decirle que en su creencia los negros que han servido en los ejércitos de la independencia merecían un gran elogio por su valor y constancia; que los españoles no habían podido a pesar de sus tentativas formar cuerpos con ellos, pero que ignoraba si esta su opinión merecería su apoyo. «No sería tal vez fuera de lugar, agrega, decir una palabra de Abadía, el que fué declarado inocente por el consejo que lo juzgó». Pídele que le dé a conocer en resumen las proposiciones hechas a los españoles en Punchauca, lo que éstos querían, y por qué causas no se firmó el armisticio.

Aborda igualmente el tema relativo a la logia Lautaro. «Yo no sé si convendría, escribe, exponer los males que causó la logia establecida en Buenos Aires y cómo por ella quedó usted casi con las manos atadas cuando era necesario obrar con actividad y hacer un ejemplo con algunos jefes cuyas intrigas y escandalosa conducta — aquí alude a Alvear y a sus satélites — fueron apoyadas por dicha logia. Si usted quiere que se trate sobre esto es necesario proveerme con la materia, porque yo ignoro la naturaleza de aquella sociedad». La carta ésta está incompleta y por lo tanto no podemos exponer aquí los otros pormenores de orden militar y político que le sirvieron a Miller para completar en estas circunstancias su formulario de consulta. Lo que podemos informar al lector es que diez días más tarde San Martín le enviaba su respuesta, y que comienza en ella por significarle que después de la última carta que le había escrito había sufrido infinito, pues su hija Mercedes había estado a las puertas del sepulcro de resultas del sarampión, o sea de la fiebre escarlatina que había atacado a todas las niñas de la pensión en que su hija se encontraba. «Felizmente, escribe textualmente, la chiquita está fuera de todo peligro pues hace tres días se levantó por primera vez; esta circunstancia es la que ha impedido remitir a usted con más antelación los apuntes pedidos y que ahora adjunto».

Pasa luego San Martín a informarle a Miller sobre varios puntos de sus consultas y así le dice que no le remite los detalles que le pide sobre la acción de San José por serle desconocidos, pero que si necesita los de San Lorenzo se los podrá enviar con su aviso, incluyéndole un pequeño croquis de la batalla de Chacabuco. «No creo conveniente, dícele, hable usted lo más mínimo de la logia de Buenos Aires: estos son asuntos enteramente privados y que aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acaecimientos de la revolución de aquella parte de la América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos. A propósito de logias sé, a no dudarlo, que esta sociedad se ha multiplicado en el Perú de un modo extraordinario. Esta es una

guerra de zapa que difícilmente se podrá contener y que hará cambiar los planes más bien combinados».

Establecida esta declaración, San Martín pasa a abordar el tema más destacado de la carta de Miller. Reconstruye así en su verdadero aspecto la entrevista de Guayaquil, y rechaza como calumnioso el rumor que lo presentaba con aspiraciones a la corona cuando la suerte lo había colocado al frente de los destinos del Perú, como así ya lo ha visto el lector.

En cartas sucesivas, San Martín le facilita a Miller pormenores muy interesantes relacionados, ya con su acción libertadora en Chile, o ya en el Perú. Dícele así que la parte del ejército español que no entró en la batalla de Chacabuco, se encontraba acantonada en la provincia de San Fernando, al mando del coronel Morgado; que estas fuerzas fueron dirigidas en el acto sobre Talca, para contener a Freire que atacaba por el sur y que en ellas entraban los dragones de Concepción, un batallón de Penco, otro de Valdivia, cuatro escuadrones de milicias con diez piezas de artillería volante, sin contar los cuatrocientos hombres que los realistas tenían en Concepción y otros doscientos existentes en Valparaíso.

A una consulta formulada por Miller sobre Monteagudo, responde San Martín que tiene casi la evidencia de que era hijo de Salta y de que había hecho sus estudios en Chuquisaca. Al abordar el tema relacionado con la toma de Lima, dícele que el entusiasmo de los habitantes fué extraordinario cuando vió entrar por sus calles al ejército libertador. Este entusiasmo fué desbordante en el bajo pueblo, y al hablar de las madres peruanas, declárales que muchas vinieron a él presentándole sus hijos para soldados. San Martín le escribe a Miller que Las Heras era comandante de batallón en la batalla de Chacabuco, coronel en el asalto de Talcahuano, y coronel mayor después de la batalla de Maipú. Concluye esa carta declarándole que si O'Brien no está en Bruselas para el 22 de dicho mes, se irá a los baños con el disgusto de no haberle visto.

En ese mismo mes de mayo, y posiblemente antes de salir para los baños de Aix-la-Chapelle que era el lugar donde San Martín hacía su cura termal estando en Bruselas, le vuelve a escribir enviándole un croquis de la batalla de Maipú y otro de la acción de San Lorenzo hechos por él mismo, como él mismo había hecho el anterior remitido sobre Chacabuco.

Miller encontró este croquis «claro y bien delineado» pero San Martín no era de ese parecer y con tal motivo le contestó: «Conviéndre con usted en cuanto a lo primero, mas en lo de bien delineado permítame no convenga con su parecer. Le ruego no enseñe estos borrones como obra mía a ningún inteligente, pues ellos pondrían de manifiesto la ignorancia de su autor cuyo objeto no es otro que el de servir a la amistad».

De paso San Martín se hace eco del triunfo obtenido por las armas de su patria en Ituzaingo en la guerra contra el Brasil y así escribe:



EL GENERAL JUAN VAN HALEN

Este jefe fué designado para el comando de las tropas belgas en la insurrección contra la Holanda, después que San Martín renunció a ese honor.
(Biblioteca Nacional de Bruselas, sección Grabados y Estampas).

«Mucho he celebrado los triunfos de Buenos Aires. Estos golpes harán más moderado al emperador y la paz será la consecuencia de esta lección sin contar con la influencia de la diplomacia inglesa que no dejará de aprovecharse de esta circunstancia para decidirlo a dar este paso».

En otra circunstancia le escribe a Miller para hacerle saber que comparte con él la idea de que una narración no debe ser tan sólo el relato «no interrumpido de los hechos sobre América, hechos que por interesantes que ellos sean deben cansar el lector por su monotonía». «La máxima de mezclar lo útil con lo agradable, le dice, es de necesidad absoluta en la obra que usted trata de publicar. Las anécdotas que usted piensa mezclar, serán tanto más apreciables cuanto la diferencia de costumbres, distancia y la influencia que la independencia de la América debe tener en Europa con sus relaciones políticas y comerciales, excitarán la curiosidad del lector». Deseoso de colaborar al éxito que persigue Miller prométele que después de pasada la buena estación le remitirá el relato de algunos hechos en que él ha actuado como testigo «y que no dejarán de presentar un interés vivo por su patriotismo y desprendimiento». Aprovecha esa oportunidad para tener un amistoso recuerdo de lord Fiffe y del comodoro Bowles, y al mencionar a Bolívar, de quien se dice que piensa regresar al Perú para deshacer el entuerto que han hecho los limeños, declara San Martín «que el hombre marcha a largos pasos al precipicio» si así procede. «Digo esto, escribe textualmente, con tanto más motivo, cuanto que he visto carta de Guayaquil en la que se asegura la exaltación de los ánimos de los habitantes de aquella provincia contra los colombianos y su jefe y cuyos deseos eran los de unir sus destinos a los del Alto Perú, en cuyo plan entraban igualmente los quiteños».

Por esta carta de San Martín a Miller sabemos que por falsos rumores que habían circulado en Londres se aseguraba haberlo visto en aquella capital. «Puedo asegurar a usted, bajo mi palabra, le escribe al amigo, que en el presente año no he hecho más que dos viajes, uno a Liège y otro a Anvers».

El 16 de octubre de ese año de 1827 le vuelve a escribir significándole que no había contestado con más anticipación a su carta del 18 de septiembre a la espera de las notas que Miller le decía que le había remitido. «Ellas no han llegado a mi poder sino el 3 del corriente, le declara, mas como vienen escritas en inglés aquí fueron mis apuros y mucho más con la que viene escrita por manos de usted, cuya letra, no digo mi hermano que es un malísimo traductor — Justo vivía en ese entonces con San Martín — pero ni aun un Mayor inglés que concurre a la sociedad de comercio, no pudieron hacerme una traducción completa. Sin embargo, por lo que me han leído, puedo asegurarle que todo ello está bien y que la parte histórica nada deja que desear. Si en lo sucesivo usted quiere remitirme alguna que otra nota le suplico lo haga bien en

español o en francés pues entonces podré darle mi opinión con seguridad». Estas notas no eran otra cosa que capítulos o fragmentos de las Memorias que preparaba Miller y cuya edición inglesa apareció en Londres en 1829.

«Ya habrá usted sabido, agrega más adelante, la ruptura con el Brasil, la abdicación de Rivadavia y el nombramiento de López en su lugar. Este cambio en la administración me ha obligado a ofrecer mis servicios a Buenos Aires. Si ellos son aceptados marcharé inmediatamente que se me avise».

Enterado San Martín por ese entonces de un viaje que Miller se proponía hacer por Italia, dícele: «Deseo que su viaje a Italia sea feliz y que no haya encontrado ninguna dificultad, lo que temo mucho, especialmente si usted, como es de presumir, se ha metido en el territorio austríaco. En este caso tendrá que sufrir contradicciones continuas, si llegan a saber — como es regular — que es usted uno de los primeros insurgentes de la América del Sud, como le sucedió al general Devereux. En fin, Dios lo saque con bien como le deseo». En esas circunstancias previene a Miller que en ese invierno es posible que se resuelva a dar una vuelta por París y que si esto lo realiza se lo avisará con antelación.

Hablando del nombramiento del general La Mar para presidente de la república del Perú, dice San Martín a Miller que le parece que la elección es muy acertada «tanto por su conocida honradez como por su carácter sostenido y amable». Avísale que él le ha escrito lo mismo que a O'Higgins aprovechando la salida de un bergantín que partía de Amberes para Lima directamente. Creemos que Miller desistió de su viaje por Italia y que lo que resolvió fué dirigirse de nuevo al Perú, pues San Martín lo felicita entonces por su decisión y le declara que su presencia allí «puede ser de gran utilidad a aquel Estado en el ramo militar». «Lo que le deseo a usted, agrega, es no sólo un felicísimo viaje, sino también un acierto en cuanto emprenda. Ya dije a usted en mi anterior que había ofrecido mis servicios al gobierno de Buenos Aires en la actual guerra contra el Brasil. Antes no lo había hecho porque el carácter de Rivadavia no confrontaba con el mío; si ellos son admitidos me pondré en marcha inmediatamente que reciba el aviso, lo que le avisaré antes de partir».

Pero Miller no efectuó ese viaje en aquel entonces. Eran sus deseos los de terminar primero la redacción de sus Memorias y así se lo escribió a San Martín, quien una vez enterado de este propósito le contestó: «Veo que sólo el objeto de concluir su obra lo ha demorado en Europa y que ella será concluída en un par de meses; si como usted me dice ella ha tomado un aire histórico mucho difícil que en tan corto tiempo pueda estar concluída. De todos modos, los planos con que usted la acompaña deben darle un gran interés».

San Martín no oculta en esas circunstancias el placer que le causa

saberlo a Miller llamado por el general La Mar. Le hace presente que celebraría mucho el que cuanto antes se pusiese en viaje para el Perú «por la sola razón de que usted es tal vez el solo jefe que no se ha comprometido con partido ni facción alguna. Esta recomendación, y la de los servicios que usted ha prestado a aquel país, harán de usted un hombre necesario, sea el que fuere el que se halle a la cabeza de la administración. En cuanto a La Mar, yo no conozco nadie en el Perú que le sea comparable por sus virtudes».

Cuando estas líneas salían de la pluma de San Martín, acababa éste de sufrir una crisis de reumatismo. Así se lo dice a Miller y al mismo tiempo le previene que dentro de doce o quince días saldrá para Aix-la-Chapelle a tomar sus baños. A fines de junio estará de retorno nuevamente en Bruselas.

En esa ocasión San Martín contesta algunas de las preguntas formuladas por Miller, y al hacerlo, declara San Martín que el nombre de Ejército de los Andes le fué dado a éste a mediados de 1816; que Rivadavia se declaró por la independencia desde el principio de la revolución; que su padre era natural de Galicia, que hasta su muerte fué enemigo declarado de la independencia y que el 20 de septiembre, a las doce del día, resignó el mando de Protector del Perú y que ese mismo día a las 10 de la noche se hizo a la vela para Valparaíso.

Al llegar a Aix-la-Chapelle San Martín le escribe nuevamente a su amigo. Dícele que el 27 de mayo salió de Bruselas para aquellos baños bastante aliviado de su reumatismo, pero que ya fuese por el movimiento del carruaje o por lo húmedo de la temperatura, el día 28 al llegar a Lieja se encontró en un estado tal de postración, que le fué imposible continuar el viaje, quedándose allí hasta el 11 de junio, en que llegó a Aix-la-Chapelle «sufriendo lo que es indecible, especialmente del brazo derecho que se me había hinchado monstruosamente». «El seis, continúa, comencé a tomar los baños y a pesar de la estación, que no me ha ayudado por lo fría y húmeda, me encuentro en el día con un alivio extraordinario».

En esa misma carta le hace saber que antes de salir de Bruselas se vió con O'Brien pero que no pudo estar con él más que dos días, separándose aquél de su lado para ir a París, pasar luego a Inglaterra y en julio trasladarse a Buenos Aires. «Si mi salud sigue en la mejoría que hasta la presente experimento, escribe, regresaré a Bruselas el 12 del entrante con el fin de traerme a casa a Mercedes pues en ese día se cierra la pensión en que se halla hasta el primero de agosto que concluyen las vacaciones de verano. En seguida regresaré a ésta para continuar los baños por todo el tiempo que lo permita la buena estación. Esta es la razón porque no aprovecho su invitación de hacerle una visita en su nuevo *cottage*, asegurándole tendría un verdadero placer en pasar en su compañía y la de su señor hermano un par de semanas».

Consecuente con su papel de amigo informativo, pasa a decirle

que «Dorrego y La Madrid han sido dos oficiales que se han distinguido por un coraje a toda prueba; el primero en la Banda Oriental y el Alto Perú contra los españoles y el segundo en este último punto. La comportación de Manuel Escalada en el sitio de Talcahuano, en donde mandó las guerrillas de caballería y en la campaña del sur, al mando de Balcarce, fué de las más distinguidas; lo mismo debe decirse del capitán Cajaraville cuyo valor y actividad lo hicieron distinguir, como igualmente todo el ejército».

En San Martín, el general Miller vino a encontrar así un precioso colaborador para enriquecer en forma verdaderamente documental sus Memorias. Pecaríamos de minuciosos si fuésemos a reproducir aquí todos los puntos señalados por Miller y contestados por su ilustre corresponsal. Debemos sin embargo mencionar los principales, y es así como contestando a la pregunta que le formulara relativa a Punchauca dícele San Martín que la base preliminar de la negociación fué la del reconocimiento de la independencia del Perú como Nación soberana, y que el principal objeto de aquel negociado, conociendo como él conocía a fondo la política del gabinete de Madrid, era el de comprometer a los jefes españoles como de hecho lo quedaban si sus proposiciones se aceptaban reconociendo la independencia.

Por lo que se refiere a Abadía, explícale a Miller que la verdadera causal de su expulsión la determinó, no ninguna inquina o prevención que él hubiese podido tener contra este español, sino su actividad y amable intriga en favor de sus compatriotas los realistas. «El no era, escribe textualmente, ni podía ser amigo de la independencia porque estaba en oposición de sus intereses; al contrario, le habría hecho una guerra constante, no sólo con sus consejos sino con sus bienes. Si a todo lo expuesto se agrega la imperiosa ley que obliga al que desgraciadamente manda, en tiempo de rebelión, de adoptar en ciertos casos partidos violentos, es necesario convenir que la sola sospecha autoriza a un jefe a obrar de este modo con tanta más razón en caso de Abadía en que se tenían datos casi evidentes de su conducta hostil».

En carta de 9 de abril de 1827, como ya se ha visto, Miller le escribe a San Martín que en diez renglones le explique la toma del dinero hecha por Cochrane en Ancón. San Martín no tardó en hacerlo, y le comunicó a Miller todos los pormenores relacionados con ese asalto o atropello que provocó su rompimiento con el almirante. Como ya los conoce el lector, omitimos el reproducirlos en estas páginas.

Por estos apuntes de San Martín, Miller entró en conocimiento de otros pormenores cuya importancia histórica es evidente. Supo así que la división del ejército de los Andes, que después de la batalla de Maipú pasó de Chile a Mendoza, se verificó por orden del gobierno de las Provincias Unidas, en consecuencia de las noticias recibidas de Cádiz de que la expedición de veinte mil hom-

bres que se preparaba en este punto era destinada contra Buenos Aires; que las principales cabezas de la revolución del batallón de cazadores en San Juan fueron el ex capitán Mendizábal, el teniente Corro y el subteniente Morillo, y que contra lo que decía la calumnia no podía ser él el causante de la muerte de Martín Rodríguez, porque cuando ella acaeció en Chile, San Martín se encontraba en Buenos Aires, habiendo aconsejado él además que Rodríguez fuese trasladado a los Estados Unidos. Comunícale igualmente que las bases del ejército de los Andes lo fueron ciento ochenta hombres del batallón n° 11, «sin la menor instrucción y malísima disciplina»; que ocho meses antes de emprender la expedición a Chile le fueron remitidos por el gobierno el batallón n° 7 con cuatrocientas cincuenta plazas y doscientos veinte Granaderos a caballo, siendo el resto de ese ejército reclutado todo él en la provincia de Mendoza «cuyo patriotismo y sacrificios en aquella época excede toda ponderación». «El ejército que invadió a Chile, le dice, se componía de tres mil setecientos hombres de línea de todas armas y de mil doscientos milicianos desarmados, empleados en la conducción de la artillería, cuidado de las mulas y caballada y que por documentos originales existentes en su poder el ejército enemigo ascendía en ese entonces a siete mil seiscientos trece hombres de línea y ochocientos milicianos armados y a sueldo».

Encontramos en estos apuntes una ligera alusión a su parlamento con los indios pehuenches que Miller explaya luego en sus Memorias, y al referirse al paso de los Andes, anota que sus dificultades provenían de su despoblación, de su falta de caminos, de leña, como de pastos. El ejército, cuéntale a Miller, arrastraba diez mil seiscientas mulas de silla y carga, y mil seiscientos caballos, con setecientas reses, dos obuses de a seis, diez piezas de batalla conducidas por quinientos milicianos con zorras y mucha parte de camino a brazo y con el auxilio de cabrestantes para las grandes eminencias; que los víveres calculados para veinte días de marcha eran conducidos a mula y que antes de llegar a Santiago este ejército debía pasar cinco cordilleras, expuesto a la puna o soroche que atacó a la mayor parte de los soldados, de cuyas resultas, como del intenso frío allí reinante, perecieron muchos de ellos. «Todos estaban bien convencidos, escribe, que los obstáculos que se habían vencido no dejaban la menor esperanza de retirada; pero en cambio reinaba en el ejército una gran confianza, sufrimiento heroico en los trabajos y unión y emulación en los cuerpos».

Hablando ya de las operaciones militares en Chile, San Martín clasifica de «incomprensible» la detención de Las Heras en Talca; dice que el mal éxito del asalto de Talcahuano a pesar de la bravura que manifestó en él el coronel Las Heras «fué por haber adoptado el plan dado por el general Brayer» y que para librar la batalla de Maipú se adoptó el plan que él había preparado contra la opinión del general Balcarce y otros jefes del ejército, que querían

defender los vados del Maipo y en caso desesperado hacer la última resistencia en los suburbios de la capital.

Explica al entrar en la parte relativa a la campaña libertadora del Perú, que su desembarco en Pisco lo fué para apoderarse allí de los esclavos haciendo aumentar el ejército, cosa que no le fué posible realizar en la amplitud de sus medidas, pues habiendo faltado el buque que conducía los caballos dió tiempo a los amos de las haciendas para que retirasen a sus esclavos. Además proponíase remitir, como así lo hizo, una división con objeto de insurreccionar la Sierra y marchar por ella hasta ligar sus operaciones con las que él iba a desarrollar por el norte de Lima. «Nunca entró, leemos en estos apuntes, en el cálculo del general San Martín con las fuerzas de que se componía el ejército y el estado de su disciplina, ya corrompida por las revoluciones de las Provincias Unidas y los partidos de Chile, atacar a viva fuerza la capital del Perú». Dice luego que la división del general Arenales se retiró a la Sierra por una orden equivocada dada por el coronel Alvarado que se hallaba en Palpa con la caballería, y que cuando San Martín se enteró de esta orden mandó al general Arenales suspender su marcha. Esta orden de suspensión llegó tarde. Arenales había pasado ya la Cordillera y su división se hallaba en un estado deplorable tanto por la fatiga de la campaña como por sus enfermedades. Haciendo alusión a la derrota sufrida por Tristán, declara que en las instrucciones que se le dieron «no sólo tenía la orden terminante y positiva de no comprometer acción ninguna con el enemigo, aunque fuese superior en el duplo de la fuerza, sino de retirarse a la menor noticia que tuviese de su venida».

Toca igualmente el punto relativo a la persecución de Canterac y nos dice que el encargado de hacerla lo fué el general Las Heras. Las instrucciones que se le pasaron fueron, declara él, las de perseguir al enemigo con tesón, pero sin comprometer una acción general. Grande fué la sorpresa de San Martín cuando poco tiempo después recibió un oficio de Las Heras en que decía este jefe que no podía seguir al enemigo «en razón de que se hallaba absolutamente sin víveres». Fué entonces que se le contestó «que si absolutamente se encontraba en la imposibilidad de perseguir al enemigo, se retirara».

Cuando San Martín cambiaba con Miller esta correspondencia, ya había resuelto aquél su viaje al Plata y le había escrito pidiéndole algunos informes relacionados con este viaje. Semejante noticia despertó en el ilustre soldado el deseo de acompañar al que había sido su capitán, en el retorno a América, y cuando se lo notificó escribióle San Martín: «No podía usted darme noticia más satisfactoria. Haga usted un esfuerzo para embarcarse en el mismo paquebote en que yo vaya, mas no me satisface el que usted hará el esfuerzo que dice y sólo sí el que usted me lo asegure teminamente, cuya contestación aguardo». Estos deseos o proyectos de

San Martín no se vieron realizados y por una simple razón. Miller quería retornar al Perú no por vía de Buenos Aires como se lo proponía San Martín, sino por la de los Estados Unidos, y fué entonces que éste le escribió: «No, mi amigo, no soy con usted en cuanto a marchar a América pasando por los Estados Unidos. Desde el último viaje que hice desde Buenos Aires, ofrecí no volverme a embarcar en buque mercante, a menos de una absoluta precisión. Desde los Estados Unidos para Buenos Aires no hay paquebote y yo sé que en los buques americanos el trato que se da a los pasajeros es lo más pésimo. Repito, es necesario renunciar a este proyecto y esperar la paz que creo que a esta fecha ya estará concluida».

Por esos días, interesábase Miller en obtener un retrato de San Martín. Sólo los deseos de complacer al amigo lo decidieron a ponerse cercano al pincel de un artista y es así como ha podido pasar a la posteridad aquel retrato de San Martín por Madou, del cual oportunamente nos ocuparemos. «Consecuente a su apreciable del 25 del pasado, le escribe en carta del 10 de octubre de 1828, en la que no obstante las reflexiones que le hice en mi anterior exige le remita mi retrato, éste estará concluido en los principios de la semana entrante y sin la menor pérdida de tiempo se lo remitiré por vía de Ostende. Afortunadamente me avisaron había llegado un francés de regreso de Spa, hombre de habilidad, y efectivamente puedo asegurar a usted que por lo que respecta a la *ressemblance* no deja nada que desear. En fin, usted me ha hecho quebrantar el propósito que había hecho de no volver a retratarme en mi vida».

Este retrato fué mandado litografiar por San Martín en Bruselas y al remitirle la piedra litográfica y una copia del retrato en cuestión, lo es el 24 de octubre, le dice: «Los que lo han visto dicen que aunque se parece bastante, me ha hecho más viejo y los ojos los encuentran defectuosos; ello es que es lo mejor que se ha podido encontrar para su ejecución». Este retrato es el que figura en las Memorias de Miller y el que ya se ha popularizado entre los más auténticos de San Martín.

Pero antes de entrar en los pormenores relacionados con su partida al Plata, sigámosle en los distintos viajes que realizó en el curso del año de 1828 y que le permitieron hacer una gira por Francia.

Por lo que le dice a Miller sabemos que en ese año hizo un viaje a Amberes y a Lieja, pero por documentos hasta ahora desconocidos sabemos que en enero de dicho año de Amberes se trasladó a Marsella pasando por Lille. Es precisamente el 2 de enero de 1828 cuando el alcalde de Lille le escribe al director consejero de Estado: «J'ai l'honneur de vous transmettre le passeport du Sieur José de San Martín, propriétaire, âgé de 47 ans, venant d'Anvers et se rendant à Marseille pour s'y embarquer. Je lui ai délivré

une passe provisoire pour cette destination. Je joins l'état de renseignements» (1).

Esta noticia puso sobre alarma al ministro del Interior y en el acto se dirigió al prefecto de policía diciéndole: «Monsieur le Préfet. Don José de San Martín, venant d'Anvers a reçu le 2 de ce mois à Lille une passe provisoire pour Marseille. Cet américain a donné le premier dans le Chili le signal de l'insurrection contre l'Espagne et s'est emparé plus tard de Lima à la tête d'une armée républicaine, mais depuis 1822, il n'a pris aucune part aux évènements politiques. Vous voudrez bien le faire surveiller exactement pendant le temps qu'il pourra passer à Paris avant de continuer sa route, et vous m'informerez des informations auxquelles ses démarches et ses relations donneraient lieu».

Al mismo tiempo este ministro se dirige al de Relaciones Exteriores y le declara que el pasaporte dado a San Martín en Londres por Juan Hullette, cónsul general de las Provincias Unidas del Río de la Plata en aquella capital el 18 de diciembre — presumimos que lo es de 1825 — no le acuerda ninguna calidad o título, pero que le parece a él que San Martín: «est tout à fait étranger aux affaires publiques. Il arrive actuellement d'Anvers. Le rôle que cet américain a joué dans la révolution du Chili et du Pérou m'engage à donner à Votre Excellence connaissance de son voyage actuel». El ministro del Interior concluye por acordar el pase que se le solicita desde Lille y se dirige al prefecto del Ródano diciéndole: «Je vous adresse le passeport de José de San Martín qui vient d'obtenir à Lille une passe provisoire pour Marseille. Cet américain, né aux Missions du Paraguay, a donné le signal de l'insurrection contre l'Espagne; il s'est ensuite emparé de Lima à la tête d'une armée républicaine et depuis 1822 il n'a pris aucune part aux affaires publiques.

«Vous voudrez bien l'entourer d'une surveillance attentive et secrète pendant le temps qu'il passera dans votre département me communiquant les observations auxquelles ses démarches et ses relations donneront lieu et m'informer de la direction qu'il prendra en quittant Marseille où il aurait l'intention de s'embarquer».

Era prefecto de Marsella en ese entonces el conde de Villeneuve, y el 22 de enero se dirigió a su gobierno en esta forma: «J'ai l'honneur d'informer Votre Excellence, que don José de San Martín, américain, né aux Missions du Paraguay, à qui se rapporte la lettre du 4 de ce mois, vient d'arriver en cette ville; mais il n'a nullement l'intention de s'embarquer. Son dessein est au contraire, après y avoir fait un mois de séjour, pendant lequel il compte aller visiter Toulon, de retourner à Bruxelles où il a fixé sa résidence, par Nîmes, Montpellier, Toulouse, Bordeaux et Tours, où il s'arrêtera environ quinze jours. Le passeport de cet étranger que Votre Excellence

(1) *Archivo de la Marina*. Cartón F7, nº 12032.

m'a transmis avec la lettre précitée n'ayant pas été visé à Paris, je désirerai savoir si dans l'état je pourrais lui faire délivrer le visa nécessaire pour suivre la route indiquée. Je prie en conséquence Votre Excellence de vouloir bien me faire connaître sa décision à cet égard».

El 28 de ese mismo mes el ministro del Interior le contestó al prefecto de Marsella: «Je vous autorise à délivrer le visa qu'il juge convenable de réclamer; vous voudrez bien seulement m'informer et à l'avance s'il est possible, du jour de son départ et de l'itinéraire qu'il annoncera avoir l'intention de suivre».

A partir de ese momento la policía de París se puso sobre aviso y el 4 de febrero encontramos esta comunicación dirigida por el jefe de policía al ministro del Interior: «Monsieur José de San Martín, américain, au sujet duquel Votre Excellence m'a fait l'honneur de m'écrire le 4 janvier dernier a été infructueusement recherché dans Paris jusqu'à ce jour et il y a lieu de croire qu'il ne s'y est pas rendu. Je fais continuer les recherches et si l'on apprend l'arrivée de cet étranger dans la capitale, j'aurai l'honneur d'informer Votre Excellence».

Sencillamente diremos nosotros, el prefecto de policía de París no podía encontrar a San Martín en esa capital en los días que él lo buscaba por la sencilla razón de que el 6 de febrero se encontraba en Tolón, y porque el 15 de ese mismo mes el prefecto de Marsella en oficio al ministro del Interior le dice: «Ainsi que Votre Excellence me l'a prescrit dans sa lettre du 28 du mois dernier, j'ai l'honneur de l'informer que José de San Martín, ancien chef des armées insurgées du Río de la Plata, du Chili et du Pérou, vient d'obtenir un visa de passeport pour Paris, en passant par Nîmes, Toulouse, Bordeaux et Tours. Cet étranger dont la conduite dans cette ville a été très circonspecte, se propose de quitter la France et l'Europe dans le courant du mois d'août prochain et s'embarquer pour retourner au Pérou, où il a, dit-il, des propriétés considérables qui exigent impérieusement sa présence. Il doit quitter cette ville, au plus tard dans deux ou trois jours».

Con fecha 20 de febrero de 1828, encontramos otro documento del ministerio del Interior firmado por «le Maître des Requêtes» y en el cual este empleado administrativo le dice al ministro de Relaciones Exteriores: «Une lettre du 4 janvier dernier a informé Votre Excellence de l'arrivée en France de don José de San Martín, ancien chef des armées républicaines du Chili, qui a joué un rôle si marquant dans les révolutions de l'Amérique espagnole. Cet étranger en se rendant de Montpellier à Marseille, annonçait l'intention de s'embarquer dans cette ville mais il a changé de résolution, et il a dû repartir pour Paris le 18 de ce mois par la route de Bordeaux et de Tours. Son projet est de quitter la France et l'Europe au mois d'août prochain et de se rendre au Pérou, où, dit-il, le soin de ses propriétés exige impérieusement sa présence. J'ai cru que Votre

Excellence pouvait attacher quelque prix à connaître le déplacement de cet étranger et je m'empresse de l'en prévenir».

El mismo autor de este comunicado, con fecha 20 de febrero, se dirigió igualmente al prefecto de policía, anunciándole a éste el próximo arribo de San Martín a París y pidiéndole que le hiciese conocer las observaciones consiguientes a la estada de este viajero en dicha capital. El ministro del Interior lo hace a su vez, y en nota del 21 de febrero recapitula los pormenores que ya conocemos sobre San Martín. Dice que su permanencia en Marsella no ha dado lugar a ninguna observación interesante y que el día 18 de ese mes debió partir con dirección a París por la ruta de Nîmes, Tolosa, Burdeos y Tours y que el conde de la Ferronnay fué informado de todos estos viajes. Textualmente dice: «D'après les renseignements que l'administration a été apportée de recueillir à des époques assez récentes sur l'état politique du Chili, don José de San Martín y conserve un parti mais faible, et hors d'état de rien entreprendre. On le représente comme un homme d'un caractère impétueux, d'une conception vive, et d'un courage brillant; mais dominé par l'amour du plaisir et la soif des richesses. La conduite qu'il a tenue pendant son séjour à Lima lui a fait perdre l'estime et la confiance des américains».

Como lo puede ver el lector, no podía darse sobre San Martín un informe más inexacto y contrario por lo tanto a la verdad.

San Martín no había sido jamás jefe de ese partido, y en modo alguno se había interesado en contar en su torno con devotos y admiradores. Esto sin embargo, podemos afirmar rotundamente que si en Chile y en el Perú tenía enemigos, tenía partidarios, fruto no de su propaganda o de su política aduladora, sino de su rectitud y de la bondad de sus fines. Por otra parte, si absurda es la afirmación relativa al punto que refutamos, ella lo es más en la parte relativa a sus riquezas y placeres. San Martín no tenía riquezas, y por no tenerlas, vivía casi en la miseria, y esto hasta tal punto, que el viaje que en ese momento proyectaba, lo determinaba, como así lo veremos, su falta de recursos. Si algo demuestra el informe transcrito es que la calumnia lo perseguía a San Martín a sol y sombra y que esta calumnia pasó los mares y encontró asidero en le cancillería Borbónica.

Dejando de lado estas y otras consideraciones a que se presta el informe en cuestión, diremos que San Martín cumplió con su itinerario, y que si entró en París, como lo suponemos, la policía no dió siquiera con su sombra. Es el 20 de marzo de 1828, cuando el prefecto de esa repartición, el señor Debelleye se dirigía al ministro del Interior en esta forma: «Monsieur de San Martín, américain, ne paraît pas avoir fait le voyage de Marseille à Paris, annoncé par la lettre de Votre Excellence du 20 février dernier. L'agent général du Chili, demeurant rue Talbout, n° 42, qui connaît particulièrement cet étranger, a dit en avoir reçu une lettre

il y a quinze jours, datée de Bruxelles où il fera sa résidence et dans laquelle il ne témoignerait nullement l'intention de venir en France. Toutes recherches dans la capitale ont été d'ailleurs infructueuses».

El prefecto de policía no renunció con todo a sus pesquisas y el 30 de julio, contestando una carta que con fecha de 23 de marzo le dirigiera el ministro del Interior le dice: «Les nouvelles recherches dont il a été l'objet n'on pas eu plus de succès que celles précédentes» (1).

Efectivamente, diremos nosotros, el dicho prefecto no podía esperarse ningún éxito de sus pesquisas, dado que el 16 de junio de ese año San Martín se encontraba en Aix-la-Chapelle, tomando sus baños. Con todo, es sugerente que entre los pasaportes de San Martín aparece uno con visación hecha en París el 19 de marzo de 1828. Si esto es exacto, es decir, si efectivamente en ese día, en ese año y en ese mes le fué visado a San Martín un pasaporte en la capital de Francia, quiere decir que, *le chef des rebelles* como dicen los documentos que por vez primera damos a conocer, estuvo ahí o que al menos pasó por ahí. Esto no tiene nada de sorprendente dado que el pasaporte visado en Marsella lo autorizaba para entrar en París, y que sabemos además por sus declaraciones a Miller que desde el mes de diciembre de 1826 y antes de su regreso a América, deseaba hacer un paseo a París, aunque sólo fuere por quince días.

En vista pues de tales documentos, podemos afirmar que San Martín ocupó una parte del invierno de 1828 en recorrer el medio-día de Francia y en cruzarla por una de sus rutas más pintorescas deteniéndose en las etapas que ya hemos señalado y que a no dudarle le trajeron un grato placer a sus sentidos.

Y volviendo al punto que ha quedado interrumpido para poner al corriente al lector de esta gira de San Martín en Francia, diremos que, ya estando en Bruselas y antes de embarcarse para Buenos Aires, quiso cumplir con la promesa que le había hecho a Miller de visitarlo en su casa y de complimentar al mismo tiempo a su señora madre. Es así como de Bruselas se trasladó a Londres y de allí a Canterbury, hospedándose en casa de Miller. Este viaje le permitió entrevistarse nuevamente con lord Fiffe y después de llenar estos y otros requisitos, el 21 de noviembre se trasladó a Falmouth a fin de embarcarse allí para retornar a su patria. Antes de hacerlo pensó nuevamente en Miller y le escribió estas líneas de despedida: «Mi querido amigo: Según el aviso del capitán del paquebote, debemos embarcarnos dentro de una hora y no quiero privarme del placer de decirle el último adiós como el de encargarle para su respetable y apreciable madre y hermano mis más sinceros recuerdos y amistad. Igual encargo hago a usted para el capitán

(1) *Archivo de la Marina*. Cartón F7 núm. 12.032.

Hoywood y su amable familia, como así mismo para lord Fiffe. El dador de ésta es el caballero Blach que acaba de llegar del Perú; él dará a usted noticias recientes de este país. Adiós, mi querido amigo» (1).

Horas más tarde, el *Contess of Chichester*, barco a vapor que por vez primera hacía su viaje al Río de la Plata, levantaba anclas y se alejaba de las costas inglesas llevando a bordo a don José de San Martín, quien, para encubrir su renombre, se inscribió en el registro de a bordo con el nombre de José Matorras, adoptando el apellido materno.

(1) SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 90.

CAPITULO VII

San Martín en la rada de Buenos Aires y en Montevideo

SUMARIO: Las Provincias Argentinas y el Imperio del Brasil. — Guido y la caída de Rivadavia. — El gobierno de Dorrego. — La administración que precedió a Dorrego. — Consecuencia que se desprende del orden de los sucesos. — El emperador del Brasil y la paz. — Convención de paz firmada por los representantes de Dorrego en Río. — Lavalle y la llegada de la primera división del ejército a Buenos Aires. — El plan de los unitarios. — La captura de Dorrego. — Orden de fusilamiento dada por la junta revolucionaria. — Nota de Lavalle sobre su ejecución. — Conducta de San Martín en el interin que se desarrollan estos sucesos. — Circunstancia que le permitió a San Martín su estada en Europa. — Una nota del señor Pontor al conde de la Ferronnay sobre la llegada de San Martín a Río. — Observación que ella nos merece. — *El Tiempo* y la llegada de San Martín. — Carta de San Martín al ministro Díaz Vélez explicando por qué no desembarcaba en Buenos Aires. — Contestación de Díaz Vélez y envío del pasaporte pedido por San Martín. — La conducta de San Martín atacada por *El Tiempo*. — San Martín atacado nuevamente en una carta que firman «*Unos argentinos*». — *La Gaceta Mercantil* y la defensa de San Martín. — «San Martín, se dice en ella, llevó la libertad hasta Pichincha, y guardó silencio en medio de los ataques de sus enemigos». — Opositor San Martín a toda polémica. — Sarmiento y el rumor de una falsa leyenda. — Admiradores y amigos que se apresuran a visitar a San Martín al saberlo en balizas. — Olazábal y Alvarez Condarco, a bordo del *Chichester*. — Llegada del comandante Espora con la carta de Díaz Vélez. — Carta de Guido a San Martín transmitida con Olazábal. — Un incidente señalado por Guido. — El *Chichester* levanta anclas y se dirige a Montevideo. — Dónde se alojó San Martín al llegar a Montevideo. — El canónigo Vidal se interesa por el alojamiento de San Martín. — Contestación del señor Pereira a Vidal. — El comandante Posolo lo visita en nombre de Rivera. — Visita que le hace el capitán Manuel Alejandro Pueyrredón. — El capitán Gautier informa al gobierno francés de la llegada de San Martín. — San Martín en el cuartel general del Reducto. — Fiestas organizadas en honor de San Martín. — Carta de Guido a San Martín después del arribo de éste a Montevideo. — Consulta que le formula sobre su paso al Perú. — Referencia sobre las Memorias de Miller. — Consultas formuladas por Guido. — Contestación dada por San Martín. — Una carta clave y su glosa. — En carta a O'Higgins San Martín le explica la razón de su conducta. — Entrevista de San Martín con los señores Trollé y Gelly, emisarios de Lavalle. — Lo que Lavalle se proponía, según San Martín, con esta entrevista. — San Martín y su composición de lugar. — El capitán Manuel Alejandro Pueyrredón y San Martín. — Disidencia entre Lavalleja y Rivera. — San Martín se abstiene de tomar partido por este o por aquel otro bando político. — Entrevista de San Martín con Rivera. — Carta de Rivera a San Martín al enterarse de su retorno a Europa. — Contestación dada por San Martín. — Recuerdo que le consagra a Yapeyú. — Carta de despedida dirigida por San Martín al señor Pereira. — La etapa de San Martín en la capital uruguaya.

La guerra de las Provincias Argentinas con el imperio del Brasil concluyó como ya se ha visto, en lo militar, con una victoria de las armas republicanas; pero por razones que no es dado el caso exponer aquí el conflicto que lo había provocado quedó en pie y comprometido aún el honor nacional por la forma en que fué encarada la paz por el representante argentino en sus negociaciones en Río de Janeiro.

Esto trajo la caída del gobierno de Rivadavia, la sustitución de Alvear que estaba frente al ejército por Lavalleja y finalmente la ascensión al poder del partido federal cuyo jefe y tribuno lo era el coronel don Manuel Dorrego. Cuando esto sucedía Guido le escribía a San Martín: «Desde que Rivadavia dejó el puesto el campo quedó por el partido de oposición capitaneado por Dorrego. Usted conoce la tendencia y constancia del hombre: tomó a su cargo dirigir las elecciones de la junta de representantes de la provincia que por una ley del congreso debía establecerse, y el triunfo de las elecciones le facilitó el nombramiento de gobernador en cuyo carácter está ya a la cabeza de la provincia acompañado de Moreno en la clase de ministro de Gobierno e interinamente de Hacienda y don Juan Manuel Balcarce, ministro de la Guerra.

«Hasta ahora no hemos visto medidas que mejoren nuestra situación, bien que la supremacía del saber tendría que apurar el cálculo para crear recursos que bastasen a nuestras urgencias. Por lo demás las garantías se han respetado y estos cambios se han ejecutado sin alboroto y por vías legales».

«No he hablado a usted de la administración que antecedió a la del señor Dorrego, agrega luego, porque puede considerarse como una especie de meteoro que desapareció sin ser sentido. El congreso, al admitir la renuncia del señor Rivadavia, nombró a don Vicente López para que le sucediese; este caballero organizó su ministerio nombrándome para el de la Guerra que renuncié en el acto: la duración de ese gobierno no llegó a dos meses porque su consistencia dependía del obediencia de las provincias interiores y éstas lo convirtieron en negocio de compadres» (1).

Guido aborda igualmente las consecuencias militares que se desprendían de aquel orden de sucesos y pasa a decirle a San Martín: «Es también un fenómeno la semidesaparición del ejército nacional después de sus triunfos. Su aniquilamiento principió por una retirada inaudita. Continuó por la desertión y se aumentó por las licencias concedidas por el general Alvear a los jefes y oficiales que quisieran volverse a Buenos Aires cuando él fué removido del mando. Ahora lo manda el general Lavalleja, es decir comienza a aumentarlo y vestirlo porque su desnudez no tenía ejemplo entre nosotros, de resultas de haber mandado el general Alvear arrojar el equipaje de tropas y oficiales al romper la marcha. Como nues-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 529.

tros males vienen siempre balanceados, el ejército brasileiro se halla en peor estado porque al fin nuestros restos conservaban la moral de la victoria mientras el enemigo ha sido batido en todos los encuentros».

En esa misma circunstancia Guido se detiene a formular otras consideraciones, inspiradas sobre la conveniencia para uno como para otro beligerante de llegar a un acuerdo mutuo, consideraciones que por otra parte ya conoce el lector, y aprovecha de esa oportunidad para decirle a San Martín que la guerra con el imperio del Brasil la había mirado él como un nuevo teatro abierto por el destino a sus glorias. Abordando luego la política de Dorrego, declara Guido que entraba en su plan el de finalizar el litigio existente, reintegrando al patrimonio geográfico de la soberanía argentina la provincia de la Banda Oriental, pero que razones ajenas a su voluntad lo obligaron a desistir de un tal propósito, firmando una convención preliminar de paz, en que él y don Juan Ramón Balcarce ejercieron la plenipotenciaria argentina.

Esta convención fué firmada en Río de Janeiro el 27 de agosto de 1828 y por ella el Emperador del Brasil declaraba a dicha provincia separada del territorio que formaba su imperio a fin de que se constituyese en Estado libre e independiente, obligándose las partes contratantes a desalojar de ese territorio las fuerzas que allí mantenían y a formar la constitución política del nuevo Estado bajo la forma republicana. Esta solución del conflicto provocó un vivo descontento en el partido unitario y principalmente en los jefes militares que habían expuesto sus vidas en defensa de un principio que ahora desautorizaban los federales. El descontento fué creciendo de día en día y cuando encontraron una ocasión propicia para sublevarse contra el gobierno de Dorrego, se resolvieron por la insurrección, designando como jefe del levantamiento al general Lavalle, que ya se encontraba en Buenos Aires.

Lavalle era un jefe de mucho valor y de gran prestigio; tenía a su favor toda esa brillante oficialidad que se había cubierto de laureles en Bacacay, en Ombú y en Ituzaingo y que por lo tanto estaba del todo dispuesta a secundar sus órdenes. El 20 de noviembre de 1828 llegó a Buenos Aires la primera división del ejército que estaba en Cerrolargo y se dirigió a la Recoleta en donde quedó acuartelada. Con el arribo de estas fuerzas, Lavalle venía a tener bajo su influencia más de mil quinientos hombres de tropa y el 1º de diciembre se decidió por hacer ejecutivo el plan que ya habían convenido los unitarios. En la mañana de ese día, y al frente de una parte de esas tropas se dirigió a la plaza de la Victoria al mismo tiempo que se lanzaban sus proclamas y se declaraba en ellas que el gobierno del coronel Dorrego había caducado. Pocas horas más tarde, un gran concurso de vecinos se reunía en asamblea en la capilla de San Roque, pasaba de allí a la iglesia de San Francisco buscando un local más amplio para sus deliberaciones, y en esa

asamblea vecinal compuesta de más de dos mil asistentes se resolvía que el general Lavalle asumiese el mando militar y político de la provincia. Comprendiendo Dorrego que las fuerzas de que él disponía ni por su número ni por su calidad eran bastantes para oponerse a las veteranas que comandaba Lavalle, abandonó la capital y se dirigió al encuentro de las tropas milicianas con que podía auxiliarlo el comandante general de las mismas, don Juan Manuel de Rosas.

En este ínterin, Lavalle se hizo cargo del poder pero dispuesto a concluir con Dorrego delegó el mando en el almirante don Guillermo Brown y con setecientos hombres de caballería se dirigió en persecución del gobernador federalista. Quiso el destino que éste en lugar de dirigirse al norte de la provincia de Buenos Aires, en donde podría encontrarse con el auxilio de las tropas del general López, lo hiciese al oeste de aquella provincia en donde sólo podía encontrarse con el regimiento n° 3 de línea que comandaba el general Pacheco, y en el cual existían varios oficiales que lo miraban con encono desde que ese cuerpo, por disposición del mismo Dorrego, se vió privado del coronel Rauch, que gozaba de la estima de todos. Este cuerpo, en lugar de secundar sus órdenes, se sublevó contra el gobernador en desgracia, tomó prisionero a su propio jefe el general Pacheco e inmediatamente hizo otro tanto con el propio Dorrego. A raíz de esta captura, Dorrego fué remitido al general Lavalle que se encontraba en Navarro y cuya superioridad militar bajo todo punto de vista era indiscutible. Este comunicó la captura a la junta revolucionaria, y en el acto, y respondiendo a la voluntad y orden de esa junta, Lavalle se preparó para fusilarlo.

La noticia de la captura de Dorrego y de su posible ejecución provocó en Buenos Aires una viva alarma, y los representantes de Inglaterra, de Estados Unidos y de Francia se dirigieron al gobernador interino, que lo era el almirante Brown, para impedir que se cometiese este crimen. Los peticionantes se hacían eco de los deseos expresados por Dorrego de abandonar el país y de no mezclarse por lo tanto en los negocios políticos. Por su parte los intermediarios salían garantes de su palabra y estaban dispuestos a entregar al gobierno vencedor, en prueba de garantía, la suma de dos a tres mil pesos antes de que Dorrego fuese embarcado en el puerto de la Ensenada.

Desgraciadamente la orden de ejecución era terminante y después de recibir los consuelos de la religión y de despedirse con breves y sentidas líneas de su esposa, de sus hijos y de sus amigos, el día 15 de diciembre Dorrego fué fusilado en Navarro. «Participo al gobierno delegado, declaró luego Lavalle, fresco aún el cadáver de su víctima, que el coronel don Manuel Dorrego acaba de ser fusilado por mi orden, al frente de los regimientos que componen esta división. La historia, señor ministro, juzgará imparcialmente si el coronel Dorrego ha debido o no morir; y si al sacrificarlo a la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, pude haber estado po-

DÉPARTEMENT DU NORD.		DIRECTION GÉNÉRALE DE L'ADMINISTRATION DÉPARTEMENTALE ET DE LA POLICE DU ROYAUME.					VILLE DE LILLE.	
<i>Visa de Passe-ports d'Étrangers</i>								
N°	NOMS ET PRÉNOMS.	ÂGE	PAYS DE NAISSANCE.	QUALITÉS OU PROFESSIONS.	VENANT DE	ENTRÉS PAR	SE RENDANT A	OBSERVATIONS.
	<i>Don José de los Martín</i>	<i>27</i>	<i>Amérique</i>	<i>propriétaire</i>	<i>Espagne</i>	<i>Lille</i>	<i>Marseille</i>	<i>San Sebastian</i>

Pasaporte de San Martín, visado en Lille. (Archivo de la Marina, París).

seído de otro sentimiento que el del bien público. Quiera persuadirse el pueblo de Buenos Aires que la muerte del coronel Dorrego es el sacrificio mayor que puedo hacer en su obsequio» (1).

Tales eran los acontecimientos que se habían desarrollado en Buenos Aires, desde el día en que el ejército imperial fué derrotado en Ituzaingo y desde aquella fecha en que los representantes de Dorrego firmaron en la corte de Río de Janeiro la convención de paz con el Brasil.

En este ínterin, San Martín había observado una actitud expectante y sólo la abandonó cuando se produjo la caída de Rivadavia. Fué entonces que se decidió por ofrecer su espada, y en este sentido escribió al doctor don Vicente López, que se encontraba ejerciendo interinamente el poder ejecutivo. El interinato del doctor López duró escasamente dos meses, y disuelto el congreso constituyente, que respondía a la política de Rivadavia, la junta de representantes eligió para gobernador de la provincia de Buenos Aires al coronel don Manuel Dorrego, jefe y tribuno del partido federal. Este cambio radical de cosas en el escenario político fué causa a no dudarlo de que no se llamara a San Martín, máxime cuando la política de Dorrego se vió obligada a apartarse de la beligerancia y a entrar por componendas pacíficas, como así lo quería la diplomacia inglesa representada en la Corte de Río de Janeiro por lord Ponsomby. Esta circunstancia permitióle a San Martín el poder prolongar su estada en Europa y sólo se decidió por hacer el viaje que ya tanto lo preocupaba, cuando se enteró de que se había firmado la paz y que por lo tanto no había traba alguna para esa navegación trasatlántica interrumpida por el bloqueo que sufría el puerto de Buenos Aires. Cuando se decidió a partir lo hizo dejando las playas europeas absolutamente convencido de que llegando al Plata se encontraría con que allí reinaba soberana la paz tanto en el orden interno como externo. El arribo del *Chichester* a la bahía del Río de Janeiro no dejó de causar viva sorpresa a los fluminenses — era éste el primer vapor que llegaba a las aguas atlánticas en el nuevo mundo — y esta sorpresa creció de punto cuando se supo por algunos que bajo el modesto nombre del señor José Matorras se ocultaba el de don José de San Martín, Libertador de Chile, y del Perú. Fué entonces que el señor Pontor, encargado de los intereses diplomáticos de la Corte de Francia ante la de Río de Janeiro, le escribió al Conde de la Ferronnay: «Une chose remarquable dans les circonstances présentes est l'arrivée inattendue du fameux général San Martín, qui vivait retiré en Angleterre depuis plusieurs années. Il est arrivé ici par le dernier paquebot, sous le nom de Monsieur San Martín. Il a gardé l'incognito et a continué immédiatement sa route pour Buenos Aires. Quelques personnes qui le connaissent m'assurent

(1) ANGEL JUSTINIANO CARRANZA: *El General Lavalle ante la justicia póstuma*, pág. 49. — Ver: *Apéndice, documentos A. B. C. D. E. y F.*

que son retour n'avait aucun but politique et que des revers multiples qu'a éprouvé son immense fortune acquise dans l' invasion du Pérou en étaient la seule cause. Monsieur Tudor, chargé d'Affaires des Etats-Unis, croit qu'il pouvait avoir des vues sur le Pérou. Quoi qu'il en soit, il est certain qu'il arrive à Buenos Aires fort à propos et que dans l'état de désordre et d'anarchie où se trouve cette république il est fort possible que ses anciens services et sa réputation fassent penser à lui pour le mettre à la tête des affaires» (1).

Debemos observar aquí que el diplomático francés en cuestión no estaba bien informado en lo relativo a la vida privada de San Martín. Por de pronto, éste no vivía retirado en Inglaterra sino en Bruselas, y por otra parte si poseía una inmensa fortuna lo era de gloria y no de oro. Al retirarse del Perú lo había hecho con un escasísimo caudal, y tan escaso que para poder trasladarse a Europa, el gobierno de aquel Estado le adelantó dos años de la pensión que le decretara el congreso. Por otra parte, San Martín no llegaba al Plata con ningunas miras políticas sobre el Perú. Acaso — y así lo presentimos por los documentos que pronto daremos a conocer — intentaba hacer un viaje a Lima, pero esto no para mezclarse en la política a la cual ya había dado su adiós para siempre, sino para arreglar sus finanzas, y preparar así los medios que le permitiesen vivir su vejez.

De Río de Janeiro el *Chichester* se dirigió a Montevideo. Hizo aquí una corta escala y el 6 de diciembre anclaba en balizas, en donde desembarcaron los pasajeros que conducía para Buenos Aires menos San Martín, que antes de entrar en aquellas aguas ya había resuelto permanecer a bordo y retornar en el mismo barco a Montevideo. *El Tiempo*, en su número correspondiente al 9 de febrero, le consagraba a San Martín el siguiente suelto: «Ha fondeado el sábado en balizas exteriores el paquete de S. M. B., *Condesa de Chichester*; salió de Falmouth el 21 de noviembre, del Janeiro el 15 de enero y de Montevideo el 30. Conduce a su bordo al general de la República don José de San Martín que volvía al seno de su patria a pasar sus días en el sosiego de la vida privada, después de cinco años de ausencia. Este general ha pedido desde su bordo su pasaporte para Montevideo, donde piensa pasar algún tiempo hasta que se arreglen nuestros negocios domésticos. Estamos informados que el gobierno le ha concedido el pasaporte».

La noticia dada por este periódico porteño era exacta. San Martín no sólo no había querido desembarcar sino que había pedido el pasaporte para trasladarse a la ciudad vecina, ya capital de un nuevo Estado, y al hacerlo le había dirigido al general Díaz Vélez, ministro del gobierno unitario, la carta siguiente: «A los cinco años justos de separación del país he regresado a él con el firme plan de concluir mis días en el retiro de una vida privada; mas para esto

(1) *Archivo de Negocios Extranjeros de Francia*. — Buenos Aires, núm. 3.

contaba con la tranquilidad completa que me suponía debía gozar nuestro país, pues sin este requisito sabía muy bien que todo hombre que ha figurado en revolución no podía prometérsela, por estricta que sea la neutralidad que quiera seguir en el choque de las opiniones. Así es que en vista del estado en que se encuentra nuestro país, y por otra parte no perteneciendo ni debiendo pertenecer a ninguno de los partidos en cuestión, he resuelto para conseguir este objeto pasar a Montevideo, desde cuyo punto dirigiré mis votos por el pronto restablecimiento de la concordia.

«Por los papeles del Janeiro vi su nombramiento de secretario general de la Provincia; para mí, ningún empleo público es apreciable, mucho menos en tiempos tan agitados. Igualmente he visto el del general Brown, de gobernador provisorio; yo no tengo el honor de conocerlo, pero como hijo del país me merecerá siempre un eterno reconocimiento por los servicios tan señalados que le ha prestado» (1).

«Cuan inopinado ha sido para mí su arribo, le contestó el 7 de febrero el general Díaz Vélez, a estas balizas, otro tanto es satisfactoria esta noticia. Me congratulo por su feliz viaje y demás de que he sido informado por el dador de la suya fecha de ayer.

«Siento, sí, que las primeras impresiones sobre el estado político del país las haya recibido en uno donde no bien amortiguados los odios nacionales con una paz reciente, tal vez ha sido sensible el cambio, calculando sobre la neutralidad de algún influjo desfavorable a sus miras. Por lo demás, aquí no hay partidos si no se quiere ennoblecer con este nombre a la chusma y a las hordas salvajes. Veterano en la revolución, y con bastantes conocimientos de los hombres que han figurado en ella, usted sabrá caracterizar a los que dan impulso a aquellas máquinas; y el tiempo, si algo falta, los dejará en su verdadero punto de vista.

«Mi amigo, si juzga mejor y más conveniente pasar algún tiempo en Montevideo no puedo resistir su opinión. Remito el pasaporte pedido aunque esto me difiera el placer de darle un abrazo al que, en toda época y en cualquier destino, me será grato acreditar los cordiales y sinceros sentimientos».

Pero mientras se cambiaban entre San Martín y Díaz Vélez estas

(1) San Martín formuló su pedido de pasaporte en esta forma: «El ciudadano que suscribe tiene la honra de dirigirse al señor ministro secretario general de la Provincia de Buenos Aires — y a efecto de que lo ponga en conocimiento del señor gobernador provisorio — en solicitud de un pasaporte para sí y un criado, a fin de poder pasar a la capital de Montevideo en cuyo punto le fué imposible desembarcar por la premura con que el capitán del paquete dió a la vela».

En su carta a Díaz Vélez, le recuerda a éste que cuando se embarcó para Europa dejó orden a su administrador en Mendoza para que pusiese a su disposición un potro de los de su cría que allí tenía. Al preguntarle San Martín si esta orden se había ejecutado Díaz Vélez le contestó: «Aún existe en mi poder la orden para la entrega del potro: Chilavert se encargó de remitirla con otra suya; la cosa quedó así, como siempre sucede en todas las suyas». SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, página 151.

cartas, alguien se encargaba de agitar la opinión contra del primero y es así como el día 10 de febrero, cuando el *Chichester* ya había emprendido su viaje de retorno para desembarcar al héroe argentino en la otra costa del estuario, apareció en *El Tiempo* un artículo, en que se decía que no podía desconocerse como extraña la conducta de San Martín si es que no quería considerarse esa conducta como un rasgo propio de su carácter. «Llegar a Montevideo, decía el gacettillero porteño, no desembarcar allí, fondear en nuestros puertos y en el acto y sin saltar a tierra pedir su pasaporte para regresar a aquella plaza, es una comportación que parecería inexplicable si no hubiera algunos datos por donde poderla juzgar, pero que *El Tiempo* no pretende indicar en manera alguna. Basta decir que es imposible que el general San Martín llegara a nuestras balizas sin estar perfectamente impuesto de lo ocurrido en Buenos Aires desde el día 1º de diciembre; en el Janeiro se impondría de los principales sucesos y en Montevideo de todos sus pormenores y consecuencias del estado actual del país. No nos parece por lo tanto que sean las circunstancias políticas de hoy consideradas en general las que hayan decidido al señor San Martín a regresar a Montevideo desde nuestros puertos sin siquiera desembarcarse. El ha recibido a bordo muchas visitas de sus amigos; se habrá impuesto por consiguiente de que en el día no se sostiene otra lucha en Buenos Aires que la del orden contra la anarquía y tampoco ignorará que en este país no hay *hombres precisos*. De lo que acaso en su larga ausencia no haya tenido proporción de juzgar con exactitud. Deseamos que el general tenga un buen viaje a Montevideo y que se desvanezcan cuanto antes todos sus escrúpulos».

Pocos días más tarde, es decir, el 12 de febrero, aniversario de la batalla de Chacabuco, el periódico de la referencia abordó de nuevo el punto relacionado con la llegada de San Martín y su no desembarco, y daba cabido en sus páginas a una carta abierta intitulada: *Correspondencia* y rubricada con este anónimo: *Unos argentinos*. Se intentaba con ella criticar y aun zaherir la conducta del héroe. «Acaso sabéis, se le dice a San Martín dándole el título de general, que nuestra patria triunfante, mientras ha durado vuestra larga ausencia en la gloriosa lucha contra el emperador del Brasil, celebró una paz honrosa y que por consecuencia de aquel memorable acontecimiento pocos meses ha, las bocas del Río de la Plata quedaron abiertas a la comunicación del mundo. Ahora queremos hacer notar que es un capricho singular de nuestra fortuna el que después de aquel período histórico seáis vos, General, tal vez el guerrero más ilustre de la República Argentina, uno de los primeros que hayan visitado las aguas de nuestro río. También es raro que cuando estábamos por alcanzar la dicha, de que permaneciésemos entre nosotros hayáis encontrado el país indigno de habitarlo, y regreséis sin verlo. ¿Cómo podremos haceros arrepentir, General, de la idea de burlar nuestra esperanza? ¿Qué podremos ofrecer

que os halague si no queréis ser ni compañero nuestro, ni nuestro guía, ni nuestro consejero? Viviendo con nosotros mil veces habríais podido tener ocasión de darnos ejemplos útiles y palpables de moderación y de paciencia; habríais intervenido alguna vez como árbitro en las contiendas domésticas, o como consejero fiel en los conflictos comunes; en fin, habríais asistido como todos nosotros y cada uno con su propia ofrenda a los ministerios indispensables y sagrados de la patria, ya fuese que se quemara en sus altares la aroma y el incienso como en los días de júbilo, ya fuese que cerrados sus templos la discordia azotase las ciudades y los campos sacudiendo sus teas incendiarias como en los días de turbación.

«Nos abandonáis sin embargo, general; pero sin inquietarnos por los motivos que os induzcan a dar este paso, podemos manifestar que la gratitud nos obliga a dejaros dueño de vuestro destino y que el cuidado de nuestra propia suerte nos impone la necesidad de armarnos del *coraje sublime* de habitar la patria a que pertenecemos viviendo en ella lo mismo en los días en que el orden es sólido, y la unión perfecta y sincera, que en aquéllos en que jefes y partidos intratables manifestasen *insaciables pasiones y principios que no debiesen dejar triunfar*».

Concluyen los articulistas diciéndole a San Martín: «¿Adónde iríamos huyendo de nuestra patria que la ignominia y el desdoro que publicásemos de ella no nos cortejasen también? ¿Cómo partir de las riberas del Río de la Plata gritando a todo el mundo que no hay en sus márgenes un solo punto habitable? Confesamos que esta resolución es imposible para nosotros. Los que dejáis en el país, de cuyo estado parecéis asustado y temeroso, olvidándose de su propia flaqueza por acordarse sólo de la dignidad de la patria, creed que, antes de imitar vuestro ejemplo, preferirán con orgullo perecer en la tormenta por no defraudarla voluntariamente en uno solo de sus hijos de cualquiera capacidad, cualquier talento que pudiese echar mano en las necesidades de su situación. No olvidéis, cuando merezcamos el favor de un recuerdo, que a ningún hombre, por grande que su mérito sea, le es permitido divorciarse con la patria y mucho menos si con pretensión orgullosa, de lo que no os acusamos, general, pretende tener toda la razón de su parte, concediendo a su sola opinión todos los derechos de la verdad».

Como se ve, los articulistas de *El Tiempo* comienzan su ataque a San Martín apuntando como cosa rara la llegada a su tierra después que se ha hecho la paz con el imperio del Brasil. La intención que aquí se descubre es evidente y lo es la de presentarlo no como un cobarde, lo que hubiera sido simplemente monstruoso, sino como un ciudadano que se sustrajo al cumplimiento de su deber, viviendo en el extranjero cuando en su patria se resolvía un problema de dignidad y de sangre.

Todo lo que sigue después es una contrarréplica disimulada a las declaraciones que formulara San Martín en carta a sus amigos. Nada

hay en estas líneas de sincero, y bajo el ropaje del sofisma se desvirtúan aquellas declaraciones y se presenta a San Martín ante la opinión haciendo un papel poco edificante. Cuando esto se produjo, Guido le escribió a San Martín: «Ya han comenzado a arañar a usted en los papeles públicos: demasiado tardaban; no haga usted caso de la paja: no falta quien defienda a usted». San Martín a no dudarlo contaba en la capital argentina con muchos admiradores y amigos y fué así como contestando a los ataques de *El Tiempo* se dió a publicidad en la *Gaceta Mercantil* del 14 de febrero otro artículo en el cual, con esta rúbrica: *Un compañero de armas del General San Martín y admirador de sus luchas en la Guerra de la Independencia*, se abogaba por su respeto y se desautorizaba la conducta irrespetuosa e inoportuna del órgano rivadaviano. «El sentimiento de que se hallan asistidos, se dice en este artículo, los hombres que conocen el mérito indestructible del general San Martín, es un motivo poderoso para dedicarle hoy las consideraciones de amistad y gratitud a que se ha hecho acreedor por sus servicios a la causa común de América; éstos son únicamente los que lisonjean al que se toma hoy la libertad de escribir en obsequio suyo, recordando lo que todos los americanos y el mundo reconocen por patrimonio de sus días: la creación de dos repúblicas que figuran en el Continente. Ellas son sus servicios y prestigio admirable. Su existencia puede asegurarse que es exclusivamente obra del general San Martín. Su fama como guerrero y político ha sido respetada por el sucesor de su glorias en el Perú y el tiempo, que es el mejor abogado de la justicia, nos permite hoy reconocer en este ciudadano calidades extraordinarias de previsión y de desprendimiento. El general San Martín tiene derechos especiales para que la historia le designe largas páginas y ellas sirvan de modelo para las generaciones venideras; mas entre tanto corre ese largo período, nosotros los presentes recordaremos con respeto los días gloriosos que su época nos dió, quisiéramos que su conducta ulterior, aunque nuestra opinión es arreglada, no hubiese servido de pretexto para que los titulados *Argentinos*, en consonancia con *El Tiempo*, olvidando todas las consideraciones y, lo que es más, la celebridad del día en que tuvo su origen la república chilena por la batalla de Chacabuco, rompan los diques de la moderación y arrojen el viento de sus tenaces pasiones sobre la sombra de un hombre cuyo rango y opinión está suficientemente justificado ante el mundo todo».

El defensor de San Martín concluye explicando su papel de tal en esta forma: «Para llenar este deber su barómetro serán los hechos y decididos servicios de este general para llevar la libertad en triunfo hasta el Pichincha, su política liberal y filosofía para guardar un silencio sepulcral en medio de los combates de sus enemigos, garantido de su conciencia justificada; principio poderoso para esperar su conservación en la vida privada que ha adoptado con mortificación de sus enemigos implacables; concluyendo

con recordar a éstos que si ellos, el día consagrado al aniversario a la batalla de Chacabuco, primero de la existencia de la república chilena, han empleado su pluma para denigrar el carácter del fundador de ella, ese mismo y la justificación de la injusticia de sus alevosos tiros derrama esta breve contestación de un jefe del Ejército Libertador, al mando del general San Martín».

Por el tenor de esta réplica vemos que su autor sólo escribía un artículo preliminar con el propósito de explayarse más tarde en un defensa fundada, pero los propósitos de San Martín no eran de que se polemizase en su torno sino de que se hiciese un silencio completo, y bastó ese deseo para que las cosas quedasen en ese punto. Es el 23 de febrero cuando Guido le escribe desde Buenos Aires: «De acuerdo con usted en que nada sería más inoportuno que sostener una polémica en los periódicos de esta capital en defensa de usted en las presentes circunstancias, recomendé al autor del artículo publicado en la *Mercantil*, en su favor, suspendiese su empeño y que guardase silencio si *El Tiempo* o algún otro papel contestaba al tal artículo. Por fortuna nadie ha vuelto a hablar una palabra y ya este asunto parece concluído».

Es de nuestro deber sin embargo aclarar un punto y lo constituye éste la versión aquella que nos lo presenta a San Martín llegando al Plata y viéndose en la obligación moral de emprender el retorno al extranjero porque una pluma periodística le sale al paso y estampa en un papel público esta palabra ofensiva y descortés: «*Ambigüedades*», señalando con ella que el arribo de San Martín a su patria coincide con el fin de la guerra y tratado de pacificación sellado poco ha con su enemigo.

Hay en esto una parte de verdad, pero hay igualmente mucho de legendario dado que el no desembarco de San Martín se hace depender de una actitud periodística que en modo alguno influyó en su resolución.

El primero en dar cabida a este rumor lo fué nuestro gran Sarmiento. De su pluma esta leyenda pasó a otras plumas y en el día de hoy es general la creencia que por razón de un desaire San Martín, al llegar a la capital de su patria, no desembarcó, y resolvió luego retornar al extranjero. Es cierto que en un periódico se estampó la palabra *ambigüedades*, y que tras de ella se dijo: «En esta clase reputamos el arribo inesperado a estas playas del general San Martín, sobre lo que sólo diremos, a más de lo que ha expuesto nuestro coescritor *El Tiempo*, que este general ha venido a este país a los cinco años, pero después de haber sabido que se habían hecho las paces con el emperador del Brasil»; pero también es cierto que San Martín miró todo esto con supremo desprecio y que tales ataques se produjeron no antes de que San Martín diese a conocer su voluntad, sino después que se supo por los unitarios que se creían

víctimas de un desprecio, después que se enteraron que San Martín en modo alguno desembarcaría ⁽¹⁾.

El no desembarco de San Martín en Buenos Aires tiene otras causas y las expondremos a su hora. Una causa tan nimia como la ya apuntada no podía en modo alguno influir en su voluntad y modificarla. Había de por medio factores trascendentales de orden psicológico más que político y de los cuales no podía desentenderse San Martín sin detrimento de su pragmatismo moral y de la pauta suprema que regía su conducta.

Por otra parte, esa medida tomola San Martín al llegar a Montevideo. Sus deseos hubieran sido los de desembarcar allí, pero la corta estada del *Chichester* en esas aguas le impidió el desembarco y lo obligó a llegar hasta balizas, en donde por fuerza de las circunstancias se quedó a bordo.

Desde que se supo la llegada de San Martín a nuestras aguas formaron legión, por así decirlo, los admiradores y amigos que se apresuraron a trasladarse al *Chichester* y cumplimentarlo. Entre éstos figuran en primera línea el coronel don Manuel Olazábal y el mayor don Antonio Alvarez Condarco. El primero se enteró del arribo de San Martín a balizas por oficiosidad del sargento mayor don Pedro Nolasco y después de entrevistarse con Alvarez Condarco convinieron ambos en pasar a bordo, cosa que llevaron a cabo el día 7 de febrero por la mañana. Antes de hacerlo Olazábal se entrevistó con don Tomás Guido y éste puso en sus manos una carta para San Martín. «Mi amigo Condarco, escribe Olazábal, no faltó a buscarme y nos pusimos en camino para el muelle comprando al pasar por el mercado un cajoncito de hermosos duraznos para llevarle. Nos embarcamos en una ballenera y como a cincuenta varas del paquebote vimos aparecer, recostado en la borda, al general San Martín con vista fija hacia nosotros.

«No es posible explicar las emociones de mi corazón al poner pie en la cubierta del paquete. Basta decir que cuando el general exclamó: ¡Hijo! y me estrechó en sus brazos, mis ojos se llenaron de copiosas lágrimas. No fué él insensible a esta demostración de mi hondo y respetuoso amor, pues también sus ojos se arrasaron de lágrimas. El general había engrosado bastante, su cabeza había

(1) Comentando este episodio Sarmiento nos dice: «A un cargo semejante había contestado dos mil años antes Escipión el Africano: Tal día como éste salvé a Roma; vamos al Capitolio a dar gracias a los Dioses». San Martín regresó en silencio a su ostracismo; pero no dijo como otro Escipión, ni como Rivadavia: «no tendrás mis huesos, ingrata patria», «Prohibo, dice la cláusula cuarta de su testamento, que se me haga ningún género de funeral y desde el lugar en que falleciere se me conducirá directamente al cementerio; pero sí desearía que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires». *Obras completas, volumen III*, pág. 314. — Observemos al pasar el error que comete Sarmiento al decir en esa circunstancia que el día 12 de febrero, «día del combate de San Lorenzo», la prensa de Buenos Aires traía la triste conmemoración que acabamos de comentar. Era ese día aniversario de la batalla de Chacabuco pero no del combate de San Lorenzo, que lo fué el 3 de febrero, como es notorio.

encanecido, sus ojos siempre centellantes, su aspecto nada había perdido de cuando se presentaba ante sus legiones para conducirlos a la victoria. Vestía un levitón de zaraza que le llegaba cerca de los tobillos y estaba con zapatillas. Le dije que le llevaba una carta del general Guido y me contestó: Vamos a la cámara, en que la leyó y después con semblante pesaroso me dijo: «Yo supe en Río de Janeiro la revolución encabezada por Lavalle. En Montevideo el fusilamiento del gobernador Dorrego. Entonces, me decidí a venir hasta balizas, permanecer en el paquebote y por nada desembarcar, haciendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar y regresar a Europa. ¡Mi sable, no, jamás se desenvainará en guerra civil...! Después me preguntó el estado del país y concluida esta larga conversación le dije: Señor, y ¿cómo dejó V. E. a su hija Mercedes? Bien. Queda en un colegio; que diablos, la chiqueta era muy voluntariosa e insubordinada; ya se ve, como educada por la abuela. Lo más del viaje lo pasó arrestada en un camarote».

«Como a las dos horas de estar allí, agrega el mismo Olazábal, llegó el comandante Espora con una carta del ministro general del gobierno, coronel Díaz Vélez, felicitándole por su arribo a la patria y que esperaba bajase a tierra. El general contestó la carta agradeciéndole pero declarando su resolución de no desembarcar. Al entregar la carta a Espora le dijo: «Diga usted a Díaz Vélez que sea feliz, si puede serlo». Después de estar con el general como cuatro horas nos dispusimos a regresar. Entonces me entregó una carta que había escrito para el general Guido. Al llegar al portalón para bajar a la ballenera me dijo muy conmovido: «¡Abráceme usted, hijo. Abrace usted en mi nombre a mi querida comadre! ¡Ah! ¡quién sabe si nos volveremos a ver!»

«Aquél fué en verdad, concluye Olazábal, el último día que vi al primer argentino, al guerrero extraordinario a quien la ínclita Buenos Aires ostenta en la plaza de Marte en su estatua ecuestre y las repúblicas de Chile y el Perú simbolizan la gratitud a su libertador con igual imperecedero monumento» (1).

Además de Olazábal, de Alvarez Condarco, de Espora y de otros muchos lo visitó a San Martín don Tomás Guido, quien, como ya se ha visto, por medio de Olazábal le envió sus primeros saludos.

(1) El general don Manuel Olazábal, en ese entonces coronel, se había alistado muy joven en el ejército de los Andes y estando en Mendoza contrajo enlace, siendo San Martín su padrino de casamiento. Desde entonces, como él lo dice, San Martín vino a ser «su más esclarecido y positivo amigo», no obstante ser él «un pigmeo y aquél un coloso».

A pedido de su abuelo, don Máximo del Mármol, Olazábal escribió sus apuntes o Memorias a principios del año de 1867 y su manuscrito dedicólo al hijo de aquél, don Florencio Mármol. Mármol se lo pasó al doctor don Juan Carballido y éste a don Adolfo Carranza, director del Museo Histórico de Buenos Aires y en cuya Biblioteca se encuentra hoy debidamente encuadernado. Los apuntes de Olazábal son muy interesantes y pronto los daremos a conocer en su parte anecdótica. El trozo que hoy reproducimos, ha sido ya utilizado no íntegro, sino en parte, por Ernesto Quesada en su folleto: *Las Reliquias de San Martín*.

Al trasladarse al *Chichester* Guido le informó a San Martín de una carta que acababa de recibir de Río de Janeiro y en la cual el ministro Ponsomby se excusaba de no haberlo cumplimentado debidamente a San Martín cuando éste pasara por aquellas aguas. Esta carta Guido se la dió a conocer a San Martín en la parte que podía interesarle, días más tarde, y leyéndola encontramos que el diplomático inglés se expresa así respecto del Libertador: «La negligencia del capitán del puerto, y la del del paquete, ha sido la causa de que yo no supiese la llegada del general San Martín a Río hasta después de su salida de él. No puedo explicar lo mucho que sentí no haber tenido el honor de verlo. Me he formado una alta opinión de su sagacidad política y aptitudes distinguidas, y yo sé también que usted lo estima mucho.

«Su residencia en Europa lo habrá ciertamente convencido de lo mucho que la opinión general de allí a favor de América se ha disminuído y como se ha destruído enteramente la idea de que exista alguna dificultad para una operación militar, o mejor decir, naval, que se quisiere practicar en aquella parte del mundo» (1).

Pocos días antes de hacer llegar a su conocimiento este mensaje Guido le había dicho a San Martín: «Mientras usted no me diga que ha llegado a Montevideo estaré disgustado; no se me olvida el incidente que precedió a su salida de balizas». ¿Cuál era este incidente? En realidad no lo conocemos ni sabemos tampoco si el incidente se produjo en tierra o a bordo del *Chichester* y si San Martín fué actor en tal incidente o simplemente testigo. Lo único que podemos decir es que a los cuatro días de haber permanecido en balizas el *Chichester* levantó ancla y escoltado por un barco de la marina de Guerra de Buenos Aires — esto lo afirma el capitán Gautier en documentos que daremos a conocer — se dirigió a Montevideo en donde desembarcó San Martín (2). Esto sucedía el 13 de febrero y cumplimentado por las autoridades civiles, aduaneras y militares de aquella capital, San Martín pasó a ocupar el alojamiento que se le había preparado y que según la tradición era la casa que poseían los hermanos Carreras, sita en la plaza Matriz. Creemos — y esto fundadamente — que su residencia en esta posada sólo lo fué de pocos días pues, según distintos testimonios, estando en Montevideo vivió en la casa de don José Ellauri según unos y en una de las casas pertenecientes al señor Gabriel A. Pereira, según otros (3).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 549.

(2) *Ver Apéndice, doc. A.*

(3) El señor don Francisco A. Gómez, que es quien nos lo presenta a San Martín como huésped de Ellauri, era un acaudalado vecino de Montevideo y tuvo dos oportunidades de entrevistarse con San Martín. Fué la primera cuando éste pisó la tierra uruguaya y la segunda en el año de 1840 y viviendo ya en Europa. Haciendo alusión a la primera de estas circunstancias Gómez escribe: «Llegó a Montevideo en pleno verano, cuando en la plaza se debatían las pasiones por los sucesos que acarrearía la muerte de Dorrego y la guerra que iniciara Lavalle. Como mi padre tenía la casa frente a la plaza Matriz y sobre ella quedaban los dos comercios que tuviera Domingo Carreras, que consistían en café, confitería y pensión con hospe-

Cuando San Martín desembarcó en Montevideo se encontraba todavía dentro de sus murallas el ejército imperial, el cual, por una de las cláusulas de la convención de paz firmada en Río de Janeiro, debía evacuar la ciudad. Además el 1° de diciembre de 1829 en la villa de San José se había reunido la primera asamblea constituyente de la nueva república del Uruguay y en ella había sido designado el general don José Rondeau para que en forma interina ejerciese el poder ejecutivo del nuevo Estado. No pudiendo instalarse en la ciudad por encontrarse allí todavía la guarnición ya citada, Rondeau y sus ministros se instalaron en una casa de extramuros en el paraje conocido con el nombre de la Aguada, en cuya capilla comenzó a funcionar la asamblea general constituyente.

Enterado Rondeau del arribo de San Martín, se apresuró a cumplimentarlo y designó para esto al capitán don Hermenegildo de la Fuente, que era su edecán.

A los pocos días de encontrarse San Martín en Montevideo circuló en Buenos Aires el rumor de que no se le había debidamente alojado y con tal motivo el canónigo don Pedro Pablo Vidal, cuñado del señor Pereira, le escribió a éste desde San Isidro interesándose nuevamente para que se le facilitase a San Martín un mejor alojamiento y para que se le acordasen además otras atenciones. «La prisa con que cerré la carta que te dirigí con el criado, le dice Vidal a Pereira desde San Isidro el 19 de febrero, motivó la equivocación que padecí sobrecargando de más las que había escrito para Buenos Aires, en razón de lo que había de ponerte. El objeto de la mía era para manifestar el compromiso en que estaba de facilitar al general San

daje estaba al tanto por la proximidad de conocer a los viajeros que llegaban en virtud de que aquéllos eran sitios obligados de arribada. Fué allí precisamente en uno de ellos donde se albergó un tiempo el general San Martín. Después no sé donde fué a residir pues estuvo bastante tiempo en Montevideo. Creo, si no estoy equivocado, que paró en donde José Ellauri, en virtud de que éste era gran amigo de San Martín, al extremo de que se ha afirmado que aquel lo eligiera para su secretario cuando iba a revisar la campaña de Chile, pero tuvo que renunciar a ese deseo debido a que Alvear se interpuso recomendándole al general Tomás Guido y no pudo desoirlo».

Debemos declarar aquí que el señor Gómez sufre un error al suponer que San Martín hizo la elección de Guido para esta secretaría por indicación de Alvear. Esta elección fué un acto libérrimo de las simpatías de San Martín y precisamente en el momento que se lo pedía Pueyrredón para llevarlo a Chile, sus relaciones con Alvear estaban interrumpidas. Diremos igualmente que no está en lo cierto cuando afirma que San Martín llegó a Montevideo — como así lo dice en otras líneas que no transcribimos —, «disparando de Buenos Aires». Sabe el lector cómo se produjo el arribo de San Martín al Plata y que no sólo no intentó desembarcar en Buenos Aires sino que antes de presentarse en sus aguas a bordo del *Chichester* ya había dispuesto el no hacerlo. Si hubo una prensa que «lo trató muy mal», como dice Gómez, hubo otra prensa, diremos nosotros, que lo trató muy bien.

Si el testimonio del señor Gómez nos presenta a San Martín como huésped de Ellauri, el del general don Gervasio Burgueño nos lo presenta viviendo en una de las casas del señor Pereira. He aquí lo que al respecto nos dice Burgueño: «Tengo la impresión de que San Martín vivió en una de las casas de Gabriel A. Pereira, porque los hombres de entonces eran en extremo generosos con los patriotas. No había los distanciamientos que trajeron aparejados los partidos». Ver: PLÁCIDO ABAD. — *El General San Martín en Montevideo*, pág. 101.

Martín los auxilios que necesite, una casa bien en ésa o en los suburbios, si era que preferiría una u otra cosa, en que habitase el corto tiempo que piensa permanecer en ésa. San Martín es hombre en extremo frugal y enemigo de todo fausto y etiqueta y es que sin la recomendación de algunos amigos no pasaría del silencio su llegada a ésa y debo por lo tanto servirlo y complacerlo». Después de informarle que según sus cálculos el viaje de San Martín «debe tener objeto de gran interés» le escribe: «Te ruego le invites en mi nombre y le hagas las ofertas más francas. A Daniel le digo lo mismo; puedes franquearle la casa tuya porque sé que está viviendo en una posada y si prefiere vivir fuera en tanto que las tropas imperiales no evacuen esa plaza. Espero que le franquees tu Saladero o le facilites alguna casa, si le acomodase la que ocupó el general Rondeau, en la confianza que yo pagaré su arrendamiento».

«Recibí tu apreciable del 19 del corriente, le contesta Pereira a Vidal. Impuesto del contenido debo decirte ser inexacto que el general San Martín esté parando en una posada, informes que atribuyo dados por los enemigos que tiene en Buenos Aires que desean verle humillado. ¡Qué crueldad! Tú sabes bien que aunque los portugueses no han salido todavía de la plaza, no podía faltar al general San Martín protección y ha tiempo se tomó aquí lo necesario para que permanezca cómodamente. Es muy visitado. Yo ofrecí mi casa del Saladero, por si quisiese estar afuera mientras están los portugueses, con criados y coche para que haga diligencias. Daniel, a quien le avisé, lo visitó como yo, pero él está ahora cómodo y agradecido. Los sucesos de Buenos Aires le tienen atormentado y agriado como cuadra a un hombre de sus servicios; puedes estar tranquilo que el general San Martín será tratado como merece» (1).

Efectivamente San Martín era muy visitado, como dice Pereira. El propio general Rivera, que acababa de hacer la campaña de Misiones, no pudiendo salir a su encuentro — Rivera se encontraba con su cuartel general en Canelones—, comisionó al comandante Posolo para que se presentase a San Martín y lo cumplimentase. «Señor comandante Posolo, le dice Rivera en una esquela. Avísame haber llegado a Montevideo el general San Martín; vaya y en mi nombre saludelo y póngase a sus órdenes para lo que quiera necesitar».

Con simultaneidad a la visita de Posolo recibió San Martín igualmente la del capitán don Manuel Alejandro Pueyrredón que militaba bajo las órdenes de Rivera y que con éste había hecho brillantemente la campaña de Misiones. A propósito de esta visita Pueyrredón nos dice: «Fuí a visitarlo y me hizo un recibimiento lleno de halagos, presentándose a todos los que estaban en la mesa del hotel, diciendo: «Presento a ustedes uno de mis muchachos». En seguida empezó a hacerme preguntas sobre mis heridas, como para hacer

(1) PLÁCIDO ABAD. *El General San Martín en Montevideo*, pág. 64.

saber que las había recibido en la guerra de la Independencia. Después de esto lo veía cada vez que podía. El gobierno del Perú lo llamaba. El estaba indeciso sobre el partido que tomaría. Me invitó para acompañarlo en el caso que se decidiese a aceptar y yo le prometí hacerlo».

Al anotar estos pormenores, escribe Pueyrredón que el general Rivera le dijo un día: «¿Sabe usted quién está en Montevideo? — ¿Quién, señor? — El general San Martín. ¿A quién mandaremos a saludarlo? — A mí, le contesté —. ¡Oh! ¡a usted no! Eso no puede ser. Todos saben que usted ha sido mi agente para con los portugueses; la plaza todavía está ocupada por ellos. Si lo vieran a usted ir no dejarían de pensar que iba mandado por mí a tratar algo. Yo tengo que andar aquí con mucho tino, porque esos tolos (zonzos) todavía creen que yo soy portugués. — Pues señor (le contestó Pueyrredón), la dificultad va a cesar, confesándoles que yo he estado en Montevideo y visto al general San Martín. Luego que supe por don Blas Despouy que se encontraba allí corrí a saludarlo —. Pues entonces, repuso Rivera, no la hay en que usted vaya a saludarlo en mi nombre, ofrecerle mis servicios y cuánto pueda valer y de camino lo hará también con los generales Balcarce, Martínez, coronel Iriarte y el señor Aguirre». «Esta comisión, concluye Pueyrredón, fué desempeñada al siguiente día» ⁽¹⁾.

Por esa época se encontraba en Montevideo el capitán Gautier, comandante del *Aréthuse*, barco que pertenecía a la escuadra francesa del Atlántico. Esta circunstancia le permitió entrevistarse con San Martín y después de realizada su visita le escribió al almirante Roussin, diciéndole entre otras cosas: «Le Général San Martín est toujours dans ce pays. J'ai eu l'occasion de le voir et de parler avec lui des affaires de Buenos Aires. Il ne doute point du non succès de Lavalle. Il en parle sans ménagements, il le connaît beaucoup, il a été son aide-de-camp lorsqu'il commandait l'armée du Pérou. Il est sans capacité, mais bon soldat; voilà sa seule qualité.» ⁽²⁾.

Las circunstancias de desembarcar San Martín en Montevideo cuando se trataba de fundamentar allí la nueva patria uruguaya, proporcionóle la ocasión de asistir a algunas sesiones de la asamblea general constituyente y al mismo tiempo a algunas demostraciones militares organizadas por el ministro de la Guerra, el coronel don Eugenio Garzón, que había sido su subalterno en la campaña libertadora del Perú.

Garzón tenía establecido su cuartel general en el Reducto y es allí en donde se propuso dar un día una fiesta militar a la que fué invitado San Martín y a la cual concurrió éste acompañado de su edecán el capitán Hermenegildo de la Fuente, como de otros personajes civiles y militares.

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. VII, pág. 390.

(2) *Archivo de Marina B. B4*, 519.

En el orden social o mundano fueron muchas las demostraciones que se le dispensaron a San Martín y se señalan entre éstas la fiesta que organizó el doctor Llambi, miembro del tribunal de justicia, el 19 de marzo, para festejar el onomástico de este huésped. El poeta oriental don Francisco Acuña de Figueroa, realzóla con el canto de las musas y leyó en esa ocasión una estrofa, alusiva a San Martín y a Lavalleja, para enlazar así el triunfo de Chacabuco con el de Sarandí. La estrofa relacionada con este episodio fué grabada en una cartera de bolsillo, y la señora de Llambi se la ofreció a San Martín en recuerdo de esta visita.

En otra fiesta organizada por la señora doña María Antonia Agell de Hocquard se reunió igualmente lo más granado de la sociedad montevideana y se le brindó a San Martín una corona al mismo tiempo que se brindaba otra a Rivera. Pero mientras estas y otras atenciones demostraban a San Martín que no podía faltarle el calor afectivo de la sociedad rioplatense, éste se ponía en comunicación con sus amigos y en la correspondencia daba libre curso a sus ideas y a sus sentimientos. Entrando en esta correspondencia descubriremos aspectos muy interesantes que no han pasado a la historia y que la historia debe conocer.

«Mucha satisfacción me ha dado el saber que usted llegó felizmente a Montevideo, le escribe Guido con fecha 23 de febrero, y que está fuera de contacto de las pasioncillas que aquí se agitan. Me interesa sin embargo tener una explicación de usted del motivo por que no desembarcó en Montevideo cuando el paquete fondeó en aquel puerto. Este ha sido asunto de glosas de todo género y yo deseo fijar las ideas en un punto que a usted le será fácil referir.

«Hay otro negocio sobre el cual gustaría saber la resolución de usted prontamente, si no hay sistema en ocultarlo, tal es: si usted se resuelve a pasar o no al Perú. Quizá considere usted impertinente esta pregunta; no lo es, si usted se persuade de que el interés de América y simpatías indelebles por usted me mueven a esta averiguación. Estoy informado de que usted ha sido llamado por el general La Mar y que se le han acordado a usted sus honores y sueldos; creo también que su presencia en Lima contribuirá decididamente a que se pagasen los haberes vencidos; pero no son esos intereses los que yo quiero saber si a usted lo llevarán a aquel país; es, en una palabra, y bajo la reserva de que usted sabe soy capaz, si usted se decidiría a tomar parte activa en la suerte del Perú, comprometido hoy en una guerra justa y con muy pocos hombres que lo presidan.

«Clasifique usted esta pregunta de insensata si usted quiere. Ni los motivos que he indicado, ni la incertidumbre actual de mi destino personal me permite prescindir de ella; la contestación de usted será mi guía».

Pasa luego a decirle que se ha enterado que el general Miller ha publicado sus Memorias sobre las campañas del Alto Perú y que

si él las ha leído que tenga la bondad de darle su juicio. «Con tal motivo, agrega, recuerdo la oferta que en repetidas cartas me hizo usted desde Bruselas de sus papeles para la historia. Ha llegado el tiempo de cumplir esta promesa. Tal vez mi destino me prometa hacer de ellos un uso más feliz para el país y para el nombre del que ha servido bien a la América».

Guido concluye esta carta diciéndole: «Buenos Aires continúa marchando bajo el mismo sistema que en diciembre: se aceleran los preparativos para una fuerte expedición contra los gobernadores de las provincias interiores. Hoy sin embargo se asegura que el general Rivera ha ofrecido mediar entre las partes beligerantes para evitar la guerra civil» (1).

El 4 de marzo interésase nuevamente en que San Martín responda a sus preguntas, sobre todo a la última. «Si usted cree que no debe darme una contestación categórica acerca de sus intenciones de viajar o no al Perú, le estimaré infinito me lo diga francamente». Y el 12 del mismo mes: «Por no perder la costumbre de aprovechar toda oportunidad de saber de usted doy esta carta a Manuel — era éste Manuel Escalada, cuñado de San Martín que figuraba en el estado mayor de Rivera — que regresa a esa plaza. Su ida me excusa de decir algo sobre nuestro estado político porque él le puede dar a usted mejores informes que yo». Y a continuación: «He llegado a entender que usted regresa a Europa muy pronto: no comprendo la razón de este viaje ni me toca averiguarla, pero ¿no juzga usted asegurada su independencia y tranquilidad personal permaneciendo en Montevideo? ¿Es usted indiferente a la censura del mundo, a que daría lugar volviendo a abandonar a su patria porque la ve en conflictos? ¿Puede usted presumir que aunque adoptara

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 550. — Esta insinuación de Guido demuestra que tenía él el propósito de escribir una biografía de San Martín. Este propósito ya se lo había dado a conocer después que San Martín se alejó de Lima, pues estando en Chorrillos y con fecha 11 de abril de 1823 le dijo: «Es muy penoso para los verdaderos amigos de usted conformarse con el retiro que ha buscado — San Martín se encontraba en Mendoza —, pero ya que el país carece ahora de sus servicios, no niegue usted a la historia los sucesos más importantes de su vida pública, desde que resolvió trasladarse a su patria. Algunos ratos de ocio pueden consagrarse a este importante trabajo; basta que usted refiera los hechos, lugares y tiempo. Deje usted a otro el trabajo de criticar los acontecimientos y reflexionarlos; si sus apuntes pasan a mis manos los uniré a los míos; los conservaré como un tesoro y algún día, si un hado infeliz no trastorna mis miras, presentaré, aunque con pluma débil, la vida de un «Americano del sur». Escribiendo a usted, no me es permitido otro nombre. Talentos superiores se emplearán en pulir mis tareas y la posteridad recibirá lecciones importantes. Ofrezca usted, amigo, este último tributo a su patria». — *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 467.

¿Escribió San Martín estos apuntes y se los transmitió luego a Guido como éste se lo pedía? Por desgracia presumimos que no, y si lo hizo estos apuntes se perdieron, como se perdió todo el archivo de Guido en un naufragio. Es precisamente el 11 de marzo de 1827 cuando Guido le escribe a San Martín desde Buenos Aires: «En mis anteriores he dicho a usted que no traje del Perú sino desengaños y de Chile una familia que va creciendo todos los días. Mis libros, mis colecciones curiosas y cuanto tenía que valiese algo se ha perdido en la fragata *Isabel*, donde el demonio me tentó embarcar en Valparaíso la mayor parte de mi equipaje». *Ibidem*, pág. 523.

la profesión de anacoreta le habrían de dejar de perseguir a todas partes las esperanzas de sus amigos y las persecuciones de sus enemigos? Quizá usted dirá que éstas son preguntas excusadas cuando nada quiere ni nada pretende, sino vivir en la suprema holganza después de haber sacrificado un tercio de vida por la independencia de América. Sea esto enhorabuena: yo no puedo excusarme de decir a usted que aunque su resolución no variase sería más prudente, en mi opinión, esperar un poco más, para evitar glosas de charlatanes que están a espía de los hombres de mérito.

«¿Cuándo podré yo convencerme que no debo de ser majadero con usted! ¿Cuándo tomaré por regla los desengaños para no inculcar hasta el fastidio en lo que pertenece a usted! Conozco que me excedo, pero la culpa es siempre del interés de quien lo mira como un buen amigo» (1).

San Martín no era hombre capaz de rehusar explicaciones, y menos cuando se las pedía un amigo. Ante la insistencia de Guido, forzoso le fué salir de su silencio, y siendo el tres de abril, víspera, por así decirlo, de su retorno a Bruselas, tomó la pluma y con la franqueza que le era habitual, le contestó en esta forma: «El estado de mis intereses, es decir la depresión del papel moneda en Buenos Aires, no me permitía vivir por más tiempo en Europa; con los réditos de mi finca, los que alcanzaban a cerca de seis mil pesos, pero que puestos en el Continente quedaban reducidos a menos de mil quinientos, me resolví a regresar al país con el objeto de pasar en Mendoza los dos años que juzgaba necesarios para la conclusión de la educación de mi hija y a agitar por la mayor inmediación el cobro, no del todo, pero sí de alguna parte de mi pensión del Perú, pues yo no contaba ni podía contar con sueldo alguno en mi país, y al mismo tiempo haciendo el ensayo de si con los cinco años de ausencia y una vida retirada podía desimpresionar a lo general de mis conciudadanos que toda mi ambición estaba reducida a vivir y morir tranquilamente en el seno de mi patria. Todos estos planes han sido frustrados por las ocurrencias del día. Pasemos ahora al punto capital, es decir al de mi regreso a Europa.

«Las agitaciones en diez y nueve años de ensayos en busca de una libertad que no ha existido y más que todo las dificultades circunstanciadas en que se halla en el día nuestro país, hacen clamar a lo general de los hombres que ven sus fortunas al borde del precipicio, y su futura suerte cubierta de una funesta incertidumbre, no por un cambio en los principios que lo rigen y que en mi opinión es donde está el mal, sino por un gobierno vigoroso y en una palabra militar; porque el que se ahoga no repara en lo que se agarra. Igualmente convienen en que para que el país pueda existir, es de necesidad absoluta que uno de los dos partidos en cuestión desaparezca de él. Al efecto se trata de buscar un salva-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 553.

9012
 Département
 du Nord.
 Lille, le 2 janvier 1828
 Mairie de Lille.
 POLICE.
 Monsieur le Conseiller d'Etat, Directeur,
 J'ai l'honneur de vous transmettre le passeport de
 M. José de San Martín, propriétaire, âgé de 17 ans,
 américain, venant d'Amers et se rendant à
 Marseille pour s'y embarquer, je lui ai délivré une
 passe provisoire pour cette destination, je joins l'état de
 renseignements.
 Je suis avec respect,
 Monsieur le Conseiller d'Etat, Directeur,
 Votre très humble et
 très obéissant serviteur
 Le Maire
 Monsieur le Conseiller d'Etat, Directeur de la police générale

Comunicación dirigida el 2 de enero de 1828 por el alcalde de Lille al director
 de la Policía de París sobre la visación del pasaporte de San Martín.
 (Archivo de la Marina, París).

dor que reuniendo al prestigio de la victoria el concepto de las demás provincias y más que todo un *brazo vigoroso*, salve a la patria de los males que la amenazan».

«La opinión presenta este candidato, él es el general San Martín. Para esta aserción yo me fundo en el número de cartas que he recibido de personas de respeto de ésa y otras que me han hablado en ésta sobre este particular; yo apoyo mi opinión sobre las circunstancias del día. Ahora bien, partiendo del principio que es absolutamente necesario el que desaparezca uno de los partidos contendientes, por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública, ¿será posible sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos, y cual otro Sila cubra mi patria de proscripciones? No, jamás, jamás, mil veces preferiría correr y envolverme en los males que la amenazan que ser yo el instrumento de tamaños horrores. Por otra parte, después del carácter sanguinario con que se han pronunciado los partidos, no me sería permitido por el que quedase victorioso usar de una clemencia necesaria y me vería obligado a ser el agente del furor de pasiones exaltadas que no consultan otro principio que el de la venganza. Mi amigo, veamos claro, la situación en nuestro país es tal que al hombre que lo mande no le queda otra alternativa que la de apoyarse sobre una facción o renunciar al mando; esto último es lo que hago. Muchos años hace que usted me conoce con inmediación y le consta que nunca he suscrito a ningún partido y que mis operaciones y resultados de éstas han sido hijas de mi escasa razón y del consejo amistoso de mis amigos; no faltará quien diga que la patria tiene un derecho de exigir de sus hijos todo género de sacrificios. Esto tiene sus límites; a ella se le debe sacrificar la vida e intereses, pero no el honor.

«La historia y más que todo la experiencia de nuestra revolución me han demostrado que jamás se puede mandar con más seguridad a los pueblos que los dos primeros años después de una gran crisis; tal es la situación en que quedará el de Buenos Aires, que él no exigirá, del que lo mande después de esta lucha, que tranquilidad. Si sentimientos menos nobles de los que poseo en favor de nuestro suelo fuesen el norte que me dirigiese, yo aprovecharía de esta coyuntura para engañar a ese heroico pero desgraciado pueblo, como lo han hecho unos cuantos demagogos que con sus locas teorías lo han precipitado en los males que le afligen y dándole el pernicioso ejemplo de perseguir a los hombres de bien sin reparar en los medios.

«Después de lo que llevo expuesto, ¿cuál es el partido que me resta? Es preciso convenir que mi presencia en el país en estas circunstancias, lejos de ser útil, no sería otra cosa que embarazosa para los unos y objeto de continuas desconfianzas; para los otros, de esperanzas que deben ser frustradas; para mí de disgustos continuados; por esto es que he resuelto lo siguiente: he realizado

cinco mil pesos en metálico con el sacrificio que usted puede ver con el cambio del día. Con ellos y con lo que me reditúe mi posesión pienso pasar al lado de mi hija los dos años que necesita para concluir su educación. Finalizado ese tiempo regresaré en su compañía al país, bien resignado a seguir la suerte a que se halle destinado. En este intermedio, los hombres, creo, podrán aprovechar de las lecciones que la experiencia les ofrece para poner la tierra a cubierto de los males que experimenta. Esta es mi esperanza; sin ella y sin el sueño, como dice un filósofo, los hombres dejarían de existir.

«Yo no dudo que usted encontrará mil razones para rebatir las que dejo expuestas, pero usted convendrá conmigo en que los hombres no están de acuerdo que sobre las cuatro primeras reglas de la aritmética. No he querido hablar una sola palabra sobre mi espantosa aversión a todo mando político. ¿Cuáles serían los resultados favorables que podrían esperarse entrando al ejercicio de un empleo con las mismas repugnancias que una joven recibe las caricias de un lascivo y sucio anciano? Por otra parte, ¿cree usted que tan fácilmente se hayan borrado de mi memoria los horrorosos títulos de ladrón y ambicioso con que tan gratuitamente me han favorecido los pueblos que en unión de mis compañeros de armas hemos libertado? Yo estoy y he estado en la firme persuasión de que toda la gratitud que se puede exigir de los pueblos en revolución es el que no sean ingratos; pero no hay filosofía capaz de mirar con indiferencia la calumnia; de todos modos esto último es lo de menos para mí, pues si no soy dueño de olvidar las injurias a lo menos sé perdonarlas.

«Dije a usted en mi anterior que no había sido llamado al Perú y ahora añado que si se me llamase volaría en su auxilio porque la guerra que sostiene es justa. Si mi ida a Lima no fuese interpretada por miras ambiciosas o que tuviese seguridad de que no habría de ser desairado, esté usted seguro que, en lugar de regresar a Europa, marcharía a prestarle mis servicios. De todos modos si me llaman, partiré del punto en que me halle y será usted el primero a quien se lo avise por si quisiese volver a sufrir nuevas pellejerías» (1).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 556.

Cuando esta carta salía de la pluma de San Martín la guerra entre el Perú y Colombia — es ella a la cual alude — ya había terminado con la victoria de esta última. Las primeras operaciones militares fueron favorables para las armas del Perú y el general La Mar logró posesionarse de Guayaquil y aún de Loja, en donde la opinión pública estaba contra Bolívar. Este por su parte se decidió por confiar el mando de sus armas al general Sucre y en los combates que se libraron el 12 de febrero primero en Sarago y el 26 del mismo mes en Tarqui, el ejército de La Mar quedó derrotado.

El desenlace que tuvo esta contienda no cimentó en modo alguno la situación ya vacilante de Bolívar. La guerra la había declarado éste, y el general La Mar, presidente del Perú, aceptó el reto con el fin de destruir una tiranía que humillaba su patria y que ya se había convertido en afrenta para una gran parte de América.

En esta carta, declara San Martín a Guido que estaba hasta ese momento indeciso de si el viaje a Europa lo haría por el paquete de ese mes o si por el que saldría en mayo, pero que informado del desastre sufrido por el coronel Rauch, golpe que en su entender «puede decidir de la contienda con más prontitud de lo que yo pensaba», se ha decidido hacerlo por el paquete de abril. «Si no fuese a usted, Goyo Gómez u O'Higgins, con quienes tengo lo que se llama una sincera amistad, le dice, y que conocen mi carácter, yo no me aventuraría a escribir a nadie con la franqueza que lo he hecho, pues se creería a un exceso de orgullo, suponiendo ser yo un hombre necesario al país, o a una sandez consumada en solo imaginarlo. Usted me dirá que tengo dadas demasiado pruebas de que no lo deseo. Para afirmar esta aserción creerá usted si se lo aseguro por mi honor que a mi llegada a Mendoza de regreso del Perú se creyó que el objeto era el de venir a hacer una revolución para apoderarme del mando de las provincias de Cuyo y que se me enseñó una carta del gobernador Carril de San Juan en la que se aconsejaba se tomasen todas las medidas necesarias para evitar tamaño golpe.

«Convenga usted que la ambición es respectiva a la condición y posición en que se encuentran los hombres, y que el gobernador de una guardia de fronteras se cree un Jorge IV. Mas ignora usted que en la sabia y legal administración del año 23, cuando por ceder a las instancias que Remedios me hacía de venir a darla el último adiós, resolví venir por mayo del mismo año a Buenos Aires, se aprontaron partidas para prenderme como al mayor facineroso, lo que no verificaron por el aviso que me dió un individuo de la misma administración, ¡y en qué época!, en la que ningún gobierno

«El Perú, decía el general La Mar en un manifiesto, no ha roto las hostilidades ni ha completado sus aprestos navales y terrestres hasta que el general Bolívar ha dicho que *se acercaba la hora de la venganza y que su presencia iba a ser la señal del combate*. El gobierno del Perú podría oponer una serie de verdaderos agravios a los supuestos en que el general Bolívar funda su declaración de guerra; pero ya que ésta se ha hecho inevitable, ya que él todo lo sacrifica a sus aspiraciones de restablecer en el Perú su ominosa dictadura y la paz se ha hecho inasequible, el gobierno del Perú sostendrá con honor una guerra en la que el triunfo de su justicia ha de comprarse al doloroso precio de la sangre de sus hermanos de Colombia y de sus propios hijos».

Declara luego La Mar que la constitución decretada por Bolívar y que confundía en un solo Estado todos los pueblos republicanos desde el Alto Perú hasta Venezuela, «es una carta de ignominia más iliberal y más monstruosa que las constituciones imperiales que hemos visto en nuestro Continente, y aun en la isla africana de nuestro hemisferio» y que es ésta una carta a quien llama Bolívar «su hija predilecta», concebida en el delirio de la ambición y dada a reconocer «por la fuerza y por las artes más viles». Concluye este manifiesto haciéndose en él un llamado a las naciones de Europa y pidiéndole a Bolívar que lance una mirada sobre los verdaderos intereses de Colombia a fin de entablar negociaciones de paz «que no desoirá el Perú, armado sólo por sostener su integridad y poner a salvo las fortunas, la sangre y el reposo de sus hijos, y la independencia y libertad nacional». Fué esta guerra, pues, la que avivó en San Martín sus instintos épicos y la que puso en su pluma la expresión que ya conoce el lector y que nos lo presenta dispuesto a volar al Perú si el Perú lo llama a fin de poder contar de nuevo con sus servicios.

de la revolución tenía más popularidad. Y después de estos datos, ¿no quiere usted que ponga a cubierto, no mi vida, porque la sé despreciar, pero sí un ultraje que me haría sucumbir de rabia y de desesperación?» (1).

Estamos en presencia, como se ve, de un documento capital, y que puede considerarse como documento clave en la explicación de la conducta tanto pública como privada de San Martín. Comienza el por poner en evidencia la razón de su viaje al Plata. Este la determina el estado precario de sus intereses y espera remediarlo confinándose por dos años en Mendoza. Estando allí vigilaría él su propia finca, vale decir, su chacra de Los Barriales, y gestionaría al mismo tiempo el pago de los haberes atrasados que le adeuda el Perú.

Este plan quedó del todo frustrado. La revolución de Lavalle contra Dorrego le hizo ver que el país entraba nuevamente en otro período de anarquía y, antes que volcarse en ella obedeciendo a este o a aquel otro conjuro, prefirió desistir de su intento y alejarse nuevamente de las playas de su patria. Una vez más San Martín demuestra con este proceder su antipatía instintiva por el mando. Este no constituye para él un halago y mucho menos cuando para poder ejercerlo con la eficacia que así lo exige el estado de cosas, tiene que convertirse en el Sila de sus hermanos.

El análisis del momento político que San Martín tiene por delante, despierta en su imaginación el recuerdo de los agravios sufridos. Estos los insinúa como un capítulo de acusación contra los

(1) San Martín, al mismo tiempo que se dirigió a Guido en la forma que transcribimos, lo hizo con su amigo don Bernardo O'Higgins. La carta dirigida a O'Higgins está datada igualmente en Montevideo, pero el cinco de abril — la dirigida a Guido lo es el tres — y en ella hace una pintura de la situación, dando a conocer los partidos que se encuentran en lucha y el voto que predomina en la opinión. Con tal motivo, transcribe algunos de los párrafos que se encuentran en la carta a Guido. Dice así que es necesario que uno de los dos partidos desaparezca — éstos lo son el de unitarios y federales — pero que en modo alguno está dispuesto él a ser el verdugo de sus conciudadanos «y cual otro Sila cubrir a su patria de proseripciones». San Martín no quiere en modo alguno ser el agente de las pasiones exaltadas, las cuales no consultan otro principio que el de la venganza. «Mi amigo, le dice, es necesario le hable la verdad: la situación de este país es tal que al hombre que lo mande no le queda otra alternativa que la de someterse a una facción o dejar de ser hombre público. Este último partido es el que yo adopto».

San Martín concluye su carta diciéndole a O'Higgins: «Mi presencia en el país en estas afligentes circunstancias, lejos de ser de alguna utilidad no es más que embarazosa para la presente administración, objeto de continua desconfianza; para los federales, de esperanzas que no deben ser realizadas, y para mí de continuos disgustos. Por lo tanto, he resuelto regresar a Bruselas al lado de mi hija, en donde permaneceré los dos años que juzgo necesarios para que concluya su educación. Finalizado este tiempo, regresaré a mi patria en su compañía, bien resignado a la suerte a que se halle destinada. Esta es mi resolución y al efecto me embarcaré en el paquete inglés que saldrá de ésta para Falmouth el 14 del próximo mayo». — VICUÑA MACKENNA: *El General San Martín*, pág. 117.

San Martín, como ya queda dicho, modificó su resolución, y en lugar de embarcarse por el paquete el 14 de mayo, lo hizo por el que salía en el mes de abril. La razón de esta decisión la explica él en la carta dirigida a Guido, como ya queda así consignado en el texto.

que han sido sus sistemáticos calumniadores, y esto le permite establecer una doctrina de alta moral cuando declara que si no es dueño él de olvidar las injurias, a lo menos sabe perdonarlas.

En este mismo documento, San Martín contesta en forma categórica una pregunta de Guido, y dice así que no ha recibido llamado alguno del Perú. La guerra, sin embargo, que este Estado sostiene con Colombia, aviva en él el sentido de la justicia y, acordándose que ante todo y sobre todo ha sido y es su Libertador, no oculta su voluntad de retornar a él, si el voto de aquel pueblo así lo dispone.

La carta que aquí glosamos recibióla Guido cuando San Martín ya había abandonado las aguas de Montevideo y retornaba a su residencia de Bruselas. Su contenido sirvióle para esclarecer debidamente los puntos que motivaban su consulta, y el 1º de mayo de 1829, contestóle a San Martín: «Las razones en que usted apoya su regreso a Europa, son, lo confieso, bien sólidas. No tengo que reprocharle sino la falta de paciencia para esperar un poco más, pero a esto contesta usted que se le quiere ingerir en la mediación entre los generales Lavalleja y Rivera. En la batalla del 26, de que hacen mención los boletines que usted habrá visto, se ha derramado sangre americana en abundancia. Sin embargo los ánimos continúan exaltados y aunque hay visos de una transacción todavía no puedo asegurar si tendrá lugar, cómo ni cuándo. Hay intereses tan cruzados, que es difícil ponerlos a nivel». A continuación Guido le anuncia que ese día se embarca para Francia don Bernardino Rivadavia y que al día siguiente lo hará el señor don Julián Segundo de Agüero, unitarios vencidos y ambos enemigos políticos de San Martín.

Tal era el estado de espíritu, diremos nosotros, de San Martín cuando llegaron a Montevideo dos emisarios designados por el general Lavalle para entrevistarse con él y ofrecerle el comando militar y político de la situación. Después de la tragedia de Navarro, el general Lavalle no había entrado en la capital y, deseoso de acabar con los partidarios de Dorrego, se había puesto en campaña con el propósito inmediato de batir las fuerzas del general López, caudillo federal y prepotente en la provincia de Santa Fe. Antes de hacerlo, le había propuesto la paz y a la espera de los acontecimientos se encontraba en el Saladillo en donde había establecido su cuartel general. Fué allí en donde se decidió por elegir dos de sus jefes — lo eran éstos los coroneles don Eduardo Trollé y don Juan Andrés Gelly — y munidos de la credencial del caso enviarlos a Montevideo para que en su nombre se entrevistasen con San Martín. Por el tenor de esta credencial presumimos que Lavalle no entregó a sus emisarios instrucciones escritas y que ellas lo fueron de viva voz, pues Lavalle le dice a San Martín que salen ellos de su cuartel general para Montevideo y que los ha autorizado para que hablen con él en su nombre.

La historia no está en posesión de los pormenores relacionados con esta entrevista. Sólo sabemos que los emisarios de Lavalle salieron del Saladillo para Montevideo el 4 de abril y que el 14 de ese mes San Martín le decía a Lavalle: «Los señores Trollé y don Juan Andrés Gelly me han entregado la de usted del 4 del corriente. Ellos le dirán cual ha sido el resultado de nuestra conferencia; por mi parte, siento decir a usted que los medios que me han propuesto no me parece tendrán las consecuencias que usted se propone para terminar los males que afligen a nuestra patria desgraciada.

«Sin otro derecho que el de haber sido su compañero de armas, permítame usted, general, le haga una sola reflexión, a saber: que aunque los hombres en general juzgan de lo pasado según su verdadera justicia, y de lo presente según sus intereses, en la situación en que usted se halla, una sola víctima que pueda economizar a su país le servirá de un consuelo inalterable, sea cual fuere el resultado de la contienda en que se halla usted empeñado; porque esta satisfacción no depende de los demás sino de uno mismo» (1).

La respuesta de San Martín es lacónica, y demuestra ella que en modo alguno está dispuesto a prestarse a la colaboración que se le solicitaba. ¿Cuál era esta colaboración o en qué forma los unitarios enemigos de San Martín le brindaban a éste la oportunidad de convertirse en árbitro de su patria? Abramos el archivo de O'Higgins y veamos lo que San Martín con fecha 13 de abril escribióle a éste desde Montevideo: «El objeto de Lavalle, declara San Martín al hacer alusión a esta entrevista, era el que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantizar por mi parte y la de los demás gobernadores a los autores del movimiento del 1º de diciembre; pero usted conocerá que en el estado de exaltación a que han llegado las pasiones, era absolutamente imposible reunir los partidos en cuestión, sin que quede otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos.

«Por otra parte los autores del movimiento del primero son Rivadavia y sus satélites y a usted le consta los inmensos males que estos hombres han hecho, no sólo a este país, sino al resto de la América con su infernal conducta. Si mi alma fuese tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres; pero es necesario enseñarles la diferencia que hay entre un hombre de bien y un malvado» (2).

Las declaraciones formuladas por San Martín en este documento son de alta importancia para la historia y para la explicación de su conducta. Ellas nos demuestran que el general Lavalle atudía a él para poner a salvo a los autores del movimiento subversivo,

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 152.

(2) *Ibidem*, pág. 19.

cuya víctima lo había sido el coronel Dorrego, y al mismo tiempo para traer con su persona la pacificación de los ánimos. San Martín no pone reparos en señalar a los autores de ese movimiento y apunta así en primer término a Rivadavia, callando el nombre de sus satélites.

Cuando estas proposiciones le fueron formuladas a San Martín por los emisarios de Lavalle, ya tenía él decidida su composición de lugar. El, que se negó a tomar parte en la guerra civil que asolaba las Provincias Argentinas en 1819, no podía en modo alguno cambiar de conducta en ese momento en que el cadáver de un ilustre guerrero ponía en evidencia lo trágico de la guerra fratricida. Por eso se negó a salvar la distancia que lo separaba de Buenos Aires y a presentarse allí en momentos en que la opinión popular se caracterizaba por su falta de unidad y por el encono de sus pasiones.

«Yo no podía aceptar sus ofertas, le dijo por ese entonces San Martín al capitán Manuel Alejandro Pueyrredón, porque José de San Martín poco importa, pero el general San Martín da mucho peso a la balanza y tú sabes que he sido enemigo de las revoluciones, que no podía ir a ponerme al servicio de una de ellas. Cuando Bolívar fué al Perú, yo tenía ocho mil hombres, podía sostenerme, arrojarlo; pero era preciso dar el escándalo de una guerra civil entre dos hombres que trabajaban por la misma causa y preferí resignar el mando» (1).

La misma actitud que observó San Martín para con Lavalle y para con los otros argentinos que acudían a él, buscando su intervención, observó para con Lavalleja y para con Rivera, jefes beneméritos a no dudarlo, pero a quienes las ambiciones del mando y de prepotencia política mantenían alejados y en discordia. El general Lavalleja era el héroe de la cruzada libertadora de los

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. VII, pág. 390. — Con fecha 9 de febrero de 1829, el general Paz, al enterarse del arribo de San Martín, escribióle a Lavalle: «El 6 por la noche ancló en las balizas exteriores el paquete inglés que lo conduce; el 7 escribió a Díaz Vélez diciéndole que había vuelto al país, pensando hallarlo quieto y tranquilo, pero que los últimos sucesos que había sabido en el Janeiro lo obligaban a pedir su pasaporte para Montevideo donde quería estacionarse mientras durasen nuestras desavenencias: Díaz Vélez le ha contestado convenientemente, accediendo a su insinuación y remitiéndole el pasaporte. El hasta la fecha no ha desembarcado, y por el tenor y espíritu de su carta, es de esperar que no lo hará. Sin embargo, calcule usted las consecuencias de una aparición tan repentina. Es probable que la oposición desahuciada, desesperada por falta de un conductor que la guíe, se fije en este hombre y le haga propuestas seductoras. Ellas nada valdrán si el general San Martín quiere como dice no pertenecer a partido, y servir a los verdaderos intereses del país, y si nuestros compañeros son, como es de esperarse, consecuentes a sus primeros pasos; pero si esto no sucede, nos costará más trabajo el cumplimiento de la obra que hemos principiado». — PEDRO LACASA: *Lavalle*, pág. 59.

Pero es el caso de decir que si San Martín no se prestó a servir de elemento protector a los federales, tampoco se prestó a prohibir con su colaboración la política de los unitarios. Su sentido de neutralidad lo mantuvo en la posición que aquí queda expuesta, posición que por otra parte era la única que cuadraba a su carácter y a su psicología.

Treinta y Tres y tenía en su haber la página heroica de Sarandí. Rivera había sido su conmitón en esta campaña, y terminada la guerra con el imperio del Brasil decidió emanciparse de la tutela de aquél y se trasladó a Buenos Aires en busca de un apoyo militar y político que le permitiese hostilizar a los portugueses, atacándolos en el territorio de Misiones, ya devastado por éstos en 1817. «Don Frutos, escribía un corresponsal desde Buenos Aires, el 23 de diciembre de 1822, está pronto a salir. El gobierno le auxilia en todo aun cuando no el público. Su plan está reducido a poner trescientos hombres entre las provincias de Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos que sea un ejército de reserva. Por ahora sólo lo ejercitará en diversiones militares adiestrándolos y ejercitándolos tanto en el caballo como en las maniobras en él. Si el general Lavalleja tiene buenos resultados en campaña aprovechará el momento de estupor de los enemigos y a la sombra de la victoria se posesionará de los pueblos de Misiones ocupados por los brasileños con violación de derechos que nos dan sus últimos tratados» (1).

Pero en esos momentos surgieron varias dificultades, siendo la principal la que suscitó el general Lavalleja con su franca oposición a esta campaña. Lavalleja quería a toda costa que se hiciese la paz con el Brasil y esto a base de la independencia de la Provincia Oriental, en la cual se consideraba él su primer caudillo. En vista de esta oposición su actitud fué tan radical y decidida en este punto, que llegó a decirle a Dorrego que en modo alguno apoyaría él a las fuerzas de Rivera y que si éstas pisaban el territorio oriental saldría él a su paso para batirlas. Dorrego sin embargo concluyó por dar carta blanca a Rivera, y pudo así este jefe apoderarse sin mayor dificultad de los pueblos de Misiones atrayéndose al mismo tiempo las simpatías de los que habían mirado siempre esta campaña con buenos ojos.

Además de estas desinteligencias militares entre uno y otro jefe, Rivera y Lavalleja se sentían dominados por aspiraciones comunes y ambos aspiraban a la presidencia de la República. Aun cuando San Martín no podía ser un árbitro en esta lucha de ambiciones, su inclinación por éste o por aquel otro caudillo tenía forzosamente que ejercer mucho peso en la balanza y comenzaron así las sollicitaciones para atraérselo, cosa que San Martín supo eludir hábilmente no comprometiéndolo su situación ni opinando en este o en aquel otro sentido político. La historia no conoce pormenor alguno relacionado con las entrevistas que tuvo Lavalleja con San Martín. En cambio, sabemos que se entrevistó con el general Rivera y que esta entrevista produjose — es lo más probable — en la Aguada, en donde tenía su residencia el gobierno provisional. ¿De qué se trató en ella? Los documentos que conocemos nada dicen y si nos atenemos a una carta de Guido — carta que ya conoce el lector —

(1) EDUARDO ACEVEDO, *Artigas*, t. II, pág. 794.

podemos deducir que Rivera pudo abordar en ella el punto relacionado con la intervención de San Martín en la guerra civil que despedazaba ya a los argentinos, como muy probablemente el otro que dividía en dos bandos importantes a los uruguayos con miras a la futura presidencia de la República. Lo positivo es que a San Martín «se le quería ingerir en la mediación entre los generales Lavalleja y Rivera», como dice Guido, y que a esta ingerencia se sustrajo San Martín con su retorno a Europa.

Observemos aquí que uno de los emisarios de Lavalle, el coronel Trollé, figuraba entre los jefes de Rivera. Fué este jefe a quien eligió el general en cuestión para enviarlo a Lavalle y prevenirle del arribo de San Martín a Montevideo y que fué este mismo jefe quien después de la entrevista con San Martín se trasladó al campamento de Rivera, mientras Gelly lo hacía al de Lavalle, a fin de notificarle sobre el resultado de la entrevista. Estas circunstancias le permitieron a Rivera saber cuál era el pensar de San Martín y al mismo tiempo informarse de la resolución que había tomado relacionada con su vuelta a Europa.

Esta noticia lo impresionó desagradablemente y tomando la pluma escribió a San Martín: «Regresa usted a Europa cuando todos lo creíamos deseoso de vivir en América. ¿Qué puede inferirse de aquí sino que a usted, o la patria no le inspira ya interés o que ha desesperado de su salud? Cualquiera de las dos cosas es un mal que para mí agrava mucho el de la ausencia; pero usted lo quiere, a usted le conviene, sea para bien. En cualquier destino tenga usted presente mi nombre, mi amistad y posición cuando ésta pueda serle útil en algo».

Cierra esta carta el general Rivera diciéndole a San Martín que queda a sus órdenes «en la soledad del Cuareim» — es allí donde tiene establecido su campamento — y que se complacerá en poder proporcionar informes «del estado y progreso de su país nativo» ⁽¹⁾.

«Un solo caso podía llegar, contestóle San Martín, en que yo desconfiase de la salud del país, esto es cuando viese una casi absoluta mayoría en él por someterse otra vez al infame yugo de los españoles. Usted conoce como yo que esto es tan imposible como que se sometan nuestros antiguos amos a nosotros. Más o menos males, más o menos progresos en las fortunas particulares, más o menos adelantos en nuestra ambición; he aquí lo que resultará de nuestras disensiones. Es verdad que las consecuencias más frecuentes de la anarquía son las de producir un tirano, que como Francia haga sufrir al país los males que experimenta el que él domina; mas aun en este caso tampoco desconfiaría de su salud, porque sus males estarían sujetos a la duración de la vida de un solo hombre.

«Después de lo expuesto, agrega San Martín, queda pendiente el por qué me voy, siendo así que ninguna de las dos razones que

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*. Pág. 154.

usted cree, son las causales de mi regreso a Europa. Varias tengo, pero las dos principales son las que me han decidido a privarme del consuelo por ahora de estar en mi patria. La primera no mandar; la segunda la convicción de no poder habitar mi país como particular en tiempos de convulsión, sin mezclarme en divisiones. En el primer caso no se persuada usted que son tan afligentes circunstancias en que se halla la patria las que me hacen no desearlo, persuadido por la experiencia que jamás se puede gobernar a los pueblos con más seguridad que después de una gran crisis; pero es la certeza de que mi carácter no es propio para el desempeño de ningún mando político; y el segundo, el que habiendo figurado en nuestra revolución, siempre seré un foco en que los partidos creerán encontrar un apoyo, como me lo ha acreditado la experiencia a mi regreso del Perú y en las actuales circunstancias.

«He aquí en extracto general, continúa San Martín, los motivos que me impulsan a confinarme de mi suelo, porque firme e inalterable en mi resolución de no mandar jamás, mi presencia en el país es embarazosa. Si éste cree algún día que como un soldado le puedo ser útil en una guerra extranjera — nunca contra mis compatriotas — yo le serviré con la lealtad que siempre lo he hecho, no sólo como general, sino en cualquier clase inferior en que me ocupe; si no lo hiciese, yo no sería digno de ser americano. Persuádase usted, general, que al hacerle esta exposición no me ha animado otro motivo que el de satisfacer a un hombre cuyos servicios en favor de su país me hacen mirarlo, no sólo con consideración, sino con los sentimientos de amistad que le profeso». Concluye San Martín diciéndole a Rivera: «Acepto gratísimo el ofrecimiento que me hace usted de darme noticias de los progresos de mi país nativo. El merecerá la consideración de los hombres de bien porque sus hijos son, en proporción de su humanidad, bravos y patriotas» ⁽¹⁾.

Con estas líneas San Martín consagra un recuerdo a su patria de origen o sea a la tierra misionera en que se encuentra enclavado Yapeyú. La evoca, como se ve, con sentida emoción y pondera el valor y el patriotismo de sus hijos. Fué ésta, a nuestro entender, una de las últimas cartas escritas por San Martín antes de alejarse de Montevideo.

El 9 de abril el general Rondeau le extendió el pasaporte solicitado por él para su traslado a Europa y el 17 de ese mismo mes decidió despedirse del señor Gabriel A. Pereira, haciéndole presente su gratitud. «Como usted sabe, le dice San Martín, tengo concertada mi salida para Falmouth en el paquete inglés, según así tuve ocasión de hacerlo saber a los generales Rondeau, Rivera y otros buenos amigos. Regreso al lado de mi hija en donde permaneceré dos años que considero necesarios para que concluya su educación y finalizado este tiempo volveré a mi patria en su compañía,

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 154.

y al irme de este suelo debo expresarle el sentimiento que me embarga de dejar esta ciudad, que tanto quiero. Permítame le tribute infinitas gracias por sus atenciones, declarándole que en caso de necesitarlo tendré presente su gentil ofrecimiento. Que goce usted de salud en compañía de su familia son los deseos de su amigo, *José de San Martín* ⁽¹⁾.

Horas más tarde San Martín volvía a subir a bordo del *Chichester* — el mismo barco que lo trajera al Plata — y emprendía un viaje que sería sin retorno. Su permanencia en Montevideo se había prolongado escasamente dos meses.

La etapa de San Martín en la capital uruguaya constituye una página altamente ejemplar y de enseñanza política. A pesar de tratarse de un viaje relacionado con su estado económico, todo esto lo subordinó a una razón de moral y prefirió no ocuparse de esos intereses, a ocuparse de ellos dejándose arrastrar por una vorágine revolucionaria.

(1) PLÁCIDO ABAD, *San Martín en Montevideo*, pág. 150.

CAPITULO VIII

San Martín y su última etapa en Bruselas

SUMARIO: San Martín abandona el Plata. — Llega a Falmouth y se dirige a Londres. — Accidente sufrido en el viaje. — Nota del prefecto de policía de París y del ministro de Relaciones Exteriores de Francia sobre su pasaporte. — Esclarecimiento de un punto histórico. — Por qué la cancillería francesa modificó su conducta. — Carta que estando en Bruselas recibe San Martín de Vicente López. — Contestación dada a ella por San Martín. — La ética política de San Martín. — Cómo concluye este documento. — Análisis de la vida argentina. — Según San Martín, el mal no está en los hombres sino en las instituciones. — San Martín en apremiante situación económica. — Carta que le escribe a O'Higgins. — Carta que simultáneamente le dirige al general de La Fuente, jefe supremo del Perú. — Riguroso invierno que le toca pasar en Bruselas. — O'Higgins empeñado en remediar su situación. — Una libranza que a su favor obtiene en el mes de octubre. — Los Países Bajos y la independencia de Bélgica. — El burgomaestre de Bruselas le ofrece a San Martín el comando de las tropas. — San Martín rehusa este honor y es designado el general español van Hallen. — San Martín héroe de una sola concupiscencia. — Visita que a San Martín le hace en Bruselas el general colombiano Santander. — Comunicaciones que desde Bogotá le dirige su ex ministro García del Río. — Una carta a Guido. — Su hermano Justo compañero de su exilio. — La amistad entre San Martín y el general Ribadeneira. — Carta que éste le dirige desde Lima. — Diálogo entre Ribadeneira y Bolívar a propósito de San Martín. — Un retrato de San Martín y otro de Bolívar. — San Martín señalado como nuevo Cincinato en Bruselas. — Los sentimientos que llenan a San Martín. — Sus virtudes de hombre y de soldado descubiertas por los belgas.

La partida de San Martín para las playas del viejo mundo repercutió en la capital argentina con viva sorpresa. Muchos de sus conciudadanos esperaban que de un día a otro modificase su resolución y que dejando de ser un simple espectador de los acontecimientos, se trasladase a Buenos Aires y, como así se lo pedía la parte sana de la opinión, se colocase al frente de sus intereses. La prensa respetó sin embargo su abstención, y sólo *El Tiempo*, el órgano que había servido de tribuna a sus opositores, en su número del 23 de abril de 1829 le consagró este suelto: «En la semana anterior el general José de San Martín se embarcó en Montevideo con dirección al Janeiro; aquí se cree que pase a Europa. Se nos ha asegurado que se fijará en la capital del Brasil; desearíamos que fuese cierto lo primero más bien que lo segundo».

Fuera de este antecedente, no conocemos detalle alguno relacio-

nado con este viaje que por segunda vez vino a alejar a San Martín de las playas de su patria. Sólo sabemos que desembarcó en Falmouth como así se lo proponía él cuando subió a bordo del *Chichester* en Montevideo; que de Falmouth se trasladó a Londres y que en este trayecto sufrió un accidente, que se lo da a conocer a O'Higgins en la siguiente forma: «A mi regreso de América y en mi viaje de Falmouth a Londres volcó el coche del correo en que venía y con uno de los vidrios de él me hice una profunda herida en el brazo izquierdo, mas por no exponerme a andar danzando en los papeles públicos guardé el más profundo incógnito» (1).

A partir de ese momento perdemos toda huella de San Martín y sólo lo volvemos a encontrar en septiembre de 1829, no en Inglaterra sino en Francia. Es precisamente el 18 de este mes cuando el prefecto de policía de París dirigiéndose al ministro del Interior le dice: «J'ai l'honneur d'informer Votre Excellence que le sieur José de San Martín, américain, qui a fait l'objet de plusieurs communications et en dernier lieu de la lettre de mon prédécesseur en date du 30 juin 28 a obtenu hier à ma préfecture le visa d'un passeport diplomatique pour Bruxelles par Valenciennes ou Lille» (2).

Seis días más tarde, ya no es el prefecto de policía quien suscribe un comunicado similar, sino el ministro del Interior. Este se dirige a su colega el ministro de Relaciones Exteriores y con fecha 24 de septiembre le dice: «J'ai l'honneur d'informer Votre Excellence que le sieur José de San Martín, ancien chef du Gouvernement et commandant de l'armée du Chili, et qui depuis quelque temps habitait la capitale, a obtenu le 17 de ce mois, le visa d'un passeport diplomatique pour se rendre à Bruxelles par Lille ou Valenciennes» (3).

El documento que aquí transcribimos es de alta importancia, y nos demuestra que San Martín no hizo su primer entrada en París después de la revolución de julio de 1830, como así lo afirma don Benjamín Vicuña Mackenna, y los que inspirados en él han hecho alusión a este punto. El 17 de setiembre se le otorgaba allí un pasaporte para trasladarse a Bruselas, y esto después de haber residido cierto tiempo en la capital. ¿Cuánto tiempo residió San Martín en París? ¿Fue un mes, dos meses, o un plazo menor? Desgraciadamente no estamos en posesión de documento alguno que nos esclarezca, como así hubieran sido nuestros deseos, este punto. De todos modos, es evidente que a su retorno de Montevideo hizo una etapa en Inglaterra y otra en Francia, y que durante esta segunda etapa, posiblemente, dado que se trataba del verano, la aprovechó él para una cura termal, ya en Aix, en el mediodía de Francia, o en Enghien, termas cercanas a la capital.

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 25.

(2) *Archivo de la Marina*, Cartón F.7, 12.032.

(3) *Ibidem*.

Además, es históricamente cierto, como así ya queda demostrado por otros documentos, que antes de su viaje al Plata, San Martín cruzó la Francia y se detuvo en algunas ciudades como Marsella y Tolón. Dado pues estos antecedentes, es el caso de preguntarnos: ¿qué influencias o qué razones entraron en juego para que la cancillería francesa modificase su actitud de recelo y de intransigencia para con San Martín, cuando el Libertador americano regresaba del nuevo mundo?

Como ya lo sabemos, en 1824 las puertas de Francia le fueron cerradas por disposición del gobierno de las Tullerías. Ahora sin embargo, no surgen dificultades, y no sólo se le otorga un pasaporte para Bruselas, sino que se le permite su estada en la capital del reino.

Debiendo pues encontrar una explicación a este hecho, creemos nosotros que en primer término lo determina la propia conducta de San Martín y en segundo la intervención oficiosa, ya de la cancillería británica, ante la cual gozaba de alto prestigio el Libertador americano, como pudo influir igualmente el pasaporte otorgado por el general José Rondeau como jefe del gobierno provisorio de la república del Uruguay. Este pasaporte estaba datado en la Aguada el 9 de abril de 1829. En él se hacía constancia de que San Martín abandonaba Montevideo acompañado de un criado para trasladarse a la ciudad de Bruselas y con tal motivo se recomendaba su persona. «Se previene, se dice en él textualmente, a los individuos sujetos a este gobierno, no le pongan el menor impedimento. Antes le prestarán todo auxilio y a los que no lo son, se les ruega y suplica que así lo verifiquen».

Apenas hubo llegado a Bruselas, llegó a manos de San Martín una carta que con fecha 4 de enero de 1830, le escribiera el doctor Vicente López, desde Buenos Aires. López le era deudor de una contestación a la carta que San Martín le dirigiera con fecha 14 de abril de 1829 antes de alejarse de Montevideo, y después de las excusas y explicaciones del caso, el ilustre patricio pasa a franquearse con San Martín en los siguientes términos: «Lejos de haberme impuesto usted de una carga, le dice López a San Martín, de que yo pudiera excusarme, me ha hecho un distinguido honor que por muchos títulos debe satisfacerme y principalmente por el de antiguo patriota. Los brillantes servicios del general San Martín han contribuido tanto a la existencia de mi patria y su exclusiva capacidad para cimentar la autoridad de que en tantos años carecemos es tan notoria, que jamás dejaré de mirar como honroso el haber merecido su confianza para el servicio que me encomienda en el caso designado. En ese y en cualquier otro mis deseos no pueden ser otros que acreditarle con los hechos la fuerza de mi afecto.

«He lamentado con algunos amigos, continúa, la fatal circunstancia que nos privó de la deseada comunicación con usted cuando ya

estábamos tan en contacto. ¡Cuánto hubiera sido mi gusto en hablar de patria, después de tantos años, con su verdadero fundador! El saber qué juicio se formaba en la Europa sobre nuestro destino y en buscar juntos una combinación de los medios que nos restan para arribar al fin de darnos una sólida autoridad. Usted se fué, y no sólo de nuestra rada sino también de Montevideo: esto nos ha sido un suceso doloroso».

López pasa después a significarle a San Martín que continúa la guerra civil; que en ella han triunfado las milicias de las fuerzas veteranas; que la legislatura se ha restablecido; que el jefe de las fuerzas en campaña no es el gobernador don Juan Ramón Balcarce; que el general Paz sigue resistiendo en Córdoba a las fuerzas federales, y que el partido unitario «conserva grandes esperanzas y no baja de tono».

«Muchas veces me he puesto, le dice luego, a meditar las causas del incremento y animosidad que han tomado nuestras eternas discordias y voy a exponer a usted mi juicio francamente y en cuatro palabras. Yo no veo en todo este fenómeno más que revolución y contrarrevolución. La revolución ha dominado exclusivamente desde el año 10 hasta mediados del 21: la contrarrevolución ha dominado disfrazadamente desde mediados del 21 hasta mediados del 27 y habiendo sido entonces separada del timón hizo su reacción vengativa para recobrarlo el 1º de diciembre de 1828.

«La revolución consagró el principio *patriotismo sobre todo*: la contrarrevolución, sin atreverse a excluir este principio, de hecho lo miró con mal ojo y dijo sólo: *habilidad y riqueza*.

«La revolución, con solo el arma elemental de aquel principio, hizo prodigios y rompió todos los obstáculos que le formaba el poder y la riqueza de sus enemigos; pero el país tuvo la desgracia de que la revolución no le diese para el gobierno sino superioridades falsas: las unas caían desacreditadas para hacer lugar a las otras, que a su vez caían lo mismo».

El juicioso corresponsal de San Martín no se detiene ahí y penetrando más hondo en su análisis de filosofía política agrega: «El año 20 llegaron, como a su colmo, estas alternativas y se completó entonces el descrédito de todas aquellas superioridades de la revolución. El que quedó con el gobierno al concluir el año 20 era una de ellas; pero estaba en la alianza de algunas capacidades contrarrevolucionarias. Estas le indujeron a que asociase al gobierno otras de la misma clase. Entonces fué que empezándose una guerra de desprecio y de olvido contra la que se llamó *aristocracia revolucionaria*, se proclamó el principio de la *habilidad y la riqueza*. Entonces se dió a los godos el derecho de votar; ellos y extranjeros sin patriotismo subieron a destinos y ejercieron comisiones lucrativas y de influencia manejando nada menos que la bolsa del país en instituciones creadas al propósito y dando los medios de hacer fortuna o negándolos según la adhesión u oposición a la nueva mar-

cha. Así es como se ha dado un brillo al partido de la contrarrevolución que se ha traído la parte más aspirante de esta y las demás provincias». Después de juzgar así a la administración de Rivadavia, López concluye: «El señor Dorrego entró al gobierno como representante de la revolución y dió pruebas de que no era una de las falsas superioridades; hizo servicios de que no había sido capaz el partido contrarrevolucionario; iba vencéndolo en brillantez sólida y aquél lo mató así que pudo sobreponerse.

«La reacción del partido revolucionario ha sido proporcionada a la violencia de este y otros crímenes. El en fin ha vencido pero sus directores han contenido la victoria y hay un estudio en respetarse el rango y poderío de los vencidos. Así han quedado mezclados elementos inflamables y no cesarán las inflamaciones» (1).

Esta carta la contestó San Martín desde Bruselas con fecha 8 de mayo. Principia en ella por agradecerle a López la bondad con que acepta el correr con el encargo de sus intereses y recogiendo luego las observaciones apuntadas por el gran patricio le dice: «Son justísimas las observaciones que usted me hace en la suya y convengo en que el incremento que han tomado las discordias de Buenos Aires tiene su base en la revolución y contrarrevolución; mas si se extiende la vista a mayor distancia, es decir, a todas las antiguas colonias españolas, se abre un campo mucho más extenso al observador. Por todas partes los nuevos Estados presentan los mismos síntomas, el mismo grado de desórdenes y la misma inestabilidad. Si sus relaciones políticas o comerciales los uniesen entre sí como al viejo continente, tanto para la facilidad de sus diarias comunicaciones como por el encadenamiento de sus recíprocos intereses y rápido contacto de las ideas, podría asegurarse que la impulsión era dada a la América por un sentimiento general; mas los nuevos Estados, aislados entre sí mucho más que lo están con la Europa, no permiten creer que la simultánea y exacta igualdad que se nota en veinte años de no interrumpidas agitaciones, sea el efecto de una impulsión moral que los arrastra, sino al contrario que la causa o el agente que los dirige no pende tanto de los hombres como de las instituciones, en una palabra, las cuales no ofrecen a los gobiernos las garantías necesarias».

Establecida esta premisa o postulado, San Martín se explaya luego en nuevos razonamientos y se explica escribiendo textualmente: «Dos son las bases sobre las cuales reposa la estabilidad de los gobiernos conocidos, a saber: en la observancia de las leyes o en la fuerza armada. Los representativos se apoyan en la primera, los absolutos en la segunda. De ambas garantías carecen los de América».

En el sentir de San Martín, las leyes no pueden suprimir el caos en el medio social y político que determina su razonamiento, y esto

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 352.

porque el bajo pueblo, por su falta de educación, las ignora. De este modo, la revolución viene a resultar una cosa permanente y no hay previsión humana capaz de calcular la época de su duración, al menos que se produzca un cambio que ponga a esas leyes en armonía con las necesidades de los pueblos.

«El empleo de la fuerza, dice después, siendo incompatible con nuestras instituciones, es por otra parte el peor enemigo que éstas tienen como la experiencia lo ha demostrado y porque nuestros guerreros criados en la revolución y partidos se resentirán siempre de su influencia. En mi opinión, en vano se sucederán los hombres en el mando los más justificados. Sin esto todos los demás medios que se empleen no serán más que paliativos. Tal es mi opinión y creo que ésta será la de todo patriota honrado. Usted tendrá presente que pocos días antes de mi venida a Europa tuvimos una conferencia sobre este particular; desgraciadamente, el tiempo que ha transcurrido desde aquella época no ha dado motivo para cambiar de opinión. Veinte años de tristes y espantosas experiencias y veinte años en busca de una libertad que no ha existido, deben hacer pensar a nuestros compatriotas con alguna más solidez y lo dificulto» (1).

Las líneas que preceden nos dan a conocer en toda su desnudez la ética política de San Martín. Ella nos demuestra que por principios y por instinto era enemigo de la violencia, traducida ésta en el despotismo, y que al analizar el origen del mal que sufría su patria, lo descubría no tanto en la figura de los caudillos, cuanto en el atraso político que sufría la masa. Con este modo de pensar San Martín se adelantó a Sarmiento, y señaló así el mal social de nuestras democracias en la incultura, a la cual el gran estadista agregaría el desierto.

San Martín concluye su análisis relacionado con aquel momento histórico de la vida argentina diciéndole a López: «Yo pienso en todo el año entrante regresar a ésa con mi hija; pero protesto a usted, mi buen amigo, que sólo la depresión de nuestro papel moneda, que no me permite vivir en Europa con el rédito de mis fincas, es la causa que me obliga a dar este paso y que preferiría una expatriación voluntaria a tener que ser testigo de los males que preveo continuarán afligiendo a nuestra patria. Por otra parte, yo he hecho un firme e invariable propósito de no tomar parte en las disensiones políticas que sobrevengan y segundo de no mandar; y esto me pondrá en situación bien embarazosa: más de lo que hubiera deseado, me será bien difícil seguir esta línea de conducta. Tal vez usted me dirá, como lo han hecho algunos de mis amigos, que yo me debo todo a mi patria y que yo debo sacrificarme empleando mis servicios en cualquier destino en que ella me ocupe. Yo lo haría con placer si supiese que el sacrificio de mi tranquili-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 355.

dad y vida la pudiese salvar; pero cuando con el convencimiento de toda mi razón, ratificado por la experiencia de veinte años y el conocimiento exacto que tengo de la América, me dice que un Wáshington o un Franklin que se pusiesen a la cabeza de nuestros gobiernos no tendrían mejor suceso que el de los demás hombres que han mandado». «No es en los hombres, concluye San Martín, en donde debe esperarse el término de nuestros males. El mal está en las instituciones y sí sólo en las instituciones» (1).

Por una fatalidad del destino San Martín, a principios de 1830, volvió a encontrarse como en 1827 en una grave y apremiante situación económica, determinada ésta por la depreciación que sufría la moneda argentina como igualmente por no recibir auxilio alguno ni de Chile, al cual le había dado su libertad, ni del Perú, en donde la había dejado fundada. En tal emergencia intentó recuperar la suma de mil pesos que se le debía por parte de un prócer peruano y el 12 de febrero escribió a O'Higgins: «Sin carta ninguna de usted e ignorando su salud y la de su amable familia, tomo la pluma para escribirle cuatro letras a fin de darle mis noticias y al mismo tiempo aprovechar de esta oportunidad para incluir la adjunta para el general La Fuente a fin de que si usted no ha verificado el cobro de los mil pesos que por mi cuenta se le entregaron procure usted activar su cobro a este general que según he visto por los papeles públicos ha sido elevado a la presidencia de esa República». «Fuentes, agrega San Martín, ha sido un oficial a quien he distinguido en el tiempo de mi mando de una manera remarkable. Yo estoy seguro que él hará en la triste situación en que me encuentro los esfuerzos posibles para mejorarla. Por parte de usted estoy bien persuadido empleará toda su actividad y la del amigo Alvarez para remitirme algún socorro lo más pronto que le sea posible pues mi situación a pesar de la más rigurosa economía es cada día más embarazosa».

San Martín antes de firmar esta carta le dice a O'Higgins: «Qué diré a usted del horroroso invierno que estamos experimentando. De memoria de vivientes no se ha conocido otro igual. Yo hace tres meses que no he salido de mi habitación en razón de mi herida —alude a la herida sufrida en el viaje de Falmouth a Londres— y en esta situación he llegado a apreciar lo que valen los consuelos que me ha proporcionado mi tierna hija. Esta se halla gozando de una cumplida salud y el amable carácter que despliega me hace esperar con fundamento que ella será una buena esposa y tierna madre».

(1) De esta carta de San Martín al doctor Vicente López, se conocen dos borradores. El uno se registra en el archivo de San Martín tomo IX, pág. 353, y el otro en el volumen: SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 120. Entre texto y texto hay algunas variantes de redacción que no alteran su contenido.

El texto aquí transcrito corresponde en su parte principal al segundo de estos borradores, que es el más completo.

«La Europa, dice después, tranquila, mas temiéndose no sea de larga duración por los intereses encontrados que presenta la regeneración de la Grecia; en cuanto a nuestra América sus mejores partidarios van perdiendo la esperanza de su tranquilidad» (1).

La carta al general don Antonio Gutiérrez de La Fuente la escribió San Martín el mismo día en que escribía la dirigida a O'Higgins. Alude en ella a su nombramiento para presidente de la República y se excusa de felicitarlo por el nuevo empleo porque la experiencia le ha enseñado que los cargos públicos «no proporcionan otra cosa que amarguras».

«Mi carta, agrega luego, no será larga porque a los hombres públicos es preciso economizarles el tiempo». Planteada esta declaración San Martín va directamente a su tema y le dice a Gutiérrez de La Fuente: «Usted tendrá presente que a su regreso de la comisión que le encargué para los gobernadores de las Provincias del Río de la Plata había usted contraído empeños en el desempeño de ella y no tenía con que regresar a Lima, que el señor de Cabero, entonces ministro del Perú en Chile, se negó por no tener fondos a entregar a usted mil pesos que necesitaba, que en esta situación yo llamé a don Felipe del Solar y que bajo la garantía de mi firma se le entregó a usted esta cantidad. Ella fué satisfecha por mí al prestador, mas el gobierno del Perú no lo había verificado según el aviso del dicho Solar a fines del año 28. La carta de éste se ha remitido el año pasado desde Montevideo a mi amigo y apoderado el general O'Higgins para procurar su cobro. Si aún no lo ha verificado ruego a usted encarecidamente tenga a bien mandar se verifique su pago. En ello me hará un señalado servicio. Sí, mi amigo, muy señalado, tal es mi situación». San Martín concluye esta angustiosa misiva diciendo: «Dios mediante, pienso regresar a Buenos Aires para mediados del año entrante, época en que la educación de mi hija habrá concluído. Yo lo deseo pues este clima es ya poco compatible con mis años y salud» (2).

Ignoramos qué suerte le cupo a este llamado tan apremiante de San Martín. Lo que sabemos es que su amigo y representante en el Perú, don Bernardo O'Higgins, se empeñó celosamente en remediar su situación pero sin resultado práctico en su primer intento. «Escribo con el desconsuelo, le dice desde Lima con fecha 5 de septiembre de 1831, no encuentre a usted ésta en Bruselas, porque las borrascas políticas que ha sufrido ese pueblo no sabemos a donde le habrán retirado. Unos han dicho que a París, otros a Londres y últimamente que al Janeiro. Por fin, si lo último se verificase tendremos la satisfacción de que se venga usted aproximando a las tierras que le deben su independencia. Hace cerca de un año que no veo carta de usted. Por la que le adjunto de nuestro amigo

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 25.

(2) *Ibídem*, pág. 27.

Alvarez, verá usted el último partido que se ha podido sacar del gobierno sobre los sueldos y lo que a usted le debe. Cerca de dos años hace que me entretenían con promesas de darme por cuenta de ellos dos mil pesos; pero por una parte la guerra de Colombia y por la que ahora amenaza con Bolivia ha estado el erario del Perú más pobre que algún otro de América. Me había lisonjeado que en el presente mes me hubieran entregado siquiera mil quinientos pesos; pero ayer me he desengañado, no hay esperanzas y pienso más de mi débil influjo para que me libren los referidos dos mil pesos contra derechos de aduana que puedan perder del 15 al 25 % y si lo consigo remitiré a usted el resultado a Londres a la casa de los señores Barhing Brothers y C^o como me lo ha indicado usted por sus cartas y por lo que toca a los sueldos los irá cobrando Alvarez momentáneamente en lo que se pueda conseguir y remesándose de igual modo».

Al parecer, los esfuerzos de O'Higgins no resultaron infructuosos y el 2 de octubre le pudo anunciar a San Martín que le hacía el primer libramiento de 187 libras esterlinas y 10 chelines correspondientes, según el cambio de entonces, a mil pesos «que me ha ofrecido este gobierno librar, escribe O'Higgins, contra abonos de aduana para que las entregue a usted la casa de los señores Barhing Brothers y C^o, banqueros de Londres a quienes encargo dirijan a usted esta carta a cualquier punto donde se hallara, porque escribo con el desconsuelo de no saber su nueva residencia, que unos dicen en París y otros en el Brasil» (1).

Pero haciendo un paréntesis a la exposición relacionada con los apremios económicos que sufría San Martín en ese entonces, digamos que cuando la pobreza golpeaba de este modo a sus puertas, la Bélgica entraba, por así decirlo, en su período prerrevolucionario, y se preparaba para emanciparse de la Holanda.

La creación del reino de los Países Bajos no era otra cosa que una creación absolutamente híbrida y excogitada por la política de la Santa Alianza para impedir la propagación de la idea republicana con que la revolución francesa del 93, invocando los principios de libertad, se había hecho sentir en el Continente.

Por razones diversas, entre las cuales entraban razones de lengua y de raza, los belgas se resistían a esta unión, y el deseo de emanciparse asumió nuevas e insospechadas proporciones cuando se produjo la revolución de julio de 1830, que concluyó en Francia con el reino de Carlos X, provocando el advenimiento de la monarquía orleanista representada en Luis Felipe.

Todo acontecimiento, grande o pequeño, sólo requiere un pretexto cualquiera para pronunciarse. Los belgas encontraron el que había de ser decisivo en el orden de sus proyectos, en una representación teatral, y fué ésta la que se dió en el teatro de *La Mo-*

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 29.

neda, la noche del 24 de agosto de 1830, en celebración del onomástico del soberano. La ópera ejecutada en esa ocasión era la intitulada «Muette de Portici» y su contenido patriótico sirvió para exaltar los ánimos y para llenar la sala del teatro con el canto de la Brabanzona. Terminada la representación, los patriotas que llenaban la sala se lanzaron a la plaza pública enarbolando los tres colores que luego formarían la bandera de un nuevo Estado, y después de atacar la imprenta *Le National*, contrario a la separación, se dirigieron a la casa ocupada por el burgomaestre de la ciudad, el señor Wellens.

La actitud agresiva de los manifestantes determinó la movilización de las tropas que formaban la guarnición de Bruselas y distribuidas estas tropas en distintas patrullas, trataron de mantener el orden en la ciudad.

Los belgas estaban dispuestos, sin embargo, a conquistar su independencia. Su voluntad era en esto inquebrantable y al mismo tiempo que procedieron a la formación de una junta, cuya convocación se produjo en la casa consistorial, o sea en el «Hôtel de Ville», se resolvió formar una comisión que se trasladase a La Haya, y diese a conocer al soberano sus reivindicaciones. Los belgas exigían que la justicia se estableciese sobre nuevas bases; que los ministros del reino fuesen declarados responsables; que la residencia de la corte suprema se fijase en las provincias meridionales; que se desistiese de la causa iniciada a los escritores procesados por sus ideas liberales; que no se castigase a nadie por delitos políticos y finalmente que se distribuyese gratuitamente pan a los obreros mientras no se les facilitaba trabajo.

Para integrar esta comisión fueron designados el barón José d'Hoogvorst, el conde Félix de Merode y los señores Gendebien, Federico de Secus y Palmaert. La comisión se puso en viaje, pero fracasado el motivo que la llevaba a La Haya, el rey de los Países Bajos, deseoso de sofocar el movimiento subversivo, designó para que se pusiese al frente de la tropa del reino al príncipe de Orange. El 30 de agosto de 1830, cinco mil hombres acampaban al anochecer en los alrededores de Bruselas, pero dicho príncipe, en lugar de entrar en la ciudad a sangre y fuego, entró como un pacificador brindándose para sellar con los belgas la reconciliación. En este ínterin, la comisión que había partido para La Haya el 29 de agosto regresaba a Bruselas y el 5 de septiembre lanzaba una proclama explicando la razón del pronunciamiento. Por su parte el soberano se decidía por convocar los Estados Federales con el propósito de llegar a un acuerdo; pero los belgas, que no buscaban una reconciliación sino su independencia, se resistieron a ese temperamento y se armaron debidamente para arrojar de su suelo a los holandeses. Faltos ellos de un jefe competente que organizase y dirigiese las milicias se pensó en San Martín, a quien se dirigió el burgomaestre de la capital ofreciéndole el comando general de las tropas.

San Martín agradeció el honor pero lo rechazó, y fué entonces que los belgas se fijaron en el general español allí residente don Juan van Hallen quien no puso reparos y aceptó gustoso el honor que se le acordaba (1).

Este acontecimiento lo apuntó de su puño y letra en una foja de servicios de San Martín, su nieta doña Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada y lo apunta igualmente don Benjamín Vicuña Mackenna quien al recordar este episodio nos dice: «Los belgas que desde algunos años sufrían violentos el yugo de la Holanda, amanecieron una mañana con las armas en la mano

(1) Don Juan van Hallen y Sarti era nativo de la isla de León en Cádiz en donde nació el 18 de febrero de 1790. El 21 de enero de 1803 ingresó en la carrera naval como guardia marina, y en 1806 fué ascendido al grado de alférez de fragata.

La foja de servicios que tenemos delante nos lo presenta en marzo de 1814 con el grado de capitán de caballería en cuya arma permaneció y en la cual obtuvo los ascensos de teniente coronel en 1816, de coronel en 1836, de brigadier general en 1838 y de mariscal de campo en 9 de diciembre de 1840.

Mientras permaneció en la escuadra hizo distintos cruceros, primero bajo las órdenes de don Francisco Majón y más tarde a bordo de la fragata *Magdalena* teniendo por jefe supremo al almirante Gravina, en compañía del cual se trasladó a la isla de Martinica en 1805 para retornar a Santander y luego a Madrid. En junio de 1806 se embarcó a bordo del navío el *Príncipe* y después de varios meses de servicio en él fué nombrado oficial de órdenes del apostadero de Málaga. En 1824 y después de prestar grandes servicios a la causa de la Corona emigró al extranjero, y se estableció en Bruselas en momentos en que hacía otro tanto San Martín, el Libertador austral del nuevo mundo. En 1834 fué amnistiado y de retorno a su patria fué nombrado general en jefe del ejército de operaciones en el norte. Esto sucedía en 1835 y en 1836 Su Majestad lo ponía al frente de un cuerpo de tropas acuartelado en la ciudad de Molina, para defender las plazas de Teruel y de Guadalajara, de Aragón y de Valencia.

«Tan pronto como llegó a dicha ciudad, nos dice la foja de servicios, consiguió el plan de fortificar su arruinado castillo, levantó los planos, hizo los presupuestos de su costo, de las dotaciones de fuerza y de artillería para su defensa, cuyos planos acompañados de una Memoria fueron remitidos al gobierno de S. M.»

Según esa misma foja, el 23 de mayo se le encargó de la formación y mando de una columna en la provincia de Guadalajara; condujo luego la artillería desde Madrid a Molina con un batallón de marina a través de las posiciones que ocupaba el cabecilla Quilez, triunfante entonces contra la columna del coronel Valdés, concluyendo por hacer la dimisión de su mando, dice esta foja, «a consecuencia de los sucesos de la Granja entregando el mando de la misma por no querer prestar un nuevo juramento político». A raíz de este suceso obtuvo pasaporte para pasar al reino de Bélgica. En 1838 retornó nuevamente a España y se le permitió por S. M. que usase en ella el título de teniente general belga y anteponiendo este título a todos los que le correspondían a las graduaciones que ya gozaba en el ejército español. El 26 de diciembre de 1838 pasó nuevamente a Bélgica e Inglaterra con el objeto de procurar una contrata de armamento para el ejército, y el desempeño de su cometido le mereció las aprobaciones del Rey. En febrero de 1840 fué destinado al ejército de operaciones de Cataluña y de la provincia de Tarragona. Atacó valientemente la facción que capitaneaba Cabrera y fué herido en un brazo el 26 de abril en la batalla de Peracamps, al arrojarle valientemente sobre el atrincheramiento enemigo. Hizo luego otras campañas en Andalucía y hecho prisionero en julio de 1843 por el general don Manuel de la Concha, volvió a situación de cuartel con residencia en Toledo. De allí pasó por tercera vez al extranjero y pocos meses después regresó a España pasando a Valencia, luego a Cádiz, donde fué nombrado gentilhombre de cámara declarándosele exento de servicio y con un sueldo anual de cuatro mil escudos en 1863. Su muerte acaeció en Cádiz en donde se encontraba temporalmente con licencia el 7 de noviembre de 1864. Van Hallen vióse honrado con distintas condecoraciones y contaba entre ellas la de comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, la cruz y placa llamada del

después de una representación de la *Muda de Portici* y un canto inmortal había sido la chispa caída sobre la hoguera.

«En los primeros días sin embargo, la revolución se localizó en Bruselas porque los patriotas carecían de un jefe militar que revistiese la suficiente autoridad para asumir el puesto de un caudillo. Su primer jefe, el heroico conde de Merode, cuya efigie de mártir se ve todavía en la catedral de Santa Gudula, era un simple capitán de voluntarios. En esta situación el burgomaestre de la ciudad y otros notables ligados a San Martín por las relaciones personales fueron a ofrecerle el mando superior del ejército revolucionario. San Martín rehusó como en Montevideo: hizo valer las leyes de su hospitalidad y su carácter de extranjero y fué escuchado. Sus votos íntimos acompañaban empero a aquella otra independencia que era para su alma de insurgente un verdadero culto, casi una pasión» (1).

Esta negativa de San Martín es honrosa para él en alto grado y demuéstranos que en su vida sólo tuvo una concupiscencia, y que ésta no fué otra que la de libertar la América, para libertar a su patria. Por otra parte, como muy bien lo dice Vicuña Mackenna, en esta su negativa vino a jugar un papel principal su estado de ánimo, consecuente a su rectitud de conciencia.

San Martín había sido admitido en el reino de los Países Bajos con la expresa condición de respetar las leyes del reino. Un aliado como lo es siempre el del honor podría hacer modificar de conducta a un corazón que sufre su concupiscencia; pero no pudo lograrlo con este libertador integérrimo, esclavo hasta en el detalle del cumplimiento de su deber. Una inhibición moral y no otra fué, por decirlo así, la sola causal que le impidió a San Martín el convertirse, como así habría sucedido de aceptar el comando ofrecido, en libertador de los belgas.

En 1830, y antes de que San Martín abandonase Bruselas, llegó a aquella ciudad el vicepresidente de Colombia, don Francisco de Paula Santander. El ilustre soldado intentó entrevistarse en ese en-

Hierro de Bélgica, la cruz militar de Leopoldo y la medalla especial llamada de Septiembre de 1830, merecida por su conducta militar en Bélgica. Poseía además la cruz de San Fernando, la de San Hermenegildo y la de Carlos III y la medalla de Peracamps. Van Hallen era casado y a su fallecimiento, su hija doña Paz van Hallen solicitó del ministro de la Guerra la formación de su foja de servicios, la que, como dice el documento que nos ilustra, «ha sido ampliada con vista de la redactada por este Ministerio el 23 de octubre de 1863, documentos presentados antes de su fallecimiento y expediente personal del interesado, conforme a instrucción y reales órdenes vigentes». — *Archivo Militar de Segovia, legajo 522, letras A y B.*

(1) VICUÑA MACKENNA: *San Martín: Revelaciones Intimas.*

Este trabajo que el ilustre publicista chileno consagró a San Martín en Chile fué reimpresso en París en 1875 por don José Domingo Cortés. Al hacerlo éste, omitió el nombre de su autor en la carátula de su folleto, y en cambio la encabezó con el suyo, lo que constituye un verdadero plagio.

El nombre de Vicuña Mackenna sólo lo descubre el lector al llegar a la última de sus páginas.

tonces con San Martín, y dificultado para hacerlo le escribió la carta que ya conoce el lector, y en la cual el colaborador de Bolívar le testimonia al Libertador en exilio, su estima y su respeto.

Al mismo tiempo, y por esa época, le llegaron a San Martín comunicaciones muy alentadoras por parte de sus amigos de América. Es el 14 de marzo de 1830, cuando desde Bogotá le escribe su ex ministro del Perú, García del Río: «He tenido mucho gusto en saber que usted ha llegado felizmente a Europa aunque estoy a oscuras de los motivos que le hicieron regresar tan pronto. Aquí vivimos medio aislados del mundo y nada he sabido absolutamente acerca de usted. Escribiré como usted me aconseja por el próximo paquete a Verman y si dentro de algún tiempo mejorasen los negocios no me olvidaré de lo que es debido a aquel señor.

«He sido efectivamente muy bien recibido por el Libertador, agrega luego, y sus amigos; pero estoy tan comprometido por su causa y la del orden que si ésta no triunfa soy hombre perdido. Dios sabe cómo terminará la revolución de Venezuela: de su desenlace y del de la vida pública de Bolívar pende toda mi existencia. En todo este año puedo subir al patíbulo o al ministerio; ser desterrado y proscrito, o tener delante de mí un porvenir y proyecto lisonjero. No hay medio para mí. En las revoluciones, yo creo, es necesario tener unas banderas fijas; me he alistado en las de Colombia, Bolívar y el orden y con ellas saldré avante o encallaré». García del Río termina su carta a San Martín saludando por su intermedio a la hija de éste o sea a Merceditas y a su hermano Justo a quien le envía mil cosas y lo clasifica de «digno amigo».

García del Río da a conocer a San Martín en esa ocasión sus impresiones sobre Bogotá. Quisiera él que la capital de su patria estuviese tan adelantada como lo estaba Buenos Aires, Lima o Santiago. «Esto está muy en lo interior, escribe, muy atrasado, no hay espíritu público y la miseria es espantosa». ¡Qué vida, mi amigo, exclama luego, tan diferente de la de esas ciudades que usted tiene la felicidad de habitar!» (1).

Por otra carta dirigida por San Martín a Guido sabemos que en el corriente del mes de marzo se trasladó a Amberes con el propósito de visitar allí a un amigo. «He venido a ver a mi amigo Delisle, le escribe a Guido, y como él me dice va a remitir algunos despachos para el gobierno aprovecho esta oportunidad para ponerle estas cuatro letras y al mismo tiempo para incluirle la adjunta para Goyo. Por el próximo paquebote le contestaré con extensión pues la premura del tiempo no me da lugar para hacerlo ahora».

«Con el buen tiempo, agrega, mi salud se ha mejorado; Mercedes robustísima. Estos bienes se los deseo como a toda su familia, a la que le dará mis finos recuerdos» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 279.

(2) *Biblioteca Nacional. Sección Manuscritos*, 2334|45.

La estada de San Martín en Bruselas en el período que estamos estudiando, coincidió con la permanencia en aquella ciudad de su hermano Justo. Presumimos que Justo de San Martín, que habitaba en París cuando el Libertador americano llegó al puerto del Havre en 1824, se trasladó a Bruselas ya llamado por San Martín, u obedeciendo simplemente a un dictado del amor fraternal. El 28 de febrero de 1821, Justo de San Martín había sido facultado para entrar en retiro, y el 3 de febrero de 1823, S. M. autorizólo a pasar al reino de Francia, para hacer allí una cura termal. La licencia que entonces se le otorgó, lo era tan sólo por cuatro meses, y terminada ella solicitó una prórroga. Esta circunstancia le permitió estrechar entre sus brazos a su hermano José cuando, como ya queda dicho, desembarcó en el Havre.

Cuando Justo de San Martín solicitó la prórroga de su licencia, desde París, y con fecha 23 de diciembre, escribióle al coronel don Félix Guzmán, que figuraba en el número de sus amigos: «Por este correo dirijo al capitán general de Castilla una solicitud de prórroga, la cual como igualmente esta cartita, le será entregada por mi hermano político don Rafael González de Menchaca para que usted haga de ella el uso conveniente, a fin de obtener la prórroga que solicito pues el estado de mi salud y la estación tan rígida en que estamos no me permite ponerme en camino. Espero que tomará por mí en esta ocasión el interés que siempre ha tomado por su atento servidor y amigo» (1).

Los deseos de Justo de San Martín fueron satisfechos y después de finalizada la prórroga que le fué otorgada con oportunidad, el 5 de mayo de 1824 presentó una nueva instancia, a fin de obtener una prórroga de seis meses más. Al vencimiento de ésta, le fué renovada la licencia para permanecer por el plazo de un año en el extranjero. En ese momento, Justo de San Martín se encontraba en Bruselas, y desde allí se dirigió a S. M. para que se le prolongase la licencia, gracia que le fué otorgada el 13 de mayo de 1827, como se verá por el contenido de este documento.

«El Rey nuestro Señor se ha servido conceder al capitán retirado a dispersos en esta plaza don Justo Rufino de San Martín un año de prórroga sin sueldo alguno a la real licencia que se halla disfrutando en Francia con objeto de restablecer su salud».

Sin embargo, esta última disposición no se hizo efectiva, pues a fines de ese mismo año, Justo Rufino presentó otra solicitud en igual sentido que las anteriores recayendo sobre ella esta providencia: «Enterado el Rey nuestro señor de dos instancias que V. E. me dirigió de real orden en 7 de diciembre último del teniente coronel don Justo de San Martín, capitán retirado a dispersos en esta plaza, en que pide prórroga a la licencia que disfruta en Bru-

(1) *Archivo militar de Segovia.*

selas con abono de los sueldos devengados, se ha servido su Majestad concedérsela por seis meses y abono de los expresados sueldos para que pueda regresar a España».

Terminada esta licencia el hermano de nuestro prócer después de residir cinco años y tres meses en el extranjero, se presentó en Madrid para solicitar una prórroga a su licencia y aun el abono de sus sueldos devengados y esto después de haber presentado desde Bruselas en abril y en junio de 1828 dos instancias relacionadas con una resolución del 4 de enero de S. M. para que se le concediese el abono de sus sueldos a fin de regresar a España. Era precisamente el 11 de diciembre de 1828 cuando refutando las objeciones opuestas a sus demandas, Justo de San Martín decía en apoyo de su conducta: «S. M. habiendo oído el intendente general del ejército y conformándose con lo que sobre el particular le expuso el Excmo. señor capitán general de esta Provincia, se ha dignado resolver que respecto a que no consta que yo haya intentado mi purificación ni la revalidación del retiro que S. M. me concedió en tiempo inhábil con arreglo a lo prevenido en los reales decretos vigentes, no puede refutárseme como militar ni menos acreditárseme sueldo alguno ínterin no regrese a España y reclame uno y otro extremo.

«V. E. me permitirá que le manifieste la sorpresa que me ha causado el saber que no consta que yo haya intentado mi purificación ni la revalidación de mi retiro; pues que, sin embargo de hallarme a tan larga distancia en un país extranjero y sin conocimiento directo de las órdenes del gobierno fuí uno de los primeros oficiales que intentaron purificar su conducta política y revalidar el retiro que S. M. me concedió presentando como presenté el 30 de abril de 1824 al Embajador de S. M. en la corte de Francia dos instancias para S. M. pidiendo en la una se dignase mandar examinar la conducta política que observé desde el año 20 hasta aquella fecha y en la otra suplicaba a S. M. confirmase el retiro que me concedió el 8 de febrero de 1821.

«Es cierto que no se me ha comunicado resolución alguna a dichas instancias, pero yo atribuía este silencio a causas accidentales o a las mismas por las cuales aun no se me han comunicado algunas de las prórrogas que S. M. me ha concedido y consta de oficio en la secretaría del despacho de Guerra; en la primera de Estado y la capitania general de esta provincia.

«Además mi conciencia y la honorífica conducta política y militar que observé durante el régimen constitucional, agrega Justo de San Martín, no me permitían dudar de mi completa purificación y en esta idea adquiriría un grado de convencimiento al ver que las comunicaciones de oficio, de la licencia, y prórrogas que S. M. me ha concedido durante mi ausencia se me titula el teniente coronel graduado y capitán retirado disperso a la plaza de Madrid y que además en este mismo año se ha dignado S. M. mandar se me abo-

nen mis sueldos devengados durante el tiempo que he usado real licencia lo que no creía yo que S. M. me hubiese concedido sin haber ya acreditado previamente mi respeto y sumisión a sus soberanos decretos y mi amor y fidelidad a su real persona. En consecuencia de la resolución de Su Majestad en que se digna permitirme y habilitarme para que entable mi purificación y revalide mi retiro me apresuro a pasar a mano de V. E. la adjunta relación histórica de la conducta política que he observado durante el sistema constitucional para los efectos convenientes a mi purificación y la adjunta instancia para S. M. en que solicito la revalidación de mi destino e indemnización de mis atrasos».

Esta solicitud de Justo de San Martín cayó, por decirlo así, en terreno propicio. S. M. reconoció lo bien fundamentado de su instancia, y concluyó por acceder a su pedido de retiro y de revalidación, fijándole como sueldo la suma de cuatrocientos cincuenta reales vellón mensuales hasta fines de julio de 1829, y la de trescientos cuarenta de esa fecha en adelante.

Terminadas estas gestiones, Justo de San Martín retornó nuevamente a Bruselas, y volvió a compartir allí la vida simple y doméstica de su ilustre hermano.

A partir de ese momento, la figura de Justo de San Martín desaparece de nuestro escenario. Presumimos que se quedó en Bruselas hasta el momento en que San Martín alejase de allí para trasladarse a París, y que en la nueva etapa del héroe fué su compañero como lo había sido cuando se instaló en Bruselas a fines de 1824, y más tarde cuando se reinstaló allí nuevamente de vuelta de su viaje al Plata.

Por esa época, y antes de que San Martín abandonase la ciudad que le había visto vivir las primeras horas de su ostracismo, llegó a sus manos una carta sobre cuyo contenido queremos llamar la atención del lector.

Entre los amigos y admiradores que San Martín había dejado en el Perú figuraba un patricio de raro mérito y lo era éste el general don José de Ribadeneira. Durante su protectorado, San Martín había acudido a él en ocasiones diversas confiándole distintos empleos o comisiones, y al alejarse de Lima, después de haber abdicado el mando supremo ante el congreso peruano, Ribadeneira lo siguió de cerca y se trasladó a Santiago en donde comenzó su interesante correspondencia con San Martín. Esta correspondencia se prolongó por muchos años y después de una interrupción cuya causal desconocemos, Ribadeneira la reanudó, dirigiéndose a San Martín desde Lima con fecha 25 de enero de 1829. La carta que con esa fecha escribióle principia por formularle las quejas consiguientes al silencio en que lo tiene San Martín y testimoniándole una amistad que él califica de «inimitable». Le declara que tanto el grado que ocupa en el ejército peruano como su propia subsistencia, se lo debe a él y que éste no ha tenido un amigo ni más consecuente ni que lo

ame más. «Esta verdad es tan pública, escribe Ribadeneira, que está por de más atestar los hechos que sólo mi inalterable amor y consecuencia han sostenido con una constancia inimitable. El general O'Higgins y el mundo todo pueden decir a usted con demasiada extensión y puntualidad cuántos desaires e injusticias he sufrido desde el 21 de septiembre de 1822 por los que han tenido el mando supremo, por sus ministros y demás que han obtenido alguna representación, únicamente por la defensa notoria y en extremo acalorada que he hecho mil veces en obsequio de la justicia, es decir, por salvar el honor de usted, su desinterés, integridad y otras virtudes que recomiendan a usted».

Formulada esta declaración, Ribadeneira pasa a decirle a San Martín que después de su retirada la república entró en un trastorno general, y que si aún existe sólo lo es por milagro. Le hace saber que después de la entrada de Bolívar fué nombrado inspector general de cívicos cuando se encontraba en Trujillo, pero que la intervención de Monteagudo hizo quedar sin efecto este nombramiento. «Este hombre, escribe textualmente, nunca me quiso, porque yo amaba a usted; olvidemos el trágico fin que tuvo y perdónelo usted así como yo lo he hecho».

Después de otros pormenores que sería largo el reproducir aquí, el corresponsal de San Martín apunta un diálogo tenido con Bolívar y relacionado con el Protector del Perú. Esta circunstancia arranca a los labios de Bolívar esta declaración que Ribadeneira transcribe textualmente: «Nada tengo contra el general San Martín. El puso la piedra de la libertad e independencia; se le ha correspondido mal, él se fué y dejó esto y yo he sido llamado para salvar al Perú; lo han calumniado de todos modos con injusticia aún en papeles públicos y en Quito uno de sus encarnizados enemigos, Monteagudo, me aseguró que no se había gravado ni en un maravedí; que 30,000 pesos que tenía en Londres dados por los gobiernos de Buenos Aires y Chile por sus servicios los tenía en la casa H, y que si su compañero Alvarez Condarcó los había pasado a otra que haya quebrado, no tenía usted más que la legítima de su hija».

Estas declaraciones de Bolívar arrancaron a Ribadeneira esta manifestación: «Yo tengo un placer en oírlo a usted, porque esa consecuencia hacia San Martín sólo es propia de los hombres de bien».

Esto anotado, Ribadeneira pasa a contarle a San Martín un episodio en el cual se destacan como protagonistas él y Bolívar. Este había mandado pintar en esos momentos un retrato destinado a Londres. Encontrándose en presencia de distintos jefes entre los cuales figuraban Alvarado, Salazar y otros, se dirigió a Ribadeneira y le dijo: «General, vea usted este retrato que he mandado hacer para mandarlo a Londres». Ribadeneira lo examinó y guiado por lo que le dictaba su gusto o su opinión artística, le puntualizó sus

defectos. Al parecer, esto molestó a Bolívar, quien en el acto replicó: «Ya se ve, como no es el retrato de su amigo San Martín, por eso no le parece bien». Inmediatamente Bolívar ordenó que se le trajese un retrato de San Martín, retrato que había sido expuesto públicamente en Santiago y en el cual la figura de San Martín aparecía tajeada desde la oreja hasta el pecho, y mostrándoselo a Ribadeneira le dijo: «Vea usted como los chilenos han degollado a su amigo». — «Sólo los chilenos pueden pagar su gratitud de este modo infame contra un hombre que los hizo independientes y a quien los verdaderos patriotas le conservan amor y reconocimiento», agregando luego: «*Mi general, ya hemos capitulado sobre el general San Martín y le recuerdo que V. E. me ha confesado su mérito y que han sido calumnias las que han levantado contra su conducta y yo repito a V. E. que mi amistad y consecuencia son tan firmes e inviolables hacia el general San Martín que hasta en el infierno las he de guardar*». Ribadeneira al apuntar este episodio le dice a San Martín: «Ninguno esperaba esta respuesta y yo la hice con toda la efusión de mi alma».

La carta en cuestión anota una serie de pormenores relacionados con la situación interna del Perú y con la guerra que en ese momento lo separaba de Colombia. Contiene, pues, juicios severísimos contra Luna Pizarro, contra Riva Agüero, contra Torre Tagle y aún contra La Mar. Se afirma allí que el partido que tiene San Martín en el Perú es crecido, y después de declararle a éste que tiene colocado su retrato bajo un pabellón peruano, concluye diciendo: «Siempre he preguntado por usted y las buenas noticias que me han dado de su vida filosófica en Bruselas han servido de lenitivo a mi pena por una ausencia tan dilatada. En su regreso le apetezco las mayores satisfacciones. Usted las disfrutará en su hacienda de Los Barriales del propio modo que Cincinato, cuando después de haber servido también abandonó lo que tanto procuran los hombres: «mandar» (1).


De este modo vino a llenar San Martín, por así decirlo, su segunda etapa en Bruselas. La amistad, la hija y la patria llenaron por entero su pensamiento. Todas las cartas que en ese momento salen de su pluma reflejan un deseo, y es éste el de retornar a su país nativo apenas imperen allí la disciplina y el orden.

Las virtudes de hombre y de soldado que adornaban a San Martín, fueron descubiertas por los belgas apenas resolvióse él por instalar en esa ciudad, que pertenecía al reino de los Países Bajos, su tienda de proscrito. Una de las logias masónicas allí existentes lo honró en 1825 mandando acuñar una medalla con su efigie, y apenas se produjo el levantamiento contra la Holanda, el burgomaestre de Bruselas, el barón de Wellens, le brindó con el comando general de las

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 457.

tropas que por negativa de San Martín pasó a manos del general van Hallen, como queda dicho ⁽¹⁾.

Una etapa más, y no ya en Bruselas, sino en París, tendremos delante de nosotros al Libertador, que siente más que nunca las ansias de retornar a su patria.

(1) Las logias existentes en Bruselas en esa época eran *La Unión*, *Los Filantrópicos*, *La Esperanza*, *La Paz* y *El Candor*. La medalla en cuestión se registra reproducida por Adolfo P. Carranza en su libro: *San Martín*, pág. 249. Ella pertenecía a la colección numismática de don Alejandro Rosa. En el anverso se destaca en relieve el busto de San Martín con la siguiente leyenda: La  *Le Général San Martín*. En el reverso se lee: *La parfaite amitié const. à l'or. de Bruzelles. Le 7 juillet 1807 au Général San Martín*, 5825.

CAPITULO IX

San Martín y los primeros años de su vida en Francia

SUMARIO: Ostracismo que no era definitivo. — Un viaje de San Martín a París. — Retorno a Bruselas y viaje a Aix-la-Chapelle. — San Martín en París en 1830. — Carta de Ribadeneira explicando por qué dejó Bruselas. — Terminación de la guerra en el Plata. — Bancarrota que hace en Buenos Aires el apoderado de San Martín. — San Martín dispuesto a cumplir con sus compromisos. — En carta a Mariano Alvarez le solicita el envío de cuatro mil pesos, parte de su pensión. — Contestación que con gran retardo le envía Ribadeneira. — Quiroga se fija en San Martín como en un redentor político, para hacer la felicidad de su patria. — El tema económico abordado por Ribadeneira. — Dificultades por parte del gobierno peruano para satisfacer a San Martín. — El general La Mar y la guerra con Colombia. — San Martín en posesión de una libranza hecha por O'Higgins. — San Martín estima como justa la rebaja que se le hace de sus sueldos en el Perú. — Lo mucho que San Martín ama a su patria. — Carta de San Martín a O'Higgins para que no se mueva del Perú. — Si regresa él a Buenos Aires, le dice, se sepultará en una chacra. — Su amigo Prieto, su amigo Zañartú y el estado del Continente. — Cartas de San Martín que suponemos recibidas por O'Higgins. — Por qué O'Higgins se recela de escribirle a San Martín por vía de Buenos Aires. — Recompensa a que aspira. — El Perú, patria de San Martín, según Gamarra. — San Martín y el cólera morbo que asuela la Europa. — Los mil pesos prestados por San Martín a Gutiérrez de la Fuente. — Síntesis retrospectiva de los acontecimientos en el Plata. — El general Lavalle y el general Paz. — Convención firmada el 24 de junio. — Viamonte reemplaza en el gobierno al general Rosas. — La reacción unitaria. — El pacto general. — Una nueva campaña. — Captura del general Paz y revancha buscada por Quiroga. — Balcarce, gobernador de Buenos Aires. — Interinato de Viamonte. — Asesinato de Quiroga en Barranca-Yaco. — Rosas gobernador de Buenos Aires. — Carta de San Martín a Guido al enterarse del nombramiento de Balcarce para gobernador. — Parecer de San Martín sobre el fenómeno trágico-político que sufren las Provincias Argentinas. — «Los hombres, le dice a Guido, no viven de ilusiones sino de hechos». — Conceptos de libertad que repudia San Martín. — El general San Martín, le dice Guido, ha subido a una altura que cualquiera que sea su empeño en anonadarse, se le divisará de todas partes. — San Martín y su hija enfermos del cólera en Montmorency. — Carta que le escribe a O'Higgins el 22 de diciembre de 1832. — Si San Martín viene a Mendoza, O'Higgins pasaría gustosamente los Andes para abrazarlo. — La hija de San Martín y el joven Mariano Balcarce en Montmorency. — Detalle que debe conocer la posteridad. — Una remesa oportuna de tres mil pesos hecha por Alvarez a San Martín. — Matrimonio de la hija de San Martín con Balcarce. — Carta de San Martín a la madre de su futuro yerno. — Los nuevos desposados en viaje a Buenos Aires. — Lo que sobre este tópico le escribe Guido a San Martín. — El yerno de San Martín blanco de una persecución política en Buenos Aires. — Protesta que este proceder arranca a don Bernardo O'Higgins. — Nacimiento de María Mercedes Balcarce y San Martín en Buenos Aires. — Cartas cambiadas entre San Martín y Balcarce que nos son desconocidas. — Pedidos formulados por San Martín en carta a Balcarce. — Las solicitudes de San

Martín y el retorno de sus hijos a Europa. — En carta a don Mariano Alvarez, declara San Martín por qué no puede retornar a Buenos Aires. — Sitio que este prócer peruano ocupaba en el corazón de San Martín. — En carta que éste le escribe el 22 de diciembre de 1833, se interesa por conocer la verdad de la muerte de Monteagudo. — San Martín preparando sus Memorias. — El horizonte del viejo mundo en ese momento. — Visita que el coronel Iturregui debe hacerle en su nombre a don Mariano Alvarez.

En obsequio de la verdad y porque así lo declara en repetidas circunstancias el propio San Martín, sabemos que el ostracismo que el héroe se impuso al abandonar las tierras del Plata por segunda vez a principios de 1829 no era definitivo y que lo subordinó, en lo relativo a su duración, a los acontecimientos que se desarrollaban por aquel entonces en aquel teatro.

Conviene decir además que aun cuando Bruselas fué en su principio la ciudad de su predilección para vivir su exilio, otras ideas comenzaron a trabajarlo en el curso de 1830, y ya dispuesto en ese año a trasladarse a la capital de Francia, en el mes de mayo y antes de que se produjese la revolución que puso fin a la dinastía borbónica, se trasladó a París con el intento de colocar en uno de sus colegios a su hija. Llenado este requisito volvió nuevamente a Bruselas, pero producido el levantamiento del mes de septiembre en esta capital, que ya conoce el lector, San Martín, enemigo de vivir ambientes subversivos y deseoso por otra parte de escapar al cólera morbo cuyos estragos comenzaban a sentirse ya en la Europa central, dejó su residencia bruselense y a fines de septiembre se trasladó a Aix, con el propósito de hacer allí una cura termal. Completada esta cura, se dirigió directamente sobre París y antes que finalizase el año de 1830, San Martín enclavaba su tienda, por así decirlo, en la capital del Sena eligiendo para esto una modesta residencia en la *rue de Provence* y no lejos de los bulevares ⁽¹⁾.

(1) Según la estadística de aquel tiempo, el reino de Francia, en la época en que San Martín decidió convertirlo en el lugar de su residencia, contaba con cerca de treinta y dos millones de habitantes. La ciudad de París gozaba ya de una fama mundial, y era señalada como la primera ciudad del continente europeo, no sólo por su lujo, sino por lo desarrollado de su industria y de su comercio.

El gobierno de S. M. estaba desempeñado por seis ministros, y eran éstos el ministro del Interior, el de Relaciones Exteriores, el de Guerra, el de Marina, el de Colonias y el de Finanzas. El total de las fuerzas armadas del reino alcanzaba a doscientos mil hombres de las tres armas, y la marina de guerra se componía de 30 fragatas y cien navíos de diferente parte. En Francia existían veintisiete tribunales superiores y 358 tribunales de primera instancia, contándose además cinco tribunales marítimos, instalados en los cinco puertos principales del reino.

Por su belleza arquitectónica, y por la curiosidad de sus monumentos, París provocaba la curiosidad de todos los viajeros. Entre sus monumentos se distinguían sus cuatro arcos de triunfo, que lo eran el del *Carroussel*, el de la Puerta de *Saint-Denis*, el de la Puerta *Saint-Martin* y el de *l'Etoile*. Este último había sido concebido por Chalgrin y su construcción había comenzado el 15 de agosto de 1806.

Cuando San Martín se instaló en París, este arco estaba concluido, pero le faltaban tan sólo los bajos relieves que se colocaron años más tarde. Además de la biblioteca Real, poseía París la del Arsenal, la de Santa Genoveva y la del Cardenal Mazarino. Sus colegios principales eran los de Luis el Grande, Enrique IV y

Préfecture

de

Police.

1^{re} Division.1^{er} Bureau.

Paris, le 4 Mars 1848

Monsieur,

Le S^t fils de San Martin, ambassadeur,
au sujet duquel votre Excellence m'a fait
l'honneur de m'écrire le 4 Mars dernier,
a été effectivement recherché dans Paris
jusqu'à ce jour et il y a lieu de croire
qu'il ne s'y est pas rendu. Je fais continuer
les recherches, et si l'on apprend l'arrivée
de cet étranger dans la capitale, j'en ai
l'honneur de vous informer votre Excellence.

Je suis avec respect,

Monsieur,

V^{tre} très humble et
très obéissant serviteur.

Le Préfet de Police

Delessigny

V^{re} Excellence le Ministre
Secrétaire d'Etat de l'Intérieur



Pero dejando para más adelante el punto relacionado con la primera residencia que tuvo San Martín en París digamos aquí que apenas se instaló en esta metrópoli volvióse a encontrar nuevamente en una situación pecuniaria tan afligente como aquélla en que se encontró en Bruselas y que le inspiró su viaje al Plata. «Dije a usted en mi anterior, le escribe a Ribadeneira con fecha 30 de julio de 1831, que la revolución que estalló en los Países Bajos me obligó a dejar mi residencia de Bruselas y conducir mi hija a ésta con el objeto de evitarle los peligros y temores que son consecuentes a una revolución, cuyos principios, acompañados de saqueos e incendios, hacían temer sus consecuencias y al mismo tiempo dar la última mano a su educación. También decía a usted la situación de este Continente amenazado de una guerra general cuyos temores sobre este punto aun no están del todo disipados, pues siempre quedan pendientes los dos graves puntos en cuestión, a saber: la suerte definitiva de la Polonia y Bélgica.

el de San Luis, figurando entre los establecimientos de educación la escuela de Medicina, la de Derecho, la de Farmacia y la escuela Politécnica. París poseía 169 fuentes, siendo de las más antiguas la de los Inocentes, la de Grenelle, la del colegio de Medicina, la del Chatelet y la de la plaza *Dauphine*. En el elenco de sus hospitales figuraban el *Hotel-Dieu*, la *Pitié*, la *Charité*, *Saint-Antoine*, *Beaujon*, *Necker*, *Cochin*, *Salpêtrière*, *Val-de-Grâce* y *Gros-Caillou*.

Entre sus edificios se destacaba la Casa de Moneda, los Inválidos y la Escuela Militar, y entre los jardines, el Jardín de Plantas, y el Luxemburgo.

Sus museos eran el del *Louvre*, sito en la plaza de este nombre, el del Luxemburgo y el de Artillería, que se encontraba en la *rue du Bac*.

Sus palacios eran el de las Tullerías y el del *Louvre*. El primero constituía la residencia de la corte, y su edificación, ordenada por Catalina de Médicis en 1564, había estado a cargo de Philibert-Delorme. Se componía de cinco cuerpos o pabellones, y además de la elegancia que ofrecían sus columnas de estilo jónico y corintio, su interior estaba realzado por las pinturas en que inmortalizaron su nombre toda una pléyade de artistas franceses e italianos.

El *Louvre* no estaba terminado aún. Se veía con todo surgir en medio de su gran cuadrilátero la masa arquitectónica que lo caracteriza. Sus salones y sus galerías habían servido ya para plataforma de los mejores artistas, y al pie de sus mármoles se leían los nombres de Sarazin, Juan Gujon, Germain Pilon, Bouchardon, Clodion y otros.

A éstos seguía el *Palais Royal*, el palacio de Justicia, el edificio de la Bolsa, el del Instituto, el de la Legión de Honor, el palacio Borbón y el Panteón. El *Palais Royal* concentraba en sus galerías todo el comercio de lujo que caracterizaba a la gran metrópoli. Las plazas principales que tenía París, eran la plaza Luis XIV, llamada indistintamente de la Concordia, la del *Carroussel*, que enfrentaba el palacio de las Tullerías, la plaza *Vendôme*, la de Victorias y la de *Desaix Dauphine*, en frente del puente Nuevo.

Además del teatro de la Opera, que se encontraba en la *rue Le Pelletier*, París contaba con la Opera-Cómica, con el Odeón, con el teatro Italiano, con el *Gymnase*, con el *Vaudeville*, con el *Variétés*, con el *Ambigu*, con el teatro del *Palais Royal* y otros.

Para el servicio urbano existían varias compañías de coches. El servicio de éstos estaba reglamentado por una tarifa, que variaba si el servicio se hacía por la mañana, por la tarde o por la noche. Varias compañías igualmente aseguraban el servicio de París con las principales ciudades del reino, o cercanas a éste. El recorrido entre París y Bruselas se hacía por dos caminos. El primero pasaba por Mons, teniendo su primera etapa al salir de París en el *Bourget*, y el segundo por Conde, pasando antes por Saint-Quentin. La distancia recorrida por uno y otro camino era casi la misma.

«Desgraciadamente no están dudosos los progresos del cólera morbus que ni los cordones sanitarios establecidos por las potencias del norte y todas las demás medidas adoptadas de cuarentena no han podido hasta lo presente detener la marcha de tan espantosa enfermedad. Por mi parte, algo fatalista, miraría tranquilo venir este azote, pero mi convicción no se extiende a que mi única hija pueda ser amenazada: en esta crítica circunstancia me quedaba el partido de embarcarme para Buenos Aires con tanto más motivo cuanto las cartas que últimamente he recibido me aseguran la pronta terminación de la guerra fratricida que desola a las provincias de la Plata, pero me resta una dificultad que mi modo de pensar no me permite vencer. Es el caso, los desórdenes».

Establecida esta declaración San Martín pasa a explayarse con su amigo y para explicar el carácter de «estos desórdenes» le dice: «Hace nueve meses libré contra mi apoderado de Buenos Aires 3.000 pesos. Este malvado en cuyo poder existían los alquileres de tres años de mis dos casas, ha hecho bancarrota y por consiguiente mi letra de cambio de 3.000 pesos fué protestada a su llegada. Afortunadamente el comerciante honrado a favor de quien había librado al regreso la letra protestada, lejos de apremiarme, con una generosidad de que se dan pocos ejemplos en Europa, me ha ofrecido cuanto necesite. Pero repito que lejos de abusar de la honradez de este hombre singular estoy resuelto a permanecer en ésta hasta haber hecho honor a mi compromiso». «Sobre este particular, continúa San Martín, yo escribo a mi apoderado y amigo el doctor don Mariano Alvarez, a fin de que me remita cuatro mil pesos de los que haya cobrado o cobre a cuenta de la pensión de 9.000 pesos anuales que el primer congreso tuvo la generosidad de señalarme; 12.000 me es deudor el gobierno por fin del presente año. Yo no exijo más que 4.000 para poder salir de esta incómoda situación y poder regresar a mi país a ver si, no acordándose de mí, puedo pasar el resto de mis días en tranquilidad. Yo no dudo un momento que el gobierno del Perú accederá a la solicitud de mi apoderado como tampoco de que su amistad contribuirá en lo que pueda por su parte al mismo fin» (1).

La carta de San Martín llegó a manos de su destinatario con un gran retardo y sólo pudo contestarla Ribadeneira el 28 de junio de 1832. Este comienza por decirle a San Martín que le tenía escritas 29 cartas; que en esas 29 cartas le hablaba con mucha extensión de Bolívar y de otros personajes y que en vista de no tener contestación había dejado de escribirle. Entrando luego en materia he aquí como Ribadeneira se expresa, en su comunicación con San Martín: «Usted hizo muy bien en abandonar a Bruselas y pasarse a Francia huyendo del cólera morbus para salvar la vida de su amable hija; mas yo y todos los hombres sensibles y buenos amigos hubiéramos que-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 460.

rido que no hubiera parado hasta arribar a Buenos Aires en donde según las circunstancias del día y por las noticias que me han dado, es usted tan necesario para consolidar un gobierno, sea cual fuere, unitario o federal. Lo que importa es cortar de raíz esa furibunda guerra que ha exterminado todas las provincias del Plata. Hoy reina la paz; Quiroga llama a usted como a un redentor político para que haga la felicidad de su patria; si es así no debe usted negarse. Cansado el cielo de tanto castigo, ha inspirado a Quiroga un pensamiento digno de acierto, porque empleando usted sus buenos talentos, su experiencia, su marcada prudencia y sus nobles ideas se logrará todo, y hasta el Paraguay se unirá a su metrópoli».

Después de exponer su pensamiento político en lo relacionado con San Martín y el papel pacificador que en su entender puede éste desempeñar en las costas del Plata, Ribadeneira aborda el tema económico y contestando a las solicitudes de San Martín le dice: «Bien creo de la delicadeza de usted el honroso motivo que lo ha demorado en París; pero a esta fecha habrá usted recibido dos mil pesos en dos partidas y mil más que el señor Alvarez manda ahora. Yo le hablé al presidente Gamarra con todo el interés y vehemencia que me inspira el particular amor y noble consecuencia que profeso a usted para que mandara darle cuatro mil pesos con el fin de que fácilmente pueda usted restituirse a Buenos Aires. Se lo previne a Alvarez, lo vió con el propio objeto y me dice que nada podemos adelantar sobre mi súplica. Este hombre tan raro, como Reyes, han olvidado lo que debieron a usted en Huaura y en Lima y que sólo una revolución pudo colocarlos en el solio supremo». Y después: «Yo ignoraba hubiese usted mandado sus poderes al señor O'Higgins para que cobrase sus 9.000 pesos de la pensión anual y no los sueldos — esta distinción es a usted favorable como al tiempo de la liquidación lo hice presente en la tesorería general y al mismo Alvarez —, cuyos poderes le habían constituido en su presente apoderado. Arribó aquí Iglesias y me aseguró traía los poderes para la recaudación de cuanto a usted se le debía» (1).

Pero en el ínterin que estas comunicaciones llegaban a conocimiento de San Martín, éste ya había entrado en posesión de la libranza de 187 libras esterlinas y 10 chelines que le hiciera O'Hig-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 464.

En esa misma circunstancia Ribadeneira le declara a San Martín que por intrigas de Gutiérrez de La Fuente se vió obligado a abandonar el ministerio de la Guerra y que ocupa el puesto de presidente del tribunal militar de tercera instancia. Al mismo tiempo le hace saber que se había opuesto tenazmente a la guerra con Colombia, pero que el general La Mar desoyó sus observaciones. En esa guerra el Perú gastó tres millones de pesos y además de haber sido lesionado en su honor, perdió igualmente, más de dos mil hombres. El haber intervenido como representante del Perú al hacerse la paz le ha valido una espada, obsequio de sus conciudadanos.

Ribadeneira no oculta en esta carta sus simpatías por el general Santa Cruz y su disidencia con Gamarra, lo que le permite declararse contrario a la guerra que se sostiene con Bolivia. Aun cuando se hizo la paz, dice él, los tratados de comercio no han sido todavía ratificados.

gins en octubre de 1831, y posiblemente en posesión de otra libranza anunciada por O'Higgins de una suma igual para completar los 2.000 pesos que a San Martín se le debían por atraso en el pago de sus sueldos. La conducta de O'Higgins sirvióle de pretexto a San Martín para escribirle nuevamente, y al hacerlo con fecha 1º de marzo de 1832 le dice: «Gracias infinitas, mi buen amigo, por el interés que toma usted en mi pensión; el decreto del gobierno para ponerme mensualmente en el presupuesto del ejército es una gran ventaja pues por lo menos habrá una regularidad en su pago, lo que hará mi situación muy feliz. La rebaja que se ha hecho de la mitad de mi pensión — ésta era de 9.000 pesos — la creo justa y los alcances de 37.000 que resultan los olvidaría si continúa pagándome en proporción de los demás empleados.

«Si como espero, agrega más adelante, recibo de usted y de Alvarez algún auxilio, estaré de regreso en Buenos Aires en todo el presente año; hablo a usted con franqueza lo mucho que amo a mi patria; si viese como se vive en Europa esté usted seguro no volvería a América hasta tanto no viese su tranquilidad establecida de un modo sólido y permanente».

Por cartas recibidas del Perú sabía San Martín que O'Higgins estaba deseoso de pasar a Concepción en clase de particular y arreglar allí sus intereses, regresando luego a Montalván en donde tenía su hacienda. Por otro conducto había llegado a él el rumor de que se dirigía a Santiago; pero luego se produjo un desmentido y esto sirvióle de ocasión para decirle a O'Higgins: «Ahora que ha salido falsa aquella noticia me felicito más y más de que usted no se haya movido del Perú y porque a pesar de que en su país natal hay muchos hombres que hacen justicia a su honradez y servicios ¡cómo podría usted mirar con indiferencia otros muchos malvados y desagradecidos que se le presentarían a cada momento y cuya vista no podría menos que exaltar su bilis hasta el último grado!» «Sí, mi amigo, continúa, esto es lo que más temo yo al regresar a mi patria, a pesar de mi resolución de al siguiente día de haber llegado a Buenos Aires irme a una chacra en donde me sepultaré hasta que la guerra civil que ha desolado a la provincia de Cuyo haya cesado; esto es el caso en que hayan dejado algo de mi chacra de Mendoza que según cartas del mayordomo ha sido saqueada y él obligado a emigrar a Chile. A la verdad, cuando uno piensa que tanta sangre y sacrificios no han sido empleados que para perpetuar el desorden y la anarquía, se llena el alma del más cruel desconsuelo. Afortunadamente para Chile la elección de nuestro amigo Prieto puede hacerle gozar de alguna calma. Si usted le escribe dele mis memorias, lo mismo que al amigo Zañartú que según he visto por los papeles públicos ha transado las diferencias que existían entre el Perú y Bolivia». Antes de terminar esa carta San Martín le dice: «La situación de este Continente sigue lo mismo que se lo anuncié en la mía del 14 de octubre, con la diferencia de

que el cólera morbus probablemente se ha declarado en Londres y que no tardará en hacer lo mismo en ésta» (1).

Aun cuando no conocemos todas las cartas que se cambiaron por aquella época entre San Martín y O'Higgins — cartas que posiblemente surgirán algún día a la publicidad — sabemos que O'Higgins recibió las que San Martín le escribiera desde París con fecha 12 de julio y 7 de diciembre de 1831, y que por el recibo de estas cartas se enteró él de que el Libertador de su patria ya no residía en Bruselas sino en París. Con tal motivo y formulando él los comentarios que le inspiraba la decisión de su gran amigo le dice: «Unos decían que estaba usted en esa corte y otros que en Bruselas, en Londres y en Río de Janeiro. Así es que he escrito conforme a las direcciones que usted me ha indicado y no hace mucho bajo la cubierta de los señores Barhing Brothers y Cía. de Londres, con especial encargo le dirigieran a usted mis cartas al punto en que tuviesen noticias de usted. No es pues extraño sufran demora las cartas expresadas cuando las posiciones que usted ha ocupado han variado sin avisos oportunos y si ha habido alguno ha querido la fatalidad no lleguen a tiempo». Y a continuación: «He desconfiado con razón escribir a usted por Buenos Aires. Digo con razón porque es demasiado evidente el empeño que se ha hecho allí y muy principalmente en Chile para interceptar nuestra correspondencia que siempre escrita conforme a los principios que han gobernado y guiado nuestros pasos por el bien de nuestra patria y compatriotas lejos de encontrar lo que buscaban han visto que ellos no son capaces de imitar llenándolos de admiración, como me dicen aconteció con una carta mía interceptada y leída en la logia de Santiago de Chile, donde se reunía la parte más corrompida de la nación».

Pero O'Higgins no se contenta con reivindicar el derecho a una gloria común y a testimoniar su fe en la justicia inmanente que domina los pueblos. Aborda un tema concreto y de interés inmediato para las cosas de San Martín y así le dice: «El actual presidente de la república, general Gamarra, a quien he hablado de usted me ha contestado con elogios distinguidos de los eminentes servicios que el Perú reconoce en la persona de usted y últimamente en que he hecho relación de los motivos poderosos que lo alejan por la dislocación en que han estado las Provincias del Plata y motivos evidentes porque usted, mi querido amigo, debiendo ser el primero en su patrio suelo, se había encontrado por largo tiempo en estado de vivir en el ajeno». Formulada esta declaración, O'Higgins pasa a decirle lo que él oyó de los propios labios de Gamarra y con tal motivo le escribe: «El me contestó, y creo con sinceridad, que el Perú era la patria de San Martín y ninguna otra podría presentarle la tranquilidad y el descanso que él deseaba a usted y, en fin, que tendría mucha satisfacción en verlo reunido a este pueblo que re-

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 31.

cuerda con entusiasmo su ilustre nombre. Estas expresiones casi nunca oídas de los otros gobiernos anteriores, o más bien hostiles a su mejor amigo, conmovieron mi sensibilidad y me condujeron al silencio que en los profundos pesares guarda el sufridor angustiado. Yo espero sin embargo que la memoria de estos acontecimientos prueben en adelante un recurso próspero y si las vicisitudes de la fortuna fuesen siempre por otras partes ingratas, se podrá contar al menos con un retiro que ofrece honrosas señales de atención y distinción».

Pero el ilustre corresponsal de San Martín no se detiene ahí y encarando otro tópico o sea el relacionado con el terrible flagelo que está en víspera de diezmar la Europa le dice a San Martín: «Sobre todas las calamidades que me dice usted trabajan a ese viejo Continente, la del cólera morbus es la que agita más a mis cuidados y mi sensibilidad y mis temores se aumentan por la suerte de usted y la de su tierna hijita. Recuerdo la epidemia de Cádiz y recuerdo que el cordón sanitario me cortó la retirada que había emprendido por tierra por la vía de Lisboa para este país y por mar el bloqueo del almirante lord Reyth. Casi fui víctima de sus estragos y basta decir que fui el primero, gracias a la divina providencia, que después del segundo día en que por el vómito negro arrojaba tazas enteras de sangre me salvó la vida para los fines de sus recónditos secretos. Sirvan pues estos recuerdos a un general tan diestro como usted, mi querido compañero, para no permitir que un enemigo tan fiero como rápido invada sus flancos y corte su retirada» (1).

Pero como pronto lo veremos, San Martín no pudo escapar al flagelo contra el cual formulaba tales conjuros el amigo solícito y él y su hijita estuvieron a un paso de la muerte.

Antes de terminar esta carta O'Higgins le previene a San Martín que de los mil pesos prestados por él al general Gutiérrez de La Fuente presume que han sido ya cobrados «por algunos de los que han manejado este asunto», que el Perú podrá pagarle, no sólo los mil pesos anuales que él solicita sino hasta cuatro mil que le corresponden por sus haberes de gran Mariscal de cuartel, que los mil pesos remitidos corresponden a sus sueldos atrasados y los otros mil remitidos igualmente por la casa bancaria de Londres ya señalada, es en pago de sus sueldos corrientes, avisándole el libramiento de otros mil pesos que el gobierno le ha dado en billetes de aduana y el pago igualmente de su sueldo.

Pero para la exacta comprensión del momento histórico que estamos estudiando y que se vincula con el primer período del exilio de San Martín en Francia hagamos una síntesis retrospectiva de los acontecimientos rioplatenses relacionados con él y digamos así al lector que después de la tragedia de Navarro, que concluyó con el fusilamiento de Dorrego, la guerra civil que ya separaba a los ar-

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 35.

gentinos creció en intensidad y los bandos que la determinaban la prosiguieron según el dictado político que le servía de doctrina. Es así como el general Lavalle después de consumir aquella tragedia dirigióse sobre la provincia de Santa Fe en busca del general López y de Rosas mientras el general Paz, unitario igualmente, se dirigía sobre Córdoba para desalojar a Bustos y asumir el mando supremo de esa provincia. Rotas así las hostilidades logróse sin embargo una hora de tregua y en Cañuelas, Lavalle y Rosas convinieron poner fin a la guerra firmando allí el 24 de junio una convención completada luego el 24 de agosto para que el poder que detentaba Rosas fuese confiado al general don Juan José Viamonte quien en virtud de este acuerdo comenzó a desempeñar el ejecutivo de la primera provincia argentina o sea Buenos Aires. Por sugestión de Rosas, Viamonte restableció la legislatura que había sido disuelta por la revolución del primero de diciembre de 1828 cuando se produjo la sublevación de Lavalle, y esta legislatura al año justo de haber sido disuelta deliberaba nuevamente y concluía por elegir para el mando supremo de la provincia de Buenos Aires al comandante general de milicias don Juan Manuel de Rosas, iniciándose así una reacción federal contraria a la política unitaria que defendían con empeño Paz y Lavalle.

No entra en nuestros resortes el exponer aquí en todos sus pormenores el aspecto sangriento y caótico que ofrecieron las Provincias Argentinas durante el luctuoso período de la guerra civil en que federales y unitarios se disputaban el derecho para arrojar las bases constitucionales de la nueva república. Sólo diremos que en el terreno de las armas los primeros sucesos correspondieron a la reacción unitaria. Después de haber batido a Quiroga en la batalla de la Tablada el general Paz fué elegido gobernador de la provincia de Córdoba. Quiroga no se dió por vencido y, uniendo sus armas con las de los hermanos Aldao abandonó los llanos de la Rioja y entrando en Córdoba cruzó sus armas con las de Paz en la batalla de Oncativo que a su vez se convirtió en un segundo triunfo de este ilustre jefe. Esto sucedía el 25 de febrero de 1830 y deseoso el general vencedor de afirmar su situación política y militar en el interior de la República, trató de ganarse a su causa las provincias que no estaban bajo su influencia general y despachó así en calidad de emisarios al coronel Lamadrid a la Rioja, al coronel Videla Castillo a Mendoza, al comandante Albarracín a San Juan y al general López a Santiago del Estero.

Apoyado, pues, en esta nueva situación, el general Paz se dirigió al gobierno de Buenos Aires y a los distintos jefes que ejercían el mando en las provincias del litoral, proponiéndoles la paz y pidiéndoles que con dicho fin nombrasen sus representantes y se dirigiesen a Córdoba, punto señalado por él para esta reunión. Pero los referidos gobiernos no sólo no accedieron a su solicitud, sino que mancomunaron sus intereses y el 4 de enero de 1831 firmaron en

Santa Fe la convención conocida con el nombre de *pacto general*, lo que significaba el repudio absoluto de la doctrina y de la política unitaria que el general Paz prestigiaba con su persona y con sus armas en el interior de la República.

Esta actitud enconó el espíritu del general vencedor y cuando se supo que Paz se proponía abandonar la provincia de Córdoba para dirigirse sobre el litoral, fué nombrado general en jefe del ejército federal el gobernador de Santa Fe, don Estanislao López, mientras el general Quiroga, con una división organizada en Buenos Aires, abría la campaña de Cuyo, y otro ejército, comandado por el general Juan Ramón Balcarce, se dirigía de Buenos Aires hacia Santa Fe.

Rotas las hostilidades los federales hicieron su entrada en la provincia de Córdoba a principios de febrero de 1831. El 5 de ese mes una división federal al mando del coronel Pacheco derrotó a la división unitaria del coronel Pedernera en Fraile Muerto y el 5 de marzo el general Quiroga después de un rudo y sangriento combate se posesionó de la villa de Río Cuarto de donde pasó vencedor a San Luis para trasladarse luego a Mendoza y derrotar en el Potrero de Chacón al general Videla Castillo, jefe militar de los unitarios en aquella provincia.

En este ínterin el general Paz ya se había decidido a su vez por abrir la campaña contra el general López, «el patriarca de la federación» y el «proto-gaucha de la república», como él decía. Entraba en sus cálculos cargarlo valerosamente antes de que las fuerzas de Balcarce salidas de Buenos Aires se le incorporasen, y con tal motivo en la tarde del 11 de mayo emprendió su marcha llevando como vanguardia de su ejército el batallón n° 5 de Cazadores. Antes de anochecer el general unitario empezó a oír un tiroteo en un bosque cercano por el cual debía forzosamente atravesar y deseoso de cerciorarse de si ese tiroteo obedecía a un encuentro de sus fuerzas con una avanzada enemiga, mientras daba las órdenes para que su caballería que marchaba a retaguardia alargase el paso, decidióse él por aproximarse al supuesto teatro de estos sucesos llevando consigo a su baqueano. Fué entonces que la partida enemiga que allí había producido ese tiroteo y que estaba compuesta de ochenta hombres lo descubrió y en el acto, y antes de que él pudiese emprender la retirada, fué volteado de su caballo por un acertado tiro de bolas, como él lo dice. Capturado en el acto fué llevado al campamento de López y de aquí a una prisión en Santa Fe en cuyo calabozo quedó encerrado hasta el año 1835 en que fué trasladado a la villa de Luján para prolongar allí su cautiverio hasta el mes de abril de 1839.

La captura del general Paz fué un golpe mortal para el partido unitario. El general Lamadrid le sucedió en el mando; pero Facundo Quiroga, que buscaba una revancha a sus derrotas de la Tablada y de Oncativo, avanzó con sus fuerzas hacia el interior de

la república, y batió a Lamadrid en Tucumán en la batalla de Ciudadela.

Al finalizar el año de 1832 los jefes de los unitarios, Paz y Lavalle, habían desaparecido de la escena y sólo se destacaban triunfantes López, en el litoral, Quiroga en el centro de la república y Rosas en la provincia de Buenos Aires, cuyo mando ejercía desde diciembre de 1829. Al terminar su mandato en diciembre de 1832 fué designado para gobernador de esa provincia el general Balcárce que había sido su ministro de la Guerra y a quien se le consideraba como hombre de su confianza. Balcárce designó para el desempeño de aquella cartera al general Enrique Martínez y deseoso de sustraerse a la influencia de Rosas obedeciendo a diferentes dictados y a la influencia inmediata de su ministro de la Guerra comenzó a desarrollar una política favorable a los unitarios. Esto, como es de presumirse, provocó la alarma en el campo federal y determinó la revolución de octubre de 1833 conocida con el nombre de la revolución de los restauradores y a raíz de la cual se vió forzado a deponer el mando. Para sucederle en el poder y mientras Rosas se ocupaba de su expedición al desierto o sea de su campaña contra los indios, fué elegido el general don Juan José Viamonte, quien designó como ministro al general don Tomás Guido y al doctor don José García, el primero gran amigo de San Martín y el segundo miembro conspicuo del partido rivadaviano ya en derrota.

Terminado el período gubernativo de Balcárce con el interinato del general Viamonte el 29 de junio de 1834, Rosas fué nombrado nuevamente gobernador. Este se negó a aceptar el mando y en vista de las dificultades creadas, el 1º de octubre se hizo cargo del gobierno de la provincia el doctor don Manuel Vicente Maza, presidente que era de la legislatura.

En esos días estalló un conflicto armado entre los gobernadores de la provincia de Salta y de Tucumán o sea entre el general La Torre y el general Alejandro Heredia y a fin de atraerlos a la reconciliación decidió intervenir el gobierno de Buenos Aires y designó como emisario para hacer la paz al general Quiroga, que se encontraba en ese momento en la capital. Quiroga se puso en marcha para desempeñar su cometido el 18 de diciembre de 1834, pero el 16 de febrero una patrulla comandada por el capitán Pérez y perteneciente a las fuerzas de Reinafé lo sorprendía en el paraje conocido con el nombre de Barranca Yaco y lo asesinaba.

El 7 de marzo de 1835 la legislatura de Buenos Aires nombró a Rosas gobernador por el término de cinco años y entregándole además la suma del poder público. Rosas aceptó el nombramiento pero impuso como condición que se procediese a un plebiscito y realizado éste el futuro tirano de la República Argentina asumió el poder en medio de demostraciones delirantes de júbilo por parte de la multitud.

Aun cuando San Martín no se encontraba en el teatro de los sucesos todos los conoció a su hora y a todos ellos les consagró el comentario que estos acontecimientos le merecían. Es así como al conocer el nombramiento de Balcarce para gobernador de Buenos Aires le dice a Guido: «El general Balcarce, al que menos he tratado de toda la familia, me ha merecido y merece la opinión de hombre de deseos. Sus intenciones creo son las mejores, pero sus talentos administrativos no corresponden en armonía con su empleo. Sin embargo, cuando vi su elección a la presidencia yo no dudé que su administración tuviese un feliz resultado siempre que se rodease de consejeros de probidad y talento; pero desde el momento que supe que la flor y nata de la chocarrera pillería, de la más sublime inmoralidad y de la venalidad la más degradante, es decir el ínclito don E. M. — alude a Enrique Martínez — había sido nombrado para uno de sus ministerios, empecé a temer por el país, pero me consolaba la esperanza de que los dos otros ministros, aunque sin conocerlos, podrían, si ellos sabían respetarse, oponerse a los manejos de su colega; pero todas mis esperanzas desaparecieron cuando vi que éstos fueron reemplazados por los señores Tagle y Ugarteche.

«Desde ese momento empecé a entonar el oficio de los agonizantes por nuestra desdichada patria; pero como en esta miserable marcha, según el adagio, no hay mal que por bien no venga, yo creo que el último movimiento ha sido la crisis de los males que nos han afligido por el espacio de veinticuatro años y que desde ese momento va a empezar una nueva era si se aprovecha de la experiencia» (1).

«Es preciso convenir que hay una cosa, agrega después, que trabaja los nuevos Estados de América, y sobre todo el nuestro, que les impide gozar de los bienes anexos a la tranquilidad y orden. Unos lo atribuyen a la transición repentina de la esclavitud a la libertad, otros a que las instituciones no se hallan en armonía ni con la educación que hemos recibido ni con el atraso en que nos hallamos; algunos a la desmoralización consecutiva de una revolución que todo lo ha trastornado; no falta quien dé por causa el espíritu belicoso que imprime a una nación una guerra dilatada, pero en mi pobre opinión lo que prolonga esta serie de revoluciones es la falta de garantías que tienen los nuevos gobiernos, es decir, que éstos dependen de tres o cuatro jefes militares a los que con degradación tienen que adular o de la masa del bajo pueblo de la capital, veleidosa, fácil a dirigir al antojo por cuatro demagogos. Esto lo comprueban las frecuentes revoluciones militares y no es menos la tentativa de Tagle en el año 23 que con sólo ciento sesenta pillos estuvo en el vuelco de un dado el que derribara a un gobierno, que en aquella época era el más popular que se ha conocido en esa

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 569.

capital y que le sucedió que montado en un pingo se refugió en una provincia que le dió protección».

Expuesto este su parecer sobre el fenómeno trágico-político que sufren en ese entonces las provincias de su patria, San Martín se pregunta: «¿Cuál es el remedio para afirmar estos gobiernos al mismo tiempo y darles el grado de estabilidad tan necesaria al bien de esos habitantes?» «Los últimos acontecimientos, responde él, han decidido el problema y mi opinión de una manera decisiva. Voy a demostrarlo: el foco de todas las demostraciones ha sido Buenos Aires; ahí se halla la crema de la anarquía, de los hombres inquietos y viciosos, de los que viven de trastornos porque, no teniendo nada que perder, todo lo esperan ganar en el desorden. De la preponderancia de los tres o cuatro jefes que mandan la fuerza, los que coaligados, deponen o sostienen a su antojo el gobierno. Estos medios de discordia que encierra la capital deben desaparecer y sin que sea necesario derramar una sola gota de sangre. Un par de regimientos de milicias de la campaña impidiendo, como lo han hecho, que entre una sola vaca en el pueblo, tiene a los quince días que obligar a capitular a discreción; a esto se me dirá que en este caso el que mande en la campaña será el verdadero jefe del Estado. Sin duda, señor don Tomás, y yo soy de esa opinión. Visto que veinticuatro años de ensayos no han producido más que calamidades, y por la verdad demostrada que el título de un gobierno no está asignado sobre la base más o menos de sus principios, pero sí sobre la influencia que tienen en la felicidad de los que obedecen, dejémonos de teorías». «Los hombres no viven de ilusiones, dice a continuación, sino de hechos; si en lugar de ser libre estoy oprimido, ¡libertad! dele usted a un niño de dos años, para que juegue con un estuche de navajas de afeitar y usted me contará los resultados». Y luego: «¡Libertad! para que todos los hombres honrados se vean atacados por una prensa licenciada, sin que haya leyes que los protejan y si existen se hacen ilusorias. ¡Libertad! para que si me dedico a cualquier género de industria venga una revolución que me destruya el trabajo de muchos años y la esperanza fundada de dejar un bocado de pan a mis hijos. ¡Libertad! para que me carguen de contribuciones a fin de pagar los inmensos gastos originados porque a cuatro ambiciosos se les antoja, por vía de especulación, hacer una o más revoluciones. ¡Libertad! para que sacrifique mis hijos a guerras civiles. ¡Libertad! para verme expatriado el día menos pensado sin forma de juicio y tal vez por una mera divergencia de opiniones. ¡Maldita una y mil veces la tal libertad!», exclama San Martín. «Encontrar una completa impunidad y multiplicadas quiebras acaecidas en esa. ¡Libertad! para mil veces ver a ese país con sus fortunas enteramente destruidas y expuesto a una bancarrota. Yo prefiero el ostracismo voluntario que me he impuesto a los goces de tal libertad. No, señor don Tomás, no será el hijo de mi madre el que vaya a presenciarlos; hasta tanto vea

un gobierno establecido que con mano vigorosa pueda asegurarme mi tranquilidad y mi honor» (1).

Tengamos presente que cuando San Martín se expresaba así, eran muchas las solicitudes llegadas a París para que retornase a su patria y que el propio Guido, ya de vuelta de su misión diplomática en la Corte de Río de Janeiro para examinar la constitución del nuevo Estado oriental, le había dicho: «Después de estas noticias, será ya tiempo de responder a la pregunta de usted: ¿Si podrá adoptar en su patria un sistema de conducta tal que le ponga a cubierto de tomar parte en nuestras desavenencias? Sí, señor, daré a usted francamente mi opinión, agrega Guido. El general San Martín puede y debe no mezclarse jamás en la guerra civil de su país porque su nombre y sus servicios pertenecen a una época célebre en recuerdos heroicos y a una causa decidida ya; pero el general San Martín ha subido a una altura tal que cualquiera que sea el punto de este país que elija para su residencia y cualquiera que sea su empeño en anonadarse, se le divisará de todas partes y se acudirá a él en los grandes conflictos. ¿Quiere usted también negarse a este rol? Manténgase usted en Europa; pues, si trasladado a América, está en manos de usted absolutamente el substraerse a todo cargo público para conservar su reposo, no le será dado mezquinar su interposición y su consejo en nuestras querellas. ¡Cuánta sangre y cuánto descrédito se hubiera quizá ahorrado si la voz de usted hubiese podido ser escuchada a mediados del año 30! Me parece prudente sobre todo aguardar a la solución del problema pendiente; las armas van a decidirlo. En pocos meses sabremos qué es lo que ha quedado de la República Argentina y puede ser que fatigados los pueblos de tantos desastres se entreguen por algún tiempo al descanso y podamos asegurarnos la tranquilidad» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 571.

(2) *Ibidem*, pág. 567.

Las noticias a que se refiere Guido en esta carta estaban relacionadas con su papel ministerial en el gobierno de Viamonte y con los sucesos militares en que se destacaban las figuras de Paz y de Quiroga. Hablando de lo primero le decía con fecha 30 de setiembre de 1830 desde Río de Janeiro: «Plutarco da varios casos en que es lícito alabarse a sí propio, y yo quiero aprovecharme de su doctrina para corroborar la opinión de usted en su carta del 6 de abril, respectó a la administración cuyo primer ministerio ocupé después de las transacciones de agosto. Aseguro a usted que nadie esperó que lográsemos en tres meses lo que todos vieron por sus propios ojos. Las claves de que me valí fueron *firmeza y tolerancia*. Concluída la administración del señor Viamonte se me estrechó a seguir con el señor Rosas y admití el ministerio bajo la precisa condición de no variar de principios. Así marchamos por un par de meses hasta que la derrota de Quiroga rompió los diques que contenían al partido exaltado y ya ni el señor Rosas cuyo carácter por otra parte es bien dispuesto podía dejar de hacerse concesiones, ni yo continuar en el despacho sin torcer el camino que había tomado y que cada día me parecía más recto hacia los intereses vitales de la provincia. Si usted ha leído los periódicos de nuestro país desde el mes de abril a la fecha, que es el período que he estado ausente, encontrará la virulencia y el encono de los partidos, tanto en algunos papeles de Buenos Aires como del interior. A pesar de todo, aquella provincia es hoy la menos desgraciada y nada le faltaría si la dejasen en sosiego; pero el partido que domina en el interior y que tiene sus principales raíces en Buenos Aires, difícilmente la

Pero apartémonos por un momento de las Provincias del Plata y olvidándonos de los acontecimientos que a la pluma de San Martín arrancan una página tan patética y exacta como la que transcribimos, transcrita trasladémonos a París y veamos qué suerte le depara allí la Providencia.

Como ya se sabe, una de las razones que le impulsaron a San Martín a dejar Bruselas por París fué la aparición del cólera en la Europa central. Si un deseo de propia conservación explicaba esta conducta, la explicaba igualmente el amor a una hija que era su único consuelo y por cuyo porvenir se interesaba como padre solícito. Desgraciadamente el flagelo aquel no tardó en hacer su aparición en París y San Martín, que ya vivía en compañía de su hija, decidióse por abandonar la metrópoli y fijar momentáneamente su residencia en Montmorency. Esto sucedía en los primeros meses de 1832 y antes de finalizar marzo el padre y la hija caían victimados por el cruel flagelo. Ignoramos el tiempo que ambos estuvieron enfermos, pero sabemos por el propio San Martín que el cólera los maltrató despiadadamente y que desde marzo a octubre no hizo otra cosa que experimentar, como él lo escribe, tribulaciones. «El cólera, le dice a O'Higgins desde París con fecha 22 de diciembre de 1832, nos invadió a fines del citado mes — alude al mes de marzo — y mi hija fué atacada del modo más terrible: yo caí enfermo de la misma epidemia tres días después. Figúrese usted cual sería nuestra situación, no teniendo por toda compañía más que una criada; afortunadamente el día antes de la enfermedad de Mercedes el hijo mayor de nuestro amigo el difunto general Balcarce, había llegado de Londres — se hallaba en nuestra compañía y paraba en nuestra casita de campo en que estábamos dos leguas y media de esta capital — y este fué nuestro redentor, y sin sus esmerosos cuidados hubiéramos sucumbido. Mercedes se repuso al mes, pero yo atacado al principio de la convalecencia de una enfermedad gástrica intestinal que me ha tenido al borde del sepulcro y que me ha hecho sufrir inexplicables padecimientos por el espacio de siete meses; en fin los baños minerales de Aix, en Saboya, que fuí a tomar en septiembre pasado, me han repuesto y aliviado algún tanto» (1).

dejará descansar. Sus planes parecen de exterminio; sus deseos de venganza y todos sus actos, sanguinarios.

«El general Paz ha dado un baile para celebrar el aniversario de la Tablada y en medio de los huesos de sus infinitas víctimas, y Videla Castillo ha felicitado al pueblo de Mendoza por el asesinato de Corvalán y otros en el Chacay. ¡Y así piensan organizar el país!».

En esa ocasión Guido se hace eco ante San Martín de la visita de Vidaurre. «Convenza usted, le dice, que es un hombre para un museo porque es de un compuesto singular. Nadie ha dado más elogios que él al general Bolívar: nadie tampoco lo ha partido como él». Y luego: «Si yo respirase el aire de Bruselas — Guido al parecer ignoraba aún que San Martín ya había decidido trasladarse a Francia — tendría también mi sangre almiarada como la de usted, pero aquí se respira catíngua y hasta los pensamientos son negros». *Ibidem*, pág. 565.

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 39.

Por rara coincidencia de la fatalidad, con anticipación de dos meses a la carta que transcribimos O'Higgins se dirigía a San Martín y le decía: «Escribo siempre con el desconsuelo que esta carta no llegue como deseo a su poder, pues considero muy probable haya usted dejado París antes de ahora, huyendo de los estragos extensivos que hace el cólera morbus y que evidentemente abrazará toda la Europa. La presente situación del Brasil y los disturbios de la Banda Oriental son inconvenientes poderosos que impiden a usted el abandono sobre esos puntos. Pero oigo con placer que el presente estado de cosas de Buenos Aires sea a usted más favorable que lo ha sido hasta aquí antes de su partida, y tanto más favorable al que como usted no quiere inciensos, oropeles ni mandos, que sólo son buenos para mover la evidencia y celos indiscretos de los que quieren juzgar el corazón de otros hombres por los suyos propios». «Yo me he propuesto, agrégale O'Higgins, seguir con respecto a Chile igual conducta a la que usted me indica por lo que hace a las provincias de Buenos Aires. Me ha venido pasaporte del general Prieto y cartas en que me llama a Chile; no pienso hacer uso de él hasta saber con evidencia que usted haya llegado a Buenos Aires y piensa venir a su chacra de Mendoza, en donde se me dice se goza al presente de tranquilidad y las haciendas se restablecen progresivamente; también oigo que la de usted perdió casi todos sus ganados, pero que en lo demás ha escapado mejor que otras. Hay otra ventaja evidente en esta posición que es inmediación a Chile para una retirada en caso que la anarquía volviese a asomar su cabeza en las Provincias del Plata, y de éste al Perú, si allí prendiese otra vez la llama de la discordia. Casi todos los ángulos de la tierra ofrecen inquietudes y plagas desagradables y está en la sabiduría del hombre elegir lo menos malo. Si usted, mi querido amigo, viene a Mendoza no dude usted que con mil gustos pasaré los Andes sólo por tener el placer de abrazarlo».

Cuando estas líneas de O'Higgins llegaron a conocimiento de San Martín éste ya había abandonado Montmorency y estableciéndose nuevamente en París en compañía de su hija. El dolor había acercado en un haz de amor a dos corazones juveniles y en aquel rincón de Francia en que Jacobo Rousseau escribió su Nueva Eloísa, la hija de San Martín y el hijo del general don Antonio González Balcarce ya difunto, unieron sus corazones para convertir luego esta unión en matrimonio. Hay un detalle que pertenece a la vida íntima de San Martín, pero que la posteridad debe conocer y es el relacionado con los medios pecuniarios con los cuales el héroe proscrito del nuevo mundo pudo hacer frente a esta boda, y vestir de blanco a la hija que en los días de su ancianidad se levantaría a su lado como nueva Antígona. «He recibido casi al mismo tiempo, le dice a O'Higgins en su carta de 22 de diciembre de 1832, el duplicado de la suya de 2 de octubre del año pasado y la de 24 de junio del presente, la del amigo Alvarez, de los tres libramientos de mil pesos

cada uno que han sido satisfechos religiosamente por los señores Barhing. Un millón de gracias a usted y al amigo Alvarez, por esta oportuna remesa: ella no sólo me ha proporcionado satisfacer parte de los nuevos empeños que había contraído en mi penosa y larga enfermedad, sino que también ha contribuido a realizar mis más deseadas esperanzas.

«Hace cinco años había formado el proyecto de unir a mi hija el joven Balcarce, hijo mayor de nuestro honrado y difunto amigo ya citado y agregado a la Legación de Buenos Aires en Londres; su juiciosidad no guarda proporción con su edad de veinticuatro años; amable, instruido y aplicado, ha sabido hacerse amar y respetar de cuantos lo han tratado; él no posee más bienes de fortuna que una honradez a toda prueba. He aquí todo lo que yo he deseado para hacer la felicidad de Mercedes; mi plan era que su unión se realizase a mi regreso de América o por mejor decir de aquí a dos años; pero visto el estado de mi salud he anticipado esta época calculando el estado en que quedaría mi hija si llegase a faltarle su padre. Así es que su enlace se ha realizado hace nueve días. Los nuevos esposos han partido ayer a embarcarse en el puerto del Havre, con destino a Buenos Aires. Yo no he podido acompañarlos porque mi actual estado de salud no me permite emprender una navegación dilatada, igualmente que por volver a tomar los baños de Aix que los facultativos me encargan el próximo verano» ⁽¹⁾.

Es así pues como San Martín encontró los medios pecuniarios para que la bendición nupcial consagrarse el enlace de su hija Mercedes, doncella que no había llegado aún a la mayoría de edad, con un compatriota hijo de don Antonio González Balcarce, ilustre por sus proezas en la guerra de la independencia, y que había nacido en Buenos Aires el 8 de noviembre de 1807.

El matrimonio de la hija de San Martín con el referido caballero se efectuó en París el 13 de diciembre de 1832. Fueron testigos de la ceremonia el coronel peruano don Juan Manuel Iturregui y don José Joaquín Pérez, encargado de negocios ante la corte de Francia, por el gobierno de Chile ⁽²⁾.

Con anticipación de un año al acontecimiento doméstico que aquí apuntamos, vale decir con fecha 15 de diciembre de 1831, San Martín le escribía a la señora Dominga Buchardo de Balcarce, madre del que luego sería su futuro yerno: «Antes del nacimiento de mi hija Mercedes, mis votos eran porque fuese un varón; contrariado en mis deseos, mis esperanzas se dirigieron a que algún día se uniese a un americano, hombre de bien y si era posible el que fuese hijo de un militar, que hubiese rendido servicios a la independencia de nuestra patria.

«Dios ha escuchado mis votos, no sólo encontrando reunidas estas

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 40.

(2) *Ibidem*, t. I, pág. 39.

calidades en su virtuoso hijo don Mariano, sino también coincidir el serlo de un amigo y compañero de armas. Si como espero este enlace es de la aprobación de usted será para mí la más completa satisfacción.

«La educación que Mercedes ha recibido bajo mi vista no ha tenido por objeto formar de ella lo que se llama una dama de gran tono, pero sí el de hacer una tierna madre y buena esposa; con esta base, y las recomendaciones que adornan a su hijo de usted, podemos prometernos que estos jóvenes sean felices que es a lo que aspiro» (1).

Pero volviendo a los nuevos desposados, digamos que pocos días después de contraído el enlace, abandonaron París y embarcándose en el Havre se dirigieron a Buenos Aires. El viaje lo hicieron ellos sin tropiezo alguno, y a mediados de marzo de 1833, la joven pareja pisaba las playas de la capital argentina.

«Ya tenemos por acá a la amable Mercedes, le escribe Guido a

(1) Arturo Scotto en su estudio sobre el origen de las familias argentinas nos dice que este casamiento tuvo lugar el 28 de noviembre de 1832. La fecha que nosotros aquí apuntamos está basada en la documentación epistolar del propio San Martín, como lo podrá comprobar el lector. La partida de casamiento nos hubiera esclarecido este punto, pero desgraciadamente nos ha sido imposible encontrarla a pesar del empeño con que la hemos buscado en los archivos parroquiales de París, incluso el del arzobispado, como igualmente en el archivo municipal de esta ciudad. Las actas matrimoniales anteriores a 1870 desaparecieron durante los incendios provocados por la Comuna.

Observemos, además, que haciendo alusión a este acontecimiento, el general Iturregui, su testigo, le escribe a don Benjamín Vicuña Mackenna: «Habiendo trasladado el general San Martín su residencia de Bruselas a París tuve la satisfacción de volver a verle en los repetidos viajes que hice a esa ciudad; tuve también la de ser uno de los testigos del contrato matrimonial de su muy virtuosa e interesante única hija con un hijo del general Balcarce, memorable por sus servicios y por su desgraciada injusta muerte en Buenos Aires; y en 1832 con motivo de haber aparecido el cólera morbus en París, emigré junto con el general San Martín al pueblo de Montmorency, donde permanecimos hasta la terminación de esa terrible epidemia.

«Estos pormenores no son manifiestamente por sí mismos de ninguna importancia para la historia pero me encargo de ellos por cuanto prueban que traté con mucha frecuencia y muy de cerca al general San Martín por cerca de diez años, y estuve consiguientemente en capacidad de conocer si su fortuna correspondía a las grandes sumas de dinero que calumniosamente han dicho algunos enemigos suyos que había sacado del Perú y por cuanto es mi deber testificar que en todo ese largo transcurso de años jamás supe ni advertí nada que pudiese dar idea de que ese general fuese rico, notando por el contrario que vivía invariablemente con toda la modestia y severa economía que corresponde al estado de pobreza». — VICUÑA MACKENNA. *El General San Martín*, pág. 133.

El 10 de diciembre de 1899 un hijo de este prócer, don Juan Manuel Iturregui, le dirigió una carta al general Mitre para rectificar el nombre de su progenitor y a quien el ilustre escritor argentino en su obra sobre San Martín lo llama José Manuel no siendo su verdadero nombre sino el de Juan Manuel. Con este motivo se remonta al origen de la amistad que había vinculado en vida a su padre con el libertador de su patria y con tal motivo le dice: «Soy el hijo único del general don Juan Manuel Iturregui con quien con dos días de posterioridad a la declaratoria de la independencia del Perú por Trujillo la proclamó en Lambayeque. El marqués de Torre Tagle y mi padre fueron pues los dos primeros jefes peruanos que lo hicieron, siendo de advertir que al realizarse estos heroicos acontecimientos mi mencionado señor padre ignoraba lo ocurrido en Trujillo, por cuya razón ambas poblaciones se disputan equivocadamente el honor de haber sido la primera en saludar a la patria. Fué también mi padre quien en el norte organizó las fuerzas y

944
 Prefecture
 de
 Police.
 1^{re} Division.
 1^{er} Bureau.
 Confidentiel
 Paris, le 20 Mars 1828
 184
 192
 Monsieur,
 Le S^r Joly de San Martin, américain,
 ne paraît pas avoir fait le voyage de Marseille
 à bord, annoncé par la lettre de Votre Excellence
 du 10 février dernier. L'agent général du Chili,
 M. de Fontenay, qui s'occupe particulièrement
 est chargé, a dit en avoir reçu une lettre
 il y a quinze jours, datée de Bruxelles où
 il fait sa résidence, et dans laquelle il ne
 désignerait nullement l'intention de venir
 en France. Toutes recherches dans la capitale
 ont été vaines infructueuses.
 Je suis avec respect,
 Monsieur,
 Votre très humble et
 très obéissant serviteur
 Le Chef de Police
 Delcleyre
 Son Excellence le Ministre
 de l'Intérieur

Comunicación del prefecto de Policía de París al ministro del Interior,
 declarando que se ha buscado infructuosamente a San Martín en esa
 capital. — París, 20 de marzo de 1828. (Archivo de la Marina).

San Martín, con fecha 27 de marzo de 1833. Desde el domingo está entre nosotros. Dos veces he ido a verla y en ambos ha estado recogida porque la navegación la ha desmedrado un poco».

«Cuantos la han visto y la han hablado notan la educación cuidada que ha recibido y me dan de ella una idea bien honrosa. El joven Balcarce me ha gustado mucho: desnudo de la secatura de carácter de familia, ha tomado los modales suaves y la susceptibilidad necesaria de sus años. Basta solamente que no los deje usted solos y que los venga pronto a acompañar» (1).

Como se ve, los hijos de San Martín recibieron una amable acogida en Buenos Aires, y desde su llegada a ella el yerno del héroe fué nombrado secretario en el ministerio de Relaciones Exteriores, puesto que conservó hasta el momento aquel en que en virtud de la revolución de los restauradores, el general Balcarce fué deportado a Montevideo con los otros prohombres argentinos que secundaban su política. Esta circunstancia hizo que el joven Mariano Balcarce se convirtiese en blanco de la nueva persecución. Por esta razón o acaso igualmente en represalias a las negativas de San Martín para trasladarse al Plata y abanderarse en uno de los partidos que en ese momento dividían a la opinión, fué declarado cesante en un puesto en el cual sólo actuaba el caballero y en modo alguno el político. Esta actitud agrió sobremanera el ánimo de San Martín y al mismo tiempo que determinó el retorno de Balcarce y de su joven esposa a Europa arrancó a los amigos del argentino ilustre protestas como la que formuló don Bernardo O'Higgins cuando se enteró de tamaño procedimiento. «No me pasará por mucho tiempo, le escribe desde Lima con fecha 3 de agosto de 1836, el horror y espanto que me conmueve todo al ver en la que contesto el injusto despojo y agravio inferido a su respetable hijo del empleo de primer oficial de la secretaría de Negocios Extran-

colectó gran parte de los fondos que el mismo en parte llevó y entregó al general San Martín en Huaura y Chancay.

«Desde entonces hasta la muerte del inmortal general San Martín, la más íntima amistad le ligó con mi señor padre, como lo demuestra la voluminosa correspondencia entre ambos que conservo en Europa, mi habitual residencia, y el hecho de haber sido mi mencionado padre el padrino de matrimonio de su única hija con el señor Mariano Balcarce. En aquel entonces, era mi padre ministro del Perú en Inglaterra por segunda vez». «Cuando el general San Martín se retiró del Perú mi padre fué acreditado como ministro plenipotenciario cerca del gobierno de Chile; pero la segunda parte de su misión, la más importante, era la de conseguir que aquél regresara a completar la independencia del Perú. Para conseguir tal objeto atravesó la Cordillera, mas no lo encontró ya en Mendoza y sólo volvieron a encontrarse pocos años después en Londres». *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 495.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 576. Con fecha 13 de febrero de 1832 y al enterarse de este compromiso matrimonial Guido ya le había escrito a San Martín: «He visto con sumo placer la resolución de usted sobre el matrimonio de Mercedes. No conozco al joven que usted la destina, sino por su reputación bien establecida. Creo sin embargo que la elección es tan honrosa para usted por todas circunstancias como favorable a su hija por el porvenir que promete la honradez y los talentos del joven Balcarce. También me ha sido agradable este enlace porque mediante él me prometo ver a usted en todo este año».

jeros y de la inaudita persecución declarada por el gobierno de Buenos Aires a toda su distinguida y patriótica familia» y luego:

«Nada extraño es que la malignidad y la ingratitud conspiren y se ceban mientras más altas y meritorias sean las virtudes de las personas a quienes dirigen sus empeñados tiros; pero sí lo es, y encoge el corazón del patriota el ver a la ínclita Buenos Aires, la heroína de nuestra sagrada revolución y la cuna de la libertad sudamericana, ennegrecer su historia con marcas tan abominables de ingratitud y perfidia contra el padre de sus glorias y de sus triunfos, cuyo brazo victorioso desde el majestuoso río de la Plata hasta la altura mayor de la tierra, hasta el Chimborazo, hizo resonar el grito de independencia, amontonando en el fuerte donde se fulminan ingratitudes y violencias, estandartes, banderas y trofeos con que lo coronó una victoria». Pero O'Higgins no se contenta con apuntar este desahogo inspirado por un profundo sentido de la justicia distributiva. Se detiene ahí y luego se pregunta: «¿Y después de tantos eminentes servicios, ahora que se halla en la adversidad merece el ilustre general San Martín un pago tan vil?» «Me acuerdo, se responde O'Higgins, como si fuera ahora mismo el primer día que desenvainé mi espada en defensa de mi cara patria, que ardiendo mi corazón en amor de mis compatriotas, me decía todo consagrado a la libertad: marcha en el indudable convencimiento, que si eres vencido te esperan las horcas y suplicios afrentosos y si fueses vencedor la calumnia, la envidia y la ingratitud, si no el veneno o el puñal asesino serán el pago de tu idolatría y de tus trabajos». «Pero no cesemos, mi querido compañero, de rendir millones de rendimientos y gracias a la majestad divina protectora de la inocencia porque si nos ha dado y nos manda tribulaciones nos conserva la vida, buena salud, y libres de los alevosos e ingratos que nos persiguen y nos compelen a un ostracismo perpetuo» (1).

Estando en Buenos Aires, los nuevos desposados consagraron la unión con el primero de sus vástagos, o sea con el nacimiento de una niña que nació allí el 14 de octubre de 1833, que fué bautizada con el nombre de María Mercedes y tuvo como padrinos en la pila bautismal al teniente coronel don Mariano Moreno, hijo del tribuno y secretario de la primera junta y a doña Tomasa de la Quintana. Durante el tiempo que los nuevos desposados permanecieron en Buenos Aires, San Martín mantuvo con ellos una correspondencia incesante. Desgraciadamente la mayor parte de estas cartas nos son desconocidas y sólo podemos informar al lector de la que escribió a Balcarce, el 5 de diciembre de 1835. En esta carta San Martín le dice a Balcarce que está en poder de las que él le ha escrito con fecha 1º de agosto y de 4 de septiembre y le significa al mismo tiempo que ha ido a verse con el librero que él

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 54.

le señala pero que le es imposible a éste enviarle en el plazo perentorio que le fija los libros que Balcarce le solicita. Además, le observa San Martín que estando próximo a emprender su viaje de retorno estos libros no podrían estar en sus manos antes de su partida. «Por otra parte, agrega, yo he creído que para que este negocio tenga buenos resultados, será más conveniente se haga por usted mismo respecto al poco tiempo que pueda usted tardar en venir». Agregando a continuación: «Vengan los papeles rotulados: *interesantes*. El estandarte, el tintero de la Inquisición, en fin si usted cree que los otros papeles pueden dejarse con seguridad en ésa, háganlo en el concepto que como yo estoy y estaré retirado del mundo, para mí no serán de ninguna utilidad y sí para ustedes y sus hijos.

«Ya tengo dicho a usted últimamente sobre el reloj. Si él vale la pena de costear su conducción y se halla en estado tráiganlo, de lo contrario véndanlo, si hay comprador. Lo que si les encargo se traigan es mi sable corvo que me ha servido en todas mis campañas de América y servirá para algún nietecito si es que lo tengo. En cuanto a lo demás ya tengo escrito con extensión en la suposición de que deben venir contando no volver a América hasta después de mi muerte.

«Encargué a usted dos o tres pieles de tigre; no traiga usted más de una, esto si es buena y a un precio que no pase de diez a quince pesos a lo más, esto en plata».

Apuntados estos pedidos San Martín concluye: «Yo creo que lo más que ustedes pueden aguardar para su salida es hasta mediados de marzo para recalar a mediados de mayo. Si ustedes salen más tarde pierden la bella estación de la primavera. Cuando salimos de ésa con Mercedes para Europa lo verificamos el 11 de febrero, época, en mi opinión, mejor que marzo y tuvimos un excelente viaje. Yo pienso pasar la mayor parte del invierno en Grand-Bourg, tanto porque me encuentro mejor de salud, cuanto porque no me gusta la residencia de París, demasiado bulliciosa en comparación de la calma y tranquilidad de que gozo en el campo.

«Cuando lleguen ustedes al Havre no se detengan sino lo más preciso y vénganse en seguida. Es menester escribirme el mismo día de su llegada, pues como la carta tiene que ir a Grand-Bourg, se atrasa un día, y otro que necesito para venir a esperarlos. En esta carta me dirán el día de su salida, hora de su llegada a ésta y diligencia en que vienen para esperarlos.

«Los efectos que traigan, los pondrán en una de las casas *Roulage accéléré* que hay en el Havre, pues si vienen por el *roulage* ordinario tardan muchos días y el objeto es de irnos al campo inmediatamente» (1).

(1) SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 443. — Balcarce obedeciendo a las instrucciones de San Martín le hizo envío de distintas prendas y objetos que le

Volviendo a reanudar el hilo de esta narración digamos que consecuente con lo prometido a O'Higgins, el mismo día 22 de diciembre de 1832 en la carta dirigida al doctor Mariano Alvarez señaló él las razones por las cuales no se podía trasladar a Buenos Aires en compañía de los nuevos desposados. «El más poderoso motivo para mí, escribe San Martín, es esperar que se haga en Buenos Aires la elección de presidente, pues los corifeos tanto del partido enemigo de la actual administración como los del partido unitario me escriben que mi presencia es necesaria para salvar al país de la espantosa tiranía con que los oprime el gobierno. Ahora bien, usted debe calcular que habiendo resuelto morir antes que encargarme de ningún mando político y por otra parte conociendo a los hombres más influyentes en Buenos Aires y su larga carrera de revoluciones y picardías, como las injustas imputaciones que hacen a la actual administración, yo no me apresuraré a acceder a sus demandas para servir de pantalla a sus ambiciones; por otra parte, el bien que ellos suponen pueda hacer el general San Martín encargándose del mando, no es otro que el de su interés particular, creyendo sacar de mí más ventajas que del actual gobierno. Pero admírese usted hasta el grado que ha llegado la impudencia de ciertos hombres. Uno de los que me escriben con más empeño para decidirme a partir es el mismo que hallándome en Lima y habiendo corrido en Buenos Aires la noticia de mi fallecimiento hizo en el célebre papel *La Centinela* mi oración fúnebre siguiente: «El general San Martín fué la primera espada de Sudamérica, el primer tirano y el asesino de sus conciudadanos». Yo le he contestado simplemente que un tirano y asesino no era digno de mandar a hombres libres.

«Protesto a usted, mi buen amigo, agrega luego San Martín, que cada vez que pienso que a mi regreso de Buenos Aires puedo ser envuelto en una guerra civil, a pesar de mi propósito firme y mismo no sólo de no mezclarme en sus disensiones sino, de no admitir ningún mando político, mi bilis se exalta y me pongo de un humor insoportable. Ya no hay remedio. Es preciso volverme a unir a mi hija en aquel país. Si no encuentro en él, ni en Mendoza, las seguridades de tranquilidad que deseo, me iré con mi familia a otro punto bien sea a Chile, Perú o Guayaquil» (1).

El doctor don Mariano Alvarez a quien San Martín dirige la carta que acabamos de transcribir ocupaba en su corazón un sitio

pertenecían y que se encontraban en Mendoza. Es así como sabemos que en uno de estos envíos le remitió debidamente acondicionados: una escopeta de dos caños, otra con culata de desarmar, otra de viento con sus útiles completos, un rifle inglés, un sable árabe dorado, una espada dorada, una de acero con guarnición española, un birigú blanco, un cuadrante de bronce, dos frenos, dos polvorines, un retrato de Torre Tagle, un tintero de plata con cuatro piezas, dos pinturas sobre lata, dos manteles con servilletas, un anteojito y el asta-bandera del estandarte de Pizarro.

(1) VICUÑA MACKENNA. *El General San Martín*, pág. 125.

predilecto y pudo hacerlo por lo tanto el blanco de sus cuitas y de sus confidencias. Es así como entrado ya el año de 1833, con fecha 25 de abril se vuelve a dirigir a él y le dice: «En mi última del 22 de diciembre próximo pasado, dije a usted volvería a escribirle por conducto del coronel Iturregui que se proponía partir para Lima en febrero de ese año, pero sus asuntos habiendo demorado su marcha más de lo que él había calculado no saldrá de Inglaterra que a fines del mes entrante, según el aviso que me ha dado desde Londres. Sin embargo de esta demora, aprovecho de esta oportunidad para ponerle estas letras pues debiendo partir el 6 o el 8 del entrante para los baños de Aix, desde aquel punto no tendré la ocasión de escribir a usted con tanta seguridad.

«La influencia que este invierno ha tenido en mi salud no ha sido tan mala como debía esperar, visto el estado de debilidad en que me hallaba a fines del otoño. Tres o cuatro nuevos ataques inflamatorios de estómago han desaparecido con algunos días de cama y una dieta severa. Ello es que si no he avanzado, por lo menos me encuentro con bastantes fuerzas para emprender mi largo viaje a los baños en los que fundo toda mi esperanza de restablecimiento.

«La precipitación con que escribí a usted mi última de 22 de diciembre pasado, en razón de la pronta salida del buque que la condujo no me permitió hacer a usted una pregunta sobre la cual hace años deseo tener una solución verídica, y nadie como usted puede dármele con datos más positivos, tanto por su carácter como por la posición de su empleo». «Se trata, continúa San Martín, del asesinato de Monteagudo. No ha habido una sola persona que venga del Perú, Chile o Buenos Aires, a quien no haya interrogado sobre el asunto, pero cada uno me ha dado una diferente versión. Los unos la atribuyen a Sánchez Carrión, los otros a unos españoles, otro a un coronel, celoso de su mujer, algunos que este hecho se halla cubierto de un velo impenetrable. En fin, hasta el mismo Bolívar no se ha libertado de esta inicua imputación, tanto más grosera, cuanto que prescindiendo de su carácter particular, incapaz de tal bajeza, estaba en su arbitrio, si la presencia de Monteagudo le hubiese sido embarazosa, separarlo de su lado sin recurrir a un crimen, que en mi opinión jamás se comete sin un objeto particular. Usted creará tal vez que esta investigación es efecto de la curiosidad. No, amigo, ella tiene otro objeto más noble, le explicaré. La vida absolutamente aislada que he seguido constantemente desde mi llegada a Europa me ha inspirado la idea de escribir mis campañas desde el año 1813 hasta el de 1822, con el doble objeto, primero de que estas memorias podrían ser de alguna utilidad a nuestra patria y segundo ocupar mi tiempo que me era insoportable por la ociosidad. Este trabajo emprendido por entretenimiento tomó más extensión de lo que me había propuesto con la ayuda de mis papeles que había dejado en Buenos Aires y que recogí en el viaje hecho a Montevideo en 1829. Estos documentós recogidos al prin-

cipio por mera curiosidad, se componen de colecciones completas de todos los papeles públicos y panfletos publicados desde el año de 1810 hasta fines de 1822, en el Perú, Chile y Buenos Aires, copias legalizadas, que hice sacar de las órdenes secretas del gobierno español y demás documentos interesantes encontrados en los archivos y secretarías de Chile y Perú, de las principales causas originales de la inquisición de Lima; de las correspondencias secretas de los generales en jefe de los ejércitos realistas con los virreyes del Perú y de éstos con los de Nueva España, Santa Fe y Quito; de mi correspondencia con los gobiernos independientes de América».

Desgraciadamente, en el documento original de donde se toma la presente copia y en las líneas subsiguientes a las que acabamos de transcribir, el texto es incompleto y sólo puede leerse fragmentariamente. Con todo y utilizando los fragmentos existentes podemos poner en claro lo que San Martín escribió de su puño y letra y podemos afirmar que al interesarse por poner en claro la muerte de Monteagudo sólo lo era por la parte principal que Monteagudo había tenido en aquellos sucesos lo mismo que los presuntos autores de su muerte. San Martín observa que aun cuando se ocupa de escribir sus campañas no es con el propósito de que sus páginas vean la luz «inmediatamente». «No, mi amigo, escribe, hasta después de mi muerte no serán impresas, primero porque con esta seguridad serán escritas con la más severa imparcialidad y veracidad sin perdonarme a mí mismo y segundo ni mi instrucción y luces son capaces de presentar al público estas Memorias con la corrección necesaria. El trabajo hecho hasta el día se reduce a clasificar los hechos por orden cronológico, con los documentos que lo comprueban en el período de cada año, principiando desde 1813 hasta fines de 1822. Si después de mi fallecimiento mi hijo político cree que estos materiales reunidos pueden ser de alguna utilidad a nuestra América como yo lo creo, él y mis amigos buscarán alguna pluma ejercitada capaz de hacer ver la luz con fruto a estas Memorias. Consecuente a lo expuesto le he de merecerle se sirva darme las explicaciones que deseo sobre este particular».

«El horizonte de este viejo Continente, continúa San Martín, vuelve a oscurecerse de un modo alarmante, no sólo por la posición crítica en que la Turquía se halla por los reveses que sus ejércitos han experimentado, sino por la influencia que la Rusia ha tomado en los negocios de Oriente, influencia que alarma al resto de Europa. Si a esto se añade los intereses encontrados entre los gobiernos representativos absolutos que hallándose en presencia unos de otros no pueden existir por mucho tiempo sin terminar la gran cuestión de libertad u opresión, cuestión que no hay previsión humana capaz de calcular los resultados...»

El deterioro que en esta parte del documento sufre el original no nos permite transcribir íntegramente lo escrito por San Martín. Podemos sin embargo declarar, utilizando los fragmentos que el

tiempo no ha deteriorado, que según San Martín «en este inevitable conflicto nuestra América ganaría infinito si sus gobiernos fomentasen la emigración de capitalistas como de hombres. Estos buscarían nuestros hermosos países para sus transacciones, lo que redundaría en ventaja de todo el Continente».

San Martín concluye su carta diciéndole al doctor Alvarez que si ha cobrado algo de su pensión se sirva remitírselo «si es posible, escribe, por el conducto de mi amigo el general O'Higgins o por otro seguro en el caso que haya pasado a Chile como se me ha asegurado lo iba a verificar».

«Ruego a usted se sirva dar mis finos recuerdos a los señores Mansueto y Reyes. El coronel Iturregui me ofreció antes de partir para Inglaterra haría a usted una visita en mi nombre. Si usted no lo ha tratado anteriormente encontrará en él lo que se llama un hombre de bien». San Martín agrega a esta carta de verdadero interés histórico, como lo verá el lector, esta postdata: «Hasta fines del entrante — lo más pronto — no corresponde tener noticias de la llegada de mis hijos a Buenos Aires. Yo la espero con el ansia que usted puede calcular. Ruego a usted se sirva decirme si el señor Thwaites se halla con algún alivio, lo que celebraré infinito» (1).

(1) El original de este documento fué publicado en el *Boletín del Museo Bolivariano*. El texto que aquí reproducimos es copia exacta del original mandado sacar por nosotros y obtenido por solicitud del señor don Elías Bonnemaïson, canceller del consulado argentino en Lima.

CAPITULO X

San Martín y O'Higgins en el ostracismo

SUMARIO: Simultaneidad en el ostracismo. — O'Higgins y sus ofertas a Bolívar. — Razón por la cual Bolívar le excluye de todo mando. — O'Higgins en la comitiva militar de Bolívar. — O'Higgins en el banquete celebrado para festejar a Ayacucho. — Su abdicación y el gobierno de Freire. — Freire vencido en Lircay emprende el camino del Perú. — Acontecimientos que proporcionan a O'Higgins la ocasión para desahogarse con San Martín. — Por qué después de Ayacucho O'Higgins se retiró a Montalván. — Según él, San Martín es quien lo ha librado de la indigencia. — Contestación dada por San Martín. — Las declaraciones de San Martín despiertan en O'Higgins sentimientos admirativos. — Solicitud con que O'Higgins atendió los pedidos de San Martín. — Mariano Alvarez elegido por O'Higgins apoderado de San Martín. — Carta que le escribe cuando entra San Martín en el goce de la pensión de que había sido despojado injustamente. — La conmemoración de la batalla de Maipú aviva en O'Higgins los deseos de retornar a su patria. — O'Higgins reconocido con el grado de capitán general de Chile. — Llamado que le dirige Zenteno. — San Martín aplaude la actitud de O'Higgins de seguir viviendo en el ostracismo. — O'Higgins blanco de una campaña calumniosa. — El calumniador ante los tribunales peruanos, y el veredicto de la justicia. — Lo que sobre esto le escribe a San Martín. — O'Higgins perdona al reo y a sus calumniadores. — El estado anárquico y revolucionario del Perú. — Sus presidentes La Mar, Gamarra y Orbegoso. — Orbegoso solicita la intervención de Bolivia. — El general Santa Cruz y su entrada en Lima. — Carta de O'Higgins a San Martín, después que Santa Cruz es nombrado protector del Estado surperuano. — Santa Cruz reconocido protector por la asamblea de Huaura. — Carta de San Martín mostrada por O'Higgins a Santa Cruz que le causa a éste una impresión favorable. — Carta de San Martín a Santa Cruz sobre esos acontecimientos. — El protectorado de Santa Cruz y los Estados circunvecinos. — Las Provincias Argentinas se preparan para la guerra. — El presidente Prieto y su ministro Portales. — El gobierno chileno desapruueba el acuerdo firmado por Blanco Encalada. — Un nuevo ejército chileno que desembarca en Ancón. — El ejército de Santa Cruz derrotado por el de Bulnes en Yuncay. — Freire y el ejército organizado por él en el Perú para desembarcar en Chile. — Captura de Freire. — Carta de O'Higgins a San Martín comentando esos sucesos. — Impresión que estos sucesos causaron en el ánimo de San Martín. — En su sentir, la muerte del ministro Portales contribuirá a restablecer la paz, que jamás debió alterarse. — O'Higgins, elemento de conciliación en lo que él llamaba «la guerra de portalina». — O'Higgins y la visita que le hace Mendeveille en nombre de San Martín. — Salida furtiva de Freire. — Según O'Higgins, por su fiebre de mandar cortó el hilo de los progresos y glorias que elevaban a Chile tan eminentemente. — La escuadra montonera de Blanco. — El gobierno protectoral y la paz con Chile. — La caída de Portales. — Santa Cruz y la pensión de San Martín. — San Martín declara a O'Higgins que no creía a Freire «capaz de hacer a su patria el funesto presente de la anarquía». — Miguel de la Barra y el señor Rosales. — Los fríos del invierno obligan a San Martín a abandonar su retiro de campo. — Queja formulada por él al saber violada su correspondencia y la de O'Higgins. —

O'Higgins y la muerte de su señora madre. — La muerte de O'Higgins. — La carta que con tal motivo escribió San Martín es, según Vicuña Mackenna, un grito desgarrador del corazón. — Cuando San Martín y O'Higgins se descubrieron. — Doctrina corriente en los historiadores de ultra-cordillera. — El dominio de San Martín sobre O'Higgins. — Una frase de San Martín.

Por un capricho de la fatalidad o por una de esas leyes secretas que rigen la vida de los individuos como de las instituciones, San Martín y O'Higgins abandonaron con rara simultaneidad el escenario político que les servía de plataforma en América y con rara simultaneidad igualmente emprendieron ambos el camino de su ostracismo.

El primero, como ya se sabe, se dirigió a Europa y allí se recluyó eligiendo para sus días de exilio un arrabal bruselense. El otro, dispuesto primero a dirigirse a Irlanda, cambió después de propósito y luego de haber hecho escala en el Callao concluyó por domiciliarse en el Perú, primero en su hacienda de Montalván y luego en Trujillo.

No nos corresponde el historiar aquí la parte activa que le tocó desempeñar a O'Higgins durante los primeros años de su exilio en la vida militar y política del Perú, como igualmente en la campaña que puso fin a la guerra de la independencia. Sólo diremos que no ocultó él a Bolívar el deseo que lo animaba de cooperar a la victoria definitiva y que aceptados sus ofrecimientos Bolívar, con fecha 14 de junio de 1824 le escribió: «Un bravo general como usted temido de los enemigos y experimentado entre nuestros oficiales y jefes no puede menos que dar un nuevo grado de aprecio a nuestro ejército. Por mi parte, ofrezco a usted un mando en él, si no correspondiente al mérito y situación de usted, a lo menos propio a distinguir a cualquier jefe que quiera señalarse en un campo de gloria, porque un cuerpo de Colombia, a las órdenes de usted, debe contar con la victoria. Así, mi querido general y amigo, yo insto a usted para que acepte mi convite, siempre que la situación física y moral de usted puedan permitirle este sacrificio. Si usted está en buena salud no será grande a menos que la suerte quiera castigarle de ser generoso y constante» (1).

El biógrafo de O'Higgins, don Benjamín Vicuña Mackenna, nos dice que, a pesar de tratarse por parte de Bolívar de una promesa tan explícita como entusiasta, Bolívar lo excluyó de todo mando y que las divisiones de su infantería las confió a los generales Córdoba, Lara y La Mar, la caballería argentina a Necochea, la de Colombia al coronel Carvajal y la del Perú a Miller. ¿Por qué este proceder de Bolívar? Las causas pueden ser diversas, pero a no dudarle influyó sobre su voluntad el estado de rompimiento que existía entre O'Higgins y Freire, que le había sustituido en el gobierno supremo de Chile y que consideraba en el héroe proscrito

(1) VICENTE LECUNA: *Cartas del Libertador*, t. IV, pág. 173.

un rival. «Bolívar, escribe Vicuña Mackenna, necesitaba los auxilios de Chile, los había pedido con instancia y los aguardaba con su acostumbrada vehemencia. Por lo mismo podía suponer sería enojosa y hasta irritante resolución de su parte, para con el gobierno del general Freire, ofrecer un puesto encumbrado al ex director caído, cuya gloria depurada por hazañas de renombre hubiera ido a ser una sombra al pie de los Andes chilenos. La palabra y el consejo del enviado Campino, hombre sumamente despierto, bien pudieron tener parte en aquella operación y en sus resultados personales» (1).

Pero es el caso de decir que si O'Higgins no tuvo mando alguno de tropa, figuró en la comitiva militar de Bolívar, como figuró Montegudo. O'Higgins tomó parte en la batalla de Junín, pero no en la de Ayacucho, que Bolívar celebró luego en Lima con un gran banquete. A este banquete fué invitado el ex director de Chile quien en lugar de presentarse con su uniforme militar, lo hizo con su simple traje de paisano. Cuando Bolívar le significó su sorpresa por faltar de este modo al protocolo, O'Higgins le replicó: «Señor, la América está libre. Desde hoy, el general O'Higgins ya no existe. Soy sólo el ciudadano particular Bernardo O'Higgins. Después de Ayacucho mi misión americana esta concluída».

Pero observemos aquí que la abdicación de O'Higgins al mando supremo de la república de Chile, en lugar de haber contribuído a su progreso y pacificación determinó el principio de una guerra civil, tan funesta en sus consecuencias como lo fué la de los argentinos en el Plata y la de las nuevas repúblicas del norte del Continente en Colombia. Freire inició su mandato con una expedición al sur de Chile para desalojar a los españoles de las islas de Chiloé. Fracasada ella le fué forzoso emprender una segunda expedición que terminó victoriosamente y le permitió por lo tanto a Chile enarbolar su bandera sobre aquel archipiélago. A su regreso de esta expedición Freire encontráse en presencia de un partido que le era hostil y dispuesto a suprimirlo disolvió al congreso y llamó a elecciones. Una tal conducta le enajenó las simpatías populares y vióse obligado a abandonar el mando imposibilitado para poder gobernar. En su lugar fué elegido presidente el almirante Blanco Encalada que sólo estuvo en el poder escasamente dos meses. A éste le sucedió don Agustín Eizaguirre y después de cinco meses de presidencia volvió al poder el general Freire, quien renunció su mandato a los tres meses de haber sido elegido. Esto sucedía en mayo de 1827 y desde entonces hasta julio de 1829 la jefatura del Estado de Chile la ejerció el general don Francisco Antonio Pinto. Durante esta administración, conservadores y liberales se disputaron encarnizadamente el poder. En 1828, los liberales sancionaron una cons-

(1) VICUÑA MACKENNA: *Vida del Capitan General de Chile don Bernardo O'Higgins*, pág. 631.

titución en armonía con su programa; pero los conservadores se levantaron en armas y llevaron al poder al general don Joaquín Cruz. La nueva situación no serenó los ánimos y deseoso Freire de volver a ejercer la influencia que ya había perdido, apoyado por los liberales logró formar un ejército al frente del cual se lanzó para derribar del poder al general Prieto. El ejército de Prieto y de Freire encontráronse frente a frente a orillas del río Lircay. Ambos libraron allí una batalla sangrienta, pero la victoria se decidió por los conservadores y Freire se puso en salvo emprendiendo el camino del Perú.

Estos y otros acontecimientos que no es del caso apuntar le brindaron a O'Higgins una bella oportunidad para sus desahogos sentimentales y políticos con San Martín, su conmillón de infortunio, y es así como al comentarlos y al hacer alusión al espionaje que sufría su correspondencia le dice en carta del 12 de enero de 1827: «El traidor Freire ha consumido sumas considerables en estas pesquisas y frecuentemente se han burlado de él sus viles agentes, unas veces suplantando mi firma a cartas asquerosas, otras anónimas y finalmente suponiendo cifras misteriosas para engañar la multitud y sorprender la sanidad de los buenos. Con toda propiedad puede decirse que Chile ha tocado ya el último grado de humillación nacional. No hay una sola cosa capaz de herir el pundonor y degradar el carácter de un pueblo independiente que no haya experimentado.

«Están disueltas toda suerte de garantías, de seguridad individual, de propiedad, y lo que es más respetable y sagrado entre los hombres, el honor y ajena honradez son constantemente materias de las más vergonzosas violaciones. El país es nulo, nulo en todas sus partes; sin tropas, teniendo aún enemigos; sin crédito, sin caudales, sin espíritu público, sin unión, sin política, sin jueces, sin rectitud y abrumado de cuantos males pueden imaginarse. Se ha perdido ya la moral, se acabaron las costumbres y no se quieren leyes porque las que se dictan hoy, se pisan mañana. Se ha tiranizado allí más, en estos últimos cuatro años, que los españoles en los tres siglos de su dominación. Desde el año 1823 han entrado por un cálculo casi exacto doce millones de pesos, pero todo se ha hecho nada, cayendo más de una tercera parte en las garras de los supremos gavilanes, los Freire, tuerto Gandarillas, los Campino, Fernando Errázuriz, los Benaventes, los Pinto, y los cordobeses González y Osorios de Coquimbo y otros gavilanes superiores e inferiores.

«No tendrá usted embarazo en creer, le dice luego O'Higgins, que aquel célebre Manuel Aniceto Padilla que antes de la revolución estuvo a punto de ser ahorcado en la cárcel de Buenos Aires por el robo ruidoso que hizo a los señores Mazieles, es uno de los principales demagogos que han figurado en la triste tragedia que hoy presenta mi desgraciada patria a la América. Este despreciable

sujeto es uno de los primeros que han infestado con sus escritos maldicientes la prensa de Chile y Buenos Aires, y me dicen trabaja ahora por colocar de presidente de Chile a su discípulo el señor Infante, que le ha prometido hacerlo su primer ministro. ¿Qué tales candidatos? Se enumeran también entre éstos Freire, Pintos, Diego Benavente, y el célebre almirante Manuel Blanco Encalada que no ha omitido clase alguna de bajeza y de ingratitud para obtener la presidencia, después de haberlo comprometido contra sus mejores amigos, del círculo de demagogos a que se ha vendido. He querido hacer a usted esta sucinta relación para demostrarle la satisfacción que siento al tener por detractores y mis calumniadores hombres tan pérfidos y corrompidos como los que quedan enumerados».

O'Higgins cierra esta carta declarándole a San Martín que después de la batalla de Ayacucho y por quedarse sin recurso alguno «y próximo a una degradante escasez» se retiró nuevamente a Montalván en donde por un año entero se dedicó al cultivo de una posesión que aunque arruinada le sirve de asilo a él y a su familia. «No cesaré en toda mi vida de bendecir a la alma generosa que en ella me libró de la indigencia», declara aludiendo al propio San Martín que es quien durante su protectorado peruano le otorgó esa finca, y concluyendo: «Bruselas es ciertamente el mejor lugar que se podía haber escogido para su residencia, lejos de ingratos y envidiosos recuerdos y lo más aparente para satisfacer el objeto de educar a su hijita cuya prosperidad y salud le desean a ella y a usted, mi señora madre y hermana Rosita, con un millón de expresiones» (1).

San Martín contestó a estas declaraciones de O'Higgins diciéndole: «Mucho celebro la resolución que ha tomado de retirarse con la familia a su hacienda de Montalván. Esto es lo que aconseja la prudencia en las circunstancias en que se halla Chile y sin este motivo creo que es lo que debe hacer todo hombre que las circunstancias lo han elevado a la clase de hombre público. La experiencia me ha demostrado esta verdad; mi separación voluntaria del Perú me ponía a cubierto de toda sospecha de ambicionar nada sobre las desunidas Provincias del Plata. Confinado en mi hacienda de Mendoza, y sin más relación que con alguno de los vecinos que venían a visitarme, nada de esto bastó para tranquilizar la desconfiada administración de Buenos Aires. Ella me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería, los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un soldado afortunado. En fin, yo vi claramente me era imposible vivir tranquilo en mi patria ínterin la exaltación de las pasiones no se calmase y ésta incertidumbre fué la que me decidió a pasar a Europa» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 16.

(2) *Ibidem*, pág. 17.

Estas declaraciones de San Martín no hicieron otra cosa que avivar los sentimientos admirativos que le profesaba O'Higgins y con fecha 16 de agosto escribióle: «No admiro tanto el tesón con que la facción, la ambición y la demagogia nos persiguen sin cesar como la inaudita ingratitud de casi todos aquellos que además de sacarlos del afrentoso yugo español deben a nuestros sacrificios y a nuestros extraordinarios esfuerzos una existencia y una dicha de que gozan sin permitirnos ni siquiera el reposo debido a nuestro carácter y a nuestra benevolencia. ¡Qué detestable y espantosa ferocidad! ¿Qué ciudadano animoso y magnánimo querrá ejercer su benevolencia en servicio de la patria cuando de nuestro ejemplo temerá con razón que el pago de su generosidad sea la misma negra ingratitud e implacable odio? Las repúblicas de Atenas y de Roma ofrecen ciertamente muchos ejemplos de las injusticias de los pueblos con sus bienhechores porque los hombres en sociedad no se avengonzaban entonces de su ingratitud; ¡pero qué afrenta, se repiten iguales vilezas en el siglo de las luces y de la humanidad! Quiera el cielo comunicarlas a estas oscuras regiones y conservarnos la fortaleza, la generosidad, la benevolencia y la libertad de nuestros principios para adquirir nuevos derechos contra la perfidia y envidia de nuestros enemigos. Ejercen enhorabuena su rabia inquisitorial en nuestras comunicaciones privadas que ellos no encontrarán otra materia más que la misma firmeza y honradez que no han podido contradecir de nuestra vida pública» (1).

Es ejemplar la solicitud con que O'Higgins atendió los pedidos que desde su destierro le formulaba San Martín. Este lo había nombrado su apoderado, pero imposibilitado a mediados de 1828 para poder desempeñar debidamente estas funciones por una caída que había sufrido andando a caballo, resolvió sustituir este poder en otra persona y eligió para esto al doctor don Mariano Alvarez, que acababa de ser designado presidente del congreso. Al referirse a él y al decirle a San Martín que se trataba de una persona «muy recomendable por su amor a la justicia y a los patriotas», escribe: «Es muy amigo y apasionado de usted. A él se debe la moción y proposición en forma que hizo hasta verla ratificada en la comisión del congreso sobre las gracias que tan justamente concedió a usted la primera representación nacional, como se ve por los impresos adjuntos. ¿Quién mejor que este generoso peruano conseguirá la justicia que solicita?» (2).

O'Higgins, podemos decir nosotros, no se equivocó en modo alguno en la elección de apoderado para San Martín. Antes de finalizar el año de 1832 como ya se ha visto, Alvarez le hacía llegar tres remesas completando la suma de tres mil pesos y fué con ese dinero

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 22.

(2) *Ibidem*, pág. 23.

que el Libertador del nuevo mundo pudo darse el lujo de celebrar en París la boda de su hija con el joven Balcarce.

Pero estas solicitudes de O'Higgins por el Libertador de su patria y por su hermano de causa y de infortunio no pararon ahí y el 27 de mayo de 1836 se apresuró a escribirle para notificarle que por decreto del gobierno volvía a entrar en el goce de la pensión de que había sido despojado injustamente. «Me apresuro a decir a usted, con mucha satisfacción, escribe O'Higgins, que le adjunto el *Redactor Peruano*, en el que encontrará un decreto del gobierno que si bien hace a usted la justicia debida que otros habían olvidado también lo restablece al goce de la pensión íntegra que se le acordó por el congreso y manda que desde el presente mes, a la par de la lista militar sin perjuicio del monto de sus ajustes, que ofrece luego que lo permitan las circunstancias, se pague su haber corriente a su apoderado. Sin duda habrá extrañado usted no ver cartas de sus amigos desde el año 33. Y ¿quién habría querido darle la nueva del injusto decreto que ordenaba no se pagase su haber mensual principalmente cuando se esperaba que tamaño absurdo no podía ser de mucha duración? Nadie, y yo mismo he participado de este acíbar que se ofrecía a sus grandes y eminentes servicios prestados a la justa causa de esta nación eminentemente noble y generosa». O'Higgins agrega luego: «¡Ojalá que la miserable administración de Chile imitara lo que el Perú sin recursos ofrece restablecer y pagar a usted, aunque no fuese más que con sus votos sinceros, lo que le debe! ¿Mas qué podrá deliberar una nación gobernada por los hombres más ingratos y más mezquinos que conoce la raza humana?» (1).

Cuando estas líneas salían de la pluma de O'Higgins este proscrito había manifestado más de una vez los deseos vivísimos de su retorno a Chile. En 1831 festejóse en Lima con inaudita pompa el aniversario de la batalla de Maipú y esta circunstancia sirvióle a O'Higgins de pretexto para franquearse ante su patria y ante América. Después de recordar aquella hora trágica en que la espada de San Martín obtuvo el más bello de sus triunfos O'Higgins declara: «Séame permitido, señores, en este gran día, no diferir por más tiempo la cuestión que por ocho años se ha exigido de mí y es si volvería o no a mi patria. Respondo pues decisivamente que sí y tan pronto como lo permitan asuntos particulares. Luego que pise mi amado suelo, dirigiré mis votos, como lo hago desde aquí, al Ser supremo y mis súplicas a mis compatriotas recordándoles que siendo todos hijos de la libertad e hijos de una misma patria, deben conducirse como hermanos para que gocen de la dicha y de la prosperidad que les presentaron los vencedores del 5 de abril».

El voto de O'Higgins no cayó en el vacío y el 30 de junio de 1832 el diputado don José Gaspar Marín presentaba a la Sala de

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 49.

representantes chilenos un proyecto para que don Bernardo O'Higgins fuese reconocido nuevamente en el grado de capitán general de Chile de que con injusticia había sido despojado. A su vez en carta al presidente Prieto, O'Higgins dió a conocer su estado de ánimo y cuánto se interesaba por aquel retorno. Prieto le acordó a esta declaración la acogida que ella se merecía y en carta de 17 de julio de 1832 le hizo saber que se le extendía un nuevo pasaporte, que se le franqueaban las puertas de su patria, y que se le autorizaba por lo tanto para emprender su retorno. «Verifíquelo usted pues, le dice Prieto, el día que usted guste y venga a consolar con su vista el suelo chileno que lo numera entre sus mejores hijos y a satisfacer también mis ardientes votos.

«Cuando haya llegado ese momento feliz usted se hallará en la mejor oportunidad de solicitar por sí mismo ante la nación el restablecimiento de su grado militar y honores, pues de otro modo cualquiera gestión de amigos en su favor no podrá tener el feliz y acertado éxito que es de esperar y quizás sería aventurar éste si cualquiera diligencia se practicase con espíritu imprudente y exaltado» (1).

Por su parte, el general Zenteno unía su llamado al formulado en las líneas precedentes por Prieto y textualmente le decía: «Después del día 15 en que tuve el gusto de escribir a usted han variado las circunstancias a consecuencia de una moción hecha por el doctor Marín en la cámara de diputados, acerca de que se llame a usted. Seguramente la moción que hoy es el sujeto de las conversaciones no va a pasar en el congreso tal cual la ha propuesto su autor; pero de todos modos ya ha producido un buen efecto en cuanto ha servido de aguijón para que nuestro presidente haya sacudido su genial timidez y hecho expedir a favor de usted el pasaporte que le presentará nuestro Cerebro».

«En este estado de cosas, suplico a usted que no aguarde un momento más para venirse. Ya todo está salvado. La presencia de usted va a ser utilísima a la patria. El amigo que manda es algo débil, se halla casi aislado y, lo que es peor, el pasaporte lo ha comprometido con parte de su círculo. Usted lo fortificará y dará valimiento, y la república sin ser despotizada tendrá un gobierno firme y respetable durante el cual se podrá cómodamente organizarla y conducirla al grado de prosperidad a que es llamada» (2).

Pero O'Higgins comprendió que la hora de su retorno a la patria no había llegado aún, que el partido opositor a él allí existente le amargaría sus días, y resolvió seguir viviendo su ostracismo. Cuando San Martín se enteró de esta actitud la aplaudió con la franqueza que le caracterizaba y escribióle desde París con fecha 22 de diciembre de 1832. «Mucho celebro la resolución de usted de no

(1) VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*, pág. 771.

(2) *Ibidem*, pág. 774.

volver a Chile por ahora a pesar de que el amigo Prieto lo desee y de los respetos que todo hombre de bien y patriota le tributaría con tanta justicia. Yo protesto a usted que cada vez que pienso que al volver a Buenos Aires puedo ser envuelto en una guerra civil a pesar de mis propósitos firmes de no tomar la menor parte en sus disensiones, mi bilis se exalta y me pongo de un humor insoportable. Ya no hay remedio: es preciso ir a unirme a mi hija en aquel país y si no encuentro en él las garantías de tranquilidad que deseo me iré con mi familia a otro punto, bien sea a Mendoza, Chile o Perú» (1).

Por aquella época, y mientras O'Higgins se concentraba dentro de sí mismo para oír sus votos y aquellos otros que le reclamaban la vuelta a la patria, fué el blanco de una campaña calumniosa, fraguada ella en los bajos fondos de la política. Entre sus encarnizados enemigos, distinguíase de un modo especial don Carlos Rodríguez, hermano del guerrillero aquel que tantos servicios prestara a San Martín en su guerra de zapa y cuya muerte trágica y misteriosa vino a enlutar más tarde los anales de la independencia chilena. Desterrado por Prieto y deseoso de buscar una víctima para descargar sus odios contenidos la encontró en O'Higgins y apenas hubo desembarcado en las playas peruanas acudió a las columnas de la prensa salpicando el honor de O'Higgins con las más falsas y absurdas imputaciones. El panfletista supo hermanarse con el calumniador y así, en el sentido de Rodríguez, O'Higgins no era sino un monstruo, un asesino, al par que un usurpador de las rentas públicas como de la fortuna privada.

O'Higgins llevó a su calumniador ante los tribunales peruanos y al mismo tiempo que don José Joaquín de Mora hacía su defensa en la prensa de Lima, el veredicto de la justicia desautorizaba al calumniador y después de oír a O'Higgins en su propia defensa condenaba a aquél a dos meses de cárcel y al pago de una multa de ciento cincuenta pesos (2).

(1) VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*, pág. 41.

(2) El señor José Joaquín de Mora era un literato español de mucho mérito y reputado por su pluma de polemista. Obligado a abandonar la Península por sus ideas políticas llegó a Buenos Aires en febrero de 1827 de donde pasó a Santiago de Chile en el año siguiente. Bajo los auspicios del gobierno, como lo dice don Ernesto de la Cruz, comenzó la publicación del *Mercurio Chileno*, y cúpole la honra de redactar el proyecto de constitución política que, aprobado con pequeñas variantes, fué promulgado en agosto de 1828.

Al subir al poder don Diego Portales, Mora arreció contra éste sus ataques y después de haber sido puesto en prisión fué desterrado al Perú, a donde llegó en febrero de 1831. Estando en Lima empenóse para que O'Higgins retornase a Chile y con tal motivo escribióle varias cartas en una de las cuales le decía: «Ahora sí que, como otras tantas veces, tiene usted en su alma y en sus manos la gloria y la ventura de su país».

Los propósitos de Mora eran provocar un acercamiento entre O'Higgins y Freire. «Nadie es testigo más inmediato que yo, le escribía el 6 de agosto de 1834, de la constante disposición que usted ha tenido de reconciliarse con el general Freire. Se lo he dicho a él mismo mil veces; lo he dicho a todos los chilenos; lo he escrito a Chile, gloriándome en que me honrase con su amistad un hombre animado por



SAN MARTÍN EN TRAJE CIVIL. RETRATO HECHO POR MADOU
(Biblioteca Nacional de Bruselas, sección Grabados y Estampas).

Como es de suponerse, O'Higgins no pudo silenciar un episodio semejante a su amigo ausente y el 27 de mayo de 1836 refiriéndose a él le escribe a San Martín: «Yo, que como usted, mi querido compañero, sabe que siempre fui tan solícito en tomar armas en la guerra de la independencia, en las contiendas civiles soy un gamo que ni el más diestro cazador o el más veloz galgo me encuentra ni me alcanza. Tomé pues las de Villadiego y a favor de las tinieblas de la noche atravesé con mi familia ríos casi a nado evitando la vigilancia de montoneras, bandidos y salteadores que encubrían los pasos y caminos principales hasta llegar a mi Tebaida de Montalván, para no oír ni saber lo que pasaba en esta región de contiendas y guerras civiles porque afectaban demasiado el sistema nervioso de mi cabeza, pues que estuve a punto de soltar el alma por un ataque que aquí llaman terciana a la cabeza. Cuatro meses antes de esta enfermedad — en que la bondad de la alta Providencia quiso volverme a la salud del cuerpo — mis servicios a la causa común de América, mi reputación y mi honra habían pasado por el crisol de un juicio público a que fui provocado por un libelo infamatorio, el más escandaloso, grosero e infundado que ha sufrido el arte de la imprenta, publicado bajo el título de *Alcance al Mercurio Peruano*, por aquel don Carlos Rodríguez que usted recordará estuvo de presidiario por decreto del gobierno de Buenos Aires, en Martín García. Este hombre mal informado, y enardecido por las inventivas de sus socios la *gavilla carrerista* que aunque expirante ha podido tomar una parte en el gobierno del general Prieto, era el instrumento que consideraron más a propósito para asesinar mi buen nombre. Irritada, pues, al ver los elogios que me prodigaba

tan nobles sentimientos y saliendo en cierto modo por garante de que la reconciliación tendría efecto inmediatamente que el general Freire quisiese prestarse a ello. Yo conozco la magnanimidad de usted y estoy seguro que no han disminuido en lo más pequeño las disposiciones conciliatorias que siempre me ha manifestado pero no todos pueden juzgar a usted tan acertadamente como yo que le he merecido una confianza sin límites».

Más adelante Mora insiste en el mismo tema y concluye su carta diciéndole a O'Higgins: «Me dicen — y debo creerlo — que Freire desea el momento con ansia, que procede de buena fe, y que parece desengañado completamente de los errores antiguos».

«Por lo que a mí toca, usted tiene suficientes motivos para creer que este acontecimiento será uno de los más felices que puedan ocurrirme en el curso de mi vida. Además, no quisiera emprender mi marcha sin tener la satisfacción de estrechar a usted entre mis brazos». — VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*, pág. 813.

Don Benjamín Vicuña Mackenna clasifica a Mora de «hombre inquieto, pérfido, allegadizo a poderosos y habituado a cambiar su tinta por oro». «Haciase peligroso a todos, escribe éste, por lo cual fué sucesivamente sirviendo a los diversos partidos de Chile y del Perú contribuyendo a derribarlos».

Después de su residencia en Lima este personaje se trasladó a Bolivia pasando luego a Londres como agente confidencial del general Santa Cruz en aquella metrópoli.

«A la caída de la confederación peru-boliviana, escribe un publicista, el señor Mora volvió por fin a España. El 20 de diciembre de 1848 se incorporaba a la Real Academia y ocupaba el sillón que dejara vacío el fallecimiento de don Jaime Balme. Durante cerca de veinte años ilustró con su saber los estudios y trabajos de aquel instituto». ERNESTO DE LA CRUZ. *Epistolario de Portales*, pág. 313.

la imprenta libre de aquella época, la voz pública que clamaba mi regreso y el congreso nacional puesto en moción por un proyecto de ley, en desagravio del honor nacional y de conformidad con el voto público, para que se me restituyese el empleo de capitán general — del que había sido igualmente despojado —, se sirvió pues la gavilla del órgano de este hombre sin pudor para que capitanease en el Perú las armas que, de ningún valor en Chile, me abriesen una nueva campaña en territorio extraño donde me consideraban sin elemento de defensa». «Pero, qué altos son los juicios del Eterno, qué admirables sus providencias, exclama O'Higgins. Aquí, en este mismo campo que eligieron para el combate, fueron ignominiosamente derrotados y quedaron sepultadas para siempre sus detracciones, sus calumnias, y sus desvergüenzas reducidas a polvo y ceniza. Triunfo tanto más admirable cuanto era la primera victoria que había visto el tribunal de jurados de esta capital, donde el poder de su gobierno ni algún otro influjo, habían conseguido salir tan victoriosamente contra las malas lenguas y plumas ensangrentadas de pasiones detractoras. Era pues necesario otro triunfo importante para reconocer el favor que la mano visible de Dios me había concedido en mi justificación y éste era el vencimiento de mis pasiones conmovidas por mi amor propio».

¿Cuál era este triunfo? O'Higgins lo apunta a continuación y he aquí lo que le dice a San Martín: «Perdono al reo, y en él a todos mis calumniadores. Le permito el escape porque no podía evadirse de las leyes y regresa a Chile su país llevando consigo la evidencia de lo justo y de lo injusto y la prueba incontestable que jamás triunfarán contra la inocencia la iniquidad y la malignidad».

En los momentos en que O'Higgins colocaba en el mismo nivel de dignidad lo moral y lo político, el Perú sufría las consecuencias de un estado anárquico y revolucionario. Conviene observar aquí que después de la retirada de Bolívar ocupó la presidencia de la república peruana el general La Mar, y que destituido éste de la presidencia, le sucedió en el mando el general Gamarra. Durante la presidencia de Gamarra prodújose una sublevación en el Cuzco promovida por el coronel Escobedo y encaminada a proclamar la república federal. Escobedo fué derrotado y luego fusilado con varios de sus partidarios y terminado el período presidencial de Gamarra entró a reemplazarle en el gobierno el general Orbegoso (1).

Orbegoso, que pertenecía a la antigua aristocracia española, se

(1) Cuando San Martín se enteró de la sublevación de Escobedo se encontraba en París, y con tal motivo le escribía a O'Higgins: «Ayer he visto carta de Chile en que se anuncia la deposición de Gamarra por un coronel Escobedo. Si esto es cierto y el tal coronel es uno que yo tuve en el ejército cuando me hallaba en ésa, desde ahora pronostico males incalculables al Perú y tiemblo por la suerte de usted y la de todo hombre honrado. A la verdad, cuando uno considera que tanta sangre y sacrificios no han sido empleados sino para perpetuar el desorden y la anarquía se llena el alma del más cruel desconsuelo». — SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 22.

apoyó en ella para cimentar su gobierno. Esta política fué mirada con malos ojos por los elementos reformadores y determinó un estallido revolucionario que se hizo sentir en Lima y en varias provincias siendo sus caudillos el ex presidente Gamarra, Bermúdez y San Román. Estas insurrecciones fueron sofocadas y Orbegoso pudo entrar en la capital de la república con los honores de vencedor, y promulgar más tarde una constitución ampliando las facultades presidenciales. Esto sucedía a mediados de 1834 y descontentos los caudillos opositores con la política que desarrollaba Orbegoso — eran ellos Gamarra, La Fuente y Salaberri —, se alzaron en armas y provocaron así una guerra larga y sangrienta que obligó a Orbegoso a solicitar la intervención de Bolivia, cuya presidencia estaba en manos del general Andrés de Santa Cruz.

No es de nuestra incumbencia el historiar aquí esta extraña figura de político y de soldado. Digamos solamente que Santa Cruz era boliviano de nacimiento; que sus primeras campañas en la carrera de las armas las hizo bajo el estandarte realista y que caído prisionero en la batalla de Pasco concluyó por incorporarse a las filas patrióticas. San Martín supo utilizar sus cualidades guerreras y lo colocó así al frente de la división argentino-peruana destinada a la guerra de Quito, circunstancia que le permitió distinguirse en el combate de Río-Bamba y en la batalla de Pichincha. La presidencia de Bolivia la ocupaba desde 1828 y desde que asumió el poder no ocultó Santa Cruz los deseos de formar con todas las provincias del Alto y del Bajo Perú una confederación republicana. Las circunstancias de ser llamado por Orbegoso para combatir la guerra civil, le proporcionó una brillante oportunidad para realizar sus proyectos y después de haber derrotado a Gamarra en Yanacocha y a Salaberri en Socobaya entró en Lima donde estableció su gobierno, proclamado protector del Estado peruano.

Estos acontecimientos le proporcionaron a O'Higgins la oportunidad de comunicarse con San Martín, y al hacerlo con fecha 27 de mayo de 1836 le dice: «Ahora concluiré con anunciar a usted que el general Santa Cruz, nombrado protector del Estado sur peruano — en este Estado entraban los departamentos del Cuzco, Puna, Arequipa y Ayacucho — en federación con el Alto Perú o Estado boliviano se espera aquí para mediados de junio próximo y se cree que los departamentos de Lima, Junín y Libertad, bajo el título de estado Nord-Peruano, se unan a la federación expresada, declarando igualmente al expresado general Santa Cruz protector de toda la federación. Diez mil bayonetas apoyan según dicen esta unión y tendrá por consiguiente la aprobación de los pueblos». Y el día 3 de agosto del mismo año: «En este momento en que escribo recibo carta de nuestro amigo el coronel O'Brien, edecán del general Santa Cruz, de fecha 28 del mes pasado de Tarma, en que me dice que se encuentra allí el referido general y no piensa moverse para Lima hasta saber el resultado del nombramiento de

supremo magistrado que va a hacer la asamblea de Huaura. Se supone generalmente que dicha asamblea le nombre presidente o protector de este nuevo Estado que llaman nord-peruano, como se hizo en la de Sicuani del estado sud-peruano. Para presenciar la apertura de la referida asamblea de Huaura y entregar el mando provisorio, ha salido de aquí el día 25 del pasado julio el general Orbegoso de quien se dice sea nombrado vicepresidente de este Estado y muy pronto sabremos el resultado y la verdad de todo que comunicaré a usted por la primera oportunidad favorable que se presente».

Sin dificultad alguna para hacer viable su propósito, el general Santa Cruz llegó a la meta de sus deseos y la asamblea de Huaura lo reconoció a él como protector de la confederación quedando designado presidente de los departamentos que formaban el Estado norte el general Orbegoso y de los que formaban el estado del sur el general Herrera. Cuando esto se produjo, O'Higgins escribióle a San Martín desde Lima con fecha 20 de diciembre de 1836 recordándole que su pronóstico se había verificado y que con la presencia del general Santa Cruz terminarían los males y vendrían días más felices para el Perú. «El general Santa Cruz, escribe textualmente después de llamarlo «general sabio y experimentado», es muy decidido por todos los fundadores de la independencia de la América del Sur y su ilustre nombre, elevado al alto rango de protector del norte y sur del Perú en confederación con Bolivia, lo coloca en posición de hacerlos prosperar y de dar el goce de la paz y tranquilidad que tanto necesita esta patria tan cara» (1).

¿Cómo miró San Martín estos acontecimientos y qué declaraciones arrancaron a su pluma? He aquí lo que a raíz de estos sucesos escribió al nuevo mandatario peruano desde el lugar de su proscripción: «Grandes y terribles males ha sufrido el Bajo Perú después de la terminación de la guerra de la independencia; desgraciadamente, esta calamidad le ha cabido en suerte a todos los nuevos Estados de América, lo que demuestra que son unas mismas las causas que influyen en las agitaciones, pero puede asegurarse, sin temor de equivocarse, que la principal es que sus instituciones no están en armonía con el carácter, educación, castas, religión, ignorancia, etc. de nuestros pueblos. Esto demuestra que un buen gobierno no está asignado sobre la liberalidad de sus principios, pero sí por la influencia que tiene en la felicidad de los que obedecen. En fin, ya que está usted llamado a presidir los destinos de ese desgraciado país, yo le deseo sinceramente, no sólo el que haga desaparecer sus males sino que haga su completa felicidad».

San Martín concluye la carta diciendo: «Hace más de tres años que no he tenido la menor noticia directa de mi amigo el general O'Higgins. Afortunadamente he sabido por el coronel Viel que hace

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 56.

pocos días llegó a París, con procedencia de Lima, se hallaba con salud. Yo faltaría a la amistad si no le recomendara a este bravo patriota y amigo que es muy acreedor a que usted le dispense toda protección» (1).

De más está decir que el protectorado creado por Santa Cruz fusionando en un solo Estado dos repúblicas que tenían su órbita independiente, provocó una viva alarma en los Estados circunvecinos despertando un sentimiento de alerta en el Brasil como en Colombia. Su implantación significaba de hecho la implantación de una hegemonía política en el centro del Continente. Amenazaba ella la integridad geográfica de las Provincias Argentinas y al mismo tiempo comprometía la estabilidad económica de la República de Chile. Por esta razón el jefe de las Provincias Argentinas o sea el general Rosas, respondió a la actitud de Santa Cruz preparándose para una guerra que se presentaba como inevitable y designó como general en jefe del ejército de operaciones al general Heredia, quien inició su campaña sobre el alto Perú, mientras el general Mansilla, acuartelado en Tucumán, formaba allí un ejército de reserva.

Chile por su parte procedió a hacer otro tanto y el ministro Portales dispuso la formación de un ejército que se instaló en Quillota, bajo las órdenes del general don José Antonio Vidaurre. Portales pasó un día a revisar esas fuerzas, que debían embarcarse en Valparaíso, pero gracias a una conjuración fraguada por un grupo de oficiales, quedó en poder de ellos y declarado prisionero. En el tra-

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 494.

Esta carta, que no tiene fecha, pero que está escrita ciertamente en París, principia así: «No quiero perder la oportunidad de la ida a esa del amable y apreciable don Casimiro Olañeta para escribir a usted estas cuatro letras. Este buen amigo me ha manifestado con frecuencia los recuerdos que le hacía en sus cartas para mí y que siempre he devuelto por el mismo conducto. También le agradezco la lana de vicuña que usted tuvo la bondad de remitirme y aunque ésta se haya extrañado no por esto es menor mi agradecimiento».

El portador de esta carta, o sea el señor Casimiro Olañeta, llegó a Chile en mayo de 1836, y presumimos que desde allí se trasladó a Lima, en donde se entrevistó con Santa Cruz.

Observemos además que aun cuando San Martín le recomendaba a Santa Cruz la persona de O'Higgins, éste ya había comenzado a ponerse en contacto epistolar con el ilustre prohombre chileno desde 1829 a su retorno de Chile. Fué entonces que de retorno de Chile y desde Arequipa, con fecha 3 de febrero escribióle: «De regreso en esta ciudad, del hermoso país de usted, tengo la satisfacción de saludarle y abrir nuestra franca y amistosa correspondencia». Santa Cruz aborda luego el tema relacionado con las convulsiones internas de Chile. Dícele a O'Higgins que ellas son debidas a la falta de unión y respetabilidad al gobierno; pero que a pesar de todo la administración progresa admirablemente y que Chile está haciéndose el centro de la navegación de toda la América del Sur. «Aunque a pesar mío tuve que desprenderme de aquella tierra encantadora y por obedecer a los impulsos de la naturaleza, y porque no se me arguyese de enemigo de mi propio país, felizmente he chancelado con este compromiso. Bolivia, envuelta en todos los horrores de la anarquía y nombrando sus ejecutivos sucesivamente me ha abierto este campo. Hallándome al mando de las fuerzas del sur, es en este destino espero ocupará usted en cuanto guste a su fino y más sincero amigo. *Andrés Santa Cruz*». — VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*, pág. 838.

yecto de Quillota a Valparaíso fué obligado a descender de la gamera que lo transportaba, y en el camino muerto a bayonetazos.

Vidaurre y los oficiales que lo secundaron en este horrible atentado fueron apresados a su vez y fusilados en Santiago en medio de un gran aparato militar.

El presidente Prieto, que tenía en sus manos los destinos de Chile, no se intimidó por la forma trágica en que había desaparecido su ministro y decidióse por activar los preparativos de una guerra que Portales ya tenía decretada y planteada. El 15 de septiembre de 1837 el ejército de Chile se embarcó en Valparaíso y desembarcó tiempo más tarde en las costas peruanas de Arequipa. Notificado Santa Cruz de este desembarque y deseoso de evitar una guerra sangrienta, salió al encuentro de Blanco Encalada y en Paucarpata se entrevistó con el jefe chileno firmando un acuerdo que impidiese el rompimiento de las hostilidades. El proceder de Blanco Encalada no mereció la aprobación de su gobierno y Chile procedió a la formación de un nuevo ejército que colocó bajo las órdenes del general Bulnes y que se embarcó para las costas del Perú en Valparaíso el 10 de julio de 1838. Estas tropas expedicionarias desembarcaron en Ancón en los primeros días de agosto, y después de librar un reñido combate con las fuerzas de Santa Cruz, el 21 de ese mismo mes, hacían su entrada en Lima.

El 20 de enero de 1839 en los campos de Yungay se encontraron los dos ejércitos beligerantes. La batalla librada en ese día fué larga y reñida, pero después de cinco horas de combate la victoria se decidió por el ejército de Chile y el general Santa Cruz después de dejar en el campo de batalla más de doscientos oficiales, muchos prisioneros, el parque, sus banderas y todo el equipaje que conducía el ejército, se puso en salvo buscando un refugio para su persona en el Ecuador. Con la derrota sufrida por él en Yungay, la confederación peruano-boliviana quedó disuelta y como resultado del nuevo orden de cosas, pasó a ocupar la presidencia del Perú el general Gamarra.

Para la exacta comprensión de los acontecimientos que estamos historiando es necesario que digamos aquí que antes de producirse este conflicto armado entre las repúblicas de Chile y del Perú el general Freire ya desterrado de su patria había intentado suplantarlo a Prieto en el gobierno. Para esto y con complicidad de las autoridades peruanas organizó en el Perú un ejército de desembarco y desde el Callao se dirigió sobre las costas chilenas a mediados de junio de 1836. Sus buques insurrectos fueron sorprendidos por la escuadra chilena en las aguas de Chiloé y el general Freire capturado e internado antes que pudiese practicar su intento. «Por los papeles públicos, le decía O'Higgins a San Martín comentando este suceso, habrá visto usted la desgraciada suerte de Freire, coronel Puga, Urbistondo, etc. Ellos fueron embarcados, se dice, para las islas de Nueva Zelandia en un buque de guerra chileno, el que

ha regresado a Valparaíso sin poder traslucir con certeza el punto, isla o continente a que los hayan confinado. Pero sí, lo que es cierto, como lo habrá usted sabido antes de ahora, es que el ministro del gobierno que los expatrió, don Diego Portales, está bajo tierra, habiendo sido fusilado en un motín militar en el camino de Valparaíso a Quillota, donde estaba el campamento expedicionario capitaneado por un Vidaurre, jefe de confianza del desgraciado Portales. Vidaurre marchó inmediatamente a atacar la guarnición de Valparaíso y estas y aquellas milicias tuvieron un encuentro cerca del castillo del Barón. Vidaurre fué derrotado, tomado prisionero y fusilado con siete más de su séquito. Este jefe era capitán de una de las compañías del n° 7 de Chile, que se sublevó en Rancagua en que hizo de caudillo en este cuerpo en la sublevación del año 23. Aun hay más que notar: acabamos de saber que don Diego Benavente, casado con la viuda del finado don José Miguel Carrera y cabeza permanente de este partido, que nos dió tanto quehacer en la guerra de la independencia, ha sido preso por orden del presidente Prieto y puesto a bordo de un buque de guerra chileno en el puerto de Valparaíso. Se dice también que como éste era presidente del senado se han suscitado cuestiones ruidosas entre este cuerpo y el gobierno, acaudillando a una parte de senadores aquel famoso Gandarillas que usted no olvidará porque es tuerto y además de esta señal de naturaleza se señaló tanto en sus escritos como aun lo hace contra los fundadores de la independencia americana».

En esa oportunidad O'Higgins le dice a San Martín «que Blanco Encalada está en la precisa y necesaria medida de adoptar y aceptar la paz que últimamente le ha ofrecido de muy buena fe el general Santa Cruz». Dícele igualmente «que el gobierno de Buenos Aires vería en la tragedia de Portales frustrados sus planes de atizar la tea de la discordia entre Chile y los Estados peruanos, reconociendo al mismo tiempo su impotencia de encender en la guerra también fratricida los pueblos de Tucumán y Salta que no han querido obedecer sus temerarios mandatos». Concluye por declararles después de asentar en forma categórica que el gobierno de Buenos Aires tendrá que avergonzarse de su declaración de guerra a la confederación: «Once meses han corrido de gastos excesivos en aprestos militares, creación de escuadra y aumento de tropas por una y otra parte, y en estado tan violento la pobreza misma será el mejor garante para la paz deseada por todos. En el día nadie recibe ni el mismo protector más de ciento cincuenta pesos mensuales de sueldo y a proporción los demás empleados» (1).

¿Qué impresión causaron en el ánimo de San Martín estas comunicaciones, o cómo encaró él el nuevo drama que iba a ensangrentar una parte de América? Antes de dar a conocer al desnudo el modo

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 64.

como San Martín encaró tales acontecimientos, digamos que ni él ni O'Higgins estaban debidamente capacitados para conocer los planes siniestros que perseguía el nuevo protector del Perú. El protectorado peruano servía de máscara a una hegemonía política, y esta hegemonía traía como consecuencia inmediata un desequilibrio político en el Continente. Esto, y no otra cosa, era lo que querían evitar — y con justa razón — los gobiernos de Buenos Aires como de Santiago.

Volviendo pues a las declaraciones que aquellos acontecimientos arrancaron a San Martín, he aquí cómo él se expresaba desde París en carta a O'Higgins, escrita el 3 de diciembre de 1837: «Nada, le escribe en ese entonces, absolutamente nada, dicen los papeles públicos del estado de la guerra entre el Perú, Chile y Buenos Aires. Yo espero que la muerte del ministro Portales contribuya poderosamente a restablecer la paz, que jamás debió alterarse, porque los resultados de esta guerra no serán otros que el de contraer nuevos empeños en lugar de dedicarse a hacer desaparecer los males causados por la guerra de la independencia afirmando el orden y prosperidad de cada Estado. Yo espero, mi buen amigo, que usted tendrá la satisfacción de contribuir a la terminación de una guerra, no sólo sin objeto, sino desastrosa para todos. Ya habrá usted sabido la violenta prisión de O'Brien en Buenos Aires; en el momento que lo supe he escrito a todos mis amigos, no sólo para que se la hagan más llevadera sino para que empleen su influjo en su libertad» (1).

Desde que se rompieron las hostilidades, O'Higgins, deseoso de impedir que siguiese adelante una guerra a la cual él la llamaba «la guerra portalina», intervino como un elemento de conciliación entre las dos partes adversas, no ocultando en modo alguno sus simpatías por el general peruano a quien su patria consideraba como un peligroso enemigo. «Hace quince años que tengo el honor de conocer al general Santa Cruz, le decía él al general don Manuel Bulnes, con fecha 11 de noviembre de 1838, y en estos últimos he tenido también muchas oportunidades de saber sus opiniones políticas y no me detendré en decir que éstas, en lugar de ser hostiles, son muy amigables a la prosperidad de Chile. Diré finalmente que si no estuviera plenamente convencido de esta verdad no hubiera jamás pensado en interponer mis servicios para terminar la desgraciada contienda que ha existido ya por demasiado tiempo».

«Nunca había creído, le contestó Bulnes, que estábamos más cerca de terminar nuestra contienda por un avenimiento que en las circunstancias actuales. Una sola cuestión grave podía alejar la paz y ésta parecía terminada desde que el general Santa Cruz había ofrecido pública y solemnemente no violentar a los pueblos del Perú para que adoptasen la confederación sino por el contrario dejarlos en completa libertad para decidir de su suerte. Aprovechando esta

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 61.

feliz oportunidad se ha propuesto por parte del gobierno de Chile un medio de concluir inmediatamente la guerra admitiendo la misma promesa de aquel jefe; pero he recibido el triste desengaño de ver que un ofrecimiento tan explícito y notificado al universo en los papeles oficiales del gobierno protectoral no debía entenderse en un sentido obvio y como suena sino de un modo que en último resultado significase que los pueblos del Perú habían de querer precisamente confederación» (1).

No es de nuestra incumbencia el historiar aquí en sus pormenores las alternativas diversas por que pasó este conflicto. Nos basta decir que finalizó él con el desenlace que ya conoce el lector, agregando además que durante este largo y doloroso proceso, O'Higgins no olvidó a su amigo ausente y lo sirvió con su solicitud habitual, al par que lo ponía al corriente de los acontecimientos del día.

El 3 de agosto de 1836 le hace saber así que llegó a sus manos la carta de que ha sido portador el señor Mendeville. «Fué un día de grande regocijo, dice textualmente, a toda esta su casa el saber de su buena salud después de dos años que nada habíamos sabido, y se creía generalmente no estuviera usted en París. La amabilidad del señor Mendeville nos permitió, principalmente a mi hermana Rosita, cuantas investigaciones acerca de usted debían satisfacer tan larga ausencia. Por desgracia no pudo mi señora — alude a su madre — participar de la vista de su recomendado el señor Mendeville porque hacía días que estaba enferma en cama, pero ahora ya mejorada me encarga diga a usted mil cosas como igualmente Rosita» (2).

En esa misma oportunidad, hácele saber que el general don Ramón Freire ha salido furtivamente del Callao en la *Monteagudo* el día 8 de agosto, con una gavilla de desesperados; que con ese buque y con el bergantín *Orbegoso* se dirigen a la isla de Juan Fernández para sacar de allí los prisioneros que se encuentran encarcelados por delito de asesinato, robos y salteos; y que, según los rumores circulantes, unos dicen que desembarcará en Talcahuano, otros en Chiloé o en Valdivia. «Véalo usted convertido en pirata, agrega, y en caudillo de bandidos al héroe del año 23, al titulado capitán general, empleo conferido por sí mismo, habiendo sido preciso borrarle a mí de la lista militar para que resaltase en él más este título. Lo llamo pirata porque no va autorizado por gobierno ni pueblo alguno; los dos buques relacionados fueron vendidos en subasta pública o arrendados por este gobierno como consta de avisos publicados con antelación en el *Redactor* y por consiguiente puestos a la vela, sin conocimiento ni autorización alguna del gobierno del Perú. Sin embargo, siempre recelo que a pesar del requerimiento de causa criminal que continúa aquí contra los cómplices por orden

(1) VICUÑA MACKENNA. *Vida del Capitán don Bernardo O'Higgins*, pág. 864.

(2) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 51.

del gobierno, suscite en Chile motivos de quejas y desavenencias que pueden hacerse hostiles por falta de inteligencia en que a pesar de no mezclarme jamás en cosas políticas, tendré que trabajar no poco primero porque a Chile debo mi nacimiento, y al Perú una hospitalidad y distinción que jamás tendré cómo corresponder. Es pues, un deber mío, pagar mi deuda por toda clase de esfuerzos por la paz y tranquilidad de ambas naciones llamadas por naturaleza a ser tan íntimamente unidas y hermanables como imperiosamente lo ordena su mutua prosperidad» (1).

Con posterioridad, O'Higgins vuelve a ocuparse de Freire y al hacerlo le dice a San Martín: «El general Freire, que en el año 23 guiado de la inexperiencia y de su fatal fiebre de mandar que ha infectado a nuestra patria común, cortó el hilo de los progresos y glorias que elevaban a Chile tan eminentemente, ya sabrá usted fué hecho prisionero con toda su expedición, sin tirar un solo cartucho. Está condenado a muerte por el tribunal que juzgó de su causa y de la de sus compañeros el coronel Puga, Urbistondo y otros de sus satélites revolucionarios del año 23, pero creo y me complazco en esperar sea perdonado de la pena de muerte, así como yo también lo he perdonado de todas veras por la revolución y persecuciones que me hizo; se dice será mandado a San Fernando por diez años». Y luego: «El ministro de Chile, el señor Portales, se ha valido de este suceso para romper con el Perú y se agita una clase de guerra que si no se corta en sus principios acarreará gravísimos males a Chile y al Perú, destinados por la naturaleza a vivir fraternalmente comunicándose mutuamente sus sobrantes productivos de la agricultura que evidentemente marchaba en progreso de pagar la deuda nacional de ambas repúblicas. Tiene usted al célebre almirante Blanco bloqueando con su escuadra montonera, compuesta del *Aquiles* y de la corbeta *Valparaíso*, al Callao y con la *Monteagudo*, y otro bergantín, al río Guayaquil donde se encuentran dos buques de guerra peruanos».

O'Higgins aprovecha esa oportunidad para decirle a San Martín que el gobierno protectoral ha tocado y no se cansa de tocar todos los medios que están a su alcance para adquirir la paz con Chile; que ha recurrido a la mediación de los agentes consulares de Francia, de Inglaterra y de Norte América; y que el señor Martiny, ministro de Francia, ha entregado al general Santa Cruz en Bolivia la distinción de gran oficial de la Legión de Honor. «Con este motivo, dice después, ha aprovechado el protector esta bella ocasión de que entregue al gobierno de Chile las comunicaciones que tienen por objeto invitarlo a que se ventilen y decidan por el arbitraje expresado las contiendas que se agitan. Se espera con ansiedad la contestación». O'Higgins concluye: «Se opina que el ministro Portales no se conforme con nada, porque habiéndose dispuesto para

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 53.

la guerra teme su caída en la paz. ¡Quiera la bondad de la alta Providencia tocarle el corazón para que se arrepienta de encender las guerras y enemistades que conducen a la última ruina a nuestra común patria! A los que nada les ha costado y quieren elevarse sobre las ruinas de los que se sacrificaron por su caro suelo poco les importa el honor nacional, la prosperidad de la América, y la pública tranquilidad porque no teniendo títulos para gobernar y dar anchura a sus aspiraciones quieren por la fuerza sobreponerse a la razón y a la justicia» (1).

Entrando en los asuntos privados relacionados con San Martín, O'Higgins le declara en esa oportunidad que su apoderado don Mariano Alvarez le había escrito lo suficiente sobre las altas y bajas a que estaba sujeta su pensión. «Pero yo creo, le escribe, que el presente gobierno del general Santa Cruz pondrá un término a tan degradante desorden y que del Perú saldrán ejemplos de orden que no dudo trascenderán a las demás secciones no contando con Buenos Aires que padece una enfermedad tan desconocida, que por la misma razón ningún remedio puede aplicársele. Me ha indignado demasiado la conducta del gobierno de Buenos Aires demostrada en la quitada del empleo de su digno hijo político. Estos actos de ingratitud y de vergüenza son casi siempre precursores de la poca estabilidad de los que mandan porque la opinión pública, aunque sea sofocada por la fuerza, abomina la injusticia y al fin triunfa de la barbarie y de la opresión» (2).

San Martín contestó a estas comunicaciones de O'Higgins diciéndole al hablar de Freire que jamás lo había creído «capaz de hacer a su patria el funesto presente de la anarquía y desolación, pues eran consecuentes si la suerte no hubiese desbaratado sus criminales planes. De todos modos el resultado ha sido comprometer a su patria en una guerra que por felices que sean sus resultados la envolverán en grandes empeños y atrasarán su prosperidad naciente. La previsión de usted ya me la anunciaba como igualmente su resolución de emplear todos sus esfuerzos para evitarla entre dos Estados llamados por su relación política y comercial a mantener una amistad inalterable».

Dícele San Martín que esa carta se la remite por intermedio de don Miguel de la Barra que ha permanecido muchos años encargado de los negocios de Chile en Europa y que ha sido reemplazado por el señor Rosales. «Su separación, escribe, me es sumamente sensible, pues prescindiendo de la amistad que le profesaba era uno de los muy raros enviados de los nuevos Estados de América, cuya comportación, decoro y hombría de bien nos hacía más honor.» San Martín concluye diciendo que los fríos del invierno le hicieron abandonar su retiro de campo, pero que al día siguiente regresará

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 57.

(2) *Ibidem*.

a él para no salir de ese rincón hasta que el horizonte que presente Buenos Aires sea tal que le permita regresar a aquel país para dejar en él sus huesos.

El 27 de febrero de 1838 se dirige nuevamente a O'Higgins y se queja de la violación que ha sufrido la correspondencia de ambos. «A la verdad, mi amigo, le dice, yo creía que el carácter bien conocido de usted y mío nos pusiesen a cubierto de toda duda sobre nuestros principios para excitar la curiosidad de ningún hombre que tenga algún regular sentimiento de honor. Yo estoy seguro que si Santa Cruz fuese informado de este atentado hecho no a nosotros, pero sí a la confianza pública, haría un ejemplar con el despreciable curioso que aunque usted no me dice nada, supongo yo será algún empleado subalterno de la aduana del Callao» (1).

La victoria de las armas chilenas en Yungay tuvo lugar el 20 de enero de 1839 y el 21 de abril O'Higgins perdió a su señora madre, anciana ya de setenta y cinco años, cumpliendo él los sesenta. Este desenlace avivó en el héroe proscrito las ansias del retorno a la tierra nativa y éstas se avivaron mayormente cuando el senado chileno, pagando una deuda de gratitud para con el fundador de su nacionalidad, lo reintegró por decreto del 8 de agosto de ese mismo año en el grado de capitán general con los honores y prerrogativas correspondientes.

Una enfermedad cardíaca obligó a O'Higgins a abandonar a principios de 1841 su hacienda de Montalván y se trasladó a Lima en donde dejó de existir el 24 de octubre de 1842.

(1) La carta de cuya violación se queja San Martín, contenía la que él le había dirigido al general Orbegoso con fecha 18 de octubre de 1836. En ésta San Martín le decía al mandatario peruano: «Lejos de confirmarse una pronta paz como usted me anuncia en su última, los periódicos han anunciado la salida de la expedición de Chile. Dios ponga un término a esta guerra cuyos resultados no serán otros que agravar los males de los Estados beligerantes.

«El presente invierno ha sido uno de los más rígidos que se han experimentado hace muchos años. A pesar de esto, yo y mi familia hemos gozado de buena salud. Mi hijo partirá pasado mañana para Buenos Aires como le anuncié a usted en mi última remitida por el señor de Villamil, en diciembre pasado. Yo espero que su viaje sea feliz y que su primera empresa comercial tenga los mejores resultados, fiado en su honradez y actividad». Concluye San Martín esta carta diciéndole a Orbegoso que hace cinco años que no recibe carta de don Mariano Alvarez, que en la carta que le habían interceptado iba una para él y que disculpa su silencio por saberlo lleno de fuertes ocupaciones.

La última carta de San Martín a O'Higgins que conocemos está datada en Grand-Bourg el 2 de abril de 1842. En ésta le dice que está sin noticias de él desde hace tres años, que por el ministro de Chile en París y por el cónsul francés en Concepción sabe que está gozando de cumplida salud, pero que como la suya no lo era así, se vió obligado a buscar en el pasado invierno un clima más templado que lo ha repuesto completamente. Esta carta se la remitió por intermedio de don Gregorio Gómez y al hacer alusión a su portador le dice a O'Higgins: «Honrado como el que más, y amigo sincero y constante, he aquí la persona que le recomiendo, igualmente que a la amable Rosita, estando seguro que tratarán a mi amigo con el mismo interés que si fuese a mí mismo. Mi pequeña familia goza de buena salud. Ella me encarga para usted y mi señora doña Rosita sus afectuosos y sinceros recuerdos, suplicándole los dé a mi nombre al caballero Alvarez y demás amigos». SAN MARTÍN. *Su correspondencia*, pág. 63.

Para San Martín, la muerte de O'Higgins significaba la pérdida de su mejor amigo y cuando la noticia de tan luctuoso acontecimiento llegó a su oído, la pena lo sumergió en un profundo dolor. «Su carta de pésame a doña Rosa O'Higgins, escribe don Benjamín Vicuña Mackenna, es un grito desgarrador del corazón que llora y en ella además le dice que la fatal noticia le ha postrado en cama» (1).

Sólo la muerte, como se ve, tuvo la virtud de romper en vida una amistad que se había prolongado inalterable durante veintiocho años de trato y de colaboración desinteresada y recíproca. Esta amistad había nacido como nacen las amistades que unen a los guerreros, en una tienda de campaña. San Martín descubrió a O'Higgins y O'Higgins descubrió a San Martín en el éxodo doloroso producido por el pueblo chileno después de Rancagua, y en plena Cordillera el entonces gobernador e intendente de Cuyo extendió su brazo y le brindó su amistad al héroe en desgracia.

Dos caudillos, O'Higgins y Carrera, se disputaban en aquel entonces la hegemonía de la revolución chilena. Forzoso le fué a San Martín el acordar su preferencia a uno u a otro caudillo y guiado del sentido del acierto con que la naturaleza lo había dotado para no equivocarse en la elección de sus hombres, acordó su preferencia al que había sabido posponer lo personal a lo colectivo, el desafío a la muerte, a la fuga o a la cobardía vergonzante ante el peligro.

De esta actitud de San Martín, nació ciertamente el odio carrerino, que lo persiguió a él como lo persiguió a O'Higgins; pero nació igualmente la franca y estrecha solidaridad de intereses con que la revolución del Plata y la de Chile se solidarizaron con nuevos vínculos para hacer posible aquella campaña libertadora del Perú, de cuya suerte o desgracia estaba pendiente el destino de América.

Es doctrina corriente, en los historiadores de ultra cordillera, el presentarnos a O'Higgins como a un hombre de pureza moral, pero de escasa resolución, fácil a la influencia extraña y, por lo tanto, sin carácter y sin personalidad. En el sentir de su propio biógrafo, O'Higgins era un hombre que necesitaba del sostén, del consejo, y casi del dominio de un espíritu más resuelto o más suspicaz que el suyo. «En los primeros años de la revolución, escribe textualmente don Benjamín Vicuña Mackenna, habían sido su guía, en lo polí-

(1) Por grande que ha sido nuestro empeño para encontrar esta carta ella nos sigue siendo desconocida. El profesor Julio Saavedra, respondiendo a nuestros deseos, la ha buscado entre el Archivo que perteneció a don Benjamín Vicuña Mackenna en compañía del señor Donoso. Este archivo existe en la Biblioteca Nacional de Santiago, pero por desgracia la carta en cuestión no figura entre los otros documentos autógrafos del insigne publicista chileno. Según nuestro corresponsal, en el forro interior de la carpeta que contiene estos documentos se lee de puño y letra de Vicuña Mackenna una inscripción en la que éste declara que regaló a San Martín treinta cartas que habían pertenecido al archivo de O'Higgins.

Basados en este antecedente, podemos afirmar que las cartas en cuestión son las que hoy figuran en el archivo de San Martín y que desde Brunoy, en donde las guardaba la nieta del prócer, pasaron a manos del general Mitre, en cuyo archivo actualmente se guardan los originales.

tico, Miranda y el doctor Rosas, en lo militar Mackenna, amigo de su ilustre padre. Dominóle en seguida por completo San Martín, después la logia, más tarde un abogado diligente y sagacísimo, que había sido encarnizado realista, fiscal de persecuciones en 1814, quien tan a prisa ganóle la fácil voluntad que en tres años era ya — cosa increíble en aquel tiempo — su privado sin rivales, su ministro, su todo, el chillanejo Rodríguez».

Pues bien, diremos nosotros, San Martín dominó a O'Higgins a no dudarlo, pero lo dominó como domina la razón al instinto, lo que es superior a lo que es subalterno, lo que es absoluto en el orden de la acción a lo que es relativo en la esfera de la misma. Sin jerarquía, lo heroico es incomprensible. Esta jerarquía, Chile la necesitaba para el logro de su reconquista y O'Higgins — y con O'Higgins la masa de los emigrados chilenos — se plegó a San Martín, sin reparos, con una fe absoluta en el jefe ínclito y con esa docilidad que es fruto del bien y que el bien impone.

Nadie conoció a O'Higgins mejor que San Martín y debiendo definirlo un día, el solitario de Grand-Bourg lo hizo diciendo en homenaje del soldado chileno y de su colaborador decidido en sus campañas continentales: «En O'Higgins hay mucho más cera que acero». Con esta frase San Martín significaba la grandeza del hombre y demostraba que si era grande su espada era más grande el corazón de donde esta espada recibía su impulso.

CAPITULO XI

San Martín y su amistad con el Marqués Aguado

SUMARIO: Un personaje de raro mérito. — Alejandro Aguado y su foja de servicios militares en España. — Aguado en la Plana Mayor del mariscal Soult. — El soldado convertido en hombre de negocios y en banquero de Fernando VII. — Aguado abandona la banca y se entrega a la administración de su gran fortuna. — Su casa de la *rue Grange Batelière*. — Aguado al frente de la comuna de Evry. — Su matrimonio con Carmen Victoria Moreno y sus hijos. — Viaje de Aguado a la Península. — Reales órdenes relacionadas con su seguridad. — El castillo de Petit-Bourg, comprado por Aguado. — Esta propiedad en tiempos de Luis XIV. — Luis XIV y el duque de Antan. — Luis XVI y el castillo de Petit-Bourg. — Mejoras que introduce en su fábrica Alejandro Aguado. — Al construirse el camino de hierro entre París y Fontainebleau, Aguado abandona Petit-Bourg. — Mensaje que le dirigen los comarcianos para que no se aleje. — Contestación dada por Aguado. — Viaje de Aguado y su fallecimiento en España. — Cuándo y dónde San Martín y Aguado se conocieron. — Encuentro de San Martín con Aguado, según Sarmiento. — Pormenores apuntados por San Martín relativos a su amistad con Aguado. — Aguado, según San Martín, «hombre singular». — Albaceazgo de San Martín instituido por Aguado. — Antecedentes que explican el reconocimiento para con Aguado. — Una bancarrota sufrida por San Martín. — Rebaja que sufre su pensión. — Decreto del general Orbegoso sobre los haberes atrasados de San Martín. — Un decreto convertido en letra muerta y el presidente Castilla. — San Martín nunca fué un potentado. — Aguado en auxilio de San Martín. — San Martín y la compra de dos fincas. — La compra de la finca sita en Grand-Bourg. — Descripción de esta propiedad. — La casa que compró San Martín en París. — Cómo y con qué recursos pudo llevar a cabo San Martín la compra de una y otra propiedad. — Lo que escribe Sarmiento y lo que escribe Vicuña Mackenna. — Nuestro recurso a lo hipotético. — Mariano Balcarce facultado por San Martín para el cobro de su sueldo y gestión de sus intereses. — Balcarce en Buenos Aires, en Mendoza y en Chile. — Cobros y negociado que pudo haber realizado Balcarce. — Aguado, puntal económico para San Martín. — La bolsa de Aguado. — San Martín imitando a Cincinato y no a Crespo.

Las páginas que estamos escribiendo quedarían incompletas si no nos detuviésemos a estudiar en ellas a un personaje de raro mérito y a quien la suerte le tenía reservado el desempeño de un papel protector, por así decirlo, durante el ostracismo de San Martín.

Era éste el señor don Alejandro Aguado y Ramírez, conocido en el mundo blasonero de la época con el título de marqués de las Marismas del Guadalquivir, y que además de gozar de gran predi-

camento en España, lo gozaba igualmente en la corte de Francia, país elegido por él para su residencia definitiva.

Alejandro Aguado era hijo del conde de Montelirios, y había nacido en Sevilla el 29 de julio de 1784, en donde pasó los primeros años de su infancia hasta que el 26 de febrero de 1798 sentó plaza de cadete en el regimiento de infantería de Jaén. En este regimiento, Aguado permaneció tres años, cuatro meses y quince días, con el referido grado, y en ese mismo regimiento fué ascendido a subteniente el 13 de julio de 1801, y el 12 de septiembre de ese mismo año al de teniente.

La foja de servicios que nos da a conocer estos pormenores, — foja que ha caído en nuestras manos en nuestras búsquedas documentales en los archivos de la Península — nos lo presenta incorporado al regimiento de voluntarios de Campo Mayor en Sevilla, por orden de la junta el 8 de junio de 1808. Esa misma foja lo señala como jefe de escuadrón al servicio de S. M. C. el 23 de julio de 1810, y con el grado de coronel el 18 de abril de 1812.

El 1º de junio de 1801, Aguado distinguióse por sus servicios en el fuerte de Santiago, durante el combate que sostuvo en aquel entonces la escuadra inglesa con la francesa, como igualmente en Badajoz durante la guerra de España con el Portugal. Este mismo documento nos dice que Aguado permaneció dos años en el campo atrincherado de Gibraltar y tres años en la plaza de Ceuta. Por razón de su carrera, tocóle tomar una parte muy activa en la batalla de Tudela, en el Paso de Logroño, en Carrascosa, en Santa Cruz de la Zarza, en Tarancón y en Vélez, por cuyas acciones mereció elogios por parte de la junta. En 1811 hizo la campaña de Extremadura, tomó parte en el sitio y en la toma de la plaza de Olivenza y de Badajoz, en la batalla de Albuera y en la acción que tuvo que sostener la caballería inglesa con el general La Tour Maubourg. Su valor se desplegó igualmente en la Venta del Baúl y en las cargas llevadas por la caballería peninsular contra las tropas del general Soult.

Este bravo y distinguido oficial actuó igualmente en el sitio de Sevilla en 1812, donde según su foja de servicios «tuvo algunas pequeñas acciones de guerra» finalizando sus servicios militares en la Península con la retirada de Andalucía, con el cañoneo que se llevó a cabo frente de Salamanca, y con otros episodios más que no es del caso citar.

Después de estos hechos de armas, producida la ocupación militar de la Península, Aguado entró a figurar en la plana mayor del mariscal Soult con el grado de ayudante de campo de dicho mariscal, y al producirse la retirada del ejército francés en 1815, optó él por abandonar definitivamente la carrera de las armas, pasando a París, en donde se instaló, después de haberse conquistado la confianza y la estima de Fernando VII, quien lo hizo su banquero.

En ese momento de su carrera, Aguado tenía 31 años de edad,



RETRATO DEL MARQUÉS DE LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR,
DON ALEJANDRO AGUADO
(Galería del duque de Montmorency, París).

y después de haberse distinguido como soldado, comenzó a distinguirse como hombre de negocios en el mundo de la finanza. En 1823, llevó a cabo, o financió mejor dicho, un empréstito de 500.000 pesos fuertes en pro de la Península. En 1828, cuando Francia e Inglaterra exigieron del Gabinete de Madrid el pago de sumas considerables a que estos dos países se creían acreedores, vista la resistencia que oponía España, Francia la amenazó con una nueva ocupación militar. En ese momento Aguado intervino para llegar a un arreglo, y éste se obtuvo suspendiéndose el pago de los intereses por parte de la tesorería española. Estos servicios rendidos por Aguado a su patria premiólos Fernando VII condecorándolo con el título de marqués de las Marismas del Guadalquivir.

Tiempo más tarde, el ilustre magnate optó por abandonar la Banca y por entregarse totalmente a la administración de su gran fortuna, avaluada en esa época en unos cincuenta millones de francos. Aguado, que a pesar de ser un potentado, era un espíritu culto y generoso, se distinguió por la largueza de sus dones, y apenas hubo pasado los Pirineos, comenzó a proteger la ciencia, las artes y las letras. Bajo los auspicios de Aguado se publicaron en París varios periódicos y además de fomentar varias publicaciones de cultura, por mucho tiempo figuró entre los comanditarios de la Opera.

Su casa de la *rue Grange Batelière* era una de las más suntuosas de París, y atraía la curiosidad de sus visitantes por la riqueza y variedad de obras de arte que llenaban su galería. En 1829, Charles Gévard dió a la publicidad en París un hermoso álbum, reproduciendo algunas de las obras pictóricas que formaban la colección Aguado. Los ejemplares de este álbum son raros, pero hemos tenido entre nuestras manos el que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, y al examinarlo hemos podido leer al pie de los grabados respectivos los nombres de Rafael, de Rubens, del Tiziano, de Rembrandt, de Van Dick, del Correggio, de Tintoretto, de Murillo, de Zurbarán, de Morales, de Ribera, del Greco, de Sánchez-Coello, de Pacheco y de Fernández Navarrete, llamado el Mudo.

En 1828, Aguado fué agraciado por Luis XVIII con la cruz de la Legión de Honor, y al mismo tiempo se le extendió por cancillería su carta de ciudadanía francesa, pasando a ocupar el puesto de intendente de la comuna de Evry, en cuyo desempeño se conquistó la estima de sus comarcanos. El gobierno comunal de Aguado en la localidad referida se extendió desde el año de 1831 a 1840. Durante su administración, fundó allí una escuela de niños y niñas — el edificio subsiste aún y en él se encuentra instalada la municipalidad —, y la piedra fundamental de este edificio colocóla el 23 de octubre de 1828, motivando esto una brillante ceremonia en la cual hizo acto de presencia el compositor Rossini. En ese mismo año Aguado donó el terreno para formar el cementerio de Evry y en 1832 procedió a la inauguración del puente colgante que cruza el

Sena, puente que costó la suma de 700.000 francos oro. Al puente se le conoce en el día de hoy con el nombre de Puente Aguado, y el día de su inauguración demostró su largueza haciendo llegar el óbolo de la caridad a los pobres.

De su matrimonio con la señora Carmen Victoria Moreno, le nacieron tres hijos. Fueron éstos Alejandro, Olimpio y Onesipo.

Con fecha 11 de junio de 1829, Fernando VII le otorgó el título de marqués de las Marismas, y al hacerlo declaró que quería con ello recompensar los particulares servicios que don Alejandro Aguado había prestado al monarca. Según disposición del otorgante, este título se hacía extensivo a los hijos de Aguado, a sus herederos y sucesores, razón por la cual, al fallecimiento del poderoso magnate el título de marqués de las Marismas del Guadalquivir vino a recaer en su hijo primogénito Alejandro Aguado ⁽¹⁾.

Después de haber recibido este favor y deseoso de cumplimentar al Monarca, Aguado se trasladó a España. La noticia de su viaje determinó en la Península una serie de providencias, y es así como el ministerio de Hacienda se dirigió con oportunidad al secretario del ministerio de Guerra para hacerle saber que el banquero de la real caja de amortización, don Alejandro Aguado, estaba próximo a llegar a Bayona en compañía de otros comerciantes de gran cré-

(1) En su real orden S. M. Fernando VII declara que en virtud de ese título el marqués de las Marismas del Guadalquivir gozará de todas las honras, gracias, franquicias, libertades, exenciones, preeminencias, prerrogativas y mercedes «que se guardan y deben guardar a los otros marqueses de estos mis reinos». Textualmente se dice en ella: «y si de esta mi carta y de la gracia y merced en ella contenida Vos el nominado don Alejandro Aguado o qualquiera de vuestros sucesores en el expresado título de marqués de las Marismas del Guadalquivir quisierais o quisiere mi carta de privilegio o confirmación, mando a mis Concertadores y Eseribanos Mayores de los privilegios y confirmaciones y a mi Mayordomo, Canciller y Notario Mayores y a los otros mis Oficiales que están en la tabla de mis sellos, que os la den, libren, pasen y sellen». — *Archivo Histórico Nacional. Madrid, sección de Consejeros, Leg^o 8.980, nº 347.*

Dado este antecedente, doña Isabel II, con fecha 13 de abril de 1852, extendió una real orden, disponiendo que don Alejandro Aguado, por fallecimiento de su padre el marqués de las Marismas del Guadalquivir, continuase en la posesión y goce de este título.

El hijo primogénito de Aguado se inició en la carrera de las armas entrando en la escuela militar de Saint-Cyr. Después de haber figurado con distinción en el regimiento de caballería, trocó la carrera de las armas por la de la diplomacia, y pasó a figurar como agregado a la embajada de Francia en Viena, y luego en Florencia. La esposa de Alejandro Aguado llamábase doña María de la Luz Rojas. Era una dama de alta cultura y de gran distinción. Estas cualidades, como su heráldica, le permitieron una larga figuración en la corte de Francia, como dama de honor de la emperatriz Eugenia.

Al fallecimiento de Alejandro Aguado, acaecido el 22 de abril de 1875, su hija doña Josefa Aguado de Rojas, por disposición de Alfonso XII entró en posesión y goce del título que pertenecía a su padre. Este título fué no el del marqués de las Marismas del Guadalquivir, sino el de conde de Montelirios, que era el de su bisabuelo; «en su consecuencia encargo, dice el Monarca, a mi muy cara y amada Hermana la Princesa de Asturias, y mando a los Infantes, Prelados y Grandes y Títulos del Reino, Presidentes y Magistrados del Tribunal Supremo y de las Autoridades, Gobernadores de las provincias, Jueces, Alcaldes, Ayuntamientos y demás autoridades, Corporaciones y personas particulares a quienes corresponda que os reciban y tengan por tal Condesa de Montelirios; os guarden y hagan guardar las

dito, y esto para que el referido ministerio le facilitase las escoltas que Aguado necesitase para «la completa seguridad de su persona en el tránsito desde la frontera a la corte».

El 1º de mayo de 1830, el general O'Donnell se dió por notificado, y desde su capitanía general de Castilla en Valladolid, declaró que había tomado las disposiciones del caso para que don Alejandro Aguado hiciese ese tránsito debidamente escoltado.

Aguado permaneció en España hasta principios de 1831, y cuando decidió partir se extendió una real orden relacionada con la seguridad de su persona. En esta real orden, que lleva fecha 22 de febrero de 1831, se dice textualmente: «El Rey nuestro Señor ha resuelto que a don Alejandro Aguado, que sale mañana a las tres de la madrugada camino de Francia, se le facilite la escolta de nueve hombres montados, del escuadrón ligero de Madrid, que le acompañarán en partidas de a tres hombres, apostándose la primera entre la puerta de Fuencarral y Chamartín, y las otras dos a una legua de distancia una de otra» (1).

Cuando Aguado se decidió por este viaje a la Península, figuraba ya como uno de los más grandes terratenientes de Francia. Además de poseer varias casas en París, poseía distintas fincas en puntos cercanos o lejanos a la capital, pero su finca favorita, o sea la que le merecía toda su solicitud, era la del castillo de Evry Petit-Bourg, que comprara en el año de 1827, y que por encontrarse a veinticinco kilómetros de París, entre las barrancas del Sena y la ruta de Fontainebleau, le permitía alternar sus funciones urbanas con los esparcimientos de un gran señor.

La historia hace remontar los orígenes de esta propiedad a los años de 1639, siendo en aquel entonces el tal castillo un patrimonio del arzobispado de París. De manos de la Iglesia pasó luego a poder de un escribano, más tarde al abate de Larrivière, concluyendo por adquirirlo en 1695 el marqués de Montespán, cuyo verdadero nombre era el de Athenais de Rochechouart.

En tiempo de Luis XIV el castillo en cuestión ya había cambiado de dueño y pertenecía al duque de Antan. Fué entonces que él se puso de moda y llegó a todo su apogeo. En compañía de Mme. de Maintenón, el gran monarca francés abandonaba de cuando en cuando Versalles y se dirigía a Petit-Bourg para pasar en esta pro-

honras, preeminencias y prerrogativas que gozan y deben disfrutar los demás títulos del Reino sin diferencia alguna».

El marqués de las Marismas del Guadalquivir, o sea don Alejandro Aguado, es el bisabuelo del actual duque de Montmorency. La madre de éste se llamaba Carmen Aguado y era biznieta del poderoso magnate. Así nos lo da a conocer el Duque citado en carta que obra en nuestro Archivo. Observemos que el duque de Montmorency publicó en París en 1821 un pequeño volumen intitulado: *Lettres sur l'Opéra* (1840-1842). Estas cartas comprenden toda la correspondencia que mantuvo en aquellos años el marqués Aguado con el señor La Baume, administrador de la Opera, teatro por cuyo progreso económico y artístico se interesaba vivamente.

(1) *Archivo Militar de Segovia.*

piedad señorial sus esparcimientos. Cuéntase que el bosque que rodeaba al castillo era tan tupido, que un día Luis XIV se dirigió al duque de Antan y le observó que aquella arboleda le cerraba a él toda perspectiva. El duque guardó silencio; pero guiado de su complacencia cortesana, trató de excogitar el modo que le permitiese complacer al Monarca. Con tal motivo, en un día dado reunió el mayor número posible de leñadores. Señalóle a cada uno de éstos un árbol y después de hacerlos hachar debidamente en su tronco, dispuso que los leñadores se mantuviesen en sus puestos, esperando su orden para tirar de la cuerda que cada uno tenía en sus manos.

Hechos estos preparativos se dirigió al Monarca y le invitó a pasearse por el parque. Luis XIV aceptó la invitación como lo hacía de costumbre, y apenas se hubo enfrentado con los árboles que tanto le mortificaban, dirigióse a su cortesano y le dijo: «*Que ce bois me déplaît!*» El duque, que ya estaba preparado para oír esta queja, la oyó sin reproche, pero le contestó: «Majestad, los árboles desaparecerán». En el acto procedió él a la señal convenida con los leñadores, y tirando éstos de sus cuerdas, rodaron por el suelo los árboles que desagradaban al Monarca. La duquesa de Borgoña, que se encontraba en la comitiva, sorprendida por la teatralidad de la escena se dirigió a Luis XIV y le dijo: «*Ne demandez jamais nos têtes a Monsieur d'Antan; il serait capable de les faire tomber tout de suite à vos pieds.*»

Cuenta la crónica que el Monarca respondió a esta declaración con una sonrisa, y que luego prosiguió su camino, ponderando la forma ingeniosa con que había sabido rendirle pleito homenaje el dueño y señor del castillo.

Así como Luis XIV fué un asiduo concurrente al castillo de Petit Bourg, lo fué igualmente Luis XVI. En esa época otro noble, el marqués de Poyanne, era su propietario. De manos de Poyanne el castillo pasó más tarde a poder de la Marquesa de Rays y de ésta a Luis Felipe, quien lo dejó en herencia a la duquesa de Borbón, nieta del duque de Enghien. Confiscado durante la revolución francesa, fué comprado más tarde por el mayor de los hermanos Perrin. En 1814 estableció allí su cuartel general el príncipe de Schwartzemberg, general en jefe de los ejércitos aliados, y que desde allí comandaba la plaza de París y de Fontainebleau. En el castillo de Petit-Bourg, Napoleón negoció con Caulaincourt las dos abdicaciones y fué allí también en donde el mariscal Marmon trató con los aliados las condiciones de paz que precedieron a la última abdicación de Napoleón.

Desde que Aguado lo compró en 1827, como queda dicho, se interesó por su restauración, y al mismo tiempo que introdujo en él las mejoras que exigía su fábrica, agrandó su parque y lo embelleció. Dada su gran amistad con Rossini — de su música era Aguado un entusiasta admirador — bautizó con el nombre de sus óperas

los caminos del parque y construyó además a la sombra de su arboleda un pabellón, adonde se retiraba con frecuencia para consagrarse a la pintura, arte que Aguado cultivaba en sus horas de esparcimiento.

Estando en su castillo, el gran magnate fué sorprendido un día por la noticia de que el camino de hierro proyectado entre París y Fontainebleau debía cruzar su heredad. Creyó él que esto constituía no sólo una violación a su feudo señorial, sino una profanación de ese feudo, que le había merecido y le merecía aún toda su solicitud, y en el acto formuló su protesta. Rechazada ésta, Aguado resolvió tomar su revancha, y decidió entonces alejarse de Petit-Bourg, y esto para concluir enajenando esa propiedad.

De más está decir que la noticia de su alejamiento provocó una viva alarma en toda la comarca. Difundida ella, principaron los petitorios y las cartas para hacerle desistir de su propósito, y un buen día, los vecinos de Petit-Bourg redactaron este mensaje, que pusieron en sus manos con gran respeto:

«Monsieur le Marquis. Permettez aux habitants de la commune d'Evry, dont vous êtes le bienfaiteur et le Maire, de vous témoigner leurs alarmes des bruits qui se répandent, que notre belle propriété de Petit Bourg peut changer de maître, nous priver de cet intérêt paternel que vous nous avez témoigné dans toutes circonstances avec cette générosité qui vous distingue si éminemment; l'instruction de nos enfants, nos pauvres soutenus et soulagés, des créations et des réparations à des objets d'utilité publique, attestent ce noble sentiment ainsi que tout ce que vous avez fait en rendant à Petit-Bourg sa royale magnificence et son heureuse influence sur vos administrés. Pénétrés d'une vive reconnaissance, nous venons vous conjurer de nous continuer ces bienfaits en restant au milieu de nous, en renonçant à un projet qui est aussi pénible pour votre cœur, nous rendre la sécurité que ces bruits ont troublé quoique nous n'eussions pas besoin de perdre ce que nous possédons pour l'apprécier, nous en prenons occasion de vous renouveler l'assurance de notre dévouement et la sincérité de nos sentiments.

«Permettez nous d'adresser aussi à Madame la Marquise nos respectueuses sollicitations ainsi que l'expression de notre reconnaissance pour ses bienveillantes dispositions, dont nous avons éprouvé en toute circonstance les bons effets.

«Nous aimons à penser aussi que la circonstance qui vous a contrarié, ainsi que nombre d'autres propriétaires, n'aura pas pour vous toutes les conséquences que vous pouvez craindre pour Petit-Bourg, si bien placé qu'il est possible de tirer encore un parti convenable de sa nouvelle position. Vous savez que nous aussi nous voulions la prévenir.

«Nous attendrons, Monsieur le Marquis, avec confiance et respect ce que vous voudrez bien décider et que cette belle propriété con-

tinuant de vous appartenir nous n'aurons pas à subir le malheur d'être témoins de sa destruction dont on nous menace» (1).

¿Cómo repercutió en su ánimo este petitorio, y en qué términos Aguado formuló su respuesta? He aquí el documento que, firmado por el mismo, nos da la explicación de su actitud: «Je n'ai pu lire sans une vive émotion bien partagée par ma femme l'expression de crainte et de regret que renferme la lettre collective des principaux habitants de la commune d'Evry. Cette démarche de leur part me touche énormément et dans la situation des choses m'est à la fois douce et pénible. Certes, si quelque chose pouvait changer ma résolution qu'ont dû me faire prendre de trop justes mécontentements ce serait le témoignage très flatteur à mes yeux des sentiments exprimés dans la lettre que vous m'avez adressée. Je ne sais encore à quel parti je m'arrêterai pour la conservation ou l'abandon de Petit-Bourg; mais les regrets des habitants de la commune ne pouvaient qu'accroître les miens et j'éprouverai une affliction véritable en quittant un pays où je laisserai de si précieux souvenirs».

Pero a pesar de lo cortés y sentida que era esta respuesta, Aguado ya había resuelto el alejarse de su antiguo dominio, y esto en forma definitiva. Aguado abandonó Petit-Bourg a mediados de 1841, y al año siguiente se trasladó a España para visitar las minas de carbón que tenía en Asturias. En ese año, y en momentos en que se dirigía a Gijón, fué sorprendido por una tempestad de nieve, falleciendo horas después, como en otro sitio lo veremos, en la casa en que se le había acordado hospedaje. Sus restos fueron transportados más tarde a París y sepultados luego en el cementerio del *Père-Lachaise*, en donde se puede contemplar el día de hoy el mausoleo erigido en su memoria.

En el testamento que redactara en París antes de trasladarse a España, designa a San Martín como uno de sus albaceas y además como tutor de sus dos hijos menores. Al mismo tiempo dispone que sus alhajas sean distribuidas, como oportunamente lo veremos, entre éste y los otros albaceas.

Tal es en síntesis el personaje que ha pasado a la historia con el nombre del marqués de las Marismas, y en quien San Martín encontró el mejor apoyo en las horas de su ostracismo. La amistad entre el Libertador y el banquero arrancaba desde el momento en que ambos habían hecho causa común en defensa de la Península. En 1808, como ya se ha visto, Aguado pasó del regimiento de Jaén al regimiento de Campo Mayor, y vino de este modo a sentar plaza en un cuerpo en el cual don José de San Martín se distinguía ya por sus altos y meritorios servicios. Esa amistad prosiguió hasta el momento en que San Martín sintió en su alma los gritos de insurrección y deseando libertar su patria de origen, dejó las costas gaditanas por las del Plata. No sabemos si a partir de ese momento, la

(1) *Archivo de la Municipalidad de Evry-Petit-Bourg.*

amistad que lo unía con Aguado sufrió merma alguna o quedó latente, como quedan todos los grandes sentimientos que se basan en simpatías recíprocas. Lo que sabemos, y así lo afirmamos, es que la amistad de estos dos conmlitones de causa en las guerras peninsulares revivió poderosamente a orillas del Sena, y esto cuando el proscrito de Bruselas optó por dejar la capital de la Bélgica por la del reino de Francia, a espera del momento oportuno de poder trasladarse definitivamente a su tierra. Desgraciadamente carecemos de los documentos históricos que nos permitan precisar la hora de ese encuentro. Sarmiento lo señala en el año de 1824; pero ignora el ilustre publicista que en esa época el gobierno de las Tullerías le cerraba a San Martín las puertas de París, y que éste se veía obligado por tal circunstancia a trasladarse a Inglaterra ⁽¹⁾. Es posible que San Martín y Aguado hayan podido entrevistarse en

(1) He aquí cómo Sarmiento, con más estilo de novelista que de historiador, nos relata el supuesto encuentro de San Martín con Aguado. «San Martín llegó a París en 1824, y mientras hacía una mañana su sencillo y rígido tocador, introducese en su habitación un extraño que lo mira, lo examina y exclama aún dudoso: ¡San Martín!... — Aguado, si no me engaño, le responde el huésped, y antes de cerciorarse estaba ya estrechado entre los brazos de su antiguo compañero de rancho, amoríos y francachela —. ¡Y bien! almorzaremos juntos... — Eso me toca a mí, respondió Aguado, que dejó en un restaurante pedido un almuerzo para ambos. Dirigiéronse luego de la *rue Neuve Saint-Georges* hacia el *boulevard*, y andando sin sentir y conversando, llegaron a la plaza *Vendôme* a la puerta de su soberbio hotel en cuyas gradas lacayos con libreas tenían en bandejas de plata la correspondencia para presentarla al amo que llegaba. San Martín se detuvo en el primer tramo y mirando con sorpresa a su amigo, le dijo: ¡Serás tú el banquero Aguado?... — Hombre, cuando uno no alcanza a ser el Libertador de medio mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero. Y riendo de la ocurrencia y echándole Aguado un brazo para compelerle a subir, llegaron ambos a los salones casi regios, en cuyos muelles cojines aguardaba la señora de la casa».

«Desde entonces San Martín y Aguado — agrega Sarmiento —, el guerrero desencantado y el banquero opulento, se propusieron vivir y tratarse como en aquella feliz época de la vida en que ningún sinsabor amarga la existencia. Establecióse San Martín en Grand-Bourg, no lejos de París, y a sólo algunas cuadras de distancia del *Château Aguado*, mediando entre ambas heredades el Sena, sobre el cual echó el favorito de la fortuna un puente colgado de hierro, don hecho a la comuna, servicio al público; comodidad puramente doméstica para él, y facilidad ofrecida al trato frecuente de los dos amigos. Por largos años, los paisanos sencillos del lugar vieron sobre el puente Aguado, en las tardes apacibles del otoño, apoyado sobre la baranda y esparciendo sus miradas distraídas por el delicioso panorama adyacente, aquel grupo de dos viejos extranjeros; el uno célebre por aquella celebridad lejana y misteriosa que ha dejado lejos de allí hondas huellas en la historia de muchas naciones, el otro conocido en toda la comarca por el don inestimable con que la había favorecido. Murió Aguado en los brazos de su amigo, y dejó encargada a la pureza y rigidez de su conciencia la guarda y distribución de sus cuantiosos bienes».

— *Obras completas*. Tomo III, pág. 276.

Es de nuestro deber el rectificar aquí todos los errores contenidos en las líneas transcritas. Por de pronto San Martín y Aguado no pudieron encontrarse en París en 1824, porque en esa época, como queda dicho, San Martín se trasladó del Havre, no a París, sino a Londres. Además, el puente colgante a que aquí se alude, fué construido por Aguado antes de su encuentro con San Martín e inaugurado en 1833, y esto no para una comodidad «puramente doméstica» y para el servicio del banquero y del Libertador, como así lo da a entender Sarmiento, sino para servicio del público. Este puente no unía la propiedad de Aguado con la de San Martín. Lo que unía y une aún actualmente es la orilla derecha con la orilla izquierda del Sena. La propiedad de San Martín, de la cual nos ocupamos en estas páginas,

1828, cuando San Martín pasó por París en su viaje de Lille a Marsella, o acaso en el mismo Bruselas en que San Martín vivía, dada la facilidad que Aguado tenía para desplazarse. Lo que no cabe duda es que ambos se encontraron para afianzar su amistad en modo definitivo, en 1830, cuando San Martín dispuesto a abandonar Bruselas se dirigió a París, al producirse el advenimiento de la dinastía orleanista. Desde entonces, la vieja amistad se tradujo en una completa efusión de sentimientos, tanto por parte de San Martín como por parte de Aguado. La historia no está por desgracia en posesión de todos aquellos pormenores relacionados con este momento histórico en la vida de San Martín. Con todo, podemos afirmar que el nuevo encuentro entre el Libertador y el banquero sirvió para una estima recíproca, llegando San Martín a encontrar en el ex camarada de regimiento un apoyo verdaderamente consolador en sus horas de prueba. Una carta de San Martín a don Miguel de la Barra, residente en Chile, así nos lo testimonia. Era precisamente el 22 de julio de 1842, cuando al tomar la pluma San Martín le dice al personaje citado: «Ya habrá usted sabido, le dice San Martín, la muerte repentina en Asturias de mi mejor amigo, el señor Aguado, el 12 de abril. Por su testamento me nombra no sólo su primer albacea, sino también tutor y curador de sus dos hijos menores en consorcio de la madre. Usted sabe cuáles eran los infinitos títulos de reconocimiento que yo tenía de este buen amigo. Debe suponer lo imposible que me será sin la espantosa nota de ingratitud, declinar su última voluntad y hacer todo lo que dependa de mí para llenar su confianza. Aun más, hasta después de su muerte ha querido demostrarme la amistad que me profesaba dejándome heredero de todas las joyas y condecoraciones de su uso particular. Concluída esta sagrada misión que me ha encargado, quedaré en libertad para ir a ésa, y tener la satisfacción de presenciar la pros-

colindaba con la de Aguado, y entre una y otra no existía otro límite de separación que el que puede existir entre dos fincas colindantes.

Sarmiento incurre en un grave error al decirnos que Aguado murió en los brazos de San Martín. Aguado murió en Asturias, y la muerte que señala Sarmiento sólo hubiera sido posible si San Martín, como los taumaturgos, hubiese estado dotado del don de la ubicuidad.

El encuentro de San Martín con Aguado, en la forma que lo relata Sarmiento, ha sido aceptado por todos sin beneficio de inventario. El propio don Benjamín Vicuña Mackenna lo acepta así, y con ligeras variantes lo transcribe en su biografía sobre San Martín. He aquí cómo se expresa al tratar este punto el historiador chileno: «Las relaciones del general americano con el célebre Aguado, el archimillonario marqués de las Marismas, fueron de una índole peculiar. Ambos habían sido camaradas en su juventud y servido en el mismo regimiento. Uno y otro no se habían tampoco perdido de vista en el huracán de las revoluciones que comenzaron con el siglo. El teniente Aguado sabía que el teniente San Martín había sido el campeón de la independencia en Sud América y a su vez, el último no ignoraba que el primero desaguando pantanos, marismas en Andalucía, se había hecho uno de los más pudientes capitalistas de Europa, pero por esto mismo y porque era español San Martín no le buscaba. Y ésta a su vez fué la razón por que le buscó el Marqués presentándose una mañana súbitamente en su habitación y echándole los brazos».

peridad y orden de ese sensato pueblo, contraste bien remarcable con el resto de los nuevos Estados americanos. Pasado mañana parto con la familia para Dieppe para tomar los baños. La de Aguado irá igualmente con los dos muchachos y estaremos de regreso para mediados del entrante. Yo hubiera deseado permanecer hasta fines del mes, pero las atenciones de la testamentaría no me lo permiten» (1).

El albaceazgo instituido por Aguado en la persona de San Martín era ciertamente un lujo, pero un lujo a su vez explicable dado que sólo él había sabido abrir su mano generosa para salvar de la miseria al Libertador austral del nuevo mundo. San Martín no olvidó tamaño servicio y en 1842 cuando se vió solicitado por sus amigos de Chile para allí retirarse y allí concluir sus días le escribió a Zenteno, uno de los que lo llamaban con más apremio: «No son las ventajas pecuniarias las que me decidían a fijar mi residencia en Chile y sí las que dejo expuestas. Hace pocos años que mi situación fué sumamente crítica en Europa. Ella fué tal, que sólo la generosidad del amigo que vengo de perder me libertó tal vez de morir en un hospital. Esta generosidad se ha extendido hasta después de su muerte dejándome heredero de todas sus joyas y sus diamantes cuyo producto me puso a cubierto de la indigencia en el porvenir» (2).

Pero para explicarnos debidamente el reconocimiento de San Martín para con su amigo Aguado es necesario que recordemos aquí ciertos antecedentes relacionados con los recursos financieros del héroe. Como lo recordará el lector, cuando San Martín se vió autorizado por el senado peruano para trasladarse al extranjero en diciembre de 1823, por tesorería se procedió a la liquidación de sus haberes y con tal motivo se le entregó una letra de crédito sobre Londres por la suma de quince mil pesos. En esa suma figuraba lo que se le adeudaba hasta esa fecha y se le incluía además una cantidad de dos mil seiscientos ochenta pesos que figuraban en concepto de anticipo por sueldos a devengar. Con esos fondos y con lo que le redituaba su casa de Buenos Aires, como con lo que le redituaba igualmente su finca de Mendoza o sea su chacra de Los Barriales, San Martín vivió los primeros años de su ostracismo. Recordemos a propósito lo que entonces le escribía a Guido ponde-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 197. — El señor Miguel de la Barra, a quien se dirige San Martín en esta carta, había sido por muchos años encargado de negocios del gobierno de Chile. El señor de la Barra permaneció en ese puesto hasta el año de 1837 y fué entonces que lo reemplazó el señor Javier Rosales. Cuando esto se produjo, San Martín le escribió a O'Higgins: «Su separación me es sumamente sensible, pues prescindiendo de la amistad que le profesaba, era uno de los raros enviados de los nuevos Estados de América cuya comportación, decoro y hombría de bien nos hacía más honor. El me ha ofrecido hacer llegar a manos de usted esta carta, luego que llegue a Valparaíso. Si alguna vez tuviese que pasar a Lima, se lo recomiendo a usted como uno de mis mejores amigos». — *Archivo de San Martín*, tomo X, pág. 59.

(2) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 225.

rando su holgura: «Ha de saber mi amigo que con los cinco mil pesos anuales que me da la casa de Buenos Aires soy el hombre más poderoso de la tierra porque usted sabe que yo no tengo caprichos y porque usted no ignora qué vivo con frugalidad» (1).

Pero si esto sucedía en 1826, a fines de 1828 habían cambiado por entero las circunstancias y la suma indicada le resultaba insuficiente para sus necesidades y para atender los gastos que exigía la educación de su hija. El Perú por de pronto ya no le pagaba su pensión; ni de Chile, ni de Buenos Aires recibía emolumento alguno por los servicios que allí prestara a la causa de la libertad y habiéndose declarado la guerra entre las Provincias Argentinas y el imperio del Brasil, San Martín se vió obligado a soportar la desvalorización que por dicha causa sufría la moneda argentina. Deseoso de remediar este estado de cosas decidió trasladarse al Plata y así lo hizo a fines de 1828. Eran sus propósitos llegar a Buenos Aires y después de haber desembarcado allí dirigirse a Mendoza donde se confinaría en su finca durante dos años, tiempo que calculaba él suficiente para que su hija, que quedaba en Bruselas, terminase su educación, y tiempo igualmente suficiente para mejorar su hacienda y hacerse de nuevos auxilios. Pero como ya lo sabe el lector, San Martín se vió en la necesidad de modificar su plan y en lugar de desembarcar en Buenos Aires desembarcó en Montevideo en donde permaneció hasta abril de 1829. Desde allí y dirigiéndose a su amigo Guido le dijo: «He realizado cinco mil pesos en metálico con el sacrificio que usted puede ver con el cambio del día. Con ellos y con lo que me reditúa mi posesión pienso pasar al lado de mi hija los dos años que necesita para concluir su educación. Finalizado este tiempo regresaré en su compañía al país, bien resignado a seguir la suerte a que se halle destinado. Esta es mi esperanza; sin ella y sin el sueño, como dice un filósofo, los hombres dejarían de existir» (2).

La suma con que San Martín retornó a Europa como se ve, para afrontar allí sus necesidades, era parsimoniosa y al poco tiempo de encontrarse viviendo en el viejo mundo se vió abocado de nuevo a una situación bastante estrecha. Hasta entonces no había formulado San Martín pedido alguno al gobierno peruano reclamando ya fuese su pensión ya sus sueldos; pero forzado por las circunstancias acordóse que en 1822 había abonado él al comandante Gutiérrez de la Fuente la suma de mil pesos y tratándose de un pago hecho en nombre del Estado trató de remediar su situación reclamando su reintegro, y dirigiéndose al mismo Gutiérrez de la Fuente a quien lo sabía elevado a la presidencia de la República. Al mismo tiempo le escribía a O'Higgins y le decía: «Yo estoy seguro que él hará en la triste situación en que me encuentro los esfuerzos posi-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 517.

(2) *Ibidem*, t. X, pág. 25.

bles para mejorarla. Por parte de usted estoy bien persuadido empleará toda su actividad y la del amigo Alvarez para remitirme algún socorro lo más pronto que le sea posible pues mi situación a pesar de la más rigurosa economía es cada día más embarazosa».

«Mandé al general La Fuente la carta en que cobra usted los mil pesos, le contestó O'Higgins, que por conducto del señor Cabero se le dieron por cuenta de este gobierno en su comisión a Buenos Aires el año 22. No le encontré en Chile donde residía por haberse embarcado en Valparaíso, según se dice para el Alto Perú y dicha carta volvió a mi poder; pero según algunas luces que posteriormente se me han comunicado hay sospechas de que dichos mil pesos se hayan cobrado por algunos de los que han manejado este asunto. El señor Riglos se halla actualmente en el cerro de Pasco. Se espera aquí y de él procuraré saber lo cierto y obrar como convenga» (1).

Ignoramos qué resultado tuvieron las gestiones iniciadas por San Martín para hacer efectivo este cobro. Lo que sabemos es que en medio de la crisis financiera que venía sufriendo, abandonó Bruselas y se trasladó a París, en donde su suerte no cambió de semblante. Fué entonces que se produjo la bancarrota de su apoderado en Buenos Aires — bancarrota a la cual acabamos de hacer alusión — y que lo hubiera colocado en una mala postura a no encontrarse de por medio la persona de Aguado.

Es en esa misma circunstancia y terminando su carta a Ribadeneira que San Martín escribe: «Sobre este particular le escribo a mi apoderado y amigo el doctor don Mariano Alvarez a fin de que, sin perder momentos, me remita cuatro mil pesos de lo que haya cobrado o cobre a cuenta de la pensión de nueve mil pesos anuales que el primer congreso tuvo la generosidad de señalarme; doce mil pesos me es deudor el gobierno por fin del presente año. Yo no exijo más que cuatro mil para poder salir de esta incómoda situación y poder regresar a mi país para ver si no acordándose de mí puedo pasar el resto de mis días en tranquilidad. Yo no dudo un momento que el gobierno del Perú accederá a la solicitud de mi apoderado, como tampoco de que su amistad contribuirá en lo que pueda por su parte al mismo fin» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 35.

(2) SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 288.

He aquí lo que en su monografía *Las Cuentas del Gran Capitán*, escribe el general Mitre: «Al abandonar para siempre el Río de la Plata realizó la venta de la casa donada por la nación, la cual le produjo poco a causa de la depreciación del papel moneda en que le fué pagada. Esta casa y cinco mil pesos abonados por el Estado para conservación de ella, según una cláusula de la donación, es todo lo que San Martín recibió de la República Argentina además de la pensión a su hija, en premio de sus históricos servicios».

Es de lamentar que el ilustre historiador no haya fundamentado debidamente este aserto. Nuestro propósito no es el de desautorizarlo, pero sí debemos decir que en 1831, como el propio San Martín lo declara, era él poseedor en Buenos Aires de dos fincas. ¿Cuáles eran estas fincas? A no dudarlo la una era la casa que el

San Martín no recibió los cuatro mil pesos que reclamaba, pero recibió tres mil y cuando sus libramientos llegaron a su poder le dijo a O'Higgins: «Un millón de gracias a usted y al amigo Alvarez por esta oportuna remesa. Ella no sólo me ha proporcionado satisfacer parte de los nuevos empeños que había contraído en mi persona y larga enfermedad sino que también ha contribuido a realizar mis más deseadas esperanzas». Estas esperanzas no eran otras que la de casar debidamente a su hija, acto que San Martín pudo hacer efectivo a fines de 1832 gracias al auxilio que sus amigos solícitos le remitieron cobrando una parte de la deuda que con él tenía ya contraída el Perú. A partir de ese momento, San Martín comenzó a recibir periódicamente su pensión, pero reducida ésta a la mitad o sea a cuatro mil quinientos pesos en lugar de nueve mil, medida que en modo alguno estimó censurable. Cuando se enteró de ello, por el contrario, escribióle a O'Higgins: «La rebaja que se ha hecho de la mitad de mi pensión la creo justa y los alcances de tres mil setecientos que resultan los olvidaría si continúan pagándome en proporción de los demás empleados» (1).

Al subir al poder en 1836 el general Orbegoso lanzó un decreto para que se le liquidasen a San Martín sus haberes atrasados y de acuerdo con el pago íntegro de su pensión. Circunstancias que no es del caso explicar convirtieron el tal decreto en letra muerta, como dice Balcarce, y sólo en 1849 el presidente Ramón Castilla intervino para que el Perú pagase su deuda a San Martín. Cuando San Martín se enteró de las solicitudes con que encaraba este asunto el nuevo mandatario peruano escribióle: «Un millón de gracias por sus francos ofrecimientos. Yo los creo tanto más sinceros cuanto

congreso argentino le había donado a San Martín por sus victorias de Chacabuco y de Maipú y la otra la que pertenecía a su hija recibida por ésta en herencia al fallecimiento de su señora madre. Esto es evidente cuando recordamos que Vicuña Mackenna en 1878 escribió lo siguiente: «Cuando el proscrito voluntario de la América redimida juzgó suficientemente asegurada la educación de su hija ocupóse de su porvenir. Había heredado esta niña de sus abuelos una casa valiosa en Buenos Aires que aún conserva y el general juzgó necesario trasladarse al Plata para organizarse una renta permanente con aquella propiedad».

Es evidente a todas luces, como se ve, que en 1831 San Martín no había vendido ni una ni otra finca. San Martín no nos habla en modo alguno de su venta y sólo nos dice, como así lo consigna en su carta a Guido, que en 1829 y antes de retornar a Europa con gran detrimento de sus intereses, sólo pudo realizar la suma de cinco mil pesos.

Creemos además que Mitre no está en lo cierto cuando declara que en ese entonces se le pagó a San Martín la suma de 5.000 pesos que se le adeudaba por parte del Estado argentino, suma que este Estado había decretado para la restauración de su casa. Precisamente esta suma se le entregó al apoderado de San Martín en 1824 —lo era en ese entonces su cuñado don Manuel Escalada— y distribuida ella en dos partidas, como así lo declara don Manuel Ricardo Trelles, de 2.500 pesos cada una. Si estos 5.000 pesos le fueron entregados en 1824 no podemos creer que lo hubieran sido en 1829 como lo afirma Mitre.

El dato de Trelles que aquí consignamos se registra en el informe que en su carácter de archivero de la nación, presentó el 16 de junio de 1874 dando a conocer los distintos emolumentos pagados a San Martín por concepto de sueldo y a su hija María Mercedes Tomasa de San Martín por concepto de su pensión.

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 26.

son hechos a un hombre que por su edad y achaques es de una entera nulidad. Yo los acepto para una sola cosa a saber, rogar a usted que los alcances que resulten de los ajustes de mi pensión hechos por esas oficinas, puedan, si es de justicia, ser reconocidos por el Estado, pero con la precisa circunstancia que nada será satisfecho hasta después de mi fallecimiento en que mis hijos encuentren este cuerpo de reserva para su existencia».

«Todas las liquidaciones de las oficinas de Hacienda, contestóle Castilla, hechas de la asignación que tiene usted señalada en el tesoro peruano, han sido mandadas reconocer en el acto como deuda nacional, y si alguna hubiese pendiente, dispondré se haga lo mismo para cumplir los deseos que sobre esto me manifiesta.

«Desde que mando el país ha recibido el apoderado de usted cada mes de mano del habilitado de la Inspección General su haber, que no dudo habrá remitido a usted» (1).

Como se ve por lo dicho en la exposición que precede, San Martín no fué nunca un potentado. En los primeros años de su ostracismo contó con lo suficiente para vivir su vida espartana, y en 1827, cuando la suerte se le presentó adversa, abandonó su retiro de Bruselas, y retornó al Plata para volver de allí trayendo consigo escasos auxilios. El dolor y el hambre, por así decirlo, no tardaron en presentarse nuevamente a sus puertas. Esto sucedió cuando se encontraba instalado en París, y fué entonces que vino en su auxilio el marqués Aguado para remediar sus necesidades y acaso también para cambiar su destino. Fué a raíz de aquellos días lúgubres y dolorosos que San Martín le escribió a O'Higgins: «Y bien, mi amigo, todos esos ejemplares han labrado en mi corazón un tal tedio a toda sociedad que hace tres años que vivo en este desierto — San Martín hacía alusión a Grand-Bourg en donde había fijado su residencia — muy contento con no tener la menor relación con ninguna persona excepto con mi bienhechor. Este es un tal Aguado, el más rico propietario de Francia, que sirvió conmigo en el mismo regimiento en España y a quien le soy deudor de no haber muerto en un hospital de resultas de mi larga enfermedad. En fin, dejemos este asunto. El no hace otra cosa que atacar mis nervios que se hallan en un estado muy irritable».

Esta declaración de San Martín nos obliga a detenernos en un punto relacionado con su vida privada, y que no ha sido tratado hasta el día de hoy debidamente por ninguno de sus historiadores.

Cuando San Martín decidió trasladarse de Bruselas a París en 1830, no entraba en su ánimo el afincarse en la capital de Francia. Sus deseos eran terminar la educación de su hija y regresar a Buenos Aires, y así se lo declaró a varios de sus amigos en las distintas cartas que en ese entonces salieron de su pluma.

Este retorno a sus lares, por así decirlo, lo subordinaba a una sola

(1) *San Martín. Su Correspondencia*, pág. 301.

condición, y era ésta la de ver restablecida la pacificación en su patria. Desgraciadamente esta pacificación no se produjo en la forma que lo deseaba el ilustre proscrito, y fué entonces que, dispuesto a prolongar su ostracismo, procedió a la compra de dos fincas, sitas la una en los alrededores de París y la otra en el corazón de la misma metrópoli.

Por lo que se refiere a la primera de estas dos propiedades, San Martín fijó su elección en el lugar conocido con el nombre de Grand-Bourg, y esto por encontrarse enclavada dicha localidad en los dominios comunales de Aguado. La compra de esta finca llevóla a cabo San Martín el 25 de abril de 1834, y según el título de propiedad que publicamos como primicia documental — como publicamos en lámina aparte el plano de esta propiedad — la casa, en el momento de la venta, pertenecía al señor Francisco Berlier, ex-oficial superior del cuerpo de Ingenieros del Rey. Al decir de este mismo título, la finca comprada por San Martín se encontraba ubicada cerca de *Ris*, en la comuna de Evry, sobre el Sena, y por extensión de esta misma comuna en el departamento de Corbeille. Su extensión era de 68 áreas y 30 centiáreas.

Según la declaración presentada por el señor Berlier ante el notario Jonquoy de Corbeille, la casa tenía su entrada por la reja que formaba la puerta cochera de la finca y se componía ella de un piso bajo y de dos pisos altos. En la planta baja se encontraban el salón, el comedor y la cocina. En el primer piso alto había cinco habitaciones y en el segundo tres habitaciones sin contar el granero ni la habitación del servicio. El documento que nos ilustra, nos habla además de una cochera, de una caballeriza, de un patio en cuyo centro se encontraba un pozo con su respectivo brocal, de un pabellón convertido en capilla y de las dependencias del jardinero en el ala derecha de la propia casa. El techo de ésta era de pizarra y la propiedad en toda su extensión se encontraba protegida de un muro que al mismo tiempo fijaba sus linderos. De este modo la casa que el documento en cuestión llama «*petite maison*» venía a tener como límites: por el norte la *rue de Grand-Bourg*, por el sur un terreno perteneciente al señor Paternot, por el este una avenida que nacía en la *rue de Grand-Bourg*, y por el oeste una callejuela que, arrancando en esa misma calle, en plano inclinado venía a desembocar en las orillas del Sena.

Por esa casa como por los dos lotes que en esa misma oportunidad comprara al señor Berlier, San Martín pagó la suma de 13.500 francos ⁽¹⁾.

(1) El primero de estos lotes se componía de 29 áreas y 6 centiáreas y se encontraba situada en Mallomoivraux, cerca de Grand-Bourg; el segundo era tan sólo de cinco áreas y 11 centiáreas, situado igualmente en el territorio de Evry y en Grand-Bourg. Es oportuno el observar aquí que el día 5 de junio de ese año de 1834, y a los dos meses de haber procedido a esta compra, San Martín se trasladó a Corbeille y procedió allí a la inscripción de esta finca en el Registro de la Pro-

Presumimos que San Martín inmediatamente de producida esta compra o tiempo más tarde, introdujo algunas modificaciones y mejoras, pues al producirse su venta en 1849, como se verá en el documento respectivo, las dependencias internas estaban distribuídas en la siguiente forma: Planta baja: salón, comedor, antecomedor, baño y cocina. Primer piso alto: cinco dormitorios y tres habitaciones para criados. Su parte externa fué mejorada igualmente, pues además de sus árboles frutales poseía en ese entonces su huerta, su jardín, su invernáculo, su bodega, un patio sombreado por plantas y arbustos diversos y otras dependencias secundarias que no es del caso citar ⁽¹⁾.

Un año más tarde y con fecha 25 de abril, San Martín se decidió por comprar una casa en París y con este propósito fijó su elección en una finca sita en el n° 1 de la *rue Neuve Saint-Georges*. La calle de la referencia principiaba en aquel entonces en la *rue Saint-Lazare* y terminaba en la plaza *Saint-Georges*, hoy conocida con el nombre de *Place de Gavarni* en homenaje al artista que allí vivió. Era ella la prolongación de la *rue Saint-Georges*, que a su vez tenía su punto de partida en la *rue de Provence*. Por esta elección San Martín vino a encontrarse cerca de la casa que ocupaba Thiers, como igualmente de la de Ledru-Rolland, que era su vecino. ¿Por qué razón, podemos preguntarnos, se decidió San Martín por la finca de la referencia? A nuestro entender sólo lo guió un deseo, y fué éste el encontrarse cercano al marqués Aguado, cuya residencia señorial se encontraba en la *rue Grange Batelière*, a un paso de los bulevares.

La casa esta pertenecía en aquel entonces al señor Bernard Thirion, y figuraba como interesado en una mínima parte de su valor, un tal Schnetz. La casa había sido construída por el señor Thirion en un terreno que en 1830 comprara él a la sociedad *Rugieri y Saint Georges*. Gravada ella con distintas hipotecas, se ordenó su venta

piedad. Para llenar este requisito fijó su domicilio en aquella localidad en casa del abogado Magniant, que vivía en la *rue Grandes Bordes*, n° 1. La inscripción fué llevada a cabo por el escribano Lefranc. De esta inscripción en el Registro de Hipotecas, se pasó nota al Procurador del Rey, y dióse luego publicidad en el *Journal Administratif, Judiciaire et Commercial* de Corbeille en su número correspondiente al 11 de junio de 1834. En el número de este periódico, que se encuentra anexo al título originario firmado por San Martín en su carácter de comprador, y de Berlier en su carácter de vendedor, el notario Huillier ha escrito de su puño y letra: «Annexé a la minute d'un compte rendu regu par Me Huillier qui en a gardé minute et son collègue notaire à Paris soussigné aujourd'hui vingt-huit janvier mil huit cent trente-cinq. Huillier et Jonquoy».

La casa comprada por San Martín en Grand-Bourg había pasado ya por diferentes propietarios: el señor Berlier la había comprado al señor Gabriel Francisco de Bernecourt, barón de Bernecourt y teniente general de los ejércitos del Rey. Este a su vez la había comprado a la señora Carlota Rameau, viuda de José Benito Suvée. El primer propietario fué Ana-María Duvivier. La construcción parece remontar a fines del siglo XVIII, pues en el título de propiedad, como lo verá el lector, el primer traspaso de esta finca aparece registrado en el 26 de marzo de 1776. — Ver: *Apéndice, documento G*.

(1) Ver: *Apéndice, documento G*.

judicial, y a esta venta, representado por el señor Pasturin, abogado de profesión, se presentó San Martín en abril de 1835 como comprador. El 21 de agosto de ese año, el tribunal civil de París reconoció esta compra, y al entrar en su posesión San Martín se comprometió a pagar las hipotecas existentes. La compra la hizo por la suma de 140.200 francos, que pagó en dos cuotas. La primera fué depositada el 23 de septiembre del mismo año, y representaba ella la cantidad de 79.000 francos. La segunda, o sea la que integraba el total de los 140.200 francos, la abonó dos días más tarde, o sea el 25 de septiembre.

Pero expuestos estos antecedentes, se presenta a nuestra curiosidad una cuestión y es la siguiente. ¿Cómo y con qué recursos pudo llevar a cabo San Martín la compra de una y otra propiedad? Ni en los documentos de San Martín, ni en ninguna otra fuente histórica de la época, hemos podido encontrar dato o referencia alguna que nos permitiese apuntar aquí una respuesta categórica. Sin embargo, por lo que se refiere a la propiedad de Grand-Bourg, el punto lo podemos considerar como dilucidado, si se tiene en cuenta lo que al respecto nos dice don Domingo Faustino Sarmiento: «San Martín, declara éste, se estableció definitivamente en Francia, en las vecindades de la pobre aldea de Grand-Bourg, a las márgenes plácidas del Sena, a donde hizo que se le reuniese la única hija de doña Remedios Escalada, su esposa. En Grand-Bourg, el general San Martín era simple padre de familia, cultivador solícito de una pequeña heredad que había comprado con una buena cuenta del gobierno del Perú y huésped afable de cuantos americanos solicitaban el honor de tratarlo en sus viejos años» (1).

Como se ve, en el decir de Sarmiento, la compra de esta finca llevóla a cabo San Martín «con una buena cuenta del gobierno del Perú». Vicuña Mackenna no afirma lo mismo, y según él, la compra debió efectuarla San Martín ayudado por Aguado. Veamos como se expresa en este punto el eminente publicista chileno: «Al mismo tiempo vino en su auxilio el opulento banquero Aguado, su antiguo camarada en el regimiento de Murcia, quien en su desgracia le tendió la mano generosa de un amigo. Mediante sus auxilios pudo comprar la pequeña propiedad de Grand-Bourg, pocas leguas al este de París» (2).

Faltos pues de los elementos de juicio para llegar a una conclusión definitiva en lo relativo a estos antecedentes, al entrar en el punto

(1) *Obras completas*. Tomo, III, pág. 314.

(2) VICUÑA MACKENNA: *Revelaciones íntimas*. — En otro lugar, hablando de la adquisición de esta propiedad hecha por San Martín, Vicuña Mackenna escribe: «Habitaba el marqués de las Marismas el verano una residencia de príncipes, llamada *Petit-Bourg*, situada a una hora de camino por ferrocarril entre Fontainebleau y París. San Martín le acompañaba allí con frecuencia, y tal vez por un rasgo de la independencia de su espíritu se decidió a comprar, en la vecindad de aquel castillo, una pequeña casa de campo en el precio de 5.000 pesos, y la cual su hijo político realizó después con una suma inferior. Tal fué la célebre posesión de Grand-Bourg



CASTILLO DEL MARQUÉS DE LAS MARISMAS, EN PETIT-BOURG

El grabado lo reproduce en el estado en que se encontraba cuando lo habitara el referido marqués, y lo visitara San Martín. (*Biblioteca Nacional de París, sección Grabados y Estampas*).



relacionado con la adquisición de la casa sita en París, no nos queda otro recurso que el hipotético. Es éste el que vamos a ensayar, y el que acaso nos permitirá poner en claro la cuestión.

Por de pronto, recordemos que San Martín era propietario en aquel entonces de distintas fincas. En Buenos Aires poseía su casa, y la que había recibido en herencia después del fallecimiento de su esposa. En Mendoza tenía la chacra conocida con el nombre de Los Barriales, y en la ciudad misma un terreno situado sobre la Alameda. Aun cuando la chacra que el gobierno de Chile le había regalado en Mendoza había sido vendida por él en 1820, el comprador no le había entregado su importe, y cuando se retiró para el ostracismo era causa de un pleito, que se prolongó por muchos años. Así como San Martín no renunció sus derechos a esta finca, no renunció tampoco a las solicitudes que siempre le había merecido su finca de Mendoza, y es por esto que con fecha 3 de agosto de 1826, desde Bruselas le escribe al señor Moyano que era su administrador: «Yo creo que usted e Iglesias han dejado de existir, pues las últimas que he recibido, son de abril del año pasado. Esto me tiene con sumo cuidado. Yo tengo dicho a usted que por pretexto alguno haga gastos en la hacienda y que la sostenga con sus productos hasta el año 1828, que sin falta estaré de regreso en ésa. También tengo dicho a usted que no haga gasto alguno en la casa, pues mi objeto es construir otra en terrenos menos salitrosos; esto es, si la hacienda tiene de producir lo que se ha empleado en ella, pues de lo contrario sería un disparate continuar gastando sin utilidad. Sobre este particular ruego a usted me dé su opinión detallada para resolver» (1).

Las cosas se encontraban así cuando a fines de 1832 partió de París para Buenos Aires, en compañía de su joven esposa, don Mariano Balcarce, debidamente facultado por San Martín, para gestionar el cobro de sus sueldos y al mismo tiempo para ocuparse de sus intereses.

Balcarce llegó a la capital argentina a principios de 1833, y el 11 de julio de ese mismo año, presentó al gobierno un petitorio reclamando los sueldos que se le debían a su ilustre padre político. Este petitorio pasó a estudio del jefe de la Contaduría, y luego al examen del fiscal de Estado que lo era el doctor Agrelo. Basado en este dictamen, el gobierno de la provincia elevó un mensaje a

que algunos viajeros antojadizos, guiados sin duda por los honores del gran nombre, han convertido en un palacio, cuando apenas podía considerarse como una choza».

Esta declaración de Vieña Mackenna, en cierto sentido contradice lo dicho por él y ya consignado en este texto. Según su primera versión, San Martín compró la propiedad de Grand-Bourg mediante los auxilios que le prestara Aguado; pero según las líneas que transcribimos, no fué así, y pagó San Martín la suma de 5.000 pesos. Ignoramos cómo era cotizado el peso argentino en aquella época para decir si esta suma es la exacta, y si es la que en realidad de verdad corresponde o equivale a los 13.500 francos que es la suma real pagada por San Martín como consta por el título.

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 182.

la cámara de representantes, y al mismo tiempo le reconoció la deuda contraída por el Estado argentino con San Martín, pero declarando que se encontraba en dificultades de liquidarla «por tratarse de una cantidad considerable y no prevista en el presupuesto de los gastos, para que estaba autorizado en aquel año» (1).

Iniciadas estas gestiones, y a la espera de su solución, Balcarce se trasladó a Mendoza, y estando allí trató de hacer efectivo el mandato que le confiara San Martín. Cuál era este mandato, y en qué forma lo llevó a cabo Balcarce, son puntos que escapan a nuestro esclarecimiento. Con todo, podemos afirmar que Balcarce permaneció en Mendoza un largo tiempo; que según nuestras sospechas pasó a Chile, para entablar reclamos motivados con la chacra que San Martín poseía en Santiago; y que de vuelta a Mendoza, y antes de retirarse de allí para Buenos Aires, hizo una transferencia de cincuenta cuadras de terreno a favor de don Pedro A. Moyano, el administrador de Los Barriales, cumpliendo así la promesa que San Martín le hiciera a Moyano cuando lo colocó al frente de esa finca. Esto lo cumplió Balcarce en nombre de San Martín el 3 de mayo de 1834, y desde entonces el señor Moyano entró en posesión de las cincuenta cuadras que San Martín le transfería. Por lo que se refiere a la chacra, Balcarce no efectuó enajenación alguna. Esta siguió perteneciendo a San Martín, como siguió perteneciéndole igualmente el terreno de la Alameda, que pasó, junto con la chacra, en herencia a su hija.

Dados estos antecedentes o pormenores y partiendo de la base de que Balcarce, al trasladarse de Buenos Aires a Mendoza, lo hacía con el debido intento de mejorar los intereses económicos de San Martín, cabe en el terreno de lo lógico el suponer que, estando allí, realizó algún negociado, ya vendiendo parte de la hacienda, o ya cobrando sumas atrasadas que por este o por aquel otro concepto aún se le adeudaban al ilustre proscrito.

Esto que realizó en Mendoza, a nuestro entender lo pudo realizar en Chile igualmente. El señor Rodríguez Peña, que había adquirido aquella chacra, le era deudor a San Martín de una parte de sus arriendos. ¿Los cobró Balcarce? Cobrados ellos, ¿giró esas sumas a San Martín, o llevólas consigo a su retorno a Europa? Son éstas como se ve, cuestiones que escapan a un esclarecimiento definitivo; pero si no podemos llegar a este resultado, podemos sin embargo establecer como tesis hipotética que Balcarce retornó a París con

(1) Ignoramos si Balcarce cobró en ese entonces el todo o parte de la suma que reclamaba en su petitorio. Lo que sabemos es que con fecha 16 de febrero de 1874 su esposa, doña Mercedes de San Martín de Balcarce, compareció ante la legación argentina en París y otorgó poder especial a favor del señor don José Antonio Acosta, vecino de Buenos Aires, para que la representase en la reclamación de los sueldos y premio que correspondía a su finado padre el brigadier general de la República Argentina don José de San Martín y esto, como dice el poder, «con arreglo de la liquidación de la deuda civil y militar de la independencia votada por el congreso nacional en la ley del 29 de septiembre de 1873».

un acopio de fondos, y que fueron ellos los que le permitieron a San Martín adquirir su residencia metropolitana.

Pero cualesquiera que sean las hipótesis en este u en aquel otro sentido, es lo cierto que el marqués de Aguado fué para San Martín un puntal económico, como es lo cierto igualmente que San Martín nunca debió un real a persona alguna — solemnemente así lo declara él en su testamento — y que si el ilustre banquero le hizo algunos anticipos no fué en concepto de don, sino en concepto bancario o de préstamo que San Martín pagó religiosamente. Don Benjamín Vicuña Mackenna recuerda a este propóstio que el referido marqués, haciendo alusión a San Martín y a otra persona que figuraba en el número de sus amigos, decía que San Martín y este amigo «habían sido los únicos que no le habían pedido su bolsa».

Concluimos pues estas líneas diciendo al lector que a pesar de haber sido San Martín poseedor de dos fincas en Francia y de otras fincas en América, vivió siempre como un pobre: primero porque su tenor de vida fué espartano y uniforme siempre, y segundo porque en el sentido de la renta sus haberes fueron escasos o nulos.

La circunstancia de adquirir una propiedad en Grand-Bourg y otra en París, le permitió a San Martín el mejorar su suerte de proscrito en el extranjero. Se puso así a cubierto de una existencia peregrina y flotante, y esto no para imitar a Creso en su opulencia, sino a Cincinato, con dulces esparcimientos en la vida de campo.

En otras páginas y en momento oportuno volveremos sobre este tópico, y diremos al lector qué suerte le cupo a la residencia de San Martín en Grand-Bourg, como igualmente a la que tenía en París, y que concluyó por abandonar definitivamente para trasladarse a Boulogne-sur-Mer.

CAPITULO XII

San Martín en su residencia de Grand-Bourg

SUMARIO: Grand-Bourg y su pasado señorial. — Por qué San Martín lo convierte en su residencia favorita. — Carta a su amigo Molina y al general Prieto. — Lo que le escribe a O'Higgins al alejarse de él su yerno Balcarce. — Florencio Balcarce relata en una carta la vida de San Martín. — Desde Grand-Bourg hace saber que desea volver a su patria, pero la desea en paz. — Desea dejar su vieja carcaja (así lo dice él) en una casa de campo en las inmediaciones de Buenos Aires. — Carta de San Martín a don Mariano Alvarez. — La suerte de este amigo y la de O'Higgins. — Persecución que sufre la familia de San Martín, por parte del gobierno de Buenos Aires. — Nueva carta a Alvarez. — Pormenores anotados en ella sobre su vida en Grand-Bourg. — O'Higgins y la visita que en nombre de San Martín le hace el cónsul Mendeville. — Rumor que motiva un incidente de San Martín con el doctor Manuel Moreno, encargado de negocios en Londres. — Carta de Miguel de la Barra a San Martín, sobre el supuesto proyecto de monarquías en América. — Entrevista de San Martín con Olañeta en París. — Lo que le escribe Olañeta. — Catilinaria de San Martín a Moreno. — Contestación dada por Moreno. — Cómo y por qué San Martín da por terminado el incidente. — Carta que a este propósito le dirige a don Tomás Guido. — Represalias tomadas por Moreno con la correspondencia de San Martín. — La sensibilidad de San Martín. — Vida de San Martín en Grand-Bourg. — Su desayuno y sus tareas matinales. — Sus pipas y sus armas. — San Martín carpintero. — El perro que le regalaron en Guayaquil. — Su vestir habitual. — Paseos a caballo por los alrededores de Grand-Bourg. — La mesa de San Martín. — Su gran distracción era la lectura. — Su catálogo y el nombre de sus autores favoritos. — El despejo de San Martín. — Su gallardía en la época de su ancianidad. — Un juicio de A. Gérard. — La mirada de San Martín. — Anécdota a este propósito. — San Martín sigiloso. — Respuesta lacónica dada por él a Sarmiento en uno de sus paseos en Grand-Bourg. — Desplazamientos determinados por su temperamento andariego. — Viajes al mar y a la montaña. — Desde Marsella se dirige al Mediodía de Italia. — Visitas en Italia. — Un viaje por los Pirineos Orientales. — En 1841 Aguado se interesa por que pase a España. — Carta al respecto del ministro Ferrer a Aguado y pasaporte otorgado a San Martín. — Por no ser reconocido como general argentino, San Martín renuncia a este viaje. — Muerte de Aguado y su testamento. — San Martín, albacea y tutor de sus hijos menores. — El legado de las alhajas. — San Martín, el inventario y la testamentaria de Aguado. — Una carta a Zenteno.

Cuando San Martín se decidió por instalarse en Grand-Bourg haciendo de la casa comprada allí su residencia favorita, la localidad de ese nombre había perdido ya el brillo señorial que la distinguiera durante el siglo XVI y aún más tarde. Con todo, subsistían aún las ruinas del viejo castillo feudal, construido en aquella centuria por don Pedro de Longueil, miembro en su época del parla-

mento de París, y uno de los señores feudales más poderosos de la región.

El villorrio que lo era Grand-Bourg, se componía tan sólo de un pequeño conglomerado urbano, realzado él como lo está en el día de hoy por las ondulaciones del suelo, por sus quintas, y por las orillas barrancosas del Sena, cuyas aguas cruzan rumorosas en su cercanía.

San Martín, podemos decirlo, se enamoró de Grand-Bourg, no por su historia, sino por su naturaleza. El, que tenía el acierto en la elección de los hombres y en la elección de las amistades, lo tuvo igualmente en la de los lugares fijados para establecer su habitación, y es así como pudiendo vivir de continuo en París, puesto que allí era tan propietario como lo era en Grand-Bourg, acordó sus preferencias a este sitio porque sus condiciones de ambiente y geográficas, respondían mejor que París a su psicología y a su temperamento.

Es precisamente el primero de febrero de 1837 cuando desde allí le escribe él a su amigo Molina: «Hace más de tres años que vivo retirado en este desierto; pero como en él he encontrado el restablecimiento de mi salud y por otra parte la tranquilidad que en él gozo es más conforme con mi carácter y edad, lo prefiero a vivir en París, cuya residencia, después de ser contraria a mi salud, yo no la encuentro buena mas que para los que desean una sociedad activa o se hallan precisados a residir por sus negocios. Si como espero la tranquilidad de nuestra patria se consolida en términos que me aseguren poder pasar mi vejez en reposo regresaré a ella con el mayor placer, pues no deseo otra cosa que morir en su seno» (1).

Y en otra oportunidad: «Mi vida sigue como desde el principio en ésta enteramente aislado. Paso en mi pequeña casa de campo ocho o nueve meses del año. Toda mi distracción está reducida a mi pequeña familia, la que con sus esmeros por mí, y por su buena conducta, hace mi vejez muy feliz».

En carta al general Prieto, se franquea San Martín en el mismo sentido y así le dice: «Mi vida sigue como siempre enteramente aislada en el campo y sólo reducida a la sociedad de mi familia. Pero este sistema, que para otro sería insoportable, es el que hace mi felicidad; lo que prueba que en muchas cosas la dicha no es un bien real, sino imaginario» (2).

A fines de 1837, San Martín se ve obligado a desprenderse de su yerno don Mariano Balcarce y por esta razón obligado igualmente a trasladarse a París. Era el 3 de diciembre, cuando le escribe a su amigo don Bernardo O'Higgins: «Hace tres días que he regresado del campo a ésta en donde los rigurosos fríos no me han permitido

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 496.

(2) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 199.

por más tiempo permanecer en él. Por otra parte como mi hijo político tiene que regresar a Buenos Aires en todo el próximo febrero, era necesario venirnos para que pudiese hacer las disposiciones del viaje. Este tiene por objeto el de trabajar en el comercio a cuyo efecto mi amigo Aguado ha tenido la bondad de hacerle un adelanto de catorce mil pesos. Yo estoy seguro que con la honradez este joven progresará en su nueva carrera. Por otra parte él tendrá una ocupación y la satisfacción de ganar con su trabajo la subsistencia de sus hijas.

«En el ínterin, Mercedes y sus niñas quedan a mi lado, esperando que su ausencia no se prolongue a más de dos años, en cuyo tiempo si el estado de Buenos Aires varía me iré con mi familia, bien sea a vivir a alguna casa de campo de sus inmediaciones o a mi chacra de Mendoza» (1).

La pequeña familia a que alude San Martín en esta carta la constituían sus dos nietas, Mercedes y Josefa Balcarce, nacida la primera en Buenos Aires y la segunda en esa su residencia de Grand-Bourg, en 1836.

Como lo anunciaba San Martín a O'Higgins, su yerno Balcarce se puso en viaje a Buenos Aires en febrero de 1838, pero se quedó en París el hermano de éste don Florencio Balcarce preparando su bachillerato. Florencio Balcarce que residía en París, se daba el placer de trasladarse con la frecuencia que le era posible a Grand-Bourg y el 3 de mayo de 1838 escribióle al hermano ausente haciendo alusión a sus visitas. «Tengo el placer de ver la familia, un domingo sí y otro no. Iría todas las semanas si los buques de vapor estuvieran del todo establecidos. El general goza a más no poder de esa vida solitaria y tranquila que tanto ambiciona. Un día lo encuentro haciendo las veces de armero y limpiando las pistolas y escopetas que tiene; otro día es carpintero y siempre pasa así sus ratos en ocupaciones que lo distraen de otros pensamientos y lo hacen gozar de buena salud. Mercedes se pasa la vida lidiando con las dos chiquitas que están cada vez más traviesas. Pepa sobre todo anda por todas partes levantando una pierna para hacer lo que llama volatín: todavía no habla más que algunas palabras sueltas; pero entiende muy bien el español y el francés. Merceditas está en la grande empresa de volver a aprender el *a b c* que tenía olvidado; pero el general siempre repite la observación de que no la ha visto un segundo quieta» (2).

Pero es el caso de observar que si esta vida apacible y virgiliana llenaba de goce íntimo a San Martín, ella no alejaba en modo alguno su pensamiento de las cosas de América y de las de su patria.

«El amigo Olañeta, le escribe a Santa Cruz, dirá a usted el sistema de vida que sigo en ésta. Si las Provincias del Plata ofrecen

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 60.

(2) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 193.

garantías de orden y tranquilidad regresaré a América inmediatamente que esto se verifique».

«Veo con el mayor placer, le dice al mismo tiempo a su amigo Molina, residente en Mendoza, la marcha uniforme y tranquila que sigue nuestro país. Ella sólo puede cicatrizar las profundas heridas que ha dejado la anarquía, consecuencia de la ambición de cuatro malvados. Si como es de esperar esta paz sigue, estoy resuelto a regresar a mi patria, de la cual no exijo otra cosa sino que me deje vivir con tranquilidad los pocos días que me restan de vida. Es decir, que no se acuerden de mí para ningún mando político y no tomar jamás la menor parte en ningún género de disensiones, porque antes preferiría volverme a expatriar que verme en la necesidad de tomar parte en ninguna guerra civil; y a la verdad que a mi edad no es nada agradable volver a hacer un viaje a Europa» (1). Y a O'Higgins con fecha 26 de marzo de 1837: «Los fríos del invierno me han hecho abandonar mi retiro de campo, pero mañana regreso a él para no salir de mi rincón hasta que el horizonte que presente Buenos Aires sea tal que me permita regresar a aquel país para dejar en él mis huesos» (2).

«En medio de una vida absolutamente aislada, le escribe el 13 de junio de ese mismo año a don Manuel de Sarratea, gozo de una tranquilidad que doce años de revolución me hacían desear. Si la situación futura de nuestra patria me garantiza igual bien, partiré con mi familia a dejar mi vieja carcaja en una casa de campo de esas inmediaciones. De lo contrario bien está San Pedro en Roma, como dice el adagio» (3).

En carta del 28 de diciembre de 1838, San Martín se dirige a su amigo el doctor don Mariano Alvarez, y después de decirle que lo hace aprovechando la ocasión de ir a ésa el señor Prevost, quien lleva el encargo de visitarlo a él y a O'Higgins, le declara: «En el estado en que se encuentra el Perú, es excusado el hablar a usted de mis intereses, pero como en su apreciable me consulta si en el caso de pagar mis atrasos en billetes, los podrá usted vender con la pérdida que tengan, respondo que tanto en este particular como en todo lo que tenga relación con mi pensión, haga usted lo que le parezca en el supuesto de mi más completa aprobación».

Esto declarado, San Martín pasa a lamentarse del desarreglo político por que atraviesa el Perú, y textualmente le dice: «¿Será posible que el destino haya condenado al Perú a sufrir tanto cúmulo de males? Si a tan dilatada distancia, mi corazón siente amargamente sus quebrantos, ¿qué serán ustedes, es decir, los buenos y honrados patriotas, que sin otro partido ni ambición que el bien de su patria, son testigos oculares de tanta desgracia, sienten sus efec-

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 55.

(2) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 59.

(3) SAN MARTÍN. *Su correspondencia*, pág. 176.

tos y no pueden remediarlo? Horrible situación, capaz de abatir el coraje del hombre más virtuoso. Lo peor de este horrible drama es no ver un porvenir más lisonjero». San Martín concluye esta carta diciendo: «Sigo siempre habitando en el campo y a pesar de lo rígido de la estación gozo de buena salud y sobre todo de la mayor tranquilidad. Este absoluto aislamiento que para cualquiera otro sería un insufrible tormento, es lo que contribuye más a mi felicidad. Sólo en el verano mi sistema tiene alguna alteración, con la venida de un antiguo y buen amigo con su familia a su casa de campo y próxima a la que yo habito; por desgracia esta amable sociedad no dura más que dos meses al año pues el resto del verano lo pasan en otro lugar» (1).

Pero hagamos un paréntesis a esta exposición o relato, y demos a conocer aquí un incidente que puso término a la amistad que unía a San Martín con el doctor don Manuel Moreno, representante en ese entonces de la Confederación Argentina en Londres.

A fines de 1834, y estando San Martín ya instalado en Grand-Bourg comenzó a generalizarse, tanto en Londres como en París,

(1) El original de este documento se encuentra en el archivo bolivariano de Lima. Su texto fué publicado en el boletín de esa institución, pero el que aquí reproducimos es copia fiel de su original. En ese mismo museo se encuentra el original de la carta que San Martín le escribiera al doctor don Mariano Alvarez, en 1833. La carta está datada en París, y en ella le dice haciendo alusión a la última enfermedad sufrida, o sea al cólera, que lo sorprendió viviendo en Montmorency: «En mi última de 11 de abril de este año, dije a usted lo repuesto que me hallaba después de mi última enfermedad. Desde aquella época mi mejoría continúa en términos que en el día gozo de muy buena salud, todo a beneficio de la vida campestre que he seguido, y que aun hubiera continuado si los rigurosos fríos que experimentamos, no me hubieran obligado a retirarme a la ciudad».

En esa misma carta, carta que San Martín le remite a Alvarez por intermedio del caballero Mendeville, que pasa a Quito en calidad de cónsul general de Francia — Mendeville había ejercido las mismas funciones en Buenos Aires —, San Martín le dice a su amigo que hace más de tres años que está sin sus noticias y sin las del general O'Higgins. «Este amigo, le dice, me ha prometido entregar a usted esta carta y por este medio tendré la seguridad de que ha sido recibida, y no se ha extraviado como supongo ha acaecido con mis anteriores, pues no puedo atribuir a otro motivo el silencio de usted.

«He visto con el más vivo sentimiento el cúmulo de males que ha sufrido ese desgraciado país y que según las últimas noticias de Buenos Aires no habían terminado. En estas circunstancias mi ansiedad es extrema ignorando cuál será la suerte de usted y del amigo O'Higgins en medio de tantos trastornos. Ambos podrían bien fácilmente sacarme de esta incómoda incertidumbre escribiéndome cuatro letras que sin tocar en nada la política me hagan saber simplemente que existen con salud».

En esa misma carta San Martín le dice a Alvarez que tenga la bondad de comunicarle si ha recibido un cajón conteniendo un *nécessaire* que le había remitido consignado a un comerciante de Lima. Dícele que sus cartas se las remita por intermedio del señor Santa Coloma, cónsul general de la República Argentina en Burdeos y concluye diciéndole: «Yo estoy seguro dispensará todas las atenciones debidas al mérito del amigo y recomendando el caballero Mendeville. El dirá a usted la persecución del nuevo gobernador de Buenos Aires contra mi familia y la de mi hijo político, al que ha depuesto del empleo de primer oficial de secretaría de Negocios Extranjeros».

El señor Mendeville a quien alude San Martín en esta correspondencia llegó efectivamente a su destino y entregó personalmente a O'Higgins la carta que por su intermedio le enviaba San Martín. «Por mano del caballero Mendeville, le escribe

un rumor, según el cual San Martín se había trasladado a España con el fin de implantar en América la monarquía a base por parte de España del reconocimiento de la independencia de los nuevos Estados. Lo original del caso es que este chisme se había generalizado igualmente en Buenos Aires y el señor Miguel de la Barra, que en ese entonces se encontraba en París ejerciendo la plenipotenciaria confiada a él por el gobierno de Chile, el 12 de junio de 1834 escribióle a San Martín: «Si usted ha recibido papeles de Buenos Aires por este paquete le agradecería me remitiese aquellos en que se trata de un proyecto quimérico de monarquías, que suponía el señor Moreno se trataba de establecerse en América por la España; chisme ridículo al que se ha dado una gran importancia en Buenos Aires, y en el que el señor Moreno se ha complacido en mezclar mi nombre y el de otros pobres diablos que estábamos bien distantes de soñar en ello. Entre tanto, el mismo buen señor, con su *attaché* Pazos-Kanki, siguen formando en Londres nuevos enredos y supercherías y su atrevimiento ha llegado hasta el extremo de hacer uso del respetable nombre de usted, suponiendo que usted se ha ido a Madrid incógnito y con un objeto siniestro: así lo debo inferir de la pregunta que sobre ese particular nos hizo el ministro de México por encargo de su colega el ministro de la misma república en Londres. El señor Olañeta y yo conocimos igualmente los autores del chisme, y contestamos al señor Zabala con indignación; pero no contento con esto el señor Moreno le ha escrito posteriormente una carta al señor Olañeta pidiéndole noticias de usted y de su pretendido viaje y hablando de él en términos de fingida sorpresa; es inútil decir a usted que la contestación del señor Olañeta ha sido cual corresponde a estos intrigantes. Yo no había escrito a usted cosa alguna al principio porque desprecié semejante chisme y creí que todo quedaría concluido con la conversación que tuvimos con el señor Zabala. Pero como no ha sido así me ha parecido oportuno avisarle a usted para su gobierno; deseo hablar a usted sobre este particular y sobre el otro negocio de monarquías para que escribamos a Buenos Aires de acuerdo; pues me aseguran que este último asunto ha dado allí motivo a muchas alarmas y aun a enemistades con la Banda Oriental».

De más está decir que semejante comunicación recibióla San

éste desde Lima con fecha 3 de agosto de 1836, vino a las mías su muy estimable del 26 de diciembre del año pasado, y fué un día de gran regocijo a toda esta su casa al saber de su buena salud, después de dos años que nada habíamos sabido y se creía generalmente no estuviese usted en París. La amabilidad del señor Mendeville nos permitió principalmente a mi hermana Rosita cuantas investigaciones acerca de usted debían satisfacer una tan larga ausencia. Por desgracia no pudo mi señora participar de la visita de su recomendado el señor Mendeville porque hacía días estaba enferma en cama pero ahora ya mejorada me encarga diga a usted mil cosas como igualmente Rosita». Y luego: «Hará diez días que se embarcó el caballero Mendeville para Guayaquil y no me ocupó en cosa alguna, a pesar de mis ofrecimientos, como un recomendado de usted».

Martín con viva sorpresa. Si alguien se encontraba ajeno a la instalación de monarcas en América lo era él, y como primera medida resolvió dirigirse a Moreno, pidiéndole una explicación. Al mismo tiempo, y a fin de documentarse debidamente, dejó su residencia de Grand-Bourg y se trasladó a París. Eran sus propósitos los de entrevistarse allí con el señor Olañeta, pero como éste se había ausentado para Burdeos, se decidió a escribirle, recibiendo luego una franca y categórica contestación.

Esta contestación, en lugar de apaciguar su espíritu lo exaltó nuevamente. Olañeta ratificaba todo lo dicho por Miguel de la Barra, y reconstruía aun en detalle la conversación que sobre este tópico había tenido con él el doctor Moreno. En esta contestación Olañeta le decía textualmente a San Martín: «Hablándome el señor Moreno del reconocimiento de los Estados Americanos por la España y pidiéndome noticias sobre este particular, me agrega: aquí corre la noticia — el hecho este pasaba en Londres — que el general San Martín ha hecho un viaje secreto a España sin duda con el objeto de tratar allí este asunto y de la manera del reconocimiento. Es bien extraordinario que dicho general haya emprendido dicho viaje sin autorización para ello. Yo presumo que él es cierto porque hace algunos meses que no me envía su correspondencia para Buenos Aires como solía hacerlo» (1).

Transcrita esta declaración formulada por Moreno, Olañeta le dice a San Martín: «Habiéndome impuesto muy a fondo de lo que usted había hecho en Francia durante un mes y medio que no nos vimos en París, le respondí que era una atroz mentira el que usted hubiera ido a España y que hacía dos días había comido usted en mi casa viniendo de la campaña donde usted se ocupaba de trabajar un rincón de tierra que usted había comprado. Le aseguré que por el espíritu de su carta entreveía que se hallaba de temores de monarquía en América y que aquí nadie pensaba en esto, que era imposible la verificación de tal proyecto y que con respecto a él estuviese muy tranquilo».

«He aquí, querido general, concluye Olañeta, lo único que me acuerdo formalmente. Siento haber roto la carta que si usted la consideraba necesaria para defenderse de calumnias se la hubiera pasado original pues no se me encargó reserva alguna y de otra parte su contenido no era de aquellos que merezcan secreto» (2).

Fué entonces que San Martín, tomando la pluma, se dirigió a Moreno y empleando un tono no habitual escribióle a modo de catilinaria: «Once años de un ostracismo voluntario de mi patria preferible a tomar parte en sus desavenencias, cortadas por sistema casi todas las relaciones con mis antiguos amigos de América, mi notorio desprendimiento a todo mando e intervención en sus asun-

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 82.

(2) *Ibidem*, pág. 84.

tos políticos, mi carácter no desmentido en todo el curso de nuestra justa revolución, mis servicios rendidos a la independencia de Sud América, y en fin mis notorios compromisos con el gobierno español — compromisos de pescuezo, señor doctor — me daban derecho a esperar a que mi nombre no fuese tachado con una impostura tan altamente grosera, como ultrajante; pero prescindiendo de las consideraciones que dejo expuestas, y que por lo visto no han tenido para usted ningún valor, ¿cómo es concebible haya podido dar crédito a las noticias que dice han corrido en Londres sobre mi oculto viaje a España?» «¿Me cree usted tan falso de razón, agrega luego, que para tratar cualquiera de estos pequeños e inocentes negocios —alude a las supuestas monarquías inventadas en la chismografía diplomática— emprendiese en el estado que le consta se halla mi salud un viaje largo y penoso, pudiéndolo hacer en París sin estos inconvenientes y sobre todo con el sigilo que exige un asunto de tanta importancia y del cual debe usted suponer dependencia el éxito de la empresa?». «Con qué poderes o credenciales, le pregunta San Martín a Moreno, me presentaba para tratar del reconocimiento de nueve Estados independientes, pues por triste que sea la idea que usted tenga de la diplomacia española no puede suponerse que su atraso llegue a tal grado que admitiesen un negociador sin este indispensable requisito? Pero ya comprendo, usted ha calculado que el general San Martín es un vil intrigante, que el objeto que se proponía en su oculto viaje era el de hacer valer al gobierno español su pretendida influencia en las nuevas repúblicas de América y por este decoroso medio sacar algún partido pecuniario o bien un empleo de ayuda de cámara de S. M. C. Pero quiero suponer por un momento el que las noticias que usted dice han corrido en Londres sobre mi marcha a España hayan sido admitidas por usted de tomar de buena fe y que, en razón de su alto empleo, haya creído de su deber esclarecerlas como lo exigía su posición y los intereses de la República Argentina. Ahora bien, ¿no hubiera sido un medio más noble y generoso y al mismo tiempo un deber de usted por el honor de la misma república de la que soy un individuo, el haberme escrito directamente — como lo ha hecho otras veces — para esclarecer sus dudas diciéndome con franqueza: General, tales y tales voces corren sobre su conducta? Yo no las creo pero para desmentirlas ruego a usted me dé una contestación». «Pero si este medio leal y caballeresco, le dice San Martín a Moreno, repugnaba a sus principios y carácter, ¿no podía usted haber enviado a algún amigo de su confianza, que no lo dudo lo tendrá propio a desempeñar una honrada comisión de espionaje, o por lo menos escribir a otros particulares de París sin comunicarles mi pretendido viaje sino simplemente encargarles averiguasen si existía o no en esta capital o en sus inmediaciones? Pero, ¿cuál es la conducta que ha tenido usted en esta infernal intriga?». «Usted se dirige, se responde el propio San Martín, a dos ministros de na-

ciones extranjeras para presentar a un general y ciudadano del mismo Estado que usted representa o como un traidor a su patria o como un vil y despreciable intrigante». «Esta conducta, concluye San Martín, no puede calificarse que de uno de estos dos modos: o es usted un malvado consumado o ha perdido enteramente la razón.

«Todo hombre que se respeta, le agrega, después de recibir una carta como ésta exige los esclarecimientos que son consecuentes. Usted es joven y con salud y por consiguiente no tendrá dificultad en hacer un corto viaje a ésta con el objeto de pedírmelos seguro que se los daré los más completos. Dos cosas tengo que prevenir a usted: primera, que esta carta no es dirigida al representante de la República Argentina, y sí sólo al doctor Moreno; segunda que aunque me había propuesto ir a tomar los baños termales que reclama mi salud el 1º del próximo agosto suspendo mi marcha hasta el 20 del mismo mes, por si, como creo, usted se digna venir a hacerme una visita» (1).

Como se ve por estas líneas transcritas San Martín colocó el conflicto existente en el terreno del honor. Moreno no dejó de comprenderlo así y con fecha 13 de agosto, se apresuró a escribirle diciéndole: «La carta que usted se sirvió dirigirme en data 30 de julio desde Grand-Bourg me fué entregada por el señor Darthrez antes de ayer a las seis de la tarde. Ella ha venido a aumentar el duelo en que mi corazón está anegado con la noticia venida por el último paquete, de que mi familia acaba de perder un joven interesante que hacía sus delicias y esperanzas, quien de un modo bárbaro, aunque casual, fué atravesado de dos balazos en la calle de su patria. Mas yo no voy a entretener a usted en mi dolor sino a contestar la carta que ha tenido a bien dirigirme y permítame usted, señor general, que le diga que la he leído con tanto asombro como pena. No me avergüenza de confesar que he llorado sobre ella y que ahora mismo me es preciso apurar toda la fuerza de mi espíritu aunque abatido con tantos sinsabores para dar a esta contestación una especie de orden. Lo que falta a ella lo suplirá la inteligencia superior de usted, su corazón honrado y sus sentimientos de caballero».

Establecida esta declaración pasa Moreno a decirle a San Martín que es falso que le haya escrito al señor Zabala ni sobre su persona, ni sobre asunto alguno de este mundo; que él no conoce a ese señor y que es la primera vez que oye su nombre. Es falso igualmente, le dice, que haya dicho de viva voz o por escrito al señor Olañeta, el que San Martín haya hecho un viaje secreto a España para tratar allí del asunto del reconocimiento de la independencia; que es falso, que en su carta al señor Olañeta haya estampado estas palabras: «Es bien extraordinario que el general San Martín haya

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 88.

emprendido dicho viaje a España sin una autorización para ello. Yo presumo que él es cierto porque hace algunos meses que no envía su correspondencia».

Después de establecer esta desautorización tan categórica al parecer, Moreno concluye: «El solo fundamento de la acusación contra mí, es la carta que escribí al señor Olañeta, ministro de Bolivia, en 23 de mayo de este año, carta que es la primera y única que he escrito en mi vida a este caballero».

Para justificar que esta carta no lo condena en modo alguno Moreno la transcribe y al hacerlo reproduce este párrafo relacionado con San Martín: «Se dice aquí que el general San Martín ha ido a Madrid privadamente; lo que es bien extraordinario; y sólo observo que el general hace como dos meses no escribe a su familia por conducto de esta Legación como solía hacerlo». Antes de expresarse así, Moreno le había dicho a Olañeta: «La llegada aquí del conde de Floridablanca nos ha instruido de la disposición que muestra el gobierno español en este momento a reconocer la independencia de que sin duda están ustedes impuestos por este personaje a su tránsito por París. El ha hecho al señor Garro, ministro de México en esta Corte, la proposición de pasar a Madrid a entablar una negociación a aquel objeto; mas el señor Garro se ha negado a ello entre otras razones por la inconveniencia de que siendo un ministro acreditado no podría dejar su puesto y trasladarse a España de un modo privado y con un pasaporte que no le reconociese su carácter público» (1).

«Usted ha visto pues, señor general, concluye Moreno, que aunque esta carta está en forma amistosa y de confianza es enteramente oficial por su asunto, que es precisamente el más importante que puede ofrecerse a los gobiernos americanos y a sus representantes en Europa, el reconocimiento por España y nada sino éste reconocimiento». Pasa luego a hacer su propia defensa y creyendo que el uso de los adverbios esclarece su intención le declara a San Martín, que al hablar de su supuesto viaje a Madrid no dijo él que lo hiciera *secretamente, ni tampoco ocultamente, sino privadamente*, «lo que es una cosa muy diversa para todo el que entiende el idioma». Esta carta fué datada por Moreno en Londres el 22 de mayo y días más tarde volvió a escribirle a San Martín para sincerarse nuevamente de su proceder. En ésta le dice: «La calumnia de que usted había ido a España a tratar de monarquías nació en París. Fué parto de americanos que el señor Olañeta conoce y que ha reservado a usted en el acto mismo en que lo veía quejarse justamente de ella y se contenta de dar una versión de mi carta de 23 de mayo que dice haber roto dejando en la sombra a los autores de la infamia».

«Ya tiene usted aquí, general, agrega después, los hilos de este

(1) *Archivo de San Martín*, t. X. pág. 91.

infame enredo; usted dará ahora fácilmente con el ovillo. Estamos según se vé entre Padillas: no de la clase de Padilla y noble de Toledo, sino del asqueroso Padilla de Cochabamba que usted conoció en Chile y que yo conocí por desgracia en Londres. No culpo sin embargo al señor Olañeta pues creo aún, por el honor del puesto que ocupa, que él mismo ha sido intrigado y que otro es el autor de esta trama que ha estado preparándose con constancia y malignidad sin igual por más de dos meses hasta que ha reventado por el lado que él desea, indisponiendo gravemente al general San Martín conmigo, a ver si uno u otro queda en la estacada o los dos que sería más agradable a él. Yo no se lo nombraré a usted por ahora. Usted debe descubrirlo y conocerlo por sí, desde que yo estoy fuera de la cuestión. Solo diré que podría apuntar a este *villano* con el dedo. Es mi enemigo gratuito y envenenado desde 1829 sin que yo le haya dado el menor motivo».

«Mi nombre aunque humilde, le dice más adelante, está escrito desde Mayo de 1810 en todas las horcas españolas y todavía no se ha borrado de ellas. Mi familia, que ha dado a la patria un hombre ilustre, ha pagado a la independencia un gran tributo de su sangre, quizá más que otra alguna y ha visto perecer en el campo del honor más de tres individuos suyos. No soy joven como usted me supone en su carta, mostrando en esto que hasta desconoce mi persona. He pasado los cuarenta y siete años y el cabello que peino es todo blanco; pero canas honradas, señor general. He entrado por consiguiente en el último tercio de mi vida; y en esta edad y en la posición social que tengo, el mundo no disculpa desaciertos. Era preciso que en esta edad y en este lugar el general San Martín, a quien siempre he venerado por una de las primeras ilustraciones de mi patria, me sospechase y me creyese un vil calumniante suyo y me tratase de malvado o de loco. Porque todo lo que ha podido usted hacer es dudar cuando más y pedirme explicaciones y retractación de la calumnia supuesta. La explicación previa sabe usted que es de forma aun para el desafío a que usted me cita, pues por tal entiendo el último párrafo de su carta» (1).

La respuesta de Moreno, como lo puede comprobar el lector, no aclaraba en forma categórica el fondo de la cuestión. En ella se guardaban los respetos debidos a la persona de San Martín; pero escrita bajo los dictados no de la sinceridad, sino del disimulo, era una prueba evidente que su autor quería escaparse por la tangente.

San Martín comprendió entonces que insistir sobre este tópico era tiempo perdido, y dió por terminado el asunto, dejando sin respuesta la carta del joven diplomático. Cuando esto se produjo, desde Grand-Bourg, y con fecha 3 de octubre de 1834, escribió a Guido: «He prometido a usted en mi última remitirle la contestación del bribón de Moreno. Ahí va el resto del protocolo; ahora bien, ¿qué

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 95.

partido puede sacarse de un pícaro de tal tamaño? No he encontrado otro que el de cortar este asunto, pues aunque me quedaba el recurso de haber marchado a Londres y darle una tollina de palos, el resultado hubiera sido que la opinión del país habría padecido. Es cierto que él no ha escrito a Zabala pero me consta, por habérmelo asegurado un mexicano, que el encargado de negocios de México en Londres le había escrito por encargo de Moreno. En conclusión repito lo que dije en mi anterior que casi todos los enviados americanos no se ocupan en más que en hacer trampas y chismear; yo no veo a otro que a los de Chile y de Bolivia y esto muy de tarde en tarde.

«Hace pocos días he regresado de tomar los baños de mar que me han hecho mucho bien, lo que me promete pasar un invierno mejor que el pasado» (1).

Hasta el momento de producirse el incidente parte de la correspondencia le llegaba a San Martín por intermedio de la legación argentina en Londres. Producido él Moreno acudió a una medida de represalias y le escribió a San Martín el 8 de noviembre de 1834 para informarle que la legación se desentendía de este servicio de su correspondencia. «Por si viniesen en lo sucesivo más cartas para usted con mis pliegos, le dice en aquella fecha, debo informar a usted que la justicia que esta legación se debe a sí misma exige no exponerse más, remitiéndolas a París y que es preciso que alguna persona de la parte de usted las reciba en Londres» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 104. — Don Tomás Guido ya estaba informado de este incidente por propia comunicación de San Martín. Era precisamente el 23 de agosto de 1834, cuando en una carta que le escribiera desde Grand-Bourg, al hacer alusión a él, guiado de su buen humor, y con tono festivo le dice: «Y bien señor don Tomás: ¿quién le hubiera dicho a usted que a pesar de la distancia en que me hallo de nuestra tierra el único paisanito que existe en Europa había de venir a alterar esta paz, único bien que gozaba separado de los objetos que más amo? Y esto por un doctor en medicina en que a cincuenta años — el pico no es de la competencia de usted —, y con la filosofía propia de la edad había de meterme a espadaachín y con lanzón y rodela defenderme de follones y malandrines». Pasa luego a buscar la similitud que existe entre su caso y el de un quidam molestado por las impertinencias de un cura poeta y con tal motivo le dice: «Un cura poeta prevalido de lo sagrado de su persona, como nuestro amigo en cuestión, perseguía con sus satíricos y mordaces versos a un honrado padre de familia. Este religioso concienzudo — de lo que se ve poco en el día —, desde su niñez había oído la sentencia, que los hombres de sotana han procurado pasar como dogma, que de corona para abajo la persona de todo sacerdote es sagrada; pero nuestro padre de familia encontró un expediente para tranquilizar su conciencia, que fué el de atrapar a nuestro cura poeta, colgarlo por los pies y enseguida darle una tunda de azotes y de tal calibre que jamás volvió a componer versos». «Y bien, agrega San Martín, como moraleja de su cuento: Como usted ve, yo no me dirijo al representante, sino simplemente al galeno americano y juro a usted que si mis uñas lo llegan a atrapar tiene que quedar como nuevo. Déjemelo usted: yo le juro por los nobles manes de mis abuelos que yo vengaré el insulto hecho por esa barriga sin patente, pésele a quien le pesare. Pero dejémonos de bromas y confesemos con rubor que un hombre como éste es un borrón para el Estado que representa. Mi primer impulso fué el de escribir al gobierno oficialmente; pero he calculado que este asunto debe ser, como personal, de mi absoluta competencia». *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 582.

(2) *Ibidem*, t. X, pág. 104.

De esta manera finalizó el incidente que acabamos de historiar, y que al producirse hirió la sensibilidad y la delicadeza de San Martín. Las cosas son graves o dejan de serlo según las circunstancias que las rodean, y según el carácter de las personas que las determinan. La especie difundida en Londres y en otras capitales de Europa como de América, presentándolo a San Martín como interesado en un negocio monárquico con participación de la corte de España, a trueque del reconocimeinto de la independencia por parte de esta corte, era un chisme que podía mirar con indiferencia un político ya avezado a los enredos y a las intrigas diplomáticas, pero en modo alguno un hombre que como San Martín sólo había sido un Libertador, y nada más que un Libertador. Esto nos explica lo enérgico de su actitud y esto nos dice porqué salió, por decirlo así, de su quicio, hasta llegar a colocar al diplomático causa del incidente en situación de compromiso.

Esto explicado, reanudemos la exposición interrumpida, y digamos al lector cuál era el tenor de vida observado por San Martín en Grand-Bourg, cuáles sus hábitos cotidianos, y cuáles sus gustos de preferencia.

Fiel a su vieja disciplina de soldado, San Martín era tan madrugador en su retiro de Grand-Bourg como lo había sido en España o en América durante sus días de cuartel. Se levantaba al alba, se vestía con su pijama y luego pasaba a prepararse él mismo su desayuno. Este lo era té o café, pero en lugar de tomarlo en taza lo tomaba en *mate* y con bombilla de caña. En seguida se entregaba a dos tareas que lo eran por así decirlo reglamentarias. La una consistía en picar el tabaco que luego lo fumaba en pipa cuando no en *chala*. San Martín poseía en Grand-Bourg un surtido considerable de pipas y por muchos años su familia conservó entre los enseres que le habían pertenecido la tabla que San Martín utilizara para este objeto.

La otra de sus tareas lo era la de limpiar y pulir él mismo sus propias armas. De éstas poseía él una hermosa colección y cuando se entregaba a esta tarea decía que se ponía a *trapichar*, queriendo significar con esto que perduraba en su mente el recuerdo de los *trapiches* primitivos que siendo niño, como dice Vicuña Mackenna, contemplara él a orillas del Ybicuí y que constituían una obra lenta y paciente. En algunas ocasiones alternaba estos pasatiempos con obras de carpintería. Para esto tenía él una caja bien surtida con las herramientas que exigía el oficio, como tenía además otra caja con los colores necesarios para iluminar litografías. Desde muy joven San Martín evidenció este gusto artístico y tanto en España como en América y luego en Europa durante los días de su destierro, pasó muchas horas de su soledad iluminando retratos, escenas y paisajes.

Al abandonar las playas de América por las del viejo mundo no quiso San Martín desprenderse de un *choco* de agua que se le



Puente colgante construído sobre el Sena en 1832 por don Alejandro Aguado, marqués de las Marismas.

había regalado en Guayaquil. Este perro lo acompañó a Grand-Bourg y se cuenta que pasaba hora tras hora enseñándole a practicar pruebas de paciencia y de agilidad. Una de estas pruebas consistía en hacerle sentir al animal que se había portado como un desertor y que era necesario castigarlo. Entonces empuñaba San Martín su bastón, el perro asumía la actitud de ajusticiado, y en ella quedaba hasta que su amo, simulando con aquel arma un golpe de su puntería, daba por ejecutada la sentencia de muerte. Se cuenta que este animal fué un favorito en la casa de San Martín, y que murió en ella de vejez.

No otra persona, sino el propio San Martín, se cuidaba del aseo de sus prendas de uso. Para esto disponía de un costurero alhajado convenientemente con botones, hilo y agujas, y cuando su hija Mercedes quería intervenir alegando sus prerrogativas de tal, y aún el derecho a funciones propias de su sexo, San Martín le decía: «¡Quita allá! ¿Por qué quieres quitarme mis buenos hábitos?»

La prenda favorita de San Martín en su indumentaria era la levita. La usaba de paño azul y abotonada. Su corbata la formaba con un pañuelo de algodón a cuadros y la sencillez que reflejaba su persona, la reflejaba igualmente en lo que constituía su habitación. Su cama era de fierro y para descansar después de sus jornadas a pie o a caballo usaba una vieja y descuajeringada poltrona. Se cuenta que estando ya muy achacoso sus hijos le querían hacer aceptar a viva fuerza otra mejor. San Martín se resistió a ello y otorgó su preferencia a la antigua ⁽¹⁾.

Después que San Martín terminaba sus faenas matinales montaba a caballo. Este, que era su ejercicio predilecto, le permitía recorrer los alrededores de Grand-Bourg, pero cuando se encontraba en la ciudad, los paseos los hacía a pie, extendiéndolos hasta los suburbios de la misma, mezclándose al pueblo, sin jactancia y en forma sencilla y democrática.

La mesa de San Martín en Grand-Bourg se caracterizaba por su frugalidad. Su plato favorito era el *asado*. En el uso del vino era parsimonioso, y el mate constituía su bebida favorita.

La lectura constituyó para el proscrito de Grand-Bourg la más

(1) A este propósito recordemos lo dicho por Barros Arana, comentando la sobriedad de vida con que se caracterizó San Martín durante su permanencia en Chile: «Desde aquellos años, nos dice él, adquirió San Martín los hábitos de modestia en el vestir que conservó toda su vida, desdeñando los bordados, plumeros y los demás atavíos de lujo; pero observando en toda su persona, en su traje y en sus arreos, la más esmerada limpieza; singularmente sobrio en la comida, buscando de preferencia los alimentos más frugales, lo era más aún en la bebida, lo que no impidió que sus enemigos lo acusaran de borracho consuetudinario, imputación injusta que más de una vez hemos hallado repetida en diversos escritores de su tiempo. Algunas personas que trataron a San Martín con la mayor intimidad y que nos suministraron las noticias más prolijas acerca de su carácter y de su manera de vivir, nos referían que jamás lo vieron propasarse ni ligeramente siquiera en la bebida, ni en los campamentos, ni en su casa, ni en los banquetes a que había sido invitado. — *Historia General de Chile*, vol. X, pág. 118.

absorbente de sus distracciones. La curiosidad de su espíritu se extendía a todos los conocimientos humanos, y el conocimiento que tenemos de su biblioteca nos permite afirmar que leía con tanto interés una obra de matemáticas, como de mineralogía, un capítulo de historia como otro de psicología social; un poema, como un tratado técnico relacionado con la guerra. Los libros de viaje y de costumbres entraron preferentemente en sus gustos. Se interesaba tanto en los estudios geográficos de México como a los de Francia, de Rusia, de la Turquía, de Egipto o de la China. Sus lecturas de Grand-Bourg le permitieron a San Martín ponerse en contacto con los grandes dramaturgos peninsulares, con los clásicos de la antigüedad, como con los hombres más destacados del filosofismo francés. Fué así un asiduo lector de Calderón de la Barca, de Quevedo, de Rousseau, de Montesquieu, de Voltaire, de Fenelón, de La Bruyère, como lo fué igualmente de Cicerón, de Homero y de Salustio.

La vida de los grandes hombres no escapó a su curiosidad y por el documento bibliográfico que nos ilustra, podemos afirmar que conocía a fondo la vida de Juan de Austria, de Richelieu, de todos los emperadores romanos, del mariscal Ney, la de María Antonieta, la de Juana de Arco, la del conde de Saxe y la de muchos otros personajes de la historia contemporánea y antigua que sería largo el enumerar aquí.

En su ancianidad, San Martín concentró sus lecturas a los escritores militares de la época de Napoleón, y a los que estaban en moda por imposición del filosofismo francés. Sus autores preferidos en este sentido lo eran Bonaparte y Rousseau.

San Martín pasaba días enteros absorto en la lectura. Se acostaba sin soltar los libros y el acopio de ideas y de conocimientos que le producía este deleite, le servía de tema para sus conversaciones cuando se encontraba en círculo con sus amigos.

Estos hábitos conservólos San Martín hasta el fin de sus días, y solo una fatalidad, cual lo fué el de aquellas cataratas que comenzaron a cubrir con su velo la luz de sus pupilas hacia el año de 1848, puso fin a esta distracción favorita.

San Martín leía tan bien el inglés como el italiano, pero su preferencia se inclinaba por los escritores franceses cuya lengua poseía a la perfección.

Cuando San Martín entró en el ostracismo conservaba aún todos los rasgos de su belleza viril. Los retratos hechos por Madou en Bruselas y el que en esa misma capital pintó su hija auxiliada por su maestra de pintura, nos lo dejan ver aún, en lo abierto de su fisonomía, luciendo el despejo que se desprende de su frente e impresionando por ese hondo y penetrante mirar de sus grandes ojos.

El tiempo hizo sobre él el desgaste a que por naturaleza está sujeta la materia, pero lo que no dependía de ella, sino del espíritu, escapó a su acción destructora y los que lo conocieron en

Grand-Bourg, como en Boulogne-sur-Mer, son unánimes en decir que aún en su ancianidad distinguióse por la gallardía de su postura y sobre todo por lo sugestivo y luminoso de su mirada. Su cabellera, que lo era abundante, se emblanqueció con los años. Lo propio sucedió con el bigote, que lo había suprimido en su juventud y que volvió a usar en la edad madura.

He aquí el retrato que nos hace de la figura de este noble anciano, el señor Alfred Gérard, que fué su amigo y su admirador durante la corta permanencia de San Martín en Boulogne-sur-Mer: «Monsieur de San Martín était un bon vieillard d'une haute stature que ni l'âge ni les fatigues, ni les douleurs physiques n'avaient pu courber. Ses traits étaient expressifs et sympathiques; son regard pénétrant et vif; ses manières remplies d'affabilité; son instruction des plus étendues; il savait et parlait avec une égale facilité le français, l'anglais, l'italien et avait lu tout ce qu'on peut lire. Sa conversation aisément enjouée était l'une des plus attrayantes que l'on peut écouter. Sa bienfaisance était sans bornes. Il avait pour l'ouvrier une véritable sympathie; mais il le voulait laborieux et sobre et jamais homme n'a fait moins que lui de concessions à cette popularité méprisable qui se fait le flatteur des vices du peuple. Il disait à tous et sur tout la vérité».

La mirada de San Martín era tan impresionante, que difícilmente la persona que lo había visto una vez podía borrar su fisonomía de su memoria. A propósito se cuenta de él la siguiente anécdota: Encontrándose en Enghien, localidad cercana a París, adonde solía trasladarse para hacer allí sus curas termales, entró un día en un restaurante, pero al retirarse de allí, después de concluido su almuerzo, dejó olvidado su pañuelo. Días más tarde volvió de nuevo a este mismo local, pero apenas hubo franqueado sus umbrales, la dueña del establecimiento puso en sus labios un grito de sorpresa y dirigiéndose a su esposo le dijo: «¡El hombre del pañuelo!» No el conocimiento de la persona de San Martín, sino su mirada, es lo que había servido a la persona en cuestión para reconocer en este huésped al propietario de la prenda olvidada.

Por su naturaleza y por disciplina San Martín siguió practicando en su ostracismo el mismo sigilo que lo caracterizó en su obra de libertador. Tenía él sus ratos de esparcimiento; sabía matizarlos con evocaciones y anécdotas oportunas, pero en modo alguno traslucía jamás nada que comprometiese a un tercero o que de un modo o de otro pudiese servir de pábulo a la crítica o a la maledicencia. Recordemos aquí lo que le contestó a Miller cuando éste le pedía informes sobre la formación y funcionamiento de la logia Lautaro. «No creo conveniente, le dice en ese entonces San Martín, hable usted lo más mínimo de la logia de Buenos Aires. Estos son asuntos enteramente privados y que aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acontecimientos de la revolución de aquella parte de la América, no podrán manifestarse sin faltar por

mi parte a los más sagrados compromisos». Esto lo decía San Martín no porque recelase la verdad, sino porque en su corazón de hombre como de soldado el respeto a la palabra jurada constituía una religión.

Este sentido de la reserva le permitió ser impenetrable en muchos puntos relacionados con la actuación suya y de otros en sus campañas de América y son contados aquéllos a los cuales San Martín les abrió su archivo y esto en forma parsimoniosa y discreta. Para esto recordemos lo que a este propósito nos cuenta el mismo Sarmiento.

Un día que el ilustre publicista argentino, en ese entonces en la plenitud de la juventud, se paseaba con San Martín por los alrededores de Grand-Bourg, le significó la conveniencia que existía de escribir la historia de la independencia de Chile y del Perú, sobre todo en la parte relacionada con su persona. San Martín dejó que Sarmiento finalizase su discurso y en su estilo breve y lacónico le contestó: «Tengo escrito. Mis papeles están en orden». «Con lo que, agrega el interlocutor de San Martín, no insistí más en este asunto, no obstante que había sido uno de mis más ardientes deseos conocer algunos de esos oscuros acontecimientos. San Martín gustaba poco hablar de lo pasado y los que deseaban oírlo necesitaban valerse de destreza para hacerlo entrar en materia. Un retrato de Bolívar que tenía en su habitación me sirvió de pretexto para hacerle explicarse sobre la entrevista de Guayaquil. Entre sus papeles existe una carta de Bolívar que han visto algunos americanos, entre otros don Manuel Guerrico. Como yo me empeñase en verla y comprendiese San Martín que quería hacer uso de ella en complemento de la suya a Bolívar que había publicado el almirante Blanco, la carta se empapeló y no pude verla» (1).

El largo período que duró su ostracismo, matizólo San Martín con algunos viajes a distintos puntos del Continente. Por naturaleza era él un gran andariego, y las circunstancias de encontrarse viviendo en Europa, le permitieron desplazarse con facilidad, ya buscando el aire del mar o de la montaña, o ya interesándose por conocer esta o aquella región, según su dictado y sus gustos.

Antes de establecerse en Bruselas, como ya se ha dicho, visitó la Escocia, e hizo diferentes estadas en Londres. De aquí pasó a La Haya y estando en Bruselas se trasladó en diferentes ocasiones a Aix-la-Chapelle en donde hacía su cura de aguas. En 1827 lo encontramos en Amberes. En enero de 1828 en Lille, en febrero del mismo año en Tolón y días más tarde en Marsella.

Después de haber establecido su residencia en Francia renovó sus viajes ya buscando la costa del mar o ya la montaña. Es así como San Martín recorrió las playas de la Normandía, como estuvo en el Havre y en Dieppe y como igualmente pasó a Aix para buscar

(1) *Obras completas*, t. XI, pág. 43.

en esas termas de la Saboya la salud que de cuando en cuando buscaba igualmente en las termas de Enghien en el Berry.

En 1845, San Martín se embarcó en Marsella y cruzando el Mediterráneo se dirigió de allí al mediodía de Italia. Después de haber desembarcado en Livorno el 19 de noviembre, pasó a Florencia y el 5 de diciembre se le visó allí su pasaporte para trasladarse a Nápoles.

En Nápoles el ilustre viajero permaneció toda la segunda quincena de diciembre y todo el mes de enero de 1846, y terminada su gira por la provincia napolitana se trasladó a Génova. Visitada esta ciudad retornó nuevamente a Nápoles, de donde partió para Roma y en donde permaneció hasta el 17 de febrero, embarcándose en Civita Vecchia para Marsella. En Civita Vecchia le fué visado su pasaporte por el embajador de Francia y por el prefecto de la policía pontificia de Roma.

«Mi viaje a Italia en el pasado invierno, diría más tarde San Martín en carta a un amigo, me ha hecho mucho bien, pues a excepción de Nápoles donde tuve un ataque nervioso un poco serio, el resto de la mala estación lo he pasado tan bien como se puede esperar a mi edad avanzada. Aun ignoro qué partido tomaré el próximo invierno, pues es para mí un inmenso sacrificio separarme de mi familia y de sus piadosos esmeros» (1).

Según así lo consigna en unos apuntes manuscritos que nos ha dejado la nieta del Libertador, la señora Gutiérrez de Estrada, en 1847 San Martín hizo un viaje a los Pirineos Orientales. Con tal motivo visitó Port-Vendres, Colliure, y todos los otros lugares de aquella hermosa región, bañada por las aguas del Mediterráneo y en la cual, bajo las órdenes del general Ricardos y como teniente del regimiento de Murcia, hiciera él su primera campaña en la Península.

Terminado este viaje retornó nuevamente a Grand-Bourg y allí se recluyó para abandonarlo definitivamente, como así se verá, un año más tarde.

En el año de 1841, Aguado, su gran amigo, decidió hacer un viaje a la Península y se interesó vivamente para que San Martín lo acompañase. No contento con invitarlo se adelantó, por decirlo así, a los acontecimientos y solicitó del ministerio respectivo del gobierno español, el pasaporte para ambos. La carta que con tal motivo escribió Aguado al gobierno español no la conocemos; pero conocemos la respuesta que le fué enviada y en la cual el ministro Ferrer le dice: «El pasaporte de San Martín pudiera tener alguna duda como general de la República Argentina, mediante a no estar reconocida. Con don José de San Martín, particular, no ocurre el

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 221. — El itinerario sanmartiniano que aquí damos a conocer, está reconstruido según las visaciones contenidas en una libreta que perteneció a San Martín, y que se conserva en el museo Mitre. La libreta lleva este título: «M. SAINT MARTIN. *Passeport*».

más leve inconveniente, porque los súbditos de las repúblicas no reconocidas en América son mirados aquí como españoles.

«En cuanto a que ha sido general allá y nos ha hecho la guerra, de hecho estamos en paz y nadie se acuerda de aquellas discordias pasadas. Dígaselo usted así de mi parte». Y tres días más tarde: «Añado estas cuatro letras para incluirle los adjuntos pasaportes para usted y el señor San Martín. Aunque los tenía extendidos desde el recibo de su carta he querido dar cuenta al Regente de su venida a Asturias y objeto laudable para evitar chismes y la de San Martín y sus recelos. Sobre lo primero se ha alegrado mucho y sobre el recelo de San Martín se ha reído de que pudiera imaginar que nosotros que hemos abrazado a los de Vergara habíamos de esquivar nuestra amistad a los hermanos de América» (1).

El contenido de estos documentos nos demuestra que San Martín puso sus reparos al viaje proyectado por Aguado. Aun más; ellos nos permiten sospechar que el ilustre marqués intentaba acaso presionar la cancillería española para que ésta procediese al reconocimiento de la independencia argentina y que para lograrlo consideraba como eficaz la presencia de San Martín en Madrid. Las respuestas recibidas le hicieron ver a San Martín que se hacía un desdoblamiento de su personalidad y que si no se ponían reparos al hombre, se le ponían al Libertador. Esto bastó para modificar su conducta y, no pudiendo entrar en España con su investidura de general argentino, prefirió renunciar a ese viaje y dejar que Aguado partiese sin su compañía a la tierra de sus mayores. Era éste, por parte de San Martín, un rasgo de altivez y concordante en todo con la inflexibilidad de sus principios y de su argentinidad.

El viaje a que en estas páginas nos referimos fué para Aguado el viaje fatal. Al trasladarse de Oviedo a Gijón fué sorprendido en el camino por una tempestad de nieve y obligado a abandonar el carruaje que lo conducía, extravióse en la ruta, y sin compañía de nadie pudo llegar a Gijón, pero esto después de haber sufrido un sinnúmero de peripecias. Transido de frío y debilitado en extremo por esa jornada fatigosa, se presentó sin embargo por acto de cortesía, sin tomar previamente el reposo que ella reclamaba, a la mesa que se le preparó en la casa que le servía de hospedaje. Repentinamente y como si un sopor lo dominase a la hora de comer, inclinó la cabeza y sin articular palabra alguna expiró el 12 de abril de 1842.

Antes de ponerse en viaje para Asturias, Aguado había redactado su testamento. Esta pieza histórica descubierta por nosotros la redactó el ilustre magnate en español como en francés, y la depositó al abandonar su residencia de París en manos de su notario, el señor Huillier. Aguado principia su testamento declarando como herederos de su fortuna a sus hijos Alejandro, Olimpio y Onesipo,

(1) *Archivo de San Martín*, Museo Mitre.

los que recibirán esta fortuna por partes iguales. «Deseoso de dar a mi mujer, declara luego, doña María del Carmen Moreno, una última prueba de mi afección, le doy y lego una renta vitalicia de 72,000 francos por año que se le pagará por semestres vencidos o trimestres y además una suma de 250,000 francos. La mitad en dinero efectivo y la otra mitad en plata labrada, ropa blanca, coches, muebles, cuadros, etc. etc., a los precios de estimación, pudiendo escoger lo que le acomode. Esta renta vitalicia que yo lego a mi mujer en testimonio de mi generosidad se le asegurará de un modo positivo y a su completa satisfacción. Recomiendo a mis ejecutores testamentarios dediquen a esto todo su cuidado lo cual se ejecutará con mi fortuna en Francia. Las alhajas que mi mujer posee hoy y los muebles y adornos de su cuarto de dormir y gabinete de *toilette* le pertenecerán en toda propiedad». Y más adelante, después de enumerar diferentes legados, muchos de los cuales se refieren exclusivamente a sus servidores: «Deseoso de dejar a mis ejecutores testamentarios una muestra de mi afección, les lego todas mis alhajas que tengo para mi uso y además una suma de 30,000 francos. Nombro por mis ejecutores testamentarios a don José de San Martín, capitán general de Chile, a monsieur Pelchet, arquitecto, y a monsieur H. Couvert, mi apoderado. Les ruego acepten este encargo».

«Nombro por tutores y curadores de mis hijos menores a mi mujer doña María del Carmen Moreno y además a mis tres ejecutores testamentarios, general San Martín, monsieur Pelchet y monsieur Couvert. En el caso de muerte de alguno de ellos, se reemplazarán en primer lugar por monsieur Huillier, mi notario, y en segundo por el canónigo Lanza.

«Nombro por vigilador de mi testamentaria y tutela a monsieur Beleyme, presidente del tribunal de primera instancia y le ruego tenga a bien aceptar este encargo.

«Los tutores, ejecutores testamentarios y el vigilador gozarán cada uno de un sueldo de cuatro mil francos anuales como indemnización del tiempo que se les distrae de sus ocupaciones.

En caso de muerte de alguno de los albaceas o tutores de las personas que para reemplazarlos indico, los tutores y albaceas nombrarán una persona de su confianza para reemplazar al que falte» (1).

(1) Ver: *Apéndice*, documento 1. — La fortuna de Aguado fué evaluada — y hablamos tan sólo de la fortuna en Francia — en francos 191.050.181.92. Por ese reparto a su hijo mayor Alejandro, tocóle la suma de 61.296.109 francos 08 y a sus hijos menores, Olimpio y Onesipo respectivamente, la suma de 91.136.469 francos. A la viuda se le asignó la suma 226.580 y una indemnización de 98.653 francos, lo que hace un total de 325.239 francos a su favor.

El monto de la fortuna de Aguado en España nos es desconocido, como nos es desconocido igualmente el testamento que con relación a esta fortuna depositó en el estudio del mismo notario en París.

En el inventario de las propiedades inmuebles que Aguado poseía en Francia

Por lo que se refiere a las joyas dejadas por Aguado, conocemos su clasificación y aun la evaluación hecha por el señor Berin, joyero que vivía en el *Palais Royal*, y que tenía su negocio en la galería *Valois, la rue de la Paix*, por así decirlo, del París de aquella época.

Lo que no conocemos es la distribución que se hizo de esas joyas, y cuáles le tocaron a San Martín en su reparto. Si nos atenemos a lo que éste escribe en cartas que ya conoce el lector, podemos afirmar que la mayoría de esas joyas, si no el total, pasaron a ser de su propiedad, como lo mismo las condecoraciones que habían pertenecido al ilustre marqués ⁽¹⁾.

El expediente testamentario que tenemos delante no apunta este detalle; en cambio, apunta él otros pormenores muy interesantes y que permiten apreciar el alcance de la inmensa fortuna que poseía el opulento magnate. El expediente testamentario se compone de tres gruesos infolios. El primero comprende un inventario de todos los bienes, muebles e inmuebles, dejados por el difunto, y los otros dos las actas y demás formalidades relacionadas con la testamentaria. La testamentaria se inició en París el 7 de noviembre de 1842, estando presentes a este acto la viuda de Aguado, San Martín, los señores Augusto José Pelchet y Héctor Miguel Couvert, ejecutores testamentarios como él.

El inventario da principio con la enumeración de todo lo existente en la casa del difunto, que lo era en el n° 5 de la rue *Grange Batelière*, y se prosigue con todos los otros bienes que forman el

a la hora de su fallecimiento, no figura el *Château de Petit-Bourg* y esto por la simple razón que ya lo había vendido.

En el inventario hay con todo una referencia a este castillo y ella, que es la correspondiente al n° 1559 del inventario, dice así: «Une grille en fer, qui devait être placée le long du chemin de fer de Corbeil dans la partie traversant le parc du Petit-Bourg, laquelle pèse 18.160 kilogrammes, 45 kilogrammes d'équerres doubles préparés pour les fenêtres du château de Petit-Bourg et 23 chassis de couche en fer, le tout prisé 4.000 francs».

(1) He aquí la enumeración de estas joyas, según la estimación hecha por el experto, o sea por el señor Berin:

Sept boutons de gilet en rubis et brillants prisés	fr. 1.400
Deux boutons rubis et brillants prisés	3.000
Deux boutons de chemise en brillants prisés	7.500
Deux boutons saphirs prisés	700
Une bague montée d'un brillant prisee	4.500
Une montre en or avec la chaîne et sa clef prisés	100
Une autre petite montre de chasse en or à euvette prisee	50
Un lot composé de quatre médailles en argent, deux crayons en argent doré, deux autres crayons, dont l'un en or, un autre en argent, une serpette, un couteau, une paire de lunettes en écaille, un petit couteau à papier à lame d'argent et manche d'agate, le tout prisé	50
Une boîte composée d'un rasoir et un blaireau, prisee	4

DÉCORATIONS ORNÉES DE DIAMANTS

Une plaque de Charles III d'Espagne, prisee	6.000
Une plaque et une croix d'Isabelle la Catholique, prisees	6.200
Une plaque et une croix d'Isabelle la Catholique, prisees	2.000
Total de la prisee des diamants et bijoux, francs	31.504

importante patrimonio. El llega hasta el n° 1572 y en esta enumeración figuran no sólo los castillos y las distintas fincas que Aguado poseía en Francia, sino también la colección de cuadros, de grabados, de mármoles y de otras obras de arte que formaban su galería. En la galería de pintura — este inventario principia en el n° 687 y termina en el n° 955 — figuran varias obras de Murillo, de Rafael, de Alonso Cano, de Offenbach, de Velázquez, de Valdés Leal, de Zurbarán, de Cristóbal López, de Ribera, de Poussin, de Lucas Jordán, del Barrochio, de Paolo Veronèse, de Herrera, de Moya y esto sin contar las de otros grandes maestros.

Al enumerarse los mármoles que Aguado poseía en su galería, se nos señala allí un Apolo, una Bacante, el Amor de Psyché, un busto de Ariana, un vaso de alabastro, un Hércules, una Venus, dos cabezas griegas, cuatro cabezas de figuras romanas, una ninfa recostada, una Flora, una dama romana, una Vestal, dos vasos de granito, la ninfa Salmasin, mármol blanco firmado por Schadow en Roma en 1801, como igualmente un vaso de granito oriental; dos vasos etruscos extraídos de Pompeya, una Ariana de mármol blanco sobre zócalo verde, una María Magdalena de Cánova, ejecutada en Roma en 1776, dos grandes vasos de porcelana de China, dos toros de mármol blanco sobre zócalos igualmente de mármol, un sátiro, un fauno, una estatua de Baco, otra de Minerva, como otras obras más, muchas en bronce.

El inventario de la biblioteca cuyo catálogos nos es imposible reproducir aquí, principia en el número 501 y termina en el 671, como el de los grabados principia en el n° 672 y termina en el 686.

La firma de San Martín se registra cuarenta y cuatro veces, treinta y nueve durante la formación del inventario y cinco durante el proceso seguido por el desarrollo de la testamentaria, la cual se cerró el 20 de septiembre de 1845.

Como se ve, San Martín no defraudó las esperanzas del amigo que antes de fallecer lo eligiera para convertirlo en su ejecutor testamentario. Durante tres años el Libertador del nuevo mundo, que vivía recluso en Grand-Bourg, se consagró por entero a esta tarea, que aceptó en nombre de la amistad y de la gratitud, tarea que por otra parte desempeñó religiosamente y con la escrupulosidad que exigía su importancia.

Los momentos en que se consagró a ella eran precisamente los momentos aquellos en que América lo llamaba y en que su corazón se sentía atraído por el acicate de la tierra nativa. Sin embargo todo ello lo subordinó al cumplimiento de un deber, y es así como con fecha 22 de junio de 1842 le pudo escribir a su gran amigo en Chile don Ignacio Zenteno explicando la razón por la cual no podía responder al voto o llamado que los chilenos le formulaban. «El 12 de abril del presente año ha muerto repentinamente en España, a donde había ido a ver una gran explotación de minas de carbón que había establecido en Asturias, mi antiguo amigo y compañero de

regimiento en España, don Alejandro Aguado, marqués de las Marismas. Por su testamento, no sólo me nombró su general albacea, sino también tutor y curador de sus hijos menores. Sin la más horrible nota de ingratitud yo no podía declinar este cargo que la más pura amistad me ha legado; y satisfecho de haber desempeñado este sagrado deber quedaré libre para disponer de mí y de mi futura suerte» (1).

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 224.

CAPITULO XIII

San Martín y sus actividades en el ostracismo

SUMARIO: San Martín y la clasificación de sus documentos. — Lo que sobre esto le escribe a Guido desde Bruselas. — En carta a Alvarez y desde París le hace saber que está escribiendo sus campañas. — Según él, una pluma ejercitada podrá hacer ver la luz con fruto a estas Memorias, pero después de su muerte. — Sarmiento y las Memorias de San Martín. — Miller acude a San Martín como a la mejor de sus fuentes. — «La amistad, le dice a Miller, no es a la verdad un juez imparcial». — Retrato que será el último que San Martín se haga en vida. — Lafond de Lurey y San Martín. — San Martín, según él, es quien puede munirle de documentos. — Cartas que faltan en el archivo de San Martín. — Las notas escritas por San Martín, según Lafond, «serán como los *Comentarios* de César». — San Martín, declara éste, «ha sido el organizador y el primer soldado de la América». — Explicación de una mentira apuntada por Lafond. — San Martín y las islas Marquesas. — El objeto que se proponía San Martín con esta expedición. — El general Flores y Lafond de Lurey. — Interés que toma éste para que lo reciba San Martín. — Silencio y negativa de San Martín. — Carta que esta actitud arranca a Lafond de Lurey. — San Martín reconocido por éste «el Cincinato de América». — Miller y San Martín en 1841. — Miller borrado de la lista militar del Perú. — San Martín lo invita para que venga a visitarlo en su casa de campo. — Ignoramos si Miller dejó Londres por Grand-Bourg. — Invitación que le formula Miller para hacer un viaje a Constantinopla, Irán, Cairo, Tierra Santa, Calcuta y, finalmente, Nueva York. — Razón por la cual San Martín se niega a este viaje. — San Martín visita la Bretaña y la Vendée. — San Martín en el Havre. — Solicitaciones de San Martín por la salud de Miller. — San Martín enfermo de los ojos. — La testamentaria de Aguado lo obliga a San Martín a permanecer el invierno en París. — El estado del Perú y llamado que le formula el presidente de Chile. — Aguado deja a San Martín a cubierto de la indigencia. — Cómo se desenvuelve la vida de San Martín en Grand-Bourg. — Carta escrita por Miller a San Martín que no conocemos. — Proyecto de viaje que San Martín no puede realizar. — Pintura del Perú la más lamentable. — Artículo publicado en Valparaíso el 11 de febrero sobre la batalla de Chacabuco. — Este grito de justicia reparadora saca del olvido en Chile a San Martín. — Proyecto presentado por Bulnes al senado chileno. — San Martín reconocido en el grado de capitán general de Chile. — Este decreto lo llena a San Martín de satisfacción. — La injusticia de las pasiones topográficas según Sarmiento. — Chile en la mente de San Martín. — Don Joaquín Prieto y el retorno de San Martín. — El presidente de Chile se interesa por el retrato de San Martín para colocarlo en lugar conveniente. — El hijo de Prieto y San Martín. — Carta de Prieto a San Martín. — Recuerdo que en ella se hace del padre Bauzá. — La mejoría del hijo de Prieto y San Martín. — Carta que le escribe San Martín cuando su hijo ya mejorado retorna a Chile. — San Martín y su solicitud por Aníbal Pinto. — Carta que le escribe desde Grand-Bourg al padre de éste. — «El mejor gobierno, le dice en ella, no es el más liberal en sus principios, sino aquel que hace la felicidad de los que obedecen». — Joaquín de Tocornal y la visita de sus dos hijos a San Martín. — Hijos que son un orgullo. — Tocornal, las alarmas de Chile y la intervención

de Francia e Inglaterra en el Plata. — En Chile, declara San Martín, puede haber una revuelta, pero no una revolución. — La intervención franco-inglesa y su viaje en Italia. — Cómo San Martín llenaba su ostracismo. — San Martín, punto de mira de historiadores y de publicistas. — Idea que lo persigue.

Desde que San Martín resolvió recluirse en su residencia de Grand-Bourg alternó sus ocupaciones domésticas con una hermosa tarea y lo fué ésta la de poner en orden y clasificar debidamente los documentos que constituían su archivo. Sus propósitos no eran los de escribir su autobiografía, pero sí los de dejar ordenadas las piezas documentales correspondientes al largo período de su papel de libertador. En modo alguno lo llenaba una preocupación de auto-defensa, ni tampoco quería anticiparse al fallo que sobre su obra de hombre y de soldado podría emitir la posteridad. Recordemos a este propósito lo que desde Bruselas le escribiera a su amigo Guido: «Cuando deje de existir, le dice, usted encontrará entre mis papeles documentos originales y sumamente interesantes. Ellos y los apuntes que usted hallará ordenados manifiestan mi conducta pública y las razones de mi retirada del Perú. Usted me dirá que la opinión pública y la suya están interesadas en que estos documentos vean la luz en mis días. Varias razones me acompañan para no seguir este parecer, pero sólo citaré una que para mí es concluyente, a saber: la de que lo general de los hombres juzgan de lo pasado, según la verdadera justicia y de lo presente según sus intereses» (1).

Pero si ésta era la tarea que San Martín había iniciado en Bruselas, esa misma tarea la prosiguió en París y en Grand-Bourg. Es precisamente el 25 de abril de 1843 cuando le escribe a Alvarez: «He dicho escribía mis campañas. No por eso vaya usted a creer que ellas vean la luz inmediatamente. No, amigo, hasta después de mi muerte no serán impresas, primero porque con esta seguridad serán escritas con la más severa imparcialidad y veracidad sin perdonarme a mí mismo y segundo ni mi instrucción ni mis luces son capaces de presentar al público estas Memorias con la corrección necesaria». Y luego: «El trabajo hecho hasta el día se reduce a clasificar los hechos por orden cronológico con los documentos que lo comprueban en el período de cada año principiando desde 1813 hasta fines de 1822. Si después de mi fallecimiento mi hijo político cree que estos materiales reunidos pueden ser de alguna utilidad a nuestra América, como yo lo creo, él y mis amigos buscarán una pluma ejercitada capaz de hacer ver la luz con fruto a estas Memorias».

Estos antecedentes demuéstrannos que San Martín se consagró con serena quietud a la clasificación de sus documentos, y que al mismo tiempo redactó notas y apuntes, verdadera glosa o comentario de los mismos. Esto hizo creer a muchos que San Martín había

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI.

escrito sus Memorias y así lo declaró Sarmiento en 1850 cuando llegó a Chile la noticia de su muerte. «San Martín, escribió el ilustre publicista en aquel entonces, ha debido dejar Memorias escritas. Así lo ha asegurado al menos él mismo a algunas de las personas que han merecido su confianza. Lo que es indudable es que en su poder estaba una masa inmensa de documentos relativos a su época y a los diversos Estados en que sirvió» (1).

Estas actividades históricas de San Martín coincidieron con el momento aquel en que el general Miller, deseoso de dar a conocer a sus compatriotas las campañas por la independencia en el nuevo mundo, se había consagrado a la redacción de aquellas Memorias que tiempo más tarde daría a la publicidad su hermano John Miller. Antes de hacerlo Miller se interesó por dar a conocer a San Martín su contenido, y guiado de la modestia que le era característica, San Martín sintetizó su opinión en esta forma: «Permítame, le dice, le haga una observación, la que espero no atribuya a un exceso de moderación, sino a la verdadera justicia. Usted carga demasiado la mano en elogios míos: esto dará a su obra un aire de parcialidad que rebajará su mérito. Conozco demasiado bien la honradez e independencia de su carácter para atribuir sus elogios por deferencia hacia mí, pero por lo general la amistad no es a la verdad un juez bien imparcial».

Con fecha 3 de setiembre de 1828, Miller volvió a dirigirse a San Martín para hacerle saber que la edición española se comenzaría a imprimir en esos días y para pedirle al mismo tiempo su retrato. Un mes más tarde, San Martín respondió a esta solicitud y al enviarle la piedra litográfica con la cual Miller se proponía estampar en mil ejemplares la imagen del héroe, escribióle: «Los que lo han visto dicen que aunque se parece bastante me ha hecho más viejo y los ojos los encuentran defectuosos; ello es, que es lo mejor que se ha podido encontrar para su ejecución. Al fin yo he cumplido con su encargo asegurándole será el último retrato que se haga en mi vida».

Pero si este contacto con San Martín sirvió a Miller para escribir páginas que en el día de hoy sirven todavía de consulta a los historiadores de la independencia americana, de ese contacto no sacó menos provecho igualmente el capitán Lafond de Lurcy, quien si no escribió sus Memorias como lo hizo Miller escribió sus viajes alrededor del mundo, enriqueciendo así la bibliografía francesa con una obra que tuvo su auge y su popularidad. Lafond de Lurcy había conocido a San Martín en el Perú y había conservado de él un honroso recuerdo. Cuando se decidió por escribir su obra no pudo prescindir de San Martín y con fecha 5 de setiembre de 1829 escribióle desde París, a su residencia de Grand-Bourg: «Después de algún tiempo me ocupo en poner en orden diversos documentos

(1) *Obras completas*, t. III, pág. 261.

que he recogido sobre la guerra de la independencia del Perú, durante mi permanencia en América. Yo busco corroborarlos con la obra inglesa de Mitre y de Stevenson; pero su parcialidad por lord Cochrane y contra usted es excesiva. No disimularé a usted, mi general, que busco la verdad toda entera y como usted es el único hombre en el mundo, el generalísimo de aquella expedición, que pueda munirme de documentos que me faltan para hallarla, tomo la confianza de dirigirme a usted, persuadido de que será tan bueno y celoso de su gloria para permitirme al mismo tiempo refutar alegaciones que creo falsas.

«Varias veces he llegado, mi general, a su morada para verle en compañía del señor Viel y de otros amigos; pero no habiendo tenido el honor de encontrarle no he creído deber dejarle mi nombre, para usted sin interés, pues quizá no podría tenerlo presente.

«Muy joven al servicio de la marina peruana con el grado de oficial, después de la toma del Callao, tengo demasiados títulos con el Protector de la República para que él se acuerde de mí. Quiera decirme si puedo presentarme a su residencia de campo a fin de hablar con usted, indicándome el día y la hora que le será más agradable».

Lafond concluye su carta significándole a San Martín que el señor Giroux, antiguo oficial del arma de artillería en la expedición chilena de 1820, acaba de llegar del Perú y que tiene el más grande deseo de ver a su antiguo general.

En los documentos sanmartinianos que conocemos, faltan por desgracia las primeras cartas escritas por San Martín en contestación a las que en ese entonces le escribiera el capitán Lafond. Sabemos que la iniciativa tomada por éste para acercarse a él y utilizar sus informes no quedó infructuosa pues el 8 de mayo de 1840, Lafond le escribe a San Martín para agradecerle su carta del 3 de ese mismo mes y al mismo tiempo todo lo que él ha tenido la bondad de enviarle. «Siento infinito haberlo quizá fatigado, le dice Lafond, pues que ha sido acosado de grippe. Con todo me alegro de escribir a usted algunas cosas sobre la América. Estas notas serán como los comentarios de César, pasarán sin duda a la posteridad; pero mi general, no se fatigue». A partir de ese momento la amistad de San Martín con Lafond se consolidó con estrechos lazos. El solitario de Grand-Bourg se complacía en hacerle envío de algunos de sus documentos ya manuscritos, ya impresos, documentos que Lafond consultaba o copiaba y éste a su vez lo tenía al corriente de sus trabajos como se ve por las siguientes líneas: «Yo retengo los impresos con todo cuidado, le dice en carta de 2 de abril de 1840, para que no se extravíen y quede usted tranquilo, que se los remitiré empaquetados luego que yo haya terminado de utilizarlos.

«Mi segundo volumen adelanta y espero ir yo mismo a llevárselo

a su señora hija a fines del mes. No contendrá que las Molucas y las Filipinas. El tercero empezará con San Blas, Guayaquil, el Chocó y Lima. El cuarto con el Perú y Chile».

El 29 de marzo de 1841 Lafond le dice a San Martín: «Siempre me complace recibir una palabra de usted, pero dígame con confianza si le fastidio con mis continuas preguntas, porque entonces dejaré de importunarle; sin embargo si le es grato algunas veces conversar con un viejo servidor, continuaré aún con mis observaciones.

«Yo conocía el decreto que anula la Orden del Sol, pero ningún poder existe en el mundo para deshacer una cosa hecha; pues Napoleón y el gobierno imperial no han reconocido la Cruz de San Luis, pero no han podido anular el hecho, que una persona creada *Caballero de San Luis* no lo fuese.

«El Emperador de Rusia ha destruido el reino de Polonia, pero no ha podido hacer que los generales, oficiales y decorados, nombrados por el gobierno revolucionario, no fueren generales, oficiales o decorados: eso es y será lo mismo para la América del sud; un congreso puede impedir que la Orden del Sol sea continuada, pero no puede deshacer lo que usted ha hecho; no puede impedir que un oficial deshonorado aún no haya sido oficial.

«He querido hacer lo posible para que la orden y la cruz del ejército libertador fuesen reconocidas por el gobierno francés. Mandaré mi libro a todas las academias y quiero que su obra resplandezca pues usted ha sido el organizador y el primer soldado de la América española. Un solo defecto, o más bien demasiado amor a su país le ha hecho abandonar su obra para que fuese continuada por otro, pues usted veía la guerra civil y ha preferido en la fuerza de su vida dejar al Perú terminar la lucha bajo el mando de Bolívar».

Dos años más tarde y con fecha 24 de junio, Lafond de Lurcy se vuelve a poner en comunicación con San Martín y al hablarle de la próxima aparición del tercer volumen de su obra: *Viajes alrededor del mundo*, le dice textualmente: «Para empezar el tercer volumen me he visto obligado a decir una pequeña mentira».

¿Cuál es esta mentira? En realidad de verdad, como pronto lo verá el lector, no era ella de gravedad alguna, y se relacionaba tan sólo con la cronología de sus viajes. Para esto conviene hacer presente que cuando San Martín se encontraba ejerciendo el protectorado en el Perú, se decidió por organizar una expedición a las islas Marquesas, con el propósito de incorporarlas al dominio de la soberanía peruana. A su retorno de Guayaquil, la expedición se encontraba próxima para hacerse a la vela, pero su renuncia al mando supremo del gobierno y su retirada del Perú, hizo que esta expedición quedase simplemente en proyecto. En ese momento Lafond de Lurcy se encontraba en aguas peruanas, a bordo de la goleta *Estrella*. Enterado del pensamiento de San Martín y com-

prendiendo además que una expedición a aquellas islas tenía que ser beneficiosa en un sentido o en otro, se decidió a hacerla por su cuenta, ya desaparecido San Martín del escenario político. Como un homenaje al Libertador del Perú y al hombre que le había precedido en esta iniciativa, creyó él que no alteraba en nada la verdad de la historia si colocaba su expedición como realizada bajo los auspicios de San Martín, y así lo hizo, declarando en esa oportunidad que la expedición en cuestión la había realizado por su mandato. He aquí cómo el ilustre marino hace alusión a este punto: «Digo que después de mi viaje al norte de Lima a bordo de la goleta *Estrella* había sido encargado por usted de hacer un viaje de reconocimiento de las islas Marquesas, para elegir un sitio destinado a la deportación. He querido también hacer conocer el pensamiento que usted tenía siempre de alejar a los enemigos de la causa americana, realizando así uno de sus proyectos más honrosos».

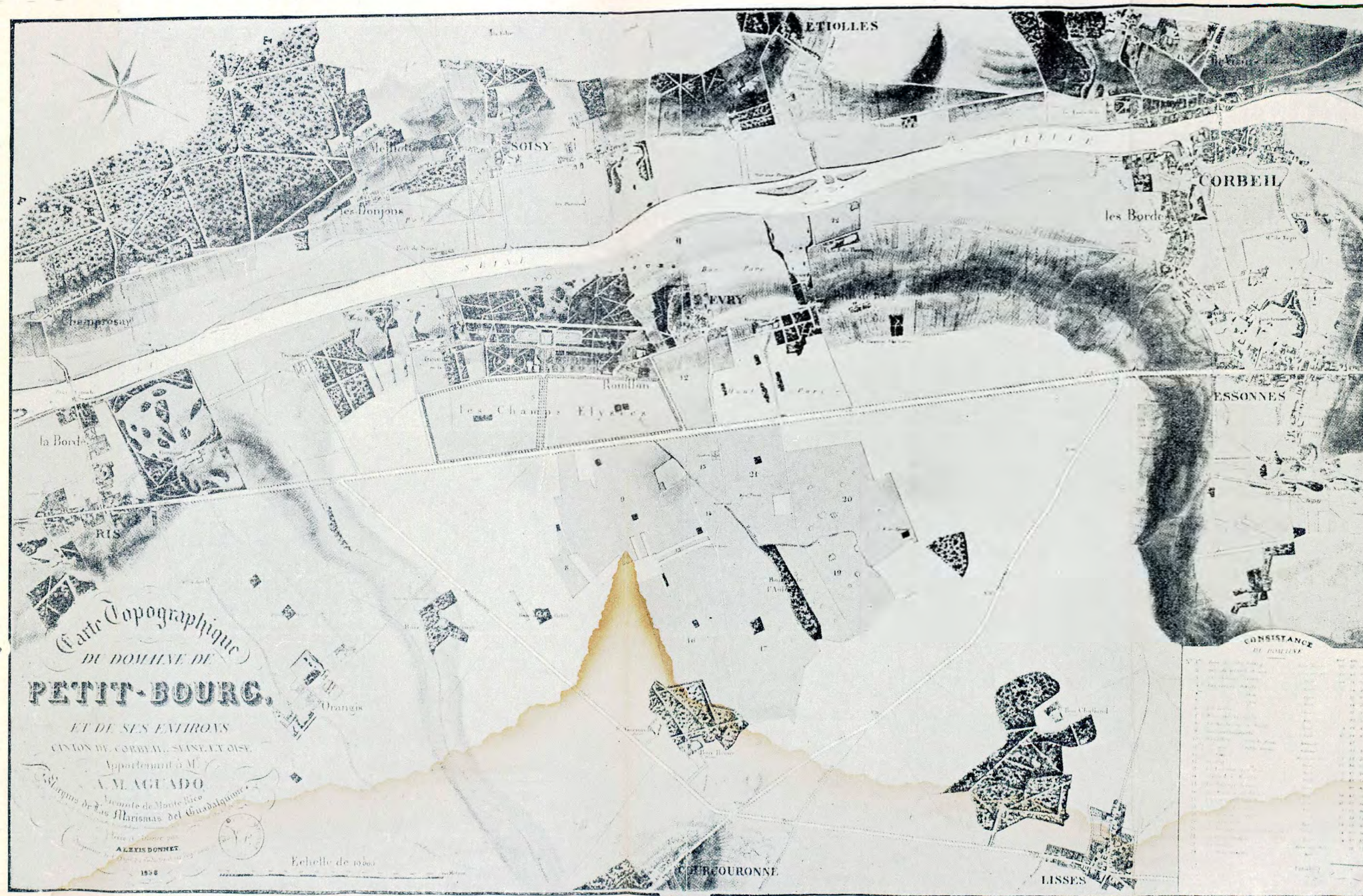
San Martín no tardó en contestar a Lafond de Lurcy, y si no dió importancia a la primera parte de este comunicado, creyó que era de su deber rectificar las intenciones que aquél le atribuía, con la expedición proyectada. «Efectivamente, le dice San Martín, yo creía que el Perú tenía un gran interés en la ocupación de las islas Marquesas y de Otaití, pero jamás fué mi objeto el de destinarlas únicamente para un lugar de deportación de los españoles. Los aprestos para esta expedición, a mi separación del Perú, se hallaban casi concluídos. Después ignoro cuales fueron los resultados que tuvieron» (1).

Por esa época Lafond de Lurcy se interesó igualmente en poner en contacto al general Juan José Flores, ex presidente del Ecuador,

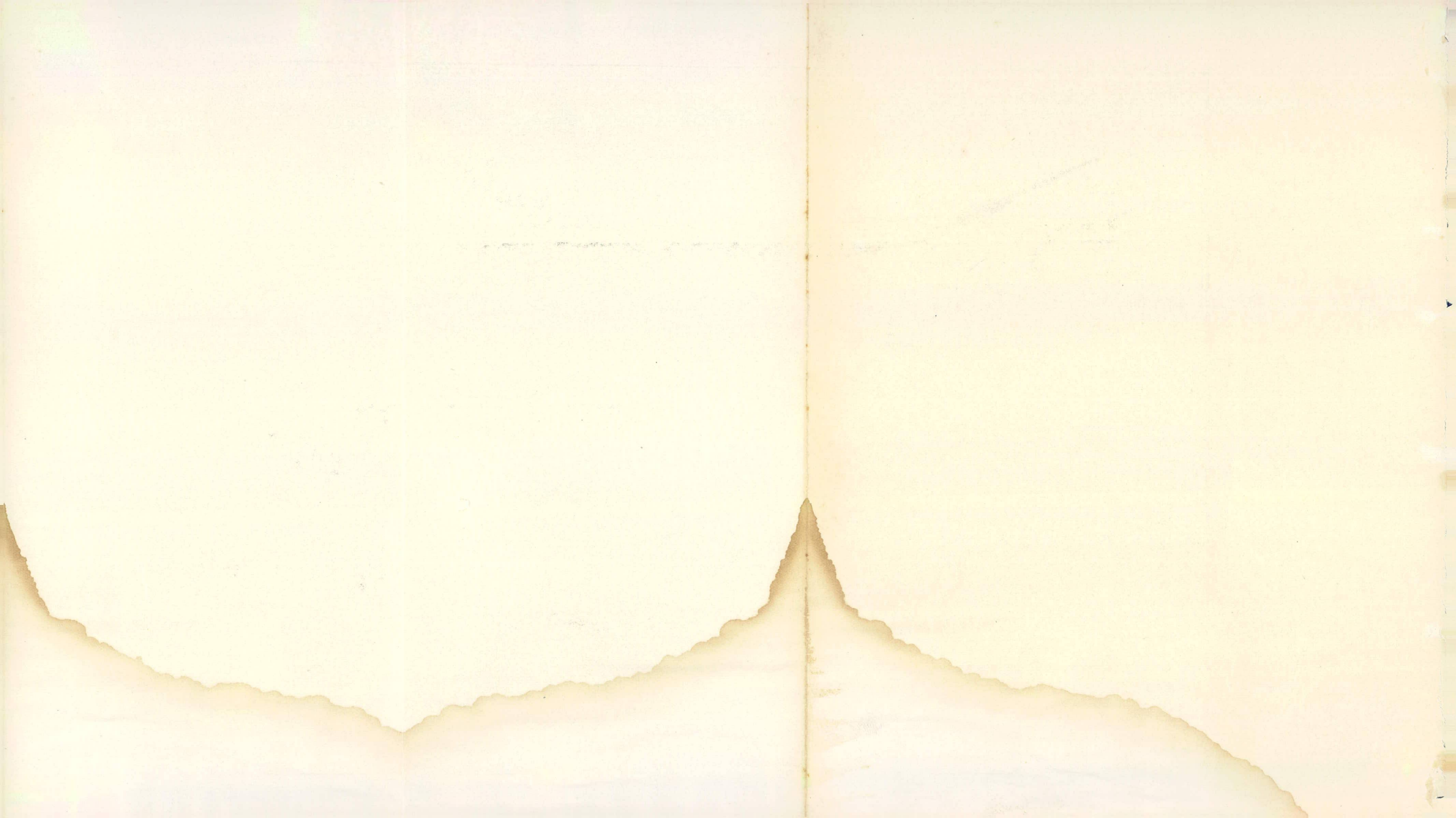
(1) Las islas Marquesas fueron descubiertas en 1595 por el español Medana y se les dió esa denominación en homenaje a la marquesa de Mendoza, esposa del virrey de ese nombre, como nos lo dice Lafond. Más tarde estas islas y las otras que figuran en el mismo archipiélago fueron visitadas por distintos exploradores, figurando en éstos Cook, Ingraham y Marchand. He aquí la manera como Lafond de Lurcy da a conocer su viaje a las referidas islas: «Après mon expédition, sur la côte au nord de Lima, et mon départ de Paita, j'ouvris les dépêches cachetées qui m'avaient été remises par les Ministres de la Guerre et de la Marine au Pérou; elles me prescrivaient de me diriger sur les Iles Marquises, et ensuite O'Taiti. Depuis longtemps le général San Martín nourrissait le projet de fonder dans une des îles de ces deux archipels, un lieu de déportation où il releguerait tous les ennemis de nouvelles institutions; il ne suffisait pas de vaincre les espagnols, il fallait encore les mettre dans l'impossibilité de prolonger la guerre.

«Les besoins du moment et l'incertitude du succès avaient jusque-là fait ajourner l'exécution de ce projet; mais il devenait tous les jours de plus en plus nécessaire de mettre fin aux exactions sanglantes de Montegudo et le Protecteur, dont l'âme noble et généreuse avait toujours été ennemie des mesures oppressives, résolut d'exiler les principaux agitateurs dans une de ces îles, dont le climat doux et tempéré leur permettrait d'attendre patiemment que la République fut assez consolidée pour n'avoir rien à craindre de leur présence. Obéissant aux ordres que j'avais reçus je laissai arriver vent arrière et me dirigeai sur les Marquises.

«Entre les tropiques, l'Océan offre un spectacle entièrement nouveau: tout s'anime, le soleil en agitant son prisme sur les flots y répand le mouvement et la vie; la mer se peuple d'une multitude d'habitants de toutes les formes, de toutes les couleurs, qui semblent suivre le navire pour égayer la monotonie de la naviga-



DOMINIOS DEL MARQUÉS DE LAS MARISMAS EN PETIT-BOURG, EN LA ÉPOCA EN QUE SAN MARTÍN SE INSTALÓ EN GRAND-BOURG
 (Biblioteca Nacional de París, sección Cartografía).



con San Martín. El personaje en cuestión había tenido una larga figuración en su patria. Después de la disolución de la confederación colombiana creada por Bolívar, el Ecuador había formado una república independiente, y por tres veces el general Flores desempeñado el poder ejecutivo. Obligado por fuerza de los acontecimientos a abandonar su patria y a refugiarse en Europa, estando aquí se despertaron en él los deseos de recuperar las posiciones perdidas, y con tal motivo se entregó a distintas andanzas reaccionarias, las cuales se tradujeron en una expedición armada, que partiendo del norte de España debía desembarcar en las playas del Ecuador. Los proyectos del general Flores iban más allá. Deseoso de reemplazar la república por la monarquía, se había entrevistado con Isabel II, e interesádola en el apoyo militar y económico de la Corona, para establecer en el trono ecuatoriano a uno de los hijos del duque de Rianzares. Todo esto no significaba otra cosa que un proyecto de ambición, antipatriótico y descabellado. Con todo, Flores supo ganarse la simpatía de algunos prohombres o de personalidades interesadas en el progreso del nuevo mundo, y Lafond de Lurey figuró entre éstas. Sabiendo Flores la amistad que unía a Lafond de Lurey con San Martín, acudió a él para que le solicitase una entrevista, y el marino en cuestión así lo hizo, dirigiéndose a San Martín en la siguiente forma: «Hace algunas semanas — la carta de Lafond tiene fecha 28 de junio de 1847 — que el general Flores me había dicho de preguntar a usted si le agradaría recibir su visita, pues deseaba conocerle personalmente. Yo fui a la calle de San Jorge a ver a usted, pero ya se había ido, y esperaba el momento oportuno en su mansión de campo. Ayer el general Flores me ha reprochado de haber olvidado su encargo y me ha remitido para usted la carta que le adjunto avisándome que partía el 1º del corriente para Bélgica, regresando dentro de unos ocho días. Dígame si puedo ir un día con él a saludar a usted» (1).

Al parecer San Martín no se apresuró a contestar este pedido, pues en su epistolario encontramos esta misiva, carente de fecha y dirigida a Lafond: «Usted habrá extrañado no haya contestado con más antelación su apreciable del 25 del pasado; pero atacado

tion; on dirait, pour nous servir de la belle image de Bernardin de Saint-Pierre, que des Néréides se sont chargées de conduire dans ces mers des flottes de poissons».

En el mismo volumen, y al volver sobre este tópico, Lafond de Lurey se expresa así:

«Nous avons dit en commençant ce volume que le général San Martín avait eu l'intention de fonder un lieu de déportation aux îles Marquises ou dans celles de la Société. Le général désirait aussi, par ce moyen, établir un point commercial pour le Pérou, en reliant la côte de l'Amérique du Sud avec l'Inde et la Chine. Effectivement, les îles Marquises ou celles de la Société convenaient, on ne peut mieux, à ce projet, dont l'abdication du Protecteur vint arrêter l'exécution. Depuis, la guerre civile péruvienne a empêché à ceux qui se sont succédés au pouvoir de s'occuper de cette affaire qui d'ailleurs n'aurait peut-être pas dans leur vue». — Ver: *Voyages autour du Monde*, vol III, pág. 11 y 111.

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 320.

hace más de un mes de dolores nerviosos al estómago, casi sin la menor interrupción, es la causa que ha motivado este retardo y lo que me priva de aceptar la visita del general Flores».

Evidentemente, San Martín deseaba substraerse a la entrevista con el caudillo ecuatoriano, y en lugar de formular una negativa a secas, invocó un pretexto, cual lo era el de su salud un tanto comprometida. Presumimos que en ese intervalo debió haber existido un cambio de cartas entre San Martín y Lafond a propósito de los proyectos que perseguía en ese entonces el general Flores, pues con fecha 11 de noviembre, y después de recibida la contestación de San Martín que aquí transcribimos, el marino citado le escribe: «Yo quisiera verle, hace largo tiempo, pero con mi gran pesar me ha sido imposible hasta ahora. He pasado dos veces delante de la cabaña de usted, yendo y repasando de Fontainebleau por el barco de vapor, y he saludado la morada modesta de uno de los más grandes hombres. Siento no haya visto al general Flores, quien está lleno de admiración por el carácter de usted. Le ruego quiera leer en mi segundo volumen, páginas..., lo que pensaba de usted en 1828; puedo asegurarle que no ha cambiado desde entonces. Usted no ha aprobado su expedición: es un hombre leal, que puede haberse equivocado, pero que es preciso reconocer sus buenas intenciones. Flores ha querido y quiere aún para su país todo lo mejor pero por otros medios que los de los indígenas». Lafond concluye esta su carta llamándolo a San Martín «el Cincinato de América».

A principios de 1841 llegó a Londres de vuelta de su viaje al Perú el general Miller. Una de sus primeras solicitudes fué para con San Martín, pues siendo el 5 de marzo de ese mismo año, escribió: «Muy mucho desearía dar a usted un abrazo, mi querido general, antes de repasar al Pacífico; mas temo que le será difícil porque pienso volver al Perú tan luego que salga de las manos del facultativo que me está asistiendo aunque quizá esto no será antes de dos o tres meses. No sé si me permitirán desembarcar en el Callao, pero habiéndome dado de baja en el ejército supongo que como ciudadano británico no me lo impedirán».

Esta comunicación de Miller determinó en el ánimo de San Martín un sentimiento de placer y de pena. El placer lo originaba el enterarse de la llegada a Londres de un amigo que en ese momento suponía en Lima, y la pena el saber que el gobierno del Perú había pagado con la ingratitud los heroicos servicios de un ejemplar y meritorio soldado. Este proceder le arrancó a la pluma de San Martín la siguiente declaración: «Nada me sorprende, le dice con fecha 11 de marzo, el que usted haya sido borrado de la lista militar del Perú. Desgraciadamente los nuevos Estados de América no saben apreciar los hombres que como usted han derramado su sangre por su independencia y libertad sin mezclarse en sus disensiones y sólo obedeciendo a la autoridad constituida por la ley. No, mi amigo; no es esta conducta la que se busca; para los gobiernos de América

es necesario ser un hombre de partido, tomando una parte activa en todas las intrigas y manejos, que son consecuentes a tal situación. Pero consúelese usted con la idea de que todos los hombres de bien de los Estados del Sud América sabrán valorar la noble y brava conducta del general Miller sin que sus enemigos puedan jamás despojarlo de la gloria que ha adquirido a esfuerzos de su valor y honradez».

Establecida esta declaración pasa San Martín a formularle una invitación y con tal motivo le escribe: «Usted me dice que su salud se halla quebrantada. Y bien, la experiencia me ha demostrado que el mejor medio es la tranquilidad de espíritu y cambiar de temperamento. Yo tengo una casita de campo a siete leguas de París — en ese momento San Martín se encontraba en París — que se va en una hora por el camino de fierro; en ese pequeño *cottage* tendrá usted un cuarto enteramente independiente del mío y del de mis hijos. Si usted quiere venir a pasar el tiempo que quiera en esta habitación será recibido y tratado con una franca amistad; una completa independencia, un asado y una botella de buen vino, he aquí lo que le ofrezco. Si se cansa usted del campo en una hora estará en París y viceversa, alternando en una u otra parte. Nosotros partimos para la campaña — alude a Grand-Bourg — el lunes próximo para no volver a ésta hasta fines de diciembre. Avíseme usted de su resolución sobre mi propuesta» (1).

Es ésta la segunda invitación que conocemos formulada por San Martín a Miller, y con el propósito de vivir con él bajo el mismo techo. La primera se la hizo en Bruselas cuando vivía solitario y pobre en uno de sus arrabales. En ese entonces, Miller cruzó la Mancha y compartió con San Martín los dulces esparcimientos a que pueden entregarse almas idénticas y paralelas. Ignoramos si en esta segunda ocasión hizo otro tanto y si dejando Londres por Grand-Bourg compartió aquí con San Martín el vivir espartano y soldadesco que éste tan gentilmente le brindaba.

A mediados de 1841, vale decir en junio de ese año, San Martín se decidió a hacer un viaje por el Mediodía de Francia y al enterarse de ello Miller escribió desde Londres: «No dudo que tendrá usted un agradable paseo a Toulon y espero que los dolores de estómago se desvanecerán con el ejercicio del viaje y los interesantes objetos que va usted a ver. Si ve usted al señor almirante Delassuse suplico a usted le dé mil memorias de mi parte. Es un excelente caballero, conoce toda la familia de usted en Buenos Aires y estoy seguro que tendría un verdadero gusto en complacer a usted. Si concluido el actual paseo de usted quiere emprender otro más largo a Constantinopla, al Irán, Cairo, Tierra Santa etc. le acompañaré con gusto. En este caso, podríamos volver a Europa por Calcuta, Cantón, Panamá y Nueva York». Miller se pregunta

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 91.

luego: «¿Más que diría doña Merceditas a este proyecto?». «Sea esto como fuere, se contesta él mismo, yo tengo un gran deseo de dar a usted un abrazo y espero que usted no pasará mucho tiempo antes que tenga el gusto de verificarlo, si usted vuelve a París, como pensaba, en uno o dos meses. A doña Mercedes estoy muy agradecido por su fineza. Basta la compañía de ustedes para hacer mi visita a París, no solamente llevadera sino de gran gusto» (1).

«Sea mil veces enhorabuena por su mejoría, le dice San Martín al contestar su carta, pues aunque usted no me dice una sola palabra sobre el estado de su salud lo supongo muy aliviado cuando me propone un corto viaje a Constantinopla, Irán, Cairo, Jerusalem y regresar a Europa por Calcuta, Cantón, Panamá y Nueva York. Yo no estaría distante de acompañarlo a Constantinopla, pero en cuanto a los otros puntos usted convendrá conmigo que a los sesenta y dos años cumplidos la propuesta excursión es un poco larga, con tanto más motivo cuanto la salud no es la más brillante para una correría de tal tamaño». Luego agrega: «Hace pocos días regresé de mi viaje. Este no se realizó al Mediodía de Francia como se lo anuncié a usted en mi anterior. Es el caso que el día que salimos de París y los anteriores hizo un calor tal, que mi compañero de viaje me manifestó sus temores de que si caminábamos a un país más meridional sufriríamos en extremo y aunque habíamos caminado ya una posta, regresamos y dirigimos nuestra excursión al oeste. Efectivamente hemos recorrido una gran parte de la antigua Bretaña y todo el país histórico de la Vendée; con la obra de Rochejaquelein en la mano visitamos todos los principales puntos en que se marcaron los más memorables sucesos de esta terrible guerra y en donde se encuentran aún muchos de los que la sostuvieron, siendo de notar que la Vendée, que antes era una de las provincias de Francia la más pobre, goza en el día de una prosperidad y abundancia extraordinaria: aquí viene bien el adagio de que no hay mal que por bien no venga.

«Como usted me dice que no pierde la esperanza de darme un abrazo debo prevenirle que debiendo partir para el Havre de Gracia de aquí a cuatro o cinco días, para tomar los baños de mar que los facultativos me recomiendan mucho y que efectivamente me han hecho bien los años anteriores, puede usted escribirme a este punto, posta restante, y si es que usted se decide a venir en este caso debo advertirle que la mayor parte de los viajeros ingleses que vienen de Francia lo verifican por el camino de fierro de Southampton y desde este punto hay un buque a vapor que viene al Havre. Por si usted se aventura a realizar su proyecto, yo iré a habitar el hotel de baños del Havre en donde permaneceré por doce o quince días, tiempo suficiente para poder recibir carta de usted».

Después de esta carta prodújose un largo interregno epistolar

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 94.

entre Miller y San Martín. La carencia de noticias de aquel amigo no dejó de inquietar al solitario de Grand-Bourg, pero felizmente el 26 de junio recibió una carta de Miller en que éste le daba sus noticias. Leída ésta San Martín tomó la pluma y escribióle al antiguo conmlitón de causa que se encontraba al otro lado de la Mancha, con fecha 12 de septiembre de 1842: «Después de un año que carecíamos de sus noticias tanto directas como indirectas me tenían —igualmente que a mi familia— con el mayor cuidado sobre su suerte. Con tanto más motivo cuanto en su última del año pasado me decía usted tendría que sufrir una operación de algún peligro. En esta circunstancia escribí a los señores Darthez y Cía. de Londres, creo en febrero o marzo último, suplicándoles tomasen los informes necesarios para saber de usted y el estado de su salud. Su contestación fué que usted había quitado Londres y había partido para el norte de Inglaterra bastante enfermo, pero que no habían podido averiguar el punto de su residencia. En mayo pasado marchó a Londres el señor Sarratea a quien encargué supiese del estado de su salud y residencia. En este intervalo recibí su muy apreciable del 26 de junio que puso fin a nuestros cuidados. Esta carta llegó a mis manos pocos días antes de marchar con toda mi familia al Havre a tomar los baños del mar y me propuse contestarla desde aquel punto, pero un viaje que hice del Havre a la Bretaña y Baja Normandía me hicieron demorar la respuesta, pero más que todo mi natural pereza a escribir pues desde que fuí hombre público he tomado una aversión que no concluirá que a mi muerte.

«Dos días después de mi regreso del Havre me atacó una fluxión de ojos que me ha tenido más de un mes encerrado sin poder ver la luz. Luego que me mejoré fuí a ver a su recomendado el caballero Mehurts a quien vi y le ofrecí mis cortos servicios con sinceridad habiéndolo hecho anteriormente por Balcarce, en el tiempo de mi enfermedad de los ojos. Mañana pienso ir a París y aprovecharé de la ocasión para volverlo a ver antes de su viaje a Italia.

«Mi salud se halla enteramente restablecida y yo atribuyo esta mejoría a haber pasado el último invierno en el Mediodía de la Francia. Desearía poder hacer lo mismo el presente, bien fuese yendo a Italia o a otro país que fuese más templado y no sujeto a los repentinos cambios de temperatura como el de París; pero los negocios de la testamentaria de mi difunto amigo el señor Aguado, que me ha dejado encargado, no sólo como su primer albacea, sino también como tutor y curador de sus dos hijos menores, me obligan a permanecer en el presente invierno en París. Ojalá diese usted una pequeña vuelta por esta capital para tener el placer de verlo.

«Mucha satisfacción me han causado las noticias que me da usted de las señoras Brittain y de Heywood. Si alguna vez las ve usted, hágame el gusto de darles mis más amistosos recuerdos.

«Me habla usted del Perú, continúa San Martín, y sus preten-

dientes a la presidencia. Hace más de año y medio que no he recibido una sola carta de este desgraciado país, dividido en partidos y dominado por una docena de intrigantes. En cuanto a la muerte de Gamarra, un hombre tan despreciable no merecía morir en el campo de batalla. Al propósito de América, hace poco he recibido una carta muy expresiva del nuevo presidente de Chile, el general Bulnes, ofreciéndome a nombre de aquel Estado una nueva patria en él para pasar el resto de mis días: éste proceder me ha causado una verdadera satisfacción.

«Mi suerte se halla mejorada y esta mejora es debida al amigo que vengo de perder, el señor Aguado, el que aún después de su muerte ha querido demostrarme los sentimientos de la sincera amistad que me profesaba poniéndome a cubierto de la indigencia. Si, mi buen amigo. A él debo, no solo mi existencia, sino la de no haber muerto en un hospital y todo esto ¡debido a un español! ínterin los gobiernos americanos a quienes he servido con tanto desinterés... Pero no toquemos este punto, pues me he propuesto incomodarme lo menos posible los pocos días que me restan que vivir.

«Mi vida sigue como desde el principio, en ésta, enteramente aislada. Paso en mi pequeña casa de campo ocho o nueve meses del año: toda mi distracción está reducida a mi pequeña familia, la que con sus esmeros por mí y su buena conducta hace mi vejez muy feliz; todos ellos me encargan para usted un millón de amistosos recuerdos.

«Los asuntos de la testamentaría de mi difunto amigo me obligan a marchar a París, mucho más pronto que lo que tengo de costumbre. Así es que para fines del presente abandonaré el campo y en consecuencia si algo se le ofrece diríjame sus cartas a la *rue Neuve Saint Georges, nº 1*» (1).

La carta que Miller le dirigió a San Martín en contestación a ésta no la conocemos. Conjeturamos que ella fué escrita el 29 de noviembre pues el 25 de febrero de 1843, al dirigirse nuevamente a su amigo Miller, San Martín le dice: «El benéfico influjo que mi salud había experimentado el año pasado con mi viaje al Mediodía de la Francia me habría decidido a emprenderlo en el presente; pero los complicados asuntos de la testamentaría de mi difunto amigo, me han impedido realizar este proyecto: así es que a pesar de lo benigno que ha sido este invierno mis nervios me han atormentado casi sin interrupción. Esta circunstancia agregada a las ocupaciones de la testamentaría no me han permitido contestar a usted con más antelación a su muy apreciable de 29 de noviembre pasado que ahora verifico.

«Un millón de gracias por el ofrecimiento que me hace de su casa para recuperar mi salud. Si mis quehaceres me lo permiten no

(1) Original en el *Archivo de la Nación Argentina*.

estoy distante de hacer una visita el próximo verano pero sólo por tres o cuatro días, cuyo tiempo, aunque corto, me proporcionará el placer de verlo».

«Ya habrá usted sabido, le agrega después, el caos de pretendientes a la presidencia del Perú: ellos son Lafuente, San Román, Torrico, Vidal y dos o tres otros, cuyos nombres no tengo presentes. Cada uno de ellos manda una pequeña fuerza con la que destruyen el país con requisiciones y vejaciones de toda especie. Una carta que he visto hace pocos días de Lima y dirigida a un negociante de Buenos Aires en ésta hace del Perú la pintura la más lamentable; y yo creo que no hay con tales elementos previsión humana capaz de calcular el desenlace de tamaños desórdenes y confusión» (1).

Cuando estas líneas salían de la pluma de San Martín, acababa de recibir, firmada por un amigo que residía en Valparaíso, una carta, en la cual le incluía ya impreso el decreto lanzado por el presidente de Chile reconociéndolo en su grado de capitán general y en ejercicio, a pesar de encontrarse ausente en el extranjero. Antes de reproducir este decreto debemos declarar que la actitud asumida por el mandatario chileno lo era espontánea ciertamente, pero lo era a la vez inspirada por un artículo que apareció en *El Mercurio* el 11 de febrero de 1841, firmado por *Un teniente de artillería* que ocultaba su nombre, destinado a rememorar, por vez primera en Chile, la batalla de Chacabuco. El teniente en cuestión no era otro que don Domingo Faustino Sarmiento, joven publicista del Plata, que después de cruzar los Andes se había atrincherado en Chile y convirtiéndose allí en ariete formidable contra Rosas y su tiranía. Sarmiento no se contentó con reconstruir ese hecho de armas con los elementos que su imaginación y su pluma podían facilitarle. Apuntó como razón principal de su artículo las consecuencias que de él se desprendían, y con tal motivo escribió: «Mientras la prensa guarda un criminal silencio sobre nuestros hechos históricos, y mientras se levanta esta generación que no comprende lo que importan para Chile estas salvas y estas banderas que decoran el 12 de febrero, nosotros cada vez que pase por nuestras cabezas el sol de este agosto día, lo saludaremos con veneración religiosa y deplorando la suerte que ha cabido a tantos patriotas cualquiera que sea el país o el color político a que pertenezcan. Elevaremos nuestros votos al cielo porque en los cansados días de su vejez hallen un pan que no esté amasado con lágrimas para su alimento, el abrigo del techo de sus padres y las bendiciones y respeto de sus compatriotas» (2).

Este grito de justicia reparadora tuvo la virtud de sacar del olvido el nombre de San Martín y el de muchos bravos y el presidente de Chile don Manuel Bulnes después de hacer refrendar su mensaje

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 97.

(2) SARMIENTO. *Obras completas*, t. I, pág. 7.

por don José Santiago Aldunate, se dirigió en estos términos a los miembros que componían el senado y a los que integraban igualmente la cámara de diputados: «Recompensar los servicios prestados a la patria durante la guerra de la independencia es el uso más noble que podéis hacer de una de vuestras atribuciones; y no debe sorprenderos el proyecto de ley que someto a vuestra deliberación, cuando consideréis que el gobierno se propone en él un fin digno de la nación que representáis. Felizmente, hemos llegado a una época en que la paz, el orden y las instituciones están sólidamente afianzadas entre nosotros y podemos ya tender la vista sobre aquellos que nos pusieron en el camino de obtener tan inestimables beneficios.

«El general San Martín merece sin duda ser contado en éste número y exige un recuerdo que le manifieste nuestra gratitud. Existe hoy en países extranjeros y se halla en el último tercio de su vida. No sería honroso para Chile dejarlo morir condenado al olvido en medio de la abundancia y prosperidad de que afortunadamente gozamos; mas no contando él como cuentan los militares a que se refieren los mensajes que os dirijo en esta fecha el tiempo de servicios que exige la ley para obtener cédula de retiro, el abono a título de pensión durante su vida del sueldo que le corresponde por su empleo sería una demostración de la gratitud que le debemos; pero careciendo el gobierno de facultades para acordarlo a los militares que se hallan fuera del territorio de la República ocurre a vosotros y de acuerdo con el Consejo de Estado os propone el siguiente proyecto de ley: *Al general San Martín se le considerará por toda su vida como en servicio activo en el ejército y se le abonará el sueldo íntegro correspondiente a su clase, aun cuando resida fuera del territorio de la República*».

Este proyecto de ley era presentado por Bulnes el 6 de septiembre y el 6 de octubre el mismo mandatario chileno firmaba este decreto: «Por cuanto el congreso nacional ha discutido y aprobado el siguiente proyecto de ley: *Artículo único. Al General don José de San Martín se le considerará por toda su vida como en servicio activo en el Ejército, y se le abonará el sueldo íntegro correspondiente a su clase, aun cuando resida fuera del territorio de la República*. Por tanto, de acuerdo con el Consejo de Estado, mando se promulgue como ley y se cumpla en todas sus partes».

De esta manera el gobierno de Chile honró la memoria de su Libertador, y sacó del olvido un nombre que a partir de ese momento volvió a estar en los labios de todos. Un amigo solícito se adelantó a la comunicación oficial que San Martín recibiría por medio de la cancillería de Santiago, y cuando San Martín se enteró del decreto en cuestión, escribióle a Miller: «Confieso a usted que este decreto me ha llenado de satisfacción por las razones que voy a exponer. Usted sabe que diez días después de mi salida de Chile el primer congreso del Perú no sólo me concedió una pensión vita-

licia, sino también me colmó de honores que yo no creía merecer, sino por los buenos deseos con que he servido la causa de la independencia de Sud América. Dos legislaturas de la República Argentina, después de las acciones de Chacabuco y Maipú, me honraron igualmente con su aprobación y otras distinciones y aun las de Colombia y México me declararon ciudadano de estos Estados. Sólo las legislaturas de Chile no habían hecho jamás la menor mención del general San Martín, olvido que confieso a usted me era tanto más sensible cuanto no habiendo tenido la menor intervención en su gobierno interior, yo sólo deseaba la aprobación de mi conducta militar en esta República. El decreto que dejo citado me ha sido tanto más satisfactorio cuanto que él no sólo ha sido nunca solicitado por mí, sino que jamás he manifestado a persona alguna mis sentimientos sobre este particular» (1).

«He leído en una gaceta de Lima, le escribe Miller a su vez, el decreto del gobierno de Chile que hace a usted de algún modo justicia, aunque tardía. No dudo que el gobierno del Perú imitará tan honroso ejemplo».

Recordando este acontecimiento, la misma pluma que lo provocara con su artículo sobre la batalla de Chacabuco, pudo escribir más tarde al recordar los méritos del héroe que con aquella jornada había iniciado en Chile el período de su reconquista: «La injusticia de las pasiones topográficas, si tal nombre puede dárseles, cede ante las exigencias de un orden más elevado. Un día llega en que los pueblos sienten que es innoble poner en primer plano las grietas del edificio sin reparar en la belleza de la arquitectura y comienzan a disgustarse de su propia mezquindad. En 1841 a propósito de la batalla de Chacabuco apareció por la primera vez en la prensa de Chile un recuerdo simpático a la memoria del general San Martín muerto para la historia de América desde su abdicación en Lima; y muy preparada debía estar la opinión pública para ésa feliz reacción, que es como el fallo de la posteridad, pues que un aplauso general respondió a la iniciativa de la prensa. Al año siguiente fué dado de alta en el ejército en su grado de capitán general y reintegrado en todos sus honores» (2).

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 98.

(2) Recordando Sarmiento los antecedentes relacionados con la aparición de este artículo escribe: «La batalla de Chacabuco estaba como eliminada de la historia de Chile y olvidado estudiosamente San Martín y el ejército de los Andes cuando el 11 de febrero de 1841, sin antecedente que lo provocase, apareció en *El Mercurio* de Valparaíso y fué leído con avidez en Santiago el escrito en cuestión. Hoy parecería extraño a los chilenos mismos el interés que despertó, pero fué vivo y universal. Para la opinión pública su peroración era como el grito de su conciencia aletargada por el espíritu de partido o los celos internacionales y que pedía reparación de una injusticia histórica. Para los hombres de letras, y descollaba entonces don Andrés Bello, más tarde académico de la lengua castellana, era una producción literaria correcta, que no dejaba adivinar el origen argentino y que entrañaba una revolución en las ideas políticas y literarias prevalentes. Para el partido liberal, de que eran expresión Vicuña y Las Heras, esperanza de hallar abogados dignos de su causa; para el gobierno, revelaba la existencia de un político colocado más

Este acto de justicia reparadora tuvo la virtud de avivar en San Martín sus votos por el retorno a las tierras de América, y Chile se fijó en su mente con atracción singular. Sólo lo retenía el cumplimiento de un deber, y era éste la ejecución testamentaria a que lo había comprometido antes de fallecer en Asturias, su amigo Aguado. Así lo dió a conocer él a sus amigos de ultracordillera, y así se lo significó don Joaquín Prieto, ex mandatario supremo de Chile, al escribirle con fecha 14 de agosto de 1843: «Hace poco tiempo tuve el grato placer de recibir su apreciable de 18 de noviembre hasta 24 del mismo que debió haber sido conducida por nuestro antiguo compañero el general Borgoño. Ella me hace ver con el mayor gusto su resolución de venirse a nuestro feliz Chile luego que llene ese honrado deber de la amistad con que lo ha dejado comprometido a su fallecimiento su amigo y antiguo compañero de armas el marqués de las Marismas.

«Quiera el cielo, mi amado general, mantener a usted en su resolución y con la salud y fuerzas necesarias para llevarla a efecto y a los amigos de por acá, en cuyo número me cuento uno de los primeros, el indecible gusto de abrazar a usted feliz en esta su patria adoptiva y que le debe su existencia política y muchos otros bienes que recuerdan con entusiasmo todos los buenos y honrados chilenos» (1).

Y luego el 27 de septiembre del mismo año: «Con su apreciable de usted de 1º de abril he recibido el placer de saber de su importante salud y del aprecio con que ha recibido la transcripción de la ley de nuestro congreso en favor de usted, y aunque ella no es un compensativo suficiente al mérito de usted y lo mucho que le debemos los chilenos, me lisonjea siquiera el que haya sido del agrado de usted y lo felicito, mi amado general, por todo, deseándole a usted toda clase de satisfacciones y felicidad. Sobre todo el gusto de ver realizado su propósito de tener a usted por acá con la honra y distinción a que lo hacen tan acreedor sus virtudes y amor a Chile y a toda la República.

arriba de las pequeñeces de partido y cuyo pensamiento podía trazar nuevos senderos a la política del gabinete, conservadora pero leal a los grandes principios republicanos. Para el autor, en fin, fué la salida histórica aquella y las frescas guirnaldas que decoraban esa restauración de la batalla de Chacabuco, el pergamino que le abrió las puertas de la universidad de Chile y, con trabajos posteriores, del Instituto Histórico de Francia y otras corporaciones sabias.

«El sentimiento público, olvidando lo que es deber de los beneficiarios olvidar, fué formándose y robusteciéndose con esta resurrección de los gloriosos días de la emancipación y que los habitantes que tenían más de veinte años habían pasado con más o menos intensidad por las emociones del terror y de la victoria que son los que más fuertemente sacuden el corazón humano.

«Cuando el congreso entró en sesiones, fué restablecido don José de San Martín capitán general de la lista militar de Chile. Buscando la gratitud nacional expresión ostensible y obrando más tarde el sentimiento público, su estatua ecuestre en bronce se alzó en la cañada de Santiago en que él mismo había trazado uno de los más bellos paseos públicos de América». *Obras Completas*, volumen XLIX, página 100.

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 409.

«Al contestar a usted nuestro amable presidente, espero le haría a usted la súplica de prestarse a dejar sacar su retrato para colocarlo aquí en un lugar conveniente». Prieto le hace saber a San Martín que el señor Rosales está encargado de dar este paso y que así se lo ha prometido. «Aunque mi deseo es ver y abrazar a usted en persona, le dice luego, siempre me sería muy agradable el ver si quiera bien colocado su retrato y que mis paisanos jóvenes tuviesen lugar a conocer al hombre a quien deben patria y libertad y recordasen continuamente la inmensa gratitud que le deben» (1).

Cuando Prieto se expresaba así su hijo Joaquín se encontraba en Europa. Al partir éste de Santiago para París su padre se había encargado de recomendarlo al ilustre anciano con quien se carteaba frecuentemente. «Espero que a lá fecha, le dice el 14 de agosto de 1843, mi amado hijo Joaquín haya tenido el gusto y la honra de haberse presentado y conocido al suntuoso y honrado general San Martín, restaurador de su patria, de quien le había hablado con entusiasmo tantas veces, y usted mi apreciado general de haber visto hombre a su pequeño hijito que celebró tanto y cantó en sus rodillas muchas veces en esta su casa cuando nos honraba con sus estimables visitas. El habrá manifestado a usted nuestros agradables y respetuosos recuerdos, por un amigo tan caro a esta reconocida familia, que no ha olvidado a su amable protector nunca».

En ese entonces, el señor Prieto fué nombrado por Bulnes gobernador de Valparaíso, nombramiento al cual no pudo substraerse a pesar de sus vivos deseos de permanecer en tranquilidad y sosiego. «Si usted al fin se resuelve a venir a Chile, le dice con tal motivo a San Martín, tendré el placer de ser el primer chileno que lo abraza en nuestro primer puerto, cuyo destino tengo el de ofrecer a usted desde ahora con toda la sinceridad de mi cariño y gratitud» (2).

El 9 de diciembre de 1843, San Martín contestó a las cartas remitidas por Prieto y principió por decirle: «A mediados del presente año escribí a usted dándole noticias del estado de salud de su apreciableísimo hijo Joaquín. Posteriormente todo lo que el médico Royer había previsto se ha realizado, y en el día su restablecimiento no deja la menor duda de que su cura no sea radical. Esta se consolidará aún con la resolución que ha tomado de marchar a Italia, cuyo temperamento no sólo es mucho más benigno que éste sino que no está expuesto a las repetidas variaciones que aquí experimentamos con frecuencia. Yo lo hubiera acompañado con el mayor placer sin los multiplicados quehaceres de la testamentaria».

«No dudo un momento, escribe luego, lo penoso que le será a usted dejar su retiro después de tantos años de trabajo. Este nuevo sacrificio en favor de su patria le hace a usted el mayor honor. Por otra parte para que marche el país en el estado de prosperidad y

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 411.

(2) *Ibidem*.

orden en que usted lo dejó es necesario que los hombres de bien y honrados patriotas ayuden al general Bulnes en sus tareas. Yo felicito a la provincia de Valparaíso por su elección».

Prieto a su vez escribióle nuevamente el 17 de enero de 1844. Hace alusión a la carta que San Martín le escribió con fecha 1º de junio del año anterior y en la cual con tanta bondad le dice haber conocido a su amado hijo Joaquín. Dícele que le hace saborear el más grato placer al ver el elogio que le merece su hijo y por haber obtenido su voto. «Con respecto a la consulta privada con el doctor Royer, le dice, sobre las probabilidades del perfecto restablecimiento de la salud de mi hijo, el voto de este hábil y acreditado facultativo me ha llenado de consuelo y de gratitud a usted que tanto interés me manifiesta haber tomado. Mucho me complace la idea de ver a usted algún día entre nosotros con toda su amable familia como me lo asegura usted nuevamente, luego que entere su minoridad ei hijo menor de su difunto amigo. Espero en Dios que nos ha de conceder este gusto y entretanto el de ver anticipadamente por acá a su apreciable y digno hijo político con el fin que me anuncia».

«Hoy he dirigido a Santiago, escribe a continuación, a su excelente y antiguo capellán don Juan Antonio Bauzá la que me incluyó para él. Este bueno y respetable anciano se halla actualmente en *Manuela* en un pedazo de campo que tenemos en el llano de Maipo a donde me dice lo ha llevado para cuidarlo y asistirse de una fuerte indisposición que sufría y de que se halla mejor mediante los aires puros del campo y el descanso de sus tareas de iglesia.

«La otra de usted para nuestra amiga doña Rosa O'Higgins la dirigiré igualmente muy luego. Creo que ambas personas van a recibir un verdadero placer al ver letras de usted» (1).

El 6 de marzo de 1844 San Martín le escribe nuevamente a Prieto para informarle que ha recibido una carta de su hijo Joaquín, fechada en Roma el 26 de enero, carta en la cual el remitente declara que se halla bastante fortificado en su salud, pero que no deja de sufrir algún tanto por los cambios de temperatura. «Yo no lo extraño, escribe San Martín, pues uno de los médicos con quien consulto me ha dicho que la mejoría conocida no se empezaría a experimentar sino tres o cuatro meses después de terminar la fuerte curación a que ha tenido que someterse. Yo siento y así se lo digo en mi contestación a Joaquín el que se haya dirigido a Roma, uno de los puntos más fríos de Italia y el más sujeto a repentinos cambios de temperamento en lugar de haberse ido a Nápoles a pasar lo más fuerte del invierno, cuyo clima es el más dulce de Italia. Después he sabido por el señor Rosales que Joaquín se había pasado a Nápoles y bastante aliviado».

La permanencia en Europa de Joaquín Prieto se prolongó hasta los primeros meses de 1846. Esta partida y otros motivos relaciona-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 415.

dos con ella le obligaron a San Martín a dirigirse nuevamente a su gran amigo chileno y desde Grand-Bourg, con fecha 26 de febrero de ese año escribióle: «Cuando usted reciba ésta ya habrá abrazado a su apreciableísimo hijo Joaquín y se habrán cumplido todos sus deseos. Sólo siendo padre puede valorarse el bien de tener hijos honrados y con sentimientos elevados. A usted le ha tocado esta feliz suerte y puede tener un verdadero orgullo en poseer un tal hijo. Dios le conserve la salud a usted y a su esposa largos años de vida para gozar de su amable compañía».

Cuando San Martín escribía estas líneas acababa de realizar su viaje por Italia. En la carta que transcribimos le recordó a Prieto esta circunstancia como igualmente de haberle escrito a su regreso. Al hacerlo nuevamente le dice: «Desde esta época mi salud ha sido regular excepto algún pequeño ataque de estómago sin gran importancia. De todos modos, es menester conformarse y hacerse cargo que a la latitud de cerca de setenta navidades es indispensable tener alguna que otra lacra».

«Joaquín, concluye San Martín, va encargado de dar a usted y a su esposa un apretado abrazo a mi nombre. Recíbalos usted, mi buen amigo, de la sinceridad de mi afecto y vieja amistad y con los deseos de que todos ustedes sean muy felices, se repite su viejo y antiguo compañero» (1).

La misma predilección que demostró por San Martín don Joaquín Prieto la demostró igualmente otro chileno ilustre o sea don Manuel Antonio Pinto. «Marcha a Europa, le dice desde Santiago en carta de 8 de diciembre de 1845, mi hijo Aníbal en la legación que va a Roma y al pasar por París tiene que cumplir con la obligación que incumbe a todo chileno de besar la mano a quien nos dió patria. Sírvasse usted, mi general, echarle su bendición que es la única que ambiciono para él y que le servirá de un poderoso estímulo para no desviarse jamás de la senda del honor».

«Nuestro país, le dice luego, sigue su marcha pacífica, tranquila y progresiva y me parece que resolveremos el problema, que se puede ser republicano hablando la lengua castellana, pero usted que conoce la fisonomía de nuestro país habrá advertido que nunca lo haremos a manera de la democracia de los Estados Unidos, sino republicanos a la española» (2).

San Martín contestó esta carta el 26 de septiembre de 1846 desde su residencia de Grand-Bourg y lo hizo con cierto retardo para poder mandar su contestación con el joven Prieto que retornaba a Chile. «Puedo asegurar a usted, le dice San Martín a Pinto, que al abrazar por primera vez a su apreciableísimo hijo Aníbal, no pude menos que recordar con placer que el primer chileno que conocí en América fué usted. Treinta y tres años van transcurridos desde

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 417.

(2) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 191.

aquella época, y ¡que mutación en las cosas y en las ideas!» «Tiene usted razón; le dice luego. Su afortunada patria ha resuelto el problema — confieso mi error, yo no lo creía — de que se pueda ser republicano hablando la lengua española. Todo hombre encontrará en nuestras repúblicas infinitas anomalías. Pero qué importa el que uno se llame el ciudadano San Martín o don J. Martín o el conde o el marqués de tal. Como la esencia de las cosas llene el objeto, lo demás es sin importancia. A propósito usted debe recordar — creo se hallaba en Lima en esa época — el desafío de dos americanos: es el caso debía celebrarse con una comida el aniversario de la independencia de los Estados Unidos; todos los individuos de esta nación se dividieron en dos diferentes secciones. Una de ellas, la más aristocrática, no convidó a entrar en el escote a uno de los americanos, que por su posición se creía con derecho a la clase elevada: de aquí el conflicto, en que el gobierno tuvo que intervenir seriamente para evitar una desgracia.

«Que las notabilidades de un estado sean las del dinero, del talento o del nacimiento, ello es que han existido, existen y existirán siempre, y estas barreras son tan marcadas en Estados Unidos como en Inglaterra, lo que comprueba que el hombre en todo género de gobierno es el mismo, es decir sujeto a las mismas pasiones y debilidades. En resumen el mejor gobierno no es el más liberal en sus principios, sino aquel que hace la felicidad de los que obedecen» (1).

Otro chileno ilustre, don Joaquín Tocornal, le escribe desde Santiago con fecha 14 de abril de 1846 para tributarle las gracias las más expresivas por el cariño y distinción con que ha tratado a sus hijos Francisco Javier y Manuel Antonio. San Martín contestóle que eso era debido «a la bella educación, honradez e instrucción de estos recomendables jóvenes». «Puede tener usted un verdadero orgullo, escribe, en poseer tales hijos, don del cielo que sólo los padres pueden valorar y que tan poderosamente contribuyen a la felicidad de nuestra vejez».

A su retorno a Santiago uno de ellos, Manuel Tocornal, se apresuró a escribirle a San Martín. «Tanto en la navegación, le dice, como aquí, no hemos cesado, mi apreciable general, de recordarlo, pues nos interesa sinceramente cuanto tiene relación con usted y su amable familia. Nada nos será más grato como tener alguna noticia directa de usted y saber que han desaparecido los quebrantos de su salud y logrado el objeto que se proponía en su viaje a Italia. Mi padre que tanto se ha complacido en la amistad con que usted nos honra, participa de los mismos sentimientos y en otra ocasión tendrá el gusto de expresarlo por sí mismo».

Este corresponsal de San Martín aprovecha de esa oportunidad para significarle que en una larga carta que escribe al señor Rosales le instruye suficientemente de los sucesos políticos que están a la

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 192.

orden del día. «Aunque el amor al orden está tan arraigado en este país, le dice, y hemos recogido en tantos años sus preciosos frutos se divisan en el día sistemas revolucionarios que nos han alarmado un poco, porque nos contemplábamos ya enteramente libres de los males que afligen a las repúblicas vecinas.

«La escandalosa intervención de la Francia e Inglaterra, le dice luego, en los negocios del Río de la Plata, deberían servirnos de estímulo para no desviarnos del camino que hemos seguido hasta aquí, pero desgraciadamente ni aún se han restablecido nuestras relaciones con esa República hermana». «Las noticias al principio muy exageradas, le contesta San Martín, de los movimientos de Santiago y de Valparaíso alarmaron a lo general de los amigos de Chile. Por mi parte no tuve el menor cuidado convencido como lo estoy que en un Estado en prosperidad y gobernado con honestidad puede haber lo que se llama en francés una *émeute*, pero no una revolución. Por otra parte, mi barómetro para conocer las garantías de tranquilidad que ofrece un país las busco en el estado de su hacienda pública y al mismo tiempo en las bases de su gobierno. Ambas circunstancias las encuentro en su afortunado país y si como espero continúa su sensata y sólida marcha en vano estos ambiciosos, gentes que todo lo esperan de un trastorno, tratarán de alterar el orden: ellos se estrellarán contra la masa de intereses adquiridos y de todos los hombres honrados e industrioseos».

La alusión de su corresponsal al conflicto provocado por la intervención de Francia y de Inglaterra en las cosas del Río de la Plata le arranca estas frases: «El ejemplo dado por estas dos potencias debe alarmar y con justicia a los nuevos Estados americanos y tratar de poner un término a toda disensión si es que quieren ser respetados».

«Mi viaje a Italia, concluye, en el pasado invierno me ha hecho muy bien. Por excepción en Nápoles tuve un ataque nervioso un poco serio. El resto de la mala estación lo he pasado tan bien como puede esperarse a mi edad avanzada. Aun ignoro que partido tomaré el próximo invierno, pues es para mí un inmenso sacrificio separarme de mi familia y de sus cuidadosos esmeros» (1).

Con estas y otras actividades más que expondremos oportunamente llenó San Martín los años de su ostracismo, viviendo su vida de héroe solitario en Grand-Bourg. La familia, los libros, sus documentos, los viajes y el trato epistolar con sus amigos fueron sus principales ocupaciones y los móviles a que aplicó sus gustos y aun su voluntad rectilínea. Esta voluntad se traduce en su modo de sentir y obrar, en sus consejos y en sus observaciones, tome él la pluma para congratularse de un suceso, o para apuntar la idea o reflexión que el mismo suceso le sugiere.

La altura moral en que sin jactancia alguna se había colocado,

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 524.

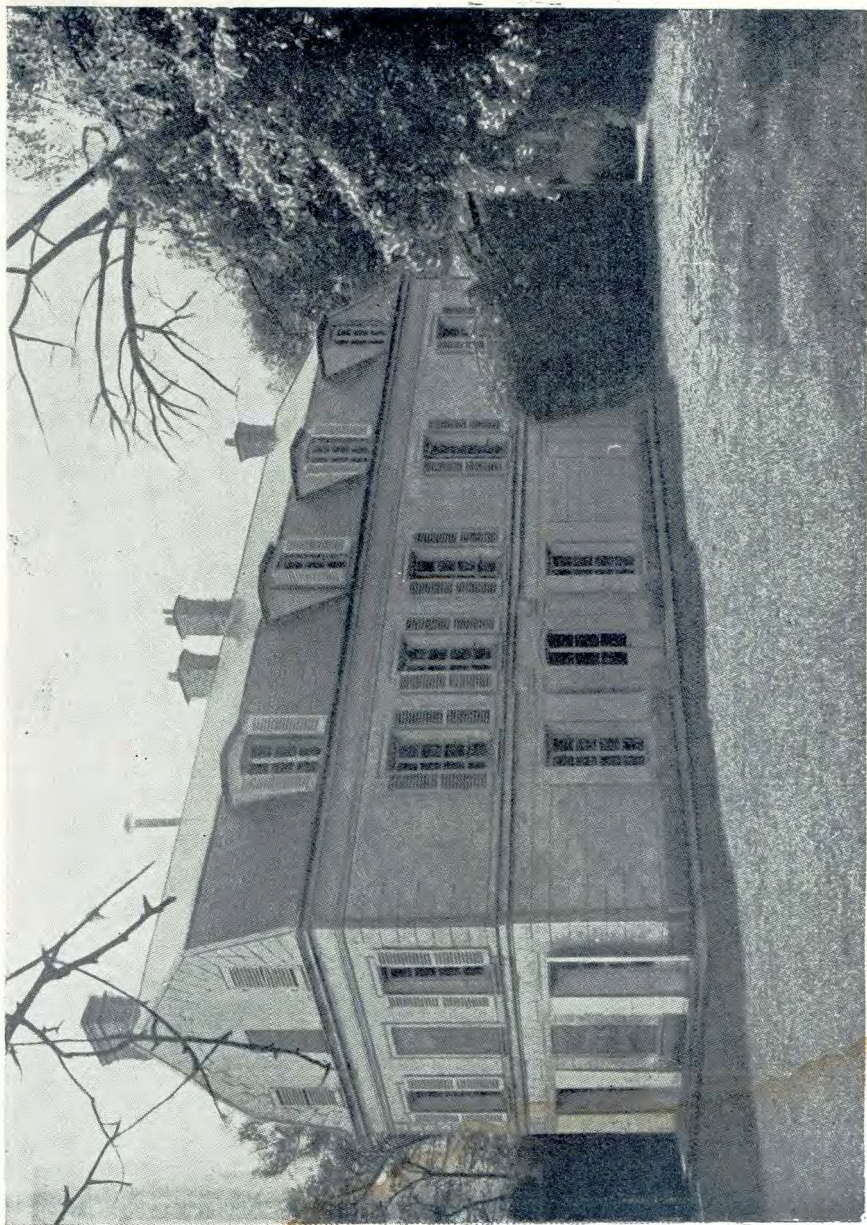
lo señalaba a San Martín como un punto de mira de todos los americanos o de todos aquellos que de un modo o de otro se interesaban por las cosas de América. Es así como San Martín fué consultado en Grand-Bourg por historiadores y publicistas. Fué allí, como pronto lo veremos, adonde vinieron a sorprenderle tres eminencias de su patria y es allí igualmente en donde él abrió su archivo para que un marino francés, al tratar el punto relacionado con Guayaquil, colocase la verdad en su sitio ⁽¹⁾.

En medio de este vivir placentero pero en modo alguno monótono, San Martín se vió perseguido por una idea y esto lo fué la de su retorno a América. Esta idea se acrecentó por así decirlo con la muerte de su amigo Aguado, acaecida en Asturias en 1842, y se hizo más imperativa y sensible cuando Chile lo sacó del olvido y reconociéndolo en su puesto jerárquico lo reconoció al mismo tiempo como a su Libertador.

(1) Desde Londres y con fecha 5 de junio de 1837, don José Javier Rosales se dirigió a San Martín para que lo documentase sobre los puntos históricos que constituían su consulta. Pidióle así que le comunicase todo lo que supiese relativo al general Santa Cruz, que le hiciese saber en qué acción había sido tomado prisionero, cuándo se escapó de Las Bruseas a Río de Janeiro, como igualmente cuándo entró en el ejército de Pezuela para pasar luego al ejército libertador. Le pide además que le diga con qué grado lo admitió para servir a la patria, con qué tropas fué a Colombia, cómo se condujo en esa campaña, y qué parte tuvo en los movimientos producidos en Lima mientras él se encontraba en Guayaquil.

Al hablar de Riva Agüero le dice: «Cuanto usted pueda decirme de este caballero se lo estimaré y si me resuelvo a contestar la Memoria haré uso de los datos que usted me comuniqué comprometiendo mi palabra de honor que no sonará su nombre para nada».

La Memoria a la que hace referencia Rosales era una publicación que él clasificaba de «papelucho» hecho en Londres por un tal Pasos, que presentaba a Santa Cruz «inviecto cacique». Al decir de Rosales dejaba muy atrás «en proezas y servicios a los sanmartines y bolívares». *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 476.



CASA DE SAN MARTÍN EN GRAND-BOURG
La arquitectura se conserva como en la época en que San Martín la habitó.

CAPITULO XIV

San Martín y la intervención franco-inglesa en el Plata

SUMARIO: El ostracismo de San Martín y los acontecimientos del Plata. — Exposición de algunos antecedentes. — La guerra contra el general Santa Cruz y el cartógrafo Bacle. — Reclamación presentada por el vicecónsul francés en Buenos Aires. — El almirante Leblanc la apoya y presenta una nota. — Contestación dada por el ministro Arana. — Bloqueo de los puertos argentinos decretado por Leblanc. — Declaración de San Martín al informarse de este acontecimiento. — Explicación que en esas circunstancias le da a Rosas de su ostracismo. — Agradecimiento de Rosas por sus ofrecimientos. — Contestación dada a la carta de Rosas por San Martín. — Juicio que le merecen los perturbadores del orden. — La patria y los servicios que puede prestarle en el extranjero. — Decreto de Rosas refrendado por el ministro Arana nombrándolo ministro plenipotenciario en el Perú. — Carta de San Martín declinando este honor. — Razones en que fundamenta su actitud. — Carta de Arana a San Martín respetando esta decisión. — Convención firmada entre Arana y Mackau. — Los unitarios, enemigos de Rosas en esta ocasión. — Intervención del ministro inglés en Buenos Aires, el señor Mendeville. — Representantes de las cancillerías de Londres y de París. — Fracaso de estas negociaciones. — La escuadra franco-inglesa y el combate de Obligado. — Protesta que este combate arrancó a San Martín. — Consulta formulada a San Martín sobre los sucesos del Plata por el señor Dickson. — Respuesta de San Martín escrita en Nápoles. — Publicación de la carta de San Martín a Dickson en el *Morning Chronicle*, y comentarios que la acompañan. — Carta de San Martín a Rosas sobre la agresión que sufría su patria. — Contestación dada por éste. — Carta de Guido dirigida a San Martín desde Río de Janeiro. — Girardin, opositor a la intervención francesa en el Plata. — Carta de Lamartine sobre estos acontecimientos. — Lo que buscaban en este conflicto los opositores de Rosas. — Fracaso de distintas misiones en el Plata. — Convención de paz firmada en Buenos Aires con Inglaterra. — Instrucciones transmitidas desde París al almirante Le Prédour para que levante el bloqueo. — Carta que este acontecimiento arranca a San Martín. — Contestación dada por Rosas. — Nuevo debate en el parlamento francés por los partidarios de la intervención. — Carta de San Martín al ministro Bineau leída en el parlamento. — *La Presse* reproduce la carta de San Martín a Dickson y comenta honrosamente la obra libertadora de San Martín. — La muerte de Sarreatea, ministro de la Confederación, y San Martín. — Parte del almirante Le Prédour leído en el parlamento francés al tiempo que se leía la carta de San Martín. — Manera honrosa como San Martín sirvió en esa ocasión los intereses de su patria. — Respuesta de San Martín a los detractores de Rosas. — Testimonio de gratitud por parte de Rosas para con San Martín y recuerdo que le consagra en sus mensajes. — Carta de Rosas a San Martín que llega a su destino después de la muerte del Libertador.

El ostracismo de San Martín en el período que estamos estudiando, coincidió con una serie de acontecimientos relacionados con la política exterior en el Plata, y sirvieron ellos, como pronto lo

veremos, a avivar en modo insólito el patriotismo del héroe voluntariamente proscripto.

El primero de estos acontecimientos lo constituye el bloqueo francés decretado por el almirante Leblanc en los primeros meses de 1838 y pocos meses más tarde el asalto de la isla de Martín García por las fuerzas de su mando y por las que pusieron a su disposición los enemigos de Rosas, o sean los riveristas de Montevideo. Pero para la justa comprensión de lo sucedido y de la actitud de franco reproche con que repudió esos actos San Martín, es necesario que nos remontemos a la exposición de algunos antecedentes, antecedentes que sirvieron por parte de los agresores de justificativo a este acto de fuerza.

El 19 de marzo de 1837, el gobierno del general Rosas, en defensa de los intereses nacionales, se vió en la necesidad de declarar la guerra al general Santa Cruz cuyos propósitos eran los de consolidar su confederación peruano-boliviana con detrimento evidente de la soberanía argentina. Con tal motivo, y deseoso ese gobierno de utilizar los servicios de un cartógrafo francés residente en Buenos Aires, don Hipólito Bacle, lo facultó a éste para recorrer las provincias del norte y levantar los planos necesarios para las operaciones que el ejército argentino debía emprender contra el de Santa Cruz, bajo el mando del general don Alejandro Heredia. Pero es el caso, que, en lugar de llenar su cometido en la forma como lo exigía la lealtad, Bacle se convirtió en agente de los unitarios, plegados por odio a Rosas, a la política de aquel caudillo, y sorprendido en su traición, fué arrestado y confinado en la provincia de Santa Fe, en donde falleció.

Este hecho, que como se ve no tenía relación alguna con la diplomacia francesa, sirvió de pretexto al vicecónsul de Francia en Buenos Aires para entablar una reclamación, y éste, que lo era el señor Aimé Roger, por fallecimiento del marqués Vins de Paysac, dirigió una nota al gobierno argentino, reclamando para la viuda de Bacle una indemnización de veinte mil pesos fuertes. No contento con hacer de este asunto, que por su naturaleza escapaba a los resortes de una cancillería, y mayormente a los de un simple representante consular, en caso de conflicto, Roger amplió los fundamentos de su reclamación, y además de pedir que se pusiese en libertad a Pedro Lavié, que por un delito cometido en su desempeño como vivandero del ejército se encontraba preso, exigió, como así lo había hecho su predecesor en aquel puesto, el marqués Vins de Paysac, que se dejase sin efecto en cuanto se refería a sus conacionales la ley del 10 de abril de 1821, según la cual todos los extranjeros residentes en el Estado de Buenos Aires con bienes en él, o con más de dos años de residencia, para la defensa del país debían enrolarse en la guardia nacional.

De más está decir que esta reclamación no prosperó, y viéndose obligado el gobierno de Buenos Aires a entregarles sus pasaportes,

Roger se trasladó a Montevideo y en una entrevista que celebró con Leblanc, obtuvo de éste el apoyo y la cooperación de sus fuerzas. Convenido esto, Leblanc se trasladó de Montevideo a las aguas de Buenos Aires, y desde la *Expéditive*, nave en la cual enarboló su insignia de contraalmirante, dirigió una nota amenazadora al gobierno argentino, apoyando en un todo la reclamación presentada por Roger, y haciéndola extensiva a las otras cuestiones que estaban todavía por resolverse.

Como era de esperarse, el gobierno argentino, por intermedio del doctor Felipe Arana, ministro de Relaciones Exteriores, le contestó a Leblanc que en modo alguno podía reconocer en un simple agente consular facultades para exigir la derogación de las leyes que emanaban de la soberanía nacional, y que por otra parte no eran cuestiones que podían ni debían ventilarse bajo la presión y la amenaza militar. El doctor Arana finalizó su nota diciendo: «Si después de ésta V. E. adopta medidas de guerra que crea deber tomar para terminar esta diferencia, la responsabilidad de las consecuencias no recaerá ciertamente sobre el gobierno argentino ni las naciones cultas dejarán de valorar justamente los actos que le privasen del ejercicio y aplicación de los principios admitidos entre los pueblos cultos».

Leblanc volvió a dirigirse al gobierno argentino con una segunda nota, declarando que no era su intención el discutir este u aquel otro punto de doctrina; que Francia no se contentaría con vanas promesas y palabras de simpatía, y exigiendo finalmente que fuesen puestos en libertad los connacionales presos. Esta nota la despachó el 24 de marzo, y el 28, al saberse desairado en sus reclamaciones, declaró bloqueado el puerto de Buenos Aires y todo el litoral perteneciente a su soberanía.

La noticia del bloqueo francés no tardó en llegar a conocimiento de San Martín. Comprendiendo éste que el bloqueo en cuestión era la consecuencia de una política agresiva y atentatoria a la dignidad nacional, no vaciló en tomar la pluma, y con fecha 5 de agosto, desde su residencia en Grand-Bourg, escribió a Rosas: «He visto por los papeles públicos de ésta el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país: ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como americano; pero en mis circunstancias y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario, hacen por un exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, si usted me cree de alguna utilidad, que espere sus órdenes; tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a la patria honradamente, en cualquier clase que se me destine. Concluída la guerra, me retiraré a un rincón, esto es, si mi país me ofrece seguridad y orden; de lo contrario, regresaré a Europa con el sentimiento de no poder dejar mis huesos en la patria que me vió nacer».

San Martín aprovecha la oportunidad que los acontecimientos le

proporcionan para franquearse con el jefe del gobierno de Buenos Aires que lo es a la vez de la Confederación Argentina, y con tal motivo se explaya en el punto capital de su ostracismo. Es así como al iniciar la carta a que aquí hacemos referencia, San Martín le dice a Rosas: «Separado voluntariamente de todo mando público, el año 23, y retirado en mi chacra de Mendoza, siguiendo por inclinación una vida retirada, creía que este sistema y más que todo, mi vida pública en el espacio de diez años, me pondrían a cubierto con mis compatriotas de toda idea de ambición a ninguna especie de mando. Me equivoqué en mi cálculo. A los dos meses de mi llegada a Mendoza el gobierno que en aquella época mandaba en Buenos Aires, no sólo me formó un bloqueo de espías, entre ellos a uno de mis sirvientes, sino que me hizo una guerra poco noble en los papeles públicos de su devoción, tratando al mismo tiempo de hacerme sospechoso a los demás gobiernos de las provincias. Por otra parte, los de la oposición, hombres a quienes en general no conocía ni aún de vista, hacían circular la absurda idea de que mi regreso del Perú no tenía otro objeto que el de derribar la administración de Buenos Aires, y para corroborar esta idea mostraban, con una impudencia poco común, cartas que ellos suponían les escribía.

«Lo que dejo expuesto me hizo conocer que mi posición era falsa y que, por desgracia, yo había figurado demasiado en la guerra de la independencia, para esperar gozar en mi patria por entonces la tranquilidad que tanto apetecía. En estas circunstancias resolví venir a Europa, esperando que mi país ofreciese garantías de orden para regresar a él; la época la creí oportuna el año veintinueve: a mi llegada a Buenos Aires me encontré con la guerra civil; preferí un nuevo ostracismo a tomar ninguna parte en sus disensiones, pero siempre con la esperanza de morir en su seno.

«Desde aquella época, seis años de males no interrumpidos han deteriorado mi constitución pero no mi moral ni los deseos de ser útil a nuestra patria» (1).

Esta carta fué contestada por el general Rosas el 24 de enero de 1839: «Mi satisfacción habría sido completa, le dice Rosas a San Martín, si me hubiese sido posible excusar el recuerdo de los funestos sucesos que lo obligaron a retirarse de este país, y que nos han privado por tanto tiempo de sus importantes servicios; pero ¡quién sabe si esto mismo, desmintiendo la maledicencia de sus enemigos, ha mejorado su posición, para que sean más estimables los que haga a esta República en lo sucesivo!

«Con efecto; el tiempo y los acontecimientos considerados en su origen, relaciones y consecuencias, suelen ser la mejor antorcha contra las falsas ilusiones que producen la ignorancia, la preocupación y las pasiones. Felicito a usted por el acierto con que ha sabido hacer conocer la injusticia de sus perseguidores, y le doy lleno de

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 124.

contento las más expresivas gracias por la noble y generosa oferta que se sirve hacerme de sus servicios a nuestra patria en la guerra contra los franceses; pero aceptándola con el mayor gusto, como desde luego la acepto. Para el caso que sean necesarios, debo manifestarle que por ahora no tengo recelo de que suceda tal guerra, según lo espero por la mediación de la Inglaterra y notorios perjuicios a las demás potencias neutrales; y, por lo mismo, al paso que me sería grato que usted se restituyese a su patria, por tener el gusto de concluir en ella los últimos días de su vida, me sería muy sensible que se molestase en hacerlo, sufriendo las incomodidades y los peligros de la navegación, por solo el motivo de la guerra que, probablemente, no se verificará; y mucho más cuando concibo que permaneciendo usted en Europa podrá prestar en lo sucesivo a esta república sus buenos servicios en Inglaterra o en Francia».

«Al hacer a usted esta franca manifestación, concluye Rosas, sólo me propongo darle una prueba del alto aprecio que me merece la importancia de su persona, recordando lo mucho que debe a sus afanes y desvelos la independencia de esta República como también las de Chile y Perú. Los adjuntos cuadernos impresos darán a usted una idea de los sucesos de este país en 1838».

«Es con verdadera satisfacción, le contesta San Martín a Rosas desde Grand-Bourg igualmente, con fecha 10 de julio de 1839, que he recibido su apreciable del 24 de enero del corriente año; ella me hace más honor de lo que mis servicios merecen, de todos modos la aprobación de éstos por los hombres de bien es la recompensa más satisfactoria que uno puede recibir.

«Los impresos que usted ha tenido la bondad de remitirme, me han puesto al corriente de las causas que han dado margen a nuestra desavenencia con el gobierno francés. Confieso a usted, apreciable general, que es menester no tener el menor sentimiento de justicia para mirar con indiferencia tan violento abuso del poder. Por otra parte la conducta de los agentes de este gobierno, tanto en este país como en la Banda Oriental, no puede calificarse sino dándole un nombre de verdaderos revolucionarios; ella no pertenece a un gobierno fuerte y civilizado. Pero es que ni en la cámara de los Pares, ni en la de representantes, no ha habido un sólo individuo que haya exigido del ministerio la correspondencia que ha mediado con nuestro gobierno para proceder de un modo tan violento como injusto. Esta conducta puede atribuirse a un orgullo nacional cuando puede ejercerse impunemente contra un Estado débil o a la falta de experiencia en el gobierno representativo y a la ligereza proverbial de esta nación; pero lo que no puedo concebir es el que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española; una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer».

«Me dice en su apreciable, agrega luego San Martín, que mis

servicios pueden ser de utilidad a nuestra patria en Europa. Yo estoy pronto a rendírselos con la mayor satisfacción; pero yo faltaría a la confianza con que usted me honra, si no le manifestase que destinado a las armas desde mis primeros años, ni mi educación, instrucción ni talentos son propios para desempeñar una comisión de cuyo éxito puede depender la felicidad de nuestro país. Si un sincero deseo de acierto y una buena voluntad fuesen suficientes para corresponder a tal confianza, usted puede contar con ambas cosas con toda seguridad; pero estos deseos son nulos si no los acompañan otras cualidades» (1).

Cuando estas líneas salían de la pluma de San Martín, el jefe de la Confederación Argentina ya tenía resuelto honrar al libertador americano con una alta designación diplomática, y el 17 de julio apareció un decreto firmado por él y por su ministro Arana, nombrándolo ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina ante el gobierno de la república del Perú.

El decreto en cuestión no se encuentra acompañado de considerando alguno explicativo de la razón de ese nombramiento. Presumimos con todo que los propósitos del general Rosas eran ciertamente los de honrar al general San Martín, pero que al mismo tiempo se encaminaban ellos a un fin político determinado por las circunstancias anormales por que pasaba en ese entonces aquella República.

San Martín, que había sido Libertador y no quería ser otra cosa, declinó este honor como así se lo pedía su conciencia y su instinto, y en carta del 30 de octubre escrita en su residencia de Grand-Bourg, después de agradecer la prueba de alta confianza que le otorgaba el primer mandatario argentino, le dijo: «Si sólo mirase mi interés general, nada podría lisonjearme tanto como el honroso cargo a que se me destina: Un clima que no dudo es el que más puede convenir al estado de mi salud: la satisfacción de volver a ver un país de cuyos habitantes he recibido pruebas inequívocas de desinteresado afecto; mi presencia en él, pudiendo facilitar en mucha parte el cobro de los crecidos atrasos que se me adeudan por la pensión que me señaló el congreso del Perú y que sólo las conmociones políticas y casi no interrumpidas de aquel país no han permitido realizar; he aquí, señor ministro, las ventajas efectivas que me resultarían aceptando la misión con que se me honra; pero faltaría a mi deber si no manifestase igualmente que enrolado en la carrera militar desde la edad de doce años, ni mi educación ni mi instrucción las creo propias para desempeñar con acierto un cargo de cuyo buen éxito puede depender la paz de nuestro suelo. Si una buena voluntad, un vivo deseo del acierto, y una lealtad la más pura fuesen sólo necesarias para el desempeño de tan honrosa misión, he aquí todo lo que yo podía ofrecer para servir a la república; pero S. E. el

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 128.

señor gobernador conocerá como yo que estos buenos deseos no son suficientes. Hay más, y éste es el punto principal en que, con sentimiento, fundo mi renuncia. S. E. al confiarme tan alta misión, tal vez ignoraba o no tuvo presente que después de mi regreso de Lima, el primer congreso del Perú me nombró generalísimo de sus ejércitos, señalándome al mismo tiempo una pensión vitalicia de nueve mil pesos anuales: esta circunstancia no puede menos de resentir mi delicadeza al pensar que tendría que representar los intereses de nuestra República ante un Estado a quien soy deudor de favores tan generosos y que no todos me supondrían con la moralidad necesaria a desempeñarla con lealtad y honor. Hay que añadir que no hubo un solo empleo en todo el territorio del Perú que ocupó el ejército libertador, en el tiempo de mi mando, que no fuese quitado a los españoles o poco afectos, y reemplazados por hijos del país; y esta circunstancia debe haberme hecho una masa de hombres reconocidos, lo que comprueba que, a pesar de mi conocida oposición a todo mando, no ha habido crisis en aquel Estado sin que muchos hombres influyentes de todos los partidos me hubiesen escrito exigiendo mi consentimiento para ponerme a la cabeza de aquella República. Con estos antecedentes ¿cuál y qué crítica no debería ser mi posición en Lima? ¿Cuántos no tratarían de hacerme un instrumento ajeno de mi misión y en oposición de mis principios?

En vano yo opondría a este proceder una conducta firme e irreprochable; me sucedería lo que a mi llegada a Mendoza, en el año 23, que los enemigos de la administración de Buenos Aires, en aquella época, me presentaban como el principal agente de la oposición a pesar de la distancia que me separaba de la capital y de la conducta la más imparcial. He aquí, señor ministro, las fundadas razones en que, por primera vez y con sentimiento mío, me veo obligado a no prestar mis servicios a la República y que espero se servirá V. S. elevarlas al conocimiento de S. E. el señor gobernador, protestándole al mismo tiempo mi más vivo y sincero reconocimiento a la alta confianza que me ha dispensado» (1).

Una renuncia fundada en tales títulos y en razones tan altas como perentorias, impidieron que el gobierno argentino insistiese en su aceptación, y el doctor Felipe Arana con fecha 16 de enero de 1840 escribióle a San Martín: «Su Excelencia el señor gobernador por cuya orden contesta el infrascrito ha valorado debidamente los fundamentos de la renuncia de V. S. causados por circunstancias especiales que tan honorablemente formaron en el Perú los distinguidos y relevantes servicios que V. S. prestó a la libertad e independencia de aquella República y con grave pesar se ve en el deber de admitir la renuncia que V. S. hace del alto cargo que encomendó S. E. a su elevado saber y acreditado patriotismo, teniendo en

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 131.

vista los importantísimos bienes que de tan acertada elección resultaban a ambas repúblicas y a las demás del Continente americano.

«Ultimamente ha ordenado S. E. al infrascrito manifieste a V. S. que al paso que siente intensamente no se hayan conseguido los vitales objetos que se propuso en el nombramiento de V. S. para su ministro plenipotenciario en la República del Perú, se ha complacido en observar y acepta con la más grata complacencia la buena voluntad, el vivo deseo de acierto y la lealtad más pura con que V. S. se ofrece en servicio de la Confederación Argentina que con orgullo lo cuenta entre sus hijos predilectos» (1).

En el mismo año en que San Martín era objeto de esta distinción por parte del general Rosas, entre el ministro de éste, el doctor Arana, y el vicealmirante francés, el barón de Mackau, se firmaba el 29 de octubre a bordo de la fragata *Bolonnaise*, una convención destinada a poner fin a este estado de guerra. Por esta convención el gobierno argentino reconoció las indemnizaciones reclamadas a favor de los franceses; establecióse que la suma a pagar sería determinada por seis árbitros, tres por cada parte contratante y que en caso de desacuerdo éstos someterían el fallo a una tercera potencia.

Por su parte, Francia se obligaba a levantar el bloqueo de los puertos argentinos, a evacuar la isla de Martín García que ocupaban sus tropas y a reponer el material de guerra en el estado en que éste se encontraba antes de su ocupación.

Estas y otras cláusulas que no es el caso el reproducir aquí constituyeron esa famosa convención que luego fué ratificada por la legislatura de Buenos Aires, lo mismo que por su gobierno. Firmada ella, el buque almirante de la flota francesa enarboló la bandera argentina y la saludó con una salva de veintiún cañonazos. Otro tanto se hizo con la bandera francesa por parte de la plaza de Buenos Aires, y terminados estos actos el vicealmirante Mackau, acompañado de su Estado Mayor, pasó a efectuar una visita de cortesía al jefe del gobierno argentino.

Pero si esta convención puso fin, como se ve, al entredicho existente entre el gobierno del rey Luis Felipe y del jefe de la Confederación Argentina general Rosas, ella no desarmó a los unitarios, sus encarnizados enemigos, ni tampoco a los que en el otro lado del Plata o sea en el Uruguay, militaban bajo las banderas de Rivera, rival y enemigo de Oribe. No es del caso el exponer aquí todas las incidencias dramáticas y políticas con que se combatieron encarnizadamente rosistas y antirrosistas; los que se armaban para defender a Rivera y los que hacían otro tanto para responder a la consigna de Oribe, aliado de Rosas. Esto nos alejaría de nuestro objeto, y nos obligaría a reconstruir una página dolorosa de la

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 132.

historia argentina, en la cual San Martín no tuvo influencia, ni mucho menos participación alguna.

Con todo, y por exigirlo así la comprensión doctrinal e histórica de los sucesos que estamos historiando y que concluyeron por arrancar a San Martín una viva protesta dictada por lo hondo de su patriotismo, debemos decir que intensificadas las hostilidades por una como por otra parte, la escuadra de la Confederación Argentina, comandada por el almirante Brown, derrotó en el combate de Costa Brava a la escuadra uruguaya puesta por Rivera bajo las órdenes de Garibaldi, como Oribe derrotó igualmente el 6 de diciembre al ejército de su rival en la batalla de Arroyo Grande. Estos triunfos le permitieron a Oribe el acercarse a los muros de Montevideo, y establecer el sitio de esa plaza. El 6 de septiembre, el general Rosas hizo extensivo este asedio a Maldonado y tal medida determinó la intervención del ministro inglés de Buenos Aires, el señor Men-deville.

El representante del Brasil se solidarizó en esto con la protesta del representante británico, y al mismo tiempo que el doctor Florencio Varela abandonaba Montevideo para dirigirse a Londres y a París en representación de la comisión argentina, la cancillería de Río de Janeiro resolvía hacer otro tanto despachando un agente y confiando esta misión al conde de Abrante.

A raíz de estos sucesos, y a pesar del fracaso que tuvieron en su cometido tanto el delegado unitario como el brasileño, las cancillerías de Londres y de París resolvieron intervenir en los sucesos que ensangrentaban al Plata, designando para esto a los señores Ouseley y al barón de Deffaudis. A la llegada de éstos al Río de la Plata, principiaron ellos su cometido por exigir del gobierno de la Confederación Argentina el retiro de las tropas que existían en el territorio del Uruguay, lo mismo que el de las fuerzas navales que bloqueaban a Montevideo. Fracasadas estas gestiones, los plenipotenciarios interventores pidieron sus pasaportes, y abandonando Buenos Aires, se dirigieron a Montevideo y ordenaron a los jefes de las escuadras respectivas para que procediesen al apresamiento de la escuadra argentina, y esto al mismo tiempo que desembarcaban parte de sus fuerzas y las unían a las que comandaba Rivera y las de los unitarios en la plaza sitiada.

Las fuerzas en cuestión, al amparo de su superioridad, se posesionaron así de los buques *9 de julio*, el *San Martín*, el *Maipú* y el *Echagüe*, y después de autorizar la piratería que llevó a cabo Garibaldi remontando el Uruguay hasta llegar a Guaqueguaychú, donde éste desembarcó y gravó a sus habitantes con un impuesto de guerra, se prepararon las escuadras para remontar el Paraná y acercarse a Corrientes, en donde esperaban su arribo las fuerzas unitarias y opositoras de Rosas.

En ese ínterin el general Mansilla, jefe del departamento del norte de la capital, había procedido a fortificar el paso conocido

con el nombre de la Vuelta de Obligado, en las cercanías San Pedro. Allí, como en otros puntos de la costa del Paraná, levantó sus baterías, y después de reunir mil quinientos hombres, de los cuales sólo una mínima parte eran artilleros, ordenó que con las lanchas que tenía a su disposición, se procediese a un reconocimiento de la flota enemiga, y esto al mismo tiempo que con lanchones desmontados y con una gruesa cadena, cruzaba el Paraná en esa parte con una línea de atajo.

A las nueve de la mañana del día 20 de noviembre, los aliados se presentaron con sus buques enfrente de Obligado y principiaron su fuego graneado sobre las baterías. Estas a su vez respondieron con acertada puntería, y horas más tarde ponían fuera de combate a los bergantines *Dolphin* y *Pandour*. El combate se prolongó hasta las cuatro de la tarde. A esa hora, y por falta de municiones, las baterías argentinas se vieron en la necesidad de cesar el fuego, y al amparo de estas circunstancias, los atacantes procedieron de inmediato a un desembarco. En ese momento, y para repeler a los invasores, el general Mansilla se colocó a la cabeza de su infantería y mandó cargar a la bayoneta. Derribado por tierra por un golpe de metralla, le sucedió en su puesto el coronel Ramón Rodríguez, y por segunda vez éste y sus bravos contestaron a la agresión con el filo de sus bayonetas. El valor sin embargo no pudo impedir lo que en el orden de los sucesos era ya inevitable, y destruidas completamente las baterías, los enemigos pudieron realizar su intento, subir a ellas y posesionarse de sus despojos.

Los aliados perdieron en ese combate ciento cincuenta hombres, entre la tropa de desembarco y la marinería, sin contar las pérdidas que tuvieron en sus buques, principalmente en el *Pandour* y el *Fulton*, que quedaron muy maltratados. Los argentinos, por su parte, tuvieron seiscientos cincuenta hombres fuera de combate, perdieron dieciocho cañones, algunas lanchas y una bandera. Aquéllos, por otra parte, se presentaron en Obligado con una superioridad incontrastable. Además de contar con ciento veinticinco piezas de artillería, disponían de una escuadra que se componía de doce buques, de tres barcos a vapor, de dos corbetas, de cinco bergantines y de dos bergantines-goletas. Los argentinos sólo contaban para defenderse con mil quinientos hombres de tropa, como queda dicho, y con las baterías «Restaurador», «General Brown», «General Mansilla» y la «Manuelita», en la cual el comandante Thorne hizo honor a la bandera y al principio que defendía con verdaderos actos de proeza (1).

El combate de Obligado, verdadera violación de la soberanía argentina, provocó una reprobación unánime en el mundo civilizado, tanto en Europa como en América. San Martín no tardó en dejar oír su protesta, y desde Grand-Bourg, con fecha 10 de mayo de 1846,

(1) Ver *Apéndice*, documento C.

escribióle a Rosas: «Ya sabía la acción de Obligado. Los interventores habrán visto lo que son los argentinos. A tal proceder no nos queda otro partido que cumplir con el deber de hombres libres, sea cual sea la suerte que nos prepare el destino, que por mi íntima convicción, no sería un momento dudoso en nuestro favor si los argentinos se persuadiesen del deshonor que reacerá sobre nuestra patria si las naciones europeas triunfan en esta contienda que, en mi opinión, es de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de la España.

«Convencido de esta verdad, crea usted, mi buen amigo, que nunca me ha sido más sensible que el estado precario de mi salud me prive en estas circunstancias de ofrecer a mi patria mis servicios para demostrar a nuestros compatriotas que ella tiene aún un viejo servidor cuando se trata de resistir a la agresión la más injusta de que haya habido ejemplo» (1).

Pero si San Martín, por razón de su edad, no se encontraba en condiciones de brindar nuevamente su espada a su patria, no por eso se iba a negar a defenderla con el aporte de sus luces, y así lo hizo cuando el señor Jorge Federico Dickson, representante del alto comercio en Londres, creyó oportuno consultarlo sobre los acontecimientos del Plata, después del luctuoso suceso que sucintamente acabamos de historiar. En ese momento, San Martín se encontraba en el Mediodía de Italia, y contestando a la consulta de Dickson, desde Nápoles, y con fecha 28 de diciembre de 1845, escribióle: «Por conducto del caballero Jackson, se me ha hecho saber los deseos de usted relativos a saber mi opinión sobre la actual intervención de la Inglaterra y la Francia en la República Argentina. No sólo me presto gusto a satisfacerlo, sino que lo haré con la franqueza de mi carácter y la más completa imparcialidad, sintiendo sólo que el mal estado de mi salud no me permita hacerlo con la extensión que este interesante asunto requiere.

«No creo oportuno, continúa luego San Martín, entrar a investigar la justicia o la injusticia de la citada intervención como tampoco los perjuicios que de ella resultarán a los súbditos de ambas naciones con la absoluta paralización de sus relaciones comerciales, igualmente que de la alarma y desconfianza que naturalmente habrá producido en los nuevos Estados sudamericanos la ingerencia de dos naciones europeas en sus contiendas interiores; y sólo me ceñiré a demostrar si los dos Estados interventores conseguirán por los medios coercitivos que hasta lo presente han empleado, el objeto que se han propuesto; es decir la pacificación de las riberas del Plata.

Según mi íntima convicción desde ahora diré a usted no lo conseguirán; por el contrario la marcha seguida hasta el día no hará otra cosa que prolongar por un tiempo indefinido los males

(1) ADOLFO SALDÍAS. *Historia de la Confederación Argentina*, tomo V, pág. 42

que tratan de evitar y sin que haya previsión humana capaz de fijar un término a su pacificación; me explicaré.

«Bien sabida es la firmeza de carácter del jefe que preside a la República Argentina; nadie ignora el ascendiente que posee en la vasta campaña de Buenos Aires y el resto de las demás provincias interiores, y aunque no dudo que en la capital tenga un número de enemigos personales, estoy convencido, que bien sea por orgullo nacional, temor, o bien por la prevención heredada de los españoles contra el extranjero, ello es que la totalidad se le unirán y tomarán una parte activa en la contienda.

«Por otra parte es menester conocer, como la experiencia lo tiene ya demostrado, que el bloqueo que se ha declarado no tiene en las nuevas repúblicas de América y sobre todo en la Argentina, la misma influencia que lo sería en España; éste sólo afectará un corto número de propietarios, pero a la masa del pueblo que no conoce las necesidades de estos países, le será bien indiferente su continuación. Si las dos potencias en cuestión quieren llevar más adelante sus hostilidades, es decir, declarar la guerra, yo no dudo con más o menos pérdidas de hombres y gastos se apoderen de Buenos Aires, sin embargo que la toma de una ciudad decidida a defenderse es una de las operaciones más difíciles de la guerra; pero aun en este caso estoy convencido que no podrían sostenerse por largo tiempo en la capital como es notorio. El primer alimento, o por mejor decir el único, del pueblo es la carne, y es sabido con qué facilidad pueden retirarse todos los ganados en muy pocos días a muchas leguas de distancia, igualmente que las caballadas y todo medio de transporte, en una palabra, formar un desierto dilatado, imposible de ser atravesado por una fuerza europea, la que correría tanto más peligro cuanto mayor fuese su número.

«Tratar de hacer la guerra con los hijos del país estoy persuadido será muy corto el número que quiera enrolarse con el extranjero. En conclusión con siete u ocho mil hombres de caballería del país y veinticinco o treinta piezas de artillería volante, fuerza que con una gran facilidad puede mantener el general Rosas, son suficientes para tener, en un cerrado bloqueo terrestre a Buenos Aires, sino también impedir que un ejército europeo de 20.000 hombres salga a más de treinta leguas de la capital, sin exponerse a una ruina completa por falta de recursos. Tal es mi opinión, y la experiencia lo demostrará a menos — como es de esperar — que el nuevo ministro inglés no cambie la política seguida por el precedente» (1).

Esta carta de San Martín a Dickson fué publicada el 12 de febrero de 1846 en el *Morning Chronicle* en Londres. Ella tuvo la virtud,

(1) De esta carta de San Martín a Dickson se conocen distintas versiones, figurando entre ellas la que dió a conocer, traducida del inglés, el *Archivo Americano*, órgano del general Rosas.

La que aquí publicamos está reproducida fielmente del borrador manuscrito que se registra entre los documentos de San Martín. Ver: *Archivo de San Martín*, tomo

como lo veremos prontamente, de despertar la atención de las cancillerías europeas y aún la de provocar un vivo desconcierto en el campo unitario. San Martín no era un diplomático como lo era Sarreatea, y como lo era Moreno, éste representante de la Confederación Argentina en Londres, y el otro en París; pero todos sabían que él era el Libertador austral del nuevo mundo, y que su opinión no podía ser el fruto de pasiones políticas sino el reflejo imparcial de su sentir justo y ponderado. Con todo, los unitarios no pudieron disimular el desagrado que les causó semejante actitud, y Florencio Varela en su diario *El Comercio del Plata*, diario que editaba él en Montevideo, se permitió reprocharle a San Martín su actitud, sindicándolo como el solo americano que se alarmaba por la ingerencia en las cosas del Plata de los gobiernos de París y de Londres. Es del caso observar que el reproche formulado por Varela no respondía a la verdad de los hechos. El reproche que formuló San Martín, lo formularon distintos americanos residentes en el extranjero y el ilustre chileno don Manuel A. Tocornal, con fecha 13 de abril de 1846, escribióle desde Santiago a San Martín: «La escandalosa intervención de la Francia y la Inglaterra en los negocios del Río de la Plata debería servirnos de estímulo para no desviarnos del camino que hemos seguido hasta aquí» (1).

Cuando el *Morning Chronicle* dió a conocer el documento sanmartiniano que aquí reproducimos, no quiso hacerlo sin acompañarlo de los comentarios que el documento se merecía, y con tal motivo escribió: «Se nos ha favorecido con la siguiente traducción de una carta del general San Martín a un caballero que le suplicó le diese su opinión sobre el asunto de la intervención hostil de la Inglaterra y de la Francia en los negocios del Río de la Plata. Suponemos que apenas será necesario informar a nuestros lectores que el general San Martín es el distinguido jefe que consiguió sucesivamente libertar a Buenos Aires, Chile y el Perú del yugo español, y cuyo pasaje de los Andes a la cabeza del ejército libertador se consideró una proeza que en muchos aspectos rivalizaba con el pasaje de los Alpes por Napoleón. El general San Martín es nativo del virreinato de Buenos Aires, y por su conocimiento profundo de su país y de sus compatriotas, a quienes tantas veces condujo a la lid y a la victoria, ningún hombre quizás es más apto para dar una opinión sobre este negocio que él, ni ninguno que tenga más títulos a ser respetado.

«Como hace tiempo que se ha retirado de la vida pública y ha residido en Europa, en donde sabemos piensa pasar el resto de sus días, no tiene interés en la cuestión sino el que naturalmente debe

X, pág. 226. — Difiere de ésta, no en lo substancial, sino en la redacción de alguno de sus párrafos, la que se encuentra en el volumen intitulado «*San Martín. Su Correspondencia*», publicado por ADOLFO P. CARRANZA, cuando era director del Museo Histórico Nacional en Buenos Aires.

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 218.

suponerse experimente por el honor y la felicidad de su país, su opinión puede por consiguiente considerarse del todo imparcial. La recomendamos fuertemente a la atención de nuestros lectores».

Pero volviendo a San Martín, digamos que al mismo tiempo que respondía él a la consulta formulada por Dickson en la forma que ya queda expuesta, fijaba por entero su pensamiento en Buenos Aires, y desde Nápoles igualmente, le decía a Rosas en carta del 11 de enero: «En principio de noviembre pasado me dirigí a Italia con el objeto de experimentar si con su benigno clima recuperaba mi arruinada salud; bien poca es hasta el presente la mejoría que he sentido, lo que me es tanto más sensible cuanto en las circunstancias en que se halla nuestra patria me hubiera sido muy lisonjero poder nuevamente ofrecerle mis servicios como lo hice a usted en el primer bloqueo por la Francia, servicios que aunque conozco serían inútiles, sin embargo demostrarían que la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia contra nuestro país, éste tenía aún un viejo defensor de su honra e independencia. Ya que el estado de mi salud me priva de esta satisfacción, por lo menos me complazco en manifestar a usted estos sentimientos, así como mi confianza no dudosa del triunfo de la justicia que nos asiste» (1).

«General, contestóle Rosas, no hay un verdadero argentino, un americano que al oír el nombre ilustre de usted y saber lo que usted hace todavía por su patria y por la causa americana no sienta redoblar su ardor y su confianza. La influencia moral de los votos patrióticos americanos de usted en las presentes circunstancias, como en el anterior bloqueo francés importa un distinguido servicio a la independencia de nuestra patria y del continente americano, a la que usted consagró con tan glorioso honor sus florecientes días.

«Me es profundamente sensible el continuado quebranto de la importante salud de usted. Deseo se restablezca y conserve y que le sea más favorable que hasta aquí el templado clima de Italia.

«Así, enfermo, después de tantas fatigas, usted expresa la grande y dominante idea de toda su vida: *la independencia de la América es irrevocable*, dijo usted después de haber libertado a su patria, Chile y al Perú. Esto es digno de usted.

«Acepto con gratitud y alto aprecio sus benévolos votos por el buen éxito y honor de la actual contienda y deseo a usted la mejor salud y felicidad» (2).

Las cartas de San Martín a Rosas tuvieron una viva repercusión, tanto en Buenos Aires como en las otras capitales americanas interesadas en la marcha del conflicto. La que aquí reproducimos fué conocida por don Tomás Guido en Río de Janeiro al leerla allí reproducida por un periódico de la capital argentina. Guido repre-

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 135.

(2) *Ibidem*, pág. 136.

sentaba en esa circunstancia los intereses políticos de la Confederación en aquella Corte, y deseoso de ilustrar a San Martín sobre los pormenores de ese conflicto que lo tenía a él como lejano espectador de los acontecimientos, escribióle en carta del 30 de junio de 1846: «Excuso hablar de los sentimientos que despliega usted en ella. Ni son nuevos para mí ni extraños. Lo que me ha dado cuidado es lo que usted dice de no haber conseguido gran mejoría a pesar de la bondad del clima de Italia y cuando me acuerdo de que la cautela y prudencia no es el fuerte de usted si se trata de conservar la salud, crece mi disgusto viéndolo enfermo. Cuídese, por Dios, como lo desean los buenos de su patria y sus amigos».

Guido pasa luego a formular distintos comentarios sobre la cuestión palpitante del día, y textualmente se expresa en estos términos: «Continuamos lidiando con el apostolado de paz: nunca hubo burla más acre que la que han hecho del sentido común los que apellidaron misión de paz a la de los ministros Ouseley y Deffaudis. ¡El demonio cargue con semejante pacificación! Brava insolencia, mi amigo, en retozar así con el más débil. Usted conoce cual fué siempre la templanza de mis opiniones en días ardientes. Debe usted creer que la edad y la experiencia han completado la obra de mi organización. Pues bien, con la razón fría de una madura reflexión, y exento de todo espíritu de partido, declaro a usted que en mi larga carrera política no he visto violaciones más escandalosas de la moral y del derecho público que las acometidas por los agentes de dos renombradas naciones: Inglaterra y Francia en el Río de la Plata.

«Falta la serenidad para escuchar de tales misioneros que no nos hacen la guerra, cuando la encienden en la Banda Oriental; cuando transportan expediciones militares a ocupar los puntos principales, cuando entran a sangre y fuego en nuestros ríos interiores, cuando se demuelen a cañonazos nuestras baterías y nos matan por cientos nuestros soldados, cuando nos saquean y queman los buques neutrales y nacionales dentro de nuestros puertos, cuando se nos apresan y destruyen nuestras embarcaciones; cuando bloquean nuestras costas, por último cuando habilitan al caudillo Rivera y lo conducen de un punto a otro con una columna de extranjeros para invadir su propio país. Si todo esto se hace en paz, qué se reservan aquellos caballeros para tiempo de guerra!!!

«Y ¿qué gran motivo, se pregunta Guido, se alega para estas horrendas tropelías? No es agravio u ofensa de índole alguna contra ningún súbdito de ambas naciones. Por el contrario, se contesta él. Mr. Mendeville a su despedida y Mr. Hothan al poner el bloqueo se declararon reconocidos a la amplia protección que gozaban en Buenos Aires sus nacionales y, en general, todos los extranjeros. No es el sistema administrativo del general Rosas, porque a trompa tañida proclaman Mr. Ouseley y Deffaudis su respeto a la persona del jefe de la república y a su régimen interno.

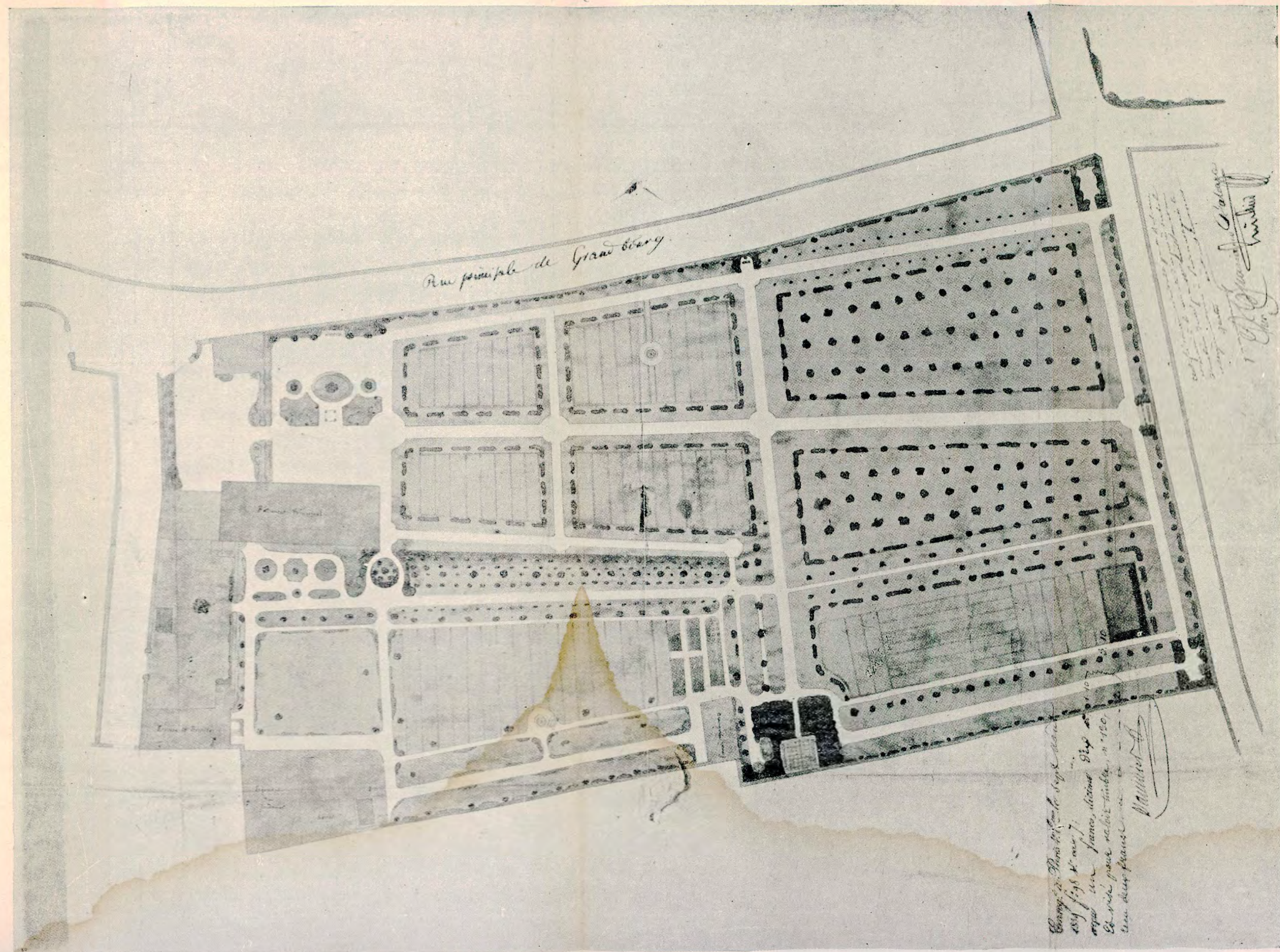
«Entonces ¿cuál es la causa positiva de esos desafueros? La aduana de Montevideo. Las adquisiciones de una compañía inglesa. El tratado de comercio y navegación celebrado por Inglaterra con el gobiernillo de aquella plaza. El interés mercantil y político de aquella nación.

«Si Oribe triunfa, dice Guido, no será tan ancho el campo para los especuladores ingleses, no habrá la docilidad de sus adversarios a la política de Inglaterra. Ahí tiene usted la clave de tanta inquietud. Cualquier otro pretexto general es historia de viejas o como decían nuestros padres engaña-bobos».

«Y Francia, se pregunta después, ¿por qué se ha entrometido en negocios ajenos? A esta pregunta sólo Monsieur Guizot podrá contestar. Considero su ingerencia, concluye, el extravío más insensato y la ofrenda más necia a la voluntad de su rival. Es locura rematada servir de instrumento a las miras de la Inglaterra y perder por ella en ambas costas del Río de la Plata las simpatías necesarias para el desarrollo de su comercio. Por fin es un error de esos que por ser de estadistas de gran nombradía pasan como las sentencias de los alcaldes de nuestras aldeas, si tienen a su favor el cura. Empieza ya a conocerse en Europa según veo en la prensa de París y Londres. El tiempo dará completo desengaño» (1).

Esta declaración de Guido no era en modo alguno arbitraria y respondía en un todo a la actitud que ya venía observando en lo tocante a la intervención armada la prensa independiente en aquellas dos capitales del viejo mundo. Desde el principio de la cuestión, un periodista eminente, Emilio Girardin, se declaró opositor obstinado a los actos de fuerza, y en su periódico *La Presse* desde el principio del conflicto abogó en París para que su patria se retirase de aquella aventura. En su número correspondiente al 5 de octubre de 1847, Girardin considera la intervención del Conde de Walewsky como un nuevo acto de una comedia ridícula en la pacificación del Plata. La verdad es conocida hoy, dice él, y si esta negociación ha fracasado no es por culpa de Rosas, sino por culpa de la cancillería francesa. Días más tarde Girardin estudia la composición geográfica y política del Uruguay. Da a conocer la formación de los dos partidos en que está dividida esta república, y afirma que en el mes de julio de 1836, el general Rivera, al frente de los unitarios argentinos, se insurreccionó para derrocar al gobierno legal, y que encontrándose sin fuerzas para lograrlo, pidió a la Francia su intervención. Fué este apoyo, declara categóricamente el eminente periodista, el que le permitió consumar la usurpación y llegar a la presidencia de la república. Si la Francia hubiese consultado sus intereses, continúa, ella no se habría pronunciado por este o por aquel otro partido. Oribe por otra parte había sido elegido por el pueblo y éste no ha cesado en modo alguno de testimoniarle su adhesión.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 586.



En esas mismas circunstancias Lamartine había tomado cartas en el asunto y con vivo calor atacaba en el parlamento francés la política del ministro Guizot, que prohibaba la intervención menospreciando así el respeto a una legítima soberanía. La actitud de Lamartine provocó una polémica en el partido de sus opositores. Su pensamiento fué desnaturalizado maliciosamente por los que se interesaban en la prolongación del conflicto, y a fin de dar a conocer al desnudo su modo de pensar, el día 12 de octubre de 1847, publicó en *La Presse* una carta confirmatoria de la doctrina expuesta por él en el parlamento, y de franca condenación a la política seguida por el ministerio. Al hablar del Plata y de los acontecimientos provocados por aquella política, Lamartine declara: «*J'y ai vu la violation la plus scandaleuse du droit des gens qui ne permet pas aux citoyens d'une nation de prendre parti dans les guerres civiles d'une nation étrangère sans l'autorisation de leur gouvernement. J'y ai vu l'abdication du titre de Français dans l'adoption d'une cocarde et d'un drapeau étrangers par des émigrés français; j'y ai vu la révolte la plus inouïe contre l'autorité de la mère patrie dans l'obstination de ces émigrés à s'armer contre l'aveu de leur propre gouvernement, et à braver les conseils et les ordres des agents chargés de les protéger; j'y ai vu l'inqualifiable faiblesse et la complicité des cabinets souffrant, permettant, encourageant ces irrégularités, finissant par les solder, et faisant la guerre au moyen de lettres de change tirées sur le trésor par les entrepreneurs de la guerre civile de Montevideo et acceptées par le gouvernement français!*».

Como se ve por estos antecedentes y por otros que no es del caso exponer, la política interventora de Francia y de Inglaterra no perseguía ningún punto de doctrina, y se concretaba ella a un interés económico que explotaron a su vez los enemigos de Rosas, ahondando más y más, como así lo hacían los aliados, la separación existente entre Oribe y Rivera. Como era necesario buscar razones aparentes a la intervención, se encontraron ellas en la libre navegación de los ríos, y en un supuesto peligro que por la actitud de Rosas corría la nueva nacionalidad uruguaya. A la misión de Ouseley y Deffaudis, siguió la misión Hood, que fracasó igualmente. Los delegados Howden y Walewski, representante de Inglaterra el primero y de la Francia el segundo, tuvieron que regresar a su punto de partida convencidos de que del lado argentino no había voluntades dispuestas a negociados deshonrosos, y los señores Gore y Gross, que llegaron más tarde, se convencieron a su vez de que Rosas no podía negociar la paz con simples mediadores, sino con plenipotenciarios debidamente autorizados por sus gobiernos.

La Inglaterra fué la primera en comprender la conveniencia de llegar a un acuerdo de pacificación, y aprovechando la revolución de 1848 acaecida en Francia, envió al señor Henry Southern para que negociase la paz con el gobierno de Buenos Aires. Southern partió para ese destino a fines de 1848, y el 24 de noviembre de

1849 firmó con el ministro Arana la convención de paz, que puso fin al conflicto existente entre Inglaterra y la nación argentina. Por esta convención, Inglaterra se obligó a evacuar definitivamente la isla de Martín García, a devolver los buques que tenía apresados y a saludar con veintiún cañonazos la bandera de la Confederación. El representante británico reconoció que la navegación del río Paraná estaba sujeta a las leyes y reglamentos pertenecientes a la soberanía argentina, y en lo relativo al Uruguay, acordóse reglamentar esta navegación en armonía con el gobierno de aquel Estado. Este se obligó a desarmar la legión extranjera y las divisiones argentinas allí existentes y a repasar el Uruguay. La conducta del gobierno británico tuvo una influencia sobre la cancillería francesa. El gobierno de las Tullerías se vió obligado a entrar por el camino que dictaba la cordura y el buen sentido, y le transmitió así al almirante Le Prédour las instrucciones del caso, para que levantase el bloqueo de las costas pertenecientes a la Confederación Argentina, limitándolo tan sólo a los puertos orientales en que se encontraba el ejército de Oribe.

Cuando esta noticia fué conocida de San Martín, éste se encontraba ya en Boulogne-sur-Mer, y con fecha 2 de noviembre escribió a Rosas: «A pesar de la distancia que me separa de nuestra patria, usted me hará la justicia de creer que sus triunfos son un gran consuelo a mi achacosa vejez.

«Así es, que he tenido una verdadera satisfacción al saber el levantamiento del injusto bloqueo con que nos hostilizaban las dos primeras naciones de Europa. Esta satisfacción es tanto más completa cuanto el honor del país no ha tenido nada que sufrir y por el contrario presenta a todos los nuevos Estados americanos un modelo que seguir.

«No vaya usted a creer por lo que dejo expuesto el que jamás he dudado que nuestra patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante presidiendo usted sus destinos; por el contrario, más bien he creído no tirase usted demasiado la cuerda de las negociaciones seguidas cuando se trataba del honor nacional. Esta opinión demostrará a usted, mi apreciable general, que al escribirle lo hago con la franqueza de mi carácter y la que merece el que yo he formado del de usted. Por tales acontecimientos, reciba usted y nuestra patria mis más sinceras enhorabuenas» (1).

«Tengo sumo placer en contestar su muy estimada carta fecha 2 de noviembre último, le dice Rosas. Aprecio intensamente las benévolas expresiones en cuanto a mi conducta administrativa sobre el país en la intervención anglo-francesa en los asuntos de esta república. La noble franqueza con que usted me emite sus opiniones da un gran realce a la justicia que usted hace a mis sentimientos y procederes públicos.

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 137.

«Nada he tenido más a pecho en este grave y delicado asunto de la intervención, que salvar el honor y dignidad de las Repúblicas del Plata, y cuanto más fuertes eran los enemigos que se presentaban a combatirlas, mayor ha sido mi decisión y constancia para preservar ilesos aquellos queridos ídolos de todo americano. Usted nos ha dejado el ejemplo de lo que vale esa decisión y no he hecho más que imitarlo. Todos mis esfuerzos siempre serán dirigidos a sellar las diferencias existentes con los poderes interventores de un modo tal que nuestra honra y la independencia de estos países como de la América toda queden enteramente salvos e incólumes.

«Agradezco sobremanera las apreciables felicitaciones que me dirige por el levantamiento del bloqueo de estos puertos por las fuerzas de los poderes interventores. Este hecho que ha tenido lugar por la presencia sola de nuestra decidida constancia y por la abnegación con que todos nos hemos consagrado en la defensa del país tan injustamente agredido será perpetuamente glorioso. Ha tenido lugar sin que por nuestra parte hayamos cedido un palmo de terreno. Acepto complacido pues sus felicitaciones, y al retornárselas con encarecimiento me es satisfactorio persuadirme que usted se regocijará de un resultado tan altamente honorífico para la República» (1).

Pero mientras Inglaterra había tenido el acertado tino político de finalizar el conflicto con la República Argentina mediante un acuerdo diplomático en que sus intereses económicos quedaban a salvo, Francia no había llegado aún a este acuerdo, y sufría las consecuencias en que la dejaba el paso dado por la nación que había sido su aliada. La revolución de febrero la vino a colocar en condiciones excepcionales para salir de la situación desairada a que la habían llevado la impremeditación y las sugerencias de revolucionarios de oficio, y es por esto que apenas se formó el gobierno provisorio figurando en él Lamartine, desde Londres y con fecha 3 de marzo de 1848, el ministro Mendeville escribióle a la hija de Rosas: «Pero ahora que el cambio de aspecto de los negocios en Francia se ha inclinado tanto en favor de su ilustre padre, mi buen y excelente amigo, no puedo dejar de ofrecer a S. E. y a usted mis más sinceras y más cordiales felicitaciones. Mr. de Lamartine, el conocido y declarado amigo de la República Argentina, y admirador del patriotismo del ilustre padre de usted, en sostener los justos derechos de su patria contra sus pérfidos enemigos, estando ahora a la cabeza de las Relaciones Exteriores de Francia es buen presagio para la terminación de los tristemente manejados negocios del Río de la Plata. Fué Mr. de Lamartine quien en una discusión de la cámara de diputados violentamente atacó a Mr. Guizot, sobre su injustificable e injusta intervención en los negocios del Río de la Plata, designando las personas en el gobierno montevideano y a todos los que le ayudaban

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 139.

y favorecían en sus feroces pretensiones, como la hez de la tierra y a los extranjeros que se unían con ellos, como deshonrados y desnaturalizados.

«Por lo tanto repito con gozo mis congratulaciones a usted por la elevación de Mr. de Lamartine al poder en los consejos de la Francia». Pero ni la pasión ni el interés pueden considerarse como buenos consejeros, ya se trate de la moral o de la política. Entre los parlamentaristas franceses, surgidos después de la revolución del 48, no faltaban enemigos de Rosas. Invocando un ultraje patriótico que no existía, creían que era de su deber el prolongar ese estado de conflicto, y así lo hizo el ministro Thiers, apoyando en ese sentido el despacho de la comisión partidaria de la política intervencionista.

Para quebrar esta resistencia, y a fin de dar a conocer bajo su verdadero punto de vista la cuestión que en ese momento dividía los ánimos, el ministro Bouthier excogitó un procedimiento, y fué éste el de dar lectura en el recinto del parlamento a la carta que con fecha 23 de diciembre de 1849, y desde Boulogne-sur-Mer, dirigiera San Martín al ministro Bineau. Esta carta ya había sido leída en Consejo de ministros, y todos ellos convinieron en reconocer que un documento de esta naturaleza tenía forzosamente que influir en forma decisiva en el nuevo debate. He aquí la carta tal cual saliera ella de la pluma de San Martín en la fecha indicada: «Cuando tuve el honor de hacer vuestro conocimiento en la casa de Madame Aguado, le dice San Martín a Bineau, estaba muy distante de creer que debía algún día escribiros sobre asuntos políticos; pero la posición que hoy ocupáis y una carta que el diario *La Presse* acaba de reproducir el 22 de este mes, carta que había escrito en 1845 al señor Dickson sobre la intervención unida de la Francia y la Inglaterra en los negocios del Plata y que se publicó sin mi consentimiento en esa época en los diarios ingleses, me obligan a confirmaros su autenticidad y aseguraros nuevamente que la opinión que entonces tenía no solamente es la misma aún, sino que las actuales circunstancias en que la Francia se encuentra sola, empeñada en la contienda, vienen a darle una nueva consagración.

«Estoy persuadido que esta cuestión es más grave que lo que se la supone generalmente; y los once años de guerra por la independencia americana durante los que he comandado en jefe los ejércitos de Chile, del Perú y de las Provincias de la Confederación Argentina me han colocado en situación de poder apreciar las dificultades enormes que ella presenta y que son debidas a la posición geográfica del país, el carácter de sus habitantes y a su inmensa distancia de la Francia. Nada es imposible al poder francés y a la intrepidez de sus soldados; mas antes de emprender, los hombres políticos pesan las ventajas que deben compensar los sacrificios que hacen.

«No lo dudéis, os lo repito: las dificultades y los gastos serán inmensos y una vez comprometida en esta lucha, la Francia tendrá

honor en no retrogradar y no hay poder humano capaz de calcular su duración.

«Os he manifestado francamente una opinión en cuya imparcialidad debéis tanto más creer cuanto que establecido y propietario en Francia veinte años ha, y contando acabar ahí mis días, las simpatías de mi corazón se hallan divididas entre mi país natal y la Francia mi segunda patria.

«Os escribo desde mi cama en que me hallo rendido por crueles padecimientos que me impiden tratar con toda la atención que habría querido un asunto tan serio y tan grave» (1).

Efectivamente, *La Presse*, como así lo dice San Martín, el 22 de diciembre de ese año había reproducido la carta que le escribiera desde Nápoles al señor Dickson. El objeto que perseguía su director, o sea Emilio Girardin, era esclarecer debidamente el debate político que en ese momento agitaba la opinión del parlamento francés, y al hacerlo precedió la publicación de ese documento de un comentario recordando el papel importante que San Martín había desempeñado en la independencia del nuevo mundo. Recordó así el paso de los Andes y textualmente escribió: «*Voici ce que cet illustre américain, dont les agents de Montévideo ne contesteront sans doute ni le patriotisme ni la capacité, écrivait de Naples, le 20 décembre 1845, a une personne qui lui demandait son opinion sur l'intervention de la France et de l'Angleterre dans la Plata*».

La actitud de San Martín en esos momentos es tanto más honrosa cuanto que habiendo fallecido repentinamente en Limoges el ministro Sarratea, que representaba los intereses argentinos en Fran-

(1) Con fecha 3 de enero de 1850 Mariano Balcarce, que por fallecimiento de Sarratea se encontraba al frente de la legación argentina en París, envió a su gobierno una copia legalizada de este documento. Al hacerlo expresó así en el oficio que dirigió al doctor Felipe Arana: «Aunque el infrascrito no ha recibido autorización de su señor padre político el general San Martín, para remitir a V. E. copia de la carta que con fecha 23 del próximo pasado diciembre dirigió al señor Bineau, ministro de Obras Públicas, está persuadido que no desaprobará este paso, sobre todo cuando tiene por objeto explicar una contradicción aparente que resulta del discurso pronunciado el 31 del pasado en la asamblea legislativa, por el ministro de la Justicia.

«Entre varios documentos que el infrascrito puso en manos del señor conde Daru, con el objeto de ilustrar su opinión y modificar si era posible las ideas erróneas y absurdas que le había manifestado en una conferencia particular, se hallaba una carta escrita el año de 1845 por el señor general San Martín y publicada en Londres, emitiendo su opinión sobre el resultado probable de la intervención anglo-francesa en los negocios del Río de la Plata.

«El señor conde Daru cita otra carta en apoyo de las opiniones en que ha fundado su dictamen, pero indudablemente no leyó sino el principio de ella; porque de otro modo no es probable que hubiere dado lugar a sospechar su buena fe. Para rebatir esa opinión y apoyar la del ministro, el señor ministro de la Justicia leyó en la tribuna la adjunta carta del señor general, que según le consta al infrascrito, ya había sido tomada en consideración por el Consejo de ministros; pero el modo como se expresó el señor ministro haría suponer que en épocas diferentes el señor general había manifestado opiniones opuestas, mientras ha sucedido todo lo contrario, pues su convicción constante ha sido siempre la misma, es decir, que sus compatriotas triunfarían de toda invasión extranjera». — Ver: ADOLFO SALDÍAS: *Historia de la Confederación Argentina*, t. V, pág. 386.

cia, él, que no revestía ninguna función diplomática, vino en cierto sentido a convertirse por su acción espontánea y patriótica en el verdadero defensor de los intereses de su país. San Martín gozaba ya de la estima general de todos en las altas esferas de la política francesa. Lo demuestra la simpatía que le profesaban Girardin y Lamartine. Lo demuestra el crédito que merece su palabra en el Consejo de Estado, y lo demuestra finalmente la influencia, podemos decir, decisiva, que la carta dirigida por él al ministro Bineau vino a tener sobre los parlamentarios franceses.

Como síntesis de los acontecimientos aquí expuestos, digamos que cuando en el parlamento francés se daba lectura a esta carta de San Martín, se leía igualmente un despacho del almirante Le Prédour dirigido desde las aguas del Plata, y en ese despacho se decía que más de diez mil franceses prosperaban en Buenos Aires, al amparo de las más amplias garantías tanto en el comercio como en las industrias rurales. Este hecho lo puso en evidencia la prensa francesa contraria a la intervención, y esa misma prensa, y especialmente la hoja que dirigía el eminente periodista ya citado, o sea Girardin, publicó las opiniones emitidas a pedido suyo por el mariscal Soult, y por el almirante Mackau, contrarias a la intervención. Hablando de éste, Girardin declara: «El conocimiento que tiene de aquellos países le permite opinar francamente contra la intervención». Dirigiéndose a Thiers, el mismo periodista le declara que los informes que a él se le tienen transmitidos en sentido contrario «son completamente inexactos» (1).

(1) La convención de paz entre la Argentina y Francia celebróse en Buenos Aires el 31 de agosto de 1850, y como se ve, después de fallecido San Martín, quien dejó de existir el 17 de ese mes en ese año.

El contraalmirante Le Prédour lo hizo en nombre de Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la república Francesa, y el doctor Felipe Arana en nombre del gobierno de la Confederación Argentina. Esta convención fué tan honrosa para uno como para otro país. Francia obtuvo las garantías que reclamaba para con sus nacionales, como para la expansión de su comercio, y la nación argentina recibió el desagravio exigido por la violación de su territorio, por la usurpación de sus naves y por las ofensas causadas a su bandera.

La independencia del Uruguay quedó por otra parte garantida. El dominio sobre el río de este nombre fué reconocido como común a los Estados que le eran ribereños, y a fin de colocar al frente de la nueva república del Uruguay un presidente constitucional, convínose en proceder a nuevas elecciones. El general Oribe, por su parte, declaró de antemano aceptar el resultado que diese este comicio.

Como consecuencia de esta convención, el plenipotenciario francés se obligaba a reclamar del gobierno de Montevideo el desarme de los extranjeros allí existentes. Las tropas argentinas auxiliares de Oribe, menos una división de dichas fuerzas y una parte de la dotación de la escuadra francesa, debían retirarse sobre el Uruguay, y verificado el desarme de los extranjeros, las tropas argentinas evacuarían del todo aquel territorio. Sólo debía quedar una división al mando de Oribe, y aun este debía abandonar el territorio uruguayo cuando las tropas francesas se embarcasen definitivamente. Este embarque debía hacerse dentro de los dos meses subsiguientes a la fecha en que se firmase la convención, y Oribe se comprometía por su parte a acordar amplia amnistía como prueba de paz.

El 16 de septiembre de 1850, y desde su fragata *Constitution*, Le Prédour se expresaba así en carta a la hija de Rosas: «El *Proni* ha partido ayer para Francia llevando el tratado que he negociado con el general Oribe, y heme aquí libre en consecuencia de toda diplomacia, que me dejará para toda mi vida un sentimiento

De esta manera como se ve, sirvió San Martín los intereses de su patria en el largo lapso de tiempo que duró el conflicto provocado por la intervención franco-inglesa en el Plata. A San Martín no le interesaba el enterarse si en el orden de la política interna Rosas era o no un dictador. Lo que le interesaba era saber que con sus defectos o sin ellos simbolizaba él la autoridad de su país y que si había razón para ser combatido apasionadamente por parte de sus compatriotas, no la había para dar lugar a la intervención extranjera menospreciando así el derecho de gentes y violando a mansalva la soberanía argentina. Es por esto que, requerido un día para que fulminase con su cólera a Rosas y a su dictadura, la respuesta de San Martín fué la siguiente: «A tan larga distancia y por tantos años alejado de la escena, no me es fácil saber la verdad; pero, por los ecos que hasta aquí llegan, si bien no he conocido al general Rosas, me inclino a creer que los unitarios exageran y que sus enemigos le pintan más arbitrario de lo que sea. Sí, conocí en sus mocedades a los generales que han encabezado la cruzada unitaria: Paz; Lavalle, el más turbulento; Lamadrid, si no más valiente que éste, sin duda con menos cabeza; y si todos ellos, y lo mejor del país, como se pretende, auxiliados por los extranjeros, no logran desmoronar tan mal gobierno, sin duda es porque la mayoría está convencida de la necesidad de un gobierno fuerte y de mano firme, para que no vuelvan las bochornosas escenas del año veinte, ni que el comandante de cualquier batallón se levante a fusilar por su orden al gobernador del Estado. Sobre todo, tiene para mí el general Rosas que ha sabido defender con toda energía y en toda ocasión el pabellón nacional.

«Por esto después del combate de Obligado tentado estuve de mandarle la espada con que contribuí a defender la independencia americana, por aquel acto de entereza, en el cual con cuatro cañones, hizo conocer a la escuadra anglo-francesa que, pocos o muchos, sin contar los elementos, los argentinos saben siempre defender su independencia» (1).

El general Rosas por su parte no dejó de reconocer públicamente la deuda que la patria argentina había contraído con San Martín, y para testimoniar este reconocimiento lo recordó honorablemente en varios de sus mensajes, y como lo veremos con oportunidad designó a su hijo político oficial primero de la legación argentina en París. Todo esto conmovió el ánimo del Libertador y le arrancó a su vez expresiones de agradecimiento. El 6 de mayo de 1850 y desde Boulogne-sur-Mer escribióle a Rosas nuevamente una carta.

de vivo reconocimiento para con vuestro ilustre padre, quien me ha dado en estas circunstancias pruebas tan evidentes de su benévolo interés. Os quedaré muy obligado de que digáis a S. E., que el recuerdo de todas sus bondades no se borrará jamás de mi memoria». — SALDÍAS. *Historia de la Confederación Argentina*, tomo V, pág. 389.

(1) ERNESTO QUESADA. *Epoca de Rosas*, pág. 56.

Ella es lacónica, pero ella, como las cartas precedentes, testimonia la ecuanimidad de su espíritu y su argentinidad. «No es mi ánimo, le dice a Rosas, quitar a usted con una larga carta el precioso tiempo que emplea en beneficio de nuestra patria. El objeto de ésta es el de tributar a usted mis más sinceros agradecimientos al ver la constancia con que se empeña en honrar la memoria de este viejo amigo, como lo acaba de verificar en su importante mensaje del 27 de diciembre pasado, mensaje que por segunda vez me he hecho leer y que como argentino me llena de un verdadero orgullo al ver la prosperidad, la paz interior, el orden y el honor restablecidos en nuestra querida patria; y todos estos progresos efectuados en medio de circunstancias tan difíciles en que pocos Estados se habrán hallado.

«Por tantos bienes realizados, yo felicito a usted muy sinceramente como igualmente a toda la Confederación Argentina» (1).

«Si en el último mensaje, le contesta Rosas con fecha 15 de agosto de ese mismo año, como en otros anteriores, he hecho el debido homenaje a la memoria de usted, ha sido, entre otras consideraciones, porque me ha cabido la suerte de consolidar la independencia que usted conquistó y he podido apreciar sus afanes por los míos».

«No era pues de extrañar ni justo que recordando los méritos que han contraído los gobernantes de las provincias y otros muchos individuos subalternos nombrados en el mensaje, el nombre ilustre de usted no figurase en primera línea, cuando su voto imponente acerca del resultado de la intervención ha sido pesado en los Consejos de los injustos interventores.

«Solo me resta devolver a usted a nombre de la Confederación Argentina y mío las felicitaciones que nos dirige, deseando que el viejo soldado de la independencia pueda vivir largos años en salud para que veamos nuestra querida patria independiente, libre y feliz» (2).

Pero es el caso que cuando esta carta llegó a su destino San Martín ya había dejado de existir. Los restos del héroe descansaban en la cripta de una iglesia de Boulogne-sur-Mer, y su nombre había entrado por segunda vez en el dominio de la historia engrandecido como no lo había sido hasta entonces, con su tránsito del tiempo a la eternidad.

(1) He aquí los recuerdos que Rosas le consagra a San Martín en varios de sus mensajes.

Mensaje del 27 de diciembre de 1843: «El ilustre general don José de San Martín, héroe glorioso de nuestra independencia, ha merecido un nuevo recuerdo del gobierno».

Mensaje del 27 de diciembre de 1846: «El general don José de San Martín ha consagrado a la causa de la independencia de su patria y de la América documentos inmortales. El gobierno se ha complacido altamente por esta demostración elevada de tan ilustre héroe argentino. La Confederación la ha celebrado con entusiasmo porque aquélla ha congratulado la América al virtuoso defensor de sus derechos y de sus glorias».

Mensaje del 27 de diciembre de 1848: «El general don José de San Martín, de un renombre inmarcesible en la historia americana, merece altamente la más distinguida estimación del gobierno de la República y de la América».

(2) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 145.

CAPITULO XV

San Martín y la visita de tres argentinos eminentes en Grand-Bourg

SUMARIO: San Martín y los apreciadores del mérito. — Patriotas eminentes que lo visitan en París y en Grand-Bourg. — Alberdi, el primero en el orden de estas reminiscencias históricas. — Alberdi a bordo del *Edén*, y su llegada a Génova. — Napoleón y San Martín. — Alberdi en París. — Visita de Alberdi a San Martín en Grand-Bourg. — San Martín según Alberdi. — Recorrido entre París y Grand-Bourg. — La casa de San Martín. — La espada de San Martín y el estandarte de Pizarro. — La manía de San Martín. — La reserva que hace San Martín de sus documentos. — El rey de Francia y San Martín. — Aguado interesado por que San Martín haga un viaje a España. — San Martín en sus conversaciones íntimas. — Florencio Varela y misión que se le confía ante el gobierno de S. M. Británica. — Su llegada a Londres y su traslado a París. — Visita de Florencio Varela a San Martín en su casa de la *rue Saint-Georges*. — Varela en Grand-Bourg. — Impresión que le causa el estandarte de Pizarro, y su descripción. — San Martín y el sistema de Rosas. — Una anécdota contada por San Martín. — Lo que la Logia de Buenos Aires no le perdonó a San Martín. — Las nietas de San Martín. — Varela en la mesa de San Martín. — Sarmiento y su partida para Europa. — Carta de presentación para San Martín que le otorga el general Las Heras. — Visita de Sarmiento a San Martín en Grand-Bourg. — Llagla profunda que según él existe en el corazón de San Martín. — Momentos sublimes pasados por Sarmiento en compañía de San Martín. — Rosas en el relato de Sarmiento. — Sarmiento en el Instituto Histórico de Francia. — Evocación de San Martín y de su vida en Grand-Bourg. — Visitas que dejan en la familia de San Martín un perdurable recuerdo. — Irarrazábal y otros chilenos que visitaron a San Martín en Grand-Bourg.

El ostracismo que voluntariamente se impuso San Martín satisfizo en él los imperativos más característicos de su modalidad, pero en modo alguno borró su nombre de la memoria de los justos apreciadores del mérito. Por el contrario, el saberlo alejado del escenario político que había sido el teatro de sus glorias, despertó en la mayoría de sus conciudadanos que se trasladaban a Europa, el deseo de acercarse a él y tratarle. La corriente admirativa que le perseguía, era más grande que su anonadamiento, y es por esto que Guido, su gran amigo, había podido decir en 1831 que San Martín había llegado a una altura tal, que cualquiera que fuese el

país que eligiese para su residencia, se le divisaría de todas partes, y se acudiría a él en los grandes conflictos ⁽¹⁾.

Por desgracia, si muchos fueron los prohombres del nuevo mundo que salvaron los umbrales, ya de su casa de la *rue Saint-Georges* en París, o ya los de su residencia de campo en Grand-Bourg, son contados los que han dado a conocer sus impresiones y transmitido por lo tanto sus visitas a la posteridad.

Concretándonos al sector argentino, podemos señalar sin embargo la visita de tres personajes eminentes, y ellos son don Juan Bautista Alberdi, don Florencio Varela y don Domingo Faustino Sarmiento.

Alberdi, a quien le pertenece el honor de la primacía en este orden de reminiscencias históricas, había nacido en Tucumán el 29 de agosto de 1810 y después de pasar allí los primeros años de su infancia, se trasladó a Buenos Aires, en donde siguió los cursos de ciencias sociales y jurídicas en la universidad fundada por Rivadavia.

Desde los primeros años de su juventud, se caracterizó por su amor a las letras. Se vinculó a la generación de Echeverría y de otros argentinos eminentes, y en 1834 se trasladó a Montevideo, en donde permaneció por un largo tiempo hasta convertirse más tarde en uno de los paladines del partido unitario. Estando en Montevideo, Alberdi se vinculó con el general Lavalle y lo puso en contacto con los agentes franceses que en unión con los unitarios trabajaban contra el gobierno de Rosas. Fracasada la campaña libertadora con la derrota sufrida por Lavalle en Famaillá, Alberdi resolvió alejarse de Montevideo y así lo hizo embarcándose el 5 de abril de 1843 con otro conmillón de causa, don Juan María Gutiérrez, a bordo del bergantín *Edén* y con dirección a Italia. Alberdi llegó a Génova el 6 de junio después de una larga y penosa travesía, y una vez visitada aquella capital y sus alrededores, pasó a Turín para trasladarse a Suiza, luego a la Saboya y más tarde a París. En una de sus páginas de viaje, Alberdi estampa este recuerdo en que se destaca por vez primera el nombre de San Martín: «Dos días después de perder de vista la tierra de mis antecesores, divisé a pocas millas de distancia las montañas de Tolón; yo no puedo negar un saludo respetuoso a esta especie de Parnaso guerrero que dió inspiraciones, en su juventud, a dos hombres que más tarde influyeron en la suerte de ambos mundos. Napoleón y San Martín, como se sabe, ensayaron sus talentos militares en presencia de Tolón» ⁽²⁾.

(1) El señor de Mende ville con fecha 30 de agosto de 1831, escribía desde Buenos Aires al conde de la Ferronnay: «Le besoin d'ordre qui se fait généralement sentir a fait jeter les yeux sur le général San Martín qui est aujourd'hui en Europe. Demeurant étranger aux partis qui dirigent le pays qui lui doit en grande partie sa liberté, recommandable par de grandes qualités civiles et militaires, il jouit de l'estime de tous les partis. On parle ici beaucoup de lui, et il ne serait pas étonnant qu'à l'expiration du gouvernement du général Rosas qui a encore un an à l'occuper, le général San Martín arrivât au pouvoir». — *Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia-Buenos Aires*, 1830-1832, Vol. V.

(2) ALBERDI: *Veinte días en Génova*, 1843. — *Obras Escogidas*, t. III, pág. 43.

Desde su llegada a París Alberdi se interesó por conocer sus academias y sus instituciones culturales. Frecuentó además sus teatros, sus bibliotecas, sus salas de concierto y en el mes de septiembre se puso en comunicación con San Martín, haciéndole una visita en Grand-Bourg, después de haberle conocido en su residencia de la *rue Saint-Georges*.

El 10 de octubre de 1843, Alberdi apunta esta nota en sus impresiones de viaje: «Hoy he convalidado de una enfermedad gástrica de tres días. No he carecido de asistencia; sin embargo he recordado mucho mi país. Yo me siento aburrido y triste en París. Pienso con placer en el mar. He enflaquecido mucho; pero aun no estoy como en América. Mis visitas de enfermo han sido Guerrico, Julio, Gutiérrez, Maldonado, etc. Me han visitado justamente en estos días Fernández, M. Gross y Romey. El domingo, antes de ayer, estuve convidado a comer en casa del general San Martín. Por la maldita fiebre falté a esta invitación y el lunes a la sesión de la Academia de Ciencias» (1).

He aquí como Alberdi nos da a conocer la entrevista que durante su corta permanencia en París efectuó con San Martín. «El primero de septiembre, escribe él, a eso de las 11 de la mañana estaba yo en casa de mi amigo el señor Guerrico con quien debíamos asistir al entierro de una hija del señor Ochoa, español, en el cementerio de Montmartre. Yo me ocupaba, en tanto que esperábamos la hora de la partida, de la lectura de una traducción de Lamartine cuando Guerrico se levantó exclamando: ¡El general San Martín! Me paré lleno de agradable sorpresa a ver la gran celebridad americana que tanto ansiaba conocer. Mis ojos, clavados en la puerta por donde debía entrar, esperaban con impaciencia el momento de su aparición. Entró por fin con su sombrero en la mano, con la modestia y apocamiento de un hombre común. ¡Qué diferente lo hallé del tipo que me había formado oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores de América! Por ejemplo, yo lo esperaba más alto, y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo lo creía un indio como tantas veces me lo habían pintado y no es más que un hombre de color moreno, de los temperamentos biliosos. Yo lo creía grueso y sin embargo de que lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado. Yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne, pero lo hallé vivo y fácil en sus ademanes y su marcha aunque grave desnuda de todo vicio de afectación.

«Me llamó la atención, continúa Alberdi, su metal de voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación con toda la llanura de un hombre común; al ver el modo como se considera él mismo, se diría que ese hombre no había hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así.

(1) ALBERDI: *Escritos Póstumos*, t. XVI, pág. 875.

Yo había oído que su salud padecía mucho, pero quedé sorprendido al verlo más joven y más ágil que todos cuantos generales he conocido en la guerra de nuestra independencia, sin excluir al general Alvear, el más joven de todos. El general San Martín padece en su salud cuando está en inacción y se cura con sólo ponerse en movimiento. De aquí puede inferirse la fiebre de acción de que este hombre extraordinario debió estar poseído en los años de su tempestuosa juventud. Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todos sus cabellos, blancos hoy casi totalmente. No usa patilla ni bigote, a pesar de que hoy los llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete sin embargo una inteligencia clara y despejada, un espíritu deliberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben hasta el medio de la frente, cada vez que se abren sus ojos, llenos aún del fuego de la juventud. La nariz es larga y aguileña, la boca pequeña y ricamente dentada. Es graciosa cuando sonríe, la barba es aguda.

«Estaba vestido con sencillez y propiedad, corbata negra atada con negligencia; chaleco de seda negro, levita del mismo color, pantalón mezcla celeste, zapatos grandes. Cuando se separó para despedirse, acepté y cerré con mis dos manos la derecha del gran hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y del Perú. En ese momento, se despedía para uno de los viajes que hace en el interior de Francia en la estación del verano.

«No obstante su larga residencia en España su acento es el mismo de nuestros hombres de América coetáneos suyos. En su casa habla alternativamente el español y el francés y muchas veces mezcla palabras de los dos idiomas, lo que le hace decir con mucha gracia que llegará un día en que se verá privado de uno y otro, o que tendrá que hablar un *patois* de su propia invención. Rara vez o nunca habla de política. Jamás trae a la conversación con personas indiferentes sus campañas de Sud América. Sin embargo en general le gusta hablar de empresas militares».

Después de describirnos así la figura moral y física de San Martín, Alberdi pasa a darnos a conocer la vida del héroe en su residencia de Grand-Bourg y lo hace escribiendo las líneas siguientes: «Yo había sido invitado, dice él, por su excelente hijo político, el señor Mariano Balcarce, a pasar un día en su casa de campo en Grand-Bourg como a seis leguas y media de París. Este paseo debía ser para mí tanto más ameno, cuanto que debía hacerlo por el camino de hierro en que nunca había andado. A las once del día señalado nos trasladamos con mi amigo el señor Guerrico al establecimiento de carruajes de vapor de la línea de Orleáns detrás del Jardín de Plantas. El convoy que debía partir pocos minutos después se componía de veinticinco o treinta carruajes de tres categorías. Acomodadas los ochocientos o mil personas que hacían el viaje, se oyó un silbido que era la señal preventiva del momento de partir. Un silencio profundo le sucedió y el formidable convoy se puso en

movimiento apenas se hizo oír el eco de la campana, que es la señal de partida. En los primeros instantes la velocidad no es mayor que la de los carros ordinarios, pero la extraordinaria rapidez que ha dado a este sistema de locomoción la celebridad de que goza no tarda en aparecer. El movimiento entonces es insensible, a tal punto que uno puede conducirse en el coche como si se hallase en su propia habitación. Los árboles y edificios que se encuentran en el borde del camino, parecen pasar por delante de las ventanas del carruaje con la prontitud del relámpago, formando un soplo parecido al de la bala. A eso de la una de la tarde se detuvo el convoy en Ris. De allí a la casa del general San Martín hay una media hora, que anduvimos en un carruaje enviado en busca nuestra por el señor Balcarce. La casa del general San Martín está circundada de calles estériles y tristes que forman los muros de las heredades vecinas. Se compone de una área de terreno igual con poca diferencia a una cuadra cuadrada nuestra. El edificio es de un solo cuerpo y dos pisos altos. Sus paredes blanqueadas con esmero contrastan con el negro de la pizarra que cubre el techo, de forma irregular. Una hermosa acacia blanca da su sombra al alegre patio de la habitación. El terreno que forma el resto de la posesión está cultivado con esmero y gusto exquisito: no hay un punto donde no se alce una planta estimable o un árbol frutal. Dalias de mil colores, con una profusión extraordinaria, llenan de alegría aquel recinto delicioso. Todo en el interior de la casa respira orden, conveniencia y buen tono. La digna hija del general San Martín, la señora Balcarce, cuya fisonomía recuerda con mucha vivacidad la del padre, es la que ha sabido dar a la distribución doméstica de aquella casa el buen tono que distingue su esmerada educación. El general ocupa las habitaciones altas que miran al norte. He visitado su gabinete lleno de sencillez y método de un filósofo. Allí, en un ángulo de la habitación, descansa impasible, colgada al muro, la gloriosa espada que cambió un día la faz de la América Occidental. Tuve el placer de tocarla y verla a mi gusto. Es excesivamente curva, algo corta, El puño sin guarnición; en una palabra, de la forma denominada vulgarmente *moruna*. Está admirablemente conservada: sus virolas son amarillas, labradas, y la vaina que la sostiene es de un cuero negro graneado, semejante al del jabalí. La hoja es blanca enteramente. Sin pavón ni ornamento alguno. A su lado estaban también las pistolas, grandes, inglesas, con que nuestro guerrero hizo la campaña del Pacífico.

«Vista la espada venía naturalmente el deseo de conocer el trofeo con ella conquistado. Tuve pues el gusto de examinar muy despacio el famoso estandarte de Pizarro, que el cabildo de Lima regaló al general San Martín en remuneración de sus brillantes hechos. Abierto completamente sobre el piso del salón le vi en todas sus partes y dimensiones. Es como de nueve cuartas nuestras de largo, y su ancho como de siete cuartas. El fleco de seda y oro ha desapa-

recido casi totalmente. Se puede decir que del estandarte primitivo se conservan apenas algunos fragmentos adheridos con esmero a un fondo de seda amarillo. El pedazo más grande es el del centro, especie de chapón donde sin duda estaba el escudo de armas de España, y en que hoy no se ve sino un tejido azul confuso y sin idea ni pensamiento inteligible. Sobre el fondo amarillo o caña del actual estandarte, se ven diferentes letreros, hechos con tinta negra, en que se manifiestan las diferentes ocasiones en que ha sido sacado a las procesiones solemnes por los alféreces reales que allí mismo se mencionan.

«¿Quién sino el general San Martín debía poseer este brillante gaje de una dominación que había abatido con su espada? Se puede decir con verdad que el general San Martín es el vencedor de Pizarro. ¿A quién pues, sino al vencedor, tocaba la bandera del vencido? La envolvió a su espada y se retiró a la vida oscura, dejando a su gran colega de Colombia la gloria de concluir la obra que él había llevado casi hasta el fin.

«Los documentos que a continuación de esta carta se publican por primera vez en español, prueban de una manera evidente que el general San Martín hubiera podido llevar a cabo la destrucción del poder militar de los españoles en América y que aun lo solicitó también con un interés y una modestia inaudita en un hombre de su mérito. Pero sin duda esta obra era ya incumbencia de Bolívar; y éste, demasiado celoso de su gloria personal, no quiso cederla a nadie. El general San Martín, como se ve, no dejó inacabado un trabajo que hubiera estado en su mano concluir.

«Como parece estar decidido de un modo providencial que nuestros hombres célebres del Río de la Plata hayan de señalarse por alguna originalidad o aberración de carácter, también nuestro titán de los Andes ha debido tener la suya. Si pudiéramos considerarlo hombre de artificio y disimulo en las cosas que importan a su gloria, sería cosa de decir que él había abrazado intencionalmente esta singularidad, porque en efecto la última enseña que hay que agregar a un pecho sembrado de escudos de honor, capaz de deslumbrarlos a todos, es la modestia. He aquí la manía, por decirlo así, del general San Martín, y digo la manía porque lleva esta calidad más allá de lo que conviene a un hombre de su mérito. Por otra parte bueno es que de este modo vengan a hallarse compensadas las buenas y malas cosas en nuestra historia americana. Mientras tenemos hombres que no están contentos sino cuando se les ofusca con el incienso del aplauso por lo bueno que no han hecho, tenemos otros que verían arder los anales de su gloria individual, sin tomarse el comediamento de apagar el fuego destructor.

«No hay ejemplo — que nosotros sepamos — de que el general San Martín haya facilitado datos ni notas para servir a relaciones que hubieran podido serle muy honrosas; y difícilmente tendremos hombre público que haya sido solicitado más que él para darlas.

La adjunta carta al general Bolívar, que parecía formar una excepción de esta práctica constante, fué cedida al señor Lafond, editor de ella, por el secretario del Libertador de Colombia. Se me ha dicho que cuando la aparición de la Memoria sobre el general Arenales publicada por su hijo, un hombre público de nuestro país escribió al general San Martín solicitando de él algunos datos y su consentimiento para refutar al coronel Arenales, en algunos puntos en que no se apreciaba con bastante latitud los hechos esclarecidos del Libertador de Lima. El general San Martín rehusó los datos y hasta el permiso de refutar a nadie en provecho de su celebridad.

«El actual rey de Francia, que es conocedor de la historia americana, había hecho reminiscencia del general San Martín en presencia de un agente público de América, con quien hablaba a la sazón; supo que se hallaba en París desde largo tiempo, y como el Rey aceptase la oferta que le fué hecha inmediatamente de presentar ante S. M. al general americano, no tardó éste a ser solicitado con el fin referido. Pero el modesto general que nada tiene que hacer con los reyes y que no gusta de hacer la corte ni que se la hagan a él; que no aspira ni ambiciona a distinciones humanas, puesto que está en Europa, se puede decir, huyendo de los homenajes de catorce repúblicas, libres en gran parte por su espada, que si no tiene corona regia la lleva de frondosos laureles; en nada menos pensó que en aceptar el honor de ser recibido por S. M. y no seré yo el que diga que hubiese hecho mal en esto.

«Antes que el señor marqués Aguado verificase en España el paseo que le acarreó su fin, hizo las más vehementes instancias a su antiguo amigo el general San Martín para que lo acompañase al otro lado del Pirineo. El general se resistió observando que su calidad de general argentino le estorbaba entrar en un país con el cual el suyo había estado en guerra, sin que hasta hoy tratado alguno de paz hubiese puesto fin al entredicho que había sucedido a las hostilidades y que en calidad de simple ciudadano le era absolutamente imposible aparecer en España, por vivos que fuesen los deseos que tenía de acompañarle. El señor Aguado, no considerando invencible este obstáculo, hizo la tentativa de hacer venir de la corte de Madrid el allanamiento de la dificultad, pero fué en vano, porque el gobierno español, al paso que manifestó su absoluta deferencia por la entrada del general San Martín como hombre privado, se opuso a que lo verificase en su rango de general argentino.

«El Libertador de Chile y el Perú que se dejaría tener por hombre oscuro en todos los pueblos de la tierra, se guardó bien de presentarse ante sus viejos rivales de otro modo que con su casaca de Maipo y Callao; se abstuvo, pues, de acompañar a su antiguo camarada. El señor Aguado marchó sin su amigo y fué la última vez que lo vió en vida. Nombrado testamentario y tutor de los hijos del rico banquero de París, ha tenido que dejar hasta cierto punto las costumbres de la vida inactiva que eran funestas a su salud. La con-

fianza de la administración de una de las más notables de Francia hecha a nuestro ilustre soldado por un hombre que le conocía desde la juventud hace tanto honor a las prendas de su carácter privado como sus hechos de armas ilustran su vida pública. El general San Martín habla a menudo de la América en sus conversaciones íntimas con el más animado placer: hombres, sucesos, escenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud. Dudo, sin embargo, que alguna vez se resuelva a cambiar los placeres estériles del suelo extranjero por los peligros e inquietos goces de su borrascoso país. Por otra parte ¿será posible que sus adioses de 1829 hayan de ser los últimos que deban dirigir a la América, el país de su cuna y de sus grandes hazañas?» (1).

Por lo que se refiere a Florencio Varela, digamos que el personaje en cuestión figuraba a la vanguardia de la juventud argentina de su época, como el portaestandarte de los principios republicanos. La comisión argentina en Montevideo y el gobierno republicano de aquel Estado lo comisionaron en el año de 1843 para trasladarse a Londres, y gestionar del gobierno de S. M. Británica una cooperación eficaz en la guerra que en esos momentos dividía a dos pueblos del Plata. Varela se embarcó en Montevideo el 24 de agosto y llegado a Londres, el 20 de octubre dirigió una nota al ministro Canning para hacerle saber que estaba dispuesto a poner en sus manos sus credenciales. Llenados estos requisitos y dados los primeros pasos en el desempeño de la misión que se le había confiado, Varela se trasladó a París, y desde su llegada a la capital de Francia, trató de conquistarse para la causa unitaria la simpatía de los políticos franceses, logrando así la adhesión de Thiers y la de otros parlamentarios, que sin conocimiento de causa asumieron una actitud agresiva contra el gobierno de Rosas (2).

Estando en París Varela trató de complimentar a San Martín, y el 20 de febrero de 1844, le hacía su primer visita en su casa de la *rue Saint-Georges*. «Hoy, escribe él, he visitado en su casa al ge-

(1) Estas impresiones fueron publicadas por Alberdi en París en un folleto de sesenta y dos páginas. Este folleto contiene además la biografía de San Martín escrita en Londres en 1823 por Juan García del Río, ex ministro de San Martín, bajo el anagrama de Ricardo Gual y Jaén y algunos documentos sacados de la obra del capitán Lafond de Lurey, intitulada *Voyages autour du Monde*.

(2) Don Domingo Faustino Sarmiento, que se entrevistó con Thiers dos años más tarde acompañado del señor Rosales, representante diplomático de Chile en París, nos dice que durante el curso de su conversación Thiers le preguntó en seguida por Florencio Varela, y que su introductor se apresuró a contestarle que por él venía precisamente recomendado. Con tal motivo y al mencionar al publicista del Plata, Sarmiento escribe: «Varela había dejado una agradable impresión en su espíritu y los elogios que la cámara tributó a su nombre, los más exagerados aún, que sobre su mérito y la fascinación de su palabra hizo el petate de Mackau, son sin duda timbres de que puede gloriarse un americano. Es Varela, en efecto, no el hombre más instruido que tiene hoy la República Argentina, sino la naturaleza más culta, el alma más depurada de todos los resabios americanos. Es el europeo aclimatado en el Plata, ya como aquellas plantas exóticas que a tres o cuatro generaciones y mediando la cultura esmerada recobran al fin el perfume y el sabor que les eran originales. Varela ha dejado aquí amigos apasionados y



CASA DE SAN MARTÍN EN PARÍS, CALLE SAINT-GEORGES, Nº 35
La casa fué comprada en 1835, y después de su fallecimiento pasó a los
herederos del prócer.

neral don José de San Martín, primer guerrero de nuestro país a quien se debe la mayor parte de nuestras glorias nacionales y la mejor escuela militar que hemos tenido; está viejo pero fuerte y su espíritu completamente despejado. Tiene ahora sesenta y cinco años. Pasé un rato muy agradable con él y su familia. Habla constantemente de nuestro país, lamentando la suerte de Buenos Aires y maldiciendo la tiranía de Rosas».

Pasado el invierno San Martín abandonó su residencia de París y se trasladó a su casa de Grand-Bourg y allá fué a visitarlo el 7 de abril del mismo año el gran publicista. «Temprano, escribe Varela, fuí con mi amigo don Manuel Guerrico — era ése un día domingo — a tomar el camino de hierro que conduce a Orleáns para ir a la casa de campo del general San Martín en un paraje llamado Grand-Bourg como a seis leguas de París. El general es sumamente aficionado al campo y desde que pasa la estación del frío se retira a aquella casa de campo propiedad suya donde se entrega al cultivo de plantas y árboles frutales a que tiene gran afición. Con él va su familia toda. Hace días que le anuncié que hoy iría a despedirme de ellos y acepté la propuesta de pasar el día en su compañía. El joven Balcarce, yerno del general, nos esperaba en la estación del camino y antes de ir a su casa me llevó a visitar un establecimiento de jardinería en un punto llamado *Tromant*, del cual han salido las plantas que conmigo llevo, escogidas y acomodadas bajo la dirección del mismo Balcarce, muy inteligente en eso. Es la primera vez que veo jardinero en la escala del establecimiento de *Tromant*, como también el arte y la inteligencia con que se cuidan y se mejoran las plantas y aún se producen nuevas variaciones y especies. En uno de los invernáculos de esta casa he visto una colección de camelias en que hay más de trescientas cincuenta variedades de esa planta, según nos dijo su director, variedades que consisten no sólo en el color de la flor sino en su tamaño, su hechura, su constitución, más o menos doble, y en otras circunstancias que escapan al examen del que, como yo, es vulgar en la materia. Este bello establecimiento tuvo por causa la rica colección de plantas de la Emperatriz Josefina que esta mujer desventurada regaló

entusiastas, es conocidamente el centro de la acción inteligente contra Rosas en Montevideo, y su contacto diario con todos los hombres notables que toman la gestión de aquellos negocios tan complicados, hace valer la influencia de sus modales tan cordialmente cultos, de su espíritu tan sensatamente elevado».

Sarmiento recuerda que Varela fué el fundador del *Comercio del Plata* y con tal motivo declara: «Poniendo su nombre al frente de un diario ha querido por respecto a sí mismo ponerse un freno para no ceder a la tentación a que sucumbió Rivera Indarte de volver injuria por injuria, en aquella lucha en que contra el razonamiento y los principios se arrojan las pasiones groseras y la violencia. Sobre todo lo que hace de Varela un hombre inestimable en las crisis en que tiene que figurar, es su posesión completa de los idiomas modernos, que hace de él un intermedio indispensable entre los enviados europeos y los americanos interesados en la lucha. Mr. Thiers lo había favorecido con una distinción que rayaba en la amistad y así nos lo expresó esta vez». *Obras completas*, vol. V, pág. 128.

a su secretario particular cuando los sueños políticos de su marido la arrojaron a un tiempo del lecho conyugal y de los palacios imperiales».

Después de esta digresión Varela pasa a hablarnos de San Martín y nos dice: «Muy agradable día pasé en la casa del general San Martín; y esta última visita al veterano de nuestra independencia a quien tal vez no volveré a ver ha tenido para mí muchos motivos de vivísimo interés.

«Desde luego he visto con indecible gusto el famoso estandarte que Francisco Pizarro trajo a la conquista del Perú el más antiguo y más interesante monumento de aquella época de regeneración y de sangre, de exterminio y de progreso para la América. No sé de donde he sacado pero tengo por un hecho que ese estandarte fué hecho por las manos de doña Juana la Loca, hija desventurada de la altísima matrona que diestró el trono de Castilla y madre del nuevo César, Carlos V. El general San Martín halló ese estandarte en Lima cuando la ocupó en 1821 y le llevó consigo al salir del Perú acompañado con su documento que le dió el cabildo de aquella capital, certificando la autenticidad del estandarte que por otra parte no necesita que nadie lo certifique pues habla bien claramente por sí.

«El estandarte es de forma cuadrilonga; tiene de largo cuatro varas y un tercio, de ancho dos y tercio. Es de un género de seda parecido al raso, color pajizo, como el que llamamos color de *ante*, aunque sospecho que debió ser amarillo y que el tiempo y el uso lo han alterado. Está lleno de remiendos de raso amarillo, mucho más nuevos que la tela original, puestos antes que Lima fuese tomada. En el centro tiene un escudo de la hechura figurada en el margen cuyo contorno es colorado y el centro azul turquí. Parece que hubo algo bordado en el centro, pero hoy sólo se distinguen algunos labores toscos e irregulares, hechos con un cordoncillo de seda que debía ser rojo, cosido a la tela, como los bordados de trencillas que hacen nuestras damas. Los españoles que desde el principio de la conquista mostraron no comprender la importancia de conservar los monumentos de la época, que condenaron a vandálica destrucción los de los aborígenes y descuidaron y perdieron los propios, parece que conservaron ese mismo espíritu hasta los últimos días de su dominación en América; y el estandarte de Pizarro, símbolo de las glorias españolas, fué singularmente desfigurado, insultado también por los que debieron haberle custodiado con veneración». Florencio Varela se explaya luego en otros pormenores que transcribiremos en su lugar oportuno y continúa: «El general cuida con esmero el estandarte. Como estaba deshaciéndose en pedazos hace algunos años que le hizo poner por el revés un forro blanco, contra el cual están cosidos los pedazos que se desprendían de la tela original. He dado algunos pasos para tener un dibujo exacto de ese precioso documento y espero conseguirlo.

«Desde que llegué a París supe que el general San Martín huye cuanto puede de hablar de los sucesos de Buenos Aires y aun de su propia carrera pública. Sin embargo, la primera vez que le visité, primera que él me había visto, me habló con vehemencia contra el sistema de Rosas. Dijo en el tono de convencimiento y del pesar, que de toda la parte que él conoce de la América, Buenos Aires es el pueblo más ilustrado y más dispuesto a la civilización y que sin embargo, por motivos que dice no comprender, ese pueblo ha sido siempre presa de salvajes y caudillos bárbaros. Después, siempre que nos hemos visto, menos cuando ha estado presente Sarra-tea, ha hablado el general en el mismo sentido, pero nunca se había abierto conmigo como hoy. Hemos pasado algunas horas conversando sobre su vida pública, especialmente sobre sus campañas de Chile y Perú. He oído su juicio respecto de varios de los jefes y oficiales que con él sirvieron y sabido algunas anécdotas curiosas. Hablando del desgraciado general Lavalle, me dijo: «Lavalle era un oficial notable por su moral, por su conducta; excelente para mandar un escuadrón, valiente como el que más; pero sin cabeza y completamente incapaz para dirigir cosa alguna». Los últimos años de la carrera pública de aquel jefe han mostrado la exactitud de este juicio de su antiguo general.

«Entre las anécdotas que me refirió, recuerdo la siguiente: Inmediatamente después de la memorable batalla de Maipo que decidió de la suerte de Chile, el general recibió un chasque del director supremo Pueyrredón con oficios en que éste ordenaba que exigiera del vecindario y comercio de Chile una contribución de millón y medio de duros para indemnización de los gastos de la campaña. Sin comunicar a persona alguna el contenido de esos despachos, contestó al directorio manifestando lo impolítico de semejante medida que desmentiría todas las promesas del ejército, haciéndole aparecer como conquistador, en vez de libertador de Chile y que indispondría al país empobrecido ya por las exacciones de los españoles, contra los que con nombre de amigos le expoliaban como aquéllos. El directorio pareció convencerse y el general a nadie habló de lo ocurrido hasta muy pocos días antes de embarcase para la expedición al Perú que refirió aquella correspondencia al general O'Higgins, supremo director de Chile, quien por supuesto miró como atentatorio e impolítico el pensamiento de Pueyrredón y como muy acertada la respuesta del general. Pero tomada Lima por éste en 1821, lo primero que ese mismo director O'Higgins escribió al jefe libertador, fué para recomendarle que sacase de Lima, la ciudad recién ocupada, una contribución de tres millones, me parece. «Vea usted, me decía el general, vea usted qué consecuencia y qué principios». Sin que yo se lo preguntase y recordando una carta que le escribí desde el Janeiro en que le comunicaba mi deseo de tener documentos y datos auténticos para escribir las campañas de Chile y del Perú, el general me habló de los motivos que le

decidieron a no obedecer las órdenes que el directorio o como él dice la Logia de Buenos Aires, le envió para que viniese con el ejército a someter a Santa Fe y demás provincias que hacían la guerra a la autoridad nacional en 1819 ⁽¹⁾.

«Yo había visto, me decía el general, que los mejores jefes como las mejores tropas se habían desmoralizado y perdido en la guerra de desorden que era necesario hacer; y sobre todo en el desquicio general en que las cosas se hallaban. Belgrano mismo no había podido evitar la sublevación de todo su ejército y era para mí evidente que bajando yo con las divisiones del mío, muy pronto habrían corrido la misma suerte. Al paso que el prestigio de mi nombre que invocaba el directorio, si algo servía para la guerra contra los españoles, ningún efecto habría tenido en las discusiones civiles. Ya estaba además proyectada la campaña del Perú, y aun empeza-

(1) La carta a que hace alusión Florencio Varela, está fechada en Río de Janeiro el 19 de marzo de 1842, y dice así: «Señor general: sin más conocimiento de la persona de usted que el que tiene un argentino de su nombre de usted y de los altos hechos a que está ligado, hace mucho tiempo que estaba determinado a molestar a usted escribiéndole. Me lo impidieron hasta hoy circunstancias que no dependieron de mí. Ahora tengo que cumplir el encargo de un amigo de Valparaíso, que me recomienda dirigir a usted la adjunta; y al ejecutarlo con especial placer, aprovecho también la ocasión de llenar mi antiguo propósito, contando con la indulgencia de usted.

«Motivos que usted comprenderá fácilmente, me decidieron hace como cinco años a escribir la historia general de nuestro país, especialmente desde la época de nuestra revolución. Rodeado de las dificultades que trae la falta de recursos pecuniarios, la turbulencia de los tiempos en que vivo, y la larguísima ausencia de mi país, he procurado, desde entonces, reunir y estudiar cuantos materiales he podido proporcionarme; y aunque las persecuciones políticas, la indispensable contracción a los trabajos de que mi subsistencia depende, y la íntima parte que me ha tocado en los últimos sucesos de nuestra patria que me han interrumpido frecuentemente mi tarea, no he perdido jamás de vista un objeto que me parece grande.

«Claro es, señor general, que su nombre de usted ha debido presentarse con frecuencia a mis ojos y a mi espíritu. Ese nombre representa las dos principales campañas de nuestra lucha de la Independencia. La guerra, la política y aun la administración de un largo período y en un vasto territorio están comprendidas en la carrera pública de usted. Puede decirse que su biografía de usted es la historia de aquel período.

«Yo necesito, señor general, trazar con la verdad y en la altura conveniente, esas importantes páginas de nuestra Historia; y he creído que no puedo llenar cumplidamente mi deseo sin el auxilio de usted. Lo mucho que se ha publicado respecto de usted y de sus hechos, no puede servirme de guía completamente segura. Esas producciones son, por lo general, hijas del odio, de la envidia, de la lisonja, del interés, que crean siempre los puestos que usted ocupó o de la admiración sincera, pero irreflexiva que despierta un genio superior. Yo necesito datos menos falibles y hechos que no podrían estar en aquellos días en poder de todos. Para esto ocurro a usted, señor General. No puedo señalar determinadamente qué piezas, qué informes son los que quisiera obtener de usted, porque ignoro si usted se ocupa o no en preparar a su patria el valioso legado de sus Memorias. Pero cualesquiera documento, apuntes, notas que usted quiera trasmitirme, tanto respecto de la parte militar como la política y administrativa, de todo el tiempo que duró su carrera pública de usted, me serán sumamente útiles y me habilitarán para colocar los hechos y el nombre de usted en la altura que la verdad histórica deba destinarles. Usted conoce mi propósito, y comprenderá mejor que nadie lo que puede servir a su más cabal ejecución.

«He ocurrido a muchos de nuestros hombres públicos con igual pretensión, respecto de diversos períodos de nuestra historia, y siento decir a usted que he hallado

dos a hacerse algunos preparativos. Bajar a Buenos Aires con el ejército era renunciar a la campaña del Perú; dejar a Chile expuesto a nuevas tentativas de los realistas que tenían aún en el Perú 27.000 hombres; perder las divisiones que bajasen y sin probabilidad de ser útil a la causa por que se me llamaba».

«Tales fueron más o menos las explicaciones del general que concluyeron con decirme: «Sé que la Logia nunca me perdonó mi conducta, pero aun ahora tengo la conciencia de que obré en el interés de la revolución de la América; y de que si hubiera ido a Buenos Aires la campaña del Perú no habría tenido lugar, ni la guerra de la Independencia habría terminado tan pronto.

«El general San Martín, agrega Varela, vive con su hija única casada con don Mariano Balcarce y madre de dos preciosas niñas. Toda esa familia ama y venera al viejo campeón de la Independencia y aquella casa es un modelo de felicidad y de moral doméstica.

«El general que a más de tener sesenta y cinco años padece con frecuencia violentos ataques nerviosos, suele tener arranques de mal humor en que aborrece toda sociedad, aún la de los suyos; pero la prudencia y el amor de sus hijos como él los llama hacen que esas nubes jamás produzcan una tormenta. El tiene delirio con las nietitas, cuya única maestra es la madre, joven perfectamente educada y capaz, que sueña con Buenos Aires y se esfuerza en que sus hijitas no olviden el nombre de esa patria y la lengua nacional. Ella les enseña las primeras letras, inglés, dibujo, música y demás cosas propias del sexo. Hoy, durante la comida el general me habló mucho de Buenos Aires. A los postres el joven Balcarce le dijo: «Padre, si usted quiere beberemos por la satisfacción de tener con nosotros al señor Varela y por su próspero regreso a su familia».

«Como el general, a cuya derecha me hallaba, me dijera algún cumplimiento al tiempo de beber, yo le dije que me moriría más contento, después de haber conocido al hombre a quien más triun-

en casi todos un lamentable descuido en conservar papeles: ni un apunte, ni un documento. Van muriendo uno tras otro, y desapareciendo con ellos las tradiciones que sólo en su memoria conservaron. Confío en que no sucederá esto respecto de usted.

«Confío igualmente, señor General, en que disculpará usted la libertad que me tomo de escribirle, y espero que cualquier cosa que usted se sirva contestarme o remitirme, tenga la bondad de hacerlo rotulándolo al Señor don *Francisco Hocquard, del comercio de Montevideo*, y bajo ese sobre otro a mi nombre: *Florencio Varela*, que él me lo remitirá. Yo regreso pronto al Río de la Plata, restablecido de la grave enfermedad que me trajo hace nueve meses a esta capital: Allí como en todas partes me tendrá usted, señor general, dispuesto a cumplir gustoso órdenes de usted y a mostrarle cuán sincera es la estimación con que soy de usted muy atento servidor Q. B. S. M.

«Sírvasse usted recordarme al señor Balcarce y ofrecer mis respetos a la señora hija de usted. Tengo un motivo especial para desear saber si llegó a manos de usted un folleto que me tomé la franqueza de remitirle a principios de 1841, relativo a la cuestión francesa en el Plata».

La copia está tomada de borrador autógrafo de don Florencio Varela, existente en su archivo y que se guarda en el Archivo Mitre. El borrador lleva al margen esta observación: «Enviada por el paquete inglés que salió el 23 de marzo».

fos debe nuestra patria. El general, después de beber, dijo materialmente llorando: «¡Bárbaros, no saciarse en quince años de perseguir a los hombres de bien!» (1).

A fines de 1845, no del Plata, pero sí de las costas de Chile, partió para las playas del nuevo mundo emprendiendo la navegación del cabo de Hornos, don Domingo Faustino Sarmiento, quien por sus ataques contra la tiranía se había visto obligado años antes a buscar un asilo en aquel país de ultracordillera.

Después de hacer escalas en Montevideo y en Río de Janeiro, Sarmiento desembarcó en el Havre y desde sus primeros pasos en París, trató de entrevistarse con los políticos franceses y de provocar allí una corriente de opinión como la que formara Varela en contra del gobierno de Rosas. Sarmiento no pudo substraerse a un deber que le dictaba su patriotismo y su corazón y al poco tiempo de encontrarse en la capital de Francia, se trasladó a Grand-Bourg para visitar allí a San Martín, llevando entre otras, como carta de presentación, la que escribiera el general Las Heras en Chile, el 18 de octubre de 1845 y en la cual el ilustre soldado, al dirigirse a San Martín, se expresa en estos términos: «Debe poner la presente en manos de usted, el señor don Domingo F. Sarmiento, compatriota nuestro, a quien el torrente de las desgracias de nuestra patria precipitó hace algún tiempo a este lado de los Andes. Aquí se ha ocupado de la literatura y de perfeccionar el sistema de educación. Con este objeto y el de obtener mayores conocimientos para ello, se dirige a ese país, residencia de usted.

«El señor Sarmiento, patriota ilustrado y que por su poca edad no pudo conocer a usted en la época de sus grandes hechos, desea ardientemente acercarse a usted como a uno de los muy pocos monumentos vivos que nos quedan de nuestra historia; y yo, aunque sin los suficientes méritos para recomendarlo con el interés de que

(1) Estas impresiones forman parte del diario de Varela y fueron dadas a conocer en Buenos Aires en 1877 por el diario *La Tribuna*. En ese momento se discutía por algunos la autenticidad de la cláusula testamentaria de San Martín relacionada con la donación de su sable al general Rosas. No faltó quien creyera que se trataba de una pura invención o superchería, y creyendo que un documento destruye otro documento, se resolvió sacar del olvido la página que aquí acabamos de reproducir, precediéndola de la siguiente anotación: «Si el hecho es tal cual lo afirma el señor Balcarce, es nuestra convicción profunda y sincera que ese legado le ha sido arrancado al glorioso veterano en los momentos de la agonía, cuando ya no era dueño de su cabeza.

«Fundamos esta creencia en un testimonio que para nosotros tiene tanta fuerza como la certidumbre. El doctor don Florencio Varela visitó el año de 1844 al general San Martín en Francia y escrito de su puño y letra está que el vencedor de Maipo odiaba la tiranía de Rosas.

«Escritas estas páginas para no ver la luz pública, las robamos al secreto del hogar porque es necesario vindicar la memoria de un grande hombre». — Ver: *La Tribuna*, abril 1877.

Como se verá en su lugar respectivo, la cláusula que provocaba esta protesta no fué arrancada a San Martín en el momento de su agonía. Ella la redactó en plena lucidez de sus facultades y no *in articulo mortis* sino con seis años de precdencia a este desenlace. La moral de este proceder quedará debidamente justificada a su hora.

pueda satisfacer tan noble sentimiento, me he permitido darle la presente carta de introducción cerca de usted persuadido que esta vez será usted tan indulgente como otras lo ha sido con este su antiguo amigo» (1).

La visita de Sarmiento a San Martín en Grand-Bourg se efectuó en el verano de 1846, y al darla a conocer a su amigo don Antonio Aberastáin en carta fechada en París el 4 de septiembre de aquel año, le dice: «A una legua de Mandeville, vive olvidado don José de San Martín, el primero y el más noble de los emigrados que han abandonado su patria, su porvenir, huyendo de la ovación que los pueblos americanos reservan para todos los que los sirven. Nuestro don Gregorio Gómez, el general Las Heras y otros restos del mundo antiguo me habían recomendado con amor, con interés, y el general Blanco díchole tan buenas cosas de mí, que me recibió el buen viejo sin aquella reserva que pone de ordinario para con los americanos en sus palabras cuando se trata de la América. Hay en el corazón de este hombre una llaga profunda que oculta a las miradas extrañas, pero que no se escapa a la de los que la escudriñan. ¡Tanta gloria y tanto olvido! ¡Tan grandes hechos y silencio tan profundo! Ha esperado sin murmurar cerca de treinta años la justicia de aquella posteridad a quien apelaba en sus últimos momentos de vida pública, y tiene sesenta y cinco hoy; ¡las dolencias de la vejez y el legado de las campañas militares, le empujan hacia la tumba y espera todavía!

«He pasado con él, agrega luego, momentos sublimes que quedarán para siempre grabados en mi espíritu. Solos un día entero, tocándole con maña ciertas cuerdas, reminiscencias suscitadas a la ventura, un retrato de Bolívar que veía por acaso. Entonces, animándose la conversación, lo he visto transfigurarse y desaparecer a mi vista el *campagnard* de Grand-Bourg y presentármese el general joven, que asoma sobre las cúspides de los Andes, paseando sus miradas inquisitivas sobre el nuevo horizonte abierto a su gloria. Sus ojos pequeños y nublados ya por la vejez, se han abierto un momento, y mostrándome aquellos ojos dominantes, luminosos de que hablan todos los que lo conocieron; su espalda encorvada por los años se había enderezado, avanzando el pecho, rígido como el de los soldados de línea de aquel tiempo; su cabeza se había echado hacia atrás, sus hombros bajábase por la dilatación del cuello y sus movimientos rápidos, decisivos, semejaban al del brioso corcel que sacude su ensortijada crin, tasca el freno y estropea la tierra. Entonces la reducida habitación en que estábamos se había dilatado, convirtiéndose en país, en nación; los españoles estaban allá; el cuartel general aquí; tal ciudad acullá; tal hacienda, testigo de una escena, mostraba sus galpones, sus caserías y arboledas en derredor de nosotros».

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 165.

Pero al escribir estas líneas, Sarmiento no puede desprenderse de su pasión antirrosista. El relato que aquí transcribimos, no nos dice cómo la cuestión palpitante del día le fué presentada por él al ilustre proscrito, pero el texto de su relato y las interlíneas del mismo, nos permiten creer que si la cuestión le fué planteada a San Martín, el héroe la rehusó o la encaró en modo que no era del agrado de su joven interlocutor. Es el hecho, que a raíz de lo que ya queda transcrito, Sarmiento agregó: «¡Ilusión! Un momento después, toda aquella fantasmagoría había desaparecido; San Martín era hombre y viejo, con debilidades terrenales, con enfermedades de espíritu adquiridas en la vejez; habíamos vuelto a la época presente y nombrado a Rosas y su sistema. Aquella inteligencia tan clara en otro tiempo, declina ahora; aquellos ojos tan penetrantes que de una mirada forjaban una página de la historia, estaban ahora turbios, y allá en la lejana tierra veían fantasmas de extranjeros y todas sus ideas se confundían, los españoles y las potencias europeas, la patria, aquella patria antigua, y Rosas, la independencia y la restauración de la colonia; y así fascinado, la estatua de piedra del antiguo héroe de la independencia parecía enderezarse sobre su sarcófago para defender la América amenazada» (1).

Un año más tarde, vale decir el primero de julio de 1847, Sarmiento fué invitado a tomar la palabra en un acto solemne que debía realizarse en el Instituto Histórico de Francia. El autor del «Facundo», libro que ya había merecido los más elogiosos comentarios por parte de la crítica francesa, creyó que ningún tema era el más adecuado que el de evocar en aquel recinto las glorias de San Martín y de Bolívar, y así lo hizo, pasando en revista las campañas de la independencia, y perfilando en forma magistral la figura del Libertador argentino. Esta circunstancia le permitió recordar sus recientes impresiones de Grand-Bourg, y al sintetizarlas en una página de su discurso, expresó así: «Los america-

(1) SARMIENTO: *Obras completas*, t. V, pág. 138.

En esa misma oportunidad, el ilustre publicista le dice al señor Aberastáin al hacer alusión a los amigos, por así decirlo, que el mandatario argentino discutido y atacado por él tiene en Francia: «Va usted a buscar la opinión de los americanos mismos y por todas partes encuentra la misma incapacidad de juzgar. San Martín es el ariete desmontado ya que sirvió a la destrucción de los españoles; hombre de una pieza; anciano batido y ajado por las revoluciones americanas, ve en Rosas el defensor de la independencia amenazada y su ánimo noble se exalta y ofusca. Sarratea, el compañero de orgía de Jorge IV antes de ser rey de Inglaterra, viejo escéptico. Voltaire que no ha escrito, hoy todavía en París mismo modelo de finura, de gracia noble y de sencillez artística en el vestir, tiene con más talento y menos despilfarro la gastada conciencia de Olañeta. Rosales, el hombre más amable, el cortesano de la monarquía, todo bondad para con todos, ha sido educado en este punto por Sarratea, su Mefistófeles, el cual lo lanza a las confidencias con Luis Felipe, a quien pone miedo con la indignación de la América. Esta es la cuerda del Napoleón de la paz; nada de guerra, la Francia es demasiado grande para sufrir sin pestañear la afrenta; es una marquesa del faubourg St. Germain que puede permitirse un capricho con alguno de sus lacayos, sin desdorar los cuarteles de su escudo de armas. Esos melindres de honor se quedan para los estados de tercer orden, para la *bourgeoisie* de las naciones».

nos que gozan de alguna posición social en las secciones de la parte del Sud, luego de haber llegado a París y satisfecho la curiosidad que excita la gran ciudad toman el camino de hierro de Corbeil y descendiendo en la estación de Ris, siguen las márgenes del Sena, desde Puente Aguado hasta no lejos del olmo que según tradición plantaron los soldados de Enrique IV que sitiaban a París y llegan a un recodo desde donde se aparta una estrecha y tortuosa callejuela que se interna en las tierras. Gran-Bourg se llama el lugar de aquella romería. Jardines cultivados con toda la gracia del arte europeo rodean una sencilla habitación y entre las veredas flanqueadas de dalias y rosas variadas, que la vista descubre en el estío, preséntanse aquí y allí plantas americanas que el viajero saluda complacido como a conocidos compatriotas que encuentra establecidos en Europa.

«El monumento que los americanos solicitan ver allí es un anciano de elevada estatura, facciones prominentes y caracterizadas, mirar penetrante y vivo, en despecho de los años, y maneras francas y afables. La residencia del general San Martín en Grand-Bourg es un acto solemne de la historia de la América del Sur, la continuación de un sacrificio que principió en 1822 y que se perpetúa aún como aquellos votos con que los caballeros o los ascéticos de otros tiempos ligaban toda su existencia al cumplimiento de un deber penoso» (1).

Tanto la visita de Alberdi como la de Varela y la de Sarmiento — éste visitó a San Martín en distintas ocasiones en su casa de la *rue Saint-Georges* y fué allí en donde conoció a Ledru-Rollin —, dejaron en Grand-Bourg un perdurable recuerdo. Tiempo más tarde y dirigiéndose a Alberdi que se encontraba en Chile de retorno de su viaje por Europa, Balcarce le decía: «Hace quince días que el señor Irarrazábal, el señor Herrera y demás jóvenes adictos a la embajada a Roma, nos hicieron el honor de comer en nuestra choza de Grand-Bourg, donde usted nos favoreció también con una visita que nunca olvidaremos, y que usted ha recordado en términos de excesiva bondad y amistoso entusiasmo, en la admirable carta que, con la biografía de padre — general San Martín — se publicó en París el año pasado.

«He tenido también el gusto de conocer a nuestro excelente compatriota el señor Sarmiento, cuyos vastos conocimientos y carácter amable lo hacen tan recomendable. Poco después de su llegada a París vino a pasar algunos días en un establecimiento modelo para la educación del gusano de seda, que se halla en nuestra vecindad, lo que nos proporcionó el gusto de verle con alguna más frecuencia. Ahora se ha ido a España por un par de meses, pero creo que vendrá a pasar el invierno en ésta» (2).

(1) *Obras Completas*, t. XXI, pág. 34.

(2) ALBERDI. *Escritos Póstumos*, t. XVI, pág. 244.

El señor Luis de Irarrazábal, a quien se refiere Balcarce en esta carta, era el ministro plenipotenciario de Chile ante la corte pontificia de Roma. Al pasar por Río de Janeiro se entrevistó este personaje con don Tomás Guido y desde allí, con fecha 24 de febrero de 1846, Guido se lo presentó a San Martín calurosamente. «No es este caballero, le dice, de aquellos a cuyo mérito distinguido tengo que agregar recomendación alguna para que merezca de usted verdadera estimación. Bastará para usted saber que es uno de los ilustres chilenos a cuyos afanes y desvelos se debe en gran parte el estado floreciente de aquella república y que por sus altas cualidades está destinado a ejercer una influencia bienhechora sobre su país.

«Acompañan al señor Irarrazábal los hijos de nuestros viejos amigos los generales Pinto y Aldunate que conservan el tipo de sus honrados y beneméritos padres; y como estoy cierto que experimentará usted grande satisfacción en tratar al señor Irarrazábal y conocer a aquellos jóvenes, lo presento a usted, seguro de la amistosa y benévola acogida de usted» (1).

Lo que sucedió con Irarrazábal sucedió con otros chilenos, con otros argentinos y con otros ilustres peruanos que al trasladarse del nuevo al viejo mundo se acercaban a los umbrales de la residencia de San Martín en Grand-Bourg, siendo portadores de credenciales diversas inspiradas por la amistad. San Martín se abrió a todos y a todos los acogió con paternal benevolencia. Para todos tuvo una palabra amable como un recuerdo oportuno y a todos demostró igualmente que si el ostracismo había puesto fin a su vida de soldado, este ostracismo no había extinguido en él sus dotes de hombre y de caballero.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 583.

CAPITULO XVI

San Martín y su modalidad intelectual y moral

SUMARIO: San Martín y las letras. — Su biblioteca. — San Martín cerebro y no brazo. — Modalidad que lo diferencia de Bolívar. — Literatura de sana intención y de luminosa objetividad. — Vicuña Mackenna y las cartas originales de San Martín. — Un juicio de Barros Arana. — La precisión, cualidad de sus escritos. — San Martín, al servicio de una idea. — Mano maestra con que puntualiza él el origen y la razón de la anarquía. — Acentos de acendrada emoción. — Juicio de San Martín sobre varios conmitones de causa. — Retrato de Bolívar, de Sucre, de O'Higgins y La Mar. — Papel preponderante que en San Martín jugaba el patriotismo. — Un demócrata de verdad. — La pasión del mando, según San Martín. — La opinión es para él una pauta reguladora. — Misión que le correspondía llenar a la generación del ciclo heroico. — El ostracismo aviva en San Martín las añoranzas del suelo nativo. — Entusiasmo con que le habla a Félix Frías de Tucumán en Enghien. — Razón por la cual San Martín no escribió sus Memorias. — La conciencia y el hombre de bien. — San Martín deísta. — El nombre de Dios en su pluma y en sus labios. — San Martín no oculta su fe religiosa. — El juramento constituye para él una forma de culto. — Devoción que profesa a San Martín su capellán el padre Bauzá. — San Martín y el abate Bertin, párroco de Grand-Bourg. — San Martín y las hijas de Eva. — San Martín no tuvo otra querida que la América. — San Martín, una dama chilena y el capitán Olazábal. — Supuestas relaciones de San Martín en el Perú con Rosa Campuzano. — San Martín a cubierto de las flechas de Cupido. — Admiración despertada por la rigidez de los principios de San Martín en su vida privada, según Balcarce. — La unanimidad de San Martín y la captura de Marcó del Pont. — José María García, asesor del cabildo de Mendoza y la caída de Alvear. — Carta que le dirige a San Martín al producirse esta caída. — Contestación de San Martín y perdón que le otorga. — Correspondencia quemada por San Martín después de Maipú. — Las facultades del corazón y de la inteligencia en San Martín.

Aun cuando San Martín fué un genio de acción y no de elucubraciones intelectivas o abstractas, no por eso desdeñó las letras ni los elevados esparcimientos del espíritu. Desde edad temprana los libros fueron sus compañeros inseparables. Los momentos que el héroe no consagraba a las actividades militares — sabemos que toda su primera juventud fué un guerrear casi continuo con moros y cristianos — los consagró a la perfección de sus conocimientos, y en lugar de gastar su haber en placeres o en juego, gastólo en la compra de libros, haciéndose así de una interesante y variada biblioteca. Esta biblioteca constituyó, por decirlo así, su lujo peninsular, y no queriéndose desprender de sus libros, la trajo consigo

cuando, resuelto a volcarse por entero en la revolución de su patria, abandonó las costas gaditanas por las del Plata.

Esa biblioteca lo acompañó a Mendoza, luego a Chile y finalmente al Perú, en donde sirvió de fondo bibliográfico a la primera biblioteca de Lima fundada por su voluntad e inaugurada bajo sus auspicios.

Por razones, pues, de su autocultura y de los instintos que pronto revelaron en él una voluntad creadora y dinámica, cuando San Martín se presentó ante el gobierno revolucionario de su patria, se encontraba en condiciones excepcionales para ser cerebro y no brazo, fuerza directiva y no agente impersonal y subalterno en la marcha y evolución ascendente de aquel drama. Al contrario de lo que sucedió con muchos revolucionarios de América — Bolívar se coloca a la cabeza de éstos —, en lugar de entregarse a la propaganda escrita de sus ideas, ya lanzando proclamas o ya firmando otros similares documentos, prefirió simplemente la acción y la acción obscura, meditada y silenciosa. Para esto acudió, como ya se ha visto, a la fundación de la logia Lautaro en Buenos Aires, máquina de guerra desconocida aún en las latitudes australes del Continente, y para esto igualmente, cuando se decidió por la reconquista de Chile primero y por la liberación del Perú más tarde, desde su cuartel general organizó de raro modo aquella guerra de zapa con la cual minaría las bases militares y políticas en que se apoyaba engreído el enemigo ⁽¹⁾.

Con todo, esto no quiere decir que San Martín abandonase la pluma y que no acudiese a ella, ya para propagar, ya para defender de algún modo lo que constituía su doctrina. Aun cuando él no fincaba su orgullo en su literatura, la suya lo era de sana intención, de franca y luminosa objetividad. Durante los primeros años de su incorporación a la revolución argentina, esta colaboración literaria del prócer al triunfo de la idea libertadora derramóse en cartas, en oficios y en otros géneros de documentos que forman ya un acervo documental del archivo argentino. Las cartas escritas en ese primer período de su actividad libertadora se cuentan por centenares. A pesar de lo defectuosa que era su ortografía — de ese defecto pecaban casi todos los prohombres de la época —, escribía San Martín con letra franca, firme y atrevida. Vicuña Mackenna comentando varias cartas originales de San Martín, escritas entre los senderos pedregosos de la Cordillera después de Chacabuco, nos dice: «No conocemos letra más representativa, es decir, que revele más al hombre que la de San Martín. Son caracteres desiguales,

(1) Después de su entrevista con Pueyrredón en Córdoba y estando al parecer en la Estanzuela de Saldán, San Martín tomó parte en una reunión en la cual, obedeciendo a su iniciativa, acordóse la reimpresión que debía hacerse en Londres de los *Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega (el Inca). Perseguido con esto el propósito de avivar el espíritu de insurrección contra la España. — Ver: PABLO CABRERA, *La Segunda Imprenta de la Universidad de Córdoba*, pág. 8.

tirados como a puñados sobre el papel, sin considerar para nada el tipo, la forma ni la ortografía. San Martín no se cuidaba tampoco ni del papel, ni de la tinta, ni de la pluma, menos de la dicción. Decía lo que necesitaba decir y nada más, ni más ni menos, pero lo decía a carrera, sin tropezón en lo montado. Corría, corría la pluma y jamás borraba. No se fijaba siquiera en las fechas, y por esto la presente carta — el comentario en cuestión lo escribe Vicuña Mackenna teniendo entre sus manos una carta datada por San Martín en Uspallata —, escrita evidentemente el 17 de marzo de 1817, lleva en la fecha el mes de abril» (1).

«La lectura de la correspondencia autógrafa de San Martín, escribe a su vez don Diego Barros Arana, haría creer que éste habría adquirido una escasa instrucción. Sus cartas y sus oficios, aunque escritos en un estilo vigoroso y a veces notable por su claridad y por su precisión, dejan ver algún desaliño y la ortografía más descuidada y defectuosa que es posible imaginar. Esos gravísimos y repetidos errores frecuentes en los manuscritos originales aun de ciertos literatos de esa época, demuestran sólo que en aquellos años se daba mucho menos importancia que ahora al uso de la buena ortografía» (2).

Aun cuando lo dicho por Barros Arana corresponde a la realidad de las cosas, es lo cierto que con el andar de los años San Martín mejoró su ortografía. Las cartas escritas por él durante su ostracismo así lo prueban, y basta cotejar los documentos salidos de su pluma en aquella época con los correspondientes al período de sus campañas libertadoras, para convencernos del progreso notable de su literatura epistolar. Esto por lo que se refiere al ropaje gramatical. Por lo que se refiere al contenido ideológico de sus documentos, en toda circunstancia y ocasión San Martín caracterizó su prosa por la forma clara y concisa del pensamiento. En ella brilla por su ausencia la verborragia, y si algo brilla con soberanía absoluta, es la idea, y nada más que la idea. Las expresiones efusivas y desbordantes son múltiples, pero no fincan jamás en el ditirambo. La pluma se exalta en sus manos sólo cuando lo llena un imperativo superior, y es por eso que celebrando la declaración de la independencia, desde Córdoba, jubiloso y contento, le escribe a su amigo el diputado don Tomás Godoy Cruz: «Ha dado el congreso el golpe magistral con la declaración de la independencia. En el momento en que el director me despache volveré a mi ínsula cuyana. La maldita suerte ha querido que yo no me hallase en nuestro pueblo, para el día de la independencia. Crea usted que hubiera echado la casa por la ventana».

Mientras permaneció en Cuyo, San Martín no desplegó sus labios ni para defender su conducta ni tampoco para desautorizar el pro-

(1) *Relaciones Históricas. El general San Martín después de Chacabuco*, pág. 11.

(2) *Historia General de Chile*, t. X, pág. 117.

ceder de sus detractores. Su estoicismo le permitió silenciarse hasta extremar si se quiere los límites de la prudencia y sólo asumió una actitud contraria cuando debiendo emprender la expedición al Perú quiso que sus compatriotas conociesen al desnudo la razón de sus móviles. Entonces — y como en ningún otro documento —, San Martín supo erguirse sobre el pináculo de su gloria y con un sentido filosófico que le hace honor, puntualizar con mano maestra el origen y la razón de la anarquía que devoraba en ese entonces a su país. «El genio del mal, dice él, os ha inspirado el delito de la federación. Esta palabra está llena de muerte y no significa sino ruina y devastación. Yo apelo sobre esto a vuestra propia experiencia y os ruego escuchéis con franqueza de ánimo la opinión de un general que os ama y que nada espera de vosotros». Y más adelante: «Yo os hablo con la franqueza de un soldado. Si dóciles a la experiencia de diez años de conflictos no dais a vuestros deseos una dirección más prudente, temo que cansados de la anarquía suspiréis al fin por la opresión y recibáis el yugo del primer aventurero feliz que se os presente, quien lejos de fijar vuestro destino no hará más que prolongar vuestra incertidumbre».

Dos años más tarde, San Martín volverá a erguirse sobre el pináculo de su gloria y esto para poner en su pluma los acentos de la más acendrada emoción. Lo que no había dicho hasta entonces ni dijo después ningún soldado de la independencia americana, lo dijo él al despedirse para siempre de las playas del Perú: «La presencia de un militar afortunado — por más desprendimiento que tenga — es temible a los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte, yo estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más».

Seríamos interminables si fuésemos a reproducir aquí todas las referencias documentales existentes, ya en cartas, ya en proclamas, ya en otro género de documentos y en los cuales San Martín habla y se expresa con toda la ponderación de su juicio. Sin embargo no podemos dejar de decir que durante el largo período de su ostracismo, este juicio creció con imponderable lucidez y que son muchas las páginas que lo acreditan. En su ostracismo principió San Martín a filosofar sobre hombres y cosas, y solicitado un día por Lafond de Lurcy a sintetizar su juicio sobre varios conmlitones de causa, lo hizo eligiendo para esto la personalidad de Bolívar, la de Sucre, de O'Higgins y de La Mar.

«Sólo tres días, dice hablando del primero, he tratado a este general en la entrevista que tuve con él en Guayaquil. Por consiguiente en tan poco período es imposible, cuando menos muy difícil, formar una idea exacta e imparcial del carácter de un hombre, con tanto más motivo cuanto su presencia no predisponía a su primera vista en su favor. Sin embargo expondré mis observaciones,

las que unidas a las que me dieron algunas personas imparciales que le habían tratado con intimidad, pueden suministrar datos para formar juicios de un general que ha rendido servicios eminentes a la independencia de Sudamérica, y que puede asegurarse es el primer hombre que ha producido la revolución.

«Los signos más característicos del general Bolívar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente a la persona que hablaba, a menos que no fuera muy inferior. Su falta de franqueza me fué demostrada en las conferencias que tuve con él en Guayaquil, en las que jamás contestó a mis propuestas de un modo positivo y siempre en términos evasivos. El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero y poco digno de conciliarse su afección. Noté, y él mismo me lo dijo, que su principal confianza la depositaba en los jefes ingleses que tenía en su ejército. Por otra parte sus maneras eran distinguidas y demostraba haber recibido una buena educación, y aunque su lenguaje fuese algunas veces algo grosero, me pareció no le era natural el tenerlo, sino que lo empleaba para darse un aire más militar.

«La opinión pública le acusaba de una ambición desmedida de mando y su conducta confirmó esta opinión. La misma lo caracterizaba de un gran desinterés y en mi concepto con justicia. Lo que comprueba esta verdad es el haber muerto en la indigencia. Bolívar era muy popular con el soldado, a quien permitía más licencias que las que prescriben las leyes militares; por el contrario, lo era muy poco con los jefes y oficiales, a los que trataba del modo más humillante. En cuanto a los hechos militares de este general, puede asegurarse ser el hombre más eminente que ha producido la América del Sur; pero lo que más caracterizaba el alma grande de este hombre extraordinario fué una constancia a toda prueba en los diferentes contrastes que sufrió en tan dilatada como penosa guerra en el espacio de trece años de trabajos. En conclusión, puede asegurarse que una gran parte de la América del Sur debe a los esfuerzos del general Bolívar su actual independencia».

«No he conocido personalmente a este general, escribe al hablar de Sucre, pero he seguido con él una correspondencia muy activa cuando puse a sus órdenes una división del ejército del Perú para invadir a Quito. Esta campaña la dirigió el general Sucre hasta su feliz conclusión con la batalla de Pichincha, de un modo tal, que estoy seguro hubiera merecido la aprobación de los generales franceses más acreditados. La batalla de Ayacucho en la que mandaba en jefe fué el triunfo más brillante de la guerra de la independencia de Sudamérica y la que concluyó con la dominación española en este Continente. Bravo y altivo en alto grado, reunía a estas virtudes una prudencia consumada. Excelente administrador, como lo prueba el orden y la economía que estableció en las provincias que mandó, las tropas bajo su mando observaban una disciplina

severa, lo que contribuía, no sólo a hacerse amar de los pueblos, sino también a disminuir los males indispensables de la guerra. El general Sucre no sólo reunía mucha instrucción, sino conocimientos militares más extensos que Bolívar. Si a esto se agrega una gran moderación, puede asegurarse que fué uno de los hombres más beneméritos que produjo la república de Colombia. Este general fué asesinado en el camino de Quito a Santa Fe. Aun se ignora quiénes fueron los autores de este horrible atentado».

Con la misma pluma con que San Martín nos hace el retrato de Bolívar y de Sucre, nos hace el de O'Higgins. He aquí la página en que nos lo da a conocer:

«El general O'Higgins, declara igualmente San Martín, fué uno de los primeros campeones de la libertad de la república de Chile. Sus campañas en este país le hacen el mayor honor. Sobre todo la desesperada defensa de Rancagua ha inmortalizado su nombre. Fué nombrado presidente de este Estado en 1817, cuyo puesto conservó hasta 1823, en que se vió obligado a renunciar al mando, consecuente a una insurrección militar encabezada por el general Freire. Desde esta época se retiró al Perú a una hacienda de campo que el gobierno le había regalado, en donde ha vivido retirado enteramente de la vida pública. El general O'Higgins es uno de los hombres más recomendables que ha producido Chile. Su honradez, valor, integridad y patriotismo le han dado una reputación considerable, la que siempre conserva en su país natal a pesar de tan dilatada separación».

«El general La Mar, concluye San Martín al escribir estas notas, servía en el ejército real, en la clase de mariscal de campo; cuando el ejército patriota formó el bloqueo de las fronteras del Callao, este general mandaba en él como gobernador. Su defensa le hizo mucho honor, pues había perdido más de una tercera parte de la guarnición y el resto se hallaba, cuando capituló, en un estado el más deplorable por falta de subsistencia. Esta conducta fué apreciada por el general San Martín, quien lo admitió en su misma clase de general en su ejército patriota, correspondiendo a esta confianza con la conducta militar y política la más honorable. La Mar reunía a un valor sereno una conducta distinguida, mucha instrucción y extrema amabilidad, circunstancias que le hacían amar de todos los que lo trataban con alguna intimidad. Fué nombrado en dos ocasiones presidente del Perú, y murió hace pocos años en Guayaquil, dejando una memoria respetable por sus virtudes» (1).

En la modalidad intelectual de San Martín, el patriotismo jugaba un papel preponderante. Ese patriotismo lo quería él fundado en

(1) Las páginas de San Martín que aquí transcribimos fueron publicadas por primera vez por el señor Lafond, en su obra: *Voyages autour du monde*. Más tarde, don Juan Bautista Alberdi, al reimprimir en París la biografía de San Martín, escrita en Londres por García del Río, las reprodujo en su texto español. El que aquí damos a conocer es el mismo que difundió el publicista del Plata.

la libertad, pero quería igualmente que la libertad gravitase dentro del orden y a su vez se sustentase ella en el principio de la autoridad.

Como bien lo dice Vicuña Mackenna, San Martín era un demócrata de hecho, porque era un demócrata de convicciones adquiridas en los libros de Plutarco y de Rousseau. «Amaba la libertad dice él, porque creía en ella. Había servido la independencia americana, porque la sentía circular en su sangre de mestizo; practicado, en fin, la igualdad, porque de soldado se había elevado en fuerza de su mérito a la cumbre de la omnipotencia militar, la dictadura, y de ella había descendido después por su voluntad a la escala de un subalterno dado de baja» (1).

El gobierno fuerte que San Martín pedía para su patria lo pedía él porque era aquélla una hora de transición revolucionaria y caótica; y habla altamente en su favor su repugnancia por el mando y la forma tenaz y perseverante con que se resistió a él, aun cuando le llegasen las solicitudes para asumirlo ya de Chile, ya del Perú, ya de la Argentina que era su patria. «Estoy convencido, decía él, que la pasión del mando es en lo general lo que con mayor imperio domina al hombre». Sin jactancia y sin egolatría supo él sustraerse a sus concupiscencias, y esto no sólo cuando vivía en el ostracismo, sino cuando viviendo en el pináculo de la gloria, tenía a su servicio las bayonetas, el amor de sus soldados y la opinión de los pueblos.

En prueba de lo dicho, nos basta recordar aquí la conducta observada por él cuando después de haber establecido su campamento general en Huaura se hizo el árbitro de los destinos de Lima. En ese momento la fuerza le pertenecía; pero en lugar de abusar de ella, contuvo sus instintos y reguló igualmente los de sus subalternos, y esto a la espera de que el voto de los moradores de la gran metrópoli entrase en acción, y colaborase así al éxito de sus designios.

«Se me pregunta por qué no marché inmediatamente a Lima, le dijo un día San Martín al marino inglés que lo visitó encontrándose el futuro libertador del Perú a bordo de su goleta. Yo no vacilaría un instante, continuó el mismo, si esto conviniese a mis fines. No ambiciono gloria militar, ni busco la fama de conquistador del Perú. Mi sola intención es libertar a este país de la tiranía española. ¿Qué haría yo en Lima si los habitantes de esta ciudad me fuesen hostiles? ¿Qué ventaja alcanzaría la causa de la independencia con que yo ocupase militarmente Lima y todo el país? Mi plan es diferente: deseo que todos los hombres que piensan se conviertan a mis ideas, y no quiero dar un paso más allá del límite que me fija la marcha gradual de la opinión pública».

«Cuando la capital esté madura para manifestar sus sentimien-

(1) VICUÑA MACKENNA: *Revelaciones Intimas*, pág. 27.

tos, agregó luego San Martín, yo le proporcionaré la oportunidad de dar este paso con toda seguridad. Esperando este momento, he retardado deliberadamente mi marcha, y aquellos que conocen todo el alcance e importancia de los medios de que me he valido para llegar a este objeto, comprenderán la causa de todas mis dilaciones. He ganado de día en día mis adeptos en los corazones de las masas. En cuanto a mi fuerza militar, he conseguido aumentarla, mutilando al mismo tiempo la de los españoles, ayudado también de la miseria y las deserciones».

«Es al país, — declaró San Martín al terminar su conversación con Basilio Hall, que es el marino de la referencia — a quien corresponde decidir respecto de sus verdaderos intereses. Es justo que los habitantes den a conocer lo que piensan. La opinión pública es un resorte nuevo introducido en los negocios de estas regiones. Los españoles, incapaces de dirigirla, han comprimido su libre manifestación. Ya ha llegado el día en que va a manifestar su fuerza e importancia» (1).

Este modo de pensar de San Martín antes de la toma de Lima, no lo varió él después de realizada esa proeza y de ocupado militarmente el Perú. En esto, como en todos sus actos protectorales, la opinión fué su brújula, y es por esto que después de haberse entrevistado con Bolívar en Guayaquil, de vuelta de aquel sitio, pudo decirle desde Lima al Libertador de Colombia: «Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Permítame, general, que le diga que creía que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sud América».

Por esta misma razón creía San Martín que la generación del ciclo heroico sólo tenía una misión, y que era ésta la de obtener y fundamentar debidamente la independencia. A la generación sucesiva le correspondía, según su entender, la obligación de organizar los Estados sobre bases constitucionales, y porque tal era su criterio se retiró de la escena política con la absoluta convicción de que el destino de América estaba afianzado y era irrevocable. Esta actitud no la observó Bolívar, y por no observarla amargó sus días y se indispuso con el voto y con la opinión de los pueblos.

San Martín fué tan argentino en su patria como fuera de su patria. El ostracismo tuvo la virtud de avivar sus añoranzas, añoranzas que a veces se extendían a toda aquella parte de América en que había brillado su espada. En dos puntos geográficos de la tierra argentina clavaba él con preferencia sus ojos. Lo eran ellos o Mendoza o las barrancas del Paraná, vale decir los valles que se prolon-

(1) BASIL HALL. — *Voyage au Chili, au Pérou et au Mexique*, t. 1º.

gan al pie de los contrafuertes andinos, como las costas aquellas bañadas por uno de los afluentes del Plata.

«En algunas conversaciones que tuve con él en Enghien, escribe Frías, lugar vecino a París, cuyas aguas le habían recetado los médicos, pude notar un mes antes de su muerte que su inteligencia superior no había declinado. Vi en ella el sello del buen sentido que es para mí el signo inequívoco de una cabeza bien organizada. Hablaba con entusiasmo de la prodigiosa naturaleza de Tucumán y de las otras provincias argentinas y, como Rivadavia en sus últimos días, abrigaba fe en el porvenir de aquellos países. Recordaba siempre con gratitud el noble carácter y apoyo que encontró para su gran campaña de Chile, en los habitantes de las provincias de Cuyo, y su memoria conservaba frescos y animados recuerdos de los hombres y de los sucesos de su época brillante».

La propia convicción que tenía él de la rectitud y de la bondad de su obra lo llevó al olvido de sí mismo, no redactando sus Memorias. Sabía él — porque así lo dijo — que los hombres tenían dos modos de juzgar. De lo presente juzgaban ellos según la conveniencia y de lo pasado según la justicia. Esta fe inquebrantable en el modo de sentir de la posteridad, era en San Martín la consecuencia directa de su sentido previsor, filosófico y analítico.

«La conciencia, decía San Martín, es el mejor y el más imparcial juez que tiene el hombre de bien. Ella debe servir para corregirnos, pero no para depositar una confianza que nos puede ser funesta». «Si usted espera, le dice a un amigo, que por su buena conciencia le hagan la justicia que se merece por los servicios que ha prestado a su patria, aguarde con paciencia». Esta conciencia en la cual entraban por igual el sentimiento y el juicio llevóle a San Martín a establecer este aforismo que constituye la ética de su vida: «Serás lo que debes ser, si no, no serás nada».

«Mi conducta en el tiempo en que fui hombre público, dijo igualmente San Martín, no pudo ser satisfactoria a todos. Lo que sí puedo asegurar es que en mis providencias, malas o buenas, jamás ha tenido parte la personalidad y sí sólo el objeto del bien e independencia de nuestro suelo» (1).

Considerado San Martín en el terreno de la religión, podemos decir que si en su mocedad y en el período de su edad madura no se reveló un católico militante, lo hizo sin embargo en un sentido lato y liberal. Por instinto y por impulso de su propia bondad, San Martín era francamente deísta. Dios significaba para él el principio creador y regulador de todo lo existente. Ese nombre asomaba con frecuencia a su pluma, y si el culto de la divinidad no lo traducía con actos pomposos y litúrgicos, lo traducía con su moral intachable y con el respeto interior y serio a aquel principio. San Martín, como la mayor parte de los hombres de su época, afilióse tempra-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 512.

namente en la masonería. Era éste un proceder social que estaba de moda y que en manera alguna significaba ni odio a la religión ni tampoco a su culto.

Pero para comprender el espíritu religioso de que se sentía animado San Martín, tengamos presente su infancia y la calidad de sus progenitores. Estos eran, como ya se ha visto, cristianos de acendrada virtud, y la propia madre del héroe antes de bajar a la fosa común pidió que sus restos mortales fuesen revestidos con el sayal dominicano.

El propio medio en que San Martín pasó su niñez tenía que despertar en su corazón un sentimiento religioso. Lo que sucedió en las tierras misioneras del nuevo mundo, sucedió igualmente en Madrid en las aulas del Seminario de Nobles, en que lo catequístico ocupaba una parte principal en la formación de los educandos. Ignoramos qué ideas pudieron trabajar su mentalidad al entrar en el período de la juventud y al engolfarse por entero en aquella vida de soldado que lo llevó desde el Africa al Rosellón. Lo que sabemos es que al incorporarse a la revolución argentina no ocultó su fe religiosa y que en 1812, al contraer enlace con Remedios Escalada, comulgó y asistió a una misa de velaciones.

Desde que se colocó al frente de la revolución aceptando el nombramiento de gobernador y de intendente de Cuyo, San Martín comprendió que la religión era una fuerza espiritual altamente dinámica, e imitando a Belgrano la utilizó para prestigiar y para realzar ante el concepto de propios y extraños su obra libertadora. El ejército de San Martín como el de Belgrano igualmente tuvo sus capellanes y practicó el culto. El propio gobernador e intendente de Cuyo asistió a muchos de sus actos litúrgicos y cuando se decidió por atravesar los Andes, designó a la Virgen del Carmen patrona de éste, solemnizando tal acto con el juramento de la bandera.

Por ser San Martín un espíritu sinceramente religioso convirtió el juramento en una forma de culto. La palabra empeñada en esta forma tenía en su sentir su valor pragmático. Era un deber, formaba parte de la vida y de la propia honra y adquiría por lo tanto todos los valores anexos a un mandato superior y sagrado.

San Martín contó además entre sus admiradores y amigos a los miembros más conspicuos del clero criollo, tanto en el Plata como en Chile y en el Perú. Conocemos la devoción que tuvo por él aquel padre Bauzá, su capellán y su ecónomo. Sabemos con qué loas y con qué panegíricos lo enaltecieron poetas y oradores que vestían sotana y que eran prez del clero, como igualmente la estima y admiración que concluyó por profesarle aquel arzobispo de Lima, Monseñor Bartolomé Las Heras, español, y esto por el respeto que San Martín había evidenciado a la religión, a sus templos y a sus ministros.

Durante su ostracismo, San Martín no se apartó de esta práctica y de este modo de sentir, y viviendo en Grand-Bourg conquistóse

las simpatías de un dignísimo sacerdote que concluyó por figurar en el círculo de sus íntimos y de sus admiradores. El personaje en cuestión era el abate Bertin, que se hizo cargo de la parroquia de Evry-Petit-Bourg en 1841 y que la regentó hasta fines de 1845. La estima que San Martín tenía por este sacerdote le obligaba a exclamar con frecuencia: «¡Cuán distinta sería la suerte de la religión, si todos fueran como este buen cura» (1).

En el orden del amor San Martín no conoció desarreglos, y si alguna vez rindió tributo a los encantos de las hijas de Eva, ello fué sin separarse en modo alguno de las líneas y de los dictados de la conveniencia. Vicuña Mackenna recuerda a este propósito haber visto entre su correspondencia una carta dirigida desde Cádiz a un soldado español y firmada por una tal Pepa. Esta carta la descubrió él entre los papeles pertenecientes al cura don Cecilio Tagle, que adquirió en Lima en 1860. «Aquella Pepa, escribe Vicuña Mackenna, no podía ser una manola de alegre vida, pues decía a su corresponsal, que si caía prisionero le mostrase aquella carta a San Martín, dándole las señas de ella, pues le había conocido en Cádiz,

(1) VICUÑA MACKENNA: *Revelaciones Intimas*, pág. 14. Por más que nos hemos esforzado en querer ofrecer aquí al lector algunos rasgos biográficos de este personaje, nuestro empeño ha quedado frustrado. Con el propósito de llegar a ello hemos visitado y examinado los libros correspondientes existentes en la parroquia de Evry-Petit-Bourg como en la municipalidad de esta localidad. En los libros parroquiales existentes en Grand-Bourg sólo hemos encontrado una anotación de escasa importancia que es la relativa a la época en que Bertin regentó la parroquia. Ansiosos de ampliar nuestras investigaciones acudimos al archivo episcopal de Versailles, y he aquí la carta que en contestación a nuestra demanda nos remitió gentilmente, después de una segunda instancia, el director de este archivo, el canónigo R. Tissard: «Si je n'ai pas répondu plus vite à votre lettre du 21 décembre 1930, c'est qu'en fin d'année et au commencement d'une nouvelle, le travail toujours abondant devient encore plus pressant, veuillez donc m'excuser. Le dossier de la paroisse d'Evry-sur-Seine, autrement dit Evry-Petit-Bourg, ne contient aucune pièce intéressante pour votre ouvrage. J'ai seulement trouvé, de M. l'abbé Bertin, quatre lettres. La première du 16 février 1841, annonce à M. le Vicaire Général Moreau qu'il accepte la paroisse d'Evry-Petit-Bourg; par la seconde, il fait savoir au même Vicaire Général «une chose bien désagréable et qui aurait pu m'empêcher d'accepter cette destination». Cette chose si désagréable est que le presbytère et la mairie sont dans le même immeuble — lettre du 10 février 1841. La troisième lettre, du 15 mai 1841, demande à Monseigneur l'Evêque différentes autorisations et enfin la quatrième — 11 août 1841 — est adressée à M. Moreau, Vicaire Général, et demande certaines explications pour la bénédiction d'une manufacture de Lavesagatisées, bénédiction qui doit être donnée le 15 août, fête de l'Assomption de la Très Sainte Vierge.

«Comme les Registres de Catholicité font défaut aux Archives du Diocèse pour les années 1839 à 1852, je n'ai pu trouver de ce côté le moindre renseignement. Vous voyez, Monsieur, combien pauvre est la documentation qu'il m'est possible de vous fournir. Aussi je regrette vivement de ne pouvoir vous être davantage agréable. Veuillez agréer, Monsieur, l'hommage de mes sentiments respectueux et dévoués». *Documento existente en nuestro archivo.*

Es de oportunidad observar lo que a propósito de los antecedentes religiosos de San Martín nos dice Vicuña Mackenna. Según este escritor, San Martín tenía el culto razonado de la revolución del 93, a muchos de cuyos hombres había conocido en su juventud. Cita con tal motivo a Miranda y luego al pintor David, con quien se vinculó en Bruselas. Recogiendo referencias hechas a sus amigos por el propio San Martín, nos dice que éste, en su niñez, y en compañía de sus hermanos, acostumbraba a decir misa vestido con casulla de papel.

y con otras circunstancias que indicaban ciertos íntimos, pero acaso no muy fieles recuerdos del antiguo ayudante del marqués del Socorro».

Este mismo escritor al tocar este punto nos dice que San Martín en el trato con las mujeres «era atento sin ser amable, insinuante sin ser emprendedor. El general en jefe del ejército de los Andes dejó a sus fascinadores capitanes y a sus irresistibles ministros, como Monteagudo y García del Río, el triste privilegio de todas las fragilidades que se llaman triunfos en las sociedades sin virtud y sin matronas. Mas él, personalmente no tuvo en Chile otra querida que la América y por esto sólo le deberíamos el respeto que en esa línea rara vez alcanzan los conquistadores» (1).

El capitán don Manuel de Olazábal, que militó bajo las órdenes de San Martín, que fué su ahijado de matrimonio y que tuvo por el héroe de los Andes, más que amor, un verdadero culto, en páginas inéditas que tenemos delante nos cuenta una anécdota que es del caso el dar a conocer:

«Desde 1817 a 1823 en que el general San Martín se separó del teatro de sus inmarcesibles glorias y marchó a Europa, dice él, nadie puede decir haberle conocido dar preferencia a ninguna mujer no obstante que lo deseaban tantas deidades en su alta sociedad. Sin embargo él manejaba este asunto con la reserva impenetrable con que llevaba a efecto sus grandes planes de victoria y conquistas.

«En 1818 había en la capital de Santiago de Chile una dama que llamaba la atención, no sólo por su belleza, sino también por su donaire.

«No hay duda que era tentadora. Nadie sabía que el general tenía relaciones privadas con ella. Mi hermano Félix, que como hemos dicho era capitán del batallón n° 8, ignorándolo también, puso sitio a la plaza y entró a batirla hasta que abrió la brecha y enarboló su estandarte victorioso en el alcázar. La experiencia ha acreditado que un militar joven, gallardo y de educación, que brilla en su pecho decoraciones ganadas en el campo del honor y más que todo que tenga reputación de valiente, pocas son las fortalezas que resistan.

«Una noche, como a la una, empujaba mi hermano la puerta cochera por donde entraba a la ciudadela. Apenas medio cuerpo estaba dentro cuando se encontró con un hombre de sombrero guaraní (de paja y alas grandes) y de chamel (poncho de vicuña corto) que le preguntó: «¿Quién es usted?» Mi hermano conoció en el acto por aquella voz de trueno que era el general quien lo interpelaba, y le contestó: «Soy el capitán Olazábal». — «Bien, entre usted». Y se hizo a un lado y se fué. Mi hermano siguió adelante como si no

(1) *Revelaciones Intimas*, pág. 12.

lo hubiera conocido». «Después de esto, agrega el mismo Olazábal, jamás el general se dió por entendido con su adversario, pero éste abandonó espontáneamente el campo a su general» (1).

Por lo que se refiere a Rosa Campuzano, joven guayaquileña que residía en Lima cuando el Libertador del Perú desembarcó en Pisco, he aquí lo que nos cuenta el celebrado tradicionalista don Ricardo Palma: «San Martín, antagónico en esto a su ministro Monteagudo y al Libertador Bolívar, no dió en Lima motivo de escándalo por aventuras mujeriegas. Sus relaciones con la Campuzano fueron de tapadillo.

Jamás se le vió en público con su querida; pero como nada hay oculto bajo el sol, algo debió traslucirse y la heroína quedó bautizada con el sobrenombre de *la Protectora*» (2).

Hay chismes sociales que sin razón pasan a la categoría de hechos juzgados. Creemos nosotros que el caso señalado por el ilustre tradicionalista peruano entra en esta categoría pues, como lo dice don Ernesto Quesada, «las relaciones de San Martín con la hermosa guayaquileña Rosa Campuzano tuvieron por objeto servir a la causa de la independencia, utilizando los secretos de Tristán y La Mar que aquélla poseía» (3).

Pero si San Martín, ya por una razón de naturaleza o de instinto, se dió o pudo darse tal o cual otra satisfacción, es lo cierto que desde que abandonó para siempre las playas del nuevo mundo cubrióse, por así decirlo, con una coraza y burló de este modo con sus tiros a las flechas de Cupido.

Su amor y su único amor lo fué su hija. A ella se consagró por entero. Por ella vivió, primero en Bruselas y luego en Grand-Bourg, y las consolaciones que ésta y sus nietas le dispensaron llenaron su ancianidad de placidez y contento.

Recordando este vivir ejemplar de San Martín, varios años después de su muerte Balcarce le decía a Mitre al agradecerle las páginas que éste escribiera realzando la memoria de su padre político: «Entretanto me lleno de orgulloso entusiasmo cuando leo las apreciaciones de usted respecto de padre, cuyo carácter era de otra época, pues aun cuando dice el proverbio que «no hay hombre grande para su ayuda de cámara», el general San Martín era una excepción a esa regla. Cuanto más íntimamente se le conocía mayor admiración y respeto inspiraba la rigidez de sus principios, la afebilidad y sencillez de su trato y su virtud republicana. Era un tipo de la antigüedad, cualesquiera que hayan sido las opiniones que se le han atribuido sobre la organización política del Perú. Lo que hay de positivo es que nunca tuvo ambición personal del mando y que

(1) *Reminiscencias*. Documento manuscrito existente en el Museo Histórico de Buenos Aires.

(2) *Tradiciones Peruanas*, t. IV, pág. 192.

(3) *Las Reliquias de San Martín*, pág. 97.

su idea dominante, exclusiva, intransigente, fué toda 'su vida la independencia de la América de todo poder extraño» (1).

En presencia, pues, de tales antecedentes, podemos afirmar que San Martín caracterizó su moral con rasgos de honestidad ejemplar y de perfecta magnanimidad. En prueba de esto último recordemos aquí lo sucedido con Marcó después de su triunfo en Chacabuco. Como lo sabemos, el presidente de Chile recelaba a San Martín y en distintas oportunidades había significado por él un vivo desprecio. «Yo firmo con mano blanca, y no como la de V. E. que es negra», le declaró un día Marcó del Pont a Alvarez Condarco, haciendo alusión directa a San Martín.

Pues bien, poco después, el hombre de la mano negra, es decir San Martín, entraba triunfador en Santiago, y en lugar de hacerle sentir al altivo mandatario realista el peso de su cólera, como en realidad se lo merecía, al serle presentado por el oficial que lo había capturado en la fuga redujo su desquite a sólo esta gentil pero irónica declaración: «Y bien, señor general, venga esa mano blanca».

Si esto prueba su grandeza de ánimo y sin ningún sentido de rencor, lo prueba igualmente el caso que vamos a relatar.

A poco tiempo de encontrarse San Martín al frente del gobierno de Cuyo, Alvear fué elegido por sus partidarios para ocupar el puesto del directorio que dejaba vacante Posadas, y pretextando la renuncia que hizo en ese entonces de su cargo San Martín, se apresuró a aceptarla y a designarle un sucesor en la persona del coronel Perdriel.

La renuncia de San Martín y la designación de un jefe amigo y favorito de Alvear determinó un estado de viva exaltación en el pueblo cuyano, e inmediatamente se celebraron distintos cabildos, ya para impedir que San Martín abandonase Mendoza como para impedir igualmente que el enviado de Alvear entrase allí y asumiese el poder.

(1) Museo Mitre: *Archivo de San Martín*, carpeta nº 4. — He aquí como un historiador chileno sintetiza en pocas líneas las cualidades ejemplares que predominaban en la persona de San Martín: «La seriedad de carácter, el espíritu de orden y de regularidad en todas sus ocupaciones y aun en los actos más ordinarios de la vida; la puntualidad en el cumplimiento de sus deberes; la escrupulosa probidad en todos sus tratos; la modestia en el vestir y la sobriedad en sus alimentos, eran desde entonces los rasgos distintivos del carácter de San Martín. El mismo lustraba sus botas, reparaba su vestuario y limpiaba sus armas; y conservó estas costumbres de rigurosa sencillez aun en la época en que pudo disponer de numerosos servidores. Los papeles de su archivo y las cajas de su equipaje dejaban ver este espíritu ordenado y metódico en todos los accidentes. San Martín tenía siempre una pequeña libreta o cartera en que apuntaba día a día sus gastos por menudos que fueran, y cuando terminaba uno de esos cuadernos, lo cerraba con esta nota: «Hasta hoy (día de la fecha) no he debido nunca un real a nadie». Observó esta práctica durante toda su vida, y en su testamento hecho en París el 23 de enero de 1844, y escrito todo él de su puño y letra, pudo asentar esta línea: «5º Declaro no deber ni haber jamás debido a nadie». — BARROS ARANA: *Historia General de Chile*, t. X, pág. 118.

Entre los agentes que favorecían la política del directorio en Cuyo se encontraba el doctor José María García, asesor del cabildo. Sus maniobras fueron descubiertas a tiempo y, aplicada la debida sanción, el tal personaje fué confinado a Rodeo del Medio, punto en donde permaneció hasta que pudo trasladarse a Buenos Aires. Estando allí, se produjo la caída del directorio alvearista, y comprendiendo él que el fracaso de la política que había intentado sostener en Cuyo perjudicaba sus intereses, trató de reparar su mal paso y acercarse a San Martín por medio de un procedimiento lisonjero. Es así como el 1º de mayo de 1815, escribióle: «Cuando mi pueblo, haciendo justicia al mérito, ha puesto en manos de V. S. la administración y suerte de sus vecinos, es un deber en mí el felicitarlo; asegurándole al mismo tiempo que después que por una precisión en el orden de las revoluciones se palpan los funestos efectos de la división y distancia mal contenidas, empezando a obrar la reflexión en consulta con la prudencia, se ve las más veces desvanecer personalidades insubstanciales que contra verdaderos sentimientos fomenta el efímero calor del genio. Principio es éste tan constante, que por inobservancia activó poco ha la caída reciente del general Alvear, pues lisonjeado este jefe con los rápidos progresos de la suerte, por no imitar la conducta del político Pisistrato no acertó con la unión de los ánimos dispersos y vió verificada en sí mismo la respuesta con que el sabio Solón reprobó la elección y orgullo del fanático rey Creso.

«En la ruidosa caída de don Carlos, han sido envueltos muchos amigos de V. S. a quienes había yo estimado como virtuosos; siendo digno de sentirse el que ella misma haya privado a la patria de muchos ciudadanos cuyas luces y talentos deben hacer muy notable falta, cuando menos tan cercana una invasión de enemigos, y aunque V. S., mejor que yo, debe conocer el verdadero de nuestra actuación por aquel suceso, no obstante es muy probable ignore algunos hechos sobre que desearía ilustrar si tuviese la franqueza suficiente».

«Por la independencia de esa provincia, agrega luego el firmante, deben sus habitantes prometerse un nuevo orden al abrigo de la feliz e igual tranquilidad que V. S. va a proporcionarles: tanto mejor administrada cuanto conozca más a fondo el carácter de aquellos que en otro tiempo informaron a V. S. contra mi conducta, pintándome como un malvado delincuente; calumnia que aunque estimé como consiguiente de la revolución en que a su vez se agitan las pasiones envidiosas de ciertos hombres de alma baja, ellos han causado la ruina de mi corta fortuna; y esté V. S. seguro que no soy pícaro y que esos mismos no son capaces de sostener sus dichos por las leyes del honor.

«Después que renuncié de todo cargo público para retirarme a atender con independencia al sostén de mi familia, he tocado la dificultad de temer ser insultado en ésa por algún malcontento de

los que siempre forma contra sí el que obtiene judicatura, y en esta situación me tomo la libertad de pedir a V. S. consejo, reiterando entretanto el sincero afecto con que queda de V. S. atento servidor q. b. s. m.»

San Martín no guardó silencio como podía haberlo hecho dado los agravios sufridos por el proceder de García, y contestóle en el acto diciéndole: «En la de usted del 9 me felicita por la reelección que este pueblo ha hecho de mí para el mando de ellos. Yo agradezco a usted sinceramente sus buenos deseos. Mis infinitos quehaceres y por otra parte mi natural aborrecimiento a escribir no me permiten hacer un detalle de los puntos que usted toca en su carta, pero en compendio debo decir a usted que a nadie debe usted culpar de su suerte, sino a su mismo carácter. Sí, señor; no los informes que usted supone, sino su conducta, es la que motivó su separación. Usted era un verdadero tirano de los hombres que no entraban en sus miras, usted es el que ha tenido a este pueblo en una opresión horrorosa; de sus diputados, sus cabildos, y sus empleos, era usted el árbitro, el germen de la discordia lo atizaban y los nombres más virtuosos eran sacrificados a sus caprichos y partido. Usted ha atacado mi reputación. Usted ha puesto a este pueblo y a mí en los mayores compromisos; usted me ha faltado a la palabra y bajo de este sagrado fugó usted del destino que mi excitada condescendencia le había puesto para buscar modo de abatirme. Usted — y esto lo tengo probado — pidió quince o veinte asesinos al general Alvear para quitarme la vida. Usted quiso perder el honrado Bombal y, en fin, usted quiso envolver a su misma patria en la desolación. Todos estos hechos podía hacerlos presente al actual gobierno, pero mi carácter no se complace en la venganza. Yo conozco en usted patriotismo y talento y de consiguiente puede ser útil a su país. Yo le ofrezco a usted mi palabra de hacer los mayores esfuerzos para que vuelva al seno de su familia. También le ofrezco mi amistad, siempre que usted sea un ciudadano tranquilo y entonces conocerá con cuánta injusticia ha perseguido al que hará cuanto quepa en lo humano para acreditarle ser su sincero servidor» (1).

Si aquí queda reflejada la magnanimidad de ánimo que caracterizaba a San Martín, no lo está menos en este otro episodio que pasamos igualmente a señalar.

Es histórico que después de la batalla de Maipú, San Martín incautóse de la correspondencia que llevaba consigo en su fuga el general Osorio y que al abrirla encontróse él con que muchos vecinos de Santiago le pagaban con la deslealtad el bien que con su espada estaba rindiendo a su patria. En lugar de proclamarlo a gritos o de guardar esos documentos como piezas justificativas de una acusación y de un juicio, San Martín prefirió quemarlas y así

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 272.

lo hizo formando con todas ellas una hoguera y entregando a sus llamas, como lo dice don Benjamín Vicuña Mackenna, «los testimonios acusadores de la pusilanimidad y del egoísmo de la capital que dos veces había libertado».

Tales son en síntesis los rasgos y las características que nos permiten apreciar debidamente la modalidad intelectual y moral de San Martín. En él éstas y otras cualidades se armonizan completamente. Las facultades de la inteligencia y las del corazón se desenvuelven sin extralimitar su órbita y esto lo determina el grave equilibrio de razón con que sella y define sus actos.

CAPITULO XVII

San Martín y su ingenio episódico y anecdótico

SUMARIO: Los rasgos de San Martín. — Dorrego castigado por un acto de insubordinación. — El padre López espía de Marcó y la tramoya de San Martín. — Los desmanes oratorios del padre Zapata en Chile. — La misma anécdota expuesta por Ricardo Palma, como acaecida en el Perú. — San Martín y el centinela del laboratorio de mixtos en Chile. — Duelo entre José Melián y el capitán Olazábal. — San Martín y Olazábal después del duelo. — Recomendación picaresca que le hace San Martín. — Castigo impuesto por San Martín a un español que le niega el saludo. — Español que por orden de San Martín se pasea por las calles de Mendoza con un peso fuerte de la patria colgado al cuello. — San Martín y el capitán Reyes, pagador del ejército. — Veinte onzas que don José de San Martín pone en manos de Reyes sin que lo sepa el general San Martín. — Un bofetón aplicado por el teniente Basavilvaso a un súbdito inglés, castigado ingeniosamente. — Corrida de toros en Mendoza para festejar la jura de la bandera. — El trofeo que hace ruborizar a la esposa de San Martín. — Un baile en Mendoza en que San Martín quiere bailar con una *cotorrona*. — El capitán José María Rivera y San Martín. — Un emisario de Marcó caído en la emboscada preparada por San Martín. — El jarro del emisario y el que mandó fabricar San Martín para contestar a Marcó. — San Martín y los caciques existentes en el sur de Mendoza. — San Martín en la noche del 11 de febrero, víspera de la batalla de Chacabuco. — San Martín en la silla en que descansó después de la batalla. — Un vendedor de gallinas en Santiago y San Martín. — El supuesto vendedor emisario secreto de San Martín. — Contestación dada por San Martín a Las Heras al redactar el parte de Maipú. — La olla de Huaura. — Luna Pizarro y San Martín en comunicación. — El don inventivo de San Martín. — El gobierno de un nuevo Estado y los zapatos de Molière. — El himno peruano y San Martín. — San Martín y el banquero Laffitte.

Puede asentarse como una verdad o postulado que si los grandes hombres se descubren en el conjunto de sus actos heroicos, se descubren igualmente en aquellos que, escapando al dominio dramático, son una consecuencia natural y lógica del ingenio, de la modalidad o del despejo que los distingue.

Lo episódico, pues, y lo anecdótico recobran así un valor demostrativo, del cual no puede prescindir la historia, al encararse ella con los personajes que llenan su teatro de acción, y que a veces nos permiten descubrir en pro de esos personajes lo que no descubrimos en los documentos.

Concretándonos al héroe que nos ocupa, podemos afirmar que el hombre anecdótico acompaña y define muchos veces al guerrero

y al hombre de acción. Muchos y muy variados son los rasgos que nos permiten apreciar las características de San Martín, pero debiendo escribir una página de conjunto, sólo nos concretaremos aquí a señalar aquellos episodios o anécdotas en que se destaca con singular relieve, ya su carácter, ya su voluntad, ya su ingenio travieso y luminoso.

Cuando San Martín fué destinado para dirigir el ejército del Norte, después de su triunfo en San Lorenzo, se dirigió, como ya lo sabe el lector, a Tucumán y procedió allí a la institución de una academia, para la instrucción de los oficiales.

Esta academia la presidía él en persona, y entre sus oyentes se encontraban el general Belgrano y el coronel Dorrego. En un momento dado, San Martín procedió a aleccionar a sus alumnos en la manera de dar la voz de mando. Al llegar el momento en que el general Belgrano debía repetir la lección, Dorrego, que estaba a su lado, soltó la risa. San Martín no pudo tolerar este rasgo de hilaridad, y dirigiéndose a Dorrego, le dijo: «Señor coronel, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando». En ese entonces Belgrano repitió por segunda vez la lección transmitida, y por segunda vez Dorrego soltó la risa. San Martín salió en ese entonces de sus casillas, y empuñando el candelero que había sobre la mesa, y dando con él un golpe vigoroso, clavó sus ojos en Dorrego y le dijo: «He dicho, señor coronel, que hemos venido a uniformar las voces de mando». El tono de su observación y lo fulminante de su mirada, bastó para que Dorrego volviese a la seriedad, y el acto académico se desenvolviese en su tono normal.

Estando ya en Mendoza en 1815 se informó San Martín que un religioso franciscano, el padre Bernardo López, se trasladaba de Chile a Cuyo clandestinamente y que aquel religioso efectuaba el viaje como espía de Osorio. Una vez en poder de la policía patriótica, el padre López fué llevado prisionero al cuartel de los granaderos, instalado en ese entonces en el convento de Santo Domingo, y San Martín dió orden al auditor Vera para que le formase el sumario. El padre López comenzó por declarar que no era espía, que venía huyendo de las tropelías de los jefes realistas en Chile y con el propósito de no retornar más a ese reino. A pesar de estas declaraciones, y como el auditor de guerra estaba en poder de otros documentos que acusaban la deslealtad de su proceder, se le sentenció a muerte. En la mente de San Martín no entraba el ejecutar la sentencia, pero sí el valerse de ella para descubrir la verdad, y obligarlo así a hacerle entrega de las comunicaciones realistas de que lo sabía portador. Con el ceremonial de ordenanza se leyó la sentencia. Al mismo tiempo se le presentó uno de los capellanes del ejército con un Santo Cristo en la mano exhortándolo a reglar su conciencia antes de pasar a la eternidad. Cuando el padre López vió la vida en peligro, reaccionó y dirigiéndose al capellán que lo exhortaba a encarar cristianamente el último tran-

ce, le pidió que le suplicase a San Martín por Dios y por todos los santos que le salvase la vida, ya que le haría entrega de las cartas que tenía en su poder.

El capellán entonces se dirigió a San Martín y le dió a conocer la buena disposición en que se encontraba el sentenciado. En el acto San Martín dispuso que su auditor y su escribano se dirigiesen al calabozo y recogiesen allí las declaraciones que formularía el padre López. Este, al verse en presencia de los delegados de San Martín, se quitó la capilla del hábito y la entregó al auditor de guerra, diciéndole: «Entre sus forros vienen cosidos los papeles que me han puesto en tan duro trance». El auditor y el escribano recogieron esa prenda de la indumentaria monacal, la descosieron, y se encontraron allí con el cuerpo del delito. El padre López era efectivamente portador de cuatro cartas, sospechadas ya por San Martín, y escritas con letra pequeñísima. Ellas estaban dirigidas a don Antonio Mont, a don Isidro Maza, a don Lorenzo Zorraquín y a otro vecino más de Mendoza.

Incautados ellos de estos documentos, retornaron a San Martín, quien en el acto dió orden para que se suspendiese la ejecución de la sentencia de muerte, y llamando a Espejo, que era su cronista habitual, dictó la contestación que a él le convenía y que reclamaba cada uno de esos documentos.

Llenada esta tarea, hizo venir a su presencia a los vecinos comprometidos en este espionaje y encarándose individualmente con cada uno de ellos, les dijo: «Esa es la respuesta a la carta que trajo el padre López. Ya ve usted que no envuelve compromiso que le sea gravoso en ningún sentido. Firme usted; pero cuidado con el sigilo».

De más está decir que ninguno puso reparos a lo que tenía el carácter de una orden, y los documentos firmados así fueron remitidos a Chile, escritos por cierto en la forma y con las falsas referencias que a San Martín le convenía para su gran tramoya.

En otra ocasión, y antes de que San Martín hiciese su entrada en Santiago, un religioso agustino llamado el padre Zapata lo hizo blanco de sus iras y de sus furibundos anatemas. Comentando su nombre, decía él a su oyentes: «¡San Martín! Pero si sólo esto es ya una blasfemia! No lo llaméis San Martín, sino Martín, para que se semeje más a Martín Lutero, prototipo de la impiedad y de la sedición contra las leyes divinas y humanas, contra el altar y el trono».

Llegado a Chile, San Martín se enteró de los desmanes oratorios del religioso de la referencia y lo hizo comparecer ante sí para aleccionarlo con un buen correctivo. El padre Zapata no pudo resistirse al llamado, y al tenerlo en su presencia y torciéndose los bigotes para darse, como dice Sarmiento, «espantables aires de matón», clavó en él sus ojos negros y centelleantes y hablóle así: «Cómo, so godo bellaco, usted me ha comparado con Lutero y adul-

terado mi nombre, quitándome el *San* que le precede... ¿Cuál es su apellido?... — Zapata, señor general, respondió aterradamente el agustino. — Pues le quito el *Za*, le dijo San Martín, en castigo de su delito, y si alguien le da su antiguo apellido, lo fusilo».

Más muerto que vivo el padre Zapata salió a la calle, y como en ese momento acertase a pasar por su lado un amigo realista, asombrado de verlo salir de la casa del general insurgente, le observó: «¿Cómo, usted por acá, padre Zapata?» No había acabado de pronunciar su frase el dicho quídam cuando el padre en cuestión, aterrado y con voz ahogada, le cortó la palabra diciéndole: «No, no, no soy el padre Zapata, sino el padre *Pata*. Llámeme usted *Pata* y nada más que *Pata*, porque la vida me va en ello».

Esta misma anécdota nos la cuenta en sus *Tradiciones peruanas* don Ricardo Palma, pero como acaecida, no en Chile, sino en el Perú. Este insigne publicista nos dice que cuando San Martín llegó a aquellas tierras se encontraba desempeñando el curato de Chancay el religioso franciscano fray Matías Zapata, godo de primera agua. Un domingo después de la misa dominical se dirigió a los fieles y significóles que el nombre del insurgente criollo era por sí solo una blasfemia y que estaba en pecado mortal todo aquel que lo pronunciase no siendo para execrarlo. Llamarse San Martín era una sinvergüenza, era un agravio a San Martín de Tours todo caridad, y lo más que podía permitirse era llamarlo Martín por su semejanza con Martín Lutero, el pérfido hereje.

«No pasaron muchos domingos sin que el Libertador del Perú, al trasladar su ejército al norte de Lima, se enterase de esta prédica revolucionaria, y resuelto a poner un freno a la elocuencia rabiosa del orador lo llamó a su presencia y le dijo: «¿Es cierto que usted me ha comparado con Lutero y le ha quitado una sílaba a mi apellido? No me devuelva usted nada, prosiguió, y quédese con ella; pero sepa usted que yo, en castigo de su insolencia, le quito también la primera sílaba de su apellido y entienda que lo fusilo sin misericordia el día que le ocurra firmar *Zapata*. Desde hoy no es usted más que el padre *Pata* y téngalo muy presente». Nos cuenta Palma, que hasta 1823 no hubo en Chancay partida de nacimiento, defunción u otro documento parroquial que no llevase por firma fray Matías Pata. «Vino Bolívar y le devolvió el uso y el abuso de la sílaba eliminada» (1).

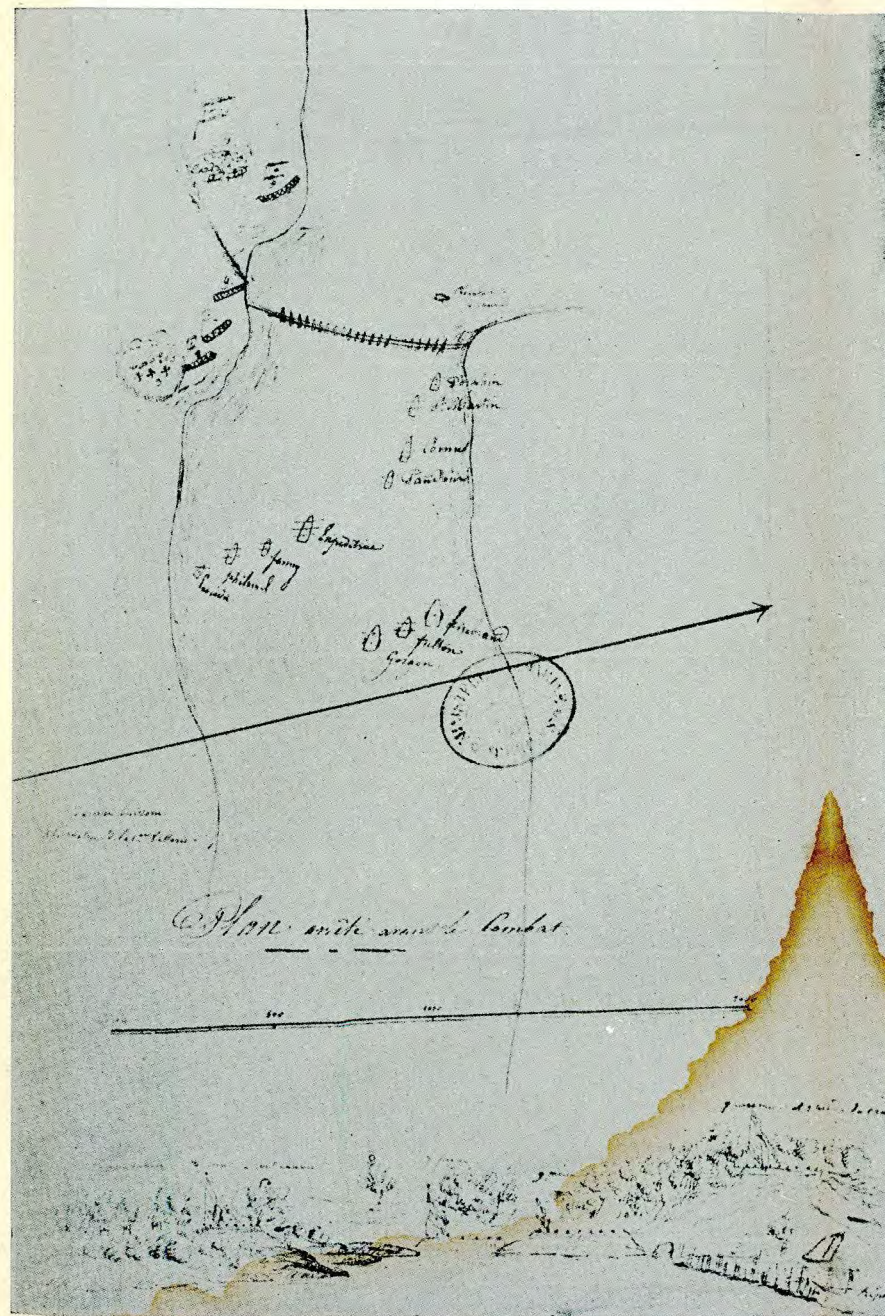
(1) *Tradiciones Peruanas*, t. V, pág. 93. — Haciendo alusión a esta anécdota don Ricardo Palma nos dice: «A viejos y viejas oí relatar, allá en los días de mi infancia, como acaecido en Chancay, el mismo gracioso lance a que un ilustre escritor argentino da por teatro la ciudad de Mendoza. Como no soy de los que se ahogan en poca agua, y como en punto a cantar homilias a tiempos que fueron, tanto da un teatro como otro, ahí va la cosa tal como me la contaron».

Presumimos nosotros que el ilustre escritor argentino a que alude el tradicionalista peruano es Sarmiento. Pues bien, Sarmiento no ubica este episodio en la ciudad de Mendoza, sino en la ciudad de Santiago de Chile. Como acaba de verse, trátase de un episodio en dos tiempos. El primero tuvo lugar estando efectivamente

Encontrándose San Martín en Chile, resolvió un día visitar el laboratorio de mixtos que se encontraba instalado en uno de los cuarteles. Como de costumbre se trasladó a él a caballo, acompañado de sus edecanes y después de haber finalizado la primera parte de su visita resolvió pasar a completarla entrando en el laboratorio de la referencia. Por consigna dada por él mismo estaba absolutamente prohibida la entrada a las personas ajenas a los trabajos del laboratorio y a todas aquellas que se presentasen revestidas con el uniforme militar. En momentos en que San Martín se acercó a su puerta, los operarios estaban en plena faena. Se encontraban éstos fabricando cartuchos, lanzafuegos, estopines, espoletas para las granadas y todo género de proyectiles, y sin más averiguar intentó penetrar en su recinto. Inmediatamente el centinela que estaba de guardia se adelantó y le dijo: «Alto ahí, señor. No se puede entrar». Ante tal repulsa San Martín repuso con vehemencia: «¿Cómo es eso? ¿No me conoce usted, no sabe que yo soy el general en jefe?» El centinela, que era un soldado perteneciente a la compañía que comandaba Jerónimo Espejo y que tenía por nombre Anselmo Tovar, le respondió: «Sí, señor, lo conozco, pero ahí no se puede entrar». San Martín vestía en ese momento su casaca militar; llevaba botas con herraduras y espuelas, y acaso olvidándose que la entrada en el laboratorio vestido en esa forma estaba prohibida, hizo un ademán para empujar la puerta y avanzar. El centinela caló entonces la bayoneta y volvió a repetirle: «Ya he dicho, señor, que así no se puede entrar», gritando luego: «¡Cabo de guardia! ¡El general quiere forzar el puesto!» Al ver esto, uno de los sargentos corrió al cuerpo de guardia para llamar al cabo, y así que éste llegó a presencia del general, le dijo: «Señor general, la consigna que el centinela tiene es que nadie puede entrar en el laboratorio vestido de uniforme y es por esto que se le ha resistido la entrada. Si V. E. quiere entrar sírvase pasar a este cuarto a cambiar de traje para que pueda hacerlo en la forma que está permitido».

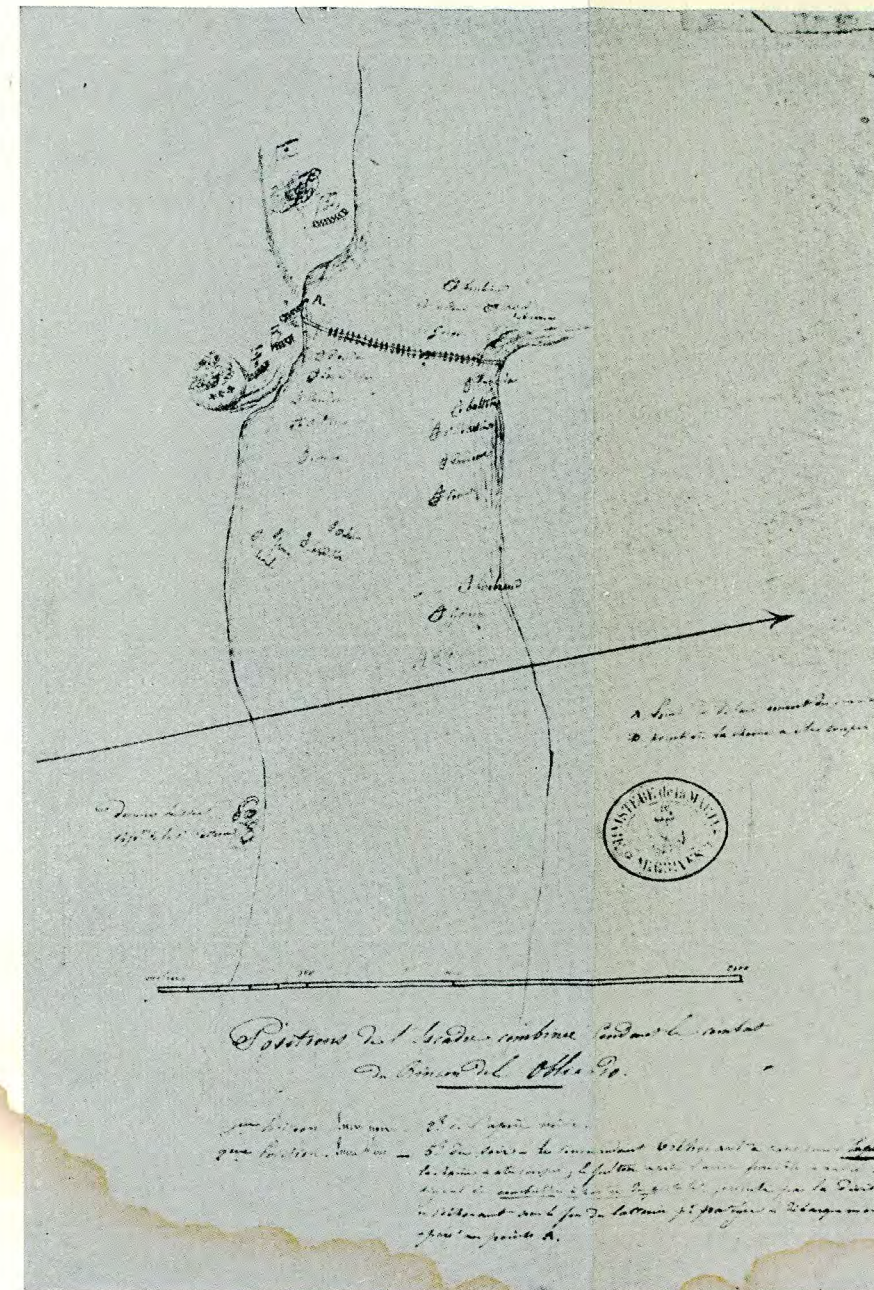
Sin poner reparos a esta observación, San Martín pasó al cuarto que se le señalaba, se despojó de su uniforme, se puso un par de alpargatas, pantalón, saco y gorro de brin, y revestido así, se presentó al centinela, el cual no trepidó en abrirle la puerta. San Martín realizó la visita que deseaba efectuar, y terminada ella, pasó a revestir nuevamente su uniforme, y a trasladarse luego a su residencia en compañía de sus ordenanzas. Una vez allí, mandó llamar al centinela causa de este episodio, y después de formularle varias preguntas le platicó sobre el valor moral de la subordinación,

San Martín en Mendoza y el segundo realizóse después que San Martín hubo pasado los Andes y triunfado en Chacabuco. Los desmanes oratorios del padre Zapata pertenecen, pues, al primero de estos tiempos y el correctivo dado por San Martín al segundo.



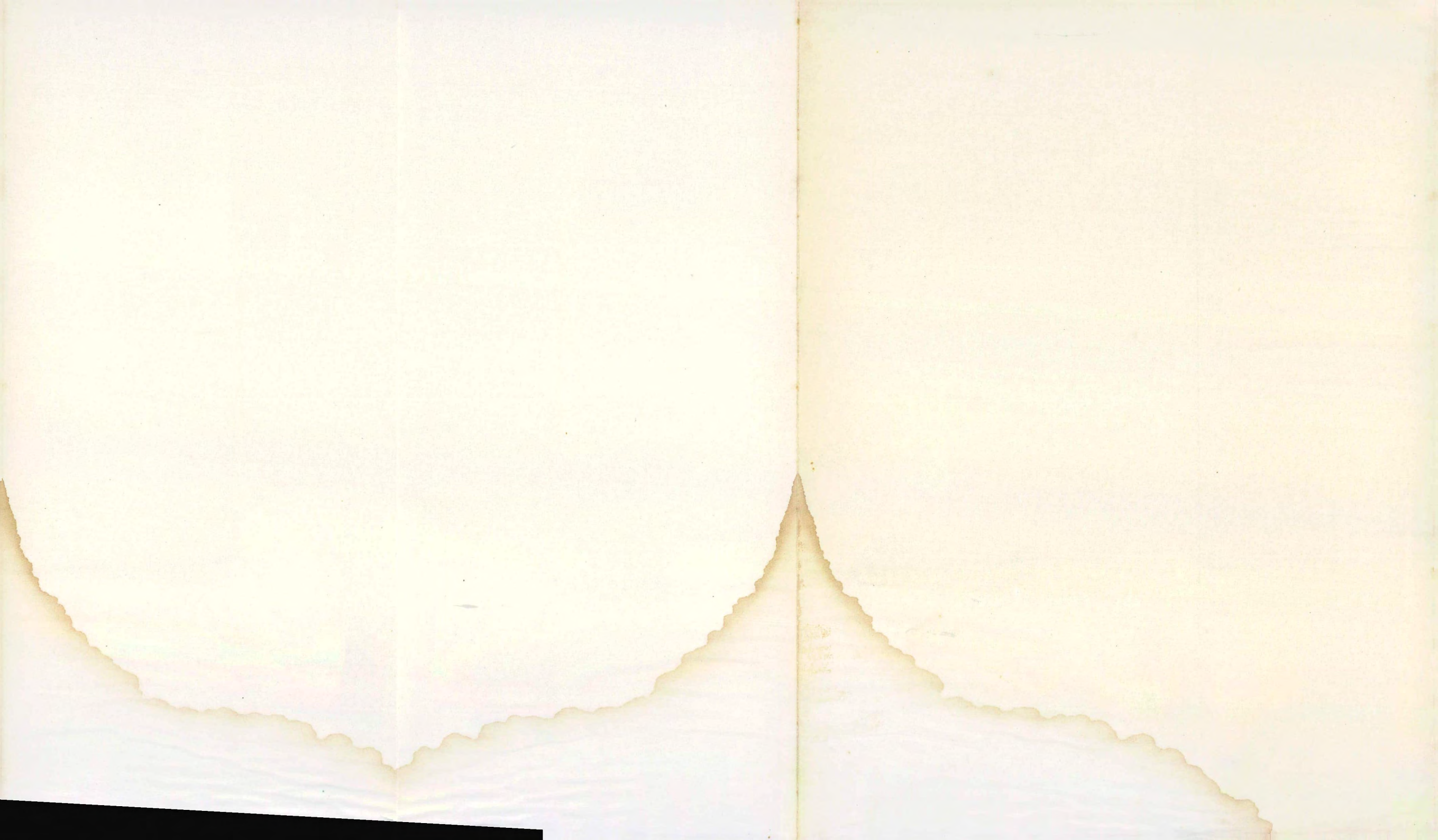
COMBATE DE OBLIGADO

Posición que ocupaban los barcos que componían la escuadra francoinglesa antes del combate. (Archivo de la Marina, París).



COMBATE DE OBLIGADO

Posición que ocupaban los barcos que componían la escuadra francoinglesa durante el combate. (Archivo de la Marina, París).



sobre la obediencia y sobre el cumplimiento de los deberes. Aprobó su conducta, le regaló una onza de oro y luego lo despachó. Con esto quería demostrar San Martín su culto y su respeto por la disciplina.

En el año de 1815, se encontraba en Mendoza con el grado de teniente de Granaderos a caballo, don Manuel Olazábal. Cierta día tuvo un incidente con el teniente coronel de ese cuerpo don José Melián y con tal motivo, éste, que era superior en años a Olazábal, lo trató de mocoso. Como consecuencia del insulto, Olazábal quiso salir por los fueros de su honor — no tenía en ese entonces sino 15 años — y resolvió batirse. Enterado San Martín, se lo prohibió y lo amenazó aún con la muerte si le desobedecía. Olazábal salió de la presencia de San Martín dispuesto a oír su consejo, pero pronto cambió de opinión y resuelto a cumplir su primer intento procedió a designar su padrino, como lo hizo igualmente a su vez el teniente coronel Melián. Este eligió como padrino al coronel don José Matías Zapiola y aquél al capitán don José Aldao. Llenadas estas formalidades, los duelistas se dirigieron a un punto de la Alameda, señalado para efectuarse el duelo. Llegados allí, cada cual empuñó el arma respectiva que lo era el sable, e iniciado el desafío Melián recibió un sablazo en una pierna y Olazábal uno en la rodilla y otro en la mano derecha.

Olazábal, que nos cuenta este episodio, no nos dice si allí se reconciliaron. Creemos que así sucedió, pues según él, Melián, a fin de ocultar en lo posible lo sucedido, se lo llevó a su casa para allí curarlo, pues la herida de la rodilla era de gravedad. Al día siguiente del suceso y a eso de las nueve de la mañana se presentó en casa de Melián un sirviente desconocido llevando consigo una bandeja que contenía una sopera con un buen puchero de gallina y una cafetera con café con leche, con orden además de entregarle a él un peso fuerte. Por la tarde se presentó nuevamente el mismo emisario, desconocido para Olazábal, con otro puchero de gallina. Al día siguiente se repitió el envío a la hora del almuerzo y el envío del peso fuerte, repitiéndose este obsequio durante el mes y medio que duró su convalecencia, e ignorando el beneficiado qué mano oculta practicaba esta largueza.

Sólo tiempo después supo él que era San Martín quien procedía así por el gran cariño que le profesaba. Restablecido de su herida, Olazábal pasó a vivir a su alojamiento, o sea al cuartel instalado en el convento de Santo Domingo. Un día que cruzaba el patio, todavía apoyado en sus muletas, oyó de improviso la voz del centinela que señalaba la presencia allí del general San Martín. Este, efectivamente, había entrado al cuartel montado a caballo y por lo largo de su trote Olazábal careció del tiempo necesario para ocultarse a su vista. Cuando se bajó del caballo y se enfrentó con Olazábal, al verle a éste portador de muletas, le colocó una mano sobre el hombro izquierdo y le dijo: «Y bien, hijo, ¿qué tiene us-

ted? — Señor, contestó Olazábal, una rodada que he dado. — Siempre será usted calavera, ¿eh? replicó San Martín. Cúidese usted y no vuelva a rodar».

Nos cuenta el mismo Olazábal que paseándose San Martín un día por las calles de Mendoza — esto sucedía en 1815 — llevaba como prenda de vestir su *falucho*, o sombrero elástico, su casaca de granadero, el sable y sus botas. En ese momento pasó por su lado un español de clase media que le tomó la vereda y no lo saludó. San Martín se dirigió en el acto al transeúnte y le preguntó: «¿Usted me conoce? — Sí, señor, respondió el español. — ¿Quién soy yo? — El general San Martín. — Y bien, agregó éste, dirigiéndose a su ordenanza que era un soldado irlandés: Lleve usted a este hombre y entréguelo al oficial de guardia del cuartel y que lo ponga de plantón por dos horas, de pie al lado del centinela, imponiéndole el deber de quitarse el sombrero cada vez que entre o salga un soldado.

«El atrevido y descortés español, nos dice Olazábal, recibió una buena lección de urbanidad, porque los soldados entrando y saliendo no lo dejaban respirar un momento, poniéndose y quitándose el sombrero».

En 1816 se presentó en una pulpería, nos cuenta también Olazábal, un español para que se le cambiase una moneda de oro de cuatro fuertes. En el cambio que le dió el pulpero había un peso con el escudo de la patria. Esta circunstancia encolerizó al español y dirigiéndose al pulpero le dijo: «Yo no recibo esa moneda sino las del Rey, y no acepto este cambio».

Enterado San Martín de lo sucedido tomó una medida disciplinaria y ordenó que durante ocho días consecutivos, el referido español se pasease por las calles de la ciudad de Mendoza durante cuatro horas diarias con un peso fuerte de la patria colgado al cuello, para castigar así su imprudencia.

Por esa misma época se encontraba en Mendoza el capitán del batallón nº 7 don Luis Toribio Reyes, que ejercía al mismo tiempo el oficio de pagador. Como era aficionado al juego de azar, un buen día perdió en el juego la suma recibida para pagar a los soldados de su compañía. Al verse en situación tan apurada, acudió a diferentes procedimientos para recuperar la suma perdida, pero fracasados todos ellos, no encontró otro para salir del mal paso, que el de dirigirse en persona al propio San Martín. Enterado éste de su presencia, y creyendo que la visita la motivaba una razón de servicio, le permitió la entrada a su despacho, y al verle le preguntó: «¿Qué se le ofrece a usted?» Reyes cerró la puerta con la mayor seriedad y le contestó: «Vengo a ver al señor San Martín, porque estoy cierto que es un caballero y no permitirá mi deshonor, pues la fatalidad me ha conducido a cometer un crimen. — Y bien, ¿qué es lo que hay? le interrogó San Martín. — Anoche, le contestó Reyes, he perdido el dinero con que tengo que pagar ahora a mi

compañía y no puedo hacerlo. Y usted sabe que si esto llega a conocimiento del general San Martín estoy perdido sin remedio. — ¿Y cree usted que el general no lo sepa? le preguntó éste. — Sí, señor, estoy seguro de ello, porque sólo usted y yo poseemos este secreto. — Bien está, replicó San Martín; ¿y cuánto precisa usted? — Veinte onzas, se apresuró a declarar Reyes, onzas que iré devolviendo mensualmente según me sea posible».

San Martín se dirigió entonces hacia su dormitorio, retiró de allí el dinero que le pedía Reyes y al colocarlo en manos de su interlocutor, le declaró: «Tome usted, pero tenga presente que si el general San Martín llega a saberlo, será usted pasado por las armas».

De esta manera, don José de San Martín vino a salvar al capitán Reyes de la punición que se merecía, y esto sin que lo supiera el general don José de San Martín.

Olazábal nos dice que Reyes no dejó pasar mucho tiempo sin manifestarle a San Martín su gratitud, descubriéndole con oportunidad «una importante revelación», relacionada al parecer con un complot en germen. En cuanto a las veinte onzas, parece que San Martín no las volvió a ver ⁽¹⁾.

Estando el ejército de San Martín acampado en el Plumerillo, aconteció un día que el teniente de Granaderos a caballo don Hipólito Basavilvaso provocó un escándalo pegando un bofetón a un súbdito inglés, vecino de Mendoza. Este acto, según las leyes disciplinarias que regían al ejército, caía en el dominio del consejo de guerra, y San Martín, que estimaba mucho a Basavilvaso, comprendió que si el caso en cuestión era sujeto a aquel Consejo, su teniente quedaría mal parado. Para evitarle, pues, a Basavilvaso el cumplimiento de la pena que le correspondía, pero deseoso al

(1) La exactitud de este episodio está corroborada además por lo que nos cuenta don Jerónimo Espejo en su obra *El Paso de los Andes*. Recuerda éste que estando en Lima le oyó un día al general San Martín que encontrándose en el campo de instrucción en Mendoza se le presentó el edecán que estaba de servicio diciéndole: «Señor, ahí está un oficial, preguntándome si está visible don José de San Martín». En ese entonces San Martín respondió que si buscaba al general en jefe ahí estaba, pero que el oficial le repuso: «Yo no busco al general en jefe, sino a don José de San Martín».

Con este antecedente, el edecán entró al gabinete del general y le refirió palabra por palabra lo ocurrido con el oficial. A lo que el general respondió: «Hágalo usted entrar y vuélvase a la antesala y que nadie entre mientras yo no avise». De acuerdo con lo dispuesto por San Martín el oficial en cuestión fué autorizado a entrar a su dependencia y levantándose San Martín del bufete en que estaba escribiendo salió a su encuentro como era su costumbre. Fué entonces que principió el diálogo a que alude en su anécdota el capitán Olazábal y que con alguna alteración de forma reproduce Espejo. En la versión dada por éste el discurso puesto en los labios del oficial peticionante adquiere una extensión que no tiene en el relato de Olazábal. Concluye él poniendo en los labios de éste la siguiente declaración: «Yo le prometo, señor, que pasado este trance, tan afligente para un joven pundonoroso como yo, pediré mi separación de la carrera militar y me ocuparé del servicio de su persona como doméstico, como peón o como usted quiera, a trueque de pagarle la suma que me supla y salve el honor»; por el relato de Olazábal sabemos que éste no era otro que don Luis Toribio Reyes, capitán del batallón nº 7.

mismo tiempo de castigarlo con cierta severidad lo mandó llamar a su presencia por intermedio del coronel Zapiola, jefe del regimiento y cuando lo tuvo en su presencia le dijo: «Teniente Basavilvaso: necesito mandar ahora mismo a Buenos Aires un oficial no sólo capaz de guardar el mayor secreto, sino que sea de grande actividad, y lo mando a usted seguro de que llenará su cometido». Acto continuo agregó: «Aquí tiene usted esta comunicación para el supremo director y esta herradura que le entregará personalmente. Usted no pierda un momento en caminar día y noche pues sólo espero su regreso para ponerme en marcha — esto sucedía en víspera de pasar los Andes el ejército libertador — y sólo faltan las herraduras para las mulas cuya muestra a usted le confío».

Media hora después el teniente Basavilvaso ensillaba su caballo y se dirigía a la posta inmediata a Mendoza, con la herradura en la faltriquera, que guardaba allí como una reliquia. Su viaje fué notable por la rapidez. Lo primero que hizo a su llegada a Buenos Aires fué dirigirse inmediatamente a Pueyrredón, entregarle la herradura y el oficio escrito por San Martín. Más muerto que vivo pensó luego en descansar y tomando en serio la orden dada por San Martín, a toda hora y a todo momento se dirigía al fuerte pidiendo el despacho para regresar nuevamente a Mendoza. La verdad de la intención de San Martín, sólo la supo cuando el director, cansado de su instancia, lo mandó retirar, diciéndole que no volviese más a importunarlo. De tal manera, como se ve, San Martín salvaba la disciplina y al mismo tiempo salvaba a un oficial meritorio y que mucho quería.

Como ya es notorio, San Martín antes de iniciar la reconquista de Chile, determinó proceder a la jura de la bandera que debía servir de enseña al ejército libertador. Este acto provocó una viva exaltación patriótica en la ciudad de Mendoza y deseosos sus habitantes de solemnizar ese acto en forma jubilosa y popular, resolvieron desarrollar una serie de fiestas taurinas, eligiendo para esto una de las mejores plazas de la ciudad. Al mismo tiempo, y entre los iniciadores de estos festejos y regocijos, se procedió a la formación de cuatro cuadrillas, y para la indumentaria que correspondería a cada una de ellas, convínose el presentarlas vestidas con trajes de indios, de gauchos, de negros y de turcos. Estas cuadrillas trataron de rivalizar en el lujo de su indumentaria, y la que tenía por objeto representar a los indios, se procuró los mejores caballos, adquiriéndolos en las tolderías de los mismos.

El despejo de la plaza quedó confiado al general O'Higgins y al comandante don Juan Gregorio de Las Heras. El teniente Juan Apóstol Martínez fué designado domador, y como espadas se vieron elegidos el mayor Manuel Nazar y el capitán Simón Antonio Santuchos. El oficio de banderilleros y de capeadores recayó en varios jóvenes oficiales, y para picadores fueron designados el teniente Juan Lavalle y un ciudadano chileno de nombre Villota. Para enla-

zadores lo fueron — eran éstos los que se encontraban vestidos de gauchos — los tenientes Pedro Ramos, M. Giménez, Manuel Olazábal y dos civiles de Mendoza.

La fiesta comenzó con la entrada del toro en la plaza. El teniente O'Brien, que al decir del cronista que nos cuenta este episodio «estaba engrillado de cintas» y por lo tanto sin libertad para sus movimientos, una vez en presencia del toro saltó sobre él sin verse lesionado por la menor cornada. Cuando llegó el momento de enlazar al animal, el teniente Olazábal se presentó en su puesto. Con mano diestra y con ojo certero dirigió sobre el toro su lazo, y segundos después, aprisionado por él, el toro cautivo forcejeaba inútilmente para librarse. En ese momento, Olazábal bajó de su caballo, empuñó el puñal que llevaba al cinto y lo clavó violentamente en la nuca del toro. No contento con haber ultimado así a su víctima, con esa misma arma le amputó los adminículos glandulares y una vez consumado este último sacrificio, resolvió presentarse al palco en que se encontraba la esposa de San Martín, a fin de brindarle su trofeo.

¿Qué sucedió después? Olazábal nos lo dice. Mientras la esposa de San Martín, toda sonrojada, se rehusaba a aceptar semejante obsequio, San Martín, con tono picaresco, se dirigía a ella, y clavando en su rostro su mirada brillante, le decía: «Remeditos, toma lo que te trae Olazábal». De más está decir que la insinuación de San Martín no se llevó a efecto, y que quien recogió ese trofeo, lo fué don Bernardo O'Higgins, que se encontraba a su lado en el mismo palco. Al ponernos al corriente de este episodio, Olazábal nos previene que en ese momento contaba él dieciséis años de edad, y que habiendo tonificado sus energías para esa lid con unos tragos de «rhom» se había visto asaltado en su mente por esa idea «tan descabellada».

Esas fiestas taurinas terminaron con un baile que dió San Martín en la casa de gobierno. Olazábal se presentó a él con su vestido de gaucho, y apenas lo distinguió aquél entre el grupo de los concurrentes, lo llamó y le dijo: «Vaya usted a invitarme una *cotorrona* — es decir una señora de respeto — para bailar con ella un minuet». Yo fuí al momento, escribe él, y le presenté una señorita joven con la que bailó; pero después de llevarla a su asiento, me llamó y me dijo: «¿No le previne a usted que debía invitarme a una *cotorrona*? ¿Por qué ha ido usted a sacar a Laurencita? — Me pareció, señor, le contestó éste, que V. E. bailaría con más gusto con una joven que con un vejestorio. — Vaya usted al diablo, le contestó, es usted un insubordinado». «En obsequio a la verdad, concluye Olazábal, cual más cual menos, todos estábamos entre San Juan y Mendoza» (1).

(1) La niña con quien bailó San Martín en esa ocasión fué después la esposa de Olazábal. San Martín además se vinculó a los nuevos desposados por su padrinazgo.

Terminado el baile, San Martín se retiró a su casa y al pasar por la plaza Matriz se encontró en una de sus esquinas con el capitán de Granaderos a caballo don José María Rivera. Este sufría aún las consecuencias de las libaciones nocturnas, pero no hasta tal grado de desconocer al general San Martín cuando éste al llegar a aquel punto le preguntó: «¿Qué hace usted aquí, capitán Rivera?» Incorporándose lo mejor que pudo, Rivera le contestó: «Señor, está pasando por delante de mí toda la ciudad y espero llegue mi cuarto para entrar y acostarme a dormir». «Rivera, le dijo el general: no deje usted de entrar cuando llegue su alojamiento y acostarse a dormir antes que amanezca».

Durante los aprestos que precedieron a la campaña de Chile tenía San Martín allí los más activos confidentes que lo ponían al corriente de las medidas que tomaba Marcó con el propósito de impedirle la invasión de aquel reino. Un día recibió aviso San Martín que había salido de allí para Mendoza, por el camino del Portillo, un emisario, e inmediatamente dispuso que don José María Correa de Saa con seis soldados se pusiese en marcha y apostado en el lugar conveniente detuviese al emisario y lo registrase con escrúpulo. El espía en cuestión cayó en la emboscada preparada por San Martín; pero por más que el capitán de Saa registró convenientemente sus alforjas nada encontró que le llamase la atención. El emisario este era chileno y se decía antiguo soldado del general Carrera. Por más que se le preguntó por la razón de su viaje, se mantuvo en estricta reserva declarando categóricamente que no era godo ni podía serlo. Imposibilitados Saa y sus soldados para descubrir el cuerpo del delito, lo condujeron a presencia de San Martín. Este en el acto procedió al registro de sus alforjas y de sus maletas. En ellas encontró de todo: pan, charqui, hierba, y entre todo esto y otras cosas más un tarrito de lata. Cuando San Martín lo descubrió se dirigió a Saa y le dijo: «Es usted un zonzó; desuelde usted el jarro, que ahí está la correspondencia». El soldado de la patria vieja — así se decía él — no esperó más, y echándose a los pies de San Martín pidióle perdón y le ofreció decirle toda la verdad. Hecha la operación prescrita por San Martín, mandó éste que Saa se retirase, encargándole la inviolabilidad del secreto. En el fondo del jarro — el fondo de éste era doble — se halló una carta anónima en que se preguntaba todo lo conveniente. Se deseaba saber por dónde pasaría el ejército de los Andes, cuál era su componente, y otros informes más. Impuesto San Martín del contenido de esta carta, preguntó al chileno a quién debía entregarla y éste contestó que el destinatario era don José Mont, español de nacionalidad, casado, padre de numerosa familia y objeto ya de dos comunicaciones por parte de los realistas de Chile.

«Asegurado el general, escribe Olazábal, por las grandes ofertas que hizo al espía, de que le serviría con lealtad, mandó llamar al día siguiente un hojalatero y bajo una seria amenaza, le mandó

hacer al momento un jarrito igual donde se puso la carta y en la noche despachó al hombre para entregarlo en la chacra en donde vivía don José Mont». A los cuatro días recibió él la contestación que daba Mont, pero en lugar de llevarla a Chile se la llevó a San Martín. Este se decidió entonces por hacer otro jarro de lata con doble fondo y colocó en él la respuesta que esperaba Marcó y que era la que le convenía. Por supuesto, estaba ella llena de mentiras que desfiguraban en absoluto la realidad de su plan. Bien instruido de lo que debía hacer, el chileno, ya ganado a la confianza de San Martín, repasó la Cordillera y se dirigió a Santiago, regresando luego con nuevas comunicaciones que entregó a San Martín y que volvió éste a contestar como le convenía.

Entretanto don José Mont estaba muy tranquilo en su chacra creyendo que sus respuestas beneficiaban a la causa del Rey. Sin embargo sucedía todo lo contrario, pues las comunicaciones que él firmaba y que San Martín transmitía en la forma antedicha, le anunciaban a Marcó un ataque sobre Chile por puntos muy distantes de los que en realidad de verdad entraban en el plan estratégico del futuro Libertador.

No deja de ser interesante el recordar aquí un episodio apuntado por Olazábal y relacionado con aquella entrevista que lo llevó a San Martín al campamento de los indios pehuenches, al sur de Mendoza.

La entrevista se desenvolvió con todo el aparato que San Martín había calculado como eficaz para atraerse la simpatía de aquellas tribus. Recordando estos pormenores y sobre todo el momento de las libaciones indígenas, Olazábal nos dice: «Los soberanos del desierto, que ya se habían desayunado con una buena dosis de aguardiente, prorrumpieron en alaridos y vivas a San Martín, abrazándolo y prometiéndole morir por él y ayudarlo».

De más está decir que terminada la entrevista y estas demostraciones de júbilo, San Martín se vió en la necesidad de mudarse toda la ropa. El tufo con que éstos lo habían saturado era insoportable, y no eran pocos los parásitos, «hijos del desierto», que al decir de Olazábal caminaban sobre su uniforme. San Martín tuvo en ese momento una expresión de buen humor, y dirigiéndose a los jefes que formaban su comitiva, les dijo: «¡Qué diablos! ¡Estos piojos se comerán a mi amigo Marcó del Pont, que siempre está lleno de olores!»

Recordando la batalla de Chacabuco y sus preliminares, Olazábal nos coloca en presencia de San Martín, y al par que nos pondera su previsión, nos pondera igualmente su grandeza de ánimo. «Jamas, dice él, ningún general presenta la historia que como San Martín haya calculado su plan de campaña con tanta precisión. El 11 de febrero en la noche, víspera de la inmortal batalla de Chacabuco, el ejército de los Andes vivaqueaba al pie de la gran cuesta y al día siguiente debían decidirse los destinos del continente sud-

americano. Aun me parece estar viendo al gran capitán con su casaca de Granaderos a caballo y aquellos ojos que centelleaban, abrazando el espacio en su tienda de campaña, rodeado en la junta de guerra de sus principales jefes: Soler, O'Higgins, Beruti, Zapiola, Las Heras, Alvarado, Crámer, Conde, Plaza, y el patriota chileno Ramírez, práctico de aquella topografía, diseñando sobre el croquis las dificultades del terreno para combatir. Cuando todos se retiraron a sus puestos, San Martín salió fuera de la tienda y yo me paseaba delante de la puerta por estar de guardia de su persona, como segundo de los ochenta granaderos a caballo de que se componía su escolta. Cuando me vió me dijo: «Y bien, ¿qué tal estamos para mañana? — Como siempre, señor, perfectamente bien, repliqué yo. — ¡Duro con los latones, agregé San Martín —, los latones eran los sables — sobre las cabezas de los matuchos, que queden pataleando! — No tenga cuidado V. E., le repliqué».

«Al día siguiente, continúa Olazábal, la victoria coronó nuestros esfuerzos y concluida la lucha, el general estaba sentado en una silla en el patio de la casa de Chacabuco, hermosa hacienda donde preconizaba la primera curación de unos quinientos heridos de ambos ejércitos. Allí estábamos heridos y bañados en sangre: mi hermano Félix, capitán del batallón n° 8, Rico, Bogado y Villanueva, de Granaderos a caballo. Al momento que nos vió se levantó y se dirigió hacia nosotros preguntándonos si era cosa de cuidado.

«—No, señor, le contesté, es una bagatela. — Qué diablos, ¿también se le han afirmado a usted los godos? — Sí, señor, le respondí. — Bien, allí tiene usted al malvado San Bruno, señalando un cuarto en cuya puerta se paseaba un centinela» (1).

Un memorialista chileno, evocando los tiempos que precedieron a la batalla de Chacabuco, nos cuenta una anécdota en que se des-

(1). Esta y las demás anécdotas en que el coronel Manuel Olazábal figura como protagonista se encuentran consignadas por su mismo autor en el cuaderno manuscrito ya citado, existente en el Museo Histórico de Buenos Aires. Al consignar esta anécdota, Olazábal nos dice que al llegar a Santiago de Chile, después de la victoria de Chacabuco, se le hospedó en la casa del señor don Manuel Zaldívar. Era éste un realista de fuste que alarmado por la invasión de los patriotas, se había ocultado. Por esta razón, y teniendo en cuenta otros antecedentes, su familia fué gravada con una fuerte contribución. En vista de esto el señor Zaldívar resolvió un día salir de su escondite y entrevistarse con Olazábal. Después de los cumplidos del caso y de exponerle la razón de su ocultamiento, le declaró que su familia debía pagar una contribución impuesta por los patriotas de 20.000 pesos, pero que careciendo del dinero para hacerlo acudía a él para ver si por su intermedio el general San Martín lo eximía de aquel sacrificio.

Olazábal, movido por un sentimiento de gratitud y de conmiseración, resolvió dirigirse a San Martín y así lo hizo presentándose en Palacio. El general apenas se enteró de su presencia lo hizo entrar a su despacho y al verlo le preguntó. «Y bien, ¿cómo sigue usted de sus heridas? — Mejor, le respondió Olazábal. — ¿Y qué se le ofrece a usted? — Señor, le dijo Olazábal, la familia de Zaldívar, en cuya casa estoy alojado, se ha interesado conmigo para que me tome la libertad de venir a pedir a V. E. la gracia de que suspenda la orden de que ponga en cajas \$ 20.000 que no tiene como cumplir. — ¿Y usted, le replicó San Martín, viene a interesarse por un perro godo? — Señor, le contestó Olazábal, debo tanta estimación a esa familia... — Ese es un matucho malo, agregó San Martín. — Sí, señor, le replicó

cubre el genio inventivo de San Martín. «En uno de los largos y calurosos días del mes de enero de aquel año — era el de 1817 —, escribe Vicente Pérez Rosales, se paseaba inquieto en el espacioso y oscuro salón de una conocida y antigua casa de Santiago llamada de los Carrera, un apuesto caballero como de treinta y cinco años, alto, ojos azules, nariz prominente y cabello negro. Su aire preocupado, su continuo mirar por la entornada ventana hacia la calle, junto con sus convulsos movimientos de impaciencia, denotaban que esperaba por instantes la noticia de algún serio acontecimiento.

«Como a eso de las tres de la tarde, hora de la siesta y de general silencio en aquella estación, se vió, gallinas al hombro, atravesar el patio de la casa a uno de esos andrajosos vendedores de aves que llegaban de los campos con tanta frecuencia a la capital a expender su modesta mercancía, el cual, deteniéndose a la puerta de la antesala, dió el grito de orden: «¡Llevo gallinas gordas, casero! Solar, que no era otro el inquieto personaje que traigo de nuevo a la escena, estremeciéndose como herido por una chispa eléctrica al oír esa voz que parecía serle conocida, hizo a mi madre señas para que me entretuviese, y saliendo precipitado de la sala ordenó a un sirviente que cargase con las aves y en cuanto se consideró solo tomó del brazo al vendedor y desapareció con él en su inmediato escritorio».

«¿Quién podía ser este haragán? se pregunta el autor que citamos. ¿Qué significaba aquel misterioso encierro con mi padre a solas? Cuestiones fueron éstas las que mi madre, más preocupada en velar por el aislamiento de la vecindad del escritorio que de satisfacer mi curiosidad infantil, se limitó a contestar imponiéndome silencio.

«Un momento después, el vendedor de aves, con aire de triste pordiosero salió a la calle y tendiéndoles la mano a cuantos encontraba, en busca de merced, desapareció por la calle de los Huérfanos abajo.

«Sólo cuatro años después de lo ocurrido pude recoger de la boca de mi madre la solución del enigma del pollero. Conservaba la señora en su libro de autógrafos un pequeño cuadrito de papel que, arrollado, podía desempeñar la apariencia de tabaco dentro de la hoja de un cigarro. En aquel papel se podían leer con facilidad estas palabras: «15 de enero, hermano S: mando por los Patos 4.000 pesos fuertes, dentro de un mes estará con ustedes el hermano José».

«El supuesto vendedeor de aves, concluye el redactor de esta anécdota, era uno de los muchos espías y emisarios de quienes se

Olazábal, ya lo sé, pero como...» Olazábal no concluyó su frase cuando San Martín tomó nuevamente la palabra para decirle: «Ahora escribiré a don Bernardo O'Higgins sobre eso. Vaya usted descuidado; pero no hay que capitular con los godos».

A pesar de la aparente severidad que encerraba esta declaración de San Martín, los votos de Olazábal se vieron cumplidos. Ese mismo día San Martín transmitió las órdenes del caso para que no se hiciese efectiva la contribución que gravitaba sobre Zaldívar. Era éste un rasgo más que venía a pregonar la nobleza de ánimo que distinguía a San Martín.

valía el gobernador de Mendoza, ya para sostener el ánimo de los patriotas que gemían de este lado de los Andes, ya para avivar las indecisiones de Marcó; la fecha indicaba el día de la salida del ejército. Los pesos fuertes el número de sus soldados y el hermano José el nombre del ilustre soldado libertador, don José de San Martín».

«Nunca vi más radiante de contento, concluye este escritor, la fisonomía de mi padre que cuando despidió al supuesto mendigo. Hubo en las primeras horas de la noche numerosas visitas; todos hablaban a media voz; todos accionaban con más o menos vehemencia; y en todos dominaba la alegría que trae consigo algún feliz y cercano acontecimiento. Desde ese día para adelante no dejé de notar en las calles de Santiago el más inusitado movimiento, partes precipitados que volaban reventando cinchas salían a cada momento de Palacio, ya para el norte, ya para el sur del reino. Se llamaban tropas del sur, se las detenía en su marcha y se las fraccionaba para sembrarlas en destacamentos en todos los pasos de la Cordillera; porque fueron tantas las trazas y los ardides de que se valió San Martín para ocultar el rumbo de sus tropas, que hubo momentos en que los realistas llegaron a ver en todos y en cada uno de los boquetes andinos asomar al mismo tiempo el amenazador fantasma del ejército libertador» (1).

Sábase que después de la batalla de Maipú San Martín procedió a una reunión de sus jefes y que en presencia de ellos les leyó el parte de la victoria. Entre estos jefes se encontraba el general Las Heras, quien, sorprendido por un detalle referente a su lectura, se incorporó y le dijo a San Martín: «General, esto que usted dice aquí que nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo presentando un orden oblicuo sobre ese flanco, fué como usted sabe todo el mérito de la victoria y puesto así como usted lo pone nadie lo va a entender». San Martín dejó dibujar en los labios una ligera sonrisa y replicando a su interlocutor le declaró: «Con esto basta y sobra. Si digo algo más han de gritar por ahí que quiero compararme con Epaminondas o con Bonaparte. ¡Al grano, Las Heras, al grano! Hemos amolado a los godos y vamos al Perú. ¿El orden oblicuo nos salió bien? pues adelante, aunque nadie sepa lo que fué». Y refregándose las manos: «Mejor es que no lo sepan, pues aun así habrá muchos que no nos perdonarán haber vencido».

Estando en el Perú, en compañía de Guido se paseaba San Martín cierto día por una de las calles de Huaura cuando repentinamente fijó su mirada dentro de un viejo caserón en cuyo patio se alzaba un horno que servía para la fabricación de ladrillos y de otras obras de alfarería.

El dueño de la casa y del horno era un indio ya entrado en años, pero de espíritu abierto y que experimentaba una viva simpatía

(1) VICENTE PÉREZ ROSALES. *Recuerdos del Pasado*. Chile, 1882.

por los insurgentes. San Martín no vaciló en ponerse al habla con él y guiado de su propia inspiración, convino que le fabricase una olla con doble fondo y tan diestramente preparada que el ojo más experto, como dice Palma, no pudiese descubrir la trampa.

El objeto que con esta trampa se proponía San Martín era el de buscar un nuevo medio para sus comunicaciones con los patriotas de Lima y sobre todo con uno de los patriotas de más relieve entonces, el distinguido sacerdote don Javier de Luna Pizarro. Vivía éste en una casa fronteriza a la iglesia de la Concepción por donde pasaba con sus mulas cargadas de ollas y de platos el alfarero de Huaura. Por su parte Luna Pizarro tenía a su servicio en calidad de mayordomo un negro retinto «con toda la lisura criolla de los *budingas* y mataperros de Lima, gran decidor de desvergüenzas, cantador, guitarrista y navajero», nos dice Palma, pero al mismo tiempo muy leal a su amo y muy mimado por éste.

De acuerdo con lo convenido con San Martín, Luna Pizarro le tenía dadas órdenes a su mayordomo de estar atento al paso del alfarero, y cuando éste se presentaba pregonando su carga, el negro en cuestión se acercaba a la puerta de calle con un utensilio en la mano, es decir, con una olla comprada el día antes y devuelta ahora pretextando lo defectuoso de su fabricación. Esta operación del cambio de una olla por otra se repetía día tras día y terminada su faena el alfarero retornaba a Huaura y como ya estaba convenido, se dirigía inmediatamente a San Martín para hacerle entrega de la olla que Luna Pizarro le remitía, con la respuesta que reclamaba su comunicación.

«Cuando el indio a principios de junio llevó a San Martín la primera olla devuelta por el mayordomo del señor Luna Pizarro, nos cuenta don Ricardo Palma, hallábase el general en su gabinete, dictando la orden del día; suspendió la ocupación y después de leer las cartas que venían en el doble fondo se volvió a sus ministros García del Río y Monteagudo y les dijo sonriendo: «Como lo pide el suplicante». Luego se aproximó al amanuense y añadió: «Escribe, Manolito, santo, seña y contraseña para hoy: *con días y ollas venceremos*».

«La victoria codiciada por San Martín, agrega el tradicionalista citado, era apoderarse de Lima sin quemar pólvora; y merced a las ollas, que llevaban en el vientre ideas más formidables siempre que los cañones modernos, el éxito fué tan espléndido que el 28 de julio se juraba en Lima la independencia y se declaraba la autonomía del Perú. Junín y Ayacucho fueron el corolario» (1).

Fuera de estas anécdotas se conocen además múltiples episodios en los cuales testimonia San Martín su don inventivo. En la provincia de San Juan se encontraba, antes de pasar él a Chile con su ejército libertador, un soldado que adicto a la causa americana,

(1) *Tradiciones Peruanas*, t. I, pág. 332.

por una razón de conciencia se creía él con las manos atadas para abandonar el servicio del Rey por el de la patria. Cuando San Martín se enteró de esto, tomó la pluma y en el acto decretó. «El gobernador contrae la responsabilidad que alega el suplicante. Quedan sus manos libres para atacar al enemigo; mas si una ridícula preocupación aun se las liga, se le desatarán con el último suplicio».

En otra ocasión la mujer de un sargento se dirigió a San Martín pidiendo gracia por la falta cometida por su marido en su servicio. Como contestación, San Martín escribió de su puño y letra al margen de esta demanda: «No me entiendo con mujeres, sino con soldados sujetos a la disciplina».

Acercándose la festividad de Nuestra Señora del Carmen, a quien más tarde juraría patrona del ejército, un prisionero se dirigió a San Martín, pidiendo como gracia su indulto. Como en el caso anterior, tomó la pluma y escribió: «No ha sido poca gracia que librase la vida».

Estando en el ostracismo, y comentándose un día la creación de la república del Uruguay, alguien le observó que el nuevo Estado contaba con un gabinete completo, y que además de ministro de la Guerra, tenía un ministro de Marina. Para esto, conviene hacer presente que el Uruguay no tenía en ese entonces ni un solo buque de guerra. Pero San Martín, guiado de su genio travieso, tuvo en sus labios una frase para responder a su interlocutor, y la sintetizó diciendo: «que sus paisanos tenían el talento del zapatero de Montaigne que hacía zapatos grandes para pies chicos».

Recordando la jura de la independencia peruana, don Ricardo Palma nos dice que San Martín expidió un decreto convocando a un concurso o certamen musical, con el objeto de premiar una composición que fuese aceptada como el himno de la patria. Con tal motivo se presentaron a dicho concurso seis autores, es decir, el director de la banda del batallón Numancia, el maestro Huapaya, el maestro Tena, el maestro Filomeno, el padre Cipriano Aguilar, agustino, y el maestro Alcedo, que después de haber entrado en la orden dominicana la abandonó porque lo humilde de su sangre no le permitía aspirar al ejercicio del sacerdocio. El día convenido para el concurso, San Martín se presentó en el lugar convenido presidiendo el jurado. Las composiciones presentadas fueron ejecutadas según el orden de su presentación, y la última fué la de Alcedo. Apenas la orquesta dejaba oír las últimas notas escritas por Alcedo, cuando el general San Martín se incorporó, y dirigiéndose a los asistentes exclamó: «He aquí el himno nacional del Perú».

«Al día siguiente, escribe Palma, un decreto confirmaba esta opinión, expresada por el gobernante en un arranque de entusiasmo. El himno fué estrenado en el teatro la noche del 24 de septiembre de 1821, en que se festejó la capitulación de la fortaleza del Callao, ajustada por el general La Mar el 21. Rosa Merino, la bella y simpática cantatriz a la moda, cantó las estrofas en medio de

interminables aplausos. La ovación de que en esa noche fué objeto el humilde maestro Alcedo, es indescriptible para nuestra pluma» ⁽¹⁾.

Un marino inglés, Basilio Hall, acude precisamente al acervo anecdótico para darnos a conocer algunos de los rasgos fundamentales en el carácter de San Martín, y sobre todo sus rasgos de afabilidad, que siempre le distinguieron, tanto en el trabajo con sus oficiales, como igualmente con las personas que por razón de sus ocupaciones estaban pendientes de sus órdenes.

Al decir de Hall, San Martín se encontraba un día sentado en su mesa, después de comer, y sumergido en una profunda meditación. Repentinamente, entró la mano en su bolsillo, sacó una cigarrera, y eligiendo el cigarro que le parecía mejor comenzó a fumarlo, y esto con un vivo deleite. Con simultaneidad a este acto por parte de San Martín, uno de sus oficiales alzó la voz, y con un tono al parecer alarmante, exclamó: «¡Mi general!» Un llamado tan intempestivo como extraño, sacó a San Martín de su meditación, y haciendo un movimiento de cabeza, como para saber de dónde había partido aquella voz, oyó que un oficial le decía: «Soy yo, no quería sino pedirle un cigarrillo». San Martín pudo en ese caso haberle contestado que los cigarrillos eran del general, y para el general; pero guiado de su afabilidad instintiva, no lo hizo, y mientras un ¡ah! de admiración se escapaba de sus labios simulando sorpresa, le brindaba al solicitante el cigarrillo pedido, pero acompañando este acto con una mirada que equivalía a un reproche.

Este mismo escritor nos cuenta que una mañana se decidió por ir a visitar a San Martín. Con tal motivo abandonó el puerto del Callao, y se trasladó a la goleta *Montezuma* en la que San Martín se encontraba embarcado. Recibido afablemente por éste, ambos se pusieron a pasear sobre la cubierta del barco, y esto en momentos en que los marineros se encontraban en plena faena de limpieza. «¡Qué incomodidad, exclamó San Martín, que a estos individuos se les antoje lavar el puente así! Mi amigo, dijo dirigiéndose a uno de los marineros. No arrojes agua para este lado; anda a otra parte». El marinero, empeñado, según Hall, en cumplir su tarea, y conociendo las maneras del general, no pareció fijar mucho la atención en la orden, y continuó salpicándoles con agua. Fué entonces que San Martín se dirigió a su acompañante, y en tono amistoso, le dijo: «Nos vamos a ver obligados a bajar a mi camarote y es un verdadero hoyo. No es posible persuadir a estos diablos».

En el sentir del marino inglés que citamos, las anécdotas así referidas, pueden parecer pueriles; sin embargo, escribe el mismo, «yo las creo a propósito para dar a conocer al personaje mejor que una larga serie de actos oficiales».

El episodio que vamos a exponer nos demuestra el ascendiente

(1) *Tradiciones Peruanas*, t. IV, pág. 147.

que San Martín gozaba en la opinión, y aun en una clase social ya caracterizada por sus fechorías.

Después de haber visitado a San Martín, como ya queda dicho, Basilio Hall, acompañado de cuatro jinetes, se puso en viaje desde el Callao a Lima, armados todos ellos de sus debidas pistolas. Aconteció que apenas llegaron a los suburbios de la ciudad, se enfrentaron con una banda de salteadores, que le interceptaban el camino, y blandiendo con aire amenazador sus garrotes. Hall y sus acompañantes no se intimidaron por eso, y empuñando sus pistolas, prosiguieron adelante, convencidos de la eficacia y de la superioridad de sus armas. Esto y la actitud resuelta con que ellos decidieron avanzar, trastornó en absoluto el plan ofensivo de los salteadores, y convencidos éstos de que la partida ya la tenían perdida, asumieron una nueva actitud, y «como por obra de encantamiento, nos dice el relator de este episodio, los asaltantes se convirtieron en entusiastas patriotas, y se pusieron a gritar: ¡Viva la Patria! ¡Viva San Martín!».

He aquí una anécdota que nos da a conocer hasta qué grado San Martín era fiel a los recuerdos de su patria. Se cuenta que viviendo en Grand-Bourg, San Martín contrajo amistad con el banquero Lafitte en una de sus visitas a la casa del marqués Aguado, y que este conocimiento hizo que el referido banquero le invitase frecuentemente a su mesa. En una de estas ocasiones, San Martín comenzó a ponderar los vinos de Mendoza, y le dijo a aquél que no podían compararse con ellos los franceses. «Picado el dueño del célebre viñedo de *Château-Lafitte*, nos dice Quesada, resolvió hacer traer de Mendoza un cajón del ponderado vino; y sin decir palabra, lo sirve un día a San Martín... Este, que tenía gran confianza con él, exclama: «¿Qué aguarrás es ésta? Pero es intomable», y el otro replica: «Pues, mi amigo, es su célebre mendocino». La sorpresa de San Martín fué extrema. Había olvidado que su patriotismo, aguijoneado por la distancia y por los años, le hacía magnificar los recuerdos y considerar las cosas de su época argentina como superiores a todo lo posterior» (1).

Esta anécdota tiene sus afinidades con la que ya hemos anotado en otro lugar, y según la cual San Martín probó ante sus comensales mendocinos la superioridad del vino cuyano sobre los europeos.

(1) ERNESTO QUESADA. *Las Reliquias de San Martín*, pág. 56.

CAPITULO XVIII

Cuándo y porqué San Martín se trasladó a Boulogne-sur-Mer

SUMARIO: La última etapa de San Martín. — Francia y la revolución de 1848. — San Martín testigo de los sucesos de febrero. — Cómo y por qué San Martín se alejó de París. — Rectificación a dos conceptos apuntados por Vicuña Mackenna. — Carta de Balcarce a Alberdi sobre aquellos sucesos. — Esta carta y la que le escribiera San Martín a Castilla prueban cómo San Martín abandonó París. — Boulogne-sur-Mer en la época en que se trasladó allí San Martín. — Su historia, su pasado legendario y su pasado mundano. — La asonada de París en los días de junio de 1848. — Carta de Balcarce a Alberdi después de estos sucesos. — El regreso de San Martín a América con su familia y el estado de Europa. — San Martín, declara Balcarce, no podrá viajar hasta que no le hayan sido batidas las cataratas. — Dos puntos que se destacan en las cartas de Balcarce a Alberdi. — Dónde se hospedó San Martín al llegar a Boulogne-sur-Mer. — Documento de San Martín probando que su permanencia en Boulogne-sur-Mer era transitoria. — Cuándo San Martín se convirtió en huésped del señor Gérard. — La casa del señor Gérard y su transformación. — Solicitud al respecto firmada por Gérard. — Dietamen del prefecto del departamento de Calais. — Conclusión que se desprende de estos documentos. — San Martín, según la opinión de Félix Frías, en la época en que se instaló en Boulogne-sur-Mer. — Afectos que llenaban su corazón. — Sus nietas y lo que al respecto nos dice Vicuña Mackenna. — San Martín interesado en las cosas de América. — San Martín y los acontecimientos que tienen por teatro la Europa. — Los acontecimientos del Río de la Plata y felicitaciones de San Martín a Rosas. — Última carta escrita de puño y letra por San Martín. — Contestación que le envía Rosas en 1849. — Los hechos gloriosos de San Martín según Rosas. — Votos formulados por Rosas por la salud de San Martín. — San Martín agradece a Rosas el nombramiento que hace de su yerno Balcarce. — Rosas le declara que procede así para manifestarle «el vivo aprecio que hace de sus inmarcesibles servicios a la Patria». — Carta de San Martín a Rosas del 6 de mayo de 1850. — Contestación de Rosas que llega después que la muerte se ha posado sobre el lecho del proscrito. — Causales explicativas del sentimiento admirativo de Rosas por San Martín. — San Martín decide vender su casa de Grand-Bourg y otorga poder a Balcarce para hacerlo. — Venta de la casa de San Martín en Grand-Bourg, al señor Blavier. — Cuándo y cómo fué adquirida esta propiedad por la Congregación de Nuestra Señora de Sión. — La descripción de la casa de San Martín en Grand-Bourg según el nuevo título de propiedad. — El dormitorio de San Martín en Grand-Bourg y en Boulogne-sur-Mer. — La existencia de San Martín en Boulogne-sur-Mer y el fin de una parábola.

Después de haberlo seguido a San Martín en todas y en cada una de las etapas de su vida privada, cúmplenos el deber de detenernos aquí para exponer debidamente aquella otra que las complementa y que pone fin a su deambular de proscrito.

El año de 1848 inicióse en Francia con un movimiento revolucionario, que puso fin al gobierno monárquico de Luis Felipe y provocó el advenimiento de la segunda república. Causas diversas que no es de nuestra incumbencia el estudiar o el analizarlas en esta ocasión, determinaron, en el período en que estuvo al frente del gobierno el ministro Guizot, la formación de un partido muy poderoso que ya por medio de la prensa como por medio de otros elementos de publicidad reclamaba con instancia las reformas parlamentaria y electoral. Resistido este partido tanto en sus actos como en su doctrina por Guizot y sus correligionarios, su proceder trajo como consecuencia inmediata aquellas jornadas sangrientas del mes de febrero, jornadas que provocaron la caída de Luis Felipe y el triunfo político y militar de sus opositores. El choque entre insurgentes y las fuerzas que respondían a la política del gobierno y de Guizot, no se redujo a simples escaramuzas o encuentros en esta o en aquella otra parte de la capital. Durante dos noches — las noches del 22 y del 23 de febrero — se luchó con ardoroso empeño en los barrios céntricos de la ciudad, hasta que, dueños de la situación, los revolucionarios pudieron acercarse al ministerio de Relaciones Exteriores, sito en ese entonces en el bulevar de Capuchinos, y forzar luego su entrada al palacio de las Tullerías.

San Martín, que se encontraba en ese momento en París, vino a convertirse así en testigo y en espectador de estos sucesos; pero enemigo, como lo era, de todo movimiento sangriento y tumultuario, pasados ellos, optó por abandonar su residencia de la *rue Saint-Georges* y trasladarse a Boulogne-sur-Mer, a la espera del nuevo aspecto de cosas que presentaría la marcha de los acontecimientos ⁽¹⁾.

Es precisamente el 15 de marzo de 1848 cuando Balcarce, su yerno, le escribe a Juan Bautista Alberdi, residente en ese entonces en Valparaíso: «La suerte ha querido que sea testigo de sucesos grandiosos e inesperados, que nos tienen a todos como quien ve visiones; en menos de tres días ha desaparecido la monarquía de julio y se ha instalado sobre sus ruinas la república francesa como

(1) Recordando este momento histórico de la vida de San Martín, don Benjamín Vicuña Mackenna nos dice, como prueba del repudio que le merecían todos los movimientos tumultuarios: «Al ver ahora a un pueblo como el de París con las armas en la mano, persuadióse que iba a ocurrir un cataclismo social como el que no tardó en estallar en las memorables jornadas de junio y en consecuencia en febrero abandonó precipitadamente su residencia de la calle de San Jorge y se trasladó a Boulogne-sur-Mer, donde a más de su afición al mar, tenía expedita la salida para Inglaterra en el caso de un desastre. Lo que a él le preocupaba sin embargo no era ciertamente la carga ya inútil de su ancianidad, sino los seres de su hogar, en cuya existencia había abdicado la suya». — *Revelaciones íntimas*, pág. 18.

Como se verá en estas mismas páginas, el viaje de San Martín no fué en modo alguno precipitado. No lo hizo antes de los acontecimientos de febrero, sino después de producidos ellos, aunque sí con el disgusto con que en su primera juventud había asistido en Cádiz a los tumultos populares que culminaron con el brutal asesinato de su digno jefe, el general Solano.



CASA DE SAN MARTÍN EN BOULOGNE-SUR-MER
Fué allí donde el Libertador argentino falleció el 17 de agosto de 1850.

se impondrá usted por los diarios que tengo el gusto de remitirle por este paquete y por otro que le dirigiré por el primer buque que salga del Havre.

«Aun cuando actualmente goza este país de tranquilidad aparente, los ánimos están muy agitados y el porvenir se presenta bajo colores muy sombríos; en estas circunstancias hemos creído prudente alejarnos provisoriamente de este teatro y ver venir los sucesos a distancia. Mañana salimos para Boulogne-sur-Mer y quizá pasaremos a Inglaterra.

«Siento decir a usted, escribe Balcarce antes de concluir su carta, que mi padre político sigue bastante enfermo y amenazado de perder la vista pues se le han formado cataratas en los dos ojos, y será preciso hacerle la operación dentro de algunos meses. Usted calculará el disgusto en que esto nos tiene y lo terrible de mi situación, si desgraciadamente se realizasen mis temores» (1).

El texto epistolar que aquí transcribimos es concluyente. San Martín como se ve no abandonó París en forma precipitada. Lo hizo con su serenidad habitual al día siguiente de escribir Balcarce la carta en cuestión, que lo es el 15 de marzo, y esto con miras a un retorno inmediato y a un viaje a Inglaterra.

El propio San Martín en modo indirecto nos esclarece este punto, pues escribiendo a Rosas desde Boulogne-sur-Mer con fecha 2 de noviembre de 1848 le dice: «Para evitar el que mi familia volviese a presenciar las trágicas escenas que desde la revolución de febrero se han sucedido en París, resolví transportarla a este punto y esperar en él el término de una revolución cuyas consecuencias y duración no hay previsión humana capaz de calcular sus resultados no sólo en Francia, sino en el resto de la Europa. En su consecuencia, mi resolución es la de ver si el gobierno que va a establecerse según la nueva constitución de este país ofrece algunas garantías de orden para regresar a mi retiro campestre, y en el caso contrario, es decir, el de una guerra civil — que es lo más probable — pasar a Inglaterra y desde este punto tomar un partido definitivo» (2).

Esto dicho, entremos en Boulogne-sur-Mer, y pasando revista a sus antecedentes históricos, demos a conocer, aunque sea en síntesis, el origen milenario de esta ciudad costera en el norte de Francia.

Según los historiógrafos más caracterizados, Boulogne-sur-Mer remonta sus orígenes a la época de la dominación romana. La opinión más corriente y la admitida por el común de los historiadores, nos la da como fundada por Quintus Pédicus, teniente de César y que acampó allí con sus legiones cuando César dominaba las Galias. Dícese por la crónica y por la tradición que Quintus Pédicus era natural de Bolonia trasalpina y que en recuerdo de su patria de origen bautizó con igual nombre el campamento construido por él

(1) J. B. ALBERDI. *Escritos Póstumos*, t. XVI, pág. 250.

(2) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 137.

sobre una colina. Poco a poco el campo atrincherado en el cual Quintus Pédicus había concentrado sus legionarios, fué ensanchándose y concluyó por formar un todo comunal con los barrios circunvecinos y poblaciones diseminadas en la falda de esa colina. De este modo vino a surgir en aquella parte y con frente al mar, una doble Bolonia, la Bolonia Alta, y la Bolonia Baja, reputándose siempre a la primera como el núcleo originario de la Bolonia actual.

Su vecindad con el río Liane — río que desemboca en la Mancha — permitióle a esta ciudad el convertirse en uno de los puertos más importantes del norte. Francia concentró ahí más de una vez sus flotas mercantes como sus flotas de guerra. Dejando de lado lo relacionado con sus tiempos antiguos, digamos sin embargo que cuando Napoleón intentó posesionarse de Inglaterra, eligió a Boulogne-sur-Mer para concentrar allí sus fuerzas y hacerlo punto de partida para su expedición. En un momento dado, dos mil barcos de todos los tamaños y de todas las categorías desplegaron allí su velamen. Cien mil hombres extendían allí su campamento prontos a obedecer las órdenes del nuevo César; pero la derrota sufrida por Villeneuve en Trafalgar trastornó sus planes y Boulogne-sur-Mer dejó de ser el punto estratégico excogitado en su mente calenturienta por Napoleón.

Pero si esto es lo que podemos decir de la Bolonia clásica o legendaria, al entrar en el punto relacionado con su despertar económico diremos que se distinguió por su desarrollo como por su progreso urbano durante la Restauración, y después de la caída del imperio de Napoleón. En 1819, se inauguró allí una cámara de comercio, y en 1822, entró a su puerto el primer buque a vapor que partía de Inglaterra. En 1815 el abate Haffreingue, de quien nos ocuparemos con oportunidad, fundó allí en el edificio que había pertenecido a su antiguo obispado, un colegio, y comenzó a reunir los fondos para la construcción del templo que destinaba para catedral.

En 1825 se construyó el establecimiento de baños; en 1834, se inauguró la iluminación a gas, y en 1837 su biblioteca pública. En 1839 se colocó la piedra fundamental de la iglesia *Notre-Dame de Boulogne* y en abril de 1848 fué inaugurada solemnemente la línea de ferrocarril, que sólo llegaba hasta Amiens y que la puso así en contacto rápido e inmediato con París.

La revolución de febrero de 1848 repercutió favorablemente en esta ciudad, y en abril de ese mismo año, para celebrarla, se procedió a plantar en una de sus plazas el árbol de la libertad.

Según los documentos que hemos consultado, en 1847 Boulogne-sur-Mer contaba con una población de treinta mil habitantes, y más de doce mil ingleses cruzaban la Mancha en el verano para disfrutar de la bondad de sus baños.

Entre los personajes célebres que nacieron en esa ciudad, figuran

Godofredo de Bouillon, Federico Sauvage, Charles Augustin Sainte-Beuve, Ernesto y Benito Coquelin, Pierre Daunou y otros.

Para hospedaje de sus huéspedes, Boulogne-sur-Mer contaba con más de treinta hoteles, sin enumerar sus casas de pensión, que eran numerosas. Tal era la ciudad en la cual San Martín fijó su preferencia para abandonar París, cuando la revolución del 48 convirtió a la hermosa capital del Sena en teatro de numerosas y sangrientas barricadas. Antes de entrar en los pormenores relacionados con su vida en este punto costero de la Mancha, digamos que si la revolución de 1848 puso fin a la dinastía orleanista, ella no logró unificar la opinión, y al poco tiempo de reunirse la asamblea constituyente surgieron nuevas dificultades, entre las cuales predominó una lucha sorda entre aquel gobierno, que era republicano, y los socialistas.

Reunida la asamblea constituyente, el gobierno provisorio se eliminó y ocupó su puesto un poder ejecutivo en el cual entraron a figurar Lamartine, Ledru-Rollan, Arago, María y Garnier Pagés. A mediados de mayo los socialistas intentaron posesionarse del local de la asamblea constituyente por medio de la fuerza y a fin de conjurar el peligro que esta actitud representaba, el 21 de junio el gobierno dispuso que se cerrasen todos los locales en que se reunían los socialistas y principalmente los conocidos con el nombre de *Ateliers nationaux* creados por él para favorecer a la gente sin trabajo. Tal medida fué, por decirlo así, el grito de alarma para los socialistas, y éstos, que sólo esperaban una oportunidad cualquiera para provocar la revuelta, se amotinaron resueltamente el 23 de junio, levantando sus barricadas primero en torno del Panteón, para levantarlas después en el barrio del Temple y en la Bastilla. El asalto al *Hôtel de ville*, asalto que se llevó a cabo el 24 de junio, señaló la nota trágica por excelencia. El gobierno, con todo, recibió refuerzos de todo orden y gracias a ellos contuvo la insurrección e hizo que las cosas volviesen a su normalidad. Fué entonces que Balcarce con fecha 13 de julio y desde Boulogne-sur-Mer le escribió a Alberdi: «Con muchísimo placer he recibido su fina carta de fecha 28 de febrero y usted que sabe cuanto lo aprecio juzgará la satisfacción que me ha proporcionado la noticia de la posición ventajosa que ocupa y la esperanza lisonjera de volver a ver a usted en estos países que, aunque han cambiado completamente de aspecto en estos últimos meses, ofrecen un nuevo atractivo al hombre instruído y observador que quiere estudiar la marcha de esta revolución, enteramente distinta a las anteriores, porque su tendencia es social y ha puesto en movimiento gérmenes que, a mi modo de ver, deberán desarrollarse con más o menos lentitud, pero de un modo espantoso, si se ha de juzgar por los principios proclamados durante la insurrección formidable que estalló en París el 23 de junio y que fué felizmente sofocada al cabo de cuatro días de un combate horroroso, en que perecieron más generales que en nin-

guna de las grandes batallas del Imperio, a excepción de la de Moscow.

«Por los diarios que tengo el gusto de remitir a usted por este paquete se instruirá de todo lo ocurrido; yo me limitaré a decir a usted que París está declarado en estado de sitio y con un gobierno militar que nos ha salvado de las mayores desgracias y nos asegura *mientras dure* de alguna tranquilidad, porque más adelante es preciso que la revolución siga su curso, o que se establezca definitivamente una dictadura militar. En esta circunstancia, nosotros no sabemos todavía qué partido tomar, pero nos estamos preparando para todo evento y nos hemos venido a este puerto, de donde podemos con la mayor facilidad pasar a Inglaterra en caso necesario» (1).

Cuatro meses después, Balcarce vuelve a ponerse en comunicación con Alberdi, y con fecha 15 de noviembre le dice desde París: «Espero que usted se mostrará tan indulgente por mi falta de regularidad en escribirle, como se manifiesta fino en dirigirme con frecuencia sus recuerdos amistosos que recibo siempre con igual placer y agradecimiento. Es verdad que desde la revolución de febrero he andado como el judío errante, sin domicilio fijo, y esta circunstancia ha contribuido a retardar mi contestación a sus muy apreciables cartas de mayo, junio y 29 de agosto que han llegado a mis manos con regularidad, esta última acompañada de dos números del *Comercio de Valparaíso* en que con la bondad de siempre hace usted memoria de mi señor padre político, lo que él y yo agradecemos a su fina amistad y patriótico entusiasmo en favor de los que han contribuido a fundar la libertad de esos países.

«Nunca ha sido tan probable, continúa diciendo Balcarce, como ahora, nuestro regreso a algún punto de América, porque la Europa presenta en el día un cuadro bien afligente para los que la observan de cerca y no ofrece ya las garantías de orden, de libertad y de tranquilidad de que se gozaba en este hermoso país antes de los sucesos de febrero; pero ninguna decisión definitiva podremos tomar hasta que llegue el caso, desgraciadamente inevitable, de hacerle a mi anciano padre la operación de batirle las cataratas, para

(1) J. B. ALBERDI. *Escritos Póstumos*, t. XVI, pág. 253.

En esta misma ocasión Balcarce le dice a Alberdi que el doctor don Manuel Guerico salió de Río de Janeiro para Buenos Aires el 14 de abril y que lleva la noticia de la revolución de febrero. Dícele al mismo tiempo que en ese momento se encuentra en París el hermano de Guerico, don Pepe, y que él tiene al lado de su familia a su hijo menor, don José Prudencio, con el propósito de colocarlo en un colegio en Inglaterra. «No sé, escribe, si lo dejará mucho tiempo en Europa, porque los intereses que tenía en Francia han sufrido gran quebranto como los de todos los que teníamos algo aquí».

Balcarce concluye esta carta haciéndole saber a Alberdi el fallecimiento del joven Daniel Guido, encontrado muerto con un balazo en la frente e ignorándose la causa de esta desgracia. Le anuncia igualmente la muerte de Chateaubriand y la próxima aparición de sus *Memorias de Ultratumba*. Le envía un recado para Sarmiento y al finalizar le dice: «Padre ha estado bastante enfermo, pero estos días se halla mejor; él y Mercedes saludan a usted muy afectuosamente».

lo que es preciso que haya perdido casi del todo la vista según la opinión de los más célebres oculistas que hemos consultado en ésta. Mientras tanto, permaneceremos en Bolonia con el pie al estribo, por si llegase el caso de que fuese prudente atravesar la Mancha.

«Excuso decir a usted el placer que tendría en darle un fuerte abrazo y de ver a los demás amigos y compañeros de armas de mi padre que le conservan su simpatía y no pierden ocasión de expresarle la satisfacción con que lo verían regresar a América. El señor general Castilla, presidente de la república peruana, le ha dirigido últimamente una carta sumamente expresiva y lisonjera que ha excitado todo nuestro reconocimiento».

El 15 de febrero de 1849 encontramos a Balcarce nuevamente en comunicación con Alberdi. La carta que en esa fecha le escribe está datada en Boulogne-sur-Mer y reza así: «Con el placer de siempre recibí la que usted tuvo la bondad de dirigirme con fecha 27 de octubre próximo pasado en la que me anuncia que de Buenos Aires escribían que allí esperaban a mi señor padre político, y me expresa su deseo de que si se verifica el viaje, sea por vía de Panamá, el Perú y Chile. Hasta ahora no tenemos plan fijo, ni podremos tampoco formarlo hasta después que le hayan batido las cataratas, operación que se hará cuando pierda del todo la vista y han de pasar todavía muchos meses antes que llegue época para él tan triste, como afligente para nosotros. En el entretanto es muy probable permanezcamos en este puerto, que agrada mucho a padre, y cuya proximidad de París por el camino de fierro, en que se emplean siete horas de viaje, me ofrece la ventaja de ir y venir con frecuencia para atender a mis negocios. Si llegase el caso de regresar a América yo daría indudablemente la preferencia al derrotero que usted me indica, el que nos proporcionaría muchos goces, conociendo nuevos países y visitando de paso a nuestros amigos, aunque nuestro plan nos ofrecería un grave obstáculo en el carácter modesto de padre que trepidaría en presentarse en esas repúblicas porque no se creyese que iba en busca de demostraciones y de incienso por los pocos servicios que ha prestado durante la guerra de la independencia y por los que los gobiernos de esas repúblicas no cesan de manifestar su reconocimiento» (1).

(1) *Obra citada*, volumen XVI, pág. 259.

Cuando Balcarce escribía las líneas que aquí transcribimos, la revolución de febrero había evolucionado en forma que satisfacía ampliamente a los sostenedores del orden. En noviembre de 1848 la asamblea constituyente promulgó la nueva constitución y al hacerlo la acompañó de una declaración sobre los deberes del ciudadano. Sólo quedó planteado el problema presidencial, y surgieron entonces como candidatos para ese puesto el general Cavaignac, Lamartine, Ledru-Rollan y el príncipe Luis Napoleón Bonaparte. Las elecciones tuvieron lugar el 10 de diciembre, saliendo triunfante este último.

A la constituyente sucedió luego la asamblea legislativa. En ese momento Francia se mantenía aún en estado de conflicto con el gobierno de la Confederación Argentina y esta circunstancia le permitió decir a Balcarce en su carta a Alberdi: «El nuevo ministro de Relaciones Exteriores ofreció presentar a la asamblea, antes del

En ésta, como en la carta anterior que transcribimos, se destacan dos puntos y son los siguientes. En el decir de Balcarce — carta del 15 de noviembre — San Martín con él y su familia, se encuentra «con el pie al estribo». Con esto quiere decirnos que San Martín está dispuesto a dejar la Francia y esto para volver a América en donde se le espera y en donde se le llama con insistencia. En la segunda de estas cartas, o sea en la del 13 de febrero de 1849, Balcarce declara que en ese momento están sin plan fijo y que tampoco pueden formarlo hasta que a San Martín «no le hayan batido las cataratas». Mientras la operación — que según sus términos es inevitable — se realiza, han resuelto permanecer en Boulogne-sur-Mer y esto por una doble ventaja: es la primera la de tratarse de un punto «que agrada mucho» a San Martín, siendo la segunda la facilidad que encuentra Balcarce para desplazarse frecuentemente «por el camino de fierro» que une a Boulogne con París. Estos antecedentes, como lo verá el lector, no son banales. Ellos nos demuestran que San Martín al trasladarse a Boulogne-sur-Mer lo hizo con carácter puramente transitorio y que sólo las circunstancias influyeron sobre su ánimo y le obligaron a prolongar por un tiempo mayor del calculado por él su estadía. Esta estadía en Boulogne-sur-Mer, a nuestro entender, no le impidió a San Martín el hacer algunos viajes a París. No conocemos ningún documento que así lo afirme; pero ello se deduce de la correspondencia de Balcarce y de la asistencia médica a que estaba sometido San Martín por razón de sus cataratas.

Pero esto aclarado queda un punto por resolver y es el siguiente: ¿Dónde se hospedó San Martín y cuál fué su género de residencia elegido por él al llegar a Boulogne? ¿Hospedóse en un hotel, en una pensión, o de inmediato entró a figurar como huésped del señor Alfredo Gérard? El epistolario de San Martín como el de Balcarce nada nos dicen que nos permita responder a estas cuestiones en forma categórica. Con todo, y antes de entrar en un nuevo orden de consideración, podemos afirmar que al trasladarse de París a

15 del corriente, la solución de la cuestión del Plata y hasta ahora no lo ha hecho; pero me parece que no se ha de derramar sangre, porque lo que les interesa es salir cuanto antes del avispero en que tan tontamente se metieron por complacer a la Inglaterra que les ha dejado ahora *amolados*, si me es permitido servirme de esta expresión vulgar de nuestra tierra».

Y después: «El 29 del pasado enero debió haber estallado en París otra insurrección parecida a la de junio y preparada por los mismos hombres de desorden y anarquía que tanto abundan en esta sociedad corrompida; pero felizmente el gobierno tomó medidas oportunas y frustró los proyectos de los discolos. Por los periódicos verá usted el tira y afloja en que ha estado la asamblea, la que de muy mala gana ha tenido que limitar la época de su duración para dejar el campo libre a la legislativa que debe reunirse según lo prescribe la constitución. Es imposible calcular o prever los sucesos de que va a ser nuevamente teatro la Francia, pero cada día me confirmo más en la opinión que he manifestado a usted antes, de que la república no puede durar mucho tiempo y que esta forma de gobierno es incompatible con un ejército de 500.000 hombres y con los elementos que encierra la Francia». *Ibidem*, pág. 260.

Boulogne-sur-Mer, San Martín lo hizo con el propósito de permanecer allí en forma momentánea y por lo tanto transitoria. Es de su puño y letra que con fecha 18 de julio de 1849 escribe al encabezar un poder que le otorga a su yerno don Mariano Balcarce: «*Mr. Joseph de San Martín capitaine général de la République du Chili, fondateur de la liberté du Pérou, général des Provinces Réunies du Río de la Plata, grand cordon de la Légion du Mérite du Chili; domicilié à Paris, rue Saint-Georges, n° 35, étant momentanément à Boulogne-sur-Mer, Grand Rue n° 105...*».

Pero si con este testimonio se esclarece un punto en cuestión, él no nos resuelve el relacionado con el momento preciso en que San Martín se convirtió en huésped del señor Gérard.

Según los documentos relacionados con los orígenes de la casa que hoy se denomina, en Boulogne-sur-Mer, casa de San Martín, el señor Alfredo A. Gérard, director de la Biblioteca de Boulogne y abogado de profesión, adquirió esa finca en el año de 1845. Ella se componía en ese entonces de un piso bajo dividido en dos cuerpos, de un piso alto y de una buhardilla. El documento que nos ilustra nos habla de un zaguán, de una cocina, de un lavadero, de un patio, de un jardín y de los sótanos respectivos, todo esto formando parte de la planta baja. En el piso alto había tres habitaciones y dos gabinetes. El granero se encontraba instalado en la buhardilla.

Al poco tiempo de haber efectuado esta adquisición, el señor Gérard resolvió reconstruirla y con tal motivo el 20 de febrero de 1847 dirigió una solicitud al alcalde de Boulogne-sur-Mer pidiendo la autorización del caso. He aquí cómo Gérard se expresa en su solicitud: *Monsieur le Maire, je suis dans l'intention de reconstruire en entier la maison que j'ai acquise Grande-Rue n° 105 et d'établir un trottoir sur toute la largeur de la façade. Je viens en conséquence d'adresser à Monsieur le Sous-Préfet une demande régulière à fin d'autorisation et d'indication des alignements et niveaux à suivre. Mais il appartient je pense à vous seul d'autoriser la pose d'une clôture en planches anticipant sur la voie publique, pour prévenir tout accident. J'ai donc l'honneur de vous prier de vouloir bien l'accorder cette autorisation dont il ne sera pas fait usage avant le 10 mars probablement, et toutes celles que la démolition entière de la maison rendraient nécessaires. En attendant l'autorisation préfectorale, je me propose de faire enlever à l'intérieur un massif de 900 mètres cubes de terre formant jardin en terrasse qui doivent disparaître, et, pour ce faire, d'agrandir la porte d'entrée de manière à permettre aux voitures de pénétrer jusque dans l'intérieur, les terres seront transportées dans le jambon. J'ai prié Monsieur le Sous-Préfet de ne pas le trouver mauvais, et je me persuade qu'il n'y mettra pas d'obstacles. Mais j'ai cru devoir vous en informer en tant que l'agrandissement de la porte et plus tard la démolition intéressent la sécurité publique; cet agrandissement momentané se fera par le remplacement des piliers en pierres par des pilliers en*

bois surmontés d'une poutre pour soutenir la maçonnerie supérieure qui est d'ailleurs d'une grande solidité, il n'y a pas le plus léger inconvénient. S'il vous appartenait de donner une autorisation, je vous prierais de vouloir bien me l'accorder. Je sollicite également, Monsieur le Maire, la dispense d'un balayage impossible et fort inutile pendant toute la durée du travail (1).»

La solicitud de Gérard fué acogida favorablemente y el 26 de abril de 1847 el prefecto del departamento de Calais dictaminó así: «Vu la pétition du sieur Gérard Adolphe, avocat, demeurant à Boulogne; tendant à obtenir l'autorisation de faire reconstruire la maison située le long de la route Royale n° 1 dans la traversée de Boulogne et d'établir un trottoir au devant de cette maison; vu les rapports des ingénieurs des Ponts et Chaussées et les plans des lieux, arrêtons: l'autorisation demandée est accordée sous les conditions suivantes: 1°, La maison sera construite sur un alignement à duel, c'est-à-dire de manière à ce que le mur de la façade se raccorde avec le nu des façades des maisons voisines n^{os}. 103 et 107» (2).

Dada la exposición de estos antecedentes, es de toda evidencia que la casa comprada por Gérard sufrió una transformación importante y que esta transformación debió comenzar en el segundo trimestre de 1847, si es que Gérard se decidió por llevar a cabo su propósito.

Teniendo en cuenta que la llegada de San Martín a Boulogne-sur-Mer tuvo lugar, como ya queda demostrado, el 16 de marzo de 1848, es del caso preguntarnos si era posible que los trabajos se iniciasen y se consumasen en tan corto lapso de tiempo. Nosotros creemos que no y por lo tanto nos encontramos debidamente fundados para afirmar que San Martín sólo pudo entrar a figurar como

(1) Archivo Comunal de Boulogne-sur-Mer.

(2) El dictamen que aquí transcribimos forma parte de un legajo que para su consulta nos facilitó el señor Piñeyro cuando se encontraba al frente del Consulado en Boulogne-sur-Mer.

Según el título de propiedad que se registra en el Archivo de Hipotecas de Boulogne-sur-Mer, la casa comprada por el señor Gérard pertenecía, en el momento de su adquisición, a la señora Petronila Gerlain, casada con Luis Francisco Cornu, antiguo empleado de policía, a la hermana de la esposa de éste, a la señorita Agustina Gerlain, al señor León Noel, y a su esposa Luisa Francisca Mérard y finalmente a Adela Agustina Noel, viuda de Constant Longemau. La venta se hizo a la usanza de la época, alumbrándose en casa del notario diferentes candelas y fué adjudicada al mejor postor, que lo fué el señor Gérard. En su nombre y en el de su esposa, Adela Josefina Cary el señor Gérard ofreció la suma de 20.000 francos y esta suma decidió de la venta. El notario que intervino en esta operación fué el señor Dutertre.

En una de nuestras visitas a Boulogne-sur-Mer tuvimos la oportunidad de conocer y tratar al doctor Dutertre, descendiente de aquel notario. El doctor Dutertre, que es un paciente y escrupuloso coleccionista, conserva en su poder dos medallas que pertenecieron a San Martín. Una de estas medallas es la que el Libertador del Perú mandó acuñar con motivo de la jura de la independencia. Su inscripción reza así: LIMA LIBRE JURÓ SU INDEPENDENCIA 21 DE JULIO 1821.

La otra es una medalla mandada acuñar en el Alto Perú en honor de Bolívar. Corresponde al año de 1825 y es ésta su leyenda: POTOSÍ MANIFIESTA SU GRATITUD AL GENIO DE LA LIBERTAD.

huésped de la familia Gérard o a fines de 1848 o en el curso del año inmediato, o sea de 1849 ⁽¹⁾.

Esto expuesto, digamos que cuando San Martín se instaló en Boulogne-sur-Mer, a pesar de los achaques propios de su edad, se encontraba él en la plena lucidez de su espíritu. En el verano de 1850, lo visitó precisamente en Enghien, como ya queda dicho, don Félix Frías, y el distinguido publicista del Plata, al recordar más tarde esta entrevista, no vaciló en declarar el buen sentido que lo distinguía. Después de hacernos alusión al entusiasmo que provocaba en su memoria el recuerdo de la prodigiosa naturaleza tucumana y el de otras provincias argentinas, Frías escribe: «Recordaba siempre con gratitud el noble carácter y apoyo que encontró para su gran campaña en Chile en los habitantes de la provincia de Cuyo; y su memoria conservaba frescos y animados recuerdos de los hombres y de los sucesos de su época brillante. Nada simpático por el movimiento revolucionario en que ha entrado la Francia después de febrero, apreciaba con suma exactitud los defectos del carácter francés al mismo tiempo que las cualidades que lo recomiendan y la causa de los males que hoy afligen a esa nación. Comprendía en sus últimos días, como comprendió muy temprano y antes que Monteagudo, que la libertad requiere condiciones muy serias en los pueblos para arraigarse y que el entusiasmo febril e irreflexivo no es su mejor garantía. La inteligencia que supo hermanar la gloria con la más bella de las virtudes, el desinterés, era bien competente para juzgar con acierto las cuestiones sociales. Su lenguaje era de un tono firme y militar, por decirlo así, cual el de un hombre de convicciones meditadas» ⁽²⁾.

Según otro publicista americano, don Benjamín Vicuña Macken-

(1) Descoso de esclarecer este punto, con fecha primero de julio de 1931, nos dirigimos por escrito al alcalde de Boulogne-sur-Mer. En oficio que se registra en nuestro archivo, el Señor E. Warluzel, secretario de la Municipalidad, se expresa así: «J'ai essayé d'obtenir du Service des Ponts et Chaussées des précisions sur la date exacte du commencement des travaux de reconstruction et celle de leur achèvement. Malheureusement les registres de voirie de cette époque n'ont pas été conservés et, par suite des événements de la guerre, il n'est plus possible de retrouver dans les archives de la Préfecture le moindre document se rapportant à cette affaire. Toutefois, de l'avis des agents techniques du service vicinal des Ponts et Chaussées, il y a grande certitude que la reconstruction de la maison de M. Gérard a coïncidé avec l'autorisation de voirie qui lui a été délivrée par le Maire, c'est-à-dire en 1847 et que son achèvement n'a pas tardé».

Es oportuno observar que la casa del señor Gérard pasó a ser con el tiempo propiedad del señor Augusto Senlis, como él abogado de profesión. Por informes recogidos en Boulogne-sur-Mer sabemos que existió allí una pensión. El señor L. Senlis, hijo del señor Augusto Senlis, en carta que obra en nuestro poder, nos dice que se denominaba la pensión Bowles y que estaba frecuentada por lo mejor de la sociedad inglesa. El señor Charles Marchand, subsecretario de la municipalidad y antiguo vecino de Boulogne-sur-Mer, nos ha declarado que la única pensión que por un tiempo ocupó la casa en cuestión, fué la pensión Howe, que él conoció en su mocedad. En cuanto a nosotros, podemos decir que el señor Senlis está en un error pues en todas las guías de Boulogne-sur-Mer que hemos consultado, tanto en francés como en inglés, no figura la pensión que él nos señala.

(2) JUAN M. GUTIÉRREZ. *San Martín*, infolio, pág. 135.

na, basado en las referencias que recogiera él mismo en París al ponerse en trato con los allegados de San Martín, nos dice que los afectos que llenaron el corazón del héroe en aquellos últimos tiempos eran los determinados por sus dos nietas, Mercedes y Josefa Balcarce. «El viejo guerrero de los Andes, escribe textualmente este publicista, había concentrado sus postreras alegrías en la frente de aquellas niñas. A parte alguna de la ciudad iba sin ellas. En sus paseos de la tarde a orillas del Liane o en el jardín de Tintellerías ellas le servían de guía y él a su vez de protección. El abuelo achacoso y las aladas nietas tenían celebrado un tácito contrato de mutuo amor y de tiernos servicios retribuidos. Así ambas le habían bordado un gorro de casa que él usaba con orgullo, dejándose llamar «cosaco» por aquellas malvadas que eran para su alma un solo ídolo dividido en dos existencias, y en pago del regalo, el viejo capitán cubría de besos sus sueltas cabelleras».

«Habíales también puesto a ambas, en represalias de sus apodos, afectuosos sobrenombres. A la menor, que es la que sobrevive y es hoy la señora Gutiérrez de Estrada, llamábala sólo por su infantil cautela, «la viejita», y solía decir: «Tú no morirás de cornada de toro». Su hermanita no tuvo igual presagio y murió por la traición de un remedio. El toro en este caso había sido un médico salvaje.

«Tal es, concluye el referido historiador, la existencia del general San Martín en sus postrimeros años: un poco de sol, la ancha mar, y sus dos radiosas nietas en las que había vuelto a encontrar sus ojos ya apagados. En cuanto a su hija y a su esposo, ellos eran solamente dos intermediarios entre aquellas sombras y esas alegrías, entre la vida que luchaba y la descomposición que reclamaba sus despojos» (1).

La estada de San Martín en Boulogne-sur-Mer coincidió con la presidencia del general Castilla en el Perú. El mandatario de aquel Estado tenía por San Martín una alta estima y esto determinó un

(1) *Revelaciones Intimas*. — El fallecimiento de esta nieta de San Martín acaeció en París el 21 de mayo de 1860. Había nacido ella en Buenos Aires el 14 de octubre de 1833, lo que nos permite señalarle la edad de 27 años cuando una droga traidora la arrebató a la vida.

La otra, o sea la que luego se llamó Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, logró alcanzar la larga existencia que San Martín le pronosticara. Ella nació en Grand-Bourg el 14 de julio de 1836 y falleció en Brunoy el 15 de abril de 1924, es decir, a los 88 años de edad. En el número del 25 de Mayo de 1924 de «La Nación» de Buenos Aires, se registra el artículo necrológico que escribimos en París sobre esta ilustre dama, y a propósito de su fallecimiento.

La nieta de San Martín, recordaremos aquí, conservó hasta el fin de sus días un culto entrañable por la vejez. Fué caritativa en alto grado y antes de fallecer dió principio en Brunoy al asilo de ancianos que allí existe y que lleva su nombre.

La señora de Gutiérrez Estrada fué la que vino a heredar por fallecimiento de su madre, primero, y luego por el fallecimiento del señor Balcarce, su progenitor, los documentos, muebles y demás reliquias que habían pertenecido a San Martín. Los pedidos que llegaron a su residencia en Brunoy, hicieron que poco a poco se fuese desprendiendo de todo ello, y que, como era lógico, hiciese donación de tales recuerdos al Estado argentino. La señora de Gutiérrez Estrada falleció sin dejar descendencia.

cambio de cartas que ya conoce el lector, y sirvió además para evidenciar el juicio ponderado y las altas virtudes americanas que distinguían a San Martín. A pesar de vivir en un completo y absoluto retiro, no dejó éste de interesarse por las cosas de América. Nada escapaba a su curiosidad y así como se felicitó de la prosperidad que en ese momento acusaba la república de Chile, recriminó severamente el movimiento subversivo provocado por el general Iguain al perturbar el orden y la paz en el Perú.

Las cosas de Europa, o sea los acontecimientos políticos que la convulsionaban en aquel entonces, no dejaron de atraer la atención de su espíritu. Las cartas salidas de su pluma están llenas de juiciosas observaciones y leyéndolas vemos que su criterio analítico y observador se detiene tan pronto en Alemania como en Austria, en el Piamonte como en los Estados Pontificios, puntos todos en donde se siente repuntar vigoroso el instinto de nuevas nacionalidades.

Entrando en el fondo de la gran cuestión que en ese momento se traduce en conflictos subversivos y sangrientos, San Martín escribe en una de sus cartas a Rosas: «En cuanto a la situación de este viejo continente, es menester no hacerse la menor ilusión: la verdadera contienda que divide su población es puramente social. En una palabra, la del que nada tiene, trata de despojar al que posee. Calcule lo que arroja de sí un tal principio, infiltrado en la gran masa del bajo pueblo por las predicaciones diarias de los clubs y la lectura de miles de panfletos. Si a estas ideas se agrega la miseria espantosa de millones de proletarios, agravada en el día con la paralización de la industria, el retiro de los capitales en vista de un porvenir incierto, la probabilidad de una guerra civil por el choque de las ideas y partidos y en conclusión, la de una bancarrota nacional visto el déficit de cerca de 400,000,000 en este año y otros tantos en el entrante: éste es el verdadero estado de la Francia y casi del resto de la Europa, con la excepción de Inglaterra, Rusia y Suecia, que hasta el día siguen manteniendo su orden interior» (1).

Cuando San Martín escribía estas líneas los acontecimientos políticos y militares del Río de la Plata evolucionaban en un sentido favorable y honroso para los intereses argentinos. Esto le obligó a un franco desahogo de su corazón y al escribirle al mandatario aquel que había sabido defender denodadamente a una soberanía violada, le declaró: «A pesar de la distancia que me separa de nuestra patria, usted me hará la justicia de creer que sus triunfos son un gran consuelo a mi achacosa vejez. Así es que he tenido una verdadera satisfacción al saber el levantamiento del injusto bloqueo con que nos hostilizaban las dos primeras naciones de Europa. Esta satisfacción es tanto más completa cuanto el honor del país no ha tenido nada que sufrir y por el contrario presenta a todos los nuevos Esta-

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 137.

dos americanos un modelo que seguir. No vaya usted a creer por lo que dejo expuesto, el que jamás he dudado que nuestra patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante presidiendo usted sus destinos. Por el contrario, más bien he creído no tirarse usted demasiado la cuerda de las negociaciones seguidas cuando se trataba del honor nacional. Esta opinión demostrará a usted, mi apreciable general, lo hago con la franqueza de mi carácter y la que merece el que yo he formado de usted. Por tales acontecimientos reciba usted y nuestra patria mis más sinceras enhorabuena» (1).

San Martín finaliza esa carta agradeciéndole al general Rosas la honrosa memoria que hace de él en el último de sus mensajes. «Mi filosofía, escribe, no llega al grado de ser indiferente a la aprobación de mi conducta por los hombres de bien». Agregando luego: «Esta es la última carta que será escrita de mi mano. Atacado después de tres años de cataratas, en el día apenas puedo ver lo que escribo y lo hago con indecible trabajo. Me resta la *esperanza* de recuperar mi vista en el próximo verano en que pienso hacerme la operación a los ojos. Si los resultados no corresponden a mis esperanzas, aun me resta el cuerpo de reserva, la resignación y los cuidados y esmeros de mi familia» (2).

Esta carta estaba datada por San Martín en Boulogne en 2 de noviembre de 1848 y meses más tarde llegó a sus manos la que en el mes de marzo de 1849 le escribiera Rosas: «Siento, le dice éste, que los últimos acontecimientos de que ha sido teatro la Francia hayan turbado su sosiego doméstico y obligándolo a dejar su residencia de París por otra más lejana, removiendo allí su apreciable familia, a esperar su desenlace. Es verdad que éste no se presenta muy claro: tal es la magnitud de ellos y tales las pasiones e intereses encontrados que compromete. Difícil es lo que pueda alcanzar la previsión más reflexiva. En una revolución en que, como usted dice muy bien, la contienda que se debate es sólo del que nada tiene contra el que posee bienes de fortuna, donde los clubs, las logias y todo lo que ellas saben crear de pernicioso y malo tienen todo predominio, no es posible atinar qué resultados traigan, y si la parte sensata y juiciosa triunfará al fin de sus rapaces enemigos y cimentará el orden en medio de tanto elemento de desorden».

«Quedo instruido de su determinación de pasar a Inglaterra si se enciende una guerra civil en Francia, para desde este punto tomar un partido definitivo, y deseo vivamente que ella le proporcione todo bien, seguridad y tranquilidad personal.

«Soy muy sensible a los agradecimientos que usted me dirige en su carta por la memoria que he hecho de usted en el último mensaje a la Legislatura de la provincia. ¿Cómo quiere usted que no lo hi-

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 137.

(2) *Ibidem*, pág. 138.

ciera, cuando aun viven entre nosotros sus hechos heroicos y cuando usted no ha cesado de engrandecerlo con sus virtudes cívicas? Este acto de justicia ningún patriota puede negarlo y mengua fuera hacerlo al ínclito vencedor de Chacabuco y Maipú. Buenos Aires y su Legislatura misma me harían responsable de tan perjudicial olvido si lo hubiera tenido. En esta honrosa memoria sólo he llenado un deber, que nada tiene usted que agradecerme».

«Mucha pena siento, concluye Rosas, al saber que la apreciable carta que contesto será la última que usted me escribirá por causa de su desgraciado estado de la vista. ¡Ojalá que sus esperanzas de recuperarla por medio de la operación que se propone, tengan por feliz resultado su entero restablecimiento! Fervientemente ruego al Todopoderoso que así sea y que recompense sus virtudes con este don especial. Al menos, mi apreciable general, es consolante para mí saber que en caso desgraciado no le faltará resignación. Ella y los cuidados de su digna familia harán más soportable los desagradados de una posición mucho más penosa para cualquier otro que no tenga la fortaleza de espíritu de usted» (1).

En noviembre de 1848, y después de haberle escrito la carta a la cual contestó el general Rosas en los términos que acabamos de transcribir, San Martín le escribió nuevamente y esto con un objeto, como él lo dice, puramente personal. «En medio del presente mes, le dice San Martín, me comunicaron desde París mi amigo el señor don Manuel de Sarratea y mi hijo político don Mariano Balcarce el nombramiento que ha tenido usted la bondad de hacer a este último como oficial de la legación argentina en Francia y que estoy seguro desempeñará con honor.

«Esta nueva y no prevista prueba de amistad me demuestra cada día más el empeño de usted de contribuir a hacer más soportables los males de este viejo patriota. Gracias; un millón de gracias, mi apreciable general, por todos sus favores. Ahora sólo me resta suplicarle, en el estado de mi salud quebrantada y privado de la vista, si las circunstancias me obligasen a separarme de este país, visto su estado precario como igualmente el resto de la Europa, permita usted el que dicho mi hijo me acompañe, pues me sería imposible hacerlo sin su auxilio».

«En el nombramiento que el gobierno ha hecho en su hijo político para oficial de la legación argentina en París, le escribe Rosas, sólo ha sido guiado del íntimo deseo de manifestar a usted el vivo aprecio que hace de sus inmarcesibles servicios a la patria y a los honorables antecedentes de su digno hijo. Si este acto de justicia ha sido acogido por usted con tanto agradecimiento, para mí no ha sido menor mi satisfacción el haber podido demostrarle el distinguido aprecio que de usted hago así como de su digna familia. Pero es bien entendido que en la distinción hecha a don Mariano Balcarce,

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 140.

asignándole un puesto en la legación argentina en París, no puede comprenderse la idea de separarle un apoyo con que usted cuenta en su bien sensible situación, ni quitarle el auxilio de su persona, que tanto lo requiere su interesante salud. Puede usted estar seguro que si llegase el caso de tener usted que separarse de ese país, don Mariano Balcarce lo acompañará y desde ahora le autorizo para que así lo haga, bastando para ello que usted muestre esta carta al señor don Manuel de Sarratea, ministro plenipotenciario en París» (1).

El 6 de mayo de 1850 San Martín se decidió por dirigirse nuevamente a Rosas. El jefe de la Confederación Argentina había tenido la delicadeza de evocarlo nuevamente en su mensaje, y reconocido San Martín a esta prueba de admiración le escribió: «El objeto de ésta es el de tributar a usted mis más sinceros agradecimientos al ver la constancia con que se empeña en honrar la memoria de este viejo amigo, como lo acaba de verificar en su importante mensaje de 27 de diciembre pasado; mensaje que por segunda vez me he hecho leer y que como argentino me llena de un verdadero orgullo al ver la prosperidad, la paz interior, el orden y el honor restablecidos en nuestra querida patria; y todos estos progresos, efectuados en medio de circunstancias tan difíciles, en que pocos Estados se habrán hallado.

«Por tantos bienes realizados, yo felicito a usted muy sinceramente, como igualmente a toda la Confederación Argentina».

Rosas no dejó sin contestar la carta de San Martín, y con fecha 15 de agosto de 1850, dos días antes de que la muerte viniese a posarse sobre su lecho de proscrito, le dice desde Buenos Aires: «Aunque mis ocupaciones son de un tamaño tal que están en suma desproporción con el tiempo que puedo darles, no obstante, por largas que fuesen las cartas de usted, cuanto más la del 6 de mayo próximo pasado, me darían siempre descanso y estímulo para rehacer mis fuerzas en esta lucha de negocios siempre crecientes.

«Si en el último mensaje como en otros anteriores, he hecho el debido homenaje a la memoria de usted, ha sido, entre otras consideraciones, porque me ha cabido la suerte de consolidar la independencia que usted conquistó y he podido apreciar sus afanes por los míos.

«Puesto que una multitud de objetos colocados en un cuadro pueden sólo ser abarcados desde la distancia, ya se habrá usted apercebido con más calma que yo, del torrente de dificultades que debo atravesar para poner la patria en salvo y colocarla en el camino limpio que debe seguir.

«Mi último mensaje puede haber parecido minucioso, pero a mi ver el edificio social se ha desplomado en Europa porque sus hombres de Estado, elevados siempre en las altas regiones de la política,

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 42.

no descienden a cuidar tantos pequeños elementos que, abandonados en la obscuridad, carcomen la base del poder más sólido. Usted sabe cuanta influencia ejercen las más pequeñas causas en las grandes empresas.

«No era pues, de extrañar, ni justo, que recordando los méritos que han contraído los gobernadores de las provincias y otros muchos individuos subalternos nombrados en el mensaje, el nombre ilustre de usted no figurase en primera línea, cuando su voto imponente acerca del resultado de la intervención ha sido pesado en los Consejos de los injustos interventores.

«Sólo me resta devolver a usted, a nombre de la Confederación Argentina y mío, las felicitaciones que nos dirige, deseando que el viejo soldado de la independencia pueda vivir largos años en salud, para que veamos nuestra querida patria independiente, tranquila, libre y feliz» (1).

De este modo, como se ve, cerróse por decirlo así la amistad del general don José de San Martín con el jefe de la Confederación Argentina, el general don Juan Manuel de Rosas. Es ésta una amistad que no la dictó, por parte del Libertador americano, ningún sentimiento subalterno. La inspiró ella una razón de patria, de independencia y de soberanía, y por esos títulos se mantuvo ella en el terreno mutuo de la consideración y del respeto de soldado a soldado.

Rosas testifica su sentimiento admirativo por San Martín por causas múltiples. Primero reconoce en él al vencedor de dos batallas que fuéron continentales. Sabe que las virtudes que enaltecen al guerrero son paralelas a las que enaltecen al ciudadano y finalmente que San Martín cumplió con sus deberes de argentino y de ex libertador cuando desde lejos contempló una soberanía violada. Sabe además que su palabra resonó poderosamente en las capitales de Europa protestando contra este atentado y que, así como esa palabra fué respetada en las Tullerías, lo fué igualmente en el parlamento francés, cuando ella llegó allí, formulando un llamado a la imparcialidad en forma de un «voto imponente», como así lo dice el mandatario argentino.

Dadas las circunstancias apuntadas, y dispuesto como ya lo estaba para trasladarse del viejo al nuevo mundo, al promediar el año de 1849, San Martín se decidió por desprenderse de su casa de Grand-Bourg, conservando tan sólo la de París, que luego pasó en herencia a su hija (2).

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 144.

(2) Ver: *Apéndice*, documento J. — Doña Mercedes San Martín de Balcarce, la hija del Libertador, entró en posesión de esta finca en el mes de febrero de 1852 y permaneció en su patrimonio hasta el año de 1875, en que dejó de existir. En esta época la casa de San Martín sita en la *rue Saint-Georges*, pasó a poder de doña Josfa Balcarce y San Martín, nieta del prócer. Esta la vendió en 1921 y los que la compraron en este entonces, la vendieron en 1924. En 1928 pasó a poder de los que son en la actualidad sus propietarios.

La casa de San Martín fué perforada por un obús alemán el 13 de abril de 1918.

Como ya se sabe, la casa de Grand-Bourg era para San Martín su finca predilecta, pero en los momentos en que tomó esta resolución, su ánimo se encontraba trabajado por nuevos planes, siendo el principal el de retornar a América para dejar allí sus restos. Por otra parte, su amigo y su protector, el marqués de las Marismas don Alejandro Aguado, que constituía para él un punto de atracción, había dejado ya de existir. Las tierras de éste y su hermoso castillo habían pasado ya a otras manos, y el nuevo estado de cosas constituía para el héroe solitario una cierta orfandad. Por otra parte, las naciones del nuevo mundo libertadas por él y aún su patria lo reclamaban con insistencia, y esto hizo que el 10 de julio de 1849 San Martín se presentase ante la notaría del señor Ciprián Loppe en Boulogne-sur-Mer y extendiese allí un poder — poder que en lámina aparte encontrará reproducido el lector — dando facultades a Balcarce para vender esa finca lo mismo que su mobiliario, en su totalidad o en parte.

Balcarce no tardó en dar cumplimiento a las facultades que le otorgara San Martín y el 14 de agosto de ese mismo año vendió esa propiedad al señor Eduardo Blavier, vecino que era de Estrasburgo, pagando éste la suma de 29.000 francos.

Parte de esa suma fué entregada en el momento de hacerse la compra y el resto en dos cuotas entregadas respectivamente el 29 y el 30 de diciembre a los notarios Le Roy y Huillier, notario de San Martín.

El señor Blavier conservó esta casa en su poder hasta el 17 de mayo de 1853. En esa fecha compróla a él el señor José Dumas, que vivía en París, en donde se llevó a cabo la compra por la suma de 19.000 francos. El 4 de mayo de 1862 el señor Dumas la vendió a la Congregación de Nuestra Señora de Sión, representada en ese acto por la Madre María Catalina Weywada, superiora general de la Congregación.

Esta venta sin embargo no se hizo efectiva sino el 29 de junio

Este abrió un boquete, en la parte central de su fábrica, y aun cuando causó muchos destrozos en su techo como en su escalera, no afectó en modo alguno a su solidez. El proyectil que causó estos daños no causó desgracia personal alguna. Su espoleta, recogida entre los escombros, se encuentra en nuestro poder.

Cuando hace muchos años visitamos esta propiedad, varias de sus dependencias interiores se conservaban en el mismo estado en que las dejara la señora Gutiérrez de Estrada cuando decidió trasladarse a su nueva casa, sita en el número 5 de la *rue Berlin*, denominada *rue Liège* al producirse la guerra. Tanto en la sala como en el comedor, dependencias estas que se encontraban en el primer piso, las paredes estaban tapizadas de damasco granate y decoradas en estilo imperio. El zócalo del comedor estaba pintado imitando el color palisandro oscuro y en las puertas como en las ventanas del salón, se veían distintos atributos simbólicos de la música.

Cuando la señora Gutiérrez de Estrada se desprendió de esta propiedad, no se había procedido aún a la reparación de los desperfectos causados por el bombardeo. Esto se llevó a cabo a fines de 1924 y con tal motivo fué demolida su buhardilla, elevándola de tres pisos. Más tarde se suprimió su cochera y en el lugar que ésta ocupaba, como en el patio que fué recubierto de cristal, se establecieron nuevas dependencias por la sociedad de seguros a la cual pertenece esta finca.

de 1864 y el señor Dumas recibió por esa venta y por otros lotes que vendió igualmente a la referida Congregación, la suma de 45.000 francos.

El título de propiedad que tenemos delante expone los orígenes de esa finca. Nos dice, después de haberse remontado a sus primeros propietarios, que ella perteneció al general don José de San Martín, capitán general de la república de Chile y fundador de la libertad del Perú. Al describirla, el título en cuestión lo hace en esta forma: «Une maison de campagne située à Grand-Bourg, commune d'Evry sur Seine, arrondissement de Corbeil (Seine et Oise). Cette propriété a son entrée par une grille avec une demi-lune sur la rue principale de Grand-Bourg. Elle comprend une petite cour d'honneur ornée de fleurs et d'arbustes, un bâtiment principal élevé sur caves, d'un rez de chaussée, salon, salle à manger, salle de bain, office et cuisine. Au premier étage cinq chambres de maître et cinq autres pièces; au second étage trois chambres à coucher et trois chambres de domestique. Fruitier, bûcher, basse-cour, écurie et remise, maison de jardinier élevée d'un étage, serre, orangerie. Beaux couverts, jardin potager, jardin fruitier garni d'espaliers. Ce jardin est entouré de murs de tous côtés, il est en très grande partie limité par la voie publique. Cette propriété tient d'un côté à la rue principale de Grand-Bourg, d'un bout à la ruelle conduisant aux communs, et à la maison de Monsieur Chavigné, d'autre bout à un petit chemin conduisant à la Seine sur lequel il existe une porte de sortie, et d'autre côté à Monsieur et Madame de Chavigné, par des murs mitoyens, sauf la partie derrière les écuries et remises, dont le mur appartient en entier à la propriété présentement vendue.

«Sa contenance totale superficielle est d'environ soixante dix ares quatre-vingt-quatorze centiares».

Esta descripción se armoniza en un todo, como lo podrá comprobar el lector, con la que se registra en el título originario y que se remonta al año de 1834, época en que San Martín comprara esta finca. Por otra parte, los pormenores descriptivos aquí anotados son los mismos que corresponden al plano de la casa de San Martín en Grand-Bourg — plano que por primera vez sale a la publicidad — y que Balcarce presentó en el momento de su venta. Todo esto tiene una importancia capital, pues nos permite afirmar en modo concluyente y categórico la autenticidad sanmartiniana de la casa que hoy se conoce con el nombre de «La Solitude» en Grand-Bourg, y cuyos propietarios actuales lo son las religiosas de Nuestra Señora de Sión.

Observemos, antes de finalizar estas referencias, que cuando la Madre Weywada compró esta finca al señor Dumas, el Reverendo Padre María Teodoro de Ratisbona se había ya afincado en Grand-Bourg y establecido allí un pensionado similar al que la Congregación fundada por él poseía en París, y que el sitio elegido por él

para esta fundación fué la finca en que en tiempos pretéritos había existido el castillo de Grand-Bourg ⁽¹⁾.

Hecha la adquisición de la nueva finca, o sea de la que fuera casa de San Martín, el padre Ratisbona le acordó sus preferencias hasta el punto de hacerla su domicilio habitual cuando desde París o de otra parte de Europa se trasladaba a Grand-Bourg para pasar allí sus horas de retiro. Por una rara coincidencia vinieron así a vincularse, por instintos comunes y virtudes similares, un héroe con un santo.

Pero volviendo al punto capital de esta exposición, interrumpida por razón de estos esclarecimientos históricos que el relato mismo exigía, digamos que cuando San Martín facultó a Balcarce para vender su casa de Grand-Bourg lo facultó para vender igualmente en parte o en todo el mobiliario que la alhajaba. ¿Cuándo se hizo esta venta y qué muebles abandonaron, para entrar en poder de otras manos, la casa de San Martín? Desgraciadamente, los documentos consultados no nos permiten esclarecer, como así habría sido nuestro propósito, el punto en cuestión. Lo único que podemos afirmar es que al menos una parte de su mobiliario escapó a esa venta, pues sabemos que el dormitorio que San Martín tenía en

(1) En el mes de junio de 1850, la superiora de la Congregación de Nuestra Señora de Sión, residente en París, fué informada por la superiora de la Congregación de las Hermanas del Buen Socorro, que un rico propietario que vivía en la comuna de Corbeil, quería desprenderse de algunas de sus tierras, y esto para establecer allí un colegio y un asilo para niños pobres. Junto con este informe, el padre Ratisbona recibió en París la visita del señor Alexis Ravenaz, que era el propietario en cuestión, y le dió a conocer su plan y su pensamiento. El padre Ratisbona, que estaba ya a la busca de un lugar apartado en las afueras de París para proceder a la fundación de un nuevo convento, encontró en esta circunstancia una ayuda oportuna de la Providencia, y aceptada en principio la oferta, en compañía del señor Ravenaz — era éste uno de los directores de las Mensajerías Nacionales y propietario además del castillo de Beauvoir — se trasladó a Grand-Bourg.

A llegar allí el padre Ratisbona se encontró con las ruinas aun existentes del castillo de este nombre. Supo que el fundador de ese castillo en siglos pretéritos lo había sido Pedro de Longueil; que con el andar del tiempo ese señorío había pasado a la familia de Decauville y que antes de haber entrado a figurar en el patrimonio del señor Ravenaz había pertenecido al marqués de Aguado, el amigo de San Martín.

Aceptado el don, el padre Ratisbona trató de instalarse allí lo mejor que pudo y en las dependencias existentes del antiguo castillo instaló su pensionado. Después de haber construido una capilla provisoria en 1855, construyó la que hoy existe, y por esa época y ayudado por la familia Ravenaz, Pastré y otras, echó los cimientos de la fábrica conventual que hoy asoma con sus líneas arquitectónicas entre la sombra de un parque.

La casa que fuera de San Martín está separada de la fábrica actual por una calle que se denomina: *rue de Grand-Bourg*. Figura como un anexo de ésta, y actualmente está convertida en residencia de clausura para las Hermanas de la Congregación que se dedican a la vida contemplativa.

El 25 de mayo de 1931, se colocó allí por nuestra iniciativa una placa conmemorativa en honor de San Martín. Esto dió lugar a una ceremonia brillante y simbólica al rememorar así la memoria del Libertador argentino en el lugar mismo en que pasara la mayor parte de su ostracismo.

El lector encontrará los detalles de esta ceremonia y los discursos allí pronunciados en nuestro folleto: *«Francia y San Martín»*.

Boulogne-sur-Mer fué transportado por su orden desde Grand-Bourg a esa ciudad a principios de 1849.

Este dormitorio se encuentra reconstituído hoy en una sala especial del Museo Histórico de Buenos Aires. La colocación de los muebles en esa sala se ha hecho, no en la forma como ellos estaban colocados en Grand-Bourg, sino como se encontraban en la habitación que ocupaba San Martín en Boulogne-sur-Mer. Para hacer esta reconstrucción se tuvo en cuenta el croquis enviado desde París, el 30 de mayo de 1899, por la nieta del Libertador, al enviar ésta a aquella institución los muebles que habían pertenecido a su abuelo. Estos muebles nos dan una sensación exacta de la modestia de San Martín y nos permiten, colocados como hoy están en aquel museo, reconstruir la habitación ocupada por San Martín en casa de Gérard. Todo el mobiliaje de esta habitación lo componía una cama de hierro pintada en color caoba; una cómoda, un lavatorio, un velador, una mesa de escribir, un sofá y varias sillas. Los muebles eran de caoba y tanto el sofá como las sillas estaban tapizados en tela verde con dibujo imperio. Un reloj en bronce y en estilo imperio igualmente, como dos candelabros del mismo metal y del mismo estilo, constituían el adorno de su chimenea. La coquetería de esa habitación la formaba la cortina que cubría su lecho. Esta era de fondo blanco floreado de celeste y se desprendía de una corona de caoba suspendida en el techo. La misma tela servía para cubrir las ventanas de la habitación.

En los muros de ésta colocó San Martín varios cuadros. En el testero principal y sobre su cama, su propio retrato, y en el frente el de Bolívar. El retrato elegido por el propio San Martín para contemplar su imagen era el pintado en Bruselas por la maestra de pintura que tenía su hija, y el de Bolívar la lámina dibujada por Quesnet y litografiada por Frey.

En las otras paredes de la habitación, colgó el grabado de la batalla de Maipú hecho por Géricault, faltando el de la batalla de Chacabuco, del mismo autor. Al mismo tiempo, dió colocación a algunas marinas, coloreadas por él, y a un cuadro al óleo pintado por Gil, y cuyo motivo lo representa el busto de un hombre vigoroso apoyado en un báculo y con su mirada fija en un punto del horizonte.

Al amparo pues de estos recuerdos y con el corazón clavado por entero en el retorno a su patria, San Martín llenó la última etapa de su existencia viviendo en esta ciudad costera de Francia. La vida de San Martín en Boulogne-sur-Mer no es otra cosa que una prolongación de la misma en Grand-Bourg, como ésta lo es de su proscripción voluntaria, primero en un arrabal de Bruselas, y luego en el centro mismo de esta ciudad. Se puede decir que ella se cierra por los servicios rendidos a la patria, con una parábola que no puede ser ni más ejemplar ni más brillante.

CAPITULO XIX

San Martín y el presidente Castilla

SUMARIO: Estados americanos que al unísono le brindan su hospitalidad a San Martín. — Itinerario de viaje que podía seguir San Martín al retornar a su patria, según Alberdi. — Primera carta escrita por San Martín a Castilla. — Exposición hecha por el mismo de su carrera militar. — San Martín invariable en dos puntos. — Por qué no puso término él a la guerra de la independencia en el Perú. — Declaración que encierra una importancia capital. — «Si algún servicio tiene que agradecerme la América, dice San Martín a Castilla, es el de mi retirada de Lima». — Explicación de su ostracismo. — San Martín en su chaera de Mendoza. — Guerra sostenida que sufre en su retiro. — Para disipar toda ambición se embarca para Europa. — San Martín incierto de adónde irán a parar sus huesos. — San Martín desentraña las verdaderas causales de su ostracismo. — San Martín imposibilitado de escribir por sí mismo su correspondencia particular. — Las máximas subversivas y los buenos peruanos. — Los hombres de orden y la revolución de febrero en Francia. — Porvenir que le inspira una gran desconfianza. — Una página magistral de San Martín. — Cómo concluye San Martín su carta a Castilla. — Castilla la clasifica de «franca, leal y digna». — Castilla vería con gusto que San Martín pasase al Perú. — La asignación de San Martín. — Nueva carta de San Martín a Castilla enviada por intermedio del secretario de la legación peruana en Londres. — La situación del Continente. — Un movimiento subversivo en el Perú. — El tema político de la Europa abordado por San Martín. — Cartas que faltan en el epistolario sanmartiniano. — Contestación de Castilla a la que San Martín le escribiera con fecha 13 de febrero de 1849. — El general Iguain y la convocación del congreso. — Los marinos franceses en favor de los enemigos del Perú y Bolivia, según Castilla. — Los ingleses y su conducta neutral. — El estandarte de Pizarro y el expediente de Santa Rosa de Lima. — Lo que sobre estos tópicos le contesta San Martín. — El aspecto de la Europa. — Añoranzas despertadas en San Martín por las cartas de Castilla. — Fe de San Martín en el triunfo del orden.

El traslado de San Martín de París a Boulogne-sur-Mer coincidió con el momento preciso en que los jefes de tres Estados americanos, libertados por él, le escribían con instancia llamándolo, y al unísono brindándole su hospitalidad. En Chile lo era el presidente Bulnes; en la República Argentina el general Rosas y en el Perú el general don Ramón Castilla. Eran tres mandatarios, como se ve, que, sin conocerse y actuando en teatro diverso, obedecían a un mismo propósito. Este no era otro que el de honrar y glorificar debidamente, en la última etapa de su existencia, al Libertador austral del nuevo mundo. Por razón de esta circunstancia, San Martín vino a encontrarse, por así decirlo, en un caso de conflicto.

¿Cómo lo resolvió y a cuál de estos tres Estados acordó él su preferencia? Los documentos epistolares salidos en ese entonces de la pluma de San Martín, no lo dicen. Posiblemente su voluntad definitiva se concentró sobre la República Argentina, que era su patria, y es por esto que cuando el doctor don Juan Bautista Alberdi se enteró de los propósitos que San Martín tenía de trasladarse definitivamente a sus lares, escribióle a Balcarce, proponiéndole que el viaje que tenía en proyecto lo hiciera por vía de Panamá. De este modo, el ex Libertador del nuevo mundo podría pasar por el Perú, por Chile, y antes de llegar a Buenos Aires, por las provincias de Cuyo, primer teatro de su gloria continental. Como se sabe, el propio Balcarce puso reparos a un tal proyecto, y esto no por razones materiales para hacer el viaje, sino por razones morales, conociendo como conocía la psicología de San Martín, reacio por naturaleza a homenajes y ovaciones.

Pero si San Martín no pudo darse la satisfacción que hubiera significado para él esta gira triunfal en América, recibió de los jefes de Estado que en ese momento dirigían los destinos de tres Repúblicas y que lo contaban a él como factor principal en la suerte de su libertad, testimonios elocuentísimos que le arrancaron a su pluma más de un documento y más de un testimonio escrito de su equilibrado modo de pensar y de su modestia.

Oportunamente hemos dado a conocer su correspondencia con el general Rosas, jefe de la Confederación Argentina. Corresponde que ahora hagamos otro tanto con el general Castilla, presidente del Perú desde el año 1845 y digno apreciador del mérito del hombre que había libertado su patria. Antes de proceder a la realización de este cometido, digamos que el general don Ramón Castilla había nacido en la provincia de Tarapacá el año de 1799, y que en calidad de cadete entró a figurar en el regimiento de caballería de dragones de la Frontera. En ese cuerpo se encontraba cuando se produjo la reconquista de Chile por el ejército de San Martín, y aun cuando no tomó parte en la batalla de Chacabuco, por encontrarse ejerciendo una comisión, cayó prisionero con el séquito que acompañaba al general Marcó del Pont en su fuga.

De Chile, Castilla fué remitido a Buenos Aires, y estando allí fué puesto en libertad por Pueyrredón. De Buenos Aires se trasladó a Montevideo, y de aquí a Río de Janeiro. Castilla logró atravesar el Brasil con el brigadier de artillería realista don Fernando Cacho y llegar a Lima. Estando en Lima, como dice uno de sus biógrafos, don José A. Izcue, se desentendió de la buena voluntad que le tenía el virrey Pezuela, y en 1821 se incorporó al ejército libertador, como alférez de húsares de la Legión Peruana, creada por San Martín.

A raíz de esta incorporación, fué destinado a la campaña del Alto Perú bajo las órdenes del general Santa Cruz, y siguió luego las distintas operaciones de guerra que se sucedieron.

La historia no nos dice cuándo y en virtud de qué circunstancia

Castilla y San Martín entraron en comunicación epistolar. Lo único que sabemos es que en el mes de mayo de 1848, Castilla se dirigió a San Martín, y que esta carta, en la cual el mandatario peruano se franqueaba con el Libertador y le hacía una exposición de su carrera militar y política, sólo llegó a sus manos meses más tarde, es decir, el 30 de agosto del referido año. «Usted me hace una exposición de su carrera militar bien interesante, le dice San Martín en esa circunstancia. A mi turno, permítame le dé un extracto de la mía. Como usted, yo serví en el ejército español en la Península, desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de teniente coronel de caballería. Una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar. Yo llegué a Buenos Aires a principios de 1812; fuí recibido por la junta gubernativa de aquella época, por uno de los vocales con favor y por los dos restantes con una desconfianza muy marcada; por otra parte, con muy pocas relaciones de familia en mi propio país, y sin otro apoyo que mis buenos deseos de serle útil, sufrí este contraste con constancia hasta que las circunstancias me pusieron en situación de disipar toda prevención. En el período de diez años de mi carrera pública en diferentes mandos y Estados, la política que me propuse seguir fué invariable en solos dos puntos y que la suerte y circunstancias más que el cálculo favorecieron mis miras, especialmente en la primera, a saber: la de no mezclarme en los partidos que alternativamente dominaron en aquella época en Buenos Aires, a lo que contribuyó mi ausencia de aquella capital por el espacio de nueve años. El segundo punto fué el de mirar a todos los Estados americanos en que las fuerzas de mi mando penetraron, como Estados hermanos, interesados todos en un santo y mismo fin».

En estas líneas, San Martín define el carácter de su argentinidad, y al mismo tiempo el sentimiento de aquel americanismo solidario que le permitió convertirse en el nuevo mundo en su Libertador austral. Simultáneamente nos levanta la punta de un velo y nos dice que si uno de los miembros que formaban el triunvirato no se receló de su persona, dos de ellos lo miraron con «muy marcada desconfianza». Esto no obstante, San Martín cumplió con los dictados de su vocación y con los de su destino, y fiel a la consigna que se había trazado sólo se preocupó de servir a su patria, excluyendo todo compromiso con sus partidos.

Esto expuesto, San Martín pasa a decirle a Castilla: «Consecuente a este justísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase. He aquí, mi querido general, un corto análisis de mi vida pública seguida en América. Yo hubiera tenido la más completa satisfacción habiéndole puesto fin con la terminación de la guerra de la inde-

pendencia en el Perú, pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció, no obstante sus protestas, que *el solo obstáculo* de su venida al Perú con el ejército de su mando no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme bajo sus órdenes con todas las fuerzas de que yo disponía». «Si algún servicio tiene que agradecerme la América, continúa él, es el de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sensible cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23; pero este costoso sacrificio y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto — tan necesario en aquellas circunstancias — de los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que usted podrá calcular y que no está al alcance de todos el poderlos apreciar».

Esta declaración de San Martín es de una importancia capital. Entrando en el desenlace de un drama, lo da a conocer en la verdadera causal que lo determina y escribe así para la historia una página que concluye para siempre con el supuesto misterio de Guayaquil. Su retirada del Perú sólo tiene una verdadera causal, y como ya lo hemos dicho en páginas precedentes, no es otra que la política obstruccionista de Bolívar. San Martín señala esta circunstancia sin encono y con sublime serenidad. Sólo reclama un acto de justicia reparadora y es éste el contraído para con él por la propia América, por haber sabido llegar al sacrificio supremo consultando su interés inmediato y futuro. Después de explicar a Castilla la razón de su retirada del Perú, pasa a hacer otro tanto con la de su «ostracismo voluntario» y textualmente le dice: «De regreso de Lima, escribe, fui a habitar una chacra que poseo en las inmediaciones de Mendoza. Ni este absoluto retiro, ni el haber cortado con estudio todas mis antiguas relaciones, y sobre todo la garantía que ofrecía mi conducta desprendida de toda facción o partido en el transcurso de mi carrera pública, no pudieron ponerme a cubierto de las desconfianzas del gobierno que en esa época existía en Buenos Aires: sus papeles ministeriales me hicieron una guerra sostenida, exponiendo que un soldado afortunado se proponía someter la república al régimen militar y substituir este sistema al orden legal y libre. Por otra parte, la oposición al gobierno se servía de mi nombre, y sin mi conocimiento ni aprobación manifestaba en sus periódicos que yo era el solo hombre capaz de organizar el Estado y reunir las provincias que se hallaban en disidencia con la capital. En estas circunstancias, me convencí que, por desgracia mía, había figurado en la revolución más de lo que yo había deseado, lo que me impediría poder seguir entre los partidos una línea de conducta imparcial. En consecuencia, y para disipar toda idea de ambición a ningún género de mando, me embarqué para Europa, en donde permanecí hasta el año 29, en que incitado tanto por el

gobierno como por varios amigos, que me demostraban las garantías de orden y de tranquilidad que ofrecía el país, regresé a Buenos Aires. Por desgracia mía, a mi arribo a esta ciudad, me encontré con la revolución del general Lavalle y sin desembarcar regresé otra vez a Europa, prefiriendo este nuevo destierro a verme obligado a tomar parte en sus disensiones civiles. A la edad avanzada de setenta y un años, una salud enteramente arruinada y casi ciego con la enfermedad de cataratas, esperaba, aunque contra todos mis deseos, terminar en este país una vida achacosa, pero los sucesos ocurridos desde febrero han puesto en problema dónde iré a dejar mis huesos, aunque por mí personalmente no trepidaría permanecer en este país, pero no puedo exponer mi familia a las vicisitudes y consecuencias de la revolución».

Como se ve, San Martín desentraña aquí las verdaderas causales de su ostracismo. Vemos por sus declaraciones que la malquerencia e intrigas jugaron sobre su ánimo un papel importante. Comprendió él que si por un lado gravitaba la maldad, por el otro hacía otro tanto la insinceridad política. Fué entonces que tomó una decisión radical y que no queriendo prestarse al juguete de las pasiones partidistas, se decidió por expatriarse, convencido de que su figuración había terminado. Una repugnancia idéntica a la que se posesionó de él cuando descubrió el genio y las ambiciones de Bolívar, se posesionó de su corazón igualmente cuando al llegar a la tierra en 1829 encontró a su patria desgarrada por la revolución de Lavalle. De la misma manera que en aquella circunstancia renunció al poder para no comprometer la suerte de América, en esta nueva oportunidad negó el aceptarlo, porque aceptándolo no le quedaría otro remedio que usar de la violencia y, como lo diría él en esa ocasión a un amigo, San Martín no había nacido para ser el Sila de sus hermanos.

Después de haberse exployado así con Castilla, pasa a decirle que sería para él causa de una viva satisfacción el entablar una correspondencia seguida. Desgraciadamente, por lo mal que se encuentra su vista se ve obligado a servirse de mano ajena, «lo que me contraría infinito, escribe él, pues acostumbrado toda mi vida a escribir por mí mismo mi correspondencia particular, me cuesta un trabajo y dificultad increíble el dictar una carta por falta de costumbre». Establecida esta declaración, y después de pedirle disculpa por las incorrecciones en que pueda incurrir, le dice:

«Los cuatro años de orden y prosperidad que bajo el mando de usted han hecho conocer a los peruanos las ventajas que por tanto tiempo les eran desconocidas, no serán arrancados fácilmente por una minoría ambiciosa y turbulenta. Por otra parte, yo estoy convencido que las máximas subversivas que a imitación de la Francia quieren introducir en ese país encontrarán en todo honrado peruano, así como en el jefe que los preside, un escollo insuperable. De todos modos, es necesario que los buenos peruanos interesados

en sostener un gobierno justo no olviden la máxima: que más ruido hacen diez hombres que gritan que cien mil que están callados.

Por regla general, los revolucionarios de profesión son hombres de acción y bullangueros. Por el contrario, los hombres de orden no se ponen en evidencia sino con reserva: la revolución de febrero en Francia ha demostrado esta verdad muy claramente, pues una minoría imperceptible y despreciada por sus máximas subversivas de todo orden, ha impuesto por su audacia a treinta y cuatro millones de habitantes la situación crítica en que se halla este país».

Revelado así su pensamiento político en lo que se relaciona con la caída de la monarquía orleanista y el advenimiento de la segunda república, San Martín, escribe:

«El transcurso del tiempo que parecía deber mejorar la situación de la Francia después de la revolución de febrero no ha producido ningún cambio y continúa la misma o peor, tanto por los sucesos del 15 de mayo y 2 de junio como por la ninguna confianza que inspiran en general los hombres que en la actualidad se hallan al frente de la administración. Las máximas de orden infiltradas por los demagogos a la clase trabajadora contra los que poseen; los diferentes y poderosos partidos en que está dividida la nación; la incertidumbre de una guerra general muy probable en Europa; la paralización de la industria; el aumento de gastos para un ejército de quinientos cincuenta mil hombres; la disminución notable de las entradas y la desconfianza en las transacciones comerciales, han hecho desaparecer la seguridad, base del crédito público. Este triste cuadro no es el más alarmante para los hombres políticos del país; la gran dificultad es el alimentar en medio de la paralización industrial un millón y medio o dos millones de trabajadores que se encontrarán sin ocupación el próximo invierno y privados de todo recurso de existencia. Este porvenir inspira una gran desconfianza, especialmente en París, donde todos los habitantes que tienen algo que perder desean ardientemente que el actual estado de sitio continúe, prefiriendo el gobierno del sable militar, a caer en poder de los partidos socialistas. Me resumo, el estado de desquicio y trastorno en que se halla la Francia, igualmente que una gran parte de la Europa, no permite fijar las ideas sobre las consecuencias y desenlace de esta inmensa revolución, pero lo que presenta más probabilidades en el día es una guerra civil, la que será difícil de evitar, a menos que para distraer a los partidos no se recurra a una guerra europea acompañada de la propaganda revolucionaria, medio funesto, pero que los hombres de partido no consultan las consecuencias».

De más está decir que la página que precede es magistral por muchos títulos. San Martín se revela en ella un analítico y un observador. El estado social de Francia, convulsionada por una revolución en que predomina la levadura socialista, está pintado con

rasgos francos y vigorosos y no hay una sola línea que no responda a la verdad y a la realidad de los sucesos.

San Martín concluye esta carta escribiendo: «Un millón de gracias por sus francos ofrecimientos. Yo los creo tanto más sinceros cuanto son hechos a un hombre que por su edad y achaques es de una entera nulidad. Yo los acepto para una sola cosa, a saber: rogar a usted que los alcances que resultan de los ajustes de mi pensión hechos por esas oficinas puedan si es de justicia ser reconocidos por el Estado; pero con la precisa circunstancia que nada será satisfecho hasta después de mi fallecimiento en que mis hijos encuentren este cuerpo de reserva para su existencia».

«Muy franca, leal y digna del desprendimiento de usted, contestóle el presidente Castilla con fecha 13 de noviembre del mismo año, encuentro la relación que me hace de su vida pública y muy particularmente en lo referente a los importantes servicios que prestó a la independencia americana de que antes tenía el gusto de estar al corriente. Los que acometen una empresa, por lo general, cosechan solamente las privaciones y riesgos que hay que correr para darle cima; pero usted ha sido feliz, porque mirando con ojos filosóficos los sucesos que se han desarrollado en la América desde que dejó las playas del Perú, goza ahora de la satisfacción que da una conciencia tranquila y un procedimiento noble y desprendido, por el que tiene la gratitud de la mayoría de los Estados sudamericanos».

«Con gusto, le dice después, vería la elección que hiciera usted del Perú para pasar en él de un modo tranquilo y en medio de verdaderos amigos el último tercio de su vida si se resolviese a dejar la Europa, teatro de escándalos y desórdenes». Y luego: «Todas las liquidaciones de las oficinas de Hacienda hechas de la asignación que tiene usted señalada en el Tesoro peruano han sido mandadas reconocer en el acto como deuda nacional, y si alguna hubiese pendiente dispondré se haga lo mismo para cumplir los deseos que sobre esto me manifiesta.

«Desde que mando el país, ha recibido el apoderado de usted cada mes, de manos del habilitado de la inspección general, su haber, que no dudo habrá remitido a usted.

«A fin de evitar a usted la especie de mortificación que le ha causado no poder escribirme de su puño, me valgo ahora de otra mano y le ruego no deje de dirigirme sus cartas con frecuencia, porque esto lo mirará como un servicio distinguido su muy decidido amigo y servidor» (1).

Cuando esta carta salía de Lima para París, San Martín había vuelto a tomar la pluma y desde Boulogne dirígíole a su eminente corresponsal una nueva misiva. En ésta le decía a Castilla que ya había contestado su carta del 13 de mayo y que ahora lo hacía

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 301.

nuevamente por conducto del coronel Beltrán, secretario de la legación peruana en Londres, porque creía que era ése el conducto más seguro y pronto para recibir sus comunicaciones. «No vaya usted a creer por esto, escribe San Martín, que yo le exija contestación a mis cartas, a pesar de lo satisfactorio que me será siempre su correspondencia, pues convencido por la experiencia de las graves ocupaciones que absorberán su tiempo, le ruego que no se tome esta incomodidad».

Después de este preámbulo pasa San Martín a filosofar sobre el estado social y político del Continente y con tal motivo le escribe esta página dictada por los sucesos que están a la orden del día. «La situación en lo general, dícele, de este viejo continente, sigue en el mismo estado de agitación que anuncié a usted en mi anterior; sin embargo la última revolución acaecida en Viena y la represión sangrienta sobre esta capital por las tropas imperiales puede causar alguna mutación en la política de los gobiernos monárquicos de Europa, aunque en mi opinión no creo que ésta se extienda a retirar las concesiones constitucionales que los pueblos han obtenido en este año. De todos modos, resta la gran cuestión del socialismo, cuestión vigente, y que los hombres de desorden entretienen en las masas, tanto por los clubs, como por millares de panfletos. Por lo respectivo a la Francia, una gran crisis se prepara en la elección del presidente que debe realizarse el 10 del mes entrante. Los diferentes partidos que trabajan el país, se van a encontrar en presencia y del choque pueden resultar complicaciones muy serias, con tanto más motivo, cuanto el carácter nacional no está acostumbrado, como los americanos del Norte, a la observación de la constitución».

Pasa luego a hablarle de un movimiento subversivo acaecido en el Perú y con tal motivo le dice: «He visto con sentimiento el movimiento ejecutado por el general Iguain, pero al mismo tiempo he tenido la satisfacción de ver su pronta represión. Esto prueba que en el Perú el reino de la ley es comprendido por los ciudadanos y que los perturbadores se estrellarán contra el gobierno legal y justo. Yo felicito a usted por este feliz resultado y no dudo que él contribuirá muy eficazmente a asegurar el orden y las ventajas que su administración ha hecho conocer a los peruanos».

Escrita esta carta, llegó a manos de San Martín la que le escribiera Castilla con fecha 13 de noviembre. Al acusarle recibo le tributa las más expresivas gracias por sus francos ofrecimientos, así como por los servicios rendidos en lo relativo a su pensión. Pasa luego a abordar nuevamente el tema político y con tal motivo apunta estas reflexiones:

«El inminente peligro que amenazaba la Francia en lo más vital de sus intereses por los desorganizadores partidos de terroristas, comunistas y socialistas, todos reunidos al solo objeto de despreñar no sólo el orden y civilización, sino también la propiedad, reli-

gión y familia, han contribuido muy eficazmente a causar una reacción formidable en favor del orden. Así es que se esperan con confianza las próximas elecciones de la asamblea legislativa que no sólo afirmarán la seguridad de la Francia, sino que influirán con su ejemplo en el resto de la Europa, la que continúa con agitaciones y complicaciones que sólo el tiempo podrá salvar». «Usted verá por los papeles públicos, agrega a continuación, terminada la guerra del Piamonte con el Austria en una campaña de cuatro días y la abdicación del rey Carlos Alberto, acaecimiento que no tiene ejemplo en la historia. El emperador de Austria sostiene la sangrienta guerra contra Hungría con alternativas diferentes, pero la cooperación de la Rusia en favor del primero hará inclinar la balanza por la fuerza numérica. Las hostilidades han dado principio entre Dinamarca y la Alemania, y esta última sigue tocando inmensas dificultades para reunir un centro común que dé impulsión a la diversidad de intereses encontrados de tantos y tan desiguales Estados de que se compone esta federación.

«La confianza empieza a manifestarse: sin embargo se cree con fundamento que aun debe transcurrir largo tiempo antes de poder cicatrizar las heridas que la última revolución ha causado en la propiedad e industria».

Desgraciadamente, en el epistolario sanmartiniano faltan varias cartas de las que Castilla dirigió a San Martín y de las que San Martín escribió a aquél. Falta así la que San Martín le escribiera al presidente del Perú con fecha 13 de febrero y a la cual contestó Castilla el 26 de mayo de 1849. En ésta el personaje en cuestión le dice a San Martín:

«Muy sensible me es saber por su estimada carta que a consecuencia de la estabilidad de la paz en Francia y de la confirmación de su enfermedad en la vista, nos priva usted de la satisfacción de verlo entre nosotros durante sus días.

«Quizá restableciéndose la primera y mejorando la segunda en este último tercio de mi período constitucional, se resigne usted a vivir en un país que, aunque pequeño por su reducida población, es sincero amador de usted por los servicios que le debe como a su caudillo en la lucha de la independencia.

«Antes de haber castigado al general Iguain por el crimen de conspiración que cometió en julio del anterior, el 21 de febrero último fué sofocada sin una gota de sangre una segunda conspiración capitaneada por los generales San Román y Torrico y de acuerdo con Ballivián y Flores, que no pueden conformarse con la pérdida de sus presidencias, ni con la continuación de la paz, de que tienen positiva necesidad estos pueblos.

«Felizmente, descubierto el plan en cuyo desarrollo el Perú habría perdido su nacionalidad, nos proponemos destruirlo, si no para siempre a lo menos por mucho tiempo. Con tal motivo fué que convoqué un congreso extraordinario que del 11 al 12 de junio pró-

ximo quedará instalado. Espero fundadamente que este cuerpo, no obstante que el mayor número de los de su clase son propensos a los desórdenes, ayudará al gobierno a la conservación de la paz pública, bien precioso que por mi parte me propongo mantener a todo trance, apoyado en los buenos peruanos, que conocen demasiado la magnitud de la tempestad que acaban de conjurar, principalmente los marinos franceses, obstáculo de la cesación de la guerra en el Río de la Plata y de su prosperidad». Al llegar a esta altura de su carta, declara Castilla que los marinos franceses han intervenido con su conducta parcial en favor de los enemigos del Perú y Bolivia, trayendo a bordo de sus buques al general Ballivián. «Los ingleses, escribe luego, han observado una conducta diversa y perfectamente neutral; aun cuando estos pueblos infantes en la carrera de las naciones, marchan de obstáculo en obstáculo hacia el objeto que se han propuesto tocar, nos prometemos que, fijando su atención en el tiempo perdido, obren en el sentido que más convenga a sus intereses, en la extensión de la palabra. Yo por mi parte he jurado continuar exclusivamente dedicado en todo el tiempo que me resta de mando constitucional a la consecuencia de aquel objeto».

En esta misma carta le dice Castilla a San Martín que como lo había hecho en su carta del 13, se permite llamarle la atención «sobre otro diverso e importante objeto». «Hablo, le dice, del estandarte de Pizarro y el expediente de Santa Rosa de Lima, que cuando usted se retiró del Perú llevó consigo como recompensa más digna a los servicios que usted había prestado a esta República.

«Suponiendo como debo suponer que usted quiso poseer aquellos trofeos por un tiempo determinado, o a lo más durante sus días, que celebraría fuesen perdurables, y tomándome la confianza de ser intérprete de su voluntad, que siempre juzgué honrosa y amigable al Perú, creo que usted recibirá con agrado mi indicación, y se servirá decirme su opinión y última disposición respecto del estandarte de Pizarro y expediente de Santa Rosa, que creo deben volver a esta república, si no antes, inmediatamente después de los días de usted.

«Rogando a usted dispense la franqueza que he usado al hablar de un asunto que para otros era concluido por el silencio que han guardado acerca de él, me repito de usted muy afectísimo amigo y obsecuente servidor».

Cuando esta carta llegó a manos de San Martín ya había llegado otra fechada en Lima el 13 de mayo, en la cual Castilla le hablaba del fin de la insurrección capitaneada por el general Iguain sin efusión de sangre, y le daba a conocer el decreto relacionado con la liquidación de su pensión — ella debía hacerse desde el 1º de enero de 1832 a diciembre de 1845 —, pasando luego a tocarle el punto relacionado con el estandarte de Pizarro y el expediente de Santa Rosa de Lima, que suponía en poder de San Martín. Al re-

cibir esta carta, San Martín tomó la pluma y le dijo, después de agradecerle el decreto en cuestión:

«Aguardo la comunicación que usted me anuncia por el próximo paquete, relativa al estandarte de Pizarro y expediente de Santa Rosa de Lima. Creo haber prevenido los deseos que supongo en usted y cuando conteste a la dicha comunicación le remitiré copia legalizada de los documentos que justifican el modo como ese estandarte vino a mi posesión. Por lo respectivo al expediente de Santa Rosa de Lima, *ignoro absolutamente* todo lo relativo a este particular».

Evacuada así la consulta que le formulara Castilla en lo relativo al estandarte de Pizarro y a un expediente que suponía, por razones que ignoramos, en manos de San Martín, éste pasa a decirle que en el transcurso de mes y medio «el aspecto de la Europa ha cambiado de un modo inesperado y que las revoluciones alarmantes de Sajonia, Gran Ducado de Baden y el Palatinado han sido dominadas por la fuerza de las armas».

«Estos sucesos, agrega, han adquirido a los gobiernos de Alemania un ascendiente moral y efectivo, encontrando un sólido apoyo entre los hombres de orden y contra la propaganda de los anarquistas. La Italia, igualmente sumisa toda ella por la toma de la capital de la cristiandad, último punto en que se habían reunido los principales demagogos de la Europa, presenta un porvenir tranquilo.

«La Francia, con el golpe que los socialistas y demás partidos extremos han sufrido el 13 del pasado, presenta en el día más garantía de tranquilidad, sin que por esto pueda asegurarse la permanencia de ésta por largo tiempo, visto el carácter inquieto de esta nación y los diferentes partidos que la trabajan» (1).

De este modo, el presidente del Perú y el héroe que había sido en tiempos ya pasados su Libertador, se comunicaban sus impresiones y poniendo en contacto dos almas que se caracterizaban por un paralelismo ideológico, comentaban los grandes sucesos que en Europa como América estaban a la orden del día.

Las cartas del presidente Castilla vinieron a avivar en el corazón de San Martín viejas añoranzas. Al mismo tiempo que ellas le permitieron hacer una síntesis de su vida militar, ellas lo obligaron a puntualizar problemas tan interesantes y trascendentales como lo era aquel de su retirada del Perú. Allí nos dice por qué dejó el campo de sus glorias a Bolívar; allí nos dice también por qué se alejó de su patria y por qué se sepultó en el ostracismo y allí, finalmente, da a conocer aspectos múltiples de su personalidad, entre los cuales se destaca un sentido agudo propio de su temperamento filosófico.

Concretándonos a las cosas de Europa, vemos en esas cartas que un solo anhelo lo domina y que es éste el de que Francia y la

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, pág. 308.

Europa entera sofoquen al socialismo revolucionario y triunfe así el principio del orden.

Este no tardó en llegar, y después de haberse dictado una constitución, se procedió a un voto plebiscitario y eligióse así el presidente de la nueva República. El 10 de diciembre de 1848, más de cinco millones de votantes fijaban su elección en Luis Napoleón, quien a pesar de ser un temperamento liberal trató de sofocar las reacciones anárquicas y colocar a la Francia en el camino de su grandeza.

CAPITULO XX

La muerte de San Martín y su testamento

SUMARIO: Los antecedentes históricos y la salud de San Martín. — San Martín después de Bailén. — Su bautismo de sangre al incorporarse a la revolución argentina. — Primer síntoma patológico en la salud de San Martín. — Su salud antes y después de la reconquista de Chile. — Crisis reumática que le atacó en Mendoza en 1819. — Su salud en Huaura y en la Magdalena. — San Martín entre la vida y la muerte al llegar a Chile. — Informe sobre el estado de su salud dirigido al ministro Adams por el agente de los Estados Unidos en Chile. — San Martín durante los primeros años de su ostracismo. — Su retirada de Bruselas y el cólera de 1832. — Curas termales de San Martín en Aix en la Saboya. — Aparición de las cataratas. — San Martín en Enghien en el verano de 1850. — Su estado de salud al retornar a Boulogne-sur-Mer. — Ataque que sufrió en la noche del 13 de agosto. — Frase que en ese momento se escapa de sus labios. — San Martín en la mañana del 17 de ese mes. — Recrudescencia de su gastralgia. — San Martín moribundo. — Personas que lo acompañaban cuando se produjo su fallecimiento, a las tres de la tarde. — Su paso de la vida a la muerte. — Acta de defunción levantada en la municipalidad de Boulogne-sur-Mer. — Félix Frías y el relato relacionado con su sepultura. — El féretro en la iglesia de San Nicolás. — Los miembros del cortejo. — Los restos de San Martín en la cripta de Nuestra Señora de Bolonia. — Lo que San Martín concibió y lo que San Martín realizó, según Frías. — Rosales, Gérard y el abate Haffreingue en la muerte de San Martín. — Nota biográfica sobre este sacerdote. — Razones que hacen venerable la memoria de San Martín. — La muerte de San Martín notificada a su gobierno por Balcarce. — Contestación dada a Balcarce por el doctor Felipe Arana, en nombre del gobierno. — Funerales a San Martín en Lima. — Artículo publicado en *La Tribuna* de Santiago. — Necrología sobre San Martín publicada por A. Gérard en el *Impartial* de Boulogne-sur-Mer. — El *Journal des Débats* y la muerte de San Martín. — Artículo publicado en el *Courrier* del Havre y reproducido por *La Presse* en París. — Acta de defunción levantada en Boulogne-sur-Mer. — El testamento de San Martín. — Glosa de sus cláusulas. — Una disposición testamentaria blanco de la crítica. — Razón de patria y no de partido o de persona dictó esta cláusula a San Martín. — La imparcialidad, virtud de San Martín. — Juicio de Vicuña Mackenna formulado sobre el testamento de San Martín. — Dónde fué depositado este testamento y cuándo se produjo nuestro hallazgo. — El valor de este hallazgo. — La reproducción fotográfica de este documento e inscripciones que lo acompañan. — Descripción del testamento hecha por el juez M. de Bellegue y su traducción al francés. — El depósito del testamento en poder de Balcarce sólo fué provisorio. — El sable de San Martín y la familia de Rosas. — Llegada de esta prenda a la patria y su depósito en el Museo Histórico de Buenos Aires. — Una profecía cumplida.

Una razón de oportunidad y de método nos obliga a retroceder al camino que estamos recorriendo, y a rememorar por lo tanto algunos antecedentes históricos relacionados, aunque en modo leja-



RETRATO DE SAN MARTÍN HECHO AL DAGUERROTIPO EN 1848
Sirvió para el aguafuerte hecha por Edmond Castant. (*Biblioteca Nacional de París, sección Grabados y Estampas*).

no e indirecto, con el último desenlace en la vida heroica del prócer, que vamos a exponer.

Aun cuando no poseemos documento alguno relacionado con los primeros años de la vida de San Martín en lo que se refiere al estado de su salud, podemos dar por asentado que ésta no provocó alarma o sorpresa alguna a los suyos y que, por el contrario, fué ella una de las razones que le permitieron consagrarse, además de su genio, a la carrera militar.

Las fojas de servicios que han llegado a nuestro conocimiento no ponen reparo a esta circunstancia. Por el contrario, ellas nos hablan del buen estado de su salud, y no anotan nada de anormal en lo relativo a este punto. Esto explica que siendo todavía un adolescente, hubiese podido vivaquear en las guarniciones de Africa y que apenas despuntada su juventud, se hubiese consagrado a un guerrear continuo, ya en los campos del Rosellón, ya entre las fuerzas navales que la España de aquella época poseía en las aguas del Mediterráneo.

Diversas, sin embargo, son las ocasiones en que San Martín demostró su valor y rindió culto al cumplimiento de su deber, exponiendo su vida y derramando aún la propia sangre. En 1802, como lo debe recordar el lector, San Martín fué víctima de un asalto en el camino de Valladolid a Salamanca, y salió de él con una herida en el pecho. En Arjonilla, el enemigo a quien había castigado severamente, quiso vengar la derrota y poco faltó para que la espada de un Dragón lo ultimase en el propio campo de su proeza. Durante las campañas de Andalucía, la suerte le acompañó con singular empeño; pero después de Bailén se vió atacado de una seria enfermedad y fué entonces destinado por su jefe — el general Castaños — a la junta de inspección que funcionaba en Sevilla.

Aun cuando carecemos de los documentos necesarios para saber cual era esta enfermedad — enfermedad que lo obligó a interrumpir por algún tiempo sus servicios — por los síntomas que en ese entonces evidenció, podemos afirmar que fué ella una bronquitis de carácter agudo, si no asmática. El propio San Martín la clasificó de «grave» y cuando presentó la solicitud que ya conoce el lector para pasar de Sevilla a Cataluña en mayo de 1809, los miembros informantes de su petitorio no vacilaron en declarar que aun cuando era notorio que no estaba totalmente restablecido, su respiración le permitía viajar.

La bondad del clima catalán concluyó por restablecerlo, y el héroe de Bailén pudo así reanudar sus actividades y consagrarse a la defensa de la causa peninsular bajo las órdenes del marqués de Coupigny, su nuevo jefe.

Al producirse su incorporación a la revolución argentina, San Martín encontrábase en la plenitud de sus fuerzas, y sin quebrantamiento alguno ni en lo físico ni en lo moral se inició en el drama revolucionario que lo atraía, por así decirlo, con fuerza de imán. En 1813

en San Lorenzo, como años antes en Arjonilla, San Martín se escapó de la muerte casi por milagro. El arma enemiga que lo buscaba con empeño no logró su intento; pero con todo la suerte — suerte épica que sólo es patrimonio de los héroes — quiso que su valentía y arrojo se viesen premiados saliendo de aquel combate con una herida en el rostro.

De este modo, el héroe de América vino a tener su bautismo de sangre junto a las barrancas del Paraná y en su tierra argentina.

El primer síntoma patológico en la salud de San Martín se reveló estando él al frente del ejército del Norte en Tucumán. En ese entonces sufrió el primer vómito de sangre de que tenemos conocimiento, y obligado por esa circunstancia a cambiar de clima, se trasladó a las sierras de Córdoba, en donde felizmente se restableció.

Desde su llegada a Mendoza San Martín se empeñó, como ya se sabe, en la organización militar y política de la intendencia de Cuyo, y al mismo tiempo en la formación del ejército de los Andes. Esta tarea y causas intrínsecas de su temperamento agravaron el estado de su salud, y el 9 de marzo de 1816 se dirigió a su gobierno solicitando licencia para pasar a Córdoba o a las costas del Paraná, seguro de encontrar allí un alivio.

Producida la reconquista de Chile, cayó en un estado de postración alarmante. Tanto el doctor Zapata que era su médico, como don Tomás Guido, que representaba entonces en Santiago al gobierno de su patria, lanzaron un grito de alarma, y hasta se creyó, por ellos y por los que rodeaban a San Martín, que el general había llegado al fin de sus días.

Los vómitos de sangre que lo habían acometido en Tucumán y en Mendoza habían vuelto a reproducirse en Chile con singular violencia. Este estado hemofílico de San Martín tenía como causal, en el sentir de su médico, su trabajo mental y la irritabilidad nerviosa consecuente a este trabajo.

En 1819 y estando en Mendoza, una crisis reumática lo llevó al lecho y lo tuvo imposibilitado para todo movimiento por largo tiempo. Esto no lo amedrentó y el que había sido héroe en el combate, lo quiso ser igualmente en la enfermedad. En esos momentos la expedición libertadora del Perú llenaba su mente, y convencido de que repasada la Cordillera las fuerzas se movilizarían según sus propósitos, de la cama pasó a una parihuela, y la atravesó así llevado en hombros de sus soldados.

Los pronósticos de San Martín no resultaron errados. Su sola llegada a la capital de Chile bastó para restablecerlo, y como medida precaucional fué luego más tarde a retemplar sus fuerzas en las termas de Cauquenes.

Desde su llegada al puerto de Pisco, al frente de la expedición libertadora del Perú, San Martín se vió atacado de la epidemia reinante en aquellas costas. De esa enfermedad se repuso como se

había repuesto de las anteriores, y sólo volvieron a repetirse sus vómitos cuando se encontró en Huaura. Después de la toma de Lima, San Martín se estableció en la Magdalena. Allí vinieron a buscarle las viejas dolencias; pero contando con un espíritu más enérgico que la materia, se sobrepuso a ellas y se consagró a su obra protectoral menospreciando sus males. En ese estado encontrólo el general Luis de la Cruz, enviado por O'Higgins, y obedeciendo al pedido que el propio San Martín le formulara. Grande fué la sorpresa que recibió aquél cuando se entrevistó con San Martín y bajo el estado de penosa impresión que le causó su salud, escribióle a O'Higgins: «Continúa enfermo y su semblante se empeora. Algunos días pasa enteramente en la cama y otros en pie. El hombre no quiere prescindir del despacho y de tomar conocimiento de todo. El despacho horroriza y de todo toma conocimiento tan exacto que lo hace demasiado largo».

Al llegar a Chile, después de haber abdicado el mando supremo en el Perú, San Martín, como ya se ha visto, sufrió de la fiebre tifoidea y como antes en Tucumán y después en la Magdalena, volvió a alarmar a los suyos con nuevos vómitos que lo colocaron entre la vida y la muerte. Para restablecerse pasó a los baños de Cauquenes y tiempo más tarde atravesó la Cordillera con el propósito de fijarse en Mendoza. Cuando salió de allí para Buenos Aires, el agente de los Estados Unidos en esta capital, con fecha 13 de marzo de 1823 escribía al ministro Adams: «El general San Martín ha permanecido en Cuyo y Mendoza por espacio de dos meses aproximadamente. Recibí una carta de mi amigo particular el doctor Collisberry en la cual me asegura que desde el momento en que llegó a Cuyo, recuperó la salud. Ahora está perfectamente bien y lo esperamos aquí de un momento a otro» (1).

Durante los primeros años de su ostracismo, la salud de San Martín no sufrió quebranto alguno de importancia. En Bruselas, sin embargo, reanudó las curas termales que tenía por costumbre efectuar en América y para esto eligió las termas de Aix-la-Chapelle, adonde se trasladó todos los veranos.

El cólera que asolaba la Europa por los años de 1830, lo obligó a abandonar aquella capital a raíz de los sucesos que provocaron la independencia de la Bélgica, y a fines de aquel año se trasladó a París, de donde pasó a Montmorency, huyendo igualmente de aquel flagelo que comenzaba a castigar a la Francia. Desgraciadamente ni él ni su hija pudieron verse libres del cólera. Uno y otro, sin más compañía que la del joven Balcarce y la del coronel Iturregui, se vieron entre la vida y la muerte; pero dominado el mal, San Martín optó por regresar nuevamente a París, donde se domicilió.

(1) *Diplomatic correspondence of the United States concerning the independence of the latin-american nations*, t. 1º, pág. 619.

Aun cuando el reumatismo, vieja enfermedad contraída por él en los cuarteles y en sus largas y penosas campañas militares, le hacía de cuando en cuando sus acometidas, San Martín supo defenderse y reanudó en Francia las curas termales, trasladándose para esto periódicamente a Aix, en la Saboya. Estas curas y el régimen alimenticio como la vida de campo que constituía para él el más grande de sus placeres, le permitieron un equilibrio perfecto en su salud, y entrar así en el período de la ancianidad sin desfallecimientos físicos ni morales.

Hacia los años de 1847, hicieron su aparición las cataratas, enfermedad insospechada y que tuvo la triste virtud de sumergir su ánimo en una profunda consternación. El mal fué con todo atacado vigorosamente, y merced a la operación que estuvo a cargo de un eminente facultativo, conjurada a tiempo la ceguera. En 1849, a causa de la epidemia reinante, San Martín sufrió un nuevo y repentino ataque de cólera, que agravó su gastritis crónica, y que trajo consigo una serie de graves complicaciones. A fin de reponerse de ellas, y sobre todo de dominar una vez más sus dolencias reumáticas, en el verano de 1850 se trasladó a Enghien, y permaneció allí el mes de julio. Terminada la cura, en los primeros días de agosto retornó a Boulogne-sur-Mer, en pleno despejo de sus facultades, pero con su físico en estado de grave quebranto. Deseoso de reanudar su vida habitual, el día 6 de ese mes salió en carruaje como de costumbre, pero al llegar a su casa, era tal su postración, que no pudo bajar de él con sus propias fuerzas, y se hizo necesario que sus criados lo tomaran en brazos y lo transportasen a su habitación.

El 13 de agosto, durante la noche, San Martín se sintió atacado por grandes y agudos dolores al estómago, y a fin de calmarlos tomó una dosis de opio mayor que la que tenía por costumbre durante la repetición de esas crisis. A pesar de la violencia de esos dolores, en sus labios no se asomó la menor queja. Los soportó con gran entereza, pero dirigiéndose a su hija, y como preparando a ésta para un trance que sin duda alguna presintió inmediato, le dijo acompañando sus palabras de una amable sonrisa: «*C'est l'orage qui mène au port*».

Al día siguiente amaneció moribundo, pero debido a una oportuna aplicación sinapismal prodújose inmediatamente una reacción, aunque acompañada ésta de una fiebre violenta.

El día 17, San Martín se levantó sereno y pudo trasladarse de su habitación a la habitación de su hija. Una vez allí pidió que se le leyesen los periódicos, tomó algún alimento e hizo poner rapé en una caja, para ofrecérselo a su médico cuando éste llegase. El médico lo visitó en esa mañana como de costumbre, y obedeciendo a las instrucciones dadas por él, Balcarce, en compañía del señor Rosales, salió en busca de una hermana de caridad, para que compartiese ésta con su digna esposa los cuidados y solicitudes que

reclamaba el enfermo. De retorno a su casa, ni Balcarce ni los que estaban en su compañía descubrieron nada de anormal en su semblante, pero siendo las dos de la tarde, la gastralgia que días antes le había provocado la crisis de que aquí hablamos, repuntó con rara violencia, y un frío glacial comenzó a discurrir por sus extremidades. Los que lo rodeaban comprendieron que el enfermo necesitaba un mejor descanso, y sin abandonar esa habitación, lo colocaron en el lecho de su hija. Esta fué la primera en extenderle sus brazos, y al contemplarla tan de cerca y en esta actitud de cuidado, San Martín exclamó: «¡Mercedes, ésta es la fatiga de la muerte...!» Y luego, dirigiéndose a Balcarce, pero ya con acento moribundo: «Mariano... a mi cuarto...» Estas fueron sus últimas palabras, y después de un ligero movimiento convulsivo, signo postrero de su breve y tranquila agonía, expiró, quebrándose el vaso de su corazón bajo el golpe brutal de un aneurisma.

En momentos de producirse este desenlace — San Martín murió a las tres de la tarde en punto — se encontraban a su lado su yerno don Mariano Balcarce, su hija, sus nietas Mercedes y Josefa Balcarce, su médico el doctor Jordán y el señor Javier Rosales, chileno y encargado de la representación diplomática de su país en Francia. Al dirigirse a su gobierno e informarle sobre la muerte del Libertador de su patria, Rosales apuntó en su comunicado esta expresión: «Acabó sus días con la calma del justo en los brazos de su afligida y virtuosa familia» (1).

De este modo pasó de la vida a la muerte el hombre que con Bolívar compartió la soberanía militar y política de un continente. El destino quiso que sobreviviese a su obra más de un cuarto de siglo, y durante ese lapso de tiempo, los actos del héroe como del Libertador en exilio no hicieron otra cosa que acusar la grandeza de su moral y la serenidad de su heroísmo. La muerte la encaró, como acaba de verse, con entereza y añorando la patria en la cual clavara sus ojos pensando en un inmediato retorno. A ella, vale decir, a esta dominadora de la vida y del destino del hombre, llegó en la plenitud de sus facultades, sin desmayos en la voluntad, y lo que es más sublime aún, sin haber abierto sus labios en defensa propia y sin haber intentado siquiera confundir a la masa de sus calumniadores.

(1) La descripción que aquí hacemos de la última enfermedad y de la muerte de San Martín, no es en modo alguno arbitraria. Ella está basada en la compulsa de documentos y de testimonios históricos de absoluto crédito. Tales son por ejemplo las páginas escritas por Vicuña Mackenna en *Revelaciones Intimas* y en su folleto: *El General don José de San Martín*, como igualmente las páginas necrológicas escritas por Félix Frías y por A. Gérard.

A propósito del aneurisma que puso fin a la vida del ilustre libertador, Vicuña Mackenna escribe: «Era el mismo mal a que con mortales angustias había sucumbido siete años hacía el general O'Higgins. Bolívar, más feliz, había expirado sin dolores por la lenta extinción de las fuerzas que asemeja la tisis a una llama humana».

La defunción de San Martín fué registrada oficialmente el 18 de agosto en la municipalidad de Boulogne-sur-Mer. Para llenar las formalidades del caso se presentaron allí en calidad de testigos el señor Francisco Javier Rosales y el señor Alfredo Gérard. Ambos declararon que el día anterior, a las tres de la tarde, había fallecido en su residencia de la *Grand-Rue* don José de San Martín, brigadier de la República Argentina, Capitán General de la República de Chile y Fundador de la Libertad del Perú ⁽¹⁾.

El día 20 de agosto y después de embalsamar al cadáver del héroe, se procedió a la ceremonia de su sepultura. De palabra y por escrito San Martín ya había dado a conocer su voluntad en lo relativo a este punto, y respetándola sus deudos despojaron ese acto de todo aspecto pomposo.

He aquí como la pluma de Félix Frías, que llegó a la casa mortuoria de San Martín cuando el alma de éste se había librado ya

(1) En este documento se declara que San Martín nació en Yapeyú, provincia de Misiones, perteneciente a la Confederación Argentina, y se dice que deja de existir a la edad de setenta y dos años, cinco meses y veintitrés días. Esta afirmación es la que ha servido de base para fijar la fecha del nacimiento de San Martín en el año de 1778, fecha que, como ya lo ha visto el lector, ha sido rectificadada por nosotros. El acta comete un error al llamar a la madre de San Martín Francisca Matorras. Su nombre, como ya se ha visto igualmente, era el de Gregoria.

Esta acta de defunción — su texto lo encontrará el lector en lámina aparte — fué presentada al presidente del tribunal civil de Boulogne-sur-Mer para su legalización y el 26 de agosto del mismo año, se hizo otro tanto por parte del jefe del ministerio de Justicia en París.

El 21 de septiembre de 1850, los señores Romuald, Dufresne y Antonio Enrique de Fontaine, se presentaron en la notaría del señor Huillier y declararon allí que era público y notorio que el señor don José de San Martín, brigadier de la Confederación Argentina, capitán general de la república de Chile, generalísimo y fundador de la libertad del Perú, viudo de doña Remedios de Escalada de la Quintana, había fallecido en Boulogne-sur-Mer el 17 de agosto. Que no se hizo inventario de sus bienes y que había fallecido dejando como única heredera a la señora Mercedes de San Martín, esposa de don Mariano Balcarce, residente en París, en el número 35 de la *rue Saint-Georges*, y que se había casado sin contrato. En prueba de lo dicho presentaron ellos el acta de defunción levantada en Boulogne-sur-Mer, legalizada allí por el presidente del tribunal civil, y el 25 de agosto por el ministro de Justicia en París.

El acta que se registra en el *Archivo de San Martín*, tomo primero, página 45, relativa a esta defunción, es la que se levantó en la parroquia de San Nicolás el día del entierro o sea el 20 de agosto. Ella está refrendada por los señores Rosales y Gérard y por el presbítero Bailly, cura párroco de esa iglesia.

De los dos testigos que se presentaron en la notaría Huillier, el primero figura como rentista, domiciliado en el número 13 de la *rue d'Anjou Saint-Honoré*, y el segundo como empleado. Fija como domicilio el número 60 de la *rue Cherche-Midi*.

El 21 de septiembre de 1850, Mariano Balcarce se presentó en el estudio del notario Huillier y declaró allí que su padre político, el general don José de San Martín, había dejado como única y universal heredera a su hija, y que después de su fallecimiento no se había hecho inventario.

El 22 de febrero se presentó nuevamente en este estudio e hizo la siguiente declaración: «M. de San Martín était propriétaire de deux inscriptions de rente trois pour cent, inscrites au grand livre de la dette publique, l'une de six mille francs sous le numéro 68.034 de la troisième série, l'autre sous le numéro 25.243 de la neuvième série de la somme de cent soixante-quatre francs.»

Como consecuencia de esta declaración, Balcarce solicita que doña Mercedes de San Martín de Balcarce, su esposa, sea reconocida como propietaria de esas dos inscripciones.

de sus ataduras, nos describe esta esecena, la última en la vida modesta del héroe.

«En la mañana del 18, escribe éste, tuve la dolorosa satisfacción de contemplar los restos inanimados de este hombre cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la historia americana. Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter sereno y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho. Otro en una mesa entre dos velas que ardían al lado del lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó aquel cadáver.

«Bajé en seguida a una pieza inferior, dominado por los sentimientos religiosos que se levantan en el corazón del hombre más incrédulo al aspecto de la muerte. Un reloj de cuadro negro colgado en la pared marcaba las horas con un sonido lúgubre, como el de las campanas de la agonía, y este reloj se paró aquella noche en las tres, ¡hora en que había expirado el general San Martín! Singular coincidencia, el reloj de bolsillo del mismo General se detuvo también en aquella misma hora de su existencia. Al día siguiente diecinueve, al tiempo de colocar en el féretro los restos mortales del ilustre difunto, la caja de la guardia nacional resonaba casualmente enfrente de la casa mortuoria como si fuera homenaje militar tributado al guerrero que hizo resonar por la vez primera en las altas cimas de los Andes los clarines y tambores marciales que acompañaron en Chile, el Perú y el Ecuador, el estandarte victorioso de la Independencia americana.

«El veinte, a las seis de la mañana, el carro fúnebre recibió el féretro y fué acompañado en su tránsito silencioso por un modesto cortejo. Cuatro faroles cubiertos de crespón negro adornaban encendidos los ángulos superiores del carro. Seis hombres, vestidos con capotes del mismo color, marchaban de ambos lados. Detrás iba el señor Balcarce llevando a su derecha al señor Darthez, antiguo amigo del general, y a la izquierda al señor Rosales, encargado de negocios de Chile. Marchaba en seguida don José Guerrico, un joven de Buenos Aires, hijo de su hermano don Manuel; el doctor Gérard y el señor Seguíer, vecinos ambos de Boulogne (1).

«El acompañamiento era humilde y propio de la alta modestia tan digna compañera de las cualidades morales y de los títulos gloriosos de aquel hombre eminente.

«El carro fúnebre se detuvo en la iglesia de San Nicolás. Allí rezaron algunos sacerdotes las oraciones religiosas en favor del

(1) El señor Darthez a que alude aquí Félix Frías, era efectivamente uno de los amigos más íntimos de San Martín. He aquí lo que con fecha 22 de julio de 1842, desde Grand-Bourg, le escribe al señor Miguel de la Barra: «Juan Pedro Darthez cayó con una grave pulmonía que lo tuvo a las puertas de la muerte en principios de mayo: aun no fuera de peligro, su hermano Estanislao cayó con la misma enfermedad, y a los seis días murió. Estos golpes repetidos me afectaron; pero, gracias sean dadas a Dios, mi salud quebrantada ha podido soportar estas desgracias». Ver: SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 215.

alma del difunto. En aquel momento noté en una de las naves del templo la tumba dedicada a la memoria del almirante Bruix, padre de dos bizarros oficiales que murieron en América sirviendo a la causa de su independencia a las órdenes del mismo jefe que hoy venía a confundir sus restos con los del célebre almirante.

«Sobre la piedra de esa tumba se leen estas palabras que pudieran bien grabarse en la del vencedor de Maipú, con la diferencia de que la patria del general San Martín es grande como el vasto teatro de sus hazañas:

*Tan buen padre como gran general;
Su familia y su patria le lloran.*

«Después de esa ceremonia el convoy fúnebre continuó hasta la catedral, vasto edificio que se construye en la parte de la ciudad llamada alta. En una de las bóvedas de la capilla, acabada ya, fué depositado el cadáver que acompañábamos. Allí descansará hasta que sea conducido más tarde a Buenos Aires, donde, según sus últimos deseos, deben reposar los restos del general San Martín. Fiel siempre a sus hábitos modestos, había él mismo manifestado la voluntad de que su entierro se hiciera sin pompa ni ostentación alguna y así se ha hecho».

Después de describirnos en la forma sencilla y patética que acabamos de leer el transporte de estos restos mortales y su sepultura, Félix Frías exclama: «Ahí está ya en el puerto a que todos arribamos el hombre que fué en la América meridional un gran capitán y que supo imitar el magnánimo desprendimiento de Wáshington, cediendo a su rival el teatro en que hubiera podido cubrirse de más gloria, y alejándose espontáneamente de los pueblos a que había dado independencia para que se comprendiera que su única ambición era la de anularse después de haber contribuído poderosamente a la emancipación de medio mundo. Veintiocho años ha pasado en su voluntaria proscripción, sin que jamás haya salido de sus labios una sola palabra de queja, a pesar de que la calumnia y la ingratitud hicieron llegar más de una vez al apartado lugar de su retiro los destemplados clamores que jamás conturbaron la paz de su alma. Ese es el puerto, sí: el mismo general en uno de los momentos en que le afligían sus crudos dolores decía a su hija, tan digna por su virtud de ser la heredera de la gloria, en el idioma del pueblo que habitaba: *«C'est l'orage qui mène au port»*.

«¡La tormenta que conduce al puerto! Bellas palabras, y llenas de verdad», dice Frías. «¿Cuál otro que la muerte es el puerto en que descansan después de las fatigas de la vida los hombres como el general San Martín? No le bastó después de sus espléndidos triunfos decir a los pueblos que había emancipado: «Ved que soy un hombre honrado»; y así fué preciso que llegara lleno de años y de abnegación al borde de su tumba para que la justicia empe-

zara para él. El fallo de esa justicia humana no es completo por desgracia sino después que los hombres ven cadáver al que fué en vida libertador, después que el héroe ha entrado a ese puerto del que no se regresa a la tierra. Si el general San Martín no se quejaba de la ingratitud, tenía memoria para los beneficios, si es que pueden llamarse así las justas recompensas acordadas por los gobiernos de Chile y del Perú a sus grandes servicios. En cuanto a la conducta, respecto de él, del actual y de los anteriores gobiernos de su propio país, imitaré en presencia de esa augusta tumba el noble silencio del patriota generoso y puro que encierra la tierra.

«La catedral cuyas bóvedas subterráneas contienen los restos del general San Martín, remonta su alta cúpula no lejos de la columna erigida a Napoleón en el célebre campo de Boulogne, donde concibió el atrevido proyecto de invadir a la Gran Bretaña. Allí mismo fué donde el genio militar del siglo distribuyó solemnemente las cruces de honor a los valientes soldados de su ejército.

«El general San Martín no sólo concibió, sino realizó la empresa no menos audaz, considerada la diferencia de los medios, del paso de los Andes con un ejército que tenía que hacer esa conquista sobre la naturaleza, antes de conquistar para la independencia a dos Estados americanos, y sin embargo, un solo monumento no se eleva en todo el vasto territorio que recorrió aquel guerrero con sus tropas victoriosas desde San Lorenzo hasta Pichincha. ¡Ingratitud de los pueblos, comparable sólo con el desprendimiento del héroe!».

En el sentir de este corresponsal, la idea de la muerte comenzó a preocupar a San Martín tiempo antes de producirse este desenlace. «Esta triste persuasión, escribe, abatía su ánimo ordinariamente melancólico y amigo del silencio y del aislamiento. Ese día — Frías alude al día 17 de agosto en que falleció — escribió en su cartera algunas palabras afectuosas de despedida para sus hijos. Su razón sin embargo se ha mantenido entera hasta el último momento y puede decirse que su alma enérgica se ha lanzado de la tierra cuando le faltó cuerpo que habitar».

El necrologista de la muerte de San Martín recomienda a la gratitud de los americanos en la página que nos ilustra sobre tan interesantes como históricos pormenores, «el celo que algunos estimables caballeros han dispensado a la familia del héroe que hemos perdido en los amargos días de su desgracia». Con este motivo escribe: «El señor don Javier Rosales, encargado de negocios de Chile, ligado al general San Martín y a sus hijos por el noble vínculo de la amistad y de su posición, ha representado dignamente a un gobierno y a un pueblo que deben conservar recuerdos de respetuosa simpatía por el vencedor de Maipú. Pero si se conciben esas finas atenciones de la amistad en un hijo de aquella República, son sin duda más laudables aún en un ciudadano francés. El doctor Gérard, dueño de la casa que habitaba el general San Mar-

tín y cuyo piso inferior ocupaba él mismo con su familia, ha desplegado una solicitud tan recomendable que parecía inspirada por la pérdida de un glorioso compatriota suyo. Verdad es que para un corazón francés, la gloria bien adquirida no es un título de un país, sino de la humanidad entera. Este caballero, después de haber practicado con el señor Rosales todas las tristes diligencias necesarias para conducir y depositar a un cadáver en su última morada, recorrió inmediatamente los libros de la biblioteca de Boulogne de que es director y ha publicado un hermoso artículo necrológico en el *Impartial* de Boulogne del 23 de este mes, en el que sorprende que un extranjero haya podido juzgar con tanta fidelidad al guerrero y los notables sucesos en que tuvo parte tan señalada».

«El piadoso celo del doctor Gérard, continúa Frías, ha sido igualado con el de un respetable sacerdote, el abate Haffreingue, que cedió una de las capillas subterráneas de la catedral para los restos del general San Martín y ha prodigado a su enlutada familia las benévolas atenciones de un ministro del Evangelio. A los esfuerzos infatigables de ese prelado tan ilustre como virtuoso se debe la continuación de aquel edificio monumental ⁽¹⁾.

(1) El sacerdote designado aquí por Félix Frías a la gratitud de los americanos era nativo de la aldea de Haringuezele, en Alsacia, donde vino a la vida en el mes de julio de 1775. Desde muy joven sintióse atraído por la vocación sacerdotal y se trasladó a París, en donde inició sus estudios y en donde recibió las Ordenes el 23 de diciembre de 1815. Desde entonces fué designado para Boulogne-sur-Mer, comenzando sus tareas al lado del abate Compiègne, fundador y director de un establecimiento educacional que allí existía. Cuando el abate Compiègne falleció, ocupó su puesto el abate Haffreingue. Animado de su celo apostólico, principió en 1827 la reconstrucción del antiguo seminario, y el 8 de abril de 1839 procedió con gran pompa a la colocación de la piedra fundamental del templo, consagrado a Nuestra Señora de Bolonia, en la parte alta de la ciudad. En el acta relacionada con este acontecimiento se declara que el nuevo templo será construido sobre el emplazamiento de la antigua catedral. Se afirma que el abate Haffreingue es canónigo honorario de la iglesia catedral de Arras y que emprende esa obra ayudado por una suscripción pública, hecha entre los habitantes de Boulogne. Al hacer alusión del sitio en que se ha colocado la piedra fundamental, el documento declara: «Cette première pierre a été posée au milieu de la base du premier pilier de la droite de la croix».

Los trabajos de esta fábrica que habían sido iniciados en 1827, se vieron interrumpidos durante la revolución de 1830. Ellos fueron reanudados tiempo más tarde. La nave central se comenzó a edificar en 1839 y el 24 de mayo de 1840 fué inaugurada la capilla consagrada a Nuestra Señora de Bolonia. La construcción del templo terminó en 1863 y su consagración tuvo lugar el 24 de agosto de 1871. El templo representa una cruz latina, es de estilo greco-romano y acusa, al menos en su apariencia, una gran solidez.

Monseñor Haffreingue se había propuesto convertir este templo en sede metropolitana de Boulogne. El obispado había sido suprimido en esta ciudad en momentos de la revolución francesa, pero a pesar de su empeño en obtener este honor para Boulogne el abate Haffreingue falleció sin lograrlo. Su muerte acaeció en Boulogne el 18 de octubre de 1871 y fué llorada como la muerte de un eminente benefactor.

Como se ve por estos antecedentes, el templo en que fueron depositados los restos del Libertador del nuevo mundo no estaba terminado aún cuando se produjo su fallecimiento. Lo que funcionaba y servía para congregar allí los fieles en plegaria común era su cripta que al mismo tiempo prestaba los servicios de enterratorio. Ella tiene doce metros de largo, diez de ancho y cuatro de alto. Sus bóvedas están sostenidas por ocho columnas, y tiene su entrada por la parte lateral del

«Usted concibe la gran impresión que han debido despertar en los deudos y amigos del difunto General estos actos de delicada urbanidad que honran la tumba abierta en el suelo extranjero para recibir a un eminente ciudadano de nuestra América.

«Por lo demás, la presencia entre los pocos amigos que llegaron hasta esa tumba, de un honorable anciano español, un distinguido escritor francés, un representante de Chile y un niño de la República Argentina, provoca reflexiones, que es inútil expresar a usted».

«La América, concluye el ilustre publicista, sentirá sin duda esta pérdida como debe ser sentida. Ella será fiel a la gloriosa tradición de su origen que es tal vez lo único que podamos contemplar con satisfacción y sin rubor. El general San Martín es venerable a mis ojos no sólo porque fué un glorioso guerrero y porque sus victorias inauguraron con las de Bolívar la era moderna de la América antes española; es sobre todo venerable porque a sus hechos heroicos mereció asociar el título de grande hombre de bien. Este elogio tributado por el ilustre hombre del Estado de Inglaterra, muerto no ha mucho, al Rey Luis Felipe que acaba de morir también, será la corona más bella que pueda la posteridad colocar sobre la frente de las estatuas que se erigirán un día a la memoria del general San Martín» ⁽¹⁾.

La noticia del fallecimiento de San Martín fué transmitida por su yerno don Mariano Balcarce, que se encontraba al frente de la

templo. Las columnas están pintadas con motivos simbólicos correspondientes al arte bizantino. Según la opinión más corriente, el origen de esta cripta remonta al siglo IX de nuestra era, y constituye una perduración monumental de aquella arquitectura que precedió al gótico.

Es pues en esta cripta en donde quedaron depositados los restos de San Martín, y en donde ellos permanecieron hasta que fueron trasladados a Brunoy, como oportunamente lo veremos.

(1) JUAN-MARÍA GUTIÉRREZ: *La Estatua del General San Martín*, pág. 137.

Aun cuando no es nuestro ánimo el provocar una controversia, es de nuestro deber el tratar de esclarecer debidamente un punto relacionado con el fallecimiento de San Martín. Si es cierto que al producirse éste, el ilustre héroe habitaba la casa del señor Gérard, no hay documento alguno, al menos escrito, que nos diga de cuántos pisos se componía la casa en ese momento. Esto sin embargo, se dice por algunos que habitaba el tercer piso, y que fué en este piso en que dejó de existir. Pero es el caso de preguntarnos: ¿en qué documentos se basa esta opinión, o cuáles son las pruebas que pueden aducirse para confirmar la verdad del aserto? Según los documentos que la crítica nos permite agrupar, sabemos que San Martín ocupaba el piso alto de la casa del señor Gérard y que éste ocupaba en compañía de su familia el piso bajo.

Hablando precisamente de la residencia de San Martín en Boulogne-sur-Mer, Vicuña Mackenna escribe: «Allí residió dieciséis meses. Habitaba el piso alto de la casa número 5 Calle Grande, propiedad del doctor Gérard, bibliotecario de Bolonia y todo su círculo se componía de su familia y de los amigos que venían ocasionalmente a visitarle desde París». — *El General Don José de San Martín*, pág. 130.

«Por consejo médico San Martín, dice Ernesto Quesada, en la última enfermedad se trasladó a Boulogne-sur-Mer con el objeto de que el aire de mar vigorizara su organismo debilitado. El clima de aquel puerto le fué bastante contrario, pero resolvió quedarse allí y en consecuencia alquiló al abogado señor Gérard el primer piso de la casa situada en la Grande-Rue número 105 y en cuyo piso bajo vivía aquél con su familia. Decidió entonces deshacerse de su casa de campo de Grand-Bourg que había comprado en 1833 — no lo fué en 33 sino en 34, diremos nosotros —

legación, el 30 de agosto de 1850. «Un suceso desgraciado, dice éste en su comunicación, me obliga a dirigirme respetuosamente a V. E. para anunciar a V. E. que la Divina Providencia acaba de privar a la Confederación Argentina de uno de sus más leales servidores, a V. E. de un digno e imparcial apreciador de sus eminentes servicios y a mi esposa, a mí y mis hijas de un tierno y virtuoso padre, cuya pérdida nos deja inconsolables».

«Mi ilustre y venerado señor padre político, don José de San

a instancias de su amigo el opulento banquero Aguado y con el objeto de acercarse a él, que vivía en su magnífico castillo de Petit-Bourg». — *Las reliquias de San Martín*, pág. 48.

Como se ve por estos testimonios, San Martín habitó el *piso alto*, y Gérard *el piso bajo*. Estas expresiones no hubieran sido exactas si San Martín hubiese sido huésped de Gérard en el tercer piso, en caso de que esta propiedad hubiese sufrido ya la transformación proyectada por Gérard a raíz de su adquisición, como era su intento.

Aun cuando no se trata de una prueba concluyente, lo que dice Félix Frías en su página necrológica sobre San Martín, viene a demostrarnos que éste falleció en un piso alto. Como acaba de verse, éste, después de haber contemplado los restos inanimados de San Martín, bajó a una *pieza inferior*, pieza en la cual encontró él con un reloj de cuadro negro, colgado en las paredes de la habitación, que por rara coincidencia vino a pararse a las tres de la mañana, recordando así las tres de la tarde en que había fallecido el Libertador. La habitación a que alude Félix Frías no puede ser otra, a nuestro entender, que el salón o el comedor de la familia Gérard. La familia Gérard, como así lo dice Quesada, no vivía sino en el piso bajo.

A la hora presente, la casa en cuestión ha pasado a ser patrimonio del gobierno argentino. Fué comprada ella por iniciativa del señor Raúl P. Piñeyro y del doctor Alberto Chueco. Estas gestiones se iniciaron cuando el señor Piñeyro se encontraba al frente del consulado argentino en Boulogne-sur-Mer y la adquisición de esta finca se hizo mediante una suscripción pública en que tomaron parte todos los colegios de la República. Su compra fué formalizada ante escribano en París en el mes de abril de 1926 y el embajador argentino en esta capital pagó por ella, en nombre de su gobierno, la suma de 400.000 francos.

A raíz de esta adquisición se procedió por cuenta del gobierno argentino a su restauración. Con tal motivo, un arquitecto del Ministerio de Obras Públicas, el Señor Ochagavía se trasladó a Boulogne-sur-Mer y de acuerdo con los planos trazados por él se iniciaron los trabajos de transformación quedando éstos bajo la vigilancia del señor Piñeyro, cónsul en ese entonces. El frente de la casa no sufrió modificación alguna, pero en su interior se introdujeron modificaciones de importancia. La planta baja, en sus dos alas, fué destinada para despacho del Consulado y para biblioteca. En el piso alto, fueron demolidas las paredes que separaban sus habitaciones con frente a la calle y formóse así un gran salón destinado a museo. El segundo piso alto, en el cual se supone que falleció San Martín, fué respetado en su distribución interior y el resto de las habitaciones, en el tercero y cuarto piso, destinado para el personal del Consulado.

Inmediatamente de efectuarse esta transformación, el señor Julio Bambil fué designado conservador del museo que se pretendía crear. Fallecido él, esta función quedó a cargo de la persona que ejerce los oficios de cónsul. En los propósitos del señor Piñeyro que inició estos trabajos, entraba el de reconstruir el dormitorio de San Martín de acuerdo con el mobiliario existente en el Museo Histórico de Buenos Aires. Hasta la fecha sólo ha sido reproducida la cama. Por lo que se refiere al museo, los objetos que allí se exhiben no son otra cosa que simples reproducciones de la iconografía de San Martín, de sus batallas y otros cuadros.

La población de Boulogne-sur-Mer acaba de obsequiar a la casa de San Martín con un busto del héroe, obra del escultor Wagener. El mármol éste ha sido colocado en el vestíbulo con frente a su entrada y su inauguración motivó un sentido homenaje al Libertador y a su patria. El animador de esta ceremonia lo fué el señor Charles Marchand, secretario del comité que se formó con tal motivo.

Martín, después de una larga y penosa enfermedad expiró tranquilamente en los brazos de sus hijos, en la ciudad de Bolonia del Mar, departamento del Paso de Calais, a las tres de la tarde del día 17 del que rige y en la mañana del 20 sus restos mortales fueron conducidos sin pompa alguna exterior a la catedral de dicha ciudad, en cuya bóveda quedan depositados hasta que puedan ser trasladados a esa capital, según sus deseos, para que reposen en el suelo de la patria querida.

«Como albacea suyo y en cumplimiento de su última voluntad, me toca el penoso deber de anunciar a V. E. esta dolorosa noticia y la honra de poner en conocimiento de V. E. la siguiente cláusula de su testamento:

«3º El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sur le será entregado al general de la República Argentina don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla».

«Tan pronto como se presente una ocasión tendré el honor de remitir a V. E. esa preciosa memoria, legada al defensor de la Independencia americana por un viejo soldado cuyos servicios a la patria se ha dignado V. E. recordar constantemente en términos tan lisonjeros como honrosos» (1).

Al mismo tiempo, y desde Boulogne-sur-Mer igualmente, Balcarce se dirigió al doctor don Felipe Arana, ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación. Al hacer alusión al luctuoso acontecimiento, se expresa así: «Penetrado del más justo dolor, cumple el infrascrito con el penoso deber de participar a V. E. para que se digne ponerlo en conocimiento del Excmo. señor gobernador, que el ilustre brigadier de la Confederación Argentina, capitán general de la república de Chile, generalísimo y fundador de la Libertad del Perú, don José de San Martín, falleció en la ciudad de Bolonia del Mar, departamento del Paso de Calais, el día 17 del que rige a las tres de la tarde.

«Aunque una larga y penosa enfermedad había agotado sus fuerzas físicas, conservó sin embargo hasta el postrer momento toda la energía y lucidez de su ánimo, y con toda la serenidad que inspira una conciencia pura y sin tacha, rodeado de sus amados hijos, exhaló tranquilamente su último suspiro. Sus restos mortales fue-

(1) *Archivo de la Embajada Argentina en París.* — Por otra nota fechada en París el 1º de octubre de 1850, Balcarce se dirigió al doctor don Felipe Arana para hacerle saber que por voluntad testamentaria de San Martín le sería entregado al general Rosas el sable que le acompañó en la guerra de la Independencia. Al hacerlo le dice: «Tan luego como me sea posible tendré el alto honor de dar cumplimiento a la patriótica voluntad del ilustre finado, quien al legar a S. E. esa preciosa memoria ha dado un testimonio inequívoco del inalterable entusiasmo que conservó siempre por la independencia de su patria, y manifestando el justo e imparcial aprecio que le había merecido los servicios eminentes y la heroica firmeza con que S. E. ha conservado ilesos los derechos y el honor de la República».

ron conducidos sin pompa alguna a la catedral de Bolonia, en cuya bóveda quedan depositados provisoriamente, pues ese benemérito argentino ha dispuesto sean trasladados a Buenos Aires para que reposen en el seno de su patria querida, a cuyo servicio consagró su vida entera» (1).

Con fecha 1º de noviembre de 1850 el doctor don Felipe Arana acusó recibo de esta comunicación, y al hacerlo, cumpliendo las instrucciones de Rosas, se expresó en esta forma: «El Excmo. señor gobernador se ha instruido con el pesar más profundo de la melancólica noticia que usted le comunica. La patria ha perdido en el ilustre finado general un ciudadano, militar y político eminente y el recuerdo más vivo de las grandes acciones que trajo consigo la guerra heroica de la independencia nacional. S. E. deplora tan inmensa pérdida, que será más vivamente sentida en todo el continente de la América del sur, teatro de sus más esclarecidos hechos.

«S. E. el señor gobernador previene a usted que luego que sea posible proceda a verificar la traslación de los restos mortales del finado general a esta ciudad por cuenta del gobierno de la Confederación Argentina para que a la par que reciba de este modo un testimonio elocuente del íntimo aprecio que su patriotismo le hacía merecer de su gobierno y de su país, quede también cumplida su última voluntad.

«El Excelentísimo señor gobernador ha ordenado igualmente al infrascrito presente a usted y a la señora su esposa, digna hija del

(1) *Archivo de la Embajada Argentina en París.*

Por su parte, el cónsul general argentino en París se hizo eco de este luctuoso acontecimiento, y el 24 de agosto lo comunicó de oficio a su gobierno. La nota fué enviada por el paquete *Australie*, y reza así: «El infrascripto tiene el dolor de participar a V. S. y de elevar al conocimiento del Excmo. señor gobernador la muerte del benemérito ilustre señor general don José de San Martín, acaecida en Boulogne-sur-Mer el 17 del que rige a las tres de la tarde. Esta desgracia ha sido tanto más sensible para su inconsolable familia y amigos, en cuyo número congresaba distinguida e íntimamente al infrascripto, cuanto que se hallaba muy mejorado el mismo día el General y su muerte ocurrió repentinamente en uno de los accesos de dolor que no daban cuidado al mismo médico que estaba presente. El cadáver del General iba a ser depositado en un templo para conducirlo más tarde a esa capital, según sus últimos deseos. — *Archivo del consulado argentino. París.*

El autor de este comunicado no es otro que el señor Santa Coloma. Desde 1840 hasta 1850, figura él en los documentos del ministerio de Relaciones Exteriores de Francia con el título de cónsul general de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Su residencia oficial era el consulado de Burdeos, del cual dependía el de París. Desde 1850 figura como cónsul general de la Confederación Argentina, pero con residencia en Burdeos. En una de sus cartas a su amigo don Gregorio Gómez, San Martín le dice: «El conducto más seguro para recibir sus cartas, es el del amigo Santa Coloma. El sobre lo designas del modo siguiente: A Monsieur le général San Martín aux soins de Monsieur de Santa Coloma, consul général de la République Argentine a Bordeaux». En otra oportunidad, y dirigiéndose a don Miguel de la Barra, San Martín escribe: «Sólo a fines de la semana pasada — la carta está datada en Grand-Bourg el 22 de julio de 1842 — he recibido su muy apreciable del 14 de diciembre del año anterior: este atraso proviene de haber venido por vía del Janeiro. En lo sucesivo hágalo usted por conducto del amigo Santa Coloma, medio el más pronto y seguro que puede proporcionarse». — Ver: SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, págs. 214 y 340.

esclarecido finado, la viva expresión de sus sentimientos de dolor por tan inmensa pérdida y sus sinceros deseos porque le dispense la Providencia divina todo género de consolaciones» (1).

La noticia del fallecimiento de San Martín provocó un vivo dolor no sólo en su patria, sino en Chile y en el Perú, que habían sido el teatro de su gloria épica por excelencia. En Lima se decretaron funerales pomposos, y éstos tuvieron lugar el 19 de noviembre de 1850. A las 11 de la mañana todas las iglesias de Lima iniciaron con rítmica uniformidad sus dobles rituales, y esto al mismo tiempo que las fuerzas de mar y tierra saludaban la memoria del héroe con sus salvas de ordenanza. A esta ceremonia, que se llevó a cabo en la iglesia catedral, asistieron el presidente de la República acompañado de sus ministros, lo mismo que el cuerpo diplomático, las autoridades civiles y militares, los alumnos de los colegios y numeroso público. En la plaza mayor se encontraban en formación el regimiento de Húsares de Junín, los batallones Junín, Ayacucho y Callao, y cuatro piezas de artillería. El templo se encontraba completamente enlutado. Sobre las colgaduras y crespones se habían colocado los escudos de las repúblicas Argentina, de Chile y del Perú, y sobre el pedestal que coronaba el sarcófago se leían estos cuartetos:

*Tu genio San Martín obró portentos;
Te adornó con sus lauros la victoria.
Chacabuco y Maipú son monumentos
Alzados en América a tu gloria.*

*Bajó desde la cima de los Andes
A destrozar el cetro de un tirano,
Y resplandece entre sus luchas grandes
La libertad del pueblo peruviano.*

Además de estos cuartetos, en el sarcófago se leía una inscripción latina, salida de la pluma de don Antonio Felipe Zita, y en la cual al mismo tiempo que se cantaban las proezas del héroe se cantaba igualmente su inmortalidad. Los oficios religiosos fueron celebrados por el Ilustrísimo señor arzobispo de Lima, don Francisco Javier de Luna Pizarro, que había sido amigo y admirador de San Martín, y en momento oportuno subió al púlpito el cura de Acunyangos, presbítero don Juan Bautista Guzmán, para celebrar las virtudes del héroe. La ceremonia terminó con el desfile de las tropas, y en medio de aquel duelo los poetas Ricardo Palma y Manuel Avila cantaron con elogiosos conceptos la memoria del Libertador.

Por lo que se refiere a la prensa, tanto los órganos de Europa como de América honraron la memoria de San Martín en la forma

(1) JUAN M. GUTIÉRREZ: *La Estatua de San Martín*, in-folio.

que el héroe se merecía. «El vapor nos ha traído, decía don Domingo Faustino Sarmiento en *La Tribuna* de Santiago de Chile el 22 de noviembre, la triste nueva del fallecimiento de uno de los grandes protagonistas de la independencia americana. El nombre de San Martín resuena ahora de un extremo a otro de la América. La República Argentina, su patria, Chile y el Perú, le tributarán los honores debidos a sus eminentes servicios, pues que su nombre mezcla y confunde en uno solo estos países durante el período célebre de la independencia.

«Los diarios de Europa vienen llenos de recuerdos de la gloria pasada del general San Martín. Su carrera es efectivamente una de las más extraordinarias que se conocen. Principiada a la edad de doce años en los colegios militares de la España, terminada en Lima después de haber recorrido victorioso la mitad de la América, parece que le hubiera sobrado un pedazo de vida que ha pasado voluntariamente en la expatriación».

«Su nombre, fué borrado literalmente de la historia contemporánea de la América, y a la injusticia de su época respondió con un obstinado silencio, y una obscuridad de vida de cerca de treinta años. Si la generación que le sucedía podía hacerle aún cargos sobre los medios de que usó para libertar la América de la dominación española, en la plenitud del poder de las armas, en la impulsión que la necesidad imponía a la voluntad y a los hechos, este acto de abnegación, de anonadación, bastaría para hacerlos cautos.

«Lo que él ha hecho, nadie o poquísimos lo han hecho antes que él. San Martín es una de las más grandes fisonomías de la América del Sur y su nombre ocupa ya en la opinión de todos los pueblos del mundo un lugar no inferior al de Bolívar, a quien cedió su título de Libertador» (1).

En Boulogne-sur-Mer, el señor Alfredo Gérard rememoró los méritos de San Martín estudiando su vida de hombre y de soldado en una sucinta, pero elocuente necrología. Después de apuntar las circunstancias que acompañaron la entrada de San Martín en Francia, y aquellas otras que lo llevaron a instalarse en su residencia de Grand-Bourg, al lado de su amigo el marqués de las Marismas don Alejandro Aguado, el publicista de la referencia, escribe: «Mais alors le révolution de février, les scènes déplorables qui l'accompagnèrent, le sac des Tuileries, du Palais Royal et de Neuilly, l'incendie du château de monsieur de Rothschild, les attaques contre le chemin de fer, toutes ces tristes explosions de passions hideuses; et, par-dessus tout, l'incroyable faiblesse de cette bourgeoisie parisienne voulant une réforme et se laissant imposer la République par une poignée de factieux, tout ce spectacle navra de nouveau son âme. Il fit revivre en lui les amers souvenirs de scènes de désordre auxquelles il avait tant de fois exposé sa vie aventureuse, et il

(1) *Obras completas*, t. III, pág. 269.

quitta pour n'y plus rentrer une résidence qu'il avait embellie et dans laquelle il avait reçu les hommages empressés de tous les Américains de distinction qui avaient visité l'Europe.

«Songeant à se retirer en Angleterre, il vint à Boulogne: notre ville lui plut, il s'y fixa; mais y vécut dans une retraite absolue, au sein d'une famille fière de lui et dont il était adoré.

«Il y est mort plein e jours, à la suite de longues souffrances occasionnées par une hypertrophie du cœur, sans que la fermeté de son caractère et la hauteur de sa raison aient fléchi un seul instant.

«Monsieur de San Martín était un beau vieillard, d'une haute stature, que ni l'âge, ni les fatigues, ni les douleurs physiques n'avaient pû courber. Ses traits étaient expressifs et sympathiques; son regard pénétrant et vif; ses manières remplies d'affabilité; son instruction des plus étendues; il savait et parlait avec une égale facilité le français, l'anglais, l'italien. Il avait lu tout ce qu'on peut lire. Sa conversation aisément enjouée était l'une des plus attrayantes que l'on peut écouter. Sa bienfaisance était sans bornes. Il avait pour l'ouvrier une véritable sympathie; mais il le voulait laborieux et sobre; et jamais homme n'a fait moins que lui de concession à cette popularité méprisable qui se fait le flatteur des vices des peuples. Il disait à tous et sur tout, la vérité. Son expérience des choses et des hommes donnait à ce jugement une grande autorité. Elle lui avait appris la tolérance.

«Partisan exalté de l'indépendance des nations, sur les formes proprement dites de gouvernement il n'avait aucune idée systématique. Il recommandait sans cesse, au contraire, le respect des traditions et des mesures et ne concevait rien de plus coupable que ces impatiences de réformateurs qui, sous prétexte de corriger les abus, bouleversent un jour l'état politique et religieux de leur pays: «Tout progrès, disait-il, est le fils du temps».

«A l'égard de la France qu'il aimait beaucoup, il n'hésitait pas. La monarchie représentative déléguée par la nation était à ses yeux le seul gouvernement qui lui convint. Il ne la voulait pas relevant du droit divin, parce qu'ainsi entendue elle conduit logiquement à l'absolutisme. Il ne se consola point de la chute de celle de juillet.

«Dans ces derniers temps, à l'occasion des affaires de la Plata, notre gouvernement s'appuya de son avis pour conseiller la prudence et la modération dans nos rapports avec Buenos Ayres; et une lettre de lui, lue à la tribune par notre Ministre des Affaires Etrangères, contribua beaucoup à apaiser dans l'Assemblée nationale des ardeurs belliqueuses que le succès n'eût couronnées qu'au prix de sacrifices que nous ne devons pas faire pour une aussi faible cause que celle qui se débat dans les eaux de la Plata».

Después de recordar este publicista que San Martín no deja otro heredero que su hija; que según sus votos sus restos mortales deberán ser transportados a Buenos Aires y que, embalsamados éstos

esperando la hora de su traslado, han quedado depositados en una de las capillas de la iglesia de Nuestra Señora de Bolonia, concluye:

«Moins connu en Europe que Bolivar, parce qu'il rechercha moins que lui les éloges de ses contemporains, San Martín est aux yeux des Américains son égal comme homme de guerre, son supérieur comme génie politique et surtout comme citoyen. Dans l'histoire de l'indépendance américaine qui n'est pas écrite encore, au moins pour la France, il représente le talent d'organisation, la droiture des vues, le désintéressement, l'intelligence complète des conditions sous lesquelles les nouvelles Républiques pouvaient et devaient vivre».

En su número del 27 de agosto, el *Journal des Débats* comenta en forma altamente elogiosa la muerte de San Martín. Con tal motivo se detiene a recordar los hechos principales de su carrera militar y política y esta circunstancia le permite expresarse así a la pluma que redacta esta necrología: «La carrière politique de cet homme éminent commença en Espagne, où il se distingua, surtout dans la bataille de Baylen. Après être arrivé au grade de lieutenant-colonel, il retourna à Buenos Ayres, sa patrie, où il fut chargé d'organiser l'armée de los Andes qui était destinée à opérer l'émancipation du Chili de la domination espagnole. Il remplit d'une manière remarquable cette mission confiée par le gouvernement argentin, qui était un des centres du mouvement révolutionnaire pour l'émancipation des colonies espagnoles. Le passage des Cordillères, les batailles de Chacabuco et de Maypo, qui assurèrent l'indépendance du Chili, sont des hauts faits auxquels le général San Martín associa son nom.

«Plus tard, il se mit à la tête de l'expédition sur le Pérou, et fonda l'indépendance de cette puissante vice-royauté, où les Espagnols avaient une armée supérieure à la sienne.

«A cette époque, le général Bolívar arrivait sur la frontière du même pays, après avoir obtenu de brillantes victoires, et désireux de compléter le triomphe de la révolution américaine. Le général San Martín eut une entrevue avec lui à Guayaquil, où les deux généraux s'occupèrent des plans qui devaient mettre un terme à la lutte commencée sous des auspices si heureux. Le général San Martín qui comprit que sa présence pouvait être un obstacle à l'intérêt général, céda noblement au général Bolívar la direction des affaires. Celui-ci réunit alors l'armée colombienne aux forces combinées de Buenos-Ayres et du Chili, et livra la bataille d'Ayacucho, où fut définitivement vaincue la puissance de l'Espagne dans ces vastes contrées.

«Le général San Martín dominé toujours par le noble désir de tout sacrifier à la cause de l'indépendance et que son nom ne fut pas un brandon de discorde dans l'organisation définitive des nouveaux Etats sud-américains, s'éloigna du théâtre de ses exploits et

vint en France où il est toujours resté sans vouloir se mêler des stériles convulsions qui les ont déchirées».

La Presse del 30 de ese mismo mes reprodujo en sus columnas el artículo que le había consagrado días antes el *Courrier du Havre*. He aquí lo que al propósito decía esta hoja: «Les journaux ont annoncé la mort, à Boulogne-sur-Mer, d'un des plus grands citoyens qui soient sortis des révolutions de l'Amérique du Sud. Le général San Martín qui a succombé à une longue maladie, réunissait toutes les vertus que Plutarque a immortalisées dans son histoire des hommes célèbres. On n'a pas été plus brave et plus habile sur le champ de bataille, plus sage et plus capable dans les conseils; aucune vie politique n'offre l'exemple d'une plus complète abnégation et d'un patriotisme plus modeste et plus pur.

«Le général San Martín était depuis longtemps à Boulogne-sur-Mer, dans sa famille, au milieu de laquelle il a terminé sa noble carrière d'homme fort et juste; c'est de sa mort calme et tranquille qu'on peut dire qu'elle a été le soir d'un beau jour. Sa fille est mariée à M. de Balcarce aujourd'hui chargé, à Paris, de la légation Argentine, et qui, en très peu de temps, a été appelé à remplir deux pénibles devoirs, en assistant aux derniers moments du respectable ministre argentin, M. de Sarratea, et maintenant à ceux de son beau père, le glorieux général San Martín».

Por su parte, *La Presse* agrega: «Pour raconter convenablement la vie du général San Martín, il faudrait écrire l'histoire de l'Amérique du Sud depuis le jour où elle s'est levée pour conquérir son indépendance. Il n'est pas, en effet, une page de cette histoire où le courage, l'habileté et le patriotisme du général San Martín ne jetent le plus vif éclat».

Pero si San Martín se reveló grande ante la muerte, no se reveló menos grande cuando tomando la pluma se preparó a ella redactando su testamento. Este acto realizó en París el 3 de enero de 1844, en pleno dominio de sus facultades y con absoluta soberanía sobre sí mismo. Como se ve, no lo hizo «en las postrimerías de su existencia», como así lo dice Sarmiento, ni tampoco dos años tan sólo antes de su muerte, como lo afirma Vicuña Mackenna ⁽¹⁾.

(1) San Martín dió a conocer su voluntad con carácter de disposición testamentaria en dos ocasiones. La primera lo fué en Mendoza, antes de lanzarse a la reconquista de Chile, como ya se ha dicho, y la segunda al pisar las playas de Pisco con el propósito de libertar al Perú. En la primera de estas circunstancias, se presentó ante escribano, y en la segunda lo hizo por intermedio de una carta que dirigió al señor Jorge Young, comandante de la goleta *Montezuma*. Era el 29 de septiembre de 1820, cuando San Martín escribe: «Si la suerte de la guerra me hiciese feneecer en ella, o bien caer prisionero, prevengo a usted que el baúl que contiene mis papeles reservados, como igualmente mi catrifofo le serán entregados a mi apoderado don Nicolás Peña, para que éste lo remita a mi mujer en Buenos Aires. La plata labrada que tengo en el buque de su mando, será repartida entre usted y el capitán Frescano, en toda propiedad. Los demás efectos excepto mi librería que deberá entregarse igualmente a Peña serán repartidos entre la guarnición y tripulación de la goleta». Ver: *Boletín del Museo Bolivariano*, agosto 1929.

«En este estado de espíritu, escribe un publicista peruano, el doctor don Luis

San Martín inicia su testamento con una demostración de su fe espiritual, o sea puntualizando su creencia en Dios. Sin énfasis, y con absoluta naturalidad, pasa luego a enumerarnos sus títulos y se declara así generalísimo de la república del Perú, fundador de su libertad, capitán general de la de Chile y brigadier general de la Confederación Argentina. Esto hecho pasa a redactar la primera de sus cláusulas y declara en ella que su hija Mercedes, casada con don Mariano Balcarce, es la absoluta heredera de sus bienes habidos y por haber. Significa luego que es su expresa voluntad que su hija Mercedes suministre a su hermana Elena una pensión anual de mil francos y que fallecida ésta se le pase una pensión anual igualmente a su sobrina Petronila. La absoluta probidad de su hija y de su yerno Balcarce lo eximen a San Martín de constituir una hipoteca para el fiel cumplimiento de este legado.

Después de haber hablado según los dictados de la sangre, San Martín pasa a hacerlo según los dictados del patriotismo. En lugar de entregarse a declaraciones verbales, lo simboliza aquél en un gesto, y dispone así que el sable que lo acompañara durante toda la guerra de la independencia, le sea entregado al general Rosas y esto como prueba de la satisfacción que como argentino ha tenido al ver la firmeza con que aquel mandatario ha sabido sostener el honor de la República.

Pero el patriotismo de San Martín no se detiene ahí. El va más allá y después de prohibir que se le hagan funerales, entendiéndose por funerales los homenajes pomposos que se tributan a los muertos, dispone que del lugar donde falleciere, modestamente se le conduzca al cementerio. Esta disposición le inspira un voto, y este voto lo es para que su corazón sea transportado al cementerio de Buenos Aires. San Martín no señala otra ciudad, pudiendo señalar a Mendoza, a Santiago o a Lima. Señala a Buenos Aires y esto porque si Buenos Aires fué la cuna de la revolución que conmovió la parte austral del Continente, fué la que le sirvió de plantel y de estímulo propulsor en su campaña militar y política para obtener la liberación de los pueblos.

A estas cláusulas siguen las reveladoras de su tenor de vida y de sus afectos. Esta circunstancia le permite declarar que muere sin deudas y sin haber debido nada a nadie. Pondera la conducta de su hija afectísima y de su yerno, y declara que las solicitudes y cariño de aquélla lo hicieron feliz en su vejez.

San Martín cierra su testamento con una cláusula adicional, relacionada con el estandarte de Pizarro. Quiere él que prenda tan gloriosa, que es de su exclusiva propiedad, le sea devuelta al Perú; pero esto cuando el gobierno de esta república haya realizado las

Varela Orbegoso, inicia San Martín su campaña libertadora. Sencillo de corazón, sin vanidades ni arrogancias, se muestra una vez más en su vida. Por eso su figura adquiere a cada momento nuevo realce y nuevos timbres. Su obra es como su vida, de una diáfana claridad y de una verdadera virtud».

recompensas y honores que le fueron acordados a él por su primer congreso.

De todas estas disposiciones, lo único que se convirtió en blanco de la crítica, fué la relacionada con el don de su sable. Los enemigos de Rosas quisieron buscar una razón explicativa a este acto de San Martín, y no pudiendo o no sabiendo elevarse sobre las pasiones que en ese momento se encontraban en juego, invocaron los achaques de la vejez, las debilidades del juicio y la ignorancia de los acontecimientos desarrollados en un teatro lejano. En forma rotunda y categórica podemos declarar que San Martín escribió aquella cláusula en pleno goce de sus facultades. Su cerebro se encontraba en funcionamiento sereno y claro, y hasta sus fuerzas físicas habían recobrado una sanidad que acaso no habían conocido en su juventud.

Por lo que se refiere a los sucesos relacionados con Rosas y su dictadura, éstos no eran en modo alguno desconocidos a San Martín. Sabía él que la nación argentina estaba dividida en dos bandos; que de un lado se encontraba Rosas y los partidarios de su dictadura, y que en el otro militaban los unitarios, enemigos sistemáticos e implacables de esta dictadura. Como argentino independiente que era, San Martín no militaba ni en uno ni en otro bando. La Patria constituía para él una cosa intangible, superior a esos partidos y superior además a las contingencias y alternativas propias de toda lucha política. En modo alguno se oponía él a la formación de una corriente partidaria en contra del tirano. A lo que se oponía con franca resolución era a la alianza de los opositores de Rosas con el extranjero y esto por los males consiguientes a semejante alianza. El combate de Obligado vino a demostrar lo bien fundado que estaba su juicio y el error en que habían incurrido los unitarios.

Una razón de patria y no de persona o de partido le inspiró a San Martín la cláusula que aquí comentamos. Ella encierra el valor de un símbolo, y si Rosas resulta así glorificado, no lo es por ser Rosas, sino porque tras de su persona se trasluce un principio, que supo defender con aplauso de la opinión.

En San Martín habla el Libertador, y por lo tanto el don de su espada a Rosas constituye un reproche contra los unitarios y contra aquellos que, pretextando un auxilio político al Uruguay en nombre de la nacionalidad, atacaron en forma brutal y descarada la soberanía argentina que era el principio doctrinal defendido por Rosas.

La imparcialidad fué en la vida de San Martín una de sus virtudes características, y es por esto que con fecha 21 de septiembre de 1839, desde Grand-Bourg le escribe a Gregorio Gómez, condenando los desmanes del mandatario argentino: «Es con verdadero sentimiento, le dice, que veo el estado de nuestra desgraciada patria, y lo peor de todo es que no veo una vislumbre de que mejore su suerte. Tú conoces mis sentimientos y por consiguiente yo no puedo aprobar la conducta del general Rosas cuando veo una perse-

cución general contra los hombres más honrados de nuestro país. Por otra parte el asesinato del doctor Maza me convence que el gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia. A pesar de esto yo no aprobaré jamás el que ningún hijo del país se una a una nación extranjera para humillar su patria» (1).

«Cuentan los que lo vieron, escribe Vicuña Mackenna, que al recibir la noticia del fusilamiento de la joven O'Gorman y el detalle horrible de que su vientre, perforado por las balas, dejaba escapar los tiernos miembros de su hijo, aún animados por la vida, el noble anciano sumergió su rostro en sus manos y se mantuvo largo rato contraído por una expresión de espanto» (2).

Pero volviendo al punto inicial de estos comentarios, digamos que uno de sus censores en este acto, Sarmiento, supo sobreponerse a los enceguecimientos de la pasión y que al clavar sus ojos en el porvenir pudo augurar los honores que en la hora presente se le tributan a aquella reliquia. «En todo caso, escribe él, los hombres pasan y sólo las naciones son eternas y aquella espada quedará un día colgada en el altar de la patria y envuelta en el estandarte de Pizarro para mostrar a las edades futuras el principio y el fin de un período de la historia de Sud-América desde la conquista hasta la independencia. Pizarro y San Martín han quedado para siempre asociados en la dominación española» (3).

Otro publicista, don Benjamín Vicuña Mackenna, no se recela en ponderar el valor de este documento y al concretar su opinión nos dice: «San Martín está allí de cuerpo entero, dibujado en dos renglones. Comparad éstos al testamento de Bolívar y veréis las dos figuras destacarse vivas por el contraste de la una con la otra: la una en su sublime expansión, la otra en su más sublime laconismo» (4).

Esto dicho, sólo nos queda un punto por tratar y es el siguiente: ¿dónde fué depositado el testamento en cuestión, y qué circunstancia nos acompañó en su reciente hallazgo? Antes de responder a esta doble cuestión, digamos al lector que era el 29 de septiembre de 1850 cuando don Mariano Balcarce, dirigiéndose de nuevo al general Rosas, le dice: «Dígnese V. E. permitir vuelva respetuosamente a interrumpir las graves e inmensas ocupaciones de que está rodeado V. E. para poner en manos de V. E. la inclusa copia legalizada del testamento de mi venerado y ya finado padre político, el ilustre general don José de San Martín, cuyo original queda depositado en el archivo de esta Legación y servirá de testimonio constante de la satisfacción que experimentó tan eminente argentino por los heroicos servicios que ha rendido V. E. a la Confederación e independencia de toda la América» (5).

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 500.

(2) *Revelaciones Intimas*, pág. 17.

(3) *Obras completas*, t. III, pág. 289.

(4) *Revelaciones Intimas*.

(5) JUAN M. GUTIÉRREZ. *La Estatua de San Martín*, infolio.

Pero como lo vamos a demostrar con el aporte de nuevos documentos, el testamento de San Martín no quedó depositado en la legación argentina, como así lo declara Balcarce, sino en un archivo notarial de París, o sea en el del señor Huillier. Deseosos de conocer a fondo la personalidad de Aguado, y sobre todo su expediente testamentario, movidos del instinto que acompaña a todo investigador, nos consagramos un día con todo empeño a examinar los documentos que formaban el archivo de esta notaría. Sabíamos que Huillier había sido el notario de Aguado, como de San Martín y de Balcarce, pero ignorábamos que era allí donde la suerte nos preparaba una grata sorpresa. Estando pues entregados de lleno a esta tarea, y después de haber pasado revista a un acervo documental importante, todo él relacionado con Aguado y su patrimonio, fuimos sorprendidos en un momento dado de estas investigaciones por la aparición de un expediente en cuya carpeta se leía esta inscripción: *«Dépôt judiciaire du testament de don José de San Martín»*. Abrirlo y encontrarnos con el testamento ológrafo del ilustre prócer, fué todo uno. En un segundo se esclareció, por así decirlo, el escenario histórico que estábamos estudiando, y en un segundo igualmente pudimos convencernos de que el testamento de San Martín no sólo no se encontraba en el ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina, como así se nos afirmaba en nuestra embajada en París, sino que nunca había sido depositado en la legación como podía creerse por el oficio de Balcarce a Rosas ya citado (1).

No nos corresponde a nosotros el exponer aquí el valor del hallazgo. Con él no hemos descubierto ciertamente un nuevo texto testamentario de San Martín, pero con él atestiguamos la existencia de tan valioso documento y podemos señalar su depósito en un punto preciso.

La reproducción fotográfica que encontrará el lector en lámina aparte, servirá además para fundamentar nuestro aserto y para desvanecer las dudas que sobre su autenticidad surgieron en un órgano de la prensa argentina, apenas el cable europeo se hizo eco de nuestro descubrimiento.

El testamento está escrito en una hoja de papel sellado del valor de 35 céntimos. Los sellos son dos: en uno se ve la figura de Mercurio, y en el otro la de la Justicia. Sus dimensiones son 17,05 centímetros de ancho por 25 centímetros de alto. El texto escrito por San Martín comprende las dos páginas de esta hoja. La caligrafía es clara, franca y uniforme. San Martín ha sabido aprovechar de-

(1) Ver: *Apéndice*, documentos K y L. — La carpeta en cuestión es de color rosa y mide 22,06 centímetros de ancho por 51 de alto. En su encabezamiento tiene esta fecha: 4 novembre 1840. En uno de sus ángulos se ha escrito con caracteres minúsculos: *Don José de San Martín est décédé à Boulogne-sur-Mer en son domicile le 17 août 1850*. Y al pie de la carpeta en caracteres impresos: Me. HUILIER, notaire, rue Taitbout, 29.

bidamente su espacio y, para observar una simetría lineal, en una como en otra página ha trazado líneas a lápiz sobre las cuales ha dejado deslizar su escritura. El papel no tiene márgenes. Los blancos que se ven son los espacios existentes entre el fin de una cláusula y el principio de otra, y es allí donde al procederse a una descripción en el tribunal civil de París, se han trazado las rayas que se descubren en esos blancos.

Las inscripciones que aparecen fuera de estas líneas y al pie de la firma autógrafa de San Martín fueron estampadas allí después de haberse llenado este requisito legal. La primera de estas inscripciones tiene al pie la firma del presidente del tribunal, el señor Debellegue y dice así: *«Signé et paraphé par nous Président du Tribunal de première instance de la Seine, au désir de notre procès-verbal de ce jour cinq novembre 1850. — Signé Debellegue.*

Y la otra: *Enregistré à Paris 4e. Bureau des Notaires le onze novembre 1850 f° 76 5° Cer. 5 à 7. Reçu pour le testament cinq francs, pour le codicille cinq francs, décime cinquante centimes plus cinquante centimes. Signé: Vannier».*

La carpeta que contiene el testamento ológrafo de San Martín, contiene además la traducción de ese mismo testamento hecha por traductor jurado, y la descripción del testamento llevada a cabo por el presidente del tribunal civil de París, estando presente a este acto el notario Huillier. He aquí su descripción, tal cual se encuentra ella en los documentos de la referencia.

«L'an mil huit cent cinquante et le cinq novembre dix heures du matin. En notre cabinet au Palais de Justice à Paris et par devant nous Louis Marie Debellegue, Président du Tribunal Civil de première instance du Département de la Seine assisté de Maître Guyard, Greffier de la Chambre du Conseil; Est comparu maître Huillier Notaire à Paris. Lequel nous a présenté un acte sous seing privé ouvert et non cacheté contenant des dispositions faites par Monsieur José de San Martín, Brigadier de la Confédération argentine, Capitaine Général de la République du Chili, Généralissime et fondateur de la liberté du Pérou, demeurant à Paris, rue Saint-Georges, trente-cinq. Et nous a dit que le dit acte lui a été remis dans l'état où il le présente par Monsieur Mariano Balcarce gendre du testateur.

«Et attendu le décès de Monsieur José de San Martín arrivé à Boulogne-sur-Mer, le dix-sept août dernier. Le comparant nous a requis de procéder à la description du dit acte testamentaire et d'en dresser procès-verbal pour être par nous ordonné ce qu'il appartiendra. Et signé après lecture. Signé *Huillier*. Desquels comparitions, présentations, dires et réquisitions nous avons donné acte au comparant sous nommé pour lui servir et valoir ce que de raison et obtempérant a sa réquisition nous avons de suite procédé à la description du dit testament. Mais attendu que le dit acte est écrit en espagnol nous avons fait appeler le sieur Bartholomé interprète-traducteur, demeurant à Paris, rue des Francs Bourgeois, numéro

pour en faire la traduction (1). Et à l'instant est comparu le dit sieur Bartholomé lequel a prêté en nos mains le serment de bien et fidèlement remplir la mission que nous lui confions. Puis, il nous a dit que l'acte dont il s'agit que nous lui avons représenté contient effectivement les dispositions testamentaires de Monsieur José de San Martín. En conséquence nous avons fait la description de la manière suivante: Il est écrit sur deux pages d'une feuille en papier au timbre de trente-cinq centimes et contient cinquante-deux lignes sans revoi, le mot *mil* est écrit sur un grattage, le mot *confianza* est écrit en interligne. Il commence par ces mots: *En el nombre de Dios Todopoderoso*. Et finit ceux-ci: *Con que me honró su primer congreso*. (signé) *José de San Martín*. Cet acte porte la date du vingt-trois janvier an mil huit cent quarante-quatre. Ce fait nous avons batonné tous les blancs dudit acte testamentaire, nous l'avons coté, signé et paraphé entête de chacune de ses deux pages signé et paraphé en fin de celui: après quoi nous avons remis le tout au dit Me. Huillier, notaire à Paris, ci présent qui le reconnaît et s'en charge pour être par lui mis au rang des minutes de son étude et en être en suite par lui délivré à qui de droit il appartiendra tous extraits ou toutes expéditions qui seront nécessaires. Dont et tout ce que dessus nous avons dressé le présent procès-verbal de description d'acte testamentaire pour servir et valoir ce qui de raison et avons nous signé avec le dit maître Huillier, notaire, le sieur Bartholomé, et le greffier après lecture. Signé *Debellegue, Bartholomé Huillier et Guyard*. — En marge est écrit: Enregistré à Paris, le treize novembre mil huit cent cinquante folio 17 cas 1^{er}. Reçu francs 30. — Centime dixième compris. Signé *Defontaine*.

Cómo se ve por la descripción que precede — nuestro deber es el de reproducirla en los propios términos en que sus autores la redactaron — el testamento fué presentado abierto por el notario Huillier al presidente del tribunal civil de París. Dado que él estaba escrito en español se ordenó su traducción, y hecha ésta se refrendó su texto original con la firma del presidente Debellegue (2).

(1) Falta el número a que se hace referencia.

(2) A título documental y para satisfacer una curiosidad que nos parece muy legítima, publicamos a continuación la traducción del testamento de San Martín hecha en francés por el traductor jurado del tribunal civil de París el señor Bartholomé. Hela aquí: «Au nom de Dieu tout puissant, que je reconnais comme créateur du monde: moi José St. Martín généralissime de la République et fondateur de sa liberté, capitaine général de celle du Chili, et Brigadier général de la confédération Argentine, dis-je: que voyant le mauvais état de ma santé, je déclare par le présent testament ce qui suit: 1º Je laisse pour mon absolute héritière de mes biens présents et à venir à ma seule et unique fille Mercedes de St. Martín, mariée actuellement avec M. Mariano Balcaree; 2º. C'est ma volonté bien expresse, que ma fille fournisse à ma sœur Elena une pension de mille francs par an, et à son décès on en continuera à payer à sa fille Petronila une de deux cent cinquante jusqu'à son décès, sans que pour assurer ce don, que je fais à ma sœur et à ma nièce, il soit nécessaire d'autre hypothèque, que la confiance que j'ai que ma fille et ses héritiers rempliront religieusement ma dernière volonté; 3º Le sabre qui m'a accompagné dans toute la guerre de l'indépendance de l'Amérique du Sud, on le rendra

Llenado este requisito el testamento volvió al poder del notario Huillier y éste lo depositó en el archivo de su notaría.

Dado estos antecedentes, podemos afirmar aquí que Mariano Balcarce no faltó a la verdad cuando, al dirigirse a Rosas con fecha 29 de septiembre de 1850, le dijo que el testamento de San Martín, su padre político, quedaba depositado en el archivo de la legación que Balcarce tenía a su cargo. Este depósito era simplemente provisorio y desde el día 5 de noviembre de 1850 en que fué presentado al referido tribunal de París para hacer el depósito que prescribía la ley, el testamento de San Martín vino a quedar depositado en el archivo de la notaría del señor Huillier. Es allí en donde lo hemos encontrado nosotros a los 81 años de haber entrado a figurar en el número de sus legajos, y después de haberlo buscado por largo tiempo y con vivo empeño en otras fuentes.

Antes de finalizar este capítulo digamos al lector que aun cuando no conocemos los detalles relacionados con la entrega del sable de San Martín por Balcarce a Rosas, como así lo prescribía la voluntad testamentaria de aquél, sabemos que este sable pasó a poder del dictador argentino antes de Caseros, y que Rosas lo conservó en su poder hasta su muerte en Southampton, pasando luego a ser custodiado celosamente por sus herederos.

A don Adolfo Carranza, fundador y director del Museo Histórico

au Général de la République Argentine don Juan Manuel de Rosas, comme une preuve de la satisfaction qu'en ma qualité d'argentin j'ai eu, en voyant la fermeté dont il a soutenu l'honneur de la république contre les injustes prétentions des étrangers qui cherchaient à l'humilier; 4º Ja défends que l'on me fasse aucune espèce de funérailles, et je veux, que du lieu où je décéderai, on me conduise directement au cimetière, sans aucun accompagnement, mais mon désir serait que mon cœur fut enseveli dans celui de Buenos Aires; 5º Je déclare ne devoir, ni n'en avoir jamais dû rien à personne; 6º Quoi qu'il est vrai, que tous mes soins n'ont eu un autre objet, que le bien-être de ma bien aimée fille, je dois avouer, que la conduite honorable de celle-ci et l'amitié constante avec les précieux soins qu'elle m'a toujours manifestés, ont récompensé avec usure tous mes soins, en rendant ma vieillesse heureuse. Je lui prie de continuer à avoir les mêmes soins et affection pour l'éducation de ses filles, les mêmes que j'embrasse de tout mon cœur, si toutefois à son tour elle veut avoir le même sort heureux que j'en ai eu: je recommande la même chose à son époux, dont l'honnêteté et la bonhomie, n'a jamais démenti l'opinion que je m'en avais formé, ce qui me donne une garantie pour croire, qu'il continuera à faire la même chose pour rendre heureuse ma fille et mes petites-filles; 7º. Tout autre testament ou disposition antérieurs au présent, reste nul, et sans aucune valeur. Fait à Paris le vingt-trois janvier dix-huit cent quarante-quatre, et tout est écrit de ma main et mon écriture. :Signé: JOSÉ ST. MARTÍN. — Article additionnel. Ma volonté est, que l'étendard, que le brave Espagnol D. Francisco Pizarro arbora au moment de la conquête du Pérou, soit rendu à cette république (malgré qu'il soit une propriété à moi appartenante) à condition, que leurs Gouvernements réalisent les récompenses et les honneurs, dont m'honora leur premier Congrès».

Después de la traducción, el mismo traductor escribe: Nous le soussigné traducteur interprète assermenté auprès du tribunal de première instance, certifions que la traduction ci-dessus faite est bien, legale et en tout conforme à son original Espagnol, auquel nous nous en reportons, en foi de quoi je délivre le présent certificat, fait à Paris le 8 novembre 1850. *Non Varietur.*: BARTHOLOMÉ.

Enregistré à Paris, 4e. Bureau des Notaires, le onze novembre 1850, fº 76, Vº Ce. 8. reçu deux francs, decime vingt centimes. VANNIEZ».

de Buenos Aires le corresponde el honor de haber gestionado y obtenido de los deudos de Rosas la entrega de esta reliquia que hoy conserva con culto venerando la Patria.

Era el 5 de septiembre de 1896 cuando Carranza le escribió esta carta a la hija del dictador argentino: «Durante el largo período del gobierno que ejerció su padre en este país, tocóle defender y mantener sus derechos e integridad comprometidos por la agresión de dos poderosas naciones europeas. Han pasado los años, se han calmado las pasiones que agitaban aquellos días y hoy creo poder asegurarle que se ha hecho opinión general, la que fué entonces por algunos resistida, y es que con su actitud salvó el honor de nuestra bandera y protestó bizarramente contra el proceder de la diplomacia extranjera.

«Entre las manifestaciones de aplauso que recibiera por su conducta tan decidida es sin duda la de mayor importancia la que mereció del ilustre general San Martín, quien para dar más energía a sus declaraciones, le legó en su testamento el sable que le había acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sur. Y bien, Señora; hoy cuando la República Argentina constituida a través de casi un siglo de dolorosa anarquía posee un establecimiento donde se reúnen y guardan los recuerdos de épocas y hombres que pertenecen a la victoria, donde se hallan, como se impondrá usted por el catálogo adjunto, muchas de las sagradas reliquias del gran hombre, me permito solicitar de usted con destino al Museo que dirige aquella espada redentora de un mundo para que aquí, en el seno de la patria que le vió nacer, pueda ser contemplada por los que la habitan y sea ella en todo tiempo la que le inspire la soberanía nacional como la ocasión que originó se le obsequiara a su señor padre».

El pedido de Carranza no cayó en el vacío y la señora Manuela Rosas de Terrero, con fecha 26 de noviembre de 1896, escribióle desde Londres: «Oportunamente recibí su fina carta la que es para mi esposo, para mí y nuestros hijos, tan interesante.

«Por disposición testamentaria de mi padre, el sable que le fué legado por el ilustre capitán general don José de San Martín pasó a mi esposo y como fácilmente lo comprenderá usted, mucho le cuesta a él como a todos nosotros hacer el sacrificio de desprendernos de él. Es ésta la razón por la demora de mi contestación a su pedido. Al fin mi esposo, con entera aprobación mía y de nuestros hijos, se ha decidido dar a la nación argentina este monumento de gloria para ella, reconociendo que el verdadero lugar del sable del Libertador debía ser en el seno del país que libertó. Por lo tanto puede usted, señor Carranza, contar que al recibo del pedido oficial que usted ofrece, la contestación será el envío del sable».

Tiempo más tarde, el sable de San Martín fué embarcado a bordo del *Danubio* y al llegar a las aguas del Río de la Plata transportado a la corbeta *Argentina*, que estaba anclada en el puerto de Buenos

Aires con el objeto de recibirlo. El día 4 de marzo de 1897 los miembros que componían la comisión encargada de recibir el sable de San Martín se trasladaron a bordo de la corbeta referida y recibido allí por esta comisión, la prenda del Libertador fué transportada al Museo Histórico, donde se levantó la siguiente acta: «En Buenos Aires a los 4 días de marzo de 1897 en el local del Museo Histórico Nacional siendo las tres p. m. se apersonaron a su director señor Adolfo P. Carranza los señores de la comisión militar nombrada por el superior gobierno, compuesta del teniente general Donato Alvarez, coroneles Salvador Tula, Félix Adalid, Rómulo Parkinson, Zoilo Piñero, Lisandro Olmos, Julián Martínez, Guillermo Torres; teniente-coroneles Cesáreo Díaz, Emilio López y Julián Rodillo, y procedieron a entregarle en nombre del Excmo. señor presidente de la República una caja dentro de la que estaba un sable y los documentos que comprobaban ser éste el que perteneció al Libertador José de San Martín y que legado en su testamento al general Juan M. Rosas era donado por su familia a la nación argentina para ser depositado en este establecimiento».

Fué así como después de haber brillado ese sable, primero en San Lorenzo, más tarde en Chacabuco y Maipú y luego en toda la campaña libertadora del Pacífico, volvió a su punto de partida respondiendo al voto instintivo de todo un pueblo.

En el día de hoy no se le contempla envuelto en el estandarte de Pizarro como lo augurara Sarmiento; pero lo envuelve con sus colores la luminosidad simbólica de la bandera a la cual sirvió para fundamentar la independencia americana según los dictados de los insurgentes de Mayo.

CAPITULO XXI

Los restos de San Martín y el estandarte de Pizarro

SUMARIO: Por qué Balcarce no repatrió los restos de San Martín. — Solicitud presentada por Balcarce al gobierno peruano. — Un oficio dirigido por el ministro Tagle a San Martín al dejar éste el Perú. — Sumas entregadas a San Martín por la tesorería peruana. — Lo que el Perú adeudaba todavía a San Martín. — Decreto del presidente Orbegoso que es letra muerta. — Una resolución del presidente Castilla. — Demanda larga y dificultosa. — Alberdi y las gestiones de Balcarce ante el gobierno peruano. — El doctor Juan Espinosa y la familia de San Martín. — Viaje de Balcarce por Italia. — Fallecimiento de la madre de Balcarce y de la hermana de San Martín. — «Mis compatriotas, declara Balcarce en carta a Alberdi, nada han aprendido en veinte años de destierro». — Opinión que le merecen Urquiza y los partidos. — Negocio realizado por Balcarce. — Una «bonita casa de campo» y su ubicación. — Brunoy y su historia. — Descripción de la casa comprada por Balcarce. — El dormitorio de San Martín instalado en una de sus habitaciones. — Los restos de San Martín transportados desde Boulogne a Brunoy. — Su nueva inhumación, y la sepultura de la familia Balcarce. — Entrega del estandarte de Pizarro en Brunoy al representante del Perú. — Discurso de don Mariano Balcarce. — Discurso del doctor Gálvez. — Acta levantada y firmada por los asistentes a esta ceremonia. — El estandarte de Pizarro colocado en una caja de jacarandá y entregado al ministro del Perú. — El estandarte de Pizarro, según la descripción de Florencio Varela. — Las inscripciones del estandarte. — Cómo y cuándo este estandarte desapareció de Lima. — El estandarte de Pizarro y el sector bolívarista. — Los trofeos descubiertos por Sucre en el Cuzco y enviados a Bolívar. — El proceder de San Martín. — Carta del ministro de Relaciones Exteriores del Perú a San Martín reclamándole el estandarte. — Contestación dada por San Martín. — Una legítima posesión. — Dictamen de los concejales de Lima sobre la autenticidad del estandarte. — Oficio del alcalde de Lima haciendo entrega de él a San Martín. — Un testimonio de la tradición. — Proceder de San Martín y proceder de Sucre. — El valor simbólico del acto realizado por San Martín. — Cuando San Martín declaró que ese estandarte era prenda de victoria. — Anécdota desautorizada por Balcarce.

El depósito de los restos de San Martín en la cripta de Nuestra Señora de Bolonia, tuvo el carácter de provisorio, pues como ya se sabe, la voluntad del ilustre difunto era la de descansar para siempre en el cementerio de Buenos Aires. El propio yerno don Mariano Balcarce, así lo hizo saber a su gobierno y éste a su vez, en su contestación a este luctuoso comunicado, le significó que cuando le fuese posible, procediese a la traslación de sus restos quedando a cargo del gobierno de la Confederación Argentina, los

gastos ocasionados por este traslado. Pero ¿por qué no se ejecutó en el acto esa traslación, y por qué los restos del Libertador argentino permanecieron en tierra extraña durante tres décadas retardando así el voto que formulara por escrito y por palabra el ilustre muerto?

Aun cuando carecemos de documentos escritos que nos permitan formular aquí una respuesta categórica, sí podemos afirmar que la voluntad del mandatario argentino, o sea la de Rosas, no intervino en este retardo, y que sus causales originarias pudieron ser muy bien las tareas diplomáticas y aun domésticas que en ese entonces absorbieron la atención de Mariano Balcarce. Los acontecimientos del Plata en lo relacionado con la política francesa, entraron precisamente en su período definitivo. Esto obligaba a aquél a no abandonar un puesto cual lo era la jefatura de una legación que había quedado en sus manos por muerte del ministro Sarratea. Por otra parte, a los dieciocho meses de producirse la muerte de San Martín, se produjeron en el Plata nuevos y fatales acontecimientos, y el 3 de febrero de 1852 la batalla de Caseros puso fin a la dictadura de Rosas.

Pero mientras circunstancias especiales e imprevistas le impidieron a Balcarce el llevar a cabo esta repatriación, que el propio San Martín había señalado como un voto postrero de su voluntad, trató de hacer efectiva otra de las cláusulas testamentarias y antes de finalizar el año de 1851, dirigió al gobierno de la república del Perú una solicitud, relacionada con el pago de las deudas que aquel Estado tenía contraídas con su malogrado padre político ⁽¹⁾.

La solicitud firmada por Balcarce, está escrita en París, y en ella principia éste por recordar que por decreto del 23 de diciembre de 1823, su padre político, el general don José de San Martín, fué autorizado por el gobierno del Perú a trasladarse al extranjero sin limitación alguna de tiempo. El firmante de esta solicitud no se contenta con establecer esta afirmación y transcribe con tal motivo el oficio dirigido por el ministro Tagle a San Martín en aquel entonces, y cuyo contenido transcribimos: «Cuando V. E., le dice Tagle a San Martín, después de haber fundado la libertad del Perú y establecido gloriosamente las autoridades del país, ocurre al su-

(1) El 15 de marzo de 1851, la hija de San Martín, doña Mercedes San Martín de Balcarce, extendió en París un poder a favor del señor Ricardo Price, residente en Santiago de Chile, y esto para que pudiese cobrar allí las sumas que se le adeudaban a su finado padre. Textualmente decía ese poder: «Auxquels il donne tout pouvoir de pour eux et en leurs noms toucher et recevoir de qui il appartiendra toutes sommes qui peuvent dépendre de la succession de M. José de San Martín dues dans l'entendue de l'Etat du Chili, notamment tous arrérages de rentes, pensions et traitements qui auraient pu être attribués et accordés au dit feu sieur José de San Martín, par le gouvernement du Chili, per tels actes, lois, décrets et décisions que ce soit recevoir également toutes sommes». *Archivo de la ex Notaría de Me. Huillier*.

Ese mismo poder fué otorgado el 29 de marzo del mismo año a favor del señor José Brown residente como aquél en Santiago.

premo gobierno pidiendo la licencia correspondiente para viajar a Europa por tres años, V. E. realza su mérito hasta el último punto, manifestando que si como general decidió con sus esfuerzos la suerte de un vasto continente, como ciudadano es el primero que tributa el homenaje debido al orden y a la ley. V. E. puede marchar a Europa por el tiempo que guste; pues el gobierno del Perú está muy satisfecho que en cualquier momento en que sepa V. E. que peligra la suerte de la república, volará a su defensa con el interés que inspira la conservación de su nombre y su alta reputación. Mientras tanto, si el Perú siente que el fundador de su libertad se aleja más de su territorio, se mitigan sus sentimientos al considerar que en toda distancia trabajará por su prosperidad y engrandecimiento y que sus talentos militares y virtudes cívicas serán conocidas más de cerca y respetadas por las altas e ilustres potencias».

Reproducido este documento, Balcarce pasa a recordar que por el ministerio de Hacienda le fué entregado a San Martín en aquella ocasión una letra de \$ 15.000 contra el agente del empréstito anglo-peruano en Londres y que en dicha suma se incluían los ajustes correspondientes hasta fines de 1823. Según Balcarce estos ajustes representaban la cantidad de \$ 12.319 correspondiendo su diferencia a \$ 2.680, que se le entregaban a San Martín a título de los sueldos a devengar.

Balcarce demuestra que esa liquidación no se hizo según un criterio de estricta justicia, pues en lugar de basarse la tesorería peruana sobre la suma de \$ 9.000 que es lo que correspondía a San Martín por disposición del congreso como pensión anual, se hacía calculando la mitad de esa suma. El exponente observa que al producirse esa anomalía San Martín no protestó y que guardó silencio; pero observa igualmente que al llegar al poder supremo de la república el general don José Luis Orbegoso, en 1836, puso término a este estado anómalo y que por decreto del 17 de abril de aquel año, ordenó que se liquidasen a San Martín sus haberes, teniendo por base la pensión íntegra de \$ 9.000 que es la que en justicia le pertenecía. Sin embargo, agrega Balcarce, la tesorería peruana procedió como si este decreto fuese letra muerta y continuó liquidando a San Martín sus haberes sobre la base de \$ 4.500 que eran tan sólo la mitad de la pensión.

En abril de 1848, dice Balcarce, el presidente Castilla reconoció esta deuda que el Estado peruano tenía contraída con San Martín. La suma que se le adeudaba en ese entonces llegaba a la cantidad de \$ 57.000; pero observa él, que por más que aquel mandatario interesóse en que se le liquidasen a San Martín sus haberes según justicia, no se hizo, y el pago quedó en suspenso esperando que el apoderado de San Martín en el Perú acreditase que nada se le había pagado del saldo de \$ 37.000 que le correspondía a San Martín cuando se le liquidaron sus haberes en 1831.

La demanda presentada por Balcarce fué larga y dificultosa en

su tramitación. Con todo, el Perú concluyó por reconocer lo bien fundado que ella estaba y en 1861, a los diez años de haber sido presentada esta solicitud, la hija de San Martín, en su calidad de única y universal heredera, recibió del Estado peruano la suma de \$ 164.000, que según liquidación presentada por Mariano Balcarce era el monto a que llegaba la deuda.

Es del caso observar que cuando Balcarce inició estas gestiones, Alberdi intervino oficiosamente ante sus amigos de Lima para que se le hiciese justicia. Era el 15 de julio de 1853 cuando Balcarce le dice: «Recuerdo que en una de sus apreciable cartas me felicitó usted por el buen éxito de mi reclamación contra el gobierno del Perú; pero permítame usted le diga que en esto padeció usted un error, pues después que el expediente corrió los trámites legales, resultando favorables todos los dictámenes e informes de las oficinas, menos uno, el Excelentísimo gobierno decretó que ocurriese al congreso y ahora dirijo una reclamación, la que confío tendrá mejor resultado que la primera, no siendo probable que el congreso quiera ponerse en contradicción consigo mismo».

La persona a la cual se había dirigido Alberdi interesándola en el despacho favorable del asunto tramitado por Balcarce, era el doctor Juan Espinosa, abogado de mérito y gran amigo del publicista argentino. En una de sus cartas, y tocando el punto que interesaba a Balcarce, Espinosa le dice a Alberdi: «Me recomienda usted la causa de la familia del general San Martín. Ninguna defendería con más placer; pero, ¿en qué me apoyo? ¿en la justicia? ¿en la ley? ¿en el honor? Ah, paisano: Cuánto pudiera decirle. Bástele saber que no reclamo lo que legalmente se me debe porque no tengo favor. El antiguo ministerio español de *Gracia y Justicia* ha quedado reducido a sólo el de *Gracia*.

«Como quiera que sea, concluye el irónico corresponsal de Alberdi, si los parientes del general San Martín me solicitan, los ayudaré en cuanto pueda» ⁽¹⁾.

Mientras estas gestiones se llevaban a cabo, Balcarce se decidió a hacer un viaje en compañía de su familia por Italia. No sabemos el tiempo que duró este viaje; pero sabemos que en los primeros meses de 1853 ya estaba de regreso en París y que con fecha 15 de julio de ese año le pudo escribir a Alberdi: «Por el amigo doctor Gregorio Gómez habrá usted sabido mi viaje a Italia que tantos goces nos ha proporcionado y mi regreso a París a principios de mayo, desde cuya época parece que el destino se complace en perseguirnos pues hemos perdido a mi muy amada madre, a nuestra tía doña Elena San Martín de Menchaca, única y predilecta hermana de mi finado señor padre político y ahora estamos temiendo recibir por cada paquete que llega del Plata, la noticia de la muerte de

(1) ALBERDI. *Escritos Póstumos*, t. XVI, pág. 273.

En el Nombre de Dios fidei Poderes a quien reconoce como
 Dilecto del Universo. Digo q^{do} Don Juan Estanislao Generalísimo
 de la República del Perú, y Fundador de su libertad, Capitan
 General de la de Chile, y Diputado General de la
 Confederación Argentina, q^{do} ante el mal estado de mi salud, declaro
 por el presente Testamento lo siguiente:
 Primero, de lo p^{ro} mi abuelita Mercedes de mi bienes, habidos y por
 haber de mi única Hija Mercedes del Sr. Martín, actualmente casada
 con Mariano Balcarce.
 2º. Es mi expresa voluntad el q^{do} mi Hija suministre a mi Hermana
 María Elena una pensión de ~~mil~~ ^{seis} mil francos anuales, y a su fa-
 llecimiento, se continúe pagando a su hija Petronila, una de 250, has-
 ta su muerte, sin q^{do} p^{ro} anterior este don, q^{do} hago a mi hermana y sobri-
 na, sea necesaria otra hipoteca, y la q^{do} me ante de q^{do} mi Hija y sus
 herederos cumplan religiosamente esta mi voluntad.
 3º. El sable q^{do} me acompañó en toda la guerra de la Independencia
 de la América del Sud, le será entregado al General de la República
 Argentina Sr. Juan Manuel de Rojas, como una prueba de la satis-
 facción, q^{do} como argentino he tenido al ver la firmeza con q^{do} ha
 sostenido el honor de la República contra las injustas pretencio-
 nes de los Estrangeros, q^{do} trataban de humillarla.
 4º. Pido el que se me haga ningún género de Funeral, y desde el
 lugar en que falleciere se me conduzca directamente al Cementerio
 sin ningún acompañam^{to}, pero si desearia el q^{do} mi Corazón fue-
 se depositado en el de Buenos Ayres.
 5º. Declaro no deber ni haver sumas de b^{do} nada, a nadie.
 6º. Haun a. es verdad q^{do} todos mis Anelos no han tenido
 otro objeto q^{do} el bien de mi Hija amada, debo confesar, que
 la horrada conducta de esta, y el constante cariño y empeno

q^{do} siempre me ha manifestado, han recompensado con Usura, todos
 mis amores haciendo mi b^{do} feliz; De la mego continúo con
 en el mismo cuidado y contracción la educación de sus Hijas
 (alas q^{do} alvarez con todo mi Corazón) ni es que con vez quier
 tener la misma feliz suerte q^{do} yo he tenido: igual encargo
 hago a su Esposo, cuya honradez, y honoria de bien no ha
 desmentido la opinion q^{do} havia formado de el, lo que me
 me garantiza continuara haciendo la felicidad de mi Hija
 y Nietas.

7º. Todo este Testamento o Disposición anterior al Presente
 queda íntulo y sin ningún valor.

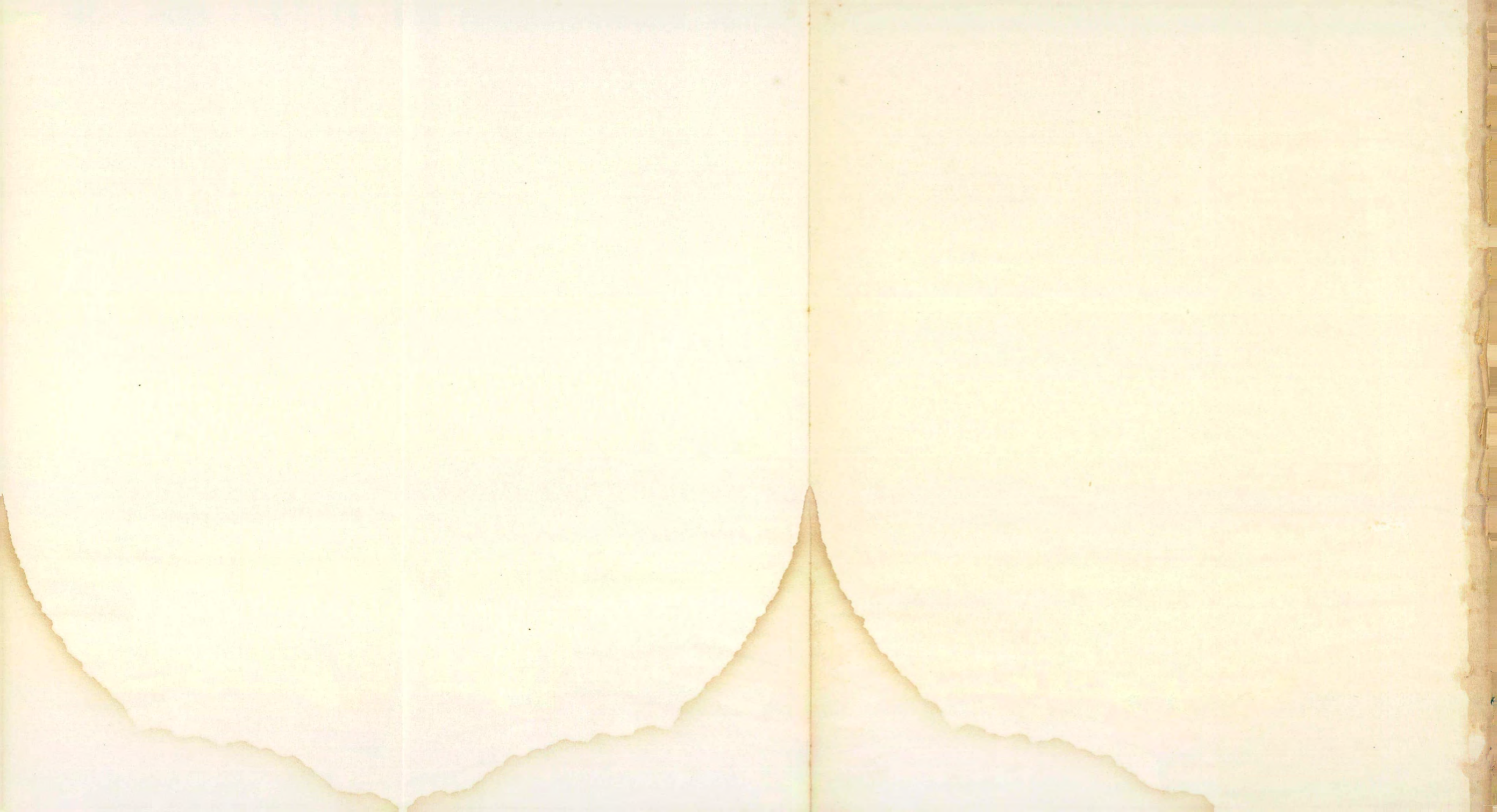
Hecho en París a Veinte y tres de Enero del año mil-
 ocho cientos quaranta y quatro, y escrito todo el de mi puño y
 letra.

Don Juan Martín

Artículo adicional
 Es mi voluntad el que el Estandarte que el bravo Español
 Sr. Francisco Pizarro trujo en la Conquista del Perú sea
 legado a esta República (a pesar de ser una propiedad
 mia) siempre que sus Gobiernos hallan realizado las
 recompensas y honores con q^{do} me honro su primer
 Congreso.

Don Juan Martín

Signé & gave plus par mon Esposo & mes
 Esposas de la familia de la casa de don
 Juan Martín & de la casa de don Juan Martín
 en la ciudad de París a 23 de Enero de 1850
 Recogido por el Notario con fines
 para la conservación de los papeles
 plus cinquante centimes.



mi amada y desgraciada hermana Máxima cuyo estado no dejaba la más remota esperanza de salvarla».

«A estos pesares se agrega, dice Balcarce, el que nos causa la triste situación de mi malhadada patria, pues justos y pecadores, ausentes y presentes todos sentimos poco más o menos las fatales consecuencias de la guerra civil. Es una desgracia que mis compatriotas nada hayan olvidado ni aprendido en veinte años de destierro: han vuelto a mi país con las mismas ideas impracticables que cuando lo dejaron y en lugar de apoyar al general Urquiza, que era el único que en esa circunstancia podía salvarnos de la guerra civil, se han complacido en minar su poder e insultarlo ¡después que acababan de proclamarlo Héroe y Libertador! Sin embargo creo infalible el triunfo del partido de la campaña. El de la ciudad no hace sino aumentar las desgracias y la ruina del país, prolongando una resistencia insensata.

«Desde la caída, a mi modo de ver lamentable, del general Rosas, concluye el corresponsal de Alberdi, preví lo que ha sucedido y resolví prolongar mi residencia en Europa pues habría sido el colmo de la locura regresar con mi familia a Buenos Aires para ser víctima inocente de cuatro ambiciosos sin patriotismo ni virtudes». Luego agrega: «Un feliz negocio en que me hizo participar mi amigo el doctor H. Rosales me proporcionó los medios de comprar una bonita casa de campo a inmediaciones de esa capital — alude a París — donde estaría muy feliz si no fuese por las desgracias que estamos experimentando».

¿Cuál era esa «bonita casa de campo», a que alude Balcarce y cuál la localidad en que se encontraba ubicada? Esa casa no era otra que la que había pertenecido o pertenecía en el momento de su venta a la señora Eloisa Luisa Fanny Regnaud, viuda de Carlos Juan Gublin. Por lo que se refiere a su ubicación, ésta no podía ser ni más agradable ni más poética. En primer término la casa se encontraba edificada en un barrio conocido con el nombre de *Petit Château* en la localidad de Brunoy y a unos veinticinco kilómetros de París. A pocos pasos de la casa, serpenteando entre barrancos y arboledas frondosas, corrían las aguas del río Yeres.

Brunoy tenía su historia, como la tenía Grand-Bourg, que estaba en sus cercanías, separado tan sólo por el Sena y por el bosque de Senart. Aun cuando la mano del tiempo había concluido por destruir su antiguo castillo, nadie ignoraba que en el castillo de Brunoy se habían dado cita reyes y príncipes, y que antes de la revolución francesa, había brillado él por su vida señorial y cortesana. Como muchos otros castillos de la región, el castillo de Brunoy sirvió de blanco al furor revolucionario del 93 y arrasado él enteramente fueron loteadas aquellas tierras, lo que dió motivo a que surgiesen aquí y acullá fincas como la comprada por Balcarce a la viuda Gublin. Era ella conocida con el nombre de *Petit Château* como lo es aún en la actualidad.

La venta de esta propiedad fué fijada por el juez, por existir de por medio una menor, en la suma de 60.050 francos y la de su mobiliario en la de 4.002. Balcarce entró en su posesión el 17 de septiembre de 1852 y según el título de propiedad consultado la casa se componía de dos pisos; el piso bajo y el piso alto. En el primero se encontraba el vestíbulo, el comedor, dos salones, el billar, dos dormitorios con sus dependencias respectivas, el ante-comedor y la cocina. En el piso alto había ocho dormitorios, tres habitaciones más y el granero. La casa estaba recubierta de pizarra, tenía su sótano, su caballeriza, su cochera y las habitaciones del jardinero. A su patio se entraba por una puerta cochera existiendo además una entrada independiente para el servicio. La entrada principal daba a la *rue Rousseau*. La casa tenía además un gran jardín cuya extensión era de una hectárea, de 50 áreas y de 30 centiáreas. Una parte de estas tierras era boscosa y el resto se encontraba cultivado con viñas y con árboles frutales. En medio de éstos se levantaba el invernáculo. Observa el título de propiedad que nos ilustra en estos pormenores, que el patio principal como el jardín de la casa, miraban al oriente o sea a la *rue Rousseau* por donde la casa tenía su entrada. Por el norte, confinaba ella con la casa del señor Bertrand, llegando hasta la calle de *La Fraternité* y por el lado sur con las propiedades pertenecientes a las familias Bouchard, Pitoux, Ledure, Calmette y Langlois. Más tarde el señor Balcarce compró nuevas tierras al señor Bisson y a su esposa Genoveva Bertrand, y agrandó así su heredad ⁽¹⁾.

Una vez instalados en esa finca, Balcarce y su esposa resolvieron colocar en una de sus habitaciones los muebles que habían formado el dormitorio de San Martín en Boulogne-sur-Mer. Como esta habitación se diferenciaba grandemente de la primera, los muebles fueron colocados en ella guardando el orden que la arquitectura de la habitación lo permita ⁽²⁾.

(1) El 16 de enero de 1861, Balcarce compró al señor Rougemont una casa sita en París en el número 5 de la *rue Berlin*. La compra la hizo por intermedio del doctor Francisco Javier Rosales, antiguo encargado de negocios de Chile y que vivía en ese entonces en el número 20 de la *rue Rivoli*. La casa se componía del piso bajo y de tres pisos altos. Estaba precedida de un gran patio y flanqueado éste por dos pabellones en los cuales se encontraban las caballerizas y las cocheras. En esta residencia permaneció hasta su fallecimiento, como se verá con oportunidad, la hija de San Martín o sea la esposa de Mariano Balcarce. Otro tanto hizo la nieta del prócer, la señora Gutiérrez de Estrada, hasta que se trasladó definitivamente a Brunoy, en donde falleció.

(2) De acuerdo con las instrucciones transmitidas por la señora Gutiérrez de Estrada al señor Adolfo P. Carranza, el dormitorio de San Martín fué reconstruido en el Museo Histórico de Buenos Aires de acuerdo con la colocación que sus muebles tenían en Boulogne-sur-Mer. Para esto la referida dama envió con los muebles un pequeño croquis que permitió al señor Carranza colocar esos muebles en la forma en que ellos están en la actualidad. La carta que escribiera con tal motivo la nieta de nuestro Libertador a Carranza está fechada en París el 30 de mayo de 1899 en su casa de la *rue Berlin* y dice así: «Oportunamente recibí las cartas que se sirvió usted dirigirme, solicitando enviase a ese Museo Histórico Nacional todos aquellos objetos que pertenecieron a mi abuelo el general San Martín, aun existentes en

Años más tarde, los esposos Balcarce procedieron a la construcción de un sepulcro en el cementerio de Brunoy. Esta circunstancia los llevó a pensar en los restos de San Martín que descansaban todavía en la cripta de Nuestra Señora de Bolonia, y con tal motivo, a su traslado a esa sepultura mientras no llegaba la hora de su traslado a Buenos Aires.

La nueva inhumación de los restos de San Martín tuvo lugar en Brunoy el 21 de noviembre de 1861, y esta circunstancia asoció a Balcarce a la entrega del estandarte de Pizarro que había pertenecido a San Martín y que éste había traído consigo al alejarse del Perú. El día de la referencia se encontraron reunidos en Brunoy los representantes de la Argentina, de Chile, del Perú y de otros Estados americanos. Los restos de San Martín fueron cubiertos con el estandarte de Pizarro, y de la casa de Balcarce transportados ellos solemnemente a la iglesia parroquial. Al llegar allí se celebró un funeral y terminada esta ceremonia fueron trasladados al cementerio de Brunoy en donde recibieron sepultura ⁽¹⁾.

mi poder. Mi excelente amigo el señor don José Macháin apoyó igualmente la solicitud de usted, y cediendo a sus amistosas instancias había yo ya decidido en principio hacer ese sacrificio, reservándome, toda vez, el momento de darle cumplimiento, cuando nuestro nuevo ministro en París, el señor don Carlos Calvo, me manifestó con instancia ese mismo deseo, añadiendo que su pariente el señor general Capdevila, recientemente venido de Buenos Aires, me traía una nueva comunicación de usted con encargo especial de tratar de obtener me desprendía yo de esas reliquias.

«En efecto, pasó a verme el señor general Capdevila, remitiéndome la atenta carta de usted fecha 15 de diciembre último, a que contesté; y en vista de todos estos patrióticos empeños que tanto honran la memoria de mi venerado abuelo, he decidido — prescindiendo de mis sentimientos íntimos — conforme lo participo a usted por la presente, donar desde ahora al «Museo Histórico Nacional» no sólo todos los muebles de mi abuelo que conservaba yo religiosamente en el mismo orden que guardaban en su cuarto, en vida de él, sino también los dos recuerdos más preciosos que de él me había legado mi querida madre; el hermoso retrato original, al óleo, de mi abuelo, hecho en Bruselas el año de 1827, creo, del que mi señora madre hizo una copia que obsequió, hace varios años, a la Biblioteca o Museo de Buenos Aires; así como el facsímil o copia exacta del estandarte real de Pizarro, que mi madre pintó antes de entregar solemnemente al gobierno del Perú, por manos de su representante en París, ese glorioso trofeo, según lo había dispuesto el general San Martín por una cláusula de su testamento».

En esa carta la señora de Gutiérrez de Estrada le dice a Carranza que el envío de esos muebles lo hace acompañándole un pequeño croquis del cuarto que San Martín ocupaba en la casa de Boulogne-sur-Mer «croquis que permitirá a usted, si lo juzga conveniente, colocar dichos muebles conforme los tenía el General».

(1) El 10 de noviembre de 1861, Balcarce entró en propiedad del terreno en que había sido construida esta sepultura. El documento relacionado con esta concesión reza así: «Par devant Me Edmé Leroy, notaire à Brunoy (Seine-et-Oise) soussigné. A comparu: M. Alexandre Jeannest Saint-Hilaire, Chevalier de la Légion d'Honneur, Maire de la commune de Brunoy, propriétaire, demeurant à Brunoy. Agissant, en qualité de Maire de la commune de Brunoy, comme autorisé à faire dans le cimetière de ladite commune, des concessions perpétuelles de terrain pour y établir des sépultures privées, en vertu d'une ordonnance royale en date du onze avril mil huit cent quarante. Lequel sur la demande que lui en a faite à l'instant M. Balcarce ci-après nommé: a, par ces présentes, vendu et cédé à perpétuité, a M. Mariano Balcarce chargé d'affaires de la Confédération Argentine demeurant à Paris, rue de Berlin, 5, à ce présent et acceptant: Un terrain ayant huit mètres carrés de superficie par deux mètres cinquante centimètres de largeur et trois mètres vingt centimètres de longueur, à prendre dans le cimetière de Brunoy à l'endroit de con-

Momentos después la comitiva se trasladó a la residencia del señor Balcarce, y estando allí éste procedió a entregar solemnemente al ministro del Perú, que lo era el señor Pedro Gálvez, el estandarte que después de la muerte de San Martín había quedado en su poder: «De conformidad con una cláusula testamentaria de mi venerado padre político el general San Martín, dijo Balcarce, tengo el honor de poner en manos de V. E. para que se digne transmitirlo a las del gobierno de Perú, el estandarte real que el esforzado español don Francisco Pizarro, llevó consigo a la conquista del Imperio de los Incas, con el cual la municipalidad de Lima obsequió al general San Martín en 1822 como testimonio de gratitud por los grandes servicios que tuvo la dicha de prestar a la causa de la independencia peruana. Pongo también en manos de V. E. la nota original de dicha municipalidad, que contiene la descripción de ese glorioso trofeo para que pueda confirmar la autenticidad al recibirlo a nombre de su gobierno».

El doctor Gálvez siguió a Balcarce en el uso de la palabra y lo hizo declarando: «Con profunda emoción he asistido al acto solemne que acaba de celebrarse en honor del Protector del Perú. El hombre que contribuyó a asegurar la independencia del Río de la Plata en San Lorenzo y que en Chacabuco y Maipú dió la libertad a Chile, tuvo también la gloria de proclamar la independencia del Perú y de fundar, con la abolición de la esclavitud y del vejatorio impuesto de la mita, las bases poderosas de la vida de la nación.

«Pero San Martín, con admirable abnegación, dejó a otro ser la gloria de terminar su empresa inmortal. Apenas se reunió el primer congreso peruano, apenas San Martín acababa de recibir los vivos testimonios de la gratitud de la patria, cuando abandonó la América llevando consigo, como la más noble remuneración de sus servicios, el estandarte de Pizarro, que el agradecimiento popular había puesto a su disposición.

cession à perpétuité. Pour le cessionnaire faire et disposer dudit terrain à perpétuité à compter de ce jour y édifier un monument destiné à la sépulture de la famille de M. Balcarce en se conformant aux lois et règlements sur la police des cimetières. En outre la présente concession est faite à la charge par le concessionnaire de payer les frais et honoraires auxquels les présentes donneront ouverture y compris le coût d'une expédition pour la commune de Brunoy. Et moyennant la somme de douze cents francs de prix principal que M. Balcarce a à l'instant payée comptant à la vue du notaire soussigné en bonnes espèces, entre les mains de M. François Navier percepteur des contributions de la commune de Brunoy et en cette qualité receveur municipal de ladite Commune y demeurant à ce présent. De laquelle somme M. Jeannest Saint-Hilaire et M. Navier pour ce intervenant consentent à M. Balcarce bonne et valable quittance. Faisant observer ici que sur la somme ci-dessus, celle de quatre cents francs est à verser au trésorier du bureau de bienfaisance de ladite commune et que le surplus revient à la commune de Brunoy conformément à l'ordonnance précitée. Fait et passé à Brunoy en l'étude de Me Leroy, notaire soussigné. — L'an mil huit cent soixante-un le dix novembre. En présence de MM. Jean-Baptiste Louis Duval, horloger et Vincent Désiré, petit marchand épicier, demeurant à Brunoy, témoins requis et lecture faite les parties ont signé avec les témoins et le notaire». — *Archivo de la ex Notaria Huillier*. — Ver: *Apéndice*, documento L.

«Esta insignia que fué durante cuarenta años la única fortuna del ilustre San Martín y que acaba de cubrir sus cenizas, es un símbolo precioso que recuerda de una manera providencial dos acontecimientos memorables de la vida histórica del Perú. Durante esos cuarenta años, la obra del Protector se ha consolidado; la libertad que él inauguró ha echado fecundas raíces y la nacionalidad peruana ha salido triunfante del medio de los conflictos de una vasta reorganización.

«Hoy que la independencia de aquel país es un hecho incontestable y que el pasado nos permite mirar sin inquietud hacia el futuro, el estandarte de Pizarro, originalmente símbolo de conquista, no será ya para el Perú sino el recuerdo de la civilización que el viejo mundo introdujo en las playas vírgenes de América. Este estandarte, santificado sobre una tumba de la que huyen las pasiones para sólo dar cabida a la memoria de grandes hechos, será para la república en cuyo nombre lo recibo, el vínculo que anude la época de la civilización cristiana a su heroica emancipación y a su próspera independencia. El Perú lo acogerá con entusiasmo y verá en él un elocuente testimonio de los servicios del Protector.

«Yo me complazco en expresaros, señor Balcarce, al recibir de vuestras manos el estandarte que ha pertenecido a Pizarro y a San Martín, el vivo reconocimiento del Perú y de su gobierno por los sentimientos que habéis manifestado en vuestro nombre y en el de vuestra noble esposa».

Terminado este acto se procedió a redactar un acta que firmaron todos los asistentes y cuyo contenido dice así: «En el salón de la casa de campo del señor don Mariano Balcarce en Brunoy, circunscripción de Corbeil, departamento del Sena y Oise, Francia, hoy veintiuno de noviembre del año de mil ochocientos sesenta y uno, por invitación de dicho señor Balcarce y de su esposa doña Mercedes San Martín de Balcarce, se reunieron: S. E. el señor doctor don Pedro Gálvez, ministro plenipotenciario de la república del Perú; y como testigos: los señores doctor don Juan Bautista Alberdi, ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina; don Carlos Calvo, encargado de negocios del Paraguay; don J. Torres Caicedo, encargado de negocios de Venezuela; don Francisco Javier Rosales, antiguo encargado de negocios de Chile; don Fernando Gutiérrez de Estrada y Gómez de la Cortina y don José de Guerrico, ante los cuales expuso el señor Balcarce, que habiendo tenido lugar en este mismo día la traslación a la sepultura de familia, en el cementerio de la villa de Brunoy, de los restos mortales de su finado padre político el Excmo. señor don José de San Martín, brigadier general de los ejércitos de la Confederación Argentina, capitán general de los de Chile, generalísimo de los del Perú y fundador de su libertad; que desde su fallecimiento en 17 de agosto de 1850 habían quedado provisionalmente depositados en la bóveda subterránea de la catedral de Bolonia del Mar, departamento del Paso de Calais; en pre-

sencia de los señores arriba mencionados y de otros antiguos amigos del señor general San Martín y de su familia, había resuelto, de común acuerdo con su señora esposa, doña Mercedes San Martín de Balcarce, después de haber cubierto con el estandarte de Pizarro el féretro del señor general San Martín, al conducirlo de la iglesia de Brunoy al cementerio, dar cumplimiento a un artículo adicional del testamento de su finado señor padre político, por el que hace donación al gobierno del Perú del estandarte real que el bravo español don Francisco Pizarro tremoló en la conquista del Imperio de los Incas; y el cual fué obsequiado al señor general don José de San Martín, en testimonio de gratitud, por la ilustre Municipalidad de Lima, según consta del acta levantada el 2 de abril de 1822».

Durante el tiempo en que se pronunciaron los discursos, el estandarte de Pizarro estaba colocado sobre una mesa. Después de verificada su autenticidad, con la presentación de los documentos del caso, fué doblado y colocado en una caja de jacarandá, en la cual se colocaron además la copia del acta de la Municipalidad de Lima y del oficio de Alvarado, su presidente, relacionadas con la entrega a San Martín de este estandarte y además el acta que conmemoraba la reciente ceremonia. La caja fué sellada con las armas del Perú y con el sello del general San Martín, y al entregársela Balcarce al señor ministro plenipotenciario del Perú, le entregó igualmente el asta del estandarte que era de madera barnizada en dos pedazos de una vara y de dos tercios de largo cada uno y con lanza dorada.

El ministro del Perú declaró en ese acto darse por recibido a nombre de su gobierno del referido estandarte, afirmando además que se apresuraría a remitirlo al Excmo. señor presidente de la República, «bajo la custodia de un mensajero especial» (1).

De este estandarte sólo conocemos una sola descripción y es la que hizo Florencio Varela y que se dió a conocer muchos años después de su muerte en la prensa argentina. El doctor Florencio Varela visitó a San Martín, como ya queda dicho, en Grand-Bourg en 1844 y pudo ver de cerca y tocar tan hermosa prenda.

«El estandarte, escribe él, es de forma cuadrilonga. Tiene de largo cuatro varas y un tercio, de ancho dos y tercio, es de un género de seda parecido al raso, color pajizo, como el que llamamos *color de ante*, aunque sospecho que debía ser amarillo y que el tiempo

(1) Estuvieron presentes a esta ceremonia Mariano Balcarce, Mercedes San Martín de Balcarce, Pedro Gálvez, ministro del Perú, Juan B. Alberdi, Carlos Calvo, J.-M. Torres Caicedo, F.-J. Rosales, Fernando Gutiérrez de Estrada y Gómez de la Cortina, José Guerrico, el gran mariscal Andrés de Santa Cruz, Mariano Cordero, el general Ramón Guerrero, Rómulo Alais, Demetrio O'Higgins, Manuel del Carril, José P. Guerrico, Nicolás Vega, José María Gutiérrez de Estrada, antiguo ministro de Negocios Extranjeros de México; Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, Alejandro Reyes, Manuel M. Gálvez, agregado a la legación del Perú; V. Marcó A. del Pont, vicecónsul del Perú, María Balcarce, Manuel J. Ferreiros, capitán de corbeta, Pedro P. Pereyra, Joaquín Subercasseaux, Javier Dueña, D. Nieto, Felipe S. Cabello, Guillermo Matta, Joaquín de Tocornal, R. A. Carrasco Allende, Esteban Rams y Rubert, C. Y. Gandarillas del Solar, y G. A. P. de Farias.

y el uso le han alterado. Está lleno de remiendos de raso amarillo, mucho más nuevos que la tela original, puestos antes que Lima fuese tomada. En el centro tiene un escudo de la hechura figurada en el margen, cuyo contorno es colorado y el centro azul turquí.

«Parece que hubo algo bordado en el centro, pero hoy sólo se distinguen algunas labores toscas e irregulares hechas con un cordoncillo de seda que debía ser rojo, cosido a la tela como los bordados de trencillas que hacen nuestras damas.

«Los españoles, que desde el principio de la conquista mostraron no comprender la importancia de conservar los monumentos de la época, que condenaron a vandálica destrucción los de los aborígenes, y descuidaron o perdieron los propios, parece que conservaron ese mismo espíritu hasta los últimos días de su dominación en América; y el estandarte de Pizarro, símbolo de las glorias españolas, fué singularmente desfigurado, insultado también por los que debieran haberle custodiado con veneración».

«Era costumbre en Lima, continúa el mismo publicista, pasear el afamado estandarte por las calles de la ciudad en cierta solemnidad y entre otras en la elección anual del cabildo. No sé si antes del principio de este siglo se conservaba el recuerdo de la persona que sacaba el estandarte; pero desde 1803 adoptaban el más torpe modo de conservarlo: el de pegar un parche de raso con un letrero impreso recordando el acontecimiento, lo que se repitió con varias interrupciones hasta 1820; de modo que la venerable tela está emplastada de diez parches con las inscripciones siguientes:

Año de 1803.

«Sacó este estandarte real el teniente coronel don Andrés de Salazar y Muñatores, alcalde ordinario de primer voto».

Año 1804.

«Sacó este estandarte real el alguacil mayor de esta ciudad don José Antonio de Ugarte».

Año 1805.

«Sacó este estandarte real don Tomás Vallejo y Sumará, regidor y alcalde provincial de la Santa Hermandad de esta ciudad».

Año de 1807.

«Sacó este estandarte real el señor don Gaspar de Zevallos y Calder, marqués de la Casa Calder, alcalde ordinario de primer voto».

«En el presente año de 1815 sacó el estandarte real el señor don José Antonio de Errea, teniente coronel del regimiento de Dragones

de esta capital, alcalde ordinario de primer voto, con acuerdo del Excmo. cabildo y ausencia del señor alférez real».

«Sacó este estandarte real el señor don Francisco Moreira y Matute, teniente coronel de caballería, contador mayor del tribunal y audiencia real de cuentas de este reino, y alcalde ordinario de esta ciudad, el año de 1816».

«Sacó este estandarte en el presente año de 1817 el señor don Isidoro de Costazar y Abarca, conde de San Isidro y capitán de fragata de la Real Armada retirado, siendo alcalde de primer voto».

«Sacó este estandarte real en el presente año de 1818 el señor don Manuel de la Puente y Querejazu, del orden de Santiago, marqués de Villa Fuente y teniente coronel de dragones de Carabayllo, siendo alcalde ordinario».

«En el presente año de 1819 sacó este estandarte real el señor don José Manuel Blanco de Azcona, del orden de Alcántara, teniente coronel de milicias, regidor de este Excmo. cabildo y alcalde ordinario de primer voto».

«Sacó este estandarte real en el año de 1820 el señor don José Tomás de la Casa y Piedra García, capitán de granaderos del regimiento de infantería de línea de Voluntarios distinguidos de la Concordia Española del Perú, tesorero de las rentas decimales del arzobispado, siendo alcalde ordinario de esta capital».

Al anotar estos pormenores, Varela observa que en el año siguiente de 1821 no había alférez real para sacar el estandarte, pues la capital de los virreyes estaba en poder de las armas libertadoras.

«Sé, escribe después, que Chile ha hecho algunas tentativas para obtener del jefe del ejército de los Andes que ceda el estandarte a aquella república; pero no tengo recelo de que él se desprenda jamás de esa joya, si no es en favor de su patria con cuyos recuerdos se hizo la memorable campaña. El general cuida con esmero el estandarte; como estaba deshaciéndose en pedazos, hace algunos años que le hizo poner por el revés un forro blanco, contra el cual están cosidos los pedazos que se desprendían de la tela original. He dado algunos pasos para tener un dibujo exacto de ese precioso documento y espero conseguirlo» (1).

Tal era, como se ve, el estandarte que San Martín mantuvo en su poder desde 1822 en que se alejó del Perú hasta 1850 en que falleció en Boulogne-sur-Mer y que en 1861, en forma solemne, fué entregado por sus deudos al representante diplomático de aquel gobierno.

Transmitido o llevado por éste a su nuevo destino, el estandarte fué guardado con toda solicitud en el ministerio de Relaciones Exteriores en Lima y allí permaneció hasta que manos misteriosas lo hicieron desaparecer. ¿Fué quemado? ¿fué simplemente sustraído y yace todavía confinado en algún rincón de la gran metró-

(1) *La Tribuna*, 18 de abril de 1877. Buenos Aires.

poli a la espera de una persona afortunada que lo descubra y lo devuelva nuevamente a la curiosidad y al respeto de un pueblo? Según don Ricardo Palma, este estandarte desapareció de Lima en 1865 y posiblemente fué quemado el día en que la turba amotinada asaltó la residencia del presidente peruano. Un contrincante del ilustre tradicionalista citado por Quesada acepta lógicamente el hecho de la desaparición; pero declara que no existe prueba alguna de que el estandarte hubiese sido quemado, ni tampoco substraído en el año en que lo dice Palma.

Esto dicho, nos queda un último punto por esclarecer y es el relacionado con su autenticidad, pues según algunos el estandarte en cuestión no fué el estandarte de Pizarro, sino el estandarte real de la ciudad de Lima y, según otros, es decir, según los escritores del sector bolivarista, el estandarte de Pizarro no es éste sino el que remitió Sucre a Bolívar después de su entrada en Cuzco con los laureles de Ayacucho.

Efectivamente, después de esta victoria el ejército libertador se dirigió a la antigua capital de los Incas y su vanguardia, comandada por Gamarra y por Miller, hizo allí su entrada triunfal. Con tal motivo el general Sucre o sus tenientes tuvieron la oportunidad de descubrir una serie de trofeos pertenecientes al período de la dominación española, y posesionados de ellos, Sucre los remitió a Colombia, como se verá por estas dos comunicaciones que transcribimos. En una de ellas, es decir la datada en el Cuzco el 30 de diciembre de 1824 y dirigida al general Santander, vicepresidente de Colombia, Sucre declara: «Tengo la honra de enviar a S. E. el vicepresidente, en nombre del ejército, cinco banderas de los más veteranos regimientos españoles que esclavizaron al Perú por catorce años de triunfos. Ellas son las señales de obediencia y estimación que el ejército le ofrece y que ruega se digne aceptar. El estandarte con que Pizarro entró trescientos años pasados, a esta ilustre capital de los Incas, lo remito a S. E. el Libertador, como trofeo que corresponde al guerrero que marcó al ejército colombiano el camino de la gloria». En la otra comunicación, datada en Potosí y dirigida a Soublette, ministro de la Guerra, Sucre se expresa en estos términos: «El señor coronel graduado Antonio Elizalde tendrá el honor de presentar a S. E. el estandarte real de Castilla con que los españoles entraron en este país trescientos años pasados. Este trofeo, que el ejército presenta a S. E. en testimonio de respeto y aprecio, recordará un día a los hijos de los libertadores que sus padres, penetrados de los deberes patrios y del sublime amor a la gloria, condujeron en triunfo las armas de Colombia a las frías y eminentes cimas de Potosí; también pondrán a los pies de S. E. los cuatro pendones españoles de las provincias del Alto Perú, que formaban la insignia del vasallaje y esclavitud de estos pueblos» (1).

(1) ERNESTO QUESADA. *Las Reliquias de San Martín*.

Una vez en posesión de estos trofeos, es decir del supuesto estandarte de Pizarro, Bolívar lo remitió a la ciudad de Caracas acompañado de una nota fechada en Bogotá el 9 de enero de 1826, firmada por el ministro Soublette, y en la cual declaraba éste que la ciudad de Caracas tenía derecho a conservar en su seno «la insignia de los ultrajes cometidos por el gobierno español en la tierra de los Incas».

El estandarte fué recibido en la capital de Venezuela con toda pompa, y el 19 de abril de ese mismo año fué paseado por sus calles triunfalmente, sufriendo con tal motivo un verdadero destrozo por los desmanes del populacho.

Los deterioros sufridos fueron tales, que se impuso, por decirlo así, su reconstrucción y fué necesario rehacer su campo con un nuevo damasco encarnado. Puesto nuevamente en custodia, este estandarte fué exhibido en 1842 con ocasión de la repatriación de los restos de Bolívar, y en 1872 al reanudarse las relaciones de Venezuela con España como en 1883 al conmemorarse el centenario del Libertador de Colombia.

Pero es el caso y el momento de preguntarnos, ¿por qué y a base de qué documentos afirmó Sucre que el estandarte o gonfalon remitido por él a Bolívar era el de Pizarro? ¿Recogió una tradición simplemente o resolvió proceder a ese envío después de haber procedido a una encuesta? A nuestro entender no hubo ni lo uno ni lo otro. Sucre se contentó con aceptar como verídico lo que exigía un examen previo para su comprobación, y bajo el acicate de la victoria, se decidió reconocer como de Pizarro un gonfalon que como muy bien lo dice Quesada, era sólo uno de los muchos de los usados por las huestes de aquel conquistador.

En el caso del estandarte poseído por San Martín, no sucedió así. Antes de aceptarlo el Protector del Perú reclamó que se procediese a una encuesta. Esta se hizo con la prolijidad y con los elementos de juicio que permitían las circunstancias, y sólo entonces acordó aceptar como de Pizarro una prenda que la opinión de Lima y el testimonio centenario reconocía como tal.

Pero entrando en el orden de otros antecedentes históricos, digamos que, estando San Martín en Boulogne-sur-Mer, recibió un día una carta fechada en Lima el 12 de septiembre de 1849 y en la cual don Juan Manuel Mar, en su calidad de ministro de Relaciones Exteriores y en nombre del presidente del Perú, don Ramón Castilla, se expresaba así: «Cuando V. E. resignó en manos del congreso la autoridad suprema del Perú después de haber fundado su libertad, y elevándolo al rango de nación independiente, quiso conservar en su poder como trofeo, digno sin duda de esta alta gloria, el estandarte que tremoló Pizarro en la conquista del Imperio de los Incas. La nación peruana, que se reconoce deudora a V. E. de su primera organización política ha respetado por más de veintisiete años la pérdida de ese estandarte, que por mil motivos le pertenece, pero

cuyo depósito no podía estar confiado en manos más dignas ni que mejor supieran apreciarlo.

«Después que por el lapso del tiempo pertenecen a la historia las proezas de la guerra de la independencia americana, cuando los hechos esclarecidos con que desde entonces se viera honrado el nombre de V. E. se hallan consignados entre el número de las acciones más gloriosas e imperecederas, y desde que esos timbres no comunes se encuentran en esfera superior al acceso de las pasiones contemporáneas, no debe sorprender a V. E. que el Perú se proponga recuperar un trofeo cuya posesión no puede ya prestar realce alguno al grandioso título de Fundador de la Libertad del Perú.

«El gobierno constitucional de la República, colocado al frente de una nación llena de gratitud hacia la persona de V. E., se congratula de ser el órgano por el cual se manifiesten sus sentimientos y tiene datos fundados para prometerse que V. E. accederá gustoso a devolver el estandarte que sirvió a Pizarro, aun cuando pudiera considerarse éste un nuevo sacrificio hecho en obsequio de la nación peruana. Con tal objeto S. E. el presidente de la República me ha ordenado que dirija a V. E. la presente comunicación y que le advierta, para el caso de deferir a su demanda, que se entienda con el señor doctor don José Joaquín de Orma, ministro plenipotenciario de la República, cerca del gobierno de Su Majestad la reina de Inglaterra, a quien con tal objeto se le imparten las órdenes convenientes» (1).

El documento en cuestión llegó a manos de San Martín con oportunidad, y el 8 de diciembre de 1849 contestó a la carta del presidente Castilla en esta forma: «Por conducto del señor ministro de la República en Londres he recibido la honorable nota de V. E. de 12 de septiembre del presente año, en la cual me reclama V. E. a nombre del gobierno la devolución del estandarte que Pizarro tremoló en la conquista del Imperio de los Incas, cuya pérdida la nación peruana ha respetado por más de veinticinco años, a pesar de que por mil motivos le pertenece.

«Lo que dejo copiado me convence de que V. E. al pasarme su referida nota ignoraba las poderosas causas por las cuales este antiguo trofeo vino a mi posesión de un modo legal y no arbitrario. Una corta exposición de los hechos demostrará esta aserción: A los pocos días de la entrada en Lima del ejército libertador, hice practicar las más vivas diligencias a fin de averiguar si el estandarte en cuestión había sido llevado por los españoles o se hallaba en poder de algún individuo existente en el territorio que dicho ejército ocupaba.

«Todo fué inútil para descubrir su paradero, pero algún tiempo después la denuncia secreta que me hizo un español de que el es-

(1) CARLOS I. SALAS. *Bibliografía del general don José de San Martín*, t. III, pág. 410.

tandarte existía en poder del marqués de... —cuyo nombre no tengo presente en el momento—, enemigo declarado de la independencia, el que habitaba una de sus haciendas cerca de Chinelsa o Pisco, me decidieron a mandar un oficial con orden de recuperarlo, lo que se realizó; pero desconfiado de que dicho marqués hubiese substituído algún otro signo o bandera al verdadero estandarte, creí conveniente, para salir de toda duda, pasarlo a la municipalidad de la capital para su verificación y realizada que fuese, despositarlo en la Biblioteca Nacional. Su contestación, con el acta y oficio de remisión, que tengo el honor de incluirle a V. E. en copia certificada, demuestran claramente la libre y espontánea donación que me hizo del citado estandarte la municipalidad de Lima, única corporación que en aquella época representaba la nación peruana.

«Al retirarme de la vida pública y después de haber instalado el primer congreso de la República, dirigí una proclama a la nación peruana declarando tenía en mi poder el estandarte con que Pizarro había esclavizado el Imperio de los Incas y que con su posesión quedaban más que compensados los diez años de trabajo en la guerra de la independencia. El soberano congreso dió con su silencio tácita aprobación a la generosa y honrosa determinación de la municipalidad.

«Después del transcurso de más de veinticuatro años que el estandarte existe en mi poder, ninguno de los congresos y gobiernos que se han sucedido en la República han hecho la más pequeña objeción sobre esta donación. Lo expuesto no debe dejar la menor duda sobre mi legítima posesión de este interesante y más antiguo signo de la conquista del Perú por los españoles. Sin embargo, yo había prevenido con mucha antelación los deseos de S. E. el señor presidente, declarando, en mi disposición testamentaria, ser mi voluntad el que dicho estandarte fuese presentado a la República por mis herederos después de mi fallecimiento, como una demostración de mi agradecimiento a las distinciones con que me honró su primer congreso. Este término no será de larga duración, vista mi edad avanzada y lo destruído de mi salud» (1).

(1) Entre los escritores argentinos que han tratado este tema, podemos mencionar a don Ricardo Trelles, a don Ernesto Quesada y al señor José Antonio Pillado. Este último publicó en *El Nacional*, en junio de 1899, un interesante trabajo reproduciendo y comentando los documentos que existían al respecto en el Archivo de San Martín y que acababan de ser remitidos al Museo Histórico de Buenos Aires por los descendientes del prócer. Con tal motivo, publicó la carta dirigida por el ministro del Mar a San Martín y la respuesta de éste, al mismo tiempo que hizo otro tanto con el acta redactada por los concejales de Lima demostrando la autenticidad del estandarte y la comunicación que, a raíz de esta comprobación, le dirigió a San Martín el alcalde Alvarado, declarando que esos documentos eran publicados por primera vez en Buenos Aires. Es de nuestro deber declarar aquí que el señor Pillado sufrió un error, pues si es cierto que la carta del ministro del Mar a San Martín no era conocida, ni su respuesta, lo eran el acta de la municipalidad de Lima y el oficio de Alvarado. Este y aquel documento se registran en el libro de Juan María Gutiérrez, titulado: *La Estatua de San Martín*, publicado en Buenos Aires en 1863 por la imprenta del *Comercio del Plata*.

Efectivamente, así como lo dice San Martín, una vez en posesión de esta prenda, la pasó él para el testimonio del caso a los concejales de Lima, que reunidos dictaminaron lo conveniente, levantando para esto una acta cuyo contenido dice así: «En la heroica y esforzada ciudad de los libres del Perú, en dos de abril de mil ochocientos veintidós: congregados en esta muy ilustre municipalidad los señores alcaldes, el presidente de turno don Francisco Carrillo y Mudarra, y don Felipe Antonio Alvarado, y los señores regidores marques de Casa Muñoz, don Mariano Tramarria, don Pablo Bocanegra, don Agustín Menéndez Valdés, don Manuel Cogoy, don José María Milla, don Manuel Antonio Valdirán, don Manuel Carrión, don Agustín Vivanco, don Toribio Alarco, don José Luis Menacho, don Anacleto Limo, don José Freire, don Juan José García Mancebo, don Pedro Manuel Escobar, don Pedro Roxas y Briones, don Mariano Carranza, a que también asistió el señor síndico procurador doctor don Tomás Forcada, se acordó y resolvió lo siguiente:

«En este Congreso se hizo presente por el señor alcalde don Felipe Antonio Alvarado un pendón de dos varas quince pulgadas de largo y dos varas dos pulgadas de ancho, de color caña y forro amarillo, con un escudo de armas en el centro, celeste con bordura carmesí y muy maltratado, el que se lo había dado el Excmo. señor don José de San Martín, Protector de la libertad del Perú, con objeto de que se le diese razón por esta municipalidad de si era el que introdujo don Francisco Pizarro cuando tomó la capital, y habiéndose adquirido noticias fidedignas y practicándose todas las diligencias que se creyeron oportunas para investigar si era el que se deseaba saber, resultó ser el mismo estandarte real con que los españoles esclavizaron a los indígenas del Perú y ataron sus cadenas, que hubieran permanecido indisolubles perpetuamente si la divina Providencia felizmente no hubiera oído los lamentos de sus hijos desgraciados que ansiaban por romperlas. Y así se acordó se pusiese el sello del cabildo que actualmente tiene — por no haberse designado el correspondiente — al expresado estandarte y la copia certificada de esta acta, autorizada por mí el presente secretario y comprobada por tres escribanos, la que se pasase al Excmo. señor José de San Martín con dicho estandarte, por mano del señor alcalde que lo había presentado, para que tenga la satisfacción de conservar en su poder esa insignia de tiranía destruída bajo su protección» (1).

Como se ve por este acuerdo que firmaron en Lima el 2 de abril de 1822 los concejales que figuran en el encabezamiento del acta, se practicaron todas las diligencias que se creyeron oportunas para investigar si el estandarte que presentaba San Martín era el introducido o no por don Francisco Pizarro, llegándose a la conclusión de que efectivamente era el mismo estandarte real con que los españoles esclavizaron a los indígenas del Perú. Fué entonces que

(1) JUAN MARÍA GUTIÉRREZ. *La Estatua de San Martín*, infolio, pág. 270.

el alcalde, don Felipe Antonio Alvarado, en nombre de aquella corporación se dirigía a San Martín, y al presentarle el estandarte en cuestión, le dijo en oficio del 3 de abril de 1822: «Excmo. señor: Con la mayor complacencia tengo el honor de dirigir a V. E. el acta celebrada por esta ilustrísima municipalidad, acompañada del estandarte real que no se enarbolará jamás en el Perú. Consérvelo V. E. y con él la gratitud de la municipalidad que se gloria en ver a los individuos a quienes representa, libres del yugo español bajo la protección de V. E.» (1).

No se escapa a nuestra penetración un detalle, y es el que los cabildantes limeños no afirmaron rotundamente que el estandarte presentado a su examen fuese efectivamente el estandarte de Pizarro. El dictamen concuerda en un solo punto, y es el decir que es el estandarte real con que los españoles esclavizaron a los indígenas del Perú, dejando sin embargo un largo margen para que la crítica se fijase en este o en aquel otro conquistador.

Pero, haya sido este o no el estandarte que materialmente habiendo enarbolará Pizarro al lanzarse a la conquista del imperio de los Incas, es lo cierto que antes de reconocerlo como tal, San Martín procedió con inteligente cautela y que haciendo lo que no hizo Sucre, antes de declararse su detentor, se apoyó en un documento en que no se apoyara el vencedor de Ayacucho cuando enviara un trofeo similar a Bolívar.

Es por esto que si hay derecho para dudar de la autenticidad del estandarte tremolado por San Martín al abandonar el Perú, lo hay más y mejor fundado para dudar de la autenticidad del remitido por Sucre a Bolívar, después de su llegada al Cuzco, estandarte que por otra parte, según las declaraciones del propio Sucre, sólo lo constituía «una porción de tiras deshechas».

Pero abandonando este terreno, fértil como se ve a controversias y concretándonos a lo fundamental del asunto, digamos que los gestos valen por su oportunidad y por su móvil. En este caso el realizado por San Martín en 1822 al empuñar aquella insignia después de haber fundado la libertad en el propio imperio de los Incas, adquiere un valor simbólico que no tiene el gesto realizado por Sucre.

Fuera de Pizarro o fuera simplemente el estandarte real de la ciudad de Lima, la prenda en cuestión era conocida en la metrópoli de las colonias como el símbolo del vasallaje. Por eso se le sacaba en triunfo, por eso se le enarbolará públicamente en los días de los grandes festejos y por eso dejó de ser enarbolarado desde el momento aquel en que el ejército libertador pisó las playas de Pisco y recibió el primer golpe mortal el imperio de la tiranía.

Por más que se le ocultó, y esto sin duda con el propósito de enarbolarlo nuevamente el día de un soñado triunfo, San Martín

(1) JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *La Estatua de San Martín*, infolio, pág. 270.

supo descubrirlo y realizado este acto lo sometió a un examen para que los que lo habían conocido y visto enarbolar testimoniasen su autenticidad. Sólo entonces la declaró prenda de su victoria y como tal la empuñó en sus manos y la señaló al Continente el día en que resuelto a realizar una suprema inmolación abandonó para siempre las playas del Perú. Este es el hecho, y lo realizado más tarde por los que simulaban ignorarlo no es, a nuestro entender, más que un simple y combinado remedo. Los gestos se plagian como se plagian las ideas.

Estando en París y en el año de 1876 el señor Héctor F. Varela publicó en *El Americano* una anécdota — toda ella novelesca — sosteniendo que el estandarte de Pizarro se encontraba en poder de la hija de San Martín y afirmando que el estandarte devuelto al Perú no era sino una copia del original. El señor Mariano Balcarce, yerno del general San Martín, se vió obligado a desautorizarlo por la prensa y así lo hizo en una extensa carta y reproduciendo además los documentos justificativos de la entrega de dicho estandarte hecha al ministro Gálvez en Brunoy en la forma y con los detalles protocolares que ya conoce el lector.

CAPITULO XXII

Glorificación estatuaría de San Martín

SUMARIO: Urquiza y la glorificación de San Martín. — San Martín objeto de elogios y de comentarios en el Continente. — Vicuña Mackenna y la estatua a San Martín en Santiago de Chile. — Homenaje con proyecciones continentales. — En Santiago queda constituida la comisión encargada de erigir el monumento. — Artículo de Vicuña Mackenna desautorizando «raras y oscuras protestas» que levanta esa iniciativa. — La pluma de Vicuña Mackenna y la batalla de Maipú. — El pueblo argentino y los honores a San Martín. — Proyecto presentado por Guido al congreso en el Paraná, para erigirle a San Martín un monumento en San Lorenzo. — La injusticia de las pasiones topográficas, según Sarmiento. — La estatua de San Martín, declara éste, debe surgir en el Retiro con frente al occidente y señalando con su dedo los Andes. — La figura de San Martín demasiado grande para ser encerrada en el marco de una nacionalidad. — La municipalidad de Buenos Aires decide honrar la memoria de San Martín y forma una comisión. — Embellecimiento del lugar en que debe ser erigida su estatua. — Decreto del general Mitre relacionado con su inauguración. — La inauguración del monumento a San Martín y el patriotismo de un pueblo. — Discurso del general Mitre en ese acto. — Discurso del general Enrique Martínez y del representante municipal. — Discurso del ministro peruano y del general Guido. — El general Mansilla desenvaina su espada y saluda al héroe. — Acta de esta ceremonia. — Inauguración del monumento a San Martín en Santiago. — Descripción del monumento hecha por Vicuña Mackenna. — Crónica de la ceremonia inaugural, escrita por Manuel Recabarren. — Discurso del ministro Tocornal. — Discurso del general Las Heras, llamado por el cronista «el Jenofonte chileno». — Discurso de los señores Lastarria, Espejo y Guillermo Mata. — Estrofas de Eduardo de la Barra en honor de San Martín. — Decreto del presidente peruano José Balta decretando erigir a San Martín un monumento. — Balta y Balearce. — Monumento a San Martín en el Callao y su inauguración. — El primer centenario de la independencia peruana y el monumento a San Martín en Lima. — Inauguración de este monumento. — Monumentos a San Martín en el Rosario y en San Lorenzo. — Inauguración del monumento a San Martín en Yapeyú, su pueblo natal. — Discursos del coronel Rodríguez, del general Garmendia y del representante peruano, Carlos Rey de Castro. — Monumento a San Martín en Santa Fe y su inauguración. — Monumento a San Martín en Mendoza. — Una iniciativa que no cayó en el vacío. — La estatua de San Martín en Corrientes, en Córdoba, en La Rioja, en el Paraná, en La Plata y en otros sitios de la República. — Proyecto de ley presentado al congreso argentino en 1908 por el senador González para honrar a San Martín. — El monumento al Ejército de los Andes en el cerro de la Gloria, en Mendoza. — Iniciativa para levantar un monumento a San Martín en Boulogne-sur-Mer. — Inauguración de este monumento. — Discurso de Belisario Roldán. — Un busto de San Martín en Bogotá. — Iniciativa del Club del Progreso de Buenos Aires para erigir un monumento a San Martín en Washington. — Su inauguración y los discursos pronunciados por el embajador argentino y por el presidente Coolidge. — Corona depositada por éste al pie del monumento. — Busto de San Martín en el palacio de la Unión Panamericana de Washington. — México y la glorificación

[illegible][illegible]

de San Martín. — Parque que pasa a ser denominado con el nombre de «General San Martín». — Discurso del señor Pérez Medina, representante del ayuntamiento, al descubrirse la placa, y respuesta del ministro argentino doctor Labougle. — La república de Venezuela y la piedra fundamental del monumento al general San Martín en Caracas. — Inauguración de este monumento. — Discursos del representante argentino y del señor Vallenilla Lanz. — Otros homenajes tributados a San Martín en la Argentina, en Chile, en el Perú, en Montevideo, en la Habana y en París. — De dónde emerge la glorificación de San Martín.

El primer decreto relacionado con la glorificación póstuma de San Martín, corresponde al gobierno de la provincia de Entre Ríos y por su carácter como por su móvil sintetizado en sus considerandos, constituye él el primer homenaje tributado por el pueblo argentino a su Libertador.

El 1º de Mayo de 1851, Urquiza firmó el decreto de su pronunciamiento contra Rosas y el 16 de julio de ese mismo año en su cuartel general de San José, refrendó igualmente aquel otro destinado a honrar la memoria de San Martín como no la honrara aún el jefe de la Confederación Argentina.

El decreto principia con los considerandos del caso. Se dice así que es un deber de los pueblos como de los gobiernos eternizar la memoria de los eminentes ciudadanos que por sus servicios se han hecho acreedores al aprecio de sus contemporáneos y de la posteridad. A continuación se afirma que el general don José de San Martín es uno de los argentinos más beneméritos de la patria, que él la ha honrado en la guerra de la Independencia americana y que él ha sido el fundador de la libertad en las repúblicas del Plata, de Chile y del Perú. Haciéndose alusión al olvido en que el gobierno de Rosas había dejado caer la memoria de San Martín, en este decreto se reprocha el proceder de aquel gobierno y después de significarse que habiendo la provincia de Entre Ríos reasumido en sí toda su soberanía por la declaración del 1º de Mayo, se decretaba que en el centro de la plaza principal de la capital de la provincia se erigiese una columna en honor del general don José de San Martín, en la cual se inscribirían los nombres de todas las victorias con que afianzó aquél la independencia de su patria.

La guerra contra Rosas que siguió a ese pronunciamiento y los sucesos consiguientes a la caída del tirano y a la organización del país, retardaron la ejecución de este homenaje como esos sucesos retardaron a su vez el traslado de los restos de San Martín a la patria, como ya queda dicho. En este ínterin sin embargo la memoria de San Martín principió a ser objeto de elogios y de comentarios en distintos puntos del sector sudamericano. En 1853, don Valentín Ledesma publicó en Lima un ensayo histórico destinado a rememorar la expedición libertadora del Perú y en 1854 se reimprimió en Buenos Aires la biografía de San Martín, escrita en Londres en 1824 por García del Río y reimpresa a su vez por Alberdi en París en 1844. En Chile, otros publicistas como ser García Reyes,

en su memoria sobre la primera escuadra chilena, narración que fué publicada en Santiago en 1850, y don Salvador Sanfuentes en su monografía: *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, igualmente publicada en aquella época, sirvieron para avivar el sentimiento admirativo en torno de San Martín, y a preparar el terreno a nuevas y generosas iniciativas.

A un publicista de ultracordillera, en ese entonces en la plenitud de sus energías espirituales, es decir a don Benjamín Vicuña Mackenna, le corresponde el honor de haber iniciado en torno del Libertador de su patria el homenaje estatuario de que nos vamos a ocupar. Era precisamente el mes de diciembre de 1856, cuando su pluma escribió estas líneas que aparecieron en *El Ferrocarril* de Santiago: «Hemos visto hace pocos días, escribe éste, surgir el noble pensamiento de consagrar estatuas a O'Higgins, a Carrera y al ilustre estadista Portales. Nunca se inició entre nosotros una empresa más simpática y generosa; todos los chilenos nos hemos asociado a ella de corazón.

«Pero ese bello pensamiento ha quedado incompleto y como truncado. Le falta su más alta personificación, falta a la figura de bronce su base de granito y su cúspide de laurel, falta al monumento el nombre de San Martín.

«Nosotros creíamos desde luego que esta opinión no podía ser sino un error, y guardamos silencio esperando que se reparara lo que juzgábamos el descuido de un momento. Creíamos que la gloria de San Martín era demasiado grande para que todos no la columbráramos, demasiado radiosa para que no nos reuniera a todos como una enseña, demasiado comprobada para que no nos arrastrara como una convicción o un entusiasmo nacional. Por esto no queríamos disputar con nuestra oscuridad un deber que considerábamos sagrado para esferas de más poder y nos callamos. Hemos aguardado todo el tiempo necesario para que no se nos atribuya ni una avidez de labor pública ni una petulancia personal para emprender la obra que pertenece a otros. El plazo de la modestia, o más bien, de la resignación, está vencido. El plazo de la acción ha comenzado. Los primeros cimientos de un monumento sudamericano al general San Martín han sido ya levantados sobre la haz del terreno. La América del Sur prestará su mano desde todos sus confines para llevarlo a cabo» (1).

Como se ve por el artículo que acabamos de transcribir, el homenaje a San Martín iniciado en Chile tenía proyecciones continentales, dado que el propósito que animaba esta idea, era la de glorificar no a un soldado o a un simple caudillo, sino a un Libertador que había cambiado por entero el aspecto político de un Continente. Cuando este artículo salió a la publicidad, un grupo de personajes eminentes se había constituido ya en comisión y, al organizarse ésta,

(1) *El General don José de San Martín*, pág. 136.

lo hizo bajo el dictado de Comisión argentino-peruano-chilena, figurando en ella los generales don Juan Gregorio de las Heras y don José Santiago Aldunate, chileno éste y argentino aquél, lo mismo que los ministros plenipotenciarios del Perú y de la República Argentina en Santiago, don Cipriano Cegarra y don Carlos Lamarca, respectivamente, y los señores don Domingo Santa María y don Luis Cousiño, chilenos ambos ⁽¹⁾.

Al decir del iniciador de este homenaje, al poco tiempo de quedar organizada esta comisión se asociaron a la empresa por medio de suscripciones públicas las provincias de Santiago, Talca, Maule, Ñuble, Valdivia y Llanquihué. Los residentes argentinos en Santiago erogaron una fuerte suma y el representante diplomático de Chile en Europa, don Francisco Javier Rosales, organizó allí una suscripción entre los americanos admiradores de San Martín. Con estos fondos —ellos ascendieron en Europa a más de 22.000 francos— se dió principio al monumento y el día 21 de noviembre de 1857 el señor Rosales, en representación de la comisión referida, celebró en París una contrata con el escultor francés Daumas, discípulo de Rude, el autor del bajo relieve que en el arco de triunfo simboliza el canto de la Marsellesa, y esto por el precio de 9.000 pesos chilenos excluido el pedestal.

Al poco tiempo de haberse iniciado estos trabajos, comenzaron a dejarse oír en Santiago «raras y oscuras protestas» como lo dice don Benjamín Vicuña Mackenna, contra la honra decretada de aquel hombre que no había nacido chileno, «pero el entusiasmo de una generación que había aceptado sólo la herencia de la gloria de sus mayores, repudiando sus odios y sus discordias, acalló en breve aquel mezquino murmullo, y cuatro meses después de iniciada la idea de la glorificación era ésta un hecho» ⁽²⁾.

Los trabajos iniciales para la glorificación de San Martín en Chile se encontraban en ese estado, cuando el 5 de abril de 1857 el mismo publicista que acabamos de citar, volvió a tomar nuevamente la pluma, y esto para rememorar en una página de inflamado patriotismo la efeméride libertadora que recordaba aquella fecha. Después de hacer alusión al olvido en que se tenía a los libertadores,

(1) Cuando Vicuña Mackenna dió esos primeros pasos para formar la comisión de homenaje a San Martín se dirigió en el acto al general las Heras y le brindó su presidencia. «Jamás olvidaré, escribe Vicuña Mackenna, la acogida del héroe que sobrevivió dieciséis años al gran capitán, cuando una tarde de noviembre de 1856 fui a pedirle algo que él negaba siempre para los negocios públicos: su nombre». «Deseaba, continúa este publicista, que figurara a la cabeza de la comisión que debía erigir la estatua del último —alude a San Martín— porque sin las Heras San Martín era incompleto en Chile. Cuando me oyó, los reflejos de Maipú y Chacabuco brillaron en los ojos del águila encanecida y con esa voz ronca y lacónica que en él parecía una orden, díjome estas palabras: «Para don José — así lo llamaba únicamente — disponga usted de mí en cuanto guste y sin consulta». «Y así se hizo, agrega Vicuña Mackenna. Su nombre es el que figura en primera línea entre los más generosos suscriptores». — *Revelaciones Intimas*, pág. 15.

(2) *El General don José de San Martín*, pág. 138.

concretóse al punto que interesaba a su pluma y escribió: «pero hoy día, el 5 de abril no será una cifra muda que vaya a perderse en la cuenta de los días como un reproche a nuestra inercia, y la brisa del olvido, tan lozana en nuestro clima, no arrebatará tampoco el incienso quemado en el altar, porque éste se levanta sobre un pedestal imperecedero. Ese pedestal es la estatua sudamericana del general San Martín.

«Pero antes, concedamos un instante, siquiera una palabra, al genio que simboliza este día. El 5 de abril y San Martín, Maipo y la independencia de Chile forman una sola entidad de gloria.

«Muchos, sin embargo, niegan esa verdad incontrastable de la historia. ¿Por qué la niegan? San Martín tuvo sólo un principio, una acción, un móvil íntimo y grande que constituye la base de su colosal existencia, éste era su genio. ¿Por qué nos acordamos hoy de todo lo demás? San Martín, como el monte que escaló un día para divisar desde su cima coronada de acero la emancipación de Chile, es el titánico conjunto de las cúspides grandiosas revestidas del eterno esplendor y los abismos insondables cavados en sus flancos. ¿Para qué mirar éstos si nuestra divisa está en la altura? Como la ígnea pujanza que arrancó al seno inerte de la tierra esa colosal cadena de rocas abruptas, de valles de esmeraldas, de picos que vomitan fuego y de faldas que destilan ríos, en distintas praderas, así un solo fuego levantó en aquella sien gigante la concepción del supremo bien y la trama del terror. ¡Ese fuego sagrado de la independencia! ¿Por qué no nos inclinamos delante de su nombre?

«No busquemos, pues, agrega este publicista, el pretexto de la ingratitud y la mezquindad, porque a los mortales les es fácil encontrarlo. Obedezcamos sólo a la inspiración de un generoso convencimiento y haremos cosas grandes según la verdad y la justicia. Si la historia nos patentiza que San Martín fué nuestro Libertador, honremos su memoria, porque de otra manera la historia es una impostura, o nosotros un pueblo de ingratos» (1).

De esta manera cortó Vicuña Mackenna el debate o discusión que había provocado su iniciativa, y de esta manera rindió un tributo público y admirativo al héroe que había libertado a su patria, reconquistando su libertad y afianzándola con la libertad del Perú.

Dos años después de escrito este alegato el modelo en yeso del monumento a San Martín ya estaba concluído y en 1860 se procedió a fundir la estatua que llegó a Chile en 1861, pero que sólo fué inaugurada, como pronto lo veremos, el 5 de abril de 1863.

Pero antes de decir al lector cómo y en qué circunstancias se llevó a cabo su inauguración, a fin de no apartarnos del orden cronológico en que se desarrollaron los acontecimientos relacionados con el apoteosis que historiamos, abramos un paréntesis y veamos cómo el pueblo argentino honró a su héroe, y esto en momentos en que

(1) *El General don José de San Martín*, pág. 140.

Chile había finalizado ya los trabajos preparatorios para hacerlo así.

El primer homenaje tributado a San Martín en tierra argentina después de su fallecimiento lo constituye, como ya se ha visto, el decreto firmado por Urquiza, disponiendo la erección de una columna en Paraná, capital de la provincia de Entre Ríos. A este decreto siguió más tarde una iniciativa del general don Tomás Guido presentada al congreso argentino reunido en aquella capital para que se erigiese un monumento en San Lorenzo, teatro de la primer victoria de San Martín en el Plata. «Erijase, escribe Guido en su proyecto, una estatua ecuestre en mármol o en bronce en formas colosales, al brigadier general de los Ejércitos Argentinos, capitán general de los ejército de Chile y generalísimo de los del Perú, don José de San Martín, con el uniforme de coronel de Granaderos a caballo. Dicha estatua será erigida en la planicie en que está construido el templo de San Lorenzo en la provincia de Santa Fe con frente sobre el río Paraná, en conmemoración del primer glorioso hecho de armas del héroe libertador de las Repúblicas de Chile y Perú».

Con simultaneidad a este proyecto, y al que por parte de Chile se encontraba ya en vías de ejecución, Sarmiento publicó en Buenos Aires una biografía de San Martín, y al recordar la cláusula testamentaria por la cual el héroe proscrito declara que son sus deseos que su corazón sea depositado en el cementerio de Buenos Aires, escribe: «La injusticia de las pasiones topográficas, si tal nombre puede dárseles, cede ante las exigencias de un orden más elevado. Un día llega en que los pueblos sienten que es innoble poner en primer plano las grietas del edificio, sin reparar en la belleza de la arquitectura y comienza a disgustarse de su propia mezquindad. En 1841, a propósito de la batalla de Chacabuco, apareció por la primera vez en la prensa chilena un recuerdo simpático — el autor de este recuerdo, diremos nosotros, lo era el mismo Sarmiento — a la memoria del general San Martín, muerto para la historia de América desde su abdicación en Lima. Muy preparada debía estar la opinión pública para esa feliz reacción, que es como el fallo de la posteridad, pues que un aplauso general respondió a la iniciativa de la prensa. Al año siguiente, fué dado de alta en el ejército en su grado de capitán general y reintegrado en todos sus honores».

Sarmiento no se contenta con señalar este antecedente honorífico y justiciero para la memoria de San Martín y antes de finalizar la página que nos ilustra, declara: «Su cadáver yace depositado en una de las capillas subterráneas de Notre Dame de Boulogne-sur-Mer embalsamado y encerrado en un cuádruple sarcófago compuesto de dos cajas de plomo, una de madera de pino y otra de encina. Allí aguarda el viejo soldado la orden de su gobierno de volver a su patria como lo ha solicitado en su testamento. Cuando Buenos Aires se sintió libre, se acordó del mártir de sus libertades. Los huesos de Rivadavia tienen ya su lugar de descanso en el Panteón argentino. Cuando sienta que no hay grandeza sin el nombre y las glorias ar-

gentinas, las cenizas de San Martín reposarán no lejos de su estatua ecuestre a la puerta del cuartel de los Granaderos a caballo en el Retiro, dando frente al occidente y señalando con su dedo hacia los Andes, como lo representa un grabado popular» (1).

Es de observar que cuando Sarmiento escribía estas líneas insinuadoras del homenaje que no tardaría en producirse en la capital argentina, de su pluma ya había salido la siguiente declaración: «Los restos mortales del general San Martín están en Europa; su estatua colosal se elevará bien pronto en el llano de Maipo a las faldas occidentales de los Andes chilenos. Su biografía es el comienzo de la historia de Chile y del Perú y de la América del Sur; el mundo no acata otro representante de sus glorias, si se exceptúa a Bolívar, que aquel varón esclarecido que no tuvo patria porque la suya, las Misiones Guaraníes, había muerto al darlo a luz y porque la capital política que recobró el territorio que ocupaban, cuidó de negarle los derechos de ciudadano para que mejor fuese el ciudadano universal de esta parte de América» (2).

Al formular esta declaración Sarmiento se proponía demostrar que la figura de San Martín era demasiado grande para ser encajada dentro del marco de una nacionalidad y para demostrar igualmente que si su glorificación interesaba a la República Argentina, su patria y su punto de partida en su trayectoria continental, interesaba igualmente a todos los otros Estados de América en que se había desenvuelto su epopeya. Por esto escribe: «Si es la gloria la dilatación de la existencia del hombre más allá del lugar y de la época que le vió nacer, la de San Martín excede ya a la de todos los contemporáneos pues el influjo de sus actos abraza medio Continente y su nombre está incorporado en la historia de cinco naciones americanas, sin que haya pasado inapercibido en España misma, a cuya libertad contribuyó en las primeras victorias que alcanzó aquella nación para deshacerse de las robustas garras de Napoleón».

Estos y otros antecedentes que sería demasiado prolijo el exponer aquí, hicieron que la municipalidad de Buenos Aires, para pagar un tributo que la patria le debía a su héroe, se decidiese a honrar la memoria de San Martín levantando su estatua en el punto más destacado de esa capital. Con tal motivo se procedió a formar la comisión encargada de organizar y de llevar a cabo este homenaje y fueron designadas para integrarla las siguientes personas: presidente, don Joaquín Cazón; vicepresidente, Constant Santa María; tesorero, Santiago Albarracín; secretario, Leonardo Pereyra; vocales, don Hilarión Medrano y don Manuel Aguirre.

Como sitio para su erección, eligióse la plaza de Marte, que pasó a llamarse plaza de San Martín — era la plaza en la cual San Martín había hecho desfilar más de una vez a sus granaderos —

(1) *Obras completas*, t. III, pág. 315.

(2) *Ibidem*, pág. 392.

y el ingeniero don Nicolás Canale recibió el encargo de transformarla y de embellecerla. Al mismo tiempo que se fijó allí el lugar o emplazamiento que ocuparía la estatua ecuestre de San Martín, se fijó el destinado para la estatua que en tiempo oportuno se le erigiría igualmente al general Belgrano, su conmlitón en el heroísmo y en la gloria. El escultor Daumas, el encargado por la comisión chilena para modelar la estatua que pronto sería erigida en Santiago, recibió la orden de fundir esa misma para que a su vez ésta lo fuese en Buenos Aires. Sólo se introdujo una modificación en la postura del héroe, pues en lugar de representarlo a San Martín empuñando en su diestra la bandera libertadora, se resolvió hacerlo presentando a éste con su brazo derecho extendido hacia la Cordillera y apuntando con el dedo el punto por donde llevó sus legiones a la victoria. La estatua llegó a Buenos Aires a principios de 1862 y en momentos en que la victoria de Pavón sellaba la unidad argentina, que no selló la victoria obtenida contra Rosas en Caseros.

Al general Mitre, que era en este momento el jefe político del Estado argentino, le cupo la gloria de descorrer el velo que cubría este bronce simbólico, y antes de proceder a la inauguración del monumento, el 11 de julio de 1862 lanzó un decreto refrendado por su ministro de la Guerra, el general Gelly y Obes, para que las tropas de la guarnición le rindiesen al héroe de Chacabuco y Maipú los honores del caso, y para que los veteranos de la guerra de la independencia, presididos por su general más antiguo, se presentasen en el lugar de la ceremonia y formasen guardia de honor en torno a San Martín.

Según un cronista de estos acontecimientos, tales actos tuvieron la virtud de sacar de su marasmo a la gratitud y al patriotismo de un pueblo. Este cronista, que no es otro que don Juan María Gutiérrez, nos dice que las disposiciones del decreto refrendado por Mitre se cumplieron con la mayor exactitud y que la municipalidad se esforzó por contribuir a la solemnidad del acto representando dignamente al pueblo de Buenos Aires. La plaza del Retiro había sido adornada con banderas de la patria y de todas las naciones y su espacio resultó insuficiente para contener la concurrencia que allí se había congregado. El general don Benito Nazar, agrega Gutiérrez, presidía las fuerzas militares encargadas de tributar los honores decretados al gran capitán y, junto con los cuerpos de línea, lucían sus entorchados los veteranos de la guerra de la independencia. La estatua estaba cubierta con un velo azul y blanco y un fuerte viento que venía de las cordilleras lejanas, al decir de este cronista, «quería a cada momento desgarrarle como para satisfacer la impaciencia que manifestaba el pueblo por contemplar la figura del héroe» (1).

(1) He aquí lo que sobre la parte técnica y artística de este monumento nos dice Gutiérrez: «El estatuario ha satisfecho los deseos de las personas que le encomen-

El general Mitre pronunció en esa ocasión uno de sus más bellos discursos. Principió por decir a sus oyentes que el arte, al fundir la imagen de San Martín en ese bronce, había intentado reproducirlo en el momento en que escalando las más elevadas montañas del orbe, montado en su caballo de batalla, había enseñado a sus legiones el camino del heroísmo. Pasó luego a decir que en ese monumento, tres repúblicas lo aclamaban como el padre y fundador de su independencia; que en el círculo trazado por la espada de San Martín la geografía política señalaba ocho repúblicas independientes, afirmando luego que el mundo entero lo había reconocido ya como el primer genio militar del nuevo mundo. Después de este preámbulo y de apuntar otras consideraciones venidas a sus labios por dictado de la elocuencia, Mitre exclamó: «Al fin, señores, después de larga y tenebrosa noche de ingratitud y de olvido la gloria de San Martín se ha levantado como una estrella del cielo americano. La República del Perú, la primera que le decretó en vida una estatua, ha glorificado dignamente su memoria y ha atendido generosamente a sus descendientes.

«Chile, que durante parte de su destierro lo consideró como al generalísimo de sus ejércitos, abonándole el sueldo que su patria no se creía en el deber de darle, ha sido la primera que ha realizado el pensamiento de erigirle una estatua que inmortaliza su memoria para los presentes y para los venideros. Y Buenos Aires por último, presidida por su municipalidad, asociada al pueblo y al gobierno en representación de su patria agradecida, ha erigido también una estatua ecuestre, cincelada en el bronce, para perpetuar dignamente el recuerdo de sus altos hechos, y presentarlo a la admiración de los presentes y de los venideros, montando un caballo del metal de sus cañones, que no se fatigará jamás de llevarlo sobre sus hombros, como no se fatigará jamás el genio de la gloria de levantar en alto su corona cívica y militar de luces y de laureles.

daron el trabajo. La estatua llama la atención por la belleza de su conjunto y por la audaz actitud del caballo, perfectamente en armonía con el gesto imperioso de mando que ejecuta el brazo derecho del general. Las manos levantadas del caballo dan a la pesadez del material del bronce, una aparente levedad, que es en sí misma la alusión ingeniosa a los hechos señalados de San Martín. Así se lo representa la imaginación cuando al frente de sus granaderos precipitaba en las aguas del Paraná a los vencidos en San Lorenzo y cuando de cumbre en cumbre atravesaba los Andes para libertar a Chile y asegurar los resultados de la revolución de Mayo». El mismo historiador nos apunta las dimensiones que tiene la estatua:

Desde el pie hasta la parte superior del sombrero	3 m. 75 cent.
Desde el pie hasta la cabeza del caballo	3 m. 35 —
El plinto tiene de largo	3 m. 31 —
El plinto tiene de ancho	1 m. 50 —
Peso de la estatua	3.500 kg.

Ver JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *La Estatua del general San Martín y su inauguración*. Infolio.

Es de observar que el plinto consignado en estas anotaciones ya no existe y que con motivo del primer centenario de la revolución argentina fué reemplazado por otro más importante realzado de grupos alegóricos y de otros motivos.

«El breve espacio que llena ese soberbio pedestal de mármol será el único pedazo de tierra que San Martín ocupará en esta tierra libertada por sus esfuerzos, mientras llega el momento en que sus huesos ocupen otro pedazo de tierra en ella. Pero su nombre, pero el recuerdo de su genio, pero sus altos hechos, y los resultados de sus generosos esfuerzos, ocuparán eternamente el corazón y la memoria de sus compatriotas».

Mitre recordó en esas circunstancias que el general San Martín fué quien templó las armas de la revolución argentina, quien las representó en su acción externa concretando un vasto plan de campaña que abraza toda la América del Sur; que fué él el propagador más infatigable de los principios de la revolución de Mayo, quien, en los momentos más angustiosos de nuestra revolución y cuando todo parecía perdido, impulsó al congreso de Tucumán a declarar nuestra independencia, y quien, finalmente, reveló a la República Argentina el secreto de su poder y de su fuerza, dando vuelo a su genio militar en el exterior, en los momentos en que, devorada por la anarquía y por las malas pasiones, apenas tenía fuerza para sostenerse a sí misma.

«Por eso, dice Mitre en su discurso, también le debemos un monumento más duradero aún que la estatua que vamos a inaugurar en su honor, porque al fin los metales y las piedras son materiales frágiles para la mano del tiempo, que puede convertirlos en polvo. mientras que el recuerdo de las grandes acciones es imperecedero y no se borra jamás de la memoria de los hombres».

«Mientras tanto, y mientras llega el momento, concluye, en que organizada definitivamente la República Argentina, podamos colocar a su frente la estatua del general Belgrano, que divide con San Martín las páginas de nuestra historia y el corazón de los argentinos, porque ellos son los dos grandes hombres de acción y pensamiento de nuestra revolución, saludemos en ese bronce que va a descubrirse la noble y la inmortal efigie del fundador de tres Repúblicas, del vencedor de San Lorenzo, de Chacabuco y Maipú, del primer capitán del nuevo mundo, del ilustre guerrero argentino, el general don José de San Martín» (1).

Concluído este discurso, se descorrió el velo que cubría la estatua, y al mismo tiempo que las músicas militares rompían diana se saludó al héroe con salvas de artillería y con un repique general de campanas en todos los templos. Acto continuo ocupó la tribuna el general don Enrique Martínez, guerrero de la independencia. Este ponderó las capacidades militares y los triunfos de San Martín, siguiéndole luego en el uso de la palabra el doctor don Cosme Becar, en representación de la municipalidad. «Hemos ejecutado, dijo él, un acto de justicia, ofreciendo a todos los ciudadanos un modelo en el que deberán buscar las más grandiosas inspiraciones. Y feli-

(1) *Arengas*, pág. 243.

citémonos doblemente al mismo tiempo que rindamos al Ser supremo votos de gratitud, porque ha permitido que Buenos Aires, el primer pueblo en la revolución, haya sido también el primero en enaltecer las glorias de la más prominente figura de aquélla, deparrando así el Dios de los destinos a esta gran ciudad una iniciativa que hoy, como antes, la hará acometer gigantescas empresas, porque son irresistibles las fuerzas de sus hijos cuando se trata de lo grande y digno para la patria».

El señor don Buenaventura Seoane, ministro del Perú, lo saludó a San Martín como padre y fundador de tres naciones y como vencedor de los españoles en Maipú y luego en el Callao. «Al contemplar este monumento, dijo él, consagrado por la gratitud de un gran pueblo al héroe de nuestra epopeya, y la guardia de honor que le hace el pequeño resto de los valientes que, a su voz, se precipitaban a la muerte y regaban con su sangre los laureles de que iban a coronarse, obedezco al sentimiento de admiración que producen los recuerdos históricos y me inclino ante este cuadro de reliquias dominado por la estatua». El general Tomás Guido, antiguo ministro de San Martín y su conmlitón en la campaña libertadora desde el Mapocho al Rimac, tomó la palabra después que así lo hiciera el plenipotenciario peruano y comenzó diciendo: «¡Que no me sea dado poseer el divino don de la elocuencia para usarla en este momento con toda la vehemencia de mi alma, empezando por animar esta estatua al resplandor de los gloriosos recuerdos que ella inspira! Contaría entonces al pueblo congregado aquí por un sentimiento que le honra y en lenguaje digno de tan alto asunto las ínclitas acciones del héroe a quien Buenos Aires, anticipándose al voto manifestado de toda la nación, rinde hoy un homenaje de afecto y gratitud que debe también considerarse como una reparación solemnísima, reclamada por la justicia. Diría, sí, las empresas, la intrepidez, las victorias del adalid que ahora ensalzamos, su consagración exclusiva y ardiente al triunfo de la emancipación de la América; le presentaría batallador infatigable, impertérrito sostenedor de un eterno principio, en medio de los desiertos, en la fragosidad de los montes, bajo diversas zonas, en la heroica patria de Lautaro o en el Imperio de los Incas, siempre y en todas partes, siendo el ídolo de sus soldados y de sus compañeros, que le siguieron con inquebrantable constancia y gentil brío en esa caballerescas y encarnizada lucha, de que brotaron naciones, empeñada contra los hijos del Cid y de Pelayo, enérgicos dominadores de este Continente.

«Referiría, en fin con la autoridad de los años y la sanción de la historia, qué conflictos arrostró; qué estupendos trabajos acometió su arrojo; con cuánta bizzarria y denuedo guió las huestes argentinas desde el Plata a las fértiles orillas del Rimac, donde tuvo el orgullo de haber enrollado a la sombra de nuestra bandera republicana el regio estandarte de Pizarro».

«Pero esa estatua, declara luego Guido, dice más en su mudez a la imaginación del pueblo que lo que la palabra humana pudiera nunca expresar. Sin embargo, ésta es más duradera que los más sólidos monumentos y que los imperios; prevalece sobre sus ruinas a despecho del olvido y de los siglos». Guido concluye su discurso diciendo: «Entretanto, conservando la antigua lealtad, la antigua fe, inclinémonos con respeto a la presencia de ese bronce que simboliza tanta gloria, modelado por la más bella de las artes. Queda la amistad misma eclipsada y silenciosa ante las manifestaciones entusiastas del pueblo, ansioso de conocer a nuestro general hasta en sus facciones varoniles y en su gallarda apostura; y que ese recuerdo sirviendo de perpetuo estímulo al patriotismo y al honor venga a substituir y borrar la palabra ingratitud, en el libro de oro de la República Argentina».

La serie de los discursos cerróla el general don Lucio Mansilla, quien, como dice el cronista, subió al tablado e inclinando su espada hacia la estatua del general San Martín, en nombre de los veteranos allí presentes se expresó así: «General San Martín, nada más justo ni más conforme al respeto con que recuerdan vuestro esclarecido nombre todos los argentinos, que lo que el heroico pueblo de Buenos Aires, iniciador en la República de todo lo grande y patriótico, hace colocando vuestra estatua en la misma plaza donde está el cuartel que os vió formar el regimiento de Granaderos a caballo, que hizo flamear con tanta gloria el estandarte que le disteis, desde San Lorenzo hasta Pichincha. Desde esta misma plaza habéis partido a esa serie de campañas que dieron la emancipación de Chile y la creación de las repúblicas del Alto y Bajo Perú.

«Está, pues, vuestro busto enfilado a las calles de Chacabuco y Maipú, lugares gloriosos de vuestro valor y pericia en las batallas de este nombre. En este momento os admiran con respeto y os recuerdan como a nuestro maestro algunos de los cuales os han sobrevivido, y entre los que se cuentan vuestros subalternos y contemporáneos os saluda reverente el general comandante de la guardia de honor» (1).

Al terminar esta ceremonia se procedió a labrar una acta. Ella fué suscrita por todos los presentes y la hoja de pergamino que la contenía fué colocada, con algunas medallas y monedas, en una urna de porcelana herméticamente cerrada que se depositó en la base del pedestal. El acta está firmada en la ciudad de Buenos Aires, capital provisoria de la república Argentina, el 16 de junio de 1862, y la firman Bartolomé Mitre, Mariano José Escalada, arzobispo éste de Buenos Aires, Eduardo Costa, Juan A. Gelly y Obes, Norberto de la Riestra, José M. Zapiola, Enrique Martínez, Lucio Mansilla, Joaquín Cazón, Constant Santa María, Santiago Albarracín, Manuel Aguirre, Hilarión Medrano y Leonardo Pereyra, y en calidad de

(1) JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *La Estatua de San Martín*, infolio.

escribano público y de número Adolfo Saldías. «San Martín, se dice en ese documento, el brazo, el pensamiento y la idea de la independencia, duerme todavía en extranjera playa; pero sus compatriotas deseando immortalizar el nombre del soldado que en medio de la nieve de los Andes paseaba triunfante el pabellón azul y blanco para ir a dar la libertad a cuatro Repúblicas, quieren que su noble figura se presente a los ojos del pueblo en el momento en que éste canta sus triunfos y sus victorias. Allí, sentado majestuosamente sobre su caballo, San Martín se presenta reflejando aquellos días de pasada gloria, en que al frente de sus Granaderos a caballo se batía por la independencia y por la libertad de la patria argentina. La independencia le contó en el número de sus soldados. La libertad levanta un monumento a su memoria» (1).

Nueve meses más tarde, otra ceremonia no menos expresiva y simbólica congregaba a lo más selecto en la ciudad de Santiago para declarar inaugurada la estatua erigida allí al Libertador de Chile.

Aun cuando esta estatua llegó a Santiago a principios de 1861, su inauguración sólo tuvo lugar el 5 de abril de 1863, y el acto este se realizó con el mayor lucimiento.

Antes de exponerlo, digamos que el artista ha representado en este bronce el momento en que San Martín se prepara para dar la libertad a Chile; por esto, dice Vicuña Mackenna, «lleva en la mano derecha una oriflama coronada con la efigie de la libertad que el héroe contempla con un éxtasis profundo. La parte más bella del monumento es sin disputa el rostro de San Martín, cuya expresión admirablemente concebida es el reflejo de la idea de redención que ha querido simbolizar el artista.

«En general el busto del jinete es de un mérito incomparable,

(1) JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *La Estatua de San Martín*, infolio.

En el tablado que se había erigido para esta ceremonia se encontraban el brigadier general don Bartolomé Mitre, gobernador de la provincia y encargado del poder ejecutivo nacional; el doctor don Cosme Becar, representante de la municipalidad de Buenos Aires; el señor ministro plenipotenciario del Perú, don Buena-ventura Seoane; el brigadier general don Enrique Martínez, nombrado padrino de la ceremonia; los ministros de Gobierno y de Guerra; los señores generales don Tomás Guido, don Angel Pacheco, don Juan Madariaga, don Gervasio Espinosa y don José María Pirán, como igualmente los miembros del cuerpo municipal, los de la cámara de justicia, los jefes y empleados de las oficinas de gobierno, los miembros de la comisión encargada del embellecimiento de la plaza de Marte en que se instaló el monumento, los señores jefes y empleados de línea de la guardia nacional. Al pie de la estatua se formó una guardia de honor compuesta por los jefes y oficiales que habían hecho la guerra de la Independencia bajo las órdenes de San Martín. Esta guardia, cuyo comandante era el general don Lucio Mansilla, estaba integrada por los coroneles don Alejandro Danell, don Domingo Sosa, don Francisco Seguí, don Faustino Allende, don Nicolás Granada, don Rufino Guido, don Rufino Sado, y por los tenientes coroneles don Mariano Moreno, don Manuel J. Córdoba, don Félix Ortiz Alcalde, don Pedro Rodríguez, don Patricio Ochoa y don Domingo Martínez. Figuraban en ellas con el grado de sargento mayor, don Vicente Robles, don Rómulo Núñez, don Juan Madeiros y don Juan Zamudio, y como teniente Crispín Castañares.

aunque el traje histórico de San Martín, su sombrero anticuado, sus botas granaderas, su silla — todo lo que ha sido copiado de los objetos del uso personal de San Martín que se conservaban en Grand-Bourg — no se prestaban en un sentido artístico a dar realce a su figura.

«En la ejecución del caballo el escultor no ha sido tan feliz. Se le recomendó imitar en lo posible un caballo chileno, para lo que se le hizo presente — careciendo de un modelo apropiado — que reprodujera un término medio entre el caballo normando y el árabe, que tiene el uno la fuerza y el otro la agilidad de la raza andaluza, pues ésta es la misma de Chile, aunque ventajosamente alterada en este país. En la combinación de aquellos tipos, como era de temerse, el escultor no ha alcanzado un éxito completo porque el caballo no tiene propiamente el carácter fijo de una raza, y resalta en consecuencia cierta disconformidad en sus proporciones y sobre todo en la cola, cuya forma es del todo innatural».

«Sin embargo, concluye el mismo escritor, en su conjunto el monumento de San Martín es uno de los grupos clásicos más hermosos que hayan salido de la escultura moderna. Inferior al de Bolívar en Lima, porque éste ha costado más del doble y su estilo es de una fuerza artística de primer orden, la estatua ecuestre de San Martín tiene el mérito especial de ser de un gusto severo y completamente característico del hombre que representa. Todo el mundo reconocerá en aquel modesto soldado, que fué empero el libertador de la mitad de un mundo, al sencillo y austero capitán general de Chile don José de San Martín».

Recordando aquel acontecimiento, don Manuel Recabarren, que podemos señalar como a su cronista, nos dice que Santiago se despertó en ese día de su habitual somnolencia y que en el semblante del pueblo transparentó su alegría. La bandera chilena ondeaba sobre todos los edificios, y el 5 de abril amaneció saludado por el estampido del cañón evocador de la batalla que libertó a Chile del nuevo peligro de esclavitud en que pretendió sumirlo el despotismo de Osorio. «Desde las tres de la tarde, escribe textualmente el señor Recabarren, toda Santiago se encaminaba a la Alameda. La guardia nacional y la tropa de línea que había de guarnición en esta ciudad formaban de oriente a poniente hasta llegar al pie de la estatua ecuestre del general San Martín. La Unión Americana en cuerpo — era ésta la institución que había iniciado el homenaje — llevando cada uno de sus miembros alguna de las banderas de las Repúblicas hermanas, fué a colocarse en las gradas exteriores del monumento. La bandera chilena ocupaba el centro entre las de México y Estados Unidos, siguiendo después todas las otras a uno y otro lado y cubriendo todo el frente de las rejas.

«A las cuatro de la tarde, el presidente de la República, los viejos soldados, gloriosos restos de Maipú, los ministros de Estado y los miembros de la Universidad tomaban su lugar dentro del recinto

que quedaba libre. Un momento después se descubría la estatua del guerrero, saludándola el cañón y los vivas entusiastas de todo un pueblo, que habría deseado, comunicándole una parte de su vida, animar el bronce».

El ministro del Interior, don Manuel Antonio Tocornal, inició los discursos comenzando con esta declaración: «Hace cuarenta y cinco años, tal día como hoy, el ilustre guerrero en cuyo honor se erige este monumento como manifestación de la gratitud de un pueblo a sus esclarecidos servicios, alcanzó en el vecino campo de Maipo la gran victoria que afianzó la independencia de Chile y contribuyó poderosamente a la de toda la América española.

«El general don José de San Martín es ciertamente digno de que una nación entera, sin otro estímulo que el de la justicia, tribute a su memoria tan espléndido homenaje. En efecto, aquel cuya imagen de bronce hemos querido levantar aquí sobre un pedestal para que sirva a todos de constante lección, sacrificó sus bienes y su persona, su tranquilidad y su ambición, cuanto valía, cuanto comúnmente halaga al corazón humano a la realización de un gran pensamiento: la independencia y la libertad del nuevo mundo, esos bienes inestimables cuyos frutos estamos gozando nosotros y que tenemos el sagrado deber de transmitir a nuestros descendientes tan incólumes como los hemos recibido de nuestros padres».

«Una serie de generaciones, dice más adelante, han contemplado con asombro el paso de los Alpes, primero por Aníbal y después por Napoleón; la historia ha dedicado al recuerdo de este hecho alguna de sus páginas más elocuentes; la pintura ha encontrado en él fecundo tema para magníficas composiciones. Cuando los sucesos de nuestra revolución sean más conocidos y mejor apreciados, cuando el engrandecimiento a que deben llegar las repúblicas hispano-americanas llame la atención del mundo sobre los trabajos y proezas de los que las fundaron, no dudéis, señores, se hará también la debida justicia al que atravesó los Andes.

«El general argentino hizo todavía más que conducir su ejército por los fragosos senderos de la Cordillera, como por un camino ancho y expedito; pues gracias a las más ingeniosas combinaciones y estratagemas, había de antemano desconcertado al enemigo hasta el extremo de que haya podido decirse con razón que le tenía vencido desde su gabinete de Mendoza. La victoria de Chacabuco fué sólo el coronamiento marcial y glorioso de un plan de ataque que meses antes había principiado a ejecutarse por atrevidos y felices ardides.

«El pueblo chileno, agradecido, ofreció por dos veces y espontáneamente a su Libertador el título de jefe supremo del país. San Martín, que no quería recibir por sus servicios una recompensa personal por elevada que fuese, rehusó también por dos veces el alto honor que se le ofrecía.

«Más tarde, cuando la libertad de Chile estuvo asegurada, San

Martín, que amaba profundamente a su primera patria, aquella en que había visto la luz, y a su segunda patria, aquella que había salvado, pero que antes que argentino y chileno era americano, pidió por premio, no riquezas ni honores ni poder, sino un ejército que unir a las tropas argentinas para ir a hacer al Perú el beneficio que había hecho a Chile.

«En Chile San Martín se había entrado conduciendo un ejército por sobre los Andes, a la vista, puede decirse, del enemigo que habría podido hacerle pagar bien caro tamaña temeridad. En el Perú puso el colmo a su gloria ejecutando una hazaña mayor. Aquí había vencido a la naturaleza; allá se venció a sí mismo».

El orador abandona el campo de sus glorias y colocándose en el que constituye el ostracismo de San Martín, declara al rememorar el momento aquel en que por decreto del presidente Bulnes se le dió de alta al glorioso Capitán de los Andes en el ejército de Chile. «Yo, señores, tuve el honor de ser personalmente testigo del interés con que aquel venerable veterano de la independencia se informaba de cuanto nos concernía y de su vehemente anhelo por el pronto y rápido adelantamiento de países que le eran verdaderamente queridos. Por fortuna, a la época en que yo le ví, Chile había ya reparado dignamente el olvido de algunos años. La conmoción profunda con que el noble anciano me habló de esta reparación, me hizo comprender lo mucho que ese olvido le había hecho sufrir.

«Durante los primeros años de mi residencia en Europa, me dijo, recibí de mi patria y del Perú algunos testimonios de aprecio; pero Chile parecía haberme completamente olvidado. Sentía morirme con este amargo pesar porque yo había servido a vuestro país con el mayor desinterés, había peleado por su independencia, le había dado la libertad y en seguida me había alejado de su suelo sin haberle causado el menor mal, sin haberle inferido ningún agravio; conocía en mi conciencia que tenía derecho a su agradecimiento. El día que me dieron la noticia de que el congreso nacional había declarado por una ley que Chile me era deudor de algo, ordenando que se me considerara por toda la vida en servicio activo y se me pagara en Europa mi sueldo de general, fué uno de los más felices de mi existencia. Aquello importaba para mí el reconocimiento de mis servicios, una prenda de reconciliación con un pueblo al cual he amado mucho». «La satisfacción de nuestro Libertador, concluye Tocornal, habría sido ciertamente mayor si hubiera podido saber que la gratitud de los chilenos, aunque tardía al principio, había de ir creciendo con los años como lo manifiesta esta ceremonia, como lo muestra este monumento. Habría sido entonces lisonjero para mí haber podido contestar a las justas y sentidas quejas del noble anciano: «Chile será, señor, la primera de las tres repúblicas que mande fundir en vuestro honor una estatua de bronce».

Terminado este discurso tomó la palabra el general don Juan Gregorio de Las Heras, el héroe de Cancha-Rayada, el Jenofonte chi-

leno, como se le llamó por los admiradores de su proeza, y en medio de la expectativa y de la emoción general, declaró: «No es al hombre nacido aquí o allí a quien Chile consagra esta estatua. Es al americano ilustre, al guerrero, al caudillo de las huestes de la libertad e independencia americana, al general americano don José de San Martín.

No me toca a mí, señores, recorrer la carrera de gloria que dejó trazada con su genio y con su espada este americano eminente. Lo único que me permitiré recordar es la alta e incommovible fe, el elevado sentimiento de los grandes destinos de la América que tanto y tan certero impulso daban a sus esfuerzos; cómo alentado por esa fe, iluminado por ese pensamiento, con pequeños medios se allanaban los montes, se vencían las distancias, se arrollaban las resistencias, se franqueaban los mares; y la América del Sur, representada y guiada por ese hombre, alcanzaba la victoria. ¡Gloria a la América, gloria al general San Martín!»

Las Heras terminó su breve pero sentida alocución con este saludo: «¡General San Martín!, al pie del alto puesto que por vuestras virtudes cívicas y militares la opinión pública os señala, un oficial de vuestro ejército os saluda grande y Libertador de dos repúblicas».

El señor don José Victorino Lastarria, don Juan N. Espejo y don Guillermo Matta, miembros todos ellos de la Unión Americana de Santiago, que a impulso de don Benjamín Vicuña Mackenna auspiciaban este apoteosis, se sucedieron en el uso de la palabra. «San Martín, dijo el primero, a fuerza de constancia, de audacia y de inteligente fe en la independencia americana, preparó allá en los confines de las pampas argentinas la gigantesca empresa de traer la guerra a este lado de los Andes, donde la España imperaba como señora de los pueblos del Pacífico: la naturaleza fué vencida, y la empresa se consumó; las huestes españolas huyeron de aquella legión de cóndores que se desprendía de los Andes y San Martín ligó para siempre su nombre a los espléndidos triunfos de Chacabuco y de Maipú, a la independencia de Chile y del Perú. Las tres naciones bendijeron su nombre y los hijos de las tres se llamaron desde entonces ciudadanos y se glorificaron con el héroe.

«Al erigir hoy este monumento al héroe, lo elevamos también a la gloria de sus compañeros, a la gloria de los tres pueblos que en otro tiempo se unieron como hermanos y se levantaron altivos a la voz potente del general San Martín».

«En la acción y en el pensamiento, dijo Espejo, la revolución americana se hallaba como paralizada en los principios del año 1812 en que el guerrero argentino pisaba la tierra que lo vio nacer. Encuentros parciales sin trascendencia, alternativas de victorias y derrotas que nada decidían definitivamente; incertidumbre en los unos; exageración en los otros; vaguedad, confusión, timidez en la idea de una nueva organización social; impericia en los ejércitos, desconcierto en el plan de las campañas, anarquía y desunión entre



DOS ASPECTOS DE LA CASA COMPRADA POR BALCARCE EN BRUNOY

En una de las piezas del primer grabado fué reconstituido el dormitorio que tenía San Martín en Boulogne-sur-Mer. De allí pasó al Museo Histórico de Buenos Aires, donde se encuentra actualmente,

los jefes, fraccionamiento en los gobiernos, he aquí los elementos que tiene que amasar, que coordinar, que refundir, el nuevo paladín de la revolución, para unir a la América en un pensamiento, infundirle la conciencia de su poder, unificar su acción, y hacerla irresistible y poderosa».

El orador se lanza luego a evocar a San Martín en su magnífica trayectoria cordillerana. Lo presenta a su auditorio haciendo flamear en lo alto de sus cumbres la bandera de la redención política para señalarlo luego entrando triunfador en la ciudad de Santiago. «La profecía del genio, dice, está cumplida. Chile, en pocos días ha recuperado su aliento. Son inmensos los recursos que el genio de San Martín ha puesto en juego: maestranzas, soldados, tesoros, todo tiene a la orden de sus tenientes».

«Pero San Martín, agrega más adelante, no es grande sólo por sus victorias. Lo es por su inmenso amor a la América. Pudo concebir la idea de ceñir su frente con la corona de los reyes; pudo ser un Napoleón, un César y fué sólo un Wáshington. Pudo indefinidamente dictar leyes, e inauguró congresos; pudo aceptar la ofrenda de gratitud de los pueblos libertados y rechazó sus ofrendas, sus títulos, sus honores. Pudo con su ejército llevar la guerra hasta la América septentrional y cosechar para sí sólo los laureles de un mundo y quiso compartir con Bolívar la gloria de la independencia americana. Cedió de grado las palmas de Ayacucho, antes que despertar en el corazón del héroe colombiano un sentimiento de emulación indigno de sus proezas y de su nombre. Cuando llega a la cumbre del poder y de la grandeza, se despide de los pueblos americanos con estas sencillas palabras: «La presencia de un soldado feliz aunque desinteresado envuelve peligros para los Estados nuevamente constituidos».

«Gobernantes de la América, concluye el orador, que habéis explotado en vuestro provecho cincuenta años la savia de este mundo independiente. Caudillos que habéis esterilizado por la ambición el germen de vida de las repúblicas nacientes, prosternaos delante de la estatua del guerrero que simboliza la abnegación, la grandeza y la gloria».

Don Guillermo Matta prefirió al verbo oratorio las estrofas de un canto y así lo hizo ensalzando con su lira, como lo hicieron otros poetas, la figura legendaria y heroica de San Martín. En ese día y con tal motivo empuñaron la lira además del poeta ya citado Eduardo de la Barra, Eusebio Lillo, Enrique del Solar, Hermógenes Irizarri, Adolfo Valderrama, Domingo Arteaga y Alemparte, Fidel Palacios y Luis Rodríguez Velasco. Al unísono y con vibrante y marcial lirismo recordaron todos ellos las proezas de San Martín, cantaron el brillo de su espada refulgente, pusieron de relieve la importancia de sus jornadas heroicas y señalaron en él al genio de la libertad política y al genio de las batallas. He aquí cómo lo canta Adolfo Valderrama:

«¡Heroico San Martín! ¡Augusta sombra!
 A tu nombre temblaron mil valientes;
 ¿Qué tirano no tiembla si te nombra?
 Tú, al destrozar con tus robustos brazos
 La odiosa tiranía,
 Pudiste ver un día
 Iluminar un cetro hecho pedazos,
 Al sol brillante que en Oriente ardía».

Eduardo de la Barra no se contentó con ensalzar al héroe y cantar sus glorias. Vindicó su inocencia y lo hizo arrancando a su lira estas bellas estrofas:

«No importa que la envidia emponzoñada
 Llegue a tus labios amargante copa.
 No importa, no, que la calumnia osada
 Tenaz te siga hasta el confín de Europa.

Si alguien crimen odioso te supone,
 ¿Quién que mire los Andes no te ensalza?
 ¡Roca Tarpeya, que silencio impone,
 Roca Tarpeya, que eminente se alza!

Sobre las tumbas la justicia falla,
 Huye la envidia y la calumnia calla.
 Y hoy nuevamente escribirá la historia:
 Gloria a tu nombre, inmarcesible gloria».

El homenaje a San Martín tributado en esta forma por Chile y por la República Argentina recordó al Perú la deuda de gratitud que tenía aún pendiente con el fundador de su libertad, y deseoso de repararla, el presidente don José Balta lanzó el 12 de abril de 1869 un decreto, mandando erigir a San Martín un monumento recordatorio de sus grandes hechos. Al mismo tiempo dispuso que los restos del prócer existentes en Francia fuesen trasladados a Lima, y con tal motivo se dirigió al señor Balcarce, yerno de San Martín, pidiéndole su concurso para que pudiese hacerse efectiva esta resolución. No conocemos las cartas que con tal motivo se cambiaron Balta y Balcarce, pero sí lo que en esa ocasión Balcarce le escribió a Mitre. Es el 24 de junio de 1869 cuando Balcarce le dice a éste: «Ahora tengo el gusto de incluirle el decreto del presidente Balta, relativo a la erección de la estatua del general San Martín y al traslado de las respetables cenizas de éste a Lima, a lo que no me ha sido posible adherir por haber anteriormente contraído otro compromiso con mi gobierno a más de lo dispuesto en una cláusula testamentaria de padre a este respecto. Remito a usted igualmente copia de la amable carta del doctor don Pedro Gálvez.

ex presidente del consejo de ministros, acompañándome el anunciado decreto. Al fin, ahora sólo falta que éste se realice y no quede en proyecto como los que le han precedido» (1).

Por razones que escapan a nuestro conocimiento, el decreto del presidente Balta, así como lo predijera Balcarce, quedó sin cumplirse, y sólo en 1897 volvió a agitarse en el Perú la idea de honrar a San Martín erigiéndole un monumento en el Callao. Reunidos los fondos necesarios, fué encargado de la ejecución de la estatua del héroe, Mazzarini, artista italiano, y del pedestal, que debía serlo de granito y extraído de las canteras de Yauli, el arquitecto peruano Maximiliano Doig.

La piedra fundamental de este monumento fué colocada el 17 de julio de 1901 y al cumplirse el octogésimo aniversario de la independencia peruana, fué inaugurada solemnemente la estatua. El monumento, comprendida la estatua y su pedestal, mide 8 metros y medio de alto. San Martín se destaca allí empuñando en su mano derecha la bandera de la nueva nacionalidad, y está representado en el momento aquel en que San Martín declara en la plaza de Lima «que el Perú es desde ese momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de la causa que Dios defiende». En otra inscripción se lee lo siguiente: «*El Callao por iniciativa del comité patriótico al Fundador de la independencia nacional, generalísimo José de San Martín*».

La ceremonia de la inauguración fué un acto brillante. Asistió a ella el presidente peruano acompañado de sus ministros, del cuerpo consular, de los vocales de la corte de Justicia y de los representantes del parlamento. Además del jefe supremo del Estado, pronunciaron discursos en esas circunstancias, ensalzando los méritos y las virtudes de San Martín, el presidente de la comisión iniciadora del homenaje Sr. Pedro W. León y el ministro argentino en el Perú, señor Arroyo, lo mismo que el doctor Hildebrando Fuentes en representación de la Liga Universitaria; el diputado Miró Quesada en nombre del congreso nacional, y el señor Modesto Soto en nombre del comité patriótico del Callao. La noche de ese día se celebró en la bahía del Callao una fiesta veneciana como complemento en el programa de fiestas y los poetas cantaron con sus loas y con sus estrofas las proezas del héroe.

En 1912 y al aproximarse el primer centenario de la Independencia peruana, el nombre de San Martín volvió a estar a la orden del día. Lima se acordó de la deuda de gratitud que todavía tenía pendiente con San Martín y trató de hacer ejecutiva la resolución del primer congreso peruano, que al retirarse San Martín de la escena política en 1822 acordó erigirle un monumento. La erección de este monumento trajo aparejada la creación de una plaza que fué bautizada en el momento de su formación con el nombre de

(1) Museo Mitre. *Archivo de San Martín*, Carpeta nº 4.

«Plaza de San Martín» y se designó para esto un lote de terreno municipal existente entre la avenida Central, la calle de San Juan de Dios, la de Matajudíos y la del Serrano (1).

La obra fué confiada al artista español don Mariano Benlliure, y su inauguración tuvo lugar el 28 de julio de 1921. Antes de recordar algunos pormenores relacionados con este acto, digamos que el monumento en cuestión se compone de dos partes. La primera es la que se relaciona con el héroe, y la segunda con el pedestal en que se apoya la estatua. San Martín ha sido representado por el artista a caballo, pero no en actitud de carga o de combate, sino en actitud escudriñadora y contemplativa. Los ojos del gran capitán se clavaban en el horizonte, pero éste, en lugar de ser un punto impreciso y lejano, es el Imperio de los Incas, sobre el cual había concentrado todos sus esfuerzos el sublime Libertador.

El pedestal semeja a una pirámide truncada, y su masa granítica emerge, por así decirlo, de un basamento escalonado. En la parte superior de este pedestal y en la cara del mismo que mira al oeste, Benlliure ha colocado dos desnudos femeninos, representando la Fama y la Gloria. Debajo de este grupo, y cual si fuera una gran cariátide, se destaca gallarda otra mujer, sosteniendo un bloque granítico en el cual se lee esta inscripción: «*La Nación al General don José de San Martín*». En la cara del monumento que mira al este, surgen dos soldados empuñando en su mano cada uno una bandera. Este grupo escultórico responde a un motivo simbólico y el artista ha representado en él la compenetración solidaria entre la Argentina y el Perú en la hora de la epopeya. El monumento tiene dos bajos relieves. El que mira al norte representa a San Martín en el momento de jurar la independencia del Perú, y tiene esta inscripción, que encierra las palabras pronunciadas por el héroe: «*El Perú es desde este momento libre e independiente por la libertad general de los pueblos y la justicia de su causa que Dios defiende*». Lima, XXVIII de julio de MCMXXI. El otro, o sea el que mira al sur, recuerda el momento en que San Martín juró la primera bandera bajo cuya sombra pasara los Andes, libertara Chile y llegase luego al Perú. La leyenda que lo acompaña la constituyen estas palabras pronunciadas por San Martín en Mendoza: «*Soldados: ésta es la primera bandera que se bendice en América. Jurad sostenerla muriendo en su defensa como yo juro*».

(1) Por ley número 4.115 y fechada en Lima el 11 de mayo de 1920, el presidente Leguía, basado en las facultades que le otorgaba el congreso, declaró que los propietarios de las fincas fronterizas a la plaza de San Martín, que en el plazo de tres meses no procediesen a construir las nuevas fachadas de sus edificios de acuerdo con una nueva ordenanza del ministerio de Fomento, quedaban obligados a vender al Estado por razón de expropiación esas propiedades y esto por el precio que ellas tenían antes de la formación de la Plaza San Martín.

Por la ley a que se refiere esta resolución del Ejecutivo, la construcción de los portales debía iniciarse dentro de seis meses y debían estar terminados en el plazo de dieciocho meses, contado éste desde el momento en que se iniciasen los trabajos.

La inauguración de este monumento fué la nota culminante de las fiestas celebradas en Lima en conmemoración del primer centenario peruano. La ceremonia tuvo lugar por la mañana y según un cronista constituyó ella una apoteosis de San Martín. «Nadie quería, dice este cronista, y así lo hemos comprobado luego, quedarse en Lima sin asistir a la gran ceremonia de descubrir e inaugurar oficialmente la estatua del héroe. Viejos y jóvenes; hombres y mujeres; pobres y ricos; todas las categorías de la sociedad, todo el elemento trabajador, anhelaba acudir a rendir el homenaje peruano al gran capitán argentino».

En los honores militares tributados a San Martín en ese momento, tomaron parte no sólo las fuerzas peruanas, sino las fuerzas extranjeras representadas por los tripulantes del crucero francés *Jules Michelet*, del crucero italiano *Libia*, de los cruceros americanos *Nevada*, *Arizona* y *Oklahoma*, y del crucero español *España*. Las fuerzas argentinas estaban representadas por la marinería del crucero *General San Martín*, del transporte *Guardia Nacional* y principalmente por el escuadrón de Granaderos a caballo, cuya presencia y desfile por las calles de Lima fué causa de un verdadero delirio. Los granaderos de San Martín fueron colocados con frente al monumento y las otras fuerzas quedaron desplegadas delante de la tribuna popular, extendiéndose el resto de la línea por el recinto de la plaza y calles adyacentes. En la tribuna levantada con tal objeto, a las 11 de la mañana tomaron su ubicación las embajadas. Se encontraban ahí los representantes de España, de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos, del Brasil, de Bolivia, de Colombia, del Paraguay y del Uruguay. La llegada de la embajada argentina fué saludada con un aplauso estruendoso. El presidente de la república inició la ceremonia, saludando a San Martín y recordando la grandeza histórica del fundador del Perú. Acto continuo ocupó la tribuna monseñor Luis Duprat, presidente de la embajada argentina, y con acentos cálidos y entusiastas celebró el alto significado de aquel homenaje. «La figura de San Martín, dijo él, ha dejado de ser exclusivamente argentina para convertirse en una figura americana por la proyección inmensa de su pensamiento y de sus ideales esencialmente americanos, mucho más vastos, comprensivos y fecundos que su acción puramente guerrera y libertadora y por esto sus estatuas estarían bien justificadas en el seno de todos los pueblos de este hemisferio, aun de aquellos cuyo suelo no pisaron sus legiones emancipadoras».

El orador recordó en síntesis las principales proezas de San Martín y tuvo palabras para evocar su ecuanimidad y su fortaleza en la adversidad y en el desastre, en la injusticia y en la ingratitud, lo mismo que su moderación, su humanidad, su modestia y su sencillez republicana. En su sentir «la fisonomía moral del hombre es aun más bella y luminosa que la figura del capitán y del héroe». Al llegar al fin de su discurso declaró: «Y si desaparecieran algún

día estos pedestales de mármol sobre los cuales habéis alzado su bizarra silueta, y nuestros descendientes en los siglos venideros llegaran a desfilar con indiferencia ante este monumento, sin recordar casi ya el nombre del héroe, que hoy glorificáis en él, todavía entonces el general San Martín desde las cumbres de su grandeza moral, cual gigantesco e inextinguible faro, seguirá señalando el derrotero a los pueblos que redimió y a las democracias americanas por los siglos de los siglos».

El general don Enrique Martínez le siguió en el uso de la palabra y se asoció a tan magno acontecimiento en nombre del Ejército argentino que le había designado su representante. En su discurso pasó revista a los hechos militares de San Martín, evocó el origen del regimiento de Granaderos a caballo y significó que la creación de ese regimiento «fué el origen de una transformación esencial en los ejércitos de la independencia». El orador terminó su cometido dirigiéndose a la imagen del héroe y presentándole a los nuevos componentes del cuerpo aquel en que perdura su tradición y vive de su gloria.

Volviendo nuevamente a la República Argentina, digamos que, no contenta ésta con erigirle a San Martín una estatua en el punto más céntrico de su capital, y luego un mausoleo en su iglesia metropolitana, — mausoleo del cual nos ocuparemos con oportunidad —, principió a honrar la memoria de San Martín multiplicando sus estatuas y embelleciendo con ellas sus capitales. En 1883 la ciudad de Rosario colocó la estatua de San Martín al pie de la columna erigida allí en honor de la Libertad. En 1889 el pueblo de San Lorenzo, teatro de la primera victoria de San Martín en pro de la independencia argentina, inauguró el 30 de agosto la estatua mandada fundir por la municipalidad del Rosario para ser allí colocada, y diez años más tarde, el 12 de octubre de 1899, se honró la memoria de San Martín en Yapeyú, su pueblo natal, con el doble símbolo de la columna que debía servir de plinto a su busto y con la inauguración del templo restaurado en aquella localidad.

La columna en cuestión es monolítica y fué extraída de las canteras del T'andil. Ella mide seis metros de altura. El pedestal en que se apoya es de forma triangular y ostenta en sus tres fases los escudos de la República Argentina, de Chile y del Perú. El busto de San Martín es del escultor Romairone y ha sido fundido en el arsenal de guerra de Buenos Aires utilizándose para esto el bronce de los cañones tomados a los españoles en la guerra de la Independencia.

El primero en hacer uso de la palabra en la ceremonia inaugural fué el coronel Ernesto Rodríguez, presidente de la comisión, iniciador y promotor de este monumento. Terminado este discurso, pronunció el suyo el general Garmendia en representación del presidente de la República, que lo había designado especialmente para

este acto. El general Garmendia declaró que la campaña de los Andes «es la más pura gloria de los anales militares argentinos». Dijo que en la prosecución de esta campaña «San Martín es el rival de Napoleón en la de Jena» y que la batalla de Chacabuco «preludio inmortal de la independencia de tres repúblicas, es el resultado táctico de las sabias combinaciones del guerrero argentino que coronan la paciente obra a él encomendada». «Maipú, agrega luego, ese modelo de batalla de cualquier época, fué la consolidación de la independencia de tres repúblicas; Lima, su consecuencia forzosa, reviste el complemento del vasto plan estratégico y le dan ocasión para presentarse con las grandes condiciones de gobierno que lo adornan».

El señor Carlos Rey de Castro realizó esa ceremonia con una nota de elocuencia. «Nada podía ser para mí más honroso, dijo este representante del gobierno de Lima, en mi doble condición de peruano y admirador sincero de San Martín, que el encargo con que se me ha favorecido de hablar aquí en esta histórica ceremonia, en representación del gobierno y del pueblo del Perú; de expresar en estos solemnes momentos el juicio que todos mis compatriotas tienen formado del hombre superior que fundó nuestra independencia y que, con frases de imperecedero recuerdo, consagró nuestra vida de seres libres y autónomos».

Después de esta declaración preliminar, el orador pasó a trazar a grandes rasgos la grandeza moral de San Martín, y amparado por las leyes que se desprenden de la filosofía y de la historia, concluye colocándolo en el catálogo de los superhombres. «Previsor hasta el extremo, dice Rey de Castro, nunca los sucesos lo tomaron de sorpresa, nunca se produjeron sin que su cálculo director los hubiera consultado. Su máxima militar estaba encerrada en esta fórmula: temer el desastre para impedirlo. Otros capitanes de fantasía calenturienta jamás contaron con la derrota como elemento de sus decisiones y por eso sus victorias se consumaban entre ríos de sangre y sus reveses eran irreparables.

«La reorganización de las huestes libertadoras después del desastre de Cancha-Rayada y el rechazo de los planes de Cochrane para invadir a Lima tras el apresamiento de la *Esmeralda* aparejan la demostración más clara de las relevantes dotes militares de San Martín. Hombre menos hábil en el arte de la guerra, ni cosecha a raíz de aquel desastre los laureles de Maipo, ni tiene entereza suficiente para resistir la fascinación de la victoria naval del Callao y habría, en el primer caso, apelado a la retirada, y en el segundo, invadido la ciudad de los virreyes entre plomo y pólvora, no como lo hizo, sin disparar un sólo tiro ni derramar una sola gota de sangre».

Y más adelante: «En mi patria tuvo anchísimo campo para haber revelado indicios de prepotencia y de egoísmo, si su corazón no hubiera sido tan noble y su espíritu tan bien templado, porque

dueño como era de la gratitud sin límites de los peruanos, pudo haberla utilizado en cualquier género de justificadas aspiraciones. Sin embargo ese hombre, cuyos labios nos dieron el credo de libertad, prefirió renunciar a todos sus honores y prerrogativas antes que ser ni ligeramente, motivo de discordia, antes que dificultar en modo alguno la obra de la independencia de América».

Al homenaje tributado a San Martín en Yapeyú sucedió después el organizado por el pueblo de Santa Fe para honrar allí su memoria. En una reunión de vecinos convocada en aquella capital el 13 de julio de 1901, quedó constituida la comisión encargada de prepararlo y ocupó su presidencia el doctor Carlos A. Aldao, principal promotor de esta iniciativa.

El acto relacionado con la inauguración de la estatua de San Martín en Santa Fe revistió todos los caracteres de un acontecimiento. Además de tomar parte en él el ejército y la marina, vióse realizada aquella ceremonia que tuvo lugar el 30 de octubre de 1902 con la presentación en público de la bandera de los Andes y del bastón que San Martín obsequiara a la Virgen del Carmen cuando la juró y proclamó Patrona de su ejército antes de pasar la Cordillera.

Después de los discursos de estilo, pronunciados por el doctor Aldao y por don Rodolfo Freire, gobernador de la provincia de Santa Fe, el general Julio A. Roca, presidente de la República, allí presente, procedió a descorrer el velo que cubría la estatua. Descorrido éste, la figura ecuestre de San Martín, tal cual la inmortalizara el genio artístico de Daumas, atrajo las miradas del público y esto en momentos en que las dianas y los vítores populares en coro unísono saludaban a San Martín.

En 1903, el autor de estas líneas, encontrándose en Mendoza, en una oración patriótica desde un lugar eminente señaló el vacío descubierto por él en la antigua capital de Cuyo, e invocando la gratitud nacional, formuló un voto para que Mendoza no tardase en contemplar, vaciada en bronce, la imagen del más grande de nuestros héroes. San Martín debía surgir allí, declaramos, marcando con su dedo los peñascos andinos y teniendo como pedestal de su bronce el granito que denodadamente escalaron sus legiones. Este voto y esta iniciativa no cayeron en el vacío. Fueron recogidos debidamente por el gobierno de la provincia y por decreto refrendado el 8 de agosto de aquel año se procedió a formar la comisión encargada del monumento a San Martín, figurando nuestro nombre entre el número de sus vocales. En la entrevista que tuvimos en Buenos Aires con el doctor Aldao, obtuvimos de él la concesión del molde que había servido para fundir la estatua de San Martín inaugurada recientemente en Santa Fe y el 5 de junio de 1904, el presidente de la comisión nombrada a raíz de nuestra iniciativa, el doctor don Melitón Arroyo, hacía entrega de ese monumento al gobernador de la provincia, que lo era el doctor don Carlos Galigniana Segura, en el acto solemne de su inauguración. «No se comprendía, dijo en

esa ocasión el doctor Arroyo, cómo la provincia de Mendoza no había aún rendido su póstumo homenaje al gran capitán don José de San Martín, que eligiéndola como cuna de su gloria, agregó a su escudo blasones que son orgullo y la hacen acreedora a la gratitud nacional. Hoy venimos a entregar al pueblo el monumento que ha erigido a su memoria, sintetizando en él su admiración hacia el primer héroe americano y su gratitud también hacia el gobernador intendente de Cuyo quien, allá en los albores de nuestra vida libre, plantó aquí su tienda de soldado, para formar aquel ejército que debía cubrirse de gloria en campos de batalla, que la historia recordará siempre como modelo de estrategia» ⁽¹⁾.

En la actualidad, la estatua de San Martín se destaca gallarda sobre el plinto marmóreo en otros sitios de la República. En 1906 fué inaugurada la que existe en Corrientes y sucesivamente lo fueron después las que existen en Córdoba, en la Rioja, en el Paraná, en La Plata, en Río Cuarto y en otros lugares.

Al aproximarse el primer centenario de la revolución argentina, el senador nacional doctor don Joaquín V. González, en la sesión celebrada el 20 de septiembre de 1908, presentó al congreso argentino un proyecto de ley que comprendía la erección de distintos monumentos para celebrar dignamente el magno acontecimiento que significaba para todos los hijos del Plata la recordación centenaria del 25 de Mayo de 1810. Con tal motivo propuso él que en Buenos Aires y en la plaza en que ya había sido erigido el monumento a San Martín se levantase un monumento al Ejército de los Andes y que en el pueblo de Yapeyú — el pueblo de nuestro héroe — se estableciese una escuela agrícola. Al mismo tiempo propuso que el poder ejecutivo contribuyese a la erección de una estatua de San Martín en Boulogne-sur-Mer y a la adquisición de la casa en que había fallecido el Libertador.

El monumento al Ejército de los Andes fué erigido efectivamente, pero no en la capital de la República, sino en Mendoza, eligiéndose para esto un cerro al pie de los contrafuertes andinos que luego fué bautizado con el nombre de Cerro de la Gloria. En el día de

(1) En obsequio de la verdad histórica es de nuestro deber recordar varios antecedentes relacionados con la erección de este monumento.

El 16 de julio de 1888, el congreso argentino destinó una suma de 100.000 pesos para erigir en Mendoza un monumento conmemorativo de las campañas del Ejército de los Andes y nombró luego una comisión encargada de llevar a cabo esta iniciativa. Como le dice don Adolfo A. Carranza, la comisión nunca se reunió, y caducó así una ley que debió ser inmediatamente cumplida. El promotor y miembro proponente de este proyecto lo había sido el doctor don Estanislao Zeballos.

Esta iniciativa, como se ve, difiere de la nuestra, pues ésta se relacionaba, no con el monumento al Ejército de los Andes — monumento que se ejecutó más tarde — sino con el monumento a San Martín o sea a la persona del Libertador. Por otra parte, mientras la iniciativa del doctor Zeballos quedó desahuciada por parte de los poderes que la habían proijado, la nuestra prosperó y sintió en el acto la acogida calurosa de la opinión. Es esto lo que aquí señalamos, no magnificando esta iniciativa, ni adjudicándonos tampoco méritos que no nos corresponden en la ejecución material de este monumento, fuera del señalado.

hoy, este monumento, obra del escultor Juan Ferrari, se destaca allí con sus líneas arquitecturales, con sus relieves y grupos alegóricos, recordando a todos los visitantes la magnitud y la trascendencia de aquella epopeya, cuya cuna fué Mendoza y cuyo límite extremo fué el Ecuador.

Cuando el doctor González presentó el proyecto a que aquí hacemos alusión, relacionado con la erección de un monumento a San Martín en Boulogne-sur-Mer, varios argentinos residentes en París se habían reunido ya en comisión, anticipándose a la ejecución que encerraba esa iniciativa. Formada la comisión encargada de recolectar los fondos que la ejecución de este proyecto exigía, sus miembros comenzaron por gestionar la autorización respectiva que debía ser otorgada por las autoridades francesas y a elegir el artista que ejecutaría la estatua. La elección recayó en el escultor H. Allouard, reputado por lo vigoroso de su cincel, y el 21 de mayo de 1909 los miembros de la comisión de homenaje a San Martín fueron informados por el alcalde de Boulogne-sur-Mer, que el emplazamiento asignado a la futura estatua era el conocido con el nombre de *Digue Sainte Beuve*, cercano a la playa y con frente al casino ⁽¹⁾.

El gobierno argentino hizo propia, por así decirlo, esta iniciativa privada y resolvió realzar debidamente este homenaje enviando a Boulogne-sur-Mer la fragata *Sarmiento* y además a ciento cincuenta Granaderos a caballo.

El día designado para la inauguración del monumento fué el 23 de octubre de 1909. La ceremonia se desarrolló por la tarde y se inició ella con el discurso pronunciado por el doctor Viera, presidente de la comisión y principal promotor del homenaje. El doctor Ernesto Bosch, ministro argentino en París, le siguió en el uso de la palabra, y en representación de su gobierno. Terminado su discurso, pronunció el suyo el general Brun, ministro de la Guerra, quien expresándose en nombre de su gobierno declaró: «Ce fut, Messieurs, une haute et fière figure que celle du général don José de San Martín, ce terrible champion de l'Indépendance. Conquérant généraux, administrateur intègre et sagace, législateur épris des idées de notre grande révolution; chef militaire plein de talent et de décision; rien ne manque à ce caractère pour compléter un homme d'essence supérieure, un homme qui honore l'humanité.»

El alcalde de Boulogne-sur-Mer se asoció a esta grandiosa manifestación, y en su discurso expresó así: «Le comité qui a conçu et l'artiste qui a exécuté cette belle statue l'ont comprise dans cet esprit; ce n'est point le glaive que porte la main de San Martín, cest le drapeau qu'elle fait flotter. Le drapeau, signe du ralliement,

(1) La comisión que se formó en París para honrar a San Martín en Boulogne-sur-Mer quedó constituida en esta forma: doctor Tomás B. Viera, doctor Lorerzo Inurrigarro, doctor Enrique B. Demaría. Figuraba en ella como miembro honorario el señor Roger Fighiera. Eran delegados de esta comisión en Buenos Aires el doctor Enrique C. Crotto, Gregorio Viera y el doctor Gregorio Araoz Alfaro.

de l'union entre les citoyens, emblème sacré de la Patrie, auquel on peut appliquer les paroles du poète:

*C'est le flambeau guidant les peuples en voyage
Vers la concorde et la solidarité.*

«Je le repète, la vue de ce monument est de nature à inspirer à tous les pensées les plus élevées et les plus fécondes. Le général de San Martín fut un redoutable guerrier, mais il mit son génie au service de causes justes. La victoire ne fut pas pour lui le moyen de satisfaire une ambition personnelle; elle ne fut que l'instrument de la libération des peuples. Les législateur valait le soldat et c'est à juste titre que la patrie a rendu à sa mémoire les plus grands hommages.

«La ville de Boulogne-sur-Mer dont les traditions historiques remontent aux âges les plus éloignés, reçoit avec bonheur ce souvenir d'un héros de l'époque contemporaine. Sa figure puissante et vénérée prend déjà, dans la cité où il finit ses jours, le beauté un peu lointaine des bienfaiteurs de l'humanité qu'a divinisés la gloire rayonnante».

El senador Calvet, el embajador de los Estados Unidos, los representantes del Brasil, de Colombia, del Perú y de Chile, lo mismo que el doctor Ortiz Pereyra en representación de la provincia de Corrientes, se sucedieron en la tribuna rememorando las virtudes y las proezas de San Martín.

Pero la nota elocuente por excelencia se desprendió en esa ocasión de los labios de Belisario Roldán. Después de un himno a Francia el orador se detuvo ante la figura de San Martín y declaró: «No fué Boulogne por cierto el sitio donde la muerte le sorprendiera casualmente, sino el rincón elegido por él mismo para vivir sus últimos días de proscrito voluntario. Había redimido a tres países, cruzando con sus ejércitos por donde las águilas cuelgan sus nidos; estaba radiante de laurel; cubríalo aún el polvo de las últimas batallas; era o podía ser el dueño casi absoluto de un mundo nuevo, y al reintegrarse al suelo nativo, ejecutada íntegramente la magna empresa, pensó y dijo que la presencia de un general afortunado podía constituir un peligro para democracias nacientes, clavó en el mundo su mirada triste y honda y buscó en la cuna de la libertad, buscó en la Francia, un regazo para sus últimas horas de Libertador sin recompensas... Así vino a Boulogne este romántico, que elegía enemigos entre los fuertes y se inventaba fraternidades con los débiles, y que un día, jinete en su zaino de pelea, echada hacia atrás la hermosa cabeza americana y hundida la mirada en horizontes infinitos de luz y de esperanza, había enseñado a su pegaso de combate que todos los opresores eran sus hermanos y que para las banderas de América que aun no habían nacido, porque la opresión ahogaba el advenimiento, contaba con un asta por cada brazo.

«Padre nuestro que estás en el bronce, agregó Roldán. Las progenies multiplicadas levantan el corazón para jurarlo: hemos hecho la patria que soñaste... es fecunda como tu vida, altiva como tus vanguardias, eminente como tus cumbres; en dignidad, en esfuerzo, en avance legítimo y también en virtudes, ha hecho honor en todo tiempo al relámpago soberbio que, a manera de aurora, trazó tu espada el día tormentoso del nacimiento; y así como siguiendo tu imagen viva entró en la libertad, entra a la gloria, un siglo después, por el pórtico de Francia, marchando de nuevo tras de tu imagen veneranda» (1).

Con el homenaje tributado a San Martín en Boulogne-sur-Mer se inició, por así decirlo, el ciclo de otros homenajes destinados a recordar y a glorificar dignamente al Libertador austral del nuevo mundo. El 9 de julio de 1922 fué inaugurada en Bogotá una plaza bautizada con el nombre de plaza de la República Argentina y en ella se le dió colocación a un busto de San Martín, obsequiado con tal objeto por el club del Progreso de Buenos Aires.

«El busto, nos dice en carta particular el doctor don Eduardo Labougle, ministro argentino en Colombia en aquel entonces, es relativamente pequeño para la importancia del Libertador y de la plaza en que fué erigido. El homenaje sin embargo tiene su valor y éste lo determina la aceptación y la importancia espiritual del símbolo».

Por iniciativa del Club del Progreso igualmente, institución ésta que data en Buenos Aires desde el año de 1852, resolvióse en 1921 y en signo de reciprocidad por la estatua de Wáshington donada a la ciudad de Buenos Aires por los estadounidenses, obsequiar a la gran República del Norte con una estatua del Libertador argentino. Esto resuelto, se dispuso proceder a una subscripción popular y al mismo tiempo se acordó que la estatua a erigirse fuera una exacta reproducción de la que existe en Buenos Aires y que su basamento fuese de granito argentino arrancado de las canteras de Cosquín en Córdoba, como igualmente que la piedra fundamental del monumento fuese de ónix, extraído del que existe en las minas de la provincia de San Luis.

Para mediados de 1925 el monumento a San Martín se encontraba ya listo y el 28 de octubre de ese año se procedió a su inauguración, la que efectivamente se caracterizó por su brillo y realce. Para emplazamiento del monumento se destinó una gran plaza rodeada

(1) Haciendo crónica de esta ceremonia, Belisario Roldán nos dice: «Ocupé con honda emoción la tribuna altísima. Bajo el cielo gris, la estatua se destacaba en la armoniosa plenitud de sus líneas. Ya habían desfilado a sus plantas, al galope de los caballos, los coraceros franceses; veteranos de la gran República habían saludado militarmente; sus entorchados ardían al fuego de la *Marsellesa*; miles de compatriotas, agrupados, prolongaban en anhelante y extraña vibración de patria el murmullo del agua inmediata; entre la inusitada solemnidad del cuadro la compacta muchedumbre se apiñaba ante el bronce como un regimiento alrededor de su jefe; y nuestras banderas, ondeando bajo la atmósfera plomiza, parecían querer aproximarse las unas a las otras para improvisar un poco de cielo argentino sobre la imagen del gran capitán. — Ver: BELISARIO ROLDÁN, hijo. *Discursos completos*.

en su casi totalidad de edificios públicos y conocida con el nombre de plaza de la Judicatura. «Esta estatua, escribe un cronista, que es la primera contribución de los sudamericanos a los monumentos de la ciudad de Wáshington, goza de la grandeza de su espléndido aislamiento, situada como se halla en sitio en que ningún otro monumento, ni siquiera una fuente, le disputa su dominio ni comparte su prominencia.

«En un marco adecuado de arboleda y guarnecido en ambos costados por el ornato de los edificios gubernamentales, llena por sí solo y como en pleno dominio de sus alrededores, toda la plaza de la Judicatura. Se trata de una estatua ecuestre de riquísimo bronce con un basamento macizo de granito en cuyo frontispicio hay una plaqueta que lleva la siguiente inscripción: *«José de San Martín, Fundador de la Independencia argentina, condujo al ejército libertador a través de los Andes y dió libertad a Chile y al Perú. Su nombre, como el de Wáshington, representa el ideal americano de democracia, de justicia y de libertad»*. La ceremonia fué realizada con la presencia del presidente de los Estados Unidos, Mr. Coolidge, de varios diplomáticos y de los principales sudamericanos residentes en Wáshington en aquel entonces, asistiendo además los altos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos y numeroso público. Después de una invocación religiosa hecha por el rector de la Universidad católica, S. S. I. el reverendo Thomas J. Shahan, el doctor Honorio Pueyrredón, en su carácter de embajador de la República Argentina, pronunció el discurso de presentación: «La ceremonia que hoy nos congrega, dijo él, para desvelar la estatua del héroe que selló con su acción la emancipación de medio Continente, exterioriza un sentimiento popular que revive en el presente la unidad de propósitos y de ideales del pasado. Los actos y las características del general San Martín se destacan entre las grandes personalidades morales de la historia contemporánea. Su genio militar, sus aspiraciones democráticas, sus principios republicanos y su acción libertadora realzan los límites de la propia patria, y su retiro de los acontecimientos renunciando al poder y a los honores para encerrarse en un digno ostracismo, dan la prueba irrecusable de que su aspiración a la gloria personal estaba muy por debajo de su ambición por la libertad y la soberanía de las naciones que él había contribuido a crear y establecer».

El diplomático argentino historió luego la figura del héroe y al señalar alguna de sus actitudes y de sus rasgos, puntualizó aquélla en la cual San Martín al dirigirse al presidente Monroe le dice: «V. E. que tiene el honor de presidir un pueblo libre que luchó y derramó su sangre en una causa similar a la de los habitantes de Sud América, está comprometido a prestar su protección al enviado argentino en lo que sea posible con la posición de su gobierno».

«Es para mí, concluyó él, motivo de patriótico orgullo entregar este bronce en nombre del pueblo argentino al respeto del pueblo

de los Estados Unidos y que ello sea por intermedio del estadista prominente que con tan grande eficacia y elevación de pensamiento dirige hoy su destino».

«Los grandes hombres, declaró al pronunciar su discurso el presidente Coolidge, pertenecen a la Humanidad; son encarnación de la verdad. Aun cuando sean expresión de circunstancias puramente locales, su influencia en definitiva es universal. Es esto lo que justifica la erección, dentro de nuestro propio país, de monumentos dedicados a las grandes figuras que han sido factores en adelantar el bienestar de los pueblos de otros países».

«En una ocasión como ésta, dijo más adelante, es imposible tratar de los servicios militares y civiles de un hombre como José de San Martín. Así como tantas de las figuras militares de la lucha de los Estados Unidos por su independencia hicieron en Europa sus primeras armas durante la guerra de siete años, así también San Martín había tenido su experiencia útil y variada en las guerras napoleónicas. Así como Jorge Wáshington aprendió de joven su ciencia militar en las fronteras de Pensilvania amenazadas por los indios así también San Martín recibió su educación una generación más tarde en las guerras de España en Europa y Africa; así como algunos distinguidos críticos militares han calificado la campaña de Wáshington en Trenton y Príncipe-ton como una operación militar de brillo incomparable, así en los anales de las guerras del Sur, otros han descrito el pasaje de los Andes por San Martín con su ejército patriota, como una hazaña más notable que el cruce de los Alpes por Aníbal o Napoleón».

«San Martín como nuestro Wáshington, declara luego, era uno de aquellos jefes militares verdaderamente inspirados que eran capaces de pensar a un mismo tiempo en las necesidades de la guerra y en las exigencias de la política, en el campo de batalla y en el gran foro humano. Para mí el más grande significado de San Martín y de sus tiempos y hazañas radica menos en su brillo en el momento donde fueron realizadas que en el veredicto justiciero que tiempos posteriores y una madura experiencia han pronunciado sobre ellas.

«Entre aquellos caudillos cuyo genio y valor realizaron en el nuevo mundo su sueño de libertad con independencia, ninguno fué movido por un horror más profundo a la guerra que San Martín. Ninguno entre sus contemporáneos hubiera dado aprobación más ferviente a la obra de hombres de Estado posteriores que tuvieron una visión de un Continente dedicado a la paz y a la verdadera felicidad de los pueblos. Débese a su sagacidad, más que a la de otro hombre alguno, la distribución del Continente sudamericano dentro de sus presentes linderos nacionales, porque San Martín poseía la clarividencia del hombre de Estado, hermanada con las cualidades del gran soldado y el patriota decidido». Al terminar, el presidente de los Estados Unidos expresó así: «Se me ha dicho que en casi todas las capitales sudamericanas se le han levantado monu-

mentos. Hoy, la nación que lo diera a la causa de la libertad presenta su estatua al gobierno de mi patria. Grato deber es para mí, en nombre del gobierno y del pueblo de los Estados Unidos, expresar el sumo placer con que la aceptan. ¡Que perdure en los siglos venideros para inspiración de cuantos aman la libertad! ¡Que sea siempre un recordativo de la amistad entre la gran nación que la da y aquella que se honra en recibirla! ¡Que sirva para mantener en el espíritu y el corazón de la humanidad el reconocimiento del sitio noble y honroso que hoy ocupa ese sistema republicano del nuevo mundo, de que San Martín fué uno de los más eminentes creadores!». Al terminarse los discursos, el presidente Coolidge en compañía del embajador de la República Argentina depositó una corona al pie del monumento, haciéndose luego otro tanto por el secretario de Estado, Mr. Frank B. Kellogg, presidente a la vez del consejo directivo de la Unión Panamericana, por el señor don Beltrán Mathieu, embajador de Chile, por el doctor Hernán Velarde, embajador del Perú, y por el doctor don Francisco Gerardo Yanes, encargado de negocios de Venezuela. Otras instituciones americanas representadas allí por sus presidentes o por un grupo de sus legionarios hicieron otro tanto, y terminada la colocación de las coronas se verificó un desfile militar en el cual tomaron parte fuerzas de infantería, de caballería, y de artillería del ejército de los Estados Unidos ⁽¹⁾.

México a su vez se decidió por honrar debidamente al Libertador argentino y lo hizo dando su nombre a uno de sus mejores parques.

Era el 26 de octubre de 1927 cuando el ayuntamiento de aquella capital se dirigía al secretario de Estado y del despacho de Relaciones Exteriores diciéndole: «El ilustre cabildo, en atención a la sugestión que se sirvió hacer esa secretaría de Estado a su merecido cargo en sesión ordinaria celebrada ayer, tuvo a bien acordar que el parque «México», situado en el fraccionamiento del hipódromo de esta ciudad, sea designado: «Parque General San Martín», héroe de la República Argentina, en vista de las cordiales relaciones que existen entre la mencionada República y nuestro país».

El homenaje que México quería tributar a San Martín no era tan sólo el de bautizar con su nombre un hermoso paseo, sino también el de colocar en él su estatua, y mientras llegaba la hora de verla surgir allí vaciada en el bronce, se resolvió colocar una

(1) El año de 1909 se abrió en Buenos Aires un concurso para la ejecución de un busto del general San Martín, busto que estaba destinado al Palacio de las Repúblicas Americanas existente en Wásgington. El doctor Pardo de Tavera obtuvo el primer premio por la ejecución de dicho busto que luego fué fundido en París.

En 1910 y con motivo del centenario argentino se le encargó al mismo escultor un ejemplar en mármol de este busto, para ser colocado, como actualmente lo está, en el salón de recepciones de la Casa Rosada en Buenos Aires. Otro similar y obsequiado por el gobierno argentino existe en el Palacio de la Moneda en Santiago de Chile. Una reproducción en bronce de este mismo busto ocupa un sitio de honor en el Banco Hipotecario de Buenos Aires.

placa vertical en la que se inscribió el nombre del héroe ínclito y del varón benemérito. «En el acto de ser descorrido el velo que cubre la placa broncea, dice el *Excelsior*, periódico de aquella capital, hará uso de la palabra el señor regidor de obras públicas a nombre del honorable ayuntamiento metropolitano, debiendo contestarle, en breve alocución, el Excmo. señor ministro, doctor Labougle. La colonia argentina hará guardia de honor en esos instantes. La obra material fué realizada por la Fundación Artística que trabaja en la calle de Asturias de la colonia de la Verónica.

«Para los argentinos y los mexicanos este homenaje tiene una especial significación en los anales del afecto que ambos pueblos se profesan, y viene a aumentar el número de los que en toda la América se han rendido ya al Libertador de tres Repúblicas: Argentina, Chile y Perú. Merecía tal tributo el soldado de los Andes que a la altura de Aníbal subió los parajes de la Cordillera».

En el momento de procederse a la inauguración del parque y de la placa consagrada a San Martín, el señor Pérez Medina tomó la palabra y en nombre del ayuntamiento de México declaró: «La ciudad de México, al dar el nombre del héroe inmortal argentino a uno de sus más bellos parques en el que pronto se levantará la estatua que recuerde al valeroso soldado que dió la libertad a la América del Sur, no hace sino patentizar que está fuertemente vinculada con la bella y próspera nación que bañan las aguas del Río de la Plata. Si fué elegido el nombre del general San Martín entre otros muchos nombres ilustres argentinos, como el representativo de aquella nación hermana, fué por los méritos de aquel que supo llevar triunfante la bandera alba y celeste en la guerra de Independencia, cuando la América toda afrontaba estoicamente el sacrificio, para realizar un anhelo: el de la libertad. México rinde hoy homenaje al Libertador y con ello da un fraternal abrazo a la República del Plata, porque si hacia el norte tiene México un vecino con el que debe llevar buena amistad, al sur del Suchiate se encuentran sus hermanas, sus familiares, las naciones de su mismo origen, de su misma habla, de su propia raza».

El doctor Labougle agradeció en nombre de su gobierno el homenaje tributado a la República Argentina en su héroe máximo y al hacerlo declaró: «Quiero repetir que la República Argentina reconoce las manifestaciones de simpatía que le ha acordado México, y las agradece correspondiendo en la misma forma, ya que allí se siguen con particular interés todas las palpitaciones de nuestra vida colectiva.

«Está bien el nombre de San Martín en este parque admirable porque así estará siempre presente en los corazones argentinos la figura de vuestra patria por cuya gloria formulo los más ardientes votos» (1).

(1) El nombre y la personalidad de San Martín es popular en México y débese esto en gran parte a la propaganda organizada en tal sentido por el *Centro Mexi-*

La república de Venezuela, con motivo del primer centenario de la batalla de Ayacucho, resolvió honrar la memoria de San Martín y en 9 de diciembre de 1924 se colocó en Caracas la piedra fundamental del monumento que allí se erigiría muy pronto en honor del vencedor de los Andes.

Este acto fué solemnizado de una manera brillante. Asistió a él el general don Juan Vicente Gómez, presidente de Venezuela, asistido de sus miembros y acompañado igualmente del representante diplomático del Perú.

«La elocuencia de este acto, dijo en tal ocasión don Laureano Vallenilla Lanz, fervoroso americanista, es superior a la de cuantos términos pudiera emplear para encarecer su significado moral y su trascendencia política hacia el mundo hispanoamericano y para explicar el profundo sentimiento de solidaridad que ha inspirado al gobierno de Venezuela al decretar la erección de un monumento al generalísimo don José de San Martín aquí, a las faldas del Avila, en el propio seno de la ciudad afortunada, cuna de Simón Bolívar, y en la misma fecha en que hace cien años allá en las elevadas y remotas cimas australes, los ejércitos de casi todos los pueblos que luchaban por su independencia se unían bajo una sola autoridad para alcanzar la victoria definitiva, y seguramente a esta misma hora en la gran metrópoli del Plata se realiza un acto semejante con la colocación de la piedra del monumento que el gobierno argentino eleva a la gloria del Libertador».

El orador concluyó su discurso diciendo: «Sustentadas por nuestra tierra americana, saludadas por el mismo sol que iluminó las victorias de Carabobo y Chacabuco, de Junín y Maipú, acariciadas por las mismas brisas que agitaron en las pampas y en las cumbres las banderas emancipadoras, bien están en Caracas y en Buenos Aires como en el seno de una misma patria, las efigies de los dos

cano de la Asociación Internacional Americanista. Esta institución ha organizado distintas veladas musicales y literarias para honrar la memoria de los héroes de Sud América, y el 23 de agosto de 1916 se organizó una dedicada exclusivamente a rememorar la figura del Libertador argentino por ser el 17 de agosto el aniversario de su fallecimiento. En esa ocasión el señor don Enrique E. Schultz, presidente de esa institución, pronunció una conferencia sobre San Martín. El señor Schultz es actualmente presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía. En distintas oportunidades se ha revelado un entusiasta y fervoroso admirador de nuestro prócer.

A propósito de este homenaje debemos declarar que la idea de dar el nombre de San Martín a un parque de la capital mexicana nació, como nos lo dice en una carta el doctor Labougle, de una visita hecha por él al presidente Calles en su casa de campo con el entonces encargado de Relaciones exteriores, señor Estrada. Esta iniciativa recibió el más cálido aplauso por parte de la prensa mexicana y fué entonces que el señor Labougle escribió a Buenos Aires, interesando a algunos de sus amigos a fin de que se hiciese una subscripción pública para obsequiar una estatua ecuestre de San Martín a la ciudad de México y colocarla en el parque que lleva su nombre. «La Liga Patriótica Argentina, nos dice textualmente en su carta, acogió la iniciativa transmitida en forma particular. Luego no sé en qué quedó, desgraciadamente. Yo salí de México en diciembre de 1927 y no he oído hablar más del asunto».

campeadores de la libertad, ahora cuando la América, después de un siglo que es un instante en la vida de las naciones, vuelve a Ayacucho a celebrar como una gloria común la etapa final de la revolución que alcanzaron en aquella batalla la inspiración de Bolívar y la espada de Sucre en el propio escenario que había iluminado con su gloria el general San Martín».

«Honrar la memoria del vencedor de Maipú — dijo a continuación el representante argentino en Caracas, el señor Hilarión Moreno — es delicadeza venezolana que ha llegado a la mente argentina. Por eso, señor presidente, sé que traduzco en estas palabras la emoción de mi patria y soy un eco argentino al decirlos que os estoy reconocido.

«Señor: habéis puesto la primera piedra del monumento a San Martín y con ello habéis hablado, a través del Continente, a la conciencia de mis conciudadanos que os devuelven el gesto entre los vítores con que Buenos Aires aclama al Libertador en este instante y cuyos ecos tienen que ser para Venezuela el símbolo de una amistad indestructible».

Durante las fiestas centenarias celebradas en Caracas en conmemoración de la muerte de Bolívar fué inaugurado el monumento a San Martín. La estatua es obra del escultor italiano Rafael Romanelli y San Martín ha sido representado por éste en una postura gallarda y gentil, como cuadra a la del ilustre Libertador. Su mano derecha se apoya en el cinto. De ésta se desprenden los pliegues de su capa y la mano izquierda descansa en el sable que a su vez tiene su punto de apoyo en las botas granaderas que calza el prócer. El pecho vese cruzado por una banda que debe serlo la banda protectoral y sobre este mismo pecho las condecoraciones usadas por San Martín. Los entorchados de su casaca son los correspondientes a su grado de general. El artista ha tratado de interpretar en la manera posible los rasgos predominantes de esta fisonomía viril.

Para lugar de su emplazamiento fué designada una de las mejores avenidas de Caracas bautizada a su vez con el nombre de San Martín. El monumento destácase con frente al grandioso edificio de la dirección de Sanidad, como así lo dice un correspondal argentino, a la sombra de un laurel centenario y en el camino obligado para los viajes al interior, de donde arranca una de las más bellas y extensas carreteras de Venezuela. El acto de la inauguración — celebróse éste el 20 de diciembre de 1930 — destacóse por su solemnidad y por su brillo. A las 11 de la mañana de ese día se encontraban reunidos frente al monumento el presidente de la República, su gabinete en pleno, el gobernador del Distrito Federal, el cuerpo de edecanes y funcionarios públicos, el cuerpo diplomático presidido por el Nuncio de S. S. Monseñor Cento y la oficialidad del crucero francés *Tourville*, rindiendo los honores militares previstos por el programa el batallón Bomboná. El presidente de Venezuela, llegada

la hora oportuna para iniciar la ceremonia, descubrió la estatua y en el acto se dejaron oír las notas armoniosas del himno venezolano y argentino.

Terminadas éstas el mismo presidente se acercó al pie del monumento y colocó en él una corona de inmortales. Otro tanto hicieron en orden respectivo, el representante del ejército venezolano, el representante del gobierno argentino en nombre de su patria y el ministro del Perú acompañado del secretario de la Legación y de la misión especial nombrada por el ejército peruano, presidida por el coronel de la Jara.

El representante del gobierno argentino, el señor José Garo, en su carácter de tal subió a la tribuna y después de celebrar la confraternidad de armas que unió en un mismo propósito a Bolívar y a San Martín, y de evocar los rasgos fundamentales de éste, concluyó diciendo: «Es digno del generoso pueblo de Venezuela esta ofrenda de respeto que eleva a nuestro amado patricio en la ciudad que vió la luz su esclarecido Libertador. Muy pronto el pueblo de mi patria ha de exteriorizar todo su fervor admirativo por el gran Bolívar, honrando con su arrogante efigie uno de los puntos más centrales de nuestra hermosa capital. Ambos héroes máximos de la revolución americana, merecen estos recíprocos justicieros tributos de veneración de las dos naciones que tuvieron la felicidad de engendrarlos».

El señor Vallenilla Lanz, que años antes había enaltecido ya la memoria de San Martín, al colocarse la piedra fundamental de ese monumento, volvió de nuevo a evocar la figura legendaria del héroe y lo hizo exponiendo el paralelismo libertador que a él le unía con Bolívar. En medio de su discurso declaró: «Nadie con mayores títulos que el héroe de Chacabuco y Maipú para representar en la patria de Bolívar a los grandes caudillos del Sur, porque nadie como el generalísimo José de San Martín puede equipararse al Libertador en la amplia visión y en el grandioso propósito de convertir la revolución de la independencia en una causa común para toda la América, de constituir una gran patria continental al amparo de un mismo derecho haciéndoles comprender a aquellos pueblos separados por largas distancias, pero unidos por la tradición, por el espíritu y por la lengua, que unos mismos destinos debían hacerlos pesar algún día en el equilibrio político del mundo».

El orador terminó su discurso significando que tanto el gobierno como el pueblo argentino podían estar seguros de que el monumento erigido allí en Caracas al generalísimo San Martín traducía los más amplios sentimientos de solidaridad y los votos más entusiastas del gobierno del pueblo de Venezuela. Estos votos, en el sentir del señor Vallenilla Lanz, perseguían otro fin y los encaminó su elocuencia — transcribimos sus palabras — «porque jamás se detenga el asombroso desarrollo de aquella gran nación que es gloria y honor de nuestra América».

Tal es en síntesis lo que llamamos la glorificación estatuaría de San Martín y que constituye, por así decirlo, la forma plástica más expresiva de su apoteosis.

Además de estos homenajes, el Libertador argentino ha sido y sigue siendo siempre objeto de manifestaciones admirativas, tanto en su patria como fuera de su patria.

En la República Argentina son múltiples los lugares que evocan el nombre de San Martín. Con éste se denominan partidos, calles, plazas, colegios e instituciones culturales, y aún de beneficencia.

Chile ha bautizado con el nombre de su Libertador, en Santiago, una de las calles más centrales de esta metrópoli y en recuerdo de la batalla que le franqueó sus puertas a la libertad, para honrar a San Martín, colocó una columna frente a la cuesta de Chacabuco.

El Perú a su vez ha perdurado el nombre de su Libertador y de su protector igualmente, dándole su nombre a uno de sus mejores departamentos del nordeste, que consta de tres provincias y cuya capital es la ciudad de Moyobamba. Además existen en el Perú diversos pueblos, caseríos y fundos con el nombre de San Martín, y en memoria del desembarco libertador, en la costa de Pisco, la caleta de las Paracas, que fué el punto elegido por San Martín para desembarcar, fué denominada de la Independencia. En la ciudad de Lima existe además la avenida San Martín, avenida que corre paralela a la carretera del Callao. El 14 de abril de 1921, el presidente Leguía, con motivo de las fiestas del centenario peruano, resolvió restablecer la Orden del Sol fundada por San Martín, y declarada extinguida por Bolívar el 9 de marzo de 1825. Esto se hizo ley el 29 de agosto de 1923, y el 6 de septiembre de ese mismo año, publicóse un decreto reglamentándola.

El 22 de agosto de 1919, la junta administrativa de Montevideo acordó designar con el nombre de San Martín a una de sus calles y pasó así a denominarse avenida General San Martín, la antigua calle del Reducto.

El 27 de marzo de 1921 la ciudad de la Habana honró a su vez al Libertador argentino, y en ese día, después de haberse dado su nombre a una de sus calles, se procedió a inaugurar solemnemente la placa conmemorativa de ese hecho.

La municipalidad de París bautizó con el nombre de «Avenue du General San Martín» uno de los caminos que cruza el parque conocido con el nombre de la *Butte Chaumont*, y acaso no está lejano el día en que el nombre del Libertador austral del nuevo mundo pase a figurar en el elenco de una arteria importante de la gran metrópoli, como ya figura el de Bolívar.

Con el andar del tiempo, otras estatuas y otros símbolos surgirán en distintos puntos del orbe para honrar su nombre y con él al esfuerzo civilizador que le sirvió de acicate.

La opinión de la posteridad aprecia los valores de los grandes

hombres según un concepto equitativo que no acompaña siempre a la de los contemporáneos. Es ésta la opinión en la cual confiara con serena tranquilidad nuestro Libertador, y no cabe duda que tratándose de un ensalzamiento merecido, ella tendrá para San Martín las loas y homenajes plásticos que se merece, quien cambió los destinos de un mundo con aquella epopeya cuyo punto de partida lo fué el Plata y su remate el Ecuador. Trátase de una glorificación progresiva que emerge de la historia y de la naturaleza intrínseca de un héroe que a modo singular la supo enaltecer con sus proezas.

CAPITULO XXIII

Centenario y repatriación de los restos de San Martín

SUMARIO: Proyecto para la repatriación de los restos de San Martín. — Se le discute y se convierte en ley. — La municipalidad de Buenos Aires y el terreno para levantar en él un sepulcro a San Martín. — El presidente Avellaneda con fecha 5 de abril de 1877 se dirige a sus conciudadanos para cumplir con un voto de gratitud. — Cómo habló Avellaneda en esa oportunidad. — «La reparación, declara él, es inevitable». — Don Angel Justiniano Carranza y un artículo sobre la batalla de Maipú. — Comisión encargada de recolectar fondos para la traslación de los restos de San Martín. — Una velada en el teatro Colón. — Festejos decretados para solemnizar el centenario del nacimiento de San Martín. — La procesión cívica. — Maniobras militares en el hipódromo de Palermo. — Conferencia literaria en el teatro Colón. — El discurso del doctor Manuel Quintana. — Composiciones literarias de los poetas Gutiérrez, Ensina y Andrade. — Trabajos de Vicuña Mackenna y de Mitre. — San Martín, dijo Mitre, es el germen de una idea grande que brota en las entrañas fecundas de nuestra tierra. — Los festejos centenarios del 25 de febrero de 1878 se inician con un *Te Deum* cantado por el arzobispo de Buenos Aires. — Colocación de la piedra fundamental del mausoleo que se le erigirá a San Martín en la catedral. — Recepción en los salones de la municipalidad. — Discursos del señor Perisena, de don Emilio Mitre y del general Vega. — Una alocución de Avellaneda. — La procesión cívica. — El carro simbólico. — Un espectáculo grandioso. — Mitre, intérprete de la multitud. — Discurso del presidente Avellaneda. — «Esta escena, dijo él, es solemne, como una sentencia histórica». — Los guerreros de la independencia alzados en brazos. — El gobierno del Uruguay y el de Chile se asocian a este homenaje. — El modelo del mausoleo presentado por Carrier-Belleuze aceptado por la comisión de la repatriación de los restos. — Construcción de la capilla en que se erigirá este mausoleo. — El transporte *Villarino* designado para trasladar los restos de San Martín. — Los restos de San Martín en el Havre. — El tránsito de estos restos hasta el embarcadero fué un espectáculo solemne. — Discurso de Balcarce al hacer su entrega. — Declaración del comandante del *Villarino*. — Acta levantada en ese entonces y firmada por los ministros y autoridades presentes. — La capilla mortuoria a bordo del *Villarino*. — Carta de Balcarce a Mitre, después de entregados los restos. — Los restos de San Martín y el gobierno uruguayo. — Decreto del presidente Santos cuando el *Villarino* se acerca a las costas del Uruguay. — El gobierno argentino declara feriado el día de la llegada de los restos de San Martín y designa la división naval que debe escoltar al *Villarino*. — Desembarco de los restos de San Martín en Montevideo. — Llegada del *Villarino* a la rada interior de Buenos Aires. — Los restos de San Martín a bordo del vapor *Talita*. — Una ceremonia grandiosa. — Los restos de San Martín transportados solemnemente sobre una parihuela. — Sarmiento y su discurso en el muelle de las Catalinas. — Del muelle de las Catalinas a la plaza de San Martín. — Discurso de Avellaneda en este acto. — «¡Sombra del gran capitán!, exclamó. Vuestro último voto

se encuentra cumplido, descansáis en vuestra tierra, levantaos para cubrirla». — Discurso del ministro del Perú. — Los restos de San Martín en la catedral. — Funeral celebrado el día en que los restos recibieron sepultura definitiva. — Cómo se llevó a cabo la inhumación de los restos. — El mausoleo de San Martín, sus estatuas y sus inscripciones.

La erección de la estatua de San Martín en Buenos Aires era ciertamente un acto de justicia reparadora, pero incompleto. El voto de la opinión lo comprendió así y el 18 de julio de 1864 los diputados Adolfo Alsina y Martín Ruiz Moreno presentaron a las Cámaras un proyecto de ley a fin de que el poder ejecutivo practicase inmediatamente las diligencias necesarias relacionadas con la traslación a su patria de los restos del benemérito general don José de San Martín. «Dichos restos, dice ese proyecto de ley, se colocarán en la capital de la República y provisoriamente en la ciudad de Buenos Aires». Al mismo tiempo se autorizaba al poder ejecutivo para todos los gastos que exigiese el cumplimiento de esta ley. «Los diputados que han tenido el honor de subscribir este proyecto, declaró entonces el señor Martín Ruiz Moreno, representante por Entre Ríos, encuentran que no es conciliable con la gratitud que la República debe a los servicios de su primer servidor dejar sus restos fuera de aquí. Hoy la República Argentina se halla unida y en completa paz; es el momento oportuno de sancionar la resolución que contiene el proyecto que se ha leído».

«En esto, agrega luego, hay algo más que una muestra de reconocimiento. Hay el cumplimiento de una obligación que consideramos sagrada. Sabido es cuánto amargaron el alma del benemérito general San Martín la envidia y otras malas pasiones. Que sirva, pues, esto de compensación y de justo homenaje rendido a su memoria. Hay la cláusula cuarta de su testamento que puede interpretarse como un deseo de que sus restos fuesen trasladados a su país. Ella dice: «Deseo que mi corazón sea depositado en Buenos Aires».

«Si no habla de sus restos, sin duda fué por un sentimiento de modestia; pero el solo hecho de legar la parte más noble de su cuerpo a una provincia de su patria importa indudablemente la manifestación del deseo de que sus restos se depositen en la República.

«El imperio francés, señor presidente, en donde se hallan los restos del general San Martín, no puede disputarnos el honor ni la gloria de guardar tan valioso tesoro. El general San Martín fué quien conquistó nuestra independencia. El que dió vida como nación a la República; de manera que nadie con más derecho que la República Argentina para guardar sus restos: poseer su corazón no es bastante».

Este proyecto fué sometido a estudio de la comisión respectiva, y despachado favorablemente; el 12 de agosto de ese mismo año quedó sancionado como ley en estos términos: «Autorízase al poder ejecutivo para hacer los gastos que demanda la traslación a la

República de los restos del benemérito brigadier general José de San Martín».

Un entorpecimiento imprevisto, es decir, la guerra con el Paraguay, impidió que se ejecutase con la celeridad que se deseaba este proyecto, y fué sólo en 1870 que el señor don Manuel Guerrico en su carácter de concejal y de amigo y admirador que había sido de San Martín se presentó en la municipalidad de Buenos Aires solicitando un terreno en el cementerio del Norte, para levantar allí un sepulcro a fin de que los restos de San Martín fuesen repatriados y ejecutada debidamente la ley del congreso argentino que así lo disponía.

En la sesión que esta corporación celebró el 20 de septiembre fué aceptada la proposición del señor Guerrico — la municipalidad se comprometía a construir este sepulcro —, pero pasó el tiempo y nada se hizo.

En 1876 se dictó una nueva ordenanza y por ella se hacía saber al gobierno de la nación que ya estaba preparado el local para el sepulcro en el cementerio, y que por lo tanto creía la municipalidad que había llegado el caso de autorizar la repatriación. Por razones políticas o por otras causas relacionadas con el malestar económico de aquel momento, los anhelos patrióticos de la corporación citada quedaron sin efecto. Pero lo que no se había hecho ni durante la presidencia de Urquiza, de Mitre ni de Sarmiento, se hizo bajo la presidencia de don Nicolás Avellaneda, quien a los pocos años de haber subido a las gradas de la suprema magistratura, con fecha 5 de abril de 1877 se dirigió a sus conciudadanos para que el pueblo argentino cumpliera con el voto de gratitud que era la deuda sagrada de dos generaciones. He aquí la manera patriótica y elocuente con que Avellaneda habló en ese entonces a los argentinos. «Es hoy el aniversario de Maipú. Han transcurrido cincuenta y nueve años desde el día excelso de la victoria, y tres naciones independientes y diez millones de hombres libres pueden ponerse de pie impulsados por la gratitud para repetir el grito con que el dictador O'Higgins saludó al vencedor sobre el campo mismo de batalla: «¡Gloria al salvador de Chile!»

«¿Quién era el vencedor? Su nombre se encontraba ya inscrito en el número de los grandes capitanes de la historia. La hazaña de la epopeya americana estaba ejecutada; y un año antes el pueblo argentino había levantado sobre su cabeza, en la plaza de Mayo y bajo la sombra de una nueva bandera enarbolada por Belgrano, un escudo con este letrero que leyó entonces la América y que ha recogido hoy la historia: *«La patria en Chacabuco, al Vencedor de los Andes»*. Tres años después, el nombre del vencedor de Chacabuco y de Maipú volvía a asociarse a una de las escenas más solemnes en la historia de este Continente. Detengámonos para contemplarla.

«Lima, la ciudad de los Reyes, la metrópoli de las colonias es ya

libre. Están solemnemente representadas en su plaza Mayor todas las instituciones coloniales. He ahí el excelentísimo Ayuntamiento que ha custodiado durante tres siglos el estandarte real de la conquista que trajo Pizarro, y bordado por las manos augustas de la madre de Carlos V; helo ahí abatido sobre la haz de la tierra. He ahí la ciudad de San Marcos precedida por sus cuatro colegios y los prelados y párrocos de sus setenta iglesias. Hay construído un tablado en el lugar mismo donde la santa inquisición encendió su hoguera. Un hombre está de pie para hablar desde su altura y agitando el pendón de una nueva nación pronuncia estas palabras: «El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende».

«El nombre del general don José de San Martín subió en clamores hasta el cielo; y el hecho del día fué perpetuado por las inscripciones de una medalla vaciada en bronce imperecedero. *Lima juró su independencia en 28 de julio de 1821, bajo la protección del ejército libertador comandado por San Martín*».

«Esta es la obra del guerrero, exclama luego el magnífico presidente. Su espada sólo brilló para emancipar pueblos y representa la acción exterior de la revolución de Mayo, saliendo de sus límites naturales, abarcando la mitad de la América con sus vastas concepciones, y contribuyendo con sus generales y sus soldados a sellar la independencia de muchos pueblos». Y luego: «¿Dónde está su tumba para que vayamos en piadosa romería a rendirle honores fúnebres en el aniversario de sus batallas?»

«¡Su tumba! El movimiento natural de los corazones enternecidos y agitados por grandes y poéticos recuerdos iría a buscarla en el fondo de esta su América, apartando las hiedras gigantescas que aprietan las piedras de los templos derruídos, en aquel misterioso pueblo de Yapeyú, capital de las Misiones, entre las selvas impenetrables y los monumentos legendarios de la dominación jesuítica que fueron la primera visión de su infancia.

«¡Su tumba! La gratitud y el orgullo querrían encontrarla en la plaza del Retiro, de donde salieron sus famosos granaderos que vencieron en San Lorenzo y once años después en Junín, para que su gran sombra continuara pasando la revista de nuestros soldados a la vuelta y a la partida. Busquemos más. Donde se durmió el sueño de la victoria se puede dormir en paz y en gloria el eterno sueño de la muerte. ¿Por qué no hallaríamos la tumba del general San Martín del otro lado de los Andes, al pie de la cuesta de Chacabuco, entre las ásperas sinuosidades de la roca dura, donde reclinó su frente tras de la batalla, sin orgullo y meditabundo, austero y doblemente vencedor?»

«Mas no. La América independiente no muestra entre sus monumentos el sepulcro del primero de sus soldados. La República Argentina no guarda los despojos humanos del más glorioso de sus

hijos. La reparación es inevitable. Haya justicia póstuma en los pueblos, conciencia en la historia y luz sin sombra para las nuevas generaciones».

«En nombre de nuestra gloria como nación, agrega luego, invocando la gratitud que la posteridad debe a sus benefactores, invito a mis conciudadanos desde el Plata hasta Bolivia, y hasta los Andes, a reunirse en asociaciones patrióticas, recoger fondos y promover la traslación de los restos mortales de don José de San Martín para encerrarlos dentro de un monumento nacional, bajo las bóvedas de la catedral de Buenos Aires».

Formulada esta invitación y que al mismo tiempo traduce un mandato ejecutivo, Avellaneda se detiene en otros pormenores y consideraciones relacionados con la vida del héroe, y al llegar al punto que cierra su trayectoria libertadora, declara. «La envidia gritó: los misterios de Guayaquil. La calumnia irguiéndose fué a buscar al héroe en las soledades del destierro. San Martín se concentra silencioso en el sentimiento de su gloria. ¿Qué valdría la palabra si no valió la inmólación? Los años pasan estériles. Pongámonos de pie. El drama humano ya concluye. El general San Martín va por fin a hablar, no en presencia de los hombres, sino ante Dios.

«¡Es él! y se nombra. Escuchemos la enumeración de sus títulos que ningún argentino de las presentes y futuras generaciones volverá a reunir: Yo, José de San Martín, generalísimo de la República del Perú y Fundador de su libertad, capitán general de la de Chile y brigadier general de la República Argentina... prohibo que se me haga ningún género de funerales».

«¿Para qué, en verdad?, agrega Avellaneda. Hace treinta años que sobreviviéndose a sí mismo, lleva sus funerales como una urna cineraria, dentro de su propio corazón. Pero no todo está muerto en él. La fibra humana conserva aún sus vibraciones para los cariños supremos. Ama a su hija y la menciona con palabras de indecible ternura. Ama a su patria y le lega su corazón: «desearía que mi corazón fuese depositado en el cementerio de Buenos Aires».

«Invito nuevamente a mis conciudadanos, concluye el presidente argentino, para recoger con espíritu piadoso y fraternal este santo legado. Las cenizas del primero de los argentinos según el juicio universal no deben permanecer por más tiempo fuera de la patria. Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre tumbas gloriosas, son los que mejor preparan el porvenir».

Al mismo tiempo que la proclama de Avellaneda era conocida en Buenos Aires, como en los otros pueblos de la República, don Angel Justiniano Carranza rememoraba las proezas de San Martín en un órgano de la capital, y después de detenerse a estudiar la batalla de Maipú, concluía su artículo reclamando que el día 25 de febrero de 1878, primer centenario del nacimiento de San Martín, los restos del preclaro Libertador se encontrasen ya en el seno de la patria.

Este eco y sobre todo el llamado entusiasta y soberano del primer magistrado, encontraron amplia y calurosa acogida en la opinión, y el 11 de abril el presidente Avellaneda firmó un decreto designando la comisión metropolitana que en colaboración con las existentes ya en las distintas provincias de la República, recolectase los fondos y procediese de la manera más conveniente a la traslación de los restos de San Martín y a erigirle un monumento fúnebre en la catedral de Buenos Aires ⁽¹⁾.

Como consecuencia de esta resolución, el día 25 de Mayo de ese mismo año se procedió a una velada literaria en el teatro Colón. En ella tomaron la palabra don José Manuel Estrada, siguiéndole luego el general Nicolás de Vega en representación de los pocos guerreros que sobrevivían aún y que habían militado bajo las órdenes de San Martín.

En esa velada se leyeron distintos trabajos de carácter histórico debidos a la pluma de Bartolomé Mitre, de Juan María Gutiérrez y del doctor Mariano Moreno, y no pudiendo faltar el coro de los poetas, cantaron a San Martín en ese acto Martín Coronado, Gervasio Méndez, Olegario V. Andrade, Estanislao del Campo y Julio E. Mitre. Fué entonces que la lira de Andrade enriqueció la musa argentina consagrando a San Martín aquel *Nido de Cóndores*, canto cuyas estrofas constituyen la consagración épica de la epopeya.

Mientras no se procedía a la traslación de los restos, acercándose la fecha del natalicio de San Martín, el poder ejecutivo con fecha 14 de enero de 1878 lanzó un decreto para festejarlo dignamente. Por ese decreto se declara feriado el día 25 de febrero, se nombra una comisión compuesta toda ella de prestigiosos ciudadanos y se dispone que se organice una conferencia literaria; que en las provincias se proceda a hacer otro tanto y que el producto de estas conferencias se destine a aumentar los fondos de repatriación que en ese momento se recolectan ⁽²⁾.

(1) La comisión central de este homenaje a San Martín quedó constituida en la siguiente forma: Mariano Acosta, vicepresidente de la República; Félix Frías, presidente de la cámara de diputados; doctor Salvador María del Carril, presidente de la corte suprema; doctor Luis Sáenz Peña, vicegobernador de la provincia de Buenos Aires; general Martín de Gainza; general Julio de Vedia; Ricardo Lavalle, presidente de la cámara de diputados de la provincia; señor Enrique Perisena, presidente de la municipalidad de Buenos Aires; doctor Manuel M. Escalada, vocal de la suprema corte de Justicia provincial; doctor don Antonio E. Malaver y doctor Manuel A. Montes de Oca. Fueron designados secretarios de la comisión Carlos M. Saravia, que era a su vez secretario del senado nacional, y el doctor Aurelio Prado y Rojas, secretario igualmente de la corte suprema de Justicia de la provincia de Buenos Aires.

(2) La comisión designada por el presidente Avellaneda para festejar a San Martín en el centenario de su natalicio quedó constituida así: presidente, doctor Manuel Quintana; vocales: doctor Miguel Goyena, doctor Olegario Ojeda, don José M. Estrada, doctor Aristóbulo del Valle, doctor Pedro Goyena, doctor José C. Paz, don Olegario Andrade, doctor Eduardo Wilde, doctor Manuel M. Zorrilla, doctor Dardo Rocha, doctor Carlos Pellegrini, doctor Ricardo Gutiérrez, doctor Manuel A. Montes de Oca, doctor Wenceslao Pacheco, doctor José A. Terry, doctor Emilio Lamarea, doctor Norberto Quirno Costa, doctor Ignacio Pirovano, doctor

Por su parte, la municipalidad de Buenos Aires lanzó igualmente un decreto disponiendo la iluminación de la plaza de la Victoria y de los edificios públicos que la circundaban, invitando al vecindario tanto nacional como extranjero, a que hiciese otro tanto con la fachada de sus casas y enarbolando a la vez en ellas la bandera argentina.

Además, mandó acuñar tres mil medallas conmemorativas y dispuso que el 25 por la noche se abriesen los salones municipales en honor de los guerreros que contribuyeron con su brazo a la independencia argentina y sobrevivientes aún, acompañando éstas y otras decisiones más con un bando dirigido al vecindario porteño fundamentando la razón y significado de estos homenajes. «Los sentimientos elevados, tantas veces probados, se dice en él, del pueblo de Buenos Aires, nos hacen esperar que las fiestas que van a celebrarse serán dignas por el entusiasmo patriótico que en ellas reina de la memoria del primer guerrero sudamericano y del ciudadano cuyas virtudes son digno ejemplo para el mundo».

Al mismo tiempo que la municipalidad de Buenos Aires se asociaba así a los festejos decretados por el ejecutivo, acordó bautizar con su nombre, es decir, denominándola plaza del General San Martín, aquella en que estaba su monumento y que era conocida con el nombre de plaza de Marte.

El día 22 de febrero comenzaron las fiestas centenarias. Todas las casas de la capital aparecieron cubiertas de banderas.

Al frente del cabildo se había colocado un gran letrero con esta inscripción: «*Honor a San Martín*», y tanto en la plaza de Marte como en la plaza de la Victoria, arcos de triunfo, cubiertos ellos de laureles.

El día 23 fué destinado a la procesión cívica en honor del Libertador. Encabezábanla los cadetes del Colegio Militar y los grumetes de la armada y seguían luego los niños y niñas de las escuelas. Estas vestían de azul y blanco y los varones llevaban escarapelas en los mismos colores y bandas cruzadas al pecho. El desfile se inició en la plaza de la Victoria, y por la calle de la Florida se dirigieron los manifestantes a la plaza del Retiro, depositando cada uno de ellos un ramo de flores al pie de la estatua del Libertador. Este desfile, según la crónica, duró dos horas y fué presenciado por millares de espectadores que unieron sus aclamaciones y aplausos a los de la columna.

Por la noche se celebró en el río una fiesta veneciana y esta fiesta, como la iluminación de la ciudad — la plaza de la Victoria brillaba con 22.000 luces que transparentaban el azul y blanco de la bande-

Luis V. Varela, doctor Emilio Villafañe, doctor Martín Llavallol, doctor Guillermo White, doctor Estanislao S. Zeballos, doctor Bernardo Solveyra, doctor Aurelio Prado y Rojas, doctor Héctor Alvarez, doctor Carlos Salas, doctor Hugo A. Bunge, don Carlos Encina, doctor Lucio V. López, doctor Roque Sáenz Peña; secretarios: doctor Angel G. Carranza Mármol y don Luis F. Fuentes.

ra —, constituyó un motivo de expansión y de alegría comunicativa por parte del público.

El día 24 se realizaron las maniobras militares en el hipódromo de Palermo. Tomaron parte en ellas un regimiento de artillería, el batallón 6 de línea, el batallón Guardia Provincial, la escuela militar, los bomberos, el regimiento provincial de caballería y la escolta del presidente, comandando las fuerzas el general Julio de Vedia. Este desfile fué precedido por una misa de campaña que celebró el capellán castrense, presbítero Sevilla Vásquez, y terminado él se le sirvió un almuerzo a la tropa, la cual a su vez completó ese día con otros festejos.

Por la noche se procedió a celebrar en el teatro Colón la fiesta literaria decretada por el ejecutivo.

El doctor Manuel Quintana como presidente de la comisión tomó la palabra y en medio de la expectativa general declaró: «Mañana hará un siglo que en la derruida capital de la provincia de Misiones naciera modestamente un niño que traía estampado sobre su frente el sello luminoso del genio y de la gloria. Militar de vocación y raza, San Martín insume los primeros años de su espartana juventud en los colegios y en los campamentos, retemplando su espíritu y su cuerpo para las memorables campañas que pronto acometerá en defensa de la más grande de todas las causas: la causa de la emancipación de los pueblos, contra la opresión de sus conquistadores». Después de este preámbulo y de recordar sus grandes victorias en América, Quintana concluye: «Tan puro como Belgrano, más abnegado que Bolívar, y primer capitán de su época, nadie puede ostentar títulos más acrisolados al reconocimiento de los pueblos que redimiera por el esfuerzo aunado de su genio y de su audacia.

«Menos afortunado que Wáshington, careció de la oportunidad de mostrar en el gobierno tranquilo de las sociedades las elevadas dotes y las austeras virtudes que revela en el comando de sus ejércitos; pero, a semejanza del héroe norteamericano, el fallo justiciero de la posteridad le proclama en alta voz el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el amor de sus ciudadanos».

En este acto se leyeron composiciones literarias, salidas del estro poético de Ricardo Gutiérrez, de Carlos Encina y de Olegario Andrade, y temas históricos concebidos y magistralmente tratados por Benjamín Vicuña Mackenna y Bartolomé Mitre. Este último leyó en esa ocasión el trabajo que intituló *Las Cuentas del Gran Capitán*. «El general San Martín, dijo Mitre, pertenecía a esta austera escuela del deber contemporáneo y de la fiscalización póstuma, y al cabo de cien años, él puede presentarse a su posteridad con su cuenta corriente en regla, pidiendo el finiquito de ella, en vista de lo que recibió, de lo que gastó y de la herencia de gloria que legó a sus hijos».

El ilustre publicista pasa revista luego a la vida meticulosa, eco-

nómica y espartana de San Martín. La exhibe tal cual es, en sus campamentos como en su residencia en Santiago, y después de trazar en grandes rasgos la vida de este desinteresado capitán, declara: «San Martín es el germen de una idea grande que brota en las entrañas fecundas de nuestra tierra; es la fuerza viva de nuestras arterias que pone en vibración los átomos inertes de un hemisferio; es la irradiación luminosa de nuestros principios, que se propaga por todo un Continente; es la acción heroica de nuestra patria que se dilata, el cometa que con cauda flamígera se desprende de la nebulosa de la nacionalidad argentina, y que después de recorrer su órbita elíptica, cuando todos lo creían perdido en los espacios vuelve más condensado a aquel punto de partida al cabo de cien años». Y luego: «Hemos fundido su estatua en el bronce de la inmortalidad que no puede confundirse con el metal impuro que se vacía en moldes vulgares. Hemos rehabilitado su personalidad moral, así en el orden político y militar como en los dominios oscuros de la conciencia individual. Hemos reparado el olvido, le hemos honrado en muerte y confiamos a los venideros la debida reparación póstuma.

«Por último, celebramos hoy su apoteosis en su primer centenario — el primero que se celebra entre nosotros —, y de hoy en adelante, mientras la tierra argentina produzca hombres libres, mientras el sol de nuestra bandera no se eclipse, mientras lata en ella un solo corazón y vibre un labio que repercuta sus generosos latidos, el nombre de San Martín continuará glorificado de siglo en siglo».

«Pero aun nos queda algo más que hacer, concluye Mitre, para pagar nuestra deuda histórica. ¡Todavía le debemos los siete pies de tierra de la tumba! El día que repatriemos sus huesos desterrados, el día que los abracemos con amor y con palmas en las manos los confiemos al seno de la madre fecunda que los crió, en ese día se habrá cerrado el balance de la histórica cuenta, porque sólo entonces descansarán en el blando seno de nuestra patria los huesos quebrantados del último de sus grandes proscritos de ultratumba» (1).

El día 25 de febrero — día del natalicio del Libertador — se iniciaron los festejos con un *Te Deum* cantado por el arzobispo de Buenos Aires, doctor don Federico Aneiros, en la iglesia metropolitana. A esta ceremonia asistió el presidente de la República, el cuerpo diplomático, los jefes del ejército, los representantes del congreso, de la magistratura y de las altas dependencias del Estado.

Terminado él, se pasó a la nave derecha del mismo templo y se procedió a la colocación de la piedra fundamental del mausoleo que debía erigirse allí para servir de sepulcro a los restos del prócer. Para esto eligióse la capilla donde se veneraba la imagen de Nues-

(1) *Arengas*, pág. 678.

tra Señora de la Paz, y bendecida la piedra fundamental por el señor arzobispo, se la colocó en el sitio que se le tenía reservado, arrojándose sobre ella en el acto la mezcla que debía recubrir la. En esta ceremonia se emplearon cucharas de acero pulido con mangos de caoba; y después de haber arrojado su primera cucharada el doctor Avellaneda, en su calidad de presidente de la República, le siguieron en orden sucesivo el arzobispo, el presidente de la comisión del centenario, doctor Quintana, el ministro de Chile, don Diego Barros Arana, el brigadier general don Bartolomé Mitre, el general Rufino Guido, el general Eustaquio Frías, el general Nicolás Vega, el coronel Jerónimo Espejo, el coronel Evaristo Uriburu, el coronel José María Pinedo, el capitán Manuel Allende, el alférez José María Jarquín, y el presidente de la municipalidad.

Por la tarde abriéronse los salones de la municipalidad, donde se procedió a la recepción ya prefijada en el programa de los festejos para saludar solemnemente a los próceres de la independencia sobrevivientes y actuantes en aquella ceremonia.

El intendente municipal señor Perisena abrió el acto y después tomó la palabra el general don Emilio Mitre. «Al conmemorar hoy con su apoteosis, dijo éste, la memoria del ilustre San Martín en su centenario, el ejército argentino tiene el deber de jurar, a la sombra de su histórica bandera, que nunca en ningún caso se separará de la senda del honor que le trazaron sus grandes progenitores con su victoriosa espada, que conservará como una herencia sagrada sus tradiciones, que se inspirará en sus grandes ejemplos, que aprenderá en sus grandes lecciones, que se fortalecerá por su noble espíritu, procurando hacerse digno de tan numeroso legado de gloria, de virtud, de abnegación y de heroísmo, de vosotros, últimos guerreros de nuestra independencia y libertad, que sois los representantes bendecidos y laureados por las manos de dos generaciones».

«Señores generales, jefes, oficiales y soldados de la independencia argentina, declaró luego. El nuevo ejército de la República saluda en vosotros al antiguo, al heroico, al inmortal ejército argentino de nuestros grandes tiempos, cuyos hechos nos servirán siempre de norma y cuya bandera envuelta por el humo de cien batallas será nuestro guía en medio del combate, en medio de la paz y en las grandes festividades cívicas que, como la de hoy, conmemoren vuestras hazañas.

«Sentimos una legítima satisfacción y tenemos verdadero orgullo al poder decir ante vosotros, ante la bandera azul y blanca, símbolo de nuestra nacionalidad, fundada por vuestros valerosos esfuerzos, ante la generación que os saluda con respeto, que el nombre de San Martín será eterno en las filas del ejército argentino que marcha tras sus huellas gloriosas y que siempre, en todo tiempo, será saludada con veneración y entusiasmo la memoria del gran capitán y del gran ciudadano que de lo alto de los Andes dió a la América este inmortal santo y seña que todavía resuena en los espacios de

un mundo y repetirá la posteridad: *Patria, Independencia, Libertad*».

Terminada esta alocución, levantóse el general Vega para responderla. El anciano apenas podía tenerse en pie, y dominado por un sentimiento emotivo que hacía correr las lágrimas por sus mejillas, declaró: «Señor general, los recuerdos que acabáis de invocar y que son el eco de tiempos gloriosos me conmueven hondamente y me reconozco incapaz de explicar los sentimientos que me inspiran. Estos son los mismos, ciertamente, de todos los guerreros de la independencia que nos escuchan a ambos. Son también los del pueblo argentino en esta fiesta secular del gran capitán San Martín y están destinados a grabarse en el corazón de nuestros hijos.

«La patria y el ejército necesitan cubrirse de esas virtudes de que dieron ejemplo los padres de la revolución americana.

«Sin la escuela del heroísmo la República está expuesta a perecer. Pero al contemplar la veneración de que son objeto las reliquias de una época fecunda en la historia de la humanidad, el espíritu se complace en la esperanza que esas lecciones sublimes no serán estériles para el honor de la nación y para la felicidad de las generaciones venideras».

El presidente de la República que asistía al acto no pudo substraerse al voto de todos aquellos que formaban esta asamblea, y dejándose llevar de la elocuencia propia de su figura de tribuno, declaró: «Somos capaces de dar fiesta al pueblo. ¿Lo seremos igualmente de darle días de gloria? He ahí el pensamiento que ha debido labrar nuestro espíritu en medio de estos regocijos consagrados a las grandes memorias».

«Las emociones que agitan hasta el delirio de lo sublime el corazón de los pueblos, agregó, no se expresan. Se vuelve la vista a los oradores y se les pide una palabra; pero ella será siempre impotente ante la embriaguez de los corazones. Por esto se acude en tales momentos a los grandes símbolos. La bandera de la patria se agita flameando sobre todas las cabezas y las notas del himno nacional resuenan en todos los labios. Pidamos al himno de Mayo que acompañe esta escena».

Como lo pedía el supremo magistrado, las bandas militares dejaron oír en el acto el himno de la patria y al terminar sus acordes se pasó a otro salón en cuyo fondo se destacaba la imagen de San Martín coronada de este lema: «*Al vencedor de los Andes*». En esta nueva ceremonia se procedió a la distribución de las medallas. Eran de oro las destinadas a los guerreros de la Independencia que se hallaron en Chacabuco y Maipú, de plata las que se distribuyeron entre las comisiones del centenario y de los poderes públicos, y de cobre las destinadas al pueblo. Estas fueron arrojadas a la multitud desde los balcones de la casa municipal.

Por la tarde se llevó a cabo la procesión cívica, acto éste con el



OLMO CENTENARIO EXISTENTE EN LA PROPIEDAD COMPRADA POR BALCARCE
EN BRUNOY, DESPUÉS DE LA MUERTE DE SAN MARTÍN

cual se quería reflejar la emoción y el voto colectivo de un pueblo. El trayecto que ella debía recorrer era el comprendido entre la plaza de la Victoria y la plaza de Marte, ya bautizada con el nombre de plaza San Martín. A las tres de la tarde era inmensa la multitud que se apiñaba en torno de la plaza, en sus recovas, en las azoteas de los edificios adyacentes y en todas las arterias urbanas que allí convergían. A las seis se inició el desfile, y la columna que lo formaba veíase precedida en su marcha por el teniente coronel Domingo Viejobueno, jefe de policía, y por los gendarmes a caballo que formaban su escolta. Seguía luego la banda de música compuesta de ciento setenta ejecutantes y tras de ésta iban el presidente de la República, el vicepresidente, sus ministros y el ministro de Chile, señor Barros Arana, completando este grupo el gobernador de la provincia de Buenos Aires.

El segundo grupo lo componía el doctor Manuel Quintana y la comisión del centenario. El tercero, los miembros de la legislatura de la provincia de Buenos Aires, los miembros del congreso nacional, los jefes y oficiales francos de la guarnición, los miembros de la municipalidad, de la magistratura y la lista civil de la administración.

Venía luego alzado en un carro simbólico y arrastrado por seis caballos un busto del general San Martín, obra del escultor Romaine. Detrás de éste los carruajes destinados a recibir en el retiro a los guerreros de la Independencia, y haciendo guardia de honor al grupo alegórico de San Martín los cadetes de Palermo, lujosamente vestidos y luciendo sus penachos blancos. La marina argentina se asoció a estas solemnidades llevando en triunfo la espada del almirante Brown y la bandera del Juncal, la cual era conducida por un capitán de marina acompañado de dos aspirantes. A éstos seguían cincuenta marineros y los inválidos de la escuadra, la comisión de la estatua ya decretada en honor de Brown, los jefes y oficiales francos de la escuadra, la escuela naval, y cerrando este grupo los inválidos de las guerras nacionales.

En seguida formaban los miembros de la Sociedad Científica Argentina, de la Sociedad Rural, del Club Industrial, de la Sociedad de Horticultura y de otras más que tenían su sede en la capital argentina. Estas instituciones precedían al carro triunfal en el cual se simbolizaba con una imagen a la República, y tras de ésta marchaba un grupo de doscientos estudiantes, cruzados sus pechos con bandas azules y blancas, y todas las sociedades extranjeras que se asociaron a este acto con sus estandartes y con sus bandas de música. Toda esta procesión, cuyo número no era inferior a treinta mil almas, desfiló por la calle Florida, y el primer grupo de su comitiva, al entrar en la plaza donde se destacaba el monumento de San Martín, fué recibido por el general Julio de Vedia que comandaba las tropas. « No hay palabras, nos dice un testigo presencial de estas manifestaciones, suficientemente expresivas para

describir la importante majestad de esta escena. La plaza presentaba un aspecto misterioso y encantador, con la red de faroles chinoscos encendidos, los pendones flotantes y las luces de gas. A uno y otro lado de la calle de árboles, formados en orden de parada estaban los cuerpos de guardia provincial y el 6 de línea con el coronel José I. Garmendia y comandante Manuel Fernández Oro a la cabeza». Pero si el espectáculo era en ese momento grandioso, según este mismo cronista, lo fué sublime al pie de la estatua de San Martín. Se encontraban allí con sus cabezas descubiertas sus antiguos soldados. Generales, coroneles y oficiales formaban un grupo «que inspiraba veneración y ternura», y fué entonces que se lanzaron al aire los globos alegóricos, que la artillería procedió a sus salvas de ordenanza y que se volvió a cantar el himno nacional por millares de voces en medio de un gran arrebató patriótico.

Aun cuando el programa de los festejos no señalaba ninguna nota oratoria que realizase esa solemnidad, el general Mitre se hizo intérprete del voto de la multitud y tomando la palabra puso en relieve las proezas realizadas por cada uno de los soldados de la independencia allí presentes. Es así como en el general Frías saludó al sargento de Pasco; en Guido, al cadete de 1812; en Espejo, al soldado voluntario de Mendoza de 1815; en Vega, al heroico soldado de los Andes; en Uriburu, al guerrillero de Salta en tiempo de Güemes, y en Quesada al vencedor de los españoles en los muros de Montevideo.

En seguida tomó la palabra el presidente de la República, quien con su elocuencia habitual habló a los millares de argentinos allí presentes en estos términos. «¡Cuán solemne es esta escena! La sentimos sobre nuestros corazones, pero ella no puede ser muda y necesita ser no precisamente expresada, sino acompañada por la palabra de uno de nosotros.

«Se puede hablar bien, se puede hablar mal. Es casi indiferente. Sólo se pide en estos casos el sonido de la voz humana, como se busca oír el murmullo del viento en la espesura del bosque, o el movimiento tumultuoso de las ondas cuando se contempla el mar inmenso desde sus playas. El verdadero discurso se halla en el alma del espectador. Hace un siglo nació un niño que empezaba con él la vida de un hombre. No había empezado todavía la de su pueblo, porque el niño, hecho hombre, debía ser de aquellos héroes que aparecen en los principios de las historias, dando existencia o libertad a su nación. Son los primeros porque son los creadores y son los favorecidos porque tienen por sustentáculo para su gloria la grandeza de los pueblos que nacieron a la luz de su mente o al brillo de su espada, y que están destinados a crecer rápidamente bajo el amparo de las nuevas fortunas.

«El nombre de Wáshington es así hoy más conocido que cuando descendía ahora sesenta años sólo bendecido por los suyos a su modesto sepulcro de familia en Mount-Vernon; mientras que no

hay actualmente en la redondez de la tierra corazón de hombre libre que sea extraño al culto de su gloria. El segundo centenario encontrará igualmente al general argentino, don José de San Martín, con su renombre más vasto, porque su país habrá también agigantado su figura con el teatro del mundo.

«Señores: Esta escena es solemne como una sentencia histórica y es al mismo tiempo contemporánea y tocante como el adiós dado a un moribundo. Somos el pueblo y formamos la posteridad para nuestro héroe. El uno consagra su culto y el otro se levanta sobre su pedestal alto y firmísimo: *el juicio de un siglo*».

Y dirigiéndose a los veteranos de la independencia: «Pero estáis bien presentes vosotros los contemporáneos que presenciasteis los esfuerzos del gran soldado y fuisteis compañeros mismos en las campañas inmortales que abarcaron la mitad de la América. ¡Cuántas historias tuyas podríais contarnos en relatos memorables que serían recogidos por la más lejana posteridad!

«¡Visteis el laurel del triunfo, tras de combates sangrientos, ciñendo la frente del insigne vencedor y supisteis por su ejemplo que la esplendente corona del guerrero ilumina y no calcina sus sienes cuando éste sigue los sentimientos del patriotismo y cumple la ley del honor!

«Estos días de la victoria pasaron y debisteis asistir más tarde a tristes espectáculos, a la injusticia, a la persecución, al olvido que anticipa la muerte y a la muerte misma del Libertador de pueblos, teniendo por único espectáculo para su alma la patria esclavizada, ingrata y ausente.

«Pero todavía, viejos y gloriosos veteranos de Chacabuco, de Maipú, de Lima, pisáis este suelo que da su teatro a los acontecimientos sociales, y al penetrar en la región eterna podéis contar que luce por fin un día de justicia entre los hombres mismos porque habéis alcanzado a presenciar la apoteosis del gran muerto.

«La injusticia, el desconocimiento del mérito y su persecución, son flaquezas de la tierra; pero son también la levadura con que se elaboran prontamente las reputaciones que tienen por base la simpatía humana. No ha pasado todavía una generación y comienza el enternecimiento suscitado por la injusticia.

«La primera reparación se hace en los corazones y ella basta para resguardar por siempre un hombre contra el olvido. El sentimiento público profundamente herido adelanta, entre los contemporáneos mismos, la sentencia de la historia.

«La lágrima humana es más duradera que el mármol o que el bronce, y puede llamarse afortunado el hombre mortal que la ha hecho verter, con sus glorias o con sus infortunios, de los ojos del pueblo.

«Señores: Hemos concluido, dejemos ahora al héroe sobre su pedestal que subirá más alto en cada siglo.

«¡Gloria para el general argentino don José de San Martín en

las esferas superiores de la tierra, donde habitan las virtudes excelsas del patriotismo y el heroísmo, la gratitud y el entusiasmo de los pueblos! ¡Gloria para él en las alturas serenas de la historia!» (1).

Terminado el discurso del presidente de la República, los guerreros de la Independencia fueron alzados en brazos y transportados a sus carruajes. Estos desfilaron luego bajo un arco de triunfo que se había levantado en frente de la calle Maipú, y por la calle de la Florida se inició nuevamente un desfile entre vítores y una lluvia de flores que se arrojaban sobre el busto que simbolizaba a la República, sobre los carruajes en donde desfilaban los guerreros de la Independencia, y sobre el busto de San Martín, escoltado por los cadetes y por centenares de ciudadanos que marchaban llevando en sus manos antorchas encendidas.

De esta manera terminaron en Buenos Aires las fiestas del Centenario de San Martín, fiestas que a su vez se celebraron con vivo

(1) El mismo doctor Avellaneda nos ha dejado entre sus notas una crónica de este acontecimiento. Como ella tiene un valor documental inapreciable, la intercalamos y la damos a conocer en estas páginas.

«Habíamos llegado al pie de la estatua de San Martín, nos dice él, después de haber recorrido treinta cuadras de la ciudad entre vítores y flores. Un pueblo entero nos había seguido, acompañado y precedido, envolviéndonos en una red inmensa. Sentíamos dentro de nosotros dilatadas todas las fibras del entusiasmo y de la vida. La emoción era suprema. Era el entusiasmo de la mente, era sobre todo la ebriedad del corazón, y si podíamos a veces dominarla por un pensamiento más severo, nuestras reflexiones nos conducían a dar mayor solemnidad y grandeza a las impresiones que nos poseían. Eramos jueces y rendíamos un acto de justicia. Eramos la posteridad y discerníamos el triunfo. Eramos todos por fin actores en un espectáculo que sería perpetuado por la historia.

«Estábamos ya en la escena final de la gran fiesta. Teníamos por delante la estatua ecuestre del héroe, agigantada por las primeras sombras de la noche, y tendíamos nuestras manos a los viejos veteranos de la independencia que la rodeaban y que se habían presentado voluntariamente venciendo edad y dolencias para hacer su última guardia. No acertamos a desprendernos de aquel lugar, comprendiendo todos instintivamente que la procesión no debía disolverse en silencio. Era necesario un intérprete que hablase en nombre de todos. Era necesaria la voz de un discurso y el programa de las fiestas lo había omitido a pesar de haber sido trazado por un orador, el doctor Quintana.

«Tan cierto es, que no se anticipan ciertas escenas y que todo se prevé, como dice el personaje de Shakespeare, menos lo imprevisto.

«El general Mitre pidió permiso para hablar y habló. La emoción del oyente completaba la palabra del orador. Estaban allí los viejos soldados de Belgrano y de San Martín. El general Mitre los llamó por sus nombres, recordó sus proezas y los recondujo a sus campos de batalla para cubrirlos con el polvo de la victoria. Era lo que se aguardaba. El discurso que escuchábamos parecía en aquellos momentos uno de aquellos relatos de la *Iliada*, en los que el poeta nombra los guerreros, enumera sus heridas y sus combates, o cuenta sus prodigiosas hazañas que retumban marcialmente en el relato como golpes dados sobre los escudos de armas.

«La escena antigua de la apoteosis era además homérica en aquel instante. Debía yo también hablar. He ahí mi breve alocución que me apresuro a poner por escrito, tal como fué dicha en el desorden de la improvisación, antes que las impresiones de otro día la hayan borrado de mi memoria».

«No hay, a la verdad, conciuje Avellaneda, sacrificio de amor propio, como el de exhibirse con la palabra cuando se sabe que quedará inferior al espectáculo, a la victoria. Pero la palabra de los hombres públicos debe a veces conservarse por la importancia de los acontecimientos a los que asocian sus discursos».

entusiasmo en las provincias y en distintos pueblos de la República.

El gobierno del Uruguay y el gobierno de Chile se asociaron a este homenaje. El primero hizo envío al gobierno argentino de un cuadro pintado por el artista uruguayo don Juan Manuel Blanes e intitulado *Revista de Rancagua*, y el segundo ordenó que el día 25 de febrero se celebrase en la plaza principal de Santiago un festival en el que tomarían parte las bandas militares de la guarnición, decretando además dos salvas mayores de artillería en honor de San Martín.

A raíz de estas ceremonias reanudó sus tareas la comisión que por decreto del 24 de abril de 1877 había sido designada para ocuparse de la repatriación de los restos del Libertador, y después de haberse sacado a concurso el proyecto para el mausoleo que debía erigirse en la capital, en la sesión que esta comisión celebró el 16 de septiembre de 1878 adoptó el modelo presentado por el artista Carrier Belleuse, residente en París, cuyo costo se convino en la suma de cien mil francos.

En octubre de 1878 se sacó a concurso la construcción de la capilla que en la iglesia metropolitana de Buenos Aires debía servir de recinto para la erección de ese mausoleo, y esta obra le fué confiada al ingeniero C. Romairone.

A principios de 1880, el presidente de la República resolvió que el transporte de guerra *Villarino*, transporte que acababa de ser construido en Inglaterra, pasase al Havre para transportar desde allí los restos de San Martín. El yerno de éste, don Mariano Balcarce, en su carácter de ministro argentino en Francia y en nombre del estrecho vínculo que lo unía con el héroe, se ocupó de todos los detalles relacionados con la repatriación de los restos, y después de haberlos exhumado del cementerio de Brunoy, los trasladó a París para transportarlos desde aquí al Havre en un tren especial. Al llegar a esta ciudad francesa el ataúd fué transportado a la catedral, en donde se llevó a cabo una ceremonia religiosa con asistencia de las autoridades civiles y militares francesas y de la comitiva que había partido desde París formando acompañamiento. El gobierno francés dispuso tributarle honores militares y éstos estuvieron a cargo del batallón n° 119 de infantería.

Terminada la ceremonia religiosa, el ataúd fué depositado en un carro fúnebre, cubierto con las banderas de las naciones sudamericanas y transportado al puerto de donde debía pasar al *Villarino*. Según la crónica, el tránsito hasta el embarcadero fué un espectáculo solemne y grandioso y al llegar al *Villarino*, el ataúd quedó depositado en la capilla ardiente que se había preparado sobre cubierta. En esa oportunidad don Mariano Balcarce dirigió la palabra al comandante y a los oficiales como a los marinos del barco argentino: «En nombre de la comisión que tengo el honor de presidir, entrego a la custodia de vuestro patriotismo los restos del general San Martín. Nuestro gobierno nos ha confiado la misión de condu-

cirlos a Buenos Aires, donde les espera un monumento conmemorativo elevado por la gratitud nacional. Estos restos venerados han reposado largo tiempo en el suelo generoso de la Francia, cuyo gobierno, apreciador equitativo de todas las glorias que han servido a la libertad y a la humanidad, se asocia hoy por la presencia de las autoridades prefectorales, municipales y marítimas de la ciudad del Havre a los honores que le son tributados.

«Me es muy doloroso separarme de los restos queridos de mi ilustre padre político, pero me consuelo con la esperanza de que, restituidos a su patria, ellos harán revivir los recuerdos de la época para siempre gloriosa de nuestra independencia; de los ejemplos de abnegación austera y de sacrificios de sus fundadores y que contribuirán a mantener y a estrechar por un servicio póstumo la concordia y la unión de todos los argentinos. Así, aun después de su muerte, el general San Martín continuará sirviendo a su patria».

En ese acto hablaron igualmente el ministro argentino en Londres, doctor Manuel R. García, y el doctor don Emilio Alvear, antiguo ministro de Relaciones Exteriores, residente en ese momento en París. «Cuando sus cenizas reposen bajo las bóvedas de la catedral de Buenos Aires, dijo el primero, donde ellas faltan para completar los trofeos de los más gloriosos días de la patria, desead conmigo que el mausoleo que encierre esos restos no sólo simbolice un tributo de gratitud hacia un gran hombre, sino también la concordia de todos los argentinos, quienes sabrán velar religiosamente el precioso depósito que estáis encargados de entregarles».

«Mi patria, declaró el segundo, ha tardado un tanto en reclamar estos restos de su héroe. Es que tal vez ahora se encuentra recién bastante grande y fuerte para guardar tan precioso depósito. Loor eterno al general San Martín. Gracias mil al pueblo francés por su generosa y larga hospitalidad. Y paz, sí, paz, entre los pueblos y las naciones que surgieron de tantas hazañas».

«En el puerto del Havre, a los veintiún días del mes de abril del año 1880, dice el acta suscrita en aquel entonces, ante mí, el infrascrito, secretario de la legación argentina en Francia, reunidos a bordo del transporte de guerra argentino *Villarino*, los señores don Mariano Balcarce, yerno del general San Martín, y ministro plenipotenciario de dicha República en Francia; doctor don Manuel R. García, ministro plenipotenciario de la misma cerca de S. M. Británica; doctor don Emilio Alvear, ex ministro de Relaciones Exteriores; coronel don Manuel Carril; y don Fernando Gutiérrez de Estrada, esposo de la nieta del general San Martín, presidente y miembro de la comisión encargada del envío a la patria de los restos mortales del ilustre argentino, brigadier general don José de San Martín, entregaron solemnemente un féretro conteniendo aquellos restos a la comisión designada por el gobierno argentino para recibirlos y transportarlos a Buenos Aires, la cual se compone de los señores comandantes y oficiales de dicho transporte, teniente

coronel don Ceferino Ramírez, teniente coronel don Daniel Solier y subteniente don Manuel J. García Mansilla.

«El mencionado féretro está forrado en paño negro, guarnecido con varillas de metal blanco, en sus costados tiene aldabones también plateados. Sobre la tapa hay una chapa del mismo metal con la inscripción siguiente: *«José de San Martín, guerrero de la Independencia Argentina; Libertador de Chile y del Perú. Nació el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, provincia de Corrientes, de la República Argentina, falleció el 17 de agosto de 1850, en Boulogne-sur-Mer, Paso de Calais, Francia»*.

«Cruza a dicha chapa una cinta negra de cuatro pulgadas de ancho, cuyas extremidades están fijadas con tres sellos en lacre negro, del timbre oficial de esa legación.

«En fe de lo cual, y como testimonio de que la entrega de los restos mortales del brigadier general don José de San Martín fué hecha en debida forma, firman a continuación la presente acta, por duplicado, los señores antes nombrados, como igualmente el subprefecto del Havre, el señor alcalde — *maire* de la misma ciudad — y los señores ministros de las Repúblicas de Venezuela, de San Salvador, del Perú, del Uruguay, de Colombia y de Guatemala» (1).

La capilla mortuoria quedó instalada en la cámara de popa y el féretro fué cubierto con las banderas de las cinco naciones a que alcanzó la influencia de su genio de libertador. El día 22 de abril a las nueve de la mañana el Villarino abandonó el puerto del Havre, cambiando un saludo de 21 cañonazos con la batería de la plaza.

Varios días más tarde, y con fecha 3 de mayo de 1880, Balcarce le pudo escribir al general Mitre, con quien desde hacía tiempo se encontraba ya en estrecha comunicación, al hablarle de la traslación de estos restos. «Ya sabe usted que al morir manifestó el deseo de que su corazón reposase en la tierra que lo había visto nacer. Hoy se cumple este deseo. El transporte de guerra argentino — el Villarino — lleva a las playas de la patria las cenizas de aquel ilustre ciudadano, y el pueblo argentino reconoce todo lo que le debe a San Martín y honra su memoria con la erección de un monumento que perpetúe en las futuras generaciones el recuerdo de sus grandes

(1) Además del señor Balcarce, de García, de del Carril, de Alvear y de Fernando Gutiérrez de Estrada, firman este acta el señor Henri Desaires, subprefecto del Havre y representante *ad hoc* del gobierno francés; el alcalde de esa ciudad Jules Siegfried; el comisario general de la marina francesa, Monsieur Le Trapeur; el ministro de San Salvador, J. M. Torres Caicedo; de Venezuela, J. M. Rojas; del Perú, Toribio Sanz; del Uruguay, Juan J. Díaz; de Colombia, Andrés R. de Santa-María; de Guatemala, Miguel de Francisco Martín. Figurando además el coronel de artillería del Havre, M. M. Nismey; el cónsul de Colombia, encargado interinamente del consulado argentino en el Havre, Zenón Sánchez; el segundo comandante del Villarino, Ceferino Ramírez, el teniente coronel Daniel Solier, y el subteniente del mismo buque, Manuel J. García Mansilla.

hechos, resultado al que había usted contribuido poderosamente con su elocuente pluma de historiador.

«Por los periódicos que le remito por separado se enterará usted de la ceremonia del embarque de los restos del general a bordo del *Villarino*, que tuvo lugar el 21 del corriente en el puerto del Havre. Fué un acto verdaderamente imponente al que la presencia de muchos compatriotas, del cuerpo diplomático sudamericano, de los cónsules del Havre y de las autoridades civiles y militares francesas daban gran solemnidad.

«Aunque mucho me ha costado la separación de los restos queridos de mi padre político, del que fué mi protector, mi mejor amigo y el padre de mi virtuosa e inolvidable compañera, estoy satisfecho de haber cumplido su última voluntad y cooperado a los honores fúnebres que se le han rendido. Mi satisfacción será aún mayor si su llegada a Buenos Aires contribuye a despertar sentimientos de conciliación y patriotismo en los partidos políticos que hoy se agitan, cuya exaltación hace temer complicaciones y conflictos que pondrían en peligro la paz y el porvenir de la República» (1).

La noticia del próximo arribo de los restos de San Martín a las aguas del Plata despertó una viva expectativa tanto en Buenos Aires como en Montevideo. Los argentinos residentes en esta capital solicitaron del gobierno de Buenos Aires la autorización necesaria para que esos restos pudiesen ser desembarcados en la vecina orilla antes de serlo en aquella otra en la cual descansarían para siempre. El permiso les fué otorgado, y fué entonces que el gobierno del Uruguay lanzó un decreto firmado por el presidente Santos el día 17 de mayo, en el mismo momento en que el *Villarino* se acercaba ya a las costas del Uruguay.

Por ese decreto, que a su vez fué refrendado por el parlamento uruguayo, ordenábase que en el momento en que el vapor que conducía los restos del gran capitán fondease en el puerto, se hiciese un disparo de cañón cada cuarto de hora; que al zarpar de allí ese barco se haría una salva de veintiún cañonazos y que mientras los restos de San Martín permaneciesen en el territorio de la República, la bandera nacional se mantuviese a media asta en todas las oficinas del Estado.

(1) Museo Mitre. *Archivo de San Martín*. Carpeta s/n N° 4. — El señor Mariano Balcarce prestó en esta como en otras circunstancias, una preciosa colaboración y tanto en los homenajes tributados a San Martín en la Argentina como en Chile. El señor Balcarce fué quien se encargó de los trabajos relacionados con la fundición de la estatua confiada a la ejecución del señor Daumas y fué él igualmente quien intervino para la ejecución del mausoleo confiado por la Comisión de Homenaje a San Martín a Carrier-Belleuse. Los cien mil pesos en que fué contratada esta obra le fueron pagados al artista por Balcarce el 10 de marzo de 1880.

Es oportuno recordar que el mismo Balcarce se ocupó de todo lo relacionado con la estatua de Belgrano que hoy existe erigida en la plaza de Mayo. Esta estatua debía formar *pendant* con la estatua de San Martín en la plaza del Retiro, inaugurada ésta, como se sabe, el 13 de julio de 1882.

Por su parte, el congreso argentino resolvió con igual fecha — 13 de mayo — que el día de desembarco de los restos de San Martín fuese declarado feriado en toda la República. Como consecuencia de este decreto, el poder ejecutivo eligió el día 28 de mayo para solemnizar esta efeméride y dispuso al mismo tiempo que una división naval compuesta del acorazado *El Plata* y de las cañoneras *Paraná*, *Constitución* y *Bermejo*, se trasladasen a Montevideo para escoltar al *Villarino*. El 19 de mayo apareció otro decreto designando la comisión que debía ir a Montevideo para recibir allí los restos y las compañías de la escuela militar y de la escuela naval encargadas de tributar los honores militares en tierra uruguaya. Al mismo tiempo designóse la guardia de honor que custodiaría los restos del prócer al ser depositados en la catedral de Buenos Aires y ordenóse, por el ministerio respectivo, que las tropas de la guarnición formasen en traje de parada en el muelle de las Catalinas y en la plaza de San Martín, el día indicado.

En este ínterin y mientras se ultimaban en Buenos Aires otros preparativos relacionados con la apoteosis a tributarse en honor del heroico Libertador, sus restos eran desembarcados en Montevideo el 24 de mayo y conducidos triunfalmente a la iglesia metropolitana para ser objeto allí de un suntuoso funeral.

El cortejo se puso en marcha por la calle Colón y por la de Sarandí. A lo largo de estas dos arterias se encontraba escalonado el ejército uruguayo, y mientras las baterías del Cerro dejaban oír cada cuarto de hora las salvas reglamentarias, una carroza cubierta de flores y arrastrada por seis caballos transportaba debidamente custodiados por los cadetes argentinos los restos del Libertador. Tras de la carroza marchaban los miembros del poder ejecutivo, el cuerpo diplomático, los miembros de la comisión argentina y un inmenso público que exteriorizó con su respeto y severa compostura la solemnidad del momento. Terminados los oficios religiosos, que estuvieron a cargo de monseñor Jacinto Vera, los restos retornaron nuevamente al *Villarino*, pero antes de abandonar definitivamente la tierra uruguaya los despidió en el puerto el doctor don Bernardo Irigoyen, ministro argentino en Montevideo.

El día 28 de mayo, el *Villarino* se encontraba anclado en la rada interior de Buenos Aires. No pudiendo llegar esta nave al muelle de las Catalinas por donde se debía efectuar el desembarco, se procedió a retirar los restos de la cámara del buque y a colocarlos en un bote acondicionado previamente para este objeto. Los miembros de la comisión se instalaron a bordo del vapor *Talita*, y remolcado por éste y escoltado por otros botes y falúas, el bote que conducía los despojos del héroe no tardó en llegar a las gradas del desembarcadero, en cuyo punto, por así decirlo, se habían dado cita el gobierno y el pueblo.

Esta ceremonia, como lo dice un cronista, fué grandiosa. Al paso del bote que conducía los restos de San Martín, las tripulaciones

de las naves argentinas y extranjeras surtas en aquellas aguas saludaban los sagrados despojos en correcta formación sobre la cubierta de los buques y esto mientras las baterías de tierra y las de la escuadra saludaban al héroe con salvas de veintiún cañonazos. Del bote, los restos fueron transportados a una parihuela. En ese momento surgió de la multitud un clamor victorioso, saludando a San Martín en esos despojos mortales que después de medio siglo de ausencia retornaban así a la patria. En el muelle de las Catalinas se encontraban reunidos el presidente de la República, sus ministros, los representantes de ambas cámaras, el cuerpo diplomático, los jefes del ejército y todos los representantes del clero y de la magistratura. Don Domingo Faustino Sarmiento fué el encargado de interpretar con su palabra el significado que tenía aquel acto; y teniendo delante de sí cenizas tan gloriosas como venerandas, se dirigió a los presentes en estos términos: «Hace veinte años, dice Sarmiento, que la ciudad de Buenos Aires me honró con el encargo de expresar sus sentimientos de bienvenida hacia los restos del ilustre ciudadano que presidió a los destinos de la República, don Bernardino Rivadavia. Hoy me cabe igual privilegio al recibir las cenizas del capitán general don José de San Martín, que aseguró la independencia de estas nuevas repúblicas y nos dió el rango de nación en los hechos, ya que por derecho lo teníamos desde la declaración de nuestra independencia de 1816.

«San Martín no es una gloria nuestra solamente. Reivindícanla como propia cuatro repúblicas americanas, si bien sus restos mortales pertenecen al país que lo vió nacer, no obstante que su acción y la influencia de su alma se extienden sobre la mitad de este Continente, como la fama de sus gloriosos hechos trascendió luego por toda la redondez del mundo y su nombre llena una de las más bellas páginas de la historia moderna, cual es la aparición de los pueblos civilizados que poblaron el nuevo mundo descubierto por Colón. Wáshington, Bolívar y San Martín son por cierto dignos heraldos para anunciar a la tierra que en un teatro cuyo escenario se extiende de polo a polo, se presentarían en adelante actores que no sospechó la antigüedad y cuyos progresos los modernos empiezan a mirar con asombro aun en aquellas adquisiciones comunes a nuestra época.

«Después de un largo ostracismo vuelven hoy estos gloriosos despojos a reposar en nuestro seno y serán depositados en el altar de la patria, santificado por la presencia del más ilustre de sus mártires, el perseguido de veinte años, el rehabilitado de otros tantos, el que hoy reconoce la historia humana Gran Capitán y la América del Sur su Libertador, como su patria, la más brillante joya de su corona».

Se detiene Sarmiento en consideraciones de distinto orden relacionadas con la vida militante de San Martín. Evoca luego su encuentro con Bolívar. En pocas líneas reconstruye el drama famoso y refiere el desenlace que de él se desprende puntualizando las cir-

cunstancias que llevaron a San Martín a su abdicación. El orador no excluye de su análisis las razones determinantes de su ostracismo, y después de decir: «La rehabilitación del nombre histórico de San Martín fué lenta, larga, y como si de suyo se hiciera en la conciencia humana sin argumentos, sin panegíricos, sin controversias», declara: «La repatriación de sus cenizas es complemento de aquel largo y penoso trabajo que se opera en la mente de los pueblos para dar a César lo que es de César, a San Martín su lugar en la historia de las naciones, disputado largo tiempo por los contemporáneos».

«A nosotros argentinos, dice más adelante, nos ha dejado el general San Martín en su memoria un don especial. En nuestras líneas de batalla, si un día hemos de tener que tenderlas contra el extranjero, el nombre y la gloria de San Martín estarán en los labios y en el corazón de nuestros soldados. Es un legado precioso para una nación el nombre de un gran capitán. Federico II ha creado como soldado y no como político la Prusia moderna; y se ha necesitado de la demencia cesárea que atacó a los Bonapartes, para que la Francia perdiese la majestad que le legó el primer Napoleón».

«Vosotros y nosotros, dijo antes de concluir, hacemos hoy un acto de reparación de aquellas pasadas injusticias, devolviendo al general don José de San Martín el lugar prominente que le corresponde en nuestros monumentos conmemorativos. Podremos retirarnos libremente, como quien se descarga de una gran peso, cuando hayamos depositado en el sarcófago que servirá de altar de la patria, los restos del gran capitán, a cuya gloria sólo faltaba esta rehabilitación de su propia patria y esta hospitalidad calurosa que recibe de sus compatriotas».

Del muelle de las Catalinas se pasó a la plaza de San Martín. En ese lugar y en ese momento tomó la palabra el presidente de la República, y con la elocuencia que le era habitual el doctor Avellaneda declaró: «La obra de la glorificación es completa. Ved a la estatua del primer soldado de la América montado sobre el caballo de batalla que mayor espacio haya recorrido en la tierra después del de Alejandro. A su sombra ha resonado ya el himno secular que la Grecia, madre de la gloria, enseñó a los hombres para conmemorar sus héroes. Tendemos ahora a los pies de la estatua los despojos mortales del gran capitán que vienen de lejanas regiones conducidos por la gratitud de su pueblo. Están cubiertos, no con el paño del sepulcro, sino con la bandera que su brazo tremoló victoriosamente en los Andes y que es el sudario de su gloria».

Pasa luego el orador a sintetizar la vida heroica del Libertador. Lo hace en frases magistrales, evocando tanto al hombre como al guerrero, y concluye diciendo: «Ved ahí los despojos mortales del general don José de San Martín traídos desde el suelo hospitalario de la Francia por el óbolo de todos los argentinos reunidos en un voto nacional. Don José de San Martín había escrito en su testamento estas palabras: «Desearía que mi corazón fuese depositado en el

cementerio de Buenos Aires». Y yo doy cumplimiento solemne a la cláusula augusta en nombre de las generaciones presentes y de su nación, justa por fin y agradecida. ¡Loado sea Dios en los cielos, en la tierra y sobre esta tumba en la que resplandece hoy su justicia!

«La América mostrará entre sus monumentos el sepulcro del primero de sus soldados. La República Argentina guardará los despojos del más glorioso de sus hijos. Seis naciones viven independientes, dentro de las líneas trazadas por la espada del gran capitán. Pueblos de la América, escuchadme. No olvidéis el consejo del Libertador; y cuando encontréis su estatua ecuestre en las márgenes del Plata, en los llanos de Maipú o a orillas del Rimac, leed siempre las eternas palabras escritas en su base: «La presencia de un militar afortunado es temible en los Estados que se constituyen de nuevo», para que no convirtáis jamás una espada en cetro. La espada que brilla con luz tan soberana durante los combates, obedece en la vida civil y no manda.

«¡Guerreros de mi patria! ¡Conciudadanos! Inclinémonos sobre estos sagrados restos y oiremos que suena nuevamente en las alturas la voz que dijo: «El general San Martín no derramará la sangre de sus compatriotas y sólo desnudará la espada contra los enemigos de la independencia sudamericana».

Y luego: «Sombra del gran capitán: vuestro último voto se encuentra cumplido. Descansáis en vuestra tierra. Levantaos para cubrirla. Señor, oídnos: Las naciones más poderosas están sometidas a trágicas vicisitudes y la historia de este siglo se halla llena de tristes ejemplos. Señor: proteged la independencia de vuestra patria y la santa integridad de su territorio contra todo enemigo extraño. Que vuestro brazo invisible trace murallas de fierro en las fronteras para que la bandera que hicisteis flamear en las cumbres más excelsas de la tierra, no sea jamás uncida al carro de un vencedor» (1).

(1) NICOLÁS AVELLANEDA: *Escritos y discursos*, t. II, pág. 177.

En este discurso el doctor Nicolás Avellaneda declara que San Martín «fué sorprendido un día en la soledad de su gabinete contemplando su retrato que había él mismo colocado entre el de Napoleón y el de Wéllington». Más tarde, y al preparar sus materiales para darle colocación en un volumen o en sus obras completas, escribió esta nota: «Decimos en el texto del último discurso que San Martín colocaba su retrato entre Napoleón y Wéllington y se nos ha preguntado de dónde hemos podido sacar este pormenor que es al mismo tiempo un tinte característico, creyéndoselo tal vez rasgo de fantasía o una invención». «No, dice a continuación. Hemos escrito estos discursos después de un estudio detenido del carácter y de la vida del general San Martín. Creemos haber encontrado el detalle anterior por vez primera en María Graham (*Journal of a residence in Chile*), pero no podemos verificarlo por habérse nos extraviado este libro escaso. Pero de todos modos, cualquiera de nuestros lectores lo hallará consignado por el historiador Gervinus, que no aventura un dato sin un documento o testimonio. «Se podría creer, dice el historiador alemán, que San Martín se hallaba dotado de una ambición o presunción llena de peligros, cuando se le oía hablar de Napoleón como de su modelo y cuando se veía en sus habitaciones su retrato espléndido entre el de Napoleón y el de Wéllington».

Gervinus, diremos nosotros, no es el historiador más autorizado para hablar de San Martín. En la composición de su historia habrá podido exagerar su prolijidad

El ministro del Perú en Buenos Aires — lo era en ese entonces el doctor Evaristo Gómez Sánchez — habló a continuación, y en nombre de su gobierno saludó en términos conmovidos al libertador de su país. «Procede, dice él, esta apoteosis, consagrada no sólo al guerrero libertador, sino al estadista ejemplar que cumple el deber y no invoca para sí el derecho; que siendo todo para todos de nadie reclama el galardón; que nada ambiciona fuera del triunfo de las grandes ideas que agitan su mente; que renuncia al poder, obedeciendo a los consejos de su magnanimidad».

«¡José de San Martín!, exclama luego. Tuyo es el concierto de alabanzas que tus compatriotas entonan, repercutido en las profundidades de los Andes y que se prolonga sin fin por los pueblos que bañan las ondas del Pacífico.

«El pabellón de mi patria lleva los colores que decretó San Martín al proclamarla «libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende». Que ese pabellón enlazado con el vuestro sirva, argentinos, para acreditar a las presentes y futuras generaciones nuestra unión estrecha e indisoluble».

Terminados estos discursos, se procedió a transportar los restos a la catedral. Estos fueron colocados en un carro fúnebre — sus caballos eran conducidos de la brida por sargentos del ejército — y los cordones que de él se desprendían fueron empuñados por las primeras autoridades, por los guerreros de la Independencia presentes al acto y por los generales Mitre y Sarmiento. La procesión se puso en marcha por la calle Florida y a su paso caían sobre ella las coronas y los ramos de flores que se arrojaban en homenaje a San Martín sobre su féretro.

Al llegar a la catedral se encontraban allí las altas autoridades

informativa, pero en lo que atañe a nuestro Libertador, peca él de la ligereza de que pecan igualmente los que han escrito sobre San Martín más de oídas que fundándose en serios y meditados estudios.

Con conocimiento de causa podemos afirmar aquí que Gervinus no tiene otra base para esta declaración, que Avellaneda considera tan seria, que lo dicho precisamente por la escritora que él cita o sea por María Graham. El libro que en aquel tiempo era de escasa difusión en América hoy no lo es y se conoce, no sólo en su texto inglés, sino también en su traducción española. He aquí cómo María Graham, partidaria de lord Cochrane y por lo tanto enemiga de San Martín, alude al punto en cuestión. «En su residencia de Mendoza tenía su retrato entre los de Napoleón y el duque de Wellington». Esta declaración la consigna María Graham después de haber dicho de San Martín: «Aspira a la universalidad como Napoleón, que según he oído tuvo algo de esa debilidad, y de quien habla siempre como de su modelo o, mejor dicho, de su rival». MARÍA GRAHAM: *Diario de su residencia en Chile, y de su viaje al Brasil, 1822-23*, pág. 348.

¿Qué hay de verdad en la versión recogida por la memorialista inglesa? En realidad de verdad lo ignoramos. Cierta o no cierta, ella no agranda ni disminuye en nada a la figura de San Martín. Este no aspiraba a la imitación de ningún arquetipo. Se imitaba a sí mismo, es decir, obraba según los dictados de su conciencia, tuviese cerca o lejana la sombra de Napoleón o la sombra de Wellington. En definitiva creemos que se trata de una simple patraña histórica inventada por la admiradora de Cochrane.

eclesiásticas para recibir los restos mortales, los cuales fueron colocados en un catafalco que se había erigido bajo la cúpula de la nave central. Se dió principio luego a una ceremonia religiosa y terminada ella, se retiraron las autoridades, iniciándose después el desfile popular que duró hasta altas horas de la noche. Durante esta velada, la comisión militar nombrada por el poder ejecutivo formó su guardia de honor en torno de este catafalco.

El día 29, que era el día en que los restos de San Martín recibirían su sepultura definitiva, se procedió a la celebración de un solemne funeral. El túmulo donde se destacaba su féretro estaba cubierto de flores y sobre aquél se había colocado la bandera del ejército de los Andes y la del regimiento Río de la Plata. Los oficios comenzaron a las dos de la tarde, estando presente a ellos el presidente de la República, el cuerpo diplomático y los miembros del congreso y de la magistratura. Oportunamente el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros, subió al púlpito y en una oración sagrada conmemoró los méritos del Libertador y la razón y significado de aquel homenaje.

Concluídos los funerales, las autoridades y demás comitivas abandonaron el templo, y las salvas hechas por la artillería del ejército y de la marinería en esa ocasión anunciaron al público el fin de los homenajes decretados para honrar con la repatriación de sus restos la memoria tan querida para todos los argentinos, de San Martín.

La colocación de sus restos en el sarcófago, erigido bajo las bóvedas de la catedral, se llevó a cabo ese mismo día, pero sin solemnidad y con sólo la presencia de las autoridades municipales y de los miembros que formaban la comisión encargada de la repatriación de estos restos. La municipalidad tomó bajo su custodia la limpieza y conservación de este mausoleo. Años más tarde y por disposición del presidente Pellegrini su custodia y su conservación pasó a cargo del Museo Histórico Nacional.

En el día de hoy, el sepulcro de San Martín constituye un punto de veneración, no sólo para los argentinos, sino para todos los extranjeros que llegan al Plata.

El héroe que duerme allí el sueño de la muerte había pedido para descanso de su corazón, o sea de sus restos, un sepulcro en el cementerio de Buenos Aires. La gratitud argentina comprendió que este voto era el voto de su patriotismo, pero al mismo tiempo el voto de su modestia, y deseando premiarla como ella se lo merecía le reservó para su eterno descanso, no una parcela de tierra de su metrópoli, sino un altar en el máximo de sus templos.

El sepulcro de San Martín en la catedral argentina lo forma una rotonda. Sus paredes están enchapadas en mármol. La luz perpendicular que la baña penetra en ella con su coloración misteriosa y sirve como de sudario místico a las tres figuras simbólicas emplazadas al pie del mausoleo. Estas figuras representan a la Argentina, a Chile y al Perú. Las inscripciones que se leen al pie de estas esta-

tuas, como al pie del bajo relieve conmemorativo de la batalla de Chacabuco, son debidas a la pluma del general Mitre y rezan así:

*Guerrero de la Independencia Argentina,
Libertador de Chile y el Perú.
Nacido el 25 de febrero en Yapeyú.
Muerto el 17 de agosto de 1850 en Boulogne-sur-Mer.*

*Triunfó en San Lorenzo en 1813.
Afianzó la Independencia Argentina en 1816.
Pasó los Andes en 1817.
Llevó la bandera emancipadora
a Chile, el Perú y el Ecuador.*

*Vencedor en Chacabuco y Maipú.
Proclamó la Independencia de Chile
1817-1822.*

*Redimió el Perú
y fundó su Independencia
1820-1822.*

*El pueblo argentino
agradecido,
a la memoria de su Gran Capitán.
Por iniciativa del Gobierno.
1817-1880.*

CAPITULO XXIV

San Martín en la Poesía y en el Arte

SUMARIO: La aparición de San Martín en el Plata. — San Martín cantado por los poetas. — Carta de San Martín a Esteban de Luca. — «Ensalzar con sus cantos a los héroes de la patria, le dice, es un deber de los que se dedican a la literatura». — Oda de Esteban de Luca a la victoria de Chacabuco. — Canto de Ramón Rojas a esta victoria. — Vicente López y la victoria de Maipú. — La entrada de San Martín en la inmortalidad. — La lira de Juan Cruz Varela y de fray Cayetano Rodríguez. — Los poetas y el coronamiento de la epopeya. — Canto lírico de Esteban de Luca a la libertad de Lima. — El triunfador y la caída de la metrópoli. — El asedio de Lima y sus incidencias cantadas por el poeta. — La inmortalidad de San Martín. — Juan Crisóstomo Lafinur. — El Libertador y el bardo. — La batalla de Ayacucho y San Martín. — Los héroes y los santos. — Los alejandrinos de Mármol y San Martín. — Los bardos después de Caseros. — Andrade y San Martín. — *El Nido de Cóndores*, «poema colosal», según Joaquín V. González. — La ficción del poeta. — Las proezas del héroe y su centenario. — San Martín reclama su verdadero cantor. — San Martín y su perduración en el arte. — Elementos utilizados en su glorificación por el color y la piedra. — Hazañas que esperan el conjuro del arte. — El ostracismo tan interesante para el arte como su vida heroica. — Lo que predomina en la representación artística de la epopeya. — El San Martín de Gil, después de Chacabuco. — Otros retratos de San Martín hechos por Gil, después de Maipú. — Retrato de San Martín hecho por Nuñez de Ibarra. — El San Martín de Carrillo pintado en Lima. — Miniatura de San Martín, hecha por la señora Narcisca Casa Saavedra. — Retrato de San Martín por Cooper. — Miniatura de San Martín por Whusen. — Retrato ecuestre de San Martín por Géricault. — Dos retratos de San Martín hechos por Madou en Bruselas. — Retrato de San Martín hecho en Bruselas, por la maestra de pintura que tenía la hija de San Martín. — Lo que sobre este retrato opinaba la hija de San Martín. — Unica fotografía que se conoce de San Martín. — El agua fuerte de Castan. — Las láminas de las batallas de Chacabuco y Maipú por Géricault. — Otros cuadros en que aparece representado San Martín. — San Martín en el dominio del arte. — Carranza y el Museo Histórico de Buenos Aires. — Carranza y la nieta de San Martín. — Carta que ésta le escribe al desprenderse de los muebles y reliquias de San Martín que conservaba en su poder. — Croquis de la habitación que ocupaba San Martín en Boulogne-sur-Mer. — El reloj y la cadena de oro de San Martín. — Otras reliquias entregadas por la nieta de San Martín a Mitre. — El tintero de la Inquisición. — El uniforme, el sombrero y la banda de San Martín. — Entrega de estas prendas al Museo Histórico de Buenos Aires. — El Museo Histórico de Buenos Aires, relicario sanmartiniano. — El dormitorio de San Martín. — Tres caricaturas de San Martín.

El marco natural y geográfico de la revolución argentina fué su teatro virreinal y en ese teatro se desenvolvió y se desarrolló, esperando ella por instinto la hora oportuna para poder americanizarse.



SEPULCRO DE LA FAMILIA BALCARCE EN EL CEMENTERIO DE BRUNOY
Los restos de San Martín descansaron ahí hasta que fueron trasladados a
Buenos Aires en 1880.

Esta hora la señaló la aparición de San Martín en el Plata, y salvando él la cordillera de los Andes rompió las barreras geográficas que circunscribían en su primer teatro a esta revolución y le abrió los nuevos senderos que la solidarizaron con gloria y ventajas con las otras revoluciones enseñoreadas a su vez de las capitanías y virreinos en que estaba dividido el Continente.

Los poetas, que habían sido los primeros pregoneros de la causa libertadora encontraron en esta circunstancia un motivo excelso para su estro, y aunando sus liras comenzaron a cantar a San Martín como a la fuerza homérica por excelencia en la nueva epopeya.

Desde el paso de los Andes hasta la toma de Lima, San Martín llena por entero la mente de nuestros bardos. Vicente López, Esteban de Luca, Fray Cayetano Rodríguez, Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Ramón Rojas, Juan Cruz Varela y otros se disputaron a porfía la gloria de cantar al héroe vencedor y esto para deponer a sus pies los laureles del más puro y del más desinteresado lirismo. Como lo dice un crítico, estos elogios «son espontáneos, libres de todo interés, exentos de adulación y dignos en fin del héroe varonilmente modesto, que nunca confundió el oro de la fama sólida con el oropel de la inconstante simpatía de la muchedumbre» (1).

Para convencernos de la absoluta verdad que encierra este aserto, nos basta recordar la carta aquella que San Martín le dirigiera a Esteban de Luca, cuando éste se honró enviando al héroe triunfador uno de sus mejores cantos. «No es ésta, le dice San Martín a Luca desde Lima, con fecha 3 de abril de 1822, la primera vez que usted me favorece con sus poesías inimitables. No atribuya usted a mi moderación esta exposición, pero puedo asegurarle que los sucesos que han coronado esta campaña no son debidos a mis talentos — conozco bien la esfera de ellos —, pero sí a la decisión de los pueblos por su libertad y al coraje del ejército que mandaba. Con esta especie de soldados cualquiera podía emprenderlo todo con suceso».

«He tenido el honor de recibir una comunicación de V. E., le contesta Luca a San Martín el 1º de agosto de 1822, con fecha 3 de abril en que se sirve manifestarme cuán agradables le han sido las composiciones poéticas con que he celebrado los triunfos conseguidos con las armas de su mando. Ensalzar con sus escritos a los héroes de la patria es un deber de los que se dedican a la literatura. Yo sería mil veces dichoso si mis versos hubieran contribuido en la menor parte a la celebridad del nombre de V. E. que ha tiempo se halla enumerado por el mundo imparcial entre los fuertes guerreros, dotados de un genio superior. Tan alto concepto acaba de ser confirmado de un modo solemne por la libertad que V. E. ha dado a Lima.

«Arrebatada mi imaginación con tan memorable suceso, no tuve

(1) JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *Corona poética del general San Martín*.

presente el débil acento de mi musa y me atreví a cantarlo siendo un asunto que sólo puede ser desempeñado por aquellos grandes poetas que, a ejemplo de los Homeros y Virgilio, saben inmortalizar a los héroes.

«Entretanto, debo asegurar a V. E. que me siento penetrado de la más dulce complacencia al ver que mis versos han merecido su aprobación y que tengo la oportunidad de ofrecerme a las órdenes de V. E. del modo más sincero» (1).

Cuando Esteban de Luca escribía estas líneas ya habían salido de su pluma distintas composiciones poéticas destinadas a glorificar el nombre y los hechos de San Martín. En 1817 y después del paso de los Andes escribió él su *Oda a la Victoria de Chacabuco*. Las estrofas que componen esta oda evocan al héroe en su doble aspecto de vencedor de los hombres y de vencedor de la montaña. El poeta describe en ella la servidumbre en que se encontraba el reino de Chile. En los labios de su tirano pone las razones perentorias que justifican su dominación, y todo esto para presentarnos luego a San Martín como otro Aníbal, dominando los montes cavernosos y venciendo al amo opresor con la misma facilidad con que vence a los obstáculos de la naturaleza.

Después de una invocación a la deidad que inflamara al poeta mantuano, el bardo escribe:

*No cantes, no, este día,
La cítara divina resonando,
Del héroe de Cartago la osadía
Los Alpes traspasando;
Aun otro Aníbal canta mayor gloria;
Da al nuevo mundo eterna su memoria.*

Descrita la batalla y presentado San Martín al frente de sus escuadrones decidiendo la carga, se vuelve a la deidad que le inspira e invocándola le dice:

*¡Oh Patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendón de Castilla, de ellos fieros,
Al suelo derribaron.
Salve patria mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.*

Juan Ramón Rojas cantó igualmente esta victoria. El canto del poeta principia recordando el desastre sufrido en Rancagua. Pregúntase si la América volverá a sufrir el azar de un nuevo Sipe-Sipe, y después de arrojar una mirada sobre todo el Continente declara que no hay que desesperar, que el genio excita al guerrero y que

(1) ADOLFO P. CARRANZA. *San Martín*, infolio, pág. 194.

San Martín preparando soldados aguerridos se prepara a la vez a recobrar a Santiago.

He aquí cómo señala el poeta el punto de partida en esta victoria:

*Ni los Andes destempló su aliento
La enhiesta Cordillera,
Ni la hueste opresora que lo espera;
Ni la pobreza suma: a todo evento
Superior, lee en su suerte
El grande lema: LIBERTAD O MUERTE.*

Luego se pregunta:

*¿Dónde te lleva ese furor sublime,
Caudillo denodado?
¿Las serias consecuencias has pesado
De tu empresa atrevida? ¿No te oprime
La idea de retirada?
¿La rigidez y la distancia es nada?*

La respuesta la formula el mismo bardo y lo hace escribiendo a continuación:

*Mas todo está a su alcance, y la alta mente
Obstáculos allana,
Que sondeó tu saber... Ea, corre: ufana
Orne la palma tu lumbrosa frente;
Y esclavos a millares
Venguen al caer los ultrajados lares.*

El poeta pasa luego a describir el paso de los Andes. Lo saluda entonces a San Martín elevándose a alturas a que no llegara el héroe de Cartago. Describe la refriega. Apunta las clarinadas, el relinche de los corceles, las voces de mando, y concluye con esta estrofa después de presentarnos a San Martín como portador de la victoria:

*Héroes de Chacabuco, nombre eterno
A la inclita bravura
De esfuerzos tan gigantes: ya asegura
Chile su libertad; y en gozo tierno
Por sus bravos os canta:
Vivid, vivid, autores de obra tanta.*

La batalla de Maipú proporcionó a los poetas del Plata una nueva ocasión para empuñar sus liras. Vicente López, el autor del *Himno Argentino*, es uno de los primeros en loar a San Martín. El vate pasa revista a los libertadores de la historia. Invoca a los manes de Tell, de Orange, de Doria y de Wáshington, y paseándose triunfalmente

por las constelaciones del Sur, baja luego a la realidad del drama para ensalzar la gloria de San Martín proclamándolo como un héroe eminente. En sus estrofas dice:

*La patria que tu diestra valedora
Alzó en firmes quiciales, admirada
Tu nombre sin cansar se ha repetido;
Ella también celebra con ternura
A los héroes de insólita bravura,
Que atletas suyos a tu lado han sido.*

Esteban de Luca volvió igualmente a empuñar su estro y le consagró a San Martín el canto que empieza así:

*Allá en la cumbre de los altos Andes
Sobre región de nieve sempiterna
Donde más brilla el luminoso Febo
La América inocente colocada
Domina al orbe; asiento majestuoso
Le dan las cimas de elevados montes.*

Su fuerza imaginativa y su lirismo le permiten reconstruir en verso de impecable forma el pasado colonial, la reconquista de Chile por las armas de Osorio, para llegar finalmente a ese momento venturoso en que el ejército unido pasando el Maule desbarata los planes del invasor y le impide el convertir a Santiago en una nueva Troya.

En este canto el poeta sigue a San Martín y a sus bravos en todos los pormenores de la batalla. Pinta sus horrores. Lo señala a San Martín dando ejemplo de denodado valor. No deja de señalar el valor frío y la constancia asombrosa de los patriotas ante ese enemigo hispano que empeñosamente disputa el triunfo, y después de describirnos las cargas de Alvarado, de Las Heras y de Quintana, exclama:

*¡Cuánto la patria os debe, héroes invictos,
En tan duro conflicto!*

Pero la victoria no se ha decidido aún; ella exige un nuevo combate. El poeta lo señala y es entonces cuando de su lira salen estos versos:

*En la diestra el acero fulminante
Domina San Martín a la campaña
Cercado de peligros y de muertes;
Dueño de la fortuna y de sí mismo,
Su espíritu guerrero nada turba;
Los ataques dirige, manda estragos
Como otro Jove que a la densa nube
Reventar hace en rayos formidable.*

El momento decisivo llega por fin. La victoria coloca su corona sobre las sienes del héroe. El clamor, como dice el poeta, sube hasta el sagrado Olimpo y San Martín entra así a figurar en la serie de los héroes inmortales. He aquí cómo el bardo describe esto que podemos considerar como la entrada de San Martín en la inmortalidad:

*La Fama al punto por el aire vago
Sus alas desplegando, a las naciones
Vuela a anunciar la memorable hazaña
Del fuerte San Martín. Sí, jefe invicto,
Ni Leonidas al frente de los bravos
Que a Termópilas lleva, ni Milciades
Al persa altivo en Maratón venciendo,
Tuvieron el valor y genio ardiente
Que te inflamaba en la tremenda lucha.
Con tu égida has cubierto poderosa
La patria libertad; tú en adelante
Serás llamado Aníbal argentino,
Que enseñaste la senda que conduce
De la inmortalidad al templo augusto:
En columnas de bronce, allí grabados
Los nombres se leerán de los guerreros
Que supiste llevar a la victoria
En los llanos de Maipo; siempre eterna
Será en el continente colombiano
De San Martín la gloria esclarecida.*

Esta victoria arrancó igualmente nuevas y vibrantes sonoridades a la lira de Juan Cruz Varela y a la de fray Cayetano Rodríguez. Aquél cantó a San Martín en el triunfo de Maipú, cantando igualmente a Balcarce, otro ínclito varón de la epopeya.

Fray Cayetano vió en esa victoria una restauración de la libertad. Declaró que en ella la patria había recobrado sus derechos; que en virtud de ese triunfo San Martín se había labrado una nueva corona, y tornándose al héroe lo saludó con esta estrofa:

*Obra fué tuya, héroe sin segundo,
Y de tus bravas, bélicas legiones:
Todo este nuevo mundo
Aclama tu valor, tú das lecciones
Al mundo antiguo, que aunque siempre vano
Ya te apellida: Marte americano.*

Juan Cruz Varela a su vez escribió ensalzando este momento heroico en la vida de San Martín:

*Iberia, tus caudillos,
En la lid hasta entonces no domados,
Dejaron los cuchillos*

*De los libres del Sur ensangrentados:
Resistir no fué dado; allí mordieron
El suelo mismo do mandar quisieron.
San Martín los furores
De sus bravos gobierna y acrecienta;
Y él mismo los horrores
De la guerra desprecia y los aumenta.
Si Marte mismo tal bravura viera,
En Marte mismo algún pavor cupiera.*

El arrojo y denuedo de San Martín fué uno de los motivos que exaltó mayormente a los poetas de aquella epopeya. Al unísono todos ellos lo apuntan y lo ponderan en sus estrofas, y esto le permite a Vicente López hacer alusión al desenlace de la batalla escribiendo estos versos:

*Mas San Martín, ese hijo
Que en sus favores te ha donado el cielo
Para colmo de gloria y regocijo,
Se arroja a la palestra
Y arma en tu auxilio la robusta diestra.
A la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte
El hercúleo campeón se precipita,
Su gran maza levanta
Y la tiende mortal bajo su planta.
Así fué la jornada
De las célebres márgenes del Maipo,
En donde fuiste, oh patria, coronada
Del lauro inmarcesible
Por San Martín y su legión terrible.*

La gesta heroica que tales sonidos provocó en la lira argentina completóse con la expedición libertadora del Perú y la toma de Lima. Tamaño suceso no pudo pasar inadvertido a los poetas argentinos, y los mismos que habían cantado el paso de los Andes, la batalla de Chacabuco y la batalla de Maipú, se incorporaron nuevamente para cantar el coronamiento de la epopeya.

El primero en hacerlo fué Esteban de Luca. Su canto lírico a la libertad de Lima transparenta toda la pompa de su imaginación y toda la riqueza de su lirismo patriótico. La sensibilidad se confunde allí con el juicio, el dominio de la historia con el dominio de la fábula, el amor a la patria con el amor a la libertad, el culto a los héroes con el desprecio y repudio a los tiranos. Los primeros de sus versos son destinados precisamente para perpetuar este repudio y es por esto que a la sombra de San Martín Esteban de Luca puede escribir:

No es dado a los tiranos
 Eterno hacer su tenebroso imperio
 Sobre el globo infeliz, llevando insanos
 A doquier el terror, el llanto, el duelo,
 La viudez y orfandad: en vano el trono
 Ven con ardiente celo
 Guardar a los ministros de su furia:
 En vano, fieros desde el alto asiento
 De su injusto poder miran los males
 De pueblos oprimidos y obedientes
 Por largo espacio al ímpetu violento
 De su cruel ambición; ya las señales
 De su ruina y oprobio están presentes;
 Llega por fin el día, en que hasta el polvo
 Su soberbia humillada
 Será de las naciones execrada.

En sendos versos prosigue el poeta la tarea lírica que se había trazado. En ellos reconstruye el drama de la libertad que se extiende de mar a mar en la extensión de todo un Continente. Nos muestra a las huestes de la patria marchando bajo la égida de la libertad y por fin a San Martín entrando triunfador en la capital de los virreyes, en donde, según su propia expresión, «el sangriento poder y la vil codicia devoraba a su Visir orgulloso».

He aquí cómo después del triunfo nos lo señala a San Martín:

San Martín, animado
 De celestial impulso, en el gran libro
 Leyó de los destinos, que Colombia,
 Largo tiempo oprimida
 Por la ambición más bárbara y funesta,
 Cobrando nueva vida,
 Rompiendo sus prisiones,
 Alzarse debe libre, independiente
 De la soberbia España,
 Y triunfadora de su cruda saña
 Bella y rica mostrarse a las naciones.

La exaltación que provoca en la imaginación del poeta la caída de la metrópoli virreinal se encuentra admirablemente reflejada en estos versos:

Libertad, Libertad. Las altas torres
 Del orgullo europeo convertidas
 En polvo caen, y el ídolo sangriento
 Del fanatismo horrible: ya el palacio
 Ocupa San Martín donde las leyes
 De sangre se dictaron: largo espacio

*Allí adoróse la soberbia imagen
De los hispanos reyes;
Mas ahora en Lima el pérfido tirano
No encuentra algún asilo a su vergüenza:
Hoy muere su esperanza,
Pues no puede surcar el oceano,
Y allá en Europa concitar la saña
Cual en un tiempo, de la fiera España.*

A su vez, Juan Cruz Varela le consagró a San Martín en esta ocasión una oda. La libertad en Lima por las armas de la patria la canta él en estrofas del más puro clasicismo poético, y al proceder así lo sigue a San Martín desde el río argentino hasta el momento en que con sus legiones atraviesa el Pacífico y después de amedrentar a los tiranos acampa con ellas en las cercanías de la ciudad codiciada. Esta circunstancia le permite a Varela el describirnos el asedio de Lima en esta forma: •

*Y todo cierto fué. Los batallones
Condujo San Martín, y se tendieron
En frente de las hórridas murallas
Coronadas de muerte. Las legiones
Que al tirano servían, contuvieron
Medrosas el furor de las batallas;
El pavor y el asombro y el espanto
Delante nuestras filas se movían
Y en medio de las filas entretanto
Serenos presidían
El valor, la firmeza,
La confianza en el jefe y su entereza.*

Y luego:

*Acudid, acudid al muro fuerte
Erguidos héroes de la erguida España:
Abrid las férreas puertas y lanzando
Las falanges al campo de la muerte
En el campo venced: la fiera saña
De vuestros duros pechos derramando
Sobre los libres que tenéis al frente,
Vengaos en ellos; decidid al cabo
Si el Perú debe ser independiente
O, si por siempre esclavo,
En vano, en vano anhela
El genio grande que a librarlo vuela.*

En nuevas estrofas el poeta describe las incidencias del asedio. Muestra la impotencia enemiga ante la astucia y el genio del Liber-

tador y nos señala finalmente a los guardianes de la tiranía abandonando la capital para ir a buscar un asilo vergonzoso en la alta sierra. Es entonces que la victoria de San Martín arranca a su lira esta estrofa:

*Entra, genio inmortal, anega tu alma
En el placer de libertar tu suelo:
Entra en la gran ciudad, y los abrazos
Recibe de los libres y la palma
Con que tu triunfo coronó tu anhelo.
Has roto ya los apretados lazos
Y el férreo yugo del Perú oprimido.
Por doquier haya libres en el mundo,
Y resuene tu nombre, será oído
Con respeto profundo,
Y la fama sonora
Lo cantará por cuanto Febo dora.*

El poeta concluye su canto pronosticando la inmortalidad de San Martín. Lo hace por estar convencido de que las epopeyas escapan al olvido del tiempo y porque los poetas además no mueren y son ellos los voceros perennes de toda inmortalidad.

He aquí cómo el bardo argentino traduce y expresa este pensamiento:

*Sólo es dado a los versos y a los dioses
Sobrevivir el tiempo. ¿Quién ahora
De Eneas los hechos conociera?
¿Quién de Príamo triste los atroces
Dolores y la llama asoladora
De su ciudad inmensa si no fuera
La musa de Marón? ¿Y sin Homero
Qué sería de Aquiles? Los loores
Cantad, cantad, del inmortal guerrero
Y tributadle honores,
Que no puede mi lira,
Porque es débil la musa que me inspira (1).*

Juan Crisóstomo Lafinur se asoció a este coro de poetas y en una oda celebró igualmente la toma de Lima. Entre sus versos destacamos éstos en que el Libertador aparece señalado por el bardo como la nota máxima.

(1) El mismo Juan Cruz Varela nos declara que dicha oda la compuso él encontrándose en Córdoba, en el mes de septiembre de 1821 y bajo la impresión de los males que en ese momento afligían a su patria. Al mismo tiempo nos declara que el paso de los Andes por el ejército de San Martín «es uno de los movimientos militares que más pueden honrar las páginas de la historia de la guerra».

...¡Oh, ved cuál frena
 Sus estragos el bronce! Cuál resuena
 El himno augusto de la paz querida;
 Que el heroísmo aprisionó la guerra
 Con candados de hierro, y para siempre
 Tendió su brazo al hombre, y de la tierra
 Se encargó la virtud: ved que la Fama
 Al romper su clarín omnipotente,
 No hay más que un héroe solo:
 Gritando va de un polo al otro polo.
 Y vos lo visteis cuando el genio dijo:
 Fué la salud de Lima...
 La América su rostro lagrimoso
 Al cielo alzando registró en sus luces
 Su destino glorioso;
 Que en letreros de estrellas miró escrito
 Dè San Martín el nombre: vió allí mismo
 Su antiguo poderío, su heroísmo,
 Virtud, leyes, riquezas... todo viólo
 En el augusto manto del Olimpo.

La batalla de Ayacucho, como se sabe, puso fin a la guerra de la Independencia y con ella cerróse el período de una larga y gloriosa epopeya. A esta batalla no estuvo presente San Martín, pero sí su espíritu. Era San Martín y no otro quien había dicho: «El Perú es el único campo de batalla que queda en América y en él deberán reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el Continente».

A ese honor aspiraba y con legítimo título San Martín. Pero por razones que ya son del dominio de la historia se eliminó antes de llegar al desenlace del drama y dejó que la corona que debía ceñir su frente ciñese la de otro héroe, contentándose él con practicar en presencia de Bolívar su heroico desprendimiento.

No por esto puede decirse que Ayacucho no fué gloria sanmartiniana. Sucre presidió la batalla ciertamente; el genio de Bolívar dominaba en ese momento la escena, pero el teatro en que ella se desarrollaba era el señalado por San Martín, y sus granaderos, comandados por Suárez y por Miller, los que hicieron honor a su nombre y a su táctica en la carga heroica.

Si Olmedo hubiese cantado a Ayacucho como cantó a Junín, a no dudarlo hubiera celebrado este episodio como celebró aquellos propios del valor argentino en las estrofas de su canto inmortal ⁽¹⁾.

(1) En la batalla de Junín la caballería argentina jugó, como ya se sabe, un papel importante y decisivo. En un momento dado de la batalla y viendo Bolívar que el ejército de Canterac comprometía el ala izquierda del ejército republicano, dió la orden de ataque, y fué en ese momento que se movilizaron con prontitud de centauros los regimientos de caballería que comandaban Miller, Suárez y Neco-

Los héroes, como los santos, tienen su hora de notoriedad y luego se eclipsan como para acrecentar al amparo de su silencio la aureola de grandeza que los circunda. A esta ley no pudo substraerse el héroe por excelencia de la revolución argentina, e iniciado su ostracismo apenas si uno que otro bardo lo recordó al recordar su epopeya.

En esa pléyade de poetas románticos que principia con Echeverría y concluye con Ricardo Gutiérrez, sólo uno, José Mármol, lo exhibe en su grandeza épica y esto cuando en sus *Cantos del Peregrino*, proscrito a su vez como el héroe que evoca, se refugia en las zonas tropicales de América para lanzar desde allí sus gritos de anatema contra la tiranía.

Leamos las estrofas en que los alejandrinos de Mármol nos recuerdan la epopeya de San Martín:

*Mirad de esa Aconcagua sobre el cristal de hielo,
Do paran sin aliento los cóndores el vuelo,
La conocida huella del argentino pie.
Corred para mirarla también en Uspallata,
Que no es al argentino la Cordillera ingrata,
Como los anchos valles que el occidente ve.
Sobre ella palpitaron valientes corazones
Marchando por la nieve soldados y cañones,
Haciendo entre las nubes el pabellón lucir.
Y encima de los Andes — con hecho sin segundo —
Jugando iba mi patria, del porvenir de un mundo,
Los dados que debieran la suerte decidir.
Afronten mis pupilas el descubierto rayo*

chea. En el ataque, éste fué alcanzado por el sable y por la lanza enemiga y rodó por el suelo herido con siete heridas. Tal episodio sirvió para que la lira de Olmedo se dejase arrebatar por los impulsos de la inspiración y al cantar aquella carga cantó al héroe que en ella se distinguió tan brillantemente. El canto de Olmedo sólo contiene un error de información y es considerar como muerto al que sólo después de herido fué prisionero y esto por pocas horas. He aquí cómo el cantor de Junín perpetúa con su estro este episodio:

En tanto el argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado;
Y no ya cual caudillo, cual soldado,
Los formidables ímpetus contiene
Y uno en contra de ciento se sostiene
Como tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada
Que guardan un redil, mata, destroza,
Ahuyenta sus contrarios y, aunque herida,
Sale con la victoria y con la vida.
¡Oh! ¡capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre patria,
No morirás! Tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
A tu gloria darán sonoro canto
Y a tu grato destino acerbo llanto.

Que se quebró algún día sobre el fusil de Mayo
Que hería de los cielos el transparente tul;
Y atónitas contemplen los hondos precipicios
Por do bajó al impulso de santos sacrificios,
Para cubrir ingratos el pabellón azul.
Desde Aconcagua puedan los ecos de mi lira
A Chile que grandezas y libertad respira
De Chacabuco hablarle y hablarle de Maipú;
Y un eco discurriendo del Andes por la cima,
Repita entre cien otras las de Ayacucho y Lima,
Mezclando entre victorias Colombia y el Perú.

Pero la reacción poética que no se produjo en torno de San Martín ni durante el período de nuestro romanticismo, ni durante el período dictatorial que se prolongó hasta Caseros, se produjo cuando derribado el tirano y reorganizada la patria volvieron los espíritus a la tradición de Mayo, buscando en ella los fundamentos legales y emotivos para engrandecer a la patria. El Parnaso argentino contaba en ese entonces con una escuela de bardos rica en sensibilidad y cultura. La inauguración de la estatua de San Martín en Buenos Aires y en Chile por un lado, y la repatriación de sus restos por otro, sirvieron de estímulo y de acicate a sus juveniles imaginaciones y el nombre y la obra libertadora de San Martín volvieron como en el ciclo heroico a la orden del día. Martín Coronado cantó así nuevamente la batalla de Maipú. Gervasio Méndez declaró en cuartetos arrancados a su lira por su poesía nostálgica que San Martín no podía morir y que para encerrar su nombre y su gloria «el hoyo de la muerte era pequeño».

Guido Spano lo cantó igualmente en tercetos de impecable perfección y Estanislao del Campo hizo otro tanto en su canto a América. Pero ninguno de ellos llegó a la excelsitud parnasiana a que llegó Andrade. Nadie pudo rivalizar con él en la opulencia del ritmo, en el colorido de las imágenes, en la riqueza emotiva que encierran sus estrofas y sobre todo en esa prosopopeya en que la naturaleza animal y ciclópea se incorpora para cantar como lo hacen los humanos al héroe.

Nacido en 1841, cuando Andrade compuso su *Nido de Cóndores* y su *Canto Lírico a San Martín*, que fué por los años de 1877 y en vista del primer centenario del natalicio del héroe, encontrábase él en el desborde de vida que acompaña a toda juventud. Como muy bien lo dice Joaquín V. González, «el *Nido de Cóndores* es un poema colosal que encierra la magna poesía de las alturas iluminada por las glorias nacionales» (1).

La ficción del poeta es magnífica. Un niño y un anciano de blanca cabellera y alta talla deambulan pausadamente por la montaña. El

(1) *La Tradición Nacional*, pág. 193.

cóndor que está en su nido los observa; recoge el eco de sus conversaciones y alcanza a oír un acento vibrante anunciador de la pronta presencia de un héroe. Esto desconcierta al «Señor de las Montañas», e inquieto y tembloroso se recoge en su nido y espera allí el despertar del alba. El héroe no tarda en llegar. Su presencia es señalada por choques de armas, por cánticos de guerra, por el relincho de los corceles y esto se produce precisamente en el momento en que la montaña se aplanan para dejar pasar a San Martín y a sus bravos. He aquí cómo al llegar a la altura de su canto el poeta nos presenta al Libertador, y al cóndor que ha remontado su vuelo para contemplarlo:

*¡Pensativa su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino
Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena!
El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡Este es el grande!
Y San Martín oyendo
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: ¡Mirad! ¡Esa es mi gloria!*

En su canto lírico a San Martín, Andrade nos canta su nacimiento. Lo sigue a éste en su viaje transoceánico y se detiene luego a cantar al héroe de Bailén para decirnos después que el sol de los ensueños que animaba a esta águila errante no era el rojizo sol de Andalucía, sino aquel confín lejano del patrio suelo en que dejara su nido.

Veamos cómo el poeta canta las proezas del héroe criollo en aquel teatro sangriento en que disputa su independencia la madre patria.

*¡Y el ave americana
Soltó de nuevo el turbulento vuelo,
Cruzando rauda la extensión vacía,
Y fué a buscar al águila francesa
Entre el estruendo de la lid bravía!
Bailén la vió severa,
Entre el tropel de la legión bizarra
Que el suelo de la patria defendía;
Y la marca sangrienta de su garra
Quedó estampada en la imperial bandera,
Conocida de valles y montañas,
Que los lindes de un mundo había borrado
Sembrando glorias y abortando hazañas.*

El retorno a la patria y la primer victoria de San Martín son circunstancias que apunta el poeta con gran lirismo.

He aquí cómo su estro poético nos presenta a San Martín en San Lorenzo:

*Fué la primer jornada
Del torrente nacido en las sombrías
Florestas tropicales;
La primera iracunda marejada,
Y su rumor profundo
Llevado de onda en onda por el viento
Del Plata al Oceano,
Fué a anunciar por el mundo
¡Que ya estaba empeñada la partida
Del porvenir humano!*

Andrade pasa luego a presentarnos a San Martín al pie de la montaña, vale decir en Mendoza, como centinela fantástico, taciturno y severo. Allí llega a sus oídos la voz del huracán y al recogerla se pone en pie y escala la gigante Cordillera. El granito sirve en esa ocasión de pedestal al héroe y tiene éste por pabellón el cielo infinito. Oigamos al bardo en esta altura de su canto:

*¡Ya están sobre la cumbre!
Ya relincha el caballo de pelea
Y flota al viento el pabellón altivo,
Hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
Es la patria, mirada
Desde el soberbio pedestal del Ande!
El desierto sin límites doquiera,
Oceanos de verdura en lontananza,
Mares de ondas azules a lo lejos,
Las florestas del trópico distantes,
Y las cumbres heladas
De la adusta argentina cordillera,
Como ejército inmóvil de gigantes!*

Señalado este paso triunfal que se traduce luego en postura heroica, el poeta se pregunta:

*¿En qué piensa el coloso de la historia,
De pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la patria y en la gloria,
En pueblos libres y en cadenas rotas;
Y con la fe del que a la lucha lleva
La palabra infalible del destino,
Se lanzó por las ásperas gargantas
Y lo siguió rugiendo el torbellino.*

En estrofas sucesivas Andrade canta las proezas del héroe, proezas que lo son Chacabuco, Maipú y Lima. Se detiene luego sobre su sepulcro, lamentando que no lo cubran las sombras de las patrias alamedas, para exclamar luego, sintetizando la gratitud y el voto de un pueblo que se prepara a celebrar el primer centenario del héroe:

*¡Un siglo más que pasa!
 ¡Una ola más del mar de las edades,
 Una nueva corriente de la historia,
 Que arrastra a las eternas soledades
 Generaciones, sueños y quimeras!
 Hace un siglo recién desde aquel día,
 Fecundo día de inmortal memoria,
 Cuando en lejana misteriosa zona
 El salvador de América nació
 A la sombra de palmas y laureles
 ¡Que no habían de bastar a su corona!*

Y antes de concluir:

*¡Milagros de la gloria!
 Tu espada, San Martín, hizo el prodigio.
 Ella es el lazo que une
 Los extremos de un siglo ante la historia;
 Y entre ellos se levanta,
 Como el sol en el mar dorando espumas,
 El astro brillador de tu memoria.
 ¡No morirá tu nombre!
 Ni dejará de resonar un día
 Tu grito de batalla,
 Mientras haya en los Andes una roca,
 Y un cóndor en su cúspide bravía.
 Está escrito en la cima y en la playa,
 En el monte, en el valle, por doquiera,
 Que alcanza de Misiones al Estrecho
 ¡La sombra colosal de tu bandera!*

Después de Andrade la lira argentina ha dejado oír nuevas y vibrantes resonancias en honor de San Martín, pero ninguna ha superado a las que salieron de la pluma de tan inspirado bardo.

Con todo, San Martín reclama aún el verdadero cantor de su epopeya. Esta se perfila en el día de hoy con rasgos y flancos luminosos que agigantan al héroe y que se desprenden precisamente del arraigo y de la amplitud con que se perpetúa su obra en el tiempo. Es ésta la misión que la patria reserva a sus poetas, porque a ellos se debe, como dijera uno de sus príncipes parnasianos en el despertar de nuestra literatura, la perpetuidad de los héroes.

*De todo triunfa el tiempo. Sin las Musas
Un héroe al fin no es héroe; que perdido
Debe quedar su nombre en las confusas
Tinieblas del olvido,
Después que, ya pasados,
Caen siglos sobre siglos, despeñados (1).*

San Martín está destinado a una perduración en el arte, como lo está en la poesía. Los elementos emotivos e históricos los da su personalidad, y los da igualmente esa obra, que a la par que épica es humana y dignificadora.

Hasta la hora presente, las artes plásticas hanse concretado a sólo su iconografía y a la representación de sus batallas. Estas y el paso de los Andes constituyen los elementos utilizados en la glorificación plástica de San Martín por el color y el bronce. Faltan aún etapas y relieves de la epopeya que merecen ser recordados y perpetuados, ya en el lienzo como en el bronce y en el mármol. San Martín realizó efectivamente el paso de los Andes. San Martín triunfó en Chacabuco, como triunfara antes en San Lorenzo y después en Maipú; pero antes y después de estas hazañas, realizó otras, que son iniciales y complementarias en la trama continental de su epopeya y que esperan el conjuro del arte como ya sienten el de la historia.

El día en que esto se realice, el gobernador e intendente de Cuyo surgirá en la evocación histórica de su medio, lleno de aquel color y de aquella dramaticidad a que se presta la gestación de su obra creadora. El campamento libertador del Plumerillo tomará así forma plástica, como lo tomará igualmente el ejército Unido acampado en Las Tablas, allende los Andes, y la expedición aquella anclada en Valparaíso con sus velas desplegadas y prontos sus barcos a romper con sus quillas las aguas atónitas del Pacífico.

El desembarco en Pisco, el campamento del ejército libertador en Huaura, el asedio de Lima, la rendición de los castillos del Callao, la expedición libertadora de la Sierra con sus incidencias y su desenlace que lo fué la batalla de Pasco, son episodios dramáticos y emotivos que esperan todavía su artista, como lo esperan igualmente, tratadas en alta forma interpretativa, sus entrevistas con Pueyrredón, con La Serna y con Bolívar.

En la primera San Martín fundamenta las bases políticas, económicas y militares de su campaña libertadora; en la segunda culmina con su ingenio y con su diplomacia para posesionarse de Lima, y en la tercera plantea un problema de confraternidad de armas que concluye por resolverlo dejando que su laurel vaya a ceñir la frente de Bolívar, quien con pasión impulsiva quería para sí solo esa gloria.

Pero si la epopeya termina ahí, otros nuevos motivos o elementos

(1) JUAN CRUZ VARELA. *Oda a la libertad de Lima.*



BOQUETE ABIERTO EN LA CASA DE SAN MARTÍN SITA EN EL Nº 35
DE LA CALLE SAINT-GEORGES, PARÍS

El hecho se produjo en la noche del 13 de abril de 1918. La espoleta del obús alemán que lo ocasionó está en nuestro poder,

se presentan ante la inspiración del artista al iniciarse el desenlace del drama sanmartiniano. La abdicación del mando supremo del Perú, esa partida silenciosa, pero desgarradora, que lo lleva a San Martín del puerto de Ancón al de Valparaíso, su llegada a Chile, su enclaustramiento en Mendoza y, finalmente, su partida para el viejo mundo, embarcándose en Buenos Aires y llevando como compañera esa hijita, el único vástago que le dejara una viudez prematura, constituyen igualmente motivos de inspiración que el arte no ha ensayado aún y que espera todavía los primores del cincel o los colores del lienzo.

El ostracismo de San Martín no es menos interesante y menos inspirador para el artista que lo es su vida heroica. La inventiva pictórica nos ha dado el *Sueño de San Martín* y *San Martín en su lecho de muerte*, cuadros en los cuales Sofía Posadas y María O. de Soto y Calvo han perpetuado respectivamente sus nombres. Alice nos ha pintado a San Martín erguido sobre una roca y contemplando desde ella, mientras las rachas marinas remolinean sobre su capa, el vasto horizonte que cubre con su luz matinal la amplitud de la Mancha; pero todo esto no son sino notas más o menos luminosas de un ensayo y falta todavía, en esa gama evocadora y plástica, el héroe en Grand-Bourg, el proscrito en su deambular continental, como falta igualmente su entierro en Boulogne-sur-Mer, tan homérico en su simplicidad y en su significado.

La pintura sanmartiniana, pues, que hasta la fecha se conoce, no es la justa interpretación artística de la epopeya. Predomina lo iconográfico y brilla casi por su ausencia lo representativo y lo simbólico.

Entrando en la historia de esta iconografía diremos que el más antiguo y por lo tanto el primero de sus retratos es aquel que ejecutara en Santiago de Chile, después de Chacabuco, el artista peruano don José Gil. Este retrato es de tamaño reducido. San Martín se destaca en él vestido con su uniforme de coronel de Granaderos a caballo, pero no está de cuerpo entero. San Martín regaló este cuadro en 1824 al viajero inglés Henry Hill y éste lo cedió en 1882 al señor Santa María, en aquel entonces presidente de Chile. De este retrato, según Mitre, se sacaron en Boston algunas copias heliotípicas que luego se generalizaron en América. «La fisonomía, escribe éste, y la postura es acentuadamente marcial, o más bien soldadesca y constituye el tipo varonil de la primera época de la independencia que se popularizó en varias estampas de la época».

El mismo artista, y después de la batalla de Maipú, pintó en 1818 por encargo de la municipalidad de La Serena otro retrato de San Martín en cuerpo entero. Este retrato tiene el mismo carácter técnico que el anterior y ha figurado como un monumento histórico en varias exposiciones chilenas. Al decir de Ernesto Quesada, José Gil pintó otros dos retratos de San Martín. Uno de ellos fué regalado por San Martín al señor J. de Larosa, gobernador de San Juan.

La familia de éste lo regaló más tarde al general Roca, pasando luego a ocupar un sitio distinguido en el Museo Histórico de Buenos Aires. Quesada declara que el tal retrato es el mejor de la serie de Gil por el cariño con que está estudiada la fisonomía y que constituye por lo tanto «el más notable documento iconográfico sobre el gran capitán argentino».

El cuarto de los retratos pintados por Gil es el que el propio San Martín obsequiara al general Luzuriaga, siendo éste gobernador de Mendoza. De la familia de Luzuriaga el retrato en cuestión pasó a poder del doctor José María Moreno y luego al estudio del doctor José Matías Zapiola.

Al parecer, el mismo Gil pintó una miniatura de San Martín. Este la mantuvo en su poder hasta 1823 y en ese año se la ofreció al coronel Manuel Olazábal, estando en el día de hoy en manos de sus herederos.

En 1818 un aficionado nativo de Buenos Aires, el señor Núñez de Ibarra, dibujó y grabó en esta ciudad un retrato de San Martín en figura ecuestre que dedicó al cabildo de Buenos Aires. El artista nos presenta a San Martín con botas granaderas, con sombrero elástico, con un antejo de campaña en la mano derecha y empuñando en su izquierda las riendas de su caballo. Al pie de este cuadro se lee la siguiente inscripción: «*El Excmo. señor don José de San Martín, vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú. Dedicado al Excmo. Cabildo de Buenos Aires, 1818. Lo dibujó y grabó Núñez de Ibarra, natural de las Provincias Unidas de Sud-América. Aficionado.*».

En 1822 y en Lima pintó un retrato de San Martín el artista Mariano Carrillo. San Martín se destaca en él de cuerpo entero. Ostenta sobre su pecho la banda protectoral. Su mano derecha se apoya en el cinto y la izquierda en su sable corvo. En el fondo del cuadro se perciben los castillos y el mar cruzado por un velero. Al pie del cuadro y a su lado derecho en un medallón circundado de laureles se lee esta leyenda: «*Presenció la declaración e independencia de Chile y Perú y fué el término de sus aspiraciones.*». Este cuadro se encuentra en el día de hoy en el Museo de Bellas Artes de Chile. Mide dos metros de alto por un metro sesenta de ancho.

En Lima igualmente y en el mismo año, la señora Narcisa Casa-Saavedra, esposa de don Juan B. Lavalle, ejecutó en miniatura un retrato de San Martín. Este retrato lo presenta, como el de Carrillo, cruzado el pecho con su banda tricolor, insignia de su autoridad protectoral. «Esta miniatura, escribe Mitre, vino por acaso a Buenos Aires y de ella tomó el general Espejo una copia en punto mayor, corregida según sus recuerdos, y es ésta la que ha servido de modelo al retrato de la *Ilustración Argentina* dibujado por Carvalho. Según el general Espejo, es el más semejante y el que mejor idea da del carácter de la fisonomía del héroe en reposo».

En 1821 se publicó en Londres un retrato de San Martín grabado por R. Cooper. El uniforme que allí ostenta es el de general. Una

banda cruza su pecho y sobre la casaca en su lado izquierdo destacan una placa y dos medallas. La mano izquierda de San Martín descansa sobre el cinto y esto para dar apoyo al sable que comprime ligeramente con su brazo. La mano derecha penetra debajo de la casaca, y la cabeza acusa un ligero movimiento de elevación con inclinación sobre su derecha. Al pie del retrato se ve una viñeta con las armas de Chile. En el horizonte se percibe el mar y una cadena de montañas que lo ilumina con sus volcanes.

En 1823 se ejecutó en Londres una miniatura de San Martín por Whusen, miniatura que actualmente se conserva en el Museo Histórico de Buenos Aires.

A estos retratos de San Martín debemos agregar el que dibujara por los años de 1819 el artista francés Teodoro Géricault. Por mucho tiempo ignoróse la paternidad de esta obra, y tanto Juan María Gutiérrez como Carranza, Quesada, Pillado y otros la consideraron como de autor anónimo. En este retrato San Martín está representado en figura ecuestre. El jinete viste su uniforme de granaderos. De su sombrero elástico se destacan dos plumas, y mientras que con la mano derecha maneja las riendas de su caballo, después de inclinar su cabeza hacia este lado extiende sobre su izquierda su brazo izquierdo como señalando un punto en el horizonte, en actitud de transmitir una orden de mando. Gutiérrez juzgó este retrato en esta forma: «Dibujo enérgico, aunque poco prolijo en los detalles». «El cuadro de esta litografía, nos dice después, sin el margen es de 28 centímetros de base y 35 de altura: iluminado. No se indica ni el autor ni el lugar donde fué ejecutado; pero es litografiado en Europa siguiendo un dibujo mandado de esta parte de América durante las campañas de Chile. Abajo la siguiente inscripción: «*Don José de San Martín, general en jefe de los ejércitos aliados de Buenos Aires y Chile*».

Gutiérrez concluye declarando que este retrato de San Martín «ha debido inspirar en parte al escultor M. Daumas para modelar la estatua de la plaza de Marte» (1).

(1) *La Estatua de San Martín*, infolio, pág. 352. En *La Nación* de Buenos Aires y en el suplemento literario correspondiente al 12 de febrero de 1928 publicamos un artículo intitulado: «*Hay un San Martín de Géricault*». Con ese artículo intentábamos hacer la luz plena sobre una lámina acerca de la cual gravitaba todavía el anonimato, y después de historiar cómo y en qué circunstancias pudimos comprobar que ese San Martín ecuestre considerado como obra de un autor anónimo había salido del lápiz de Géricault, entramos en otro orden de consideraciones para descubrir la persona que pudo guiar en esas circunstancias la mano del artista. Con tal motivo establecimos una hipótesis y declaramos que a nuestro modo de entender esta persona podía ser el mayor don Antonio Alvarez Condarco, residente en Londres por aquel entonces, y quien además se había en cargado de hacer grabar por T. F. Brown una lámina sobre la batalla de Maipú. Estas afirmaciones y la historia de nuestro descubrimiento provocaron una controversia y se nos presentaron como contrincantes sucesivamente don Eduardo Schiaffino y Alejo B. González Garaño. A uno y otro respondimos con oportunidad, y después de justificar nuestra actitud en la parte relativa al descubrimiento objetado, concluimos declarando que si Crámer y no Alvarez Condarco había sido el inspirador de Géricault,

Estando San Martín en Bruselas se hicieron de él tres retratos. Dos de ellos pertenecen al lápiz de Madou. En uno San Martín está dibujado con su casaca militar y en otro en traje civil, pero en ambos de medio cuerpo. El retrato en que San Martín aparece con la casaca de general, es el que desde Bruselas remitió a Miller y que Miller publicó luego en sus *Memorias*. Era precisamente el 10 de octubre de 1828 cuando San Martín le decía: «Consecuente a su apreciable del 25 del pasado en la que no obstante las reflexiones que le hice en mi anterior exige le remita mi retrato, éste estará concluido en principios de la semana entrante y sin la menor pérdida de tiempo se lo remitiré por vía Ostende». Y días más tarde, al remitirle la plancha litográfica: «Los que lo han visto dicen que aunque se parece bastante me ha hecho más viejo y los ojos los encuentran

era a los referidos contrincantes y no a nosotros a quien correspondía aducir la prueba al respecto. Con esta declaración finalizó la controversia, y hasta el día de hoy, que sepamos, nadie la ha reanudado ya para esclarecer este punto o para reforzar aquel otro.

Consecuentes con el propósito que en ese entonces formulamos para descubrir la verdad en lo relativo al segundo punto en que se apoyó la controversia, debemos declarar que los nuevos documentos encontrados nos permiten reforzar nuestra hipótesis y creer que fué Alvarez Condarco y no Crámer quien inspiró a Géricault, ya para su San Martín ecuestre, como para dibujar y grabar igualmente sus láminas de las batallas de Chacabuco y de Maipú.

Ambrosio Crámer, como se sabe, con el grado de sargento mayor se incorporó al ejército de los Andes el 19 de octubre de 1816 y en él permaneció hasta que por razones diversas fué separado de ese ejército por orden de San Martín. El señor González Garaño nos dice que Crámer se separó del ejército libertador «voluntariamente», pero el testimonio de San Martín dice lo contrario y nos basta para esto leer lo que San Martín escribiera desde Mendoza el 18 de agosto de 1818 en oficio al ministerio de la Guerra. «Los motivos de la separación de don Ambrosio Crámer del ejército de mi mando — sobre que V. S. de orden suprema me pide informe reservadamente en su nota del 5 — deben constar en la causa que se formó en Chile y sentenciada por el Tribunal militar fué remitida a ésa para su última sanción, según me he cerciorado por el auditor doctor don Bernardo Vera, existente en ésta. Entre otros incidentes de aquel proceso, el principal era haber permitido expresamente al capitán Olazábal un desafío con el sargento mayor Nazar. Fué demasiada pública esta licencia, y muy solemne el juicio en que recayó la providencia del señor general, mi substituyente, conformándose con el dictamen del auditor que se apartó del fallo del consejo. Prescindo de otras causales que exigían la remoción del comandante Crámer, como son la de no tener la menor disciplina en su cuerpo, tolerar sin castigar los excesos de algunos de sus oficiales, no ser exacto en el cumplimiento de las órdenes que se daban en el ejército y por último, juntándose más sospechas de colusión con el revoltoso don Manuel Rodríguez, como se comprobó por una carta interceptada por el gobernador intendente de la provincia de Cuyo, escrita por Rodríguez a Crámer, después del desgraciado suceso de Cancha Rayada. Por último este oficial no es seguro y no me queda dudas que no tiene el menor interés en favor de estas provincias y que prestaría sus servicios a cualquiera otra nación siempre que le resultasen más ventajas». *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 343.

Borrado, pues, de la lista de los oficiales del ejército de los Andes, Crámer pasó luego a figurar en el ejército del Alto Perú que comandaba Belgrano, quien lo nombró su ayudante el 15 de mayo de 1818. Belgrano dice en la orden del día: «Se reconocerá por edecán del Exemo. señor general en jefe del ejército al teniente coronel don José Crámer». *Archivo de Belgrano*, t. VI, pág. 384.

Para que Crámer hubiera podido entrevistarse con Géricault habría hecho falta que por esa época se hubiese trasladado a Europa, circunstancia que no era imposible, pero que no lo prueban en modo alguno hasta la fecha los documentos. Lo que prueban por lo contrario los documentos, es que por esa fecha Alvarez Con-

defectuosos; ello es que es lo mejor que se ha podido encontrar para su ejecución. Al fin yo he cumplido con su encargo, asegurándole será el último retrato que haga en mi vida».

No sabemos si el otro retrato que lleva al pie la firma de Madou lo hizo éste antes o después del que San Martín le remitiera a Miller. Lo que sabemos — y esto se desprende del retrato mismo — es que la fisonomía del segundo retrato de San Martín hecho por Madou es más hermosa. Los ojos adquieren una expresión y un mirar penetrante que no se descubre en el primero. Son con todo dos bustos expresivos e interesantes que se complementan. ⁽¹⁾.

Aun cuando los propósitos de San Martín eran los de no hacer un nuevo retrato, presumimos que el amor filial triunfó sobre su resolución y que debido al empeño de su hija se dejó retratar por la maestra de pintura que ésta tenía en Bruselas. «El general, dice Juan María Gutiérrez aludiendo a este retrato, está representado con la bandera argentina en la mano, cuyos colores sirven de fondo al cuadro. Este cuadro pertenece a la familia del general y era el más estimado por el personaje que representa. Ha servido para modelar la cabeza de las estatuas erigidas en Buenos Aires y en Santiago de Chile» ⁽²⁾. Este retrato se encuentra en el día de hoy en el Museo Histórico de Buenos Aires. A nuestro entender, la influencia

dareo se encontraba en Londres, que con vivo interés se empeñaba en perpetuar por medio del arte las proezas de San Martín y que estas circunstancias lo colocaban en condiciones excepcionales para entrevistarse con Géricault y facilitarle los pormenores técnicos y geográficos que ya facilitara a Brown para su lámina sobre la batalla de Maipú. Una carta, hasta ahora inédita, de Alvarez Condareo a Rivadavia, corrobora nuestra hipótesis y nos permite afirmar que además de aquella lámina Alvarez Condareo se ocupó en hacer grabar un retrato de San Martín. Es precisamente el 16 de noviembre de 1818 cuando desde Londres le dice a Rivadavia: «He recibido las dos apreciables de usted por mano de mi amigo Barry y también la caricatura de nuestro San Martín. Yo le doy a usted las gracias por esto. Tres días antes de recibir ésa había obtenido un excelente retrato de San Martín hecho en Buenos Aires por un francés y traído aquí por un amigo mío: Ors, por el cual trato de hacer grabar una plancha lo menos de doce pulgadas. He visto a varios grabadores para el efecto y el que menos pide tres meses de tiempo. Yo prometo a usted algunas copias cuando esté la obra hecha». *Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires*, n° 5925. — En buena lógica no podemos afirmar rotundamente que con esta declaración de Alvarez Condareo queda esclarecido el punto en litigio; pero sí podemos afirmar que arroja ella una nueva luz, ya que si Alvarez Condareo estaba en Londres en esa época como estuvo aún en 1819 — con fecha 1° de marzo de 1819 Pueyrredón en carta a San Martín alude a una carta de Alvarez Condareo llevada de Inglaterra, — bien pudo él haber hecho ejecutar por Géricault el retrato ecuestre y las dos láminas que dibujara y grabara este artista.

⁽¹⁾ Juan Bautista Madou nació en Bruselas el 3 de febrero de 1796 y se destacó en el arte de su época como pintor y como dibujante. Estudió en la real Academia de aquella ciudad, teniendo como maestro a Antonio Brice, y quedó huérfano de padre en 1810, siendo el mayor entre cinco hermanos que componían su familia.

La fama de Madou comenzó en 1813, exponiendo en el Salón de Bruselas un dibujo intitulado: *Apollon du Belvédère*. Por muchos años sólo cultivó el dibujo y recién en 1839 se consagró a la pintura, ofreciendo sus cuadros el mismo interés que ofrecen sus litografías. Su obra de artista es verdaderamente considerable, y según uno de sus biógrafos pasan de mil las pinturas, las acuarelas y las litografías que de él se conocen. Madou murió repentinamente el 31 de mayo de 1871.

⁽²⁾ JUAN MARÍA GUTIÉRREZ. *La Estatua de San Martín*, pág. 352.

del lápiz o del pincel de Madou es notoria, si se le coteja con los retratos que llevan al pie la firma del ilustre artista.

En 1886 la nieta del prócer, la señora Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, al enviarle una copia fotográfica de este retrato al general Mitre, le dice que ese retrato de su abuelo hecho en Bruselas «es el mejor de todos», agregando después: «Es el que mi madre querida prefería por su semejanza, la energía y viveza característica de su mirar así como por su mérito artístico».

La única fotografía que se conoce de San Martín es el daguerrotipo — hoy existente igualmente en el Museo Histórico de Buenos Aires — hecho en Francia en 1848. Con esta fotografía y con los apuntes y observaciones dados por Balcarce, Edmundo Castan ejecutó en París el aguafuerte que lo representa a San Martín dejando asomar su enérgica fisonomía en el fondo oscuro de un óvalo y apoyando su mano derecha en el brazo de la silla que le permite su actitud de reposo. De esta aguafuerte se sacaron varias copias que Balcarce regaló luego a los amigos y a los admiradores del Libertador y por muchos años fué ésta la imagen de San Martín popularizada por las estampillas del correo argentino.

Por ser el último retrato de San Martín no representa él al guerrero en la plenitud de su energía, sino al anciano despojado de todo aquello que podía recordar su gloria militar, pero transparentando siempre la postura gallarda no doblegada ni por la enfermedad ni por el tiempo.

En cierto sentido podemos considerar además como retratos de San Martín los que Géricault dibujó para sus dos láminas de la batalla de Chacabuco y de Maipú. El San Martín que en estas láminas se destaca guarda una perfecta similitud con aquel otro San Martín ecuestre dibujado en lámina aparte por este mismo artista. En la referente a la batalla de Chacabuco, el general San Martín ocupa el centro del cuadro y el artista lo ha inmortalizado en el momento preciso en que ordena una carga a su caballería. En su torno se ven los distintos escuadrones de granaderos y a lo lejos los picos andinos que con sus sombras forman la espalda ciclópea al ejército libertador.

En esta lámina como en la lámina de la batalla de Maipú, San Martín se destaca a caballo y su figura es de franca y varonil arrogancia. En esta segunda lámina, el lápiz de Géricault ha sabido agrupar en cuadro armonioso al héroe y a los oficiales que lo circundan, atentos como él al desenlace del triunfo.

Por una parte se ven las últimas cargas de la caballería y cerca de San Martín destácase un grupo de prisioneros, tan recelosos como humillados.

La figura de San Martín aparece además interpretada diversamente en otros cuadros que enriquecen, por así decirlo, el acervo iconográfico de nuestro héroe. Así por ejemplo podemos señalar aquí la *Entrevista de San Martín y de Pueyrredón en Córdoba*, por Rosso;

San Martín saliendo del campamento del Plumerillo, por Boucher; *San Martín en Chacabuco*, por Martín Boneo; el *Sueño de San Martín*, por Sofía Posadas; el *Paso de los Andes*, por Augusto Ballerini; *La Batalla de Maipú*, por Mauricio Ruquendas; *La Batalla de Maipú*, por Fernández Villanueva; *La Revista de Rancagua*, por J. M. Blanes; *La Jura de la Independencia de Lima*, por un autor anónimo; *San Martín en la cuesta del Portillo*, por Coppini; *La Proclamación de la Independencia del Perú*, por Lepiani; *La Batalla de Maipú*, por Pedro Subercasseaux; *San Martín en Boulogne-sur-Mer*, por Antonio Alice y *La visión de San Martín*, por Servi. Estos dos cuadros se caracterizan por su ejecución altamente simbólica.

Estas obras pictóricas y otras más que no es del caso enumerar aquí, como los monumentos y estatuas erigidos en su honor por la gratitud nacional y por el voto admirativo de otros pueblos, nos demuestran que San Martín ha entrado ya en el dominio del arte y que éste tiene en él y en su epopeya una viva y perenne fuente de inspiración.

Todo lo que fué de San Martín o perteneció a su persona constituye en el día de hoy una razón de culto. Hase así formado una interesante agrupación de reliquias sanmartinianas y la mayoría de ellas llenan las salas del Museo Histórico de Buenos Aires. Desde los comienzos de esta institución, su fundador, don Adolfo P. Carranza, interesóse vivamente por que aquel museo contase entre sus prendas todas aquellas que habían pertenecido a San Martín, y con tal motivo, en 1899, se dirigió a la nieta del prócer, que vivía en París, para que se dignase obsequiar al Museo Histórico de Buenos Aires las reliquias que conservaba en su poder y que habían pertenecido a su ilustre abuelo.

Para esto, el señor Carranza puso en juego influencias diversas, y al responder al llamado la ilustre dama contestó: «Mi excelente amigo el señor Macháin apoyó la solicitud de usted y cediendo a sus amistosas instancias había yo ya decidido en principio hacer ese sacrificio; reservándome toda vez el momento de darle cumplimiento cuando nuestro nuevo y digno ministro en París, el señor Carlos Calvo, me manifestó con instancia ese mismo deseo, añadiendo que su pariente el señor general Alberto Capdevila, recientemente venido de Buenos Aires, me traía una nueva comunicación de usted con encargo especial de tratar de obtener me desprendiera de esas reliquias».

«En vista de todos estos patrióticos empeños, agrega luego, que tanto honran la memoria de mi venerado abuelo, he decidido — prescindiendo de mis sentimientos íntimos —, conforme lo participo a usted por la presente, donar desde ahora al Museo Histórico Nacional, no sólo todos los muebles de mi abuelo que conservaba yo religiosamente en el mismo orden que guardaban en su cuarto en vida de él, sino también los dos recuerdos más preciosos que de él me había legado mi querida madre: el hermoso retrato original, al

óleo, de mi abuelo, hecho en Bruselas el año 1827, creo, del que mi señora madre hizo una copia que obsequió hace varios años a la Biblioteca o Museo de Buenos Aires, así como el facsímile o copia exacta del estandarte real de Pizarro que mi madre pintó antes de entregar solemnemente al gobierno del Perú, por manos de su representante en París, ese glorioso trofeo según lo había dispuesto el general San Martín por una cláusula de su testamento.

«Y para complemento de mi obsequio, remito a usted, adjuntos, los importantes documentos históricos que lo certifican; de los que me desprendo con pena, pero que no dudo serán preciosamente conservados en ese Museo, a saber: el oficio y el acta originales de la Municipalidad de Lima, acompañando al Libertador el estandarte real de Pizarro.

«También remito a usted incluso el acta original de la solemne entrega que hicieron mis padres en nuestra casa de campo de Brunoy al ministro del Perú, señor Gálvez, el 21 de noviembre de 1861 de dicho estandarte; copia de los discursos pronunciados en esa ocasión; algunos recortes de periódicos y un impreso de la época relatando esa ceremonia, y dos periódicos más antiguos de Buenos Aires».

La ilustre dama le observa a Carranza que al enviarle los muebles de su abuelo le acompaña un pequeño croquis del cuarto que San Martín habitaba en la casa de Boulogne-sur-Mer y que ese croquis le permitirá, si él lo juzga conveniente, «colocar dichos muebles conforme los tenía el general» (1).

Esta donación la llevó a cabo la nieta del prócer el 30 de mayo de 1899; pero con fecha 8 de octubre de 1873, como así lo prueba una carta de ella misma dirigida a Mitre, le había remitido al insigne publicista y por intermedio del señor José Macháin el reloj y la cadena de oro que San Martín había usado hasta su muerte. «Ruego a usted, mi querido general, le dice, se sirva aceptar esos objetos en testimonio de mi gratitud hacia el dignísimo historiador de mi ilustre abuelo y como recuerdo del profundo aprecio y respeto que profeso al carácter y persona de usted. Igualmente entregará a usted nuestro amigo el señor Macháin el plano de la batalla de Maipú que mi abuelito tenía colgado en su cuarto y un retrato litográfico de él, hecho en Bruselas, que también considero bueno y no sé si los tiene usted ya».

Este envío lo hacía la señora de Gutiérrez Estrada en 8 de octubre de 1886, y el 12 de febrero de 1891 le vuelve a escribir a Mitre para decirle: «Después de haber en 1886 ofrecido a usted el reloj y cadena de mi abuelo, el general don José de San Martín, y remitido a ese ministerio de Relaciones Exteriores para el Museo Nacional su uniforme, sus bandas, y otros objetos que le pertenecieron, conservé

(1) *San Martín*, infolio, pág. 355.

entonces únicamente la escribanía y caja para trabajo de que él se sirvió hasta su último día.

«Hoy que se halla usted en vísperas de regresar a Buenos Aires — Mitre completaba en ese entonces su gira por Europa — vengo a rogarle se sirva aceptar, como recuerdo mío, estas últimas reliquias de las que no me había querido desprender hasta ahora» (1).

El señor Macháin por su parte hizo donación al Museo Histórico Nacional de otras preciosas reliquias, como lo verá el lector. Es el 8 de octubre de 1899 cuando Macháin le escribe a Carranza: «Después del envío a ese Museo Histórico de los objetos que pertenecían al capitán general San Martín que aun quedaban en poder de su muy distinguida nieta y mi respetable amiga la señora Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, he creído que no tenía para qué retardar más tiempo el envío a mi vez, para ser conservado en el mismo Museo a cargo de usted, del tintero de plata de la Inquisición de Lima que en época memorable fué obsequiado al Libertador del Perú.

«También envío a usted como justificativo de dicho tintero un inventario escrito y firmado por el gran capitán, de varias armas y otros artículos, con recibo al final del señor Balcarce, fecha 7 de agosto de 1883, y una carta escrita desde París el 5 de diciembre de 1835 por el mismo general a sus amados hijos, que se encontraban entonces en Buenos Aires, mencionando las cosas que deseaba le remitiesen y, entre ellas, el tintero de la Inquisición.

«La caja que contiene el estuche con el referido tintero así como la presente nota, le serán entregados a usted por mi querido sobrino Carlos Zuberbhuler, a quien le he confiado esta comisión en ocasión de su regreso a ésta» (2).

Cuando estos objetos llegaron a Buenos Aires hacía ya varios años que el gobierno argentino estaba en posesión del uniforme de general que había pertenecido a San Martín, remitido, como se sabe, por su nieta, y de otras prendas de alto valor que San Martín usara. Estas prendas habían sido enumeradas por la remitente en carta fechada en París el 6 de octubre de 1886 en esta forma:

«1° En un estuche de tafilete: El sello de plata del Ejército de los Andes; el sello particular, igualmente de plata, del general San Martín, y otro sello de oro con las armas de Chile.

«2° En un estuche más grande: Las placas y medallas del general San Martín, entre las cuales se halla la medalla de Bailén, que mereció al servicio de España.

«3° En un cajoncito de encina: El sombrero de picos, de Granaderos a caballo, de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú. El uniforme, charreteras y cinturón del general San Martín. Las bandas del rango o autoridad que revistió en la República Argentina, en Chile y en el Perú. Un pequeño poncho que llevaba en sus campañas.

(1) CARRANZA. *San Martín*, infolio, pág. 265.

(2) *Ibidem*, pág. 263.

«4º En una caja de tafilete: Un par de chifles, guarnecidos de plata, que sirvieron al general en todas sus campañas» (1).

Por disposición del gobierno el día 26 de agosto de 1890 estos objetos fueron entregados solemnemente al director del Museo Histórico en el salón de recepciones de la Casa Rosada. El sombrero elástico de San Martín, según nos lo dice Pillado, sombrero también conocido con el nombre de falucho, es de cuero charolado, sencillo, sin escarapela ni plumas y con cuatro pequeños galones por toda insignia. Este escritor presume que la casaca militar, que es de paño blanco con vueltas y bocamangas granate, fué bordada en el Cuzco, siendo sus entorchados como sus charreteras, de oro. Por lo que se refiere a las bandas aquí mencionadas, una es la que usó San Martín como distintivo de su mando supremo sobre el ejército de los Andes, siendo las dos restantes la una peruana, y la otra la que usó como capitán general del ejército de Chile. La banda peruana es a no dudar la que usó en el Perú, en el ejercicio de su autoridad protectoral.

En virtud, pues, de estas y de otras donaciones, entre las cuales debe contarse el sable de Chacabuco, y otras prendas más, donadas más tarde, el Museo Histórico de Buenos Aires se ha convertido en un precioso relicario sanmartiniano, y los que lo visitan pueden detenerse en una de sus salas a contemplar reconstruido allí el aposento de San Martín en los días de su ostracismo, o más bien dicho, en los momentos aquellos en que la Providencia puso fin a sus días, mientras que con el propósito de trasladarse a América se había domiciliado transitoriamente en Boulogne-sur-Mer (2).

Este dormitorio de San Martín no es ni reconstruye tampoco la habitación de Boulogne-sur-Mer en que exhalara su último suspiro. San Martín no murió en su cama, sino en la de su hija y por lo tanto, en la habitación que ésta ocupaba. Así lo testimonia en forma inequívoca y concluyente don Félix Frías, en su carta ya famosa sobre los últimos momentos de la enfermedad y muerte de San Martín.

(1) *El Museo Histórico*, t. II, entrega primera, pág. 156.

(2) En 1893, al publicarse el primer inventario del Museo Histórico de Buenos Aires, figuraban en él estos objetos sanmartinianos: Un plato de la vajilla de San Martín, donado por Adolfo Carranza; una fuente de la misma vajilla, donada por la señora de Moujan; un sextante de campo usado por San Martín; su catrecofre de campaña, donado por Mitre; un par de pistolas, donado por el general Garmentia; una fuente de loza; una pistola de chispa; un vaso de cristal; un pequeño escritorio de campaña, donado por Estanislao Zeballos y un pocillo de la vajilla de San Martín, donado por Federico de la Barra.

Quesada y Carranza aluden el primero en su folleto: *Las Reliquias de San Martín* y el otro en su infolio: *San Martín*, a cuatro bastones que a éste le pertenecieron.

Uno de ellos se encuentra en la actualidad en el templo de San Francisco de Mendoza en manos de la Virgen del Carmen, patrona del ejército de los Andes, y otro, el que regaló San Martín a don Ignacio de la Rosa, gobernador de San Juan, en el referido Museo.

Carranza en su infolio sobre San Martín publica la fotografía de un bastón de caña de la India con empuñadura de oro que perteneció al Libertador, y que según la leyenda escrita al pie utilizó San Martín en sus últimos años.

Antes de terminar este capítulo, digamos que en el Museo Histórico de Buenos Aires existen tres caricaturas de San Martín.

Aun cuando ellas carecen de fecha, las podemos clasificar en este orden: la primera relacionada con su campaña de Chile, la segunda con su obra protectoral del Perú y la tercera con su ostracismo, ya que ni este período de silencio respetó la calumnia.

La primera de estas caricaturas representa la figura de un oficial cabalgando sobre un asno. El oficial es San Martín, a quien el caricaturista ha colocado en los dos lados de la cabeza un par de orejas enormes y sobre los labios bigotes chinos. En la mano derecha empuña un látigo y en la izquierda una botella de ron. De su cinto cuelga un espadón; calza espuelas nazarenas y lleva sobre sus espaldas una mochila con botellas en cartuchera.

La parte anterior del burro tanto por sus facciones como por su indumentaria es la representación de la figura de O'Higgins. El pueblo chileno, que marcha adelante de uno y de otro personaje, está representado por una manada de carneros. Detrás del burro asoman dos personajes. El uno, que es Tagle, recoge las monedas que aquél expelle por detrás de su marcha, y el otro, que es Pueyrredón, las recibe de manos de aquél y las deposita en una talega.

La segunda de estas caricaturas representa un trono. San Martín aparece aquí disfrazado de tigre, y al pie del trono, por su lado izquierdo, surge arrodillado un personaje, o sea O'Higgins brindándole una corona y pronunciando esta frase: «Ahora que los pueblos tiemblan y no ven». San Martín que apoya una de sus garras sobre las cabezas que se ven a los pies de ambos, deja escapar de sus labios esta declaración que recoge O'Higgins: «Yo te haré príncipe de la sangre y serás el primero después del rey». Del lado derecho del trono se ve en el fondo del plano un grupo de hombres con los ojos vendados que representa al pueblo. Entre este grupo y el trono surge un hombre con gorro frigio, invitando a ese pueblo a la sublevación. «Pueblos, dice él, arrancad la venda de vuestros ojos y ved ahí vuestros destinos víctimas de un traidor, esclavos de un tirano». Con su mano izquierda señala en ese momento las cabezas de las víctimas en que San Martín y O'Higgins apoyan su trono.

La tercera de estas caricaturas es la que se publicó en 1825 en el libelo reconocido hoy por la crítica como obra de Alvear y que éste publicó con el siguiente título: *Primera parte de la Vida del general San Martín* y que no es otra cosa que una falsa biografía o pura diatriba.

La caricatura en cuestión acusa la misma inventiva que dió vida a la caricatura anterior. San Martín está vestido con piel de tigre. Una corona se le escapa de la cabeza, y mientras que con su mano derecha empuña la cabeza de Luis Carrera, con la izquierda empuña la de Juan José Carrera.

Las garras de su pie derecho se apoyan en la cabeza de Manuel Rodríguez y las del pie izquierdo sobre la de Mariano Mendizábal.

En plano inferior a éstas se alinean otras tres cabezas, vale decir, la de Prieto, la de Conde y la de Murillo. Esta lámina tiene un epígrafe y en él se dice: «¡Pueblos! ¡Os desengañaréis! ¿Conoceréis a San Martín, al héroe decantado? Mirad sus víctimas y deducid el destino que os preparaba. ¡Temed aún!»

Parece ser, por lo que escribe el señor Guillermo Feliú Cruz en su folleto: *Un libelo sobre el general San Martín*, que antes de esa fecha la referida caricatura ya había comenzado a circular en Chile como en Buenos Aires y esto por los años de 1819 a 1820. Según nos lo dice él, la chapa de metal que sirvió para grabar esta lámina fué trabajada en Londres por G. Harris y el autor del libelo citado la mandó corregir debidamente para explotar con ella el tema, objeto de su descrédito.

CAPITULO XXV

San Martín en la Historia y en el Destino de América

SUMARIO: García del Río, primer biógrafo de San Martín. — Cómo concluye su ensayo. — Reimpresión de esta biografía hecha por Alberdi. — Biografía de San Martín por Bernardo de Irigoyen. — Páginas que honran a su autor. — Biografía de San Martín por Sarmiento. — Sus inexactitudes. — La pluma de Sarmiento saca a San Martín de la oscuridad. — Bosquejo biográfico de San Martín por Juan María Gutiérrez. — Jerónimo Espejo y su obra: *La Entrevista de Guayaquil*. — Vacío que se llenó con su aparición. — *El Paso de los Andes*, por el mismo. — Espejo y su inclinación por la crónica. — San Martín le confía a Espejo el *Diario de operaciones*. — Dónde dejó ese diario y cómo se perdió. — Actitud histórica en que Espejo se coloca. — Su crónica del paso de los Andes, fuente de consulta. — Mitre y su *Historia de San Martín*. — Cómo escribió esta historia. — Correspondencia entre Mitre y Balcarce. — Carta de Balcarce a Mitre remitiéndole una carta de Bolívar. — En carta a Balcarce declara Mitre el 14 de enero de 1869 que ha comenzado a ocuparse de la vida de San Martín. — Cuál era su plan y documentos que en ese entonces poseía. — Balcarce contesta la carta de Mitre el 24 de marzo del mismo año. — Documentos enviados por Balcarce a Mitre en ese entonces. — El testamento de San Martín y de Bolívar según Balcarce. — Mitre en el senado, y carta que con tal motivo le escribe Balcarce. — Silencio de Mitre que le sorprende a Balcarce. — Carta remitida a Mitre por Balcarce desde Suiza en 1874. — En diciembre de 1877 le envía a Mitre la carta que su hermano Florencio escribiera sobre la vida de San Martín en Grand-Bourg. — Balcarce y el comisionado por el gobierno argentino para visitar los archivos españoles en 1879. — Contento de Balcarce al saber que Mitre continúa ocupándose de la historia de San Martín. — Balcarce le agradece el envío que le hace Mitre de sus *Comprobaciones Históricas* y aborda el tema de Guayaquil. — La Conferencia de Guayaquil, dice Balcarce, no tuvo testigos. — La carta de San Martín dirigida a Guido desde Bruselas. — Don Carlos Guido y sus pretensiones, atribuyendo a su padre la idea y el plan de la expedición a Chile. — Reflexiones que le sugieren a Balcarce las *Nuevas Comprobaciones Históricas* de Mitre. — A la muerte de Balcarce, su hija, la señora de Gutiérrez Estrada, reanuda la correspondencia con Mitre. — Papeles, cartas y documentos, remitidos por ésta a Mitre el 29 de mayo de 1885. — En su carta pídele que después de haberlos utilizado los entregue al Archivo o a la Biblioteca Nacional. — Nueva carta dirigida a Mitre el 18 de diciembre del mismo año. — Registro hecho por la señora Gutiérrez de Estrada entre los papeles de su padre. — Mitre le informa que ya tiene clasificados setenta volúmenes de los documentos referentes a San Martín y muy adelantada su historia. — Alegría que esta noticia causa en la nieta de San Martín. — En busca de un retrato de San Martín para remitirlo a Mitre. — Plano de la batalla de Chacabuco buscado inútilmente. — Legajo de documentos remitidos a Mitre, por intermedio del señor Marcó del Pont. — Queja formulada al final de esta carta. — Deseos que le expresa a Mitre de conversar con él, para contarle rasgos íntimos de la personalidad de su abuelo. — Cómo Mitre formó el archivo de San Martín. — Nuestro juicio sobre la *Historia de San Martín* por Mitre. — Nuestras disidencias con el ilustre maestro. — El contenido y el valor

de su obra. — Juicio de Mitre sobre San Martín. — Influencia de San Martín sobre nuestros publicistas. — Juicio de José Manuel Estrada y de Joaquín V. González. — Chile y la *Historia de San Martín*. — Barros Arana y su juicio sobre San Martín. — San Martín juzgado por Amunátegui. — San Martín y el juicio de don Gonzalo Bulnes. — Benjamín Vicuña Mackenna y su comprensión sanmartiniana. — San Martín juzgado por este historiador. — Los historiadores peruanos y San Martín. — Juicio de San Martín por Paz Soldán. — San Martín blanco de la calumnia. — Alberdi, detractor de San Martín. — Primicia que en este triste honor le corresponde a Mary Graham. — Cochrane, Pruvonena y otros detractores. — Rodó y San Martín. — Una conclusión de Mitre. — Sentir de Lord Fiffe, de Lafond de Lurey, de Miller y de Hall sobre San Martín. — San Martín, genio calculador según Gervinus. — San Martín en la historia de América y de la civilización. — La más grande de nuestras satisfacciones. — Argentinidad y americanismo.

El primer trabajo biográfico sobre San Martín se debe a la pluma de Juan García del Río, su antiguo ministro en el Perú y representante de aquel gobierno en tiempos del Protectorado peruano ante la Corte de Londres. El referido personaje publicó esta biografía en Londres en 1823, pero no bajo su nombre, sino con el de Ricardo Gual y Jaén, que era su anagrama.

García del Río, además de ser un esclarecido político, era un hombre de gran despejo y de vasta cultura. Estaba, por consiguiente, altamente capacitado para juzgar a San Martín, y así lo hizo comenzando su biografía por esta declaración: «Las acciones de los hombres que han influido en el destino de los imperios pertenecen a la historia; y si la adulación y la calumnia robándole su buril se apresuran por lo general a apoderarse de aquéllas, para retratar a medida de su conveniencia al héroe del día, la verdad por el contrario aguarda siempre para pronunciar sus oráculos que éste haya terminado su carrera física y política.

«El general San Martín ha prestado a la causa de la independencia del nuevo mundo servicios eminentes; ha cesado de existir para el público; y aquí era donde la imparcialidad le aguardaba para fallar su mérito».

García del Río anota luego los pormenores más sobresalientes en la vida de San Martín. Dícenos que con su batalla de Maipú se selló la independencia de Chile y Buenos Aires, escribiendo textualmente: «Allí se pusieron los fundamentos de la libertad del Perú y se puede decir que se resolvió para todo el nuevo mundo el problema de si debía prevalecer la causa del honor o la del envilecimiento, de la existencia política o de la nulidad, de la felicidad o de la desgracia».

Al hablarnos de la entrevista de San Martín con La Serna en Punchauca, nos dice que San Martín en aquella conferencia memorable se presentó «desplegando toda la superioridad de su genio y de su alma». Que reconquistada Lima y en virtud de las imperiosas circunstancias asumió el poder, pero «revistiéndose de la filosofía necesaria para menospreciar los tiros de la calumnia y de la maledicencia». El primer biógrafo de San Martín concluye este ensayo diciendo en honor de este héroe: «Eminente patriota, gran capitán,

político ilustrado, con una mano rechazaba el despotismo, con otra planteaba establecimientos útiles: no desdenaba la compañía de Minerva porque siguiese a Marte; antes bien amante y protector de las ciencias y de las letras, ha procurado erigir en aquellas regiones un trono a la sabiduría. Su imaginación no conoce obstáculos, ni tampoco límites en su extensión. Su genio tiene una actividad devoradora, que le hacía ser minucioso en el desempeño de sus deberes, y muy vigilante con sus subalternos. Prudente, modesto, parco, afable en la sociedad, y aun en el mando, severo con sus tropas, jovial con sus amigos, hombre de mundo, y sin embargo, muy sensible a los tiros de la maledicencia. Hasta la calumnia y la odiosidad, que siempre se ceban en el mérito sobresaliente, y que tanto se han esforzado en denigrarle, se han visto obligadas a respetarle acerca de su integridad, y a confesar que jamás se acercó al corazón de San Martín un sentimiento interesado: era aquélla demasiado notoria, y demasiado relevantes las pruebas que siempre dió de su desprendimiento, para que nadie se atreviese a tildarle a este respecto».

En 1844, el joven publicista del Plata don Juan Bautista Alberdi reimprimió en París esta biografía acompañándola de una página descriptiva de la vida de San Martín en Grand-Bourg y de la transcripción de algunos documentos publicados por Lafond de Lurey en su obra ya citada de los viajes alrededor del mundo.

Con el título *Recuerdos del general San Martín*, Bernardo de Irigoyen publicó en 1851 una biografía del Libertador. El estudio en cuestión comienza con una descripción del territorio de Misiones en donde se encuentra enclavado Yapeyú, patria de nuestro héroe, y se pasa luego a recordar su infancia, su educación y sus campañas militares en España, para detenerse luego en las realizadas en pro de la libertad de América.

Al hablar de la reconquista de Chile y de la Memoria que con tal objeto escribiera en 1816 don Tomás Guido, Irigoyen nos dice que San Martín acogió la tal Memoria con entusiasmo.

Esto puede ser cierto, pero lo que no responde a la verdad es lo que afirma después. Según él, después de la lectura de ese documento, «San Martín no pensó ya sino en la realización de aquella venturosa idea y en la urgente necesidad de confundir en brazos de la libertad, los destinos de todos los Estados americanos, borrando sus demarcaciones y haciendo de todos ellos una patria común» (1).

Esta dependencia, por así decirlo, en que Irigoyen viene a colocar a San Martín es absurda y está desautorizada por la historia. La Memoria de Guido, como ya se ha demostrado, no agregó nada a sus conocimientos ni tampoco a sus planes. Por el contrario, era ella una síntesis de estos planes y de estos conocimientos divulgados

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. I, pág. 336.

por San Martín en oficios y en notas que pasaban por la secretaría ministerial en donde tenía su puesto el joven Guido. Esto no obstante, la biografía de San Martín por Irigoyen encierra páginas que honran a su autor. He aquí cómo él estima una de las primeras proezas del héroe: «La historia de la libertad del nuevo mundo, escribe, reposa en las palmas de Chacabuco y apenas existirá un argentino que no pronuncie entre afectos elevados aquel hermoso recuerdo, símbolo de tanto honor, resultado feliz de esfuerzos tan supremos, auténtico testigo de prodigios tan sublimes. En Chacabuco San Martín inmortalizó su nombre y la gloria de su patria».

Al recordar las resistencias que el héroe de los Andes y el captor de Lima encontró en Buenos Aires en el gobierno de Rivadavia para terminar, con el concurso militar de ésta y de las demás provincias argentinas, la guerra en el Perú, Irigoyen no se deja seducir por simpatías estrechas y acusa a aquel gobierno del fracaso que en esas circunstancias tuvo en su patria la política libertadora de San Martín. «El doctor Gascón, dice él, fué el único que levantó la voz apoyando la solicitud de San Martín y mostrándose consecuente con los grandes principios de la revolución de Mayo. Anchorena y Pazos hablaron en términos indecisos y la nota del Libertador del Perú fué rechazada y sancionado el proyecto de la negación».

«La historia, agrega luego, no podrá explicar bien aquel procedimiento extraño en un gobierno de una nación que aspiraba a cimentar la emancipación del nuevo mundo, aceptando los más costosos sacrificios y haciendo supremos esfuerzos. Y la República recordará siempre con pesar aquella resolución que contribuyó a la desmoralización de sus ejércitos, que debilitó el entusiasmo de sus pueblos, dió aliento a los enemigos de la libertad y arrebató a los argentinos el laurel que más tarde conquistó Bolívar» (1).

Don Domingo Faustino Sarmiento publicó a su vez una biografía de San Martín en Santiago de Chile en 1854 y otra en Buenos Aires en 1857. Ambas constituyen un homenaje literario al Libertador argentino y se caracterizan por su vigor y por su colorido. Sarmiento escribió la primera de estas biografías teniendo entre sus manos la correspondencia epistolar cambiada entre San Martín y los diputados de Cuyo en el congreso de Tucumán. Esto le permite declarar en forma categórica que San Martín tuvo una influencia decisiva en la declaración de la Independencia y aduce en prueba de ello las cartas escritas con tal motivo en los primeros meses de 1816 a aquellos representantes. «¿Cuándo empiezan ustedes a reunirse? escribe San Martín en una de ellas el 19 de enero de 1816. Por lo más sagrado les suplico hagan cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están en expectación esperando las decisiones de este congreso». Y en

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. I, pág. 507.



PLACA ERIGIDA EN MÉXICO EN HONOR DE SAN MARTÍN, EL 25 DE OCTUBRE DE 1927
Ha sido colocada en el lugar denominado «Parque General San Martín».

otra: «¿Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia? ¿No le parece a usted una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cocarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué nos falta más que decirlo por otra parte? ¿Qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo, y los enemigos, con mucha razón, nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos? Esté usted seguro que nadie nos auxiliará en tal situación y por otra parte el sistema ganaría un 50 % con tal paso. ¡Animo, para los hombres de coraje se han hecho las empresas! Vamos claros, mi amigo; si no se hace, el congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo éste la soberanía es una usurpación que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir, a Fernandito» (1).

Sarmiento, que era más un polemista que un historiador, peca en uno como en otro trabajo de inexactitudes históricas y aun cronológicas. Es así que el encuentro de San Martín con Aguado lo señala en París en 1824, siendo así que San Martín en esa época no conocía ni había pisado aún la capital de Francia, y cómo al hablarnos del arribo de San Martín a Buenos Aires en 1828, nos lo presenta volviendo las espaldas a su patria por el supuesto desaire con que ésta lo recibe. En su lugar respectivo queda demostrado lo que sucedió entonces y por qué San Martín no desembarcó. De un episodio histórico que tiene su razón de ser, se ha hecho una leyenda y acaso corresponde a Sarmiento en primer término el haberla formalizado y difundido. Aparte de estas observaciones debemos reconocer que la pluma de este gran publicista sacó a San Martín de la obscuridad estando en Chile, y que fué su pluma y su palabra igualmente la que en vida del Libertador se hizo oír en París para realzar, como la justicia histórica así lo pedía, en una conferencia ya citada, los méritos y las virtudes del Libertador austral del nuevo mundo.

En 1863 y con motivo de la inauguración de la estatua de San Martín en Buenos Aires, Juan María Gutiérrez, historiógrafo y publicista a la vez, publicó un infolio intitulado: *La estatua del general San Martín*. En él recopiló diversos documentos históricos del gran capitán, varias de las poesías consagradas a perpetuar sus hechos, y como introducción a esta corona poética y a aquellos documentos un bosquejo biográfico de San Martín altamente interesante.

El doctor Gutiérrez declara en él que la vida del general San Martín «no puede encerrarse en los términos reducidos de una biografía», pero declara igualmente que «deseoso de hacer más comprensibles y apreciables» los documentos recopilados en ese volumen se ve en la necesidad de trazar esas páginas.

Como todos los trabajos del doctor Gutiérrez, el bosquejo biográ-

(1) *Obras completas*, t. III, pág. 280.

fico que nos ocupa presenta a San Martín en su grandeza histórica y en el verdadero papel de Libertador que le corresponde. «El teatro de sus primeras victorias, dice Gutiérrez, está situado a la margen del Paraná, y los caballos de sus granaderos de San Lorenzo llegaron a desalterar su sed en los torrentes que forman las nieves del Chimborazo. Estos dos extremos señalan el espacio que recorrió y miden la extensión inmensa de sus conquistas para la libertad».

Y más adelante: «San Martín, desdeñoso de la popularidad y del vano ruido, presenta un ejemplo poco común con el silencio que guardó sobre su conducta aún en presencia de acusaciones serias. César escribió sus *Comentarios*; el prisionero de Santa Elena dictó la relación de sus campañas; San Martín fué parco al hablar de sus proezas, aun con personas íntimas, cuando el tiempo y su condición de simple particular le autorizaban para hacerlo sin cargo de parcialidad o de vanagloria. Ha dejado pesar sobre su nombre los resentimientos de los partidos, las inculpaciones de personajes tan notables como lord Cochrane, sin desplegar sus labios a espera tranquila del fallo de la posteridad. Esta fría y constante confianza en la justicia de los venideros ya era por sí misma una prenda de la conciencia que le asistía de la bondad, humanamente posible, de sus actos y de su conducta, porque fué siempre síntoma de inocencia la serenidad con que el acusado se presenta delante de sus jueces».

El insigne maestro que citamos escribió este bosquejo biográfico de San Martín después de haber recopilado debidamente toda la bibliografía sanmartiniana existente en el Plata como en Chile y conociendo en parte la correspondencia privada de San Martín con algunos próceres de la Independencia. La narración por otra parte es metódica y la realza el autor con su galanura de estilo. En la época de su aparición este bosquejo llenó un vacío y contribuyó grandemente a que los estudiosos, removiendo el pasado argentino, convirtiesen en blanco de sus investigaciones al primero de sus héroes.

Por esa época se dió a conocer como cronista de la epopeya sanmartiniana un jefe del ejército de San Martín, o sea el entonces coronel don Jerónimo Espejo. Su primer trabajo fué el folleto que intituló *Apuntes Históricos*, en el cual expone sin pretensión literaria alguna la expedición libertadora del Perú. Este trabajo fué lanzado a la publicidad en 1867, y en 1873 Espejo publicaba su *Entrevista de Guayaquil*. La aparición de esta obra vino a llenar un gran vacío existente en lo relativo a este episodio y acumuló así los elementos que existían dispersos y que era necesario conocer para fundamentar una controversia ⁽¹⁾.

(1) Espejo nació en Mendoza el 30 de septiembre de 1801 y se inició en el servicio militar incorporándose en el regimiento de Ingenieros en aquella ciudad el 10 de noviembre de 1815. Organizado el ejército libertador, pasó a Chile bajo las

Esta obra tiene el valor de ser escrita por un testigo de los acontecimientos. Espejo se embarcó a bordo de la *Macedonia* entre los oficiales que formaban la comitiva de San Martín. El no desembarcó en Guayaquil, pero habló con los jefes que acompañaban a San Martín en esas circunstancias y pudo así conocer, si no la verdad interna, la verdad externa del magno acontecimiento. Capacitado, pues, por esta razón para hablar de la conferencia de Guayaquil, Espejo lo hizo reconstruyendo este drama en sus antecedentes, en su desarrollo y en su desenlace, demostrando finalmente que la entrevista de San Martín con Bolívar fué privada y que por lo tanto no tuvo testigos, desautorizando así al general Mosquera que había pretendido lo contrario. Su propósito lo realiza Espejo sin petulancia, analizando punto por punto los móviles que a San Martín lo llevaban a entrevistarse con Bolívar y convencido de que Guayaquil no representaba un misterio, sino un punto histórico posible de explicar estudiando sus fuentes.

En 1882 Espejo publicó su libro *El Paso de los Andes*, trabajo éste que ya tenía en preparación cuando lanzara en 1873 su libro sobre *La Entrevista de Guayaquil*. «Desde los primeros tiempos de mi entrada al servicio militar, 1815-16, escribe Espejo, tuve una inclinación intuitiva a la crónica de las ocurrencias de la carrera que había adoptado como oficio, inclinación que fué desarrollándose por grados, cuanto más extraordinarios eran los sucesos que se ofrecían a mi individualidad inexperta. Me propuse llevar un diario personal de lo concerniente a servicios y en especial de lo que presenciara o llegase a mi noticia acerca de la situación del ejército y sus operaciones. Este diario lo seguí por más de un año con perseverancia, los jefes de mi cuerpo lo vieron y si se divertieron con algunas minuciosidades de detalles no dejaron por eso de animarme a la continuación. Mas desgraciadamente ese trabajo se perdió con mi pequeño equipaje la noche del 19 de marzo de 1818 en Cancharayada, cuyo contraste y otras ocurrencias que siguieron después

órdenes de San Martín y tomó parte en la batalla de Chacabuco, en la sorpresa de Cancharayada y en la batalla de Maipú.

Iniciada la expedición libertadora del Perú, tomó parte igualmente en la nueva campaña, y esta circunstancia le permitió conocer de cerca las modalidades y el pensamiento íntimo del gran capitán. Terminada la guerra de la Independencia regresó del Perú al Plata y tocóle así batirse bajo las órdenes del general Alvear contra las tropas imperiales en la batalla de Ituzaingó. Al producirse la guerra civil que trajo como consecuencia la dictadura de Rosas, el heroico soldado se refugió en Bolivia y luego en el Perú. Las dianas de Caseros llegaron a su oído cuando se encontraba en el Cerro de Pasco, y fué entonces que resolvió retornar a su patria de origen para servirla con la pluma después de haberla servido con la espada.

Además de sus apuntes sobre *La Expedición Libertadora del Perú*, de su libro *La entrevista de Guayaquil* y de su crónica *El Paso de los Andes*, el general Espejo publicó las siguientes monografías: en 1861, *Reflexiones sobre el asesinato de Montecagudo*; en 1863, *Un episodio de la batalla de Maipú y la Campaña del general Alvarado a Intermedios*; en 1865, *La sublevación de la guarnición del Callao en 1824*; y en 1866, *La primera campaña del general Arenales a la Sierra*.

de la batalla de Maipú me desalentaron hasta cierto punto, pero algo más tarde volví a recomenzar mi desgraciada tarea».

«El general San Martín, dice luego, tuvo también noticia de ese trabajo, pues una vez me llamó para pedirme explicaciones. Se las dí con los pormenores que la prudencia y el respeto me imponían y quizá de ahí resultó que se me nombrara después tercer ayudante del Estado Mayor del ejército expedicionario al Perú, con encargo especial que se me encomendara el *Diario de Operaciones*. Me consagré con placer y dedicación a su desempeño que tan en armonía estaba con mis inclinaciones. De cuando en cuando el mismo general lo revisaba, quitando o añadiendo asuntos o detalles y después de depurado así lo trasladaba en limpio al *Libro de los Anales* del Estado Mayor, reservando el borrador para mí».

Espejo nos cuenta luego que este diario de su viaje lo dejó en depósito en 1829 en la ciudad de Córdoba, cuando después de finalizar la guerra con el Imperio del Brasil obtuvo licencia para trasladarse a Mendoza. De ahí partió nuevamente para el Perú, y estando en esa república, antes de retornar a Buenos Aires después de Caseros, fué informado por su apoderado de que el equipaje que había dejado en Córdoba — equipaje en el cual se encontraban cuatro cajones de libros, sus papeles y el diario referido — «había sido violentamente substraído so pretexto de bienes de salvaje unitario».

Esta circunstancia no desanimó al ilustre soldado, y acumulando nuevos documentos y apuntes pudo rehacer la campaña de los Andes publicando la crónica a que aquí aludimos. «Muchos publicistas, nos dice él, se han ocupado antes que yo del paso de los Andes, pero más como incidencia indispensable a descripciones históricas con diversos propósitos. En este sentido creo que han hecho uso de los datos escritos de ese lejano entonces, sin investigar el grado de fe que mereciesen algunos menudos accidentes, que no poco influyen a veces en el criterio de hechos de ese género. Y bien puede decirse sin ofensa de ninguno, que inocentemente han ido copiándose unos a otros, sin fijarse en que si los primeros aceptaron una aseveración no bien definida, han contribuído indeliberadamente a legar a la posteridad un error con el barniz de verdad histórica. Siendo de advertir, además, que por mi parte no extraño la propagación de esta clase de deslices, desde que quizá ha concurrido en gran manera el deceso del general San Martín sin explicar sino uno que otro de sus actos o pensamientos, y lo que no es menos, sin prestar consentimiento a sus mismos confidentes o adeptos, que los explicaran, como bien pudieron haberlo hecho sin que se ofendiera su amor propio o su modestia».

Como se ve, Espejo se coloca en una nueva actitud histórica y con su nuevo libro va a iniciar una revisión doctrinal en lo relativo a la campaña libertadora de San Martín que trajo por consecuencia la reconquista de Chile. «Soy enemigo de polémica, declara

él, respeto mucho la opinión ajena por infundada que la considere. Mi axioma familiar es que cada cual piensa como piensa. Mi intención es hoy algo más elevada. Es presentar la verdad en la forma que la concibieron mis sentidos cuando fui testigo ocular de esos sucesos. Y como el amor propio inclina al hombre a conquistarse el derecho de ser creído, para conseguirlo, mis referencias se apoyarán en documentos oficiales de notoriedad, entre ellos algunos poco conocidos o inéditos, sin economizar a mayor abundamiento razones de verosimilitud, que si no son concluyentes, algún papel desempeñan en su caso».

La crónica que nos ocupa ha sido y sigue siendo aún una fuente bibliográfica de consulta en los estudios sanmartinianos. Ella puede pecar por su desaliño, por su plan o por otras causas; pero es una crónica documental, rica en detalles y en pormenores curiosos que realzan brillantemente a San Martín en aquel período que se inició con su gobierno de Cuyo y terminó con la batalla de Chacabuco.

Pero de todos los trabajos publicados en aquel entonces, ninguno alcanzó el valor y la importancia de la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana* escrita por Bartolomé Mitre y publicada en 1899. Ella completa la obra del mismo autor intitulada *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* y reproduce en sus páginas temas y argumentos históricos ya tratados por el ilustre maestro en distintas oportunidades. ¿Cómo escribió esta obra y con qué elementos pudo reconstruir el autor que aquí citamos el drama militar y político cuyo actor principal lo es don José de San Martín? Para responder satisfactoriamente a esta pregunta, abramos el archivo de Mitre y veamos de qué modo pasaron a su poder los documentos que formaban el archivo de San Martín, y que concluyeron por enriquecer otras fuentes documentales que el referido historiador tenía a su alcance.

La correspondencia que vamos a reproducir la consideramos inédita y principia ella con una carta que el 6 de junio de 1859 le escribió a Mitre don Mariano Balcarce, yerno del Libertador, en contestación a la que Mitre le había dirigido interesándose por los documentos del prócer: «Me es grato contestar la estimable carta de usted fecha 28 de marzo último, le dice Balcarce, y cumpliendo mis promesas, tengo ahora el gusto de incluirle copia de una carta escrita por el Libertador Bolívar a mi señor padre político, antes de la célebre entrevista de Guayaquil. El original existe en mi poder y nunca le he dado publicidad. Adjunto igualmente copia de puño y letra del general San Martín de las instrucciones que dió al general Alvarado para la campaña de Puertos Intermedios y ruego a usted quiera aceptar ese autógrafo como una memoria del ilustre patriota a quien usted profesa tanta simpatía. Si más adelante encontrase otro documento de interés para la obra que usted se propone escribir, tendré cuidado de encaminárselo a usted en oportunidad».

«Creo le será a usted agradable, le escribe el 8 de septiembre de 1864, poseer el curioso documento cuya copia le incluyo, al que se ha hecho algunas veces alusión en términos generales y el que da una idea de la severa disciplina que adoptó el general San Martín para la formación del regimiento de Granaderos a Caballo que dió a la patria una oficialidad tan distinguida y brillante.

«Acompaño también copia de una carta de don Nicolás Rodríguez Peña, miembro de la Logia, cuyo contenido corrobora lo que usted ha dicho en su célebre *Historia de Belgrano*, respecto de la resistencia que opuso mi ilustre padre político a tomar el mando del ejército del Perú».

El 14 de enero de 1869 Mitre se dirige a Balcarce para hacerle saber que ha comenzado a ocuparse de San Martín y con tal motivo en líneas generales le planea su obra. «Como anuncié a usted en una de mis anteriores, le dice, he empezado a ocuparme de la vida del general San Martín, trabajo que me tiene sumamente apasionado, aumentando, por el estudio que hago de los documentos, mi admiración por el héroe y mis simpatías por el hombre. Así es que en lugar de una obra que pensaba escribir sobre él, voy a escribir dos libros distintos, pero que tendrán entre sí correlación. Uno de ellos será la vida pública del general San Martín desde 1812 a 1822, incluyendo por vía de noticias sus primeros años y su carrera en España, y éste se titulará *Historia de San Martín*, que hará juego con la de Belgrano completando nuestra historia y dando a conocer por la primera vez a estos dos grandes hombres de nuestra patria. El otro libro se intitulará el *Ostracismo y el apoteosis del general San Martín*, que pienso publicar antes de la historia y creo que tal vez antes de dos meses pueda estar concluída».

«Anticipadamente, agrega luego, pedí a usted algunos documentos para cuando llegase este caso y usted se sirvió ofrecérmelos; pero como hoy estoy más desocupado y necesito aprovechar mi tiempo, me he puesto a la obra contando exclusivamente con los documentos que poseo y con los que han visto la luz pública, habiendo encontrado en estos archivos una gran masa de documentos oficiales, de la mayor importancia para las campañas de Chile.

«Tengo también muchas cartas autógrafas del general San Martín que me han venido por varios conductos y entre ellas toda su correspondencia con Godoy Cruz desde 1816 hasta 1821, sin faltar una sola carta. Tengo también algunas de Belgrano, Guido y otros personajes de la revolución. Todas originales.

«Con esto puede ya hacerse algo y saldrá un libro nuevo y original bebido en fuentes desconocidas que alcanzará a formar dos gruesos volúmenes como los de Belgrano y tal vez tres en lo que respecta a la historia pública del general San Martín. Pero comprendo que entre sus papeles deben hallarse muchos otros que completarán mi obra, sobre todo en su correspondencia que siempre era tan llena de interés y que tanto acentúa y caracteriza al perso-

naje histórico, cuando es estudiado con atención y con el conocimiento de los antecedentes. Por lo tanto espero que hallándose usted en las disposiciones que me manifestó, se sirva hacer llegar a mi poder los documentos de este género que le sea posible, pues sería un dolor que el libro no saliese tan completo como debiera, estando como estoy resuelto a publicarlo de todos modos».

«Como usted verá por el plan de mi trabajo, concluye el gran maestro, me interesan no sólo los documentos públicos y la correspondencia privada de San Martín hasta 1822, sino los subsiguientes durante su ostracismo, pues mi plan es tomar al personaje desde su abdicación en Lima hasta su muerte, terminando con el apoteosis que le ha hecho la América entera al levantarle estatuas después de tantos años de ingratitud y olvido; y en tal plan entra todo lo que se refiere al hombre privado, al carácter, a sus hábitos, a sus afecciones privadas, su método de vida, sus predilecciones, sus lecturas, conversaciones y todo cuanto pueda dar idea del hombre en el retiro que voluntariamente se había impuesto.

«Cuento, pues, con que usted me ayudará en esta grande obra que interesa a la gloria de la América y a la de su misma familia».

Esta carta no tardó en llegar a manos de Balcarce, y contestóle el 24 de marzo diciéndole a Mitre: «Agradable sorpresa me ha causado la lectura de su interesante y apreciable carta del 14 de enero que recibí después de la salida del anterior paquete, pues no tenía idea hubiese usted empezado el importante trabajo que va a aumentar la justa reputación de que usted goza como historiador y literato y a popularizar y perpetuar aún más la memoria del virtuoso ciudadano cuyos servicios a la causa de la independencia americana usted quiere immortalizar con tan patriótico entusiasmo.

«La correspondencia del general San Martín con el señor Godoy Cruz que usted posee debe ser sumamente interesante, pues este honrado mendocino prestó la cooperación más decidida a la organización del ejército de los Andes y a la emancipación de Chile y era una de las personas que más apreciaba el general San Martín.

«Creo haber remitido a usted hace algunos años varios documentos cuya lista se me ha traspapelado y es posible que en los que ahora tengo el gusto de enviarle por conducto de nuestro compatriota don Francisco J. Ortiz, que regresa en este vapor, se encuentren algunos duplicados.

«Los que están marcados en la lista adjunta de un cero con lápiz son originales; los otros son copias que he hecho sacar de los originales que están en mi poder. El más notable de los primeros es el rígido reglamento del regimiento de Granaderos a caballo firmado por todos los oficiales que en esa época pertenecían a ese cuadro.

«Llamo particularmente su atención sobre las cartas del general O'Higgins y del almirante Bowles, principalmente en lo relativo a lord Cochrane.

«Las del señor Olmedo arrojan alguna luz sobre la entrevista de

Guayaquil. Los números 1 a 3 corroboran todo lo que usted ha dicho en la historia de Belgrano respecto al proceder noble y generoso de San Martín. En fin, los números 25 a 30 explican los motivos que tuvo para regresar a Europa el año de 29. El número 34 dará a usted a conocer su corazón amante, sus sentimientos humanitarios y las ideas que inspiraba a su hija.

«El tiempo no me permite entrar en otros detalles que puedo poder transmitirle con algunos documentos de importancia por el próximo vapor. Réstame sólo manifestarle en mi nombre y en el de mi señora nuestro agradecimiento y lo lisonjero que nos es que un americano tan distinguido y competente sea el historiador del general San Martín».

En esta carta Balcarce agrega esta posdata: «El testamento del general San Martín y el de Bolívar que han sido publicados y que usted debe tener entre sus papeles forman un contraste notable y dan a conocer las ideas que dominaban a esos dos hombres singulares; llamo su atención sobre esos documentos».

El 12 de octubre de 1868 Mitre finalizó su mandato presidencial y entró a reemplazarle don Domingo Faustino Sarmiento. No por eso el ilustre estadista puso fin a su tarea política, y desde su banco de senador siguió prestando a su patria los mismos servicios que le prestara desde su sillón presidencial. «Me atrevo a esperar que sus atenciones del senado, le escribe Balcarce con fecha 24 de junio de 1879, no interrumpirán sus trabajos literarios y que la historia del general San Martín saldrá a luz antes de mucho tiempo. Según he ofrecido a usted, he remitido ya por conducto del doctor Ortiz y de don Américo Ascasubi, algunas correspondencias y documentos de interés para su obra. Aun me quedan muchos otros de importancia que estoy arreglando y no tardaré en comunicárselos a usted.

«Ahora tengo el gusto de incluirle el decreto del presidente Balta relativo a la erección de la estatua del general San Martín y al traslado de las respetables cenizas de éste a Lima; a lo que no me ha sido posible adherir por haber anteriormente contraído otros compromisos con mi gobierno a más de lo dispuesto en una cláusula testamentaria de padre a ese respecto. Remito a usted igualmente copia de la amable carta del doctor don Pedro Gálvez, ex presidente del consejo de Ministros, acompañándome el mencionado decreto».

En carta del 8 de septiembre de 1869 Balcarce se sorprende del silencio de Mitre y le escribe: «Supongo que sus ocupaciones del senado serán causa de su silencio y probablemente de la suspensión o interrupción de sus trabajos literarios, lo que permitirá lleguen todavía a tiempo a su poder muchos otros materiales de importancia que pienso enviarle y que probablemente aumentarán el interés de la historia y biografía del general San Martín, cuyo nombre y servicios se propone usted perpetuar en la obra que está escribiendo».

En el verano de 1874 Balcarce se trasladó a Suiza buscando allí

el aire reparador de la montaña. En la carta que desde allí le escribe con fecha 1º de agosto aborda distintos temas de orden político, como son las relaciones con el Brasil y con el Paraguay por cuestiones de límites, y le significa su agradable sorpresa al saber que Mitre continúa aún ocupándose de escribir la historia de San Martín. Esto dicho, pasa a discutir con él un punto histórico, cual lo es el relacionado con la muerte del general Solano acaecida en Cádiz, cuyos pormenores están debidamente expuestos y estudiados en el primer tomo de esta obra, para concluir diciéndole: «Con gusto remitiré a usted una fotografía de padre y el grabado que se sacó de ella del que conservo la plancha y podría mandar hacer el número de ejemplares que usted deseara. Veré también si entre los papeles que tengo encuentro algo de interés que comunicarle».

El 7 de diciembre de 1877 lo felicita a Mitre por la conciliación de los partidos políticos, y al entrar en el tema histórico relacionado con San Martín, le dice: «Conociendo todo el interés que usted toma en cuanto se relaciona con la vida pública o privada de mi venerado padre político, el general San Martín, remito a usted la inclusa carta de mi malogrado hermano Florencio, la que contiene algunos detalles internos sobre la residencia del general en Grand-Bourg, época la más feliz de su existencia y de la mía también».

A fines de 1879 llegó a París el señor don Bernardo Barreiro, nombrado por el gobierno argentino en comisión para visitar los archivos españoles y sacar de ellos las copias que pudiesen interesar a la historia argentina. Balcarce lo recibió en París y desde ahí le escribió a Mitre: «Excusado es que diga a usted que el señor Barreiro puede contar con toda mi cooperación oficial para el mejor éxito de su cometido y con la seguridad de mis servicios como particular y que tendré un gran placer en ser el intermediario para hacer llegar a poder de usted los documentos que aquél remita con este objeto, así como para cualquier otra cosa que le sea a usted agradable en este asunto». Y luego: «He sabido por nuestro compatriota el señor Benítez, que acaba de regresar a ésa, que continúa usted ocupándose con empeño en escribir la historia de mi venerado padre político el general San Martín. Debe usted figurarse el placer que habré tenido al saber esta noticia. Nadie mejor que usted puede apreciar los hechos militares y políticos del general y la influencia que ejercieron en los destinos de nuestra patria y de todas las repúblicas de América. La figura del general San Martín que tan grande aparece ya en los fastos de nuestra historia tiene que ganar, si cabe aún, en la descripción de memorables hechos relatados por la elegante y acreditada pluma de usted. Mucho le agradeceré que me tenga usted al corriente de los progresos que hace en su interesante obra cuya publicación deseo vivamente».

«Veo con mucho gusto, le vuelve a escribir el 3 de mayo de 1880, en su estimada carta del 1º de enero que sigue usted ocupado en escribir la historia del general San Martín y que la interrupción

momentánea que sufre este trabajo es debido al natural deseo de usted de conocer detalladamente todos los documentos que ha tenido usted la fortuna de encontrar, que arrojan seguramente nueva luz sobre hechos ignorados o mal apreciados hasta ahora. Es para mí una gran satisfacción que usted se ocupe de ese trabajo, porque conociendo su imparcialidad, elevado criterio, su alta competencia de usted, estoy seguro de que en esa obra histórica sabrá hacer aparecer la figura del general San Martín en toda su grandeza. Mi padre político, después de dar la libertad a las repúblicas sudamericanas, tuvo la grandeza de alma de condenarse voluntariamente al ostracismo para que su nombre no sirviese jamás de bandera en las luchas civiles que sobrevinieron poco después de la Independencia.

«Creyó que el bien del país en que había nacido y al que tantos servicios había prestado exigía este sacrificio y no vaciló un momento en hacerlo, sin embargo de lo doloroso que debía ser para él no volver a ver el teatro de sus hazañas. Ya sabe usted que al morir manifestó el deseo de que su corazón reposase en la tierra que le había visto nacer».

El 8 de agosto de 1882 le acusa recibo de dos ejemplares de las *Comprobaciones históricas* que Mitre tuvo la gentileza de enviarle. «Veo con placer y agradecimiento, le escribe a este propósito, que continúa usted en su patriótico empeño de defender y honrar la memoria del general San Martín, con cuyo motivo me dice usted haber reasumido nuevamente el trabajo de su historia, que otras atenciones le habían hecho interrumpir y que se ocupa usted en extractar algunos miles de documentos relativos a él que ha encontrado en los archivos públicos y privados». Y luego, abordando el tema de Guayaquil: «Los que yo poseo y es mi deseo y voluntad pasen a sus manos con el tiempo, no arrojan ninguna nueva luz sobre la entrevista de Guayaquil y retirada del Perú, cuyas causas se hallan explicadas en la carta a Bolívar y me fueron repetidas veces confirmadas en conversaciones íntimas por mi ilustre padre, quien me aseguró que no habiendo logrado la cooperación que esperaba del Libertador para completar rápidamente y sin gran efusión de sangre la independencia del Perú; convencido que su presencia era un obstáculo a las aspiraciones de Bolívar y podía prolongar por mucho tiempo la guerra y la ruina del país — pues el ejército aliado argentino-chileno se hallaba muy debilitado por las pérdidas sufridas en los campos de batalla y por las enfermedades que lo hacían muy inferior en número al de los españoles — resolvió hacer abnegación de su gloria personal y dejar que Bolívar con su numeroso ejército completase y consolidase la emancipación del Perú que era ya un hecho indudable y cesasen así inmediatamente los males de la guerra». Y a continuación: «La entrevista de Guayaquil no tuvo testigos. Estuvieron completamente solos los dos generales; y las personas de su séquito sólo asistieron a las fiestas que en esa ocasión se dieron.

«En cuanto a la carta dirigida al general don Tomás Guido desde Bruselas con fecha 18 de diciembre de 1827, que se ha publicado por sus hijos, debe referirse a alguno de los documentos que he enviado a usted y quizá también al borrador de la carta al general Bolívar, pues a pesar de mis ruegos a padre para que me escribiese o me dictase algunos apuntes sobre su vida pública nunca pude conseguirlo.

«Voy a examinar nuevamente los papeles que aun quedan en mi poder, y si encuentro alguno de especial interés para la historia que usted escribe tendré el mayor placer en remitírselo a usted.

«En un número de la *Revista del Plata* he leído una refutación de las pretensiones del señor don Carlos Guido que atribuye a su distinguido padre la primera idea y el plan de la expedición a Chile. El amor filial exagerado ha influido sin duda alguna en esas aserciones tan contrarias a la verdad histórica y a los antecedentes del general Guido, cuya carrera militar fué toda de secretaría».

El 19 de abril de 1882 escríbele: «Con mucho interés he leído las *Nuevas comprobaciones históricas* que publica *La Nación*, en las que, como en todas sus obras históricas de usted, se complace siempre en hacer resaltar los méritos y servicios de mi ilustre padre político el general San Martín, cuya biografía debe estar ya muy adelantada con todas esas publicaciones complementarias que no cesa usted de hacer y contribuirá a perpetuar la memoria del defensor de la independencia sudamericana y a popularizar aún más si es posible el renombre del historiador argentino» (1).

Balcarce dejó de existir el 20 de febrero de 1885, y la comunicación que él había tenido con Mitre la reanudó su hija, la señora Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada. Era precisamente el 29 de mayo de 1885 cuando ésta le escribe desde París: «De acuerdo con las intenciones que varias veces me expresó mi amado padre y siguiendo el propio impulso de mi corazón, remito a usted, por el vapor *Uruguay* que saldrá del Havre para ésa el 1º

(1) Museo Mitre. *Archivo de San Martín*. Carpeta s/n. nº 4.

En esta misma carta Balcarce le dice a Mitre: «Sin asunto particular que comunicarle, he retardado hasta hoy expresarle mis agradecimientos por su fina amistosa carta del 26 de septiembre próximo pasado, referente a los importantes artículos publicados por usted con motivo del proyectado nombramiento diplomático del doctor Alberdi, quien se halla actualmente en ésta con salud muy quebrantada y ha estado a visitarme asegurándome espontáneamente que él no había tomado parte en la polémica a que dió lugar en *La Prensa* el enunciado proyecto, y que sus amigos eran los que le habían defendido contra los violentos ataques que le dirigía.

«Ya puede usted imaginarse el crédito que yo doy a las aseveraciones de ese hombre que debe odiarme y nunca me perdonará que le cruzase y frustrase todos sus insidiosos trabajos contra Buenos Aires». Y después: «Hace algún tiempo escribí al señor Levasseur, miembro del Instituto y profesor de historia en el Colegio de Francia, remitiéndole dos ejemplares de la *Historia de Belgrano*, uno para él y el otro para que lo presentase al Instituto; y ahora tengo el gusto de incluir a usted un resumen publicado por el *Diario Oficial* y por *El Tiempo*, de la comunicación que con aquel motivo hizo el señor Levasseur a la Academia de Ciencias Morales y Políticas, reservándome remitir a usted en otra ocasión el «compte rendu» in extenso que dicho señor me ofrece para usted en la carta adjunta».

de junio, un cajón marcado M. B. I. conteniendo todos los papeles, cartas y documentos diversos de mi abuelo, el general don José de San Martín, que he hallado entre los de mi finado padre.

«Grande, ciertamente, ha sido mi perplejidad, no habiéndome mi papá dejado ninguna indicación o instrucción especial al efecto e ignorando yo si cuanto remito a usted es o no de interés y debiera ver la luz.

«Toda vez, segura de que usted, mi querido general, que tanto ha contribuído a enaltecer la memoria de mi abuelo, hará con ese mismo fin el mejor uso de esos documentos, no trepido en confiárselos, dejando a su alto discernimiento y tacto decidir los que fueren de verdadera utilidad para la historia y los que debieran destruirse.

«Únicamente pediré a usted que después de haberlos utilizado para sus importantes trabajos históricos se sirva disponer sean entregados un día al Archivo o Biblioteca Nacional, según me propongo yo también hacerlo con las medallas y demás reliquias históricas de mi abuelo que destino a ese Museo Nacional».

El general Mitre contestó esa carta el 31 de julio, y la ilustre dama deseosa de complacerlo en sus pedidos volvió a escribirle el 18 de diciembre de ese mismo año: «Desde aquella fecha — alude a su primera carta del 29 de mayo — he estado en nuestra casa de campo de Brunoy, en donde he encontrado un cajón cuya existencia ignoraba lleno de manuscritos e impresos pertenecientes a mi abuelo y de la gloriosa época de su vida activa.

«He seguido igualmente registrando allí y aquí los muchos papeles de mi amado padre, entre los cuales he hallado algunos más que ciertamente interesarán a usted. De éstos hay algunos separados por mi papá y rotulados por él mismo. No sé si son los originales de los que mandó a usted anteriormente u otros distintos. Todos van envueltos separadamente en un papel obscuro y forman un paquete atado con una cinta de hilo que está colocada encima de todos los otros legajos, arriba del cajón de que hablo al principio de esta carta y que tengo el gusto de remitir a usted por el vapor *Niger* que saldrá de Burdeos el 20 del corriente, a fin de que haga usted de esos documentos como de los que le remití a usted anteriormente, el mejor uso que le parezca».

Oportunamente, Mitre le escribió a la nieta del prócer significándole que ya tenía clasificados en setenta volúmenes todos los documentos referentes a su abuelo el general San Martín, al par que muy adelantada su historia. La señora de Gutiérrez Estrada se congratuló por esta nueva, y con fecha 4 de septiembre escribióle: «Es realmente admirable la actividad de usted y que en tan breve tiempo haya podido llevar a cabo tarea tan considerable y minuciosa.

«Bien puede usted calcular, querido señor general, la gratitud y el vivísimo interés con que he leído esas y las demás noticias que tiene la bondad de darme sobre esa grande obra, la que será cier-

tamente un noble e imperecedero monumento que transmitirá gloriosos a la posteridad los nombres unidos de San Martín y de Mitre.

«Conforme al deseo que se sirve expresarme en su precitada carta, y así que mi salud, bastante mala últimamente, me lo permitió, fui a París a buscar la fotografía del retrato de mi abuelito hecho en Bruselas, que ciertamente es el mejor de todos y el que mi madre querida prefería por su semejanza, la energía y viveza característica de su mirada, así como por su mérito artístico.

«Adjunto va el boleto de expedición de dicha fotografía que he enviado a usted por el vapor *Pampa*, salido del Havre el 30 de agosto».

Con fecha 8 de noviembre Mitre contestó esta carta y acusó recibo del recuerdo de San Martín que la nieta de éste le había enviado por intermedio del señor Macháin, y le hizo envío a su vez de un ejemplar de *La Nación* correspondiente al 1º de enero de aquel año en que había publicado sus páginas consagradas al Paso de los Andes.

Junto con estas páginas la señora de Gutiérrez Estrada recibió una parte del capítulo escrito por Mitre sobre la batalla de Chacabuco, y al tocar este punto la ilustre corresponsal le dice al historiador: «Y a propósito de esto, mucho siento no haber hallado, por más que yo he buscado prolijamente, el plano de dicha batalla que usted deseaba y que yo hubiese tenido tanto agrado en proporcionarle.

«Revolviendo una vez más con ese objeto los papeles de familia, he encontrado aún algunos que interesarán a usted y que le remito por conducto de nuestro excelente amigo el señor don José Marcó del Pont, quien regresa a Buenos Aires a consecuencia del fallecimiento de su digno padre el señor don Antonio».

«En ese legajo que los contiene, continúa dicha señora, y que este amigo entregará a usted en persona, haciéndole una visita de parte nuestra, se halla una Memoria impresa del Excmo. señor don Bernardo O'Higgins, la que recomiendo a la alta atención especial de usted, por las curiosas anotaciones, hechas en marzo, de puño y letra del general San Martín, de naturaleza ellas delicada y ciertamente de alto interés histórico. Deploro no haber descubierto antes ese folleto para usted».

La carta concluye con esta queja: «Diré a usted, mi querido señor general, que he leído con bastante fastidio en los diarios argentinos la correspondencia originada por la rifa del pretendido anteojito de San Martín, en la cual figuraban detalles absolutamente falsos y absurdos relativos a mi abuelito, a saber: ¡que padecía de ataques epilépticos!...; ¡que él mismo mandó en vida el estandarte de Pizarro al gobierno del Perú! Que sus albaceas (imaginarios, pues no los hubo) hicieron tal o cual cosa, etc., etc. En fin, falsedades y errores, empezando por el tal anteojito; y me asombra que haya

quien se complazca en inventar o hablar con ese aplomo de lo que no sabe.

«¡Cuánto quisiera, mi querido señor general, le dice a continuación, poder hablar algún día con usted! ¡Qué gusto tendría yo en contarle ciertos rasgos íntimos de la persona moral de mi abuelito, rasgos que conservo muy presentes en mi memoria a pesar de los pocos años que tenía yo cuando él falleció, y también que fueron repetidos por mis amados padres y que sólo hallan lugar en conversaciones íntimas» (1).

De este modo, como se ve, principiaron a llegar a manos de Mitre los documentos que habían pertenecido al archivo de San Martín, documentos que le permitieron trazar el cuadro político militar de la emancipación sudamericana, teniendo por figura central al Libertador austral del Continente, pero excluyendo de esas páginas su ostracismo y su apoteosis, y consagrando un espacio muy limitado a los antecedentes históricos del héroe en sus campañas en la Península, y más reducido aún a sus progenitores. Por razones que hasta ahora nos son desconocidas, Mitre dejó sin realizar los deseos expresados en su carta a Balcarce del 14 de enero de 1869, y según los cuales perseguía él el propósito de estudiar la vida heroica como la vida privada de nuestro Libertador. Pero a pesar de esta circunstancia, la obra de Mitre vino a llenar un vacío en la historiografía del Río de la Plata como en la historiografía de América. Su aparición sirvió para señalar una época en los estudios que aquí rememoramos y San Martín comenzó a iluminarse con nueva luz en aquel escenario que había sido el teatro de sus glorias. No está en nuestro ánimo el detenernos aquí para analizar esta obra, para exponer su mérito o para evidenciar sus errores o sus deficiencias. Esto nos llevaría muy lejos y nos apartaríamos así del motivo concreto que nos guía. Con todo, reconocemos con impulso de viva sinceridad que la historia de San Martín y de la independencia sudamericana que aquí nos ocupa, constituye un monumento que hace honor a su autor, a las letras de su país y a la bibliografía de América. Esto dicho declaramos igualmente que no compartimos en todo la doctrina histórica del maestro, y que por esta razón no creemos que San Martín haya cometido error alguno de gravedad después de Chacabuco no llevando la guerra al sud de Chile en la forma que Mitre así lo señala, como no creemos tampoco que nuestro héroe haya cometido acto alguno de insubordinación ante el directorio argentino, al volver sus espaldas a la guerra civil y engolfarse por entero en la emancipación del Perú, que era el mandato inicial con que lo había consagrado su patria, de la cual nunca se vió huérfano, como así lo da a entender el ilustre historiador, analizando este acontecimiento.

En aquellos momentos, San Martín se encontró sin gobierno que

(1) Museo Mitre. *Archivo de San Martín*. Carpeta s/n. n° 4.

diese sanción a sus actos. Este desapareció bajo el empuje montonero; pero la patria quedó en pie y esta doctrina se expuso con claridad meridiana por los oficiales del ejército de los Andes en Rancagua. El acta que lleva este nombre testimonia ante la posteridad que el concepto de soberanía permanecía incólume y que por servir a ésta San Martín se divorció de los elementos turbulentos que la comprometían ante la civilización y el mundo. Creemos además que Mitre no está en lo cierto cuando analiza el monarquismo de San Martín, ni tampoco cuando penetra en el drama libertador del Perú para exponer las causales del protectorado establecido por San Martín. El monarquismo, como ya queda demostrado, fué en nuestro héroe un expediente de circunstancias. No constituía para él un fin, sino un medio y por eso aceptó las conferencias de Torreblanca, de Punchauca y de Miraflores. Los síntomas de decadencia moral que Mitre le atribuye a San Martín al aceptar el poder, no responden en modo alguno a la verdad de la historia. La voluntad del héroe no había declinado, ni declinado tampoco la claridad de su inteligencia. Aceptó el protectorado con viva repugnancia, que formaba una ley dinámica en su psicología de hombre como de soldado, y aceptólo por razón perentoria y por interés de la causa que defendía su espada. Ni el monarquismo, pues, de San Martín, ni su protectorado ni sus desinteligencias con Cochrane influyeron en modo alguno en su retirada del Perú. Las causales de este desenlace ya las conoce el lector. El bien de América y nada más que este bien llevólo a esta suprema inmolación ⁽¹⁾.

Pero salvo estos reparos, la obra en cuestión se caracteriza por su contenido histórico, por la riqueza y variedad de sus descripciones, por no pocas de sus páginas en que se expone con gran relieve los pormenores de un drama y finalmente por el vasto espacio que recorre su autor, pasando con su pluma de un extremo a otro del Continente. La pluma de Mitre nos introduce así en el virreinato de la Nueva Granada, como en el virreinato del Plata; en el reino de Chile como en la capitanía general de Quito y unifica así en un movimiento sincrónico las distintas corrientes revolucionarias que determinaron la eclosión emancipadora de América. Esto, a nuestro entender, determina un eclipse de nuestro héroe. San Martín es la figura central del drama en la parte austral del Continente; pero

(1) El mismo Mitre apunta el valor de la crítica en estas líneas que vamos a transcribir y cuya doctrina hacemos propia: «Todo libro gana en ser imparcial y severamente examinado, pues sólo da materia consistente a la crítica lo que tiene substancia propia: los elogios complacientes que se dispensan a un libro que no sugiere vistas nuevas, acusan inconsistencia en él: son flores efímeras que lo cubren por un momento como una mortaja perfumada y se marchitan pronto. La verdadera crítica vivifica al libro, lo complementa, le da repercusión, lo da a conocer, lo hace leer, que es el triunfo mayor que puede alcanzar; y si después de leído sobrevive en la memoria, ya como producción literaria, ya como documento útil digno de conservarse, aunque sea por poco tiempo, su objeto está llenado; puede desaparecer con la gloria de haber vivido, como un buque que con su bandera al tope se va a pique haciendo fuego». — *Comprobaciones Históricas*, 1ª parte, pág. 360.

deja de serlo cuando se salvan estos linderos y se entra, como forzosamente sucede, en aquellos dominios en que la espada y el genio de Bolívar se destacan como supremos y decisivos factores ⁽¹⁾.

He aquí el juicio con que Mitre cierra la obra que en estas páginas rememoramos. «San Martín, escribe él, concibió grandes planes políticos y militares que al principio parecieron una locura, y luego se convirtieron en conciencia que él convirtió en hecho. Tuvo la primera intuición del camino de la victoria continental, no para satisfacer designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana con el menor esfuerzo posible. Organizó ejércitos poderosos, que pesaron con sus bayonetas en las balanzas del destino, no a la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal, sino bajo las austeras leyes de la disciplina, inoculándoles una pasión que los dotó de un alma. Tuvo el instinto de la moderación y del desinterés, y antepuso siempre el bien público al interés personal. Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que vivieran y se perpetuaran por sí, según su genialidad libre. Mandó, no por ambición, y solamente mientras consideró que el poder era un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto. Fué conquistador y libertador, sin fatigar a los pueblos por él redimidos de la esclavitud, con su ambición o su orgullo. Abdicó conscientemente el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, si no de su poder, sin debilidad, sin cansancio, y sin enojó, cuando comprendió que su tarea había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho para la América. Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje a sus principios morales y en holocausto a su causa. Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y fué pensando en los demás. Pasó sus últimos años en la soledad con estoica resignación, y murió sin quejas cobardes en los labios, sin odios amargos en el corazón, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria. Salvador de la independencia de su patria en momentos en que la República Argentina vacilaba sobre sus cimientos, fundó dos repúblicas más, y cooperó directamente a la emancipación de la América del Sud. Es el primer capitán del

(1) La bibliografía de Mitre relativa a San Martín es copiosa. Dejando de lado muchos artículos y discursos destinados al ensalzamiento del héroe, Mitre consagró a San Martín varios de sus capítulos en el volumen intitulado: *Comprobaciones Históricas*, segunda parte. Sabido es que estas *Comprobaciones Históricas* salieron de su pluma en la controversia que mantuvo con el doctor don Vicente Fidel López y relativa ella a distintos puntos del período colonial, de las emancipaciones inglesas y de la independencia argentina. De más está decir que las palmas del triunfo correspondieron en este caso, a nuestro entender, al ilustre historiador de San Martín y de Belgrano. He aquí los títulos de los distintos capítulos consagrados por Mitre al tema sanmartiniano en el libro que aquí citamos: «*El Patriotismo en la historia. Un bagaje histórico muy liviano. San Martín después de Chacabuco. San Martín antes de Maipo. San Martín y Pueyrredón. San Martín en Mendoza, en 1818. San Martín y los chilenos en 1818. San Martín y Chile en 1819. El repaso de los Andes y la logia de Lautaro. El repaso de los Andes y la expedición española. El repaso de los Andes y la guerra civil. El juicio de la posteridad.*»



PLACA COLOCADA SOBRE EL MURO LINDERO DE LA CASA DE SAN MARTÍN EN GRAND-BOURG
Otra similar fué colocada en la casa de San Martín en París, el 25 de Mayo de 1931.

nuevo mundo, y el único que haya suministrado lecciones y ejemplos a la estratégica moderna, en un teatro nuevo de guerra con combinaciones originales inspiradas sobre el terreno, al través de un vasto continente, marcando su itinerario militar con triunfos matemáticos y con la creación de nuevas naciones que le han sobrevivido.

«El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se trasmite a su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional a la América, cohesión a sus partes componentes y equilibrio a sus Estados independientes. Con todas sus deficiencias intelectuales y sus errores políticos, con su genio limitado y meramente concreto; con su escuela militar más metódica que inspirada, y a pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana. Fiel a la máxima que regló su vida: «*Fué lo que debía ser*» y antes de ser lo que no debía prefirió: «*No ser nada*». Por eso vivirá en la inmortalidad» (1).

La influencia que ejerce San Martín sobre todos los historiadores argentinos se descubre igualmente en aquellos publicistas que han hecho del verbo doctrinal un elemento educador y de disciplina. Nos apartaríamos del fin que nos hemos propuesto si nos detuviésemos a señalar todos los escritores del Plata que de un modo o de otro fincan el honor de su pluma en realzar las virtudes del Libertador austral del nuevo mundo. Concretándonos a dos escritores representativos por la influencia que ambos ejercieron en la literatura argentina, recordemos aquí lo que sobre San Martín escribe el eximio maestro don José Manuel Estrada. En el concepto de éste San Martín es un «predilecto de la gloria y había nacido para la guerra». «Tenía, dice textualmente, el numen que improvisa la victoria, la prudencia que la prepara sabiamente. El pueblo hizo de Belgrano un héroe. San Martín hizo del pueblo armado un ejército. Amenazada la última almena de la libertad sudamericana, le

(1) *Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana*, t. IV, pág. 177.

He aquí lo que a propósito de la introducción de esta obra escribe un bibliógrafo: «El año de 1864, dice éste, a causa de los fraudes electorales que dieron por resultado un orden de cosas del todo anormal, el partido nacionalista que encabezaba el general Mitre, se alzó en armas contra los poderes nacionales. Vencido en los campos de batalla, fué conducido preso a las prisiones del histórico cabildo de Luján. Durante el tiempo que permaneció allí dió comienzo a su obra: *Historia de San Martín*, cuya introducción y primeros capítulos se publicaron en el diario *La Nación* de Buenos Aires, siendo recibidos con visibles muestras de simpatía hasta por sus adversarios políticos». — Carlos A. Salas, *Bibliografía del general José de San Martín*, t. III, pág. 125.

arrebata una inspiración, capaz de arredrar a quien no tuviera sus nervios de acero y su alma de espartano. Pero ¿qué son las montañas erguidas sobre la cáscara del globo para estorbar la redención de pueblos que tienen Aníbal en la guerra y Cincinatos en la paz? San Martín salvó la revolución y la condujo triunfante por tres naciones, cuya libertad aseguró, huyendo del teatro político, sin escuchar los llamamientos de su ambición, gozoso de haber completado la obra más hermosa que se haya acometido en el nuevo mundo con el hierro y con la sangre» (1).

«Entre los hombres de nuestra revolución, dice a su vez el doctor Joaquín V. González, San Martín aparece hoy, no obstante las nieblas que aun ocultan la plenitud de su luz, poseído de dos pensamientos dominantes, en cuya realización concreta la totalidad de su esfuerzo: la completa eliminación del poder español en América y la inquebrantable prescindencia suya y de su ejército en las cuestiones internas o domésticas de los Estados en formación. Al primer problema consagró sus más vitales energías y sacrificó su salud, su hogar y su fortuna personal; al segundo inmoló, despiadadamente para sí mismo, toda ambición de poder, todo anhelo de engrandecimiento, todo sueño de mayores triunfos y conquistas. La abdicación de Guayaquil y su renuncia del protectorado del Perú son dos páginas que salvan los límites de una nación, de un continente y de una época para ser patrimonio moral del género humano, guías de la civilización, en todos los tiempos».

Y más adelante en la misma circunstancia solemne en que estas palabras justicieras y exactas se desprendían de sus labios: «Ningún hombre en la historia de Sudamérica ha debido pasar por pruebas más duras de la virtud cívica que las soportadas por el general San Martín desde su abdicación del gobierno y del ejército en el Perú. La calumnia personal y la calumnia política, manejadas por obscuras y mercenarias conciencias o por el interés o el temor banderizos, hicieron presa de la vida privada y de la honra y de la conducta pública del vencedor de Chacabuco y Maipú, del ex protector del Perú y hasta del silencioso expatriado de Boulogne-sur-Mer, llegando, como es bien conocido, hasta atribuirle delitos tan bajos como el peculado y degeneraciones tan abyectas como la cobardía y la negación de su patria. El detentador de los caudales de Lima vive casi de limosna en una miserable estancia de Mendoza donde la envidia, los celos y el miedo de sus enemigos lo tienen sometido a un vejatorio espionaje; y la munificencia de un amigo de juventud y luego la piedad filial aseguran al más genial de los capitanes y al más acrisolado de los caracteres cívicos de la América latina, la inviolable santidad del retiro y ostracismo con los cuales aquella conciencia, invulnerable como su estrategia y táctica, sancionó durante treinta años de mutismo su decisión de

(1) *Política liberal bajo la tiranía de Rosas*, pág. 128.

no participar de las luchas fratricidas que desgarraron, desangraron y esterilizaron las entrañas de las naciones libertadas por su espada».

«Era necesario, concluye el eminente publicista, que la crítica extranjera, como una especie de posteridad anticipada se aplicase al estudio de la vida y hechos militares y políticos del general San Martín, para que la convicción histórica sobre su grandeza de ánimo y su virtud civil insuperada por ningún otro hombre público, se abriese camino en América y aun en su propia patria. Así el político y el estadista norteamericano Root y el historiador Petre en Inglaterra, el uno al tratar de las convicciones de las democracias de Sud América y el otro sobre la vida militar y civil de Simón Bolívar, declaran a San Martín el único comparable a Jorge Washington en la virtud de la abnegación cívica y a Napoleón y a Aníbal en el genio estratégico y táctico para la conducción de ejércitos a través de los más arduos obstáculos de la naturaleza y de los hombres» (1).

Por lo que se refiere a Chile San Martín vive en su historia con la perduración de su obra que fué la de su reconquista. Esto le fija en los anales de la hermosa república americana un lugar preeminente, y así lo dejan sentir sus grandes como sus pequeños historiadores.

Si en Chile no se ha escrito una vida de San Martín propiamente dicha, como se ha escrito la de O'Higgins y la de Carrera, su nombre y su figura llenan todo un período de su historia y esto desde Rancagua hasta la separación de San Martín de Lima.

Barros Arana, el primero y el más reputado de los historiadores chilenos, lo sigue a San Martín en tres volúmenes de su obra y lo convierte en figura central de su historia en muchos de sus capítulos. Al llegar el momento aquel en que San Martín vuelve de nuevo a las playas de Valparaíso, después de abandonar el Perú, teatro de sus glorias, Barros Arana se detiene ante tan excelsa figura y juzga así la obra libertadora de San Martín: «Cualesquiera que sean las faltas y errores militares y políticos que puedan repro-

(1) Discurso pronunciado en la Rioja el 28 de julio de 1915 al inaugurarse esa día la estatua de San Martín.

El doctor Joaquín V. González cuya muerte significó un duelo para las letras argentinas, se destaca entre los publicistas de los últimos tiempos por un acendrado amor a la figura de San Martín. En circunstancias diversas se ha ocupado de él y le ha consagrado así más de una página en que se impone, por su atinada observación, su pluma analítica y literaria.

Durante su permanencia en el senado argentino, el doctor González se hizo el vocero de un dictado de justicia reparadora y con su palabra elocuente auspició más de un proyecto para realzar desde tan alta tribuna los méritos de nuestro Libertador. Las páginas bibliográficas escritas en honor de San Martín por el doctor González son numerosas y sería larga nuestra enumeración si fuésemos a anotar aquí sus artículos y sus discursos. Sólo diremos que no hay libro del doctor González en que la figura de San Martín no desfile por sus páginas. Sucede así con *La Tradición Nacional*, *Bronce y lienzo*, *Estudios de Historia Argentina*, y *Patria Blanca*, libro este que completa su larga e interesante bibliografía.

chase a San Martín, ya como general en jefe del ejército libertador, ya como Protector del Perú; si puede censurarse su plan de campaña que permitió al enemigo salvarse de una ruina que parecía inevitable, e ir a organizar al interior una resistencia capaz de prolongar la guerra cuatro años más, y el haber impulsado el proyecto quimérico de una monarquía, no es posible descubrir en estos actos móvil alguno de su ambición personal, ni poner en duda su absoluto desprendimiento.

«Su abdicación del gobierno que había desempeñado a su pesar, y su separación del mando del ejército, cualesquiera que fuesen las causas inmediatas que las precipitaron, demuestran que San Martín no buscaba en la revolución su engrandecimiento personal, y que sabía sacrificar todo sentimiento de vanidad o de amor propio en aras del patriotismo, y de los altos intereses de la independencia americana».

Y en otro sitio de la misma página en que emite este juicio: «Los enemigos de San Martín, no queriendo reconocer la sinceridad del desprendimiento de éste, han pretendido explicar estos hechos de una manera completamente desfavorable para él. Han supuesto que San Martín, al hacer entrega del gobierno y del mando en manos del congreso, esperaba que éste le llamaría de nuevo a las funciones que renunciaba; pero que como el congreso se negó resueltamente a hacerlo se vió él precisado a resignarse a su suerte. Todos los antecedentes de la abdicación de San Martín, sus cartas confidenciales a O'Higgins y a Bolívar, que hemos extractado en el texto y sus comunicaciones con el congreso, revelan con la mayor claridad todo lo contrario. Es verdaderamente sensible que el distinguido historiador alemán G. G. Gervinus que ha trazado un cuadro notable y generalmente exacto de la revolución hispano-americana en una obra justamente célebre, se haya dejado engañar en éste y otros puntos por escritores de polémica calumniosa como el libro citado que lleva el nombre de Pruvonena y que en su *Histoire du XIX^e Siècle* haya acogido aquella especie desautorizada» (1).

«San Martín, escribe Amunátegui, historiador chileno igualmente, que había concebido el proyecto de recorrer el mismo camino señalado por Abascal a sus legiones, aunque en orden inverso y con muy distintos designios, conociendo todo el alcance de semejante determinación, temblaba de que el general español adoptase la marcha que le convenía y asomase de un momento a otro sobre la cresta de la Cordillera, cuando él no tenía preparada más que la concepción del plan. Pocas posiciones más desesperadas y violentas que la suya: bullía en su cabeza una grande idea que entrañaba resultados maravillosos, la libertad de un mundo quizá; y esa idea fecunda, que en su imaginación veía realizada, estaba

(1) *Historia General de Chile*, t. XIII, pág. 683.

próxima a abortar sin producir ningún bien a consecuencia de una agresión extranjera, que no tenía como rechazar, y de obstáculos interiores que en vano pugnaba por vencer. El pensamiento de organizar una expedición que atacara a los españoles por mar y por tierra y los expulsara de sus principales establecimientos parecía entonces una idea tan quimérica, en razón de las innumerables dificultades con que se tropezaba para formarla, que cualquiera habría desesperado de rematar la empresa con acierto. Empero ninguna contrariedad, por amenazante que al principio apareciera, fué bastante poderosa para arredrar a San Martín. El héroe argentino pertenecía a esa familia de hombres obstinados a quienes ningún atajo es capaz de contener, y cuando se han propuesto algún fin, o perecen en la demanda o llegan el término prefijado cueste lo que cueste. Con un tacto exquisito y con una laboriosidad extraordinaria supo allanar los estorbos que embarazaban su carrera y tocar la meta a despecho de los impedimentos que amigos y enemigos le opusieron» (1).

Otro historiador, don Gonzalo Bulnes, que sigue la trayectoria de San Martín en su travesía atlántica de Valparaíso a Pisco, nos dice: «La República Argentina se había acostumbrado a vincular en San Martín la suerte actual y los destinos futuros del ejército de los Andes. El Director de Buenos Aires le dejaba en completa libertad en lo que se relacionaba con él, y puede decirse que se le había confiado, bajo la garantía de su gloria, su personalidad, que había identificado de tal modo con la suerte de sus soldados que su separación se confundía con la disolución del Ejército, o con la mutilación de sus esperanzas y proyectos.

«Separado el ejército de Buenos Aires con grandísima distancia, operando en un territorio extraño que ocupaba a título de vencedor y de auxiliar, requería condiciones especiales en el hombre que lo mandaba y por eso debiendo ser motivo de graves preocupaciones para el gobierno argentino, no lo era en realidad por estar confiado a San Martín en cuya discreción y tino descansaba y confiaba. Además, y éste era quizás el punto más grave de aquella especialísima situación, la personalidad de San Martín era, en cierto sentido, la base de la alianza.

«No faltaban en Chile descontentos: las pasiones nacionales se alarmaban fácilmente, en presencia de esos batallones que representaban una influencia militar y política que pesaba sobre el país y un viento malsano de amor propio nacional enturbiaba la atmósfera de la alianza. El recuerdo de los grandes servicios prestados por San Martín a Chile, su autoridad moral, la tierna e ilimitada adhesión que le profesaban los principales miembros del gobierno, la sobriedad de su carácter, su respeto por las instituciones nacio-

(1) M. LUIS Y G. VÍCTOR AMUNÁTEGUI. *La Reconquista Española de Chile*, pág. 318.

nales, eran los principales factores de la alianza difícil de dos naciones que no se encontraban en condiciones de igualdad para quererse con sinceridad. Si San Martín hubiese sido reemplazado por otro, la alianza se hubiese destrozado porque ninguno podía poner en el platillo las condiciones personales del general de los Andes. «San Martín había llegado, pues, a adquirir tan grande y especial ascendiente en las relaciones de la República Argentina y de Chile, que su separación de la escena equivalía a trastornar de improviso los grandes intereses de la alianza y es por eso que cuando envió su renuncia desde Mendoza en 1818, las influencias de los dos países se pusieron en juego para hacerle desistir y ambas logias tocaron secretos resortes para doblegar su poderosa voluntad» (1).

Pero entre todos los historiadores chilenos, el que se destaca de una manera singular por su comprensión sanmartiniana es don Benjamín Vicuña Mackenna. Viviendo este esclarecido publicista en contacto con los que habían sido los próceres de la gran revolución, vivió en cierto sentido su espíritu, su genio y sus tradiciones. Dotado como estaba por otra parte de un talento despejado, y de un alto sentido de imparcialidad, sus investigaciones históricas le permitieron formarse un acervo documental importante y basado en tales documentos tributarle a San Martín el homenaje de justicia histórica que por muchos motivos el libertador de Chile se merecía (2).

«San Martín, escribe Vicuña Mackenna, al pisar el suelo de la América, echó una mirada sobre el mapa de su vasto continente, y con su ojo infalible, el ojo del genio, comprendió que el centro del poder de la metrópoli estaba en Lima, su posición central, su corte, la llave del Pacífico con sus castillos del Callao, la llave de

(1) GONZALO BULNES. *La Expedición Libertadora del Perú*, t. I, pág. 86.

(2) Este ilustre publicista nació en Chile el año de 1831 y desde su juventud caracterizóse por su acendrado amor a la patria y por su instinto intelectual y de vasta cultura. Su primera obra histórica: *El Sitio de Chillán*, la publicó en 1849 y señaló ella el principio de una larga e interesante bibliografía en la cual figura: *El Ostracismo de los Carrera*; *Vida del capitán don Bernardo O'Higgins*; *La corona del Héroe*; *Historia general de la República de Chile*; *Vida de Portales y Relaciones históricas*, dos volúmenes éstos en los cuales se encuentran recopilados trabajos de distinta índole.

En la primera serie de estas relaciones Vicuña Mackenna se ocupa de San Martín en las monografías siguientes: *El general San Martín después de Chacabuco* y *El general San Martín antes de Maipo*.

En la segunda serie publica la siguiente: *San Martín en marcha al Perú*.

En 1863 publicó: *El general San Martín considerado según documentos enteramente inéditos*, y en 1878: *El general San Martín. Revelaciones Intimas*.

Como ya se ha dicho, Vicuña Mackenna fué el iniciador del monumento de San Martín en Santiago y además de haber glorificado al Libertador de su patria en esa forma lo glorificó asimismo en una serie de artículos y de trabajos históricos que se encuentran dispersos en periódicos y en revistas, tanto de Chile como de otras partes de América.

Este brillante publicista falleció el 25 de enero de 1886 y en el día de hoy se perpetúa su nombre y su obra en una estatua levantada por el pueblo chileno al mejor cantor de sus glorias.

la América por sus recursos, su influencia y el predominio político que había ejercido sobre todas las colonias, habiendo sido hasta hacía poco sus tributarios Buenos Aires y Quito y siéndolo aún ahora Santiago de Chile.

«Desde ese instante concibió su plan irrevocable de llegar a los puertos de Lima y de dar ahí el golpe de gracia a la colonia. Diez años, 1812-1822, le son indispensables para llevar a cabo aquella empresa de titanes. Pero él no descansa un solo día, no desmaya en un solo revés, no se desvanece con ningún éxito. Mendoza se hace entonces el nido del cóndor libertador, el Paso de los Andes es el primer ensayo de sus bisoñas alas, Chacabuco su primera jornada, Maipo la segunda, la escuadra libertadora el viento que empuja su vuelo, Lima, a la postre, su descanso y su gloria. ¡Quién ejecutó jamás epopeya tan magnífica!» (1).

La abdicación de San Martín en el momento aquel en que el destino parecía señalarlo para convertirse en árbitro del Continente, le arranca a Vicuña Mackenna esta declaración: «San Martín al abdicar el poder en el Perú era infinitamente más grande que el magnánimo caudillo chileno a quien ofreció aquel ejemplo con la anterioridad de algunos meses. La dimisión de San Martín no fué el generoso arranque de un alma impresionable. Fué el fruto de sus convicciones maduras por la experiencia y los hechos, de su desinterés y, más que todo, de su indestructible buen sentido que le pintaba como concluída su misión. El dejaba de ser grande como caudillo, pero se hacía por aquel acto el primer ciudadano de la América. La imagen de Wáshington debía estar siempre delante de sus ojos. No era todo magnanimidad en aquella suprema cuanto inesperada resolución; pero había en ella un imponderable sentido práctico de los hombres y de las cosas».

«Para juzgar, con todo, bajo su verdadera luz la dimisión de San Martín, que es el hecho más disputado de su extraordinaria carrera, agrega Vicuña Mackenna, es preciso tener en cuenta que la abdicación del Protector era más propiamente una cesión voluntaria de su poder al feliz caudillo que venía del Norte. Si San Martín hubiera abandonado el Perú en la hora en que lo hizo, sin que Bolívar estuviese en Guayaquil, habría sido, no vacilamos en decirlo, un cobarde y un apóstata. Pero retirándose de las playas que había conquistado para cederlas a otro, junto con su ejército, su gloria, su misión incompleta, es un ser sublime. Bolívar le venció sin duda en Guayaquil, y por esto sus contemporáneos, que no vieron sino el hecho y el éxito que en breve le acompañó, le aclamaron entonces y le aclaman todavía superior con mucho al héroe argentino. Pero la posteridad juzga de otra manera, y a sus ojos San Martín se levantará en los futuros siglos de la virtud sin petulancia y del patriotismo sin ambición, mucho más encumbrado que su

(1) VICUÑA MACKENNA. *El General San Martín*, pág. 20.

émulo prestigioso. Si Bolívar había vencido a San Martín con su audaz arrogancia, San Martín se había vencido a sí mismo con su heroica resignación. ¿Cuál será entonces más grande?» (1).

Con la misma pluma con que Vicuña Mackenna escribiera estas líneas, escribió las siguientes, síntesis de su paralelo entre el Libertador del Orinoco y el del Plata: «De esta manera San Martín deja de ser un hombre para ser una misión, mientras Bolívar no se ha levantado jamás de la esfera de caudillo. Por esto, la posteridad, si alguna vez se pronuncia entre los dos colosos del septentrión y del mediodía, podrá decir, sin temor de ser injusta, que si Bolívar fué más grande como hombre, San Martín, a su vez, lo fué superior como americano» (2).

Los historiadores peruanos a su vez convierten a San Martín en tema de sus investigaciones y de los estudios relacionados con el origen de su nueva nacionalidad. El más autorizado de todos ellos lo es don Mariano Felipe de Paz Soldán quien, después de historiar la abdicación de San Martín ante el congreso peruano y su partida, concreta su juicio sobre el Protector de su patria en esta forma: «Así desapareció para siempre de la escena política el hombre más sobresaliente o eminente de la revolución americana. Como guerrero fué más grande que Federico. Para conseguir la libertad del Río de la Plata y de Chile, necesitó muy pocos combates. Para anonadar el poder de España en el Perú, apoderarse de su capital y reducir al enemigo al pequeño espacio que materialmente ocupaba, le bastaron maniobras, combinaciones militares y planes políticos. El Perú pudo considerarse como nación sin haber dado ninguna batalla; escaramuzas de más o menos importancia fueron suficientes. Llegó al Perú con cuatro mil hombres escasos que la mayor parte fueron víctimas de la intemperie del clima. Cuando se ausentó para siempre había leyes para la administración de justicia, para el arreglo de la Hacienda, para el servicio de la administración y por último había un cuerpo que representaba legítimamente al pueblo peruano, y un ejército de más de diez mil hombres en su mayor parte peruanos, que con sus armas sellarían nuestra Libertad e Independencia».

La pluma que escribió estas líneas, escribió las siguientes como glosa a una declaración de San Martín: «Conocía, dice Paz Soldán, que la opinión respecto a su conducta pública sería dividida, pero confiaba en que los hijos de sus contemporáneos darían el verdadero fallo. Es cierto que muchos de éstos injuriaron la memoria de ese héroe, pero nosotros, hijos de aquéllos y cuyo fallo es el verdadero, declaramos ante el universo que San Martín es el más grande de los héroes, el más virtuoso de los hombres públicos, el más desinteresado patriota, el más humilde en su grandeza y a quien el Perú,

(1) VICUÑA MACKENNA. *El General San Martín*, pág. 102.

(2) *Ibidem*, pág. 97.

Chile y las Provincias Argentinas le deben su ser político. Que San Martín a nadie injurió, que sufrió con cristiana resignación los más inmerecidos ataques, aun después de retirado a su humilde vida privada. De su boca no salieron revelaciones que mancillaran la honra ajena ni de su pluma se deslizó el corrosivo veneno de la difamación. En todo esto es más grande que Bolívar y que Wáshington».

Pero a pesar de ser ésta la verdad de la historia, y de no haber empleado San Martín su genio y su espada en otra causa que en la causa del bien, tanto en vida como después de muerto ha sido un blanco preferido por la calumnia. Los que no lo han atacado por medio del libelo, como lo hicieron a su hora Alvear y Carrera, lo han atacado pretextando recopilaciones documentales, como Pruvonena; redactando diarios de viaje, como Mary Graham; escribiendo Memorias, como Lord Cochrane y Stevenson; lanzando manifiestos, como Brayer; dando a la imprenta descripciones geográficas, como John Miers y páginas panfletarias y de crítica insustancial como Alberdi. El encono de este eminente publicista contra San Martín constituye uno de esos raros casos de neurosis mental, a que no escapan a veces los más brillantes ingenios. Su odio a Mitre llevólo a un destemplado menosprecio por San Martín, y olvidando lo que había escrito sobre el Libertador americano en 1843, cuando lo tratara en su residencia de París y de Grand-Bourg, al escribir su libro *El Crimen de la Guerra* salpicó su nombre con diatribas de vulgar resonancia. «Lo que no hubiese hecho San Martín, escribe Alberdi con singular desparpajo, lo habría hecho Bolívar; a falta de un Bolívar habría habido un Sucre; a falta de un Sucre un Córdoba. Cuando un brazo es necesario para la ejecución de una ley de mejoramiento y progreso, la fecundidad de la humanidad lo sugiere no importa en qué nombre». Olvida Alberdi al estampar este postulado, que precisamente era «la fecundidad de la humanidad» quien había sugerido a San Martín y quien en la parte austral del Continente había ejecutado esa ley «de mejoramiento y progreso» a que él alude y en la forma que él mismo lo reconociera cuando la pluma se había dejado llevar a impulso del juicio, y no de la pasión. «Sus juicios sobre San Martín y Belgrano, escribe el doctor Joaquín V. González, al ser reunidos en un solo bloque, extraídos de toda su obra desde 1837, cuando la visita al solitario de Grand-Bourg, nos darían el caso del más asombroso galimatías que un escritor puede presentar, y su error básico consiste en la falta de una justa apreciación de los personajes en sus medios históricos y de ocurrencia de elementos sincrónicos para lograr esa justicia. Arrastrado por la pasión contra el militarismo atribuído a sus contendores del día, historiadores y polemistas a su vez, va hasta falsear el carácter de los dos únicos militares de la revolución a quienes no puede llamarse militaristas, y en este vértigo incontenible, es injusto hasta acusar a San Martín de haber sido soldado

al servicio de España y de haber encendido la guerra contra Bolívar y otros problemas ya resueltos, y cuya solución su ceguera de combatiente no le permitió prever, ni siquiera pensar, al exteriorizar juicios semejantes, que las diversas naciones surgidas de la acción concurrente de los dos grandes Libertadores del norte y del sur habían de ser algún día divididas por inevitables emulaciones, o rivalidades, o celos, o antagonismos, y que él sembraba, por tal modo, semillas que habrían de dar amargos frutos para su propio país» (1).

Pero alejándonos de Alberdi y remontándonos en el curso de la historia de los primeros detractores de San Martín, recordemos que la primacía de este triste honor le corresponde a Mary Graham para quien nuestro prócer es una mezcla de libertador y de tirano. Graham no se contenta con apuntar absurdo tan mayúsculo y nos lo presenta a San Martín además como militante de un ateísmo que jamás profesó.

Cochrane llevado de su envidia impulsiva no vacila en poner reparos a la obra libertadora del hombre que con aplomo genial supo contener sus ímpetus. En sus *Memorias* no sólo falsea la verdad de los hechos, sino que prejuzga y esto tan sólo por haber sido San Martín el obstáculo que determinó el fracaso de sus aventuras.

Pruvonen — tras de este seudónimo se oculta don José de la Riva Agüero — no ha hecho otra cosa que poner su pluma al servicio de una obra de difamación determinada ésta por su encono político. Al decir de don Benjamín Vicuña Mackenna su obra no es otra cosa que «un baúl de ponzoña y de calumnias». En ella se desacredita no sólo a San Martín, sino a Bolívar y a otros prohombres que colaboraron en la suerte y en la estabilidad de la independencia peruana» (2).

Otros escritores de segundo orden como Carlos A. Villanueva, ya fallecido, explotan a su paladar las actitudes monárquicas de

(1) *Estudios de Historia Argentina*, pág. 316.

(2) La obra de Pruvonen se intitula: *Memorias y documentos para la historia del Perú Independiente y causas del mal estado que ha tenido*. Ella se compone de dos tomos y fué publicada en París en 1858. En el sentir de este panfletista San Martín era tan sólo un aventurero y estando en Lima sólo pensó en sus placeres y en atesorar sus caudales. Monteagudo era según su expresión un «monstruo de crueldad» y San Martín «un tirano criminal».

Al recordar la batalla de Maipú nos lo presenta éste no en el dominio de sus facultades sino en un estado de ebriedad que lo imposibilitó para dar la menor disposición relacionada con su victoria. Olvida o desconoce que las instrucciones dadas por San Martín a su tropa en vísperas de la batalla fueron terribles y que esas instrucciones permitieron que el ejército Unido concluyese con el ejército de Osorio a las puertas de Santiago. Recordemos aquí lo que en refutación a esta calumnia escribió con oportunidad don Benjamín Vicuña Mackenna haciendo alusión al parte de San Martín: «Y sin embargo, los chismosos de la Historia han dicho que San Martín, al escribir ese parte de la victoria más grande y más decisiva del nuevo mundo, estaba borracho. ¡Imbéciles! ¡Estaba borracho de gloria, pero no de vino!»

Consecuente con su propósito de desacreditar y de calumniar a San Martín, Pruvonen reproduce en su obra dos cartas que llevan al pie la firma de aquél

San Martín y, desconociendo la magnitud de su obra, estiman su decenio de acción como una empresa sin trascendencia. San Martín no cuenta para ellos con fuerza inicial y decisiva en el drama de la liberación americana. Este drama se concreta en un solo nombre y este nombre no es otro que el de Bolívar ⁽¹⁾.

Rodó no figura ciertamente en el elenco de los detractores de San Martín. La nobleza de sus sentimientos no le hubiera permitido jamás el llegar a ese extremo; pero al hacer el parangón entre el libertador argentino y el colombiano, le desconoce a aquél su carácter de héroe. Textualmente escribe: «Bolívar es héroe. San Martín no es héroe. San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es héroe» ⁽²⁾. No sabemos si estas líneas precedieron o sucedieron a las que en otra oportunidad salieron de su pluma y en las cuales escribe: «Un Bolívar que después de la entrevista de Guayaquil abandonara el campo a su émulo, o que, una vez consumada su obra militar, renunciara a influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en los héroes de la especie moral de San Martín» ⁽³⁾.

La contradicción, como se ve, es evidente. En un caso San Martín deja de ser el héroe para Rodó, pero en otro lo es y lo señala entre los héroes de la estirpe moral. Pero antes de finalizar con esta página dictada por la imparcialidad que nos guía, digamos con Mitre: «En la vida como después de su muerte, no faltaron apedreadores tras su carro de triunfo o sacerdotes egipcios que en su apoteosis póstumo le hiciesen su proceso. Pero el juicio definitivo de la posteridad ha sido pronunciado al fin y podemos asegurar que él será confirmado por los venideros» ⁽⁴⁾.

como dirigida la una a Aldao y la otra a Domingo Tristán, ambas datadas en Lima en el mes de marzo de 1822. Estas cartas son apócrifas; fueron inventadas por don Gaspar Rico y publicadas en la *Gaceta del Gobierno*, el sábado 14 de septiembre de 1822, ocultándose su procedencia para ocultar así la superchería.

(1) En momentos en que escribimos estas páginas llega a nuestras manos el libro siguiente: *Bolívar juzgado por el general San Martín*. Caracas, 1930. Su autor es el señor Jesús Arocha Moreno, quien, según su prologuista, es un «elemento sobresaliente» de la intelectualidad venezolana. El libro no aporta ningún nuevo documento ni en pro de Bolívar ni en pro ni en contra de San Martín. Todo su contenido está dictado por una argentinofobia de rara violencia y al mismo tiempo que se persigue el propósito de aminorar la grandeza histórica de San Martín, se persigue el intento de ridiculizar la obra de Mitre que fué su biógrafo. El señor Arocha Moreno reproduce las diatribas sanmartinianas ya conocidas; intenta demostrar que San Martín ha sido un detractor de Bolívar y para esto desglosa el juicio que emitiera sobre el libertador de Colombia y que dió a conocer con oportunidad en su obra *Viajes alrededor del Mundo* el marino francés Lafond de Lurey. Sin tiempo para entrar en una controversia que sería importuna y banal, nos concretamos a señalar al lector el juicio crítico que en el número 263 de la revista *Nosotros* le consagró en el mes de abril de 1931, el señor Juan Rómulo Fernández.

(2) BLANCO FOMBONA: *Cartas de Bolívar*, pág. 251.

(3) *El Mirador de Próspero*, pág. 128.

(4) *Comprobaciones Históricas*, segunda parte, pág. 413.

Muy distintos por cierto son los conceptos con que han juzgado la obra y la política de San Martín los que se han despojado para hacerlo de todo acicate pasional.

Lord Fiffe fué uno de los primeros en ponderar sus virtudes y apenas lo supo pisando las playas del viejo mundo para iniciar allí su ostracismo, lo saludó en esta forma: «Al Excelentísimo señor don José de San Martín, conquistador de las Libertades de América y digno modelo del primer hombre militar y filósofo Jorge Wáshington».

Lafond de Lurcy, a quien ya conocemos por sus relaciones personales e históricas con el Libertador, clasifica de «inmaculada» la gloria de San Martín y se complace en saludarlo como «el Cincinato de América».

«Los servicios eminentes del general San Martín en favor de la causa de la independencia del nuevo mundo, escribe Miller, son tales y de mérito tan distinguido que dan un interés verdadero al más pequeño rasgo de su biografía». Miller por otra parte al hablarnos de las maneras de San Martín nos las clasifica de «dignas y naturales». Las amistades contraídas por San Martín, afirma el mismo, «son sinceras y duraderas» y al puntualizer sus costumbres nos dice que ellas son «poco dispendiosas y sin ostentación y siempre nobles y generosas». «Tanto en la formación del gobierno del Perú como en las épocas anteriores, concluye el ilustre memorialista y guerrero a la vez, manifestó lo profundo de su juicio y discernimiento, eligiendo hombres de talento distinguidos como Jonte, Monteagudo, Guido, García del Río y otros. Si alguna vez fué menos dichoso en la elección de los jefes militares, no debe atribuirse a falta de discernimiento».

En el sentir de Basilio Hall, San Martín es un hombre «no solamente de aptitudes muy notables como soldado y estadista, sino que poseía en grado sobresaliente la grande e importante cualidad de conquistar el respeto y atraer los servicios de otros hombres». «A estos atributos superiores, agrega él, debe la celebridad adquirida por la conquista de Chile y su organización sólida como Estado libre; y cualquiera que haya sido su conducta posterior en el Perú, puede seguramente reclamar el honor de haber preparado el camino para la liberación de aquel país».

El historiador Gervinus descubre en San Martín un genio calculador que no descubre en otros libertadores americanos, y al paso de los Andes le acuerda sin reparos, como lo verá el lector, una influencia trascendental. He aquí la forma como expone su juicio: «Le passage de San Martín au Chili exécuté par un homme dont l'esprit était tout autrement calculateur que celui de tous ces chefs de révolte en Espagne comme en Amérique qui avaient fondé le succès de leur cause sur la fortune et sur le hasard, donna tout à coup une autre force d'impulsion et d'action à tous les événements d'Amérique. Cet événement eut, en premier lieu, pour

consequence, l'invasion de Bolivar dans la Nouvelle Grenade et la fondation de la Colombie; il était le prélude de l'armement et allait vaincre le Pérou conservé depuis si longtemps par l'Espagne; et enfin, par les impulsions qu'il donna au delà de l'Océan à l'Espagne elle même, il y fit éclater la révolution de 1820 qui, réagissant à son tour sur le Mexique anéantit dans son dernier boulevard, la domination exercée par l'Espagne sur l'Amérique continentale» (1).

Estas y otras opiniones que no es del caso reproducir, nos demuestran que San Martín ocupa un lugar preeminente en la historia de América y que su obra, como figura — figura de arquetipo —, interesa por igual a los pueblos del nuevo como del viejo mundo.

El libro cuya página final escribimos, tiene por objeto el demostrar la verdad de este postulado, como igualmente el de colocar en el lugar histórico que le corresponde al héroe cuya trayectoria triunfal en la parte sud del Continente sirvió para iniciar el proceso civilizador que en la actualidad constituye el orgullo de tres repúblicas americanas.

La más grande de nuestras satisfacciones será, pues, la de saber que la opinión comparte con nosotros este punto de vista y de que esa opinión, si ama a San Martín por sus cualidades intrínsecas, lo amará mayormente aún por todo lo que aquí queda escrito y debidamente fundamentado. En este caso podremos decir que nuestro esfuerzo — esfuerzo perseverante y continuo — no se ha perdido en la esterilidad, y que los años de trabajo que él representa han fructificado en armonía con nuestros votos y con nuestras esperanzas.

Es el triunfo que perseguimos y esto no por satisfacer a un espíritu de jactancia, sino por razón de consecuencia solidaria con la virtud de argentinidad y de franco americanismo que nos guía.

FIN

(1) *Histoire du XIXe. Siècle depuis le Traité de Vienne*, t. VI, pág. 155.

APPENDICE DOCUMENTAL

DOCUMENTO A.

INFORME REMITIDO POR EL CÓNSUL MENDEVILLE AL MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE FRANCIA SOBRE LA REVOLUCIÓN DE LAVALLE. — *Archivo de Negocios Extranjeros, París.*

Buenos Aires, 14 décembre 1828.

A Son Excellence le Ministre Secrétaire de l'Etat au Département des Affaires Etrangères.

MONSEIGNEUR,

J'ai l'honneur de remettre à Votre Excellence la duplicata de ma lettre du 5 de ce mois, qui fait mention de la Révolution opérée dans cette ville contre le Gouvernement existant. Le lendemain du jour où elle fut expédiée, il parut une proclamation du général Lavalle, gouverneur provisoire, annonçant qu'il partait, à la tête de ses troupes, pour aller combattre le général Dorrego, qui avait réuni des forces sur un point de la province, et qu'il déluguait le pouvoir, pendant son absence, à l'amiral Brown. Il partit le 7; le 9 il se trouva en présence du général Dorrego, que avait un nombre de troupes supérieur, mais dont la majeure partie était composée de milices. Ils livrèrent bataille près du village de Navarro. Le général Lavalle remporta une victoire complète; les troupes du général Dorrego furent complètement culbutées et dispersées; il n'échappa lui-même qu'à la faveur de la vitesse de son cheval. Il se dirigea vers une division qui venait de poursuivre les sauvages Pampas, et à laquelle il avait donné, quelques jours auparavant, l'ordre de venir le rejoindre. Le chef de cette division le voyant arriver à peu près seul ou sachant peut-être déjà ce qui s'était passé, l'a fait prisonnier, et l'a mis à la disposition du Gouvernement provisoire.

Cette nouvelle fut connue dans la ville le 12; le bruit circula, en même temps, que le général Lavalle allait le faire fusiller dans son camp, qui est situé au village même où avait eu lieu la bataille. Hier 13, les chargés d'affaires d'Angleterre et des Etats-Unis vinrent chez moi pour m'engager à me réunir à eux, dans le but de demander au Gouvernement provisoire qu'il ne fût point attenté à la vie de M. Dorrego. J'acceptai avec empressement cette proposition; nous nous rendîmes auprès de l'autorité qui parut adhérer de bonne grâce à cet acte de notre sollicitude.

On pense que les provinces vont prendre fait et cause pour l'ex-gouverneur Dorrego, mais il paraît aussi que, de son côté, le général Lavalle se propose de prendre l'initiative, et de faire marcher son armée par les provinces qui ne donneraient point leur adhésion au Gouvernement provisoire. Quoi qu'il en fût, la République de la Plata, qui se présentait à l'Europe sous un point de vue assez flatteur, par ses institutions, ses principes, mis en pratique depuis six ans, de manière à pouvoir servir de modèle à tous les nouveaux Etats ses voisins, a reçu un coup funeste dans cette circonstance, et dont elle se relèvera difficilement.

Ma conduite, Monseigneur, me paraît devoir se borner à me maintenir en bonne harmonie avec les chefs du Gouvernement, quel que soit d'ailleurs le chemin par lequel ils arrivent au pouvoir, pour être en mesure d'être utile à notre commerce et aux Français établis dans ce pays. Je ne crains pas de trop m'avancer en assurant à Votre Excellence que je ne laisserai rien à désirer sur ce point.

J'ai l'honneur de lui remettre, ci-inclus, un manifeste qui m'a été transmis par le Gouvernement provisoire, et qui a pour but de justifier le mouvement opéré le 19 décembre.

J'ai vu avec peine qu'un Français arrivé depuis peu à Buenos-Aires, et porteur

pour moi d'une lettre de recommandation de Votre Excellence, ait pris dans ces troubles une couleur trop prononcée, et qui l'a fait considérer l'agent fanatique d'un parti; il excitait les Français à s'armer et à s'organiser en corps contre le Gouvernement qu'on renversait. C'est M. Varaigne dont je veux parler. Je sais que cette exagération n'est inspirée que par des intérêts tout à fait personnels; mais en cherchant à la faire partager par ses compatriotes, il tend à compromettre tous les Français, qui du reste ont eu assez généralement le bon esprit de ne pas se laisser aller à ses instigations. J'ai été tenté un instant de le faire appeler pour l'engager à se modérer; mais son caractère m'a fait craindre que loin d'écouter mes remontrances, il ne les présentât sous un faux jour aux nouvelles autorités, comme une démarche d'opposition envers elles, qu'il se serait fait un mérite de braver et qu'il n'altérât ainsi l'influence dont j'ai besoin, dans ces circonstances, pour protéger mes compatriotes. Je l'ai donc laissé agir; mais j'ai cru devoir en rendre compte à Votre Excellence.

DOCUMENTO B.

OCHO COMUNICACIONES DIRIGIDAS POR EL CAPITÁN GAUTIER, A BORDO DE L'ARÉTHUSE, AL ALMIRANTE ROUSSIN, JEFE DE LA ESCUADRA FRANCESA ANCLADA EN AGUAS DEL BRASIL, SOBRE LA REVOLUCIÓN DE LAVALLE. — *París, Archivo de la Marina, B. B.4, 519.*

Comunicación nº 1.

Montevideo, le 5 février 1829.

Monsieur l'Amiral,

J'ai l'honneur de vous rendre compte que d'après votre ordre du 10 janvier, j'ai appareillé de la rade de Rio-Janeiro pour me rendre à Montevideo le 17 à 4 heures après-midi; malgré de nombreuses contrariétés, je suis arrivé à Lobos où j'ai été obligé de mouiller par le calme dans l'E.-N.-E. de cette île, le temps était couvert et très chargé dans le S.-O. Le baromètre était à 27, tout faisait préjuger une terrible tempête; effectivement à 5 heures un pampéro des plus forts a touché à bord de l'*Aréthuse* et deux fois la frégate a été engagée, les caronades des gaillards étaient à l'eau, une virure de plus, la frégate aurait été compromise; la nuit a été laborieuse et le lendemain à 10 heures l'*Aréthuse* a commencé à chasser, les vents et les courants la jetaient à terre, la situation était critique, il fallut prendre un parti, je pris celui de couper le câble et de faire route pour sortir de la rivière, les vents étaient toujours au S.-O. et tout aussi forts que la veille. Le jour à 6 heures ils passèrent au N. E., variant à l'Est et me permirent de retourner en rivière, le jour suivant je pris connaissance du cap Sainte-Marie et je fis route pour reconnaître encore une fois Lobos. Je la vis à 6 heures du soir, à 10 heures j'étais mouillé dans le S.-O. de cette île, à six milles de distance. Le matin à 4 heures j'ai appareillé pour me rendre à Montevideo; à quelque distance du Cap Negro, j'ai aperçu le vaisseau *Le Gange* qui faisait route pour Montevideo. Je l'ai salué, l'Amiral m'a rendu le salut, a continué sa route et moi la mienne; à 1 heure après-midi, la brise mollit beaucoup, à 3 heures il faisait tout à fait calme. Je suis obligé de mouiller dans le S.-O. du Cap Negro par dix brasses d'un fond de vase. Le soir sur les 6 heures, le temps se changea dans le S.-O., le baromètre encore une fois à 27, tout donnait à penser que nous étions sur le point de recevoir un autre pampéro; en effet, à minuit le vent S.-O. arriva à bord comme la foudre et l'ouragan fut horrible, et dura dix-huit heures, à l'avance j'avais pris toutes les mesures nécessaires pour le recevoir, les mâts de perroquet étaient détruits et toutes les aneres en mouillage, j'avais dehors 150 brasses de chaîne, malgré cela la frégate a chassé. Je fus obligé de mouiller une seconde ancre et de filer 100 brases de câble. Alors la frégate vint à l'appel de ses aneres. Mais la mer la couvrait constamment de l'avant à l'arrière, quel abominable coup de vent qu'un pampéro!... Dans mon infortune j'ai été plus heureux que les corvettes brésilienne et anglaise, la *Marie Grabelle* et la *Beugle*:

la première a perdu toutes ses voiles, ses mâts de perroquet, sa vergue de misaine, celle de son petit hune et son beaupré; la seconde son mât de hune, ses voiles et deux hommes. L'*Aréthuse* n'a perdu que son câble, son ancre et sa brigantine, qui a été enlevée par morceaux, quoique fort bien raboutée à Montevideo. Sept bâtiments ont été à la côte; les habitants sont encore épouvantés de ces deux pampéros, ils disent que depuis plus de 25 ans il n'y en a pas eu d'aussi forts, le fait est qu'ils étaient d'une grande force, aussi la pauvre *Aréthuse* est finie, elle fait beaucoup d'eau par ses hauts; un long séjour dans ces parages la mettrait hors d'état de faire son retour en France.

Encore une avarie à vous signaler, en arrivant sur cette rade je me suis aperçu que la mèche du gouvernail était pourrie et cassée en deux sous la première ferrure; j'ai été obligé de la démonter et de la remplacer par celle de rechange.

La corvette du Roi, l'*Isis*, était sans voile et faisait route pour Rio de Janeiro, quand je l'ai rencontrée dehors de l'île de Flore, en conformité de vos instructions, je lui ai donné l'ordre de retourner à Montevideo, pour y reprendre sa station. Je lui ai donné dix jours de mes vivres.

Cette corvette a de grands besoins, elle a perdu une ancre dans la rivière, toutes ses manœuvres courantes sont hors de service. Je ne puis lui en donner; quant à son ancre, je vais la lui faire remplacer, car il faut être bien amarré dans ce pays, les coups de vent sont forts, il faut de bons câbles et de bonnes ancres pour faire tête à l'orage.

Les affaires de Buenos-Aires sont toujours dans le même état, rien n'est changé, ce pays est livré à la guerre civile, le général Lavalle est exécuté dans les campagnes, il n'est pas plus aimé à la ville, il désibloge les habitants par ses réquisitions continuelles. Le général Rosas de son côté en fait autant, de sorte qu'avant peu le pays se trouvera malheureux et découvert de bestiaux; néanmoins la ville de Buenos-Aires est tranquille, et nos compatriotes sont respectés; quant aux affaires commerciales, elles sont bien mauvaises, il n'y a rien à faire aujourd'hui, les négociants doivent laisser passer quelques mois avant de faire des expéditions pour cette contrée, autrement ils courraient les plus grands dommages.

Comunicación nº 2.

Montevideo, le 14 février 1829.

Monsieur l'Almiral,

J'ai l'honneur de vous accuser réception de votre lettre du 22 janvier et je m'empresse d'y répondre et de vous rendre compte que les affaires de Buenos-Aires sont de plus en plus mauvaises et il y a maintenant une autre révolution en faveur du général Paz, les provinces ennemies de Lavalle désirent ardemment qu'elle ait un plein succès, que la révolutionnaire tombe et que son parti soit écrasé; dans cette lutte, les indiens font cause commune avec les provinces et déjà l'établissement de la république à Saint-Blas, près de Rio Negro, est au pouvoir des indiens; voilà la situation politique de Buenos Aires par la faute de ce général ambitieux qui n'a pas su prévoir avant d'agir les conséquences d'une mesure aussi rigoureuse et tout à fait contraire aux intérêts de son pays; cet acte arbitraire sera la perte de Buenos-Aires et les adhérents de ce général seront victimes de son imprévoyance.

Les armées sont en présence et d'un moment à l'autre elles en viendront aux mains et tout fait préjuger que Lavalle sera battu, son armée n'est pas assez nombreuse pour résister à celle de ses ennemis; malgré cela tout annonce une querelle opiniâtre, sanglante, et une longue guerre civile, car il sera difficile de concilier des prétentions diamétralement opposées; le vainqueur voudra saisir les rênes du Gouvernement et continuer la guerre afin de détruire ce parti turbulent qui veut à tout prix s'imposer au pouvoir.

La ville de Buenos-Aires sera longtemps malheureuse, elle le sera d'autant mieux qu'elle sera obligée d'obéir à l'impulsion violente du peuple et de l'armée et qu'elle ramène à ses portes, par cette guerre, la dévastation des indiens.

Quant à la situation commerciale de ce pays, je la crois peu favorable aux négociants. Je pense donc que dans la position actuelle de cette contrée, tout commerce est difficile à bien connaître et à évaluer parce que c'est un objet variable, tantôt plus fort, tantôt plus faible, selon les besoins du pays, selon les approvisionnements ou ses vides, chose soumise à l'influence mobile des saisons et du Gouvernement, à la guerre, et cette difficulté s'applique d'autant mieux au commerce de la république de

Buenos Aires que ce pays est un théâtre continu de révolutions. Il est encore difficile d'apprécier le volume et l'objet annuel de ce commerce parce que les marchandises en changeant de lieu changent de valeur, dans la circonstance présente l'évaluation des marchandises sera livrée au prix sur la place de Buenos-Aires, tant les objets d'envoi que les denrées de retour. Les objets de notre exportation sont des draps, des étoffes et galons, des papiers, des merceries, des quincailleries, quelques denrées des départements, des camelotes brocantes, des toiles, nos métaux, fer, plomb, étain, nos légumes et nos vins, les objets de retour ou d'importation sont des peaux. Voilà, Monsieur l'Amiral, ce que je pense de la situation politique et commerciale de ce pays.

Comunicación nº 3.

Montevideo, le 18 février 1829.

Monseigneur l'Amiral,

Je n'ai point de nouvelles de Buenos-Aires, ce qui me fait penser qu'elles sont toujours mauvaises.

M. Mendeville est fort longtemps à me répondre. Je n'augure rien de bon de son silence; en attendant des nouvelles de ce pays, je vais vous donner quelques renseignements sur la situation politique et commerciale de la province de Montevideo.

Cette province a subi depuis sa révolution jusqu'à sa réunion au Brésil, toutes les variations auxquelles sont exposés les états nouveaux qui sont encore sans population, sans art et sans industrie; malheureusement pour elle, elle vient de se séparer du pays qui la faisait fleurir; pendant sa réunion à l'Empire du Brésil, elle jouissait de la plus parfaite tranquillité; les campagnes commençaient à se repeupler d'animaux qui sont la seule richesse du pays et qui avaient été presque totalement détruits par les guerres qui avaient suivi la révolution. Maintenant elle va redevenir ce qu'elle était avant d'être annexée au Brésil. Tout ce que je vois ici me le fait préjuger. Le général Rondeau, qui a été nommé par les habitants capitaine général et gouverneur des états de Montevideo, n'est plus l'homme qui convient, il en faut un autre; pour lui retirer le pouvoir, l'Assemblée prétend qu'il n'est pas citoyen de la Bande Orientale; qu'il est né à Buenos-Aires et par conséquent étranger au pays, ce qui l'exclut tout à fait des premières places de l'état; voilà une querelle qui révolutionne le pays. Les Anglais qui observent tout ne manqueront pas d'en tirer grand parti, depuis longtemps ils veulent en faire une ville libre sous leur protection pour avoir le marché de toute l'Amérique du Sud.

Le Gouvernement brésilien devrait, pour la sûreté de l'Empire et pour le bonheur des peuples de cette contrée, reprendre comme province du Brésil la Bande Orientale, le moment est opportun et la grande masse des habitants se trouverait heureuse d'être gouvernée par l'empereur Don Pedro. L'avenir ne présage rien de satisfaisant. Pour les personnes sages, il y a ici trop d'hommes qui veulent gouverner; ce pays est encore une fois sur un volcan, avant peu il sera livré à l'anarchie.

Depuis que les bâtiments de commerce ont pris le parti de remonter jusqu'à Buenos-Aires, le commerce de cette place a été borné aux besoins de la consommation qui est en raison de sa population qui se compose tout au plus de 40.000 âmes réparties sur un terrain d'environ 9.000 lieues carrées; les événements actuels le paralysent entièrement.

Les cuirs de bœuf et de chevreux sont les seuls articles d'exportation, mais dans des quantités bien faibles si on les compare à celles qu'elle exportait, autrefois il s'exportait année commune près de deux millions de cuirs de bœuf, seulement la reproduction des animaux est si considérable que si la province jouissait de trois ou quatre ans de tranquillité on obtiendrait encore la même quantité.

Les importations consistent en produits du sol de l'Espagne qui arrivent sur des bâtiments étrangers, en objets d'industrie de France, d'Italie, mais particulièrement d'Angleterre, qui a exploité ces contrées pendant toute la durée de la guerre et qui a su en profiter pour y implanter son goût, son luxe et le besoin de ses productions, soit de son sol, soit de son industrie, aussi y jouissent-ils de la plus grande faveur.

La France est arrivée trop tard sur le marché, quand elle y parut cependant les produits qu'elle y présentait obtinrent une préférence marquée sur ceux de l'Angleterre; on recherchait avec empressement nos vins, nos draps, nos modes, nos porcelaines, nos meubles, et nos soieries surtout, néanmoins les Anglais l'emportent sur nous.

Une autre cause qui a contribué à discréditer notre commerce dans ces contrées, c'est que beaucoup d'aventuriers se sont mêlés de faire des expéditions qu'ils ont composées de mauvais produits, ce qui a fait un tort considérable aux expéditions entreprises avec sagesse et avec une connaissance des goûts et des besoins du pays.

Par ma dernière lettre je vous avais informé que le 14 je remonterais le rivièrè pour y faire de l'eau, en effet je mis sous voiles pour aller à l'amont du bane de Saint-Grégoire pour remplir les pièces à eau à une mille de mon point de départ. Ja m'aperçus que la frégate ne gouvernait pas du tout avec son gouvernail de rechange, je fus obligé de retourner au mouillage, de démonter ce misérable gouvernail et d'augmenter son safran de quatre pouces de bas en haut; cette opération fut promptement faite, et le 14 à 4 heures du matin l'*Aréthuse* était sous voiles, à 9 heures elle était mouillée dans le nord de Saint-Grégoire, à dix heures elle a fait son eau et le lendemain à 9 heures du matin elle avait repris son mouillage devant Montevideo.

Comunicación nº 4.

Montevideo, le 18 février 1829 à 5 heures du soir.

Monsieur l'Amiral,

J'ai l'honneur de vous informer de ce que je viens de recevoir à l'instant même par un négociant français qui arrive de Buenos-Aires, des nouvelles importantes sur la situation de ce pays; ce négociant rapporte que le général Médina qui était en campagne avec un corps de 500 hommes a été totalement défait par une division de l'armée de Lavalle commandée par un colonel. Le général Médina et vingt hommes se sont sauvés, le reste est tombé au pouvoir de l'armée de Buenos-Aires.

Le général Lavalle marche sur Santa-Fé pour détruire la petite armée de cette province. La victoire que son armée vient de remporter sur celle de Médina, lui suggère l'idée de marcher sur les villes pour les forcer à accepter son joug; si les provinces ne se réunissent pas promptement il réussira, il les battra en détail et il les forcera à recevoir ses lois; dans le cas contraire il sera obligé à rétrograder et son armée sera détruite par la désertion seule; ses soldats appartiennent aux campagnes. La victoire seule les retient sous les drapeaux, un seul échec le défait entièrement; pour éviter une défection il faut toujours vaincre, c'est pour cela je pense qu'il va attaquer les villes afin d'augmenter ses avantages.

Les affaires commerciales sont toujours mauvaises, il n'y a rien à faire à Buenos Aires; il faut laisser passer la crise avant de faire des expéditions. Quant à la tranquillité, elle est partout, nos compatriotes y sont bien, ils n'éprouvent aucune vexation, au contraire ils sont considérés; les habitants et le Gouvernement les voient dans le pays come un épouvantail pour les indiens; ils pensent qu'ils prendraient les armes pour les chasser si par hasard ils venaient à entrer dans la ville.

L'*Isis* est toujours à Montevideo, J'attends des nouvelles de M. Mendeville, pour savoir si réellement la présence d'un bâtiment du Roi est bien utile à Buenos-Aires, ce que je ne pense pas dans la situation actuelle des affaires; cependant si M. Mendeville me dit qu'il en faut absolument un, je l'expédierai sur-le-champ, dans le cas contraire je laisserai l'*Isis* ici, les pilotages sont trop chers pour envoyer un bâtiment à Buenos-Aires si sa présence n'est pas absolument nécessaire.

Comunicación nº 5.

Montevideo, le 22 février 1829.

Monsieur l'Amiral,

J'ai l'honneur de vous rendre compte de ce que j'ai visité le capitaine général et gouverneur des Etats de Montevideo et tous ses ministres. Ces visites m'ont été rendues sur-le-champ à la maison de Monsieur le Consul de France. Des offres de service m'ont été faites au nom du nouveau Gouvernement; le Gouverneur a ajouté qu'il serait très heureux de trouver l'occasion de m'être agréable, je l'ai remercié.

L'administration de ce Gouvernement est beaucoup trop considérable, elle fait déjà

crier les personnes influentes du pays, elles disent avec raison qu'un pays aussi peu peuplé qui n'a d'autres ressources que celles de ses douanes, qui lui donnent année commune de 4 à 5 millions de francs ne doit pas avoir un ministère semblable à celle d'une grande nation qui a de grandes ressources; le fait est que ce ministère est dérisoire, il se compose de quatre ministres dont deux ont deux portefeuilles, les finances, la guerre et la marine, les affaires étrangères, l'intérieur et la justice. Le pays est grand sans doute, mais il n'a pas de population, il n'y a guère que les habitants des villes et les charges de l'état pèseront tout à fait sur les personnes qui les habitent, il fallait gouverner cette province comme un département, un gouverneur général à Montevideo, des sous-gouverneurs dans les autres villes et des directeurs pour les différentes branches de l'administration; les personnes employées dans la haute administration seraient peu rétribuées et le produit des douanes serait suffisant pour faire face aux dépenses de l'état.

Un Gouvernement sage et prévoyant aurait fait tout autrement, il aurait consulté ses moyens avant d'agir, il aurait travaillé avec connaissance de cause, l'orgueil et la vanité ne l'auraient point porté à se mettre sur la ligne des grands états et son règne aurait été plus durable.

Je n'ai point de nouvelles de M. Mendeville, cependant je lui ai écrit trois fois depuis mon séjour ici.

Le général San Martín vient d'arriver sur cette rade et s'est présenté devant Buenos-Aires pour y débarquer, le Gouvernement n'a pas voulu le recevoir; il lui a envoyé des passeports pour Montevideo où il est arrivé escorté par un brick de guerre de Buenos-Aires.

Les affaires commerciales ici comme à Buenos-Aires sont toujours mauvaises.

Daignez agréer, Monsieur l'Amiral, l'hommage de mon respect.

Comunicación nº 6.

Montevideo, le 28 février 1829.

Monsieur l'Amiral,

Quand j'ai eu l'honneur de vous annoncer l'arrivée de la frégate du Roi l'*Aréthuse* à Montevideo, tout était tranquille dans la Bande Orientale, et à Buenos Aires tout était calme, les habitants n'appréhendaient rien du dehors, les armées de Lavalle et de Médina étaient en présence, tout annonçait une bataille prochaine; en effet elle a eu lieu et le général Médina a été défait. Cette petite victoire donne des espérances de succès aux partisans de Lavalle, mais cet événement tout heureux qu'il paraît être ne doit rien faire préjuger sur la question, il est plus que probable que ce sera long et que tout dépendra de la conduite que tiendront les provinces, elles s'entendent bien, la lutte sera sanglante et la guerre civile désolera pour longtemps ce malheureux pays.

L'opinion générale n'est point en faveur du parti de Buenos-Aires, surtout depuis que les arrestations ont commencées; je pense que les provinces renverseront le Gouvernement actuel et que Lavalle subira la peine du talion; son armée ne ressemble en rien à celle d'autrefois; elle n'est plus nationale, c'est une réunion d'hommes qu'il a pris de force dans les campagnes; qui n'ont ni uniformes, ni ordonnances, ni distributions, c'est un attroupement de paysans de tous les partis, à casaques courtes, les jambes nues, le fusil à la main, ces nouvelles recrues ne sont point dévouées à Lavalle; au contraire, elles pensent comme les habitants des provinces de Cordoue, d'Entre-Ríos, de Rioja et Santa-Fe qui sont déterminés à venger la mort du colonel Dorrego. On doit donc s'attendre à une défection dans l'armée de Buenos-Aires, aussitôt qu'elle sera en présence de celle des provinces.

Le général San Martín est toujours dans ce pays, j'ai eu l'occasion de le voir et de parler avec lui des affaires de Buenos Aires, il no doute point du non succès de Lavalle, il en parle sans ménagement, il le connaît beaucoup, il a été son aide de camp lorsqu'il commandait l'armée du Pérou, il est sans capacité, mais bon soldat, voilà sa seule qualité, il n'en a point d'autres bonnes, il est méchant et cruel, le parti sévère qu'il a pris en faisant fusiller, par son ordre seulement, le colonel Dorrego le prouve bien.

Maintenant il faut vaincre ou périr les armes à la main, car s'il est malheureux et pris les tribunaux en feront justice.

Jusqu'à présent rien ne bouge dans la Bande Orientale, tout est paisible dans la

contrée, mais le Gouvernement n'est pas sage, il prend déjà des mesures contraires au bien du pays, il vient de prendre un arrêté qui ordonne qu'à dater du 1^{er} mars les paiements ne seront reçus par les caisses publiques de l'Etat en la monnaie circulante que dans la proportion de 3/4 en paturons et de 1/4 en cuivre, vient ajouter à tous les embarras du commerce en excitant une juste méfiance sur le résultat probable de cette mesure financière. Il paraît évident que le discrédit du cuivre, qui est la monnaie la plus abondante va l'augmenter, en raison inverse du crédit que prendront les paturons et que les détenteurs de la monnaie de cuivre feront ainsi une perte nette dont ne profitera même pas le Gouvernement puisqu'il n'a aucune monnaie à donner en remplacement à la quelle il pourrait avoir intérêt à donner de la valeur et de la confiance; cette mesure est tout à fait en faveur du parti brésilien.

Il y a dans ce pays un général qui n'est pas content, c'est Lavalle qui a révolutionné le pays, il a beaucoup d'amis dans la Bande Orientale et s'il entrait encore une fois en campagne il aurait pour lui tous les gauchos de la province, c'est un homme à ménager, lui seul peut soulever le pays et lui donner une autre direction.

Il y a eu une révolution au Pérou, je n'en connais point la cause, je sais seulement que le général Guise en s'emparant de Guayaquil a été tué sous les murs de la place.

Comunicación nº 7.

Montevideo, le 4 mars 1829.

Monsieur l'Amiral,

J'ai eu l'honneur de vous rendre compte que M. Mendeville vient de m'informer de ce que l'état de crise politique de Buenos-Aires est très violent, cependant il ne pense pas qu'il puisse en résulter des inconvénients contre la sûreté personnelle de nos compatriotes.

S'il arrivait pourtant que les événements ultérieurs rendissent la présence d'un bâtiment du Roi utile à Buenos Aires, j'expédierais sur-le-champ la corvette l'*Isis*, qui est toujours avec moi, pour ce port et je m'empresserai de vous le faire connaître.

Le général Lavalle est venu passer trois jours à Buenos-Aires, il en est reparti pour aller rejoindre son armée et marcher sur Santa-Fé.

On vient d'arrêter à Buenos-Aires quatorze personnes marquantes, les Messieurs Ancheron sont du nombre ainsi que le généraux Martinez et Balcarce (?); il paraît que l'on a craint une réaction; je ne connais pas encore quels ont été les motifs avoués d'une mesure que jusque-là on doit considérer comme arbitraire. Je ne vois jusqu'à présent dans cette mesure que le désir du parti militaire vainqueur, de poursuivre les partisans des fédérations, car telle est la marche des révolutions.

Daignez agréer, Monsieur l'Amiral, l'hommage de mon respect.

Comunicación nº 8.

A la mer, le 25 mars 1829.

Monsieur l'Amiral,

J'ai l'honneur de vous rendre compte de ce que le 11 janvier dernier au matin d'après vos instructions, j'ai appareillé de la rade de Rio-Janeiro pour me rendre à Montevideo; par ma lettre du 10 février je vous ai fait connaître l'arrivée de la frégate du Roi l'*Aréthuse* sur cette rade et en conformité de vos ordres j'ai quitté ce pays le 9 mars pour me rendre auprès de vous avec 32 jours de vivres à bord.

Lors de mon départ tout était tranquille à Montevideo et dans la province, l'assemblée délibérait tous les jours sans rien faire de bien, les membres que la composent sont des hommes sans lumière; à Buenos-Aires la crise est toujours la même, la situation politique ne s'améliore point, les habitants qui n'appréhendaient rien du dedans, qui jouissaient d'une parfaite tranquillité avant les dernières arrestations ont maintenant de grandes inquiétudes, ils ont peur d'être arrêtés et mis en prison. Nos compatriotes sont respectés des deux partis, ils ne courent aucun danger.

Les affaires commerciales dans cette contrée comme à Montevideo sont toujours mauvaises.

Lavalle est en campagne; s'il éprouve un revers, son armée l'abandonnera, c'est l'opinion générale et son Gouvernement sera renversé.

Durant mon séjour à Montevideo je n'ai point entendu parler de pirates, les mers à l'entrée de Rio de la Plata sont parfaitement libres, les navires de commerce peuvent y naviguer avec sûreté.

J'ai commandé la plus rigoureuse surveillance pour que les pirates ou les objets de leurs déprédations ne puissent être admis dans les ports de Rio de la Plata.

Je n'ai point donné l'escorte au navire hollandais, il était encore à Buenos-Aires quand je suis parti de Montevideo; les armateurs de ce bâtiment peuvent être sans crainte, il ne trouvera point de corsaires, les mers dans les parages de la rivière, au moins pour l'instant, sont purgées de ces brigands; il peut donc naviguer avec sécurité et sans protecteur.

Je n'ai point salué le pavillon des Etats de Montevideo, il n'était pas encore arboré, et le brésilien était amené. Je n'ai salué personne, seulement j'ai fait des visites aux autorités des deux pays, ces visites m'ont été rendues dans les 24 heures à la maison de Monsieur le Consul de France.

J'ai laissé la corvette l'*Isis* à Montevideo, elle y attend vos ordres.

Le 16 à 5 heures du soir, j'ai rencontré sur mon passage la goélette l'*Iris*, elle a fait route avec l'*Aréthuse* pour ce port.

Rien de remarquable dans ma traversée de Montevideo à Rio-Janeiro sinon que la frégate a beaucoup souffert dans ses hauts, elle a besoin d'un calfatage dans ses ponts et dans ses œuvres mortes, elle a fait de l'eau dans toutes ces parties.

Il lui faut aussi deux câbles, deux ancrs et un gouvernail.

Dans cette traversée comme dans les dernières, je n'ai eu qu'à me louer du zèle des officiers que j'ai l'honneur de commander; je vous prie de ne pas les oublier à l'occasion. J'ai aussi à me louer du service de santé par ses bons soins; je ramène l'équipage de l'*Aréthuse* en bonne santé.

M. Gontière, enseigne de vaisseau chargé des montres, est un excellent officier, je le recommande à votre bienveillance. J'ai déjà demandé pour lui le grade de lieutenant de vaisseau. Je désire beaucoup qu'il l'obtienne sous votre pavillon.

J'ai un enseigne de vaisseau provenant des équipages de ligne. M. Ballois est un officier remarquable par son zèle et par sa capacité, il est bon manœuvrier et excellent observateur, il est tout à fait distingué.

Quant à M. Cosmar, vous savez déjà combien je suis satisfait de ses services comme officier chargé du détail. Je vous le recommande très particulièrement. Je suis content des élèves.

Daignez agréer, Monsieur l'Amiral, l'hommage de mon respect.

DOCUMENTO C.

INFORME DIRIGIDO POR EL CAPITÁN VENANCOURT A BORDO DE LA MAGICIENNE AL ALMIRANTE ROUSSIN SOBRE EL BOMBARDEO CON QUE HA PRETENDIDO CASTIGAR A BUENOS AIRES. — *París, Archivo de la Marina. B. B., 519.*

Rade de Buenos Aires, le 3 juin 1829.

Amiral,

J'ai l'honneur de vous référer à mes précédentes lettres, surtout à celle du 18 mai, cette dernière renferme la lettre que m'a adressé M. de Mendeville pour me faire connaître les circonstances qui l'ont forcé de quitter la résidence de Buenos-Aires. Je vous envoie aussi les lettres de M. le Commandant de l'*Isis*. Vous avez dû voir dans mes premières les moyens que j'avais employés et les succès que j'avais obtenus à mon premier voyage à Buenos-Aires, et dans les dernières vous jugerez des griefs qui m'ont porté à l'acte de vigueur que je viens d'exercer contre le Gouvernement de Buenos-Aires et qui a été aussi déterminé par les remarques que j'avais faites à mon premier voyage dans cette ville qui consiste dans le manque total de considération non seulement pour l'autorité française, mais encore pour le Gouver-

nement de S. M. T. C. et pour la marine; l'affaire de la frégate la *Surveillante* est pour beaucoup dans cette dernière remarque.

Dans la journée du 21, je fus faire une reconnaissance dans une embarcation de l'*Isis* et avec le capitaine de cette corvette, dans la rade de Buenos-Aires afin de m'assurer des forces navales de cette république; je trouvai dans le port, mouillé à portée du canon du fort, un brick de 14 canons et une goélette brick de 4 canons (gros calibre) ayant leurs équipages à bord, deux autres goélettes bricks ayant 4 canons de gros calibre, mais n'ayant point de monde à bord et un brick ponton ayant des prisonniers à bord, gardés par une goélette brick de 2 canons gros calibre. Je revins à bord de l'*Isis* pour y prendre mon canot et retourner à bord de la *Magicienne*, afin de faire mes dispositions d'attaque, lorsque je vis arriver la goélette l'*Iris*; je m'empressai de lire les nouvelles instructions que vous m'adressiez en réponse aux lettres dont M. de La Rochefoucauld avait été porteur, et comme les événements qui se sont succédés à Buenos-Aires venaient de prendre un caractère désespéré, elles m'ont confirmé dans les représailles. J'avais l'intention d'exercer le soir même contre ce Gouvernement qui est au reste au moment de succomber, et de sauver une seconde fois la population française par cet acte authentique de désapprobation des rigueurs qu'il continue à exercer contre les sujets de S. M. T. C. pour les forcer à faire un service tout à fait militaire contre le droit des gens et qui les expose à une entière destruction par le parti de Lopez qui est à la veille d'entrer en vainqueur dans la ville.

Je me rendis à 9 heures du soir à bord de l'*Isis* avec toutes mes embarcations armées en guerre, je fis armer toutes celles de l'*Isis* et la chaloupe de la goélette l'*Iris*. Je déclarai alors aux équipages mes intentions d'aller venger les insultes faites au pavillon du Roi, et les mauvais traitements que ce Gouvernement faisait éprouver à nos compatriotes. Je formai deux divisions d'embarcation, la première sous mon commandement et la seconde sous le commandement de M. Picard, capitaine de frégate; la première devait enlever le brick de 14 canons, la seconde le brick goélette de 4 canons gros calibre. Je donnai l'ordre à M. Bayoud, lieutenant de vaisseau commandant la goélette l'*Iris*, d'enlever la goélette de deux canons gros calibre qui gardait le stationnaire mouillé en grande rade, lorsque je lui en ferais le signal.

Les deux divisions d'embarcation partirent de la corvette l'*Isis* à 9 heures du soir et naviguèrent sur deux lignes jusqu'au moment où elles devaient se séparer pour attaquer simultanément l'ennemi; il était minuit lorsqu'elles se séparèrent pour se diriger sur les deux points d'attaque, une demi-heure après les navires étaient enlevés à l'abordage aux cris de «Vive le Roi», avec l'ardeur ordinaire aux Français, c'est à qui aurait sauté le premier à bord de l'ennemi, les apprentis marins ont égalé nos meilleurs matelots. Je fis lancer deux fusées, signal convenu avec le capitaine de l'*Isis*, pour aborder la goélette stationnaire, ce qui fut exécuté avec autant de talent que de bravoure par cet officier. J'ordonnai ensuite à M. Picard de faire usage des chemises souffrées dont je m'étais muni pour mettre le feu aux deux bricks goélettes qui n'avaient que leur artillerie à bord, et il ne parvint à mettre le feu qu'à une des deux.

Ma division a eu sept blessés dont un grièvement, elle a tué cinq hommes à l'ennemi et blessé huit.

La division de M. Picard a tué un homme et blessé trois à l'ennemi, cette division a eu trois blessés dont un grièvement.

La goélette l'*Iris* a eu un élève blessé, elle a tué un homme à l'ennemi et blessé un autre grièvement.

J'ai des éloges à rendre à M. Picard pour la manière dont il m'a secondé dans cette attaque, et j'ai l'honneur de vous adresser son rapport, celui de M. Bayoud et le mien afin de vous faire connaître plus en détail la conduite de chacun.

Aussitôt que ces deux navires furent en notre possession, je m'occupai à faire enverguer les voiles et à les faire déhaler de la portée du canon, je fis également appareiller les bâtiments marchands français qui se trouvaient en petite rade. Le 22 au point du jour nous étions mouillés hors de la portée du canon de terre, l'ennemi tira néanmoins quelques coups de canon sur moi. Je ne touchai à aucun bâtiment de commerce de Buenos-Aires.

J'envoyai à terre un parlementaire avec une note pour le ministre des Affaires étrangères, voyez la note n° 1. Je m'occupai le reste du jour à faire appareiller les bâtiments marchands français, de la petite rade pour la grande, à 4 heures du soir je reçus une réponse du ministre à ma note, voyez n° 2.

Le 23, le général Santa Cruz fut envoyé par son Gouvernement pour s'expliquer avec moi sur les griefs qui m'avaient porté à agir de représailles. Je lui fis connaître que pour le présent le point principal était la manière tyrannique dont son

Gouvernement agissait envers les Français pour les obliger à s'enrôler et à faire un service militaire contraire au droit des gens et qui les exposait à la vengeance de l'autre parti; qui j'exigeais que le Gouvernement laissât libres ceux qui voudraient déposer les armes, de le faire pour rentrer chez eux sans éprouver aucun mauvais traitement de sa part. Il ajouta que si le Gouvernement me satisfaisait sur ce point, il pourrait espérer que je relâcherais mes prises, je fis le difficile, cependant je lui dis que si le Gouvernement agissait, comme je me plaisais à le croire avec plus de franchise qu'en avait mis le Sr. Diaz Velez à mon premier voyage à Buenos-Aires, je prendrais sur moi (dans l'espoir que vous m'approuveriez) de relâcher les bâtiments aussitôt que j'aurais la garantie de l'exécution de cet article. Quant aux réparations, aux insultes faites au Pavillon du Roi et aux indemnités que les sujets de S. M. T. C. pourraient réclamer des mauvais traitements et des pertes qu'ils ont éprouvées de l'alternative où le Gouvernement de Buenos-Aires les a placés de prendre les armes ou de quitter le pays dans les 24 heures, il appartient à S. M. T. C. de régler ces deux points.

La journée du 24 fut employée à me rendre en grande rade avec mes prises et tous les bâtiments marchands, je fis former une ligne d'embossage pour les mettre à couvert.

Le 25 un parlementaire vint à bord de ma prise où je me suis constamment tenu, c'était M. Gilly, secrétaire de Lavalle et l'aide de camp de ce dernier M. C. Trollé, pour me soumettre quelques articles du traité, ils étaient accrédités près de moi par le Gouvernement pour s'entendre avec moi sur les observations que j'aurais à y faire.

J'ai l'honneur de vous adresser, Amiral, la copie de ce traité signé par tous les membres du Gouvernement qui a été définitivement terminé le 2 juin et 48 heures après je leur ai remis leurs bâtiments.

J'ai envoyé depuis le 28 du mois passé M. Reynouf, enseigne de vaisseau, pour résider à Buenos-Aires afin de surveiller l'exécution du traité et recevoir les réclamations de nos nationaux, jusqu'à ce qu'une blessure que je me suis faite à la jambe, en sautant à l'abordage, me permette d'y aller; j'ai autorisé cet officier à produire ses dépenses sur mémoire. M. de Mendeville a laissé à Buenos-Aires un employé de la Chancellerie, M. Fleury, je l'autorise à continuer d'exécuter les instructions qu'il avait reçues de son chef.

Il y avait à bord du *Rio-Bamba* deux prisonniers du Gouvernement, MM. Anchorena frères; à la demande de ces messieurs, je les ai fait transporter à bord du brick anglais *Le Cadamus*, j'ai également donné l'ordre le lendemain de l'affaire de débarquer les 180 prisonniers qui se trouvaient à bord du brick ponton *Le Cacique*, ils ont été déposés à l'Ensenado, occupé par leur parti. L'officier chargé de cette mission a, d'après mon ordre, fait valoir auprès du chef des fédérés ces bonnes dispositions de ma part, afin qu'à leur tour ils protégassent les Français qui sont à Buenos-Aires; cet officier a été reçu par les partisans de Mossac, aux cris de «Vive la Patrie et vive les Français!», cette dernière circonstance est fort heureuse pour nos compatriotes.

D'après les renseignements que me donne M. Reynouf, tous les Français qui étaient dans la milice au nombre de 600 sont rentrés chez eux, déjà les rangs du bataillon des amis de l'ordre commencent à s'éclaircir malgré l'argent qu'on leur donne et qu'on leur offre.

Vous avez eu la bonté, Amiral, d'approuver tous les moyens que j'avais employés à mon premier voyage de Buenos-Aires pour sauver la population française du péril qui la menaçait, mais ce Gouvernement ayant manqué à ses promesses et les dernières protestations du consul général de France ayant été sans effet, lui-même obligé de quitter sa résidence (voyez sa lettre du 13 mai et ses protestations) et les Français traités avec la dernière tyrannie pour les obliger à servir ce Gouvernement et diverses autres circonstances dont j'ai eu l'honneur de vous faire part, j'ai cru de mon devoir d'agir avec vigueur contre cette république afin de sauver une seconde fois nos nationaux, non seulement d'une prochaine destruction, mais encore de faire disparaître autant que possible la haine que les habitants de la campagne professent contre le nom français, par suite de leur conduite hostile dans le bataillon des amis de l'ordre. J'ose espérer, Amiral, que la manière dont je viens de mettre fin à la scandaleuse conduite des autorités de Buenos-Aires, recevra également votre approbation.

Je pense que la présence de la frégate *La Nymphe* sera fort utile ici, au moins pour quelque temps, ainsi qu'un aviso pour faciliter les communications.

DOCUMENTO D.

PROTESTA DIRIGIDA AL VIZCONDE DE VENANCOURT POR EL SÚBDITO FRANCÉS LASERRE
CONTRA EL BOMBARDEO Y REPRESALIAS PUNITIVAS DE QUE FUÉ OBJETO BUENOS AIRES.
— *París, Archivo de la Marina, B. B.⁴, 519.*

Buenos-Aires, le 3 juin 1829.

Monsieur le Commandant,

Je sais que pour se faire écouter d'un homme tel que vous, il faut d'abord exhiber ses titres. Voici les miens: Français, vieux soldat, de cette vieille armée qui, pendant 25 ans fit trembler les émigrés, les chouans, l'Europe entière, et combla la France de gloire; homme libre qui connaît ses droits, officier dans le bataillon des amis de l'ordre, et de plus citoyen français en dépit de vous et du consul général de France à Buenos-Aires.

Maintenant que vous connaissez tous mes titres, je vais, Monsieur le vicomte, Vous parler avec la franchise d'un soldat et la hardiesse d'un homme libre. Vous avez fait un outrage sanglant à la nation française, à son chef et à son Gouvernement, parce que vous les avez placés dans l'humiliante alternative, ou de consacrer une injustice révoltante ou de faire une éclatante réparation du forfait punique que vous avez commis envers une nation qui n'a jamais eu à l'égard de la France, l'apparence d'un tort. J'ignore sous quels chefs vous avez fait vos premières armes, mais je dois croire qu'ils n'étaient pas Français: les fastes historiques de la marine française étaient restés purs jusqu'à ce jour, il appartient à M. de Vénancourt de venir les souiller dans le Rio de la Plata. Vainement prétendez-vous vous retrancher derrière la fragile barrière de vos instructions, de vos ordres: aucune autorité française au dedans comme au dehors de la France, ne peut ni ne doit ordonner la violation des droits des gens, du droit des nations, droits toujours sacrés parmi les peuples civilisés. Si M. le baron Roussin, amiral des forces navales françaises et votre chef, vous avait dit: «Emparez-vous de l'escadre argentine, si le Gouvernement de la république outrage les sujets du roi de France», dès lors, vicomte, vous aviez de la gloire à acquérir. S'assurer de l'outrage, en demander raison, et combattre si vous ne l'obtenez, voilà, noble vicomte, comment agissaient les Dugay-Trouin, les Tourville, les Jean-Bart, les Trugnet, les Villeneuve et bien d'autres dont les noms glorieux sont burinés dans notre histoire! Voilà les vrais modèles qu'il fallait prendre... mais que le vaillant Roussin, l'amiral investi de la confiance du Gouvernement français, ait pu dire à un capitaine de la marine française, à Monsieur le Vte de Vénancourt, capitaine de vaisseau, commandant les forces navales françaises dans le Rio de la Plata, stationnées dans un port étranger: «Vous armerez vingt embarcations, vous » aborderez à l'ombre de la nuit les navires de guerre d'une nation amie, vous répondrez au qui vive d'ordonnance par le feu de votre mousqueterie, vous pillerez et » incendierez, vous vous emparerez de navires surpris dont les officiers et les équipages dorment en confiance parce qu'ils n'ont pas d'ennemis». Non, non, vicomte, personne ne le croira, c'est ailleurs que chez les Français que l'on peut recevoir et exécuter de pareils ordres. C'est donc, vous seul qui avez compromis le commerce de la France dans ce pays, l'existence de trois ou quatre mille Français, et bien plus encore l'honneur national aux yeux de toutes les nations du globe. Et que répondrez-vous quand appelé à rendre compte de votre conduite, on vous demandera sur quoi, sur quels fondements, pour venger quels torts, avez-vous commis un acte aussi injuste? Répondrez-vous que vous aviez reçu des plaintes de plusieurs Français détenus dans le *Rio-Bamba*? Ajouterez-vous que vous n'avez pas vérifié la justice de leurs plaintes, ni s'ils étaient réellement Français? Loin de là, vous serez contraint d'avouer que vous n'aviez rien fait de tout cela, et que ce ne fut qu'après avoir consommé votre attentat que vous apprîtes qui étaient ces hommes pour lesquels vous armiez deux nations amies l'une contre l'autre, un matelot voleur et un pirate

assassin, des hommes enfin qui n'étaient plus Français, car de pareilles gens n'ont pas de patrie, le monde civilisé les repousse.

Il est encore une charge que la nation française, le Gouvernement français et le roi de France feront peser sur vous, n'en doutez pas, Vicomte, c'est qu'un officier de la marine française a été sans le savoir (car je vous rends cette justice) l'aveugle instrument dont s'est servi l'intrigue étrangère pour détruire l'influence que les Français établis à Buenos-Aires commençaient à acquérir dans ce pays, par la générosité de leur conduite, dans ces circonstances critiques. Oh! cela seul n'est-ce point un crime de lèse-nation?

Je vais maintenant vous parler de votre conduite militaire, vous faire rougir, si vous êtes vraiment Français, du mystère dont vous l'avez enveloppée, et de l'heure que vous avez choisie pour préparer votre étrange victoire.

Pensez-vous, que si l'escadre argentine avait eu des ennemis déclarés dans la rivière, elle se serait laissée surprendre pendant la guerre du Brésil? L'amiral Norton, qui valait au moins M. de Vénancourt, a appris plus d'une fois à ses dépens que la marine argentine ne dormait pas quand il fallait combattre. Si vous aviez su, Monsieur le Vicomte, que des lauriers ne sont glorieux que quand ils sont arrachés en combattant, et qu'ils sont teints du sang du vainqueur, vous auriez averti la république de vos intentions, vous auriez combattu son escadre en plein jour et quel qu'eût été le résultat, pour votre honneur rien n'était à craindre, vous auriez fait votre devoir; mais une victoire comme la vôtre est un triomphe honteux qui imprime au pavillon français une tache que tout votre sang versé par arrêt de la cour martiale de Brest pourrait à peine laver.

Ne reconnaissez, Monsieur, dans la franchise de ce langage, que l'effet immédiat de ma seule volonté, car je suis homme libre, je vous l'ai déjà dit, et libre de vous dire tout ce que je pense sur votre action du 21 mai, parce que vous êtes un homme public, parce que votre action a été publique, et parce que je veux par cette lettre, la rendre plus publique encore, afin que la France, toujours juste, vous appelle à la barre de l'opinion nationale, et vous inflige par avance à défaut du jugement de vos chefs la condamnation qui vous attend dans l'histoire.

DOCUMENTO E.

INFORME DIRIGIDO POR EL CÓNSUL MENDEVILLE AL MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS SOBRE LA REVOLUCIÓN DE LAVALLE Y SOBRE LOS PERSONAJES QUE DECRETARON EL FUSILAMIENTO DE DORREGO. — *París, Archivo de Negocios Extranjeros, división política nº 19.*

Montevideo, le 6 juillet 1829.

Monseigneur,

J'ai annoncé à Votre Excellence dans mon rapport du 26 mai dernier que je lui donnerais des détails sur les auteurs de la Révolution qui a eu lieu à Buenos-Aires, le 1^{er} décembre, cet événement a été précédé et suivi de tant d'intrigues qu'il était bien difficile d'en saisir le fil dans les premiers moments; le temps seul pourra les dévoiler entièrement; déjà cependant les principaux ressorts de toutes ces intrigues commencent à se découvrir, et je vais rendre compte à Votre Excellence de ce qui est parvenu à ma connaissance.

Quinze individus sont bien connus maintenant pour avoir su préparer de longue main cet événement ou concouru à son exécution; mais ils se présentent dans trois catégories différentes; cinq ont été dès le principe en évidence soit en se plaçant à la tête du pouvoir, soit par le rôle actif qu'ils ont joué; ce sont les généraux Lavalle, Brown, Martín Rodríguez, le ministre Díaz Vélez et M. Larrea. Trois ont également agi ouvertement, mais dans un rang inférieur, ce sont les sieurs Varaigne, qu'on savait n'être que le représentant de M. Rivadavia, bien qu'il prétendit agir pour son compte. Varela et Gallardo, rédacteurs de deux journaux incendiaires.

Et sept enfin qui étaient de tous les conseils secrets, qui concouraient à la décision

des mesures les plus importantes et qui souvent les provoquaient; mais qui opéraient dans l'ombre à fin d'exploiter les circonstances à leur profit, si elles étaient favorables, et de se tenir à l'écart en cas de revers. Ceux-là sont MM. Rivadavia, Agüero, Valentín Gómez, Gregorio Gómez, Carril, nommé récemment ministre, Ocampo et le général Cruz.

Après les avoir ainsi rangés dans la classe à laquelle chacun appartient, je les ferai connaître par leurs actes à Votre Excellence, suivant l'ordre et l'importance que leur assignent les événements.

Je commencerai par M. Rivadavia, parce qu'il est bien certainement la cause première et principale de cette malheureuse révolution. Il débuta dans la carrière politique par être, en 1820, ministre de Martín Rodríguez, alors gouverneur de la Province. Je dois dire cependant qu'il a figuré dans le commencement de la révolution de cette République contre l'Espagne, mais d'une manière secondaire. Ayant voyagé en Europe, ayant plus d'instruction que n'en ont ordinairement les gens de ce pays, tirant habilement parti du faible de ses compatriotes pour en croire sur parole les gens qui ne craignent pas d'exagérer eux-mêmes leur mérite, il se fit bientôt passer pour un grand homme d'état et acquit cette réputation, plus peut-être parce qu'il taisait, que par ses paroles ou ses actes; ses réponses brèves, tranchantes et jusqu'à son silence étaient considérés comme de la profondeur. Il parvint à supplanter Martín Rodríguez, à qui l'on fit un pont d'or pour qu'il lui cédât la place, et comme il fallait à M. Rivadavia un autre titre, il se fit nommer président; il prouva dans ce poste que ses connaissances se réduisaient à des théories mal digérées. Chaque jour voyait éclore de nouveaux décrets, de nouvelles lois, dont le premier défaut était d'être pour la plupart inexécutables. Son caractère et ses manières lui firent bientôt un grand nombre d'ennemis. Chef d'une République naissante, où les amours-propres étaient d'autant plus susceptibles que les hommes étaient moins éclairés, M. Rivadavia ne sut pas les ménager; rempli d'ambition et gonflé d'orgueil, après avoir professé dans ses actes les théories républicaines, il affectait dans toute sa conduite administrative et jusque dans ses relations sociales la morgue et la fierté d'un despote asiatique; la manière dont il a voulu faire prévaloir ses principes de gouvernement sont la cause des divisions qui désolent aujourd'hui son pays; c'est à lui que sont dues ces malheureuses distinctions d'unitaires et de fédéraux pour lesquelles une population ignorante s'entre-égorge sans connaître pour la plupart la signification des termes qui servent à désigner les deux partis; et l'animosité qui en est résultée est une déplorable preuve des malheurs que peut entraîner le meilleur principe appliqué sans discernement; l'intention de M. Rivadavia était bonne et bien entendue, il voulait former de toutes les provinces un seul Etat dont l'union eût naturellement augmenté la force; mais bien plus occupé de centraliser le pouvoir dans ses mains que des véritables intérêts du pays, il crut pouvoir faire adopter d'autorité son projet et s'occupa peu de la faire goûter; il commença par établir un système de douanes qui rendait en quelque sorte toutes les provinces tributaires de la capitale. Il organisa des compagnies pour l'exploitation des mines dans les diverses provinces, sans en consulter les gouverneurs, qui s'opposèrent ensuite à l'exécution des traités. M. Rivadavia fut accusé d'avoir accru sa fortune par la négociation des actions, tandis que les actionnaires perdirent toutes leurs avances. J'ignore si l'accusation était fondée, mais je sais que M. Dorrego eut la générosité de s'interposer pour qu'on ne lui intentât pas un procès qui aurait au moins amené du scandale. Ces actes de M. Rivadavia firent éclater contre lui une opposition terrible de presque toutes les provinces, qui se soulevèrent et portèrent à leur comble les embarras que lui causait déjà la guerre avec le Brésil; pour en sortir il envoya à Rio-Janeiro M. García comme plénipotentiaire, auquel il avait donnée des instructions secrètes pour faire la paix à tout prix. Celui-ci, en effet, fit un traité qui concédait au Brésil tout ce qu'il pouvait demander; mais lorsque la connaissance de ce traité transpira, M. Rivadavia, qui s'aperçut qu'il serait généralement désapprouvé, ne vit pas d'autre moyen de se tirer de ce mauvais pas qu'en désavouant son négociateur et en renonçant au pouvoir avant qu'il lui échappât. Il donna à sa retraite l'appareil d'une abdication, et la fit durer assez pour donner le temps de se faire prier de rester au poste qu'il occupait; on l'en laissa descendre néanmoins, et M. Dorrego fut choisi pour lui succéder. L'administration de celui-ci est la critique la plus victorieuse qu'on puisse faire de son prédécesseur. Il prit les rênes de l'Etat au moment où l'autre les quittait en désespoir de cause; le trésor était épuisé, il avait à arrêter un commencement de guerre civile, et à soutenir une guerre étrangère à laquelle il n'avait à opposer qu'une armée et une marine désorganisées. Cependant, en peu de mois, M. Dorrego obtint par la persuasion la réalisation d'un plan dont, avec

tous ses talents, M. Rivadavia n'avait su faire qu'un brandon de guerre civile. Toutes les provinces adhèrent à son Gouvernement, lui délèguèrent les pouvoirs nationaux pour faire la guerre et la paix et, au lieu de le combattre, lui fournirent des secours pour soutenir la guerre contre le Brésil, qu'il termina de la manière la plus glorieuse.

M. Rivadavia n'a pas cessé de travailler sourdement à le miner et surtout à préparer l'armée qui faisait la guerre au Brésil à opérer une révolution aussitôt que la paix permettrait de la rappeler. Il comptait d'abord se servir pour cela du général Alvear, qui commandait en chef cette armée, mais celui-ci n'est pas moins ambitieux, et en matière politique il ne travaille que pour son compte; pour avoir quelqu'un à lui, il jeta donc les yeux sur le général Lavalle qui est un jeune militaire sur la famille duquel M. Rivadavia exerce beaucoup d'influence. Votre Excellence sait comment la révolution s'est opérée.

Dès ce moment M. Rivadavia fut l'âme des Conseils secrets, et la prétention qu'il avait de dissimuler sa participation à ces événements est plus que démentie par ses communications continuelles avec les chefs du parti, et surtout par le rôle qu'il a fait jouer au Sr. Varaigne. En effet, celui-ci, étranger obscur, arrivé à peine depuis trois mois dans le pays où il n'était connu que comme agent de la commission d'émigration, n'ayant aucun antécédent qui pût lui donner quelque importance ou lui faire supposer quelques talents en politique, eût paru, certes, fort déplacé dans un conseil et dans l'intimité du ministre dirigeant, qui lui-même était une créature de M. Rivadavia, s'il n'eût été ce que chacun sait qu'il était réellement l'émissaire de l'ex-Président, chez lequel il vivait.

J'ai su depuis à n'en pouvoir douter ce que je n'ai pu dire à Votre Excellence, tant que je n'ai eu à cet égard que des soupçons, c'est que ce fut M. Rivadavia qui détermina la ligne de conduite que les autorités de Buenos Aires ont suivie en dernier lieu avec moi. Votre Excellence aura remarqué, par mes précédents rapports, que dans le principe, mes réclamations avaient été bien accueillies, qu'on les avait reconnues tout à fait fondées et qu'on avait commencé à y faire droit; et comme je ne demandais pour les Français que de les voir traiter sur le même pied que les Américains du Nord, d'ailleurs mon intervention n'était motivée que sur la protection que tout agent doit à ses compatriotes et sur la défense de leurs intérêts; bien loin de me contester le droit de traiter ces questions, non seulement on m'avait admis à les discuter, mais même le ministre avait dit à M. le vicomte de Vénancourt qu'il ne voulait les traiter qu'avec moi; aussi quand parvint ma protestation du 14 avril l'idée ne vint-elle pas au ministre d'élever la difficulté qu'il suscita deux jours après; bien loin de là, la dissolution du bataillon des étrangers privant le Gouvernement d'un de ses principaux points d'appui, l'armée ennemie faisant des progrès rapides, on se détermina à proposer une transaction; pour en arrêter les bases on voulait faire une réunion des hommes influents de tous les partis, et pour garantie de la liberté des opinions on réclamait les concours des agentes des trois principales puissances. J'ai rendu compte de la démarche que fit près de moi, à cet égard, le 15 avril, M. Larrea, qu'on avait chargé des convocations.

M. Rivadavia, sans l'avis duquel on avait pris cette détermination, se voyant au moment de perdre le fruit de toutes ses intrigues, secondé par les plus fangeux champions du parti, s'opposa à toute espèce d'accommodement, fit prendre au contraire la détermination de se défendre jusqu'à la dernière extrémité, et comme le ministre était embarrassé de savoir comment me répondre, M. Rivadavia leva la difficulté en disant qu'il ne fallait pas discuter la question, mais bien gagner du temps, en prenant un détour pour éviter d'y répondre, et pour cela me contester le droit de la traiter, en la considérant comme hors de mes attributions; prenant sur la responsabilité de faire approuver cette conduite par le Gouvernement français, ce fut d'après ces idées que fut rédigée la lettre que m'adressa le Ministre le 16 avril.

Le 15 la mission de M. Larrea ayant été interrompue, il m'écrivit à ce sujet la lettre ci-jointe.

Quant à M. Rivadavia, lorsqu'il donna le conseil qui fut suivi à mon égard, il projetait déjà de se rendre en France, et ce ne fut qu'en considération de la promesse qu'il fit de faire approuver par notre Gouvernement la conduite de celui de Buenos-Aires et d'épargner à celui-ci des réparations que la France peut se croire en droit d'exiger qu'il a déterminé sa coterie à consentir à son départ, mais il n'en a pas moins été vu de mauvais œil; Votre Excellence en jugera par l'article ci-joint, extrait du journal ministériel de l'époque, que je ne produis que comme preuve de plus de la participation de M. Rivadavia à tous ces désordres.

Le prestige dont avait su s'entourer M. Rivadavia a été entièrement détruit dans

ces circonstances où le rôle qu'il a joué n'a été rien moins qu'honorable. Non content d'avoir été l'instigateur d'une révolution opérée par un mouvement militaire et qui exigerait en principe la désorganisation et l'anarchie, quand il a vu sa cause désespérée, loin de concourir à mettre un terme aux malheurs de sa patrie, en se prêtant à un accommodement après lequel tout le monde soupirait, il a employé toute son influence pour accroître l'irritation des partis, il s'est ménagé les moyens de mettre sa personne en sûreté et quant il a vu approcher le danger il s'est enfui, laissant son pays dans toutes les horreurs d'une affreuse guerre civile, dont il avait été le principal promoteur.

Le général Lavalle, chilien d'origine, a fait ses premières armes dans la guerre de l'indépendance du Pérou sous les ordres du général San Martín; il parvint dans la dernière guerre avec le Brésil, au grade de colonel-major, qui correspond à celui de maréchal de camp; jeune, brave, mais de moyens peu étendus, M. Rivadavia, qui exerçait une grande influence sur sa famille, le jugea propre à devenir le marche pied de son ambition; mais quand la révolution s'opéra il lui laissa prendre le commandement comme gouverneur provisoire, ne voulant arriver au pouvoir que lorsqu'il n'y aurait plus de danger, et qu'il pourrait y monter avec une apparence de légalité, dont il put se faire attribuer le mérite, et qui répara ce que le mouvement du 1er. décembre avait d'irrégulier. Les circonstances ont déjoué ses calculs machiavéliques.

Après diverses versions contradictoires, il se confirma, et l'on considère maintenant comme indubitable que Lavalle, malgré ce qu'il a fait pour en mettre à sa charge d'odieux, n'a ordonné la mort de Dorrego que lorsqu'elle eut été décidée par une junte secrète composée des sieurs: Agüero, prêtre, ex-premier ministre de Rivadavia, Varaigne, porteur des instructions de ce dernier, Valentín Gómez, prêtre, recteur de l'Université, le général Martín Rodríguez, le ministre Díaz Vélez, Gregorio Gómez, prêtre, Ocampo, prêtre, Carril, ex-ministre des Finances de M. Rivadavia, le général Cruz, ministre de la guerre de la même époque, Varela, journaliste, ex-chef de division au ministère de l'Intérieur sous M. Rivadavia, Gallardo, avocat et journaliste.

On persuada à Lavalle qu'il ferait preuve d'un grand caractère en prenant sur lui seul cet acte de barbarie, et maintenant tous ceux qui le connaissent sont convaincus qu'il n'a été que l'instrument du parti et le séide de M. Rivadavia.

Le général Brown a été choisi pour gouverneur délégué afin d'en faire une machine à signatures, et parce que son extrême bravoure à la tête de la marine lui avait attiré une grande popularité. Du reste ce n'est pas seulement un homme nul en administration, c'est encore un cerveau dérangé, il est resté estropié d'une jambe qu'il s'est cassée en se précipitant d'une terrasse, dans un accès d'aliénation mentale, dont il a de temps à autre des atteintes.

Le général Martín Rodríguez, à cela près qu'il n'est pas fou, n'est guère moins nul que le général Brown; quand il était gouverneur c'était M. Rivadavia qui le faisait agir, habitué à se laisser mener par celui-ci, il a suivi son impulsion dans les derniers événements.

Le ministre Díaz Vélez a commencé à faire parler de lui quand il s'est séparé d'une maison de commerce dans laquelle il était intéressé, et qu'il a quitté sans vouloir rendre des comptes; on fait remonter à cette époque le commencement de sa fortune. il faisait ensuite le commerce des lois. Comme il avait des moyens naturels, l'opposition qui désirait renforcer ses rangs, le fit nommer député pendant le présidence de M. Rivadavia, mais celui-ci qui le craignait tenta de le gagner et y parvint sans peine.

Depuis le mouvement du 1er. décembre le Gouvernement a été entièrement entre ses mains; Lavalle, absorbé par ses opérations militaires, ne s'occupait pas d'administration et les gouverneurs délégués ne faisaient qu'apposer des signatures sur les actes du ministre dirigeant. Cet homme est d'une profonde duplicité, et rempli d'ambition.

D'après mes rapports antérieurs, il me reste peu de chose à dire de M. Larrea, bien qu'il fut intimement lié avec M. Rivadavia et le ministre Díaz Vélez; tout le monde a été surpris de voir le chef d'une importante maison de commerce se lancer ainsi, à corps perdu, dans les troubles politiques et compromettre les grands intérêts qu'il avait entre les mains; cette étrange conduite a aussi donné lieu à des conjectures très défavorables au crédit de M. Larrea. Rapprochée de quelques opérations qui avaient semblé peu naturelles, on en tirait la conséquence que M. Larrea avait déjà ses affaires dans une mauvaise situation, et qu'en prenant une couleur aussi prononcée, dans une lutte politique, il espérait ou relever sa fortune, en cas de succès du parti qu'il avait adopté, ou trouver la justification des pertes

qu'il présenterait dans les événements mêmes, en cas de revers. Je ne donne au surplus cette opinion que comme une conjecture qui avait pris cependant assez de consistance pour avoir été consignée ici dans les journaux.

Julián Agüero, Valentín Gómez, Ocampo et Gregorio Gómez, sont quatre prêtres qui n'ont de leur profession que le titre et le rôle. Tous quatre ambitieux et turbulents, avides de fortune et de distinctions, se sont mis à part du reste du clergé à une époque où M. Rivadavia cherchait à le détruire et depuis ce moment ils se lancèrent dans la politique; le premier, entièrement dévoué à M. Rivadavia, a été son premier ministre quand il était président; au moment où éclata la révolution du 1^{er} décembre, il se présenta pour l'appuyer, et ce fut lui qui ce jour-là présida dans une église une réunion de 60 ou 80 individus à laquelle il donna le nom d'assemblée du peuple, par laquelle il fit proclamer la déchéance de Dorrego, et la nomination de Lavalle comme gouverneur provisoire. Quand il a vu que les choses prenaient une tournure défavorable pour son parti, il s'est enfui avec son patron. Le second fut chargé de missions diplomatiques sous M. Rivadavia, et nommé depuis recteur de l'université.

Je n'ai rien à dire des deux autres, sinon que ce sont moins des prêtres que des hommes de partis.

Carril est un jeune homme de la province de San Juan, qui n'a rien de remarquable et dont M. Rivadavia avait fait son ministre des finances, uniquement pour faire quelque chose d'agréable aux provinces, en y prenant un ministre. Depuis lors il a été tout dévoué à son bienfaiteur.

Le général Cruz est un homme tout à fait secondaire, ce sont de ces gens que les partis cherchent à s'attacher pour faire nombre et les mettre en avant dans les occasions, c'est encore une créature de M. Rivadavia, qui en avait fait dans le temps son ministre de la guerre.

J'ai dit du sieur Varaigne tout ce que je pouvais en dire, il a agi prudemment en quittant Buenos-Aires avant que l'ordre s'y rétablît, car il y avait contre lui un tel concert de malédictions, qu'il lui fût infailliblement arrivé malheur s'il fût resté.

Varela (Juan Cruz) fut autrefois major, homme de M. de Mendeville, ayant fait sur un événement politique une pièce de vers assez bien tournée, il obtint un petit emploi au ministère, il concourait en même temps à la rédaction d'un journal. Etant rempli de moyens et surtout très intrigant, il s'insinua dans la confiance de M. Rivadavia et parvint assez rapidement au poste de premier chef de division du ministère de l'Intérieur. Il ne tarda pas à dissiper la caisse dans ses attributions, et fut obligé de s'enfuir dans la Bande Orientale pour échapper à une punition infamante; mais son parti auquel il était nécessaire comme écrivain parvint à assoupir cette affaire, et après un exil de quelques mois, il rentra à Buenos-Aires. Il y rédigea un journal, *El Tiempo*, qui fut l'organe de l'opposition pendant l'administration de M. Dorrego; ce journal n'a cessé d'être écrit dans l'esprit le plus pernicieux, soit comme journal d'opposition, soit comme organe du Gouvernement depuis la révolution du 1^{er} décembre. Le sieur Varela a fait preuve d'un déplorable talent pour dénaturer les principes et les faits, aussi est-il considéré comme un des hommes qui ont le plus contribué à fomentier et à prolonger les désordres et les malheurs de la dernière révolution, dont il s'attachait à justifier tous les excès; le rôle qu'il joua dans la politique s'explique par sa conduite privée. Sorti des rangs inférieurs de la société et sans fortune, l'irrégularité de ses mœurs l'entraîne à des dépenses hors de proportion avec ses facultés et il n'est rien qui lui répugne quand il s'agit de satisfaire ses goûts et ses passions. M. Dorrego n'ayant pas voulu le réintégrer dans un emploi où il s'était rendu coupable d'un vol, il se déclara son ennemi irréconciliable. Le dernier Gouvernement lui rendit naturellement sa place, et ne s'en tenait probablement pas là; en sorte que Varela, qui a tout à perdre au changement de cet ordre de choses, aurait voulu ensevelir Buenos-Aires sous ses ruines plutôt que de voir faire quelque accommodement qui mit un terme aux maux de son pays. C'est un homme éminemment dangereux.

Gallardo, jeune avocat et journaliste, digne émule de Varela, membre de la Chambre des Députés sous la présidence de M. Rivadavia, il s'y fit remarquer, dans le principe, par la fougue de son opposition, mais cette opposition n'étant pas une affaire de conviction et de principes, mais bien un calcul, le président n'eut pas de peine à le gagner et depuis lors il a suivi sa bannière; le sieur Gallardo est rédacteur du *Pampero*, autre journal qui a pris naissance avec la révolution du 1^{er} décembre et qui enchérit encore sur le mauvais esprit qui préside à la rédaction du *Tiempo*. Cet homme se distingue en outre par le scandale de ses mœurs; il a

chassé de chez lui sa femme et ses enfants, qui ne subsistent depuis longtemps que de la charité publique, pour vivre publiquement avec une comédienne.

Tel est, Monseigneur, le tableau des individus pour lesquels pendant plus de six mois tout un peuple s'entre-déchirait et qui ont attiré sur leur pays des désastres dont dix ans de paix et de tranquillité suffiront à peine pour effacer les traces.

DOCUMENTO F.

TRES COMUNICACIONES DIRIGIDAS POR EL CÓNSUL MENDEVILLE AL GENERAL SÉBASTIANI SOBRE LA GUERRA CIVIL ARGENTINA Y OTROS PUNTOS (1). — *París, Archivo de Negocios Extranjeros, división política, nos. 13, 15 y 19.*

Comunicación nº 1.

Buenos-Aires, le 31 décembre 1830.

J'ai reçu, par la voie du packet anglais *Lord Melville*, arrivé dans ce port le 19 de ce mois, la note de Votre Excellence du 30 septembre dernier nº 5. Je saisis avec empressement la première occasion qui se présente pour y répondre.

Votre Excellence, en m'accusant réception de mes dépêches jusqu'à la date du 23 mai 1830, me manifeste l'intérêt avec lequel elle a pris connaissance des informations contenues dans l'une d'elles. Je m'estime heureux d'avoir pu mériter son approbation et je ne négligerai rien pour que, par la suite, elle soit de plus en plus satisfaite de mes travaux.

La nouvelle de la détermination prise par le Roi de reconnaître l'indépendance des nouveaux états de l'Amérique ne pouvait arriver en temps plus opportun; dans ce nouvel appui la question délicate du service des étrangers, pour laquelle j'avais expédié mon chancelier près de Votre Excellence, eût peut-être été difficile à tenir dans l'oubli jusqu'à la décision du Gouvernement du Roi? J'espère en pouvoir tirer un bon parti pour protéger efficacement nos compatriotes.

Le lendemain du jour où cette dépêche me parvint, j'adressai une note au Ministère des Relations Extérieures pour lui faire connaître la détermination du Roi et les vœux de son Gouvernement; j'ai l'honneur d'en remettre copie à Votre Excellence. Je ne tardai pas à recevoir la réponse (pièce nº 2) qui m'annonçait qu'en célébration d'une nouvelle aussi plausible, la Forteresse saluerait la pavillon français d'une salve nationale le lendemain 22 du courant. En effet, au jour indiqué, à midi, le pavillon tricolore fut arboré par les bâtiments de guerre de la République et salué de 21 coups de canon; le brick de S. M. l'*Aigrette* en station dans le port répondit immédiatement à ce salut. Dans la soirée une réunion nombreuse de citoyens, parmi lesquels se trouvaient des députés, des juges, des officiers de tout grade, se rendit au Consulat précédée de la musique du Gouvernement; elle entra dans les salons aux cris de *Vive la France, vive Louis Philippe Ier*, tandis que la musique entourée de la foule exécutait dans la cour l'hymne *Allons enfants de la Patrie*. Le général Guido, chargé de me complimenter, le fit dans les termes de la plus noble franchise. Des vins et des rafraîchissements ayant été immédiatement servis, le Gouvernement libéral du Roi, les trois grands jours de la France, et le général Lafayette furent successivement célébrés par des santés dont les *vivats* se répétaient dans les cours; tout se passa, du reste, dans un ordre admirable.

Le lendemain 23, le Gouverneur vint en personne et avec tout le cérémonial en usage dans les grandes circonstances, c'est-à-dire, dans la voiture d'apparat du Gouvernement et accompagné des Ministres, me faire une visite dans laquelle il

(1) En la primera de estas comunicaciones, Mendeville se hace eco del entusiasmo que reinó en Buenos Aires, al saberse allí que el Rey Felipe había reconocido la independencia de las provincias argentinas. En la segunda se alude a la lucha reinante entre unitarios y federales, y en la tercera, después de decir que la guerra civil había terminado y de exponer otros portamentos, se detiene ante San Martín. Según el corresponsal de la Cancillería francesa, San Martín era considerado por los partidos en lucha como el hombre que podía lograr la pacificación.

me chargea d'être auprès du Gouvernement du Roi l'interprète de la reconnaissance des Républicains de la Plata et de la sienne en particulier.

Telle a été, Monseigneur, la manière dont l'autorité a accueilli la nouvelle de la reconnaissance de l'Indépendance de ce pays de la part de la France. Lorsqu'en 1825 celle de l'Angleterre fut connue, il fut fait des démonstrations à peu près semblables, avec la différence néanmoins que la visite au Consul Général de S. M. B. fut faite par une commission composée d'un Ministre et d'un aide de camp du Gouverneur et non par le Gouverneur en personne.

Je m'empressai de rendre ma visite à S. E. et je profitai de cette occasion pour la pressentir sur ses intentions relativement à l'envoi en France d'un plénipotentiaire; elle ne balança pas à me dire que le Gouvernement ne pouvait y penser pour le moment, qu'il suffirait de proposer aux provinces dissidentes de se prêter à accréditer un négociateur pris à Buenos-Aires pour qu'elles se refusassent, mais qu'aussitôt qu'il en aurait la possibilité, le Gouvernement ferait le choix d'un agent et l'enverrait à Paris.

Votre Excellence ne doit pas être autrement surprise de la difficulté qui se présente en ce moment pour l'envoi d'un plénipotentiaire en France. Les provinces, en effet, n'en sont jamais venues à un degré d'exaltation plus violent que celui où elles se trouvent actuellement les unes contre les autres; celles du Nord et de l'Ouest agissant sous l'influence du général Paz, gouverneur de Córdoba, représentant la partie unitaire de la République; les quatre provinces littorales du Paraná, incluse celle de Buenos-Aires, se sont, au contraire, formellement prononcées en faveur du fédéralisme, et bien que les neuf dixièmes des compétiteurs ignorent ce que l'un ou l'autre de ces deux systèmes pourraient offrir d'avantageux au pays, ils n'en sont pas moins acharnés les uns contre les autres; les choses en sont venues au point que les deux partis ne peuvent tarder aujourd'hui à en venir aux mains. Déjà l'armée de Paz est en mouvement dans les provinces qui lui ont donné le titre de *Protecteur*; de leur côté les troupes de Buenos-Aires se dirigent vers la frontière, pour marcher probablement sur Córdoba; les journaux se font de part et d'autre une guerre d'insultes les plus grossières; tout annonce donc un choc très prochain. Les deux partis sont forts et bien disposés; l'unitaire réunit la majeure partie de la première classe des habitants, mais le bas peuple est en faveur des fédéraux dans toutes les provinces de même qu'à Buenos-Aires et quand on a été témoin, d'ailleurs, de la manière dont cette révolution s'est déroulée, qu'on a suivi de près les événements qui l'ont précédée et qu'on possède par l'expérience de plusieurs années quelque connaissance des localités, des hommes et des choses, on ne saurait douter que le parti fédéral ne sorte triomphant de cette lutte. Je prie Votre Excellence de ne point croire que cette opinion que je lui manifeste soit le fruit d'un amour-propre malentendu; j'ai été assez heureux jusqu'alors pour que tous les événements aient justifié mes prévisions, dans tout ce que j'ai eu l'honneur de lui annoncer sur ce pays depuis que je l'habite et j'ai lieu de penser que, dans cette circonstance, les résultats ne démentiront pas ce que j'avance.

D'après les considérations antérieures, il est évident qu'il ne nous reste qu'à attendre l'époque où le Gouvernement de Buenos-Aires sera en mesure d'envoyer en France un Agent suffisamment autorisé. De mon côté je m'empresserai de saisir les occasions favorables pour l'engager à hâter la réalisation de ce projet.

Votre Excellence me demande de lui transmettre mes observations sur les clauses que je jugerais utiles à insérer dans le traité de commerce. Je me félicite de m'être mis, à l'avance, en mesure de la satisfaire en donnant à mon chancelier des instructions assez détaillées sur ce point. Je la prie en conséquence d'avoir égard aux rapports que M. Petitjean est chargé de lui faire, tant sur la situation de ce pays, que sur la manière de retirer, d'un traité avec cet état, un parti avantageux pour notre commerce et pour les Français résidant à Buenos-Aires. Je m'occupe d'ailleurs, à réunir encore des notes sur cette question, que j'aurai l'honneur de lui soumettre postérieurement.

Il en est une cependant que je crois ne devoir point ajourner et sur laquelle je me permets d'appeler toute l'attention de Votre Excellence. L'article 11 du projet de loi sur la garde nationale sédentaire, présenté à la Chambre des Députés dans la séance du 8 octobre dernier, annonce que les étrangers admis à la jouissance des droits civils, conformément à l'article 13 du Code Civil, lorsqu'ils auront acquis en France une propriété, ou qu'ils y auront formé un établissement, pourront être appelés à faire le service.

Si Votre Excellence veut considérer que le nombre des Français établis dans les nouveaux états de l'Amérique s'élève de 20 à 25.000 et qu'il tend à s'accroître considérablement, tandis que celui des Américains de ces mêmes Etats à Paris sera

à peine de 6 à 800 et que d'ailleurs le service auquel ils seront appelés en France sera toujours modéré et inoffensif, lorsque au contraire les Français en Amérique se trouveront généralement assujettis à un service pénible, ruineux, et qui ne peut manquer de les compromettre dans les réactions politiques qui se renouvellent constamment dans ces pays, elle sentira facilement combien il serait important que cette disposition fût modifiée et que les Américains des nouvelles Républiques fussent au contraire exempts de tout service en France afin qu'en se fondant sur le principe de réciprocité on pût obtenir que les Français jouissent des mêmes avantages en Amérique.

Comunicación nº 2.

Buenos-Aires, le 26 février 1831.

Je m'empresse de profiter de la première occasion qui se présente depuis le départ de la note que j'ai eu l'honneur d'adresser à Votre Excellence le 10 de ce mois, pour lui annoncer que le Gouvernement de Buenos-Aires a enfin renoncé à mettre en exécution la mesure de faire prendre les armes aux Français.

Le Général Balcarce ayant cessé ses fonctions de Gouverneur Délégué pour prendre le commandement d'un des corps d'armée en campagne, est venu le 13 du courant me faire une visite pour prendre congé, n'ayant point encore reçu de réponse à mes lettres particulières adressées le 6 au Général Rosas et à M. Anchorena, je profitai de cette opportunité pour lui faire part de la surprise et de la contrariété que m'avait fait éprouver la détermination du Gouvernement à l'égard de nos nationaux; le Général s'empressa de me tranquilliser en me disant que cette question était déjà terminée ou bien près de l'être.

En effet, j'ai eu le 15 une entrevue avec le Ministre, dans laquelle j'ai acquis l'assurance que l'ordre d'enrôlement des Français avait été retiré et que cette affaire resterait *in statu quo*.

M. Anchorena, dans cet entretien, me parut un peu piqué; je décelais dans mes lettres, me dit-il, une grande susceptibilité d'amour-propre national et si les Anglais que je mettais toujours en avant eussent été hors de la question, il pensait que j'aurais mis beaucoup moins de chaleur à la combattre.

Le Ministre n'étant pas favorablement disposé en ce moment, j'abrégeai cette entrevue, tout en le priant d'être persuadé que je n'étais guidé que par le sentiment strict de mon devoir. J'ai eu postérieurement l'occasion de le voir, ainsi que le Gouverneur Rosas; l'un et l'autre ont été avec moi dans les termes de la meilleure harmonie. C'est surtout à ce dernier que nous devons que cette mesure n'ait pas été mise à exécution.

Je me suis hâté, Monseigneur, de faire connaître ce dénouement favorable à M. l'Amiral Grivel, afin de le mettre à même de donner à sa division la direction la plus convenable aux intérêts du service du Roi, d'après la situation actuelle des choses dans cette résidence.

Les hostilités entre les deux partis qui divisent la République ont enfin commencé. Deux engagements ont eu lieu dans le courant du mois, sur le territoire de la Province de Córdoba, entre les corps d'avant-garde des deux armées belligérantes. Les troupes de Buenos-Aires, qui ont pris les armes pour faire prévaloir le système fédéral, ont battu dans ces deux affaires celles du Général Paz.

Il est à remarquer que pour une guerre nationale, comme celle qui a été faite en 1827, contre le Brésil, il devient très difficile, dans ce pays, de recruter l'armée; ce n'est que par la presse et d'autres moyens de rigueur qu'on parvint à réunir les hommes; les Provinces ne fournissent jamais qu'une faible partie des contingents qui leur sont assignés, tandis que dans la discussion actuelle, qui n'est qu'une guerre civile entre deux partis se disputant le pouvoir, on vole à l'envie aux armes sur tous les points de la République. L'armée des fédéraux commandée par les Gouverneurs de Santa-Fé et de Buenos-Aires, López et Rosas, est forte de huit mille hommes. Celle des unitaires n'est guère moins nombreuse. Chacune des neuf provinces du Protectorat de Paz s'est empressée d'envoyer son contingent à Córdoba, point central de ce parti; celle de Mendoza a fourni à elle seule 1.200 hommes bien organisés. Il est cependant notoire que la question est purement personnelle, car les principes ne sont invoqués ici que pour la forme et à l'exception d'un très petit nombre de patriotes qui font des vœux pour le triomphe du système qu'ils considèrent comme indispensable pour réussir à constituer l'Etat, toute la popula-

tion n'agit qu'en faveur de tel ou tel chef, en sorte qu'il ne faut compter sur la tranquillité dans ce pays, qu'autant qu'un parti s'élèvera entièrement au-dessus de l'autre.

La Chambre des Députés, pour subvenir aux dépenses extraordinaires de la guerre, vient de sanctionner l'émission de six millions de fonds publics avec la rente de 6 %. Soixante mille piastres annuelles ont été affectées à son amortissement. Le Gouvernement aura probablement de la peine à négocier ce capital dans les circonstances actuelles. Le commerce anglais étant possesseur de la majeure partie des fonds déjà émis, éprouvera nécessairement des pertes par l'adoption de cette mesure, dont le résultat sera, d'ailleurs, le motif d'une note que j'aurai l'honneur d'adresser postérieurement à Votre Excellence à la section des Affaires commerciales.

Comunicación nº 3.

Buenos-Aires, le 30 août 1831.

La guerre civile paraissait devoir se terminer sans autre effusion de sang, mais les conditions qu'exigeait l'armée des unitaires ont paru exagérées au parti fédéral et un dernier combat, dont l'issue n'est pas douteuse, achèvera la ruine des premiers à qui il ne reste, selon les rapports officiels, que 5 à 600 hommes des trois armes, deux pièces de canon, un obusier et quelques fourgons. Le Colonel Lamadrid qui commande ces débris se trouve aujourd'hui cerné par des forces sextuples et son intention, d'après les nouvelles les plus fraîches, paraît être de vouloir s'ouvrir un passage jusqu'au Chili; il lui sera difficile de réussir et dans ce cas d'ailleurs la guerre civile se trouverait ainsi terminée. Avant de se décider à la retraite, cet officier a tenté de semer la division entre les chefs fédéraux et en remuant l'esprit de provincialisme de soulever les Provinces contre Buenos-Aires qui a longtemps excité l'envie des Gouvernements intérieurs, mais les chefs fédéraux, entre autres le Général Quiroga, qui se trouve aujourd'hui à la tête d'une division de trois à quatre mille hommes, vivement sollicité de faire cause commune avec Lamadrid et de marcher contre Buenos-Aires, s'y est formellement refusé, a rendu publiques les insinuations qui lui étaient faites et a redoublé d'efforts pour anéantir les débris des forces unitaires réunies au pied des Cordillères.

Dans les trois Provinces qui restaient au parti vaincu, des soulèvements ont eu lieu et les masses, dont l'esprit est las, comme dans toute la République tout fédéral, ne tarderont pas à renverser d'elles-mêmes les Gouvernements qu'on leur avait imposés.

Dans les Provinces antérieurement enlevées aux unitaires des Gouvernements populaires et légalement élus se sont organisés, des représentations provinciales se sont constituées et partout on s'occupe avec la plus grande activité, dans les villes comme dans les campagnes, de l'organisation des milices. Ces Provinces sont entrées dans la ligue fédérale formée par les Gouvernements littoraux. On a commencé à y publier plusieurs journaux, quelques-uns laissent percer un certain degré d'exaltation, mais ceux qu'on regarde comme les organes des Gouvernements, se distinguent assez généralement par leur modération.

L'ordre et la tranquillité paraissent désormais établis dans ces Provinces, et la division des Andes commandée par le Général Quiroga étant plus que suffisante pour réduire les débris unitaires, la présence des troupes fédérales devenait inutile; pour éviter des charges à ces localités et des fatigues aux troupes, le reste de l'armée a regagné ses foyers. Les Généraux Rosas et López eux-mêmes rejoignent en ce moment leurs provinces respectives.

Au milieu des maux qui ont affligé le pays pendant la guerre civile qui vient de se terminer, il est satisfaisant de voir les progrès que font dans toutes les classes le besoin d'ordre et de stabilité.

Les Gouvernements paraissent ne pas croire le moment favorable pour constituer le pays, les passions sont encore soulevées, disent leurs journaux, une constitution établie aujourd'hui paraîtrait peut-être le résultat du droit de conquête puisque, après la victoire du parti fédéral, on semblerait imposer à une partie de la nation une forme de gouvernement qu'elle rejetait. Les organes des autorités dans les provinces se bornent donc à calmer les passions et la population est assez disposée à se grouper autour des chefs chargés de préparer le moment d'une organisation générale.

Diverses mesures libérales ont déjà été prises. Le Gouvernement abdiquera le

pouvoir dictatorial qui lui a été confié par la représentation aussitôt que les choses auront entièrement repris leur assiette. Le nombre des établissements d'éducation augmente par les soins de l'autorité. Le Jury qui n'avait été appliqué jusqu'à ce moment qu'aux délits de la presse s'étendra à tous.

Une loi qui adoucit l'esclavage, jusqu'au moment où il devra cesser, a été publiée.

Le Gouvernement avait proposé d'établir de nouveaux droits sur les patentes et les établissements agricoles, mais la représentation regardant ce projet comme contraire aux progrès de l'industrie et de l'agriculture, l'a rejeté.

Le Trésor, grâce au zèle et aux connaissances du Ministre actuel des finances, M. García, est à peu près dans la même situation qu'avant cette guerre coûteuse, et c'est avoir obtenu beaucoup. M. García est du petit nombre d'hommes qui ont traversé purs tant de révolutions successives et qui savent se concilier l'estime de tous les partis.

Le besoin d'ordre qui se fait généralement sentir a fait jeter les yeux sur le Général Saint-Martin qui est aujourd'hui en Europe, demeuré étranger aux partis qui dirigent le pays qui lui doit en grande partie sa liberté, recommandable par de grandes qualités civiles et militaires, il jouit de l'estime de tous les partis. On parle ici beaucoup de lui, et il ne serait pas étonnant qu'à l'expiration du Gouvernement du Général Rosas, qui a encore un an à l'occuper, le Général Saint-Martin arrivât au pouvoir.

Avant de terminer cette note, Votre Excellence me permettra de l'entretenir un instant de l'état de nos rapports avec ces Provinces.

Lorsque je notifiai au Gouvernement de Buenos-Aires la reconnaissance de l'Indépendance de la République par la France, les Provinces se trouvaient désunies; n'ayant délégué à aucune d'entr'elles le droit d'entretenir les relations extérieures, l'envoyé, qui d'après l'invitation de notre Gouvernement aurait été adressé en France, n'aurait pas réuni l'assentiment de toutes celles de l'Union, et n'aurait par conséquent représenté que les intérêts de celle de Buenos-Aires et quelques autres. Une démarche de ce genre ne pouvait avoir lieu et, aujourd'hui encore, l'état d'isolement des Provinces la rend impossible. Toutefois, il est probable que si la réunion de ces divers Etats tardait à s'effectuer, les chefs de chacun d'eux donneraient au Gouvernement de Buenos-Aires des pouvoirs spéciaux pour entretenir les relations extérieures, mais encore dans ce cas, j'ai lieu de penser que celui-ci ne mettrait pas tout l'empressement que nous devons désirer à l'expédition en France d'un négociateur. Lorsque l'Angleterre prit l'initiative et reconnut l'indépendance de la République, celle-ci, agitée au-dedans et encore menacée au-dehors par l'Espagne, se vit avec joie élevée au rang de nation, et conclut un traité de commerce tout en faveur de cette puissance, puisque les avantages de la réciprocité, qui en est la base principale, ne peut exister pour un Etat sans marine.

La République l'a reconnu depuis et sans prétendre que lorsque cette question sera traitée elle se montre moins facile avec nous, je crois cependant que pour cette raison comme aussi à cause de l'état de ses finances, elle se hâtera peu de faire la démarche à laquelle l'a invitée le Gouvernement du Roi. Il pourrait même arriver que le moment en fût assez reculé pour qu'il convint au Gouvernement de S. M. de prendre l'initiative et d'envoyer lui-même un agent chargé de stipuler en faveur de notre commerce les avantages qu'on peut attendre de ce pays, qui fatigué de vingt ans d'anarchie, paraît sentir enfin le besoin d'un ordre de choses fixe et durable et auquel quelques années de tranquillité suffiront à rendre toute son importance commerciale.

Au reste les affaires locales en seront bientôt au point où je pourrai, avec connaissance de cause, donner à Votre Excellence mon opinion sur cette question d'une manière catégorique; en attendant, je ne néglige point de recueillir les matériaux propres à tirer d'un traité avec ce pays tous les avantages possibles en faveur de notre commerce et des Français qui l'habitent.

DOCUMENTO G.

TÍTULO DE PROPIEDAD DE LA CASA COMPRADA POR SAN MARTÍN EN GRAND-BOURG. —
Paris, Archivo de la ex Notaria Huillier.

Vente par M. et Mme. Berlier à M. de Saint Martin d'une maison à Grandbourg moyennant 13.500 francs.

Par-devant Mes. Huillier et Jonquoy, Notaires à Paris soussignés.

Ont comparu:

M. le chevalier François Berlier, ancien officier supérieur au corps royal du Génie, officier de l'Ordre Royal de la Légion d'Honneur et Chevalier de St.-Louis, et Dame Hedwig Charlotte de Frantz Derlinwein, son épouse, qu'il autorise à l'effet de présenter, demeurant ensemble à Paris, rue de Bondy, n° 50.

Lesquels ont, par ces présents, vendu avec garantie solidaire entr'eux de tous troubles, dons douaires, dettes, évictions, aliénations, enchères, surenchères et autres empêchements généralement quelconques.

A M. Joseph De St. Martin, Capitaine Général de la République du Chili, fondateur de la liberté du Pérou, Général des Provinces Unies du Rio de la Plata, Grand Cordon de la Légion du Mérite du Chili, demeurant à Paris, rue Neuve-St.-Georges, n° 1, de présent se trouvant dans la maison vendue et ce acceptant.

Désignation.

Une petite maison située à Grandbourg, près Ris, commune d'Evry-sur-Seine et et par extension sur celle de Ris, arrondissement du bureau des hypothèques de Corbeil (Seine-et-Oise), ayant son entrée par une porte cochère et consistant en un corps de logis composé au rez-de-chaussée d'une cuisine, salle à manger et salle de compagnie; au premier étage cinq pièces et un cabinet et au second étage trois petites pièces lambrissées non compris le grenier et une chambre de domestique, caves sous une partie des bâtiments, remise à côté de la cuisine, logement de jardinier en aile duquel se trouvent de petits bâtiments servant de bûcher près le cabinet d'aisances, tous lesdits bâtiments couverts en ardoises, cour dans laquelle est un puits, mur d'appui surmonté de barreaux de bois et de trois pilastres en maçonnerie avec grille d'entrée à côté, à droite en entrant un petit bâtiment détaché couvert en ardoises et servant de chapelle.

Plus un jardin faisant hache à côté et derrière les bâtiments dont il est ci-dessus question et fermé ainsi que la cour et les autres bâtiments de murs de clôture, le tout contenant ensemble soixante-huit ares trente-trois centiares ou environ de terrain tenant par-devant à la rue de Grandbourg, par derrière au Sr. Paternot et à la petite portion de terrain ci-après désignée servant de basse-cour et à des vignes, d'orient à l'avenue qui va de la rue de Grandbourg à la maison du lieu et du couchant à la ruelle qui descend de ladite rue à la rivière de la Seine.

Hors l'enclos: 1° du côté du nord, un petit terrain servant de basse-cour contenant environ quatre ou cinq ares, tenant du midi et du couchant aux murs du jardin;

2° Une pièce de terre de la constance d'environ vingt-neuf ares six centiares, située au clos appelé Mallomoureux, près Grandbourg, commune de Ris, tenant de devant au chemin et des autres côtes au Sr. Gautier, étant expliqué que cette pièce était originairement de 34 ares dix-sept centiares, mais qu'on en a distrait 5 ares 11 centiares qui ont été donnés en échange contre la pièce ci-après;

3° Une petite pièce de terre de la contenance de 5 ares onze centiares ou 10 perches 6 pieds située aud. Ferrières d'Evry, lieu dit Grandbourg, en face la portion du jardin des vendeurs appelé la Gloriette, tenant du levant à Louis Externat, du couchant au Sr. Gautier, du midi au mur de M. et Mme. Berlier, laquelle petite pièce provient de l'échange ci-après énoncé fait avec M. et Mme. de Chavigné.

Sont exceptés de la présente vente tous les objets mobiliers de quelque nature que ce soit qui garnissent lad. maison.

Ainsi au surplus que lad. maison et toutes ses dépendances se poursuivent et comportent sans aucune exception ni réserve comme aussi sans aucune garantie des mesures ci-dessus fixées dont le plus ou le moins tournera au profit ou à la perte de l'acquéreur qui déclare connaître parfaitement lesdits biens pour les avoir vus et visités.

Etablissement du droit de Propriété.

M. Berlier est propriétaire des biens par lui présentement vendus, à l'exception des 5 ares 11 centiares ou 10 perches 6 pieds échangés dont la propriété sera ultérieurement établie, au moyen de l'acquisition qu'il en a faite pendant son mariage avec la dame son épouse sus-nommée, de M. Gabriel François De Mousin de Bernecourt baron de Bernecourt, lieutenant général des armées du Roi, Commandeur de l'ordre royal et militaire de St.-Louis, demeurant à Paris, rue de Montmorency, n° 1er., suivant contrat passé devant Me. Duchesne qui en a gardé la minute et l'un de ses collègues, notaire à Paris, le 17 juin 1820.

Cette acquisition a eu lieu moyennant la somme principale de six mille francs sur laquelle il a été payé comptant celle de mille francs aux termes du contrat même qui en contient quittance.

A l'égard des cinq mille francs restant qui avaient été stipulés payables sans intérêt le quinze octobre mil-huit cent vingt, M. Berlier s'en est libéré intégralement ainsi qu'il le déclare et qu'il s'oblige d'en justifier à l'acquéreur sous deux mois de ce jour.

Mention.

Cette libération résulte d'une quittance reçue par Me. Lecomte et son collègue, notaires à Paris, le 15 janvier 1835, enregistrée.

M. Berlier a fait transcrire son contrat d'acquisition au bureau des hypothèques de Corbeil le 8 août 1820, vol. 24, n° 242, et le même jour inscription d'office fut faite contre lui au profit de son vendeur, vol. 67 n° 320.

Il ne s'est trouvé, ainsi que le constate un état délivré par M. le Conservateur des hypothèques de Corbeil, le 4 septembre 1820, à la transcription de ce contrat et pendant la quinzaine qui l'a suivie aucune autre inscription que celle d'office sus-énoncée, laquelle a dû être rayée depuis par suite du paiement du prix de la vente.

Quant aux formalités de purge légale, M. Berlier n'a pas jugé à propos de les faire remplir sur son acquisition.

Lad. propriété appartenant à M. le baron de Bernecourt comme l'ayant acquise du Mandataire spécial de Mlle. Charlotte-Louise Rameau, veuve de M. Joseph-Benoist Suvée, suivant contrat passé devant Me. Duchesne, notaire à Paris, le 23 décembre 1808, moyennant la somme principale de 6.000 francs dont M. le baron de Bernecourt s'est libéré entre les mains du mandataire de lad. dame Suvée par quittance passée devant le même notaire, le 17 avril 1809, enregistrée.

Ce contrat a été transcrit au bureau des hypothèques de Corbeil, le 12 janvier 1809 sous le n° 1827 sans qu'il se soit trouvé à cette transcription ni pendant la quinzaine qui l'a suivie aucune inscription contre lad. dame Suvée et ses auteurs ainsi que cela résulte de deux certificats délivrés par M. le Conservateur des hypothèques de Corbeil les 12 janvier et 13 février 1809.

Mme. Suvée était propriétaire desdits immeubles tant au moyen de l'acquisition qu'elle en avait faite avec le feu sieur son mari pour la nue-propriété seulement de M. Jean Rameau, père de cette dame, par contrat passé devant Me. Quatremère et son collègue, notaires à Paris, le 3 Ventôse an 7, enregistré et transcrit au bureau des hypothèques de Corbeil le 3 Germinal an 10, aux termes duquel acte M. Rameau père s'était réservé l'usufruit desd. biens pendant sa vie et jusqu'à son décès qui est arrivé le 21 fructidor an 13, époque à laquelle lesd. M. et De. Suvée ont réuni cet usufruit à leur nue-propriété.

Qu'au moyen de l'abandonnement qui lui en a été fait et encore comme ladite dame en ayant exercé la reprise en nature par suite des compensations, soultes et indemnités qu'elle avait le droit d'exercer sur la succession de son mari suivant un acte sous signature privée en date à Paris du 10 février 1808 et contenant liquidation et partage des biens de la communauté d'entre lesd. M. et De. Suvée entre le mandataire de lad. De. Suvée et le mandataire de Mlle Anne Suvée qui était héritière pour moitié dud. feu Sr. Suvée, son frère, et de De. Anne-Marie Suvée, épouse du Sr. Emmanuel Decock, héritière pour l'autre moitié dud. Sr. Suvée, son

oncle, par représentation du Sr. Jacques, Henry Suvée, son père, qualités constatées plus bas. Il est observé que ledit acte sousseing privé a été enregistré à Paris par Hennequin le 19 mars 1808 et déposé pour minute à Me. Lemaître, notaire à Paris, par acte passé devant lui le 16 mai suivant et contentant aussi ratification par le mandataire de lad. De. Suvée dud. acte de partage et approbation de tout son contenu.

M. Rameau était propriétaire desd. biens comme les ayant acquis de De. Marie-Catherine-Jeanne Parinot, veuve de M. Toussaint Bernard, suivant contrat reçu par led. Me. Quatremère le 28 août 1780, sur lequel contrat il a été obtenu des lettres de ratification qui ont été scellées sans opposition et Made. Bernard en était elle-même propriétaire de la manière expliquée au contrat d'acquisition de M. le baron de Bernecourt auquel il en est référé. Les qualités des Dlle. Suvée et De. Decock résultent de l'intitulé de l'inventaire fait après le décès du Sr. Suvée, leur frère et oncle, par Me. Lemaître, notaire à Paris, le 6 octobre 1807 et jours suivants.

Etablissement du droit de propriété des dix perches de terrain échangés.

M. Berlier est propriétaire des 5 ares 11 centiares (ou 10 perches 6 pieds) dont il est ci-dessus question, comme lui ayant été donnés en contr'échange d'une autre pièce de terre par M. Marie Adrien Davy de Chavigné, propriétaire, et De. Aglaé-Marie-Louise De. David Dehastour, son épouse, de lui autorisée, demeurant ensemble à Grandbourg suivant contrart reçu par Me. Desforges, notaire à Corbeil, le 13 avril 1822, enregistré.

Ils appartenaient à M. et Mme. de Chavigné au moyen de l'abandon qui leur en a été fait avec autres biens par M. Marc Babin, horloger, et De. Françoise Orenaudin, son épouse, demeurant à Corbeil, en échange d'autres biens par acte passé devant ledit Me. Desforges et Me. Jozon son collègue le 25 mai 1821, enregistré, transcrit au bureau des hypothèques de Corbeil en ce qui concernait les biens abandonnés à M. et Mme. de Chavigné le 6 août suivant, volume 223, n° 1004.

Cet échange a été fait sans soulte ni retour.

M. et Mme. Babin en étaient propriétaires au moyen de l'acquisition qu'ils en avaient faite avec autres biens de Laurent-François Couturier, vigneron, et de dame Françoise Victoire Babin son épouse, par contrat passé devant Me. Jozon, notaire à Corbeil, le 19 mai 1821, enregistré contenant quittance du prix y porté.

Les Sr. et De. Couturier en étaient propriétaires comme les ayant acquis avec autres biens de M. Charles-Bonaventure Delage, entrepreneur de bâtiments, et dame Marie-Jeanne Chaudet, son épouse, par contrat passé devant led. Me. Jozon, le 10 avril 1817, enregistré et transcrit le 13 mai suivant, vol. 176, n° 6001, à la charge autre celle d'office de trois inscriptions qui depuis ont été rayées.

Cette vente a été faite moyennant quatorze cents francs qui ont été payés par deux quittances reçues par le même notaire les 12 juillet même année et 7 mai 1818, mais par cette dernière quittance il a été consenti par M. et Mme. Delage une subrogation jusqu'à concurrence de huit cents francs en faveur de M. Pierre Laubrier et Louise-Catherine Guillemard, sa femme, prêteurs d'une partie des fonds qui ont servi aux Sr. et De. Couturier à faire ce remboursement et qui ont été remboursés depuis ainsi que les vendeurs le déclarent.

M. et Mme. Delage en étaient eux-mêmes propriétaires du chef de M. Delage au moyen de la donation entre vifs que lui en a faite avec autres biens Mme. Marie-Anne Langlois, Vve. Delage, sa belle-mère, suivant contrat passé devant Me. Baudoin, notaire à Corbeil, le 17 octobre 1810 enregistré aux charges y portées et notamment moyennant deux cents livres de rente viagère éteinte par le décès de lad. dame Delage.

Cette dame en était propriétaire comme faisant partie d'autres biens par elle acquis depuis la dissolution de la communauté d'entre elle et son défunt mari, de Jean-Baptiste Duvivier et Marie-Geneviève Chéron, sa femme, par contrat passé devant Me. Baron qui en a gardé minute et son collègue, notaire à Paris, le 5 janvier 1772, et de Marie-Jeanne Duvivier, Marie Madeleine Duvivier et Marie-Anne Duvivier par deux contrats passés l'un devant Me. Fourcault, notaire à Paris, le 26 mars 1776 et l'autre devant Me. Delurgey, aussi notaire à Paris, le 18 mai 1785. La pièce donnée en échange par lesd. Sr. et De. Berlier faisait partie de celle située au clos des Mallomoureux, indiquée au n° 2 et dont la propriété se trouve établie ci-dessus.

Entrée en jouissance.

Pour par M. De St. Martin faire et disposer des biens à lui présentement vendus comme de chose lui appartenant à partir de ce jour et entrer en jouissance à partir du 15 mai prochain.

Charges et conditions.

La présente vente est faite aux charges et conditions suivantes que M. De St. Martin s'oblige à exécuter en tout leur contenu, savoir:

1^o De prendre lesd. biens dans l'état où ils se trouvent actuellement sans pouvoir exiger de ses vendeurs aucune indemnité pour raison des réparations qui seraient à faire aux bâtiments;

2^o De supporter toutes les servitudes apparentes ou occultes dont lesdits immeubles peuvent être grevés, sauf à profiter de celles actives s'il en existe le tout à ses risques et périls et sans que la présente clause puisse donner à qui que ce soit plus de droits qu'il n'en résulterait de titre valable et non prescrit;

3^o D'acquiescer les impositions de quelque nature que ce soit qui peuvent ou pourront être mises par la suite à la charge de ces mêmes biens, à partir du 1^o avril présent mois.

4^o Enfin de payer les frais et honoraires des présentes.

Prix.

Enfin cette vente est faite moyennant la somme principale de treize mille cent francs, que M. et Mme. Berlier reconnaissent avoir présentement reçu de M. De St. Martin en espèces et valeurs du cours de ce jour réellement comptées et délivrées à la vue des notaires soussignés.

Dont quittance entière et définitive.

Dessaisissement.

Sous la foi de l'entière exécution des clauses et conditions ci-dessus M. et Mme. Berlier se dessaisissent en faveur de M. De St. Martin de tous leurs droits de propriété sur les biens présentement vendus.

Transcription et purge légale.

M. De St. Martin fera transcrire une expédition des présentes au bureau des hypothèques de Corbeil et remplira si bon lui semble les formalités prescrites par la loi pour purger l'immeuble par lui acquis des hypothèques légales qui pourraient le grever, et si lors ou pendant l'accomplissement de ces formalités il y a ou survient des inscriptions du chef des Vendeurs ou de leurs auteurs, M. et Mme. Berlier s'obligent solidairement à en rapporter mainlevée et certificats de radiation dans les quarante jours qui suivront la dénonciation qui leur en aura été faite au domicile par eux ci-après élu en outre à garantir l'acquéreur de tous frais extraordinaires de transcription et de purge légale.

Etat civil des Vendeurs.

M. et Mme. Berlier déclarent:

Que lesdits biens ne sont grevés que de la seule hypothèque légale de Mme. Berlier, laquelle est sans objet attendu l'obligation solidaire contractée par elle avec son mari de garantir l'acquéreur de toute espèce de trouble.

Que M. Berlier a été marié en premières noces à De. Elisabeth de Raper.

Que cette dame n'a pas eu d'autre héritier que M. Jean-Charles-Michel Berlier, chef d'escadron du corps Royal d'état-major, chevalier... ordres, demeurant à Paris, rue de Bondy, n^o 50.

Son fils actuellement majeur, ci-après intervenant, lequel a été sous la tutelle de M. Berlier, son père.

Que M. Berlier fils n'a aucun droit d'hypothèque légale à exercer sur les biens présentement vendus, ainsi qu'il va d'ailleurs le reconnaître ci-après.

Que du reste les vendeurs n'ont été chargés d'aucune autre tutelle, qu'ils n'ont jamais été curateurs d'interdits ni comptables de deniers publics.

Intervention de M. Berlier fils.

A ces présentes est intervenu :

M. Berlier fils, ci-dessus qualifié et domicilié.

Lequel a déclaré n'avoir aucune espèce de droit d'hypothèque légale à exercer sur la maison sus-désignée et toutes ses dépendances.

Remise de titres.

M. le général St. Martin reconnaît que les vendeurs lui ont remis présentement :

1^o Expédition transcrite de la vente faite à M. Berlier par M. le Baron de Bernecourt ainsi que la pièce de transcription ;

2^o Expédition transcrite de la vente faite à M. le Baron de Bernecourt par le mandataire de Mme. Vve. Suvée ainsi que la pièce de transcription ;

3^o Expédition transcrite de la vente faite aux Sr. et De. Suvée par M. Rameau ;

4^o Extrait de l'inventaire fait après le décès de M. Suvée en suite duquel se trouve un extrait de l'acte de partage de la succession dudit Sr. Suvée contenant abandonnement à Mme. Suvée de la maison présentement vendue ;

5^o Expédition de la vente faite à M. Rameau par Mme. Bernard ;

6^o Expédition de celle faite à Mme. Vve. Bernard ;

7^o Extraits des deux échanges ;

8^o L'expédition d'un acte reçu par Me. Popelin, notaire à Corbeil, le 7 juin 1767 et relatif à la propriété d'un mur faisant partie de la maison présentement vendue ;

9^o Enfin une liasse de notes, cotes de contributions et autres pièces concernant lad. maison.

Quant à la quittance du prix de leur acquisition, M. et Mme. Berlier s'obligent solidairement à la remettre à M. de St. Martin dans un délai de deux mois de ce jour avec le certificat de radiation de l'inscription d'office.

Election de Domicile.

Et pour l'exécution des présentes les parties font élection de domicile, savoir : les vendeurs en leur demeure à Paris sus-indiquée et M. De St. Martin dans la maison vendue.

Dont acte.

Fait et passé à Paris pour M. Berlier fils en sa demeure et à Evry-sur-Seine en la maison vendue pour les autres parties.

L'an 1834, les 25 et 26 avril.

Et après lecture faite, les parties ont signé avec les notaires.

DOCUMENTO H.

TESTAMENTO DEL MARQUÉS DE LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR, DON ALEJANDRO AGUADO, EN QUE SE DESIGNA A SAN MARTÍN COMO UNO DE SUS ALBACEAS. — *París, Archivo de la ex Notaría Huillier* (1).

Dépôt judiciaire du testament de M. le Marquis de Las Marismas.

Voici mon testament écrit de ma main en français dont la copie se trouve en Espagnol dans mon portefeuille.

J'ai donc et lègue, la totalité de mes biens et de toute ma fortune, présente et future, et tous mes droits, à mes trois fils, Alexandre, Olimpe et Onésipe par portions égales, de tout ce qui restera libre en ma fortune, après avoir remplis les donations et lègues suivantes:

Désirant donner, à ma femme Da. Ma. del Carmen Moreno, une dernière preuve de mon affection, je la lègue et donne une rente viagère de soixantedouze mille francs par an, qu'on la payera par trimestres échus. Plus une somme de deux cents cinquante mille francs, la moitié en argent effectif et l'autre moitié, en argenterie, linges, meubles, voitures, tableaux, etc., etc., etc... aux prix et estimation elle aura le choix sur tout ce que je possède. Cette rente viagère de soixante douze mille francs que je lègue à ma femme témoignage de ma générosité, on trouvera d'une manière certaine, et à la complète satisfaction de ma femme, je recommande à mes exécuteurs testamentaires tous leurs soins à cet égard, ce qui se exécutera avec ma fortune en France. Les bijoux que ma femme possède et le mobilier de sa chambre à coucher et cabinet de toilette lui appartiendront en toute propriété.

A chacun de mes fils, ont le retranchera de sa part, ce que je dempansé avec eux, depuis sa premier sorti de la maison, ce qui se trouve dans le compte qui les est ouvert dans mes livres.

Mes propriétés, seront réparti entre mes trois fils au sort; on donnera à chaque propriété le valeur qui me coûte, ce qui est constaté dans mes registres.

Mes domestiques et employé de toute espèce et sexe, que le jour de ma mort seront à mon service, et qui me auront servi plus de vingt ans, sans interruption je les lègue une rente viagère égal aux appointements qu'ils avaient le jour de ma mort, ces rentes seront garantie de manière toute spéciale, et certaine à l'abri de tout événement.

A mon valet de chambre Josef, je le lègue une somme de quinze mille francs et tous mes linges de corps et de couleur, à Anète sa femme, je le lègue dix mille frs. ces deux legues seront réversibles dans le cas de mort l'un sur l'autre.

Je lègue à Adrien six mille francs et à Victoire sa femme, je la lègue six mille francs autres frs. réversible l'un sur l'autre.

A M. Raveneau, je le lègue trente mille francs.

A M. Joigny, je le lègue vingt mille frs.

A M. Coquet, je le lègue huit mille frs.

Tous ces donations sont, en outre des droits de chacun à la rente viagère, de que je fait mention plus haut.

J'ai lègue à Mr. Louis Alfrede Fijan né à Paris, le 30 de juillet 1836, fils de Melle. Alexandrine Fijan, une somme de deux cent cinquante mille francs, laquelle somme mes exécuteurs testamentaires l'imposeront sur des immeubles de double valeur, avec tous les sûreté insusifables, pourque à sa majorité, la rente de deux cent cinquante mille francs sera remis à sa mère, pour pouvoir à son éducation et entretien; elle ne sera pas obligé de rendre compte à son fils, et le fils à sa majorité sera obligé de faire une rente viagère de deux mille quatre cents francs à sa mère, avec tous les

(1) Tratándose de un documento testamentario, no está en nuestras facultades el rectificar los errores ortográficos que contiene. Lo publicamos, pues, tal cual ha salido de la pluma del Marqués Aguado, respetando su redacción y sus faltas gramaticales. Tenemos en nuestro poder igualmente la copia fotográfica del texto español; pero tratándose de una disposición testamentaria ejecutada en Francia, hemos preferido el primero, al segundo texto. Es éste, por otra parte, el que hizo fe ante los tribunales.

suretés et garantis possibles, ce qui devra se faire avant de remettre à M. Louis Alfred Fijan, à sa majorité, les deux cent cinquante mille francs, si par malheur M. Louis Alfred Fijan meurt avant sa majorité, sa mère continuera à toucher la moitié de ce qui produira les deux cent cinquante mille francs et l'autre moitié appartiendra à mes trois fils, à la mort de Mlle. Alexandrine Fijan, la rente que celle-ci touche, appartiendra à mes trois fils.

Tous ces donations seront exantes du droit de donation.

Tous ces donations seront sans effet si à ma mort les personnes en faveur desquelles sont faites (exceptées celles qui sont reversibles) sont mortes.

Désireux de laisser à mes exécuteurs testamentaires un souvenir, je les lègue tous les bijoux que je ne pour mon usage, plus une somme de trente mille frs.

Je nomme pour mes exécuteurs testamentaires, au Général d. Josef de St. Martin Cape. Général au Chili, à Mr. Pelchet, mon architecte, et à Mr. Hector Couvert, mon fondé de pouvoir, je les prie d'accepter cette mission.

Je nomme pour tuteurs et cointuteurs de mes enfants mineurs, ma femme de. Me. del Carmen Moreno, plus mes trois exécuteurs testamentaires, Gl. St. Martin, M. Pelchet, et M. Couvert, dans le cas de mort de quel'un de ces Messieurs, ils seront remplacés en premier lieu par M. Huillier mon notaire et en seconde lieu, par M. le Chanoine M. Lanza.

Je nomme pour surveillant de ma testamentaire à M. Debeilleme, Président du tribunal de 1^{re} instance. Je accorde au surveillant un traitement de quatre mille frs. de même que aux tuteurs chacun comme faible indemnisation du temps qu'il emploiera à cette nature.

Dans le cas de mort des exécuteurs testamentaires, et de les personnes que je indique, les restants nommeront un tuteur, afin que le nombre de quatre tuteurs sont toujours présents.

Le testament que je fait par devant M. Huillier pour mes biens d'Espagne, reste en force et vigueur, tous les autres sont annulés.

Paris primero de Novembre dix-huit cents quarante uno.

Bon pour testament.

(Signé) Mis. DE LAS MARISMAS.

DOCUMENTO I.

PARTE DIRIGIDO POR EL COMANDANTE TRÉHOUART A BORDO DE L'AFRICAIN, AL ALMIRANTE LAINÉ, SOBRE EL COMBATE DE OBLIGADO. — *Paris, Archivo de la Marina, B. B.4, 623.*

Montevideo, 1^{er}. décembre 1845.

Amiral,

Dans mon rapport du 6 de ce mois, j'ai eu l'honneur de vous rendre compte de la réunion sur la rade du Guazu des bâtiments de votre escadre que vous avez bien voulu placer sous mes ordres. Je vous informais que j'y avais trouvé M. le capitaine Hotham, commandant le *Gorgon* et la division anglaise destinée à agir de concert avec nous dans le Parana.

Le 8 au matin tous les bâtiments des deux divisions moins le *Fulton* ayant rallié, nous entrâmes dans le Parana; favorisés par une brise fraîche, nous atteignîmes le soir la Vultas de las Botijas.

Ainsi que vous le savez sans doute, Amiral, la division anglaise est composée des frégates à vapeur le *Gorgon* et le *Firebrand*, capitaines Hotham et Hope, de la corvette le *Comus*, commandeur Inglefield, du *Philomèle*, commandant Sullivan, du *Dolphin*, lieutenant Leringe et du brick carbonnier *Fanny*, lieutenant Key, ce bâtiment est armé d'une pièce de 32 à pivots.

Le 9, le vent contraire nous força de rester au mouillage; le 10, je recevais la proposition que me fit M. Hotham et, malgré la force du vent, les bâtiments des deux divisions furent remorqués à environ 4 lieues plus haut. Là nous trouvâmes une place assez spacieuse pour pouvoir y exercer nos équipages aux manœuvres d'infanterie et nous résolûmes d'y rester le temps qui serait nécessaire pour obtenir de nos matelots l'ordre et l'ensemble que doivent avoir des troupes qui peuvent se trouver

exposées aux charges d'une nombreuse cavalerie. Les compagnies de débarquement des cinq bâtiments français formaient un carré de 22 hommes de front sur 2 hommes de profondeur et il était défendu par trois obusiers de montagne; le chiffre des marins le composant s'élevait à 200 hommes.

Le 15, je fus rallié par le *Fulton*, et le 16 nous fîmes route de nouveau, remorqués par les bâtiments à vapeur. Le 18, les deux divisions mouillèrent à une mille du rîcon d'Obligado; nous avions été informés que le général Rosas réunissait depuis trois mois sur ce point tous les moyens de défense que possédait la République Argentine, afin de s'opposer à notre passage. Le plan que j'ai l'honneur de vous adresser ci-joint vous fera connaître, Amiral, que ces moyens de défense ont été savamment appropriés aux localités, ils consistent: 1^o En 4 batteries formées de 5 à 6 pièces des calibres de 32, 24, 18 et 12, dix de ces canons sont en bronze et le reste en fer; les batteries nos. 1 et 4 éloignées l'une de l'autre d'environ 400 mètres sont élevées d'une quinzaine de mètres au-dessus du niveau de la mer, la troisième est placée tout à fait sur le bord du rivage et la seconde n'a que quelques mètres d'élévation; 2^o D'une estacade traversant le fleuve à la hauteur de la 4^e. batterie, cette estacade est formée par vingt-quatre bâtiments de commerce tous mouillés dans le sens du courant et liés ensemble par quatre chaînes dont les extrémités sont fortement fixées à chaque côté de la rive, le fleuve dans cet endroit peut avoir 600 à 800 mètres de large; 3^o De dix chaloupes brûlots amarrées sur les bâtiments, formant la chaîne; 4^o Du brick goélette *Republicano* embossé à quelques mètres de l'extrémité Nord de l'estacade. D'après les renseignements les plus exacts qu'il m'a été possible de me procurer, 4.000 hommes de troupes argentines de toutes armes, commandées par le général Morinella, défendent cette position.

Pendant la nuit du 18, messieurs les capitaines Sullivan et Mazères furent chargés d'aller sonder en face des batteries et de les reconnaître avec autant d'exactitude que l'obscurité le leur permettrait; ils trouvèrent bon mouillage partout et observèrent 3.000 milles de courant.

Dans la journée du 19, après avoir pris avec mon collègue connaissance des localités, nous arrêtâmes notre plan d'attaque et il fut convenu qu'elle aurait lieu le lendemain, à sept heures, si le temps le permettait.

Le 20, une brume très épaisse nous empêcha de commencer le mouvement à l'heure convenue. Mais à 8 heures et demie le temps s'étant éclairci et une jolie brise du Sud nous favorisant, l'*Expéditive*, le *Procida*, le *Philomèle* et le *Fanny* formant la 1^{re}. division reçurent l'ordre d'appareiller et d'aller occuper à 700 mètres des batteries, une position assez rapprochée de la rive droite où il leur fût possible, en se servant des canons placés sur l'avant des bâtiments, de canonner l'ennemi en écharpe.

Lorsque ces bâtiments bien ralliés eurent parcouru la moitié de la distance qui les séparait de leur poste de combat, une 2^e. division composée du *San Martín*, du *Comus*, du *Pandour* et du *Dolphin* fit voile à son tour et se dirigea de manière à aller se placer à 700 mètres par le travers des batteries. Le *San Martín*, bâtiment de tête, devait se trouver à petite distance des navires formant l'estacade et, tout en combattant par le travers, il devait se servir des canons placés sous son gaillard d'avant, pour répondre au feu du brick goélette argentin *Republicano* qui, armée de six canons de gros calibre, prenait la deuxième division en enfilade.

A 9 h. 50, le feu de l'ennemi commença sur les bâtiments de la première division qui ouvraient aussitôt le leur, les brûlots furent lancés, mais emportés par le courant dans de différentes directions, ils laissèrent entre eux des espaces assez grands pour qu'il fût possible aux bâtiments de passer au travers de la ligne qu'ils formaient, sans éprouver le moindre dommage.

La commotion produite dans l'atmosphère par la détonation d'environ 40 pièces de canon, occasionna immédiatement une diminution notable dans la brise et il devint extrêmement difficile aux bâtiments de la deuxième division de refouler le courant et d'arriver à leur poste. Je parvins cependant à y placer le *San Martín* à 10 heures et je fis commencer le feu des 4 canons obusiers de 30 placés à demi-encablure derrière le *San Martín*, étant maîtrisé par la force du courant, fut obligé de mouiller à 2 ou 3 encablures de son poste; le *Dolphin*, ne pouvant atteindre celui qui lui était assigné, fut obligé de laisser tomber l'ancre dans une position intermédiaire aux deux divisions et dans laquelle il fut très maltraité; le *Pandour*, également contrarié, ne parvint à me rallier que vers 10 h. ½. Dans cette position exposé presque seule au feu direct des batteries d'un ennemi désireux d'écraser un bâtiment qui peu de temps auparavant portait le pavillon du commodore Brown, vous comprendrez facilement, Amiral, que le *San Martín* eut beaucoup à souffrir, aussi fut-il enveloppé aussitôt par une grêle de projectiles de toutes espèces, parmi lesquels nous avons remarqué bon nombre d'obus et de fusées à la Congrève; dans peu d'instant il fut désemparé

et une notable partie de son équipage fut mise hors de combat. MM. Hello et Michaud, mes deux seuls officiers, le maître canonier Dumetz furent presque en même temps gravement blessés. A 10 h. $\frac{1}{2}$ l'arrivée du *Pandour*, sur lequel plusieurs pièces ennemies furent dirigées, nous donna un peu de répit. Je profitai de cette diversion pour faire remplacer par des pièces prises à tribord, deux obusiers dont les affûts venaient d'être brisés, en ce moment les deux bateaux à vapeur arrivaient à leurs postes de combat en prenant une position à environ 1.000 mètres des batteries; à 11 heures, trouvant que les bâtiments français de la première et de la troisième divisions, quoique aux postes qui leur avaient été assignés, n'étaient pas placés de manière à combattre avec avantage, je fis hisser le pavillon de ralliement et l'ordre de serrer l'ennemi au feu; la faiblesse de la brise et la force d'un courant ne leur permit point d'effectuer ce mouvement avec célérité et il était midi lorsque l'*Expéditive* et la *Procida* purent mouiller à petite distance du *San Martín*. Déjà le *Fulton* occupait le nouveau poste que je lui avais assigné et ses obus bien dirigés produisirent un grand désordre dans les batteries ennemies dont le feu avait déjà sensiblement diminué.

A midi 15 minutes, la chaîne du *San Martín* fut coupée sur la bitte par un boulet et le brick commença à dériver. Je me fis rendre un compte exact de l'état du personnel. Sur 100 hommes qui composaient l'équipage du bâtiment, 12 avaient été tués et 14 étaient gravement atteints, plusieurs autres, quoique toujours à leurs postes, l'étaient cependant assez pour ne pas pouvoir les conserver longtemps.

Plus de 120 boulets étaient entrés dans la coque, le grément et la mâture étaient hachés et le grand mât percé de 11 boulets menaçait de tomber à chaque instant. Dans cette position je crus devoir me retirer provisoirement du feu, afin de donner à mon brave équipage un peu de repos et la possibilité de réparer le désordre dans lequel le brick venait d'être mis, après avoir salué les équipages des bâtiments près desquels nous dérivions des cris de «Vive le Roi!» et avoir recommandé aux capitaines de continuer à faire leur devoir, je laissai tomber l'ancre à peu de distance du *Gorgon*, et j'envoyai un élève prévenir M. Hotham des motifs qui me forçaient à quitter le feu momentanément. Peu de temps après je me rendis à son bord à fin de m'entendre avec lui sur ce qui nous restait à faire. Il m'informa qu'il venait de donner des ordres au capitaine Hope du *Firebrand* d'aller couper la chaîne de l'estacade et que son intention, ainsi que nous en étions convenus la veille, était d'aller prendre plus haut que cette estacade, avec les bâtiments à vapeur, une position qui leur permettrait de croiser leur feu avec le nôtre. En le quittant, je me rendis à bord du *Pandour* qui venait d'avoir sa chaîne coupée et s'était échoué. Je donnai l'ordre au capitaine Duparc de se hâter d'affluer son bâtiment afin de suivre l'*Expéditive* à bord de laquelle j'allais me rendre, mon intention étant de placer les bâtiments français à portée des pistolets des batteries. Je donnai aussi l'ordre à la *Procida* de me suivre et aussitôt nous couvrîmes le bâtiment de voiles afin d'accélérer ce mouvement qui, à mon avis, devait terminer une lutte qui durait déjà depuis plusieurs heures. Malheureusement la brise était presque totalement tombée et ce fut avec une extrême lenteur que je parvins à échouer le *Pandour* et l'*Expéditive* à portée des pistolets du rivage. Ce que j'avais prévu arriva, cette manœuvre décisive acheva de démoraliser les ennemis, parmi lesquels les obus des bâtiments à vapeur causeraient un grand ravage; à 5 heures les batteries étaient totalement évacuées et M. le capitaine Hotham fit mettre à terre ses compagnies de débarquement. En arrivant à la 1^{re} batterie, elles essayèrent le feu des troupes embusquées dans le bois qui l'entoure. Cet engagement, dans lequel les Anglais perdirent 2 hommes, ne dura que quelques instants et bientôt l'ennemi attaqué par les *marines* se dispersa et ne reparut plus. Un quart d'heure après ce débarquement, j'arrivai à terre avec les compagnies des 11 bâtiments que j'avais à ma disposition; ainsi que nous en étions convenus, je plaçai mes hommes à la droite des Anglais afin de protéger la destruction des trois premières batteries dont le commandeur Sullivan avait été spécialement chargé; à la nuit les affûts des trois premières batteries étaient brisés, les canons encloués, les tourillons cassés, la poudre et les projectiles jetés à la mer. Afin d'éviter la confusion d'un réembarquement de nuit, nous décidâmes M. Hotham et moi que la destruction de la 11^e batterie serait remise au lendemain. Dans la journée du 21, les compagnies de débarquement des deux divisions furent remises à terre; les canons de la 4^e batterie furent encloués et jetés à la mer, leurs affûts ainsi que ceux brisés de la veille furent brûlés et 10 pièces en bronze embarquées à bord des bâtiments. Ces canons sont déposés à bord de la *Fanny*, et seront envoyés aux amiraux aussitôt que ce bâtiment ralliera Montevideo.

La justesse du tir des pièces de l'ennemi m'avait fait supposer qu'elles étaient

servies par un grand nombre d'Européens, les rapports de plusieurs déserteurs m'ont fait connaître que mes prévisions étaient fondées et que les Anglais étaient en grand nombre parmi les défenseurs de la République Argentine. Aujourd'hui les bâtiments réparent leurs nombreuses avaries, l'*Expéditive* et la *Pandour* travaillent à se déséchouer. J'ai trouvé sur un des bâtiments de l'Estacade des mâts propres à remplacer ceux du *San Martín* qui sont totalement hors de service; je m'occupe avec activité de ce travail et j'espère que dans quelques jours le *San Martín* sera prêt à faire voiles de nouveau.

J'ai l'honneur de vous expédier par la *Procida* plusieurs pavillons argentins sur les batteries et les navires formant l'estacade. Après vous avoir rendu un compte exact des opérations de la division que vous avez bien voulu me confier, il est pour moi un devoir et un plaisir, Amiral, d'avoir à vous faire connaître avec quelle intelligence et quel dévouement j'ai été secondé pendant cette sanglante journée par MM. les capitaines des bâtiments de la division, par les Etats-Majors et les équipages placés sous leurs ordres. Tous ont rivalisé de zèle, afin d'arriver à une victoire complète et donner au Roi et au pays une preuve éclatante de leur entier dévouement.

Plusieurs braves ont été tués, d'autres horriblement mutilés. Permettez-moi, Amiral, de les recommander eux et leurs familles à la bienveillante sollicitude du Roi. Je dois aussi donner un juste tribut d'éloges à MM. les chirurgiens des bâtiments qui, sagement dirigés par M. Peise, médecin en chef de votre escadre, ont obtenu dans les nombreuses amputations qu'ils ont eu à faire, les résultats les plus favorables. Je dois aussi mentionner d'une manière toute spéciale l'assistance qui leur a été donnée par M. Niddrie, chirurgien major du *Gorgon*, envoyé à bord du *San Martín* par son capitaine au moment où M. Peise avait un pressant besoin de son aide.

L'accord le plus parfait n'a pas cessé un seul instant de régner entre M. le capitaine Hotham et moi; toutes nos opérations ont été résolues d'avance et exécutées des deux côtés avec franchise et loyauté. J'ai tout lieu d'espérer que cette entente ne cessera point d'exister et que sous ce rapport les intentions de nos Gouvernements seront aussi remplies. Il me reste à vous prier de vouloir bien remercier l'amiral Ingfield de m'avoir donné un collègue aussi capable et aussi digne de toute mon estime.

J'ai l'honneur de vous adresser ci-jointe la liste des morts et des blessés de chaque bâtiment et celle des officiers et marins qui se sont le plus particulièrement distingués à bord du *San Martín* et ont acquis des droits à votre bienveillance.

MM. Hello et Michaud, enseignes de vaisseau, uniques officiers du *San Martín*, ont été gravement blessés en combattant vaillamment à mes côtés. Je sollicite avec la dernière instance le grade de lieutenant de vaisseau pour ces deux jeunes gens dont je n'ai eu qu'à me louer depuis dix-huit mois qu'ils sont sous mes ordres. Je vous recommande aussi d'une manière toute spéciale Dumetz, maître canonnier de 2^{me} classe de la frégate l'*Erigone*, amputé du bras gauche. Je sollicite la décoration pour ce bon et excellent serviteur.

J'ai l'espérance que vous voudrez bien demander la même faveur pour tous les autres amputés de la division.

C'est encore un devoir impérieux pour moi, Amiral, de vous signaler d'une manière toute particulière le zèle et le dévouement de tous vos capitaines qui ont bravement présenté le travers à l'ennemi pendant sept heures consécutives. Vous verrez que l'affaire a été sanglante et que depuis de longues années la marine française n'avait eu à soutenir de combat plus acharné. Je n'hésite donc pas, Amiral, à solliciter avec la plus vive instance le grade de capitaine de corvette pour MM. Duparc, Morin, de la Rivière, de Miniac, de Mazères qui l'ont si vaillamment gagné.

M. Peise, médecin en chef de votre escadre, a rendu des services éminents. Je vous prie de demander pour lui la Croix de la Légion d'Honneur et je sollicite la même faveur pour le premier maître Giraud, les chefs de pièce Théodin et Lequet et le volontaire Pratabuy; le grade d'enseigne pour M. Tailhades, élève de 1^{re} classe qui, ainsi que M. Pratabuy, n'a pas quitté son poste quoique blessé.

J'ai l'honneur de vous adresser les rapports des capitaines et de vous prier de vouloir bien prendre en considération les demandes qu'ils formulent en faveur des officiers, maîtres et matelots placés sous leurs ordres (1).

(1) Este parte llegó a conocimiento del gobierno francés por intermedio del almirante Lainé. Al darle su curso oficial, con fecha 10. de febrero de 1846, el personaje de la referencia escribió el siguiente oficio: «Monsieur le Ministre, j'ai l'honneur de vous transmettre le rapport de M

DOCUMENTO J.

PIEZAS RELACIONADAS CON LA VENTA DE LA CASA QUE POSEÍA SAN MARTÍN EN GRAND-BOURG. — *París, Archivo de la ex Notaría Huillier.* (1).

Procès-verbal d'enchères à la requête du mandataire de M. de San Martín.
L'an 1849, le 4 août.

Par-devant Me. Huillier et son collègue-notaires à Paris, soussignés:

A comparu:

M. Mariano Balcarce, rentier, demeurant à Paris, rue Saint-Georges, 35.

Agissant au nom et comme mandataire de M. Joseph de San Martín, capitaine général de la République du Chili, fondateur de la liberté du Pérou, général des provinces réunies du Rio de la Plata, grand cordon de la légion du mérite du Chili, demeurant à Paris, rue St-Georges, 35, momentanément à Boulogne-sur-Mer, aux termes de la procuration qu'il lui a donnée suivant acte passé devant Me. Loppe et son collègue, notaires à Boulogne-sur-Mer, le 18 juillet dernier, enregistré.

Le breve original de laquelle procuration dûment légalisé est demeuré ci-annexé après avoir été par le comparant certifié véritable et après que dessus mention de l'annexe a été faite par les notaires soussignés.

Lequel a dit que M. de San Martín est dans l'intention de vendre par la ministère de Me. Huillier, l'un des notaires soussignés, sur publications volontaires en la Chambre des notaires seant à l'ancien Châtelet de Paris, une maison de campagne sise à Grand-Bourg, commune d'Evry.

Et il a requis en sad. qualité le dit Me. Huillier d'en annoncer la vente pour le 14 août prochain et d'établir la désignation et l'origine de la propriété de lad. maison de campagne, ainsi que les clauses et conditions de l'adjudication, de la manière suivante:

Désignation.

La maison de campagne présentement mise en vente est située à Grand-Bourg, commune d'Evry, arrondissement de Corbeil (Seine-et Oise).

Cette propriété a son entrée par une grille avec une demi-lune sur la rue principale de Grand-Bourg.

Elle comprend une petite cour d'honneur ornée de fleurs et d'arbustes, un bâtiment principal élevé sur caves, d'un rez-de-chaussée et deux étages.

le capitaine de vaisseau Tréhouart sur la destruction des batteries et du barrage d'Obligado dans le Parana.

Ce fait d'armes, Monsieur le Ministre, peut être hardiment considéré comme un des plus brillants de notre marine (surtout quand on songe à l'espèce de navires et aux faibles moyens que j'ai pu mettre à la disposition de ce brave commandant). Ce succès, comme Votre Excellence doit bien l'imaginer, n'a pas été obtenu sans éprouver des pertes très considérables, mais plutôt que de remettre au Ministre des états incomplets de nos morts et de nos blessés, je laisse partir le bâtiment qui porte cette lettre à Rio-Janeiro et je diffère jusqu'au départ de la *Thalie*, navire de commerce de Saint-Malo, qui nous quitte le 12 courant, pour vous les adresser. J'y joindrai l'état des récompenses que me paraissent avoir méritées les officiers et marins qui ont pris part à cette sanglante attaque, mais je crois de mon devoir de recommander, sans plus tarder, à l'attention particulière de Votre Excellence, le capitaine de vaisseau Tréhouart qui vient d'ajouter un si beau titre à tous ceux qu'il avait déjà acquis, à une distinction qui lui est due, et je dois dire que ce n'est sans doute rien demander à Votre Excellence qu'elle ne soit disposée à accorder, que de réclamer le grade de contre-amiral pour cet officier supérieur.

Je sollicite ce grade, Monsieur le Ministre, avec d'autant plus d'insistance que j'ai la certitude de me trouver, dans cette circonstance, l'interprète des deux marines qui ont admiré le sang-froid, l'intrépidité et l'intelligence avec lesquels le capitaine de vaisseau Tréhouart a conduit cette affaire.

Je suis avec le plus profond respect, Monsieur le Ministre, votre très humble et très obéissant serviteur.

(1) Las piezas que aquí reproducimos de su texto original, contienen los antecedentes de la finca comprada por San Martín en 1834, y además el poder dado por él a Balcarce, en Boulogne-sur-Mer, para venderla. Este poder está datado en aquella ciudad el 18 de julio de 1849, y se encuentra al fin de estos documentos.

Au rez-de-chaussée, salon, salle à manger, salle de bains, office et cuisine, au premier étage cinq chambres à coucher de maître et cinq autres pièces, au second étage, trois chambres à coucher de maître et trois chambres de domestique.

Fruitier, bûcher.

Basse-cour, écurie, remise, maison de jardiniers, serres, orangerie.

Beaux couverts, jardin potager, jardin fruitier garni d'espaliers. Ce jardin est entouré de murs de tous côtés, il est en très grande partie limité par la voie publique.

Cette propriété tient d'un côté à la rue principale de Grand-Bourg, d'un bout à la ruelle conduisant aux communs et à la maison de M. de Chavigné, d'autre bout à un petit chemin conduisant à la Seine sur lequel il existe une porte de sortie et d'autre côté à M. et Mme. Chavigné par des murs mitoyens, sauf la partie derrière les écurie et remise dont les murs appartient en entier à la propriété présentement mise en vente.

En dehors de la propriété se trouve une petite pièce de terre de la contenance de 29 ares six centiares environ qui fera partie de la vente. Elle est située en clos appelé Mallomoureux ou les Comebœufs, près Grand-Bourg, et tient par devant à un chemin et des autres côtés à M. Gautier.

La contenance totale est d'environ un hectare.

Telle que, lad. propriété, sauf la pièce de terre en dehors, est désignée dans un plan qui sera enregistré en même temps et qui est demeuré ci-annexé après avoir été par M. Balcarce certifié véritable et que dessus mention de l'annexe a été faite par les notaires soussignés et telle qu'elle se poursuit et comporte avec toutes ses circonstances et dépendances sans exception ni réserve.

Le vendeur se réserve expressément le fourneau en fonte placé dans la cuisine et tous les objets mobiliers compris dans lad. maison, sauf les pots de fleurs, arbustes et les ustensiles de jardinage dont l'état est demeuré ci-joint après mention qui font partie de la vente.

Il se réserve de plus d'enlever au moment de leur maturité la récolte de patate, de piment et de maïs.

M. de San Martín aura le droit de faire aux enchères dans la quinzaine de l'adjudication et dans la maison le mobilier qui s'y trouve.

Servitudes.

Pour faciliter l'intelligence des servitudes on explique ici que cette propriété provient à M. de San Martín: 1° D'une acquisition principale faite des sieur et dame Berlier; 2° D'une acquisition faite de MM. Gautier; 3° D'un échange fait avec M. et Mme. de Chavigné, dans lequel il leur a cédé presque tout ce qui provenait de MM. Gautier; 4° et enfin d'une acquisition faite de M. Aguado pour la petite pièce de terre de 29 ares 6 centiares.

Par suite de l'échange fait avec M. et Mme. de Chavigné, reçu par Me. Lemenuet, notaire à Corbeil, le 26 avril 1840, il a été convenu:

1° Que les égouts de la maison du jardinier resteraient dans leur état;

2° Que le général de San Martín conserverait sur une cour autrefois commune quatre jours, savoir: un dans les remises, un dans les écuries, le troisième dans le corridor au 3me. étage et le quatrième à la place d'une croisée.

Plus deux soupiraux de cave.

3° Qu'il aurait un tour d'échelle de un mètre de long du mur d'un bâtiment servant d'écurie et de remise.

Ainsi que le tout est expliqué dans le contrat d'échange susénoncé dont l'adjudicataire devra exécuter activement et passivement toutes les stipulations.

PROPRIÉTÉ

§ 1er.

Acquisition Berlier.

M. le Général de San Martín est propriétaire de la maison et de la presque totalité du jardin dépendant de la propriété présentement mise en vente au moyen de l'acquisition qu'il en a faite avec d'autres immeubles cédés en échange à M. et Mme. de Chavigné et vendus à M. Aguado de M. François Berlier ancien officier supérieur au corps royal du génie, officier de la légion d'honneur et chevalier

St-Louis et de Mme. Hedwing Charlotte de Frantz Berlinwein, son épouse, demeurant ensemble à Paris, rue de Bondy, n° 50, suivant contrat passé devant Mes. Huillier et Jonquoy, notaires à Paris, les 25 et 26 avril 1834, enregistré.

Cette acquisition a été faite moyennant outre les charges le prix principal de 13.500 francs payé comptant aux termes dud. contrat qui en contient quittance.

Une expédition de ce contrat a été transcrite au bureau des hypothèques de Corbeil, le 6 mai 1834, vol. 386, n° 23.

A cette transcription et pendant la quinzaine qui l'a suivie il ne s'est trouvé et n'est survenu aucune inscription ainsi que le constate un état négatif délivré par le conservateur aud. bureau le 21 mai 1834.

M. de San Martín a fait remplir sur son acquisition les formalités prescrites par la loi pour la purge des hypothèques légales.

Pendant l'accomplissement de ces formalités il n'est survenu sur led. immeuble aucune inscription d'hypothèque légale ainsi que le constate un certificat du conservateur en date du 16 août 1834.

M. Berlier était propriétaire des biens dont s'agit au moyen de l'acquisition qu'il en avait faite pendant son mariage avec la dame son épouse de M. Gabriel-François de Mousin de Bernecourt, demeurant à Paris, rue de Montmorency, n° 1, suivant contrat passé devant Me. Duchesne, notaire à Paris, le 17 juin 1820.

Cette acquisition a eu lieu moyennant la somme de six mille francs de prix principal aux termes du contrat qui en contient quittance.

A l'égard des 5.000 francs de surplus ils ont été payés suivant quittance passée devant Me. Lecomte, notaire à Paris, le 15 février 1835.

M. Berlier a fait transcrire son contrat d'acquisition au bureau des hypothèques de Corbeil le 8 août 1820, vol. 211, n° 342, et le même jour inscription d'office a été prise au profit du vendeur, vol. 67, n° 320, qui a été radiée depuis.

Quant aux formalités de purge légale, M. Berlier n'a pas jugé à propos de les faire remplir sur son acquisition.

Lad. propriété appartenait à M. de Bernecourt comme l'ayant acquise du mandataire spécial de Mme. Charlotte-Louise Rameau, veuve de M. Joseph-Benoît Suvée, suivant contrat passé devant Me. Duchesne, notaire à Paris, le 23 décembre 1808, moyennant la somme principale de 6.000 francs dont M. de Bernecourt s'est libéré entre las mains du mandataire de lad. dame suivant quittance passée devant le même notaire, le 17 avril 1809.

Ce contrat a été transcrit au bureau des hypothèques de Corbeil, le 12 janvier 1809, sans qu'il ne soit survenu aucune inscription pendant la quinzaine qui a suivie cette transcription.

§ 2e.

Acquisition Gautier.

M. le Général de San Martín est propriétaire d'une partie de lad. propriété par lui comprise dans le clos mis en vente au moyen de l'acquisition qu'il en a faite avec d'autres parties cédées en échange à M. et Mme. de Chavigné ainsi qu'il sera dit plus bas, suivant contrat passé devant Mes. Jozon et Tournant, notaires à Corbeil, les 8 et 11 mai 1834, de 1° M. François-Guillaume Gautier, marchand de vins, et Mme. Marie Anne Delanoue, son épouse, demeurant boulevard Montparnasse; 2° du mandataire de M. François-Guillaume Gautier père; 3° M. François Joseph Renon, ouvrier, et Marie-Adelaïde Gautier, son épouse, demeurant à Evry-sur-Seine; 4° Et M. Jean Catot, maçon, et Mad. Marie-Louise Langlois, son épouse, demeurant aussi à Evry, tous les sus nommés ayant agi en leurs noms personnels encore comme s'étant portés fort conjointement et solidairement de M. Louis-Athanase Gautier mineur, issu du mariage Catot avec M. Louis-Athanase Gautier, son premier mari, par lequel ils se sont obligés à faire ratifier led. contrat à sa majorité.

Cette acquisition a eu lieu moyennant le prix principal de 1.200 francs sur lesquels l'acquéreur a été autorisé à retenir entre ses mains la somme de mille francs pour la payer à Mme. Rose Demarne, créancière inscrite, au profit de laquelle il a été fait toutes délégations.

M. de San Martín a payé à ses vendeurs la somme de 166 fr. 60 à valoir sur celle de 200 francs leur revenant aux termes du contrat qui en contient quittance.

A l'égard des 33 fr. 33 centimes de surplus ils ont été stipulés payables au mineur Gautier.

M. de San Martín a fait transcrire son contrat au bureau des hypothèques de Corbeil le 29 mai 1834, vol. 387, n° 18.

M. de San Martín n'a pas jugé à propos de faire remplir sur son acquisition les formalités prescrites par la loi pour la purge des hypothèques légales.

Il s'est libéré de son prix d'acquisition jusqu'à concurrence de mille francs entre les mains de Mlle. Demarne, suivant quittance passée devant Mes. Jozon et Tournant, notaires à Corbeil, les 22 et 23 août 1834 et jusqu'à concurrence de 33 fr. 33 centimes entre les mains de M. Louis-Athanase Gautier, suivant acte passé devant ledit Me. Jozon, le 27 novembre 1837, par lequel ledit M. Gautier alors majeur a ratifié les contrats de vente et quittances susénoncés dans tout leur contenu.

Les immeubles dont s'agit dépendaient de la communauté légale ayant existé entre M. Gautier père et Mlle. Marie-Louise Podémi, son épouse, décédée à Evry-sur-Seine le 6 janvier 1824, à défaut de contrat qui ait réglé les clauses et conditions civiles de leur union.

Ils appartenaient :

1° A Gautier père pour moitié comme commun en biens avec la dame son épouse.

2° A M. Gautier fils, Mme. Renon, et le mineur Gautier pour l'autre moitié ou à chacun pour un sixième en leur qualité d'héritiers pour cette quotité de Mme. Gautier, leur mère et aïeule paternelle, ainsi qu'il est constaté par un acte de notoriété dressé à défaut d'inventaire après son décès par Mes. Tournant et Jozon, notaires à Corbeil, le 8 mai 1834, enregistré.

Les biens dont s'agit ont été acquis par M. et Mme. Gautier père et mère pendant leur communauté de Mad. Marie-Anne Langlois, veuve de M. Charles Delage, demeurant à Evry-sur-Seine, suivant contrat passé devant Me. Deboussois, notaire à Corbeil, le 29 octobre 1787, contrôlé et insinué.

Cette acquisition a eu lieu moyennant 36 livres de rente foncière, annuelle et perpétuelle, stipulée payable le 11 novembre de chaque année.

Lad. rente a été remboursée à la veuve Delage suivant quittance sous signature privée en date à Evry du 15 juillet 1795, enregistré à Corbeil le 1er. thermidor, an trois, par le receveur qui a perçu deux livres.

§ 3e.

Echange avec M. de Chavigné.

M. de San Martín est propriétaire du surplus de lad. propriété dans la partie close de murs comme lui ayant été cédée en échange par M. Marie-Adrien Davy de Chavigné, propriétaire, et Mme. Aglaé-Marie-Louise de David de Lastours, son épouse, demeurant à Grand-Bourg, suivant acte passé devant Me. Lemenuet, notaire à Corbeil, en présence de témoins, le 26 avril 1840.

En contre-échange M. de San Martín a cédé à M. et Mme. de Chavigné divers immeubles par lui acquis de MM. Gautier et de M. et Mme. Bertier et dont la propriété est ci-dessus établie.

Cet échange a été fait sans soulte ni retour.

Il a été dit que les échangistes feraient et disposeraient des immeubles à eux cédés comme bon leur semblerait et de chose leur appartenant en toute propriété et jouissance à partir du jour dud. acte.

Une expédition de ce contrat d'échange a été transcrite au bureau des hypothèques de Corbeil le 12 mai 1840, vol. 488, n° 11.

M. et Mme. de Chavigné étaient propriétaires des immeubles par eux cédés en échange à M. de San Martín, au moyen de l'acquisition qu'ils en avaient faite de 1° M. Victor-Martial Fagret, jardinier et Mme. Marie-Elisabeth Paternot, son épouse, demeurant à Château-Fragé, canton de Boissy-St-Léger; 2° et de M. Jean-Louis Paternot, propriétaire, et Mme. Marie-Victoire Deforge, son épouse, demeurant à Evry-sur-Seine, suivant contrat passé devant Me. Périot et son collègue, notaires à Corbeil, le 15 octobre 1836, enregistré.

La vente faite par M. et Mme. Fagret, a eu lieu moyennant la somme de 1.900 frs. de prix principal.

Et celle faite par M. et Mme. Paternot moyennant le prix principal de 1.400 francs.

Suivant deux quittances passées devant ledit Me. Périot, la 1re. les 10 et 15 janvier 1837, la 2e le 14 novembre suivant, enregistrées, M. et Mme. de Chavigné se sont entièrement libérés du prix dû à M. et Mme. Fagret en principal et intérêt.

A l'égard du prix de l'acquisition Paternot, il a été payé suivant quittance, passée devant le même notaire le 31 décembre 1839.

Une expédition dudit contrat de vente a été transcrite au bureau des hypothèques de Corbeil le 30 novembre 1836, vol. 428, n° 26.

Les sieurs et dames Fagret et Paternot étaient propriétaires des immeubles dont s'agit, savoir une partie desd. immeubles du chef de Mme. Fagret ainsi qu'on va le voir.

Ils ont été abandonnés à Mme. Fagret avec d'autres biens suivant acte passé devant Me. Jozon notaire à Corbeil, les 22 et 23 août 1819, contenant donation par M. Louis Paternot et Mme. Marie-Elisabeth Boisselet, son épouse, demeurant à Grand-Bourg, aux sept enfants issus de leur mariage leurs seuls présomptifs héritiers, au nombre desquels était la dame Fagret et partage des biens donnés entre lesd. sept enfants.

La donation a eu lieu à la charge: 1° du paiement d'une somme de 630 francs qui était due par les donateurs à M. Malébat, paiement qui a été effectué aux termes d'une quittance reçue par led. Me. Jozon le 24 janvier 1827; 2° et d'une rente viagère annuelle de 620 francs sur la tête de M. et Mme. Paternot père et mère; laquelle est éteinte par suite des décès de ces derniers.

Par le partage, lad. dame Fagret avait été chargée d'une soulte de 466 fr. 67 centimes dont elle s'est libérée aux termes dud. acte qui en contient quittance.

Lesd. biens étaient propres à M. Louis Paternot, l'un des donateurs qui les avait recueillis dans la succession de M. Mathurin Paternot, son père, décédé à Grand-Bourg et dont il était seul et unique héritier ainsi qu'il est énoncé en l'acte de donation ci-dessus énoncé.

M. et Mme. Paternot étaient propriétaires du surplus des immeubles cédés, au moyen de l'adjudication qui en avait été prononcée au profit de M. Paternot, suivant procès-verbal dressé par led. Me. Jozon, le 17 juillet 1836, à la requête de: 1° dame Marguerite Amable Calbé, veuve de M. Pierre Mercier, demeurant à Paris, rue du Petit Bac, n° 15, ayant agi tant en son nom personnel à cause de la communauté de biens qui avait existé entre elle et son défunt mari et comme donataire de celui-ci ainsi qu'on le verra plus bas, que comme tutrice légale de Pierre-François Mercier, son fils mineur;

2° De dame Marguerite-Joséphine Mercier, épouse de M. Jean-Jacques-Mathieu-Isidore Payen, tonnelier, avec lequel elle demeure à Etampes, rue du Carrefour-Doré, n° 10.

3° Du sieur Pierre-Jean-Jules Mercier, militaire en activité de service au 59e. régiment de ligne, en garnison à Antibes.

Lad. adjudication a eu lieu moyennant le prix principal de 800 francs, en déduction duquel, M. Paternot a été chargé d'acquiescer entre les mains de Me. Fiaire, avoué poursuivant la vente, demeurant à Paris, rue Favart, n° 12, une somme de 550 francs, M. Paternot a en outre été chargé de payer à Me. Jozon, notaire, pour faux frais relatifs à lad. vente, et contributions avancés par celui-ci, en l'acquit des veuve et héritiers Mercier, une autre somme de 30 francs en sus de son prix.

Les 250 francs formant le surplus dud. prix ont été stipulés payables après l'accomplissement des formalités hypothécaires entre les mains des veuve et héritiers Paternot, pour acquiescer d'autant ce qui leur était encore dû par M. et Mme. Mercier, ainsi qu'on le verra ci-après.

M. Paternot s'est libéré: 1° Des 550 francs dont la délégation avait eu lieu en faveur de M. Fiaire pour le désintéresser jusqu'à due concurrence des frais judiciaires faits pour parvenir à la vente suivant quittance passée devant led. Me. Jozon, le 3 septembre 1836 enregistrée et des 30 francs aux termes d'une autre quittance reçue par led. Me. Periot le 2 du même mois, aussi enregistrée.

Quant aux 250 francs formant le solde du prix, ils ont été payés par quittance passée devant Me. Periot le 31 décembre 1839.

Les veuve et enfants Mercier étaient propriétaires indivisément de l'immeuble adjugé à M. Paternot, savoir:

La dame veuve Mercier tant comme ayant été commune en biens, avec son défunt mari, et comme donataire en usufruit de celui-ci, aux termes de leur contrat de mariage passé devant Me. Virton, notaire à Ivry, le 31 mars 1794, qu'au moyen de la donation qui lui avait été faite par son mari, d'un quart en toute propriété et d'un quart en usufruit de tous ses meubles et immeubles, suivant acte passé devant led. Me. Jozon le 23 décembre 1830.

Et les quatre enfants Mercier en leur qualité d'héritiers chacun pour un quart de M. Pierre Mercier leur père, ainsi que le constate l'intitulé de l'inventaire fait après son décès par Me. Godot, notaire à Paris, le 26 mars 1836.

Le sieur Mercier père s'était rendu adjudicataire desd. immeubles pendant l'existence de la communauté d'entre lui et sa veuve suivant procès-verbal dressé par led. Me. Jozon, le 28 septembre 1828 à la requête de :

Mme. Marguerite-Elisabeth Courtillet, veuve de M. Louis Paternot.

M. Jean-Louis Paternot.

M. Isidore-Antoine Paternot, à Evry-sur-Seine.

M. François Caffort, menuisier et Louise-Emélie Paternot, son épouse, au même lieu.

M. Jean-Louis Suret, cafetier, à Paris, à l'ancienne halle de la viande, ayant stipulé tant en son nom personnel qu'au nom de la dame Thérèse Paternot, son épouse.

M. François-Théodore Paternot, à Evry, mineur émancipé assisté de son curateur.

Cette adjudication a eu lieu en outre des charges ordinaires, moyennant 1,200 francs de prix principal.

La dame Suret a ratifié ce procès-verbal d'adjudication suivant acte reçu par led. Me. Jozon, le 30 novembre 1828.

Ce procès-verbal d'adjudication a été transcrit au bureau des hypothèques de Corbeil le 24 octobre 1828, vol. 309, n° 5736, à la charge outre l'inscription d'office de 4 inscriptions qui ont toutes été radiées depuis.

Aux termes d'une quittance reçue par le même notaire les 24 et 28 mars 1830, le sieur Mercier a payé 600 francs, acompte du prix de son adjudication.

La libération du sieur Mercier en ce qui concerne les biens échangés résulte de la quittance du 31 décembre 1839 susénoncée.

M. François-Théodore Paternot devenu majeur a ratifié le procès-verbal d'adjudication et la quittance susénoncées aux termes d'un acte reçu par led. Me. Jozon, le 12 septembre 1830.

Lad. veuve Paternot, les sieurs Paternot et les dames Caffort et Suret étaient propriétaires indivis des biens adjugés à M. Mercier, savoir :

Mme. Paternot pour 1/2 comme ayant été commune en biens avec son mari aux termes de leur contrat de mariage passé devant Me. Gousar, notaire à Corbeil, le 7 thermidor, an 5, enregistré.

Et lesd. sieurs Paternot, dames Caffort et Suret pour l'autre moitié ou chacun pour 1/10e. en qualité d'héritiers, chacun pour 1/5e. de M. Louis Paternot, leur père, ainsi qu'il est constaté par l'intitulé de l'inventaire fait après son décès par led. Me. Jozon, le 13 mai 1828.

M. Paternot père avait fait l'acquisition desd. biens pendant sa communauté avec la dame Marguerite-Elisabeth Courtillet, devenue sa veuve, du sieur Victor-Martial Fagret et la dame Marie-Elisabeth Paternot, sa femme, suivant contrat reçu par led. Me. Jozon, le 8 décembre 1823, moyennant 1.300 francs de prix principal dont l'acquéreur s'est intégralement libéré tant aux termes du contrat d'acquisition même qui en contient quittance, que par quittance passée devant le même notaire le 28 octobre 1835, enregistrée.

Ce contrat de vente a été transcrit au bureau des hypothèques de Corbeil le 3 mars 1824, vol. 240, n° 2035.

Les sieurs et dame Fagret en étaient eux-mêmes propriétaires du chef de cette dame à laquelle ces immeubles avaient été attribués aux termes de l'acte de donation et partage des 22 et 23 août 1819 plus haut relaté.

Ces immeubles appartenaient à M. Louis Paternot comme les ayant recueillis dans la succession de M. Mathieu Paternot, son père dont il était héritier ainsi qu'on l'a déjà dit.

§ 4e.

Acquisition Aguado.

Lad. pièce de terre de la contenance de 29 ares 6 centiares qui se trouve en dehors de la propriété appartient à M. de San Martín comme l'ayant acquis avec d'autres biens de M. Alexandre Marie Aguado de Las Marismas del Guadalquivir, chevalier de la Légion d'honneur, grand cordon de l'ordre américain d'Isabelle la catholique, commandeur de Charles III d'Espagne, commandeur de l'ordre du Sauveur de Grèce, intendant honoraire de la marine royale d'Espagne, demeurant à Paris, 6, rue Grange-Batelière, suivant contrat passé devant M. Huillier et son collègue, notaires à Paris, le 17 juin 1840, enregistré.

Cette acquisition a eu lieu moyennant le prix principal de 900 francs payé comptant aux termes du contrat qui en contient quittance.

Une expédition dud. contrat de vente a été transcrite au bureau des hypothèques de Corbeil le 10 juillet 1840, vol. 490, n° 16.

M. de San Martín n'a pas jugé à propos de faire remplir sur son acquisition les formalités prescrites par la loi pour la purge des hypothèques légales.

M. Aguado était propriétaire de lad. pièce de terre comme l'ayant acquise de M. de San Martín lui-même suivant contrat passé devant led. Me. Jozon, le 12 novembre 1835, moyennant 360 francs de prix principal dont le contrat porte quittance.

Ce contrat a été transcrit au bureau des hypothèques de Corbeil le 15 janvier 1836, vol. 414, n° 20.

M. Aguado n'a pas jugé à propos de faire remplir sur son acquisition les formalités de purge légale.

Cette pièce de terre appartenait à M. de San Martín au moyen de la vente qui lui en avait été faite suivant contrat passé devant Mes. Huillier et Jonquoy, notaires à Paris, les 25 et 26 avril 1834 par M. François Berlier et Mme. Hedwig Charlotte de Frantz Derleinwein, son épouse, susnommés.

On ne fera pas ici l'établissement de propriété antérieure dud. immeuble, attendu qu'il a la même origina que les biens compris sous le paragraphe 1er. auquel il est référé.

Etat civil du vendeur.

Déclare M. Balcarce:

Que M. le Général de San Martín n'est et n'a jamais été grevé dans ses biens d'aucune hypothèque légale et qu'il n'existe sur la propriété présentement mise en vente aucune espèce d'hypothèque.

Charges, clauses et conditions.

ARTICLE PREMIER

Entrée en jouissance.

L'adjudicataire sera propriétaire de la propriété présentement mise en vente par le seul fait de l'adjudication et en entrera en jouissance le 1er. septembre prochain.

ARTICLE 2.

Stipulation relative à la garantie.

Il sera tenu de prendre l'immeuble dont s'agit et ses dépendances dans l'état où le tout se trouvera au jour de l'adjudication sans pouvoir exercer contre le vendeur aucune répétition pour raison soit des mitoyennetés ou de détériorations quelconques, soit d'erreur dans la désignation comme aussi sans garantie de sa part de la contenance ci-dessus indiquée dont le plus ou le moins excédât-il 1/20e. tournera au profit ou à la perte de l'adjudicataire.

Au surplus l'adjudication aura lieu sous la garantie de la part de M. de San Martín de toute éviction et de tous troubles et empêchements quelconques.

ARTICLE 3.

Servitudes.

L'adjudicataire souffrira les servitudes passives apparentes ou occultes dont peut et pourra être grevée la propriété mise en vente, sauf à lui à profiter de celles actives s'il en existe, le tout à ses risques et périls et sans que la présente clause puisse attribuer à qui que ce soit plus de droits qu'il n'en résulterait de titres réguliers et non prescrits. Il en exécutera tant activement que passivement toutes les stipulations contenues dans le contrat d'échange susénoncé et relatives aux servitudes dont il est parlé plus haut.

ARTICLE 4.

Contributions.

L'adjudicataire paiera les contributions de toute nature auxquelles led. immeuble peut et pourra être assujetti à compter du jour de son entrée en jouissance.

ARTICLE 5.

Assurance contre l'incendie.

Il sera tenu d'acquitter à partir de la même époque les primes et cotisations de l'assurance contre l'incendie de ladite maison de campagne qui pourrait avoir été contractée avec quelque compagnie que ce soit et il sera subrogé par le seul fait de l'adjudication dans les droits résultant au profit du vendeur de lad. assurance qu'il devra continuer jusqu'au paiement intégral de son prix en principal et intérêts.

ARTICLE 6.

Frais, honoraires et droits.

L'adjudicataire paiera dans les trois jours de l'adjudication entre les mains de Me. Huillier, l'un des notaires soussignés :

1^o Le montant des frais d'annonces, d'affiches et autres déboursés de ce genre sur le simple état qui en sera fourni et dont la quotité sera déclarée avant l'adjudication;

2^o Un demi % du prix principal pour les vacations de l'avoué ou du notaire adjudicataire;

3^o Et un et quart % du même prix y compris le coût de l'expédition à délivrer au vendeur.

Outre ces frais et honoraires l'adjudicataire supportera les droits d'enregistrement de timbre d'hypothèque et autres auxquels la mutation pourra donner ouverture, le tout sans diminution du prix principal.

ARTICLE 7.

Consignation des droits d'enregistrement.

L'adjudication ne sortira effet et n'opérera transmission de propriété qu'autant que les droits d'enregistrement auront été consignés par l'adjudicataire soit à l'instant de l'adjudication, soit le lendemain avant midi pour tout délai entre les mains dudit Me. Huillier, l'un des notaires soussignés.

Le défaut de consignation sera constaté par acte au pied du procès-verbal d'adjudication sans qu'il soit besoin d'appeler l'adjudicataire défaillant ni de la mettre en demeure.

Dans ce cas le procès-verbal d'adjudication et l'acte subséquent seront enregistrés à la fois dans les 24 heures de l'adjudication.

ARTICLE 8.

Reprise des publications à défaut de consignation ou en cas de résolution.

La transmission de propriété demeurera consacrée de plein droit par la consignation de l'enregistrement dans le délai prescrit ci-dessus, mais à défaut de cette consignation l'adjudication sera regardée comme non avenue et le vendeur pourra, si bon lui semble, faire continuer les publications aux risques et périls de l'adjudicataire défaillant à condition toutefois que le droit d'enregistrement de la nouvelle adjudication ne pourra être moindre que celui qui serait résulté de l'adjudication considérée comme non avenue par le défaut de consignation.

A défaut de paiement de tout ou partie du prix de l'adjudication dans les termes ci-après stipulés, l'adjudication sera résolue de plein droit par le seul fait d'un commandement resté infructueux durant quinzaine et dans lequel le vendeur aura déclaré vouloir profiter de l'effet de la présente clause, par suite de quoi et aussitôt la résolution opérée le vendeur pourra encore, si bon lui semble, reprendre le cours des publications et procéder à une nouvelle adjudication aux risques et périls de l'adjudicataire en retard, toutefois en sa présence ou lui dûment appelé.

ARTICLE 9.

Mode des enchères et obligation des enchérisseurs.

Les enchères ne seront reçues que de la part d'avoués à Paris, ou de notaires du ressort de la Chambre, elles ne pourront être moindres de 100 francs.

Les avoués ou notaires enchérisseurs demeureront garants de la solvabilité apparente de leurs commettants.

L'adjudication définitive ne pourra être prononcée qu'à l'extinction des feux. Les enchères seront portées de vive voix ou ne constatera que la dernière sur chaque feu.

L'avoué ou le notaire adjudicataire sera tenu de faire sa déclaration au profit de son commettant et de la faire accepter par celui-ci, ou de rapporter son pouvoir pour être annexé à la minute de la déclaration, le tout soit à l'instant de l'adjudication et par le procès-verbal même, soit par acte passé en suite de ce procès-verbal le lendemain avant midi, et faute de satisfaire à ces conditions l'adjudication demeurera pour le compte personnel de l'avoué ou du notaire enchérisseur.

ARTICLE 10.

Paiement du prix

L'adjudicataire paiera le prix de son adjudication entre les mains du vendeur dans les quatre mois du jour de l'adjudication, temps jugé nécessaire pour l'accomplissement des formalités hypothécaires.

Ce prix produira des intérêts à raison de 5% par an payables aussi entre les mains du vendeur, à partir du jour de l'entrée en jouissance.

Il est expressément convenu que tous les paiements en principal et intérêts auront lieu à Paris, en l'étude de Me. Huillier, l'un des notaires soussignés, et seront effectués en bonnes espèces de monnaie aux cours, titre et poids de ce jour et non autrement.

ARTICLE 11.

Réserve de privilège.

A la garantie du paiement du prix de l'adjudication en principal et accessoires, la propriété mise en vente demeurera affectée par privilège spécial expressément au vendeur.

ARTICLE 12.

Transcription et purge des hypothèques.

L'adjudicataire fera transcrire son procès-verbal d'adjudication au bureau des hypothèques de Corbeil et remplira, si bon lui semble, les formalités prescrites par la loi pour la purge des hypothèques légales, le tout dans un délai de quatre mois et si lors ou par suite de l'accomplissement desd. formalités il y a ou survient des inscriptions du chef du vendeur ou de ses auteurs, M. Balcarce oblige M. San Martín son mandant à en rapporter mainlevées et certificats de radiation dans les 40 jours de la dénonciation qui lui sera faite au domicile ci-après élu de l'état contenant ces inscriptions, comme aussi à en indemniser l'adjudicataire de tous frais extraordinaires de transcription et de purge.

ARTICLE 13.

Remise de titres.

Il sera remis à l'adjudicataire lors du paiement de son prix:

1° L'expédition transcrite sur parchemin de la vente par M. et Mme. Berlier à M. de San Martín devant Mes. Huillier et Jonquoy, notaires à Paris, des 25 et 26 avril 1834, avec une expédition du compte rendu des formalités de transcription et de purge légale;

2° L'expédition transcrite de la vente par M. de Bernecourt à M. Berlier devant Me. Duchesne, notaire à Paris, du 17 juin 1820;

3° L'expédition de la quittance pour solde du prix de lad. vente devant Lecomte, notaire à Paris, du 15 janvier 1835.

4° L'expédition transcrite de la vente devant Mes. Duchesne et Lemaitre, notaires à Paris, en date du 23 décembre 1808, avec l'expédition de la quittance dud. prix en date du 17 avril 1809;

5° L'expédition transcrite de la vente par MM. Gautier à M. de San Martín devant Mes. Jozon et Tournant, notaires à Corbeil, des 8 et 11 mai 1834, avec la quittance du prix de lad. vente en date des 22 et 23 août 1834;

6° La grosse et l'expédition sur parchemin du contrat de vente par Mme. Delage devant Me. Deboussois du 30 octobre 1787.

7° La quittance sous signature privée par Mme. Delage du remboursement de la vente qui lui était due;

8° L'expédition du contrat d'acquisition devant Me. Caillois du 17 prairial, an 4;

9° L'expédition transcrite de l'échange fait entre M. de San Martín et M. et Mme. de Chavigné devant Me. Lemenuet, notaire à Corbeil du 26 avril 1840;

10° L'expédition de la quittance et de la ratification devant Me. Jozon, notaire à Corbeil du 27 novembre 1837;

11° L'expédition de la notoriété devant Me. Tournant, notaire à Corbeil du 8 mai 1834;

12° L'expédition transcrite de la vente par M. Aguado à M. de San Martín du 17 juin 1840, devant Me. Huillier;

13° L'expédition souscrite de la vente par M. de San Martín à M. Aguado devant Me. Jozon, notaire à Corbeil, du 12 novembre 1835.

A l'égard de tous autres titres il n'en sera remis aucun à l'adjudicataire mais il demeurera subrogé par le seul fait de l'adjudication dans les droits du vendeur de s'en faire délivrer à ses frais tous extraits et expéditions.

ARTICLE 14.

Election de domicile.

Le vendeur et l'adjudicataire demeureront soumis pour tous les effets de l'adjudication à la juridiction du tribunal de 1^{re} instance séant à Paris et à défaut d'élection de domicile en cette ville pour l'adjudicataire, elle sera de droit chez l'avoué ou le notaire enchérisseur.

Sous ces conditions M. Balcarce aud. nom a porté la mise à prix de l'immeuble mis en vente à la somme de 17.500 francs et il a fixé le jour de l'adjudication au mardi 14 août présent mois heure de midi, auxquels jour et heure il requiert led. Me. Huillier de se trouver à la Chambre des notaires à l'effet de procéder à lad. adjudication.

Elisant domicile pour M. de San Martín à Paris, en l'étude dud. Me. Huillier, sise rue Taitbout, n° 29.

De tout ce que dessus il a été dressé le présent procès-verbal.

Les jours, mois et an susdits.

Et, après lecture, M. Balcarce a signé avec les notaires.

Procès-verbal d'adjudication au profit de M. Blavier.

Et le mardi quatorze août 1849, heure de midi.

En la Chambre des notaires de Paris.

Par-devant led. Me. Huillier et son collègue, notaires à Paris, soussignés.

A comparu:

M. Mariano Balcarce, rentier, demeurant à Paris, rue St-Georges, 35.

Agissant dans la même qualité que celle énoncée au procès-verbal d'enchères dont la minute précède.

Lequel a déclaré que les déboursés d'affiches et annonces portés au n° 1^{er}. de l'article 6^e. du procès-verbal d'enchères qui précède s'élèvent à la somme de 387 francs.

Et complétant les clauses et conditions du cahier d'enchères qui précède il a expliqué que la vente ne comprend que les glaces attachées dans les boiseries, toutes les glaces simplement appliquées aux murs étant réservées par le vendeur.

Et d'après l'indication de ces affiches et annonces il a requis ledit Me. Huillier de procéder immédiatement à la lecture dud. procès-verbal d'enchères et à l'adjudi-

cation de la maison de campagne qui y est désignée à l'extinction des feux sur la mise à prix de 17.500 francs.

Cette lecture ayant eu lieu, une première bougie a été allumée et les enchères ont été portées par Me. Lefer, notaire à la somme de 18.100 francs.

Une autre bougie a ensuite brûlé et pendant sa durée il a été porté plusieurs enchères dont la dernière a été mise par Me. Monnot-Leroy, notaire à Paris, à la somme de 20.900 francs.

Une nouvelle bougie allumée brûlé et s'est éteinte sans que personne ait surenchéri; en conséquence lad. propriété a été adjugée par Me. Huillier and Me. Monnot-Leroy, dernier enchérisseur, moyennant le prix principal de 20.900 francs en sus des charges.

Et à l'instant M. Monnot-Leroy a déclaré que l'adjudication prononcée à son profit de la maison de campagne sise à Grand-Bourg était pour le compte de M. Edmond Blavier, ingénieur en chef des Mines, chevalier de la Légion d'Honneur, demeurant à Anzin (Nord), momentanément à Paris, logé rue de Rivoli, hôtel des Tuileries.

Lequel a ce présent a déclaré accepter lad. adjudication pour son compte, moyennant outre las charges, le prix principal de 20.900 francs qu'ils s'oblige à payer à l'époque et de la manière déterminées dans le cahier d'enchères.

De tout ce que dessus a été dressé le présent procès-verbal.

Les jour, mois et an susdits.

Et après lecture M. Balcarce et M. Blavier ont signé avec les notaires et Me. Monnot-Leroy.

Enregistré à Paris, 4e. bureau, le 22 août 1849, f° 147, ce. 1re. reçu 1.171 francs décimes 117,15.

18 juillet 1849.

Pouvoir par M. de San Martín à M. Mariano Balcarce.

Par-devant Me. Cyprien Loppe et l'un de ses collègues, notaires à Boulogne-sur-Mer, soussignés,

A comparu:

M. Joseph de San Martín, capitaine général de la République du Chili, fondateur de la liberté du Pérou, général des Provinces réunies du Rio de la Plata, grand cordon de la Légion du Mérite du Chili, domicilié à Paris, rue St.-Georges, n° 35 et étant momentanément à Boulogne-sur-Mer, Grande-Rue, n° 105.

Lequel a par ces présentes constitué pour son mandataire général et spécial M. Mariano Balcarce, rentier, demeurant à Paris, rue Saint-Georges, n° 35.

Auquel il donne pouvoir de pour lui et son nom, vendre soit à l'amiable, soit aux enchères: une maison de campagne et dépendances lui appartenant à Grand-Bourg, commune d'Evry-sur-Seine, aux personnes et aux prix, charges et conditions que le mandataire avisera, signer tous contrats de vente, faire dresser et signer tous cahiers d'enchères et procès-verbaux d'adjudication, obliger le constituant à toutes garanties et au rapport de toutes justifications, mainlevées et certificat de radiation, fixer toutes époques d'entrée en jouissance, convenir du mode et des époques du paiement du prix, le recevoir en principal et intérêts, soit comptant, soit aux termes convenus.

Vendre également soit à l'amiable, soit aux enchères en tout ou partie le mobilier garnissant la maison ci-dessus désignée, convenir du mode et des époques du paiement du prix, le recevoir en principal et intérêts, soit comptant, soit aux termes convenus, choisir l'officier public chargé de cette vente, régler et arrêter son compte, en toucher le reliquat.

De toutes sommes reçues donner quittances et décharges, consentir mentions et subrogations, mais sans garantie, faire mainlevée et consentir la radiation de toutes inscriptions d'office et autres, avec ou sans paiement, se désister de tous privilèges, remettre tous titres et pièces ou obliger le constituant à leur remise, en retirer décharge.

A défaut de paiement, exercer toutes les poursuites, contraintes et diligences nécessaires, former toutes demandes en résolution de vente, en conséquence citer et comparaître devant tous juges de paix, traiter, transiger, compromettre, se concilier et, à défaut de conciliation, assigner et défendre devant tous tribunaux et cours compétents; constituer tous avoués et défenseurs, les révoquer et remplacer, obtenir

tous jugements et arrêts, les faire mettre à exécution par toutes les voies et moyens de droit ou s'en désister; interjeter appel, poursuivre toutes saisies mobilières et immobilières jusqu'à leur entière exécution, requérir toutes inscriptions, produire à tous ordres et contributions, affirmer toutes créances, retirer tous mandements de collocation, en toucher le montant.

Aux effets ci-dessus passer et signer tous actes, élire domicile, substituer et généralement faire le nécessaire.

Dont acte.

Fait et passé à Boulogne-sur-Mer, en l'étude.

L'an 1849.

Le 18 juillet.

Et lecture faite, le comparant a signé avec les notaires.

Suit les signatures.

Enregistré à Boulogne-sur-Mer, le 19 juillet 1849, f^o 132, v. case 5, reçu 2 francs décimes 20 centimes. Suit la signature.

Vu par nous, Président du tribunal civil de Boulogne-sur-Mer, pour légalisation des signatures de MM. C. Loppe et Guéry, notaires à Boulogne, au Palais de Justice, 19 juillet 1849. Suit la signature.

DOCUMENTO K.

DESCRIPCIÓN LEGAL DEL TESTAMENTO de SAN MARTÍN. — *París, Archivo de la ex Notaría Huillier.*

5 Novembre 1850.

Description du testament de San Martín.

Extrait des minutes du Greffe du Tribunal civil de première instance du département de la Seine, séant au Palais de Justice à Paris.

L'an 1850 et le 5 novembre 10 heures du matin.

En notre cabinet au Palais de Justice à Paris et par-devant nous, Louis-Marie de Belleyme, Président du Tribunal civil de 1^{re} instance du département de la Seine, assisté de Me. Guyard, greffier de la Chambre du conseil,

Est comparu Me. Huillier, notaire à Paris.

Lequel nous a présenté un acte sous seing privé ouvert et non cacheté contenant des dispositions faites par M. José de San Martín, brigadier de la confédération argentine, capitaine général de la République du Chili, généralissime et fondateur de la liberté du Pérou, demeurant à Paris, rue Saint Georges, 35.

Et, nous a dit que ledit acte lui a été remis dans l'état où il le présente par M. Mariano Balcarce, gendre du testateur.

Et attendu le décès de M. José de San Martín, arrivé à Boulogne-sur-Mer le 17 août dernier.

Le comparant nous a requis de procéder à la description dudit acte testamentaire et d'en dresser procès-verbal pour être par nous ordonné ce qu'il appartiendra.

Et a signé après lecture.

Signé: HUILLIER.

Desquels comparution, présentation, dire et réquisition nous avons donné acte au comparant susnommé pour lui servir et valoir ce que de raison et obtempérant à sa réquisition nous avons de suite procédé à la description dudit acte testamentaire.

Mais est indiqué que ledit acte est écrit en espagnol; nous avons fait appeler le sieur Bartholomé interprète traducteur, demeurant à Paris, rue des Francs-Bourgeois, pour en faire la traduction.

Et à l'instant est comparu ledit sieur Bartholomé lequel a prêté en nos mains le serment de bien et fidèlement remplir la mission que nous lui confions.

Puis il nous a dit que l'acte dont il s'agit que nous lui avons représenté contient effectivement les dispositions testamentaires de M. José de San Martín.

En conséquence, nous en avons fait la description de la manière suivante.

Il est écrit sur les deux pages d'une feuille de papier au timbre de trente-cinq centimes et contient cinquante-deux lignes sans renvoi, le mot *nul* est écrit sur un grattage, le mot *confianza* est écrit en interligne.

Il commence par ces mots:

En el nombre de Dios todopoderoso.

Et finit par ceux-ci:

Con que me honró su primer Congreso.

Signé: JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Cet acte porte la date du 23 janvier 1854.

Ce fait, nous avons batonné tous les blancs dudit acte testamentaire, nous l'avons daté, signé et paraphé en tête de chacune de ses deux pages, signé et paraphé enfin de celui.

Après quoi nous avons remis le tout audit Me. Huillier, notaire à Paris, ici présent, qui le reconnaît et s'en charge pour être par lui mis au rang des minutes de son étude et en être ensuite par lui délivré à qui de droit il appartiendra tous extraits ou toutes expéditions qui seront nécessaires.

Dont et tout ce que dessus nous avons dressé le présent procès-verbal de description d'acte testamentaire pour servir et valoir ce qui de raison et avons signé avec ledit Me. Huillier, notaire, le sieur Bartholomé et le greffier après lecture.

(Signé): DEBELLEYME, BARTHOLOMÉ, HUILLIER et GUYARD.

En marge est écrit:

Enregistré à Paris, le 13 novembre 1850, folio 17, case 1re., reçu 3 fr. 50 centimes, dixième compris.

Signé: DEFONTAINE.

DOCUMENTO L.

TÍTULO DE PROPIEDAD DEL SEPULCRO DE LA FAMILIA BALCARCE EN BRUNOY (1). —
París, Archivo de la ex Notaría Huillier.

10 Novembre 1861.

Concession par la commune de Brunoy à M. Balcarce.

Par-devant Me. Edme Leroy, notaire à Brunoy (S.-et-Oise) soussigné.

A comparu:

Monsieur Alexandre Jeannest-Saint-Hilaire, Chevalier de la Légion d'Honneur, Maire de la commune de Brunoy, propriétaire demeurant à Brunoy.

Aggissant en qualité de Maire de la commune de Brunoy, comme autorisé à faire dans le cimetière de ladite commune des concessions perpétuelles de terrain pour y établir des sépultures privées, en vertu d'une ordonnance royale en date du 11 avril 1840.

Lequel, sur la demande que lui en a faite à l'instant M. Balcarce ci-après nommé A, par ces présentes, vendu et cédé à perpétuité

A M. Mariano Balcarce, chargé d'affaires de la Confédération argentine, demeurant à Paris, rue de Berlin, 5, à ce présent et acceptant:

Un terrain ayant 8 mètres 20 centimètres de longueur, à prendre dans le cimetière de Brunoy à l'endroit des concessions à perpétuité.

Pour le cessionnaire faire et disposer dud. terrain à perpétuité à compter de ce

(1) En este sepulcro descansaron los restos de San Martín desde 1862 a 1880, en que fueron trasladados a Buenos Aires, como ya se ha dicho en el lugar respectivo de esta obra.

jour pour y édifier un monument destiné à la sépulture de la famille de M. Balcarce en se conformant aux lois et règlements sur la police des cimetières.

En outre la présente concession est faite à la charge par le concessionnaire de payer les frais et honoraires auxquels les présentes donneront ouverture y compris le coût d'une expédition pour la commune de Brunoy.

Et moyennant la somme de 1.200 francs de prix principal que M. Balcarce a à l'instant payée comptant à la vue du notaire soussigné en bonnes espèces entre les mains de M. François Navier, percepteur des contributions de la commune de Brunoy et en cette qualité receveur municipal de lad. commune y demeurant à ce présent.

De laquelle somme M. Jeannest-Saint-Hilaire et M. Navier pour ce intervenant consentent à M. Balcarce bonne et valable quittance.

Faisant observer ici que sur la somme ci-dessus, celle de 400 francs est à verser au trésorier du bureau de bienfaisance de lad. commune et que le surplus revient à la commune de Brunoy conformément à l'ordonnance précitée.

Fait et passé à Brunoy en l'étude de Me. Leroy, notaire soussigné.

L'an 1861.

Le 10 novembre.

En présence de MM. Jean-Baptiste-Louis Duval, horloger, et Vincent-Désiré Petit, marchand épicier, demeurant à Brunoy, témoins requis.

Et lecture faite, les parties ont signé avec les témoins et le notaire.

BIBLIOGRAFIA

- ABAD (Plácido): *El General San Martín en Montevideo*. Montevideo 1928 1 tomo
- ACEVEDO (Eduardo): *Artigas*. Montevideo 1909 3 tomos
- Actas Secretas del Congreso General Constituyente de las Provincias del Río de la Plata*: Reimpresión facsimilar. Buenos Aires 1926 Infol.
- ALBERDI (Juan Bautista): *Escritos Póstumos*. Buenos Aires 1896 15 tomos
- ALDAO (Carlos A.): *Miranda y los Orígenes de la Independencia Americana*. Buenos-Aires, 1928 1 tomo
- ALSINA (Valentín): *Reseña de las Glorias adquiridas por el Ejército de los Andes*. Buenos-Aires, 1873 folleto
- ALVEAR Y WARD (Sabina de): *Historia de don Diego de Alvear y Ponce de León*. Madrid 1891 1 tomo
- AMUNÁTEGUI (Miguel Luis): *Los precursores de la Independencia de Chile*. Barcelona, 1909 3 tomos
- AMUNÁTEGUI (Miguel Luis y Gregorio Víctor): *La Reconquista Española de Chile, en 1814*. Madrid 1 tomo
- AMUNÁTEGUI (Miguel Luis) y VICUÑA MACKENNA: *La Dictadura de O'Higgins*. Madrid 1 tomo
- AMUNÁTEGUI SOLAR (Domingo): *Nacimiento de la República de Chile*. Santiago 1930 1 tomo
- ANDRADE (Olegario): *Obras poéticas*. Buenos Aires 1923 1 tomo
- ANDRÉ (Marius): *Bolívar y la democracia*. Barcelona 1 tomo
- Antecedentes políticos, económicos y administrativos de la Revolución de mayo de 1810*. Buenos Aires 1924 Infol.
- Archivo americano, 1847-1851*. Buenos Aires
- ARENALES (José): *Memoria Histórica sobre las operaciones e incidencias de la Expedición Libertadora a las órdenes del general don Juan Antonio Álvarez de Arenales en su segunda campaña a la Sierra del Perú en 1821*. Buenos Aires 1832 1 tomo
- AROCHA MORENO (Jesús): *Bolívar juzgado por el General San Martín*. Caracas, 1930 1 tomo
- AURORA DE CHILE: 1812-1813. Reimpresión paleográfica a plana y renglón con una introducción, por Julio VICUÑA CIFUENTES. Santiago de Chile, 1903 Infol.
- AVELLANEDA (Nicolás): *Obras Completas*. Buenos Aires 12 tomos
- AYARRAGARAY (Lucas): *La Iglesia de América y la Dominación española*. Buenos Aires 1920 1 tomo
- BALCARCE (Mariano): *Solicitud dirigida al señor Presidente de la República Peruana*. París 1851 folleto
- BARBAGELATA (Hugo): *Artigas y la Revolución Americana*. París, 1914 1 tomo
- BARROS ARANA (Diego): *Historia General de Chile*. Santiago 1884-1902 16 tomos
- BALDRICH (Amado J.): *Historia de la Guerra del Brasil*. Buenos Aires 1905 1 tomo
- BECCAR VARELA (Adrián): *Juan Martín de Pueyrredón*. Buenos Aires 1924 1 tomo
- BLANCO FOMBONA (Rufino): *Cartas de Bolívar 1799-1822*. París 1 tomo
- *La Entrevista de Guayaquil*. Madrid 1 tomo
- BOLÍVAR (Simón): *Discursos y proclamas*. París 1 tomo
- Bosquejo sobre el carácter y conducta de don José de la Riva Agüero*. Firmado: Los amigos de la libertad. Lima 1823 folleto
- BULNES (Gonzalo): *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*. Santiago de Chile 1888 2 tomos
- BUSANICHE (José Luis): *Estanislao López y el federalismo del litoral*. Buenos Aires 1927 1 tomo
- BRACKENRIDGE (E. M.): *La Independencia Argentina*. Buenos Aires 2 tomos

- BROSSARD (Alfred de): *Considérations historiques et politiques sur les Républiques de la Plata, dans leur rapport avec la France et l'Angleterre.* París 1850 1 tomo
- CABRERA (Presbítero Pablo): *La Segunda Imprenta de la Universidad de Córdoba.* Córdoba 1930 1 tomo
- CARDENO (R. P. Leonardo): *Reseña Histórica de la villa de Paredes de Nava.* Palencia, 1926 1 tomo
- CARLYLE (Thomas): *Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia.* Traducción directa del inglés con prólogo de Emilio CASTELAR. Madrid, 1893 2 tomos
- *El doctor Francia.* Traducción del inglés por Luis M. DRAGO. Buenos Aires, 1908 folleto
- CARRANZA (Adolfo P.): *San Martín,* Buenos Aires 1905 Infol.
- *San Martín, Su Correspondencia, 1823-1850.* Buenos Aires 1911 1 tomo
- CARRANZA (Angel Justiniano): *El laurel naval de 1814.* Buenos Aires, 1884 1 tomo
- *El General Lavalle ante la justicia póstuma.* Buenos Aires, 1883 1 tomo
- Carta de un sacerdote en el Perú, a su hermano en Jesucristo don Cayetano Requena: Lima 1819 folleto
- CASTRO (Adolfo): *Historia de la muy noble, leal y muy heroica ciudad de Cádiz.* Cádiz, 1845 1 tomo
- COCHRANE (Lord): *Manifiesto de las acusaciones que a nombre del General San Martín hicieron sus delegados ante el Gobierno de Chile y vindicación.* Lima 1823 folleto
- CORREA LUNA (Carlos): *Alvear y la diplomacia de 1824-1825.* Buenos Aires 1926 1 tomo
- Colección de los Bandos publicados por el Gobierno de Lima independiente.* Lima 1821 1 tomo
- Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú desde el año de 1821 hasta el 3 de diciembre de 1859.* Lima 2 tomos
- Colección de «La Presse»:* 1845-1850. París.
- Colección del «Journal des Débats»:* 1845-1850. París.
- Colección de «Le Moniteur Universel»:* 1845-1850. París.
- CRUZ (Ernesto de la): *Epistolario de don Bernardo O'Higgins.* Santiago de Chile 1916-1919 2 tomos
- Epistolario de Portales:* Santiago de Chile 1930 1 tomo
- DESTRUGE (Camilo): *La entrevista de Bolívar y San Martín.* Guayaquil, 1918 1 tomo
- Diario de las cosas notables acaecidas en Lima con motivo de la llegada del Ejército de la Patria al mando del general en jefe Excelentísimo señor don José de San Martín, desde el año pasado de 1820:* Lima, 31 de julio de 1821. folleto
- DÍAZ (Antonio): *Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata desde el año de 1828 hasta el año 1866.* Montevideo 7 tomos
- Diplomatic Correspondence of the United States concerning the Independence of the latin-american nations.* Nueva York 1925 3 tomos
- Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina y de otras secciones de América a que cooperó desde 1810 a 1828.* Buenos Aires 1917 Infol.
- Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina y de otras secciones de América a que cooperó desde 1810 a 1828. Paso de los Andes y Campaña Libertadora de Chile.* Buenos Aires 1926 Infol.
- Documentos del Archivo de San Martín:* Buenos Aires 1911 12 tomos
- Documentos del Archivo de Belgrano:* Buenos Aires 1914 5 tomos
- Documentos del Archivo de Pueyrredón:* Buenos Aires 1912 6 tomos
- DOMÍNGUEZ (Luis M.): *Historia Argentina.* Buenos Aires 1870 1 tomo
- Dorrego y el Federalismo Argentino: Documentos Históricos con introducción del Doctor Antonio Dellepiane.* Buenos Aires 1926 1 tomo
- El Cabildo de Lima a sus habitantes.* Lima 1821 folleto
- El Redactor de la Asamblea de 1831.* Edición facsimilar. Buenos Aires 1913 1 tomo
- El Redactor del Congreso Nacional de Tucumán.* Edición facsimilar. Buenos Aires 1916 1 tomo
- ESTRADA (José Manuel): *Lecciones de Historia Argentina.* Buenos Aires 1898 2 tomos
- *La Política Liberal bajo la tiranía de Rosas.* Buenos Aires 1917 1 tomo

- ESPEJO (Jerónimo): *Apuntes Históricos sobre la Expedición Libertadora del Perú*. Buenos Aires 1877 folleto
- *La Conferencia de Guayaquil*. Buenos Aires 1873 1 tomo
- *El Paso de los Andes*. Buenos Aires 1916 1 tomo
- El Memorial ajustado sobre el ejercicio del Patronato Nacional*. Buenos Aires 1816 1 tomo
- Exhortación de Antonio Camilo Vergara, Cura Rector de la Parroquia de San Lázaro, a sus feligreses*. Lima 1820 folleto
- Explicación del objeto que se propuso el señor Moreno en el discurso que dijo en la Sociedad Patriótica el 19 de marzo y de los sentimientos que le animan*. Lima 1822 folleto
- Exposición de las tareas administrativas del Gobierno desde su instalación hasta el 15 de julio de 1822, presentado al Congreso por el Ministro de Estado y Relaciones Exteriores, don Bernardo Montecagudo, en cumplimiento del decreto protectoral del 18 de enero*. Lima 1822 .. folleto
- FELIU CRUZ (Guillermo): *El Libelo sobre el General San Martín*. Santiago de Chile 1929 folleto
- FREGEIRO (Clemente): *La Batalla de Ituzaingó*. Buenos Aires 1819 1 tomo
- FRÍAS (Félix): *Escritos y discursos*. Buenos Aires 4 tomos
- FUNES (Gregorio): *Ensayo de la Historia Civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*. Buenos Aires 1856 2 tomos
- Gaceta de Buenos Aires 1810-1821*.
- GALLET (Benedict): *L'Etendard de Pizarro et le cercueil du General San Martín*. Bruxelles 1861 folleto
- GANA (Federico): *Extracto de un diario de viajes a Chile, Perú y México en los años 1820, 1821, 1822 por el capitán Basilio Hall, traducido del inglés*. Santiago de Chile 1 tomo
- GANDARILLAS (Manuel José): *Don Bernardo O'Higgins: Apuntes Históricos sobre la revolución de Chile*. Santiago 1905 1 tomo
- GARZÓN (Ignacio): *Crónica de Córdoba*. Córdoba 1902 3 tomos
- GARCÍA CAMBA (Andrés): *Memorias para la Historia de las Armas españolas en el Perú*. Madrid 2 tomos
- GIL FORTOUL (José): *Historia constitucional de Venezuela*. Caracas, 1930 1 tomo
- GIRON (Pedro Agustín): *Memorias*. Libro inédito existente en poder del General Juan ARZADUN. Madrid 1 tomo
- GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO (José): *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España*. Madrid 1896 10 tomos
- GRAHAM (Mary): *Journal of a residence in Chile during the year 1822 and voyage from Chile, to Brazil in 1823*. London 1824 1 tomo
- GUAL Y JAÉN (Ricardo): *Biografía del General San Martín*. Londres 1823 1 tomo
- GUASTAVINO (Juan Esteban): *San Lorenzo*. Buenos Aires 1913 1 tomo
- *La Cuna de San Martín*. Buenos Aires 1915 folleto
- GUIDO LAVALLE (Ricardo): *El General don Tomás Guido y el Paso de los Andes*. Buenos Aires 1917 1 tomo
- GUIDO Y SPANO (Carlos): *Vindicación Histórica. Papeles del brigadier General Guido*. Buenos Aires 1882 1 tomo
- GUIDO (Tomás): *San Martín y la gran epopeya*. Buenos Aires 1928 1 tomo
- GUTIÉRREZ (Juan María): *La Estatua de San Martín*. Buenos Aires 1863 Infol.
- HAIGH (Samuel): *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y el Perú*. Buenos Aires 1920 1 tomo
- HALL (Basil): *Voyage au Chili, au Pérou et au Mexique pendant les années 1820, 1821, et 1822*. París 1825. 2 tomos
- HISPANO (Cornelio): *El libro de Oro de Bolívar*. París 1925 1 tomo
- Historia de la guerra de España contra Napoleón*. Madrid, 1818 1 tomo
- Historia de las Provincias del Río de la Plata desde 1816-1818 por el Deán Funes, continuada hasta el fusilamiento del Gobernador Dorrego en 1928 por A. Zinny*. Buenos Aires 1875 1 tomo
- Idea de un Banco auxiliar de papel moneda*. Lima 1821 folleto
- Institución de la orden del Sol sancionada por el Protector de la Libertad del Perú*. Lima 1821 folleto
- IZCUE (José A.): *Castilla y San Martín*. Lima, 1908 1 tomo
- J. C. C.: *Yapeyú. Antecedentes e inauguración del monumento erigido a la memoria de San Martín*. Buenos Aires 1900 1 tomo
- JHON (Thomas): *Diario de viaje del General O'Higgins en la campaña de Ayacucho*. Sgo. de Chile, 1917 1 tomo

- LACASA (Pedro): *Vida Militar y Política del General Juan Lavalle*. Buenos Aires 1924 1 tomo
- LAMAS (Andrés): *Rivadavia. Su obra política y cultural*. Buenos Aires 1915 1 tomo
- La Plata et le Brésil. *Observations sur le discours de M. Thiers prononcé à l'Assemblée Générale à l'occasion de la question du Rio de la Plata*. London 1850 folleto
- LAFOND DE LURCY (Gabriel): *Voyages dans l'Amérique espagnole pendant les guerres de l'Indépendance*. Paris 1844 2 tomos
- *Les Iles Marquises et les Colonies de la France*. Paris, 1843 1 tomo
- *Mers du Sud, de la Chine et de l'Archipel de l'Inde*. Paris, 1844 2 tomos
- LARRAZÁBAL (Felipe): *Vida del Libertador Simón Bolívar*. Nueva York 1857 2 tomos
- LAZCANO (Martín V.): *Las Sociedades secretas, políticas y masónicas en Buenos Aires*. Buenos Aires 1927 2 tomos
- LECUNA (Vicente): *Cartas del Libertador*. Caracas 1929 10 tomos
- LEGUIZAMÓN (Martiniano): *La Casa natal de San Martín*. Buenos Aires 1925 1 tomo
- Le T. R. Père Marie-Théodore Ratisbonne. Paris 1905 2 tomos
- LETURIA (Pedro S. J.): *El Ocaso del Patronato Real en la América Española*. Madrid 1925 1 tomo
- LEVENE (Ricardo): *Ensayo Histórico sobre la revolución de mayo y Mariano Moreno*. Buenos Aires 1921 2 tomos
- LÓPEZ (Vicente F.): *Historia de la República Argentina*. Buenos Aires 1913 10 tomos
- *Refutación a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*. Buenos Aires 1916 3 tomos
- LÓPEZ (Vicente Fidel): *El conflicto y la entrevista de Guayaquil*. Buenos Aires 1888 folleto
- LUGONES (Leopoldo): *El Imperio jesuítico*. Buenos Aires 1904 1 tomo
- MANSILLA (Lucio): *Rozas. Ensayo Histórico-Psicológico*. París 1898 1 tomo
- MARRAGAÑA (H.): *Los Mensajes*. Buenos Aires 1910 1 tomo
- MEDINA (Toribio): *Historia de la Imprenta en América*. La Plata 1892
- *Imprenta en Arequipa. El Cuzco, Trujillo y otros pueblos del Perú durante las campañas de la Independencia*. Santiago de Chile 1904. folleto
- *Manifiesto de las acusaciones que a nombre del General San Martín hicieron sus delegados ante el Gobierno de Chile, contra el vice-almirante Lord Cochrane y vindicación de éste dirigida al mismo San Martín*. Lima 1823 folleto
- *Manifiesto Histórico y Político de la revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú y Río de la Plata*. Buenos Aires 1818 1 tomo
- *Manifiesto de la conducta pública seguida por don Juan García del Río y don Diego Paroissien, ex ministros plenipotenciarios del Perú cerca de las Cortes de Europa*. Londres 1825 folleto
- *Ensayo acerca de una Mapoteca chilena*. Santiago de Chile, 1889 1 tomo
- MANCINI (Jules): *Bolívar et l'émancipation des Colonies espagnoles des origines à 1515*. Paris 1912 1 tomo
- MÁRMOL (José): *Obras poéticas*. Buenos Aires 1 tomo
- MILLER (John): *Memoirs of General Miller in the service of the Republic of Perú*. London 1829 2 tomos
- MIRANDA (Héctor): *Las instrucciones del año XIII*. Montevideo 1910 1 tomo
- MITRE (Bartolomé): *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*. Buenos Aires 1890 4 tomos
- *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Buenos Aires, 1887 3 tomos
- *Arengas*. Buenos Aires, 1889. 1 tomo
- *Comprobaciones históricas*. Buenos Aires, 1916 2 tomos
- MOLINA (Juan Ignacio): *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*. Traducido del italiano por Don Domingo José de ARQUELLADA MENDOZA. Madrid, 1882 2 tomos
- MONTALVO (Juan): *Los Siete Tratados*. Besançon 1882 2 tomos
- MONTEAGUDO (Bernardo): *Exposición de las tareas administrativas del Gobierno desde su instalación hasta el 15 de julio de 1822*. Lima 1822. folleto

- *Memoria sobre los principios que seguí en la administración del Perú y acontecimientos posteriores a mi separación*. Quito, 1823 folleto
- MORENO (Mariano): *Doctrina democrática*. Buenos Aires 1915 1 tomo
- O'LEARY (Daniel Florencio): *La emancipación del Perú, según correspondencia del General Heres con el Libertador, 1821-1830*. Madrid 1919 1 tomo
- ORNSTEIN (Leopoldo R.): *La campaña de los Andes*. Buenos Aires 1931 1 tomo
- PALACIOS (Nicolás): *La raza chilena*. Santiago 1918 2 tomos
- PALMA (Ricardo): *Tradiciones peruanas*. Madrid 5 tomos
- PAREDES (José Gregorio): *Almanaque peruano y guía de forasteros para el año 1817*. Lima 1816 1 tomo
- PAZ (José María): *Memorias póstumas*. La Plata 1892 5 tomos
- PAZ SOLDÁN (Mariano Felipe): *Historia del Perú independiente*. Lima 1868-1874 3 tomos
- *Diccionario Geográfico y Estadístico del Perú*. Lima, 1877 1 tomo
- PELLIZA (Mariano A.): *Dorrego en la historia de los partidos unitario y federal*. Buenos Aires 1878 1 tomo
- *La dictadura de Rosas*. Buenos Aires, 1917 1 tomo
- *El sol del escudo nacional*. Buenos Aires, 1900 folleto
- *Monteagudo, su vida y sus escritos*. Buenos Aires, 1880 1 tomo
- PIAGGIO (Agustín): *Influencia del clero en la independencia argentina 1810-1920*. Barcelona 1912 1 tomo
- Proceso original justificativo contra los reos acusados de alta traición en el Congreso y Directorio, mandado juzgar por el artículo 7º del Tratado de Paz firmado por este Gobierno con los jefes de las fuerzas federales de Santa Fe y Banda Oriental*. Buenos Aires 1820 foll. inf.
- PRUVONENA: *Memoria y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*. París 1850 2 tomos
- QUESADA (Ernesto): *Las reliquias de San Martín*. Buenos Aires 1901 folleto
- *La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico*. Buenos Aires, 1898. 1 tomo
- *El ostracismo de San Martín*. Buenos Aires, 1919 folleto
- QUINTERO (Manuel): *El sitio de Cádiz por las tropas de Napoleón en 1812*. Cádiz 1912 1 tomo
- RAMÍREZ (Carlos María): *Artigas*. Montevideo 1884 1 tomo
- REQUENA (Cayetano): *Carta de un sacerdote en el Perú a su hermano en Jesucristo*. Lima 1819 folleto
- RESTREPO (José Manuel): *Historia de la revolución de la República de Colombia*. París 1825 24 tomos
- Revista de Buenos Aires*. 1863-1871 10 tomos
- Revista del Río de la Plata*. 1871-1875 2 tomos
- RODRÍGUEZ (Gregorio F.): *Historia de Alvear*. Buenos Aires 1913 3 tomos
- *Contribución histórica y documental*. Buenos Aires 1922 1 tomo
- *El General Soler*. Buenos Aires 1909 folleto
- *La acción de O'Higgins en Chacabuco*. Buenos Aires 1912 1 tomo
- RODÓ (José): *El Mirador de Próspero*. Montevideo 1913 1 tomo
- ROJAS (Aristides): *Obras escogidas*. París 1907 1 tomo
- SALAS (Carlos I.): *Bibliografía del General Don José de San Martín* 1 tomo
- *Bibliografía de Bernardo Monteagudo*. Buenos Aires 1924 5 tomos
- SALDÍAS (Adolfo): *Historia de la Confederación Argentina*. Buenos Aires 1911 1 tomo
- *La evolución republicana durante la revolución argentina*. Buenos Aires 1906 1 tomo
- *Los números de línea del Ejército Argentino*. Buenos Aires, 1912 1 tomo
- SANTA COLOMA (Federico): *Escritos del Coronel don Federico Brandzen*. Buenos Aires, 1910 53 tomos
- SARMIENTO (Domingo F.): *Obras completas*. Buenos Aires 1899 1 tomo
- SILVA (J. Francisco V.): *El Libertador Bolívar y el Deán Funes en la Historia Argentina*. Madrid 1 tomo
- STÉVENSON (William Bennet): *Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú*. Madrid 1 tomo
- Toma de razón de despachos militares, cédulas, premios, retiros, empleos civiles y eclesiásticos 1740-1821*. Buenos Aires 1925 1 tomo
- TORRE REVELLO (José): *Don Juan de San Martín. Noticias biográficas con apéndice documental*. Buenos Aires 1927 1 tomo

- TORRENTE (Mariano): *Historia de la Revolución Hispano-Americana*. Madrid 1829 3 tomos
- UNANUE (José Hipólito): *Guía política, eclesiástica y militar del Virreinato del Perú*. Lima 1805 1 tomo
- VARELA (Florencio): *Autobiografía*, Montevideo, 1848 1 tomo
- *Rosas y su Gobierno*. Buenos Aires, 1927 folleto
- VICUÑA MACKENNA (Benjamín): *La Revolución de la Independencia del Perú desde 1809 a 1819*. Lima 1860 1 tomo
- *El ostracismo de los Carrera*. Santiago de Chile 1886 1 tomo
- *Relaciones Históricas*. Santiago de Chile 1877 1 tomo
- *Relaciones Históricas de Chile, Segunda Serie*. Santiago de Chile 1878. 1 tomo
- *Vida del Capitán General de Chile, Don Bernardo O'Higgins*. Santiago de Chile 1882 1 tomo
- *El General San Martín. Revelaciones íntimas*. Buenos Aires 1878 folleto
- *El General Don José de San Martín, considerado según documentos enteramente inéditos*. Santiago de Chile 1902 1 tomo
- *Miscelánea*. Colección de artículos, discursos, biografías, impresiones de viaje, ensayos, estudios sociales y económicos. Santiago de Chile, 1872. 3 tomos
- VIDAL (Benito): *Acusación contra el Director del Estado, don Juan Martín de Pueyrredón y el Secretario del Gobierno don Gregorio Tagle ante el Soberano Congreso*. Montevideo, 1818 folleto
- VILLANUEVA (Carlos A.): *Historia de la República Argentina*. París 1914. 2 tomos
- *La Santa Alianza*. París 1 tomo
- *La Monarquía en América. Bolívar y el General San Martín*. París .. 1 tomo
- *El Imperio de los Andes*. París 2 tomos
- VILLANUEVA (Laureano): *Vida de Don Antonio José de Sucre, gran Mariscal de Ayacucho*. París 1 tomo
- ZINNY (Antonio): *Bibliografía histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde el año 1870 hasta el año de 1821*. Buenos Aires 1875. 1 tomo
- *Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas desde 1810 hasta 1878*. Buenos Aires 1879 3 tomos

I N D I C E

CAPÍTULO PRIMERO. — SAN MARTÍN EN EL PREÁMBULO DE SU OSTRACISMO.

SUMARIO: San Martín a bordo del bergantín *Belgrano*. — Su llegada a Valparaíso y honores con que lo recibe su gobernador Ignacio Zenteno. — Cochrane buscando querrela a San Martín. — Una calumnia mayúscula. — Acusación que no prosperó. — Lo que sobre este punto escribe Barros Arana. — Cochrane agente difusor de las calumnias sobre San Martín. — San Martín no llegó a Chile como un fugitivo, sino como un héroe que voluntariamente entra en el ostracismo. — Al llegar a Santiago, O'Higgins lo espera en el palacio directorial, y le brinda su chacra del Conventillo. — San Martín en Cauquenes y en Santiago. — Un informe sobre San Martín dirigido al secretario Adams por el agente diplomático de Estados Unidos en Santiago. — Desde Santiago San Martín agradece los honores otorgados por el congreso peruano. — Olmedo y la sorpresa causada por la separación de San Martín. — Documento que constituye un desmentido categórico. — Carta de Javier Luna Pizarro a San Martín. — San Martín, declara aquél, ocupa un lugar en la historia de los genios. — Términos con que le escribe Francisco Ugarte, guayaquileño. — Llamado formulado por Francisco Roca, guayaquileño igualmente. — Causas complejas que amenazaban la estabilidad del Perú. — La cuestión entre el Perú y Colombia, agravada después de la partida de San Martín. — Carta dirigida a éste por Soyer. — El congreso y Paz del Castillo, según el testimonio de Soyer. — Vacío dejado en el Perú por San Martín, que nadie puede llenar. — *La Abeja Republicana* desacredita la obra protectoral de San Martín. — Impugnación que provoca este artículo. — Una apología que restablece la verdad. — San Martín vindicado de la calificación de cobarde. — La deposición de Monteagudo. — San Martín desempeñando en el Perú, a su regreso de Guayaquil, el mismo papel que Octavio en Roma. — Cómo se contesta a sus detractores, y cómo concluye la magistral apología. — San Martín vuelve las espaldas al poder, pero no a los intereses relacionados con la guerra. — En Chile San Martín se pone al habla con el comandante Gutiérrez de la Fuente. — Circular dirigida por San Martín a varias provincias argentinas, sobre la división auxiliar que debe comandar Urdininea. — San Martín envía a Urdininea dos poderes. — Carta a don Ambrosio Lezica. — Urdininea en marcha para Tucumán. — Proclama lanzada por él en esa ocasión. — Carta que desde Sumampa le dirige a San Martín. — Al saberlo en Mendoza, le escribe para que desde allí le dé un impulso a la expedición. — Las intrigas de Cochrane. — Supuesta carta de Freire a Cochrane. — Carta de Freire a San Martín. — La abdicación de O'Higgins. — Estando en Mendoza San Martín se enteró de este acontecimiento. — Carta que le dirige a O'Higgins, felicitándolo. — Contestación de O'Higgins. — La malquerencia en torno de San Martín y de O'Higgins. — Restauración en la cual pensaba San Martín. — Carta de Freire a San Martín. — Carta de O'Higgins a San Martín al alejarse de Valparaíso. — Un documento que no existe ni en el epistolario de O'Higgins, ni en el archivo de San Martín. — O'Higgins instalado en La Magdalena. — Rara simultaneidad con que pusieron fin a su carrera política O'Higgins y San Martín

5

CAPÍTULO II. — SAN MARTÍN DURANTE Y DESPUÉS DE MOQUEGUA.

SUMARIO: En enero de 1823, San Martín abandona Santiago. — Al saberlo en viaje el capitán Olazábal sale a su encuentro en la Cordillera. — San Martín cabalgando en una mala zaina. — Declaración que formula el 3 de febrero. — Su entrada en Mendoza y su llegada a Los Barriales. — Anécdotas contadas por Olazábal que acusan su buen humor. — Acontecimientos desarrollados en el Perú después de la partida de San Martín. — La junta de gobierno. — La división colombiana en Miraflores y la ejecución del plan de campaña proyectado por San Martín. — Paz Castillo opone reparos a su colaboración. — El batallón de Voltijeros. — Oficio de Guido a Alvarado motivado por la actitud de Paz del Castillo. — Propositiones a que éste subordina su colaboración. — Estas proposiciones observadas por Guido en su calidad de ministro de la Guerra. — Intransigencia del jefe colombiano. — Lo que sobre esto le escribió Guido a San Martín. — Maniobras ocultas de Bolívar para entrar en el Perú. — Cayetano Requena le anuncia a San Martín el reembarque de la división de Colombia. — Arenales obstaculizado en sus operaciones. — Nota dirigida por él al congreso. — Retirada de Arenales. — Carta que le escribe a San Martín al llegar a Chile. — La cabeza de la hidra de la discordia. — Desde Arica Alvarado se dirige a San Martín. — Alvarado dispuesto a emprender la marcha que indica el honor y la necesidad. — Línea estratégica que ocupaba entonces el ejército realista. — Fuerzas que componían el ejército de Alvarado. — Pormenores que éste le da a conocer a San Martín. — Medidas de los realistas para ponerse en guardia. — Fuerzas realistas existentes en Moquegua, cuando Alvarado desembarcó en Arica. — Batalla de Torata y Moquegua. — El insuceso de esta campaña obra de la fatalidad y de las intrigas. — La diplomacia dictada por Bolívar a Paz del Castillo. — Después de Moquegua Bolívar le escribe a Alvarado para que lo espere en el Perú. — Las ambiciones y la política de Riva Agüero. — El clamor de Lima por el regreso de San Martín. — El gobierno de Chile se dirige a él y lo insta para que regrese al Perú y lo salve. — Contestación dada por San Martín. — Llamado formulado por Lanza y por Thwaites. — «Yo apelo al eminente patriotismo de V. E.», le escribe Villarín. — El deán Echagüe y San Martín. — Por qué San Martín no respondió a sus llamados. — Bolívar y Riva Agüero. — Riva Agüero, mariscal y presidente de la República. — Uno de los primeros actos de Riva Agüero al asumir el mando. — Portocarrero, ministro ante el gobierno de Colombia. — Misión de José de la Lenca y de Blanco Encalada. — Entrada de Canterac en Lima y su retirada. — Carta que a raíz de este suceso le escribe Guido a San Martín. — El congreso reinstalado en Lima. — Desde Trujillo Riva Agüero lo declara disuelto — El congreso lo declara reo de alta traición y sujeto al rigor de la ley. — Los peruanos vuelven sus ojos a San Martín. — Entrada de Bolívar en Lima. — Bolívar revestido del poder dictatorial. — Un brindis de Bolívar. — Sucesos notificados por Guido a San Martín. — La llegada de Bolívar al Perú no apaga la estima que allí se tiene por San Martín. — Carta de Riva Agüero a San Martín. — Contestación dada por San Martín. — Sin consentimiento de San Martín esta carta es publicada por el mayor Iglesias. — Riva Agüero y sus felicitaciones a Bolívar. — Alianza que buscaba entre españoles y peruanos. — Carta que Bolívar le dirige para que abdique el mando. — Entrevista de los representantes de Bolívar con Riva Agüero. — Condiciones impuestas por éste para su abdicación. — Entrevista de Gutiérrez de la Fuente con Riva Agüero. — Riva Agüero embarcado en la goleta *Delfín* y en viaje a Norteamérica. — La campaña en el sud del Perú, abierta por Riva Agüero. — Derrota que las tropas patriotas sufren en Zepita. — Llamado que se le dirige a San Martín por eminentes patriotas para que retorne al Perú. — Contestación dada por San Martín. — Misión confiada al coronel Iturregui por Riva Agüero para atraerse a San Martín. — La guerra con los españoles y la anarquía en la mente de San Martín. — Razón por la cual San Martín se abstuvo de retornar al Perú

CAPÍTULO III. — ESTADA DE SAN MARTÍN EN MENDOZA.

SUMARIO: Propósito de San Martín al pasar la Cordillera. — Por qué desistió de su viaje a Buenos Aires. — Su conducta para con el Perú. — Rivadavia y los emisarios españoles. — Armisticio firmado en Buenos Aires. — Félix Alzaga, nombrado ministro en el Perú. — Las tramoyas políticas y su fracaso. — Espartero y Las Heras en la ciudad de Salta. — Rivadavia mira en San Martín no un colaborador sino un rival. — San Martín el más pacifista de los pacifistas. — Lo que no vio Rivadavia. — Resultado de su conducta. — San Martín, según un marino francés, temido de su gobierno. — Carta de San Martín a Chilavert sobre la guerra que se le hacía, estando en Mendoza. — Por no poder vivir tranquilo en su patria, San Martín decidió partir para Europa. — Lo que se deduce de las declaraciones de San Martín. — Un consejo de Guido. — La esposa de San Martín en trance de muerte. — Permiso que desde Mendoza solicita San Martín del gobierno del Perú para trasladarse a Europa. — Contestación y pasaporte otorgado por el gobierno peruano. — El marqués de Torre Tagle y San Martín. — La fortuna de San Martín. — Solicitud proyectada por él en 1816 para que se le concedan cincuenta cuadras en Los Barriales. — Su hija Mercedes incluida en la donación. — Cincuenta cuadras, declara San Martín, llenan sus aspiraciones. — Los escribanos del gobierno extienden el título de propiedad. — Terreno que San Martín poseía en la Alameda. — Terreno que en 1819 intentó comprar a los dominicos en Mendoza. — Reintegro de ese terreno reclamado por el superior provincial, y contestación dada por San Martín. — Pesar que en aquel superior provocó esta contestación. — Casa de San Martín en Buenos Aires. — Rondeau cumpliendo con un voto del congreso argentino al donar esta casa. — Escalada encargado de su reparación. — Chacra de Beltrán donada por Chile a San Martín. — Parte de su renta destinada por San Martín a un hospital de mujeres en Mendoza, y a la dotación de un vacunador. — La casa de Jesús María y la Magdalena. — Balance del patrimonio de San Martín. — San Martín, rico en gloria, pero no en numerario. — Contestación de San Martín a las calumnias de Carrera. — Voto de Guido que San Martín guarda secreto en su corazón. — Donación que ante escribano le hace a él de cincuenta cuadras en Villanueva de San Martín. — San Martín y su criado Cabrera en el Perú. — San Martín y la enfermedad de su esposa. — Desposorio de San Martín con doña Remedios Escalada. — Primer laurel colocado por él en el lecho nupcial. — El primer vástago. — Bautizo de la hija de San Martín en Mendoza. — Al emprender la campaña de Chile San Martín envía a su esposa a Buenos Aires. — La vuelta de ésta a Mendoza. — Documento a favor de su esposa que puede considerarse como su primer testamento. — Los síntomas de una enfermedad mortal. — Carta de San Martín a O'Higgins al enviar a su esposa a Buenos Aires. — Belgrano y la esposa de San Martín. — Comentarios que provoca este viaje según Paz. — Carta de Belgrano a San Martín desde el Rosario. — La familia Escalada. — Las comunicaciones entre San Martín y su esposa. — Muerte de la esposa de San Martín. — Votos de condolencia recibidos por San Martín. — San Martín abandona Mendoza

73

CAPÍTULO IV. — SAN MARTÍN Y LA PRIMER ETAPA DE SU OSTRACISMO.

SUMARIO: *El Argos* y la llegada de San Martín a Buenos Aires. — Mausoleo erigido por San Martín a su esposa. — Inscripción que desautoriza por anticipado a sus calumniadores. — Supuesta causal del ostracismo de San Martín apuntada por Ernesto Quesada. — El viaje de San Martín desde Lima a Buenos Aires. — Afirmación de Quesada en lo relativo a la permanencia de San Martín en Mendoza. — Causales que explican esta permanencia. — Como fué recibido San Martín en Buenos Aires. — San Martín y la familia Escalada. — Carta de don Antonio Escalada a San Martín. — El timbre blasonero de esta familia. — Testimonio de un viajero americano. — La correspondencia de San Martín y su esposa. — Blanco Encalada y la esposa de San Martín. — Carta de Lezica a San Martín. — Semillero de intrigas señalado por Guido desde Lima. — Comentario del doctor Pedro Vidal,

sobre la política rivadaviana. — Posible encuentro de San Martín con Rivadavia en Buenos Aires. — San Martín pide y obtiene sus pasaportes. — Su fondo de reserva. — San Martín a bordo del navío francés *Le Bayonnais*. — El ostracismo de San Martín desenlace lógico de los acontecimientos. — Cómo se despidió de su amigo Brandzen. — Lo que desautoriza este documento. — San Martín en el Havre. — Nota dirigida por el prefecto del Havre al director de la policía de París. — La policía francesa y el Libertador americano. — Uno de los concejales de la prefectura y el ministro del Interior. — Nota pasada por éste al embajador de Francia en Londres, príncipe de Polignac, sobre San Martín. — Ignorancia y conducta del gobierno borbónico. — El ministro del Interior devuelve el pasaporte de San Martín y niega su visación. — Con carácter confidencial la Cancillería española es informada del arribo de San Martín. — Ordenes transmitidas al subprefecto del Havre para que se le deje partir. — Nota del director de la policía de París al de la policía en Madrid sobre la llegada de San Martín. — San Martín objeto de la curiosidad aduanera en el Havre. — El contenido de su equipaje. — Del Havre pasa San Martín a Southampton. — El superintendente de la policía española y San Martín. — Medidas precaucionales que llegan al ridículo. — San Martín en Londres. — El ex-emperador Iturbide y el arribo de San Martín a Inglaterra. — San Martín honrado con la ciudadanía de Banff. — Vinculación de San Martín con los lores ingleses. — En Londres se ocupa San Martín de la adquisición de dos fragatas para reforzar con ellas la escuadra peruana. — Una carta de Guido del 11 de diciembre de 1824. — Orden que recibe Guido de abandonar el Perú por no abanderarse, según él lo declara, entre los enemigos de San Martín, firmada por Bolívar. — Por qué San Martín no finalizó el negociado de las dos fragatas. — Poder otorgado por San Martín a Manuel Escalada para acogerse a la nueva ley militar. — Dudas sobre si se le otorgó o no el permiso de retiro solicitado entonces. — San Martín y su hermano Justo, residente en París. — Solicitud presentada por éste al ministro del Interior en Francia para que se le permita la entrada en ella. — La negativa a esta solicitud llevó a San Martín a los Países Bajos. — Cruza la Mancha y se instala en Bruselas

CAPÍTULO V. — SAN MARTÍN EN BRUSELAS.

SUMARIO: Bruselas y el reino de los Países Bajos. — Admisión de San Martín en Bruselas. — Un punto obscuro en la búsqueda documental. — Carta de San Martín a O'Higgins sobre su residencia. — Contestación dada por O'Higgins. — O'Higgins y los dardos de la persecución. — La vida de San Martín en Bruselas, según Miller. — Informe de Pablo Vázquez, diplomático mexicano, sobre San Martín y Riva Agüero. — Un libertador y un presidente del Perú en el destierro. — El ostracismo de San Martín y los acontecimientos en el Plata. — Rivadavia y la Guerra con el Brasil. — Los triunfos de Alvear y de Brown. — Solicitud de San Martín para que se le prorrogue su licencia en Europa. — Invitación que le hace a Guido para que renueve esta solicitud y ofrezca sus servicios para la guerra. — Puntos tocados por Guido en su carta a San Martín. — Contestación dada por San Martín a su retorno de Holanda. — La política de Alvear según San Martín. — Acontecimientos que no escapan al análisis y penetración de San Martín. — La conducta de Manuel Escalada, juzgada por él. — San Martín y la exaltación de su bilis. — Mutación operada en su hija Mercedes. — San Martín considerado como un verdadero cuáquero en Bruselas. — Su casa de campo. — Pena que siente de no encontrarse en Mendoza. — Mendoza y el Paraná en los recuerdos de San Martín. — Con lo poco que tiene, San Martín se declara el hombre más poderoso de la tierra. — Un rasgo de buen humor. — El triunfo de Ituzaingo comunicado por Guido a San Martín. — Guerra civil que toma un carácter devastador. — San Martín y Bolívar según Guido. — El parte de la batalla de Ituzaingo. — Este triunfo y el de Juncal comentados por San Martín. — La conducta de Bolívar en el Perú no lo toma de sorpresa. — Causas de la caída de Rivadavia. — La diplomacia y sus burlas. — El carácter de Rivadavia según San Martín y el tratado que según él «es vergonzoso y degradante». — Alvear, según San Martín, «es una mala estrella que gravita sobre su país». — Rumor sobre el retorno de San Martín a su patria. — Un nuevo campo de gloria abierto

a San Martín. — Rivadavia, le dice Guido, no habría podido resistirse al voto de la opinión, que lo es al mismo tiempo la de los militares. — San Martín y don Vicente López, elegido para la presidencia de la República. — Documento que suponemos perdido. — San Martín brinda a Vicente López su espada. — Olvido que hace Rivadavia del héroe de los Andes. — O'Higgins felicita a San Martín por su ofrecimiento. — Situación apremiante de San Martín expuesta en carta a O'Higgins. — Razones que lo determinan a pensar en un viaje al Plata. — Nueva casa habitada por San Martín en Bruselas. — Lo que era en esa época la *rue de la Fiancée*. — Los documentos topográficos y la casa que debió ocupar San Martín. — San Martín y su apoderado Iglesias. — La correspondencia de San Martín fiscalizada. — Una calumnia monstruosa. — Iglesias y la pensión de San Martín. — Suma que pudo cobrar en marzo de 1823. — Carta que a su regreso de Chile a Lima le escribe a San Martín. — O'Higgins designado por San Martín para cobrar su sueldo. — Razón por la cual San Martín no se dirige a Bolívar, árbitro del Perú. — Los intereses de San Martín en Lima, en manos de Riglos. — Iglesias y la chacra de San Martín en Mendoza. — Iglesias interesado en la compra del sitio que San Martín poseía en la Alameda. — Última carta de Iglesias a San Martín. — Un enemigo de San Martín que en Mendoza desea su retorno. — San Martín tan grande en la vida privada como en la gloria 120

CAPÍTULO VI. — SAN MARTÍN, ANTES DE SU PARTIDA AL PLATA.

SUMARIO: Problema sentimental resuelto por San Martín. — La hija de San Martín en Bruselas. — Máximas redactadas por él, para formar su carácter. — Una hija modelo. — San Martín, rígido y severo instructor. — El general don Guillermo Miller. — Sus servicios en Chile y en el Perú. — El jefe de la Legión Peruana y su actuación en la batalla de Ayacucho. — Llegada de Miller al territorio argentino. — Brindis de Redhead en que se hace justicia a San Martín. — Desde Londres Miller anuncia a San Martín su llegada. — Contestación de San Martín. — Miller en el Continente y en París. — Un paso de O'Higgins comentado por San Martín. — Miller bajo el techo de San Martín. — Miller y los materiales de sus Memorias. — Preguntas formuladas a San Martín. — La logia Lautaro. — Promenores muy interesantes. — Croquis del combate de San Lorenzo, de la batalla de Chacabuco y de Maipú. — San Martín y el triunfo de Ituzaingó. — Lo que debe ser una narración histórica según San Martín. — Una opinión sobre Bolívar. — San Martín y sus servicios a la patria después de la caída de Rivadavia. — Consejo dado por San Martín a Miller al querer penetrar en territorio italiano. — Juicio que le merece la elección de La Mar para presidente del Perú. — San Martín felicita a Miller por su retorno al Perú. — Las Memorias de Miller. — Miller, hombre necesario según San Martín. — Ofrecimiento que le hace de su nuevo domicilio en Bruselas. — San Martín en Lieja, en viaje para Aix-la-Chapelle. — Su encuentro con O'Brien y su salud. — San Martín precioso colaborador para Miller. — Causa de la expulsión de Abadía. — Otros pormenores interesantes. — Lo que arrastraba en su marcha el ejército de los Andes. — El asalto de Talcahuano. — Razón de su desembarco en Pisco. — La retirada de Arenales. — La persecución de Canterac. — San Martín espera retornar al Plata con Miller. — San Martín se resiste a embarcarse con Miller para América pasando por los Estados Unidos. — Retrato de San Martín hecho por Madou, enviado a Miller. — Viaje realizado por San Martín durante el año de 1828. — Su paso por Lille, y su pasaporte. — Alarma que esta llegada de San Martín provoca en el ministerio del Interior y en la policía de París. — Actitud asumida por el ministro de Relaciones Exteriores. — San Martín autorizado a pasar de Lille a Marsella. — El prefecto de Marsella anuncia la llegada de San Martín. — Autorización dada por el ministro del Interior. — San Martín buscado infructuosamente en París. — San Martín en Tolón. — Un documento firmado por el «Maitre de Requêtes». — San Martín durante su permanencia en Marsella. — Informe inexacto sobre San Martín. — Cuando a San Martín se le buscaba en París se encontraba en Aix-la-Chapelle. — La gira de San Martín en Francia. — San Martín en Canterbury y en casa de Miller. — Carta de despedida dirigida a Miller. — San Martín a bordo del *Chichester* 149

CAPÍTULO VII. — SAN MARTÍN EN LA RADA DE BUENO AIRES
Y EN MONTEVIDEO.

SUMARIO: Las Provincias Argentinas y el Imperio del Brasil. — Guido y la caída de Rivadavia. — El gobierno de Dorrego. — La administración que precedió a Dorrego. — Consecuencia que se desprende del orden de los sucesos. — El emperador del Brasil y la paz. — Convención de paz firmada por los representantes de Dorrego en Río. — Lavalle y la llegada de la primera división del ejército a Buenos Aires. — El plan de los unitarios. — La captura de Dorrego. — Orden de fusilamiento dada por la junta revolucionaria. — Nota de Lavalle sobre su ejecución. — Conducta de San Martín en el interin que se desarrollan estos sucesos. — Circunstancia que le permitió a San Martín su estada en Europa. — Una nota del señor Pontor al conde de la Ferronnay sobre la llegada de San Martín a Río. — Observación que ella nos merece. — *El Tiempo* y la llegada de San Martín. — Carta de San Martín al ministro Díaz Vélez explicando por qué no desembarcaba en Buenos Aires. — Contestación de Díaz Vélez y envío del pasaporte pedido por San Martín. — La conducta de San Martín atacada por *El Tiempo*. — San Martín atacado nuevamente en una carta que firman «Unos argentinos». — *La Gaceta Mercantil* y la defensa de San Martín. — «San Martín, se dice en ella, llevó la libertad hasta Pichincha, y guardó silencio en medio de los ataques de sus enemigos». — Opositor San Martín a toda polémica. — Sarmiento y el rumor de una falsa leyenda. — Admiradores y amigos que se apresuran a visitar a San Martín al saberlo en balizas. — Olazábal y Alvarez Condareo, a bordo del *Chichester*. — Llegada del comandante Espora con la carta de Díaz Vélez. — Carta de Guido a San Martín transmitida con Olazábal. — Un incidente señalado por Guido. — El *Chichester* levanta anclas y se dirige a Montevideo. — Dónde se alojó San Martín al llegar a Montevideo. — El canónigo Vidal se interesa por el alojamiento de San Martín. — Contestación del señor Pereira a Vidal. — El comandante Posolo lo vista en nombre de Rivera. — Visita que le hace el capitán Manuel Alejandro Pueyrredón. — El capitán Gautier informa al gobierno francés de la llegada de San Martín. — San Martín en el cuartel general del Reducto. — Fiestas organizadas en honor de San Martín. — Carta de Guido a San Martín después del arribo de éste a Montevideo. — Consulta que le formula sobre su paso al Perú. — Referencia sobre las Memorias de Miller. — Consultas formuladas por Guido. — Contestación dada por San Martín. — Una carta clave y su glosa. — En carta a O'Higgins San Martín le explica la razón de su conducta. — Entrevista de San Martín con los señores Trollé y Gelly, emisarios de Lavalle. — Lo que Lavalle se proponía, según San Martín, con esta entrevista. — San Martín y su composición de lugar. — El capitán Manuel Alejandro Pueyrredón y San Martín. — Disidencia entre Lavalleja y Rivera. — San Martín se abstiene de tomar partido por este o por aquel otro bando político. — Entrevista de San Martín con Rivera. — Carta de Rivera a San Martín al enterarse de su retorno a Europa. — Contestación dada por San Martín. — Recuerdo que le consagra a Yapeyú. — Carta de despedida dirigida por San Martín al señor Pereira. — La etapa de San Martín en la capital uruguaya 172

CAPÍTULO VIII. — SAN MARTÍN Y SU ÚLTIMA ETAPA EN BRUSELAS.

SUMARIO: San Martín abandona el Plata. — Llega a Falmouth y se dirige a Londres. — Accidente sufrido en el viaje. — Nota del prefecto de policía de París y del ministro de Relaciones Exteriores de Francia sobre su pasaporte. — Esclarecimiento de un punto histórico. — Por qué la cancillería francesa modificó su conducta. — Carta que estando en Bruselas recibe San Martín de Vicente López. — Contestación dada a ella por San Martín. — La ética política de San Martín. — Cómo concluye este documento. — Análisis de la vida argentina. — Según San Martín, el mal no está en los hombres sino en las instituciones. — San Martín en apremiante situación económica. — Carta que le escribe a O'Higgins. — Carta que simultáneamente le dirige al general de la Fuente, jefe supremo del Perú. — Riguroso

invierno que le toca pasar en Bruselas. — O'Higgins empeñado en remediar su situación. — Una libranza que a su favor obtiene en el mes de octubre. — Los Países Bajos y la independencia de Bélgica. — El burgomaestre de Bruselas le ofrece a San Martín el comando de las tropas. — San Martín rehúsa este honor y es designado el general español van Hallen. — San Martín héroe de una sola concupiscencia. — Visita que a San Martín le hace en Bruselas el general colombiano Santander. — Comunicaciones que desde Bogotá le dirige su ex ministro García del Río. — Una carta a Guido. — Su hermano Justo compañero de su exilio. — La amistad entre San Martín y el general Ribadeneira. — Carta que éste le dirige desde Lima. — Diálogo entre Ribadeneira y Bolívar a propósito de San Martín. — Un retrato de San Martín y otro de Bolívar. — San Martín señalado como nuevo Cincinato en Bruselas. — Los sentimientos que llenan a San Martín. — Sus virtudes de hombre y de soldado descubiertas por los belgas 203

CAPÍTULO IX. — SAN MARTÍN Y LOS PRIMEROS AÑOS DE SU VIDA EN FRANCIA.

SUMARIO: Ostracismo que no era definitivo. — Un viaje de San Martín a París. — Retorno a Bruselas y viaje a Aix-la-Chapelle. — San Martín en París en 1830. — Carta de Ribadeneira explicando por qué dejó Bruselas. — Terminación de la guerra en el Plata. — Bancarrota que hace en Buenos Aires el apoderado de San Martín. — San Martín dispuesto a cumplir con sus compromisos. — En carta a Mariano Alvarez le solicita el envío de cuatro mil pesos, parte de su pensión. — Contestación que con gran retardo le envía Ribadeneira. — Quiroga se fija en San Martín como en un redentor político, para hacer la felicidad de su patria. — El tema económico abordado por Ribadeneira. — Dificultades por parte del gobierno peruano para satisfacer a San Martín. — El general La Mar y la guerra con Colombia. — San Martín en posesión de una libranza hecha por O'Higgins. — San Martín estima como justa la rebaja que se le hace de sus sueldos en el Perú. — Lo mucho que San Martín ama a su patria. — Carta de San Martín a O'Higgins para que no se mueva del Perú. — Si regresa él a Buenos Aires, le dice, se sepultará en una chacra. — Su amigo Prieto, su amigo Zañartú y el estado del Continente. — Cartas de San Martín que suponemos recibidas por O'Higgins. — Por qué O'Higgins se recela de escribirle a San Martín por vía de Buenos Aires. — Recompensa a que aspira. — El Perú, patria de San Martín, según Gamarra. — San Martín y el cólera morbo que asuela a Europa. — Los mil pesos prestados por San Martín a Gutiérrez de la Fuente. — Síntesis retrospectiva de los acontecimientos en el Plata. — El general Lavalle y el general Paz. — Convención firmada el 24 de junio. — Viamonte reemplaza en el gobierno al general Rosas. — La reacción unitaria. — El pacto general. — Una nueva campaña. — Captura del general Paz y revancha buscada por Quiroga. — Balcarce, gobernador de Buenos Aires. — Interinato de Viamonte. — Asesinato de Quiroga en Barranca-Yaco. — Rosas gobernador de Buenos Aires. — Carta de San Martín a Guido al enterarse del nombramiento de Balcarce para gobernador. — Parecer de San Martín sobre el fenómeno tragico-político que sufren las Provincias Argentinas. — «Los hombres, le dice a Guido, no viven de ilusiones sino de hechos». — Conceptos de libertad que repudia San Martín. — El general San Martín, le dice Guido, ha subido a una altura que cualquiera que sea su empeño en anonadarse, se le divisará de todas partes. — San Martín y su hija enfermos del cólera en Montmorency. — Carta que le escribe a O'Higgins el 22 de diciembre de 1832. — Si San Martín viene a Mendoza, O'Higgins pasaría gustosamente los Andes para abrazarlo. — La hija de San Martín y el joven Mariano Balcarce en Montmorency. — Detalle que debe conocer la posteridad. — Una remesa oportuna de tres mil pesos hecha por Alvarez a San Martín. — Matrimonio de la hija de San Martín con Balcarce. — Carta de San Martín a la madre de su futuro yerno. — Los nuevos desposados en viaje a Buenos Aires. — Lo que sobre este tópico le escribe Guido a San Martín. — El yerno de San Martín blanco de una persecución política en Buenos Aires. — Pro-

testa que este proceder arranca a don Bernardo O'Higgins. — Nacimiento de María Mercedes Balcarce y San Martín en Buenos Aires. — Cartas cambiadas entre San Martín y Balcarce que nos son desconocidas. — Pedidos formulados por San Martín en carta a Balcarce. — Las solicitudes de San Martín y el retorno de sus hijos a Europa. — En carta a don Mariano Alvarez, declara San Martín por qué no puede retornar a Buenos Aires. — Sitio que este prócer peruano ocupaba en el corazón de San Martín. — En carta que éste le escribe el 22 de diciembre de 1833, se interesa por conocer la verdad de la muerte de Monteagudo. — San Martín preparando sus Memorias. — El horizonte del viejo mundo en ese momento. — Visita que el coronel Iturregui debe hacerle en su nombre a don Mariano Alvarez

222

CAPÍTULO X. — SAN MARTÍN Y O'HIGGINS EN EL OSTRACISMO.

SUMARIO: Simultaneidad en el ostracismo. — O'Higgins y sus ofertas a Bolívar. — Razón por la cual Bolívar le excluye de todo mando. — O'Higgins en la comitiva militar de Bolívar. — O'Higgins en el banquete celebrado para festejar a Ayacucho. — Su abdicación y el gobierno de Freire. — Freire vencido en Lircay emprende el camino del Perú. — Acontecimientos que proporcionan a O'Higgins la ocasión para desahogarse con San Martín. — Por qué después de Ayacucho O'Higgins se retiró a Montalván. — Según él San Martín es quien lo ha librado de la indigencia. — Contestación dada por San Martín. — Las declaraciones de San Martín despiertan en O'Higgins sentimientos admirativos. — Solicitud con que O'Higgins atendió los pedidos de San Martín. — Mariano Alvarez elegido por O'Higgins apoderado de San Martín. — Carta que le escribe cuando entra San Martín en el goce de la pensión de que había sido despojado injustamente. — La conmemoración de la batalla de Maipú aviva en O'Higgins los deseos de retornar a su patria. — O'Higgins reconocido en el grado de capitán general de Chile. — Llamado que le dirige Zenteno. — San Martín aplaude la actitud de O'Higgins de seguir viviendo en el ostracismo. — O'Higgins blanco de una campaña calumniosa. — El calumniador ante los tribunales peruanos, y el veredicto de la justicia. — Lo que sobre esto le escribe a San Martín. — O'Higgins perdona al reo y a sus calumniadores. — El estado anárquico y revolucionario del Perú. — Sus presidentes La Mar, Gamarra y Orbegoso. — Orbegoso solicita la intervención de Bolivia. — El general Santa Cruz y su entrada en Lima. — Carta de O'Higgins a San Martín, después que Santa Cruz es nombrado protector del Estado surperuano. — Santa Cruz reconocido protector por la asamblea de Huaura. — Carta de San Martín mostrada por O'Higgins a Santa Cruz que le causa a éste una impresión favorable. — Carta de San Martín a Santa Cruz sobre esos acontecimientos. — El protectorado de Santa Cruz y los Estados circunvecinos. — Las Provincias Argentinas se preparan para la guerra. — El presidente Prieto y su ministro Portales. — El gobierno chileno desaprueba el acuerdo firmado por Blanco Encalada. — Un nuevo ejército chileno que desembara en Ancón. — El ejército de Santa Cruz derrotado por el de Bulnes en Yuncay. — Freire y el ejército organizado por él en el Perú para desembarcar en Chile. — Captura de Freire. — Carta de O'Higgins a San Martín comentando esos sucesos. — Impresión que estos sucesos causaron en el ánimo de San Martín. — En su sentir, la muerte del ministro Portales contribuirá a restablecer la paz, que jamás debió alterarse. — O'Higgins, elemento de conciliación en lo que él llamaba «la guerra portalina». — O'Higgins y la visita que le hace Mendeille en nombre de San Martín. — Salida furtiva de Freire. — Según O'Higgins, por su fiebre de mandar cortó el hilo de los progresos y glorias que elevaban a Chile tan eminentemente. — La escuadra montonera de Blanco. — El gobierno protectoral y la paz con Chile. — La caída de Portales. — Santa Cruz y la pensión de San Martín. — San Martín declara a O'Higgins que no creía a Freire, «capaz de hacer a su patria el funesto presente de la anarquía». — Miguel de la Barra y el señor Rosales. — Los fríos del invierno obligan a San Martín a abandonar su retiro de

campo. — Queja formulada por él al saber violada su correspondencia y la de O'Higgins. — O'Higgins y la muerte de su señora madre. — La muerte de O'Higgins. — La carta que con tal motivo escribió San Martín es, según Vicuña Mackenna, un grito desgarrador del corazón. — Cuando San Martín y O'Higgins se descubrieron. — Doctrina corriente en los historiadores de ultra-cordillera. — El dominio de San Martín sobre O'Higgins. — Una frase de San Martín 247

CAPÍTULO XI. — SAN MARTÍN Y SU AMISTAD CON EL MARQUÉS AGUADO

SUMARIO: Un personaje de raro mérito. — Alejandro Aguado y su foja de servicios militares en España. — Aguado en la Plana Mayor del mariscal Soult. — El soldado convertido en hombre de negocios y en banquero de Fernando VII. — Aguado abandona la banca y se entrega a la administración de su gran fortuna. — Su casa de la *rue Grange Batelière*. — Aguado al frente de la comuna de Evry. — Su matrimonio con Carmen Victoria Moreno y sus hijos. — Viaje de Aguado a la Península. — Reales órdenes relacionadas con su seguridad. — El castillo de Petit-Bourg, comprado por Aguado. — Esta propiedad en tiempos de Luis XIV. — Luis XIV y el duque de Antan. — Luis XVI y el castillo de Petit-Bourg. — Mejoras que introduce en su fábrica Alejandro Aguado. — Al construirse el camino de hierro entre París y Fontainebleau, Aguado abandona Petit-Bourg. — Mensaje que le dirigen los comarcianos para que no se aleje. — Contestación dada por Aguado. — Viaje de Aguado y su fallecimiento en España. — Cuando y dónde San Martín y Aguado se conocieron. — Encuentro de San Martín con Aguado, según Sarmiento. — Pormenores apuntados por San Martín relativos a su amistad con Aguado. — Aguado según San Martín «hombre singular». — Albaceazgo de San Martín instituido por Aguado. — Antecedentes que explican el reconocimiento para con Aguado. — Una bancarrota sufrida por San Martín. — Rebaja que sufre su pensión. — Decreto del general Orbegoso sobre los haberes atrasados de San Martín. — Un decreto convertido en letra muerta y el presidente Castilla. — San Martín nunca fué un potentado. — Aguado en auxilio de San Martín. — San Martín y la compra de dos fincas. — La compra de la finca sita en Grand-Bourg. — Descripción de esta propiedad. — La casa que compró San Martín en París. — Cómo y con qué recursos pudo llevar a cabo San Martín la compra de una y otra propiedad. — Lo que escribe Sarmiento y lo que escribe Vicuña Mackenna. — Nuestro recurso a lo hipotético. — Mariano Balcarce facultado por San Martín para el cobro de su sueldo y gestión de sus intereses. — Balcarce en Buenos Aires, en Mendoza y en Chile. — Cobros y negociado que pudo haber realizado Balcarce. — Aguado, puntal económico para San Martín. — La bolsa de Aguado. — San Martín imitando a Cincinato y no a Crespo 270

CAPÍTULO XII. — SAN MARTÍN EN SU RESIDENCIA DE GRAND-BOURG.

SUMARIO: Grand-Bourg y su pasado señorial. — Por qué San Martín lo convierte en su residencia favorita. — Carta a su amigo Molina y al general Prieto. — Lo que le escribe a O'Higgins al alejarse de él su yerno Balcarce. — Florencio Balcarce relata en una carta la vida de San Martín. — Desde Grand-Bourg hace saber que desea volver a su patria, pero la desea en paz. — Desea dejar su vieja carcacha (así lo dice él) en una casa de campo en las inmediaciones de Buenos Aires. — Carta de San Martín a don Mariano Alvarez. — La suerte de este amigo y la de O'Higgins. — Persecución que sufre la familia de San Martín, por parte del gobierno de Buenos Aires. — Nueva carta a Alvarez. — Pormenores anotados en ella sobre su vida en Grand-Bourg. — O'Higgins y la visita que en nombre de San Martín le hace el cónsul Mendeville. — Rumor que motiva un incidente de San Martín con el doctor Manuel Moreno, encargado de negocios en Londres. — Carta de Miguel de la Barra a San Martín, sobre el supuesto proyecto de monarquías en América. — Entrevista de San Martín con Olañeta en París. — Lo que le escribe Olañeta. — Catilinaria de San Martín a Moreno. — Contes-

tación dada por Moreno. — Cómo y por qué San Martín da por terminado el incidente. — Carta que a este propósito le dirige a don Tomás Guido. — Represalias tomadas por Moreno con la correspondencia de San Martín. — La sensibilidad de San Martín. — Vida de San Martín en Grand-Bourg. — Su desayuno y sus tareas matinales. — Sus pipas y sus armas. — San Martín carpintero. — El perro que le regaló en Guayaquil. — Su vestir habitual. — Paseos a caballo por los alrededores de Grand-Bourg. — La mesa de San Martín. — Su gran distracción era la lectura. — Su catálogo y el nombre de sus autores favoritos. — El despejo de San Martín. — Su gallardía en la época de su ancianidad. — Un juicio de A. Gérard. — La mirada de San Martín. — Anécdota a este propósito. — San Martín sigiloso. — Respuesta lacónica dada por él a Sarmiento en uno de sus paseos en Grand-Bourg. — Desplazamientos determinados por su temperamento andariego. — Viajes al mar y a la montaña. — Desde Marsella se dirige al Mediodía de Italia. — Visitas en Italia. — Un viaje por los Pirineos Orientales. — En 1841 Aguado se interesa por que pase a España. — Carta al respecto del ministro Ferrer a Aguado y pasaporte otorgado a San Martín. — Por no ser reconocido como general argentino, San Martín renuncia a este viaje. — Muerte de Aguado y su testamento. — San Martín, albacea y tutor de sus hijos menores. — El legado de las alhajas. — San Martín, el inventario y la testamentaria de Aguado. — Una carta a Zenteno

291

CAPÍTULO XIII. — SAN MARTÍN Y SUS ACTIVIDADES EN EL OSTRACISMO

SUMARIO: San Martín y la clasificación de sus documentos. — Lo que sobre esto le escribe a Guido desde Bruselas. — En carta a Alvarez y desde París le hace saber que está escribiendo sus campañas. — Según él, una pluma ejercitada podrá hacer ver la luz con fruto a estas Memorias, pero después de su muerte. — Sarmiento y las Memorias de San Martín. — Miller acude a San Martín como a la mejor de sus fuentes. — «La amistad, le dice a Miller, no es a la verdad un juez imparcial». — Retrato que será el último que San Martín se haga en vida. — Lafond de Lurey y San Martín. — San Martín, según él, es quien puede munirle de documentos. — Cartas que faltan en el archivo de San Martín. — Las notas escritas por San Martín, según Lafond, «serán como los Comentarios de César». — San Martín, declara éste, «ha sido el organizador y el primer soldado de la América». — Explicación de una mentira apuntada por Lafond. — San Martín y las islas Marquesas. — El objeto que se proponía San Martín con esta expedición. — El general Flores y Lafond de Lurey. — Interés que toma éste para que lo reciba San Martín. — Silencio y negativa de San Martín. — Carta que esta actitud arranca a Lafond de Lurey. — San Martín reconocido por éste, «el Cincinato de América». — Miller y San Martín en 1841. — Miller borrado de la lista militar del Perú. — San Martín lo invita para que venga a visitarlo en su casa de campo. — Ignoramos si Miller dejó Londres por Grand-Bourg. — Invitación que le formula Miller para hacer un viaje a Constantinopla, Irán, Cairo, Tierra Santa, Calcuta y finalmente, Nueva York. — Razón por la cual San Martín se niega a este viaje. — San Martín visita La Bretaña y la Vendée. — San Martín en el Havre. — Solicitaciones de San Martín por la salud de Miller. — San Martín enfermo de los ojos. — La testamentaria de Aguado lo obliga a San Martín a permanecer el invierno en París. — El estado del Perú y llamado que le formula el presidente de Chile. — Aguado deja a San Martín a cubierto de la indigencia. — Cómo se desenvuelve la vida de San Martín en Grand-Bourg. — Carta escrita por Miller a San Martín que no conocemos. — Proyecto de viaje que San Martín no puede realizar. — Pintura del Perú la más lamentable. — Artículo publicado en Valparaíso el 11 de febrero sobre la batalla de Chacabuco. — Este grito de justicia reparadora saca del olvido en Chile a San Martín. — Proyecto presentado por Bulnes al senado chileno. — San Martín reconocido en el grado de capitán general de Chile. — Este decreto lo llena a San Martín de satisfacción. — La injusticia de las pasiones topográficas según Sarmiento. — Chile en la mente de San Martín. —

Don Joaquín Prieto y el retorno de San Martín. — El presidente de Chile se interesa por el retrato de San Martín para colocarlo en lugar conveniente. — El hijo de Prieto y San Martín. — Carta de Prieto a San Martín. — Recuerdo que en ella se hace del padre Bauzá. — La mejoría del hijo de Prieto y San Martín. — Carta que le escribe San Martín cuando su hijo ya mejorado retorna a Chile. — San Martín y su solicitud por Aníbal Pinto. — Carta que le escribe desde Grand-Bourg al padre de éste. — «El mejor gobierno, le dice en ella, no es el más liberal en sus principios, sino aquel que hace la felicidad de los que obedecen». — Joaquín de Tocornal y la visita de sus dos hijos a San Martín. — Hijos que son un orgullo. — Tocornal, las alarmas de Chile y la intervención de Francia e Inglaterra en el Plata. — En Chile, declara San Martín, puede haber una revuelta, pero no una revolución. — La intervención franco-inglesa y su viaje en Italia. — Cómo San Martín llenaba su ostracismo. — San Martín, punto de mira de historiadores y de publicistas. — Idea que lo persigue 314

CAPÍTULO XIV. — SAN MARTÍN Y LA INTERVENCIÓN FRANCO-INGLESA EN EL PLATA.

SUMARIO: El ostracismo de San Martín y los acontecimientos del Plata. — Exposición de algunos antecedentes. — La guerra contra el general Santa Cruz y el cartógrafo Bacle. — Reclamación presentada por el vicecónsul francés en Buenos Aires. — El almirante Leblanc la apoya y presenta una nota. — Contestación dada por el ministro Arana. — Bloqueo de los puertos argentinos decretados por Leblanc. — Declaración de San Martín al informarse de este acontecimiento. — Explicación que en esas circunstancias le da a Rosas de su ostracismo. — Agradecimiento de Rosas por sus ofrecimientos. — Contestación dada a la carta de Rosas por San Martín. — Juicio que le merecen los perturbadores del orden. — La patria y los servicios que puede prestarle en el extranjero. — Decreto de Rosas refrendado por el ministro Arana nombrándolo ministro plenipotenciario en el Perú. — Carta de San Martín declinando este honor. — Razones en que fundamenta su actitud. — Carta de Arana a San Martín respetando esta decisión. — Convención firmada entre Arana y Mackau. — Los unitarios, enemigos de Rosas en esta ocasión. — Intervención del ministro inglés en Buenos Aires, el señor Mendeville. — Representantes de las cancillerías de Londres y de París. — Fracaso de estas negociaciones. — La escuadra franco-inglesa y el combate de Obligado. — Protesta que este combate arrancó a San Martín. — Consulta formulada a San Martín sobre los sucesos del Plata por el señor Dickson. — Respuesta de San Martín escrita en Nápoles. — Publicación de la carta de San Martín a Dickson en el *Morning Chronicle*, y comentarios que la acompañan. — Carta de San Martín a Rosas sobre la agresión que sufría su patria. — Contestación dada por éste. — Carta de Guido dirigida a San Martín desde Río de Janeiro. — Girardin, opositor a la intervención francesa en el Plata. — Carta de Lamartine sobre estos acontecimientos. — Lo que buscaban en este conflicto los opositores de Rosas. — Fracaso de distintas misiones en el Plata. — Convención de paz firmada en Buenos Aires con Inglaterra. — Instrucciones transmitidas desde París al almirante Le Prédour para que levante el bloqueo. — Carta que este acontecimiento arranca a San Martín. — Contestación dada por Rosas. — Nuevo debate en el parlamento francés por los partidarios de la intervención. — Carta de San Martín al ministro Bineau leída en el parlamento. — *La Presse* reproduce la carta de San Martín a Dickson y comenta honrosamente la obra libertadora de San Martín. — La muerte de Sarratea, ministro de la Confederación, y San Martín. — Parte del almirante Le Prédour leído en el parlamento francés al tiempo que se leía la carta de San Martín. — Manera honrosa como San Martín sirvió en esa ocasión los intereses de su patria. — Respuesta de San Martín a los detractores de Rosas. — Testimonio de gratitud por parte de Rosas para con San Martín y recuerdo que le consagra en sus mensajes. — Carta de Rosas a San Martín que llega a su destino después de la muerte del Libertador 336

CAPÍTULO XV. — SAN MARTÍN Y LA VISITA DE TRES ARGENTINOS EMINENTES EN GRAND-BOURG.

SUMARIO: San Martín y los apreciadores del mérito. — Patriotas eminentes que lo visitan en París y en Grand-Bourg. — Alberdi, el primero en el orden de estas reminiscencias históricas. — Alberdi, a bordo del *Edén*, y su llegada a Génova. — Napoleón y San Martín. — Alberdi en París. — Visita de Alberdi a San Martín en Grand-Bourg. — San Martín según Alberdi. — Recorrido entre París y Grand-Bourg. — La casa de San Martín. — La espada de San Martín y el estandarte de Pizarro. — La manía de San Martín. — La reserva que hace San Martín de sus documentos. — El rey de Francia y San Martín. — Aguado interesado por que San Martín haga un viaje a España. — San Martín en sus conversaciones íntimas. — Florencio Varela y misión que se le confía ante el gobierno de S. M. Británica. — Su llegada a Londres y su traslado a París. — Visita de Florencio Varela a San Martín en su casa de la *rue Saint-Georges*. — Varela en Grand-Bourg. — Impresión que le causa el estandarte de Pizarro, y su descripción. — San Martín y el sistema de Rosas. — Una anécdota contada por San Martín. — Lo que la Logia de Buenos Aires no le perdonó a San Martín. — Las nietas de San Martín. — Varela en la mesa de San Martín. — Sarmiento y su partida para Europa. — Carta de presentación para San Martín que le otorga el general Las Heras. — Visita de Sarmiento a San Martín en Grand-Bourg. — Llagla profunda que según él existe en el corazón de San Martín. — Momentos sublimes pasados por Sarmiento en compañía de San Martín. — Rosas en el relato de Sarmiento. — Sarmiento en el Instituto Histórico de Francia. — Evocación de San Martín y de su vida en Grand-Bourg. — Visitas que dejan en la familia de San Martín un perdurable recuerdo. — Irarrazábal y otros chilenos que visitaron a San Martín en Grand-Bourg 360

CAPÍTULO XVI. — SAN MARTÍN Y SU MODALIDAD INTELECTIVA Y MORAL.

SUMARIO: San Martín y las letras. — Su biblioteca. — San Martín cerebro y no brazo. — Modalidad que lo diferencia de Bolívar. — Literatura de sana intención y de luminosa objetividad. — Vieuña Mackenna y las cartas originales de San Martín. — Un juicio de Barros Arana. — La precisión cualidad de los escritos. — San Martín, al servicio de una idea. — Mano maestra con que puntualiza él el origen y la razón de la anarquía. — Acentos de acendrada emoción. — Juicio de San Martín sobre varios conmlitones de causa. — Retrato de Bolívar, de Sucre, de O'Higgins y La Mar. — Papel preponderante que en San Martín jugaba el patriotismo. — Un demócrata de verdad. — La pasión del mando, según San Martín. — La opinión es para él una pauta reguladora. — Misión que le correspondía llenar a la generación del ciclo heroico. — El ostracismo aviva en San Martín las añoranzas del suelo nativo. — Entusiasmo con que le habla a Félix Frías de Tucumán en Enghien. — Razón por la cual San Martín no escribió sus Memorias. — La conciencia y el hombre de bien. — San Martín deísta. — El nombre de Dios en su pluma y en sus labios. — San Martín no oculta su fe religiosa. — El juramento constituye para él una forma de culto. — Devoción que profesa a San Martín su capellán el padre Bauzá. — San Martín y el abate Bertin, párroco de Grand-Bourg. — San Martín y las hijas de Eva. — San Martín no tuvo otra querida que la América. — San Martín, una dama chilena y el capitán Olazábal. — Supuestas relaciones de San Martín en el Perú con Rosa Campuzano. — San Martín a cubierto de las flechas de Cupido. — Admiración despertada por la rigidez de los principios de San Martín en su vida privada, según Balcarce. — La magnanimidad de San Martín y la captura de Marcó del Pont. — José María García, asesor del cabildo de Mendoza y la caída de Alvear. — Carta que le dirige a San Martín al producirse esta caída. — Contestación

de San Martín y perdón que le otorga. — Correspondencia quemada por San Martín después de Maipú. — Las facultades del corazón y de la inteligencia de San Martín 378

CAPÍTULO XVII. — SAN MARTÍN Y SU INGENIO EPISÓDICO Y ANECDÓTICO.

SUMARIO: Los rasgos de San Martín. — Dorrego castigado por un acto de insubordinación. — El padre López espía de Marcó y la tramoya de San Martín. — Los desmanes oratorios del padre Zapata en Chile. — La misma anécdota expuesta por Ricardo Palma, como acaecida en el Perú. — San Martín y el centinela del laboratorio de mixtos en Chile. — Duelo entre José Melián y el capitán Olazábal. — San Martín y Olazábal después del duelo. — Recomendación picaresca que le hace San Martín. — Castigo impuesto por San Martín a un español que le niega el saludo. — Español que por orden de San Martín se pasea por las calles de Mendoza con un peso fuerte de la patria colgado al cuello. — San Martín y el capitán Reyes, pagador del ejército. — Veinte onzas que don José de San Martín pone en manos de Reyes sin que lo sepa el general San Martín. — Un bofetón aplicado por el teniente Basavilvaso a un súbdito inglés, castigado ingeniosamente. — Corrida de toros en Mendoza para festejar la jura de la bandera. — El trofeo, que hace ruborizar a la esposa de San Martín. — Un baile en Mendoza en que San Martín quiere bailar con una *cotorrona*. — El capitán José María Rivera y San Martín. — Un emisario de Marcó caído en la emboscada preparada por San Martín. — El jarro del emisario y el que mandó fabricar San Martín para contestar a Marcó. — San Martín y los caciques existentes en el sur de Mendoza. — San Martín en la noche del 11 de febrero, víspera de la batalla de Chacabuco. — San Martín en la silla en que descansó después de la batalla. — Un vendedor de gallinas en Santiago y San Martín. — El supuesto vendedor emisario secreto de San Martín. — Contestación dada por San Martín a Las Heras al redactar el parte de Maipú. — La olla de Huaura. — Luna Pizarro y San Martín en comunicación. — En don inventivo de San Martín. — El gobierno de un nuevo Estado y los zapatos de Molière. — El himno peruano y San Martín. — San Martín y el banquero Laffitte. 395

CAPÍTULO XVIII. — CUÁNDO Y PORQUÉ SAN MARTÍN SE TRASLADÓ A BOULOGNE-SUR-MER.

SUMARIO: La última etapa de San Martín. — Francia y la revolución de 1848. — San Martín testigo de los sucesos de febrero. — Cómo y porqué San Martín se alejó de París. — Rectificación a dos conceptos apuntados por Vicuña Mackenna. — Carta de Balcearce a Alberdi sobre aquellos sucesos. — Esta carta y la que le escribiera San Martín a Castilla prueban cómo San Martín abandonó París. — Boulogne-sur-Mer en la época en que se trasladó allí San Martín. — Su historia, su pasado legendario y su pasado mundano. — La asonada de París en los días de junio de 1848. — Carta de Balcearce a Alberdi después de estos sucesos. — El regreso de San Martín a América con su familia y el estado de Europa. — San Martín, declara Balcearce, no podrá viajar hasta que no le hayan sido batidas las cataratas. — Dos puntos que se destacan en las cartas de Balcearce a Alberdi. — Dónde se hospedó San Martín al llegar a Boulogne-sur-Mer. — Documento de San Martín probando que su permanencia en Boulogne-sur-Mer era transitoria. — Cuándo San Martín se convirtió en huésped del señor Gérard. — La casa del señor Gérard y su transformación. — Solicitud al respecto firmada por Gérard. — Dictamen del prefecto del departamento de Calais. — Conclusión que se desprende de estos documentos. — San Martín, según la opinión de Félix Frías, en la época en que se instaló en Boulogne-sur-Mer. — Afectos que llenaban su corazón. — Sus nietas y lo que al respecto nos dice Vicuña Mackenna. — San Martín interesado en las cosas de América. — San Martín y los acontecimientos que tienen por teatro la Europa. — Los acontecimientos del

Río de la Plata y felicitaciones de San Martín a Rosas. — Última carta escrita de puño y letra por San Martín. — Contestación que le envía Rosas en 1849. — Los hechos gloriosos de San Martín según Rosas. — Votos formulados por Rosas por la salud de San Martín. — San Martín agradece a Rosas el nombramiento que hace de su yerno Balcarce. — Rosas le declara que procede así para manifestarle «el vivo aprecio que hace de sus inmarcesibles servicios a la Patria». — Carta de San Martín a Rosas del 6 de mayo de 1850. — Contestación de Rosas que llega después que la muerte se ha posado sobre el lecho del proscrito. — Causales explicativas del sentimiento admirativo de Rosas por San Martín. — San Martín decide vender su casa de Grand-Bourg y otorga poder a Balcarce para hacerlo. — Venta de la casa de San Martín en Grand-Bourg, al señor Blavier. — Cuándo y cómo fué adquirida esta propiedad por la Congregación de Nuestra Señora de Sión. — La descripción de la casa de San Martín en Grand-Bourg según el nuevo título de propiedad. — El dormitorio de San Martín en Grand-Bourg y en Boulogne-sur-Mer. — La existencia de San Martín en Boulogne-sur-Mer y el fin de una parábola 414

CAPÍTULO XIX. — SAN MARTÍN Y EL PRESIDENTE CASTILLA.

SUMARIO: — Estados americanos que al unisono le brindan su hospitalidad a San Martín. — Itinerario de viaje que podía seguir San Martín al retornar a su patria, según Alberdi. — Primera carta escrita por San Martín a Castilla. — Exposición hecha por el mismo de su carrera militar. — San Martín invariable en dos puntos. — Por qué no puso término él a la guerra de la independencia en el Perú. — Declaración que encierra una importancia capital. — «Si algún servicio tiene que agradecerme la América, dice San Martín a Castilla, es el de mi retirada de Lima». — Explicación de su ostracismo. — San Martín en su chacra de Mendoza. — Guerra sostenida que sufre en su retiro. — Para disipar toda ambición se embarca para Europa. — San Martín incierto de adonde irán a parar sus huesos. — San Martín desentraña las verdaderas causales de su ostracismo. — San Martín imposibilitado de escribir por sí mismo su correspondencia particular. — Las máximas subversivas y los buenos peruanos. — Los hombres de orden y la revolución de febrero en Francia. — Porvenir que le inspira una gran desconfianza. — Una página magistral de San Martín. — Cómo concluye San Martín su carta a Castilla. — Castilla la clasifica de «franca, leal y digna». — Castilla vería con gusto que San Martín pasase al Perú. — La asignación de San Martín. — Nueva carta de San Martín a Castilla enviada por intermedio del secretario de la legación peruana en Londres. — La situación del Continente. — Un movimiento subversivo en el Perú. — El tema político de la Europa abordado por San Martín. — Cartas que faltan en el epistolario sanmartiniano. — Contestación de Castilla a la que San Martín le escribiera con fecha 13 de febrero de 1849. — El general Iguain y la convocación del congreso. — Los marinos franceses en favor de los enemigos del Perú y Bolivia, según Castilla. — Los ingleses y su conducta neutral. — El estandarte de Pizarro y el expediente de Santa Rosa de Lima. — Lo que sobre estos tópicos le contesta San Martín. — El aspecto de la Europa. — Añoranzas despertadas en San Martín por las cartas de Castilla. — Fe de San Martín en el triunfo del orden 435

CAPÍTULO XX. — LA MUERTE DE SAN MARTÍN Y SU TESTAMENTO.

SUMARIO: Los antecedentes históricos y la salud de San Martín. — San Martín después de Bailén. — Su bautismo de sangre al incorporarse a la revolución argentina. — Primer síntoma patológico en la salud de San Martín. — Su salud antes y después de la reconquista de Chile. — Crisis reumática que le atacó en Mendoza en 1819. — Su salud en Huaura y en la Magdalena. — San Martín entre la vida y la muerte al llegar a Chile. — Informe sobre el estado de su salud dirigido al ministro Adams por el agente de los Estados Unidos en Chile. — San Martín durante los primeros años de su ostracismo. — Su retirada de Bruselas y el cólera de 1832. —

Curas termale de San Martín en Aix, en la Saboya. — Aparición de las cataratas. — San Martín en Enghien en el verano de 1850. — Su estado de salud al retornar a Boulogne-sur-Mer. — Ataque que sufrió en la noche del 13 de agosto. — Frase que en ese momento se escapa de sus labios. — San Martín en la mañana del 17 de ese mes. — Recrudescencia de su gastralgia. — San Martín moribundo. — Personas que lo acompañaban cuando se produjo su fallecimiento, a las tres de la tarde. — Su paso de la vida a la muerte. — Acta de defunción levantada en la municipalidad de Boulogne-sur-Mer. — Félix Frías y el relato relacionado con su sepultura. — El féretro en la iglesia de San Nicolás. — Los miembros del cortejo. — Los restos de San Martín en la cripta de Nuestra Señora de Bolonia. — Lo que San Martín concibió y lo que San Martín realizó, según Frías. — Rosales, Gérard y el abate Haffreingue en la muerte de San Martín. — Nota biográfica sobre este sacerdote. — Razones que hacen venerable la memoria de San Martín. — La muerte de San Martín notificada a su gobierno por Balcarce. — Contestación dada a Balcarce por el doctor Felipe Arana, en nombre del gobierno. — Funerales a San Martín en Lima. — Artículo publicado en *La Tribuna* de Santiago. — Necrología sobre San Martín publicada por A. Gérard en el *Impartial* en Boulogne-sur-Mer. — El *Journal des Débats* y la muerte de San Martín. — Artículo publicado en el *Courrier* del Havre y reproducido por *La Presse* en París. — Acta de defunción levantada en Boulogne-sur-Mer. — El testamento de San Martín. — Glosa de sus cláusulas. — Una disposición testamentaria blanco de la crítica. — Razón de patria y no de partido o de persona dictó esta cláusula a San Martín. — La imparcialidad, virtud de San Martín. — Juicio de Vicuña Mackenna formulado sobre el testamento de San Martín. — Dónde fué depositado este testamento y cuándo se produjo nuestra hallazgo. — El valor de este hallazgo. — La reproducción fotográfica de este documento e inscripciones que lo acompañan. — Descripción del testamento hecha por el juez M. Debellegue y su traducción al francés. — El depósito del testamento en poder de Balcarce sólo fué provisorio. — El sable de San Martín y la familia de Rosas. — Llegada de esta prenda a la patria y su depósito en el Museo Histórico de Buenos Aires. — Una profecía cumplida 447

CAPÍTULO XXI. — LOS RESTOS DE SAN MARTÍN Y EL ESTANDARTE DE PIZARRO.

SUMARIO: Por qué Balcarce no repatrió los restos de San Martín. — Solicitud presentada por Balcarce al gobierno peruano. — Un oficio dirigido por el ministro Tagle a San Martín al dejar éste el Perú. — Sumas entregadas a San Martín por la tesorería peruana. — Lo que el Perú adeudaba todavía a San Martín. — Decreto del presidente Orbegoso que es letra muerta. — Una resolución del presidente Castilla. — Demanda larga y dificultosa. — Alberdi y las gestiones de Balcarce ante el gobierno peruano. — El doctor Juan Espinosa y la familia de San Martín. — Viaje de Balcarce por Italia. — Fallecimiento de la madre de Balcarce y de la hermana de San Martín. — «Mis compatriotas, declara Balcarce en carta a Alberdi, nada han aprendido en veinte años de destierro». — Opinión que le merecen Urquiza y los partidos. — Negocio realizado por Balcarce. — Una «bonita casa de campo» y su ubicación. — Brunoy y su historia. — Descripción de la casa comprada por Balcarce. — El dormitorio de San Martín instalado en una de sus habitaciones. — Los restos de San Martín transportados desde Boulogne a Brunoy. — Su nueva inhumación, y la sepultura de la familia Balcarce. — Entrega del estandarte de Pizarro en Brunoy al representante del Perú. — Discurso de don Mariano Balcarce. — Discurso del doctor Gálvez. — Acta levantada y firmada por los asistentes a esta ceremonia. — El estandarte de Pizarro colocado en una caja de jacarandá y entregado al ministro del Perú. — El estandarte de Pizarro, según la descripción de Florencio Varela. — Las inscripciones del estandarte. — Cómo y cuándo este estandarte desapareció de Lima. — El estandarte de Pizarro y el sector bolivarista. — Los trofeos descubiertos por Sucre en el Cuzco y enviados a Bolívar. — El proceder de San Martín. — Carta del ministro de Relaciones Exteriores del

Perú a San Martín reclamándole el estandarte. — Contestación dada por San Martín. — Una legítima posesión. — Dictamen de los concejales de Lima sobre la autenticidad del estandarte. — Oficio del alcalde de Lima haciendo entrega de él a San Martín. — Un testimonio de la tradición. — Proceder de San Martín y proceder de Sucre. — El valor simbólico del acto realizado por San Martín. — Cuando San Martín declaró que ese estandarte era prenda de victoria. — Anécdota desautorizada por Balcarce.

476

CAPÍTULO XXII. — GLORIFICACIÓN ESTATUARIA DE SAN MARTÍN.

SUMARIO: Urquiza y la glorificación de San Martín. — San Martín objeto de elogios y de comentarios en el Continente. — Vicuña Mackenna y la estatua a San Martín en Santiago de Chile. — Homenaje con proyecciones continentales. — En Santiago queda constituida la comisión encargada de erigir el monumento. — Artículo de Vicuña Mackenna desautorizando «raras y oscuras protestas» que levanta esa iniciativa. — La pluma de Vicuña Mackenna y la batalla de Maipú. — El pueblo argentino y los honores a San Martín. — Proyecto presentado por Guido al congreso en el Paraná, para erigirle a San Martín un monumento en San Lorenzo. — La injusticia de las pasiones topográficas, según Sarmiento. — La estatua de San Martín, declara éste, debe surgir en el Retiro con frente al occidente y señalando con su dedo los Andes. — La figura de San Martín demasiado grande para ser encerrada en el marco de una nacionalidad. — La municipalidad de Buenos Aires decide honrar la memoria de San Martín y forma una comisión. — Embellecimiento del lugar en que debe ser erigida su estatua. — Decreto del general Mitre relacionado con su inauguración. — La inauguración del monumento a San Martín y el patriotismo de un pueblo. — Discurso del general Mitre en ese acto. — Discurso del general Enrique Martínez y del representante municipal. — Discurso del ministro peruano y del general Guido. — El general Mansilla desenvaina su espada y saluda al héroe. — Acta de esta ceremonia. — Inauguración del monumento a San Martín en Santiago. — Descripción del monumento hecha por Vicuña Mackenna. — Crónica de la ceremonia inaugural, escrita por Manuel Recabarren. — Discurso del ministro Tocornal. — Discurso del general las Heras, llamado por el cronista «el Jenofonte chileno». — Discurso de los señores Lastarria, Espejo y Guillermo Mata. — Estrofas de Eduardo de la Barra en honor de San Martín. — Decreto del presidente peruano José Balta decretando erigir a San Martín un monumento. — Balta y Balcarce. — Monumento a San Martín en el Callao y su inauguración. — El primer centenario de la independencia peruana y el monumento a San Martín en Lima. — Inauguración de este monumento. — Monumentos a San Martín en el Rosario y en San Lorenzo. — Inauguración del monumento a San Martín en Yapeyú, su pueblo natal. — Discursos del coronel Rodríguez, del general Garmendia y del representante peruano, Carlos Rey de Castro. — Monumento a San Martín en Santa Fe y su inauguración. — Monumento a San Martín en Mendoza. — Una iniciativa que no cayó en el vacío. — La estatua de San Martín en Corrientes, en Córdoba, en la Rioja, en el Paraná, en La Plata y en otros sitios de la República. — Proyecto de ley presentado al congreso argentino en 1908 por el senador González para honrar a San Martín. — El monumento al Ejército de los Andes en el cerro de la Gloria, en Mendoza. — Iniciativa para levantar un monumento a San Martín en Boulogne-sur-Mer. — Inauguración de este monumento. — Discurso de Belisario Roldán. — Un busto de San Martín en Bogotá. — Iniciativa del Club del Progreso de Buenos Aires para erigir un monumento a San Martín en Washington. — Su inauguración y los discursos pronunciados por el embajador argentino y por el presidente Coolidge. — Corona depositada por éste al pie del monumento. — Busto de San Martín en el palacio de la Unión Panamericana de Washington. — México y la glorificación de San Martín. — Parque que pasa a ser denominado con el nombre de «General San Martín». — Discurso del señor Pérez Medina, representante del ayuntamiento, al descubrirse la placa, y respuesta del ministro argentino doctor Labougle. — La república de Venezuela y la piedra fundamental del monumento al general San Martín en Caracas. — Inauguración de este monu-

mento. — Discursos del representante argentino y del señor Vallenilla Lanz. — Otros homenajes tributados a San Martín en la Argentina, en Chile, en el Perú, en Montevideo, en la Habana y en París. — De dónde emerge la glorificación de San Martín 495

CAPÍTULO XXIII. — CENTENARIO Y REPATRIACIÓN DE LOS RESTOS DE SAN MARTÍN.

SUMARIO: Proyecto para la repatriación de los restos de San Martín. — Se le discute y se convierte en ley. — La municipalidad de Buenos Aires y el terreno para levantar en él un sepulcro a San Martín. — El presidente Avellaneda con fecha 5 de abril de 1877 se dirige a sus conciudadanos para cumplir con un voto de gratitud. — Cómo habló Avellaneda en esa oportunidad. — «La reparación, declara él, es inevitable». — Don Angel Justiniano Carranza y un artículo sobre la batalla de Maipú. — Comisión encargada de recolectar fondos para la traslación de los restos de San Martín. — Una velada en el teatro Colón. — Festejos decretados para solemnizar el centenario del natalicio de San Martín. — La procesión cívica. — Maniobras militares en el hipódromo de Palermo. — Conferencia literaria en el teatro Colón. — El discurso del doctor Manuel Quintana. — Composiciones literarias de los poetas Gutiérrez, Ensina y Andrade. — Trabajos de Vicuña Mackenna y de Mitre. — San Martín, dijo Mitre, es el germen de una idea grande que brota en las entrañas fecundas de nuestra tierra. — Los festejos centenarios del 25 de febrero de 1878 se inician con un *Te Deum* cantado por el arzobispo de Buenos Aires. — Colocación de la piedra fundamental del mausoleo que se le erigirá a San Martín en la catedral. — Recepción en los salones de la municipalidad. — Discursos del señor Perisena, de don Emilio Mitre y del general Vega. — Una alocución de Avellaneda. — La procesión cívica. — El carro simbólico. — Un espectáculo grandioso. — Mitre, intérprete de la multitud. — Discurso del presidente Avellaneda. — «Esta escena, dijo él, es solemne, como una sentencia histórica». — Los guerreros de la independencia alzados en brazos. — El gobierno del Uruguay y el de Chile se asocian a este homenaje. — El modelo del mausoleo presentado por Carrier-Belleuze aceptado por la comisión de la repatriación de los restos. — Construcción de la capilla en que se erigirá este mausoleo. — El transporte *Villarino* designado para trasladar los restos de San Martín. — Los restos de San Martín en el Havre. — El tránsito de estos restos hasta el embarcadero fué un espectáculo solemne. — Discurso de Balcarce al hacer su entrega. — Declaración del comandante del *Villarino*. — Acta levantada en ese entonces y firmada por los ministros y autoridades presentes. — La capilla mortuoria a bordo del *Villarino*. — Carta de Balcarce a Mitre, después de entregados los restos. — Los restos de San Martín y el gobierno uruguayo. — Decreto del presidente Santos cuando el *Villarino* se acerca a las costas del Uruguay. — El gobierno argentino declara feriado el día de la llegada de los restos de San Martín y designa la división naval que debe escoltar al *Villarino*. — Desembarco de los restos de San Martín en Montevideo. — Llegada del *Villarino* a la rada interior de Buenos Aires. — Los restos de San Martín a bordo del vapor *Talita*. — Una ceremonia grandiosa. — Los restos de San Martín transportados solemnemente sobre una parihuela. — Sarmiento y su discurso en el muelle de las Catalinas. — Del muelle de las Catalinas a la plaza de San Martín. — Discurso de Avellaneda en este acto. — «¡Sombra del gran capitán!, exclamó. Vuestro último voto se encuentra cumplido, descansáis en vuestra tierra, levantaos para cubrirla.» — Discurso del ministro del Perú. — Los restos de San Martín en la catedral. — Funeral celebrado el día en que los restos recibieron sepultura definitiva. — Cómo se llevó a cabo la inhumación de los restos. — El mausoleo de San Martín, sus estatuas y sus inscripciones 533

CAPÍTULO XXIV. — SAN MARTÍN EN LA POESÍA Y EN EL ARTE.

SUMARIO: La aparición de San Martín en el Plata. — San Martín cantado por los poetas. — Carta de San Martín a Esteban de Luca. — «Ensalzar con sus cantos a los héroes de la patria, le dice, es un deber de los que se

dedican a la literatura». — Oda de Esteban de Luca a la victoria de Chacabuco. — Canto de Ramón Rojas a esta victoria. — Vicente López y la victoria de Maipú. — La entrada de San Martín en la inmortalidad. — La lira de Juan Cruz Varela y de fray Cayetano Rodríguez. — Los poetas y el coronamiento de la epopeya. — Canto lírico de Esteban de Luca a la libertad de Lima. — El triunfador y la caída de la metrópoli. — El asedio de Lima y sus incidencias cantadas por el poeta. — La inmortalidad de San Martín. — Juan Crisóstomo Lafinur. — El Libertador y el bardo. — La batalla de Ayacucho y San Martín. — Los héroes y los santos. — Los alejandrinos de Mármol y San Martín. — Los bardos después de Caseros. — Andrade y San Martín. — *El Nido de Cóndores*, «poema colosal», según Joaquín V. González. — La ficción del poeta. — Las proezas del héroe y su centenario. — San Martín reclama su verdadero cantor. — San Martín y su perduración en el arte. — Elementos utilizados en su glorificación por el color y la piedra. — Hazañas que esperan el conjuro del arte. — El ostracismo tan interesante para el arte como su vida heroica. — Lo que predomina en la representación artística de la epopeya. — El San Martín de Gil, después de Chacabuco. — Otros retratos de San Martín hechos por Gil, después de Maipú. — Retrato de San Martín hecho por Nuñez de Ibarra. — El San Martín de Carrillo pintado en Lima. — Miniatura de San Martín, hecha por la señora Nareisa Casa Saavedra. — Retrato de San Martín por Cooper. — Miniatura de San Martín por Whusen. — Retrato ecuestre de San Martín por Géricault. — Dos retratos de San Martín hechos por Madou en Bruselas. — Retrato de San Martín hecho en Bruselas, por la maestra de pintura que tenía la hija de San Martín. — Lo que sobre éste retrato opinaba la hija de San Martín. — Única fotografía que se conoce de San Martín. — El agua fuerte de Castan. — Las láminas de las batallas de Chacabuco y Maipú por Géricault. — Otros cuadros en que aparece representado San Martín. — San Martín en el dominio del arte. — Carranza y el Museo Histórico de Buenos Aires. — Carranza y la nieta de San Martín. — Carta que ésta le escribe al desprenderse de los muebles y reliquias de San Martín que conservaba en su poder. — Croquis de la habitación que ocupaba San Martín en Boulogne-sur-Mer. — El reloj y la cadena de oro de San Martín. — Otras reliquias entregadas por la nieta de San Martín a Mitre. — El tintero de la Inquisición. — El uniforme, el sombrero y la banda de San Martín. — Entrega de estas prendas al Museo Histórico de Buenos Aires. — El Museo Histórico de Buenos Aires, relicario sanmartiniano. — El dormitorio de San Martín. — Tres caricaturas de San Martín 559

CAPÍTULO XXV. — SAN MARTÍN EN LA HISTORIA Y EN EL DESTINO DE AMÉRICA.

SUMARIO: García del Río, primer biógrafo de San Martín. — Cómo concluye su ensayo. — Reimpresión de esta biografía hecha por Alberdi. — Biografía de San Martín por Bernardo de Irigoyen. — Páginas que honran a su autor. — Biografía de San Martín por Sarmiento. — Sus inexactitudes. — La pluma de Sarmiento saca a San Martín de la oscuridad. — Bosquejo biográfico de San Martín por Juan María Gutiérrez. — Jerónimo Espejo y su obra: *La Entrevista de Guayaquil*. — Vacío que se llenó con su aparición. — *El Paso de los Andes*, por el mismo. — Espejo y su inclinación por la crónica. — San Martín le confía a Espejo el *Diario de operaciones*. — Dónde dejó ese diario y cómo se perdió. — Actitud histórica en que Espejo se coloca. — Su crónica del paso de los Andes, fuente de consulta. — Mitre y su *Historia de San Martín*. — Cómo escribió esta historia. — Correspondencia entre Mitre y Balcarce. — Carta de Balcarce a Mitre remitiéndole una carta de Bolívar. — En carta a Balcarce declara Mitre el 14 de enero de 1869 que ha comenzado a ocuparse de la vida de San Martín. — Cuál era su plan y documentos que en ese entonces poseía. — Balcarce contesta la carta de Mitre el 24 de marzo del mismo año. — Documentos enviados por Balcarce a Mitre en ese entonces. — El testamento de San Martín y de Bolívar según Balcarce. — Mitre en el senado, y carta que con tal motivo le escribe Balcarce. — Silencio de Mitre que le sorprende a Balcarce. — Carta remitida a Mitre por Balcarce desde

Suiza en 1874. — En diciembre de 1877 le envía a Mitre la carta que su hermano Florencio escribiera sobre la vida de San Martín en Grand-Bourg. — Balcarce y el comisionado por el gobierno argentino para visitar los archivos españoles en 1879. — Contento de Balcarce al saber que Mitre continúa ocupándose de la historia de San Martín. — Balcarce le agradece el envío que le hace Mitre de sus <i>Comprobaciones Históricas</i> y aborda el tema de Guayaquil. — La Conferencia de Guayaquil, dice Balcarce, no tuvo testigos. — La carta de San Martín dirigida a Guido desde Bruselas. — Don Carlos Guido y sus pretensiones, atribuyendo a su padre la idea y plan de la expedición a Chile. — Reflexiones que le sugieren a Balcarce las <i>Nuevas Comprobaciones Históricas</i> de Mitre. — A la muerte de Balcarce, su hija, la señora de Gutiérrez Estrada, reanuda la correspondencia con Mitre. — Papeles, cartas y documentos, remitidos por ésta a Mitre el 29 de mayo de 1885. — En su carta pídele que después de haberlos utilizado los entregue al Archivo o a la Biblioteca Nacional. — Nueva carta dirigida a Mitre el 18 de diciembre del mismo año. — Registro hecho por la señora Gutiérrez de Estrada entre los papeles de su padre. — Mitre le informa que ya tiene clasificados setenta volúmenes de los documentos referentes a San Martín y muy adelantada su historia. — Alegría que esta noticia causa en la nieta de San Martín. — En busca de un retrato de San Martín para remitirlo a Mitre. — Plano de la batalla de Chacabuco buscado inútilmente. — Legajo de documentos remitidos a Mitre, por intermedio del señor Marcó del Pont. — Queja formulada al final de esta carta. — Deseos que le expresa a Mitre de conversar con él, para contarle rasgos íntimos de la personalidad de su abuelo. — Cómo Mitre formó el archivo de San Martín. — Nuestro juicio sobre la <i>Historia de San Martín</i> por Mitre. — Nuestras disidencias con el ilustre maestro. — El contenido y el valor de su obra. — Juicio de Mitre sobre San Martín. — Influencia de San Martín sobre nuestros publicistas. — Juicio de José Manuel Estrada y de Joaquín V. González. — Chile y la <i>Historia de San Martín</i> . — Barros Arana y su juicio sobre San Martín. — San Martín juzgado por Amunátegui. — San Martín y el juicio de don Gonzalo Bulnes. — Benjamín Vicuña Mackenna y su comprensión sanmartiniana. — San Martín juzgado por este historiador. — Los historiadores peruanos y San Martín. — Juicio de San Martín por Paz Soldán. — San Martín blanco de la calumnia. — Alberdi, detractor de San Martín. — Primicia que en este triste honor le corresponde a Mary Graham. — Cochrane, Pruvonena y otros detractores. — Rodó y San Martín. — Una conclusión de Mitre. — Sentir de Lord Fiffe, de Lafond de Lurey, de Miller y de Hall sobre San Martín. — San Martín, genio calculador según Gervinus. — San Martín en la historia de América y de la civilización. — La más grande de nuestras satisfacciones. — Argentinidad y americanismo	588
Apéndice documental	621
Bibliografía	667

INDICE DE LAS LAMINAS

Lámina	I. — VISIÓN DE SAN MARTÍN POR SERVI	8
»	II. — CARTA DIRIGIDA POR SAN MARTÍN AL ADMINISTRADOR DE SU CHACRA EN MENDOZA, EL SEÑOR PEDRO A. MOYANO. COMUNICACIÓN DEL DIRECTOR DE LA POLICÍA DE PARÍS	16
»	III. — ANUNCIANDO LA PARTIDA DE SAN MARTÍN DEL HAVRE .	32
»	IV. — COMUNICACIÓN DEL DIRECTOR GENERAL DE ADUANAS DEL HAVRE SOBRE EL REGISTRO HECHO EN EL EQUIPAJE DE SAN MARTÍN	48
»	V. — EMBARCO DE SAN MARTÍN EN EL HAVRE PARA INGLATERRA	64
»	VI. — CARTA DE JUSTO DE SAN MARTÍN A FAVOR DE SU HERMANO, JOSÉ DE SAN MARTÍN, DIRIGIDA AL CONDE DE CORBIÈRE .	80
»	VII. — PLANO PARCELARIO DE BRUSELAS	96
»	VIII. — LIBRO DEL CATASTRO DE BRUSELAS, QUE REGISTRA LA INSCRIPCIÓN DE SAN MARTÍN EN EL NÚMERO 1422 DE LA <i>rue de la Fiancée</i>	112
»	IX. — PLANO PARCELARIO DE LA CIUDAD DE BRUSELAS, EN QUE FIGURA EL TRAZADO DE LA <i>rue de la Fiancée</i>	128
»	X. — FACHADA DEL TEMPLO LLAMADO DE LOS AGUSTINOS EN BRUSELAS	144
»	XI. — EL GENERAL JUAN VAN HALEN	160
»	XII. — PASAPORTE DE SAN MARTÍN VISADO EN LILLE	176
»	XIII. — COMUNICACIÓN DEL ALCALDE DE LILLE SOBRE LA VISACIÓN DE ESTE PASAPORTE	192
»	XIV. — COMUNICACIÓN DE LA PREFECTURA DE MARSELLA AL MINISTRO DEL INTERIOR ANUNCIANDO EL RETORNO DE SAN MARTÍN A BRUSELAS	208
»	XV. — COMUNICACIÓN DEL PREFECTO DE POLICÍA DE PARÍS AL MINISTRO DEL INTERIOR, REFERENTE A SAN MARTÍN ...	224
»	XVI. — COMUNICACIÓN DEL PREFECTO DE POLICÍA DE PARÍS DECLARANDO QUE SE HA BUSCADO INFRUCTUOSAMENTE A SAN MARTÍN EN ESA CAPITAL	240
»	XVII. — SAN MARTÍN EN TRAJE CIVIL, RETRATO HECHO POR MADOU	256
»	XVIII. — RETRATO DEL MARQUÉS DE LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR, DON ALEJANDRO AGUADO	272
»	XIX. — CASTILLO DEL MARQUÉS DE LAS MARISMAS EN PETIT-BOURG	288
»	XX. — PUENTE COLGANTE CONSTRUÍDO SOBRE EL SENA EN 1832, POR DON ALEJANDRO AGUADO	304
»	XXI. — DOMINIOS DEL MARQUÉS DE LAS MARISMAS, EN PETIT-BOURG, EN LA ÉPOCA EN QUE SAN MARTÍN SE INSTALÓ EN GRAND-BOURG	320
»	XXII. — CASA DE SAN MARTÍN EN GRAND-BOURG	336
»	XXIII. — PLANO DE LA FINCA QUE POSEÍA SAN MARTÍN EN GRAND-BOURG	352
»	XXIV. — CASA DE SAN MARTÍN EN PARÍS	368

Lámina	XXV. — TRAZADO DE LA <i>rue Saint-Georges</i> EN QUE TUVO SU CASA SAN MARTÍN	384
»	XXVI y XXVII. — COMBATE DE OBLIGADO. POSICIÓN DE LOS BARCOS QUE COMPONÍAN LA ESCUADRA FRANCO-INGLESA ANTES DEL COMBATE. — DESPUÉS DEL COMBATE	400
»	XXVIII. — CASA DE SAN MARTÍN EN BOULOGNE -SUR-MER	416
»	XXIX. — PODER DADO POR SAN MARTÍN A MARIANO BALCARCE PARA VENDER SU CASA DE GRAND-BOURG	432
»	XXX. — RETRATO DE SAN MARTÍN HECHO AL DAGUERROTÍPO EN 1848.	448
»	XXXI. — TESTAMENTO OLÓGRAFO DE SAN MARTÍN	480
»	XXXII. — ACTA DE DEFUNCIÓN LEVANTADA EN BOULOGNE-SUR-MER AL PRODUCIRSE EL FALLECIMIENTO DE SAN MARTÍN	496
»	XXXIII. — DOS ASPECTOS DE LA CASA COMPRADA POR BALCARCE EN BRUNOY Y DONDE SE RECONSTITUYÓ EL DORMITORIO QUE TENÍA SAN MARTÍN EN BOULOGNE-SUR-MER	512
»	XXXIV. — OLMO CENTENARIO EXISTENTE EN LA PROPIEDAD COMPRADA POR BALCARCE	544
»	XXXV. — SEPULCRO DE LA FAMILIA BALCARCE EN BRUNOY, EN DONDE DESCANSARON LOS RESTOS DE SAN MARTÍN	560
»	XXXVI. — BOQUETE ABIERTO POR UN OBÚS ALEMÁN EN LA CASA DE SAN MARTÍN EL 13 DE ABRIL DE 1918	576
»	XXXVII. — PLACA ERIGIDA EN MÉXICO EN HONOR DE SAN MARTÍN, EL 25 DE OCTUBRE DE 1927	592
»	XXXVIII. — PLACA COLOCADA EN LA CASA DE SAN MARTÍN EN PARÍS Y EN GRAND-BOURG EL 25 DE MAYO DE 1931	608

INDICE ALFABETICO

A

- Abad y Lasiena (Manuel), arzobispo de Se-
limbria. I, 84.
- Abadía (Francisco Javier), general español.
IV, 163.
- Abascal (José Fernando), virrey del Perú.
I, 288, 292, 298, 303, 310, 409, 513. II, 152, 403.
III, 10 y sig.; insurrección de Tacna y de
Huánuco, y levantamiento del Cusco, 13 y
sig.; 44, 179.
- Abastas Tijero (Juan de), licenciado. I, 44.
- Abisbal (conde de). I, 139 nota. Véase O'Don-
nell (Enrique José).
- Abrante (conde de). IV, 344.
- Abreu (Manuel), capitán de fragata español.
III, 70, 106, 108, 209; correspondencia y en-
trevista con San Martín, 209 a 223, 225; la
conferencia de Punchaucha, 226 a 245; prose-
cución de las negociaciones en Miraflores,
247 y sig., 340 y sig., 346 a 349, 365, 378 y
sig., 383, 460, 471 y sig.
- Acebal (Torino), coronel realista. III, 379.
- Acevedo, diputado. II, 85.
- Aconcagua, macizo del. II, 9.
- Acosta (Manuel), capitán. I, 583. Ayudante de
Estado Mayor. II, 373 nota.
- Acuña de Figueroa (Francisco). IV, 189.
- Achupallas, combate de. II, 21 a 24.
- Adams (Quincy). IV, 8, 9.
- Agar (Pedro). I, 138.
- Agüero y Ramírez (Alejandro María de, mar-
qués de las Marismas del Guadalquivir).
Amistad con San Martín, y actuación de. IV,
270 a 290, 308; muerte y testamento de, 309,
310; inventario de las posesiones de, 311 y
sig., 431.
- Agüero, cabo. II, 318 nota.
- Agüero (José Vicente). II, 259.
- Agüero (Julían Segundo de), presbítero y es-
tadista argentino. III, 517, 518, 526. IV, 196.
- Aguila, bergantín. II, 175, 278, 359, 403, 551,
573, 591.
- Aguila, fragata. III, 35.
- Aguilar (N.). I, 521.
- Aguirre (Cristóbal). I, 35, 36.
- Aguirre (Joaquín). II, 67 nota.
- Aguirre (José María), capitán. I, 583. Ayu-
dante general de Estado Mayor. II, 249, 373
nota, 552. Coronel. III, 167, 199.
- Aguirre (Juan Pedro). II, 296 nota.
- Aguirre (Manuel Hermenegildo). Es enviado a
Estados Unidos para comprar buques de
guerra. II, 105 a 108, 186, 358 nota, 387 a
391, 399 a 402.
- Aguirre (Pedro). II, 220. Alcalde de primer
voto de Buenos Aires, 520, 522 nota.
- Aicardo (José Gregorio). I, 521.
- Alaix, oficial realista. II, 243.
- Alarco (Toribio), regidor. III, 483.
- Albano. II, 55, 56 nota, 140, 141.
- Albano (Casimiro). II, 67 nota.
- Albarracín, militar. IV, 230.
- Aiberdi (Juan Bautista), escritor y juriscón-
sulto argentino. III, 588, 589, 591, 592. IV,
361; San Martín según, 362, 363; visita la
casa de San Martín en Grand-Bourg, 363 y
sig., 376; carta de Balcarce a, 415, 416; co-
rrespondencia con Balcarce, 418 y sig., 479,
590, 616, 617.
- Albién, bergantín. II, 226.
- Albo (Castillo). I, 505.
- Albuera, batalla de. I, 132.
- Alburquerque (duque de). I, 378.
- Alcabón, combate de. I, 278.
- Alcalde (Juan Agustín), senador chileno. II, 432.
- Alcance, goleta de guerra española. III, 93,
94, 96.
- Alcázar (Andrés de), coronel. I, 296, 297; en
la batalla de Cucha-Cucha, 299, 333, 334
nota, 532. II, 169, 189.
- Alcázar (Pedro). II, 91, 93.
- Alcudia (duque de la). I, 150.
- Aldao (Antonio), doctor. I, 62, 63.
- Aldao, regidor de Buenos Aires. II, 284.
- Aldao (Carlos A.). IV, 519.
- Aldao (Francisco). I, 521. II, 19.
- Aldao (José Félix). I, 521. Fraile y militar ar-
gentino. II, 52, 64, 71 a 74, 77, 114 nota.
III, 155, 168, 172, 173, 174, 198, 317 y sig., 331.
IV, 519.
- Aldunate (José Santiago), general chileno. II,
553. III, 82, 145, 151, 155, 429, 439 y sig. IV,
327, 498.
- Aldunate (Juan José). I, 276.
- Aldunate (Mercedes). II, 67 nota.
- Aldunate (Pedro). II, 533 nota.
- Alegre (Ventura), capitán. II, 487, 552. III, 542.
- Alejandro, navío español. II, 465, 568. III, 543,
558, 567.
- Alemparte (José), subteniente. II, 185.
- Alonso (Ignacio), soldado español. I, 115.
- Alsina (Adolfo). IV, 534.
- Alsina (Valentín), gobernador de la prov. de
Buenos Aires. II, 556, 557 nota. III, 523.
- Althaus (Clemente), capitán de ingenieros. II,
552. III, 145, 156. Teniente coronel. IV, 55.
- Alvarado (Eugenio), mariscal de campo espa-
ñol. I, 83.
- Alvarado (Dr. Luis Felipe Antonio). III, 9, 483,
484, 630. IV, 37, 492, 493.
- Alvarado (Rudecindo), teniente coronel. I, 454,
565, 584. II, 14, 44, 51, 57; en la batalla de
Chacabuco. II, 44, 51, 57, 67 nota, 95, 123,
167, 215, 229, 234, 239, 240, 244, 247, 248,
261; gobernador de Valparaíso, 315 a 318,
366, 373 nota, 381, 382, 385, 450, 452 a 454,
465, 466, 473, 485, 489, 490, 494, 496, 497, 512,
513, 515 a 517, 522 nota, 534, 541, 542, 548,
553. III, 119, 120 a 123; la desertión del ba-
tallón Numancia, 124, 125, 148, 187, 188, 201,
317 y sig., 328, 429; la conjuración contra
San Martín en Lima, 440 y sig., 521, 522, 524,
620, 629, 635, 636 nota, 641 a 643, 656, 658,
659; general en jefe del ejército del Perú.
IV, 22; carta a San Martín, 45, 46; en To-
rata, 47; en la batalla de Moquegua, 47 y sig.
- Alvarez. II, 94, 105, 167, 169, 397, 407, 431.
- Alvarez (Cosme). II, 304.
- Alvarez (Damián). I, 581 nota.
- Alvarez (José Antonio). II, 52.
- Alvarez (Josefa). I, 473. IV, 92.
- Alvarez (Julían). II, 298, 299, 408 a 410, 509.
- Alvarez (Manuel). I, 89.
- Alvarez (Dr. Mariano Alejo). prócer peruano.
III, 9, 430, 482, 638. IV, 225; cartas de San
Martín a, 243 a 246, 252, 282, 294, 295, 315.
- Alvarez (Mercedes). I, 581 nota.
- Alvarez Condarco (José Antonio), ingeniero y
militar argentino. I, 269, 393, 422, 423, 473,

- 505, 506, 517, 531, 532, 545, 546, 567, 582, II, 10, 40, 54, 129, 159 a 161, 162 nota, 342, 343, 355, 356, 357, 358 nota, 387, 389, 396, 473, 558 a 560, III, 444, IV, 92, 113, 147; visita a San Martín a bordo del *Chichester*, 183, 391.
- Alvarez Condarco (Pedro Nolasco), teniente segundo, II, 552.
- Alvarez de Arenales (Juan Antonio). Véase Arenales (Juan Antonio Alvarez de).
- Alvarez Jonte (Antonio), abogado y político español, I, 189, 192, 226; importante misión en Chile, 267 a 276, 324, 391 nota, II, 88, 91, 146, 149, 347, 397 a 399, 449 nota; auditor general de marina, 552, 561, 565 a 567 nota, 568, III, 89, 149, 371.
- Alvarez Thomas (Ignacio), I, 368 a 371, 372 nota; es designado director del Río de la Plata, 396 a 401, 405, 406, 408, 412, 426, 455, 467, 489; carta a San Martín, 516, II, 156, 375, 447 nota.
- Alvarez Villar (Antonio), III, 437.
- Alvear (Benito Manuel Diego de), I, 374.
- Alvear (Borja de), I, 375.
- Alvear (Carlos María de), general argentino, su llegada a Buenos Aires, I, 179, 180, 187 a 189, 214, 215, 218 a 220, 233, 240, 241, 244 a 247; en la toma de Montevideo, 251 a 256, 286, 340; director supremo del Estado, 342 a 394, 396 a 398, 426, 515, 516, 595, II, 92 nota, 96, 295 nota, 333, 336, 357, 359, 369, 427, 435, 436 nota, 519, 521 a 523, 526 nota, III, 193, 301, IV, 91, 126, 128, 130, 134, 136, 173, 391, 392.
- Alvear (Diego de), I, 83, 139 nota.
- Alvear (Emilio), IV, 549.
- Alvear (Ildefonso de), I, 375.
- Alvear (José María de), abad mitrado, I, 375.
- Alvear (Juliana de), I, 375.
- Alvear (Manuela de), I, 375.
- Alvear (María Josefa de), I, 375.
- Alvear (Solano de), I, 375.
- Alvear (Zacarías de), I, 375.
- Alvear Ponce de León (Diego de), I, 374 a 379.
- Alvear y Escalera (Santiago de), I, 374 nota.
- Alzaga (Félix), nombrado ministro en el Perú, IV, 75.
- Alzaga (Martín de), I, 188.
- Alzogaray (Julían), I, 208.
- Allende (Ramón), teniente, II, 185, 533 nota.
- Allende (Santiago Alejo), I, 167.
- Allende (Tomás), I, 435.
- Alouard (H.), escultor, IV, 521.
- Amador (Esteban), alcalde de Guayaquil, III, 567, 568.
- Ameller (Cayetano), coronel realista, III, 312.
- América, balandra argentina, I, 173.
- Ames (Nicolás), II, 334.
- Amézaga (Carlos), alférez, I, 224, 225.
- Amite Sarobe (José Manuel), secretario privado de San Martín, I, 590.
- Amor de la Patria (José), I, 260.
- Amphion*, fragata de guerra inglesa, II, 60, 128, 192 a 194, 321, 323, 329, 341, 342, 344 a 346.
- Amunátegui (Miguel Luis), historiador chileno, I, 261 nota, 506, 585 a 587, II, 119, 303; juicio de, acerca de San Martín, IV, 611, 612.
- Anador (Ramón), I, 208.
- Anchorena (Cristóbal de), I, 525.
- Anchorena (Tomás M. de), político argentino, III, 517.
- Anchoriz (Ramón Eduardo de), sacerdote argentino, I, 379, 525, III, 8, 526.
- Andes, cordillera de los, II, 9.
- Andrade (Olegario V.), poeta argentino, IV, 538; versos de, a San Martín, 571 a 574.
- Andrade (Violante Freira de), III, 285.
- Andrews, II, 395.
- Andrómaca*, fragata inglesa, II, 273, 331, 350, 361, III, 177.
- Andújar (José), deán de la catedral de Buenos Aires, I, 51.
- Aneiros (Federico), arzobispo, IV, 541, 557.
- Angosto (Antonio), I, 83.
- Angulo (Francisco de), III, 7.
- Angulo (José), patriota peruano, III, 14.
- Angulo (Vicente), III, 14.
- Ansures de Campo Redondo (Pedro), capitán, III, 7.
- Antón (Gregoria), bisabuela del Libertador, I, 44, 45.
- Anzay (Faustino), I, 319.
- Anzorena (N.), I, 521.
- Apartado de México (marqués del), II, 88.
- Aragón, sargento, II, 533 nota.
- Aragones (Simón), teniente realista, II, 231.
- Aragua (José Ignacio de), II, 243.
- Arana (Felipe), nota de, a Leblanc, IV, 338; escribe a San Martín, 342, 343; convención firmada por Mackau y, 343; convención de paz firmada por Southern y, 352, 353, 460, 461.
- Aragua (Ignacio), II, 65.
- Aranguiz (José de), II, 132 nota.
- Aranibar (Nicolás), político peruano, III, 630, 667.
- Aranaz*, goleta, III, 413.
- Aráoz (Bernabé), coronel, I, 242, 243. Gobernador de Tucumán, II, 487, 488, 492, 510, 584, 585.
- Aráoz (Manuel), II, 305, 532 nota.
- Aráoz de Lamadrid (Gregorio), ayudante de campo del general San Martín, I, 224.
- Arasena (Gregorio), I, 340.
- Araucano*, bergantín de guerra, II, 403, 404, 463, 568, 569, 591, 592 nota, III, 32, 359, 380, 413, 527.
- Arauco*, bergantín de guerra, II, 278.
- Arce (Mariano José de), presbítero, II, 45, 423, 430, 432, 647.
- Arco (Antonio), ingeniero español, II, 23, 24, 26, 31, 40, 49, 52, 162, 166, 168, 214, 225 a 227, 370.
- Ardite (Valeriano), médico, I, 584 nota.
- Arellano (Lino de). Véase Ramírez de Arellano (Lino).
- Arenales (Florentino), oficial argentino, III, 563.
- Arenales (José), teniente segundo, edecán de San Martín, II, 552.
- Arenales (Juan Antonio Alvarez de), militar español, I, 237, II, 551, III, 38, 41, 45, 49 y sig., 82, 83, 108; datos biográficos y campañas, 140 a 142; San Martín le confía en el Perú la campaña de la Sierra, 142 a 160, 163 y sig., 167, 168, 169, 170, 172, 174; segunda campaña de la Sierra, 200 a 204, 214, 300, 317 a 333; la toma de Lima por San Martín, 323 a 327, 328 a 333, 376 y sig., 382 y sig., 414, 425, 429, 540, 541, 550 y sig., 589, 590, 629, 641, 663, IV, 43; carta a San Martín, 43, 44; reclamación de, 44, 50, 51, 55.
- Arenales (José Ildefonso), militar y escritor peruano, III, 150 nota, 154, 158, 200, 320, 323, 553, 589.
- Arenas (Francisco), II, 41.
- Arévalo (Domingo), coronel, II, 487.
- Argentina*, fragata, II, 471.
- Argerich (Cosme), médico, I, 528.
- Argomedo (José Gregorio), I, 263, 264, 266, 490.
- Argomenda, II, 146.
- Argos*, periódico argentino, III, 523.
- Argüero (Juan), capitán de Estado Mayor, II, 552.
- Ariel*, corbeta de guerra, II, 359.
- Ariza (Juan de Dios), III, 24.
- Arjonilla, combate de, I, 114 al 117.
- Arras (Matías), teniente coronel realista, II, 333.
- Arredondo (Manuel), militar realista, III, 365, 366, 375, 443.
- Arriagada (Pedro Ramón), teniente coronel, II, 189, 373 nota.
- Arriola (Antonio), II, 334, 335.
- Arriola (José Nicolás de), capitán, II, 542. Coronel, III, 507.
- Arroyo (Guillermo), II, 34.
- Arroyo (Manuel de), I, 428.
- Arroyo (Melitón), IV, 519, 520.
- Arroyo (Tomás Julián), licenciado, alcalde mayor de Paredes de Nava, I, 49.
- Arteaga y Alemparte (Domingo), IV, 512.
- Artigas (José Gervasio), general uruguayo, I,

72, 175, 176, 183, 195, 245, 254 nota, 365; su-
blevación de Fontezuelas, 368 a 370, 383, 396,
403, 420, 481, 483, 492. II, 78 nota, 277, 296
nota, 336 nota, 348, 352, 355, 432, 433, 455,
456, 458, 459, 476, 479, 480, 483, 503, 510.
Artigas (Manuel). I, 175.
Arzadun (Juan), general. I, 90, 102 nota.
Arzobispo, acción del puente del. I, 278.
Asia, navío realista. I, 493.
Astete (Antonio), seudónimo de Juan Ramírez.
I, 502 a 504.
Astorga (José Manuel de). II, 132 nota. Co-
mandante. II, 373 nota. Teniente coronel.
III, 194.
Atero, coronel realista. I, 503, II, 23, 25.
Aurora, goleta argentina. II, 521.
Aurora de Chile, periódico. III, 8.
Avellaneda (Justina). I, 47 nota.
Avellaneda (Nicolás), estadista argentino, se
dirige a sus conciudadanos, acerca de la re-
patriación de los restos de San Martín. IV,
535 a 537; discurso de, en un homenaje a
San Martín, 545 a 547; discurso de, ante los
restos de San Martín. 554, 555.
Avila (Guillermo). II, 13 nota.
Avila (Manuel). IV, 462.
Avila (Nicolás), comandante. II, 13 nota.
Avilés y del Fierro (Gabriel de), virrey del Río
de la Plata y posteriormente de Lima. I, 55,
477. III, 530 nota.
Ayacucho (Batalla de). III, 526.
Aymerich. III, 536, 537, 541, 555; derrota de
Pichincha, 556 a 558, 576.
Ayohuma, combate de. I, 217, III, 141, 199.
Ayulo, sargento mayor. III, 172.
Azcuénaga (Miguel de). I, 583.
Azero Prete (Gregorio), cura párroco. I, 26.
Azopardo (Juan Bautista). I, 174.
Azúa (marqués de). II, 67 nota.

B

Bacle (Hipólito), cartógrafo francés. IV, 337.
Baigorria (Juan Bautista). I, 206.
Bailén, batalla de. I, 118 a 124.
Bajada de los Padres. I, 201.
Bajada del Puerto. I, 201.
Balbastro (Isidro José). I, 374 nota.
Balbastro (Josefa). I, 374.
Balbastro de Conde (Eugenia). II, 126.
Balbín. I, 229 nota.
Balcarce, bergantín. III, 641.
Balcarce (Antonio González). I, 167, 412; direc-
tor interino del Estado, 416, 417, 419 a 423, 426,
434, 442, 444 a 446, 449, 455, 457, 544, 595.
II, 96, 97, 128 nota. General de brigada. II,
180 a 182, 193 nota, 210, 214, 219, 230, 239,
244, 247, 249, 261, 292, 323, 326 a 328, 331,
347, 368; breve biografía, 374 a 386, 419, 425
a 428, 432, 438, 439, 444, 449 a 452, 454,
456 nota.
Balcarce (Dominga Buchardo de), carta de San
Martín a. IV, 238, 239.
Balcarce (Florencio). IV, 293.
Balcarce (Josefa), nieta del Libertador. I, 160.
Balcarce (Juan Manuel). IV, 173.
Balcarce (Juan Ramón). I, 346, 350. II, 276,
291, 455 nota, 520 a 523. IV, 174, 206, 231, 232.
Balcarce (Marcos González). I, 180; en la ba-
talla de Cucha-Cucha, 295 a 301, 305 a 310,
315, 316, 320, 322 nota, 333, 347, 351, 355, 356,
359; secretario interino del directorio, 396,
400, 402, 451, 452, 522; ministro de guerra,
585, 586; brigadier. II, 152, 295 nota, 479, 480.
Balcarce (Mariano), yerno de San Martín. I, 66,
75, 107, 160, 317 nota, 456. II, 338 nota, 544. III,
597 nota. IV, 118, 236, 237; matrimonio de,
con la hija de San Martín, 238 y sig.; carta
de San Martín a, 241, 242, 288, 289, 292, 293,
376, 390; escribe a Alberdi, 415, 416; corres-
pondencia con Alberdi, 418 y sig., 428, 429;
comunica oficialmente la muerte de San Mar-
tín, 458 y sig., 469, 483, 513, 514, 548, 549;
escribe a Mitre, 550, 551; correspondencia con
Mitre, 596 a 602; muerte de, 602.
Balcarce (Mercedes), nieta del Libertador.
I, 160.
Balderrama (Lorenzo), capitán. III, 316.
Balta (José). IV, 513, 514.
Barañao (Manuel), militar realista. I, 294, 300.
II, 42, 45, 152, 163 nota.
Barcala (Cristóbal), escribano. IV, 93.
Barinas, combate de. II, 431.
Barra (Eduardo de la). IV, 512, 513.
Barra (Francisco León de la). III, 521, 522.
Barra (Leandro). II, 303.
Barra (Miguel de la). II, 41 nota. IV, 266;
carta de San Martín a, 279, 280; escribe a
San Martín, 296.
Barrenechea (Pedro). II, 220.
Barroeta (N.). II, 53.
Barros (Manuel). II, 533 nota.
Barros Arana (Diego), historiador chileno. I,
79 nota, 82 nota, 85, 106, 121, 247 nota, 262,
291, 527. II, 25 nota, 40, 41 nota, 64, 66, 71,
96, 110, 118, 161, 199, 200 nota, 209 nota, 212,
219 nota, 225 a 227, 242, 365 nota, 494, 533
nota, 542, 544, 545 nota, 550, 592, 595, 596 no-
ta. III, 601, 602; comentario de, acerca de
las acusaciones de Cochran contra San
Martín. IV, 6, 7, 380, 544; juicio sobre San
Martín, 610, 611.
Barroso. II, 403.
Barrueta (Miguel). II, 333.
Barry. II, 357 nota.
Basavilvaso (Hipólito), militar. IV, 402, 403.
Basilea, tratado de. I, 93.
Bassecourt (Luis A.), general español. I, 158.
Bastante (Fray Jorge). III, 284.
Bauness (Carlos). II, 58.
Bauzá (Fray Juan Antonio), capellán de San
Martín. II, 129, 134 a 138, 174, 289, 299, 408.
IV, 8, 87, 331, 387.
Bayona (Manuel), comandante realista. II, 243.
III, 166, 179.
Beauchef (Jorge), sargento mayor. II, 184. Ma-
yor. II, 209 nota, 364, 365, 366 nota.
Becerra (José Antonio), ayudante de milicias.
II, 335.
Bedoya (Gaspar de). I, 45, 46.
Bedoya (Pedro), alférez. I, 225.
Bedoya (Ramón), teniente coronel español. III,
166, 177, 179.
Begines de los Ríos, general español. I, 132.
Begoña, buque de guerra chileno. II, 573.
Béjar (Gabriel). III, 14.
Bélgica, la independencia de, y los Países
Bajos. IV, 211 y sig.
Belgrano, bergantín. III, 380, 433, 641, 653.
IV, 6.
Belgrano (Domingo). I, 229 nota.
Belgrano (Manuel). I, 166; jefe del ejército del
Alto Perú, 168; jefe del ejército expedicio-
nario al Paraguay, 169 a 172; es destituido,
175, 186 a 188, 195, 196, 216 a 237, 242, 244,
248, 261 nota, 285, 365 a 367, 383, 393, 419,
429, 433, 435, 443 a 445, 452, 458, 469 nota,
477, 481, 563, 578, 580, 595. II, 12, 67, 68, 78
nota, 95, 107, 178, 179, 258, 272, 279, 287,
288 nota, 350, 353, 399 nota, 436, 446 a 448,
451, 455 nota, 459, 478, 487, 488, 494, 502 a
505, 509 nota, 510, 572, 584, 586. III, 11, 13,
141, 180; escribe a San Martín. IV, 94, 95,
387, 396, 504.
Beltrán (Fray Luis). I, 521, 532 a 536. II, 11,
133. Sargento mayor. II, 284. Capitán. II, 15,
39, 53. Comandante. II, 596, 552, 553 nota,
554, 591. IV, 85, 93.
Bellina, general. II, 16 nota, 99, 105.
Bello (Andrés). I, 178. II, 88.
Benavente (Camilo), teniente primero. I, 541
Capitán. II, 518 nota.
Benavente (José María). I, 393 nota. II, 150.
Benavente (Juan José). I, 329. II, 532.
Benavente (Manuel José), ayudante mayor.
I, 541.
Benavente (Pedro). II, 147.
Benavente (Vicente), subteniente. II, 518 nota.

- Benavides, comandante realista. II, 243, 501.
 Berdeja (José Mateo). IV, 104.
 Bérnesford (Guillermo Carr), mariscal inglés. I, 122, 132.
 Berindoaga (Juan), general. IV, 76.
 Berlier (Francisco). IV, 285.
 Bermejo, comandante español. III, 93.
 Bermúdez (Francisco), mayor. II, 373 nota.
 Bermúdez (José Manuel), canónigo. III, 110, 150, 155, 172, 173, 174, 218, 349.
 Bermúdez (Justo Germán). I, 180; en la batalla de San Lorenzo, 204 a 208, 449.
 Bernaldes Polledo (José), militar argentino, de origen español. III, 17 a 20.
 Bernal o Bernaldes Polledo (José). II, 193.
 Bernard Vargas (Agustín), coronel. I, 84.
 Bernedo (Ramón), coronel. II, 41.
 Bertin, abate. IV, 388.
 Beruti (Antonio Luis). I, 199, 477 nota, 562, 582. Coronel. II, 52, 67 nota.
 Bessières (Juan Bautista), general francés. I, 126.
 Beza (José María), coronel realista. II, 243.
 Biddle, marino norteamericano. II, 226, 227, 344.
 Biendicho (Catalino), sargento. II, 518.
 Bilbao (Gervasio), subteniente. I, 541.
 Bineau, carta de San Martín a. IV, 355, 356.
 Bio-Bio, combate de. II, 382, 383.
 Bizcarra. II, 403.
 Blach. IV, 171.
 Blake (Joaquín), general español. I, 89, 122, 125, 132, 138, 139.
 Blanco (Félix). II, 326. Véase Olaberriague y Blanco (Félix). II, 324.
 Blanco Encalada (Buenaventura). I, 106.
 Blanco Encalada (Manuel Cicerón). I, 298 nota, 301, 302. II, 123, 216 a 218, 234, 239, 240, 248, 397 nota, 403 a 405, 463, 560, 562 a 564, 566. Almirante chileno. III, 433, 498, 500, 567, 568, 573, 577, 579 a 582, 597 nota, 602, 613, 619; misión de, en Buenos Aires. IV, 56; correspondencia de, a San Martín, 56, 57, 97; carta a San Martín, 104, 152, 249, 251, 261.
 Blanco (Marcos), teniente primero. II, 518 nota.
 Blanes (Juan Manuel), pintor uruguayo. IV, 548.
 Blavier (Eduardo). IV, 431.
 Boale (José María), teniente. I, 541.
 Bocanegra (Pablo), regidor. III, 483, 484.
 Boedo (Mariano), diputado. I, 485.
 Boedo (Ramón), comandante. II, 184.
 Bolaños (José Bonifacio), coronel, gobernador de Mendoza. I, 320.
 Bolívar (Simón), general y prócer venezolano. I, 386. II, 254, 261, 274, 358 nota, 495, 530, 579, 580 nota. III, 99, 100; la desertión del batallón Numancia, 124, 130, 210, 413, 429, 438, 439, 461, 463, 464, 466, 467, 469, 487; planes de Bolívar y San Martín respecto de los Estados americanos emancipados de España, 503; misión de su delegado Mosquera ante el gobierno del Perú, 504 a 507, 524, 534 y sig.; Sucre triunfa en Yahuachi y es derrotado en Ambato, 536, 537; Bolívar interpone su valimiento ante San Martín para que se envíen los refuerzos solicitados por Sucre, 538, 539, 541 y sig.; San Martín y los sucesos de Guayaquil, 544 a 550; la guerra del Perú y la guerra de Quito, 550 y sig.; victoria de Bomboná, 555, 561; su entrada en Quito y carta que escribe a San Martín, 561; respuesta del Libertador, 562; el gobierno de Guayaquil designa un delegado para felicitar a Bolívar, 564, 565; Bolívar procura la incorporación de Guayaquil a Colombia, 566; su entrada en Guayaquil, 566 y sig.; asume el mando político y militar de Guayaquil y disuelve la junta, 570; su brindis y el del coronel argentino Rojas, 570, 571; el modo arbitrario con que resuelve el pleito guayaquileño deja a San Martín en situación desventajosa, 572; cartas que le escribe posteriormente, 572, 573; San Martín se embarca en la *Macedonia* para Guayaquil, 574; Guido le anuncia la visita del Libertador, 577, 578; carta con que se adelanta a saludarlo, 578; desembarco de San Martín y entrevista con Bolívar, 578 y sig.; conferencias secretas de los Libertadores, 579; brindis de uno y otro Libertador, 579, 580; baile que ofrece el Ayuntamiento en honor de San Martín, 580; éste se sustrae hábilmente a una ruidosa despedida, y del sarao, en compañía de Bolívar, y se dirige al embarcadero, 580; en el momento de partir, Bolívar le entrega su retrato, en prueba de su amistad, 580; consideraciones acerca de la entrevista de Guayaquil, de sus resultados, y de los proyectos de ambos Libertadores, 580 y sig.; proclama de San Martín sobre Guayaquil, 582, 583; en carta a Guido desautoriza declaraciones de Bolívar, 585, 586; San Martín explica a Miller el objeto de su viaje a Guayaquil, 586, 587; Lafond de Lurcy y su documentación sobre la entrevista de los Libertadores, 588 y sig.; carta enviada por San Martín a Bolívar después de su entrevista, 589 a 591; por qué dicha carta no se halla en el archivo de Bolívar, 591, 592 nota; Sarmiento aborda el tema de la conferencia de Guayaquil en un discurso pronunciado en París, 594 a 596; carta del general Luis de la Cruz a O'Higgins sobre lo que fue la entrevista, 597 a 602; la misma, según la Memoria atribuida a José Gabriel Pérez y que, en realidad, es del propio Bolívar, 602 a 606; inexactitudes señaladas en ella, 607 y sig.; cartas a Santander, en que Bolívar toca el punto relacionado con Guayaquil, 609 a 612; conclusiones sobre San Martín, Bolívar y su entrevista, derivadas del cotejo de los documentos fundamentales, 614 a 626, 628; Monteagudo, después de ser depuesto por un movimiento subversivo en el Perú, busca su apoyo y regresa a Lima, donde es asesinado, 636 a 639; según Riva Agüero, el asesinato de Monteagudo fue ordenado por Bolívar, 637, 638 nota, 654 y sig.; la partida de San Martín del Perú, 656 a 659. IV, 13; actitud de, con respecto al Perú, 39 y sig., 49, 50, 54 y sig.; entrada de, en Lima, 59; investido del poder dictatorial, 59; brindis de, 59; carta de, a Riva Agüero, 64, 65; representantes de, se entrevistan con Riva Agüero, 65; entrevista de Gutiérrez de la Fuente con, 65, 66; informaciones de Sucre a, 67, 68, 113, 115, 116, 134 y sig.; declaraciones de, acerca de San Martín, 219, 220, 244; carta a O'Higgins, 248, 249; juicio de San Martín acerca de, 381, 382, 489, 614, 615.
 Bombal (Ignacio). I, 351, 363.
 Bomboná (batalla de). III, 555, 561.
 Bonaparte (José). II, 364.
 Bonaparte (Napoleón). I, 95, 96. III, 632, 633.
 Boone River, general. II, 35.
 Boqui (José). III, 43, 265, 268, 269, 401.
 Borcosque (Francisco), teniente. II, 185.
 Borgoño (José Manuel), sargento mayor. II, 185. Mayor. II, 216. Comandante. II, 239, 240, 248. Teniente coronel. II, 373 nota, 478, 499 a 501, 553, 554, 561. III, 128, 202 a 204, 280, 369.
 Bornos (conde de). I, 90.
 Boro (Juan Bautista), capitán. II, 518 nota.
 Bosch (Ernesto), ministro argentino en París. IV, 521.
 Bouchard (Hípólito), marino y militar francés. I, 180, 205, 207. III, 498.
 Bouligni (Dionisio), teniente coronel español. I, 115.
 Boulogne-sur-Mer, antecedentes históricos de. IV, 416 a 418; casa de San Martín en, 422; monumento a San Martín en, 521.
 Bousas (Pedro). II, 334.
 Bowles (Guillermo), comodoro inglés. I, 384. II, 128, 167, 172, 175, 192 a 194, 273, 296 nota, 329, 341 a 362, 565.
 Brackenridge. II, 254, 255 nota. IV, 95, 96.
 Brandzen (Federico), capitán. II, 366 nota. III, 92; derrota a Valdés en Casablanca, 93, 146, 653. IV, 107, 134.

Brasil, imperio del, las Provincias Argentinas y la guerra con el. IV, 125 y sig., 173.
 Brayer (Miguel), general. II, 105, 117, 182 a 185, 186 nota, 213, 218, 223, 224, 228, 348, 355, 365 a 374. IV, 164.
 Briseño (Juan). I, 584 nota.
 Broglie (duque de). I, 376.
 Brown (Guillermo), marino irlandés, en el combate de Martín García. I, 244, 254, 377 nota. IV, 127, 175, 178, 344.
 Bruix (Alejo), capitán. III, 556.
 Bruix (N.). II, 382.
 Brun, general. IV, 521.
 Bruno. II, 339.
 Bruselas, y el reino de los Países Bajos. IV, 121; el burgomaestre de, se dirige a San Martín ofreciéndole el comando general de tropas; negativa de San Martín, 212, 213, 214.
 Brux (Alex). II, 366 nota.
 Bucarelli y Ursua (Francisco de Paula), gobernador del Río de la Plata. I, 28, 30, 31, 61, 63, 64 nota, 78.
 Buenos Aires, su fundación. I, 165; es incendiada por los indios, 165; segunda fundación, 165; es designada capital del virreinato del Río de la Plata, 165; armisticio firmado en. IV, 75.
 Bueras. II, 171, 187; comandante, 216; coronel, 218, 230, 240, 241.
 Bulnes (Gonzalo), historiador chileno. II, 161, 162, 398, 410 nota, 554, 573 nota, 582, 592. III, 170, 241, 300 (nota sobre B. Monteagudo); escribe acerca de San Martín. IV, 612, 613.
 Bulnes (Juan Pablo), capitán de artillería. I, 481 a 483, 563, 565.
 Bulnes (Manuel), militar. IV, 261; carta de O'Higgins a, y respuesta de, 263, 264; proyecto de ley de, acerca de San Martín, 326, 327, 425.
 Burgos, coronel realista. II, 328.
 Burguillo (Juan), teniente realista. II, 332, 333.
 Bush (Richard). II, 399.
 Bustamante (Teodoro Sánchez de). I, 242, 243.
 Bustamante y Guerra (José), marino español. I, 375, II, 187. III, 111.
 Bustos (Basilio). I, 208.
 Bustos (Juan Bautista), caudillo y militar argentino. II, 511, 518 a 520, 525, 531, 532. III, 194, 511, 513 y sig., 520 a 523.
 Butron, capitán realista. II, 333.

C

Cabada (Manuel). III, 379.
 Cabadera (Salvador de la), regidor chileno. II, 433, 435, 436, 439, 458.
 Caballo (Juan), subteniente realista. II, 334, 335.
 Cabañas (Manuel), gobernador del Paraguay. I, 171, 172.
 Cabenago (Josefa). I, 250 nota.
 Cabeza del Tigre. I, 167.
 Cabot (Juan Manuel), teniente coronel. I, 520. II, 12, 27, 28, 52.
 Cabral (Juan Bautista), sargento. I, 116, 206.
 Cabrera (Hilario), teniente argentino. II, 541. III, 82, 145.
 Cabrera (Pedro), sirviente de San Martín. IV, 90, 91.
 Cacedo (Juan Bautista). I, 37.
 Cacerco (Bernardo), sargento mayor. II, 373 nota.
 Cáceres (Bernardo), capitán. I, 541. II, 165, 170.
 Cacho (Francisco), teniente coronel realista. II, 41, 74, 274.
 Cajaravilla (Miguel, capitán. II, 315, 378, 379. IV, 163.
 Calado (Adrián). I, 490.
 Calatayud (Fray Cipriano), mercedario. III, 8.
 Calderón (Francisco), gobernador de Valparaíso. II, 226, 227, 396 nota.
 Calderón (Gregorio), coronel. I, 541.
 Calderón (Manuel), capitán. I, 541.
 Calderón (Pedro). IV, 94, 95.
 Calvo (Angel), jefe realista. II, 47, 317.

Calvo Encalada (Martín). Senador chileno. I, 279. II, 432.
 Calvet. IV, 522.
 Callao, combate naval del. II, 569, 570.
 Calle (José). I, 317.
 Calleja, conde de Calderón (Félix), general español. II, 464.
 Calleja, oficial español. III, 11, 12.
 Camacho de Quintanilla (Joaquina María). I, 384, 387, 388.
 Campbell. III, 632.
 Campichuelo. I, 170.
 Campillo (José), teniente coronel realista. II, 231.
 Campino. I, 306.
 Campino (Enrique), coronel. II, 553.
 Campino (Joaquín), político y diplomático chileno. III, 23, 43, 44, 120, 167, 172, 449.
 Campino (José Antonio del), teniente coronel. II, 132 nota, 170, 171.
 Campo. I, 264.
 Campo (Estanislao del), poeta argentino. IV, 571.
 Campo Amero (marqués de). III, 87.
 Campuzano (Rosa). IV, 390.
 Camuñán, acción de. I, 278.
 Canal (Manuel), cura párroco. I, 57.
 Canale (Nicolás). IV, 502.
 Cancha-Rayada, batalla de. II, 213 a 232.
 Candelaria. I, 169.
 Carrión (Manuel), regidor. III, 483, 484.
 Canning (Jorge), político y estadista inglés. I, 386. III, 632.
 Cano (José). IV, 82.
 Canterac (José), general español. III, 71, 169, 171, 177, 178, 179, 186, 188, 216, 218, 235, 321 y sig., 333, 340; su marcha hacia Lima para desalojar de allí al ejército libertador, 348, 349, 351 y sig.; fracasa su plan y emprende la retirada, 354 y sig., 362, 371, 373 y sig., 470 a 479; derrota a Tristán en Macacona, 491, 492, 666, 671, 672. IV, 45, 46; en Torata, 47; en Moquegua, 47 y sig.; entrada de, en Lima, y su retirada, 56, 57, 154, 165.
 Cañuelas, convención firmada en. IV, 230.
 Caparros (José), capitán, edecán de San Martín. II, 436, 552. III, 41, 216.
 Capaz (Dionisio), marino español. III, 42, 55, 59, 60, 74.
 Carabobo (batalla de). III, 534, 535.
 Caravedo (Isidoro), comandante. III, 174.
 Cárdenas, obispo. I, 60.
 Cárdenas (Juan Felipe). II, 303, 304.
 Cardenoso (Marcos). I, 44.
 Carlos IV, rey de España. I, 101.
 Carlos V. III, 7.
 Carlos (Infante don). III, 155.
 Carlota, princesa. I, 267, 421.
 Carmen, bergantín. III, 370.
 Carmen (Fray Pedro del). I, 584 nota.
 Carmencita. I, 392.
 Carmona (José Félix). II, 39.
 Caro (Ventura), general. I, 92.
 Carol (Pedro). I, 248.
 Carranza. I, 391 nota.
 Carranza (Adolfo). I, 581 nota. IV, 473 y sig., 582, 583, 584.
 Carranza (Angel Justiniano). IV, 537.
 Carranza (Mariano), regidor. III, 484.
 Carrasco (Antonio García y). Véase García y Carrasco (Antonio).
 Carrasco (Pedro). I, 568.
 Carratalá (José), coronel realista. III, 199, 202, 317 y sig., 333, 351, 355, 373, 382, 489. IV, 46.
 Carrera (Ignacio de la), vocal de la Junta Gubernativa de Santiago de Chile. I, 266, 271. II, 67 nota, 149.
 Carrera (Francisca Javiera). I, 278. II, 302, 303, 306.
 Carrera (José Luis), militar chileno. III, 302.
 Carrera (José Miguel), militar chileno. I, 277 a 286, 288 a 298, 308 a 312, 323 a 337, 339, 348 a 350, 385, 393, 398 a 400, 455, 502, 514, 527, 562. II, 92 nota, 94 a 96, 98, 100 a 104, 107, 118, 119, 148 a 155, 164, 165, 167, 276, 302 a 304, 312 a 315, 333, 336, 365, 366 nota, 369, 427, 435, 436 nota, 478 a 480, 484, 486.

- 496 nota, 511, 516, 519, 521, 522, 524 a 532, 594, 595 nota. III, 193 a 195. IV, 88.
- Carrera (Juan José), militar chileno. I, 278, 282, 283, 289, 296, 297, 302, 303, II, 92 nota, 96, 98, 102 a 104, 153, 164, 165, 276, 302, 304 a 314, 324 a 337, 339, 502. III, 302, 371.
- Carrera (Juan Nicolás). II, 533 nota.
- Carrera (Luis Florentino). I, 278, 283, 289, 296, 308 a 311, 330 a 337, 348, 349, 502, 563. II, 92 nota, 96, 98, 102 a 104, 155, 164, 165, 276; es ajusticiado por conspirador, 302 a 314.
- Carrera (Santiago), teniente coronel. I, 292 a 295, 298 nota, 531 nota.
- Carretero (Gregorio), capitán realista. II, 332, 333.
- Carril (Andrés del). I, 521.
- Carril (Manuel), militar. IV, 549.
- Carrillo (Mariano). IV, 577.
- Carrillo y Mudarra (Francisco). III, 483, 484.
- Carrión y Marfil (José), obispo de Trujillo. III, 127, 289.
- Cárter (Guillermo), marino. II, 592 nota.
- Casa Flores (marqués de), ministro español en Río de Janeiro. I, 389. II, 252, 269, 344, 359. III, 28, 30, 77, 78, 186.
- Casa Irujo (marqués de). II, 277, 295 nota.
- Casa Muñoz (marqués de), regidor de Lima. III, 483, 484.
- Casares (marqués de). III, 379.
- Casariago, capitán realista. I, 491.
- Casa-Saavedra (Narcisca). IV, 577.
- Caspe (Antonio). III, 379.
- Castan (Edmundo). IV, 581.
- Castañeda. III, 459.
- Castañón (Francisco Javier), general español. I, 111, 114, 115, 118, 122, 124 a 132, 139 nota, 249, 378.
- Castel Bravo (marqués de). III, 379.
- Castel Franco. I, 92.
- Castellanos (Manuel Antonio). I, 236.
- Castelli, goleta. III, 380, 433, 641.
- Castelli (Juan José), juriscónsul y político argentino. III, 13, 301, 493.
- Castelli (Pedro). I, 167, 208.
- Castilla (Ramón), militar peruano, presidente del Perú. I, 70, 137. III, 657. IV, 66, 283, 425; y San Martín, 435 a 446; actuación de, 436; correspondencia con San Martín, 437 y sig.; 478, 489; San Martín escribe a, acerca del estandarte de Pizarro, 490, 491.
- Castillo (José del), subteniente. II, 541.
- Castillo (José Videla), capitán. III, 146.
- Castillo (Juan José). III, 13.
- Castillo Rada (Dr. José María del). III, 615.
- Castlereagh (Enrique Roberto, vizconde de), político inglés. III, 463.
- Castrillo y Orgaz (conde de). I, 144, 146 nota.
- Castro, coronel realista. I, 235.
- Castro (Manuel), teniente. II, 185, 542.
- Castro (Manuel Antonio de), gobernador de Córdoba. I, 483, 490, 568. II, 479, 484, 485, 491, 495, 511.
- Castro (Pedro Ignacio). I, 346.
- Castro (Saturnino), coronel. I, 236. III, 15.
- Cauquenes, baños de. II, 493.
- Cavero (Isabel). III, 338.
- Cavero y Salazar (José). III, 464, 467, 482.
- Cazin (A.). I, 71 nota.
- Cazón (Daniel), teniente. II, 185.
- Cea, sacerdote peruano. III, 8.
- Cegarra (Cipriano). IV, 488.
- Celada (Francisco), coronel. II, 12.
- Celada (Francisco Antonio), político peruano. III, 8.
- Celada (José María), capitán. II, 518 nota.
- Ceres, fragata inglesa de guerra. II, 341. III, 210.
- Cerrito, combate del. I, 195, 198.
- Cervatos de la Cueva. I, 25.
- Cevallos (María Gertrudis). I, 83 nota.
- Cevallos (Patricio), capitán. I, 518. II, 27, 28.
- Cevallos (Pedro de), primer virrey del Río de la Plata. I, 27, 32, 35, 36, 81, 164, 381.
- Cevallos (Rafael), coronel realista. III, 177, 179, 379.
- Clear (Gabriel). I, 138.
- Cienfuegos, capitán. I, 169.
- Cienfuegos (José Ignacio), senador y prelado chileno. I, 334 nota, II, 432, 582. III, 457 y sig.
- Cienfuegos (Pablo). I, 532, 541.
- Cisneros (Baltasar Hidalgo de), virrey del Río de la Plata. I, 165; es destituido, 166, 173, 265, 270, 387.
- Cisterna (Francisco). II, 67 nota.
- Ciudadela. I, 224.
- Civit. I, 318 nota.
- Clarillos. I, 576.
- Cleopatra, fragata. III, 250, 252, 253, 341.
- Clifton, corbeta. II, 101, 365.
- Cobbett, capitán. III, 404.
- Cochrane (Alejandro Tomás), marino inglés al servicio de Chile. II, 360, 361, 398, 399, 467, 468, 470 a 472, 476, 499, 551, 557, 559 a 577, 580, 591, 592 nota. III, 25, 32, 34, 36, 39, 82; bloqueo del puerto del Callao, 91; captura de la fragata *Esmeralda*, 102, 103; felicitación de San Martín, 104, 105 a 108, 133, 176, 187 nota, 195 a 197, 210; la jura de la independencia del Perú, 283 y sig.; 293, 294, 311 a 316; el bloqueo del Callao, 335 y sig.; 338 y sig.; 350, 353, 356 a 361, 375; la cuestión del pago a la escuadra chilena, después de la toma de Lima, 385 a 415, 434, 471, 478, 480; apresamiento de barcos en Guayaquil, 494, 495; su reclamación a Guído, 497 y sig.; el incidente de la *Montezuma*, 499 y sig.; su conflicto con San Martín, 500 a 502, 566, 655; acusaciones de, contra San Martín. IV, 6; difama a San Martín, 7; intrigas de, 26 y sig.; carta de Freire a, 30, 31, 153, 163, 616, 617.
- Coday (Manuel), regidor. III, 483, 484.
- Coig (Luis), capitán español. III, 102, 107.
- Coimas, combate de. II, 25.
- Colmenares (José Ignacio), capitán de navío realista. III, 217, 218, 366, 374 y sig.
- Colombia, cuestión pendiente con Perú. IV, 13 y sig.; tropas de, en el Perú, 37 y sig.
- Colón (José Joaquín). I, 81.
- Columbus, corbeta de guerra. II, 278, 359.
- Collisberry (Guillermo), médico de San Martín. I, 249, 250, II, 294, 496.
- Comandante, fragata española. III, 335.
- Come-Caballos, paso de. II, 9.
- Compton (Santiago), teniente de marina. II, 405.
- Concepción. I, 174, 288.
- Concha (José Santiago), oidor decano de Santiago de Chile. I, 264.
- Condardo (José Antonio Alvarez). Véase Alvarez Condardo (José Antonio).
- Conde (José). II, 303.
- Conde (Pedro), comandante. I, 565, 584. II, 14, 43, 51, 67 nota, 173, 184, 217. Coronel. II, 240, 248, 541, 553, 563. III, 201.
- Confianza, fragata española. II, 143.
- Congreso de Lima, nombra una junta de gobierno. IV, 37; se reinstala en Lima, 57; decreto y declaración del. 58; y Riva Agüero, 58.
- Conquista (conde de). II, 66.
- Consecuencia, fragata. II, 551, 590.
- Consuegra, retirada de. I, 277.
- Conventillo, chacra del. IV, 7.
- Cook, general inglés. I, 140 nota.
- Coolidge (Calvino C.), estadista norteamericano. Discurso de, al inaugurarse la estatua de San Martín, en Washington. IV, 525, 526.
- Cooper (R.). IV, 577.
- Coquimbo, fragata de guerra. II, 278, 359, 403.
- Corbière (conde de), ministro del Interior de Francia. IV, 118.
- Córdoba (José María), general realista. I, 167.
- Córdoba (José María), general colombiano. IV, 154.
- Coronado (Martín). IV, 571.
- Correa (Cirilo), militar. I, 584. II, 111, 184, 373 nota, 541. III, 439.
- Correa (Domingo), subteniente. II, 185.
- Correa (N.). I, 521.
- Correa (Pedro José), subteniente. II, 518 nota.
- Correa de Saa (José Félix). I, 521.
- Correa de Saa (José Ignacio). I, 521.

Correa de Sáa (José María). IV, 405.
Corrientes, río. I, 169.
Corro (Francisco), militar. II, 58, 513, 516 a 518, 531, 532; su muerte, 534 nota. IV, 164.
Corro (Juan Manuel). I, 584 nota.
Cortés (Miguel), teniente. II, 541.
Cortés Malariaga (José), sacerdote. II, 142.
Corvalán (Domingo). I, 320.
Corvalán (Eugenio). I, 325, 521.
Corvalán (Gabino). I, 334 nota.
Corvalán (José). I, 521.
Corvalán (Manuel), teniente coronel. I, 318, 402, 474, 519, 521. II, 10 nota.
Corvalán (Margarita). I, 581 nota.
Corvalán (Mateo). I, 521.
Corvalán (Melchor). I, 351.
Corvalán (Victorino). I, 521.
Corvera (Julian). I, 207.
Cotagaita, combate de. I, 167.
Coupigny (marqués de). Véase Malet (Antonio). I, 112 a 115, 118 a 123, 125, 129 a 132, 136 a 140.
Cousiño (Luis). IV, 498.
Crámer (Ambrosio), comandante. I, 584. II, 15, 43, 44, 51, 67 nota, 209, 314.
Crawford. I, 166.
Cruz, goleta. III, 641.
Cruz, general. I, 229 nota, 242, 243, 255, 430.
Cruz (Ernesto de la), publicista chileno. III, 300 (nota sobre B. Monteagudo), 615 nota.
Cruz (Francisco), general argentino. II, 34, 66 nota, 175, 446, 451, 452. Jefe del ejército del Alto Perú. II, 490, 491, 511. III, 518.
Cruz (Joaquín), general. IV, 250.
Cruz (José María de la), mayor. II, 151, 373 nota.
Cruz (Luis de la), general chileno. II, 116. Director interino de Chile. II, 116, 133, 200, 207, 219, 220, 222 a 224, 226 nota, 305, 433, 435, 436, 439, 458, 563, 582. III, 417, 433, 434, 499, 543, 597 a 602. IV, 450.
Cruz (Nicolás de la). II, 141 a 143.
Cruz Molina (Juan de la), alférez. II, 184.
Cuadra (Martín), teniente. II, 533 nota.
Cucha-Cucha, combate de. I, 298, 299, 576.
Cuenca (Luciano), sargento mayor. II, 542, 552.
Cueña (Fernando), sacerdote. III, 8.
Cuervo (Ramón), oficial. III, 111, 571.
Cuesta. I, 378.
Cuesta Nueva, paso de la. II, 40.
Cuesta Vieja, paso de la. II, 40.
Cuevas (Joaquín de). I, 30.
Cumberland, navío de guerra. II, 161, 271, 278, 350, 358 nota, 359, 396, 397, 403.
Curacio, fragata de guerra. II, 278, 399, 401.
Curapaligüe, batalla de. II, 110, 111.
Curuzú Cuatía. I, 169.
Cuyo. I, 316, 317.

CH

Chacabuco, batalla de. II, 40 a 89.
Chacabuco, corbeta de guerra. II, 278, 403 a 405, 463, 471, 561, 562, 563 nota.
Chagas (marqués de Alegrete). I, 72, 73.
Charles, comandante. II, 570.
Chavarría (Vicente Anastasio). II, 484.
Chenaut (Pedro Domingo). I, 521.
Chiclana, batalla de. I, 139, 140.
Chiclana (Feliciano), triunviro. I, 168.
Chilavert (Francisco). I, 179, 392.
Chilavert (Vicente). Carta de San Martín, a. IV, 77, 78; carta de San Martín a, 122.
Chile, reino de. II, 7 a 9.
Chile. El gobierno de, se dirige a San Martín y le insta a volver al Perú. IV, 51, 52; respuesta de San Martín a este llamado, 52; nota del gobierno de, al de Buenos Aires, 52.
Chileno, corbeta de guerra. II, 359.
Chillán. I, 289.
Chillihuana (cacique). IV, 46.
Chirivao. I, 340.
Chopitea (Pedro Nicolás), alcalde de primer

voto de Santiago de Chile. I, 492 a 494. II, 67 nota, 276 nota.
Chorroarín (José), presbítero. IV, 91.

D

D'Albe (Alberto), sargento mayor. II, 185, 187.
Teniente coronel de ingenieros. II, 217, 238, 249, 365, 366 nota, 370, 372, 373 nota, 472. III, 117; cartas a Zenteno. IV, 8.
Dagassant (Francisco), capitán. II, 364.
Daoiz. I, 101, 130.
Darregueira (José). I, 435, 444, 445, 568.
Daumas, escultor francés. IV, 498, 502, 519.
Davies. II, 402.
Dávila (Bernarda). I, 374, nota.
Dávila (Miguel), capitán. II, 13 nota.
Dávila (Nicolás). II, 12, 28.
Debelleyne. IV, 169.
Deffaudis (barón de). IV, 344.
Deheza (Román Antonio), militar argentino. II, 217, 542, 553. III, 82, 150, 151, 155, 156, 429, 439.
Deheza y Primo de Rivera, coronel realista. II, 243.
Delgado (Juan Andrés), secretario de Estado Mayor. II, 542.
Delgado (Ruperto), capitán. La desertión del batallón Numancia. III, 124, 163. Comandante. III, 591. Coronel. IV, 55.
Del Pino, virrey. I, 375.
Denebra (Marcos). III, 265, 266, 267.
Desaguadero. I, 168.
Deslandes (Julio), mayor. III, 542.
Diana, fragata española. II, 465.
Diana, general, ministro de Guerra. I, 533.
Díaz (Félix), oficial realista. II, 26, 39, 274.
Díaz (Francisco), sargento de artillería. II, 541.
Díaz (José Javier), coronel, gobernador de Córdoba. I, 481, 483, 484. II, 511.
Díaz (José Manuel). I, 208.
Díaz (Pedro José). I, 521.
Díaz Muñoz, I, 490.
Díaz Muñoz (José Antonio). II, 533 nota.
Díaz Muñoz (Juan Antonio). II, 533 nota.
Díaz Vélez (Eustaquio), militar argentino. I, 217, 218, 219. II, 259; carta de San Martín a. IV, 177, 178, 184.
Díaz Vélez (José Miguel). I, 483, 525.
Díaz Vélez (Manuel). I, 207.
Dickson (Jorge Federico). IV, 346, 347.
Díez (Isidoro). I, 26.
Directorio. I, 240.
Doblas (Francisco). I, 182, 183.
Doig (Maximiliano), arquitecto peruano. IV, 514.
Dolores, fragata mercante. II, 278, 279, 551, 573, 590. III, 90, 124.
Dominguez (José Narciso), capitán de milicias. II, 76 nota.
Dominguez (Luis). I, 454, 455.
Downes, capitán de la fragata *Macedonia*. III, 104, 107, 112.
Donoso y Arcaya (Pedro), gobernador de Talca. II, 29.
Dorotea (*La*), fragata española a bordo de la cual el Libertador lucha contra los ingleses. I, 94.
Dorrego (Manuel), militar argentino. I, 225, 234, 235, 435, 563. II, 207. IV, 173, 174; captura y fusilamiento de, 175; nota de Lavalle sobre el fusilamiento de, 175, 176, 396.
Dos (Vicente). I, 83.
Doyle (Carlos Guillermo), general inglés. I, 151, 152, 156, 158.
Druet, capitán. II, 173 a 175.
Duchess of York, buque mercante. II, 356, 360.
Duende, goleta de guerra. II, 278.
Dumas (José). IV, 431, 432.
Dupont, general francés. I, 118 a 120, 123.
Duprat (Luis), monseñor. IV, 516.
Dupuy (Vicente), teniente coronel, gobernador de San Luis. I, 464, 482, 519, 520, 565. II, 304, 331 a 336, 338, 339, 428, 514. III, 187.
Duval (Pedro). IV, 84.

E

Eceisa. I, 527.
 Echagüe (Dr. Francisco Javier de), deán de la Metropolitana de Lima. III, 8, 206, 449 y sig., 634, 635, 644; carta a San Martín. IV, 53; carta a Funes, 53, 54.
 Echegaray (Tristán), subteniente. I, 521. II, 518 nota.
 Echeverría (Esteban de), poeta y escritor argentino. III, 299, 300 (nota sobre Monteagudo).
 Echeverría (Joaquín), ministro del directorio chileno. II, 533 nota, 538, 546, 548 nota, 582, 594, 595 nota. III, 96, 171, 500.
 Echeverría (Manuel). II, 132, 449 nota, 501.
 Egaña (Juan). I, 261, 262, 293 nota, 146, 200 nota.
 Eguía. II, 169.
 Elizaguirre (Agustín), senador chileno. II, 432. IV, 249.
El Argos, periódico. III, 485.
El Colombiano, periódico. III, 614.
 Elcorrobarrutia (Juan). III, 641.
 Elena, fragata mercante. II, 278.
 Elespuru, coronel. III, 198.
 Elguera, teniente. III, 172.
 Elio (Francisco Javier de), general realista, gobernador de Montevideo. I, 172 a 177. Virrey. I, 269, 270, 428. II, 275.
 Elizalde (José), teniente coronel. III, 71.
 Elorduy (Nicolás), capitán. I, 62, 63.
 Elorriaga (José Antonio), coronel realista. I, 294, 302, 311, 491, 493. II, 30, 46, 150, 151, 154.
El Tiempo, periódico bonaerense. Suelto de, acerca de la llegada de San Martín. IV, 177; artículos de, acerca de San Martín. 179, 180; y el alejamiento de San Martín del Plata, 203.
 Elumbrancón, oficial realista. II, 274.
 Ellaury (José). IV, 185.
 Ellice (Eduardo). II, 161, 396.
Emperador Alejandro, corbeta. III, 494, 495, 496, 566.
Emprendedora, fragata. II, 551, 591.
 Enriquez (fray José Camilo), sacerdote, político y escritor chileno. I, 262, 274, 275, 276 nota. III, 8.
 Entre Ríos. I, 169.
 Eolo, bergantín de guerra. II, 392.
 Erazo (Fray José). I, 260.
 Errázuriz (Fernando). II, 132 nota.
 Errázuriz (Francisco Javier), senador chileno. II, 432.
 Errázuriz (Ramón). I, 278.
 Escalada (Antonio José), suegro del Libertador. I, 184. IV, 96; carta de, a San Martín, 103.
 Escalada (José). I, 83 nota.
 Escalada (Juan Antonio). I, 83 nota.
 Escalada (Manuel), militar argentino. I, 208, 454, 562. II, 43, 52, 79 a 81, 172, 174, 240, 248. Ayudante de San Martín. II, 249. Teniente coronel. II, 285. Coronel. II, 338, 369, 371, 373 nota, 381, 382, 385, 452, 453, 456 nota. General. IV, 102, 116, 117, 127, 128, 130, 131, 146, 163.
 Escalada (Mariano), capitán. II, 260.
 Escalada (Remedios). I, 65, 184. Véase Escalada de San Martín (Remedios).
 Escalada de San Martín (Remedios), esposa del Libertador. I, 474, 475. II, 18, 83, 86, 87 nota, 299, 385, 455, 456 nota. III, 519. IV, 79, 91 y sig.; viaje a Buenos Aires, 94, 95, 96; muerte de, 97, 98, 100 y sig., 404.
 Escaño (Antonio), general de marina. I, 139 nota.
 Escobar (Pedro Manuel), regidor. III, 483, 484.
 Escobedo (Gregorio), coronel. III, 94, 95. IV, 257.
 Escribano (Bernardino), capitán. II, 541.
 Escudero (Benito), subteniente. I, 518 nota.
 Escudero (Cleto), oficial español. III, 41.
 Escudero (Cornelio). II, 333.
 Escudero (Tomás), teniente. I, 35.
 Escuditi (Francisco), capellán. I, 84.
 Eскурra (Juan Ignacio). II, 143.
Esmeralda, fragata realista. II, 271, 279, 280, 350, 394, 396, 562. III, 44, 101; su captura

por Cochrane, 102, 103 a 108, 110, 112, 130, 133, 163, 170, 210, 380, 399.
 Esmond (Juan), marino. III, 641.
 Espartero (Baldomero), militar español. IV, 76.
Especulación, fragata mercante. III, 372, 379.
 Espejo, hacienda de. II, 238.
 Espejo (Jerónimo), militar argentino. I, 521.
 Cronista. I, 550, 552, 553, 578 a 580. Amanuense de San Martín. I, 588 a 590. General. II, 13 nota, 15, 18, 50 nota, 53, 69, 71 nota, 74, 75, 121, 124, 539 nota, 544, 552, 555, 556 nota, 590, 591, 592 nota, III, 32 nota, 34, 35, 41 nota, 83 nota, 85, 530 nota, 542, 567 a 569, 571, 574, 575 nota, 577, 579, 580 nota, 593 nota, 656; escritos de, acerca de San Martín, y breve nota biográfica sobre la actuación de. IV, 593 a 596.
 Espejo (Juan N.). IV, 511, 512.
 Espejo (marqués de). I, 84.
 Espinosa (Antonio), alférez. II, 541.
 Espinosa (Juan). IV, 479.
 Espora, comandante. IV, 184.
 Estaples. II, 342, 343.
 Estay (Justo). II, 289, 297, 405.
 Estenos (Felipe Santiago). III, 429.
 Estomba (Juan Ramón), coronel. II, 556 nota.
 Estrada (José Manuel), escritor argentino. IV, 538; escribe acerca de San Martín, 608, 609.
 Eyzaguirre (Agustín), alcalde de Santiago de Chile. I, 263. Véase Izaguirre (Agustín de).

F

Fabián, comandante. II, 275 nota.
 Fajardo (José Lucas), capitán realista. I, 237.
 Feliú Cruz (Guillermo). IV, 587.
 Fels (Carlota). II, 141.
 Fernández (Benito), cirujano. I, 584 nota.
 Fernández (José Ignacio). II, 303.
 Fernández (Manuel), diputado chileno. I, 276.
 Fernández (Manuel), capitán español. III, 121, 122, 195.
 Fernández de Castro (José). I, 208.
 Fernández de Gatica (Lorenzo). I, 150.
 Fernández de la Cruz (Francisco), general. I, 250.
 Fernández de León (Esteban). I, 139 nota.
 Fernández Oro (Manuel), comandante. IV, 545.
 Fernández Paredes (José), militar. III, 20 a 23.
 Fernando VII, rey de España. I, 101, 365, 384, 389, 403. II, 439, 444, 452. III, 36, 41; la expedición de San Martín al Perú, 51, 209, 466, 467, 539.
 Ferrari (Joaquín). I, 581 nota.
 Ferrari (Juan), escultor. IV, 521.
 Ferrari (Laureana). I, 581 nota.
 Ferras (Valentin), comandante. III, 166, 177, 179.
 Ferreira (José Benito). II, 333.
 Ferronnay (conde de la). IV, 176.
 Fiffe, lord. II, 88. IV, 113, 114, 119, 170, 171, 619.
 Figuera (conde de). I, 73.
 Figueroa. I, 499.
 Figueroa (Santos). II, 552.
 Figueroa (Justo). III, 445.
 Firmas (Francisco), teniente coronel. II, 373 nota.
 Fleming (Carlos). I, 278, 283.
 Flores, ayudante de O'Higgins. II, 155.
 Flores (Juan José). IV, 319 y sig.
 Flores (Luis), capitán. II, 184.
 Flores (Santiago), subteniente. II, 185.
 Fonsalida, alférez. II, 382.
 Fontecilla (Francisco de Borja), senador chileno. II, 132 nota, 432.
 Fontezuelas. I, 369.
 Fonzalida (Eugenio). I, 472.
 Forcada (Tomás), político peruano. III, 484, 630.
 Forest (Carlos). I, 344.
 Formas (Francisco), capitán. I, 541.
Fortuna, goleta de guerra. II, 278, 350.
 Foster (Carlos Federico). II, 592 nota.
 Foster (Roberto), capitán de la O'Higgins. II, 562, 563. III, 105, 429.
 Freire (José). III, 482, 483.

Freire (Manuel), duque de Albuquerque. I, 277.
 Freire (Ramón), teniente coronel chileno. I, 323, 532, 541. II, 13, 29, 30, 52, 64, 71, 110 a 113, 150, 155, 162, 163 nota, 164, 166, 169, 170, 213, 219, 239 a 241, 247, 249, 367, 373 nota, 378, 381, 384, 432, 549, 550, 555 nota. General. IV, 26; carta a San Martín, 27, 28; carta a Cochran, 30, 31; carta a San Martín, 31, 248 y sig.; captura de, 261, 264 y sig.
 Freire (Rodolfo). IV, 519.
 French. I, 251.
 Fretes (Juan Pablo), sacerdote. II, 142, 146.
 Frias (Félix), publicista argentino. IV, 386, 424; comentario de, acerca de la muerte de San Martín, 453 y sig.
 Frutos (José Domingo), comandante. II, 373 nota, 427, 433.
 Fuensalida (Bautista), portaestandarte. I, 541.
 Fuente (Hermenegildo de la), capitán. IV, 186, 188.
 Fuentes (Hildebrando). IV, 514.
 Fuentes (Manuel), teniente segundo. I, 541.
 Funes (Ambrosio), gobernador de Córdoba. I, 481, 482, 483, 563.
 Funes (Gregorio), sacerdote y escritor argentino. II, 413. III, 634. Dean de la iglesia catedral de Córdoba, carta de Echagüe a. IV, 53, 54.
 Fusuto (Francisco María), capitán realista. II, 231.

G

Gaceta (La), de Lima. III, 249; la Independencia del Perú, 273, 274.
 Gaceta Mercantil, artículo de la, en defensa de San Martín. IV, 181, 182.
 Gaditana, fragata. II, 551, 590.
 Gainza (Gabino), brigadier realista. I, 298, 300 a 302, 305. General. II, 151, 152.
 Galán, I, 73 nota.
 Galdeano (José María), segundo alcalde de Lima. III, 218, 219.
 Galdeano (Mariano). III, 226; la conferencia de Miraflores, 247 y sig.
 Galigniana (Miguel José). II, 309. IV, 83.
 Galigniana Segura (Carlos). IV, 519.
 Galván, I, 174.
 Galvarino, corbeta de guerra. II, 278, 403, 561, 563, 568, 569, 591, 592 nota. III, 147, 170, 359, 413.
 Gálvez (conde de). I, 79.
 Gálvez (Isidro). I, 375.
 Gálvez (Pedro), representante del Perú en Francia. IV, 483.
 Gallego (Norberto), escribano. I, 49.
 Gallo (Manuel), gobernador de Copiapó. II, 28.
 Galloway, fragata norteamericana. I, 274.
 Gamarra (Agustín), teniente coronel peruano. III, 171, 198, 199, 200, 201, 318, 319, 439 y sig., 485, 490 a 492. General. IV, 67, 226, 228, 257 y sig.
 Gambier, lord. II, 341.
 Gana. II, 126.
 Gandarillas (Joaquín), senador chileno. II, 432.
 Gandarillas (Manuel). I, 276 nota, 307, 308.
 Ganodés (José). I, 490.
 Gañizo (Pascual). III, 186.
 Gárate (Tadeo), intendente de Puno. III, 214.
 Garay (Juan de). I, 165.
 García (Anacleto). I, 472.
 García (Baldomero). III, 523.
 García (Bonifacio), sargento mayor. I, 517.
 García (José), militar. III, su actuación como agente secreto de San Martín en el Perú, 20 a 23.
 García (José), oficial español. III, 179 nota.
 García (José María). I, 354, 360 a 363. IV, 392, 393.
 García (Leandro), teniente primero. II, 184.
 García (Manuel José). I, 365 a 368, 382, 383, 386. III, 516, 517.
 García (Manuel R.), ministro argentino en Río

de Janeiro. II, 407, 473, 475, 562; ministro argentino en Londres. IV, 549.
 García (Nicolás), teniente de infantería. I, 49, 61.
 García (Fray Pantaleón). II, 261, 386.
 García (Pedro), sacerdote. I, 211, 468. III, 523.
 García (Pedro Andrés). I, 383.
 García (Ramón), oficial español. III, 179 nota.
 García (Valeriano). II, 552.
 García Camba (Andrés), general e historiador español. III, 39, 40, 43, 82, 92 nota, 93, 120, 121 nota, 166, 179, 196, 221, 222; la conferencia de Punchauca, 235, 238, 239, 240, 244, 245, 322, 353, 363, 558. IV, 153.
 García Carrasco (Francisco). II, 275.
 García del Barrio (Benito), teniente coronel español. III, 71, 115.
 García del Postigo, oficial realista. II, 243.
 García del Río (Juan), publicista y político colombiano. I, 64, 75. Secretario de gobierno. II, 552. III, 24, 42, 50, 51, 55, 56, 59, 60, 89, 117, 118, 125, 164, 167, 168, 171, 182, 204, 206; la conferencia de Punchauca, 226 a 245; prosiguen las negociaciones en Miraflores, 247 y sig., 265; ministro de Relaciones Exteriores del Perú, designado por San Martín, 292; datos biográficos, 298, 299, 340 y sig., 349, 387 y sig., 391 y sig., 429; su misión en Europa, para promover el reconocimiento de la independencia del Perú y elegir un príncipe para su gobierno, 449 a 463, 500, 501, 510, 630. IV, 113; carta a San Martín, 215; primer biógrafo de San Martín, 589, 590.
 García Lemoine (Ramón), teniente coronel español. III, 166, 177.
 García León y Pizarro (José). II, 61.
 García Mancebo (Juan José), regidor. III, 483, 484.
 García Mansilla (Manuel J.), militar. IV, 550.
 García Paredes, sacerdote. III, 8.
 García Socoli (José), teniente coronel español. III, 166, 351, 353.
 García y Carrasco (Antonio), capitán general. I, 260 a 265.
 García Zequeiro (Severo), teniente coronel. II, 518 nota.
 Garfías (Antonio). II, 275 a 281, 295, 296 nota.
 Garibaldi (José), militar italiano. III, 619 nota.
 Garmendia, general. IV, 517, 518.
 Garo (José). IV, 530.
 Garzón (Eugenio), ayudante mayor. II, 552.
 Coronel. IV, 188.
 Garzón (Félix), capitán. II, 487.
 Gascón (Esteban Agustín), juriconsulto y político argentino. II, 290. III, 517, 518, 522.
 Gautier, capitán. IV, 188.
 Gavazo (Fray Pedro). I, 35.
 Gavilán, batalla de. II, 110 a 112, 158, 163.
 Gazeón (José), inspector general del ejército. I, 534.
 Gelly y Obes (Juan Andrés), militar argentino. IV, 196, 197, 200, 502.
 General San Martín, navio de guerra. II, 278.
 Gérard (A.), publicista francés. I, 71 nota. III, 613, 614. IV, 421 y sig., 453, 456, 457; neología de, sobre San Martín, 463 a 465.
 Géricault (Teodoro), dibujante francés. IV, 578, 581.
 Germán (Joaquín), comandante español. III, 128.
 Gervinus (J. Godofredo), historiador alemán. Juicio de, acerca de San Martín. IV, 619, 620.
 Gil (José), pintor peruano. IV, 576, 577.
 Gil (Pedro José), capitán. III, 316.
 Gil (Tomás), capitán de milicias. I, 35.
 Gil Taboada (Antonio). I, 375.
 Gimena (Rafael), coronel. III, 531.
 Girardin (Emilio). IV, 351, 356, 357.
 Girón (Pedro Agustín), general español. I, 102 nota, 117.
 Girout (Eugenio), capitán de artillería. II, 541.
 Gobernadora, fragata realista. I, 500.
 Godoy (Clemente). I, 519.
 Godoy (Jorge). II, 126.
 Godoy (Juan Gualberto). I, 317, 521.
 Godoy (Ruperto). III, 523.

- Godoy Alvarez de Faria (Manuel), príncipe de La Paz, I, 93, 95, 96, 101, 145 nota.
- Godoy Cruz (Tomás), diputado por Mendoza al Congreso de Tucumán, I, 317, 410 a 412, 426, 430 a 432, 458, 471, 483 a 485, 508, 553, 568, 592, II, 18, 19, 178, 415, 508, 533, 557, III, 371, IV, 380.
- Golondrina*, goleta chilena, II, 591.
- Gómez, capitán colombiano, III, 610, 612.
- Gómez (Gregorio), I, 79 nota, 265, II, 106, 108, 146, IV, 194, 468, 479.
- Gómez (Isidora), abuela paterna del Libertador, I, 26.
- Gómez (José), I, 584 nota.
- Gómez (José María), II, 332.
- Gómez (Juan Vicente), militar venezolano, IV, 528.
- Gómez (Pedro), II, 447 nota.
- Gómez (Valentin), sacerdote y político argentino, I, 368, II, 296 nota, 299, 392, 408, 410, 411, 473, 476, 488, III, 454 y sig., 516, 517.
- Gómez Sánchez (Evaristo), ministro del Perú en Buenos Aires, IV, 556.
- Gómez y Arceche, historiador español, I, 116.
- González (Antonio), agente secreto de San Martín en el Perú, III, 267.
- González (Catalina), bisabuela del Libertador, I, 44.
- González (Francisco María), capitán realista, II, 334, 335.
- González (Joaquín V.), IV, 520; juicio de, acerca de San Martín, 609, 610, 616, 617.
- González (José Antonio), I, 351.
- González (Josefa), I, 227.
- González (León), I, 48.
- González (N.), teniente coronel español, III, 12.
- González (Pedro), teniente realista, III, 337.
- González (Vicente), coronel español, III, 128, 536, 537.
- González de Bernedo (Ramón), coronel realista, II, 334.
- González de Menchaca (Rafael), IV, 216.
- González Prada (José), III, 218.
- González Vigil (Francisco), eclesiástico, III, 8.
- González Villalobos (Tomás), III, 106.
- Gordillo (Manuel), capitán, II, 13 nota.
- Gorriti, gobernador de Salta, III, 513.
- Goyeneche (José Manuel), general realista, I, 168, 470 nota, II, 374, III, 180, 300.
- Goyeneche (José Sebastián de), obispo de Arequipa, III, 290.
- Graham, general inglés, I, 139, 140 nota.
- Graham (Mary), II, 121, IV, 616, 617.
- Grajales, médico, II, 371.
- Graña (Juan), teniente, I, 501, II, 331.
- Grañer, I, 501.
- Gravina, almirante español, I, 93.
- Green, médico, II, 172, 174.
- Gregorio (José), I, 208.
- Gres (Dolores), II, 67 nota.
- Grosbie (Tomás), capitán, II, 592 nota, III, 102, 105, 495.
- Grimarest (Pedro), I, 119.
- Gual y Jaén (Ricardo), I, 64.
- Gual (Pedro), III, 615.
- Guardia (José María), II, 334.
- Guardia Vieja, combate de, II, 20, 23, 25.
- Güemes (Martín Miguel), I, 167, 235, 237, 444, 485, II, 258, 350, 586, III, 72, 195, 255.
- Guerra de los Naranjos, I, 96.
- Guerrero (Domingo), I, 513.
- Guerrero (Ramón), sargento mayor, II, 173, 185, 373 nota.
- Guerrico (Manuel), IV, 535.
- Guido (Rufino), militar argentino, I, 451, II, 54, 542, III, 146, 574, 575, 577 a 580, 614, 615 nota.
- Guido (Tomás), militar argentino, I, 178, 393, 406, 421, 431, 434 a 459, 473, 482, 484, 486, 510, 537 a 540, 544, 548, 553, 559, 560, 564, 582 nota, II, 6, 16, 95, 97 nota, 98, 99, 117 nota, 123, 124, 126, 127, 129, 164, 166, 179, 198, 201, 222 a 225, 228, 229, 236, 285, 289, 291 a 294, 297, 298, 315, 318, 327, 328 nota, 336 nota, 368, 373, 375, 376, 384, 389 a 392, 394, 396, 399 nota, 405, 406, 410 nota, 417, 418, 425, 426, 432 nota, 433, 436, 439, 442 a 444, 454, 455, 456 nota, 457, 464 nota, 467, 468, 470 a 472, 478, 499, 522, 526 nota, 536 a 539, 551, 552, 556 nota, 564, 565, 567 nota, 572, 579, 594, III, 42; la conferencia de Miraflores, 55, 59, 60, 96, 97; la conferencia de Torre Blanca, 186, 187, 214 a 216, 219, 220; la conferencia de Puncagua, 226 a 247; prosecución de las negociaciones en Miraflores, 247 y sig., 302, 340 y sig., 346, 349; la capitulación del Callao, 366 a 368, 402, 413; la "Orden del Sol", 425 y sig., 497, 498, 531, 532, 557, 574, 585, 586, 608, 619, 644, 648, 649; partida de San Martín del Perú, 650 a 653, 654, IV, carta a San Martín, 40 y sig., 57, 58, 59, 60, 62, 63, 66, 75; carta de San Martín a, 78; carta a San Martín, 79, 86, 87, 89; San Martín cumple un deseo de, 89, 90, 97, 103, 105; cartas a San Martín, 115, 116; carta a O'Higgins, 116; carta a San Martín, 127, 128; carta de San Martín a, desde Bruselas, 129 y sig.; carta a San Martín sobre la batalla de Ituzaingó, 133, 134; contestación de San Martín a, 135, 136; carta de San Martín a, 137; cartas a San Martín comentando la guerra con el Brasil, 138, 139; San Martín escribe a, 145, 146; carta a San Martín, 173, 174, 181, 182; visita a San Martín, a bordo del *Chichester*, 184, 185; cartas a San Martín, 189 a 191; contestación de San Martín a, 191 a 195; carta a San Martín, 196, 215, 232; carta de San Martín a, 233 a 235; carta a San Martín, 235, 239, 280, 281, 301, 302, 315, 350, 351, 360, 377; proyecto de, para erigirle un monumento a San Martín, 500; discurso de, al inaugurar la estatua de San Martín en Buenos Aires, 505, 506.
- Guido y Spano (Carlos), I, 435, 436, 445 a 447, 452, 454 a 456, II, 97, 443 nota, III, 574, IV, 571.
- Guillén (Gregorio), abanderado de cazadores, I, 224, 225.
- Guillermo I (antes príncipe de Orange-Nassau), IV, 121.
- Guillermo (Francisco de Sales), ayudante de Estado Mayor, II, 542, 552.
- Guillem (Juan), médico, I, 250.
- Guiraldes (José Lorenzo), vicario general castrense, I, 470, 473, 528, 529, 552, 579, IV, 92.
- Guise (Martín Jorge), marino, II, 402, 562, 564 nota, 575, 576, 592 nota. Capitán de navío, III, 102, 103, 104, 105, 359, 429, 433, 527. Vicealmirante, IV, 67 y sig.
- Gutiérrez (Juan Alberto), ayudante mayor, II, 552. Teniente, III, 145.
- Gutiérrez (Juana), IV, 91.
- Gutiérrez (Juan María), I, 85, 132, 581 nota, IV, 502, 579, 580, 592, 593.
- Gutiérrez Coz (Pedro), obispo de Huamanga, III, 285.
- Gutiérrez de Estrada (Fernando), IV, 549.
- Gutiérrez de Estrada (Mariano), I, 160.
- Gutiérrez de la Concha (Juan), intendente de Córdoba, I, 167.
- Gutiérrez de La Fuente (Antonio), militar peruano, III, su misión ante el gobierno argentino, comisionado por San Martín, 510 y sig., 519 a 522, 527, IV, 21, 22, 55; entrevista con Bolívar, 65, 66, 209; carta de San Martín a, 210, 229.
- Gutiérrez Estrada (Josefa Balcarce y San Martín de), nieta del general San Martín, IV, 114, 213, 581; escribe a Carranza, 582, 583; escribe a Mitre, 583, 584; correspondencia con Mitre, 602 a 605.
- Gutiérrez Moreno (Agustín), III, 456 y sig., 462.
- Gutiérrez Moreno (Mariano), II, 410, 411.
- Gutrie, comandante, III, 204 a 206.
- Gutt (Santiago), III, 641.
- Guzmán (Diego), I, 489. Sargento mayor graduado, I, 541. Ayudante del general San Martín, II, 249. Teniente coronel, II, 553.
- Guzmán (Félix), secretario de la capitania general de Castilla, I, 159 nota. Coronel, IV, 216.

Guzmán (José Enrique de). III, 71.
Guzmán (Juan Bautista), religioso. IV, 462.

H

Haffreingue, abate. Breve nota biográfica sobre. IV, 457.
Haigh (Samuel). I, 317. II, 121, 125, 128, 221, 242 nota, 253 nota, 344.
Halsey (Tomás). II, 364.
Hall (Basilio), capitán inglés. III, 181, 270, 271, 272. IV, 385, 412, 413, 619.
Hallen (Juan van), general español. Referencia biográfica y actuación de. IV, 213, 214.
Hardy (Thomas), comandante inglés. III, 231, 232, 412, 427, 460.
Harleston, fragata inglesa. III, 287, 288.
Hasmaya (Manuela María). III, 300.
Hécate. II, 347.
Hera (José Santos la), coronel español. III, 312 y sig.
Heras (Carlos de las). I, 44.
Hércules, nave capitana de Brown. I, 244.
Heredia (Alejandro), militar. II, 511, 519, 520. IV, 232, 260, 337.
Heres (Tomás), coronel. III, 45; la desertión del batallón Numancia, 124, 201; la rendición del Callao, 370, 425, 429; la conjuración contra San Martín, 438 y s.g.; su destitución por San Martín, 440, 538, 541, 607, 612.
Heroína, corbeta corsaria. III, 186, 187.
Herrera (Diego). I, 428.
Herrera (Francisco), político peruano. III, 630.
Herrera (José). I, 478, 479. IV, 66, 82, 259.
Herrera (Manuel), comandante de artillería. II, 541.
Herrera (Nicolás). I, 198.
Herrera (Tomás), administrador de Santo Tomé. I, 39.
Herrero (Hilarión de), capitán. III, 542.
Hidalgo (Manuel). I, 180.
Hierbasbuenas, combate de. I, 289, 293. II, 150.
Higginson, marino norteamericano. II, 360.
Hill (Guillermo de). III, 315, 318.
Hillyar (Santiago), comodoro inglés. I, 303, 312, 315.
Hind, capitán de la *Independencia*. II, 570.
Hiperión, fragata inglesa. III, 101, 103, 106, 107, 110, 133.
Hispano (Cornelio). III, 602.
Hocquard (María Antonia Agell de). IV, 189.
Hoewel (Mateo Arnaldo). I, 274. II, 136.
Hölmberg (Eduardo, barón de). I, 179, 186 nota 209.
Horacio, fragata de guerra. II, 278, 399, 401, 402.
Hornas (Manuel), capitán realista. II, 243.
Hoscason (Guillermo). II, 573 nota.
Hoyos (Francisco), marino español. III, 379.
Hoywood, capitán. IV, 171.
Huachipas. I, 235.
Huamachini, batalla de. III, 15.
Huaqui, batalla de. I, 168. III, 13.
Hudson (Damián). I, 249, 250, 357, 358, 373 nota, 535, 579, 580, 587. II, 76 nota, 93, 260, 283.
Huillier. IV, 470 y sig.
Humahuaca. I, 235.
Hullette (Juan). IV, 167.
Hurtado (José María). III, 641.
Hurtado (Pablo). II, 573 nota.
Hurtado de Mendoza (Manuel). III, 14.
Hyacinth, navío inglés. II, 348.

I

Ibáñez de San Pedro (Tomás), licenciado. I, 44.
Ibarra (Felipe), comandante, gobernador de Santiago del Estero. II, 511. III, 534, 535, 545.
Icarte (Bartolo), teniente de artillería de Chile. II, 11.
Icarus. II, 348.
Iglesias (Salvador), capitán. II, 552; actuación

de, como apoderado de San Martín. IV, 142 a 148. Mayor. IV, 62, 63.
Independencia, buque de guerra chileno. II, 568, 570, 571, 592 nota. III, 105, 163, 340, 380, 413, 527.
Iniantado (duque del). I, 139 nota, 378.
Infante (José Miguel), representante chileno ante el Directorio de Buenos Aires. I, 276, 293 nota, 302, 531 nota. II, 146.
Intrépido, bergantín de guerra. II, 278, 471.
Invencible, goleta argentina. I, 173.
Irarrázabal (Luis de), ministro de Chile en Roma. IV, 377.
Iriarte (Felipe de), párroco del arzobispado de Charcas. II, 89.
Iribarren (Manuel Antonio de), capitán. II, 28.
Irigoyen (Bernardo de), ministro argentino en Montevideo. IV, 552, 590.
Irigoyen (Manuela). I, 505.
Irigoyen (Matías). II, 81 nota. Secretario de Guerra. 97, 107. Coronel, ministro de Guerra. 285, 297, 419, 446, 447, 457, 458, 464 a 466, 477, 478, 483, 484.
Irigoyen (Miguel de), gobernador de la isla de León. I, 139 nota.
Irizarri (Antonio José de), político y diplomático chileno. I, 532. II, 88, 146, 398. Secretario de gobierno de Chile. 357, 358 nota, 409 a 412, 449 nota, 454 nota. III, 452 a 456.
Irizarri (Hermógenes). IV, 512.
Isabel, buque chileno. II, 561.
Isla (marquesa de), dama peruana. III, 270 nota.
Iturbide (Agustín), militar y emperador de México. III, 466, 494, 539, 615, 621. IV, 113, 114.
Iturregui (Manuel), general peruano. III, 608. IV, misión de, ante San Martín, 70; declaraciones de. 70, 71, 238.
Ituzaingó, batalla de. IV, 127, 133 y sig.
Izaguirre (Agustín de). I, 293 nota. Véase Eyzaguirre (Agustín).
Izaguirre (Domingo de). II, 132 nota.

J

Jenevés, jornada de. I, 277.
Jelves (Juan Mateo). I, 208.
Jerezana, fragata. II, 551, 568, 570, 591. III, 401.
Jesús (Fray José María de). I, 584 nota.
Jimena (Rafael), coronel. III, 568, 571, 577.
Jiménez (José Gregorio), teniente. II, 155, 335.
John. II, 360.
Jones, general español. I, 118, 121. II, 346.
Jonte. I, 242, 243. II, 357 nota.
Jordán (Manuel). II, 303. III, 598, 600. IV, 452.
Jorge Canning, fragata en que San Martín viajó a Buenos Aires. I, 179.
Jown (Juan), marino. II, 592 nota.
Juan (Jorge). I, 83.
Juan de Dios, soldado español que salvó la vida a San Martín. I, 115.
Julán (padre), religioso franciscano. I, 508.
Junco (Alejo de). II, 552.
Junot, general francés. I, 100.
Junta Gubernativa. I, 166.
Juramento, río. I, 222.

L

La Abeja Republicana, periódico peruano. III, 430. IV, 14 a 20.
Labougle (Eduardo), ministro argentino en Colombia. IV, 523, 527.
La Aurora, primer periódico de la Junta Gubernativa de Chile. I, 274, 275.
La Crónica, periódico de Nueva York. III, 614.
Lacruz (Manuel), alférez. III, 542.
Ladron de Guevara (Manuel). II, 389, 391.
Lafinur (Juan Crisóstomo), poeta argentino. III, 523. IV, versos de, a San Martín, 568, 569.
Lafond de Lurcy, marino francés. II, 62. III, 587 a 596, 607. IV, 316 a 321, 619.
La Fuente. I, 505.

- La Javiera, fragata realista. II, 278.
 La Macedonia, fragata norteamericana de guerra. II, 430, 562.
 Lamadrid (Felipe), capitán realista. II, 333.
 Lamadrid (Gregorio Araoz de), militar argentino. II, 354. IV, 230 y sig.
 La Mar (José del), general español. III, 206, 216, 235, 321, 338, 346, 356; negociaciones con San Martín para la entrega de la plaza del Callao, 365 y sig.; firma del armisticio de capitulación, 366; La Mar entrega la plaza y se pasa al ejército libertador, 368, 373 y sig., 472, 543, 546, 547, 551, 564, 565, 567, 568, 573, 575, 577, 580, 582, 620 a 623, 653, 658, 659 nota. IV, 37, 161, 162, 257; opinión de San Martín acerca de, 383.
 Lamarca (Carlos). IV, 498.
 Lamartine (Alfonso de). IV, 352, 354, 355, 418.
 Landa (Bernardo), coronel peruano. III, 313.
 Landa (Tomás), capitán. III, 316.
 Landaburu (Agustín). III, 307.
 Landazuri (Ignacio), coronel español. III, 166, 179, 235.
 Landes, caudillo peruano. III, 173.
 Lantallilla. I, 468.
 Lantano Quintanilla (Clemente), coronel realista. I, 491. II, 30, 163 nota, 380, 381.
 Lanza (Tomás de). IV, carta a San Martín, 53.
 Lanzarote (Carlos), teniente español. I, 115.
 La Peña, general español. I, 139, 140 nota.
 Laprida (Manuel), capitán realista. II, 185, 243.
 Laprida (Francisco Narciso), presidente del Congreso de Tucumán. I, 317, 426. II, 178.
 Lardizábal (Manuel). I, 81.
 Lardizábal (Miguel). I, 139 nota.
 Larenas (Enrique), teniente coronel. I, 297, 335.
 La Rosa, buque mercante. II, 560.
 La Rosa (José Ignacio). Véase Rosa (José Ignacio de la).
 Larrahona (Mateo), teniente. II, 28.
 Larrain (Joaquín), senador chileno. II, 432.
 Larrain (Juan de Dios), ayudante de San Martín. II, 216, 231.
 Larrain (Martín). II, 126, 146. III, 34.
 Larrazábal (Antonio de), general, alcalde de Buenos Aires y justicia mayor. I, 47 nota.
 Larrazábal (Manuela de). I, 47 nota.
 Larrazábal (Mariano), coronel. II, 373 nota, 563, 580 nota.
 Larrea. I, 244, 245.
 Larrousse (Manuel). I, 106, 107 nota.
 La Serna (José de), general realista. II, 78 nota, 252, 430, 440, 442, 472, 503, 536, 584.
 Virrey del Perú. III, 123, 166, 167, 169; la conspiración de Aznapuquio contra Puzuela, a quien sucede en el mando, 179 y sig., 186; sus comisionados conferencian con los de San Martín en Torre Blanca, 187, 188, 192, 193, 207; la conferencia de Punchauca, 224 a 245; entrevista con San Martín, 234 a 239; se prosiguen en Miraflores las negociaciones interrumpidas en Punchauca, 247 y sig.; al reanudarse las hostilidades, sale de Lima y entrega el gobierno al marqués de Montemira, 255 a 260, 265, 268, 321 y sig., 333; nuevas negociaciones de la junta de pacificación con los delegados de San Martín, 340 y sig., 344 y sig., 351, 373 y sig.; negociaciones de San Martín para que, a trueque de la pacificación, reconozca la independencia peruana, a lo que La Serna se opone, 469 a 481, 491, 538, 575, 576; carta en la que San Martín sintetiza su doctrina de pacificación, 639 a 641, 642. (Apéndice documental, 663 a 672.) IV, 45, 46; contestación de, a una proposición de Riva Agüero, 64; en el combate de Zepita, 67, 75, 76.
 Las Heras (Bartolomé de), arzobispo de Lima. III, 129, 134, 206; la independencia del Perú, 284 y sig., 349, 350, 380. IV, 387.
 Las Heras (Juan Gregorio de), sargento mayor. I, 292, 299, 300, 305, 307, 309, 310. Teniente coronel. I, 316. Coronel. I, 322, 324, 331, 451, 518, 531 nota, 584. II, 12, 13, 15, 19 al 27, 31. General. II, 41 nota, 50, 57, 67 nota, 71, 72, 110 a 115, 151, 152, 163 nota, 167 a 169, 173, 183, 184, 216 a 218, 223, 229, 230, 234, 235, 239 a 241, 244, 246, 247, 261, 367, 371, 373 nota, 425, 427, 438, 451, 454, 469, 470, 539 a 543, 549, 550, 552, 579. III, 20 nota, 128 nota, 129, 214, 235; datos biográficos, 308, 309, 316, 322, 323, 333; el sitio del Callao, 336, 337, 354 y sig., 359 a 362, 425, 429, 349 y sig.; su separación del ejército de San Martín en el Perú, 442 y sig. IV, 75, 76, 126, 159, 164, 165, 409, 498; alocución de, al inaugurar la estatua de San Martín, en Chile, 510, 511.
 Las Piedras, combate de. I, 176.
 Las Ramadas. I, 250.
 Lastarria (José Victorino). IV, 511.
 Lastra (Francisco), director de Chile. I, 302 a 309. II, 153.
 Lastra (Manuel). II, 303.
 Lastra (Pedro Nicolás). II, 533 nota.
 Latorre (Bernardo), general realista. II, 228, 231, 243. III, 413.
 Latorre (Francisco Antonio). I, 199.
 La Trinidad, navío. II, 463.
 Latus (Manuel), teniente. III, 552.
 Laura, fragata inglesa. III, 190.
 Lautaro, logia. I, 185. III, 528.
 Lautaro, fragata de guerra. II, 278, 280, 350, 396, 397, 403 a 405, 463, 561, 563, 564 nota, 568, 591, 592 nota. III, 105, 133, 163, 190, 340, 380, 402, 413.
 Lavalle (Juan), general argentino. I, 517. II, 24, 49, 57, 123, 407 nota. III, 48, 82, 145; victoria de Nazca, 146, 150, 151; victoria del valle de Jauja, 152, 153; y de Pasco, 155 a 157, 551; victoria de Río Bamba, 555, 556, 558; réplica a Bolívar en Quito, 563. IV, 174, 175; nota de, sobre el fusilamiento de Dorrego, 175, 176, 196 y sig., 230, 232.
 Lavalle (Juan), político peruano. III, 19.
 Lavalleja (Juan Antonio). IV, 136, 173; disidencia entre, y Rivera, 198 y sig.
 Lavaysse (Dauxion), general. II, 365.
 Lavié (Pedro). IV, 337.
 Laviña (Juan). II, 132 nota.
 Lazare (Alejo), gobernador de Mendoza. I, 293.
 Lazcano (Asensio), subteniente. II, 331.
 Lazcano (Juan Angel de), administrador general de Misiones. I, 34 a 38, 40, 78.
 Lazcano (Prudencia), auditor. I, 505.
 Lazo (José Silvestre), abogado. II, 529, 531.
 Leal (Santiago). I, 261, 262.
 Leño, I, 319.
 Leblanc, almirante. IV, 337, 338.
 Leclerc, general francés. I, 95.
 Le Coc, general portugués. II, 350, 354.
 Le Coq (Bernardo), ingeniero. I, 37.
 Lecor, general portugués. II, 277.
 Lecuna (Vicente). II, 580 nota.
 Ledesma (Valentin). IV, 496.
 Leguizamón (Martíniano). I, 76.
 Leloir (Antonio Francisco), agente consular de Francia en Buenos Aires. II, 245 nota.
 Lema. I, 521.
 Lemaches (Quirino). I, 262.
 Lemos (Juan Gregorio). I, 474, 475. Comisario del ejército de los Andes. II, 74, 134, 298, 454; intendente del ejército expedicionario al Perú, 552, 554, 579. III, 425, 429.
 Lemos (Manuel). I, 465.
 Lenca (José de la). Misión de, ante el gobierno de Chile. IV, 56.
 Lencinas (Francisco), teniente primero. II, 518 nota.
 León (Agustín de). I, 35.
 León (Pedro W.). IV, 514.
 León de la Barra (Juan Francisco). II, 132 nota.
 Lequerica (Lorenzo), comerciante. III, 48.
 Lerena (Juan), marino español. III, 379.
 Le Roy, consul francés en Cádiz. I, 105, 106 nota.
 Lesmes Frias, sacerdote. I, 81, 83 nota.
 Letamendi (Miguel de), teniente coronel. III, 71, 94, 96, 440, 531.
 Lezica (Ambrosio). III, 522, carta a San Martín. IV, 104.
 Lillo (Eusebio). IV, 512.

Limeña, corbeta. III, 380, 433, 635, 641.
 Liniers (Santiago de), virrey del Río de la Plata. I, 167, 172, 428, 469. II, 374.
 Lircay, río. II, 213.
 Lircay, tratado de. I, 304, 305, 309. II, 153.
 Listas (Ramón), teniente. II, 185.
 Lomas Blancas. II, 238.
 Longer (Pablo). IV, 68.
 Longueil (Pedro de). IV, 291.
 Lontué, río. II, 213.
 López (Agustín), teniente primero. I, 541, comandante. II, 215, 240, 248, 373 nota.
 López (Bernardo), religioso. IV, 396, 397.
 López (Estanislao), caudillo y militar argentino. II, 447 nota, 455, 458, 459, 503, 504 nota, 510, 520, 521, 525. III, 513, 514. IV, 175, 230 y sig.
 López (Lorenzo). I, 427.
 López (Manuel). I, 48.
 López (Nicolás), coronel realista. III, 555.
 López (Pedro), teniente primero. I, 541.
 López (Vicente), literato argentino, ministro de Hacienda del triunvirato. I, 168, versos de, a San Martín. IV, 562, 563, 565.
 López (Vicente Fidel). I, 189, 190, 192, 247 nota. IV, 138; carta de San Martín a, 139, 176, 205 a 207, 207 a 209.
 López Aldana (Fernando), político bogotano, presidente del Perú. III, 9, 23, 43, 44, 171; la conferencia de Punchauca, 226 a 247; prosiguen las negociaciones en Miraflores, 249 y sig., 340 y sig., 349, 430, 482.
 López Méndez (Luis). I, 178, II, 88.
 Lord Cochrane, fragata de guerra. II, 278.
 Lord Lindoch, fragata inglesa de guerra. II, 11, 298.
 Loriga (Juan), coronel español. III, 166, 169, 177, 179, 187, 188; derrota de Paula Otero en Pasco, 489, 491, 666, 667.
 Loro (Manuel), capitán. III, 401.
 Los amigos de la libertad, denominación con que se firmó una impugnación a un artículo aparecido en *La Abeja Republicana* contra San Martín; texto de la impugnación. IV, 14 a 20.
 Los Barriales. IV, 81 y sig.
 Lovete (Manuel). I, 48.
 Luca (Esteban de), Carta de San Martín a, y respuesta de. IV, 560, 561; composiciones poéticas de, a San Martín, 561, 563, 564, 565 a 567.
 Luca (príncipe de). II, 411. III, 449, 467.
 Lucero (N.). I, 521.
 Lugo (José Antonio), coronel. II, 532.
 Lucy, bergantín, llamado después *Galvarino*. II, 347, 402, 403.
 Ludlan (A. D. N.). II, 291 nota.
 Lue, monseñor, obispo de Buenos Aires. I, 469 nota.
 Luisa, fragata. III, 401.
 Luján (Carlos), mariscal de campo español. I, 103.
 Luna (Jenuario). I, 208.
 Luna (Juan Pedro), sargento mayor. II, 553.
 Luna Pizarro (Javier de), presbítero. III, 430, 482, 635, 647, presidente del Congreso peruano; carta de, a San Martín. IV, 10, 410, 462.
 Luque (Fray Toribio). I, 584 nota.
 Luzuriaga (Francisco), capitán. I, 180. III, 568.
 Luzuriaga (Toribio), militar argentino. I, 226, 250, 432, 451, 471, 477 a 480, 555, 563. Gobernador intendente de Mendoza. I, 577, 578. II, 19 nota, 32 nota, 34, 79, 80, 94, 175, 299 nota, 304, 305, 308, 310 a 314, 321, 328 nota, 332, 428, 456, 496 nota, 512 a 515, 532, 534 nota, 551, 598. III, 96 a 99, 302, 425, 429, 451 y sig., 469, 510, 531 a 534, 629. IV, 82, 93.
 Luxemburgo (duque de). II, 351.
 Lynch (Estanislao). II, 546, 579.

LL

Llanos (Manuel), general español. III, 217; la conferencia de Punchauca, 226 a 247; pro-

secución de las negociaciones en Miraflores, 247 y sig., 303, 373, 636.
 Llambi. IV, 189.

M

Macedonia, goleta. III, 101, 103, 104, 106, 107, 110, 527, 575, 577, 580, 593, 607, 641.
 Maciel (Cosme), secretario del gobierno de Santa Fe. II, 511.
 Mackau (barón de), vicealmirante francés, convención firmada por Arana y. IV, 343.
 Mackenna, fragata. II, 551, 591.
 Mackenna (Juan), general, gobernador de Valparaíso. I, 278, 279, 288, 289, 298 a 302, 305; su muerte, 334, 335 nota, 348, 349, 532. II, 146, 151, 152, 155.
 Macháin (José). I, 171. IV, 583, 584.
 Madallar (Joaquín), capitán realista. II, 65.
 Madero, combate de la cuesta del. I, 117.
 Madero (Francisco). II, 467 nota.
 Madoz. IV, 166, 579 y sig.
 Madrilejos, acción de. I, 278.
 Magdalena, fragata mercante. II, 278.
 Magrerón. II, 358 nota.
 Maipo, corbeta de guerra. II, 278.
 Maipo, pico del. II, 9.
 Maipú, bergantín de guerra. II, 406. III, 186, 187, 666 a 668, 671.
 Maipú, batalla de. I, 392. II, 238 a 261. III, 664, 665.
 Maipú, río. II, 238.
 Maknille, comerciante. II, 275 nota.
 Malet (Antonio), marqués de Coupigny. I, 112, 139 nota.
 Manco Cápac, emperador del Perú. III, 7.
 Mandisovi. I, 169.
 Manrique (Francisco), historiador militar español. II, 35.
 Mansilla (Lucio), capitán argentino. I, 519.
 Mayor. II, 43. General. IV, 260, 344, 345; discurso de, al inaugurar la estatua de San Martín, en Buenos Aires, 506.
 Manzano. II, 96.
 Manzo, coronel español. I, 277.
 Mapocho, río. II, 238.
 Mar (Juan Manuel). IV, 489.
 Maracaná, combate de. I, 170.
 Marcó del Pont (Francisco), brigadier realista. I, 138, 404, 405, 414, 442, 492, 494, 495, 499, 501 a 511, 531 nota, 562, 567. II, 13, 27, 30 a 33. Presidente de Chile. 41, 42, 45, 52, 60, 61, 64 a 67, 71 a 79, 89, 94, 96, 97, 114, 195 nota, 200 nota, 275 nota, 321, 334. III, 114, 115. IV, 391.
 Maria, fragata. II, 343.
 Maria Isabel, fragata española de guerra. II, 278, 280. III, 115, 133.
 María Luisa, reina de España. I, 101.
 Mariátegui (Francisco Javier). III, 429, 430, 633.
 Marín (José). II, 334. Véase Guardia (José María).
 Marín (José Gaspar). I, 279. II, 148, 556. IV, 253.
 Mariño (Manuel), alférez. I, 583. II, 57.
 Mármol (José), poeta argentino. IV, 570, 571.
 Mármol (Vicente), regidor de Buenos Aires. I, 207. II, 284.
 Maroto (Rafael), general realista. I, 499, 500. II, 40 a 47, 54, 61, 63, 64, 73, 163 nota. III, 489.
 Marquelli (Miguel), militar realista. I, 491. II, 20, 42.
 Márquez (José). I, 208.
 Márquez de la Plata (Fernando), teniente coronel. II, 373 nota.
 Marquiegui (Guillermo), coronel realista. I, 237. III, 72, 74.
 Martel (Antonio), cirujano. I, 518, 531.
 Marticorena (Fernando), cadete realista. II, 231.
 Martín (D. Pedro), comandante. III, 166, 179.
 Martínez (Anacleto), militar. II, 43, 51, 105.
 Martínez (Enrique), general argentino. I, 516, 582 nota. Gobernador de La Rioja. II, 13 nota, 20, 31, 50, 57, 92, 111, 112, 220, 240, 248.

- 373 nota, 541, 553, 556 nota. III, 429, 439, 442, 629. IV, 42, 43, 47; carta al ministro de Guerra de Buenos Aires, 48 y sig., 232, 233, 517.
- Martínez (Francisco), vicario. I, 63.
- Martínez (Juan de Dios). II, 303.
- Martínez (Juan Apóstol), capitán. II, 244 nota.
- Martínez (Manuel). I, 81.
- Martínez (fray Melchor). I, 267, 510.
- Martínez (Nicolás). II, 331.
- Martínez Aldunate, obispo de Santiago de Chile, vicepresidente de la Junta Gubernativa. I, 266.
- Martínez de Campos (Ramón), teniente realista. III, 71.
- Martínez de la Rosa (Francisco). III, 457 a 459.
- Martínez del Campo (Ramón), capitán realista. III, 375.
- Martínez de Rozas (Juan), vocal de la Junta Gubernativa de Santiago de Chile. I, 260, 265, 266, 277, 279 a 284. II, 146 a 149.
- Martínez Niño (Cesáreo), cirujano. I, 584 nota.
- Martín García. I, 244.
- Martos (Pedro de), sargento español. I, 115.
- Marury. I, 206.
- Marzán (Nicolás), secretario particular de San Martín. II, 250, 373 nota.
- Maso (Manuel), oidor de la Audiencia de Lima. III, 379.
- Massena (Andrés), mariscal francés. I, 132.
- Mastay Ferreti (Juan María), prelado italiano. Véase Pío IX.
- Mata (Luis). II, 136.
- Matorras (Antonio), tío del Libertador. I, 46.
- Matorras (Domingo), tío del Libertador. I, 45.
- Matorras (Domingo), abuelo materno del Libertador. I, 44 al 46.
- Matorras (Francisca), tía del Libertador. I, 45.
- Matorras (Gregoria), madre del Libertador. I, 45 al 58, 142, 143, 150, 160.
- Matorras (Jerónimo), explorador chaqueño, gobernador de la provincia de Tucumán. I, 45, 47 nota.
- Matorras (Juan de), bisabuelo del Libertador. I, 44.
- Matorras (Miguel), tío del Libertador. I, 45, 46.
- Matorras (Paula), tía del Libertador. I, 45.
- Matorras (Pedro). I, 45 nota.
- Matorras (Simón). I, 45 nota.
- Matorras (Ventura), tía del Libertador. I, 45.
- Matta (Guillermo). IV, 511, 512.
- Matus (Atanasio), teniente segundo. II, 382.
- Maule, río. I, 288, 289.
- Maure (José Antonio), teniente segundo. II, 518 nota.
- Mayo, revolución de. Su comienzo. I, 166.
- Mayorga (N.). I, 521.
- Maza (Manuel Vicente). IV, 232.
- Mazo (Fernando del), hacendado español. II, 38.
- Mazón (Ignacio), teniente coronel español. III, 187.
- Mazzarini. IV, 514.
- Medea, fragata española. I, 375, 376.
- Medellín, ataque de. I, 277.
- Medina (Victoriano). I, 37.
- Medina (Francisco Javier), ayudante mayor. II, 552.
- Medina (Javier Antonio), ayudante del coronel Celada. II, 13 nota, 542.
- Medina (Joaquín). II, 243.
- Medina (José Antonio), presbítero argentino. III, 301 nota.
- Medina (José Toribio). III, 37 nota.
- Medina (Manuel), comandante. II, 58, 218, 240, 248, 373 nota.
- Medrano (Pedro), triunviro. I, 188.
- Medusa, fragata inglesa de guerra. II, 341.
- Meigar (Mariano), poeta peruano. III, 14; su muerte. 15.
- Melán (José), militar. I, 517. II, 14, 49 a 51, 58, 112, 186, 187, 220. IV, 400.
- Melo (Pacheco de), diputado. II, 492.
- Melo de Portugal (Pedro), virrey. I, 55.
- Mellyagin, cacique pehuenche. I, 509.
- Membrillar. I, 576.
- Menacho (Luis), regidor. III, 483.
- Menasés (Francisco), teniente graduado. I, 541.
- Menchaca (Elena San Martín de). IV, 479.
- Menchaca (Rafael). I, 57, 159 nota.
- Menchaca San Martín (Petrónila), sobrina del Libertador. I, 160.
- Mendeville. Escribe a la hija de Rosas. IV, 354, 355.
- Méndez (Cipriano). III, 71.
- Méndez (Gervasio). IV, 571.
- Méndez (Narciso), seudónimo de Juan José Carrera. II, 304.
- Méndez (Toribio), coronel español. I, 98.
- Méndez Lachina, sacerdote. III, 8.
- Mendiburo (Antonio). II, 147.
- Mendizábal (Mariano), capitán, gobernador de San Juan. II, 513, 514, 516, 517; su muerte, 534 nota. IV, 164.
- Mendoza (José). I, 534 nota.
- Mendoza (Pedro de). I, 165.
- Menéndez Valdés (Agustín), regidor. III, 483, 484.
- Meneses (Francisco), teniente de milicias. I, 264, 583.
- Mercedes, fragata española. I, 375, 376.
- Mercurio Peruano, periódico. III, 8.
- Merino (Antonio). I, 502, 504. II, 164.
- Merino (Rosa). IV, 411.
- Merlo (Benita). I, 474.
- Merode (conde Félix de). IV, 212, 214.
- Mesa (Manuela). II, 140.
- Mexicana, fragata. III, 205.
- Miantinomo, fragata. I, 264.
- Mier, sacerdote mexicano. I, 178.
- Miguez (Juan de Dios). IV, 82.
- Mijares (Juan), capitán realista. II, 42.
- Milla (José María), regidor. III, 483, 484.
- Millalécán (Pablo), teniente. I, 494, 504, 541.
- Millán (Antonio), capitán de artillería. I, 495, 504.
- Millán (Gregorio Urbano). II, 58.
- Miller (Guillermo), general inglés. II, 207, 208, 319, 344, 361, 396. III, 195 a 197, 244, 245, 255, 272, 311 y sig.; victoria de Mirabe, 313, 314 a 317, 322, 327, 355, 356, 429, 433, 439 y sig., 501, 586, 587, 588, 608, 617, 621. IV, San Martín escribe a, 141, 142; referencia biográfica y actuación de, 152 y sig.; correspondencia con San Martín, 155 y sig.; San Martín se despide de, 170, 171; San Martín escribe a, 316; correspondencia con San Martín, 321 y sig., 619.
- Minerva, fragata de guerra. II, 551, 550, 591. III, 50, 124.
- Miranda (Cayetano de), subteniente español. I, 114.
- Miranda (conde de). I, 378.
- Miranda (Francisco de). I, 178. II, 145.
- Mires (José), general. III, 534, 537, 568.
- Miró Quesada. IV, 514.
- Mitre (Bartolomé), estadista y militar argentino. I, 75, 76, 78, 107, 126, 127, 132, 166, 221, 247, 317 nota, 456, 550. II, 26, 54, 59 nota, 96, 97, 104, 160, 192 nota, 242 nota, 344, 410, 443 nota, 488, 498 nota, 542 a 544, 556 nota. III, 170, 241, 280, 352, 354, 441, 443, 444, 563 nota, 589, 614, 615 nota, 635 nota. IV, 390, 502; discurso de, al inaugurar la estatua de San Martín en Buenos Aires, 503, 504, 513, 540, 541; Balcarce escribe a, 550, 551, 556, 577, 581; la nieta de San Martín escribe a, 583, 584; su *Historia de San Martín*, 596 a 608; correspondencia de M. Balcarce con, 596 a 602; correspondencia de la nieta de San Martín con, 602 a 605, 618.
- Mitre (Emilio). IV, 542.
- Moar (Francisco), capitán español. III, 226, 225, 303.
- Moldes (José), gobernador de Mendoza. I, 243, 320, 485, 568.
- Molina (Javier), capitán. II, 29, 51, 189.
- Molina (José Manuel). I, 584 nota.
- Molina (Juan Ignacio), abate, historiador. II, 7, 8, 493 nota.
- Molina (Manuel Ignacio), delegado del Cabildo de Mendoza. I, 372 nota, 387, 436, 440, 441. II, 283. Gobernador de Mendoza. III, 513, 514.

Molina (Pedro), gobernador de Mendoza. I, 581 nota.
 Monet (Juan Antonio), general realista. III, 235, 238, 251, 373.
 Monforte (príncipe de). I, 103.
 Monroe (Jacobo), presidente de los Estados Unidos. I, 386. II, 255 nota, 388, 399.
 Mont (Antonio). I, 465.
 Mont (José). IV, 405, 406.
 Monteagudo (Bernardo), escritor y político argentino. I, 187, 188. II, 127. Auditor de guerra. II, 197 a 202, 225, 299 nota, 309, 316, 333 a 336, 552, 554, 567 nota. III, 125, 129, 164, 165, 182, 191, 192, 254, 287; San Martín lo nombra ministro de Guerra y Marina del Perú, 292; datos biográficos y de su actuación pública, 299 a 307, 339, 351, 352, 353, 357 a 359, 387 y sig., 399 a 410, 413; la "Orden del Sol", 427 a 429, 463, 495; la misión de Mosquera, delegado de Bolívar, en el Perú, 505 a 507, 508 a 510; carta que escribe al general La Mar, siendo ministro de Relaciones Exteriores del Perú, 546, 547, 557, 612, 628; Monteagudo y el movimiento subversivo que lo derribó, 630 y sig.; renuncia y destierro de Monteagudo, 634 a 636; con el apoyo de Bolívar regresa a Lima, donde es asesinado, 637 a 639; su asesinato, según Riva Agüero, fué ordenado por Bolívar, 637, 638 nota, 654, 655. IV, asesinato de, 244, 245.
 Monteagudo (Catalina Cáceres de). III, 300 nota.
 Monteagudo (Miguel de), capitán español. III, 300.
 Monte Mar (conde de). III, 150.
 Montemira (marqués de), militar español, llamado también conde de Valle Oselle. III, 12, 206, 258 y sig., 268, 270, 272 y sig., 279; la guerra de la independencia del Perú, 283 y sig., 420, 425, 429, 430.
 Montenegro, sacerdote peruano. III, 9. Gobernador intendente de Tarma. III, 153.
 Montes (Francisco), coronel. I, 332.
 Montevideo. I, 172 a 177; capitulación de, 251.
 Montezuma, goleta chilena de guerra. II, 591, 592 nota. III, 33, 94, 239, 250, 253, 270, 320, 369, 380, 499, 543.
 Monzón (Francisco). III, 379.
 Moquegua, batalla de. IV, 47 y sig.
 Moore, general inglés. I, 126.
 Mora, toma de. I, 277.
 Mora (José Joaquín de). IV, 255.
 Morales y Ugalde (José). III, 464, 636.
 Moreira (Francisco), diputado. III, 218.
 Moreira (fray Manuel). IV, 83.
 Moreno, contador. I, 167.
 Moreno, escribano. IV, 90.
 Moreno (Carmen Victoria). IV, 273, 310.
 Moreno (Francisco Javier). III, 448.
 Moreno (Ignacio). III, 9.
 Moreno (Joaquín). I, 103.
 Moreno (Juan), subteniente. I, 511. II, 518 nota.
 Moreno (Manuel). I, 178, 435. IV, ruptura de la amistad de San Martín con, 295 a 301.
 Moreno (Mariano), juriconsulto y político argentino. I, 165, 178, 266, 267, 274, 435, 521. III, 301.
 Moreno (Mariano), hijo del prócer argentino. IV, 241.
 Morgado (Antonio), coronel realista. I, 505, 506. II, 45, 110, 111, 163 nota, 213, 243; su muerte, 332, 333, 336 nota.
 Morillo (Pablo), general realista. I, 313. II, 274, 530. III, 130, 133, 136, 210. IV, 164.
 Morla (Lorenzo), comandante realista. II, 239, 243, 331 a 333.
 Morla (Tomás de). I, 103.
 Morón (Juan Bautista), coronel. I, 200, 581 nota.
 Morón (Manuel). I, 581 nota.
 Moscoso (Gabriel). III, 15.
 Mosquera (Joaquín), estadista y escritor colombiano. I, 139 nota. III, 467; su misión en el Perú como delegado de Bolívar, 504 y sig., 508, 567, 588, 598, 613, 614 nota.
 Mosquera (Tomás C.), coronel colombiano. III, 588.

Mota (Francisco). I, 492.
 Motta (Feliciano de la), coronel, gobernador de Tucumán. II, 487, 492.
 Moussy (Martín de). I, 73.
 Moya (Facundo). II, 39.
 Moya (Francisco). II, 334, 335.
 Moyano (Borjas), teniente primero. II, 518 nota.
 Moyano (Francisco), teniente. III, 152.
 Moyano (Pedro A.). IV, San Martín escribe a, 288, 289.
 Mujica (Pedro Ignacio de). II, 76 nota.
 Muñecas (Hdefonso), sacerdote. III, 14, 15.
 Muñoz (Juan José), sacerdote. III, 8.
 Muñoz (Justo). II, 412.
 Muñoz (Manuel). I, 26.
 Muñoz de Guzmán (Luis). I, 263. II, 275.
 Muñoz Urzúa (Manuel). I, 309, 323. II, 532 nota.
 Murgeón (Juan de la Cruz), coronel realista, jefe del regimiento de Murcia. I, 106, 114, 116 a 118. III, 555.
 Murguiondo. I, 393.
 Murillo (Agustín). I, 180.
 Murillo (Pablo), teniente primero. II, 513, 517. 518, 525, 531; su muerte, 534 nota.
 Murúa (Juan de Dios), religioso franciscano. I, 491, 492.
 Muzzi (Juan), sacerdote italiano. III, 459.

N

Najar (Joaquín), mayor. I, 584.
 Nanán de Aguilar (Felipe). I, 53.
 Nancy, bergantín chileno. II, 591. III, 35, 641.
 Napoleón I, I, 123, 127.
 Narváez (D. Francisco), comandante. III, 166, 179.
 Nangueru (Nicolás), cacique indígena. I, 62.
 Navarrete (Juan Bautista). III, 429.
 Navarrete (Ramón), teniente segundo. I, 541.
 Navarro (Antonio), teniente. II, 318, 319 nota.
 Navarro (Fermin). IV, 91.
 Navarro (José), mariscal de campo español. I, 145 nota. II, 331.
 Navarro (Julian), capellán del ejército de los Andes. I, 207, 208. II, 201.
 Nazar (Benito), general. IV, 502.
 Nazar (Manuel), capitán. II, 209 nota, 541.
 Nazarre (Alejo), gobernador de Mendoza. I, 320.
 Necochea (Eugenio), militar argentino. III, 336, 433, 439 y sig., 653.
 Necochea (Mariano), general argentino. I, 180, 208, 451, 562. II, 15, 22, 24 a 26, 31, 43 a 45, 47 nota, 49, 52, 55 a 57, 66, 123, 220, 273 nota, 427, 433, 436 nota, 450 a 453, 490, 496, 541, 542, 553. III, 145, 147, 149, 235, 323, 333, 429, 439 y sig., 551. IV, 154.
 Necuñán, gobernador pehuenche. I, 508.
 Negrete (Francisco), general español. I, 98.
 Nelle. II, 161, 343, 357, 473.
 Neira (José), agente secreto de San Martín, en Chile. I, 501. II, 13.
 Ney (Miguel), mariscal francés. I, 126.
 Nieto (Vicente), mariscal realista. I, 167, 428. III, 141, 300, 301.
 Niño (Pedro), teniente de artillería. II, 226.
 Ninconyancu, cacique pehuenche. I, 508.
 Noboa (Félix Antonio), subteniente. I, 541, 583.
 Nolasco Ortiz (Pedro). I, 373 nota.
 Noriega (Pedro), teniente coronel. II, 327, 328.
 Nuestra Señora del Carmen, bergantín español. III, 211, 222.
 Núñez (Justo José). I, 226.
 Núñez de Ibarra. IV, 577.

Ñ

Ñuble, río. I, 289.

O

Oblizado (Manuel), secretario interino del directorio de Alvarez Thomas. I, 396, 564.

- O'Brien (Jorge), comandante. II, 396. IV, 153.
 O'Brien (Juan), militar irlandés, ayudante del general San Martín. II, 52, 57, 90 a 92, 94, 109, 129, 221, 222, 238, 243, 244 nota, 249, 254, 427, 541. III, 356, 485. IV, 147.
 Ocaña, toma de. I, 278.
 O'Dogan (Rita), madre de Juan Martín de Pueyrredón. I, 426.
 O'Donnell, conde de La Bisbal (José), general español. II, 463, 476, 477. III, 30.
 O'Donojú (Juan), general español, virrey de México. III, 466, 539.
 O'Higgins, navío de guerra. II, 561 a 563, 568, 591, 592 nota. III, 32, 82, 104, 163, 197, 339, 340, 358, 359, 380, 401, 402, 413, 498, 499, 641.
 O'Higgins (Ambrosio) marqués de Osorno, brigadier general. II, 8, 140 a 144, 150 nota. III, 530 nota.
 O'Higgins (Bernardo), general chileno. I, 96, 279, 282, 286, 288, 289, 294 a 312, 322, 327 a 330, 336, 339, 350, 379, 393, 401, 424, 502, 507, 514, 532, 541, 560, 561, 571, 574, 581 nota, 586. II, 6, 15, 21 a 23, 29, 31, 43, 44, 47, 49, 51 a 59, 66, 67 nota, 69 a 73, 75, 78, 82 nota, 93, 94, 96, 97, 99, 102 a 105, 109, 111 a 113, 127, 128 nota, 130, 138, 140 a 176, 180, 182 a 189, 194, 196, 197, 199, 200 nota, 207, 208, 210, 214 a 221, 228, 231, 241, 242, 245, 247, 250, 255, 256, 277, 291 a 297, 299, 302, 311 a 319, 320, 337, 347, 352, 356, 365, 366, 369, 371, 372, 377, 394, 396, 397 nota, 401, 403 a 410, 415, 420, 421, 425 a 428, 430 a 433, 435, 439, 441, 444, 451, 455, 456, 464 nota, 467 a 472, 478, 479, 480 nota, 483, 486, 495 a 497, 499, 500, 503, 504 nota, 507, 508, 529, 530, 532, 536 a 538, 542, 546, 549, 550, 555, 558, 560, 562, 565 a 570, 572, 573 nota, 575, 579, 581, 582, 592 nota, 593 a 596. III, 50, 51, 56, 89, 117, 118, 164, 165, 167, 168, 171, 183, 189, 190, 191; medios para combatir a Carrera, 193 a 195, 204, 254 y sig., 270 nota; la toma de Lima por San Martín, 275, 276, 293 a 295, 300 (nota sobre B. Monteagudo), 302 y sig., 357; la rendición del Callao, 369 a 371; el pago a la tripulación de la escuadra libertadora, 386 y sig., 412, 417, 425, 429, 434, 442 y sig.; proyectos y trabajos para implantar el régimen monárquico en el Perú, según lo dispuesto por San Martín y el Consejo de Estado peruano, 448 y sig., 479; nueva actuación de Cochrane en Guayaquil y en el Callao, 499 y sig., 514, 526, 527, 528, 535, 536, 543; carta del general Luis de la Cruz sobre lo que fué la entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil, 597 a 602, 619 a 630, 636, 639, 655. IV, carta a San Martín, 7, 27; dimisión de, 28; carta de San Martín a, 28; cartas a San Martín, 28 y sig.; en la Magdalena, 32, 33; carta de San Martín a, 78, 86, 88, 94; carta de Guido a, 116; carta de San Martín a, y contestación de, 122; cartas a San Martín, 123, 140; carta de San Martín a, en que éste comenta su situación, 140, 141, 145, 195; carta de San Martín a, 197; carta de San Martín a, en que expone sus apremios económicos, 209, 210; carta de, a San Martín, 210, 211; cartas de San Martín a, 227, 228; carta a San Martín, 228, 229; San Martín escribe a, 236, 237; carta a San Martín, 237, 240, 241; San Martín y, en el ostracismo, 247 a 269; carta de Bolívar a, 248, 249; carta a San Martín y respuesta de éste, 250, 251; cartas a San Martín, 252, 253; carta de San Martín a, 254, 255; calumnias contra, 255; escribe a San Martín, comentando las calumnias de que fué víctima, 256, 257, 258, 259; carta a San Martín, y contestación de éste, 261 a 263; carta a Bulnes, y respuesta de éste, 263, 264; correspondencia con San Martín, 264 a 267; muerte de la madre de, 267; muerte de, 267 y sig., 281 y sig., 292, 293; opinión de San Martín acerca de, 383, 450.
 O'Higgins (Rosa), II, 150 nota, 495.
 Olaberriague y Blanco (Félix), II, 324, 330.
 Olachea (Pedro), I, 105, 107 nota.
 Olaguer Feliú (Manuel), brigadier, II, 41. III, 248, 251, 373.
 Olaguer y Feliú (Antonio), I, 55.
 Olañeta (Pedro Antonio de), general realista. II, 480 nota. III, 72, 74, 188, 195. IV, 45, 46; escribe a San Martín, 297.
 Olavarria (José), teniente de artillería, II, 541.
 Olazábal (Félix de), militar argentino. II, 26, 57, 209 nota. III, 129, 165, 556, 557, 563. IV, 389, 390.
 Olazábal (Manuel de), coronel. I, 581 nota. IV, relato de la llegada de San Martín a Mendoza, 35 a 37; relato de la visita que hizo a San Martín a bordo del *Chichester*, 183, 184, 389, 400, 401, 404 y sig.
 O'Leary (Daniel Florencio), general venezolano, de origen irlandés. III, 567.
 Oliden (Manuel), intendente de Buenos Aires. II, 279.
 Olivares, paso de. II, 12.
 Olivenza, asedio y toma de. I, 95, 96.
 Olmedo, corbeta. III, 543.
 Olmedo (José Joaquín de), poeta y patriota ecuatoriano. III, 94, 95, 495, 496, 531 a 534, 544 y sig., 564, 565, 566, 567 nota, 568, 571, 575, 577. IV, carta de, a San Martín, 9.
 Olmos (Francisco), teniente. III, 556.
 Olmos (Fray Juan Manuel), IV, 83.
 Onís (Luis), diplomático español. III, 29.
 Ontario, corbeta de guerra norteamericana. II, 226, 324, 326, 327, 344.
 Orbegoso (Luis), militar peruano. IV, 68, 69, 257 y sig., 283, 478.
 "Orden del Sol". III, 424 a 428.
 Ordóñez (José), coronel realista. II, 71, 110, 111, 113, 114 nota, 151, 169, 173, 195 nota, 215, 228, 231, 239 a 244; su muerte, 332, 333, 336 nota, 337 a 339, 427, 435, 436 nota.
 O'Reilly (Diego), general irlandés. III, 39, 44, 83, 122, 123, 155, 156, 157, 158, 159; su muerte, 160, 164, 178, 379.
 Orellana (Antonio Rodrigo), obispo de Córdoba. I, 167, 469.
 Orellano (Antonio), I, 179.
 Oribe, IV, 343, 344.
 Orihuela (fray José Francisco), obispo de Cusco. III, 289.
 Ormos (Antonio), II, 334.
 Oro (Francisco Domingo), II, 146, 517.
 Orpheus, fragata de guerra inglesa. II, 275.
 Ors, II, 357 nota.
 Ortega, teniente coronel realista. III, 235.
 Ortiz (D. F.), oficial español. III, 179.
 Ortiz (Gregorio), procurador síndico. I, 475, 479, 480.
 Ortiz (Javier), comandante. III, 166.
 Ortiz (Pedro), IV, 147.
 Ortiz Cevallos (Ignacio), sacerdote. III, 8.
 Ortiz de Ocampo (Francisco), comandante de arribeños. I, 167, 188, 189.
 Ortiz de Ocampo (Juan Antonio), coronel. II, 374.
 Ortiz Pereira, IV, 522.
 Osorio (Juan Bautista), general realista. III, 11, 15, 71.
 Osorio (Mariano), general realista. I, 292, 305, 309 a 312, 322, 331, 338, 339, 348, 383, 387, 398 a 403, 488 a 492, 502, 507, 514, 515, 532, 574. II, entra triunfalmente en Santiago de Chile, 6, 153, 154, 194 a 197, 200 nota, 207, 209, 211, 213, 214, 222, 227, 228, 230 a 232, 238 a 240, 243 a 245, 249, 251, 253 nota, 254, 259, 261, 268, 270, 271, 278, 279, 283, 284, 295 nota, 317, 324, 327, 345 a 347, 349, 367, 374, 377, 379, 404, 503.
 Otarela, II, 91.
 Otermin (Agustín), coronel español. III, 166, 178, 179.
 Otero (Miguel), III, 9, 45.
 Otorqueuz u Otorgués, I, 254, 340, 365, 371. II, 78 nota.
 Ouseley, IV, 344.
 Ovalle (Cipriano), II, 532, 533 nota.
 Ovalle (José Vicente), II, 573 nota.
 Ovalle (Juan), I, 261, 263, 264.

Ovalle (Luis), teniente segundo. I, 541.
Ovalle (Manuel). II, 132 nota.
Ovalle (Pedro). I, 503.

P

Pacto Federal. II, 521.
Pacheco (Ángel), capitán. I, 201. II, 25, 50, 81, 82, 96.
Pacheco (José Manuel), escribano. IV, 90, 175, 231.
Padilla (Manuel Aniceto). IV, 250, 251.
Páez (L.). I, 521.
Páez (José Antonio), general venezolano. II, 431.
Faillardelle (Enrique), teniente coronel. I, 226. II, 13.
Paine, desfiladero del. I, 310, 311.
Pajares (Tomás), escribano. I, 45, 46 nota.
Pajares (Ursula). I, 45 nota.
Palacios (marqués de). I, 130, 138.
Palacios (Fidel). IV, 512.
Palacios (José María). I, 502.
Palacios (Mariano), comandante político y militar de San Felipe. II, 38.
Palafox (José de), general español. I, 125, 128, 152, 154, 157.
Palezuolos (Pedro). III, 524.
Palma (Ricardo). IV, 398, 410, 411, 462, 488.
Palmerston, lord. II, 341.
Palomeque (Alberto). I, 387.
Paraguari. I, 170.
Paraná, río. I, 169.
Pardo (Antonio), coronel español. III, 173.
Pardo (Pascual). I, 490.
Pardo Figueroa, general. I, 89.
Paredes (José Gregorio), geógrafo y matemático. III, 9, 429.
Paredes (Joaquín), presbítero. III, 45, 430, 432.
Paredes de Nava. I, 43.
Pareja (Antonio), general realista. I, 288. II, 150, 404. III, fiscal de la Audiencia de Lima, 379.
Paris, tratado de. I, 27.
Parish Robertson (Juan). III, 463.
Paroissien (Diego), médico, militar y diplomático argentino. I, 531 nota, 583. II, 53, 67 nota, 123, 219, 221, 242 nota, 249, 371, 373 nota, 536, 549, 552. III, 71, 363, 391 y sig., 425, 429, 440, 449 a 463, 500, 501, 510. IV, 113.
Paroissien (José), coronel. III, 214, 215, 216, 219, 235.
Parra y Berdenotón (David). I, 261.
Paso (Juan José), triunviro. I, 168, 173, 189, 192, 197, 198, 307, 322 nota, 524.
Patós, paso de los. II, 9, 10, 12 a 16, 19.
Patria, bergantín de guerra. II, 278.
Paula Otero (Francisco de), militar. III, 42, 154, 174, 318, 331, 488, 489.
Paula Quirós (Francisco de). II, 193.
Paula Santander (Francisco de). IV, 214.
Pavageau (J.), comerciante de Cartagena. III, 592.
Pavón (Pedro), sacerdote. III, 307.
Paz (José María), militar argentino. I, 229 nota, 231 nota, 251. II, 480 nota, 504, 505, 509 nota, 511. IV, 127, 206, 230; captura de, 231.
Paz Castillo (Juan), general. II, 451, 542, 552. III, 659 nota. IV, 13, 14, 38 y sig.; intransigencia de, 40 y sig., 49, 50, 55, 94, 95.
Paz Soldán (Mariano Felipe), escritor e historiador peruano. III, 60, 442, 443, 527, 528, 547, 558 nota. IV, escribe acerca de San Martín, 615, 616.
Pedernera (Juan Esteban), militar argentino. I, 521. IV, 231.
Pedro (Narciso de), mariscal de campo español. I, 103.
Peinado (Jerónimo), mariscal de campo español. I, 103.
Pellegrini (Carlos), político argentino. IV, 557.
Peña (Joaquín de la). I, 36, 39.
Peña (Manuel de la). I, 103.
Peñaranda (Julian de). III, 13.

Pera (fray Francisco), religioso dominico. I, 68, 69, 160.
Percy. I, 371.
Perdriel, acción del caserio de. I, 427.
Perdriel (Gregorio Ignacio), coronel. I, 347, 351 a 360.
Pereda (Bartolomé), teniente de caballería. I, 69.
Pereira (Felipe). I, 582 nota.
Pereira (Gabriel A.). IV, 185 y sig.; San Martín se despide de, 201, 202.
Pereira (Luis), emisario español. IV, 74, 75.
Pereira (Luis José), comandante. I, 373 nota.
Pérez (Bartolomé), sargento. I, 35.
Pérez (Domingo). I, 491.
Pérez (Francisco Antonio), senador chileno. I, 531 nota. II, 432.
Pérez (José), presbítero. I, 84.
Pérez (José), ministro de Gobierno del triunvirato. I, 168.
Pérez (José Gabriel), secretario de Bolívar. III, 570, 588, 602 a 606, 612, 613, 617.
Pérez (José Joaquín), político y diplomático chileno. II, 41 nota. III, 608. IV, 238.
Pérez (Luis), teniente coronel. I, 521. III, 574. IV, 35, 101.
Pérez (Pedro Fabiano). I, 525.
Pérez de la Rosa (Fray Joaquín). I, 35.
Pérez de Urdinenea (José María), Véase Urdinenea (José María Pérez de).
Pérez Medina. IV, 527.
Pérez Rosales (Vicente). II, 129.
Pérez Villamil (Juan). I, 139 nota.
Pérez y Almendáriz, obispo de Cusco. III, 14.
Pérez y García (José Santiago), sargento mayor. II, 373 nota.
Perla, fragata. II, 276, 278, 551, 591. III, 401.
Perú, Cuestión pendiente con Colombia. IV, 13 y sig.; acontecimientos, después de la partida de San Martín, 37 y sig.; contestación del gobierno del, a San Martín, 80.
Peruana, fragata. II, 551, 591. III, 401.
Pezuela, bergantín realista. II, 170, 175, 350. III, 335.
Pezuela (Angela Cevallos de). III, 187.
Pezuela (Joaquín de la), virrey del Perú. I, 123, 217, 233, 234, 237, 243, 244, 247, 249, 340, 342, 346, 380, 383, 387, 399, 400, 403, 404, 414, 441, 443, 450, 492, 513, 544. II, 61, 78, 96, 162, 163 nota, 269, 191, 193, 194, 195 nota, 197, 243, 250 a 252, 261, 321 a 331, 336 nota, 344, 345, 349, 362, 440, 462, 516, 553 nota, 554, 564, 567 nota, 568, 569. III, 11, 15, 39 y sig.; la conferencia de Miraflores, entre los delegados de Pezuela y los de San Martín, 41, 50, 55 a 58; fracaso de la conferencia, 59; panfleto contra San Martín y sus delegados, 59, 60; manifiesto de San Martín sobre la conferencia y la actuación de sus representantes, 61 a 65; intercambio epistolar con San Martín sobre diversos asuntos, 60 a 71; plan de Pezuela para atraerse la adhesión de los patriotas durante la conferencia de Miraflores, 71, 72; oficio e instrucciones al general Ramírez, 72 a 77; carta al conde de Casa Flores sobre lo tratado en Miraflores, 77, 78, 83 a 85; entrevista del general Vacaro, parlamentario de Pezuela, con San Martín, 85, 86; represalias contra criollos y extranjeros, 110; San Martín se queja a Pezuela de que las fomenta y le pide reciprocidad en el buen trato para con los prisioneros, 111 a 116, 119, 123, 129 y sig.; carta de Pezuela al embajador español en Londres, en la que habla de la crítica situación en que se halla el Perú, 131 a 134; respuesta de San Martín a un oficio de Pezuela, 137 a 139; medidas adoptadas ante el avance de Arenales, 154 y sig., 162; organiza la defensa de Lima amenazada por las fuerzas de San Martín, 163, 165 y sig., 175 y sig.; conspiración de Aznapuquio contra Pezuela, 177 y sig.; su dimisión y nombramiento de La Serna para sucederle como virrey, 179 a 182, 187 nota, 377 y sig., 379, 383, 668, 670, 672.

- Picarte (Ramón), teniente. I, 489, 541.
 Pico (Francisco). III, 523.
 Picoaga (Francisco), general. III, 15.
 Picheira, II, 211.
 Pichincha, batalla de. III, 556 a 558.
 Piera (Francisco), administrador de Candelaria. I, 37, 40.
 Pinto (Francisco Antonio), militar chileno. I, 279, 302, II, 553. III, 333, 427, 438 y sig. IV, 48, 249.
 Pinto (Manuel Antonio). IV, 332, 333.
 Pinto (Manuel Guillermo). I, 188.
 Pintos (José). III, 160.
 Piñeiro (Francisco). III, 138.
 Piñón (Francisco María), escribano. I, 56.
 Pío IX, papa. III, 459.
 Piquero (José). II, 41.
 Pirán, I, 73 nota.
 Pittsburg, goleta de guerra norteamericana. II, 360.
 Pizarro (Antonio). I, 521.
 Pizarro (Francisco), capitán y conquistador español. III, 7, 484. IV, los restos de San Martín y el estandarte de, 476 a 494; entrega del estandarte de, al representante del Perú, 483 y sig.
 Planchón, paso del. II, 9, 13.
 Plata (Fernando, marqués de la), vocal de la Junta Gubernativa de Santiago de Chile. I, 266, 271, 272.
 Plaza (Hilarión). I, 521.
 Plaza (José Ignacio), subteniente. II, 542.
 Plaza (José María), capitán. I, 521. III, 316.
 Plaza (Pedro Regalado de la), comandante de artillería. I, 517, 518, 530, 531, 533, 534, II, 15, 26, 53, 67 nota, 239, 248, 456 nota.
 Poinsett, I, 302, 303.
 Polignac (príncipe de), embajador de Francia en Londres. IV, 109.
 Ponce de León (Escolástica). I, 374 nota.
 Ponsomby, lord, diplomático inglés. IV, 128, 185.
 Pontecilla, coronel. II, 242 nota.
 Pontor, diplomático de Francia en Río de Janeiro. IV, nota de, 176, 177.
 Porras (Permin). II, 23.
 Portales, I, 283. IV, 260 y sig.
 Portela (Ireneo). III, 523.
 Portillo, paso del. II, 9.
 Portocarrero (Mariano), militar peruano. III, 313, 315. IV, diplomático ante el gobierno de Colombia, 55, 56, 68 y sig.
 Porto Carrero (Trinidad), militar venezolano. III, 24.
 Porto y Mariño (José de). I, 521.
 Portus (José María), coronel. II, 15, 23, 38.
 Posadas (Gervasio Antonio de), político argentino. I, 223, 238 a 244, 249, 251 a 255, 303, 316, 321; presenta su renuncia de director supremo del Estado, 345, 365, 426, 436, 474.
 Posadas (Sofía). IV, 576.
 Posolo, comandante. IV, 187.
 Postigo (Carlos), capitán de navío. III, 641. IV, 68.
 Potrerillos, combate de los. II, 19 a 21.
 Potrillo, bergantín. II, 175, 394, 573, 591. III, 380, 413.
 Pourteau (Domingo). I, 208.
 Pozo (José del), mariscal de campo español. I, 103.
 Pradère (Juan), director del museo histórico de Buenos Aires. I, 65 a 67, 71.
 Prado (Pedro). I, 283. II, 67 nota.
 Prats, II, 164.
 Prats de Huysi (Dolores). I, 581 nota.
 Prevost, IV, agente diplomático de los Estados Unidos, en Santiago de Chile; carta a Quincy Adams, 8; comunicaciones de, al gobierno de su país, acerca de San Martín, 8, 9.
 Price (Ricardo). II, 128.
 Prieto (Francisco de Paula). II, 431 a 433.
 Prieto (Joaquín), general, presidente de Chile. II, 200 nota, 563. IV, 250, 254, 261, 292; correspondencia con San Martín, 329 y sig.
 Prieto (Joaquín, hijo). IV, 330.
 Prieto (José). II, 431, 432, 501.
 Prieto (Juan Francisco). II, 431, 432, 451, 501 nota.
 Primo de Rivera (Joaquín, general realista. II, 213, 228, 231, 240, 243, 244, 328; su muerte, 332, 333, 336 nota, 337, 427.
 Pringles (Juan Pascual), militar argentino. I, 521. II, 338 nota. III, 120 a 122, 188.
 Protector, fragata. III, 499, 566, 567, 577, 580, 602, 641.
 Provincias Argentinas, y la guerra con el imperio del Brasil. IV, 125 y sig., 173.
 Prueba, fragata española. II, 568. III, 107, 133, 164, 170, 210, 380, 414, 494, 495, 498, 527, 528, 558, 566, 567.
 Prunier (Guillermo). III, 641.
 Pruvonena, seudónimo de José de la Riva Agüero. IV, 616, 617.
 Pueyrredón, bergantín de guerra. II, 278, 403, 561, 563 nota, 569, 592 nota. III, 159, 380, 413.
 Pueyrredón (Alejandro). II, 122, 123.
 Pueyrredón (Juan Martín de), general y político argentino. I, 206, 308; presidente de la Audiencia de Charcas, 168; jefe del ejército del Alto Perú, 168; triunfiro, 168, 188 a 192, 196, 392; director supremo, 412 a 424, 426 a 434, 436, 442, 444 a 451, 453, 455, 457, 477, 481 a 484, 537, 538, 544, 560, 569, 571, 582, 585 a 587, 590. II, 16 nota, 18, 70, 75, 79 a 81, 85, 94 a 102, 104 a 109, 167, 176, 180, 181, 228, 256, 257, 276, 277, 280, 284, 288 a 297, 300, 312, 337, 351, 352, 358, 359, 375, 385, 387, 389 a 392, 407 a 409, 418, 439, 448, 452, 453, 454 nota, 455 a 458, 464 nota, 502, 504 nota; renuncia al directorio, 509, 532, 530 nota, 597. III, 302. IV, 152.
 Pueyrredón (Honorio), diplomático argentino. IV, discurso de, al inaugurarse la estatua de San Martín, en Washington, 524, 525.
 Pueyrredón (Manuel Alejandro), capitán. IV, visita a San Martín en Montevideo, 187, 188, 198.
 Pueyrredón (Manuel de), coronel. I, 73 nota, 581 nota.
 Puga (Juan de Dios), coronel. II, 373 nota.
 Puig (José María). I, 139.
 Pumacahua, indio peruano. III, 14; su muerte, 15, 19.
 Purwis (Juan), médico. I, 250.

Q

- Quechereguas, acción de. I, 301, 302, 576. II, 213.
 Quesada (Ernesto), publicista argentino. Causales del ostracismo de San Martín, según. IV, 100 y sig.
 Quesada (Juan José de), teniente coronel. II, 542, 552.
 Quesada (Vicente). III, 574.
 Quevedo (Pedro), obispo de Orense. I, 139 nota.
 Quincy Adams (James). II, 108.
 Quimper (marqués del). III, 33, 34, 39, 45, 82, 146, 147, 148, 150, 178.
 Quintana (Hilarión de la), militar argentino. II, 26, 52, 67 nota; director interino de Chile, 114 a 116, 123, 132, 133, 159, 163, 165, 167, 169, 171, 172, 214 a 216, 218, 220, 239, 240, 244, 247, 248, 261, 373, 456 nota, 509, 520, 522 nota. IV, 93, 134.
 Quintana (José Ignacio de la). I, 167 nota.
 Quintana (Manuel). IV, 540, 544.
 Quintana (María). II, 126.
 Quintana (Nicolás de la). I, 167 nota.
 Quintana (Teresa de la), suegra del Libertador. I, 184. IV, 241.
 Quintanilla (Antonio de), general realista. I, 294. II, 46, 47 nota. IV, 153.
 Quintanilla (María del Carmen). IV, 91.
 Quiroga (Juan Facundo), militar y caudillo argentino. I, 521. II, 339. III, 199. IV, 230 y sig.; asesinado de, 232.
 Quiroga (Macaspico de), teniente. II, 13 nota.
 Quiroga (Pedro Manuel de). I, 29.

R

- Rabaud (Andrés), oficial realista. II, 231.
 Racine (Manuel). III, 379.
 Ramada, paso de la. II, 9.
 Ramallo (Nicasio), comandante. II, 58, 541.
 Rambler, bergantín. II, 175.
 Ramírez (Ceferino), militar. IV, 550.
 Ramírez (Francisco), sacerdote. II, 141, 143.
 Ramírez (Francisco), caudillo entrerriano. II, 455, 510, 520, 521, 522 nota, 524, 525, 595 nota.
 Ramírez (Juan), general realista. II, 536, III, 15; las guerrillas de Güemes, 72; carta de Pezuela a Ramírez, 72 a 77, 145, 165, 169, 170, 177, 255, 312 y sig., 378 y sig.
 Ramírez (Juan Pablo). I, 502 a 504.
 Ramírez (Luis), capitán de infantería. I, 37, 69.
 Ramírez (Mateo), comandante. III, 166, 179.
 Ramírez (Pablo). I, 495.
 Ramírez (Pedro Antonio), teniente. I, 541, II, 542.
 Ramírez de Arellano (Lino), capitán. I, 552, II, 169, 373 nota.
 Ramírez de Arellano (Rafael), abogado y patriota peruano. III, 14, 630.
 Ramiro (Joaquín), subteniente. II, 518 nota.
 Ramos (Antonio), sargento español. I, 115.
 Ramos (Pedro), teniente. II, 541.
 Ramos Mejía (Hildefonso), gobernador de la provincia de Buenos Aires. II, 586.
 Rancagua, batalla de. I, 259, 310 a 314, 322, 532, II, 6, 9, 153 a 155, 539 a 546.
 Ratisbona (María Teodoro de), religioso. IV, 432, 433.
 Rauch, coronel. IV, 175.
 Raulet (Pedro), capitán francés. III, 92, 202, 235, 336, 472, 653.
 Raverot (Alfonso), subteniente. II, 364.
 Rawson (Aman), médico. I, 250.
 Rawson (Franklin). I, 250.
 Rawson (Guillermo). I, 250.
 Rea, teniente. II, 175.
 Rea (D. N. la), inquisidor. III, 379.
 Real Asúa (Antonio). III, 262.
 Real Gallego. I, 527.
 Reaño. I, 521.
 Recabarren (Bruno), subteniente. I, 521, 541, 560.
 Recabarren (Manuel), intendente de Santiago. II, 114, 171. Gobernador de Huamanga. III, 151. IV, 508.
 Recuero (Casimiro). I, 521.
 Redhead (José), IV, brindis de, en honor de San Martín, 154, 155.
 Reding, general español. I, 118.
 Regenal (Antonio), capitán. I, 343.
 Reina (Francisco Javier de), coronel, vocal de la Junta Gubernativa de Santiago de Chile. I, 266, 271, 276.
 Reinafé. IV, 232.
 Reina María Isabel, fragata de guerra. II, 331, 404, 405, 463.
 Renard (Carlos), subteniente. II, 364.
 Renneval, barón de. II, 411.
 Requena (Cayetano), capellán mayor. II, 552, 553 nota, III, 425, 429. IV, carta a San Martín, 21, 42.
 Resolución, corbeta de guerra española. III, 340.
 Revista del Paraná, publicación argentina. III, 614.
 Rey, teniente español. I, 31, 105.
 Rey de Castro (Carlos). IV, 518.
 Reyes (Andrés), sargento mayor. III, 92, 93.
 Reyes (Luis Toribio), militar. IV, 401.
 Ribadeneira (José de), general. IV, 97; amistad de San Martín con, 218 y sig.; carta de San Martín a, 224, 225; contestación de, a San Martín, 225, 226.
 Ricafort (Mariano), general español. III, 76, 122, 148, 155, 168, 169, 170; derrota de Aldao y Bermúdez en Huancayo, 173 y sig., 198 a 200, 202; el sitio del Callao, 337 y sig., 379, 664, 666.
 Ricardos, general español. I, 92, 112, 138.
 Ricavarrí, subteniente. II, 55.
 Rico (Gaspar), presidente de la Audiencia de Lima. III, 135, 218, 253.
 Riego y Núñez (Rafael de), general español. II, 452 nota.
 Riesco (José María), subteniente realista. II, 334, 335.
 Riestra (Roberto de la). II, 556 nota.
 Riglos (José). IV, 145, 146.
 Riglos (Miguel de). II, 546, 547, 548 nota.
 Río (Hildefonso del). I, 379 nota.
 Río Bamba, combate de. III, 555, 556.
 Río de la Plata, virreinato del. I, 164, 165.
 Ríos (Javier), capitán chileno de granaderos. I, 222, 331.
 Riquelme (Isabel). II, 140, 150 nota.
 Riquelme (Simón). II, 140.
 Riva Agüero (José de la), militar y político peruano. III, su manifiesto de 1816, 9 a 12, 23, 43; intendente de Lima, designado por San Martín, 295, 297, 300 (nota sobre Monteaugudo), 351, 430, 530 nota, 592, 621; el movimiento subversivo que depuso a Monteaugudo en el Perú, 631 y sig.; doblez de Riva Agüero, probada por su carta a Jorge Canning, 632, 633; el asesinato de Monteaugudo, 637, 638. IV, 44; ambiciones y política de, 50, 51; carta a San Martín, 51, 54; mariscal y presidente del Perú, 55; carta a Bolívar, 55, 56; exonerado de sus funciones presidenciales, 58; proceder de, con respecto al Congreso de Lima, 58; declarado por éste reo de alta traición, 58; carta de, a San Martín, 60, 61; contestación de San Martín a, 61, 62; carta de, a Bolívar, tratando de congraciarse con éste, 63; proyectos de, 63; carta de La Serna a, 64; carta de Bolívar a, 64, 65; condiciones de, para su abdicación, 65; embarcado en la goleta *Delphin*, en viaje a Norteamérica, 66, 67, 68 y sig.; informe de Vázquez, acerca de, 123, 124; con el seudónimo de Pruvonena, 616, 617.
 Rivadavia (Bernardino), estadista argentino. I, 168, 182, 188, 317 nota, 365 a 368, 383, 385, 386, 389. II, 288 nota, 357 nota, 386, 407, 409, 411. III, 301 (nota sobre B. Monteaugudo), 454 y sig., 462, 516, 518, 522 a 526; juicio de San Martín sobre Rivadavia, 524, 525. IV, nota de Urdinenea a, 23, 24; decreto de, 44; y los emisarios españoles, 74, 75 y sig.; y San Martín, 76 y sig., 128, 136, 137; renuncia de, 136, 173, 196, 197.
 Riva Herrera, capitán. I, 30, 61, 62.
 Rivera (José Fructuoso), general uruguayo. I, 73 nota, II, 78 nota. IV, 187 y sig.; disidencia entre, y Lavalleja, 198 y sig.; carta a San Martín y contestación de éste, 200, 201, 343, 344.
 Rivera (José María), capitán de granaderos. IV, 405.
 Rivera (Juan de Dios), comandante. I, 541, II, 229, 234, 240, 248, 273 nota.
 Rivero (Felipe), comandante realista. III, 312.
 Rivero (Juan de Dios), capitán realista. III, 251.
 Riveros (José María), capitán. II, 332.
 Robertson (Juan P.). I, 201 a 204, 209.
 Robinson, marino. II, 336 nota. III, 641.
 Robla (Luis de la), militar español. IV, 74, 75.
 Roble, combate del. I, 295.
 Roca (Bernardo). III, 568.
 Roca (Francisco). III, 531, 544, 545, 568, 571, 577. IV, carta a San Martín, 12.
 Roca (Julio A.). IV, 519.
 Roca (Pedro). III, 542.
 Rocamora. I, 170.
 Roche (Antonio de la), capitán. II, 364.
 Rodil (José Ramón), coronel español. II, 243, III, 166, 179. IV, 45.
 Ródney (César Augusto), estadista norteamericano. IV, 95.
 Rodinzoni (José), sargento mayor. I, 215.
 Rodó (José Enrique), escritor uruguayo. III, 618, 619. IV, 618.
 Rodríguez (Alejandro). I, 199.
 Rodríguez (Ambrosio). II, 533 nota.
 Rodríguez (Antonio), teniente segundo. II, 518 nota.

- Rodríguez (Carlos). IV, 255.
 Rodríguez (fray Cayetano). IV, 564.
 Rodríguez (Ernesto), militar. IV, 517.
 Rodríguez (Félix). II, 140, 150 nota.
 Rodríguez (Gregorio). I, 377, 379 nota, 387. II, 56 nota.
 Rodríguez (José), subteniente de infantería. I, 69.
 Rodríguez (Juan Esteban). I, 208, 521.
 Rodríguez (Manuel), agente secreto de San Martín en Chile. I, 495 a 502. II, 13, 52, 96, 149, 163 a 165, 170, 172, 174, 209, 221, 223, 224, 314 a 319.
 Rodríguez (Manuel), caudillo chileno. III, 302.
 Rodríguez (Marco). II, 150 nota.
 Rodríguez (Martín), general argentino. I, 344. III, 193, 511 a 513. IV, 126, 164.
 Rodríguez (Ramón), militar. IV, 345.
 Rodríguez (Vicente), sacerdote. I, 46.
 Rodríguez Cisneros (Juan), presbítero. I, 51.
 Rodríguez de Arias (José), brigadier español. III, 69, 209, 212.
 Rodríguez de Mendoza (Toribio), sacerdote y educador peruano. III, 8, 482.
 Rodríguez Peña (Juan). II, 546.
 Rodríguez Peña (Nicolás), militar argentino. I, 79 nota. Triunviro. I, 189, 192, 213, 240, 246, 248, 371, 436. II, 502. IV, carta a San Martín, 51, 104.
 Rodríguez Riquelme (Rosa). II, 150 nota.
 Rodríguez Velasco (Luis). IV, 512.
 Rodríguez y Rivas (Ignacio). I, 139 nota.
 Roger (Aimé). IV, 337, 338.
 Rojas (Agustina). II, 150 nota.
 Rojas (Juan Ramón), composiciones poéticas de, a San Martín. IV, 561, 562.
 Rojas (Manuel), coronel argentino. II, 552. III, 145, 146, 148, 151, 153, 155, 156, 542, 568, 569, 571, 577, 580. IV, 97, 98.
 Rojas (Paulino), teniente. III, 93, 146.
 Rojas (Ricardo). III, 300 (nota sobre B. Monteagudo).
 Rojo (Tadeo). I, 250.
 Roldán, actor. III, 111.
 Roldán (Belisario), poeta y orador argentino. discurso de, al inaugurarse la estatua de San Martín en Boulogne-sur-Mer. IV, 522, 523.
 Romairone, escultor. IV, 517, 544.
 Román (Ramón). III, 379.
 Romana (marqués de la), general español. I, 126.
 Romarate, marino realista. I, 174, 244, 254.
 Romero (Esteban). I, 167 nota.
 Rondeau (José), general argentino. I, 176, 226, 246, 250 a 256, 343 a 345, 365, 368, 380, 388, 391 nota, 395, 396, 403, 419, 444, 474, 536, 537, 595. II, 204; intendente de Buenos Aires, 279; director supremo. 418, 423, 468, 473 a 478, 486 a 490, 492, 493, 509, 520, 548 nota, 572, 594. IV, 84, 186, 201, 205.
 Rondissoni. II, 234.
 Rosa, fragata de guerra. II, 278.
 Rosa (Hermenegildo de la), notario. I, 51; secretario de cámara del obispo de Buenos Aires, 68, 69.
 Rosa (José Ignacio de la), gobernador de San Juan. I, 464, 519, 520; es destituido, II, 513, 518.
 Rosales (F.). I, 71 nota.
 Rosales (Javier), diplomático chileno. IV, 452, 453, 456, 457, 498.
 Rosales (Juan Enrique), vocal de la Junta Gubernativa de Santiago de Chile. I, 266, 271, 279. II, 126, 128.
 Rosales del Solar (Mercedes). II, 127.
 Rosas (José María), senador chileno. II, 432, 582.
 Rosas (Juan Manuel de), gobernador y general argentino. I, 386, II, 209, 556 nota, 589. IV, 175, 230 y sig.; gobernador de Buenos Aires, 232, 260, 337; carta de San Martín a, y respuesta de, 338 a 340; cartas de San Martín a, 340 a 342, 346, 349, 353, 354; respuesta de San Martín a los detractores de, 358; carta de San Martín a, y contestación de, 359; San Martín escribe a, 416; correspondencia con San Martín, 426 a 430, 435, 461, 468, 469, 473 y sig., 496.
 Rosas y Briones (Pedro), regidor. III, 483, 484.
 Roull, coronel. I, 566.
 Roussin, almirante. IV, 188.
 Roza (José Ignacio de la). III, 226; la conferencia de Miraflores, 247 y sig., 340 y sig., 349.
 Roza (Pedro de la). I, 521.
 Rozas (José Antonio). I, 263, 264, 271.
 Rozas (Juan Manuel de). I, 582 nota. Véase Rosas (Juan Manuel de).
 Rozas (Juan Martínez de). Véase Martínez de Rozas (Juan).
 Rubistondo (Vicente). II, 533 nota.
 Ruiz (Domingo), escribano. I, 57.
 Ruiz (Juan). I, 46.
 Ruiz (Rafael). I, 199, 210.
 Ruiz de Apodaca (Juan), marino español. I, 103.
 Ruiz Moreno (Martín). IV, 534.
 Ruiz Ordóñez (Juan), teniente realista. II, 334 a 339.
 Ruiz Tagle (Francisco), gobernador interino de Santiago. II, 66, 68.

S

- Saavedra (Cornelio de), militar argentino. I, 167 nota. III, 300 (nota sobre B. Monteagudo).
 Saavedra (Francisco de), presidente de la junta de Sevilla. I, 121; consejero de Estado, 139 nota.
 Saavedra (Ramón). I, 208.
 Sáenz, regidor de Buenos Aires. II, 284; diputado, 412, 413.
 Sáenz de Quintanilla (María del Carmen). I, 378.
 Sáez (Antonio). I, 465.
 Sáez (Pedro Francisco). I, 340.
 Salas (Carlos), bibliógrafo argentino. III, 301 (nota sobre B. Monteagudo).
 Salas (Francisco), militar. I, 502, 504. II, 518 nota.
 Salas (Juan José). III, 145, 150.
 Salas (Manuel). II, 533 nota.
 Salas (Perfecto). I, 260.
 Salas y Corvalán (Manuel de). I, 260, 261 nota, 262.
 Salazar (Andrés). III, 437.
 Salazar (Francisco), general peruano. III, 495, 496, 542, 544 y sig., 566 a 573, 577, 580, 582, 592.
 Salazar (Manuel, conde de Vista Florida). III, 429. IV, 37.
 Saldía, sacerdote peruano. III, 8.
 Salgado (Manuel). III, 379.
 Salinas (Juan Hipólito de), escribano. I, 56; secretario de Bolívar, 317.
 Salom (Bartolomé), general venezolano. III, 567, 568, 579.
 Salomón (María del Rosario). I, 581 nota.
 Salta, batalla de. I, 216, 287.
 Salvador (Dámaso), capitán del ejército realista. II, 333.
 Salvador (Luis), sargento mayor. I, 518 nota.
 Salvadores, capitán. II, 44, 51, 56, 382.
 Salvaje, bergantín. I, 164, 169, 175.
 Samper (Antonio), mariscal de campo español. I, 145 nota.
 San Alberto (fray Antonio de). I, 584 nota. II, 552.
 San Antonio, fragata portuguesa. III, 186.
 San Bruno (Vicente), capitán realista. I, 491, 503. II, 66.
 San Carlos (duque de), embajador español en Londres. I, 289. II, 269, 357 nota.
 San Carlos, combate de. II, 150.
 Sánchez (Modesto Antonio), teniente coronel argentino. II, 373 nota. III, 563.
 Sánchez (Gregorio), capitán. III, 542.
 Sánchez (José Santiago), coronel. I, 541. II, 432, 553. III, 429, 439.
 Sánchez (Juan Francisco), general realista. I, 289, 294, 298, 493, 501, 502. II, 30, 244 nota,

278, 379, 380, 382, 383, 405, III, gobernador del Callao, 107.
 Sánchez (Roque), I, 30.
 Sánchez Carrión, IV, 244.
 Sánchez Franco (Francisco), administrador de Yapeyú, I, 36, 37.
 Sanchez Rangel (fray Hipólito), obispo de Maynas, III, 285, 286.
 San Fernando, fragata realista, II, 278, 465.
 Sanfuentes (Salvador), IV, 497.
 San Ildefonso, tratado de, I, 93 a 95.
 San Lorenzo, combate de, I, 198 a 212, 287, II, armisticio de, 447.
 Sanmados (Felipe), I, 521.
 San Martín, navio de guerra, antes *Cumberland*, II, 397, 403 a 405, 463, 561, 562, 563, 564 nota, 568, 591, 592, III, 133, 195, 197, 311, 339, 412.
 San Martín (Andrés de), abuelo del Libertador, I, 2.
 San Martín (José Francisco de), general y prócer argentino, I, fecha de su nacimiento, 64 a 77; viaje a España, 79; su ingreso en el Seminario de Nobles de Madrid, 80; cadete en el regimiento de Murcia, 90; su bautismo de fuego, 91, 92; se bate contra los ingleses a bordo de *La Dorotea*, 94; infórmase de la muerte de su padre, 94; lucha contra Portugal, 96; cuando San Martín partió de Cádiz para la guerra contra Portugal, encontrábase en dicha ciudad O'Higgins, futuro director de Chile, 96; en viaje de Valladolid a Salamanca es asaltado y herido gravemente, 97 a 99; nuevos ascensos, 99; su comportamiento durante la epidemia de peste en Cádiz, 99; San Martín durante el período que siguió a Trafalgar, 100; se ve envuelto en un motín en Cádiz, 105 a 109; pasa a Sevilla, 106; la campaña napoleónica en Andalucía, 110; instructor de reclutas en Jaén, 111; derrota a una avanzada francesa en el combate de Arjonilla, 114 a 117; es ascendido por este triunfo, 116; su actuación en la cuesta del Madero, 117; interviene en la batalla de Bailén, 118 a 123; nuevo ascenso, y otorgamiento de una medalla, 121; certificado que le entregó Coupligny, 123; entrada de los vencedores de Bailén, entre los que se cuenta San Martín, en Madrid, 124, 125; supuesta anécdota de Napoleón y San Martín, 126, 127; la batalla de Tudela, 128; por razones de salud se le concede un descanso y se le destina a la junta militar de Inspección, 129; solicita incorporarse al ejército de Cataluña, bajo las órdenes de Coupligny, 129; es nombrado ayudante de Coupligny en el ejército de Andalucía, 131; en la batalla de Albuera, 132, 133; nuevo ascenso, 132, 133; solicita trasladarse a Lima, 133; verdaderos motivos de dicha solicitud, 135 a 137; carta al presidente del Perú, 137; San Martín llegaría a Lima como capitán de los Andes, no como teniente coronel español, 137, 138; creyó el gobierno de la Regencia en la sinceridad del petitorio de San Martín?, 138 a 140; los hermanos del Libertador, 141 a 161; San Martín parte de la Península para Londres, 178; criollos con quienes se encuentra en Londres, 178; de Londres para Buenos Aires, 179; su llegada al Plata, 179; es nombrado teniente coronel del ejército patriota y comandante del regimiento de Granaderos a caballo, a organizarse, 180; organiza su regimiento, 180 a 184; San Martín en el plano directivo de la Revolución, 184; su matrimonio, 184; la logia Lautaro, 185; su participación en la revolución del 8 de octubre de 1812, 188 a 190; incidente con Pueyrredón, 190 a 192; el Capitán de los Andes, 193; se encarga de la defensa de Buenos Aires, 196, 197; derrota a los realistas en el combate de San Lorenzo, 198 a 212; Cabral y Baigorria le salvan la vida en dicho combate, 206; repercusión de la victoria de San Lorenzo, 206; divergencias entre San Martín y Alvear,

214 a 220; renuncia al comando de las fuerzas que defendían a la capital, 215, 216; su amistad con Belgrano, 216; substituye a éste en el ejército del Norte, 218 a 223; proclama de San Martín al ejército del Norte, 223; lo reglamenta y disciplina, 223 a 226; se opone a la separación de Belgrano, 227, 228; para pagar los gastos del ejército se incauta de caudales del gobierno, 237 a 240; correspondencia con Posadas, 238 a 254; se muestra contrario a la substitución del Triunvirato por el Directorio, 240, 241; renuncia al comando del ejército del Norte, 246 a 251; sus planes para la victoria final, 246, 247; San Martín enfermo, 248 a 250; San Martín y Bolívar, según Mackenna, 256, 257; plan de campaña de San Martín comparado con el de Vera y Pintado, 291, 292; San Martín ante el desastre de Rancagua, 313, 314; es designado gobernador intendente de Cuyo, 316; se hace cargo del gobierno de Cuyo, 320, 321; conducta de San Martín para con los emigrados chilenos que pasan a Mendoza después del desastre de Rancagua, 322, 324; su actitud ante las intemperancias de los Carreras, 325 a 337; alienta a los defensores de Coquimbo, 338 a 342; Alvear designa a Perdríel para que substituya a San Martín en el gobierno de Cuyo, 347; Mendoza entera se opone a esta substitución y San Martín continúa en el gobierno, 351 a 363; San Martín difamado por Alvear, 392, 393; San Martín admirado por Alvear, 393, 394; actitud de San Martín ante la caída del directorio alvearista, 395 a 398; rechaza los planes de Carrera para la expedición a Chile, 398 a 401; inspecciona la cordillera en previsión de un ataque de Osorio, 402; solicita una licencia de cuatro meses para reponer su quebrantada salud, pero ante la delicada situación del país le es denegada, 402, 403; al mismo tiempo que estudia sus planes de ataque organiza la defensa, 403 a 410; sus ideas sobre la federación, 410, 411; aboga por la inmediata declaración de la Independencia, 411; a pedido de San Martín, queda concertada una entrevista con Pueyrredón, nuevo director del Estado, 413 a 416; vuelve a inspeccionar los pasos de la cordillera, 423; delega el mando en O'Higgins para entrevistarse con Pueyrredón, 323, 324; califica de "golpe magistral" la declaración de la Independencia, 430, 431; se entrevista con Pueyrredón, 431, 432; es nombrado general en jefe del ejército de los Andes, 432; los cabildantes de Mendoza solicitan para San Martín el grado de brigadier general, 432 a 434; San Martín autor y realizador del plan para la liberación de Chile, 434 a 459; primer pensamiento de San Martín al llegar a Mendoza, 461; providencias que toma para poner al país de Cuyo en condiciones de defensa, 461 a 466; estimula la celebración de las fiestas patrias, 467, 468; su inflexibilidad y el fuero canónico, 468, 469; fomenta la instrucción, 470 a 472; nacimiento de su hija, 473; las damas mendocinas, presididas por la esposa de San Martín, entregan sus joyas ante el Cabildo de Mendoza, 474, 475; al solo rumor de su renuncia el Cabildo se opone a ello, 475 a 477; afincase en Mendoza, 478 a 481; condena y combate el caudillaje, 481 a 485; la traslación del Congreso, 483, 484; arbitrios de que se vale para averiguar la situación imperante en el reino de Chile, 487 a 504; intenta pasar de incógnito a Chile, 494; envía a Chile a Alvarez Condorco, para que entregue a Marco una copia del acta de la Independencia, 504 a 506; Marco hace quemar en plaza pública y por mano de verdugo dicha carta, y envía de vuelta a Alvarez Condorco con una carta para San Martín, 505, 506; provecho que saca San Martín del viaje de Alvarez Condorco a Chile, 506; para simular una invasión por el Sur se entrevista

aparatosamente con los indios pehuenches, 507 a 511; fuerza militar de las provincias de Cuyo al hacerse cargo San Martín de su gobierno, 513, 514; envía a Buenos Aires las tropas que pasaron a Mendoza después de la derrota de Rancagua, 514; en antecedentes de que Osorio proyecta un ataque a Mendoza, informa a Buenos Aires del deficiente estado de las tropas de que dispone y solicita refuerzos, 514 a 516; recibe algunos refuerzos, 516 a 518; organiza una leva de esclavos, 518, 519; Juan Facundo Quiroga, soldado raso del ejército de los Andes, 521; los ingleses residentes en Mendoza ofrecen su colaboración a San Martín y se forma con ellos una milicia, 521 a 523; pone en vigor las penalidades existentes en el ejército de la Península, 524 a 526; organización sanitaria del ejército de los Andes, 526 a 528; la vicaría castrense, y la intendencia, 528 a 530; el parque de artillería, la fábrica de pólvora y la fabricación y reparación de material de guerra, 530 a 536; refuerza la caballería, 536 a 538; el ejército de los Andes era netamente argentino, 540; chilenos que figuraron en este ejército, 541; San Martín organizador genial, 541, 542; en el segundo semestre de 1816 decidió San Martín la suerte de Chile, 544; planes de San Martín, 544, 545; elige un terreno apropiado y hace de él un campo de instrucción y campamento, 547 a 552; escasez de material y vestuarios en el ejército de los Andes, y correspondencia que mantiene con Pueyrredón y Guido al respecto, 553 a 568; elogia el generoso comportamiento de las provincias de Cuyo, 554 a 556, 568; "Ya estamos en capilla para nuestra expedición", le escribe a Guido, 568, 569; la aspiración de San Martín: un ejército pequeño, pero bien disciplinado, 570, 571; únicos móviles a que debe atribuirse el impulso de la campaña, 571; instrucciones remitidas a San Martín, 571 a 577; jura de la Patrona del ejército y bendición de la bandera, 577 a 581; diversas designaciones en el ejército de los Andes, 582 a 584; providencias tomadas por San Martín para la seguridad de su ejército, 584, 585; San Martín y Pueyrredón en común y completa inteligencia, 585 a 587; retrato físico de San Martín, manera de vestir y tenor de vida, 588 a 591; los congresales argentinos y el plan de San Martín, 591 a 595; San Martín, el más insigne de nuestros libertadores, 595, 596; el Capitán de los Andes, 596, Apéndice documental, 599 a 601. II, San Martín y la alianza argentino-chilena, 5, 6; la batalla de Rancagua trastorna sus planes, 6; no teme al enemigo, sino a las dificultades geográficas, 6 a 11; armas y bagajes del ejército de los Andes, 11, 12; inicia ataques parciales por zonas distantes para desorientar al enemigo, 12, 13; se pone en marcha el grueso del ejército, 13; al abandonar su suelo, dirige un mensaje al pueblo de Cuyo, 17; proclama a los chilenos, 17, 18; envía a su esposa e hija a Buenos Aires, 18; el combate de Potrerillos y el de Guardia Vieja, 19, 20; rivalidad entre O'Higgins y Soler, 22, 23; el combate de Achupallas, y el de Colinas, 23 a 25; el ejército libertador se bate exitosamente en todos los frentes, 26 a 30; el paso de los Andes y su repercusión, 26 a 36; San Martín y la batalla de Chacabuco, 37 a 62; partes de San Martín sobre esta acción, 47 a 53; entrada de San Martín en Santiago de Chile, 66; es designado por unanimidad director supremo del nuevo Estado, 68; San Martín renuncia este honor, que recae entonces en O'Higgins, 68 a 70; Las Heras persigue a los realistas, 72; captura de Marcol, 72 a 77; júbilo que provoca la victoria de Chacabuco, 79 a 89; consecuente con su línea de conducta, San Martín rechaza los despachos de brigadier y otros honores, 83 a 88; se traslada a Buenos Aires,

90 a 100; a su paso por Mendoza se le tributa un triunfal recibimiento, 93, 94; su intervención en el conflicto con los Carrera, 100 a 104; fracasa Aguirre en su misión para adquirir buques de guerra, 105 a 109; San Martín vuelve a Santiago de Chile, 109, 110; las victorias de Gavilán y de Curapaligüe, 110 a 112; la actuación de Las Heras, 110 a 115; San Martín no accede a los pedidos de O'Higgins, quien lo insta a que asuma interinamente el gobierno de Chile, 115, 116; el 25 de mayo solemnizado en Santiago, 117, 118; Carrera, creador de la bandera chilena, 118, 119; retrato físico de San Martín, 122; cómo vivía en Santiago, 122 a 130; el Cabildo de Santiago le regala 10.000 pesos, que San Martín destina a la fundación de la Biblioteca nacional, 130 a 132; rechaza otros obsequios y renuncia a su sueldo como general en jefe del Estado de Chile, 132, 133; otros rasgos de desinterés, 133 a 137; somera biografía de Bernardo O'Higgins hasta su llegada a Mendoza, 140 a 155; batalla de Rancagua, 153 a 155; San Martín y O'Higgins, 155 a 157; la misión de Alvarez Condorco, 159 a 162; asedio de Talcahuano, 172 a 176; delicado estado de salud de San Martín, 177 a 182; batalla de Talcahuano, 182 a 186; la retirada de Talcahuano a Talca, 186 a 190; misión de Torres, 191 a 195; Chile jura su Independencia bajo la égida de San Martín, 197 a 203; repercusión de este acontecimiento en Buenos Aires, 203 a 205; San Martín se prepara para atacar, 207 a 213; batalla de Cancha-Rayada, 213 a 232; después de este contraste reorganiza rápidamente sus tropas, 234 a 238; batalla de Maipú, 238 a 261; O'Higgins, herido, se presenta en el campo de batalla, 241, 242; trascendencia de esta victoria y júbilo que provoca, 250 a 261; momento culminante para la Independencia americana, 262, 263; el plan de Vigodet, 263 a 268; se recibe en España la noticia de la victoria de San Martín en Maipú, 268 a 271; San Martín temido por España como Aníbal por Roma, 281; viaje de San Martín a Buenos Aires, 283 a 289; préstamo para la campaña libertadora, 288 a 301; conjuración de los Carrera, 302 a 319; San Martín, Pezuela y el problema de los prisioneros, 320 a 339; rebelión de prisioneros realistas en San Luis, 331 a 339; San Martín no tuvo participación alguna en la represión subsiguiente, 336 a 339; juicio de Facundo Quiroga sobre el Libertador; San Martín y el comodoro Bowles, 340 a 362; San Martín y los oficiales extranjeros al servicio de la revolución, 363 a 374; San Martín y Antonio González Balcarce, 374 a 386; San Martín y la primera escuadra chilena, 387 a 406; carta de San Martín al presidente Monroe, 388; San Martín y los planes monárquicos del directorio, 407 a 412; regresa a Santiago, 415; proclama a los peruanos, 415, 416; repaso de los Andes por San Martín y causas que lo motivaron, 417 a 428; proyecto de expedición al Perú, 429 a 431; preparativos para el repaso de los Andes por el ejército y su revocación, 437 a 454; intervención de San Martín ante los caudillos federales, 455 a 461; San Martín y la expedición española al Plata, 462 a 481; plan de San Martín para hacer frente a dicha expedición, 468 a 470; dificultades con que tropieza, 470 a 472; desiste de su viaje a Buenos Aires, 478 a 481; regresa a Chile, 483 a 505; se ocupa nuevamente de la expedición al Perú, 507; es designado general en jefe del ejército expedicionario, 507, 508; dificultades que le acarrea la guerra civil argentina, 508 a 546; manejos de Carrera contra San Martín, 524 a 532; el acta de Rancagua, 539 a 546; San Martín ultima los preparativos para la expedición al Perú, 546 a 557; coloca la expedición bajo la bandera chilena, 555, 556; San Martín y Cochrane, 559 a 577; San Mar-

tin jefe supremo de la expedición al Perú, 574 a 577; proclama que dirige a las Provincias del Río de la Plata, 587 a 590; embarque del ejército libertador, 590 a 592; O'Higgins concede a San Martín los despachos de capitán general de Chile, 595, 596; levadura de argentinidad del ejército expedicionario, 597. III. San Martín y el Perú antes de su Independencia, 5 y sig.; su amistad con Ramón E. Anchorez, 8, 16; Perú, objetivo final del Libertador, 17; misión que confía al mayor Torres en el Perú, 17; informe de Bernaldes Polledo sobre el ejército de Osorio y el estado de Lima y de las provincias, 18, 19; plan de Bernaldes para liberar al Perú, 19, 20; San Martín elige como emisarios secretos a Fernández Paredes y a José García, 20; las instrucciones que deben éstos cumplir en el Perú, 20 a 23; éxito de Fernández Paredes en su cometido y traición de García a los conjurados de Lima, 23; Riva Agüero hace llegar a San Martín varios informes relacionados con la invasión del Perú, 24; los conjurados peruanos piden a San Martín que apresure su partida, 24; informes de varios patriotas peruanos, 24 a 28; incertidumbre de Pezuela acerca de la invasión, 27 y sig.; la expedición de Cádiz al Río de la Plata y su fracaso, 29, 30; las naves libertadoras, al mando de Cochrane, parten de Valparaíso rumbo a Pisco, lugar señalado por San Martín para el desembarco, 32; la flota ancla en la bahía de Paracas, próxima a Pisco, 33; desembarco de las primeras fuerzas a las órdenes de Las Heras y su entrada en Pisco, 33, 34; llegada a Paracas del resto de la flota, 35; desembarco de San Martín y sus primeras proclamas, 35 a 37; Arenales es nombrado jefe de una división de avanzada, 38; medidas adoptadas por Pezuela al enterarse del desembarco, 39, 40; envía un emisario a San Martín para concertar una conferencia, 41; San Martín acepta la invitación y nombra sus representantes, 42; comunicación de San Martín con sus agentes del Perú, 42, 43; planes para tomar el Callao y provocar la desertión del batallón Numancia, 44 y sig.; el plan de San Martín no se cumple por la delación y el temor de muchos de los conjurados, 47; las avanzadas del ejército libertador, 48; razón del desembarco de San Martín en Pisco, 50; la noticia de su expedición llega a oídos del soberano español, 51; cartas de San Martín a O'Higgins y a Bolívar y respuesta de éste, 51 a 52; los emisarios de San Martín y de Pezuela se entrevistan en Miraflores, 55 y sig.; instrucciones de Pezuela a sus comisionados, 56; los delegados del Libertador rechazan las proposiciones de Pezuela, firman un armisticio y regresan a dar cuenta de su cometido, 58; las contraproposiciones de San Martín, 58; cuál fué su finalidad al aceptar la celebración de dicha conferencia, 59; fracaso de la misma y publicación de un manifiesto denigrativo contra San Martín y sus delegados, 59, 60; San Martín denuncia el armisticio, 60; carta que dirige al virrey antes de romper las hostilidades y respuesta de éste, 60; manifiesto de San Martín sobre la conferencia de Miraflores, 61 a 65; Pezuela comunica a San Martín que en los oficios que le dirija no debe intitularse general en jefe del ejército libertador, 65, 66; intercambio epistolar sobre diversos asuntos y, en especial, respecto de dicho título, al que San Martín declara que no puede ni debe renunciar, 66, 67; Pezuela le reprocha el rechazo a sus proposiciones de paz expuestas en Miraflores y afirma que no se ha negado al canje de prisioneros, 67 a 69; pide, además, a San Martín, un salvoconducto para los emisarios que negociarían en Chile la pacificación, 69, 70; San Martín explica por qué rechazó esas proposiciones, y se refiere también al canje

de prisioneros y a salvoconductos, 70, 71; plan del virrey para atraerse la adhesión de los patriotas durante la celebración de la conferencia de Miraflores, 71, 72; oficio de Pezuela al general Ramírez, 72 a 77; instrucciones que da a éste para promover un entendimiento con Güemes o con la autoridad a que se halle subordinado, 72 a 74; aconsejale también dirigirse al gobierno de Buenos Aires, o en caso de reinar allí la anarquía, a cada una de las provincias del Río de la Plata, pues prevé que se podrá sacar algún partido de algunas o alguna de ellas, 74 a 76; el éxito de las negociaciones con San Martín influirían mucho en las que se entablen con Buenos Aires, según el virrey, 76; Pezuela retarda el envío del oficio a Ramírez, y agrega al mismo como posdata, que la conferencia de Miraflores ha fracasado y que San Martín da por terminado el armisticio, 76, 77; Pezuela informa al conde de Casa Flores de lo tratado en la conferencia de Miraflores, 77; su respuesta a la proposición de coronar en América un príncipe europeo —plan que los delegados de San Martín presentaron en ella sólo como estratagema dilatoria—, 77, 78; ofertas hechas a San Martín, 78; por qué se opuso a la evacuación de las cuatro provincias del Alto Perú, requisito preliminar que exigía San Martín para firmar el armisticio, 78; posición de San Martín ante su gobierno, según Pezuela, 78, 79; carta de San Martín a Godoy Cruz, 79, 80; San Martín informa a O'Higgins de su próxima partida para Lima, 82; Pezuela escribe al general O'Reilly que esté prevenido para frustrar cualquier movimiento de las fuerzas invasoras, 83; respuesta de O'Reilly, 83, 84; estratagema de San Martín para ocultar al enemigo la partida de la división de Arenales, 85; simulacro con que fué recibido por San Martín el general Vacaro, parlamentario de Pezuela, 85; hipótesis sobre lo tratado en esa entrevista, 86; San Martín crea la bandera peruana, 87, 88; fallecimiento de Alvarez Jonte en Pisco, 88, 89; la expedición libertadora sale de Paracas y ancla por unas horas en la bahía del Callao, de acuerdo a un plan de San Martín, 81 a 91; Cochrane bloquea el puerto y San Martín parte para Ancón, 91, 92; entrega a Raulet y a Brandzen las vanguardias de desembarco, 92; derrota del general Valdés por Brandzen en Casablanca, 93; triunfo de la revolución de Guayaquil, 93; entrevista de los delegados del gobierno guayaquileño con San Martín, 94 95; misión encomendada por el Libertador a Guido y a Luzuriaga en Guayaquil, 96 a 99; las dos influencias libertadoras en América, 99; por qué Guayaquil solicitó el apoyo de San Martín y no el de Bolívar, 99, 100; San Martín rehusa toda intervención en los negocios internos de Guayaquil, 100; plan de Cochrane contra la flota española fondeada en la bahía del Callao, 101 y sig.; apresamiento de la fragata española *Esmeralda*, 102, 103; Cochrane, herido, llega a Ancón y es felicitado por San Martín por sus hazañas, 104, 105; muerte de tripulantes de la *Macedonia* por el populacho, 104, 107, 108; ventajosa posición de la escuadra chilena después de los sucesos del Callao, 106; San Martín parte para Huacho y desembarca allí con su ejército, 110; represalias contra criollos y extranjeros, 110; San Martín se queja a Pezuela de que las fomenta y le pide reciprocidad en el buen trato para con los prisioneros, 111 a 113; el caso, entre otros, de los prisioneros de San Luis, 113 a 116; por qué eligió San Martín el puerto de Huacho para el desembarco, 116; las avanzadas entran en contacto, 118, 119; encuentro de Pringles en Pescadores y su prisión, 120 a 123; la desertión del batallón Numancia y su llegada a Huacho, donde es colmado de honores por

San Martín, 123, 124; Torre Tagle colabora con San Martín y declara la independencia de Trujillo, 126, 127; Piura y otros pueblos siguen su ejemplo, 128; pastoral apócrifa del arzobispo de Lima, 129; la farsa de un supuesto manifiesto de Pezuela al pueblo peruano, 129 a 131; crítica situación en que se halla el Perú, según un oficio del virrey dirigido al embajador español en Londres, 131 a 134; cartas de San Martín al arzobispo de Lima, al presidente de la Audiencia y a Pezuela, 134 a 139; Arenales y la campaña de la Sierra, en el Perú, según las instrucciones de San Martín, 140 a 160; victorias de Nazca y Acari, 146, 147; Ica, Huamanga y Tarma obtienen la independencia, 149 a 154; victoria de Pasco, 155 a 157; San Martín se traslada a Retes, cerca de Lima, su principal objetivo, 163 y sig.; su regreso a Huara, 168, 169, 171; guerrillas en torno de Lima, 172 y sig.; petitorio elevado al virrey por los que en Lima desean que se llegue a un acuerdo con San Martín, 175; Pezuela no da curso a dicho documento, 176, 177; conspiración de Aznapuquio contra Pezuela, a quien sucede La Serna como virrey, 177 y sig.; San Martín dicta en Huara el Reglamento Provisional, primera ley constitucional del Perú, 182, 183; conferencia de Torre Blanca, entre comisionados de San Martín y de La Serna, 187, 188; epidemias en Huara, Aznapuquio y Lima, y esfuerzos por combatirlas, 188 a 192; fracaso de Miller en Pisco, 195 a 197; instrucciones dadas a Arenales para la nueva campaña de la Sierra, 200 a 204; San Martín deja Huara y se embarca con sus fuerzas para el Callao, 202 a 204; la situación de Lima en ese interin, 204 a 207; la misión del comisionado regío Abreu, 209 a 223; su entrevista con San Martín, 214, 215; Abreu y la Junta de Pacificación de Lima, 218 a 223; la conferencia de Punchauca, 224 a 245; instrucciones de La Serna y de San Martín a sus respectivos delegados, 226 a 229; disidencias entre las proposiciones de éstos, 230 a 234; para zanjar las dificultades, se entrevistan en Punchauca San Martín y La Serna, 234 a 239; San Martín recibe a bordo de la goleta *Montezuma* a los delegados del virrey y rechaza su contrapropuesta, 239; la proposición monárquica de San Martín, 240 a 244; la finalidad de esta proposición, explicada por el Libertador al general Miller, 244, 245; prosiguen en Miraflores las negociaciones de Punchauca, 247 y sig.; San Martín anuncia a O'Higgins el rompimiento de las hostilidades en el Perú, 254 y sig.; La Serna disuelve la junta de pacificación, delega el gobierno en el marqués de Montemira y sale de Lima, 255 a 260; San Martín estrecha el asedio de la capital peruana, 264; informe que le envían los agentes destacados en ella, 265 a 268; el Cabildo nombra una comisión para hacerle entrega de la ciudad, 268; entrada del ejército libertador en Lima y proclamas de San Martín, 268 y sig.; entrada de San Martín en Lima, donde es recibido por el marqués de Montemira, 270 y sig.; el Cabildo, convocado por San Martín, declara la independencia del Perú, 273; síntesis de la carrera militar del Libertador, 274 y sig.; comunicado que sobre la toma de Lima envía a O'Higgins y respuesta de éste, 275, 276; su labor militar, administrativa y política como Protector del Perú, 279 a 309; fija el 28 de julio para que Lima jure la independencia, 281; su jura en dicho día y los actos y festejos decretados para el mismo, 283 y sig.; el clero y la independencia del Perú, 284 a 290; oposición del obispo de Huamanga, a quien San Martín emplaza para que abandone el territorio peruano, 286 y sig.; exposición que presenta el obispo a S. M., 288 a 289; San Martín se declara Protector del Perú, 290; documento que puede considerarse

como su primer mensaje al pueblo peruano, 291, 292; nombramiento de sus ministros, 292; O'Higgins, a quien comunica la institución del protectorado, aprueba su decisión, 293 a 295; declara la libertad de los hijos de esclavos y establece los nuevos derechos sociales de los aborígenes, 296 y sig.; datos biográficos de sus ministros y del general Las Heras, jefe del Estado Mayor, 298 a 309; la expedición de Miller, iniciada en Arica, 311 a 317; Arenales y su campaña de la Sierra, 317 a 332; entrada de Arenales y de su división en Lima, 332; divergencias entre San Martín y Arenales respecto de la campaña de la Sierra, 332, 333; el sitio del Callao, 335 y sig.; Cochrane negocia subrepticamente la entrega de las fortalezas del Callao y de los caudales allí depositados, pero no obtiene éxito en sus gestiones, 338, 339; la junta de pacificación, en nombre de La Serna, prosigue las negociaciones con los representantes de San Martín, 340 a 349; La Serna se niega a firmar el armisticio; su plan es apoderarse de Lima por sorpresa y liberar a la división realista sitiada en el Callao, 346; avance de las fuerzas de Canterac hacia Lima, 348 y sig.; San Martín suspende las negociaciones con la junta de pacificación y organiza la defensa de la ciudad, 349 y sig.; los movimientos estratégicos de sus fuerzas colocan a los realistas en situación desventajosa para el ataque, 353, 354; Canterac busca amparo en el Callao y finalmente emprende la retirada, 354 y sig.; el plan de Cochrane, de tomar los castillos del Callao y enarbolar allí la bandera chilena, confirmado por una carta que escribe a O'Higgins, 357; San Martín conoce oportunamente dicho plan y los propósitos que contra él abriga Cochrane, 357; por qué éste no le envió los refuerzos que le pidiera cuando Canterac marchaba hacia Lima, 357 y sig., 398; lo que a este respecto cuenta Cochrane en sus *Memorias*, como así también sobre una entrevista que dice tuvo entonces con el Libertador, 359 a 361; intimaciones de San Martín al general La Mar para la entrega de los castillos del Callao, 364, 365; los representantes de ambos jefes firman el armisticio de la capitulación, 366; sus artículos, 366, 367; la plaza del Callao en poder de las fuerzas libertadoras, 368 y sig.; pormenores de la rendición del Callao, según un informe del general realista Vacaro; sus críticas a Canterac y a La Serna, y causa a que atribuye la humana y suave capitulación impuesta por San Martín, 372 a 383; la cuestión del pago a los tripulantes de la escuadra chilena, después de la toma de Lima, 385; quejas de Cochrane por lo adeudado, y lo conversado al respecto con San Martín, 386 y sig.; correspondencia de Cochrane, O'Higgins y San Martín sobre el mismo asunto, 388 y sig.; doblez de Cochrane para con San Martín, a quien trata de indisponerle con O'Higgins apelando a intrigas y tergiversaciones, 390 y sig.; Cochrane se apodera de los caudales depositados por San Martín en tres fragatas ancladas en Ancón, y sin atender a sus órdenes ni a las de Montegudo para que los restituya, efectúa por su cuenta el pago de la escuadra, 400 a 404; Montegudo puntualiza diversos cargos contra Cochrane y, por resolución de San Martín, lo conmina a partir con su escuadra para Valparaíso, 404 y sig.; tras las excusas de Cochrane, que se muestra remiso a obedecer las órdenes recibidas, Montegudo le exige el inmediato cumplimiento de las mismas en una enérgica carta en donde recapitula, también, su actuación al frente de la escuadra y los actos de desobediencia en que ha incurrido ante San Martín, 406 a 410; la actitud de Cochrane juzgada por el gobierno chileno, 410 y sig.; Cochrane opta por zarpar

del Callao y se dirige a México, 413; síntesis de la obra protectoral de San Martín en el Perú, 416 a 446; el Estatuto Provisional y su jura, 418 y sig.; los ministros, los poderes y el Consejo de Estado, 420 y sig.; creación de la "Orden del Sol" y de la Sociedad Patriótica de Lima, 422 y sig.; decreta la fundación de la Biblioteca Nacional de Lima, para la cual dona su biblioteca particular, 431 y sig.; decreto en pro de los esclavos y de los indios, 434 y sig.; el comercio y las finanzas, 436 y sig.; la marcha nacional, 437; el coronel Heres y la conjuración contra San Martín, 438 y sig.; causas del retiro de Las Heras y otros militares del Perú, 442 y sig.; San Martín y su monarquismo, 447 a 469; García del Río y Diego Paroissien comisionados para promover en Europa el reconocimiento de la independencia del Perú y elegir un príncipe para su gobierno, 449 y sig.; política seguida a este respecto por el gobierno de Chile, 452 y sig.; Francia promete a los delegados su apoyo si las provincias argentinas se constituyen en monarquía, 455, 456; término de la misión de García del Río y de Paroissien, 463; Bolívar no desea regímenes monárquicos en América, 466; la leyenda de un San Martín *Imperator*, 467, 468; su política de pacificación en el Perú, 470 a 487; gestiones de sus comisionados ante La Serna y Canterac, para concertar una transacción decorosa para los jefes realistas, 471 y sig.; cartas de San Martín a Canterac, 473 a 475; respuestas de éste, 476 a 478; razones que explican la actitud intransigente de los jefes realistas, 478, 479; proclama de La Serna a los peruanos, 480, 481; San Martín delega el mando en el marqués de Torre Tagle y se embarca en el Callao para Guayaquil, donde debe entrevistarse con Bolívar, 481 a 483; suspensión del viaje y su regreso a Lima, cuyo Ayuntamiento le obsequia con el estandarte de Pizarro, 483, 484; banderas españolas obsequiadas por San Martín a la Municipalidad de Buenos Aires, 485; resume el mando delegado en Torre Tagle, 485; su proclama a la división del Sur, derrotada en Ica, y a los limeños, 486, 487; forma un nuevo ejército, cuyo mando confía a Tristán y a Gamarrá, 490; derrota de Tristán por Canterac en Macaona, 490 y sig.; reaparición de Cochrane en el Callao y en Acapulco, 494; en Guayaquil se apodera de la fragata *Venganza* y de la corbeta *Emperador Alejandro*, y firma un convenio con la Junta, 495; reclamaciones que presenta al general Guido en el Callao, 497 y sig.; órdenes dadas por San Martín en previsión de un ataque de Cochrane, 498 y sig.; el incidente de la goleta *Montezuma*, 499; ante las quejas de San Martín, O'Higgins desaprueba la conducta de Cochrane y lo califica duramente, 499, 500; el gobierno del Perú fundamenta ante el de Chile las acusaciones contra Cochrane, 500; manifiesto con que éste refuta dicha exposición, 501; San Martín sintetiza su conflicto con Cochrane, a quien califica de filibustero, 501, 502; planes de Bolívar y de San Martín respecto de los Estados americanos emancipados de España, 503; misión de Mosquera, delegado de Bolívar, ante el gobierno del Perú, 504, 505; el arreglo de límites, la cuestión de Guayaquil y el tratado de alianza entre el Perú y Colombia, 505 a 507; Gutiérrez de La Fuente es comisionado para conferenciar con el gobierno argentino, cuyo apoyo busca San Martín para finalizar la guerra con los españoles, 510 y sig.; instrucciones que da el Libertador a su delegado, 510, 511; su carta al general Martín Rodríguez, gobernador de Buenos Aires, 511, 512; O'Higgins apoya las gestiones de Gutiérrez de La Fuente, lo mismo que los gobernadores de Mendoza y Córdoba, 514 y sig.; el ministro Rivadavia y la junta de representan-

tes de Buenos Aires —excepto el doctor Gascón— rechazan el plan propuesto por San Martín, 516 a 519; Gutiérrez de La Fuente procura interesar en dicho plan a distintas provincias, 520; convenios firmados con Bustos y Urdininea, 520 a 522; Rivadavia y su política de oposición a los proyectos del Libertador, 522 a 526; juicio irónico de San Martín sobre Rivadavia, 524, 525; carta a O'Higgins, en la cual San Martín se refiere a una expedición para quebrar la resistencia realista, según un plan que después desechó, 527, 528; el conflicto de Guayaquil y la guerra de Quito, 529 y sig.; la misión de Guido y Luzuriaga en Guayaquil, 531 a 534; Bolívar desea ganar dos batallas más, "hermanas de Boyacá y de Carabobo", antes de entrevistarse con San Martín, 534, 535; Sucre triunfa en Yahuaichi y es derrotado en Ambato, 537; se dirige a Montegudo y a San Martín para pedirles refuerzos, 537, 538; Bolívar interpone su valimiento ante San Martín para que se le despachen auxilios, 538 y sig.; la Junta de Guayaquil y San Martín, 539, 540; Arenales en Trujillo, 540, 541; San Martín se decide por ir al encuentro de Bolívar, pero como éste no puede bajar a Guayaquil, lugar en donde debía efectuarse la entrevista, regresa al Callao, 543; complot organizado en Guayaquil por los partidarios de su anexión a Colombia, 544; un agente de Bolívar obliga a que se enarbole en Guayaquil la bandera colombiana, 545; San Martín, en carta escrita a Bolívar, condena lo sucedido en Guayaquil, 547; respuesta de Bolívar, 547 a 549; consideraciones sugeridas por esta carta, 549 y sig.; San Martín no pensó declarar la guerra a Colombia después de los sucesos de Guayaquil, 550; la guerra del Perú y la guerra de Quito, 550 y sig.; combate de Tortolillas, 552; victorias de Río Bamba y de Pichincha, 555 a 558; entrada del ejército libertador en Quito, 557; mensaje que a raíz de la victoria de Pichincha dirige San Martín a los realistas, 558, 559; entrada de Bolívar en Quito, y carta que envía entonces a San Martín, 561; respuesta del Libertador, 562; Bolívar procura la incorporación de Guayaquil a Colombia, 566; entrada de Bolívar en Guayaquil, 566 y sig.; Bolívar asume el mando político y militar de Guayaquil y disuelve la Junta, 570; posición de ventaja en que se coloca Bolívar respecto de San Martín, después de este acto arbitrario y dictatorial, 572; cartas que escribe posteriormente a San Martín, 572, 573; San Martín se embarca en la *Macedonia* para Guayaquil, 574; rumor infundado sobre la presencia de la escuadra peruana en aguas guayaquileñas, 574, 575; llamado de pacificación dirigido por San Martín a La Serna, y respuesta de éste, 575, 576; en el puerto de Puna, San Martín pasa a la fragata *Protector*, donde conferencia con sus jefes y los miembros de la Junta de Guayaquil, y luego prosigue el viaje en la *Macedonia*, 577; Guido anuncia a Bolívar la visita del Libertador, 577, 578; carta con que Bolívar se adelanta a saludar a San Martín, 578; desembarco de San Martín en Guayaquil y su encuentro con Bolívar, 578 y sig.; conferencias secretas de los Libertadores, 579; sus brindis, 579, 580; baile que en honor de San Martín ofrece el Ayuntamiento, 580; San Martín se sustrae hábilmente a una ruidosa despedida y sale del sarao con Bolívar, que lo acompaña hasta el embarcadero, 580; en el momento de partir San Martín para el Callao, Bolívar le entrega su retrato, en prueba de amistad, 580; consideraciones acerca de la entrevista de Guayaquil, de sus resultados y de los proyectos de ambos Libertadores, 580 y sig.; proclama de San Martín sobre Guayaquil, 582, 583; carta a Guido, en que desautoriza declaraciones de Bolívar, 585, 586;

en carta dirigida a Miller, dice que es inexacto que él quiso coronarse en el Perú, y explica el objeto de su viaje a Guayaquil, 586, 587; Lafond de Lurcy y su documentación sobre la entrevista de los Libertadores, 588 y sig.; apreciaciones de Alberdi y de Mitre acerca de la carta enviada por San Martín a Bolívar después de la entrevista de ambos, 588, 589; texto de la carta, 589 a 591; por qué dicha carta no se halla en el archivo de Bolívar, 591, 592 nota; visitas de Sarmiento a San Martín en Grand-Bourg, 595 a 597 nota; Sarmiento aborda el tema de la conferencia de Guayaquil en un discurso pronunciado en una institución cultural de París, 594 a 596; carta del general Cruz a O'Higgins sobre lo que fué la entrevista de Guayaquil, 597 a 602; lo que se cuenta de ella en la *Memoria* atribuida a José Gabriel Pérez y que, en realidad, pertenece a Bolívar, 602 a 606; sus inexactitudes, 607 y sig.; cartas de Bolívar a Santander, en las cuales toca el punto relacionado con Guayaquil, 609 a 612; conclusiones sobre San Martín, Bolívar y su entrevista, derivadas del cotejo de los documentos fundamentales, 614 a 626; San Martín comunica a O'Higgins a y Luzuriaga su decisión de retirarse del Perú, 628, 629; Montegudo y el movimiento subversivo que lo derribó en el Perú, 630 a 639; doblez de Riva Agüero, jefe del movimiento, probado por su carta a Jorge Canning, 632, 633; asesinato de Montegudo, 637; interés de San Martín por conocer la verdad sobre su muerte, 638; respuesta de San Martín a La Serna, en la que sintetiza su doctrina de pacificación, 639 a 641; el general Alvarado es designado por San Martín jefe del ejército que deberá realizar la campaña de Puerto Intermedios, 641 a 643; San Martín dimite el mando supremo del Estado peruano en el Congreso Constituyente, convocado por él y reunido en la Universidad de San Marcos, 643, 644; junto con seis pliegos cerrados deja sobre la mesa su banda bicolor, insignia de la dignidad protectoral, y sale del recinto del Congreso, 644, 645; la Asamblea formula un voto de gracias y lo nombra generalísimo del ejército, 644 y sig.; respuesta de San Martín, 646, 647; el Congreso lo declara "fundador de la libertad del Perú", le acuerda una pensión vitalicia y decreta otros honores, 647 y sig.; carta de agradecimiento de San Martín, 648; dos comisiones de congresales le proponen que continúe al frente del poder y del ejército, pero San Martín no acepta, 649, 650; preparativos del Libertador para su partida del Perú, 650 y sig.; "Bolívar y yo no cabemos en el Perú", dice a Guido al explicarle la verdadera razón de su retiro, 652; carta que envía a Guido desde el bergantín *Belgrano*, 653; proclama de San Martín despidiéndose del Perú, 653; la partida de San Martín y los juicios vertidos acerca de ella por varios historiadores, 654 y sig.; consideraciones sobre Bolívar, sus planes y la retirada de San Martín del Perú, 656 y sig.; carta del general Alvarado en pro de la grandeza histórica del Libertador, 656; lo que escribe San Martín desde Boulogne-sur-Mer al presidente Castilla, sobre su retirada de Lima, 657; San Martín y el desenlace de la guerra de la independencia peruana, 659; títulos que honran a San Martín ante la posteridad, 659, 660; informe de La Serna a su gobierno sobre la situación del Perú, motivado por la campaña de San Martín (documento A), 663 a 665; catálogo de la biblioteca que poseía San Martín y que regaló a Lima (documento F), 673 a 675. IV, en el preámbulo de su ostracismo, 6 a 33; se embarca en el bergantín *Belgrano* y llega a Valparaíso, 6; acusaciones de Cochrane contra, 6; comentario de Barros Arana acerca de este hecho, 6, 7; en Cauquenes y en Santiago, 7; carta de O'Hig-

gins a, 7; en la chacra del Conventillo, 7; enfermedades de, 8; comunicaciones de Prevost al gobierno de los Estados Unidos, acerca de, 8, 9; agradece al gobierno de Lima los honores dispensados, 8, 9; cartas de Olmedo, Luna Pizarro, Ugarte, Roca y Soyer a, 9 a 14; desacreditado en un artículo de *La Abeja Republicana*, 14; respuesta a dicho artículo, 14 a 20; carta de Requena a, 21; sus planes acerca del Perú, 21; mensaje de, a varias provincias argentinas, 21, 22; carta de, a Urdininea, 22, 23; se dirige a A. Lezica, 23; cartas de Urdininea a, 25, 26; cartas de Freire a, 27, 28, 31; escribe a O'Higgins, 28; cartas de O'Higgins a, 28 y sig.; durante y después de Moquegua, 35 a 72; abandona Santiago de Chile, 35; llega a Mendoza, 36; en Los Barriales, 36, 37; ejecución de su plan de campaña en el Perú, 37 y sig.; cartas de Guido, Requena, Arenales, Alvarado, Riva Agüero y Rodríguez Peña a, 40 a 51; el gobierno de Chile se dirige a, 51, 52; contestación de, al gobierno de Chile, 52; cartas de Lanza, Thwaites, Villarán y Echagüe a, 53; actitud de, con respecto al Perú, 54, 55; comunicaciones de Blanco Encalada a, 56, 57; cartas de Guido a, 57, 58, 59, 60; carta de Riva Agüero a, 60, 61; contestación de, a Riva Agüero, 61, 62; cartas de Guido a, 62, 63, 66; llamado de patriotas a, 68, 69; contestación de, a este llamado, 69; misión de Iturregui antes, 70, 71; proceder de, con respecto al Perú, 71, 72; estado de, en Mendoza, 73 a 98; y Rivadavia, 76 y sig.; escribe a Chilavert, 77, 78; escribe a Guido y a O'Higgins, 78; carta de Guido a, 79; solicita autorización al gobierno peruano, para trasladarse a Europa, 79, 80; contestación a este pedido, 80; la fortuna de, 80 a 91; escribe a fray Moreira, 83, 84; casa de, en Buenos Aires, 84; chacra de, en Chile, 85, 86; O'Higgins se dirige a, 88; contesta a las calumnias de Carrera, 88; cartas de Guido a, 89; cumple un deseo de Guido, 89, 90; y su criado en el Perú, 90, 91; y su esposa, doña Remedios Escalada, 91 y sig.; y su hija, 92; envía a su familia a Buenos Aires, 92; documento de, 92, 93; escribe a O'Higgins, 94; Belgrano escribe a, 94, 95; muerte de la esposa de, 97, 98; y la primera etapa de su ostracismo, 99 a 119; *El Argos* y la llegada de, a Buenos Aires, 99, 100; erige un mausoleo a la memoria de su esposa, 100; carta de Escalada a, 103; cartas de Blanco Encalada, Lezica y Vidal a, 104, 105; abandona Buenos Aires embarcándose en el navío *Le Bayonnais*, 106; se despiden de Brandzen, 107; en El Havre, 107; medidas adoptadas por las autoridades francesas a la llegada de, 107 a 112; parte a Inglaterra, 112; carta de Iturbide a, 114; cartas de Guido a, 115, 116; solicitud del hermano de, en favor de, 118; en Bruselas, 120 a 148; carta a O'Higgins y contestación de éste, 122; carta a Chilavert, 122; carta de O'Higgins a, 123; informe de Vásquez acerca de, 123, 124; solicitud al gobierno argentino, 127; carta de Guido a, 127, 128; escribe a Guido desde Bruselas, 129 y sig.; carta de Guido a, sobre la batalla de Ituzaingó, 133, 134; contestación de, a Guido, 135, 136; escribe a Guido comentando el carácter de Rivadavia y el tratado con el Brasil, 137; cartas de Guido a, 138, 139; escribe a V. F. López, 139; carta de O'Higgins a, 140; escribe a O'Higgins acerca de su situación, 140, 141; escribe a Miller, 141, 142; y su apoderado Iglesias, 142 a 148; escribe a Guido, 145, 146; antes de su partida al Plata, 149 a 171; disposiciones de, con respecto a la educación de su hija, 150, 151; comentario de Vicuña Mackenna acerca de, y de su hija, 151, 152; brindis de Redhead en honor de, 154, 155; correspondencia con Miller, 155 y sig.; pertrechos del ejército de los Andes detallados por, 164; retrato de, por Madou, 166; viaje de, en 1828, 166 y sig.; se

despide de Miller, 170; a bordo del *Contess of Chichester*, 171; en la rada de Buenos Aires y en Montevideo, 172 a 202; carta de Guido a, comentando los sucesos posteriores a la caída de Rivadavia, 173, 174; llegada de, a Río de Janeiro, 176; suelto de *El Tiempo* acerca de, 177; escribe a Díaz Vélez, 177, 178; artículos de *El Tiempo* acerca de, 179, 180; cartas de Guido a, 181, 182; artículo de la *Gaceta Mercantil* en defensa de, 181, 182; visitas recibidas por, a bordo del *Chichester*, 183 a 185; en Montevideo, 185 y sig.; M. A. Pueyrredón visita a, en Montevideo, 187, 188; fiestas organizadas en Montevideo, en honor de, 188, 189; cartas de Guido a, y contestación de, 189 a 195; carta de Guido a, 196; escribe a Lavalle y a O'Higgins, 197; carta de Rivera a, y contestación de, 200, 201; se despide de Pereira, 201, 202; abandona Montevideo, 202; y su última etapa en Bruselas, 203 a 221; *El Tiempo* y el alejamiento de, del Plata, 203; accidente sufrido por, 204; en Francia, 204, 205; carta de V. F. López a, y contestación de, 205 a 209; escribe a O'Higgins exponiendo sus apremios económicos, 209, 210; carta a Gutiérrez de La Fuente con el mismo motivo anterior, 210; carta de O'Higgins a, 210, 211; requerido por el burgo maestro de Bruselas para el comando general de tropas, y negativa de, 212, 213, 214; carta de García del Río a, 215; escribe a Guido, 215; amistad de, con Ribadeneira, 218 y sig.; declaraciones de Bolívar, acerca de, 219; y los primeros años de su vida en Francia, 222 a 246; en París, 223, 224; escribe a Ribadeneira, 224, 225; contestación de éste a, 225, 226; correspondencia con O'Higgins y con Guido, 227 a 229, 233 a 235; y su hija, víctimas del cólera, 236; carta de, a O'Higgins, 236, 237; carta de O'Higgins a, 237; la hija de, y el joven Balcarce, 237; matrimonio de la hija de, con Mariano Balcarce, 238 y sig.; escribe a D. B. de Balcarce, 238, 239; cartas de Guido y de O'Higgins a, 239 a 241; escribe a M. Balcarce, 241, 242; escribe a M. Alvarez, 243 a 246; y O'Higgins en el ostracismo, 247 a 269; O'Higgins escribe a, y respuesta de, 250, 251; correspondencia de, con O'Higgins, 252 a 259, 261 a 263, 264 a 267; escribe a Santa Cruz, 259, 260; impresión que le causó la muerte de O'Higgins, 268, 269; y su amistad con el marqués Aguado, 270 a 290; como conoció a Aguado, 277; escribe a M. de la Barra y a Zenteno, 279, 280; finca comprada por, en Grand-Bourg, 285, 286; casa comprada por, en París, 286, 287; recursos de, para efectuar dichas compras, 287, 288; escribe a Moyano, 288; en su residencia de Grand-Bourg, 291 a 313; escribe a Molina, a Prieto y a O'Higgins, 292, 293; expresa su deseo de volver a su patria, 294; carta a Alvarez, 294, 295; ruptura de su amistad con Manuel Moreno, 295 a 301; cartas de M. de la Barra y de Olaneta a, 296, 297; escribe a Guido, 301, 302; costumbres de, 303 a 305; rasgos físicos y morales de, 305 a 307; viajes de, durante su ostracismo, 307 a 309; como albacea de Aguado, 311 y sig.; escribe a Zenteno, 312, 313; y sus actividades en el ostracismo, 314 a 335; clasifica sus documentos, 315; escribe a Guido y a Alvarez, 315; escribe a Miller, 316; y Lafond de Lurey, 316 a 321; correspondencia con Miller, 321 y sig.; proyecto de ley de Bulnes, acerca de, 326, 327; correspondencia con Prieto, 329 y sig.; correspondencia con Pinto, 332, 333; carta de M. Tocornal a, y respuesta de, 333, 334; y la intervención franco-inglesa en el Plata, 336 a 359; escribe a Rosas, a raíz del bloqueo de los puertos argentinos, 338, 339; contestación de Rosas a, 339, 340; escribe a Rosas, 340 a 342; carta de Arana a, 342, 343; escribe a Rosas, 346; consulta de Dickson acerca de los sucesos del Plata, y respuesta de, 346, 347; correspondencia con Rosas, 349, 353, 354, 359;

carta de Guido a, 350, 351; escribe a Bieneau, 355, 356; respuesta de, a los detractores de Rosas, 358; y la visita de tres argentinos eminentes, en Grand-Bourg, 360 a 377; el general, según Alberdi, 362, 363; Alberdi visita la casa de, en Grand-Bourg, 363 y sig.; F. Varela visita a, 367 y sig.; Sarmiento visita a, 374, 375; y su modalidad intelectual y moral, 378 a 394; juicio de, sobre Bolívar, 381, 382; opinión de, acerca de Sucre, O'Higgins y La Mar, 382, 383; declaraciones de, con respecto al Perú, 384, 385; y la religión, 386 a 388; y el amor, 389 a 390; carta de García a, y contestación de, 392, 393; su ingenio episódico y anecdótico, 395 a 413; cuándo y por qué se trasladó a Boulogne-sur-Mer, 414 a 434; escribe a Rosas, 416; casa de, en Boulogne-sur-Mer, 422; correspondencia con Rosas, 426 a 430; sencillez de la habitación de, 434; y el presidente Castilla, 435 a 446; correspondencia con Castilla, 437 y sig.; la muerte de, y su testamento, 447 a 475; la salud de, 448 y sig.; últimas palabras de, 452; acta de defunción de, 453; comentario de F. Frias acerca de la muerte de, 453 y sig.; M. Balcarce comunica oficialmente la muerte de, 458 y sig.; funerales a la memoria de, en Lima, 462; artículo de Sarmiento acerca de la muerte de, 463; necrología de Gérard sobre, 463 a 465; artículos sobre, publicados en la prensa francesa después de su muerte, 465, 466; el testamento de, 466 y sig.; los restos de, y el estandarte de Pizarro, 476 a 494; oficio dirigidó por Tagle a, 477, 478; nueva inhumación de los restos de, 482; carta a Castilla, acerca del estandarte de Pizarro, 490, 491; glorificación estatuaría de, 495 a 532; Vicuña Mackenna y la estatua de, en Chile, 497; proyecto de Guido para erigirle un monumento a, 500; publicación de Sarmiento acerca de, 500, 501; estatua de, en Buenos Aires, 501, 502; discursos de Mitre, Martínez, Seoane, Guido y Mansilla al inaugurarse la estatua de, en Buenos Aires, 503 a 506; acta de la citada ceremonia, 506, 507; inauguración de una estatua de, en Chile, 507, 508; discursos pronunciados en esa ocasión por Tocornal, Las Heras, Lastarria, Espejo, Matta, etc., 509 y sig.; inauguración de una estatua de, en el Callao, 514; inauguración de un monumento a, en Lima, 514 a 517; estatuas de, en la República Argentina, 517 a 521; monumento a, en Boulogne-sur-Mer, 521; discurso de B. Roldán al inaugurarse este monumento, 522, 523; monumento a, en Washington, 523, 524; discurso de H. Pueyrredón al inaugurarse el citado monumento, 524, 525; discurso de Coolidge en el mismo acto, 525, 526; México honra a, 526, 527; Venezuela honra a, 528 a 530; homenajes tributados a, en Chile, el Perú, Montevideo, La Habana y París, 531, 532; centenario y repatriación de los restos de, 533 a 558; proyecto para la repatriación de los restos de, 534; Avellaneda y la repatriación de los restos de, 535 a 537; festejos en el centenario de, 539 y sig.; discurso de Avellaneda en el centenario de, 545 a 547; traslado de los restos de, a Buenos Aires, 548 y sig.; los restos de, llegan a Buenos Aires, 552; discurso de Sarmiento en esa ocasión, 553, 554; discurso de Avellaneda ante los restos de, 554, 555; los restos de, en la Catedral, 556 a 558; en la poesía y en el arte, 559 a 587; correspondencia con E. de Luca, 560, 561; versos de O. V. Andrade a, 571 a 574; retratos de, 576; caricaturas de, 586, 587; en la Historia y en el Destino de América, 588 a 620; biografías de, 589 a 608; escritos de Espejo acerca de, 593 a 596; Mitre y su *Historia de San Martín*, 596 a 608; Estrada escribe acerca de, 608, 609; juicios de J. V. González, Barros Arana, Amunátegui, Bulnes y Vicuña Mackenna acerca de, 609 a 614; Paz Soldán escribe acerca de, 615, 616.

- San Martín (Juan de), padre del Libertador. I, 26 al 57, 63, 67, 68, 72, 75, 76, 79, 80, 83, 90, 94, 141 a 143, 179.
- San Martín (Juan Fermín de), hermano del Libertador. I, 54, 56, 57, 128, 135, 136, 142, 143, 146 a 150, 160, 161.
- San Martín (Justo Rufino de), hermano del Libertador. I, 47, 48, 51, 54, 56, 57, 128, 135, 136, 142, 143, 150 a 159, IV, solicitud de, en favor del general San Martín, 118, 160, 216 y sig.
- San Martín (Manuel Tadeo de), hermano del Libertador. I, 54, 56, 57, 101, 128, 135, 136, 141 a 146, 161.
- San Martín (María Elena de), hermana del Libertador. I, 37, 51, 55, 142, 159, 160.
- San Martín (Tomasa Mercedes de), hija del Libertador. I, 160, 473, 478 a 480, II, 83, 299, IV, 92 y sig.; disposiciones de San Martín con respecto a la educación de, 150, 151; comentarios de Vicuña Mackenna con respecto a, 151, 152; y su padre, víctimas del cólera, 236; y el joven Balcarce, 237; matrimonio de, con Balcarce, 238 y sig., 293.
- San Martín y Balcarce de Gutiérrez Estrada (Josefa), III, 615 nota.
- San Miguel (marqués del), III, 50, 87, 425, 429.
- San Nicolás, combate naval de, I, 174.
- San Nicolás de los Arroyos, I, 169.
- Santa Balbina, fragata, I, 52.
- Santa Cruz (Andrés), militar y político boliviano, III, 157, 505, 540, 541, 550 y sig., 557, 558, 574, 583, 612, IV, jefe del ejército del Perú, 55, 67 y sig., 258 y sig.; San Martín escribe a, 259, 260, 293, 337.
- Santa Cruz de Mudela, retirada de, I, 277.
- Santa Fe, *pacto general* firmado en, IV, 231.
- Santalla, IV, 154.
- Santa María (Domingo), IV, 498.
- Santamaría (Manuel), I, 28.
- Santana (Rosendo), sacerdote, I, 57.
- Santander (Francisco de Paula), político y militar colombiano, III, 535, 536, 609 a 612, 617, 618, 620, 621, 623 a 625, 657 a 659, IV, 488.
- Santa Rosa, fragata, II, 551, 591.
- San Telmo, navio español, II, 465, 568.
- Santiago (Francisco), I, 26.
- Santiago de Chile, II, es ocupada por las fuerzas realistas del general Osorio, 6.
- Santo Ángel de la Guarda, reducción del, I, 374.
- Santos Figueros (José), II, 193.
- Santos La Hera, IV, 45.
- San Vicente, combate del cabo de, I, 94.
- Sanz (Pablo), I, 167.
- Sarasa (Saturnino), teniente coronel, I, 518, 547.
- Saravia (Ángel), III, 523.
- Saravia (Domingo), I, 236.
- Saravia (José Apolinario), I, 236, 237.
- Saravia (Pedro José), I, 236.
- Sarmiento (Domingo Faustino), estadista y educador argentino, I, 74 a 76, 78 a 80, 317, III, 594 a 597, IV, 182, 287, 307, 316, 326, 373; visita a San Martín en Grand-Bourg, 374, 375; en el Instituto Histórico de Francia, 375, 376; artículo de, acerca de la muerte de San Martín, 463, 469; publicación de, acerca de San Martín, 500, 501; discurso de, al recibir los restos de San Martín, en Buenos Aires, 553, 554, 556, 591, 592.
- Sarobe, II, 164.
- Sarratea (Juan José de), II, 546, 547, 548 nota, 550.
- Sarratea (Manuel de), triunviro, I, 168, 188, 195, 197, 383, 389, II, 296 nota, 358, 359, 521 a 526, 527, 538, 543, 579, 594 nota, IV, 294, 356, 428, 429.
- Sarratea (Mariano de), II, 386.
- Sauce Redondo, combate de, I, 237.
- Sauvage, bergantín, II, 101.
- Saxe Cobourg (príncipe de), III, 449.
- Seyn (Pedro), III, 159.
- Sebastiana, corbeta realista, I, 500, II, 195 nota, 272.
- Segovia (Manuel), I, 490.
- Segovia (Pablo), I, 503.
- Segura (Narciso), I, 519.
- Seminario (Jerónimo), III, 128.
- Seoane (Antonio), teniente coronel español, III, 166, 169, 177, 179, 182, 186, 665 a 671.
- Seoane (Buenaventura), IV, 505.
- Sepúlveda (Pedro), I, 299.
- Ser (Blas del), bisabuelo del Libertador, I, 44, 45.
- Ser (Lorenzo del), I, 45.
- Ser (Manuel del), I, 45.
- Ser (María del), abuela materna del Libertador, I, 44, 45.
- Serrano (José Miguel), II, 91, 92 nota, 205, 479, 480 nota.
- Shahan (Thomas J.), religioso, IV, 524.
- Shaple, capitán, II, 346.
- Sharpe, capitán inglés, II, 348, 351, 357.
- Sheret, capitán inglés, III, 177.
- Shiret, II, 331.
- Sierra (Manuel), capitán realista, II, 334, 335.
- Silva (Brigida), II, 193.
- Silva (Feliciano), I, 208.
- Silva (José), teniente, III, 148.
- Sipe-Sipe, batalla de, I, 404, 474, II, 156, III, 142, 199.
- Skinner, II, 401, 402.
- Skupieski (Antonio), II, 364. Véase Bellina (Antonio).
- Sociedad Patriótica de Lima, III, 429, 430.
- Socorro (marquesa del), I, 108.
- Socorro (marqués del), I, 146 nota.
- Solana (marquesa de la), I, 108.
- Solano (Francisco María), general español, gobernador de Cádiz, I, 85, 101 al 109, 111, 138, 145 nota, II, 144.
- Solar (Enrique del), IV, 512.
- Solar (Felipe del), II, 67 nota, 128, 129, 253 nota, 546.
- Soler (Juan Manuel), militar argentino, IV, 153.
- Soler (Manuel José), capitán de granaderos, I, 517, II, 25, 50, 66, 542, III, 311, 313.
- Soler (María), II, 126.
- Soler (Miguel Estanislao), brigadier argentino, I, 370, 371, 391 nota, 562, 563, 581, 582, II, 12, 15, 16, 21 a 25, 31, 43, 44, 47, 49, 51, 52, 54 a 58, 66 nota, 96, 98, 170, 171, 520 a 523, 586.
- Solier (Daniel), militar, IV, 550.
- Solórzano (Ana Rodríguez de), III, 7.
- Solórzano (Francisco Antonio), III, 338.
- Sollo (Mariano), brigadier realista, II, 276.
- Somalo (Juan Francisco de), capitán de dragones, I, 29, 49 a 51.
- Somante (Agustín), teniente realista, II, 231.
- Somellera (Andrés), político argentino, III, 516.
- Soriano Gurel (Domingo), I, 208.
- Sosa (Juan), cabo, II, 333.
- Sosa (Rodrigo), I, 584 nota.
- Soto (Vicente), alférez, I, 494, 504, II, 155.
- Soto (Modesto), IV, 514.
- Sotomayor, II, 38.
- Soto y Calvo (María O. de), IV, 576.
- Soult (Nicolás Juan de Dios), mariscal francés, I, 132.
- Southern (Henry), firma una convención de paz, con Arana, IV, 352, 353.
- Souza (marqués), I, 73.
- Soyer (Salvador), coronel, III, 574, 580, 598 a 600, 614, 615 nota, IV, carta a San Martín, 13, 14, 68 y sig.
- Spano, coronel, I, 306.
- Spencer, capitán inglés, III, 232.
- Spry (Juan), teniente coronel, II, 402, 563, 592 nota, III, 235, 359, 527.
- Standard, navio inglés, I, 278.
- Stapleton Crawley (Miguel), cirujano, II, 552.
- Stay (Justo), II, 40, 41 nota.
- Stevenson, secretario de Cochrane, III, 387, 388.
- St-Lambert, II, 351.
- Strangford, I, 304, 366 a 368.
- Stuart (Charles), I, 178.
- Suárez (Antonio), I, 351.
- Suárez (Isidoro), II, 58, III, 66.
- Suárez (Vicente), teniente argentino, III, 82, 145, 146, 147, 149, 157, 551.

Suárez Figueredo (Pedro José), gobernador portu-
gués. I, 27.
Sucre (Antonio José de), militar venezolano.
III, 370, 526, 534; victoria de Yahuaichi, 537;
derrota de Ambato, 537; pedidos de auxilio
a Montegudo y a San Martín, 538, 539, 541,
544, 550 y sig.; victoria de Pichincha, 556 a
558, 559, 567, 579, 625, 637. IV, 57, 58; infor-
maciones de, a Bolívar, 67, 68, 154; opinión
de San Martín acerca de, 382, 383, 488, 493.
Suchet, mariscal francés. I, 139 nota.
Suipacha, batalla de. I, 167.
Suso (Benito), teniente. II, 185.
Sussex (duque de). III, 449.

T

Tacuari, combate de. I, 170.
Tadeo (Pedro Angel de). III, 300 nota.
Tagle (Cecilio), sacerdote argentino. III, 8,
23, 520.
Tagle (Gregorio). II, 412, 439, 440, 454, 455 nota.
Tagle (Jorge), secretario interino del directorio
de Alvarez Thomas. I, 396.
Tagle y Portocarrero (José Bernardo). Véase
Torre Tagle (marqués de).
Talavera de la Reina, batalla de. I, 278.
Talca, ocupación de. I, 306.
Talcahuano, batalla de. II, 182 a 190.
Tamayanca (Juan), teniente primero. I, 541.
Tavira (Pedro Fernando). III, 383.
Taylor. I, 334 nota.
Tellería (Manuel). III, 9.
Tellechea (María), esposa de Juan Martín de
Pueyrredón. I, 427.
Tello (José Blas). I, 584 nota.
Tello (Tadeo), mayor. III, 212.
Terrada (Juan Florencio), militar argentino,
gobernador de Mendoza. I, 320, 350, 391 nota,
433. II, 48, 70, 97, 146.
Torrero (Manuela Rosas de), carta de Men-
deville a. IV, 354, 355, 474.
Terres, caudillo peruano. III, 173.
The Conway, buque inglés. III, 181.
Theseus, fragata inglesa de guerra. II, 341.
Thirion (Bernard). IV, 286.
Thompson (Isaac), comandante. II, 234, 249,
373 nota, 384.
Thompson (Martín), coronel. II, 363, 364.
Thomson (Pablo). I, 170.
Thwaites (Juan). II, 402, 403. IV, carta a San
Martín. 53.
Tirapegui (José María). III, 544.
Tocornal (Joaquín). IV, 333.
Tocornal (Manuel Antonio), carta a San Mar-
tín y respuesta de éste. IV, 333, 334, 348;
discurso de, al inaugurar la estatua de San
Martín en Chile. 509.
Torata, acción de. IV, 47.
Toro (Fulgencio de), coronel español. III,
166, 179.
Toro (Mateo de), conde de la Conquista. I, 264
a 268, 271.
Toro (Pedro), canónigo. III, 266.
Torre (Manuel Antonio de la), obispo de Bue-
nos Aires. I, 51, 68.
Torre (fray Agustín de la). I, 584 nota.
Torrente (Mariano), historiador español. III,
155, 337, 338.
Torres (Cayetano de). II, 193 nota.
Torres (Domingo de), militar. I, 319. II, 192
a 194, 321, 325, 328 a 330, 344, 345, 362, 391,
516 a 518, 522 nota, 529, 532. III, 17.
Torres (José de), capitán español. I, 115.
Torres Forcada. III, 9.
Torres Valdivia (Manuel), coronel. III, 532.
Torre Tagle (marqués de), militar y político
peruano. III, 118, 125 a 129, 163, 165, 279, 289,
300 nota, 420, 425, 429, 433, 481, 482, 485, 507,
540, 543, 589, 612, 628, 630, 633, 634. IV, pre-
sidente del Perú. 58, 62, 75, 76, 80; oficio
dirigido por, a San Martín. 477, 478.
Torre-Valarde (conde de). III, 420, 430.

Tovar (Anselmo). IV, 399.
Tramania (Mariano), regidor. III, 483, 484.
Tres Acequias, combate de. I, 310.
Trinidad, fragata. II, 296 nota.
Tristán (Pío), general realista. I, 195, 313. III,
13, 19.
Tristán (Domingo), general peruano. III, 490;
su derrota por Canterac en Macacona, 491,
492, 493.
Trolé. I, 73 nota.
Trollé (Eduardo), militar. IV, 196, 197, 200.
Truche. II, 123.
Tucumán, batalla de. I, 188, 195, 285.
Tucumán, congreso de. I, 426.
Tudela, batalla de. I, 128.
Tudela (Manuel). III, 9.
Tuker de Strange (María). I, 105, 107 nota.
Tupac-Amarú, cacique peruano. III, 14, 262.
Tupungato, pico del. II, 9.
Tur (Antonio), comandante. III, 166, 179.
Turner. II, 396.

U

Ugalde (Juan), mariscal de campo español.
I, 103.
Ugarte (Francisco), teniente coronel de inge-
nieros. III, 571. IV, carta de, a San Martín.
11, 12.
Ugarte (Juan José). II, 305.
Ugarte (Tomás). I, 375.
Ugarteche (Pedro), cadete. I, 226. II, 518 nota.
Ulibarri (Francisco), teniente de caballería.
I, 40.
Unanue (José Hipólito), médico, estadista
y literato peruano. III, 7, 9, 42, 55, 59, 60,
74, 206; ministro de Hacienda del Perú, de-
signado por San Martín. 292; datos biográ-
ficos. 307, 308, 429, 430, 530 nota.
Undurraga (Manuel). II, 67 nota.
Unión del Sur, colegio. II, 280.
Urdaneta, coronel. IV, 65.
Urdininea (José María), coronel argentino.
III, 511, 513, 514, 520 a 522. IV, 22; nota
a Rivadavia. 23, 24; en Tucumán. 24; pro-
clama de, 24, 25; cartas a San Martín. 25,
26, 56.
Ureta (Miguel). II, 533 nota.
Uriarte (Pedro), sacerdote. I, 248.
Uribe (Julian). I, 309, 323.
Urmeneta (Tomás). II, 67 nota.
Urquiza (Justo José de), general argentino.
IV, 496.
Urza (José). II, 516.
Urrutia, ayudante de O'Higgins. II, 155.
Urtudey (Agustín). II, 447 nota.
Uspallata, paso de. II, 9, 10, 12, 13.

V

Vacaro (Antonio), brigadier realista. II, 279.
III, 85, 105, 248, 372 a 383.
Valdenegro. I, 391 nota.
Valderrama (Adolfo). IV, 512, 513.
Valdés (Jerónimo), militar español. III, 92; su
derrota en Casablanca. 93, 119; derrota de
Pringles en Chancay. 120 a 122, 123, 159, 166,
169, 171, 177, 178, 179, 186 a 188, 198 a 200,
202, 239, 240; negociaciones con los delegados
de San Martín en Miraflores. 248, 252 y sig.,
317 y sig., 351, 373 y sig., 491, 666, 667. IV,
45, 46; en Torata. 47.
Valdés (José), ayudante de campo realista.
II, 243.
Valdés Lecaros. II, 126.
Valdirán (Manuel Antonio), regidor. III,
483, 484.
Valdivia, conquista de. II, 573.
Valdivia, fragata. III, 197, 402, 404, 413.
Valdivieso (Francisco), auditor de guerra rea-
lista. II, 243. III, 114, 432. IV, ministro de
Estado en el Perú. 79, 143.

- Valeper, sociedad política, secreta, de Buenos Aires. III, 523.
- Valero (Ramón). II, 395.
- Valle. II, 308.
- Valle Hermoso (conde de), negociaciones con los delegados de San Martín en Miraflores. III, 248, 252 y sig., 379.
- Vallenilla Lanz. IV, 530.
- Valle Oselle (conde de). Véase Montemira (marqués de).
- Valler. I, 525.
- Valleumbroso (marqués de), militar realista. III, 39, 83, 166, 179, 186, 187, 665 a 672.
- Varela (Florencio). IV, 344, 348; visita a San Martín. 367 y sig., 485.
- Varela (Héctor F.). IV, 494.
- Varela (Juan Cruz). IV, versos de, a San Martín. 564, 565, 597, 568.
- Vargas (Antonio). I, 521.
- Vargas (Blas). I, 208.
- Vargas (José), teniente coronel. II, 512.
- Vargas (Juan de la Cruz). I, 353 a 355, 430, 468, II, 309.
- Vargas (Pablo). I, 521.
- Vargas (Prudencio), capitán. I, 299, 300.
- Vásquez (Joaquín). II, 533 nota.
- Vásquez (Pablo), diplomático mexicano, informe de, acerca de San Martín y de Riva Agüero. IV, 123, 124.
- Vásquez (Ventura), coronel. I, 343.
- Vásquez y Novoa (Manuel), abogado defensor de los Carrera. II, 310, 533 nota.
- Vaulchier, director general de aduanas de El Havre. IV, 111.
- Vázquez (Juan), capitán de infantería. I, 49.
- Vázquez de Novoa (Fernando). I, 282.
- Vázquez de Novoa (Ramón). II, 533 nota.
- Vedia (Julio de), militar. IV, 540.
- Vega (Nicolás), teniente. II, 541.
- Vega (Nicolás de), capitán. II, 518 nota. IV, 538, 543.
- Veinticinco de Mayo, bergantín argentino. I, 173.
- Vela (Marcelino). I, 351.
- Velarde. I, 101.
- Velasco, coronel. I, 169, III, 198.
- Vélez, corbeta realista. II, 195 nota, 272.
- Vélez (Bernardo). I, 279, II, 405.
- Vélez (Manuel), juriconsulto. I, 238, 318 nota.
- Venegas, virrey. I, 378, 493.
- Venganza, fragata realista. I, 500, II, 168, 170, 172, 184, 272, 280, III, 44, 107, 133, 164, 170, 210, 380, 414, 494 a 496, 527, 528, 558, 566, 567, 602.
- Vera (Francisco). I, 179, II, 146.
- Vera (Jacinto), religioso. IV, 552.
- Vera y Pintado (Bernardo), auditor de guerra. I, 261, 263, 264, 276, 279, 289 a 292, 295, 430, 490, 494, 504, 519, 524, 525, II, 69, 131, 200 nota, 209 nota, 407 nota.
- Vera y Rodríguez. II, 314.
- Vergara (Pedro Zoilo de). I, 180.
- Vértiz (Juan José), virrey del Río de la Plata. I, 27 nota, 28, 29, 31, 32, 34, 42, 50, 64 nota.
- Vértiz (Miguel Antonio), regidor de Lima. III, la conferencia de Miraflores, 249 y sig.
- Vial, coronel. II, 170.
- Viamonte (Juan José), militar argentino. I, 371, 420, II, 442 nota, 451, IV, 230, 232.
- Viana (Francisco Javier de), general. I, 180, 349 nota.
- Victor, general francés. I, 139.
- Victoria, buque de guerra chileno. II, 568, 570.
- Vicuña Mackenna (Benjamin), historiador chileno. I, 66, 67, 85, 185, 256, 334 nota, 350, II, 70 nota, 92 nota, 93, 94, 96, 97, 102, 104, 109, 116, 123 a 125, 127 nota, 153, 159, 162 nota, 167, 221 nota, 235, 242, 254 nota, 293, 315, 331, 337, 452, 456 nota, 580, III, 290, 441, 528, 597, 601, 608, IV, 114, 118, 123; comentarios de, acerca de San Martín y de su hija, 151, 152, 213, 214, 248, 249, 268, 287, 290, 379, 380, 384, 388, 394, 424, 425, 469; y la estatua de San Martín en Chile, 497, 499, 507, 508, 540; juicio de, sobre San Martín, 613, 614.
- Vidal, capitán. III, 172.
- Vidal (José M.). I, 565, 567, II, 533 nota.
- Vidal (Pedro Pablo), canónigo. IV, 186, 187.
- Vidaurreaza (Antonio), subteniente realista. II, 334, 335.
- Vidaurre (José Antonio), militar. IV, 260 y sig.
- Videla, monseñor, obispo de Salta. I, 469, 479.
- Videla (Bernardo), capitán. II, 184.
- Videla (José), capitán. I, 521, III, 316.
- Videla (Pablo). I, 521.
- Videla Castillo (José), militar. I, 521, IV, 230, 231.
- Viejobueno (Domingo), militar. IV, 544.
- Viel (Benjamin), oficial francés al servicio del ejército libertador. II, 164, 216, 372, 541, 555 nota.
- Viera. IV, 521.
- Vieytes (Hipólito). I, 435.
- Vigil, oficial chileno. III, 598.
- Vigodet (Gaspar), jefe realista. I, 175 a 177, 195, 197, 198, 251, 255, 313, 380, 382, 391, II, 263 a 368.
- Vilcapugio, combate de. I, 217, III, 180, 199.
- Viluma, batalla de. I, 404.
- Villa (Francisco), oficial argentino. III, 563.
- Villafañe (Domingo), gobernador de La Rioja. I, 411.
- Villafañe (José Benito), capitán. II, 13 nota.
- Villalba (Andrés). I, 367, 381, 386, II, 59 a 61, 77 a 79.
- Villalobos, capitán realista. II, 66.
- Villalta (Antopio), sargento mayor. I, 343.
- Villamil (José). III, 71, 93, 94, 531.
- Villanueva (Carlos A.), escritor venezolano. III, 615 nota, IV, 617, 618.
- Villanueva (Gregorio). I, 351.
- Villa Palma (marqués de). II, 67 nota.
- Villar (Isidoro), comandante argentino. III, 172, 200, 201, 251, 551.
- Villar (Manuel). II, 533 nota.
- Villarán (Manuel de). IV, carta a San Martín. 53.
- Villar de Fuentes (conde). III, 42, 55, 59, 60, 74, 206, 437.
- Villarreal (Dionisio), teniente. II, 185, III, 153.
- Villarrubias, acción de. I, 278.
- Villavicencio (Juan María). I, 139 nota.
- Villegas (Hipólito). II, 126, 146, 200 nota.
- Villegas (José), comandante español. I, 558, 566, III, 494, 566.
- Villeneuve (conde de), prefecto de Marsella. IV, 167.
- Villodres (Martín de), arzobispo de Charcas. III, 290.
- Villota (Cipriano Santiago). I, 36.
- Villota (Félix), capitán. II, 185, 541.
- Villota (Francisco), comandante de artillería. I, 494, 500, 503.
- Villota (Manuel G.). III, 379.
- Vinchina, paso de. II, 12.
- Vivanco (Agustín), regidor. III, 483, 484.
- Vivar (N.). I, 502.
- Vivero (Pascual José), militar español. III, 71, 94, 95, 112, 115, 531.
- Vizcarra (Dionisio), secretario particular de San Martín. II, 516, 518 a 520; secretario de Hacienda, 552, III, 430, 437.

W

- Walton. II, 88, 357 nota.
- Ward. I, 381 nota.
- Wardes. I, 298 nota.
- Washington (Jorge), militar y estadista norteamericano. II, 255 nota, III, 647.
- Welsh, cirujano inglés. III, 312.
- Wellington (duque de). II, 361.
- Weywada (Madre María Catalina). IV, 431, 432.
- White (Guillermo). I, 244.
- Whusen, miniatura de San Martín por. IV, 578.
- Wickam (José). III, 641.
- Wilkinson (Guillermo), capitán del San Martín. II, 397, 564, 592 nota, III, 339.

Wilson, militar. III, 567.
Windham, nombre de la fragata de guerra *Lautaro*, cuando era inglesa. II, 280, 347, 350, 394, 395, 403.
Witch, goleta de guerra. II, 359.
 Wooth (Carlos), subteniente de ingenieros. II, 552.

Y

Yañes (Manuel), capitán realista. III, 365, 366.
 Yapeyú, cuna del Libertador. I, 64.
 Yatasto. I, 168, 222.
 Yberá, laguna. I, 169.
 Yébenes, acción de. I, 377.
 Yladoy (Juan). III, 641.
Ynchiman, navío de guerra argentino. II, 271.
 Young (Juan). I, 522.
 Yrigoyen (Miguel), secretario de Guerra. II, 296 nota.

Z

Zabala (Bruno de), general. IV, 125.
 Zabala (Francisco Bruno de), capitán. I, 30, 31, 61, 62.
 Zabala (Juan Antonio de). I, 198 a 210.
 Zabala (Pedro), capitán realista. III, 243.
 Zabaleta (Diego Estanislao de), vicario general castrense. I, 318 nota, 529, 534, 535.
 Zaballa (Pedro José). I, 339.
 Zañartú (Miguel). I, 349 nota, 532. II, ministro de Estado de Chile, 78, 198, 200 nota, 229, 230, 294, 361, 395, 397, 402, 403, 486, 496 nota, 510, 525, 533, 565 nota, 594, 595 nota.

Zañartú (Vicente), subteniente. II, 185.
 Zapata (Juan Isidro), médico de San Martín. I, 318 nota, 472, 527, 528, 583. II, 124, 179.
 Zapata (Fray Matías). IV, 397, 398.
 Zapiola (José Matías), militar argentino. I, 178, 180, 254, 379, 517. II, 15, 43, 44, 49, 51, 54, 58, 81 nota, 136, 219, 220, 239, 240, 247, 248, 317, 373 nota, 378, 379, 556 nota.
 Zaraza (Pedro), general. II, 261.
 Zavaleta (Diego Estanislao). Véase Zabaleta (Diego Estanislao de).
 Zayas (marqués de). I, 90.
 Zelada (Francisco), capitán. II, 28.
 Zenteno (Ignacio). I, 560, 561. II, 126, 127 nota.
 Zenteno (José Ignacio), general chileno. I, 529, 530, 541. II, 74, 94, 96, 105, 118; secretario de San Martín, 123, 126, 127, 128 nota, 131, 132, 163 nota, 164 a 166, 168 a 175, 187, 200 nota; secretario de Guerra, 250, 373 nota, 405, 421; secretario de la logia Lautaro, 500 nota, 549, 559, 561, 563, 564, 565 nota, 570 a 572, 575, 583. III, 49, 125, 158, 169, 188; la capitulación del Callao, 370, 371, 410 a 412. IV, gobernador de Valparaíso; honores con que recibe a San Martín, 6; cartas de d'Albe a, 8, 254; cartas de San Martín a, 280, 312, 313.
 Zepita, derrota de. IV, 67.
 Zinny (Antonio). I, 446.
 Zita (Antonio Felipe). IV, 462.
 Zorrilla (Pedro), capitán. II, 44, 52, 56, 58, 518 nota.
 Zudáñez (Jaime de). I, 291. II, 85, 411.
 Zuloaga (Alejandro). I, 521.
 Zuloaga (Antonio), ayudante mayor. II, 518 nota.
 Zuloaga (Manuel Antonio). I, 521.
 Zuriaga (José). III, 379.
 Zuviría (Facundo). IV, 154.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
BUENOS AIRES EL DÍA TREINTA Y
UNO DE OCTUBRE DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y NUEVE
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE J.
HAYS BELL, CAMPICHUELO 553.

